II GUERRA MUNDIAL

(La novela)



Javier Cosnava

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, LA NOVELA

Autor: Javier Cosnava

El autor quiere agradecer

a Toni Carbos y Sofía Espinosa por cederme la portada

a Eva Ruiz Colomé, Daniel del Río López, Jaume Salvà, Javier Trescuadras y Alex Fernández por ayudarme con las correcciones.

JAVIER COSNAVA

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

(El asesinato de Europa)

NOTA PREVIA

Esta novela forma parte de una saga que intentará explicar la historia de la segunda guerra mundial en el marco de la literatura policíaco-histórica. Este primer volumen que tienes entre tus manos consta de dos libros:

1-EL ASESINATO DE EUROPA: 870 páginas en papel.
2-ASESINATO EN MAUTHAUSEN: 430.

El libro 1, El Asesinato de Europa, es el menos policial de todos. Es una novela esencialmente histórica, aunque llena de misterios, que sirve de base para el resto de las novelas, de tal forma que todas sean autoconclusivas y puedan leerse de forma independiente si el lector así lo quiere. Se centra en el estallido de la guerra, la campaña de Polonia, la de Noruega, la de Francia y en los bombardeos de Inglaterra. Sin perder de vista la vida privada de los jerarcas nazis y sus parejas.

Trato, pues, de narrar de una forma amena y entendible la historia de la segunda guerra mundial, con sus pasiones, sus amores y desamores, sus traiciones, sus batallas y sus protagonistas, pero pensando en un lector generalista, no en el conocedor de la historia militar.

Si tú, lector, eres un aficionado a los ensayos históricos de la época, tal vez deberías comenzar leyendo la Nota Final (al terminar esta primera parte) donde explico las licencias literarias que me he tomado a la hora de dibujar esta época terrible, pensando en la comprensión de la mayoría. De esta forma podrás leerla con conocimiento de causa. Te aviso, eso sí, que al hacerlo puedes recibir algún spoiler de la trama, ya que está pensada para ser leída al final de El Asesinato de Europa y antes de la segunda parte o Asesinato en Mauthausen.

Y los demás, espero que disfrutéis de esta historia tanto como yo lo hice escribiéndola.

JAVIER COSNAVA
Asturias. Agosto de 2013

Cuando el Reich alemán
no pueda asegurar la subsistencia
de hasta al último de sus habitantes,
surgirá de la necesidad del propio pueblo,
la justificación moral de adquirir posesión
sobre tierras en el extranjero.
Y el arado cederá entonces a la espada,
y el pan de las generaciones futuras
nacerá de las lágrimas de la guerra.

(**ADOLF HITLER**, *Mein Kampf)*

PRÓLOGO:

EN BUSCA DEL FÜHRER
(mayo de 1945)

Berlín es una ciudad en llamas, una ciudad humeante que despide un olor acre a huesos calcinados. El Tercer Reich ha caído y el ejército ruso ha alcanzado la Cancillería, el último reducto del nazismo. La gigantesca águila de bronce que coronaba el edificio yace en el suelo, derribada por la furia de los soldados soviéticos.

Todo ha terminado pero, de alguna forma, todo acaba de comenzar.

Laurenti Beria llega a la ciudad de incógnito la noche del 2 de mayo de 1945. Se trata de un hombre terrible, de un torturador sádico, responsable de buena parte de las purgas del Ejército rojo antes del estallido de la guerra mundial. Dirige la policía secreta rusa, la NKVD, con mano de hierro, y aprovecha su ascendiente sobre Stalin para manipularle, para estimular su paranoia, sembrar dudas en la cabeza del dictador y que este vea enemigos e intrigas por todas partes.

Hace tiempo que lleva alimentando en Stalin un odio obsesivo hacia Adolf Hitler. Una vez fueron aliados y han acabado convirtiéndose en mortales enemigos. Juntos pudieron dominar al mundo pero Hitler traicionó la confianza del dictador ruso llevando a la muerte a millones de compatriotas. Ahora que la guerra toca a su fin, Stalin ha dado una última orden: capturar a Hitler. Hace unas horas, se ha encontrado el bunker secreto del Führer y se ha rescatado todo un surtido de recuerdos para llevar a Moscú: la chaqueta de gala del Führer, medio chamuscada por un bombardeo; un bastón de roble finamente labrado; su violín personal con su efigie tallada; un blog de acuarelas con los paisajes que dibujaba en su juventud; unas botas prácticamente sin usar y su libro de invitados.

De pie, delante del bunker, Beria supervisa que todos aquellos recuerdos de Hitler sean metidos en una caja y mandados de forma urgente a Stalin. Pero debe conseguir no sólo aquellas bagatelas sino la captura del canciller nazi o, al menos, su cadáver. Pero el cadáver no aparece y eso es un problema para Beria.

Algo con lo que no contaba.

El dictador ruso es famoso por su capacidad para olvidar. Una vez Beria le ha convencido de que aquel o aquel otro es un traidor, Joseph Stalin olvida todos los buenos momentos pasados con ese individuo, la confianza, la camaradería, la mujer y los hijos del mismo, que en su día fueron amigos de la familia y ahora son llevados a Siberia. Stalin borra de su mente la existencia de toda porción de su vida que pasó con el traidor y los suyos, como si jamás hubieran existido ninguno de ellos. Pero Laurenti ha regado la idea de la venganza contra Hitler durante tanto tiempo que esta vez no va a olvidar la traición del alemán, que se atrevió a atacar a Rusia, su aliado, cuando menos lo esperaban. Esto no es una purga más. Hitler, vivo o muerto, tiene que aparecer.

Y Beria prefiere entregar con vida al mortal enemigo de Stalin, apuntarse otro tanto delante del gran padre de la Patria. Por ello, ha ordenado a su principal unidad de contrainteligencia, la Smersh, encontrar a toda costa a Adolf el traidor. Smersh es el acrónimo de “muerte a los espías” (Smert' Shpionam) en ruso, y es una de las unidades más terribles y sanguinarias de la ya de por sí terrible y sanguinaria policía secreta rusa. Si alguien puede encontrar al Führer, es la Smersh.

Y precisamente aquel mismo día 2 de mayo la Smersh descubre un cuerpo en los alrededores de la Cancillería. El parecido con Hitler es evidente pero desde el principio hay dudas porque se sabe que llegó a haber al menos cuatro dobles del Führer. Diversos oficiales nazis son llevados ante el cuerpo y se les obliga a poner por escrito si reconocen o no a su antiguo líder como el propietario de aquellos despojos. Pocos lo hacen, la mayoría asegura que el parecido es mínimo. Un médico ruso

experto en reconocimiento facial y especialmente en la forma única que tienen las orejas de cada ser humano, dictamina por la tarde, después de observar fotos reales de Hitler, que aquel cadáver no le pertenece. Poco después se sabe que se trata de uno de los dobles más utilizados por el régimen nazi, un tal Gustav Weler.
Las pesquisas continúan y tres días más tarde, aparece a pocos metros del bunker un enterramiento poco profundo, un túmulo que contiene dos cadáveres humanos y los de dos perros. Kempka, el chofer personal de Hitler, confiesa, después de ser capturado, que prendió fuego a Hitler y Eva Braun y luego los enterró en aquel lugar junto a sus mascotas. Horas antes los encontró en una estancia en el bunker. Habían cometido suicidio.
Pero Beria no cree el testimonio del chofer. Tal vez Kempka diga la verdad respecto al enterramiento, incluso respecto a la cremación, pero no fue testigo del suicidio del Führer, no oyó los disparos, en realidad no sabe nada. Ninguno de los supervivientes del bunker sabe realmente nada. Aquello huele a una segunda artimaña de Hitler para engañarle. La primera fue el doble falso, la segunda el enterramiento falso y, en alguna parte, está el astuto Adolf, huido, riéndose de todos ellos y de Beria en particular.
Porque Laurenti es, como Stalin, un paranoico y cree que todos conspiran contra él tanto o más de lo que él mismo conspira para destruirles.
Se manda llamar a algunos de los forenses rusos más reputados para examinar los restos de los cuerpos supuestamente de Hitler y Eva Braun. Mientras tanto se trasladan los restos putrefactos al hospital de campaña del Ejército rojo número 496. Mientras espera la llegada de los médicos, Beria es informado de la detención de Otto Weilern. Nadie salvo él y el propio Stalin saben en el bando ruso la importancia de Otto Weilern. Está seguro de que los miembros de la Smersh pensarán que se trata de un SS más de graduación intermedia y le someterán a las torturas habituales.
Cuando llega a la zona de interrogatorios en el cuartel general de Magdeburgo, Víctor Abakumov le ha arrancado ya a Weilern dos dedos de la mano izquierda y enarbola un punzón con la intención de extraerle el ojo derecho. Abakumov es el comisario al frente de la Smersh, un torturador desalmado como el propio Beria, un hombre que a menudo desatiende las labores burocráticas propias de su cargo para torturar en persona, ya que le libera del estrés y es una de sus mayores aficiones.
—No quiero que hagas daño a este hombre —ordena Beria a su subordinado, que se gira, punzón en mano y se cuadra de inmediato.
—¡A sus órdenes!
Abakumov sigue tieso como un palo cuando Laurenti Beria se acerca hasta la silla donde está atado Otto Weilern y le libera. Le da un paño para que detenga la hemorragia de sus dedos sangrantes, de sus dos falanges desaparecidas.
—Ahora mismo va a venir un médico para cuidarte, Otto. No tienes que temer nada partir de ahora.
Beria supervisa la curación de Otto Weilern en la enfermería desde el umbral de la puerta. Es un hombre pálido, bajo, anodino. Tiene una calva que reluce bajo la luz de las bombillas y unos ojos muy grandes, que le contemplan tras unas gafas diminutas. Se acerca la camilla donde los doctores le están tratando y conversa por última vez en aquel día con Otto Weilern.
—En cuanto te pongas bien te van a trasladar a una habitación. No a una celda sino a un lugar mucho más cómodo —le comunica—. Allí quiero que hagas una cosa por mí. ¿Podrás hacerlo?
—Sí, claro. Lo que usted diga —murmura Otto Weilern, todavía aterrado y sudoroso, intentando en vano olvidar el rostro brutal de Abakumov el torturador.

—Te daré papel y una buena pluma y quiero que me cuentes desde el comienzo todo lo relacionado con la operación Klugheit.
Otto enarca una ceja, como si de pronto hubiese comprendido lo que está sucediendo. Mira su mano izquierda, a la que le faltan los dedos meñique y corazón. Por suerte, él es diestro y podrá escribir su historia, que es la historia de la segunda guerra mundial, aunque los rusos la conocen como “Velíkaya Otéchestvennaya voyná”: La Gran Guerra Patriótica.
—Le contaré todo lo que sé. No tengo nada que ocultar.
Laurenti asiente pensativamente y se da la vuelta.
—Voy a repasar día a día los pasos de Adolf Hitler desde el comienzo de las hostilidades. E incluiré tus notas manuscritas sobre la operación Klugheit, que como bien sabes serán decisivas para entender ciertos asuntos, digámoslo así, turbios o poco conocidos. Poco a poco aparecerá ante mí el mosaico completo de los sucesos de esta gran guerra patriótica desde el punto de vista del Führer. Y al final del camino, descubriré lo que pensaba el último día que le vieron en el bunker, cómo organizó su falsa muerte y... —Hace una pausa, relamiéndose— dónde se esconde.
Beria abandona la enfermería con paso rápido. Los médicos van y vienen, suturan las heridas del alemán, y este comienza a sentir sopor a causa de los calmantes. Deja caer la cabeza lentamente sobre la camilla. Cierra los ojos y murmura en voz tan baja que ni los médicos pueden oírle:
—No le encontrarás.

SUCESO:

LOS SERVICIOS SECRETOS RUSOS BUSCAN A ADOLF HITLER

La Smersh, una vez tomada la cancillería del Reich, comienza las pesquisas y ordena que se retiren las tropas que la han conquistado. Se trata del 1er Frente Bielorruso, al mando del mariscal Georgy Zhukov, que fue el primero en informar a Stalin de que los testigos aseguraban que Hitler se había suicidado.

LUGAR Y FECHA: BERLÍN, 2-7 DE MAYO DE 1945, Y HASTA 1949

Meses después se pone en marcha la "Operatsiya Mif", la Operación Mito, ante la incredulidad del dictador soviético, que no cree que Hitler esté muerto. Una comisión de expertos investigó todos los datos, declaraciones de testigos, pruebas, etc... hasta realizar un informe definitivo a finales de 1949.

CONSECUENCIAS: NUNCA HAN SIDO TOTALMENTE REVELADAS

No hay ninguna razón ni evidencia ósea ni testigo directo del suceso que permita afirmar de forma definitiva que Hitler murió en el bunker, más allá de que nunca más se ha sabido de él ni de Eva Braun. Nada en los cuerpos calcinados hallados delante del bunker indica que sean los del Führer y su esposa. El asunto es un completo misterio incluso a día de hoy.

LIBRO PRIMERO:

UNITY MITFORD,
la amante frustrada del Führer

1

LA TRAMPA DE DANZIG
(1939, mayo-julio)

I

Adolf Hitler oyó una voz a su espalda y se volvió. No había nadie. Estaba solo en su despacho de la Cancillería del Reich. Su médico personal, Theo Morell, le había rogado que sacase tiempo de su agenda, un pequeño instante lejos del bullicio y las obligaciones. Necesitaba un poco de calma para serenarse, para entender la magnitud de la decisión tomada.

Theo Morell entró en el despacho y se acercó al Führer, que caminaba de un lado a otro, visiblemente nervioso. Ni siquiera se hablaron en un primer momento. Theo se acercó y Hitler tomó asiento. Las manos peludas del médico reptaron por la manga derecha del uniforme del caudillo hasta que liberaron un brazo y le tomaron las pulsaciones presionando la muñeca con gesto profesional. Luego, esas mismas manos simiescas le ofrecieron una pastilla y un vaso de agua. Hitler no preguntó qué se estaba tomando. Se tragó la píldora y poco tiempo después su respiración se normalizó. Cerró los ojos.

—Lo necesitaba —rezongó el Führer, en voz baja.

Adolf Hitler era un hipocondríaco. Tenía a su alrededor una legión de médicos, y era esclavo de sus atenciones, de sus comprimidos milagrosos, de los más extraños y peregrinos brebajes o ampollas con las que combatía la fatiga, el estrés, las crisis de euforia, la falta de sueño... Para todo necesitaba a un médico. Y Morell era sin duda el más influyente de la cohorte de galenos que le acompañaban.

—¿Ya se encuentra mejor, mi Führer?

El médico estaba recogiendo sus enseres. El enfermo tenía que descansar.

—Sí, gracias Theo.

Sin despedirse, Morell abandonó el despacho de la Cancillería, dejando a Hitler reflexionando, medio en sueños, sobre la magnitud de la decisión tomada.

—La guerra, por fin la guerra... —musitó Hitler, respirando a cada segundo un poco más despacio.

Porque ya no podía echarse atrás. HABRÍA GUERRA. Un conflicto armado, sangriento, decisivo estallaría en Polonia en unas pocas semanas. Y él era su artífice, su impulsor. Las generaciones futuras recordarían aquella decisión y la glorificarían, considerándola uno de los momentos cumbre de la historia de Alemania, que era tanto como decir de la historia de la humanidad.

Horas antes se había reunido con un grupo selecto de dirigentes del Partido Nacionalsocialista para comunicarles que la solución al asunto de Danzig no podía demorarse más tiempo. O los polacos aceptaban las demandas de Alemania o se desatarían todos los infiernos.

Aunque nadie se atrevió a oponer una sola palabra a su declaración y todos prorrumpieron en aplausos, Hitler vio gestos velados de desconfianza, miradas interrogantes de soslayo que algunos lanzaban a su vecino y éste les devolvía con semblante ominoso; creyó intuir hasta un brillo de preocupación en los ojos de Goering, que encabezaba el grupo junto a Himmler y Goebbels. Por ello se sintió obligado a decir:

—Polonia no va ser un paseo, camaradas. Esto no es Renania, Austria, Checoslovaquia o los Sudetes. No lo es.

Hizo una pausa trágica. Al Führer le encantaban las pausas trágicas.

—Va a ser todavía mejor —anunció.

Su audiencia estaba sin duda recordando cómo Alemania había ido expandiéndose, poco a poco, ocupando sin disparar ni un sólo tiro las regiones y hasta los países que rodeaban su área de

influencia. La Sociedad de Naciones, encabezada por Francia e Inglaterra, había sido incapaz de frenar la búsqueda de Espacio Vital del pueblo ario y había cedido a cuantas exigencias les planteara Hitler en la mesa de negociaciones. Hasta ahora.

—Alemania está dividida en dos fragmentos separados por kilómetros y kilómetros de territorio polaco —dijo de pronto, alzando la voz y despertándoles del ensueño—. ¿Qué nación civilizada soportaría una humillación semejante? Debemos recuperar la ciudad libre de Danzig y el corredor del Báltico. De esta forma, las dos partes de Alemania volverán a ser una sola.

Hitler golpeó su puño derecho en la palma izquierda, como si estuviera enseñando a sus camaradas que esta vez no pretendía negociar sino aplastar, doblegar a aquellos malditos traidores que se habían aprovechado de la derrota del segundo Reich en la Gran Guerra de 1914. Precisamente a causa de las durísimas reparaciones de guerra y la pérdida de territorios de Alemania tras aquella derrota, había surgido el NSDAP y otros partidos de extrema derecha. Aquella deshonra había sido la simiente que había hecho nacer a un dictador llamado Adolf Hitler.

—Pero, como ya os he dicho —prosiguió—, lo de Polonia no va a ser un paseo sino una grandiosa victoria. Ellos no nos cederán sin luchar su único acceso al Mar Báltico y una parte importante de los territorios que nos robaron hace veinticinco años. Nosotros negociaremos, por supuesto, pero si los polacos no están dispuestos a ceder...

Hitler repitió su gesto. Volvió a dar un puñetazo sobre la palma de su mano y todos imaginaron a la Wehrmacht, a las fuerzas armadas alemanas, avanzando por las playas de la Pomerania Oriental, a toda velocidad, camino de Danzig. Y rompieron a aplaudir de nuevo, esta vez sin reservas, gritando Sieg Heil y vivas a su Führer, el Guía de Alemania, el hombre que la providencia había puesto al mando del país para llevarlo a mil años de grandeza.

—¡Viva el Tercer Reich! ¡El Reich de los mil años! —gritó Goebbels, el Ministro de la Propaganda con su tono afectado de costumbre.

Hitler retuvo en su memoria una vez más aquella escena maravillosa, sucedida tan sólo cuatro horas atrás, y su sonrisa se hizo aún más pronunciada. Por un momento había tenido la sensación de que estaba apunto de tener una de sus habituales migrañas, pero en la tranquilidad de su despacho, mientras se masajeaba las sienes, todo volvía ser perfecto.

Y por eso sonreía. Porque las medicinas de Morell siempre le recobraban, aún en los peores momentos. Porque pronto habría una guerra y esta vez Alemania saldría victoriosa, resarciéndose de derrotas pasadas. Pero la mueca se heló en sus labios.

Había vuelto a oír aquella voz. Esta vez pudo escuchar claramente que le musitaba:

Otto Weilern.

La voz lo repitió al menos un par de veces y luego añadió:

Él te salvará la vida tres veces.

Hitler dio un respingo y comenzó a dar vueltas por la habitación como un gato enjaulado. Llamó en un susurro a Morell, pero su médico no podía ser quien había hablado porque no había nadie allí. La voz, necesariamente, debía salir de su cabeza.

Otto Weilern —oyó una vez más.

Aterrorizado, miró en dirección a las puertas de su despacho, sobre las que se hallaban las esculturas de las virtudes cardinales: La Fortaleza, la Templanza y la Justicia. Albert Speer, su amigo y el arquitecto del régimen, había reformado la Cancillería meses atrás. Y decidió, siguiendo Platón, añadir también una cuarta Virtud: la Prudencia.

Las contempló largo rato, mientras se tapaba los oídos. Respiró profundamente, intentando ahuyentar a aquella voz, fruto del cansancio, tal vez de la enfermedad. Porque Hitler se sabía enfermo. Muy enfermo. La cuestión era solamente cuánto tiempo podría disimularlo. Era un hipocondríaco, sí, pero su paranoia se alimentaba de la certeza de que su cuerpo se estaba pudriendo por dentro.

Otto Weilern. Otto Weilern. Otto Weilern. Otto Weilern. Otto Weilern

—¡Calla! —chilló, recordando al fin. ¿No se llamaba así uno de los hombres que citaba el memorándum que le había mandado Himmler por la mañana?

El Führer se abalanzó sobre su mesa de trabajo y buscó febrilmente el documento, que había ojeado un rato antes. Varias hojas de papel resbalaron por las incrustaciones de bronce que decoraban el mueble, deteniéndose justo sobre un relieve de la Cabeza de la Medusa. Por fin, sobre un segundo relieve que, dominando la parte central del mueble, dibujaba el contorno de una espada a medio desenvainar, encontró el informe del Comandante en Jefe de las SS.

—Ah, sí, Otto Weilern — farfulló, sin dejar de leer.

Días atrás, le había pedido a Himmler un hombre para una misión especial. Debía ser alguien decidido, de fuerte carácter, pero no quería un fanático ni alguien que le venerase. Debía saber la verdad. Debía tener una fuente de información externa y veraz para los tiempos que se avecinaban.

Himmler, con aquellos pocos datos, le había aconsejado a un joven miembro de las SS: Otto Weilern. Pero había otros candidatos. Incluso alguno con mejores credenciales.

Hitler terminó de leer el informe y lo dejó sobre la mesa. Caminó nervioso de nuevo por su despacho, que tenía casi cuatrocientos metros. Estaba pensando. Himmler, el poderoso jefe de las SS y la Gestapo, le pedía, además, un nombre en clave para la misión que le encomendarían.

¡Otto Weilern! Y entonces recordó quién era aquel muchacho. Alguien que estaba en otra lista, una muy diferente, una que iba a decidir el destino de la Alemania nazi.

Es él, es Otto al que buscabas hacía tiempo. ¿No ves que no puede ser una casualidad?

—Ha vuelto —murmuró Hitler, meneando la cabeza—. La voz ha vuelto y ahora no querrá irse.

Al final de uno de sus paseos, se vio de nuevo delante de la puerta que guardaba la escultura de la Prudencia platónica.

Otto Weilern. Si quieres que el Reich sobreviva, debes confiar en él.

Hitler asintió. Por una vez, escucharía a aquella maldita voz. Tal vez quisiera arrastrarle a la perdición, pero nunca le había mentido. Así pues, elegiría a aquel hombre. Pero debía tener cuidado, debía ser muy prudente, porque la voz no era su amigo. De eso estaba seguro.

Entonces decidió también cuál sería el nombre de la misión que le encomendarían.

Y así fue como el Untersturmführer-SS Otto Weilern fue escogido para liderar la Operación Klughei (Operación Prudencia, en alemán).

NOTA DEL AUTOR: para más información véase la saga de EL JOVEN HITLER (también e ebook). La precuela a la saga de LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, donde conocerem cómo nacen los demonios de la mente, esas voces que el futuro Führer oye en su cabeza.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Yo era sólo un muchacho que acababa de cumplir 17 años. Creía en Adolf Hitler, le adoraba, como prácticamente todos los alemanes. Me encantaban sus discursos y también los de Goebbels. Recuerdo especialmente uno en el palacio de los deportes que me llegó al corazón y que…

Bueno, ya he dicho que sólo era un muchacho impresionable, y supongo que tan fácil de engañar como cualquier otro de mis compatriotas. Porque recuerdo que fui de esos que levantaba el brazo derecho bien alto y gritaba Heil Hitler, de esos que sabía que durante un paseo romántico debes tomar a tu pareja con el brazo izquierdo para tener el otro libre. Nunca se sabe cuando alguien va a saludarte: en cualquier momento puedes necesitar ese brazo para demostrar a todo el mundo que sabes elevarlo al nivel de los ojos y gritar bien fuerte el saludo alemán que, siempre invocando a nuestro Führer, nos hacía a cada grito y a cada alzamiento de brazo un poco más esclavos.

Pero el Otto Weilern de entonces no comprendía lo que sucedía a su alrededor y, por lo tanto, no dudaba de nada, y mucho menos de las consignas del partido. En la época en la que fui reclutado para la operación Klugheit yo era un nazi modélico y me sentía tan satisfecho de serlo como cualquier otro ciudadano de la nación.

El día en que comenzó todo fui llamado a la sede de la SD o Sicherheitsdienst, el servicio de inteligencia de las SS. Allí me esperaba Reinhard Heydrich, la mano derecha de Himmler y el responsable tanto de la propia SD como de la Gestapo.

— Bienvenido, camarada Weilern —dijo Reinhard, luego de los Heil Hitler de rigor, alargándome una mano desde detrás de su mesa de trabajo.

Yo estreché su mano y tomé asiento.

—Un placer, Obergruppenführer-SS.

También podría haberlo llamado "señor director de la oficina central de seguridad del Reich", pues había unificado la Gestapo, la SD y la policía criminal en un gigantesco entramado más conocido por las siglas RSHA... pero yo sabía bien que a los altos mandos de las SS les encanta el sonido de los largos y complicados nombres con los que Himmler ha dotado a las jerarcas bajo su dominio, nombres casi impronunciables como Obergruppenführer-SS.

Heydrich, como muchos otros en el régimen nazi, era miembro de varias organizaciones; en su caso, de las SS, de la Gestapo y de la SD, pero un miembro de las SS es ante todo y por encima de todo un miembro de las SS. Todo lo demás es accesorio.

Porque las SS eran el ejército personal de Hitler y formar parte de su estructura el honor más grande para un nacionalsocialista.

Reinhard, que sabía de sobras esto que estoy explicando, sonrió al oír su graduación SS y asintió con la cabeza, como si entendiera que había tratado de halagarle, como en realidad había sucedido. Luego me sonrió y se hizo el silencio.

Un silencio largo, fundamentalmente un silencio extraño. Heydrich me miraba y yo esperaba. Pasaron al menos cinco minutos. Una eternidad para un alto mando, un burócrata del Reich, teniendo en cuenta que para ellos el tiempo es algo precioso. Percibí, no obstante, que no me estaba examinando, que no trataba de meterse en mi cabeza o de hacerse un juicio de valor a través de la observación. Sencillamente, esperaba. Por entonces yo no conocía bien a Heydrich pero tal vez esto debería

haberme hecho entender un punto esencial de su carácter. Siempre hacía lo que debía hacer para su propio beneficio. No le importaba nadie: el resto de la raza humana no contaba para él. Carecía por completo de la más elemental empatía.
En aquel momento, no sabía si yo iba a serle útil y a día de hoy estoy convencido de que, sencillamente, estaba callado porque descansaba la vista. Esperaba la llegada de un nuevo visitante que arrojaría luz sobre mi utilidad en uno de sus maquiavélicos planes. Hasta ese momento, y aunque yo estuviera en la habitación, bien podría haber estado en cualquier otro lugar o ser una estatua de piedra. Me saludó y se dedicó a mirar un punto fijo tras de mí, esperando, tal vez lucubrando algún sórdido plan de futuro que involucraría a cualquier otro pobre desgraciado o a toda la raza humana. Pero, entre tanto, y hasta que no quedase demostrado que yo le iba a ser útil… por lo que a Heydrich se refería, Otto Weilern no existía.
Y el silencio se reprodujo, pesado, amenazador, al menos otro par de minutos. Yo tragué saliva y callé, por supuesto, estaba delante de uno de los hombres más poderosos de Alemania. Si quería estar callado, pues callados estaríamos todo el tiempo que hiciese falta.
Pero el último invitado a aquella extraña fiesta finalmente llegó. Un estirado oficial abrió la puerta, gritó "Heil Hitler" y dio paso al doctor Theo Morell, el médico personal del Führer. Yo apenas lo conocía de vista por alguna foto de prensa y me extrañó su presencia.
— Ya está hecho —anunció Morell, con una sonrisa en los labios.
Heydrich lo examinó con aquellos ojos diminutos suyos, tan extrañamente juntos, tan perturbadores. Se levantó de nuevo de la silla y estiró la mano como había hecho conmigo desde detrás de su mesa de trabajo para dar un largo apretón a Morell. Parecía satisfecho.
— ¿Te costó mucho influir en su decisión?
— No demasiado. Susurré el nombre del joven Weilern desde detrás de la puerta y nuestro amigo comenzó a dar vueltas como un león enjaulado, hablando de sus demonios, de que le perseguían y de todas esas estupideces. Había tomado la precaución de serenarle con uno de mis combinados especiales aunque, por un momento, temí que perdiera el control. Pero al final todo ha salido según lo esperado. Me consta que ha llamado a Himmler y la operación Klugheit ya está en marcha.
— Hay una cosa que me preocupa de lo que dices —opinó Heydrich, torciendo el gesto— No pensaba que estuviese tan mal. ¿Hasta qué punto está enfermo?
— Es difícil de saber. El mal avanza pero nos hallamos ante un hombre de una extraordinaria fortaleza mental. Cualquier otro se hubiese derrumbado ya. Todavía puede aguantar algunos años antes de perder definitivamente la cordura. Y hasta que llegue ese día pasará por diversas fases.
— ¿Podrás ocultar al resto de médicos mucho más tiempo su estado de salud? — Inquirió esta vez Heydrich, arqueando las cejas. Por un momento, cuando hizo este gesto, me recordó a un demonio de los que se ven en los libros iluminados, en las estampas de los volúmenes antiguos.
—Brandt y el resto de mis colegas son todos unos imbéciles. Además, he falseado los análisis de sangre del paciente. Me extrañaría mucho que descubran nada hasta que se haga absolutamente evidente que está en el último estadio de la enfermedad.
Yo ignoraba, por supuesto, que estaban hablando del Führer. En realidad, no tenía ni idea de qué demonios iba todo aquel asunto, cuánto me sucedía me quedaba tan grande que sólo tiempo después pude atar cabos y comprender la trascendencia de esta conversación.
En cualquier caso, de pronto las preguntas de Heydrich se terminaron y se volvió hacia mí, como en aquel preciso instante hubiese advertido que yo estaba en la habitación.

— Otto, mi querido muchacho, es mi deber informarle que acaba de ser ascendido a Obersturmführer-SS —me anunció, sin mayores preámbulos, sabiendo que a mí también podría seducirme con el sonido de mi nueva graduación en las SS.
— Yo, yo… — tartamudeé, pensando en que ahora mi grado sería aproximadamente el de un teniente en el Ejército de tierra. Para alguien con 17 años recién cumplidos era una promoción excelente. Pero alejé rápidamente aquel pensamiento de mi cabeza y traté de sobreponerme —. Muchas gracias, señor. ¿Pero puedo preguntar a qué debo tal honor?
— Sí, claro que puede — sonrió. A Heydrich le encantaba sonreír de una forma torcida, sinuosa—. El Reichsführer-SS Himmler y yo mismo le vamos a encomendar una misión especial. El nombre clave de esta misión es operación Klugheit.
Ascendido a teniente y al frente de una misión especial de las SS en una sola mañana. Por un momento fui tan imbécil de pensar que aquel era mi día de suerte. Creo que me sentí tan contento que intenté sin éxito tartamudear un par de frases antes de decir:
— ¿Y en qué consiste esa misión, señor?
Heydrich volvió a incorporarse, y dio media vuelta a su mesa de trabajo para venir a mi encuentro. Fue entonces cuando pude distinguir su cuerpo desgarbado, sus brazos anormalmente largos, sus ojos azules y profundos y su nariz aquilina, que a corta distancia resultaba una caricatura, como la de un monstruo. Se colocó junto a mi asiento y entonces su pelvis y una de sus delgadísimas piernas me rozaron los brazos. Tuve un escalofrío. Aquel hombre era exactamente igual que una araña, la réplica humana de una perversa y terrible araña que va tejiendo la red en torno a su presa.
— La operación Klugheit es una oportunidad maravillosa para usted, mi querido Obersturmführer-SS. Estoy seguro de que le va a encantar de qué se trata cuando se lo explique.
Alguna parte de mí, de forma instintiva, había intuido el peligro, pero ni en la peor de las pesadillas podría haber descubierto la verdad. Porque no me hallaba solo ante un ser manipulador, una araña perversa que tejía redes que eran hilos de titiritero en torno a las vidas de los hombres. Me hallaba, sencillamente, ante el ser más siniestro, depravado y maléfico que haya pisado jamás la faz de la tierra.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: INFLUENCIA DE MORELL SOBRE HITLER Y SU LUCHA CON BRANDT

Karl Brandt (1904-1948) fue médico personal de Hitler. Se enfrentó con Morell a causa de la influencia excesiva de este último sobre el Führer. Interrogado por los americanos al acabar la guerra, afirmó que lo mantenía hechizado a base de tratamientos experimentales, inyecciones de glucosa, de hormonas, etcétera... Aunque Brandt, como otros médicos, se mantuvo dentro del círculo de Hitler, fue perdiendo poder. Finalmente, fue juzgado por los aliados tras la caída del Tercer Reich. Murió en la horca por dirigir la Aktion T4, los programas de eutanasia nazis destinados a gasear a los deficientes mentales y aquellos cuyos genes se creían eran perniciosos para el desarrollo futuro de la raza aria.

LUGAR Y FECHA: ALEMANIA. DURANTE TODA LA GUERRA MUNDIAL

Theo Morell se convirtió en el médico principal de Hitler y desplazó progresivamente al resto de los galenos. Su influencia fue decisiva, pues le convirtió en un adicto a sus remedios.

CONSECUENCIAS: SÓLO MORELL CONOCÍA LA SALUD DE HITLER

La enfermedad que sufría Hitler es incluso en el presente difícil de evaluar y suscita controversia. Pero es un hecho que tenía vahídos y crisis, aparte de escuchar sonidos, pitidos y tal vez... ¿voces? Este tema está ampliamente documentado.

II

Había pasado una semana desde que decidió que habría guerra con Polonia. El Führer se hallaba de un humor excelente y, como le pasaba a menudo, estaba pensando, no en la gloria ni en las batallas del porvenir... sino en Eva Braun.

Porque Hitler amaba a Eva Braun. Aunque en su propia casa, el Berghof, tuviera que entrar valiéndose de un pase de visita y en él rezara: Secretaria del Führer. Aunque pasase tres cuartas partes de su tiempo sola, esperando una llamada de su Jefe (como a menudo le llamaba), o una carta... o acaso ese momento en que su Adolf le anunciaba que los deberes de estado le permitían pasar unas horas con ella.

Pese a todo, nunca en toda su vida amó Hitler a nadie más que a Eva Braun. Por ella fue capaz de soslayar sus deberes como Canciller y Jefe del Estado; buscó tiempo para compaginar ese sacerdocio que era su cargo y el cariño que sentía por aquella joven bávara no demasiado inteligente, no demasiado refinada, no demasiado guapa en realidad, pero que le amaba por encima de todas las cosas. Se lo demostró cuando, siete años antes, se disparó un tiro en el pecho, hastiada de aquellas largas esperas sin su hombre, mientras éste intentaba conquistar el cariño de su verdadera esposa: Alemania. Por entonces luchaba para encaramarse a la cima del poder en el Reichstag, el Parlamento, y la tuvo olvidada durante varias semanas hasta que le llegó la noticia de su intento de suicidio.

Y entonces lo dejó todo para ir a verla al hospital, para decirle que la amaba y que nunca más la dejaría tanto tiempo sola. Era mentira, por supuesto, pero era ese tipo de mentiras que los enamorados deciden creer de buena gana.

Tal vez la amó desde el primer día, desde que ella le atendiera en la tienda de su amigo Heinrich Hoffmann, fotógrafo oficial del partido. Sí, desde siempre. Estaban predestinados a alcanzar la cima juntos y a despeñarse cogidos de la mano.

Estaban hechos el uno para el otro y fueron siempre una unidad indisoluble, aunque muchos no lo crean. El Reich alemán no habría sido lo que fue sin Eva Braun.

Sin embargo, el Führer titubeó en una ocasión acerca de aquellos sentimientos, albergó dudas por un instante (tal vez breve pero verdadero) respecto a si todavía amaba a Eva o acababa de enamorarse de otra mujer.

Y esta mujer fue Unity Valkyrie Mitford. El momento: justo antes de que estallara la guerra mundial, en plena crisis de Danzig.

Hitler había denunciado que Alemania estaba partida en dos a causa de aquel ignominioso Tratado de Versalles que había puesto punto y final a la Gran Guerra de 1914, que un día sería llamada Primera Guerra Mundial. Por ello, era su obligación de estadista y patriota reunir de nuevo las dos partes del Reich, aunque para ello se arrebatara a los polacos territorios que las grandes potencias les otorgaran en aquel infame Tratado. Así pues, iba a recuperar el corredor del Báltico y la Ciudad Libre de Danzig. No había marcha atrás.

En las semanas siguientes hizo discursos encendidos en el Reichstag, informó al embajador polaco en Berlín que el pacto de no agresión con aquel país ya no tenía validez y, ante sus acólitos, de nuevo en la Cancillería, volvió a declarar que la guerra con Polonia era inevitable. Asimismo, se mostró fanfarrón, asegurando, entre aspavientos, que si Francia o Inglaterra se oponían a sus planes, no

tendría problemas en aplastarlas también.
Pero el Führer no siempre decía la verdad, y menos a su entorno. En realidad, deseaba evitar a toda costa un enfrentamiento con las potencias occidentales y su objetivo era seguir atacando en dirección este. Polonia era sólo una plataforma para una futura invasión de la Unión Soviética. Allí, en las interminables estepas rusas, estaba el futuro de Alemania, el Lebensraum o Espacio Vital que describieron los geógrafos nazis, los territorios que necesitaba la raza germano nórdica para satisfacer sus necesidades y florecer en el seno de la más grande nación de todos los tiempos.
Hitler, sobre todo, deseaba evitar un enfrentamiento con el imperio británico. Día y noche le daba vueltas con horror a la idea de que dos pueblos germánicos se asesinaran (Hitler creía que buena parte de los ingleses compartían la misma sangre que los arios). Tal vez por ello aquella muchachita inglesa, Unity Mitford, significaba tanto para él.
—No habrá guerra entre nuestros pueblos, mi Führer —le había prometido ella aquella misma mañana, mientras desayunaban.
Y Hitler la creyó. Tal vez con la misma candidez con que Eva Braun le había creído cuando el Führer le aseguró que pasarían en adelante mucho más tiempo juntos. Hitler creyó a Unity porque deseaba creerla. A veces, con eso basta.
—Mi propio nombre, Unity, en alemán significa Unidad, mi Führer. Yo he venido a este mundo para servirle a usted y a mi país, para que Alemania y la Gran Bretaña formen con el tiempo una unidad indisoluble, su patria como la Reina de las Tierras de Europa, la mía como la Reina de los Mares.
Era una visión hermosa. También una completa estupidez, por supuesto, porque pensar que Inglaterra iba a permitir que una nación dominase el continente, resultaba un sueño casi pueril. Uno de los fundamentos de la política británica en los últimos siglos había sido evitar que ninguna potencia terrestre cobrase la fuerza suficiente para poder construir una flota que conquistase la isla desde la que gobernaba su imperio. Dentro de Europa y a la vez fuera de ella, los ingleses siempre han creído que la base de la talasocracia, de ese dominio de los mares del que hablaba Unity, es que ningún estado europeo sea más poderoso que la propia Gran Bretaña.
—Yo he sido enviado por la Providencia para guiar al pueblo alemán a sus máximas cotas de expansión, para redimirle de Versalles y que alcance la grandeza que se merece. —Hitler hablaba con su voz más dulce, mientras acariciaba las mejillas sonrosadas de la muchacha— No puedo equivocarme. Aunque estalle una guerra en Polonia, debo estar seguro, Lady Mitford, que la batalla no se extenderá más allá.
Al menos, de momento, añadió mentalmente.
—Mi Führer —le ofreció entonces Unity, temblando de emoción—, hablaré en persona si es preciso con gente influyente en mi país. Viajaré de vuelta y les haré entender que nada tienen que temer de usted ni del Reich.
Unity era una jovencita impresionable. Creía firmemente en la misión divina que llevaba a cabo el Führer y estaba imbuida de la ideología del partido nazi. Aunque sólo llevaba cinco años en Alemania, era una completa fanática. Muy pronto había adoptado el saludo nazi o saludo alemán, lo que le había valido más de un disgusto con el embajador inglés, que no entendía que una muchacha de buena familia, la mismísima hija del barón de Redesdale, se presentase ante él como si fuese una líder de la Liga de Muchachas Alemanas, brazo en alto, chillando Heil Hitler. Pero Unity era inmune a cualquier crítica a sus creencias, a la causa del Führer y todavía menos a su persona, porque le creía un gigante destinado a perdurar más allá del tiempo. Además, se daban dos casualidades que

acaso influyeran en su decisión de entregarse a la causa nacionalsocialista: su propio y estrafalario nombre, Unity Valkyrie, de indudables resonancias Wagnerianas, a esas valquirias del Anillo de los Nibelungos; y a que su nacimiento había tenido lugar en una localidad canadiense llamada (lo cual era casi increíble) Swastika, como la cruz gamada, el símbolo nazi por excelencia.
Todas estas casualidades también influyeron en Hitler, que pensaba que el destino había puesto en su camino a aquella veinteañera de cabellos dorados y piel blanquísima por alguna razón. No podía ser todo azar. Y es por eso que le dedicó más tiempo que a ninguna otra mujer de las muchas que mariposeaban a su alrededor.
Porque a Hitler le gustaba verse rodeado de bellas mujeres y a lo largo de los años se dijo que había tenido relaciones con actrices como Pola Negri, Lil Dagover u Olga Chejova, así como con la directora de cine más famosa del mundo: Leni Riefenstahl. Pero todo eran mentiras, exageraciones, algunas orquestadas por el propio Goebbels, su Ministro de Propaganda. La idea era vender al pueblo que su líder era un hombre que podría casarse con la más codiciada de las hembras pero que a todas las rechazaba a cambio de una dedicación completa a las tareas de gobierno.
El Führer no podía tener más esposa que Alemania.
Pero había una razón más sencilla para explicar por qué el Führer no inició una relación con ninguna de ellas: él era fiel a Eva Braun. El Führer la amaba, o creía amarla, que es la misma cosa, porque el amor se forja a partir de autoengaños.
Sin embargo, aquella muchacha, Unity... aquella inglesita tenía algo especial, algo que le hacía temblar como cuando era un adolescente marginado y todas las mujeres le despreciaban.
Era una sensación maravillosa sentir de nuevo una pasión que le hervía la sangre y saberse correspondido.
En los días siguientes, continuó pensando en ella. A todas horas. Firmó el Pacto de Acero con Italia, con lo que se aseguraba el apoyo de ésta en caso de conflicto pero Hitler tenía la cabeza en otra parte. Llamó a Unity por teléfono aquella misma noche, y ambos estuvieron de acuerdo que ahora Inglaterra se daría cuenta de que, si defendía Polonia de un ataque de la Wehrmacht, se enfrentaba a la posibilidad de una guerra en varios frentes, de una nueva guerra mundial.
—Inglaterra y Alemania no lucharán la una contra la otra, mi Führer, lo siento en el corazón —le prometió una vez más Unity.
Y Hitler tembló de la cabeza a los pies pensando que en ese momento ella estaría apoyando una de sus blancas manos en aquellos pechos pequeños, lisos, ovalados... perfectos.
Pero no tenía tiempo para ir a visitar a la muchacha aquella noche. El asunto de Rusia estaba avanzando a buen ritmo y tenía que seguir redactando junto a Ribbentrop, su ministro de asuntos exteriores, el borrador de un acuerdo con la URRS. Hitler pretendía pactar con los rusos la partición de Polonia. No le importaba darles una porción generosa del pastel polaco porque en pocos años pensaba declararles la guerra y arrebatarles no sólo aquellas migajas sino toda su patria.
Además, si Inglaterra se encontraba ante el hecho consumado, ante la noticia de que dos grandes potencias atacaban sin piedad el mismo objetivo, sus deseos de interferir serían todavía menores.
A las cuatro de la mañana terminaron de plasmar en papel los puntos básicos del pacto de no agresión con los rusos. Aún tenía que pasárselo a Molotov, su homólogo soviético, pero Joachim von Ribbentrop confiaba en el éxito de aquella misión.
—La guerra es necesaria, mi Führer. No podemos seguir expandiéndonos lentamente a base de negociar como hemos hecho hasta ahora. El mundo necesita ver una demostración de fuerza de

nuestros ejércitos. Sólo así nos tomarán en serio.

Ribbentrop era el más militarista de los hombres de confianza de Hitler y fue su principal apoyo moral en aquellos días decisivos.

—En Polonia nos verán en acción. Muchos aún creen que somos vulnerables, pero ese mito se va a venir abajo.

—Sin duda, mi Führer. Y si Rusia ataca por el este, Varsovia se rendirá en pocos meses. Creo que convenceremos a los rusos que tenemos mucho más que ofrecer que las potencias occidentales. —Se mesó pensativamente la barbilla—. Aunque seguramente nos pedirán el control de los países del Báltico, Estonia, Lituania... Tal vez algunas concesiones más.

Hitler asintió. No era el momento de andarse con remilgos.

—Lo que sea para que firmen el acuerdo. Promételes lo que sea, pero que firmen pronto. Lo necesito antes del final de agosto.

—Pero, pero... eso es poco más de un mes... —tartamudeó Ribbentrop.

—Tenemos que atacar Polonia antes de septiembre —sentenció Hitler. De lo contrario, las lluvias y el mal tiempo convertirían el campo de batalla en un lodazal.

—Pero, mi Führer, eso es imposible...

—Te puse al frente del ministerio de asuntos exteriores para que hicieses cosas imposibles. Para fracasar podría haber colocado en tu puesto a cualquier embajador de pacotilla.

Hitler detestaba el oficio de diplomático y pensaba que todos eran unos idiotas intrigantes sin ningún conocimiento de lo que deseaba el pueblo llano. Sólo confiaba en Ribbentrop, del que decía que era el único de los de su clase con agallas. El Führer se levantó de su asiento y añadió:

—Convence a los rusos en tres semanas. No admito el fracaso. Ya lo sabes.

Ribbentrop levantó el brazo derecho mientras Hitler abandonaba su despacho sin más explicaciones. Y es que al Führer no le gustaba demasiado aquella gigantesca estancia de la nueva Cancillería que Speer le había construido apenas unos meses atrás; prefería su pequeño estudio de la vieja Cancillería. Un lugar más recogido, donde un hombre podía reflexionar. Cuando tenía que trabajar, los espacios abiertos le daban vértigo.

Los dos Guardias de la Leibstandarte SS, que custodiaban la entrada principal de la estancia, se cuadraron e hicieron entrechocar sus talones. Hitler caminaba cabizbajo, dándole vueltas a la cabeza. Estaba seguro que al final conseguiría un acuerdo con los rusos pero seguía teniendo ese pálpito, esa sensación indefinible que le atenazaba las tripas: intuía que con Inglaterra no podría llegar a ninguna suerte de entendimiento.

Tenía que llamarla otra vez.

—Creo que conseguiré que la Unión Soviética apoye mi acción en Polonia.

Unity se echó a reír.

—Mi Führer, ¿sabe la hora que es?

Hitler se mostraba altivo y desafiante con los hombres de su entorno, incluso con los mariscales y los militares de mayor graduación. A todos les gritaba, les sometía a su voluntad, con gesto inflexible. No admitía objeciones ni consejos: sólo obediencia absoluta. Pero no siempre era así.

—Ya sé que es tarde, dulce Lady Mitford, pero es que creo que con el apoyo de Rusia... creo que ahora puedo estar seguro que no habrá guerra con Inglaterra ni con Francia.

Por el contrario, con las mujeres, especialmente las bonitas, su voz se dulcificaba. Era amable y atento a cada uno de sus deseos; vigilaba sus gestos, sus miradas, sin escatimar en halagos. Le

gustaba hablar de política con las mujeres porque era como hablar con uno mismo, como cuando acariciaba a su pastor alemán, Blonda, y le contaba lo duro que había sido el día. La perra le miraba con sus ojos profundos y le lamía la mano, dándole ánimos. No importaba lo que el animal opinase; lo que contaba era que estaba siempre allí, a su lado, fiel hasta el día de su muerte. Por eso el Führer amaba con pasión a los perros y a las mujeres como Eva y Unity.

—Se lo he dicho antes —le susurró la muchacha, con su voz más sensual—. No habrá guerra con Inglaterra. Apuesto mi vida en ello.

Entonces aquella voz que a veces le hablaba desde dentro de su cabeza le dijo a Hitler: *¿vas a creer a esa zorra? ¿Vas a creer en sus mentiras?*

Hitler colgó poco después y se encaminó hacia los jardines, justo delante del Bunker subterráneo. Los soldados que vigilaban el perímetro exterior le vieron caminar muy rápido, a grandes zancadas.

—¡Deja de insultarla, maldita sea! —murmuraba entre dientes, esperando que nadie le oyese—. Ella es especial. Unity es una enviada del destino. Si finalmente Inglaterra no nos declara la guerra, la haré mi amante, tal vez mi esposa. Un alemán y una británica. Todo el mundo entenderá que es un símbolo de un nuevo orden mundial que se acerca.

Hitler, aquella noche, no pensó en nada más que en Unity, ni en Otto Weilern ni en la operación Klugheit ni en ninguna otra cosa. Pero lo peor fue que también se olvidó de llamar a Eva Braun.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

No es fácil de explicar exactamente qué era la operación Klugheit ni mi participación en la misma. Cuando tuve que dejar mi puesto de becario en el Instituto del Tercer Reich para la herencia, la biología y la pureza racial, no sabía qué esperaban de mí. Abandoné también mis clases en la universidad de Frankfurt, hecho un lío, preguntándome por qué me habían elegido para una misión tan importante. Creo que ni a día de hoy lo tengo demasiado claro. O tal vez me engaño.

Heydrich me lo explicó más o menos con estas palabras:

—Otto, querido muchacho, ¿puedo tutearte? ¿No es verdad? El servicio que la patria demanda de ti es más sencillo de lo que pueda parecer. Tienes que observar de forma imparcial los diferentes departamentos, unidades, armas del ejército del tercer Reich y luego llamar en ciertos días de la semana que se te indicarán, y siempre en persona, a nuestro Führer.

— ¿Llamar a Hitler? ¿Está usted de broma, señor?

— Ya te he dicho que mejor será que nos tuteemos. Vamos a ser amigos, Otto. —Heydrich levantó una mano de forma impulsiva, mostrándome la palma, como queriendo llamar mi atención, deteniendo cualquier comentario por mi parte—. El Führer quiere que alguien imparcial, alguien inocente y separado de las estructuras de mando o de su círculo íntimo, le informe de una manera secreta de todo cuanto acontece en Alemania.

Aquello no tenía sentido. Y, si lo tenía, yo no se lo encontraba.

— Suponiendo que entienda lo que se me pide... me pides... No sé si soy la persona más adecuada para llevar a cabo…

— Poco importa que creas o no que eres la persona adecuada para la misión que te ha sido encomendada. La llevaras acabo. En realidad, es algo bien sencillo. Tu misión comienza conmigo. Yo te enseñaré los entresijos de las SS, de la Gestapo, de la SD y de cuantas cosas pidas y necesites. Tú llamarás luego a nuestro amado Führer y le explicarás qué te parece de cuanto has aprendido.

Aquello era una estupidez. Es más, casi era insensato. Por un momento me imaginé las reacciones de los burócratas del gobierno, de los altos mandos de las SS, de los generales del ejército, cuando un crío de 17 años viniera a verles para pedirles explicaciones. Además, no sabría ni siquiera qué preguntarles y probablemente no tendría valor para exigirles cualquier información que no les interesase revelar. Por otro lado, aquello no podía ser una broma. Gente como Heydrich no gastaba bromas. No tenían tiempo para ello. Así que, por alguna razón que se me escapaba, Adolf Hitler quería que yo le informase de forma privada del estado del Reich que él dirigía. Yo, como bien se me había apuntado, debía obedecer y no cuestionar las órdenes.

— En muchos lugares se me pondrán trabas — objeté.

— Se te darán salvoconductos ilimitados, todo el mundo recibirá órdenes estrictas de informarte de cuanto pidas a menos que quieran dar explicaciones a Hitler en persona.

— Algunos no lo entenderán.

— No te creas. La Alemania en la que vivimos es un lugar más pequeño de lo que te parece. Se correrá la voz de que hay un joven muchacho que visita los despachos de los diferentes jerarcas del partido y del ejército, y de que hay que abrirle todas las puertas con la mejor de las sonrisas.

También se sabrá muy pronto que te comunicas casi cada día con el Führer y charlas con él por teléfono, un honor del que disfrutan muchos menos grandes prohombres del Reich de los que te imaginas. Todo el mundo en breve querrá ser tu amigo, te pedirán que hablés bien a Hitler de tal o cual cosa o persona o proyecto o lo que sea... y las puertas se abrirán ellas solas, tengas o no los salvoconductos adecuados.

En eso tal vez tuviera razón. Quizás todo fuese más fácil de lo que a mí me parecía y aquel asunto tuviese una explicación más allá de lo que mis ojos conseguían ver y mi intelecto podía discernir. A pesar de que Hitler tenía multitud de informadores, de hombres de confianza que le notificaban acerca de todos los asuntos de la nación, tal vez me necesitará a mí para tener una visión de conjunto. O tal vez en el fondo realmente la operación Klugheit fuese la estupidez que parecía y que mi cabeza insistía en señalar siempre que trataba de razonar el asunto. De todas formas, poco podía hacer salvo comenzar con mi tarea.

Y eso hice.

— ¿Cuales son pues mis órdenes, Reinhard? ¿Cual es mi primer destino?

Heydrich sonrió y un brillo de maldad resplandeció en sus ojos. Fue entonces cuando una voz de alarma sonó dentro de mi cabeza. Era por todos sabido que Reinhard era un manipulador. Tenía el raro don de anticipar los deseos de sus superiores. Siempre conseguía los mejores cargos porque anticipaba que aquel lugar que nadie deseaba, que aquella misión que parecía menor, acabaría siendo decisiva. Tomó el mando de la SD cuando era una fuerza diminuta y se convirtió en la mano derecha de Himmler en las SS cuando éstas apenas eran un grupo menor dentro de la estructura nazi formado por menos de trescientos hombres. Todas las decisiones que tomaba estaban planificadas al milímetro y nunca hacía nada a menos que le reportara un beneficio.

Y era evidente que se estaba tomando muchas molestias en adoctrinarme, en enseñarme los fundamentos de mi misión, en intervenir en un asunto que a primera vista parecía más un antojo extravagante del Führer, algo sin importancia, más que cualquier otra cosa.

Entonces comprendí que la Operación Klugheit, por alguna razón que no resultaba evidente, debía ser decisiva. Para el propio Führer, para Heydrich y quién sabe para quién más.

— Tu primer destino — me anunció Reinhard Heydrich finalmente, con un tono triunfal cuyo significado tampoco entendí —, seré yo mismo, como ya te anticipé hace un rato. Pero antes del trabajo será mejor que dediquemos un poco de tiempo a conocernos mejor. No todo son obligaciones en la Alemania nacionalsocialista, querido Otto. Te invito a unas copas. Conozco un local en la Alexanderplatz que estoy seguro de que te va a encantar.

Naturalmente, era impensable que yo rechazase un ofrecimiento semejante, una demostración más de la importancia que aquel hombre daba a mi persona y a mi misión. Aunque ni siquiera lo comenté, en realidad tenía una cita aquella noche con una muchacha, Mildred, una persona que con el tiempo sería importante en mi vida. Pero tendría que posponer la cita para otro día. Esperaba tener tiempo para llamar por teléfono y avisarla de que no podríamos vernos.

— Será un honor, Reinhard —anuncié por fin, con un nudo en la garganta.

Todo aquel asunto seguía dándome mala espina. Y no andaba equivocado.

III

El festival de Bayreuth era una cita ineludible en el calendario del Führer. Un gran evento, un espectáculo creado por Wagner para glorificar sus propias piezas musicales. Durante varios días, se tocaban las grandilocuentes óperas del músico sajón en un gran teatro creado ex profeso en la localidad que daba nombre al festival.

Hitler creía que Wagner era el más grande compositor de todos los tiempos. Por eso, desde su llegada al poder, apoyó al festival (endémicamente deficitario) con constantes inyecciones de dinero y lo convirtió en un punto de encuentro del nacionalsocialismo, pues llegaban aduladores de todas partes tanto para oír a Wagner como para hacerse ver junto al Führer. Por entonces dirigía el festival Winifred Wagner, nuera del músico, que había tomado las riendas desde que su hijo muriera en 1930. Winifred fue una de tantas mujeres a las que se les imputó un romance con Hitler, especialmente alimentado por un desacertado comentario del propio Adolf, que en una ocasión declaró que si las tareas de estado le dejasen tiempo para el matrimonio la elección lógica sería aquella mujer del linaje de los Wagner.

Y era un comentario desacertado por muchas razones: primera, porque Hitler ya estaba casado, aunque no a ojos de Dios ni del pueblo alemán, con Eva Braun. Segunda porque Winifred no tenía sangre de los Wagner más que por matrimonio y el sueño de Hitler de unir su nombre al de Wagner era materialmente imposible. Y tercero porque Winifred pasaba ya de los cuarenta y aunque Hitler acaba de cumplir cincuenta, sólo tenía ojos para las mujeres jóvenes, de muy pocos más de veinte años. Muchachas como Unity Valkyrie Mitford.

Aquel año Hitler volvió a invitar a Unity al festival (ya lo había hecho en 1936) y se les pudo ver paseando por los prados circundantes, en más de una ocasión, durante los festejos.

—Inglaterra no combatirá con Alemania por esos miserables polacos —le aseguró una vez más Unity.

Era lo mismo que le decía Ribbentrop. Pero aparte de su ministro de asuntos exteriores y de Unity, pocos opinaban en esa forma. El alto mando del ejército y su mano derecha, Goering, aparte de otros muchos de sus consejeros, creían que la guerra con las potencias occidentales era inminente a menos que rebajasen sus exigencias en la mesa de negociaciones.

—Necesito las llanuras del oeste de Polonia para continuar creciendo, Lady Mitford. De lo contrario...

Hitler calló abruptamente. Hubiera querido explicarle que las razones que le llevaban a la guerra no tenían nada que ver con la injusticia del tratado de Versalles y el que Alemania estuviera partida en dos mitades. No le bastaba recuperar el pasillo de Danzig y reunir su patria en una sola. Ése era muy poco territorio adicional y él quería (precisaba) la parte más rica de Polonia.

El Reich había gastado millones y millones de marcos en rearmarse y crear un poderoso ejército. Pero para ello había puesto en circulación tal cantidad de moneda que Alemania estaba al borde de una enorme crisis económica. A fuerza de crear marcos de la nada, podía suceder que el marco dejase de tener valor y los precios subieran hasta unos límites que arruinasen al país entero. Era lo que los economistas llamaban hiperinflación. Y aunque al Führer aquella palabreja le resultase incomprensible, sus asesores económicos le habían dejado bien claro que si se producía sería el fin.

Así pues, necesitaba que el dinero siguiera fluyendo para rearmarse y poder enfrentarse un día a

Rusia y quien sabe si a las potencias occidentales más tarde. Pero poder seguir rearmándose sin caer en la hiperinflación debía tomar Polonia, crecer lo suficiente con esos nuevos territorios, mercados y materias primas para poder seguir imprimiendo marcos y rearmar todavía más a sus ejércitos. Un círculo de éxitos sin fin o el desastre. Sólo si seguía progresando podría conquistar el mundo.

La expansión de Alemania era un movimiento que sólo tenía sentido si era continuo, imparable. Si se detenía se vendría abajo como un castillo de naipes. Sin los territorios de Polonia el país se hundiría en la miseria y entraría en la bancarrota. Así de sencillo era todo.

O la guerra o nada.

Pero todas aquellas cosas eran demasiado complejas para la mente de una mujer, pensaba Hitler, y se había detenido a media frase pensando qué decir, algo que comprendiese aquel bello envoltorio al que estaba comenzando a amar.

—Estoy enfermo. No me quedan muchos años de vida.

Soltó aquella frase de golpe, casi sin darse cuenta. Su mente había ido al origen, a la verdad, al meollo de todo el asunto.

—Oh, mi Führer. —Unity le cogió del brazo— ¡No es posible!

—Hace unos años murió de meningitis un antiguo chófer y un buen amigo. Entonces lo supe.

La muerte de Julius Schreck fue un duro golpe para Hitler. Quizás no fuese el más cercano de sus hombres de confianza, pero había estado a su lado desde sus inicios en la política y había nacido una década después que él. Más o menos en la época en que falleció Julius, el Führer comenzó a sentirse enfermo. Primero fue un pitido en los oídos, luego fue aquella maldita voz que le perseguía a todas partes.

Pero Hitler sabía que la voz era un síntoma de otra cosa. La voz siempre había estado ahí, agazapada, esperando para aniquilarle. Ahora que sabía que Hitler estaba acabado era cuando se estaba haciendo más y más fuerte. A medida que él se debilitaba, sus demonios crecían y crecían, dispuestos a devorarle. El doctor Morell le había puesto nombre a su enfermedad (un secreto que sólo ellos dos conocían) pero cómo se llamara su mal ero lo de menos. Lo importante era que su tiempo era escaso. Y por tanto debía aprovecharlo.

—Llevo medio siglo en este mundo, mi dulce Unity —añadió Hitler—. Es el momento de hacer algo antes de que la enfermedad pueda conmigo.

Aparte de los pitidos, los chirridos y las voces que escuchaba, tenía constantes dolores estomacales, diarrea, sensibilidad extrema al calor y al frío y un montón de pequeñas molestias adicionales, pequeños asesinos que devoraban el cuerpo y la cordura de Hitler. Pero Hitler había decidido ocultársela al mundo, razón por la que Theo Morell falseaba los informes médicos y todos sus análisis.

—Es usted aún muy joven. Vivirá muchos años —lloriqueó Unity, con los ojos brillantes.

—No, no es así. Lo sé. Todo lo que consiga en esta vida debo hacerlo en los próximos cinco o seis años. Luego estaré muerto o retirado de la vida política. Mi destino es triunfar ahora... o fracasar. Por eso tengo tanta prisa, porque algo dentro de mí me dice que el tiempo se me acaba.

Unity puso una mano enguantada en sus mejillas. Hitler, que aborrecía el contacto físico innecesario, se lo permitió. Se besaron por primera y última vez.

—Oh, mi Führer. Créame cuando le digo que en esta ocasión está usted completamente equivocado. Porque va a vivir cien años al menos. Alemania no podría sobrevivir sin usted. ¡Cien años! Los primeros cien de ese Reich milenario del que habla Goebbels.

Hitler esbozó una sonrisa. Sus labios le sabían a la juventud de la muchacha. Era como si, por un segundo, le hubiese prestado la luz de esa vida naciente que en ella palpitaba.
—Ojalá, Lady Mitford. Ojalá.
Regresaron en seguida al festival, donde se estaba representando el Anillo de los Nibelungos y las valkirias campaban por el escenario. Max Lorenz, el tenor más famoso de Alemania (y uno de los más conocidos del mundo), era la estrella del espectáculo y, desde hacía seis, la principal atracción del festival de Bayreuth. Hitler, tan estricto con el conjunto de su pueblo, sabía hacer excepciones cuando alguien demostraba su valía. Y Lorenz era el vivo ejemplo de ello. Casado con un medio judía y famoso por sus escándalos sexuales con otros hombres, era una figura intocable para el régimen. Todos sabían que al Führer le encantaba su voz y en público había expresado que el festival no sería lo mismo sin él. Así que todos miraban a otro lado en todo lo relacionado con el famoso tenor.
Concentrado en la voz de Lorenz y siguiendo la música con los ojos cerrados, Hitler no podía dejar de pensar en Unity Mitford. No podía ser casualidad que aquella muchacha nacida en el imperio británico, en un pueblo llamado Swastika, por primer nombre se llamase Unidad y por segundo Valkiria. Tenía que ser una enviada de los hados para conducirle a un mundo futuro en que los ingleses y alemanes se "unieran" en un destino común. Lo cual era lógico, ya que compartían la misma sangre.
Tenía que escucharla. Tenía que escuchar a Ribbentrop. Ellos tenían razón y el resto se equivocaban.
—No habrá guerra con el Reino Unido y usted vivirá cien años —le musitó al oído Unity, como si hubiese adivinado el rumbo de sus pensamientos.
Y entonces Hitler le explicó que precisamente asistiendo a una ópera de Wagner, durante su juventud, había decidido convertirse en el guía de su país. La obra se llamaba Rienzi, y trataba de un hombre justo, un ciudadano de la calle, que se levantaba en Roma contra los poderosos y liberaba a su ciudad.
—Al final le abandonan los suyos y le traicionan, dándole muerte —terminó su historia Hitler, mientras acariciaba los gemelos de su camisa.
El resto de la representación estuvo el Führer muy callado, casi apático. Ni siquiera Unity pudo consolarle. Tampoco Kubizek, un amigo de aquellos años de juventud en Viena, y que era precisamente el que había acudido con él a ver Rienzi treinta años atrás. Había sido invitado aquel año al festival por el Führer y estaba deslumbrado por el fasto de aquel lugar y por todos los hombres poderosos que había conocido.
Pero Hitler continuaba absorto, frotando con el dedo pulgar y el corazón el contorno de sus gemelos, de forma nerviosa, mecánica. En un momento de descuido, mientras le servían una copa, pudo Unity observar que los gemelos tenían dibujado un mar encrespado sobre el que se bamboleaba un barco de plata. No supo lo que significaba aquel dibujo. Y debería haberlo sabido. Porque Hitler lo había hecho grabar expresamente.
Era el escudo de la ciudad libre de Danzig. La ciudad por la que, oficialmente, estallaría la segunda guerra mundial, el conflicto que asesinaría no a diez millones de almas como la primera guerra. Serían veinte, treinta, ¡cuarenta! millones según algunos estudios sólo en suelo europeo. Una guerra que asesinaría a un continente: El Asesinato de Europa.

2

LA GUERRA QUE NADIE PUDO EVITAR
(1939, agosto y hasta el 3 de septiembre)

IV

Desde principios de junio, Hitler pasó la mayor parte de su tiempo en el Berghof. Se sentía culpable por los sentimientos que comenzaba a albergar hacia Unity Mitford y procuró estar al lado de Eva Braun todo el tiempo que le fue posible.

Aunque ambos tenían su propio apartamento en Munich, el Berghof era el hogar de los Hitler. Situado en el complejo de Obersalzberg, muy cerca de la ciudad de Berchtesgaden, el Berghof era mucho más que una casa: era prácticamente un palacio, o aún más, se trataba de un enorme complejo residencial. Eva le llamaba el Gran Hotel y estaba siempre lleno de personajes ligados al partido nazi, amigos íntimos del Führer y, sobre todo, mujeres. Hitler acudía a su casa para relajarse y estaba encantado de no tener que oír las voces rudas de sus oficiales. Además, sabía que pronto llegarían unos días frenéticos en los que se decidiría si al asunto polaco sería una pequeña guerra fronteriza o una guerra europea o..., Dios no lo quisiera, mundial. Necesitaba recargar fuerzas para las negociaciones en las que se decidiría el destino de Alemania.

Aquella mañana se había levantado un sol radiante. Estaban a mediados de agosto y sabía que muy pronto llegaría el momento de dar la orden de atacar en Polonia. Hitler estaba preocupado y en su rostro se reflejaba la tensión del momento. Poco después de comer, Eva le convenció para que hicieran una visita a la Casa de Té. Hitler estuvo de acuerdo.

La Casa de Té era un pequeño pabellón de dos piezas donde a menudo acudían a relajarse con una infusión. Desde allí tenían una vista maravillosa de los Alpes Bávaros y de un riachuelo que corría a lo lejos, donde personas y edificios parecían diminutos, como hormigas.

Hitler hizo ademán de quitarse el sombrero y Eva le regañó. El Führer se echó a reír.

—Y me acusan de pretender gobernar el mundo cuando no gobierno ni mi propia casa.

Eva meneó la cabeza en un ademán característico.

—¡No pretenderás coger una insolación!

Un instante de silencio. Hitler miraba el paisaje. Suspiró. Volvía a tener retortijones en el vientre. Dio un nuevo sorbo a su infusión.

—Voy a comprarte otro perrito un día de estos —comentó de pronto, como de pasada.

—¿Para la casa de la Wasserburgerstrasse?

Eva hablaba de su casa en Munich. Ya tenía dos perros en ella, uno que le había regalado el propio Hitler al poco de comprarle la vivienda y un segundo que ya tenía de antes, de la época de su primer apartamento en la Wiedermeyerstrasse.

—Sí, supongo. Tal vez para que te los traigas aquí cuando no esté en Munich.

A Hitler le gustaba regalar perros. Los tenía en muy alta consideración y les tenía más aprecio que a los seres humanos, por su fidelidad, su constancia, su amor incondicional. Eva, por su parte, también los adoraba. En realidad, eran una pareja muy bien avenida y tenían muchas cosas en común. Ella sabía que el Führer quería que se mantuviese en la sombra, que fuera conocida por todos los jerarcas del partido nazi como la “mujer de Hitler” pero que oficialmente nadie supiera nada de ella. De hecho, la primera dama del Reich era, a ojos de la opinión pública, Magda Goebbels, la esposa del Ministro de la Propaganda, aunque había quién opinaba que ese puesto le correspondía a Emmy Goering, ex actriz y segunda esposa del Mariscal del aire Hermann Goering. Eva, por supuesto, las odiaba a ambas por igual (tal vez a Magda un poco más), pero sabía cuál era su lugar y se mantenía

en un discreto segundo plano. Debía hacer aquel gran sacrificio por Alemania y por su amado. Y había terminado aceptándolo después de dos tentativas de suicidio.

—Cuando cambias de tema y luego te quedas callado es que algo te ronda la mente, cariño —dijo Eva, acariciando los cabellos de Hitler.

—Me conoces bien. Estoy triste porque mañana terminan estas pequeñas vacaciones que me he dado a mí mismo. Estaba tan bien aquí, contigo...

—¿Vuelves a Berlín?

—Peor. Mañana viene de visita un pez gordo de la Sociedad de Naciones. Intentaré convencerle de que la guerra con Francia e Inglaterra se puede evitar. Que deben dejarme las manos libres en Polonia. Todo irá bien si son razonables. Sencillamente. Sólo quiero que me dejen en paz.

—¿Y lo conseguirás?

Hitler hizo una mueca. Otra vez el dolor de estómago. Tenía un mal presentimiento. No quería seguir hablando de aquel asunto. Así que, una vez más, cambió de tema.

—¿Y qué perrito te gustaría que te regalase? ¿Un pastor alemán como tu Basko o como mi Blonda?

Eva deslizó su mano desde los cabellos hasta la espalda, masajeando lentamente a su hombre, sintiendo cómo se relajaba con el tacto de sus dedos.

—Demasiados perros enormes tenemos ya. Tal vez algo más pequeño. Un Terrier Escocés, tal vez. Me chiflan los terriers.

Hitler esbozó una tímida sonrisa y miró de nuevo en dirección a las montañas que se perdían hasta donde no alcanzaba la vista. Se quedó así, inmóvil, petrificado, durante al menos una hora.

Hacía un día precioso y Eva cogió su cámara de fotos. Le encantaba hacer fotos de todo y de todos. E inmortalizó aquella velada en la casita de Té. Las instantáneas que tomó aquel día de Hitler, sin embargo, las destruyó. Nunca había visto al Führer tan alicaído en los más de diez años que, con intermitencias, llevaban juntos.

Al cabo de un rato, iniciaron el descenso, cogidos del brazo. Antes de llegar a las inmediaciones del Berghof, Hitler la soltaría para evitar que nadie viese una muestra pública de afecto. Pero a ella no le importó. Aquella tarde, el todopoderoso Führer de la Gran Alemania había sido sólo suyo.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)
[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Durante aquellas semanas en que se suponía estaba investigando a las SS, las SD, la Gestapo y el resto de organizaciones a la sombra del Reich, en realidad no hice gran cosa. Heydrich, en lugar de enseñarme los entresijos de todas estas organizaciones, parecía más interesado en enseñarme todos los bares, tascas y cantinas de Berlín. No recuerdo haberme emborrachado tantas veces en ninguna otra época de mi vida.

En un momento dado, creo que durante la resaca de la enésima borrachera, comprendí que el objetivo de Reinhard, como siempre un paso por delante de cuantos tenía su alrededor, era que no descubriese nada, que no investigase nada y que en mis llamadas al Führer sólo le hablase de generalidades, de vaguedades, de ese tipo de cosas que nada significan y que a nadie comprometen. En realidad, no podía hacer otra cosa porque apenas había avanzado en ninguna dirección y sabía lo mismo sobre el funcionamiento de las SS que un mes atrás. Hasta el momento, la operación Klugheit había sido un fiasco.

A Hitler, sin embargo, no parecía importarle mi falta de información pertinente a la misión. Eran nuestras comunicaciones, siempre telefónicas, breves, formales y amables. El Führer me escuchaba, tomaba en consideración mis opiniones y rara vez hacía comentario alguno. Incluso parecía tratarme con especial cuidado, como si intentase no ofenderme. Tal vez fuera una impresión equivocada. No sé. El caso es que Adolf Hitler tenía fama de impetuoso, de histriónico, de ser capaz de gritar a sus subordinados cuando éstos no cumplían con sus obligaciones. Yo llevaba demasiado tiempo no haciendo gran cosa en Berlín y repitiéndole que las SS iban bien, sin prácticamente añadir nada más porque no sabía nada más. Sin embargo, él nunca se enfadó conmigo ni me levantó la voz y yo, cada día que pasaba, entendía menos cuál era exactamente mi función en todo aquel asunto.

Pero debía seguir cumpliendo con mi papel, fuese cual fuese.

En una de mis escapadas para conocer la vida nocturna berlinesa de la mano de Heydrich, nos acompañó un joven oficial de la SD llamado Walther Schellenberg.

Visitamos el Salón Kitty, una enorme mansión que era al mismo tiempo un burdel, un bar y un nido de espías. Había sido creado para “entretener” a los diplomáticos extranjeros y a algunos hombres de negocios a los que se pretendía agasajar falsamente. En el salón Kitty, aquellos hombres conseguían gratis todo el alcohol y las mujeres que podían desear, y estos se sumergían en el libertinaje de buena gana, dando gracias al Führer y al Reich por su prodigalidad. No sabían, por supuesto, que las paredes eran dobles y ocultaban aparatos de escucha, o que las prostitutas en realidad eran agentes de Schellenberg.

Muchos secretos fueron desvelados en noches de borracheras y sexo descontrolado, sin que aquellos poderosos dignatarios extranjeros pudieran ni siquiera recordar que habían hablado más de la cuenta. Me pareció una idea excelente y así se lo comuniqué al joven oficial, que acaba de ser nombrado jefe de contraespionaje. Heydrich, durante la visita, estuvo muy callado, y cuando abandonamos el Salón Kitty y regresamos a la zona de bares de la Alexanderplatz, su rostro estaba tenso.

—Eres un hombre muy guapo —afirmó de pronto Heydrich, mirando de reojo a Walther Schellenberg, a quien casi se le atragantó el Martini que estaba bebiendo.

—Gracias, Reinhard —silabeo Walther con el rostro contraído por una mueca de sorpresa.
Schellenberg era lo bastante listo como para saber que estaba sucediendo alguna cosa rara. Con toda seguridad, no había alcanzado el puesto de ayudante personal de Himmler y jefe de contraespionaje por ser un idiota. Por desgracia para él, aparte de ser una persona inteligente, también era un imán para las mujeres. No digo que Schellenberg fuera guapo, tenía un rostro aniñado y en mi opinión le faltaba atractivo varonil. No aparentaba más de 20 años cuando frisaba los 30. Pero por alguna razón, las mujeres lo encontraban irresistible. No importaba qué tipo de mujer nos cruzáramos durante aquella noche: mujeres fáciles, jovencitas de la liga de muchachas alemanas, actrices en paro, damas prusianas del más rancio abolengo… Todas cogían entre sus brazos a Walther y lo besaban y lo acunaban como si fuese un hijo pródigo perdido y, de forma maravillosa, al fin recuperado. Jamás en toda mi vida he visto un hombre que pudiese seducir a una mujer con menos esfuerzo. Un tipo con suerte.
—Oh, querido Walther, amigo mío, lo digo en serio, eres un hombre guapo de verdad. Todas las mujeres lo piensan —Heydrich torció los labios en su famosa sonrisa cínica —. Hasta mi mujer, Lina, cree que eres terriblemente apuesto.
Schellenberg tragó saliva. Comenzaba a entrever por dónde iban los tiros. Días atrás, en la isla de Fehmam, en el mar báltico, había tenido lugar una reunión informativa entre altos mandos de las SS y la policía local. Heydrich, que había acudido con su esposa, se tuvo que ausentar a media reunión y, terminada esta, Schellenberg cometió el error de ser amable con Lina Heydrich y llevarla de excursión al lago Ploener. Bueno, tal vez no fuera un error, ni tampoco la decisión más inocente del mundo, pero el caso es que sucedió y ahora ya no podía deshacerse.
—Le prometo, mi Obergruppenführer-SS, que no sucedió nada reprochable en nuestra visita al lago.
—Vaya, Walther, no seas tan estirado. No hace falta que me llames por mi graduación. Yo sigo siendo para ti Reinhard. Todavía somos amigos, ¿no es verdad?
—Desde luego.
Reinhard acentuó todavía más su sonrisa.
—Estoy seguro de que no ha sucedido nada reprochable en esa excursión que hiciste con mi Lina. Pero tiene seis horas para convencerme.
—¿Seis horas?
Yo, que hasta ese momento había ejercido en aquella conversación de convidado de piedra, opté por seguir en silencio porque comenzaba a conocer a Heydrich: algo en su tono de voz me indicó que se iba a revelar alguna cosa importante.
—Sí, Walther, en seis horas tienes que convencerme de que no sucedió nada de lo que haya que arrepentirse. Porque el veneno que te he administrado en tu copa te matará en menos de seis horas si no te suministro antes el antídoto.
Creo que es la situación más embarazosa en la que jamás me he visto envuelto. No diré que se produjo un incómodo silencio porque a nuestro alrededor había gente cantando, mujeres paseándose de mesa en mesa y un entrechocar de jarras de cerveza a menos de un metro de distancia.
Pero bueno, si he de ser sincero, realmente sí se produjo un incómodo y larguísimo silencio. Todos los ruidos del exterior, de pronto, mágicamente, desaparecieron.
Entretanto, Walther había tragado tantas veces saliva que me extrañaba que todavía tuviera la más leve humedad en la garganta que le permitiese hacer ese gesto. Heydrich sonreía y yo les miraba ambos incapaz de reaccionar.

—Estuvimos rodeados de los asistentes de su esposa y de miembros de mi personal todo el tiempo —reveló de pronto Walther, tragando una vez más saliva.
Una voz resonó entonces a nuestra espalda.
—Excepto casi media hora que paseasteis juntos, alejados del resto del grupo.
Era Müller el que había hablado: el director de la Gestapo, a las órdenes directas del propio Heydrich. Ninguno de nosotros había reparado en su presencia, pero ahora estaba de pie, junto a nuestra mesa, alzando un dedo acusador.
—Sólo hablamos de nuestros gustos artísticos, de ópera, de pintores clásicos… —balbució Walther.
—Yo os vi juntitos, muy acaramelados —informó Müller, enseñando los dientes, como si fuera un tiburón listo para saltar sobre su presa—. Disfrutabais mucho de aquella conversación. Demasiado.
Schellenberg lanzó una mirada asesina al director de la Gestapo que, haciendo honor a la organización que dirigía, la policía secreta del Reich, había vigilado “secretamente” los movimientos de Walther en su encuentro con Lina.
—Mi relación con su esposa —prometió Schellenberg, a modo de conclusión, volviéndose hacia Reinhard—, fue respetuosa y en modo alguno traspasamos los límites de la decencia. Hablamos de nuestros gustos y aficiones.... y nada más.
Heydrich meneó la cabeza. Me di cuenta de que no deseaba saber más y que no precisaba mayores explicaciones. Tan sólo había querido dejar claro quién mandaba allí. Con un gesto de la cabeza despidió a Müller, que desapareció de forma tan súbita como había llegado.
—A veces una conversación es mucho más que una simple conversación, ¿no es así, Walther?
Sin aguardar respuesta a su pregunta, Heydrich se levantó y caminó con sus largas y patizambas extremidades inferiores en dirección a la barra del bar, donde pidió nuevas consumiciones, invirtiendo en ello mucho más tiempo de lo habitual. En un momento dado, le vimos hurgando en una de las copas y yo mismo tragué también saliva como el pobre Schellenberg, con la cabeza gacha, sentado a mi diestra. Durante todo aquel tiempo habíamos permanecido en silencio y nada dijimos hasta que Reinhard regresó a nuestra mesa.
—Le aconsejo por su bien, querido Walther, que la próxima vez que tenga ganas de hablar de la historia del arte lo haga con la mujer de otro —sentenció Heydrich, colocando tres nuevas copas en la mesa.
—No tengo sed —declaró Schellenberg.
—Yo le recomiendo que beba —murmuró bajando la voz Heydrich —. Se lo recomiendo encarecidamente. He asistido a demasiados entierros últimamente. Si no me obedece me temo que tendré que asistir a uno más.
Walther pareció titubear pero al final bebió e hizo una mueca de asco.
—Está amargo.
Asintiendo con la cabeza, Heydrich aseveró:
—Sí, tendremos que buscar otro bar. Creo que en este no hacen los Martinis como es debido.
Así era Reinhard Heydrich. Creo que fue la primera persona de este mundo de la que tuve miedo.
Al día siguiente, le informé que había terminado mis investigaciones acerca de las unidades que él comandaba e informaría al Führer de que todo iba como la seda en las SS, la Gestapo, la SD, la Kripo y el resto de divisiones de la policía.
Reinhard se alegró, por supuesto, y me deseó la mayor suerte del mundo en mis próximas misiones.
Tiempo más tarde investigaría en el seno de la operación Klugheit de nuevo a las SS, pero esa es

otra historia. En aquel momento, lo único que pensaba era en alejarme de Heydrich.
Y eso hice, a la mayor velocidad que me fue posible.

V

—¿Dónde irás ahora, Otto? ¿Tal vez al Heer o a la Luftwaffe? ¿O acaso...?

Hitler estaba al teléfono, hablando con Otto Weilern cuando le interrumpieron.

—Cariño —le comunicó Eva Braun—, me parece que están llegando... —La mujer cayó abruptamente al darse cuenta de que en ese momento entraba en la sala Ribbentrop acompañado de un hombre muy delgado vestido con un traje gris.

Se trataba sin duda del diplomático suizo que estaban esperando. Carl Burckhardt era el Alto Comisario de la Sociedad de naciones para el asunto de Danzig y su opinión iba a ser escuchada por las grandes potencias en los próximos días. Por eso el Führer pretendía agasajarle.

—Tiene visita, mi Führer —dijo entonces Eva, sin un asomo de dulzura en su voz, con el gesto adusto. Interpretaba el papel de secretaria, la persona que fuera de aquella casa todos pensaban que era.

—Muchas gracias, fraülein Braun —repuso Hitler, colgando el teléfono luego de un corta despedida con Otto y saliendo al encuentro de su invitado. En su rostro se reflejaba la determinación más absoluta. Convencería a aquel chupatintas de que debían dejarle las manos libres para acabar con los malditos polacos.

Pero las cosas no salieron de ninguna manera tal y como Hitler las había previsto. Aunque llevó al diplomático al Kehlsteinhaus, el Nido del Águila, el lujoso chalet que le había construido el número 2 del partido nazi, Martín Bormann, como regalo de cumpleaños. Por mucho que intentó impresionar al enviado de la Sociedad de Naciones con aquellas vistas grandiosas que pretendían ser un espejo de su propia grandeza. Por mucho que se mostró seguro, endiosado, convencido de que los hados amparaban Alemania en sus justas reivindicaciones. Por mucho que juró y perjuró que las potencias occidentales no tenían nada que temer de él. Aunque se atrevió a insinuar que pactaría por separado con Inglaterra, garantizando sus posesiones a pesar de las infinitas conquistas futuras del Reich. Aunque, valiéndose de la teatralidad habitual de su discurso, pasase de los ruegos a las amenazas, de las amenazas a la ira, de la ira a la desolación, de la desolación a casi el llanto: proclamando la injusticia que estaba obrando el gobierno polaco contra Alemania. A pesar de todo, el alto Comisionado se limitó a tomar nota de todas las afirmaciones, algunas contradictorias, del Führer, y transmitírselas a sus superiores. Burckhardt sólo vio a un hombre que envejecía a días vista y que perdía el control de sí mismo con demasiada facilidad.

Lo que Hitler no podía imaginar es que esta costumbre suya de llevar al terreno de la diplomacia su oratoria vehemente de discurso de cervecería, provocaría con el tiempo el rumor de que el gran guía de Alemania, en la vida real, era un hombre al que le costaba controlarse y que estaba más cerca de la locura que del equilibrio psíquico. Un equilibrio que en vano trataba de simular.

Muchos nunca han sabido (o no han querido) ver cuánto de actor y de histrión tenía Adolf Hitler, y han utilizado sus excesos para demonizarlo y hacer creer que era un demente.

Pero sólo era un político aficionado, un hombre acostumbrado a imponerse a través de un verbo agresivo a todos sus rivales y, por encima de todo, un tipo de cincuenta años, muy enfermo, que tenía mucha prisa en convertirse en leyenda.

Antes de que la negra parca viniera a buscarle.

Hitler sólo podía confiar en su intuición y ésta le decía con voz clara y estentórea, casi como uno de

esos demonios que poblaban su mente:
LUCHA, VENCE, CONQUISTA EL MUNDO ENTERO... ANTES DE QUE SEA DEMASIADO TARDE.
Y Hitler corría hacia el precipicio, decidido a convertirse en una figura clave de la historia o a perecer en intento. Si fracasaba, tampoco sería demasiado grave, porque sentía en lo profundo de su ser que iba a perecer muy pronto de todas formas.

Al día siguiente se recibió una nueva visita en el Berghof. Se trataba del conde Ciano, ministro de asuntos exteriores de Italia. Hitler recibió a su aliado en el salón principal, donde estaba haciendo complicados cálculos y definiendo estrategias en torno a unos mapas de Polonia que le había entregado el estado mayor. Eva Braun tampoco estuvo presente en esta ocasión. Cuando el Berghof dejaba de ser su casa para convertirse en el lugar donde se recibía a las visitas oficiales, ella siempre quedaba en un segundo plano. Aquella jornada, sin embargo, el segundo plano se hizo dolorosamente presente. Hitler sabía bien que en diversas ocasiones su amante había comentado lo guapo que era el conde Ciano. A Eva le chiflaban los italianos. Un poco por celos y otro poco por ponerla en su lugar, Hitler ordenó a Eva que no saliese de sus habitaciones en el piso superior. Desde allí, la joven se dedicó a hacer fotografías de las limusinas en las que habían venido el Conde y su séquito. No paró de hacer fotos a aquellos hombres tan apuestos vestidos con camisas negras y a imaginar cómo sería su vida si realmente un día Hitler accediese a desposarla. Soñó que de verdad era la primera dama del Reich. Le habría encantado poderse mover con libertad por su propia casa y no ser una cautiva. Estaba harta de hacer sacrificios por Alemania. Nunca lo diría en voz alta y menos en presencia de su Adolf, pero esa Gran Alemania que pretendía forjar el Führer exigía demasiado de aquella muchacha bávara que sólo quería amar y ser amada. Un poco como todo el mundo.

Mientras tanto, el conde Ciano escuchaba a Hitler, atenta y cortésmente, pero frunciendo el ceño a cada palabra. Pronto llegó a la conclusión de que la guerra con Polonia era inevitable. El había ido hasta allí para intentar negociar una salida digna para todos, una solución "real" al conflicto. Pero lo que Hitler quería era que Italia sé sumase al esfuerzo bélico y atacase junto a Alemania las fronteras del este del Reich con Polonia.

—La guerra es inevitable —aseveró Hitler, con una sonrisa nerviosa adornándole el rostro, como si le adivinase el pensamiento—. Sucederá con Italia o sin ella.

—No está en mi mano decidir el destino de mi patria —objetó el ministro de asuntos exteriores.

—Pero vuestra influencia es aún más grande que vuestra posición —replicó el Führer.

Galeazzo Ciano, más allá de su cargo, era yerno de Mussolini, el Duce o líder de la Italia fascista. Se había casado hacía nueve años con Edda Mussolini y era, aparte del dictador, el hombre más poderoso del país.

—Así pues, estáis decidido a golpear y golpeareis a esos pobres polacos—repuso Ciano, cambiando de tema, ya que no deseaba tratar en ese momento la entrada en guerra de Italia. Ni en ningún otro momento, en realidad.

—¿Pobres? De pobres no tienen nada. Son ricos, ¡muy ricos! Y lo son precisamente a causa de todo lo que nos robaron después de la gran Guerra. Yo me voy a limitar a recobrar para Alemania sus fronteras naturales, aquéllas que teníamos en mil novecientos catorce.

La decisión estaba tomada y Hitler ya no quería un corredor que uniese las dos partes de Alemania y la ciudad libre de Danzig. Ciano lo comprendió y se preparó mentalmente para informar a Mussolini de cuanto había visto y oído. Malas noticias para Italia... y para Europa entera.

Cuando estaban a punto de despedirse, Ribbentrop llegó con una gran noticia: los rusos habían aceptado su propuesta y se avenían a comenzar las negociaciones del pacto de no agresión con el Reich, que incluía un posible reparto de Polonia en caso de conflicto. Hitler estaba exultante, aunque Ciano tenía dudas de que aquella información no hubiese llegado horas atrás, y estuviese en ese

momento presenciando una cuidada representación con la que trataban de impresionarle, y con ello arrastrar a Italia a la guerra. De cualquier forma, un hecho estaba muy claro: si realmente la Alemania de Hitler firmaba un pacto con los rusos, su posición se hacía mucho más fuerte, con lo que la determinación del Führer no flaquearía y la guerra, ahora sí, estallaría sin ningún género de dudas.
Al cabo de un rato, Ciano se marchó algo decepcionado, acaso porque, de una forma infantil, había albergado el sueño de que conseguiría evitar que estallase un conflicto de repercusiones inimaginables. Pero aquello quedaba más allá de sus posibilidades. De las de nadie, como el tiempo se encargaría de demostrar.
Estaba a punto de subirse a su limusina cuando vio que una muchacha no paraba de hacerle fotos desde la ventana.
—¿Quién es esa beldad? —inquirió el Conde, mujeriego empedernido, saludando con la mano a la mujer, que se echó a reír y le devolvió saludo.
—No es nadie—repuso Ribbentrop, muy serio, como si el italiano hubiese dicho o hecho algo especialmente indecoroso. Luego hizo un gesto con la cabeza a uno de los SS de la escolta, que salió a la carrera. Ciano, en tanto que diplomático, estaba acostumbrado a reaccionar rápido cuando una situación resultaba inoportuna o era mal entendida.
—Ha sido una visita maravillosa —proclamó, levantando el tono de voz y volviéndose para dar la espalda a la muchacha—. Déle al Führer las gracias por su amabilidad y transmítale la admiración del Duce y de todo el pueblo de Italia.
Antes de entrar de nuevo en su limusina, Ciano volvió a mirar de reojo hacia el piso de arriba y vio que en ese momento varios guardias cerraban las ventanas a toda prisa. Se preguntó quién sería aquella mujer que no era nadie y que Hitler y sus allegados se esforzaban tanto en que lo siguiese siendo.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Conocí a Mildred Gillars mucho antes de que se hiciese famosa. En realidad, estoy convencido de que nadie, ni siquiera ella misma, pensó que alcanzaría la fama y mucho menos en la forma en que la obtuvo. Y eso que llevaba toda la vida buscándola. En más de una ocasión me explicó sus andanzas de juventud, su búsqueda de una oportunidad como modelo, como bailarina y como actriz. En todas esas facetas había fracasado, siempre buscando un sitio en cualquier actividad artística, fuera en Nueva York, en París o finalmente en Berlín.

Creo que la vi por primera vez en una fiesta del partido cuando yo era sólo un Anwärter, un aspirante a las SS de 16 años. Ella, ya por entonces, rondaba los 40 y creo que nunca, ni siquiera en su juventud, había sido una mujer hermosa. Tenía el pelo largo teñido de rubio para parecer aria, su cuerpo era delgado y esbelto y probablemente habría sido muy bonita de no ser por su mandíbula. La parte superior de su cabeza, desde la nariz a la frente, era la típica de las modelos y actrices con las que ella soñaba, pero la parte inferior de su rostro era cuadrado, varonil. En una ocasión me contó que un compañero de facultad en Ohio la había descrito como "la de la mandíbula simiesca". Tal vez fuera una descripción demasiado cruel. Mildred no era fea, lo que sucedía es que tampoco era guapa. Pero a mí lo que me gustaba de ella era su acento americano, muy leve, pero perceptible a pesar de su excelente dominio del alemán. Había nacido en Portland, pero no el Portland de Oregón, mucho más conocido, sino en el Portland de Maine, otro Estado mucho más al norte, casi en el Canadá. Aunque no me importaba cual fuese su ciudad de nacimiento, tampoco su mandíbula cuadrada, ni siquiera el que me doblase de largo la edad. Era una mujer agradable, que llevaba con dignidad todos sus sueños truncados, una hábil conversadora que conocía un millón de anécdotas, cosas de ese mundo de ahí fuera que yo empezaba a descubrir. El sexo con ella era plácido y tranquilo. Yo no me comportaba como un "semental procreador", un zeugungshelfer, uno de esos gallitos de las SS que van dejando su simiente por todos los rincones del país y en todas las mujeres que pueden, uno de esos que se comportan como si les estuvieran haciendo un favor. Yo quería aprender y pasarlo bien junto a una mujer que sabía más que yo y era más inteligente. Ella agradecía, supongo, mi honestidad y el que no la tratase como a una inferior por ser mujer, o por no ser aria aunque se tiñese el pelo. En resumen, por tener una mentalidad abierta a pesar de ser un nazi.

Recuerdo de forma especial una noche de finales de agosto de 1939. Habíamos quedado en su casa ya que Mildred estaba a punto de terminar una relación de casi cuatro años con el corresponsal del New York Times en Berlín. La mayor parte de las veces nos reuníamos de forma secreta, o más o menos secreta, en hoteles y pensiones, pero su antigua pareja, Claire, estaba a punto de marcharse de Alemania (si no lo había hecho ya, pensaba yo) y aquella noche tuvimos la casa para nosotros solos. Ella bailó para mí unos pasos nuevos de danza interpretativa, que había estado estudiando en los últimos años y me habló de su trabajo junto a su ex pareja. Ella había redactado buena parte de los artículos de Claire para el periódico y, en particular, la columna de cine alemán que hacía para la revista Variety, la escribía siempre ella aunque firmara con el nombre masculino de Claire Trask.

—Los hombres siempre se llevan el mérito —me explicó, mientras me daba un beso en la mejilla.

Mildred era una ferviente seguidora del doctor Goebbels y en general de la doctrina

nacionalsocialista. Sus columnas ensalzaban la grandeza del nuevo cine alemán y tenían un toque Rosa cercano al cotilleo francamente zafio y desagradable. Me enseñó varios de sus artículos y yo, por supuesto, obvié mis opiniones al respecto y declaré que los encontraba muy ocurrentes (lo que también era verdad).

No podía estar de acuerdo, sin embargo, en el mensaje general de sus artículos. A mi juicio, el cine alemán no vivía una edad de oro: estaba en plena decadencia. El doctor Goebbels y su servicio de propaganda habían tomado en sus manos la antigua industria cinematográfica alemana y la habían convertido en su instrumento. Por desgracia, las leyes raciales habían diezmado a los guionistas, a los directores y a los actores judíos, que eran buena parte de los mejores técnicos y artistas del país. Ahora, aquellos excelentes profesionales no podían trabajar a causa de su religión o, en el peor de los casos, iban de camino a un campo de concentración.

El resultado de todo ello era que las películas, más allá de su componente propagandístico, eran francamente malas. Mildred, sin embargo, las ensalzaba en sus artículos hasta el infinito, enumerando una serie de virtudes del todo inexistentes. Greta Garbo y Marlene Dietrich eran insustituibles ahora que se habían marchado a EEUU. Las nuevas divas del cine alemán no les llegaban ni a la suela del zapato.

Ahora, desde la distancia del tiempo, creo que a Mildred no le importaba mentir en sus columnas y aún menos mentirse a sí misma. Durante toda su vida había querido ser alguien en el mundo del arte, de la interpretación, de la danza, de lo que fuese. Y ahora, por primera vez en su vida, formaba parte del entramado de los famosos. Se codeaba con la élite de la industria del cine alemán y sus escritos eran leídos por miles y miles de personas en su tierra natal. Por fin era alguien. Fuera como fuese, yo la veía feliz, disfrutaba de su compañía y de un buen sexo, y no la juzgaba. Acababa de cumplir 17 años, estaba realizando un servicio personal para el Führer y me acostaba con una mujer con un bonito cuerpo y mucha experiencia en la vida. Hubiese sido un imbécil si la hubiese juzgado por sus errores, grandes o pequeños. Todos tenemos nuestras miserias y tenemos que convivir con ellas.

—Pero dejemos de hablar de mí —apuntó de pronto Mildred, saltando de la cama y arrebatándome una revista Variety de las manos—. Háblame de esa operación secreta que estás llevando a cabo.

Llevábamos varias horas haciendo el amor, comiendo dulces para reponer fuerzas y hablando de sus experiencias pasadas en el teatro, tanto en Estados Unidos como en Europa, y de sus artículos sobre cine alemán. Creo que Mildred pensó que había llegado el momento de fingir al menos que se interesaba por mis asuntos.

—No es nada del otro mundo —repuse—. Sólo tengo que visitar los diferentes cuerpos de ejército, las diferentes estructuras de poder de la nación y extraer mis propias conclusiones.

—Vas a conocer a los hombres más importantes de Alemania y lo que hacen. Y luego vas a llamar al Führer para explicarle tu punto de vista, antes me lo has dicho —Mildred me miraba con sus grandes ojos muy abiertos—. ¿Y te parece poca cosa?

—Te puedo asegurar que tampoco es para tanto. Me he aburrido y he salido de copas. Poco más.

Desde luego, estaba pensando Heydrich y en que mi investigación de las SS y de sus cuerpos policiales había terminado convirtiéndose en una visita guiada a todos los tugurios y tabernas de la ciudad pero estaba claro que no siempre iba a ser así. En adelante, tendría que hacer algo de provecho si no quería que la operación Klugheit se fuera al traste.

—Dime qué conclusiones ha sacado hasta ahora —me pidió Mildred, apoyando los codos en la sábana y mirándome fijamente.

—¿Seguro que quieres que te aburra con mis disquisiciones?
—Segurísima.
—Vale —rezongué, aunque secretamente me sentía halagado—. La Wehrmacht, el conjunto del ejército alemán, quedo muy tocado por la derrota en la Primera Guerra Mundial. El alto mando se rindió cuando todavía estaban en condiciones de combatir la mayor parte de sus efectivos regulares. En el sur, especialmente, no hubo más que victorias y los mandos jamás entendieron que un ejército en parte vencedor pidiese el armisticio. Quedó fuertemente grabado en la mente del oficial alemán la teoría de la "puñalada por la espalda", que los políticos, el mismo Kaiser, todos habían traicionado a la patria. Heerlos, wehrlos, ehrlos, gritaban, o lo que es lo mismo "desarmados, indefensos, deshonrados".
«Entretanto, Francia e Inglaterra, las naciones victoriosas, diseñaron las nuevas fronteras; nos quitaron territorios y se los dieron a Checoslovaquia, a Polonia… Incluso partieron Alemania en dos sin posibilidad de enlace por tierra entre las dos porciones de un país humillado.
«Un deseo de revancha se apoderó de los restos de nuestro ejército y también de todo el pueblo alemán. Por ello, desde hace años mis compatriotas acuden en masa a las fábricas de armas y a cualquier puesto que se ofrece de la carrera militar. Hitler ha prendido la mecha pero el pueblo esperaba hacía tiempo con las antorchas en la mano a que alguien le mostrase esa mecha para encenderla. El nuevo ejército del Führer ya no es tan sólo un ejército de aristócratas como lo era el del Kaiser o el de la República de Weimar. Hoy tenemos generales y un día habrá mariscales de origen humilde, porque todo el pueblo está entregado a la revancha contra las potencias occidentales. Ahora sí somos el ejército alemán, el ejército de todos los alemanes. Y estamos listos para lavar nuestro honor perdido en 1914.
Mientras hablaba, me exaltaba y seguía explicando a Mildred lo poco que sabía por entonces de la Wehrmacht, ella asentía y comía bombones de un bol que se había traído hasta la cama. Parecía orgullosa de mi, más como una madre que como una amante y me miraba con los labios sucios de chocolate y se reía cuando yo me inflamaba ante las ofensas, reales o imaginarias, que habíamos sufrido los alemanes y de las que muy pronto nos íbamos a vengar. Una atmósfera prebélica llenaba las calles de todo el país, no sólo las cuatro paredes de la casa de Mildred, y pocos confiaban todavía en que pudiera evitarse una guerra con Polonia.
Yo todavía estaba en pleno discurso cuando sonó el timbre de la puerta.
—¿No será tu pareja? —inquirí, un tanto preocupado porque aquella maravillosa noche acabase en una escena desagradable.
—No te preocupes. Claire y yo dejamos lo nuestro. Oficialmente aún estamos juntos, creo, porque ni lo hemos hablado. Pero se ha terminado y ya está. A veces es tan sencillo como eso. Él ha cogido un avión con destino a Holanda y en breve estará en Estados Unidos. Le asusta la idea de la guerra que se avecina y ha puesto tierra de por medio. No es precisamente un hombre muy valiente y precisamente por ello no es hombre para mí.
Mildred se puso la bata de seda por encima de la ropa interior de encaje y comenzó a caminar hacia la puerta.
—Entonces, ¿quién puede ser?
—Ah, le pedí a los del restaurante que nos hiciesen una cena especial para celebrar nuestra primera noche juntos en esta casa. Es mi regalo por ser tan buen chico y tan... cumplidor en tus obligaciones conmigo.

Sabía a que se refería. Me sonrojé.
—Yo no llevo mucho dinero encima — le advertí.
—Pero yo sí. Hace un tiempo que trabajo de asistente para Brigitte Horney y he ahorrado unos marcos.
—¿Horney, la actriz?
—La misma.
—Vaya, cómo progresamos. ¡Me alegro, cariño! —El final de la frase lo grité porque Mildred había desaparecido ya de mi vista.
Me recosté en el lecho y cerré los ojos. Por un momento me atreví a reconocerme como un hombre feliz. La guerra, aunque fuera inminente, me quedaba muy lejos y, lo que era más importante, también Heydrich. Aquel hombre terrible me ponía la piel de gallina y el hecho de no tener que volver a verle en mucho tiempo era una sensación maravillosa. Oí unas voces lejanas hablando en la puerta de casa. Mildred tardaba demasiado para sencillamente recoger la cena. Abrí los ojos para llamarla cuando me encontré al mismísimo diablo, a ese hombre de sonrisa torcida, cuerpo delgado de araña y mirada penetrante.
—Mi querido Otto, estás hecho un galán.
Reinhard Heydrich se dedicó a observarme, seguramente divertido, cuando me levanté de un salto y eché a correr de un lado a otro de la habitación buscando mi ropa.
—Señor..., mi Obergruppenführer-SS, ¿ha sucedido algo?
—Por desgracia, ha sucedido algo muy importante y me temo que tendrás que posponer tu cita romántica.
Ni siquiera le pregunté cómo sabía que me hallaba en aquel lugar. Heydrich, como Goering, como Himmler, siempre sabía dónde estaba todo el mundo en el que tenía algún interés.
—A sus órdenes, señor. ¿Puedo saber cuál es la emergencia?
Me cuadré lo mejor que pude con mi uniforme arrugado y sin gorra, porque no conseguí encontrarla. Tampoco llevaba calzones. Heydrich ensanchó todavía más su sonrisa.
—Ha sucedido algo que llevaba mucho tiempo esperando —Heydrich hizo una pausa trágica—. La abuela ha muerto.

VI

—¿Cómo os encontráis, Lady Mitford?

Hitler estaba con el auricular en la mano, sentado delante de la mesa de su despacho, serio, pálido, concentrado, intentando alejar de su cabeza todos los fantasmas del presente. Tratando de concentrarse, de entender y de superar las adversidades. Tenía delante de sí una hoja en blanco y aquel vacío parecía querer subyugarle, atraparle en el abismo donde moraban todas las frases no escritas, todas las decisiones no tomadas. Pero él tenía que ser fuerte y tomar la decisión adecuada por Alemania. En nombre del destino y, sobre todo, de la memoria que el Reich tendría de su líder, que no vaciló en la hora decisiva.

—Estoy perfectamente, mi Führer. Algo preocupada tan sólo por todo lo que está pasando. Esas noticias de las que hablan la radio y los periódicos.

Sí, habían pasado demasiadas cosas en las últimas horas. Todo se precipitaba y los medios se hacían eco, divididos entre la pasión nacionalista y el miedo a un conflicto que pendía sobre sus cabezas como una espada de Damocles. Eran las doce de la mañana del día treinta de agosto de mil novecientos treinta y nueve, y durante las últimas dos semanas el mundo se había debatido al borde de una guerra mundial. No era lo que Hitler había planificado, pero ahora, si se echaba atrás, nadie volvería a tomarle en serio. Tenía que rellenar aquel documento en blanco y poner en marcha un plan que, irónicamente, tenía aquel mismo nombre: caso blanco.

—No debes preocuparte, mi niña. Todo va a salir bien.

Caso blanco era el nombre en clave con el que el estado mayor alemán denominaba a la invasión de Polonia. Hitler, días atrás, había reunido a cincuenta de sus oficiales en el Berghof para hablarles del caso blanco. Ahora ya no eran sólo abstracciones, el deseo de ampliar el espacio vital de Alemania hacia el este. Había llegado el momento de trazar un plan de acción, de preparar al ejército para la batalla que vendría a continuación. Antes de finalizar su discurso, el Führer improvisó unas palabras de aliento hacia Ribbentrop, que en ese momento abandonó el gran salón donde se hallaban. El ministro de exteriores nazi debía tomar un avión que le llevaría a Moscú al frente de una misión extremadamente delicada, porque de la firma de un acuerdo entre Alemania y Rusia dependía, a juicio de Hitler, el que no se produjera una guerra con las potencias occidentales y que los combates se limitaran a las fronteras de Polonia.

El Reino Unido (a menudo, cuando Hitler se refería a las grandes potencias europeas o a la Sociedad de naciones, hablaba tan sólo de los británicos porque consideraba a los franceses unos esclavos de los primeros y el resto de los países no le merecían el más mínimo respeto) no se atrevería a combatir viendo sobre su cabeza otra espada de Damocles aún más afilada, la de un posible conflicto contra la Italia de Mussolini y quién sabe si hasta con la Rusia de Stalin. Si Ribbentrop conseguía pactar con los soviéticos, Alemania vencería, una vez más.

—Todo va a salir bien, Unity —repitió Hitler, frunciendo los labios, consciente de que sus dotes para leer el futuro no eran especialmente buenas.

Porque nada había salido bien. Todos los sucesos, poco a poco, como un barco que se hundía lentamente a la deriva, habían ido avanzando hacia el desastre. Los ingleses no estaban impresionados por sus negociaciones con Stalin y habían dado primero un préstamo millonario a Polonia, para luego reiterar que, en caso de invasión alemana, defenderían la integridad del territorio polaco. Mussolini, mientras Hitler negociaba día y noche e intentaba cambiar el equilibrio de

poderes en Europa, se paseaba en pantalón corto por la playa en compañía de Ciano, su yerno, ese Playboy de pacotilla que las tenía a todas locas. Por último, las negociaciones con Rusia entraron en punto muerto y el Führer en persona tuvo que escribir a Stalin pidiéndole que recibiera a su ministro de asuntos exteriores, a fin de alcanzar un acuerdo antes de finalizar el mes. Porque Hitler seguía convencido de que si se atacaba Polonia debía ser de inmediato, porque de lo contrario el mal tiempo impediría a las tropas maniobrar, convertida la planicie polaca en una ciénaga impracticable.

—A pesar de todo, mi Führer, sigo pensando que no habrá guerra con mi país.

Hitler sonrió. Aquella inglesita le tenía robado el corazón. Además, tal vez estuviera en lo cierto. Pero, entonces, ¿por qué, una semana atrás, había tenido que frenar sus planes de invasión? Sí, el caso blanco había sido pospuesto y con él la invasión de Polonia cuando Inglaterra respondió a su tratado de no agresión con Rusia con un nuevo acuerdo con los polacos justo en el momento en que él se creía en la cima del mundo. Cuando Ribbentrop regresó de Moscú con el tratado firmado, aquellos malditos británicos entrometidos dijeron a los periódicos que todo aquel asunto les traía sin cuidado y se atrevieron a firmar un pacto de no agresión similar con los polacos. Durante cinco años estaban obligados a socorrerlos en caso de guerra. Pensaban que con ello pondrían al Führer contra las cuerdas. Y así fue, al menos por un breve lapso de tiempo. Se detuvo la invasión y Hitler perdió definitivamente el sueño. Hacía tiempo que apenas dormía pero ahora se le podía contemplar vagando sólo por los pasillos del Berghof primero y de la cancillería del Reich más tarde, convertido en un manojo de nervios; quedándose transpuesto, completamente agotado, para despertar abruptamente a las cuatro de la mañana lleno de ideas que iban a cambiarlo todo y que apuntaba frenéticamente en una libreta.

—Si finalmente no estalla la guerra entre el Reino Unido y Alemania, el mundo conocerá lo que sentimos el uno por el otro —le aseguró Hitler a Unity, guiado por un impulso. Necesitaba creer que aquella niña tenía razón, que su gran proyecto de expansión militar hacia el este no sería una trampa que le confinaría entre dos frentes.

—Oh, mi Führer. Sería tan maravilloso. Sería como un sueño que nuestra relación... se hiciese pública.

Porque eso es precisamente lo que era: un sueño. Alemania e Inglaterra no alcanzarían jamás un entendimiento. Cansados de los sucesivos intentos de expansión del Reich, los ingleses ya no confiaban en la palabra de Hitler. No estaban seguros de que luego de Polonia pretendiera el Führer atacar a Rusia, o a Yugoslavia o a Suecia o a cualquier otro país. No estaban seguros de que el tratado de no agresión con Moscú fuese tan sólo Realpolitik, esa palabra que designaba todas aquellas decisiones que los gobernantes toman por oportunidad, por interés, aunque tengan que pactar con el diablo. Promesas que no se piensan cumplir. Y, en último término, si el pacto con Rusia era mentira, ¿cómo podía nadie afirmar que todo lo demás que salía por la boca del Führer no era mentira también? Había engañado a los checos, a los austríacos, y durante años a la Sociedad de Naciones, que le había impuesto severas restricciones armamentísticas (entre otras), que Hitler se saltaba con diferentes tretas y pretextos. Ahora engañaba a los rusos, con los que pactaba en olor de multitudes para en breve tiempo seguramente atacarles. Ya nadie sabía el alcance de las mentiras de Hitler o si, sencillamente, mentía sobre la marcha, sin más objetivo que conseguir, como un niño pequeño, cuántas cosas, territorios, concesiones... se le antojaban.

—Si pudiera estar seguro de que tomo la decisión correcta —murmuró Hitler al auricular, después de suspirar hondamente.

—Usted sabe qué es lo que debe hacer; siempre lo sabe.
La voz de Unity le insuflaba nuevos ánimos. Tal vez tuviera que escribir la orden de iniciar el caso blanco en aquel papel desnudo aún de todo símbolo. Que la historia decidiera si era un genio o un monstruo. Por su cabeza pasó en aquel instante el recuerdo del desaire final de los italianos, que se declararon incapaces de apoyar al Führer en su cruzada del este por falta de materias primas. También recordó los esfuerzos de lord Halifax, el ministro de exteriores británico, por alcanzar una paz negociada entre Alemania y Polonia, o al menos sentarlos en una mesa de negociaciones. También lo intentó Coulondre, el embajador francés, y ambos le aseguraron que sus respectivos países querían evitar aquella contienda, pero que si ésta estallaba no se quedarían impasibles como en las crisis anteriores y habría una nueva Gran Guerra en suelo europeo. Sus palabras sonaban a ultimátum y Hitler odiaba más que nada en este mundo que le presionasen.
—Creo que voy a dar la orden de atacar, Lady Mitford.
—Si es eso lo que queréis, seguro que es lo mejor para Alemania. Yo sé que nuestros dos países no entrarán en guerra. Os juro por mi vida que no sucederá.
—Parece tan segura...
—Lo estoy.
A última hora, el día anterior, Hitler había aceptado negociar, pero sólo si Polonia mandaba un embajador plenipotenciario a Berlín dispuesto a entregar cuando menos el corredor que uniría las dos Alemanias y la ciudad libre de Danzig. Sin embargo, los polacos recordaban bien lo que le había sucedido al presidente checo Emil Hàcha, que había acudido a la capital de Alemania para negociar con el Führer y se había encontrado con una encerrona. Luego de sufrir un oportuno infarto, el doctor Morell, ese médico embaucador siempre a la diestra del Führer, le administró una de sus famosas inyecciones; entonces, el Presidente decidió ceder de buena gana su país a Hitler. Los polacos no eran tan idiotas como para mandar un embajador con plenos poderes que pudiera entregarle a los nazis el país entero después de sufrir un accidente, un infarto o un ataque... y necesitar las milagrosas curas del doctor Morell. Aunque afirmaron que mandarían a alguien en cuanto les fuera posible, probablemente nunca tuvieron la intención de hacerlo, y menos en el espacio de las veinticuatro horas que exigía Hitler. Inmersos en un juego de ultimátums por uno y otro bando, no había más resultado posible que la guerra.
—Le noto muy callado, mi Führer.
—Estoy escribiendo.
La muchacha aguzó entonces el oído y pudo escuchar el sonido de la pluma rasgando el papel. Por fin aquella hoja había dejado de estar en blanco. La suerte de Europa estaba echada.
—Ojalá pudiera estar aquí, a mi lado —le susurró Hitler. De pronto, había dejado de escribir.
—Si es su deseo podría ir a verle a la Cancillería.
—Sabe bien que eso es imposible.
La orden de atacar, el muy pronto famoso caso blanco, estaba redactada. Sólo faltaba su firma.
—Tengo que colgar, Lady Mitford.
—¿Tan pronto? Esperaba que...
—Debo hacer una llamada importante pero pensaré mucho en lo que hemos hablado. Sus palabras me han reconfortado y ojalá podamos vernos otra vez antes de lo que ambos esperamos. —La voz de Hitler sonaba repentinamente fría, distante. Era la voz de un hombre que pensaba que se estaba equivocando pero que, de cualquier forma, estaba dispuesto a seguir adelante hasta las últimas

consecuencias.
—Le mando un beso.
—Gracias. Yo le mando también un... —Hitler iba a completar la frase pero no se vio con fuerzas y colgó. Por un momento dejó el auricular balanceándose sobre el aparato y, dominado por un súbito impulso, firmó la orden de ataque marcando de forma salvaje el contorno de cada signo, como si acuchillase el papel. Luego estuvo el Führer cinco minutos en silencio, reflexionando con los ojos cerrados. Finalmente hizo la llamada. Al otro lado de la línea se escuchó una voz ruda, fría, afilada como un cuchillo:
—¿Sí? ¿Dígame? Aquí, Reinhard Heydrich.
Y Hitler susurró, sencillamente:
—La abuela ha muerto.

EL FÜHRER Y SUPREMO COMANDANTE DE LA WEHRMACHT

(DIRECTIVA Nº. 1 PARA LA CONDUCCIÓN DE LA GUERRA)

En Berlín, a 31 de Agosto de 1939

1. Se han dado por concluidas todas las gestiones políticas que, por medios pacíficos, pretendían solucionar la situación de la Frontera Oriental, intolerable para nuestra patria alemana. Por todo ello, he optado por una solución de fuerza.

2. El ataque a Polonia será llevado a cabo de acuerdo con los preparativos hechos para el Caso Blanco. Deberán incluirse las alteraciones, concernientes al ejército, que resultan del hecho de que algunos preparativos no han sido aún completados. Las disposiciones, asignación de tareas y blancos operacionales se mantienen inalterables.

Fecha del ataque 01 de Setiembre de 1939.
Hora del ataque: 4:45 a.m.

FIRMADO:



ADOLF HITLER

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Nos encontrábamos cerca del campo de concentración o Lager de Dachau. Heydrich parecía especialmente feliz por la situación que estábamos viviendo, y no dejó de insistirme en la oportunidad que él mismo y el Führer me ofrecían: presenciar en primera persona un momento decisivo de la historia mundial de la propaganda y los servicios de inteligencia militar. Le di las gracias, aunque hubiese preferido que me informase de qué se trataba todo aquel asunto. Heydrich, sin embargo, sólo me respondió con explicaciones vagas y evasivas.

—Cuando Hitler pronunció la frase "la abuela ha muerto", comprendí que, ahora sí, de verdad, había comenzado la guerra. Fue una sensación maravillosa.

—Claro, pero, ¿por qué vamos a Dachau?

—Ahora lo verás, mi joven amigo.

Eso esperaba porque, de momento, no entendía que hacíamos de camino al Lager de Dachau ya que Heydrich tenía expresamente prohibido relacionarse con los campos y apenas los había visitado un par de veces en la última década, según me dijo.

Y es que de lo poco que había aprendido durante las semanas que investigué las organizaciones policiales y de las SS que dirigía Reinhard Heydrich, era que Alemania vivía en un permanente estado de emergencia. Siempre había peligros acechando al Reich, algunos reales pero la mayor parte imaginarios. Primero judíos, luego izquierdistas, más tarde asociales u homosexuales, habían estado en el punto de mira de la SD, la Gestapo o la policía criminal. Heydrich en persona había comandado diversas operaciones destinadas a la detención de los elementos anteriores, que de una forma u otra acababan siendo carne de cañón de los Lager, que luego en otras lenguas se han traducido erróneamente como "campos de concentración". Porque el concepto de Lager iba mucho más allá del concepto de prisión o lugar de exterminio que más tarde ha tomado. El Lager era un lugar de convivencia, de formación, una forma de insertarse en la comunidad racial aria. Así, había Lager para jóvenes de las juventudes hitlerianas, para maestros que debían aprender la ética nacionalsocialista, para gente cuyo pensamiento era demasiado de izquierdas, para niños, para mayores y por muy diversas razones. Algunos eran festivos y formaban parte del día a día de un muchacho e incluso de un adulto, otros forzados y temporales para aquellos que se habían desviado del camino que los nazis creían correcto, otros eran de castigo y de por vida si se pensaba que el prisionero era irrecuperable... pero el concepto básico del que manaba todo el conjunto era el mismo: la reeducación. Heydrich durante años se había encargado de llenar los campos de concentración de personas que debían ser reeducadas o reconvertidas, fuera por no ser de la raza adecuada, por no pensar de la forma adecuada o por no tener las inclinaciones sexuales adecuadas. Los Lager se encargaban de llevarte de nuevo al buen camino o te destruían en caso contrario, tanto moral como físicamente. Por eso yo preferiría referirme a ellos como “campos de reeducación” pero seguiré usando el más común “campos de concentración” para ser mejor entendido.

Pasamos de largo Munich y yo seguía sin entender qué hacíamos allí, cada vez más cerca de Dachau. Porque aunque Heydrich era el hombre clave de puertas afuera de un Lager, su poder terminaba una vez se cruzaba esas puertas. Himmler en persona había decidido separar la organización de los campos de concentración de la decisión de encerrar a ciertas personas en su interior, que le

correspondía a Reinhard.
No; dentro de un campo de concentración quien tomaba las decisiones era Theodor Eicke, mi tío.
—Hola, muchacho, te veo fenomenal. Tienes una pinta estupenda —me saludó, con su tono jovial de costumbre.
Mi tío me esperaba con las piernas en jarras, al borde del camino de entrada. Como siempre, y especialmente con los jóvenes, estimulaba la camaradería, las frases que inspiraban confianza y se mostraba afable. Algo bastante paradójico, porque en privado era un hombre hosco y sin el menor sentido del humor. Pero ahora yo estaba vestido de SS y era su camarada, "un muchacho fenomenal con una pinta estupenda".
—A ti también se te ve muy bien, tío. —le aseguré, mientras bajaba del coche con Heydrich a mi espalda.
—Bueno, las cosas por aquí van como la seda. Tengo razones para estar contento.
Recordé cómo estaba el campo de Dachau cuando Eicke llegó por primera vez, seis años atrás. Yo era un niño pequeño y apenas tuve ocasión de contemplarlo en aquella época pero todos sabían que en 1934 el personal del Lager estaba formado por la peor calaña de las SS: ladrones, timadores, tipos violentos que nadie quería y que habían acabado en aquel lugar como parte de un castigo por su indisciplina. Mi tío se deshizo de cerca del 80% de aquellos hombres ingobernables y en poco tiempo convirtió Dachau en un campo modélico, en el orgullo del sistema concentracionario nazi. Himmler quedó tan impresionado por los progresos de Eicke que en los próximos años le fue dando mayores responsabilidades y con el tiempo acabó convirtiéndose en inspector general de todos los campos de concentración. Su misión, vigilar que cada nuevo Lager que se iba creando fuera una réplica del Dachau original.
—El sistema de Lager en todo el territorio del Reich es absolutamente envidiable —se ufanó, hinchándose como un pavo, luego de saludar a Heydrich sin mucho entusiasmo—. He conseguido que la buena organización y la más rígida disciplina se combinen con la obediencia ciega y la mano dura para poder enseñar los valores nacionalsocialistas a todos esos subhumanos que tenemos encerrados.
Mi tío Theodor era un nazi convencido, un seguidor absoluto de las teorías raciales que postulaban la superioridad de la raza aria. Hasta el punto que a menudo interrumpía las labores del personal de los campos de concentración que dirigía para lanzarles largos discursos perlados de lecturas antisemitas o boletines de diarios del partido llenos de odio hacia los socialistas, que luego distribuía entre sus mejores hombres como si fuesen un regalo personal.
—Me alegro de que tus sueños se hagan realidad por fin —le felicité de corazón, pues sabía que la eliminación de los enemigos del Reich había sido durante años una de sus obsesiones.
—Creo que ahora mismo el inspector General Eicke busca nuevos horizontes en su servicio a la patria y está preparando a sus bandas de la calavera para convertirse en unidades de combate —terció Heydrich.
Me volví hacia mi tío, que sonreía orgulloso. Los miembros de las SS que custodiaban los campos de concentración eran los de la Totenkopv, en alemán calavera, y eran conocidos como "la banda de la calavera", que llevaban con orgullo en sus insignias y uniformes.
—Estoy preparando para la guerra que se avecina cuatro regimientos de combate de las SS Totenkopv. He escogido precisamente a hombres jóvenes, solteros, fanáticos de nuestra causa. Y creo que van a convertirse en una fuerza de combate extraordinaria.
—Es extraño que no me llamases a mí para formar parte de ese grupo de combatientes de la

Totenkopv —aduje, algo sorprendido de que mi tío ni siquiera me hubiese explicado sus intenciones, especialmente teniendo en cuenta que yo tenía la edad y aptitudes adecuadas para el grupo que estaba formando. Además, una parte de mí prefería un servicio de combate que aquella extraña operación Klugheit que estaba llevando a cabo sin saber todavía realmente el porqué.
—Las funciones que tú ocupas y que desarrollarás en el futuro dentro de la estructura del Reich no dependen de mi voluntad, Otto.
Eicke iba añadir algo más pero se detuvo, como si de pronto se hubiese dado cuenta de que había hablado demasiado.
—¿Y de quién dependen entonces?
—Del Führer, por supuesto. Sólo él puede decidir dónde sirves, con qué funciones y con qué grado de implicación o de responsabilidad.
Heydrich, a mi izquierda, carraspeó y tomándome del brazo me dirigió hacia una camioneta que había aparcada delante del recinto. Al fondo, el edificio de entrada del campo de Dachau, imponente, con su enorme portalón de metal y su torre de vigilancia. La camioneta estaba aparcada justo delante de dos gigantescos álamos que flanqueaban el camino hacia la muerte en el Lager.
—Aquí están los hombres que vas a necesitar para tu misión —me dijo Heydrich señalando hacia el pomo de la puerta trasera. Se volvió hacia mi tío:
—¿Todos los prisioneros son alemanes?
Eicke asintió.
—Casi todos. Y se han borrado sus registros de estancia en los campos de concentración a cambio de un breve historial falsificado en las SS. Nadie podrá demostrar que estuvieron presos.
Mi tío abrió la lona que protegía el vehículo y dentro vi a una decena de hombres, acurrucados, aterrorizados, preguntándose sin duda qué se iba hacer de ellos y por qué terrible razón se les habría sacado de su celda. Lo más extraño era que iban vestidos con los uniformes negros de las SS.
—No hagas preguntas —me advirtió Heydrich, viendo mi expresión—. Así la sorpresa será mayor. Ya verás cómo te encantará.
Monté en la parte de delante de la camioneta, en el asiento del acompañante. Conducía un hombre que se presentó a sí mismo con el nombre de Alfred.
—Encantado, Alfred —repuse, estrechándole la mano.
Al momento, giró la llave del contacto y el motor de la camioneta, una Opel Blitz, comenzó a ronronear.
—Dale recuerdos a mi hermano —comenté, a modo de despedida, a Theodor Eicke, que me contemplaba junto a un álamo, con el semblante serio.
—Así lo haré —repuso mi tío, torciendo aún más su gesto.
Rolf Weilern, mi hermano, no era precisamente un motivo de orgullo para Theodor. Y es que Rolf no encajaba en el estereotipo nazi: no se trataba de un hombre muy inteligente ni espabilado. Era más bien un hombre con una inteligencia muy limitada. Aunque me llevaba casi 10 años, desde muy pequeño yo había sido el mayor, el que daba las órdenes, el que tomaba las decisiones. Mi hermano era un alma noble y buena, nada brillante, y esas no eran virtudes que le gustasen a mi tío Eicke, ni en realidad a ningún nacionalsocialista, siempre soñando con superhombres.
—Que tengas un buen viaje, muchacho —me deseó, y dio un golpe en la ventanilla para que Alfred arrancase la camioneta.
Mientras nos alejábamos descubrí reflejados en el retrovisor a Reinhard Heydrich y a mi tío

hablando quedamente de sus secretos. Una vez más, tuve un mal presentimiento sobre lo que estaba a punto de acontecer.

Y una vez más no me equivocaba.

Bajo el nombre en clave de "la abuela ha muerto" tuvo lugar aquella noche del 31 de agosto de 1939 una acción secreta, un acto despreciable que estoy seguro de que no formaba parte de la operación Klugheit que me había ordenado el Führer. Aunque no volví a hablar con Heydrich del asunto, siempre creí que fue iniciativa suya el que yo formara parte de aquella expedición, una forma de adiestrar en la maldad más genuina a un joven muchacho que a su juicio tenía todavía mucho que aprender y que degradarse. Tal vez mi tío estuviese también implicado, no lo sé, pero no creo que importe.

El caso es que avanzamos en nuestra camioneta por la carretera en dirección a la ciudad de Oppeln. Se nos unieron casi inmediatamente otros dos vehículos, también llenos de soldados que yo pensé en ese momento serían también prisioneros del campo disfrazados. Pero nada más lejos de la verdad. Cuando llegamos a Oppeln, una de las ciudades alemanas más próximas a la frontera polaca, los prisioneros del campo de Dachau fueron llevados a rastras hasta un claro por un grupo de soldados SS. Lo más curioso del caso es que mis camaradas no vestían tampoco como hubiese sido previsible que lo hicieran.

—¿Por qué visten como soldados polacos tus hombres? —le pregunté a Alfred, por que a aquellas alturas ya había llegado a la conclusión de que no sólo era mi conductor sino el líder de aquel extraño destacamento.

—Prisioneros de un campo de concentración vestidos como SS y soldados de las SS vestidos como soldados polacos —repuso Alfred, mirándome de reojo mientras alzaba una mano—: a estas alturas ya tendrías que haberte dado cuenta de lo que está pasando.

Alfred bajó su mano derecha y los falsos SS fueron ametrallados por los falsos soldados polacos. Algunos de aquellos pobres desgraciados intentaron huir malheridos arrastrándose por el suelo y Alfred en persona los buscó uno por uno y les dio un tiro de gracia en la cabeza. Cuando la matanza concluyó y ya no se oían voces ni lamentos de los antiguos prisioneros de Dachau, algunos de los soldados polacos disfrazados comenzaron a hacer fotos. Una escena macabra que, por ser la primera vez que asistí a algo semejante, se ha quedado grabada en mi retina para siempre. Por desgracia, no sería la última.

—No resulta creíble. No queda natural —afirmó uno de los soldados que portaban las cámaras fotográficas.

—Parece lo que es, un fusilamiento y no el ataque de un grupo de nacionalistas polacos —añadió otro, con gesto decepcionado.

Alfred se mostró de acuerdo. Una matanza tiene el aspecto de una matanza y no de un combate entre dos unidades que se enfrentan a campo abierto. Aquello estaba lleno de hombres aterrorizados que habían sido disparados por la espalda, ejecutados. No había orden ni concierto, una disposición táctica de combate, en la forma en que habían acabado yaciendo los cadáveres. Nadie se creería que allí hubo una batalla.

—Supongo que lo que pretendíais —le comenté con voz fúnebre a Alfred, comprendiendo por fin ante lo que me hallaba— era crear la impresión de que un grupo de polacos atravesaron la frontera alemana y atacaron a nuestros pobres muchachos de las SS, que deambulaban inocentemente por la hondonada, como si tal cosa.

Alfred rió.

—Cuando lo planeamos no sonaba tan mal —reconoció—. Pero bueno, el caso es que los paramilitares polacos son gente sin principios y todo el mundo lo sabe. En este momento se están preparando por toda la frontera al menos una docena de escaramuzas similares a esta. La nuestra tiene el honor de ser la primera y tiene que salir bien. Es mi responsabilidad demostrar que Alemania se ha visto obligada a entrar en guerra forzada por las incursiones temerarias de ultranacionalistas polacos.

Alfred levantó su mano para dar una nueva orden de mando:

—¡Vamos, todos de vuelta a los camiones! ¡Comienza el plan B!

De nuevo a bordo de nuestras camionetas Opel Blitz me interrogué acerca de cuál sería el siguiente paso de Alfred y su truculento equipo de la muerte. No tardé en descubrirlo.

—Tienes que ponerte tu disfraz —me informó Alfred, alargándome el típico uniforme polaco de color caqui.

Como me viera dudar, añadió:

—Es una orden de nuestros superiores. No es algo opinable, amigo mío.

Llegamos a la ciudad de Gleiwitz y avanzamos a toda velocidad hasta una estación de radio cercana. Mientras descendían de los camiones, los soldados de las SS gritaban consignas en polaco y disparaban al aire.

—Ahora esperaremos que algún patriota alemán haga su trabajo —me explicó Alfred, con una sonrisa tan torcida que bien podría haber dibujado en su rostro el mismísimo Reinhard Heydrich.

—¡Malditos seáis! ¡Viva Alemania!

Alguien estaba disparando desde una ventana de la estación contra ese grupo de pérfidos paramilitares polacos que trataban de tomar la emisora.

—Ya tenemos la excusa que necesitábamos —celebró Alfred, y acto seguido señaló en dirección al edificio de la emisora, para que sus hombres avanzasen según lo acordado.

—Esto es el plan B —me reveló, entrando en uno de los camiones y saliendo poco después con un cadáver a cuestas. Me vi forzado a ayudarle a bajar el cuerpo y desenrollar la sábana en la que estaba oculto.

Alfred pareció orgulloso de su trabajo cuando me informó:

—Se llama Franciszek Honiok y es un alemán que simpatizaba con el enemigo. Le hicimos creer que éramos verdaderos patriotas polacos y hace unas horas nos estuvo esperando para que le ayudásemos a atacar la estación de radio. Le matamos con una inyección de gasolina en el corazón y ahora vamos a hacer que parezca que ese patriota alemán anónimo, el que disparaba desde la estación de radio, lo ha matado con un tiro certero. —Y mientras decía esto le disparó en el vientre al cadáver—. Bueno, mejor dos tiros certeros. —Volvió a disparar a Franciszek, esta vez en la cabeza, desfigurándole de forma terrible el rostro, que en parte se desprendió, lanzando esquirlas de masa encefálica.

Mientras nosotros realizábamos tan macabra tarea, el resto de falsos soldados polacos continuaban el ataque a la emisora de Gleiwitz e incluso mataron a un par de compatriotas alemanes para hacer la historia más creíble. Cuando Alfred y yo entramos en la emisora, fuimos hasta la planta superior. Allí, uno de sus hombres, luego de obligar a los ingenieros a punta de pistola a regular la transmisión, estaba lanzando a las ondas un mensaje en perfecto polaco: “¡Escuchad!, transmito desde Gleiwitz, la estación de radio está en manos de valientes soldados de Polonia! ¡Viva!

No mucho después, abandonamos la estación disparando en todas direcciones mientras los aterrorizados locutores y sus ingenieros se refugiaban debajo de las mesas.

—Lo hemos conseguido, Haupsturmführer-SS Naujocks —le felicitó un joven SS a Alfred cuadrándose delante de él con los ojos brillantes de felicidad. De esta forma supe el apeliido del nazi responsable de poner la última piedra en el gran edificio de mentiras y manipulaciones que habían acabado con casi un cuarto de siglo de paz.
Subimos a los camiones. De nuevo en mi posición de acompañante lancé miradas esquivas a Alfred, que sintonizaba nervioso el dial de una emisora portátil hasta que dio con lo que buscaba. Radio Colonia, y al poco todas las demás cadenas alemanas, comenzaron a transmitir las voces de patriotas arios que, furibundos, anunciaban el infame ataque que acabábamos de recibir por parte de paramilitares polacos en Gleiwitz. Muy pronto, iban a acudir a repelerlos unidades del ejército.
Unidades que, por supuesto, se encontrarían con que los cobardes polacos habían huido. Por suerte para los servicios de propaganda de Goebbels, se dejaron atrás el cadáver de un conocido anti alemán que conspiraba con Polonia contra el Reich desde hacía tiempo, como diversos informes policiales atestiguaban. Y el cuerpo de Franciszek Honiok sería enseñado a la prensa internacional para que vieran que las agresiones polacas habían llegado a un punto intolerable para el pobre y desdichado Adolf Hitler. Al pacífico Canciller no le quedaba más que una opción.
Pocas horas después, las valerosas Fuerzas Armadas alemanas invadían Polonia.
La Segunda Guerra Mundial había comenzado.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

<u>SUCESO: ALFRED NAUJOCKS</u>
Alfred Helmut Naujocks (1911-1966): Terrorista de las SS, especializado en acciones encubiertas a las órdenes de Heydrich. La acción de la estación de Gleiwitz, aunque no fue la única, acabo siendo la más famosa de las incursiones de comando y violaciones de las leyes de la guerra destinadas a hacer creer a la opinión pública internacional que los polacos habían atacado a Alemania.

<u>LUGAR Y FECHA: ACTIVIDADES TERRORISTAS: 1939-1944.</u>
Naujocks siguió en activo durante la guerra mundial, liderando todo tipo de acciones encubiertas. Discutió con Heydrich en 1941; fue degradado y enviado al frente ruso, y más tarde a los Países Bajos, donde siguió asesinando y violando todos los códigos de la guerra para conseguir sus objetivos.

<u>CONSECUENCIAS: DESERCIÓN: 1944. HUIDA: 1945. MUERTE: 1966</u>
Cuando Naujocks comprendió que Alemania perdería la guerra, desertó y se entregó a los americanos, que prepararon un juicio contra él por sus muchos crímenes. Pero escapó tras la derrota alemana y murió en libertad, como un ciudadano respetable, en Hamburgo (ataque al corazón).

VII

Unity Valkyrie Mitford tomó la decisión de suicidarse a las doce de la mañana. De pronto, el presente que estaba viviendo le resultó insoportable. La radio acababa de anunciar que el primer ministro de la Gran Bretaña, Neville Chamberlain, declaraba el estado de guerra contra el tercer Reich alemán. Se decía que a aquellas horas ya se había recibido en la embajada de Berlín la declaración oficial del Foreign Office, que iniciaba un nuevo conflicto bélico a gran escala en suelo europeo.

Nadie en el Reino Unido se había creído la pantomima del ataque a la emisora de Gleiwitz ni la prensa la aparición de cuerpos disfrazados de SS muertos en las cunetas o el resto de supuestos ultrajes que habrían cometido paramilitares polacos después de cruzar la frontera. Tal vez había sido hasta contraproducente. Los ingleses odiaban que los tomaran por idiotas, que los alemanes creyeran que iban a tragarse una mentira tan burda como la de que un grupo de veinte polacos enajenados habían decidido atacar territorio alemán para decir dos frases absurdas por la radio.

—¡No, Dios mío! —gimió Unity—, arrastrando los pies de habitación en habitación de su piso en Munich.

No llamó al Führer. Sabía que no le cogería el teléfono. Sin duda estaba demasiado ocupado intentando decidir cuál sería su siguiente paso ante aquel inesperado giro del destino. Además, todo el mundo decía que se hallaba en un tren militar camino del frente polaco. No, no llamó a Hitler. Se limitó a llorar quedamente por espacio de media hora, en ropa interior, mientras las ondas de radio seguían desgranando implacables detalles de la declaración de guerra del Reino Unido.

A la una en punto, cogió de un cajón de la cómoda una vieja pistola con empuñadura de nácar, que había pertenecido a su padre, y la introdujo en su bolso. Luego se vistió y fue a ver al Gauleiter local, el gobernador del distrito de la Alta Baviera. Ceremoniosamente le entregó un sobre para su "amado Führer". En el interior había una foto que le había dedicado años atrás el mismísimo Hitler, la insignia del partido nazi y una carta de su puño y letra: una carta en la que explicaba a su amado el porqué de su decisión de quitarse la vida.

—Le haré llegar al Führer su sobre en cuanto las comunicaciones lo permitan —dijo el Gauleiter Adolf Wagner, que sabía bien que aquella mujer gozaba de unos privilegios especiales y que todo cuanto deseara debía ser satisfecho dentro de ciertos límites—. Después de todo, nos hallamos ante una situación extraordinaria, en plena contienda militar. Pero no dude que en muy poco tiempo lo que me he entregado llegará a sus manos.

—No pido más. Un millón de gracias —repuso Unity.

Se incorporó, dispuesta a irse pero cuando ya había alcanzado la puerta, se volvió de nuevo hacía el Gauleiter.

—Todo esto es culpa mía.

—¿Culpa suya, Lady Mitford?

—Sí, culpa mía y de nadie más. Porque el Führer confiaba en mí e hizo caso de mis consejos. Él nunca ha estado en Inglaterra y no sabía de qué pasta estamos hechos allí. Yo creí, equivocadamente, que no habría guerra y que más tarde o más temprano mi país y su gran Alemania se unirían en una cruzada contra los bolcheviques.

Adolf Wagner sonrió, condescendiente.

—Mi querida señorita, el Führer tiene muchos consejeros y, sin duda, antes de tomar cualquier

decisión, está mejor informado que usted o que yo mismo. Hablamos del hombre más grande de nuestro tiempo, no lo olvide.
Unity no quiso contradecir al Gauleiter. Además, ella también creía en la grandeza del Führer. Al final, de una forma u otra, encontraría la forma de triunfar. Aunque fuese sin ella, que sólo era un estorbo para esa grandeza.
—Tiene usted razón, claro, Herr Wagner. Gracias de nuevo. ¡Heil Hitler!
La muchacha levantó el brazo con desgana, con gesto apagado, y se alejó cabizbaja. Ella sabía bien hasta qué punto había influido en las decisiones del Führer y eso no lo podía entender el Gauleiter Wagner. Nadie más que ella y su amado Adolf.
—¡Heil Hitler! —gritó alguien a su espalda, mientras se alejaba. Unity no se volvió.
Fueron muchos los testigos que vieron a una muchacha muy alta, de metro ochenta y cinco, rubia y de piel blanquísima, paseando por el jardín inglés de Munich entre las dos y las tres de la tarde. A ratos lloraba, a ratos se lamentaba y hablaba sola. Le atormentaba haber sido causante, al menos en parte, de que su patria y Alemania, las dos cosas que más amaba en este mundo aparte del propio Adolf Hitler, se fuesen a destruir la una a la otra. Entendió demasiado tarde que Inglaterra no iba a permitir una potencia terrestre dominante en Europa. A aquellas alturas, importaba poco que las exigencias alemanas fuesen justas o no. Paradójicamente, de todas las peticiones de territorios que hizo Hitler antes de la guerra mundial, probablemente el asunto de Danzig era la única verdaderamente justificada. Era una aberración que Alemania estuviese dividida en dos partes. Ningún otro país en Europa tenía una porción de su territorio aislada dentro de otro país. Tal vez por eso Unity pensó, hasta el último momento, que el Reino Unido convencería a los polacos para que entregaran una parte del territorio arrebatado al segundo Reich en mil novecientos catorce. Pero esto no sucedió. Por el contrario, Chamberlain, presionado por el ala más belicista de la cámara de los comunes, exigió a Hitler que se retirase del territorio polaco que acababa de invadir. Naturalmente, sabía que Hitler no se iba a retirar y que la guerra era ya inevitable. Siempre lo fue. En determinado momento, las potencias occidentales comprendieron que Alemania necesitaba seguir expandiéndose a fin de conseguir más dinero, recursos y materias primas con las que armaría un ejército mayor para continuar expandiéndose. Se trataba de un ciclo sin fin que debía cortarse en aquel momento o, de lo contrario, no podría hacerse jamás.
Y Unity, aunque conocía a la mayor parte de los políticos ingleses a través de su padre, Lord Redesdale, no sabía nada de diplomacia internacional, de los entresijos del poder y de que en el mundo las decisiones no se toman con el corazón, ni siquiera con la cabeza. Se toman en los despachos, arguyendo razones que superan el entendimiento de una muchachita de veinte y pocos años.
Unity, finalmente, no pudo soportar el peso de la culpa y se disparó un tiro en la sien.
Pero no murió. La muchacha cayó del banco en el que se había sentado, mientras contemplaba absorta la orilla del río Isar.
Debió perder el conocimiento porque se despertó mirando al cielo. Se estremeció. Comprendió asqueada que se había meado encima. Entonces oyó los gritos y vio a un grupo de paseantes dirigirse a la carrera hacia ella para socorrerla. Pero Unity era una mujer fuerte, decidida. Habría sido una buena esposa para el Führer. Aunque la sangre le manaba por la cara y le impedía ver por el ojo derecho, buscó a tientas la pistola de su padre en el suelo. Para cuando la recuperó ya estaba rodeada por un hombre con traje gris y corbata y por una mujer con un carrito de bebé. Ambos estiraban los

brazos hacia ella.

—No necesito su ayuda —les anunció Unity—. No merezco vivir.

Y se disparó de nuevo en la cabeza. La bala entró directamente en su cráneo y la muchacha se desplomó.

LIBRO SEGUNDO:

CARIN GOERING
la difunta que siempre estaba presente

3

POLONIA
(1939, septiembre, octubre y hasta 9 de noviembre)

VIII

Más o menos a la misma hora que Adolf Hitler subía en el tren blindado América camino del frente polaco, el sucesor oficial del Führer, Hermann Goering, recibió un extraño encargo: debía dirigirse a la mayor brevedad a la clínica de la Nussbaumstrasse, en Munich, donde se entrevistaría con el profesor Magnus. El propio Hitler, por teléfono, le indicó los pormenores del asunto, y a cada palabra que alcanzaba sus oídos, con cada frase, cada murmullo de preocupación de su viejo amigo y camarada, en el corazón de Goering se iba formando una única imagen… la de un ataúd forrado de rosas.

Con lágrimas en los ojos, el ser gordo y fofo en el que se había convertido, comenzó a vestirse. Se puso como siempre ropa interior de seda y uno de aquellos vistosos uniformes de aviador blancos que resaltaban su sinuosa figura. Porque él era un hombre coqueto. Estaba convencido de que las mujeres, e incluso las masas de seguidores del régimen nazi, adoraban aquella vestimenta pomposa que él les entregaba como un regalo, un servicio más a la patria. Goering poseía una vanidad formidable y creía firmemente que todo el mundo estaba pensando en él las 24 horas del día o, al menos, una buena parte de ese tiempo.

Aún lloraba cuando la limusina pasó a recogerle y un chofer con librea le abrió la puerta para que aquella inmensa humanidad pudiese acceder al vehículo. A Goering no le importaba que le vieran sollozar en público, porque la imagen de aquel ataúd forrado de rosas había vuelto a golpearle como si alguien le hubiese propinado una bofetada. Él había conocido el verdadero amor, el verdadero sacrificio, había sentido el peso de aquel ataúd forrado de rosas hundiéndose en el fondo de su alma, y por eso el Führer le había elegido para aquella misión. Unity Mitford, la niña mimada inglesa, la amante frustrada de Hitler, agonizaba en un hospital de la capital bávara. Y sólo él, Hermann Goering, podía entenderlo.

El amor era algo demasiado importante para dejarlo en manos de idiotas sin sentimientos como Bormann o Himmler.

Sí, Hermann Goering podía entender el amor gracias a Carin; gracias a ella podía entender el sacrificio que aquella mujer inglesa había hecho por Adolf Hitler. Por eso lloraba, por eso acudía una y otra vez desde su memoria la imagen de aquel maldito ataúd forrado de rosas y por eso, ¡maldita sea!, necesitaba otra dosis.

Mientras la limusina avanzaba a gran velocidad desde el noroeste de Berlín a Munich, Goering se inyectó un pequeño vial de morfina. Estuvo a punto de romperse la aguja pero el presidente del Reich consiguió evitarlo con pulso firme y la destreza que le daban sus más de 15 años de adicción. Con el tiempo, su cuerpo se había habituado hasta tal punto a la droga que ya no le causaba adormecimiento hasta horas más tarde. Sólo le regalaba una euforia desmedida, ganas de comerse el mundo y devorarlo de una sola dentellada. Así, la inmensa desdicha que le había causado el recuerdo de todos y cada uno de aquellos pétalos de rosa, se evaporó. Estaba ausente de sí mismo, como si todo el dolor le estuviese sucediendo a otro. Poco después, comenzó a sentirse agitado, lleno de energía, comprendió que su dolor en un dolor magnífico y que todo lo magnífico daba sentido a la existencia, como una ópera de Wagner, como el Führer, como él mismo, que se había convertido en el segundo hombre más importante de la tierra tras el líder de la patria alemana.

Y todo gracias a Carin, se repitió: todo gracias a ella. Porque cuando Hermann no era nadie, cuando sólo era un pobre muchacho, un piloto recién licenciado de la Primera Guerra Mundial, ella supo ver todo el potencial que escondía aquel hombre perdido, sin oficio ni beneficio.

Carin Axelina Hulda era una noble sueca, una mujer de alcurnia con la que él no debería haber soñado mezclar su sangre y su destino; apenas debería haber osado mirarla. Y sin embargo estalló el amor entre ellos, el amor más puro que han sentido dos mortales, un amor que pudo con todo, con el matrimonio de ella, con las reticencias de su familia o con la pobreza de Goering, que era un don nadie, un paria sin trabajo. Carin confió siempre en el destino de su Hermann, vendió su casa y sus posesiones y le ayudó a labrar su porvenir en el recién nacido partido nazi. Incluso abandonó su patria, su amada Suecia, para seguirle a Alemania y estar a su lado mientras él iba ascendiendo en la jerarquía del partido.

—Ella me quería de verdad —le confesó a un impávido chofer que pisó el acelerador por toda respuesta—. Era una diosa germánica, una diosa nórdica. Y tuve la suerte de tenerla a mi lado en los peores momentos.

Y es que los malos momentos no tardaron en regresar. Durante el golpe de Estado que encabezó Hitler en el año 1923, el llamado Putsch de la cervecería, Goering fue herido gravemente en el muslo derecho, que no tardó en infectarse. Aunque huyó del país eludiendo así el largo brazo de la justicia, las secuelas de aquella primera intentona de acceder al poder por parte de los nazis fueron terribles. Nunca se recuperaría del todo de las heridas en la pierna y arrastraría un dolor sordo y constante hasta el fin de sus días. Además, durante las primeras semanas después de la operación, cuando estuvo a punto de perder la extremidad, sólo pudo soportar los padecimientos gracias a grandes dosis de morfina, de la que en adelante se convertiría en adicto. Pero nada de todo aquello fue un escollo para Carin, que seguía amándolo incondicionalmente incluso cuando estuvo a punto de quedar inválido, incluso cuando gritaba o la insultaba fuera de sí a causa del dolor, incluso cuando tenía que vender algún mueble especialmente valioso para conseguirle morfina.

Nadie ha confiado en ningún ser humano tanto como Carin confió en Hermann Goering. Sólo una vez sí, una vez flaqueó esa seguridad a toda prueba, una vez estuvo a punto de dudar del destino magnífico de su Hermann, de que finalmente se convertiría en un hombre recordado por la historia. Fueron los años de Italia, aquellos años de pobreza y desesperación, cuando Hitler le mandó a pedir ayuda económica a Benito Mussolini. El partido nazi, después del Putsch de la cervecería, estaba arruinado: no sólo había perdido el favor del pueblo sino que no tenía manera de conseguir nuevos recursos porque la mayor parte de sus líderes, incluido el propio Hitler, estaban en prisión. Sólo Goering podía moverse libremente por Europa y por eso se le encargó conseguir unos cuantos millones de liras de las camisas negras fascistas que, al fin y al cabo, tenían una ideología hermanada a la del nazismo. Pero su embajada fue un desastre: habló con empresarios italianos, con amigos del Duce, pero todo fue inútil. Benito Mussolini se negó a recibirle. Ni Goering ni el Partido Nazi le parecían dignos de su tiempo. Y pasaron los meses, se les acabó el dinero, y por más que insistía y rogaba Goering no consiguió ni siquiera una entrevista de cinco minutos con el líder fascista italiano. Nunca le falló a Hitler más que en aquella ocasión. Nunca se falló a sí mismo tanto como aquella vez. Nunca vio en los ojos de Carin una brizna de duda o desaprobación salvo en esos días infaustos en que los italianos le ningunearon, le trataron como si fuera aún aquel don nadie que había acudido a Suecia años atrás sin una moneda en el bolsillo. Pero la suerte, hasta entonces esquiva, decidió sonreírle muy poco tiempo después. El partido nazi se rehizo en las siguientes elecciones y Goering

consiguió el número siete de los doce diputados que obtuvieron como representación en el parlamento alemán. De pronto, en lugar de un paria sin trabajo... era un parlamentario, uno de los hombres que decidían el destino de la Patria en el Reichstag. Y la siguiente vez que acudió Italia para negociar en nombre de Hitler no sólo le recibió Mussolini sino el mismísimo Papa en el Vaticano. Goering, que odiaba a los italianos, se echó a reír recordando aquella pequeña victoria, y golpeó el cristal de la limusina para llamar la atención del conductor:

—¡Hasta el Papa en persona me besó el culo! —le gritó al sorprendido conductor, que se limitó a enarcar una ceja—. Pensaban que era un don nadie pero…

No lo era. Ya no lo era gracias a Carin. Su dulce Carin, su pequeña Carin, su dulce pajarito sueco era tan frágil, tan hermoso, tan breve su existencia en la tierra... Todos los años de privaciones, los continuos viajes entre Suecia y Alemania, los disgustos que le dio y una salud que nunca fue demasiado fuerte le acortaron la vida. Ya estaba gravemente enferma de los pulmones cuando Goering se convirtió en diputado del Reichstag, y apenas pudo disfrutar unos años de la nueva posición social de su amado. Pero fueron suficientes para que Hermann transformase su hogar en el centro de la vida social de Berlín, porque pronto fue conocido como el más generoso anfitrión y sus fiestas hicieron legendarias. Por poco tiempo para Carin. Entró en el último estadio de la tuberculosis en 1930 y al año siguiente murió su madre, Huldine. Viajaron a Suecia para asistir al entierro y fueron unos días terribles para ambos. Carin nunca se recuperó de aquel golpe y se fue marchitando lentamente ante la mirada anonadada de Hermann. Los médicos la prohibieron regresar a Alemania pero las obligaciones de Goering estaban lejos del lecho de su esposa. En el Reichstag, Hitler estaba planificando su asalto definitivo al poder y le necesitaba su lado.

Fue entonces cuando Carin hizo su supremo sacrificio.

—Si tú estás aquí, amor mío —le reveló, besándole con unos labios exangües—, no puedo morirme en paz. Cuando te veo sólo tengo ganas de vivir y estar a tu lado, pero Dios me reclama para estar al lado de mi madre. Mientras, a ti te reclaman tus responsabilidades para convertirte en el gran hombre que yo sé que puedes llegar a ser. Aún más grande de lo que tú imaginas y de lo que nadie imagina. Dentro de 50 años aún hablarán de Hermann Goering. Te lo prometo. Pero para eso debes dejarme morir en paz, lejos de ti. En vida he sido tuya y tú has sido mío. Ahora te dejo libre en la muerte.

Y le ordenó dejarla a solas con su hijo Thomas, nacido de su primer matrimonio. Quería que Hermann se marchase para que el destino de ambos se cumpliese.

Así que Goering regresó a Alemania. Aunque no por mucho tiempo. Aún estaba deshaciendo sus maletas cuando llegó la terrible noticia: Carin había muerto. Tal y como ella había predicho, necesitaba quedarse a solas para poder enfrentarse a la muerte. De vuelta Suecia, Goering encontró el cadáver de su amada encerrado en un ataúd cubierto de rosas rojas. Roto de dolor se lanzó de cabeza sobre la madera y, aferrándose con todas sus fuerzas, pidió a la azorada concurrencia y a los enterradores que no le separasen de ella, que los sepultasen en ambos juntos. Se necesitaron cinco hombres para apartar a Hermann del ataúd y muchas horas para poder calmarle. Todos sabían que era uno de sus ataques de excitación, de vesania fruto de las drogas, y acaso también había puesto su granito de arena cierta tendencia a lo grandilocuente y a la teatralidad de Goering. Finalmente, Carin fue enterrada en el panteón familiar y, en adelante, aquella imagen de un ataúd forrado de rosas perseguiría a Hermann hasta el fin de sus días.

Cuando la limusina llegó a Munich, Goering todavía estaba murmurando frases incomprensibles acerca de ese ataúd que le perseguía desde el infierno de la memoria. Necesitó una segunda dosis de

morfina para conseguir las fuerzas necesarias para descender del coche. Entonces tuvo una de las típicas crisis de euforia e hiperactividad asociadas al consumo crónico de este opiáceo. Salió del coche de un salto y subió a la carrera las escaleras de la clínica de la Nussbaumstrasse. En su mente, Unity Mitford y su dulce Carin eran la misma persona. El sacrificio de una era el sacrificio de la otra; si Carin había dado su vida y aún su muerte para la grandeza de Goering, Unity se había suicidado para la grandeza del Führer. Había comprendido que la verdadera esposa de Hitler era y sólo podía ser Alemania. Eva Braun era un personaje gris, menor, que siempre sería una desconocida para el pueblo alemán. Por el contrario, Unity en una mujer más culta, de una personalidad fascinante, que habría influido en Hitler como ya lo había hecho en la cuestión de Inglaterra. Cada minuto que seguía viva era un peligro para el Tercer Reich. Cuando ella lo entendió decidió poner fin a su existencia, porque el designio de Adolf Hitler era demasiado grande como para entorpecerlo con nada ni con nadie.

Goering, una vez dentro de la clínica, corrió de habitación en habitación perseguido por uno de los celadores, abrió todas las puertas y gritó el nombre del profesor Magnus, el especialista que se encargaba del caso de Unity Mitford. No lo encontró en la primera planta y subió a grandes zancadas hasta la segunda, empujó a un grupo de enfermeras, volvió entrar en cada una de las habitaciones y estuvo a punto de colarse en una intervención quirúrgica. Pidió perdón, salió de nuevo al pasillo y allí encontró al conocido profesor, uno de los especialistas más reputados de Alemania.

Sonrió satisfecho. Hermann sabía que Unity estaba muerta. En primer lugar, Hitler le había dicho que se había disparado dos tiros en la cabeza. Sólo la extraordinaria fortaleza de la muchacha le había permitido sobrevivir aunque fuera unas horas a un acto semejante. Además, debía morir para completar el sacrificio que había hecho por su Führer. Su muerte era necesaria para que aquel nuevo círculo de pasiones y sacrificios se cerrase. Sin la muerte, el sacrificio no tendría sentido, pues no habría redención. Sin la muerte nada tenía sentido. El gigante que era hoy Hermann Goering había nacido de las cenizas de Carin. La muerte de Unity era necesaria para que el Adolf Hitler del mañana surgiese victorioso de aquella nueva guerra mundial. Ahora lo tenía claro. Ahora lo entendía todo. La morfina le hacía siempre ver más claro.

—¿Me enseña el cadáver? —le espetó Goering al médico, que le contemplaba con los ojos muy abiertos mientras Hermann se frotaba las manos y daba pequeños saltos, presa de una excitación incontrolable.

—¿Qué cadáver? —repuso el profesor Magnus.

—El de Unity Mitford, por supuesto.

—La muchacha está muy grave pero creo que vivirá —anunció el profesor, mesándose un largo mostacho blanco que llevaba muy engominado y perfumado.

—Pero eso no es posible, se ha disparado dos tiros en la cabeza.

—No cabe duda que hablamos de una mujer de una determinación y una fuerza física fuera de lo común.

—Pero… yo pensé… el ataúd.... las rosas...

El sucesor de Adolf Hitler y presidente del Parlamento alemán, aparte de primer ministro de Prusia y media docena más de cargos... retrocedió un paso y se sentó pesadamente en un banco, incrédulo.

—No, no es posible…

Luego de la hiperactividad causada por la droga, llegaba el estupor, el vacío y la apatía más absoluta. Y en ellos se hundía Goering hasta desaparecer.

En un banco anónimo de una sala de espera, se quedó Hermann, dos horas enteras, hablando solo, a ratos sollozando, a ratos maldiciendo pero sin dejar de repetir entre frase y frase inconexa algo sobre un ataúd forrado de rosas.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

La campaña polaca no fue el paseo triunfal que muchos piensan. En absoluto.

Y es que casi todo cuanto conocemos de la campaña de Polonia es falso. Seguramente habréis oído hablar que fue la primera vez que el ejército alemán puso en funcionamiento la Blitzkrieg, la guerra relámpago, y que arrasó a los polacos a causa de valerse de esta nueva forma de conducir la guerra. Falso: en Polonia todavía no se había desarrollado la Blitzkrieg.

También habréis oído que la caballería polaca cargó por doquier contra nuestras unidades de tanques, en un vano y loco intento de frenar a base de orgullo y valentía el avance de los panzer. Falso: a pesar de que no niego que tal vez alguna unidad desesperada o tres o cuatro jinetes cargasen contra un tanque, yo no lo vi en todo el curso de la campaña ni conozco a nadie que viera un suceso semejante.

Y por último también habréis oído que la enorme superioridad técnica de las armas alemanas dejaron sin ninguna opción de resistencia al ejército polaco. Falso también: si bien esa superioridad existía no fue tan grande como se cree ni un elemento decisorio en la batalla.

El conocimiento popular de cualquier evento histórico toma a menudo la forma de una leyenda urbana. Las cosas suceden a menudo de una manera demasiado compleja o con demasiado poco glamour para el ciudadano medio que se susurra boca oreja, extasiado, anécdotas exageradas o perladas de romanticismo. Tal vez porque esas mentiras son las únicas que tienen la fuerza suficiente para ser recordadas.

Lo que sucedió en Polonia no tuvo nada que ver con lo que hayáis oído y probablemente también cuanto damos por sabido acerca de la Segunda Guerra Mundial en su conjunto. Doy gracias a Dios por la operación Klugheit, ya que al menos me permitió saber la verdad, toda la verdad, de cuanto aconteció en esos terribles años. Un hombre con conocimiento de los hechos ya puede considerarse sólo por eso uno de los seres más afortunados de la tierra.

Pero mejor voy a comenzar por el principio. En el momento en que yo regresaba de la infame matanza conocida con el nombre en clave de "la abuela muerto", esa en que nos dedicamos básicamente a asesinar a presos de un campo de concentración y asaltar una emisora de radio en nuestro propio territorio, faltaban unos pocos minutos para que las fuerzas aéreas alemanas, justo con las primeras luces del alba, comenzarán a bombardear el territorio enemigo. Los stukas, los pronto famosos cazabombarderos de Goering, se lanzaban en picado contra las ciudades y en especial los aeropuertos polacos, buscando destruir a sus aviones antes de que pudiesen siquiera echarse a volar. Entretanto, en el puerto de Danzig, la ciudad a causa de la cual había estallado la guerra, el acorazado Schelswig-Holstein disparaba con toda la fuerza de sus cañones contra las fortificaciones enemigas. Tropas de ingenieros desembarcaron y a las pocas horas la ciudad volvía a ser alemana.

Pero yo no sabía nada de todo lo anterior, en realidad sólo estaba pensando en regresar a casa y poder abrazar de nuevo a Mildred. Pero no tendría oportunidad. Recibí órdenes de incorporarme de inmediato al grupo de ejércitos Sur, comandado por el mariscal de campo Gerd von Rundstedt. Porque la campaña que acababa de comenzar estaba dirigida por dos grupos de ejércitos, el ya citado al mando de Von Rundstedt y al norte un segundo grupo a las órdenes del mariscal Fedor von Bock.

Antes de que pudiese siquiera reaccionar me habían metido en un Fieseler Storch y volaba en dirección al convento de la Santa Cruz, en Neisse. Allí tenía su base el Estado mayor del grupo de ejércitos Sur y, en particular, allí me encontraría con Erich von Manstein, mi siguiente objetivo en la operación Klugheit, el hombre que me ayudaría comprender la campaña de Polonia de 1939.
—El día en que comienza una guerra no es el mejor momento para la visita de un… —Manstein se detuvo, mientras inspeccionaba mis credenciales —la visita de un "observador" con plenos poderes. ¿Es usted de las SS? ¿De las SD?
Yo vestía como un civil, pues se me había prohibido llevar uniforme. Erich von Manstein, un hombre de pelo blanco peinado hacia un lado y rostro afable, me había tomado como tal hasta que había leído mi graduación SS y el que la operación que desempeñaba me tenía temporalmente adscrito al servicio de inteligencia de las SS, las SD. En ese momento su rostro había dejado de ser afable y ahora me observaba con suspicacia:
—Durante el desempeño de mi tarea —le expliqué—, no puedo intervenir en los combates y a todos los efectos me comportaré en la forma que usted ha descrito, como un "observador". Pero pertenezco a las SS, y bueno, Heydrich…
—¡Heydrich! —El rostro de Manstein se desencajó por la ira. De la afabilidad, a la suspicacia y a la ira en menos de 30 segundos. Realmente, no estaba satisfecho del rumbo de aquella conversación—. ¡Por culpa de ese bastardo casi se echa a perder mi carrera!
Yo conocía bien a qué se refería. Años atrás, Heydrich había acusado al comandante en jefe de los ejércitos de tierra, el barón von Fritsch, de ser un homosexual sabiendo que era falso. En realidad, otro hombre con los mismos apellidos mantenía relaciones personales que los nazis consideraban contrarias a la naturaleza de un buen alemán. Pero Heydrich sabía que la sola sospecha destruiría la carrera del militar. Y así fue. En realidad, Hitler quería hacer ciertas modificaciones en el alto mando del ejército y Heydrich, sencillamente, le echó una mano. En aquel tiempo, aunque Hitler ya era canciller, no tenía el poder absoluto del que luego abusaría, y el ejército seguía teniendo una influencia decisiva. Pero no tuvieron en cuenta Heydrich ni el Führer (o acaso no les importó) que la caída de Von Fritsch se llevaría por delante a otros hombres, como el propio Manstein, que era un colaborador muy cercano al comandante en jefe, y al que se alejó del alto mando tras la desgracia acaecida a su superior, llevándolo a servir sencillamente al frente de una división de infantería.
Muy poca cosa para un hombre de sus capacidades.
—Por suerte, mi amistad con el mariscal Von Runsdtedt me ha sacado del ostracismo y aquí estoy de nuevo, en primera línea —añadió—. Pero no quiero saber nada de los hombres de la SD y menos de un hombre de Heydrich.
Manstein me había dado la espalda como si Otto ya no estuviese allí. Yo no sabía qué decir, no quería que mi misión terminase antes incluso de comenzar pero tampoco quería mentir a aquel hombre, pues sabía que era uno de los estrategas más brillantes de Alemania y tenía muy alto concepto de su persona, y aún más de su hoja de servicios. Así que opté por una solución que en la vida suele dar muy malos resultados pero que en aquella ocasión resultó acertada: decir la verdad.
—Le prometo que no soy un hombre de Heydrich. Le doy mi mas solemne palabra de honor que Otto Weilern se ve forzado, a causa de la misión que le ha encomendado el Führer, a relacionarse con ese hombre, al que considero el ser más abyecto con el que tenido la desgracia de cruzarme en toda mi vida.
Sólo dije eso. Pensé en añadir algo más, que le había visto envenenar a un compañero de la SD, que

había organizado el asesinato de civiles alemanes y prisioneros del campo de Dachau para intentar convencer en vano a la comunidad internacional que los polacos nos habían atacado, que estaba seguro que tenía razones secretas para ayudarme en Klugheit, que le tenía miedo, que me había interrumpido durante un escarceo amoroso con mi novia y que la grandeza de nuestro país se veía empañada por personajes de la calaña de Heydrich. Pero no dije nada más y me quedé en silencio, lamiéndome los labios, que de pronto notaba agrietados.

Manstein se volvió y me miró fijamente. Luego de un instante de pausa en el que pareció estar decidiendo, evaluándome en silencio, sentenció:

—Una de las primeras virtudes que debe poseer un comandante es la de reconocer los propios errores. He percibido la sinceridad en sus palabras. Es usted un hombre joven y apasionado. Y me atrevería a añadir que es una pena que deba vestir de civil y no pueda combatir en una de mis unidades. Me equivoqué con usted. Le ayudaré pues en lo que pueda.

El teniente general Erich von Manstein era un hombre sabio. No sólo porque reconocía sus propios errores sino porque me estaba concediendo el gran favor de hacer algo que el Führer le terminaría obligando a hacer de todas formas si se negaba. Ésa es sin duda otra de las virtudes de los grandes estrategas, el que te sientas en deuda con ellos por algo que al fin y al cabo tenían que hacer de cualquier forma.

Un oficial debe inducir ante todo sentimientos de lealtad en sus subordinados, y no hay nada que produzca esas emociones con más fuerza que un favor, una gratificación personal, sea voluntaria o forzosa.

Esa fue la primera lección que me impartió Manstein.

Pero no fue la última.
A su lado aprendí qué tipo de guerra estábamos realmente librando.
—El ejército polaco tiene un gran handicap —me explicó, mientras visitábamos la línea de frente en pleno avance hacia Lodz—. Ellos vencieron en la última guerra que libraron.
Lo que decía no parecía tener mucho sentido.
—¿El haber vencido anteriormente es una desventaja para un ejército?
No podía ver mi propia cara, por supuesto, pero estoy seguro de que mi expresión era de genuina sorpresa.
—Polonia es un país de nuevo cuño nacido precisamente de las cenizas de la gran Guerra de 1914 —Manstein me hablaba lentamente, aleccionándome como un padre a un hijo—. Ganaron su independencia y luego ampliaron sus territorios luchando contra los rusos en la guerra de 1920. Y lo consiguieron planteando una estrategia dispersa basada en la velocidad y la maniobra. Y ese es por tanto su handicap.
Yo seguía sin entender.
—Un ejército vencedor crea un conjunto de héroes —me explicó entonces—, unas figuras patrias que se convierten en ideales. Nadie pone en duda su memoria, su figura, su legado. Los generales polacos van a repetir la misma estrategia que les dio la victoria en 1920. Es imposible que un ejército vencedor se plantee cambiar la forma de emprender la guerra después de un éxito semejante. Aunque se enfrentan al ejército alemán, muy superior en número y en calidad de tropas, el lugar de defender una pequeña zona en torno a su capital, Varsovia, probablemente retrocediendo hasta el río Vístula, al final se han inclinado por defender toda su frontera, confiando en la rapidez de sus unidades, principalmente de caballería, para frenar nuestra ofensiva según ésta se desarrolle.
—¿Y es esa una estrategia equivocada?
Manstein levantó sus prismáticos y observó el avance de unos carros panzer III por una carretera que minutos antes había barrido de enemigos el bombardeo de los stukas.
—Oh, sí, por supuesto que es un error. El mismo error que cometió Alemania hace 25 años. Porque nosotros fuimos también una vez una nación orgullosa y vencedora. Fue en la guerra de 1914, la primera guerra mundial. —El teniente general bajo sus prismáticos y dio unas órdenes entrecortadas a uno de sus ayudantes, que salió la carrera— Por entonces nuestra estrategia se basó en la teoría del envolvimiento de Schlieffen. Ese gran general del pasado era nuestro héroe, el gran militar que había ideado una estrategia maravillosa que conducía a una victoria segura. En realidad, no era una idea nueva, ya que en esencia era el mismo ataque por el flanco que Aníbal el cartaginés utilizara en la batalla de Cannas contra los romanos, aunque esta vez aplicado a nivel estratégico, no sólo en una batalla campal. Schlieffen creía, y con razón, que todo general aspira a repetir la gloria de Aníbal, a flanquear al enemigo, superarle, engañarle, humillarle y finalmente atacarle por la espalda hasta su aniquilación. La idea de una derrota tan gigantesca, completa y tan inteligente que provoque la destrucción de tu enemigo es el sueño de todo general. Y ese sueño le fue legado a su sucesor al frente del ejército alemán, Helmuth von Moltke, el joven. ¿Y sabes lo que hizo Moltke?
Negué con la cabeza.
—Cuando llegó el momento de enfrentarse a las potencias occidentales en la Primera Guerra Mundial repitió punto por punto la doctrina de su héroe, de nuestro héroe, del gran Schlieffen. La

teoría del envolvimiento nos daría una gigantesca victoria, aniquilaríamos al ejército francés y saldríamos victoriosos. La idea era tan grandiosa que cualquier otra opción no fue contemplada.
—Y perdimos, por supuesto —asentí, pues eso bien lo sabía. La derrota de Alemania en la Primera Guerra Mundial era de hecho lo que muchos años más tarde nos estaba llevando de nuevo al campo de batalla, al lugar donde queríamos vengar aquel desastre.
—Perdimos, sí. Schlieffen era un genio y sus sucesores solamente imitadores. Tal vez, si hubiese seguido vivo en el momento de la guerra de 1914, él mismo les habría explicado que la teoría del envolvimiento no era la más adecuada para enfrentarse a los franceses, o tal vez la habría desarrollado de otra manera, haciéndola evolucionar, atreviéndose a retirarse de los territorios de Alsacia y Lorena, uno de los mayores errores estratégicos que cometieron Moltke y sus mariscales. Pero su sucesor únicamente fue capaz de imitar de forma torpe el ataque por el flanco que había desarrollado Schlieffen. El pobre soñaba con su propia batalla de Cannas.
El impacto de un cañón contracarro Bofors contra uno de los panzer III que avanzaban le obligó a detenerse. Los cañones polacos no eran de muy buena calidad pero el Bofors sueco era aceptable. El panzer III era de nuestros mejores tanques, no como los panzer I o panzer II, que eran el grueso de nuestras fuerzas acorazadas, y por suerte el blindaje repelió el impacto. Manstein llamó por teléfono a Blaskowitz, que estaba al frente del octavo Ejército y, al cabo de unos minutos, las baterías polacas de cañones contracarro fueron barridas por un nuevo ataque desde el aire de los Stukas.
—Los polacos quieren ser Pilsudsky, el héroe de su independencia y su victoria ante los soviéticos de hace 20 años. Pero su sucesor, como nos pasó a nosotros, no estará a la altura de su ideal. No tendrá la fuerza moral para imponer la elaboración de otra estrategia aunque intuya que está equivocado. Todos en Polonia veneran a Pilsudsky y tratarán de emularle, releyendo los libros que explican sus victorias y cómo las consiguió. Repetirán pues la misma guerra de maniobra de Pilsudsky. Y una guerra de maniobra como la que desarrollaron contra los rusos no les interesa a los polacos en el presente, contra nosotros, por una razón bien sencilla.
Manstein hizo una pausa como cuando un maestro está en plena clase magistral y espera una señal del alumno aventajado.
—Supongo que me lo va decir. O al menos eso espero, señor. Porque yo no voy a adivinarlo —le confesé, cómplice de sus juegos pero dispuesto a reconocer mi ignorancia.
Manstein soltó una caracajada.
—Una guerra de maniobra, una guerra de velocidad, no les puede interesar de ninguna forma a los polacos porque nuestros tanques son más rápidos que sus caballos, porque nuestro ejército es mejor justamente en el tipo de combate que ellos han decidido emprender. Nadie en su sano juicio se enfrentaría un rival dándole todas las ventajas para desarrollar precisamente aquello en lo que es superior. Pero los polacos lo han hecho. Así que serán ellos los que resulten aniquilados.
Las palabras de Manstein fueron proféticas. En efecto, la línea de defensa que habían planteado los polacos era demasiado extensa, la movilización de sus hombres no se había completado y había muchos huecos en el entramado que ocupaban sus tropas. Las victorias alemanas comenzaron casi inmediatamente. Los polacos estaban seguros de poder resistir muchas semanas y de que, entretanto, las potencias occidentales, con Francia la cabeza, organizarían un contraataque por la espalda de los alemanes, forzándoles a la rendición. Pero las cosas sucedieron de forma tan vertiginosa que todos sus cálculos quedaron en nada. El uso combinado de la fuerza aérea y las tropas de tierra era un concepto novedoso que la Wehrmacht estrenó en Polonia, una innovación táctica que les sorprendió

por completo.
Los stukas, los cazabombarderos en picado de Goering, emitían un sonido estridente en sus ataques a tierra y aterrorizaban a los soldados; a los pocos minutos llegaba nuestro ejército para terminar de desbandar a un enemigo que aún no se había recuperado del golpe psicológico de aquellos demonios aulladores. La aviación polaca, que combatió dignamente y de hecho derribó un gran número de aviones alemanes, fue en su mayor parte destruida en tierra gracias a los ataque sorpresa de la Luftwaffe. El arma aérea había cambiado por completo desde la Primera Guerra Mundial y los polacos tardaron en entenderlo. Asimismo, una de las claves de la defensa polaca era que estaban convencidos que gracias a la velocidad de su caballería podrían frenar el avance de nuestras tropas, destruyendo los puentes sobre sus ríos y deteniendonos al otro lado de la orilla en caso de ser sobrepasados. Pero los Stukas espantaban a sus caballos, nuestros tanques (como había adelantado Manstein) eran más rápidos y nuestras tropas de infantería atravesaban a toda velocidad los ríos, tomando los puentes intactos o reconstruyéndolos antes que los valientes jinetes polacos pudiesen reaccionar.
Las diferencias tecnológicas, como he adelantado al principio, no fueron tan importantes como las innovaciones tácticas. Los polacos eran unos buenos soldados superados por una distribución inicial de tropas suicida, absurda, y por la esperanza de que Francia y el Reino Unido les ayudarían. De hecho, cuando Polonia ya se había rendido apenas había comenzado la movilización de tropas en occidente. Francia e Inglaterra se limitaron a asistir boquiabiertas a lo que estaba pasando en las llanuras del este.
En realidad, los polacos nunca tuvieron ninguna oportunidad una vez decidieron disponer a su ejército en el campo de batalla de la peor forma imaginable. El error fue tan grave que no podía deshacerse.
Y luego estuvo el factor suerte. Una de las razones principales por las que Hitler, en esta primera fase de la guerra mundial, resultó triunfante, es porque tuvo una inmensa fortuna, una especie de ángel de la guarda que le ayudaba a tomar todas las decisiones de forma correcta y hasta brillante. Más adelante, en las siguientes etapas de la contienda, Hitler cometería tremendos errores por creer que seguía investido de un don divino para tomar todas las decisiones de forma acertada en base a corazonadas o a caprichos de diletante. Pero en este momento de la guerra, en 1939, todas las ideas que se le ocurrían salían bien por muy estúpidas o mal fundamentadas que fueran. El mariscal de campo von Rundstedt, con el que prácticamente no tuve ocasión de hablar, me contó, creo que en la única ocasión en la que intercambiamos más de tres o cuatro palabras, una curiosa anécdota que me sirve para ejemplificar lo que estoy diciendo:
—Es curioso que el Führer y ese engreído de Guderian tuvieran razón —me comentó, mientras miraba una columna de soldados que avanzaban en un camión. Cruzaban uno de los puentes conquistados a toda velocidad camino de la siguiente victoria.
—¿En que tenía razón el Führer, mariscal? —inquirí, intrigado, porque Guderian era el teórico más reconocido de la utilización de los carros de combate como punta de lanza de los ejércitos del Reich.
Von Rundstedt era un anciano de rostro alargado y muy chupado con el típico semblante indiferente del prusiano del más rancio abolengo. Apenas había reparado en mi presencia y la primera vez que Manstein le explicó que yo era una especie de "observador" plenipotenciario con capacidad para ir de un frente a otro con libertad e interrogar a cualquier mando del Reich, me miró como si fuese una bestia imposible de circo, un elefante de cuatro cabezas. Pero ahora me contemplaba sin verme,

porque yo para él debía ser alguien diminuto, un niño de 17 años que el azar había puesto en el camino de verdaderos hombres alemanes como él mismo. En realidad, creo que hablaba para sí cuando dijo:

—El Führer odia los caballos y esa tontería nos ha dado una ventaja decisiva en esta campaña. —El mariscal se inclinó hacia mí y volvió a mirarme, como si de pronto hubiese reparado que un ser real estaba a su lado. Entonces se vio obligado a añadir—: Varios de los generales más veteranos, entre los que yo mismo me cuento, éramos contrarios a la mecanización excesiva del ejército. En el tema de las unidades de transporte pensábamos que en las ciénagas polacas serían de mucho más ayuda los típicos carros con caballos para transporte de tropa que las más modernas unidades como las semirorugas, vehículos de reconocimiento, los camiones, etcétera. Pero Guderian y otros jóvenes expertos en las fuerzas acorazadas, insistían en lo contrario, en la necesidad de mecanizar al máximo el ejército alemán. En circunstancias normales, nosotros, la vieja guardia, habríamos vencido en aquella conversación. Pero no lo hicimos por defender a los caballos, ya que Hitler los odia desde niño por alguna razón privada que desconozco. Tal vez uno le mordiera el culo cuando era joven. —Graznó una especie de sonido que tardé en advertir que era una risa apagada—. Ese hombre ha nacido con una fortuna incomprensible. Esa decisión infantil de mecanizar el ejército nos va a permitir una victoria tan rápida como nunca habríamos imaginado, porque podemos enviar a la infantería detrás de los carros de combate, a través de los puentes, y sobrepasar al ejército polaco sin el más mínimo esfuerzo. Una guerra ganada por el infantil odio de un caudillo hacia estos bellos animales.

Dicho lo cual el mariscal Von Rundstedt se subió a su caballo y le acarició el lomo con simpatía. Luego se alejaron ambos a paso marcial dejando al joven Otto con la boca abierta.

Porque los generales alemanes, durante mucho tiempo y ya muy avanzada la Segunda Guerra Mundial, siguieron adorando a sus caballos y cabalgando sobre los mismos como muestra de su rango hasta que el Kubelwagen y otros coches o vehiculos de cuatro ruedas, los desplazó de forma definitiva. Los tiempos estaban cambiando.

Pero los tiempos para mí más que cambiar tal vez hubiesen terminado aquel mismo día de no ser por el coronel Wilhelm Dietrich von Ditfurth. Este, el más querido amigo de Manstein, fue durante varias jornadas mi compañero durante el avance de las tropas. Era un hombre extremadamente alto, muy callado y con un sentido del humor irónico que hacía que todo el mundo rápidamente le cogiese aprecio. Mientras penetrábamos en territorio polaco a la cabeza de su regimiento motorizado, a la altura de Ostrowiec, Wilhelm intuyó el peligro. Es algo que más tarde vería aún con más claridad en un hombre extraordinario como Erwin Rommel. Pero el coronel Von Ditfurth tenía también ese sexto sentido. Aunque la batalla de Radom tocaba a su fin y no parecía que debiéramos temer un peligro inmediato del ejército polaco, se me ordenó que bajase de su vehículo y me dirigiese a la retaguardia.

—Querría ver los combates lo más cerca que sea posible para poder terminar el informe que estoy haciendo para el Führer —le comuniqué, muy serio.

Siempre que algún oficial hacía algo contrario a mis deseos enarbolaba mi personal prebenda con Hitler, y la mayoría de las veces funcionaba, el oficial se encogía de hombros y me dejaba ir a dónde quería o preguntar lo que deseaba saber. Pero Wilhelm, se mostró inflexible.

—Erich me ha dicho que ante todo debo salvaguardar tu pellejo. Y eso voy hacer.

—Ahora mismo en este punto del frente no está sucediendo nada —argüí, haciendo gesto de volver a

subirme a su coche.
—No está sucediendo nada… todavía. Señor Weilern, marche hacia la retaguardia a menos que quiera que le acompañe alguno de mis hombres mientras le tira de una oreja.
De mala gana, y con la cara roja porque me había tratado como a un niño, comencé a caminar en dirección a los vehículos más atrasados. Entonces la explosión me hizo volver la cabeza. El coche de mando había volado por los aires y el coronel von Ditfurth yacía en el suelo con sus ayudantes, cubiertos todos de sangre. Ninguno sobrevivió y el caza polaco Karas que nos había bombardeado se alejaba perseguido por intermitentes ráfagas de nuestra artillería antiaérea.
Porque ni los polacos estaban derrotados ni nuestra superioridad era tan aplastante. La campaña no había hecho sino que comenzar y, aunque nuestros enemigos se habían retirado a la línea al este del río Vístula (cosa que deberían haber hecho de buen principio), estaban dispuestos a hacernos pagar cada metro conquistado de su patria. Y aún más ahora que su capital, Varsovia, estaba por fin a nuestro alcance.
Manstein acudió a la carrera desde el puesto de mando en cuanto supo del ataque. Estaba pálido, con el rostro desencajado, mientras los sanitarios retiraban el cadáver de su amigo, que había sido cadete con él en Plön y coincidido más tarde en diversos destinos desde los 12 años. Cuatro décadas de amistad que tocaban abruptamente a su fin.
Horas después supo que su cuñado, Konrad von Loesh, había sido alcanzado en la espalda por un disparo enemigo. Malherido, tetrapléjico, fue trasladado a su finca en Silesia, donde moriría poco tiempo después.
—Es una paradoja —me confesó Manstein aquella noche, con los ojos brillantes pero sin derramar ni una sola lágrima—, que uno haya nacido con un único don en esta vida. Y que este don sea el de la estrategia militar. Tal vez algunos piensen que soy un hombre brillante en mi campo, joven Weilern, y tal vez lo sea, pero el mío es un trabajo aunque necesario, ciertamente terrible. El don que yo tengo no se lo desearía ni al peor de mis enemigos.
Y se alejó Manstein sólo, carretera abajo, con la cabeza vuelta hacia las montañas, para que nadie viese que ya no podía contenerse más y estaba llorando por todos sus camaradas muertos.
Por desgracia, ni él, ni nadie, ni siquiera yo, nos acordamos aquella noche de los valientes soldados polacos, que estaban perdiendo su vida, su libertad y su patria a manos de Hitler y el Tercer Reich.

IX

Unity Mitford no estaba muerta, pero tal vez tampoco estaba viva. Sentada en la cama de la clínica de la Nussbaumstrasse, con los ojos muy abiertos, contemplaba la pared hasta que el infinito la engullía y casi la hacía desaparecer. No podía moverse, la baba le caía por la comisura de los labios y su médico, el doctor Magnus, no sabía si alguna vez abandonaría aquella terrible condición.

Hacía mucho calor. Una enfermera nueva se acercó y le retiró las sábanas hasta la cintura. Luego le secó la frente. Unity podía ver sus ojos, y le parecieron unos ojos repugnantes, mezquinos. Fue entonces cuando comprendió que todavía era capaz de pensar, de sentir. Una parte de ella se alegró, pero su cuerpo permanecía inmóvil, ausente de ella misma. Intentó mover una mano pero no fue capaz. Quiso pestañear pero ni siquiera eso le fue posible. Aquello era peor que estar muerta.

—Me pregunto si por lo menos sueñas —se interrogó la enfermera, acariciándole la mejilla y luego dándole un fuerte pellizco.

Pero Unity no se inmutó. No sintió dolor. Supo que aquella mujer malvada le había pellizcado, tal vez intentando hacerle daño, tal vez intentando que reaccionase y despertarla de ese estado de media vida y media muerte. Probablemente por ambas razones. Se preguntó quién era aquella mujer y qué pretendía. Pero luego su mente divagó hacia aquella palabra: sueño. Le habían preguntado si soñaba, y soñar era lo único que había estado haciendo todos aquellos días.

Había soñado con un tren que avanzaba en dirección a Polonia. El tren se llamaba "América" y su amado, Adolf Hitler, estaba en su interior junto a sus hombres de confianza. Vio al coloso traqueteando y soltando nubes de humo en dirección al frente. Hitler estaba vestido con su uniforme gris de campaña y llevaba la cruz de hierro de primera clase ganada en la Primera Guerra Mundial, sonriente y satisfecho por las victorias de su ejército.

Luego, en su fantasía, vio a Kempka, el chofer del Führer, preparar su Mercedes una vez el tren se hubo detenido. Avanzaban en dirección a la ciudad de Plewno, donde le esperaba uno de los oficiales más destacados del ejército del Norte. Su nombre era Guderian.

—¿Ha sido nuestra aviación? ¿Los stukas han destruido ese puente?

Hitler señalaba los restos colgantes de una pasarela por la que habían intentado huir los soldados polacos antes de rendirse.

—No, ha sido uno de mis carros de combate —le informó Guderian, hinchando el pecho con orgullo.

Tal vez los responsables de aquella pequeña hazaña que había conducido a la rendición enemiga en el sector de Plewno, hubieran sido en realidad los cazabombarderos de la Luftwaffe, pero para Guderian no era así. Para él, todas las victorias eran fruto de los carros de combate. Las bajas alemanas estaban siendo prácticamente inexistentes, los polacos se rendían por decenas de miles y muy pronto por centenares de miles. Heinz Guderian le explicó a Hitler que eso se debía a los tanques, que avanzando en primera línea sufrían algunas bajas, indudablemente, pero a cambio los soldados de infantería del Reich volverían a sus casas, con sus familias, de una pieza. Todos y cada uno de ellos.

Era una exageración, por supuesto, pero una exageración muy bien fundamentada.

Hitler, aunque admiraba a Guderian, sabía bien que el carro de combate era la obsesión del joven comandante del 19º cuerpo de ejército y que, aunque tuviera bajo su mando dos divisiones de infantería, para él era como si sólo existieran la 3ª y 10ª divisiones Panzer, también a su cargo.

—En su opinión, ¿en qué deberían invertir su esfuerzo nuestros técnicos para mejorar los actuales

tanques e servicio? —le preguntó el Führer, pero al instante advirtió su error. A un hombre obsesionado lo último que hay que hacer es preguntarle acerca de su obsesión.
Mas Guderian ya había comenzado hablar de cómo mejorar el blindaje frontal, de la necesidad de una mayor penetración en los cañones... y hablaba y hablaba interminablemente mientras Hitler asentía sin pausa, intentando entre un asentimiento y otro meter baza, frenar la verborrea de su subordinado.
Pero no fue capaz.

Unity despertó de su ensueño con la sensación de haber viajado muy lejos y regresar desde un universo en movimiento a uno estático, sujeta a una cama de la que no podía moverse, presa dentro de su propio cuerpo. Y esto era en verdad lo que había sucedido. Pestañeó dos veces y trató de volver la cabeza hacia la puerta de entrada de su habitación, pero su cuerpo seguía sin responderle. ¡Un momento! ¡Había pestañeado!

Si hubiese sido capaz se habría puesto a dar saltos de alegría en su habitación. ¿Cómo era posible que se hubiese intentado suicidar? ¡Dios santo! ¡Tenía sólo 25 años!

Exultante, se dio cuenta de que una parte de ella estaba regresando desde el infierno de la nada, desde un lugar lejano perdido en los fragmentos desgarrados de su propio cerebro. Fue entonces cuando volvió a ver a la enfermera. Aquella mujer a la que no conocía de nada (¿o sí?) la contemplaba con un odio infinito. La había visto pestañear y había comprendido que comenzaba a recuperarse. Ahora avisaría al doctor Magnus y le harían unas pruebas y…

¡Un momento!, se dijo, deteniento de nuevo la línea de sus razonamientos. ¿Por qué la contemplaba con un odio infinito? ¿Qué le había hecho ella? Unity pensó en que tal vez todavía estaba dentro de su fantasía, soñando que estaba despierta y una enfermera diabólica la custodiaba, y esa impresión se reforzó cuando vio que la muchacha comenzaba a desvestirse. Se trataba de una mujer bastante alta, atlética, con el cabello rubio ceniciento. Una mujer bonita pero tampoco despampanante. Se quitó la blusa de enfermera, el sujetador y le mostró sus pechos, luego levantó la mano derecha para llamar su atención y que sus ojos siguieran el camino de sus dedos hasta justo debajo de pecho izquierdo. Entonces vio la cicatriz, la señal indeleble que había dejado en el cuerpo de aquella mujer un balazo justo encima y a la izquierda del plexo solar.

—Así fue como conseguí su amor —le reveló la enfermera—. Él no me hacía caso, siempre estaba de viaje, nunca tenía tiempo para mí. Hasta que me disparé tan cerca del corazón que, o bien moriría, o bien él tendría que comprender que estaba dispuesta a sacrificar todo, incluso mi existencia, por estar a su lado. Y le conseguí al fin. Me llevó con él al Berghof y ahora soy su mujer, aunque pocos lo sepan.

La enfermera cogió una almohada y añadió:

—Pensé que nadie haría algo semejante, una locura como la que yo hice, para conseguirle. Pero, ¿pegarse dos tiros en la cabeza? Ese es un farol tan bueno que ni yo misma lo puedo igualar. Tú ganas la partida, a menos que yo haga trampas. Lo malo para ti es que estoy dispuesta a hacerlas.

Unity sintió una punzada de terror. Había reconocido por fin a la enfermera. ¡Era Eva Braun! En Alemania podía moverse libremente porque era una mujer casi desconocida, de hecho la propia Unity sólo la había visto un par de veces, y siempre en segunda fila, detrás del Führer en algún evento. Nadie sabía que era la esposa secreta de Hitler más que el círculo más íntimo del dictador. No le debería haber resultado difícil disfrazarse de enfermera y…

—Las mujeres inteligentes como tú o como Magda Goebbels, siempre pavoneándose de vuestra inteligencia, de los muchos libros que habéis leído, de lo mucho que sabéis. Yo sólo soy una chica bávara, una mujer sencilla con una señal que me dejó una bala en el pecho, un estigma de mi victoria. ¡Pero hasta eso me lo quieres quitar, puta!

Unity sintió el peso de la almohada sobre su nariz, pero no pudo gritar, no pudo pedir ayuda, no pudo ni siquiera cerrar los ojos porque el blanco de la tela le inundaba los globos oculares. Intentó

pestañear pero ahora ni siquiera era capaz. Pensó que sería terrible que su última visión en este mundo fuera la de Eva Braun medio en cueros, enseñándole los pechos, y abalanzándose luego sobre ella con una almohada de hospital para, por fin, quedarse contemplando el blanco de aquella tela por toda la eternidad.

Entonces su mente quiso escapar del presente, de ese presente aterrador, y lo hizo como sólo podía hacerlo, a través de las fantasías.

Y Unity rompió a soñar con su Führer, con su amado Führer. Le vio de nuevo en el tren "América", tomando café, hablando con Keitel, el comandante en jefe de la Wehrmacht y su máximo colaborador, o tomando un avión para ir hasta el frente, hablando con los soldados heridos y dándoles ánimos, asegurándoles que la victoria de Alemania estaba cerca y que su servicio a la patria sería recompensado. Pero entonces el rostro del Führer se difuminó y apareció una visión inesperada, la cara hermosa y suave de un hombre joven, extraordinariamente guapo. Lo reconoció de inmediato: Walther Schellenberg. No lo conocía muy bien, de alguna reunión con el Führer en que aparecían miembros de las SS o la SD, pero una mujer que veía a Schellenberg jamás le olvidada. Además, era un tema de conversación habitual entre las mujeres del entorno nazi.

Y es que Walther también iba en un tren camino de Polonia.

Porque en realidad, no eran uno sino tres los trenes especiales en los que el alto mando alemán avanzaba detrás de sus ejércitos. Estaba el "América", el tren del Führer, pero Himmler, el comandante en jefe de las SS, también tenía el suyo; e incluso Goering, después de visitar a Unity en la clínica de Munich y balbucear cosas sin sentido acerca de ataúdes forrados de rosas, para sorpresa del doctor Magnus, había tomado su propio tren (el Asia) siguiendo la estela de los otros dos.

Schellenberg viajaba en el tren de Himmler. En realidad, hacía pocas fechas le había nombrado uno de sus ayudantes personales y realizaba para él todo tipo de informes: sobre las guerras del futuro, las necesidades del ejército, de las SS, del propio Führer... porque todos veían en Schellenberg a un hombre de singular inteligencia y querían ponerlo a prueba. Pero no debía ser tan inteligente cuando era tan necio como para acostarse con la mujer de Heydrich, con la dulce Lina. Y es que sólo un idiota se atrevería a mantener una relación secreta con la esposa de uno de los hombres más poderosos de Alemania. Luego de Hitler había una tríada de hombres poderosos y temibles en el Reich: Goering, Himmler y Goebbels, el ministro de propaganda. Pero el cuarto era la araña Reinhard Heydrich, el hombre en la sombra que todo lo manipulaba y que todo lo enredaba en su red de mentiras. Schellenberg era tan tonto que se creía lo bastante listo como para engañar a Heydrich. Ni siquiera el que este le hubiese envenenado le había hecho desistir de su relación con su esposa.

Tal vez en este asunto sucedía que Schellenberg no pensaba con la cabeza sino con otra parte de su anatomía. A veces las cosas más extrañas e incomprensibles se explican de una forma así de sencilla.

Cuando el oxígeno comenzó a no llegarle al cerebro, Unity vio todas las piezas que conformaban el Tercer Reich como un crisol, contrayéndose y dilatándose, y pudo distinguir a todos sus protagonistas por un instante unidos en un gigantesco puzzle de vida y de muerte. Contempló de nuevo a Schellenberg haciendo informes y visitando el frente para poder hacer otro informe al día siguiente, esta vez sobre el estado de la campaña polaca. Se preguntó por qué aquel hombre sería importante y porque su mente, enferma y moribunda, se lo mostraba.

—Cuando regresemos de esta guerra —estaba diciendo en ese momento Himmler, en sombras, de tal forma que era imposible ver sus ojos y sólo se distinguía el fulgor opaco de sus gafas —se hará usted

cargo de forma ya oficial del servicio de contraespionaje de las SS. Y comprenderá que no es una unidad habitual, sino un servicio especial, porque para llevar a cabo su misión tendrá amplios poderes discrecionales. Podrá ir donde quiera y hacer lo que quiera, dentro de unos límites, claro. Será usted un espía "especial".

—Muchas gracias, Reichführer-SS —respondió Schellenberg, que no tenía muy claro en qué consistía el servicio de contraespionaje pero que estaba seguro que no tardaría en comprenderlo. O al menos eso esperaba.

—Muy pronto le encomendaré su primera misión. Pero aparte de cualquier otro encargo que se le vaya haciendo en meses o años venideros, hay un asunto que quiero que lleve de forma discreta y me vaya informando.

—¿Qué asunto es ese, señor?

—Quiero que vigile al doctor Morell.

Himmler señaló a un hombrecillo medio calvo de manos peludas que les había acompañado durante la mañana en su visita al frente. A pesar de que, por su oficio, debería estar acostumbrado a los cadáveres, tan pronto les alcanzó el olor fétido de la muerte y la descomposición, se puso va a vomitar. Luego, al oír al menos a 1 km una explosión de la artillería polaca, corrió como un pollo sin cabeza hasta que le perdieron de vista en un bosque cercano. Un grupo de guardias de las SS Leisbtandarte tuvieron que buscarle durante horas porque se había perdido en la espesura. Estuvieron riéndose de él durante todo el día.

—Que no te engañe su aspecto de patán —le advirtió Himmler—. Ese hombre es peligroso y tiene una gran influencia sobre el Führer.

Unity sabía que le faltaban apenas unos segundos para morir. La última de las piezas del puzzle llamado Tercer Reich estaba encajando dentro de su cabeza, pero ella ya no tendría tiempo para poder tener una visión de conjunto. Las piezas se disdibujaron. Aceptó la muerte y consiguió cerrar sus pestañas, dispuesta a reunirse con sus antepasados. Pero entonces la presión de la almohada cesó. Aquella mortífera arma que casi había acabado con su vida de pronto estaba debajo de su nuca. Abrió los ojos y vio a la enfermera vestirse a toda prisa, ponerse el sujetador, la blusa y la bata, para luego fingirse atereada realizando cualquier cometido banal, como tomarle la temperatura, nada relacionado con un asesinato, por supuesto. Entonces Unity oyó una voz a su derecha:
—¿Todo bien por aquí, enfermera?
Unity reconoció la voz del doctor Magnus.
—Todo bien, doctor. Aunque me ha parecido por un momento que ha pestañeado. Pero no estoy segura.
El doctor Magnus se inclinó sobre Unity y revisó sus pupilas con una linterna. Unity consiguió abrir y cerrar el ojo izquierdo una vez, brevemente, y el doctor asintió:
—Es maravilloso que comience a recuperarse. Al menos en la medida en que podrá hacerlo.
—¿Qué quiere usted decir, doctor?
Magnus bajó la voz, pero no lo suficiente.
—Las heridas en su cerebro son irreversibles. Ha perdido una parte importante de masa encefálica. Tal vez pueda algún día, dentro de varios años, volver a caminar, aunque lo dudo, incluso volver a hablar. Pero, en cualquier caso, suceda lo que suceda, no vivirá muchos años porque una de las dos balas sigue alojada en la cavidad craneal y es inoperable. Casi habría sido mejor que hubiese muerto.
Se hizo el silencio. Unity pudo oír el rumor de los pasos del doctor alejándose. Tendría que haber tenido un poco más de tacto y no pronunciar aquellas palabras tan cerca de ella. Seguramente pensaba que el pestañeo había sido reflejo y que Unity era todavía un vegetal que no podía comprender nada. Pero lo había entendido todo. La muchacha comenzó a llorar por uno de sus ojos y las lágrimas resbalaron por su mejilla.
—Estás de suerte, zorrita inglesa —le comunicó entonces la enfermera, inclinándose sonriente—. Me parece que en tu estado actual no eres rival para mí. Así que vivirás.
Y ya no dijo nada más. Sólo quedó de ella también el rumor de unos pasos alejándose. Unity nunca estuvo segura de si realmente le había visitado Eva Braun o si todo había sido fruto de su imaginación, como sus fantasías relacionadas con los trenes camino del frente, con Hitler, con Schellenberg y con la campaña de Polonia. Pero una cosa le quedó clara: enseguida que pudiese hablar pediría que la dejasen irse de Alemania. No quería volver a tener una visita inesperada de Eva Braun, la real o la de sus sueños. Y ya había hecho demasiados sacrificios por el Führer. Ahora era el momento de pensar en sí misma y vivir con la mayor dignidad posible el poco tiempo que le quedase.
Porque ahora sabía que no le quedaba mucho.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Si alguien pensaba que el enemigo estaba derrotado se equivocaba. Eso bien lo sabía el mariscal Rydz-Smigly, comandante en jefe del ejército polaco. Era cierto que la mayor parte de sus divisiones y brigadas de caballería se batían en retirada, pero también lo era que Hitler, todavía temeroso de que los franceses le atacaran por la espalda, no había ordenado un cambio en los planes iniciales, como varios de sus comandantes le demandaban, entre ellos el propio Manstein. Sin embargo, resultaba evidente que en breve la Wehrmacht maniobraría a toda velocidad hacia el este, en dirección a Varsovia, y dejaría de haber dudas sobre si convenía lanzarse a un ataque descarnado. Si Polonia quería reaccionar y cambiar el rumbo de la guerra o, al menos, retrasar la victoria alemana para dar tiempo a las potencias occidentales para intervenir, era el momento de organizar una ofensiva, de demostrar que no estaban tan muertos como algunos creían.

Pero organizar cualquier tipo de ofensiva no era una cosa tan sencilla como podría parecer, seguramente pensaba Rydz-Smigly. La Fuerza Aérea de Goering había arrasado las comunicaciones y los estados mayores de los distintos ejércitos polacos apenas podían comunicarse entre sí ni con sus unidades. Por si esto fuera poco, la red ferroviaria y de transportes había sido reducida a cenizas. Mientras las tropas alemanas campaban a sus anchas atravesando las líneas polacas, sus hombres avanzaban penosamente, sin apenas unidades mecanizadas ni tanques ya en servicio. Además, a aquellas alturas, hasta el propio Rydz-Smigly admitía que la élite de su ejército, la caballería, no estaba tampoco en condiciones de enfrentarse a los nazis. Eran una reliquia del pasado, de la época de las cargas con el sable al viento, de cuando la guerra era una cosa precisamente de caballeros, es decir, de hombres a caballo.

Pero de todas formas había que intentarlo, debió concluir, y finalmente el mariscal polaco dio la orden de contraatacar en el sur, contra las fuerzas de Rundstedt y Von Manstein, precisamente donde yo me encontraba.

El día que comenzó el contraataque polaco, llamado más tarde la batalla del Bzura, recuerdo que estábamos trasladando la sede del alto mando y que Manstein trataba de hacerme entender nuestra estrategia de batalla, que no era en modo alguno la famosa Blitzkrieg o guerra relámpago de la que ya hablaré más tarde con detalle, cuando mis memorias lleguen a la batalla de Francia en 1940:

—El glorioso ejército alemán —me explicó Manstein con el rostro concentrado, poniendo como era su costumbre el gesto típico de un maestro que trata de abrir los ojos a un alumno ávido de aprender— combate usando la Vernichtungsgedanke, la teoría de la aniquilación, que está inspirada en la batalla de Cannas que libró contra los romanos Aníbal el cartaginés. Nuestros ejércitos la han ido perfeccionando con el paso de los siglos, tanto Federico el grande como el propio Napoleón o Clausewitz o más recientemente Schlieffen. Superamos al enemigo por los flancos, lo rodeamos y le forzamos a rendirse o a desaparecer hasta el último hombre. En realidad, y como ya te dije, debido a la forma en que el ejército polaco ha dispuesto sus tropas, esta guerra está siendo una repetición infinita de pequeñas o grandes batallas de Cannas. Una y otra vez el enemigo cae en el mismo error,

lo flanqueamos y lo derrotamos. Ahora que se retiran más allá del Vístula seguramente nos enfrentaremos a una o dos grandes bolsas de tropas que derrotaremos hasta la “aniquilación” que postula la teoría, poniendo punto y final a este proceso de emulación a gran escala de Aníbal.
En aquel instante, un asistente le informó que el ejército Poznan polaco al mando de Kutrzeba estaba atacando con varias divisiones de infantería y unidades de caballería a los flancos. El enemigo se había movido esta vez con inteligencia y tenían superioridad tanto de tropas como de artillería y hasta de blindados.
Manstein, lejos de preocuparse, pareció incluso aliviado.
—Bueno, esto es otra cosa —bufó, dándome una palmadita en el hombro—. Ya estaba harto de tantas batallas de Cannas.
En ese momento uno de los mejores tanques ligeros polacos el 7TP (7-Tonowy Polski) apareció de la nada y abrió fuego en nuestra dirección con su cañón de 37mm. Una columna de tierra y escombros cayó sobre mí, enterrándome vivo (literalmente). Erich me sacó a rastras de aquel sepulcro apresurado y me dirigí con el resto de sus ayudantes a cubierto. Los polacos atacaban con gran determinación pero continuaban estructurando sus unidades a la vieja usanza. Sus tanques, aunque no demasiado buenos, tampoco eran mucho peores que los nuestros, ya que básicamente nuestros carros de combate por entonces eran panzer I y panzer II, unas latas de sardinas con ruedas, similares al 7TP que nos estaba atacando. Pero la diferencia estribaba en el uso que hacíamos de las fuerzas acorazadas. Los polacos las seguían usando como apoyo de infantería y nosotros habíamos creado regimientos y divisiones panzer que actuaban en solitario como punta de lanza, creando una potencia de fuego magnífica que unos pocos tanques solitarios no podían igualar.
Pero en ese momento, el que nuestros tanques habitualmente fuesen empleados con una mayor disciplina táctica me traía sin cuidado. Un tanque Renault de fabricación francesa comenzó a disparar también en nuestra dirección y no fue hasta la llegada de una columna de panzer III y panzer IV, escasísimos en la campaña de Polonia, cuando pudimos respirar tranquilos.
—Bien, ahora vamos a ver cómo salimos de este intento polaco de pillarnos con la guardia baja —comentó finalmente Manstein refiriéndose a la ofensiva del Bzura cuando los dos carros polacos ya ardían en llamas y el resto se dispersaba colina abajo. Su cabeza estaba comenzando a dar vueltas a aquel nuevo reto. Percibí que estaba encantado, dispuesto para dar lo mejor de sí, que era mucho.
Al principio el ataque enemigo, al sur del río Bzura que daría nombre a la batalla, fue un éxito completo y varias divisiones del octavo Ejército de Blaskowitz tuvieron que retirarse. Pero Manstein y Rundstedt reaccionaron rápido, con la típica flexibilidad del mando alemán. En lugar de un problema vieron una oportunidad y después de frenar el avance polaco hicieron retroceder a dos divisiones panzer que combatían ya a las afueras de Varsovia. El avance polaco se convirtió de la noche a la mañana en un cerco y los soldados que horas antes eran vencedores ahora estaban inmóviles, bombardeados día y noche por la Luftwaffe y por nuestra artillería pesada.
—Pues al final parece que sí estamos en otra batalla de Cannas —le comenté a Manstein mientras contemplábamos como un grupo de tanques ligeros TKS polacos eran despedazados por los panzer 35t del onceavo regimiento.
—Sí y no, querido Otto. Esta batalla ha demostrado que un ejército, aunque tenga una buena idea, tiene que ser capaz de reaccionar rápido. Los polacos tardan demasiado en tomar una decisión y, aunque ésta sea buena, luego son incapaces de evolucionar cuando el contrario te plantea una nueva estrategia. Sus comunicaciones son terriblemente lentas debido a la acción de la Luftwaffe y los

mandos tardan una eternidad en ponerse en contacto con sus superiores y el doble de una eternidad en tomar una nueva decisión. Por eso te dije desde el principio que ganaríamos esta guerra. Los polacos nos han planteado una guerra de velocidad, de rápidas decisiones y nosotros somos más veloces y pensamos más rápido.

Pocos días después, lo que restaba del ejército polaco estaba embolsado. En media docena de lugares combatían desesperadamente varios ejércitos rodeados por los cuatro costados por tropas alemanas. Y el mayor cerco de todos era el de la capital, Varsovia. Pero aquí no acabarían las desgracias polacas porque el día 17 de septiembre los rusos anunciaron que invadían Polonia como parte del acuerdo firmado en agosto entre los ministros de asuntos exteriores alemán y ruso, Ribbentrop y Molotov. Ambos países tenían la intención de repartirse los restos de un país al que las naciones occidentales no habían sabido o no habían querido defender por mucho que hubiese provocado el estallido de una nueva guerra mundial.

No habían pasado ni 24 horas cuando todo el Estado mayor polaco, encabezado por el mariscal Rydz-Smigly, decidió huir hacia la frontera del país, en dirección a Rumanía. Comenzaron a hacerlo también diversas unidades aisladas de su ejército, sobre todo los últimos de entre sus carros de combate, que corrían a toda prisa en dirección a la frontera hasta que se les acababa la gasolina. Otros soldados huyeron de diferentes formas hacia Hungría, Yugoslavia o Grecia, la mayoría con destino final en Francia, donde confiaban seguir luchando contra el nazismo. Los polacos eran tan valientes que cuando vieron a su país derrotado no perdieron la esperanza y decidieron abandonar el campo de batalla buscando unirse a los enemigos de Hitler. Un día, estaban convencidos, liberarían a su país del yugo nazi.

Entretanto, los aviones de la FAP, la Fuerza Aérea polaca, se estaban quedando sin aeropuertos y tuvieron también que huir también porque una vez en el aire eran incapaces de regresar a un lugar seguro. No tenían donde aterrizar, donde repostar, donde abastecerse de balas o de bombas. De todas formas, después de la primera semana de invasión, la Fuerza Aérea polaca había disminuido mucho sus acciones ya que había sido virtualmente exterminada y apenas le quedaban aviones operativos. Tal vez la única acción destacada de la aviación polaca en 1939 fue la aparición del primer as de la aviación aliada de la Segunda Guerra Mundial: Stanisław Skalski, que derribó a cinco enemigos antes de huir a oriente medio y desde allí hasta Inglaterra para unirse a la Fuerza Aérea británica, la RAF.

Ya no había, pues, fuerza aérea polaca, ni unidades de blindados, ni apenas ejército. Los supervivientes estaban embolsados, rodeados de divisiones alemanas, luchando hasta el último hombre... o la última bala.

Ni siquiera tenían ya un mando al que obedecer, porque su comandante en jefe, el mariscal Rydz-Smigly, había abandonado el país.

Todo había terminado para los polacos.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: HUIDA DE EDWARD RYDZ-SMIGLY

Edward Rydz-Smigly (1886-1941): Militar y político polaco. Héroe de la guerra de 1920 contra Rusia junto a Pilsudski, el artífice del nacimiento de Polonia. Tras la muerte de este último en 1935, le sucedió al frente del país. Cabe destacar que, en vida, el propio Pilsudski dejó dicho que Rydz-Smigly era un gran subalterno, pero que en modo alguno debería ser nombrado comandante en jefe.

LUGAR Y FECHA: RUMANÍA: 1939-1941.

Después de la derrota de los ejércitos que comandaba, se refugió en Rumanía, donde fue hecho prisionero por presiones diplomáticas alemanas. Le acusaron en falso de estar organizando ataques terroristas contras las refinerías rumanas de petroleo en Ploesti. Escapó en 1941 y regresó a su país.

CONSECUENCIAS: MUERTE: 1941.

Una vez en Polonia, era tanta la humillación que sentía por sus acciones pasadas que renunció a su rango de Mariscal y se alistó como soldado raso en la resistencia contra el invasor (AK o Armia Krajowa) con el nombre supuesto de Adam Zawisza. Murió de infarto apenas un mes más tarde.

Mientras el ejército polaco se desmoronaba, el cuartel general del grupo de ejércitos Sur terminó su traslado a la localidad de Lublinitz, en un hospicio para sordomudos. Las monjas que cuidaban de aquellas buenas almas y los propios muchachos al principio nos tuvieron miedo, pero no tardaron en darse cuenta de que no éramos sino un montón de tipos rudos con muchos mapas y carteras de cuero. Nuestro mayor delito era el estar fumando constantemente y señalar aquellos mapas mientras hacíamos frenéticas llamadas al frente corrigiendo posiciones. Probablemente yo, por vestir de civil, fui el primero al que no vieron con temor y al segundo día alguno se me acercaba ya pidiéndome por señas chocolate o algunas de mis raciones de comida. El Estado mayor de Rundstedt era conocido por su austeridad y no teníamos grandes cocineros ni nos entreteníamos en comidas opíparas como en otros lugares. Es más, a menudo comíamos las raciones de campaña de los soldados e incluso las llamadas "provisiones de marcha", porciones de pan y salchichón, viandas sencillas pensadas para comerse frías, a menudo de pie mientras se marchaba camino del combate. Pero bueno, en ocasiones también encontrábamos alguna salchicha o algo de queso, así como pequeñas cantidades de mermelada o miel, que encantaban a los habitantes del hospicio.

Recuerdo que era una tarde oscura que presagiaba tormenta y me senté junto a dos sordos, mientras estos devoraban mis provisiones y yo bebía sucedáneo de café.

—Ahora sólo queda tomar Varsovia y podré regresar a casa —les comenté, pues todavía soñaba en que aquella guerra no llegase más allá, que yo pudiera retomar una vida corriente lejos de la batalla, probablemente junto a Mildred, y ser feliz, que es al fin y al cabo a lo que aspira todo ser humano. Los dos muchachos que me acompañaban, naturalmente, no pudieron escucharme y siguieron engullendo sentados a mi lado. Se echaron a reír (no todos los sordos son mudos, en realidad la mayoría no lo son), supongo que de cualquier cosa, o tal vez felices de poder comer aquellas delicias. Recuerdo que la mermelada les resbalaba desde la comisura de los labios por la barbilla hasta llegar al suelo.

Me eché a reír con ellos porque, al fin y al cabo, yo era también un muchacho de 17 años y la gente de mi edad debería jugar y divertirse en lugar de combatir en guerras absurdas por ideales que nadie entiende.

Aún no había terminado el último sorbo de mi café cuando me asaltó una hermosa alucinación: subiendo la loma que había al pie del hospicio llegaba Mildred Gillars, balanceando su cuerpo turgente mientras caminaba en mi dirección y agitaba los brazos. Miré el contenido de mi taza, preguntándome si lo que estaba bebiendo realmente sería sucedáneo de café o alguna otra cosa. Cerré los ojos confiado que al volver a abrirlos la alucinación habría desaparecido. Pero no fue así. Por el contrario, la aparición se transformó de visual a sonora y pude oír con toda claridad:

—¡Otto, cariño, soy yo! ¿No vienes a saludarme?

Unos segundos después Mildred y yo estábamos abrazados, besándonos en el último talud de la colina, rodeados de chicos del hospicio que saltaban de alegría. Yo supuse que se habían emocionado por nuestros arrumacos y que se mofaban, reían y jugaban, como hacen los niños aprovechando aquella escena de amor, más propia de una película. Pero aunque quizá en parte aquella fuera la razón, lo cierto es que estoy seguro de que la principal causa de sus aspavientos era la llegada del resto de amigos de Mildred. Se trataba de una tropa vestida con pantalones ajustados y botas de montar, togas o capas y revólveres a la cintura como si estuviéramos en medio de un safari en África. Pero no se trataba de un safari sino de la guerra de Polonia, aunque comencé a ponerlo en duda cuando vi a los operarios de cámara, llevando los pesados aparatos al hombro.

—He venido con Brigitte Horney para rodar lo que pasa en el frente. Ha llegado ya a Alemania la noticia de que estamos a las puertas de una gran victoria y el Führer nos ha dado permiso para venir. Quiere transformar en celuloide las experiencias de aquellos soldados del Reich que nos encontremos en combate.

Tampoco era nada raro. Después de todo, era el tipo de películas de propaganda que, por ejemplo, había rodado la gran directora Leni Riefenstahl con motivo de los Juegos olímpicos de Berlín de 1936. Al final, todo en la Alemania nazi era una cuestión de propaganda.

—Vamos, Mildred.

Como sabía que aquel asunto iba resultar problemático, por mucho que fuera orden del Führer, cogí de la mano a mi novia y me dirigí hacia el edificio principal del hospicio, donde estaba instalado el alto mando del grupo de ejércitos sur. Cuando llegamos, el mariscal de campo Von Rundstedt contemplaba con los ojos como platos a una rubia amazona (teñida como Mildred) látigo en mano. Brigitte Horney era famosa en Alemania sobre todo por la recién estrenada película anti inglesa “Aufruhr in Damaskus”, en la que un pérfido Lawrence de Arabia se enfrentaba a valerosos soldados alemanes durante la primera guerra mundial.

Los ojos de Von Rundstedt echaban chispas.

—Ya tenemos por aquí un "observador" plenipotenciario, que puede hacer lo que le dé la gana y pasar por encima de la voluntad de oficiales de graduación muy superior. —Con una mano el mariscal señaló en mi dirección y la rubia amazona nos observó a Mildred y a mí con expresión atónita— No me extraña pues que nuestro bienamado Führer haya decidido traer a una estrella de cine de renombre como usted y a su equipo cinematográfico para que filme sus aventuras; al fin y al cabo, sólo estamos en medio de un conflicto armado en el que están luchando cerca de 3 millones de hombres. Pero, además, usted y su equipo van vestidos como si tuvieran intención de descender al centro de la tierra como en una de esas patochadas fantásticas de Julio Verne o para enfrentarse a los indios de una novelita barata del oeste.

El mariscal detuvo su discurso mientras se levantaba y se colocaba su monóculo.
—Lo único que me pregunto es a qué hora llega el circo —añadió, rechinando los dientes—. Me retiro a mis habitaciones. Cuando hagan su aparición los trapecistas y el tragafuegos avísenme de inmediato.
Von Rundstedt desapareció de escena mientras maldecía con palabras tan gruesas que no voy a reproducirlas aquí. De hecho, el mariscal era un caballero prusiano intachable y aquélla fue la única vez que le vi perder los nervios. Seguramente, y desde su concepción del mundo, no era para menos. Manstein tomó el control del asunto y procuró convencer a la actriz y a su séquito de que era un peligro adentrarse en el frente de batalla. Pero no sirvió de nada y quedó estipulado que dos horas después podrían continuar viaje al encuentro del 10º Ejército que servía a las órdenes de Von Reichenau, que era gran admirador de la Horney. Todos supusimos que sabría llevar el asunto con discreción y mostrarle dos o 3 regimientos bien alejados del frente, donde se pudiesen filmar unas falsas escenas de acción para los noticiarios y los filmes propagandísticos de Goebbels.
Mildred y yo nos fuimos a un lugar apartado y pasamos dos horas recordando nuestra noche de amor en Berlín, aquella que fuera interrumpida por Heydrich dos semanas atrás. Yo me sentía feliz, casi exultante por tenerla de nuevo entre mis brazos y ella me recompenso con muchos más besos de los que yo pensaba era posible dar en esas dos breves horas que teníamos de tiempo.
—Brigitte está pasando un mal momento en su carrera. Sólo ha hecho esa película sobre Lawrence de Arabia en varios años —me confesó Mildred—. Por eso ha cogido este encargo absurdo aquí en la línea de frente. Creo que me va a despedir porque no puede seguir pagándose una asistente.
—Lo siento. ¿Puedo hacer algo por ti? —le pregunté, mientras la abrazaba.
—Tú tienes tus propios problemas y la guerra te va a mantener alejado de mí bastante tiempo. Creo que voy a dar clases de inglés y a ofrecerme como traductora al alemán. Seguro que no tardará en salirme alguna otra cosa.
Yo le aseguré que una persona de su talento no tardaría en encontrar un buen trabajo, a pesar de la recesión y el racionamiento que por razones de guerra acababa de ser instaurado en Alemania. Incluso me ofrecí a pedirle a Heydrich, o al propio Führer, que le echase una mano, aunque en realidad tenía miedo de deberles un favor a ninguno de ellos. De todas formas, Mildred, orgullosa, se negó a que su pequeño efebo de 17 años la ayudase.
—Eres tan dulce y tan inocente —me susurró al oído justo en el momento en que su vestido resbalaba hasta el suelo.
No hablamos mucho más durante aquel breve encuentro. Recuerdo el sabor dulce de sus labios y que el tiempo pasó volando. Un instante después, ya era hora de que el equipo de filmación partiese en dirección al 10º Ejército y salimos de nuestro escondite, una pequeña habitación aislada junto al establo, y nos dirigimos de nuevo hacia el edificio principal del hospicio, donde estaba la sede del alto mando.
Fue entonces cuando vi a Manstein tomando la mano a un oficial con fuerza, como si no sólo la estuviese estrechando, queriendo transmitirle un apoyo incondicional, un cariño, un respeto y una lealtad inquebrantables. Aquellas alturas ya le conocía bien y percibí la emoción en sus ojos. Me detuve y me quedé mirando a los dos hombres.
—¿Sucede algo? —inquirió Mildred, volviendo la cabeza.
Yo estaba boquiabierto. Acababa de reconocer al hombre con el que conversaba Manstein. Su bigote breve prusiano y perfectamente recortado, su pelo corto engominado peinado hacia atrás. No podía

ser otra persona sino Werner von Fritsch.
—A ese oficial le acusaron en falso de ser homosexual y destruyeron su carrera para colocar en el alto mando del ejército a gente más afín y en sintonía con nuestro Führer.
—¡Oh, no! ¿quién haría una cosa semejante! —se sorprendió Mildred, tapándose la boca.
—Reinhard Heydrich.
Mildred sólo lo había visto, y muy brevemente, en una ocasión. Pero aún así no dudó en decir:
—Ya no me sorprende tanto lo que dices. Ese hombre da miedo sólo con mirarlo.
Asentí porque era la verdad. Pero en realidad ya no prestaba atención a Mildred. Seguía contemplando a aquellos dos viejos amigos a los que un falso escándalo sexual estuvo a punto de destruir. Bueno, a uno sí lo destruyó del todo, pero Manstein por suerte pudo recuperar su carrera. Volvieron a darse la mano y se abrazaron brevemente. Se estaban despidiendo.
Werner von Fritsch no podía soportar por más tiempo el estigma de la sospecha por parte de sus iguales. En la Alemania nazi aproximadamente 10.000 personas al año eran juzgadas y mandadas a un campo de concentración por el delito de homosexualidad, perversión e inmoralidad. Aunque Warner había sido oficialmente exculpado nunca recuperó su puesto al frente del ejército de tierra alemán, el Heer, y era un paria entre sus iguales. Aunque no podía oír las palabras que se decían los dos hombres, comprendí que Von Fritsch había tomado la resolución de suicidarse en combate, de buscar el honor en la muerte, ese mismo honor que Heydrich le había quitado en vida.
Recuerdo bien aquel momento porque fue la primera vez que me cuestioné el nacionalsocialismo como sistema político, ético o moral. Hasta ese momento yo era un nazi convencido. Pensaba que había gente malvada, como Heydrich, que ensuciaban el nombre del resto de buenos nacionalsocialistas como yo mismo, patriotas arios que buscaban lo mejor para nuestra nación alemana. Yo creía firmemente que el nuestro era el mejor sistema posible. Pero entonces, cuando contemplé moviéndose los labios de Werner von Fritsch, diciendo una última frase a su amigo antes de cuadrarse, saludar y darse la vuelta, dudé por un breve instante sobre si el nazismo no sería en realidad un invento del demonio; si muchos de nosotros no habríamos de sufrir la ignominia y el desprecio de las generaciones futuras por haber levantado el brazo en alto y gritado: ¡Heil Hitler!
Fue un pensamiento breve, lo reconozco, y al poco lo deseché. Pero quiero anotarlo porque con el paso del tiempo aquella idea regresaría, cada vez con mayor insistencia, hasta mostrarme la verdad que se escondía tras el Führer y el nacionalsocialismo.

X

Hitler estaba exultante. La guerra en Polonia se terminaría en breve, sólo era cuestión de semanas, tal vez de días. Sus ejércitos, victoriosos, habían arrasado a las hordas eslavas, tal y como él siempre había soñado: y es que en ocasiones los sueños son aún más hermosos en la vida real. Se hallaba en Dantzig, la ciudad por la que había comenzado la Segunda Guerra Mundial, aunque sólo fue una excusa: para él era un símbolo y por eso había decidido visitarla antes de regresar a Berlín.

—Maravilloso —murmuró, acaso para sí mismo, pero una legión de voces asintieron y corroboraron su aserto.

Mientras paseaba con su enorme séquito de secretarias, ayudantes, generales y demás aduladores, el Führer supo que había entrado en la historia, de forma definitiva, y no por la puerta de atrás como uno de esos reyes derrotados que ocupaban párrafos marginales en los libros, sino como una de las grandes figuras de la historia de la humanidad. A aquellas alturas casi le daba igual que se le recordase como un malvado o como un agresor sin escrúpulos, sólo contaba que se le recordaría y eso es mucho más de lo que pueden decir el 99% de los mortales.

Sin embargo, quedaba la cuestión de Inglaterra. Él, mejor que nadie, sabía que Alemania no podía enfrascarse en una guerra de larga duración y era decisivo pactar una paz cuanto antes con la pérfida Albión. Llegaría el día que esa guerra a gran escala sería posible y Alemania la ganaría, pero no todavía. Muy pronto... pero aún había que esperar. Por ello, no se cansaba de reiterar en informes y memorándums la necesidad de encontrar un punto de entendimiento, al coste que fuese, con el Reino Unido.

Pero Hitler se engañaba. No tenía verdadera altura de estadista y no comprendía que la guerra con los ingleses no tenía nada que ver con que hubiese atacado Polonia. De hecho, todos sabían que las reivindicaciones alemanas de Danzig y el corredor Báltico eran las únicas de cuantas había hecho en años anteriores realmente justificadas. Todos sabían que era absurdo que un país como Alemania estuviera partido en dos. Pero las potencias occidentales no podían permitir que Hitler se expansionase en el este y construyese un ejército capaz de dominar Europa. Por eso habían intervenido en Polonia cuando podrían haber buscado una solución pactada como en conflictos anteriores. Ya no habría más acuerdos. Inglaterra sabía que esta guerra que se avecinaba la podría ganar (tal vez) pero si no había guerra y Hitler se rearmaba, la siguiente la perdería con toda seguridad.

De hecho, en un discurso el mayo anterior, a Hitler le había traicionado el pensamiento y había afirmado ante las masas enfervorizadas que si había guerra en Polonia no sería por la injusticia de una Alemania separada de Prusia por Danzig y el corredor Báltico. La verdadera razón era el lebensraum, el espacio vital que necesitaban los nazis para expandirse, conseguir dinero, materias primas... y conquistar Europa entera en el futuro.

Pero primero, antes de conquistar Europa o el mundo entero, debía comenzar por Polonia. Y lo estaba logrando en tiempo récord.

Acudió a la memoria del Führer el momento exacto, tres semanas atrás, en el que se embarcara en su tren blindado “América” camino del frente de combate. Se vio a sí mismo por un momento en el andén de la estación de Stettin, a punto de iniciar un viaje que sería recordado en los anales de la patria. Únicamente Keitel y Bormann, entre su círculo más íntimo de colaboradores, le acompañaban

en su tren; el resto eran esos que mentalmente antes había descrito como aduladores, no sólo ayudantes, secretarias, criados, asesores, generales o médicos sino mucha otra chusma menor que acaba ocultándose en torno a un gran hombre y uno nunca termina de saber cómo demonios ha llegado allí. El Führer estaba rodeado de demasiada gente y, siempre que esto sucedía, su corazón deseaba desaparecer y emprender su soñada jubilación a la ciudad de Linz. Pero ese día aún tardaría en llegar, primero debía construir esa gran Alemania que durase 1000 años y luego podría retirarse en olor de multitudes, junto a Eva Braun, la mujer a la que amaba sólo un poquito menos que a la patria.

Dos días atrás había visitado Varsovia, donde tenían lugar los últimos combates. Sus generales le aseguraban que la capital polaca estaba a punto de rendirse. Hitler, al principio desconfiado, había terminado por darse cuenta de que el ejército polaco apenas podía ya ofrecer resistencia; en realidad, nunca pudo. Y por eso había decidido viajar a Dantzig y dar un último paseo por aquella ciudad simbólica y gloriosa antes de regresar a su vida diaria como Führer del tercer Reich.

Cuando Adolf Hitler puso de nuevo el pie en su tren blindado de suelos de terciopelo, mientras avanzaba a través de los vagones de huéspedes, recibiendo vítores, no dejaba de pensar en que ahora su grandeza era visible para todos, hasta para sus enemigos. Saludó a un telegrafista y a uno de los muchachos de la defensa antiaérea, que disponían de sus propios vagones, desde los que protegían el tren de un hipotético ataque de la aviación enemiga. Habló brevemente con ellos y se mostró locuaz, por momentos vehemente, moviendo mucho las manos y riendo como un chiquillo.

Finalmente, alcanzó sus compartimentos privados y, despidiéndose de Keitel, que caminaba como siempre tras él como un perrito faldero, cerró la puerta y se tumbó en el lecho, entre almohadones de plumas. Entonces, cogió el teléfono y ordenó un número a la operadora. Al otro lado de la línea se oyó una voz monótona, que hablaba muy lentamente, como si se tratase de un borracho al que le costara construir las palabras. Sin duda, Goering había vuelto a inyectarse un poco de morfina. Le había mandado de nuevo a Alemania a toda prisa, para continuar con su misión especial, y él se dedicaba a drogarse. Hitler se enfureció por un momento pero procuró centrarse en la voz de su amigo:

—¿Sí, mi Führer? Esperaba su llamada.

Y entonces Hitler dejó de sentirse embargado de emoción por la victoria sobre los polacos o enfadado por la adicción de Hermann. Ya no sentía nada salvo preocupación por ella, ganas de conocer su estado de salud.

—Dime, Hermann... ¿cómo está Unity?

El Führer había regresado a Berlín apenas unas horas atrás. Lo primero que hizo fue ordenar los preparativos para la invasión de Francia, aunque seguía obsesionado por intentar la paz con el Reino Unido. Una parte de él quería retrasar el combate definitivo pero otra se estaba preparando por si fuera ya inevitable. Goering había sido designado para intentar alcanzar un acuerdo a través de la mediación de varios hombres de negocios estadounidenses. En el mundo de las altas finanzas no se veía con buenos ojos una guerra mundial que terminase con los beneficios de los grandes magnates a un lado y otro del Océano Atlántico. Con la excusa de parlamentar sobre los avances en estas negociaciones, Hitler se había trasladado al Carinhall, la gran mansión que su sucesor se había hecho construir en el estado de Prusia, del que también era presidente. Se trataba, más que de un palacio o de una gigantesca mansión en el bosque, de un monumento a la memoria de su esposa Carin. De ella tomaba su nombre, Carinhall, el umbral de Carin, el hall de Carin, el lugar desde el que se proyectaba la memoria de la mujer que seguía dirigiendo desde la muerte la existencia de Hermann Goering.

—Las pérdidas materiales han sido enormes —le confesó Goering, mientras caminaban por los jardines.

—¿Qué quiere decir enormes? —inquirió Hitler.

—Hemos perdido o están inutilizados ya la mitad de los vehículos y los blindados y una fracción similar de la fuerza aérea. La Wehrmacht ha gastado casi todas las municiones almacenadas y nos faltan materias primas para reponer buena parte de ellas.

Goering siguió enumerando los problemas logísticos de la Alemania nazi, que eran infinitos. Por supuesto, se calló que la Luftwaffe, que él dirigía, era un gigantesco bluff, una pantomima, que en el presente había luchado brillantemente pero que muchos modelos estaban anticuados y que los nuevos modelos no eran ni prototipos. Lo mismo pasaba con los nuevos blindados. Todo estaba por hacer y, de haber durado un mes más la campaña de Polonia, el Reich tendría que haber parado la ofensiva por falta de gasolina, de balas, de bombas...

Alemania necesitaba ingentes cantidades de materias primas para mantener el ritmo de gasto de esa sociedad militarizada que soñaba el Führer. Y ni con las conquistas polacas se podría alcanzar una mínima parte de lo necesario para seguir avanzando.

Hitler, que a menudo huía de las explicaciones que no le gustaban, decidió cambiar de tema. Rodeados los dos hombres fuertes de Alemania por ese nutrido grupo de aduladores que siempre revoloteaban en torno a ellos, se limitaron a hablar de cosas sabidas, de esas negociaciones de paz en las que ninguno de los dos confiaba demasiado, de la proyectada invasión de Francia, de las nuevas fronteras de Polonia ahora que ya ha caído Varsovia y de los rusos que, por su parte, estaban terminando su avance en el este.

El país había sido dividido y el destino de los polacos a Hitler le traía sin cuidado; pero el territorio que ocupaban era necesario para que los alemanes alcanzasen ese nuevo espacio vital que necesitaban. Lo que le sucediera a la población civil o los territorios que se le dieran a los rusos para contentarles ni siquiera ocupaba una fracción de segundo de su pensamiento. Una vez cumplidas las necesidades alemanas de espacio vital estaría incluso dispuesto a considerar la posibilidad de crear un pequeño Estado polaco que sobreviviese a la guerra. Por un lado, le serviría de tapón ante los rusos y, por otro, acaso pudiese utilizarlo de moneda de cambio en esas negociaciones de paz que

soñaba aún tener con el Reino Unido. Pero esas consideraciones todavía estaban en el aire y todo dependería de las reacciones de los británicos en los próximos días.

Por fin se quedaron a solas en el mausoleo donde estaba enterrada Carin. Descendieron Hitler y Goering hacia el santuario bajo tierra que albergaba el sarcófago de aquella mujer extraordinaria. Entonces, el Führer, liberado por fin de las miradas y los oídos inquisitivos de su séquito, se volvió y le hizo a su amigo la pregunta de siempre.

—Dime, Hermann... ¿cómo está Unity?

Resultaba curioso que aquellos dos hombres tan distintos fueran uña y carne. Hitler, frugal, vegetariano, profundamente moral y recto en cada uno de sus actos y decisiones, incluso en las más enloquecidas. Goering, de apetito gargantuesco, de modales extravagantes, obsesionado por las ropas, por las joyas, por el dinero, profundamente amoral e inmoral, drogadicto, vanidoso, pedante, acaparador y probablemente al borde del desequilibrio mental. Y, sin embargo, siempre sería un hombre completamente fiel a Adolf Hitler, al que sabía que le debía todo lo que era y habría de ser y de conseguir en su vida.

—La señorita Mitford está bien, aunque ausente, mi Führer. Se limita a contemplar la pared y no dice nada —Goering miró de reojo a Hitler, que había palidecido—. El profesor Magnus opina que está viva y que eso ya es mucho porque no le han podido sacar la segunda de las balas que se disparó en la cabeza. Creen que no puede hacerse sin poner en riesgo su vida. La van a dejar en ese estado de forma definitiva.

Hitler no había ido todavía a verla a la clínica de Munich. Tenía miedo de las habladurías. Tenía miedo de que alguien pusiera en duda ese matrimonio con la patria alemana que era lo más importante de su vida.

—Manda a los mejores médicos del Reich. Quiero una segunda y una tercera y una cuarta opinión.

—Ya lo he hecho, mi Führer. Pronto tendremos nuevos informes médicos. Pero estoy en condiciones de asegurarle que su estado no mejorará a corto ni a medio plazo, y que más tarde o más temprano tendremos que trasladarla con su familia para que se hagan cargo de ella. En cualquier caso, nunca volverá a ser una persona… —Goering dudó antes de decir la palabra normal, por un momento estuvo a punto de decir "cuerda" y finalmente decidió valerse de un circunloquio—: bueno, una persona como la que era antes.

Hitler asintió y se apoyó con una mano en una de las gruesas paredes del mausoleo. Un haz de luz azul penetraba a través de una ventana situada justo detrás de la lápida de peltre de la difunta. Estaban dentro de la bóveda donde reposaban los restos de Carin y el silencio por un momento fue absoluto.

—Tuve que llevarme a Carin de Suecia, donde estaba enterrada — manifestó de pronto Goering, rompiendo el silencio—. Los comunistas habían mancillado su última morada para insultarme, a mí y al partido nazi con pintadas y hasta excrementos de animales. Entonces hice desenterrar aquel ataúd que una vez estuvo forrado de rosas y lo traje de vuelta, aquí, para que ella pudiese descansar en paz de una vez y para siempre.

Hitler conocía bien aquella historia. En realidad, ya había estado en aquel mausoleo en una ocasión, durante el segundo entierro de Carin, unos años atrás. Giró la cabeza hacia su sucesor, muy lentamente, comprendiendo que éste quería explicarle alguna cosa. Acaso una lección moral que había extraído de cuanto sucediera en las últimas semanas.

—Ella, mi dulce Carin, hizo el supremo sacrificio de la muerte por mí, como Unity Mitford lo ha

hecho por usted, en nombre de nuestra grandeza futura, que es la grandeza de Alemania. Al principio no entendí por qué Lady Mitford seguía viva y el sacrificio no se había completado. Pero ahora creo que sé por qué.

Hitler iba a decir alguna cosa. Quiso abrir la boca pero luego la cerró. Asintió levemente como invitando a su interlocutor a continuar:

—La señorita Mitford siempre quiso ayudarnos a comprender la mentalidad del Reino Unido y estaba convencida de que nunca entraríamos en guerra alemanes y británicos si ella mediaba en favor del entendimiento entre ambos pueblos. Cuando fracasó hizo el supremo sacrificio al que antes me he referido, el mismo que mi Carin, pero los hados la han dejado viva para recordarnos algo esencial que no debemos olvidar, mi Führer.

—¿Qué quieren recordarnos, Hermann? —La voz de Hitler se quebró; era un hombre profundamente supersticioso y ahora tenía puestos los cinco sentidos en aquella profecía que intuía estaba a punto de revelarse.

—Han dejado viva a esa mujer que era el espejo de Inglaterra para recordarnos que a menos que alcancemos la paz con ellos o les derrotemos sin paliativos, no alcanzaremos la victoria en esta guerra mundial. ¡Un acuerdo con los ingleses o su exterminio! De lo contrario, la muerte del Reich. Eso es lo que nos espera.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)
[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Nunca olvidaré el día en que Werner von Fritsch se dejó matar. La campaña de Polonia tocaba a su fin y el cerco de Varsovia comenzaba su última fase. Por el norte la ciudad estaba comprimida ya por el ejército que lideraba von Bock y por el sur llegaba la avanzadilla del ejército de Manstein y Rundstedt, que después de vencer en la batalla del Bzura, se incorporó al asedio, cerrando por completo un círculo imaginario en torno a los muros de la orgullosa urbe. La Wehrmacht concentró miles de piezas de artillería y la práctica totalidad de los aviones disponibles. Durante días, se sometió a la ciudad a un bombardeo incesante y murieron miles de civiles. Había llegado el momento del ataque definitivo y nuestros ejércitos no conocían la piedad.

Estábamos contemplando el aspecto pavorosa de esa guerra total (sin trabas morales de ningún tipo) que hacía años que postulaba el Führer.

Finalizaba el mes de septiembre. La mañana anterior al ataque definitivo recibí una visita inesperada en el cuartel general del ejército sur. Se trataba de Walther Schellenberg.

—Supongo que no esperabas verme —me comentó, mientras me estrechaba la mano.

—Creo que ni siquiera esperaba verte vivo, después de lo que sucedió la última vez —aduje, recordando aquella extraña velada en la Alexanderplatz en la que Heydrich le envenenó el Martini.

—¿Crees realmente que si no me hubiese bebido el antídoto, o el supuesto antídoto, estaría muerto?

Reflexioné. Recordé el rostro de Reinhard cuando nos trajo las bebidas y su insistencia en que Walther se tomara la suya. También recordé la mueca de Schellenberg cuando engulló su Martini. Reveló que estaba amargo. ¿Habría realmente envenenado Heydrich a Schellenberg o mezclado astutamente alguna substancia que agriase el alcohol para que pensara que estaba bebiendo un antídoto? Ambas opciones eran lo bastante retorcidas y manipuladoras para ser obra del jefe de policía del Reich. Ese hombre era capaz de cualquier cosa.

—Yo creo que realmente te envenenó. Pero la otra opción, la de que te avisó de que podía envenenarte cuando le viniese gana, es a mi juicio igual de perturbadora.

Ambos soltamos una carcajada. Yo había dado en el clavo. Lo mismo daba cuál de las dos opciones fuese la correcta. Walther estaba metiendo la mano en el fuego; y la llama tenía un nombre: Lina Heydrich.

Luego de compartir confidencias, paseamos un rato por el campamento hablando de la guerra hasta que finalmente Walther sacó a colación el asunto que le había traído hasta mi presencia.

—Quiero que me acompañes a un servicio especial.

—¿Un servicio especial?

—Bueno, tú y yo somos expertos en servicios especiales. Ante ti se encuentra, en teoría, el director del servicio de contraespionaje de las SS, pero en realidad este servicio soy yo mismo. Tengo dos secretarias y tres ayudantes administrativos: el único espía real es Schellenberg. Aunque a la práctica sólo me he dedicado a hacer informes, a llegar a conclusiones, a hacer de observador.

Comprendí entonces que Walther, al menos hasta el momento, había hecho las mismas funciones que estaba realizando yo para Hitler, pero en su caso para Himmler. Ambos observábamos. La diferencia era que yo estaba condenado a seguir observando el resto de la guerra y Walther en breve se

convertiría en un hombre de acción. Pero por el momento éramos tan parecidos que una corriente de simpatía se levantó de inmediato entre ambos.
—¿Y que vamos a “observar” hoy? —inquirí, tal vez con un deje de sorna en la palabra que nos definía.
—Vamos a observar a un tercer observador. Hoy es nuestro día. Una especie de funesta celebración de nuestro oficio.
Con la única información de este críptico comentario, nos dirigimos en un vehículo blindado a las afueras de Varsovia. Entramo en el cuartel general del 12º regimiento de artillería, uno de los que estaban bombardeando infatigables las viviendas, los muros y las últimas defensas de la capital polaca. Schellenberg decidió entonces que había llegado el momento de darme explicaciones:
—Nuestro objetivo es el último miembro de nuestro gremio. Ni siquiera le han dejado incorporarse al servicio activo y le ha nombrado coronel "honorífico" de este regimiento de artillería, lo cual es lo mismo que un insulto para un hombre de su talla —Walther parecía ofendido—. Lo único que puede hacer es observar, como nosotros. Como si ya no pudiera hacer nada más.
No necesitó decirme nada más. Intuí que seguíamos los pasos de Werner von Fritsch. Aunque en tiempos había sido el máximo responsable del ejército de tierra, luego del escándalo sexual que había organizado Heydrich para destruirle, nunca había sido devuelto a su puesto. Y eso a pesar de que fue exculpado de todos los cargos de sodomía, suponiendo que eso sea realmente un delito por el que nadie deba ser encausado. El hecho es que Werner no era homosexual pero su vida se había convertido en una pesadilla: algunos de sus compañeros cuando le veían llegar se daban codazos y Fritsch podía oír entre susurros la palabra "maricón". Así que había decidido acudir a la campaña de Polonia para morir con honor en el campo de batalla. Yo mismo le había visto despedirse de su amigo Erich von Manstein hacía una semana, pero el destino le había vuelto a dar la espalda: en el alto mando decidieron que era mejor que no recuperase un puesto real de combate, sino un cargo honorífico, y no podía medirse con sus hombres en el campo de batalla.
Bajamos del coche y nos encaminamos a un claro a las afueras de Varsovia. Algo perplejo, observé cómo Walther comenzaba a montar un rifle de francotirador. A lo lejos, a unos cien metros, se hallaba el antiguo coronel general Von Fritsch y dos de sus ayudantes.
—Fritsch ha decidido suicidarse en combate usando la inventiva ya que no le dejan batirse como un hombre —me explicaba en ese momento Walther mientras terminaba de poner la mirilla a su rifle. Está trabajando, en teoría como observador avanzado para la artillería, en la zona de las defensas polacas de Varsovia. Va de un lado para otro con sus dos ayudantes, siguiendo de forma escrupulosa el reglamento, pero asumiento en cada misión un mayor riesgo, esperando que alguna bala polaca ponga fin a su sufrimiento. Pero de momento no ha tenido suerte. Se acaba esta guerra y sus oportunidades de morir con honor llegan a su fin. Hoy asumirá un riesgo definitivo esperando que los hados se apiaden de él. Pero igual hay que echar una mano a esos hados.
—¡No irás a hacerlo tú! —espeté, mirando de hito en hito su arma recién cargada.
—Yo soy Walther Schellenberg y debo tomar decisiones. Para eso me han contratado —Walther levantó la vista de la mirilla y me contempló largamente—. Pero espero no tener que ser yo el que de descanso al alma del pobre general.
Antes ya he explicado que Walther era un hombre muy guapo, un hombre acostumbrado a atraer a las mujeres e incluso a muchos hombres sin el menor esfuerzo. Pero también tendría que haber explicado que era un hombre terriblemente engreído, que se creía por encima del bien y del mal, como el

propio Himmler, o Goering, o muchos de los altos jerarcas del Tercer Reich. La diferencia era que Walther era un buen tipo. Tal vez por eso le habían nombrado jefe del servicio de contraespionaje, dándole libertad para hacer lo que quisiera y para solucionar ciertos problemas que durante la guerra irían apareciendo. Tenía agallas e iniciativa combinadas con un alto concepto de sí mismo y de su propio honor. Aunque siempre iría por libre, siempre haría lo que debía hacerse. Con el tiempo llegaría incluso a entender mejor la forma de pensar de Schellenberg cuando, en muchos otros lugares y situaciones, volvimos a encontrarnos. Su papel sería decisivo en la guerra mundial.

—Yo no mataría a un buen hombre como el general —añadió entonces Schellenberg—. Sólo estamos aquí para observar y, después, llegado el momento, hacer lo que debe hacerse.

—¿Y si lo que debe hacerse es asesinarle? ¿Y si al no matarle le condenamos al deshonor, a vivir sus últimos años en la ignominia?

—Entonces dejaré por un momento de ser Schellenberg para convertirme en un patriota polaco. Y nadie sabrá nunca el nombre de ese patriota anónimo que mató a von Fritsch.

Así que esperamos largamente, como debe hacer un francotirador, a que llegara el momento de hacer "lo que debía hacerse". Yo estaba acostumbrándome ya a observar, que después de todo era mi oficio, y a no hacer más preguntas de las necesarias. Así que cumplí a la perfección mi cometido y esperé. Durante una hora Walther y yo no nos dijimos gran cosa. Yo le daba vueltas a las razones que habían producido la caída de von Fritsch. En realidad, eran bastante sencillas.

Cuando Hitler llegó al poder una de sus primeras reuniones la organizó con el alto mando de la Wehrmacht. Desde el principio, quería meterse a los militares en el bolsillo, ya que el objetivo a largo plazo de su política era la guerra y la dominación de Europa. La mayor parte, sin embargo, se mantuvieron fríos y distantes ante las aseveraciones de aquel hombre bajito de bigote que en su carrera militar no había pasado del puesto de cabo de enlace. Después de todo, ellos eran "junkers", nobles y rancios terratenientes de la aristocracia prusiana y el Führer un austríaco de bohemia, un medio alemán.

Sin embargo, la poderosa oratoria de Hitler comenzó a requebrajar sus corazas, sobre todo cuando les habló de acabar con el marxismo en el mundo, de luchar contra la injusticia del tratado de Versalles que había dejado sin nada a Alemania después de la Primera Guerra Mundial, de la conquista futura de nuevas tierras en el este y de la germanización de los enemigos del nuevo Reich que estaba naciendo.

A los militares siempre les ha gustado la fuerza de carácter.

Si bien Hitler les prometió que el ejército siempre sería autónomo, que volvería ser la tropa orgullosa que fue antes de la gran Guerra, durante unos años se produjo solamente una corriente de leve simpatía hacia el nazismo, de status quo entre el Führer y el estamento militar. Pero la buena sintonía nunca pasó de ahí. Hitler, lentamente, había modificado las leyes en Alemania para ponerlas a su servicio, tanto para destruir a los judíos, como a los enemigos interiores, socialdemócratas o cualquier persona contraria al nacionalsocialismo. La prensa, las universidades y cualquier institución pública fueron convirtiéndose en títeres en manos del partido nazi y de sus seguidores. Pero en el ejército nunca se hicieron grandes avances. Los militares pensaban que aquellos ultraderechistas zafios y chabacanos eran un mal necesario después de la horrible experiencia de la República de Weimar. Creían que el nazismo sería una etapa temporal antes de volver a un sistema más comedido que condujese con cordura al país.

Un día, el Führer comprendió que si no cambiaba a aquellos que estaban en la cima del estamento

militar por gente de su confianza, jamás conseguiría organizar una guerra de expansión en el este y ganarla a su manera y en sus condiciones. Por ello decidió destruir al militar más influyente del alto mando: precisamente Werner von Fritsch. Aunque sólo lo consiguió en parte, ya que su sustituto al frente del Heer, el Ejército de tierra, sería un militar todavía más contrario a los nazis: Walther von Brauchitsch. No obstante, logró poner al frente de la Wehrmacht, es decir, de todo el ejército (tierra, mar y aire), a Keitel, un hombre de carácter servil y muy dado a verse influenciado por los arrebatos de oratoria de Hitler. Alguien que rara vez le llevaría la contraria y al que podría manipular para, con el tiempo, manipular a través de él a todos los soldados de Alemania.
Keitel, que muy pronto sería llamado por todos "lakaitel" (es decir, el "lacayo" de Hitler) fue conduciendo poco a poco al generalato camino del servilismo del que él mismo era máximo exponente. Y llegó el día en que la Wehrmacht, como todos los engranajes de la nación, comenzó a caminar al paso que dictaba Adolf Hitler.
Por eso fue que se buscó la ruina de Von Fristch, para poder manipular al ejército alemán. Y aquel proceso deshonroso culminaba precisamente en aquel instante. El instante en que sonó el disparo. Lejos, al menos a medio kilómetro.
—Nuestro ejército, brillante en diversos aspectos —me explico Schellenberg mientras sacaba la lengua con expresión concentrada y apuntaba en dirección al edificio del arrabal del que había surgido el disparo—, está bastante necesitado de formación en el asunto de los francotiradores. En eso los rusos nos llevan mucha ventaja. E incluso algunos polacos que han aprendido de ellos y utilizan sus rifles de precisión. Este mismo es un rifle Mosin de fabricación soviética.
Sonó otro disparo a lo lejos y de inmediato un grito que provenía de la zona donde estaba el coronel general y sus ayudantes. Walther Schellenberg ajustó la mirilla de su arma, buscando el origen de los disparos. Una gota de sudor perlaba su frente. Por fin, luego de un largo compás de espera, apretó el gatillo.
—Le he dado —me anunció Walther.
Un tirador polaco camuflado entre un roble y el muro derruido de una casa, rodaba por el suelo hasta quedar frenado en el saliente de una roca. Schellenberg le había acertado en un brazo. El soldado polaco se incorporó lanzando aullidos de rabia y desapareció detrás de sus líneas.
—No podía dejar sin castigo el asesinato de un general alemán —me anunció Walther, mientras desmontaba el trípode de su arma—. Pero tampoco quería matar al polaco. Es un buen soldado que luchaba por su país. No creo, sin embargo, que pueda volver a usar esa mano para disparar a nadie.
Así era el Schellenberg que estaba naciendo a causa de aquella maldita guerra. Un hombre que había decidido qué estaba bien y qué estaba mal. Juez y verdugo del francotirador polaco. Sin cargos de conciencia, sin culpa. Alguien que actuaba rápido y tomaba una decisión para nunca jamás arrepentirse.
—¡Vamos, Otto! —me indicó entonces, abandonando nuestro escondite de un salto.
Echamos a correr campo a través al encuentro del coronel general von Frisch. El francotirador polaco le había dado en el muslo de la pierna izquierda. Por un momento creí que la herida no era grave hasta que vi el chorro de sangre arterial levantarse al menos un palmo por encima del anciano. Nunca hubiese creído que algo así fuera posible. ¡Qué cosa tan terrible son las armas de fuego! Uno de los ayudantes del coronel general se inclinó a toda velocidad y tomó la pierna para hacer un torniquete, pero Werner lo apartó con gesto decidido:
—No se preocupe, teniente segundo Rosenhagen. Por favor, déjelo estar. Es una orden.

El anciano cerró los ojos y pensé que aquellas serían sus últimas palabras pero entonces los entreabrió, como emergiendo de una bruma que era en realidad la muerte, y me miró:
—¿Tú no eres el protegido de Erich? —preguntó, con un hilo de voz, mientras la sangre, escandalosa, empapaba ya la tierra hasta su cintura.
—Sí, señor —repuse, con tono de voz afligido—. Tal vez me vio el otro día con Manstein en el puesto de mando de Lublinitz durante su visita.
Werner asintió con gesto de fatiga, una fatiga infinita de la que pronto podría descansar.
—Dile a Erich que todo está bien. Ahora todo está bien.
Werner von Fritsch murió apenas un minuto después, dulcemente, sin dolor.
Cuando volvíamos en nuestro coche, Schellenberg me dijo:
—A veces con observar no basta. A veces hay que actuar y tomar decisiones. Por eso quise venir hoy. Para ver si soy capaz de tomar esas decisiones.
No dijo nada más. Yo sabía que había descubierto algo muy importante: era más que capaz. Mi misión era solo la de observar pero Schellenberg muy pronto tendría que intervenir en momentos decisivos de la guerra, erigirse en juez del bien y del mal y decidir por qué lado se inclinaba la balanza de la justicia, por mucho que tuviera órdenes de Himmler, de Heydrich o del Führer. Walther, que era ya de por sí un hombre petulante hasta la naúsea, muy pronto podría tener la tentación de creerse un Dios.
Definitivamente, no envidiaba el trabajo de Walther Schellenberg.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

<u>SUCESO: ¿MUERTE EN COMBATE O SUICIDIO DE WERNER VON FRITSCH?</u>

La muerte del antiguo comandante en jefe del ejército de tierra alemán suscita aún hoy controversias, con opiniones enfrentadas acerca del grado de riesgo que asumió, si fue justificado o si lo excedió buscando que lo matasen, y acerca de si se dejó morir desangrado o si el balazo seccionó la arteria de la pierna y sangró con tanto profusión que fue imposible socorrerle a tiempo. Son especialmente interesantes las notas de su ayudante, el teniente segundo Rosenhagen, publicadas hace pocos años.

<u>LUGAR Y FECHA: 22 DE SEPTIEMBRE DE 1939.</u>

Más allá de cualquier interpretación de la muerte de Von Fritsch, es un hecho que con su desaparición, el turbio asunto de por qué se le acusó en falso de homosexualidad, quedó definitiva y “convenientemente” olvidado.

<u>CONSECUENCIAS: FUNERALES DE ESTADO EL 25 DE SEPTIEMBRE</u>

Se enterró a Werner von Fritsch con todos los honores y asistió el alto mando, Keitel e incluso Hitler en persona.

Aquella misma tarde, cuando Manstein escuchó de mis labios las últimas palabras de su amigo, su rostro se volvió pálido y me pidió que le dejase solo. Eso hice, y los siguientes días, le note distante y reservado. La tropa pensaba que se debía a la tensión por el asalto definitivo a Varsovia, pero yo sabía que estaba llorando a su mentor, al viejo camarada que ya no regresaría.
Probablemente por todo ello decidí conocer por mí mismo, sin la guía de Manstein, los momentos finales de la resistencia polaca en su capital. En mi calidad de "observador" plenipotenciario, tenía salvoconductos que me permitían ir a cualquier punto del frente y pedir cuantas explicaciones creyese convenientes. La única salvedad era mi propia seguridad, ya que en los mismos salvoconductos figuraba que bajo ninguna circunstancia se podía poner en peligro mi vida y todos se cuidaban de que yo jamás estuviera en primera línea de frente.
No obstante, aún en la distancia, ayudado de mis prismáticos, pude contemplar el final de aquella carnicería. Cada mañana, los primeros en salir de sus hangares eran las escuadrillas de Stukas, que realizaban constantes misiones de bombardeo sobre los barrios de la capital polaca. El fuego antiaéreo del enemigo impactaba de forma sorda en el fuselaje de las naves y regresaban a menudo literalmente agujereadas como un colador. Pero los stukas eran especialmente robustos, con una solidez que ningún otro avión de la guerra mundial pudo igualar antes ni después. Sin embargo, aún en esta época temprana, se trataba de un avión lento y poco maniobrable, y con el tiempo sería superado por otros aparatos más modernos. Pero no cabe duda que esta primera fase de la guerra estuvo dominada por ellos, esas bestias ululantes que caían en picado, emitiendo unos sonidos terribles, similares a aullidos, que asustaban a los tenaces defensores polacos hasta unos límites que no podíamos sino imaginar. Ya desde la Guerra civil española el Stuka estaba provisto de una sirena llamada "la trompeta de Jericó" y producía precisamente en el picado ese espantoso ruido, semejante al silbido de una bestia, capaz de hacer perder la sangre fría hasta al más temerario de nuestros enemigos.
Cuando los aviones terminaban sus bombardeos era el tiempo de la artillería, que percutía una y otra vez, incansable, lanzando miles y miles de bombas, de cañonazos, que volaban como una lluvia de estrellas fugaces llevando la muerte y la desolación a Varsovia.
Por entonces, ya no había suministro de agua en la ciudad, prácticamente no quedaba comida y los incendios campaban a sus anchas sin que nadie los apagase. Pero aún así los polacos resistían porque eran soldados valientes y no estaban dispuestos a ceder el último pedazo de suelo patrio que todavía controlaban.
Y entonces llegó la orden desde el supremo mando de la Wehrmacht, de Keitel en persona, el lacayo del Führer: era el momento de asaltar la ciudad. Los soldados alemanes, que inicialmente se habían acercado a las fronteras de Polonia sin saber siquiera que estaban en guerra, pensando que iban de maniobras, de pronto estaban a punto de terminar con la primera gran batalla de una guerra que muchos intuían ya se terminaría en suelo polaco.
Avancé unos metros y busqué una buena atalaya para poder contemplar el ataque de nuestras tropas. Vi un pelotón al mando de un suboficial penetrando en el arrabal, las granadas cayendo desde una

ventana de la primera vivienda, las explosiones, los gritos de agonía. La tropa llevaba un grupo de tanques como apoyo. Como ya he explicado antes, la mayor parte de nuestros tanques en esta campaña eran Panzer I y Panzer II, carros ligeros o de reconocimiento de dos o tres tripulantes solamente, que eran especialmente vulnerables a las piezas anticarro del enemigo. Incluso a menudo no necesitaban del enemigo para ser derrotados ya que uno de cada cuatro se averiaron por sí mismos durante la campaña. En aquellos días, aprendimos que los tanques deben llevar una profunda cobertura de infantería para avanzar en una ciudad. Lo cierto es que los soldados polacos, luchando desde la desesperación, provocaron severas pérdidas a las divisiones Panzer durante toda la campaña.

En mi papel de mudo observador de los hechos, tuve la ocasión de ver precisamente uno de esos combates en los que los polacos se arrojaban con cargas de demolición contra nuestros Panzer y se defendían fieramente de edificio a edificio, de calle a calle. Los coches blindados saltaban por los aires, la infantería de asalto ocupaba una vivienda y luego tenía que abandonarla en llamas cuando los polacos, diezmados, prendían fuego al hogar de uno de sus conciudadanos para frenar la ofensiva. Estaban bien camuflados y siguieron combatiendo durante horas con un gran espíritu de lucha, y un segundo pelotón de diez hombres tuvo que ponerse a cubierto mientras las ametralladoras tableteaban. Los tanques que les habían servido de cobertura ardían hacía rato vueltos de costado.

La caballería polaca llegó entonces al galope a través de la humarada. Cargaron con rabia contra los nuestros y causaron gran mortandad con sus sables de húsar (aunque cuando atacaban a los carros, como no eran tontos, llevaban fusiles antitanque).

Un pelotón alemán de motociclistas hizo su aparición por un barrio adyacente y abrió fuego. Los caballos caían, abiertos en canal, esas hermosas bestias agonizando o huyendo malheridas en una nube de polvo. Un poco más allá, los supervivientes de una dotación de un cañón anticarro disparaban sus últimas balas antes de retroceder calle abajo y refugiarse en una casa, que pronto estuvo en llamas porque también la prendieron fuego como cobertura para proseguir su retirada. Algunos civiles desgraciados que todavía estaban en aquella zona huyeron despavoridos de las llamas antes de caer bajo el fuego de ametralladora de un grupo de SS. Aún guardo en mi retina la imagen de una niña flotando en un charco de sangre y su muñeca hundiéndose en la linfa hasta desaparecer. Sentí asco de ser alemán y aún más de ser un SS.

Mis prismáticos iban de un lado a otro, del ataque de los SS por un flanco, al avance por el flanco contrario del grupo de motociclistas, y de nuevo a los restos del primer pelotón de infantería, que prácticamente había desaparecido. Los dos bandos estaban exhaustos pero seguían muriendo y matando por sus patrias respectivas. Mujeres y niños y también algunos ancianos demasiado decrépitos para ser reclutados, seguían muriendo bajo la guadaña del azar, porque no tenían a dónde huir mientras los locos se asesinaban. Distinguí a una familia arrastrándose lejos de la batalla y desapareciendo de mi línea de visión. Recé porque de alguna forma milagrosa se pusieran a cubierto y sobrevivieran a aquel infierno.

Hice una pausa. No podía seguir con mi labor de observador. Me fumé medio paquete de cigarrillos con manos temblorosas. Algunos soldados alemanes que regresaban heridos de la primera línea de batalla alababan el espíritu de los defensores polacos; estaban deseosos de que se rindieran por fin porque no querían seguir asesinando a unos combatientes tan aguerridos. Las bajas entre los polacos eran terribles pero seguían combatiendo diezmados por la aviación y la artillería y las constantes incursiones de nuestras tropas.

Y así siguieron pasando las horas. El asedio continuaba.

Lo cierto es que algunos polacos eran veteranos de la Guerra civil española y habían aprendido en la defensa de Madrid cómo combatir en ciudades. Por entonces apenas se tenía experiencia en los combates de asedio: en la Primera Guerra Mundial, que fue esencialmente una guerra de trincheras, no hubo oportunidad de desarrollar este aspecto de la guerra. Pero aunque más tarde se refinaría mucho más, sobre todo en el frente ruso en batallas como Stalingrado, los polacos eran unos expertos en las cargas de demolición, en las barricadas y los francotiradores de oportunidad, que acechaban desde todas las azoteas. Sabían bien que ninguno de nuestros tanques tenía la potencia de fuego suficiente para destruir los edificios en los que se ocultaban. Tumbados entre escombros y ruinas, siempre tendrían ocasión de aguardar lo que hiciera falta para luego contraatacar, de forma inesperada, colocando un artefacto explosivo en una zona especialmente vulnerable de su blindaje.

Existía en el ejército alemán una doctrina para el ataque en áreas urbanas llamada Ortskampf. La idea era aislar el objetivo de alimentos, de agua, de gas y del resto de suministros, cosa que ya se había hecho brillantemente en Varsovia. Más tarde, se debía avanzar a través de calles paralelas capturando edificios clave para luego convertirlos en puestos de mando. Se pretendía progresar de una forma ordenada que evitase o al menos minimizase la confusión y las víctimas de fuego amigo al no saber qué edificios se habían tomado y cuáles no. Además, la teoría era que los compañeros que habían tomado un edificio podían hacer fuego de cobertura sobre los camaradas que avanzaban sobre el siguiente desde las ventanas, terrados y otros puntos de avistamiento. De hecho, se consideraba que cada uno de los edificios era en realidad una fortificación y que tomar una ciudad era en realidad la conquista de una serie de fortificaciones consecutivas.

La doctrina era correcta en líneas generales pero, a la hora de la verdad, nos vimos desbordados por el coraje de los polacos. Nuestros tanques se quedaban atascados en las barricadas, víctimas propiciatorias de las cargas de demolición de los suicidas, que se abalanzaban con desprecio de la propia vida para conseguir destruir al siguiente tanque del demoníaco enemigo nacionalsocialista. Cometimos muchos errores a la hora de coordinar a la infantería con los blindados, pero aprendimos para las batallas que siguieron. Cierto es que las ametralladoras de los carros hacían estragos cuando atacaban, y que los cañones horadaban los edificios, ya terriblemente desfigurados por la acción de la artillería y la Luftwaffe. Los polacos, además, todavía mantenían en servicio algunos de sus escasos tanques ligeros y los encomendaban a ataques igualmente suicidas, a menudo embistiendo contra nuestros Panzer III o Panzer IV, una vez habían comprobado que sus cañones eran incapaces de penetrar el blindaje. La resistencia polaca era encomiable.

Atardecía cuando fui testigo de una pequeña batalla de tanques en las afueras de la ciudad. Un Panzer III tenía la torreta inmovilizada y una tanqueta TKS le embestía intentando mover la masa de un tanque que le triplicaba en peso y volumen. Finalmente, el conductor y el radiotelegrafista del Panzer III (únicos supervivientes de una tripulación de cinco) salieron del tanque y mataron al conductor y al artillero del tanque polaco. Antes de regresar a su vehículo fueron ametrallados desde una ventana cercana. Sólo el radio-telegrafista pudo regresar al interior, malherido, y aunque consiguió arrancar al panzer III y avanzar unos metros, finalmente zizagueó, chocó contra una pared y se detuvo por completo. Es lo que pudo aguantar antes de morir el valiente soldado. Poco después, un grupo de polacos asaltaron el vehículo y sacaban a rastras el cadáver del radio-telegrafista. Cuando intentaban hacerse cargo del mismo para combatirnos llegaron el resto de compañeros de la sección de Panzer III y abrieron fuego. El tanque capturado, al tener la torreta inmovilizada y una dotación de soldados

polacos inexpertos en su manejo, no tuvieron ninguna oportunidad. El tanque saltó por los aires y allí terminó mi visión de la campaña de Polonia.

El ataque se había suspendido. Los polacos nos habían rechazado. Pero los propios defensores sabían que no valía la pena seguir luchando.

Poco después supe que se habían iniciado conversaciones para la rendición de la ciudad. Los polacos comprendieron que toda resistencia era inútil y que sólo conseguirían que acabara muerta toda la población civil a menos que depusieran las armas.

Además, la guerra tocaba a su fin. Los rusos continuaban, indiferentes al sufrimiento de los polacos, su campaña de rapiña por el este, aprovechando la debilidad de un ejército que se había dejado la vida luchando contra nosotros, y arrebatándoles amplias extensiones de lo que quedaba de su país. Nada podía hacer el ejército polaco para evitarlo porque ya estaba derrotado cuando los rusos iniciaron sus avances más significativos.

Finalmente, Varsovia se rindió, Polonia se rindió y los alemanes y los rusos nos repartimos sus despojos, como buenos buitres carroñeros.

La guerra de Polonia había terminado. Pero el sufrimiento del pueblo de polaco estaba por comenzar. Bajo el dominio del Reich, aquel país sufriría uno de los mayores genocidios de la historia de la humanidad.

XI

Mientras el infierno comenzaba para el pueblo polaco, en el hogar de los Goering todo había vuelto a la normalidad.

Al menos, eso parecía.

Edda Goering acababa de regresar junto a su madre de la isla de Sylt, la más importante de las islas frisias, un lugar habitual para disfrutar de unas buenas vacaciones durante la Alemania nazi. Se trataba de un paraje maravilloso, casi de ensueño, donde la pequeña pasaba casi tanto tiempo como en el Carinhall. Hacía apenas unos días que había cumplido 20 meses de vida y era una niña delgada, preciosa, de hermosos cabellos rizados, todavía no demasiado largos pero que un día caerían en cascada por su espalda. Hermann Goering contempló a su hija sin disimular su satisfacción. La cogió, la abrazó y la besó mientras ella no paraba de reír; luego la dejó marchar de la mano de una de sus institutrices.

—Hola, cariño —susurró entonces, casi como si quisiese arrullar con su voz a la dulce Emmy, su segunda esposa.

Emmy Sonneman de soltera, hoy Emmy Goering, era una mujer rubicunda de 46 años; antigua actriz de bastante éxito, se había dejado seducir por los aires de grandeza, la fatuidad y el temperamento impetuoso de Hermann. Era una mujer alegre, siempre sonriente y de buen humor, ese tipo de persona que ilumina la vida de todos los que se cruzan en su camino. Tal vez el contrapunto, las mismísimas antípodas de Carin, la primera esposa de Goering, una mujer de noble cuna, fría, cerebral, extraordinariamente inteligente. El sucesor del Führer se había buscado una mujer que le alegrase la vida pero que no fuera un obstáculo para el recuerdo de aquella otra que aún seguía amando. Emmy, además, no ponía reparos a que la mansión donde vivían tomase el nombre de la fallecida, ni que hubiera un mausoleo en su memoria, porque era una persona inmune al desaliento y al malhumor. Siempre sonreía, rara vez se quejaba de ninguno de los excesos de su esposo y de alguna forma simbolizaba la mujer aria ideal, la perfecta teutona complaciente y algo entrada en carnes. Y Goering la amaba de la misma forma en que amaba todas las cosas de este mundo, intensamente pero también con fugacidad, porque era incapaz de concentrar su pensamiento en un punto demasiado tiempo. Emmy era una de las muchas cosas que poseía, una de las muchas que se había ganado gracias a Carin. Sólo a la memoria de ella era verdaderamente fiel.

—¿Qué tal lo has pasado en “Min Lütten”? —le preguntó a su esposa, refiriéndose a la casita que Emmy se había comprado en la isla de forma privada, con el dinero que había ganado como actriz.

—Muy bien, como siempre. Rayito de sol es un encanto y hemos jugado en la playa y pasado unos días de vacaciones inolvidables.

Rayito de sol era el apodo cariñoso con el que ambos llamaban a su hija.

—Maravilloso, maravilloso —repuso Hermann, con gesto soñador—. Qué feliz habría sido si hubiera podido acompañaros. Me encanta imaginar a mis mujercitas saltando entre las dunas. Ojalá mis obligaciones me dejasen más tiempo para estar con vosotras.

Pero Goering mentía, como casi siempre. Le encantaba tener 1000 cosas que hacer, estar enredado en más cuestiones de las que podía abarcar, levantarse de madrugada para perseguir una pieza en su coto privado de caza, matarla y luego ir corriendo a dar un discurso en una fábrica de municiones, como había sucedido precisamente unas semanas atrás. A causa de la morfina, Hermann era

hiperactivo y nunca había demasiadas cosas que pudiera hacer en un día. Su capacidad para concentrarse en diversos temas al mismo tiempo era legendaria y su habilidad para sacarlos todos adelante… un misterio. Si no fuese porque sus defectos eran aún mayores que sus virtudes, podría haber sido un estadista formidable.

—¿Ya te vas? —Emmy, viendo que su esposo caminaba resueltamente hacia su Mercedes y le hacía una señal al chofer, se abalanzó sobre su marido y le besó en el cuello— Quédate un rato con nosotras, Hermann.

—No tardaré en volver. El Führer ha llamado a varios altos mandos de la Luftwaffe para una entrevista privada. Quiere tratar algunos temas importantes, pero creo que no será una entrevista larga. —Sonrió y acarició la mejilla de su esposa—. Al menos, eso espero.

En su afán por acapararlo todo, bienes muebles e inmuebles, joyas, dinero, cargos, condecoraciones... Goering, aparte del sucesor oficial del Führer, era también mariscal de la Luftwaffe; y además, controlaba un vasto operativo de intercepción de escuchas telefónicas y espionaje interno. Sus tentáculos llegaban a todos y a todas partes y el se vanagloriaba de ello ante cualquiera que se cruzase en su camino.

Aquel día de mediados de octubre de 1939 se dirigía a la cancillería del Reich en Berlín en su calidad de jefe supremo de las fuerzas aéreas. Sabía que su entrevista con Hitler no sería precisamente una balsa de aceite. A pesar de que, una semana atrás, los últimos combatientes polacos habían capitulado y se habían rendido a los alemanes, desde entonces algunos de los planes que había diseñado el alto mando del ejército alemán para el futuro se habían venido abajo. En un discurso en el Reichstag, Hitler todavía hablaba días antes de la posibilidad de llegar a un acuerdo de paz con Inglaterra. Eso sí, no pretendía hacer la menor concesión. En realidad, las potencias occidentales no habían hecho nada por ayudar a Polonia y una parte de la opinión pública y de los expertos internacionales creían o, más bien, querían creer, que la paz todavía era posible. Pero la embajada de paz que por mediación de Goering algunos magnates americanos habían llevado a Washington había fracasado estrepitosamente. Roosevelt, el presidente americano, no sólo se había negado a convencer a los ingleses de iniciar conversaciones de paz, sino que ni siquiera había querido reunirse con los empresarios germanófilos. Chamberlain, el primer ministro inglés, por su parte, acababa de dar un discurso en el que cerraba todas las puertas a cualquier negociación futura de un armisticio. La guerra continuaría hasta la rendición total de Alemania... o la del Reino Unido.

Tan pronto como Hitler oyó el discurso por la radio llamó a toda prisa a Goering y varios altos mandos de la Luftwaffe, entre los que destacaba al principal asesor técnico del Mariscal, el coronel general Ernst Udet.

—¡Si quieren guerra la van a tener! —gritaba Hitler, paseándose arriba y abajo de su despacho en la nueva cancillería—. ¡La guerra proseguirá y aplastará a esos malditos británicos y a todos sus aliados!

El Führer siguió gritando durante unos minutos mientras los dos jerarcas de la Luftwaffe le contemplaban sin decir palabra. Se quejaba de "todos esos burócratas que no habían entendido nada del pacto nazi-soviético". Hitler, que había puesto su confianza en que un pacto con los rusos para la partición de Polonia haría ver a las potencias occidentales que Alemania tenía todos los ases en la manga, estaba también defraudado con la reacción de los expertos tanto en Francia como en el Reino Unido. Al no conocer las cláusulas secretas del tratado, pensaban que Stalin había avanzado sobre Polonia de forma unilateral, sin consentimiento del Führer. Además, estaban convencidos que la existencia de fronteras directas entre Alemania y la Unión Soviética era una ventaja: tarde o temprano los dos dictadores acabarían enfrentándose. En el primer caso se habían equivocado, pero en el segundo acertaban de lleno, como se vería con el tiempo. Sea como fuere, algunos incluso pensaban que el interés súbito de Hitler por la paz e incluso su oferta de crear un nuevo estado polaco nacían del temor que tenía a los rusos y a quedar atrapado entre dos frentes.

El pacto Ribbentrop-Mólotov, como era conocido el tratado por los respectivos ministros que lo habían firmado, acabó por ser un desastre para Alemania y en parte terminó provocando que

Chamberlain rechazara los ofrecimientos de Goering y sus negociadores, inclinándose por una guerra que ningún bando deseaba de verdad. Pero claro, los ingleses no podían permitir una potencia dominante en la Europa continental, ni cuando esta fue la Francia napoleónica ni ahora que pretendía serlo la Alemania nazi. No podían echarse atrás en su determinación de combatir a Hitler.
—¡Si quieren guerra la van a tener! —chilló de nuevo Adolf, fuera de sí.
Todos los presentes miraban el suelo, cabizbajos y mudos. Sabían que en esos momentos lo mejor era callar y esperar a que el Führer se serenase.
—Voy a decirle a Goebbels que prohiba a todos los diarios del Reich escribir la palabra "paz" en ninguno de sus artículos. ¡Voy a desterrar esa palabra de la patria! Nunca más se va a oír por la radio ni en la prensa escrita. ¡Lo juro!
Goering pensó por un instante en Joseph Goebbels y en cómo encajaría aquella decisión. El ministro de propaganda era un belicista, nunca había creído demasiado en las posibilidades de alcanzar la paz y seguramente aplaudiría la decisión de su Führer. La mayor parte de las personas más cercanas a Hitler eran belicistas declarados en mayor o menor medida. Precisamente Hermann Goering era uno de los que menos creían en una guerra mundial. Sucedía, no obstante, que servía Hitler ciegamente, con todas sus consecuencias, y aunque ahora estuviera enfadado por la decisión de Inglaterra de no sentarse en la mesa de negociaciones, lo cierto es que todas las acciones de Hitler desde que subió al poder estuvieron encaminadas a la guerra. La única razón por la que quería retrasar un gran conflicto bélico era porque Alemania no estaba preparada para derrotar a todos los países a la vez. Al menos, no todavía. De estar preparada para algo semejante Hitler ni siquiera se habría planteado por un momento el armisticio.
—Quiero que aumentéis la producción de bombas y de aviones —ordenó en ese momento Hitler, dejando de quejarse y divagar para envolver en una mirada penetrante a su sucesor y a su hombre de confianza, un encogido y macilento Udet—. Tenemos que estar preparados para destruir la Fuerza Aérea británica. Si queremos derrotarles en tierra primero habremos de hacerlo en el aire.
—Así se hará, mi Führer —repuso el mariscal Goering, inclinando levemente la cabeza.
Hitler asintió, satisfecho. Con la misma intensidad con la que se había entregado hasta ese momento a buscar una paz con Inglaterra, podía estar seguro que ahora Goering se entregaría a buscar la manera de derrotar a la R.A.F o Royal Air Force, la aviación de esos detestables ingleses, esos que se habían atrevido a desafiarle. Hitler estaba seguro que Goering haría lo imposible por derrotar en el aire al único enemigo contra el que hasta ahora no había querido enfrentarse y que de pronto era su máximo rival.
Tal vez por eso soportaba todas las excentricidades de su sucesor o los tremendos gastos que suponía el Carinhall para las arcas del Estado. Daba igual cual fuese la orden que le diera, incluso que primero le diese una orden y luego la contraria, como en el caso de Inglaterra. Primero le había ordenado buscar la paz y ahora le ordenaba hacer añicos toda esperanza de alcanzar un acuerdo negociado. En uno u otro caso, Goering le servía las 24 horas hasta la extenuación, a menudo literalmente, y nunca ponía objeción alguna.
—Estoy convencido de ello —le aseguró Hitler, que se permitió incluso esbozar una ligera sonrisa.
Había llegado el momento de iniciar una conversación más sosegada. La bestia se había calmado por fin.
El Führer y los altos mandos de la Luftwaffe despacharon durante más de una hora. Hablaron no sólo de cómo enfrentar a la aviación británica desde un punto de vista táctico sino también en cuestiones

estratégicas e incluso técnicas. Había diversos informes acerca de los nuevos cazas británicos y varios de los mejores pilotos alemanes estaban deseando enfrentarse a ellos en combate singular. Asimismo, también hablaron de de la situación actual en los frentes de guerra, de la actitud de los franceses, que a pesar de tener frontera con Alemania habían decidido replegarse a posiciones defensivas y esperar a ser atacados. ¡Y eso que estaban considerados el mejor ejército del mundo! Desde sus líneas se limitaban a lanzar cañonazos esperando que Hitler cometiese el "error" de atacar una inmensa línea de trincheras y fortificaciones que llevaban preparando desde hacía años, desde que acabara la Primera Guerra Mundial. Adolf Hitler, sin embargo, no pensaba que atacar a Francia fuese en modo alguno un error y en realidad llevaba tiempo preparando el caso amarillo. Si el ataque a Polonia había recibido el nombre de caso blanco, el caso amarillo era el nombre que recibía la próxima ofensiva que tendría lugar sobre el oeste de Europa.

—Quiero que el caso amarillo tenga lugar en poco más de un mes, sobre el 15 o el 20 noviembre.

Los oficiales de la Luftwaffe sabían que aquello era absolutamente imposible pero aplaudieron la decisión de Hitler, sabiendo que, llegado el momento, razones organizativas, o de intendencia, así como las trabas que le pondría el Alto Mando, acabarían con su sueño de poner en marcha el caso amarillo antes de fin de año.

—¡Les aplastaremos! —chilló de pronto el Führer, recordando el discurso de Chamberlain, que había echado por tierra todos sus sueños de una paz con el Reino Unido— ¡Si quieren guerra la van a tener!

Y siguió repitiendo aquella frase durante un buen rato, la misma frase que había pronunciado cuando entraron en su despacho. Parecía que el Führer quisiera darse ánimos a sí mismo porque no estaba en absoluto seguro de la victoria.

Porque derrotar a todas las naciones europeas en una sola guerra era algo que no había conseguido nadie, ni siquiera Napoleón.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Terminada la campaña de Polonia, el mariscal Von Rundstedt fue nombrado Gobernador Militar de los nuevos territorios conquistados. Junto a Manstein y el resto de su Estado mayor nos trasladamos al complejo Helenow, un inmenso parque de hermosas construcciones barrocas, que incluían una mansión suntuosa, un jardín botánico y pequeños lagos cruzados por senderos idílicos e interminables.

Un lugar de ensueño que parecía ajeno a la guerra que acababa de aplastar el país donde se había erigido tan excelso monumento.

Por desgracia, la belleza de aquel paraje pronto quedó atrás porque vino a mi encuentro la persona cuya presencia más había temido desde mi llegada a Polonia. La única persona capaz de sacarme de mis casillas, de hacerme dudar del destino de mi pueblo y la de la grandeza de la visión del Führer. Naturalmente, estoy hablando de Reinhard Heydrich.

—Hola, Otto. He venido para llevarte a dar un paseo. Verás, te va a encantar —. Aquellas fueron las primeras palabras de Heydrich, que me abordó sin previo aviso cuando yo estaba paseando por los jardines leyendo “El grupo Bosemüller” mi novela preferida de Werner Beumelburg.

No recuerdo qué respondí ni creo que importe. Lo que cuenta es que me dirigí hacia su coche con la cabeza gacha, como el reo camino del patíbulo. Manstein salía en ese instante de la mansión Helenow junto a varios ayudantes y debió percibir en mi rostro tan profunda desolación que advertí que me observaba con lástima. Luego meneó la cabeza y siguió su camino. Después de todo, mis desgracias no eran cosa suya y nada podía hacer por evitarlas.

—Verás, es algo maravilloso —repetía una y otra vez Heydrich por toda explicación mientras nuestro vehículo avanzaba lejos de la seguridad de aquel bello lugar donde había creído por un instante que estaba a salvo. Me equivocaba, nadie en ningún lugar estaba jamás a salvo de la telaraña de Heydrich.

Finalmente, tras cerca de una hora de viaje por carreteras polvorientas, nos detuvimos a las afueras de un pueblo y Heydrich me condujo junto a un grupo de SS que había al borde de una hondonada. Cuando llegué a la altura de la sima comprendí que no era artificial sino que se trataba de una larga excavación de al menos 50 metros de diámetro, recién acabada a fuerza de pico y pala, y probablemente de algunas vidas humanas que trabajaron hasta la extenuación. Paradójicamente, los que murieron reventados por el esfuerzo tuvieron mejor suerte que los supervivientes.

—¿Ves cómo es algo maravilloso? —me aseguró entonces la araña Heydrich señalando al fondo del agujero.

Aquel hombre sin alma y sin corazón estaba indicando con una enorme sonrisa un conjunto y amalgama de al menos 500 o 600 cuerpos, de hombres, mujeres y niños recién asesinados, algunos todavía moviéndose y avanzando entre chillidos de agonía entre los cuerpos caídos de sus compañeros. Mientras yo contemplaba la escena horrorizado los SS lanzaron varios bidones de gasolina y prendieron fuego a los cadáveres y a los vivos con precisión maquinal. Unos chillidos terribles se elevaron en el atardecer.

—Hoy quería enseñarte la maravillosa tarea que hacen los Einsatzgruppen —añadió entonces

Heydrich al ver que yo, boquiabierto, seguía sin decir palabra.
Pero ya sabía quiénes eran los Einsatzgruppen. Se trataba, eso significaba su nombre, de "grupos de operaciones" especiales, de unidades con funciones atípicas dentro de las SS, que se desplegaban en los territorios recién anexionados, o en este caso conquistados, al objeto de salvaguardar la integridad racial y política de los mismos. Y con salvaguardar quiero decir que arrestaban de forma casi indiscriminada a miles y miles de personas por haber estado afiliadas a partidos de izquierda, formar parte de una lista de conocidos (o apenas conocidos) antinazis, tener unas ideas erróneas y democráticas, ser judíos, ser gitanos o haber estado imlicados larga lista de otras actividades o características raciales que los nazis considerábamos peligrosas para el destino de los arios.
El año pasado, tanto en los Sudetes como en Checoslovaquia, tras la creación del protectorado de Bohemia y Moravia, dos grupos de Einsatzgruppen habían elaborado largas listas de arrestos especiales contra comunistas, alemanes que habían huido del nazismo y se habían encontrado que el nazismo le seguía los talones, etcétera. Continuaban con la misma tarea que hacía la policía política, la Gestapo, en nuestro territorio, pero de una forma más agresiva y buscando la germanización de nuestras conquistas, al tiempo que una limpieza de elementos asociales y contrarios al pensamiento de nuestro Führer.
Sin embargo, y hasta donde yo sabía, la misión de los Einsatzgruppen era detener, ocasionalmente torturar y mandar a campos de concentración a nuestros enemigos. Ignoraba en qué momento se habían convertido en asesinos en masa.
—Esto es, esto es… —tartamudeé hasta finalmente desistir en mi intento de articular una frase. Sencillamente, todavía me sentía incapaz de decir una palabra al respecto de lo que veían mis ojos.
—Te has quedado sin habla, ya lo veo. Te dije que sería algo maravilloso. Y no te mentía.
Heydrich estaba tan satisfecho que respiraba fatigosamente, henchido de emoción por la muerte de aquellos seres que consideraba parásitos, o tal vez algo peor. De hecho, siguiendo el pensamiento de hombres como Ernst Haeckel (un famoso biólogo que trajo el pensamiento de Darwin y sus teorías de la evolución a Alemania) muchos SS y hasta el propio Führer creían que los eslavos "apenas" pertenecían a la misma especie que nosotros, los arios o germano nórdicos. Por eso a gente como Heydrich le gustaba referirse a ellos como Untermensch (subhumanos).
—Nada más llegar a Polonia nuestro ejército conquistador teníamos ya una lista de más de 60.000 nombres de polacos a los que había que asesinar inmediatamente —añadió orgulloso—. Esta vez Himmler convenció a nuestro Führer para no andarse por las ramas y cercenar de una vez las conjuras de los judíos y estos eslavos polacos subhumanos. También hemos dado buena cuenta de algunos clérigos católicos y demás chusma religiosa.
Heydrich sentía un especial desprecio por los cristianos. Y todo se debía esencialmente a su creencia de que uno de los deberes esenciales de las SS era el expandir nuestra raza superior, la aristocracia aria que un día habría de gobernar el mundo. Esos nuevos reyes germano nórdicos sólo podrían ver la luz violando los dogmas católicos: el del aborto para eliminar a los idiotas y retrasados antes de nacer; la contracepción para evitar que los tontos y retrasados y los no arios que ya existían pudiesen reproducirse; y la esterilización de esos mismos tontos, así como de otros elementos más peligrosos y/o judaizantes en algún grado por ser sus características raciales especialmente destructivas para la raza aria.
Todas estas ideas que Heinrich Himmler, su superior y el más fanático de los creyentes en la filosofía racial del Führer, le había ido explicando a lo largo de los años, habían hecho comprender

a Heydrich la verdad: la Iglesia cristiana siempre combatiría al nazismo. No podían evitarlo por el el pensamiento nazi chocaba con su doctrina de forma absoluta.
Por ello, la araña Reichard, aunque antiguo ferviente católico, valiéndose de esa forma de pensar oportunista que él tenía, decidió atacar antes de ser atacado y propiciar la destrucción del cristianismo en los territorios del Reich. Era lógico, ya que estaban condenados a enfrentarse. Asimismo, la concepción cristiana de la monogamia conyugal debía ser abandonada con el paso del tiempo por una poligamia de los fuertes. Aquellos hombres racialmente más puros, especialmente los miembros de las SS, debían fertilizar al mayor número posible de mujeres arias en edad de concebir, estuvieran o no casadas. Había que expandir la raza a cualquier precio.
Así, una vez más, el nacionalsocialismo iba en contra de otro de los más sagrados preceptos de la religión cristiana: el matrimonio. Un entendimiento entre ambos (nazis y devotos del buen Jesús) era completamente imposible. Y por eso Reinhard odiaba el cristianismo, por ser un obstáculo para el futuro del Reich.
Pero en ese momento yo no tenía la mente precisamente puesta en los racionamientos anti cristianos de Heydrich sino en la matanza y la cremación en vida que estaba contemplando con ojos espantados.
—¿Pero es esto necesario, Reinhard? No sería suficiente con mandarlos a un Lager como el de Dachau y de reeducarlos para...
—El tiempo de los campos de concentración como única medida, de tratar de enseñar y de modificar las mentes de esta escoria, ha pasado —me interrumpió Heydrich en tono cortante, como si yo estuviese diciendo tonterías—. Hay elementos y enemigos del Reich que son completamente irreductibles. Y para eso están los Einsatzgruppen. Fíjate que he elegido para liderar a cada uno de los comandos gente con experiencia en la SD o la Gestapo, gente con alto nivel y brillante historial en unidades paramilitares incluso antes de la llegada de Hitler al poder, durante la República de Weimar. He escogido a los mejores para que eliminen a los indeseables.
—Pero esto, pero esto... es una masacre injustificable, un crimen odioso.
Heydrich, al ver el horror en mi mirada y la desaprobación en mi voz, estaba comenzando a perder la paciencia. De alguna forma incomprensible, había pensado que yo estaría encantado al ver algo semejante. Aquel hombre, aparte de un genocida, tenía una mentalidad infantil y estaba convencido de que al ser yo un ario, me sentiría de forma natural regocijado por algo como aquello. Creía que, en tanto estaba limpiando de razas inferiores el espacio vital que un día habrían de ocupar mis hermanos de sangre aria, yo debía sentirme plenamente satisfecho de aquella carnicería. Un fanático es, después de todo, otra forma de llamar a un idiota.
Por entonces, no lo voy a negar, yo era favorable a los campos de concentración, y pensaba que era necesario reeducar a los enemigos del Reich. Pero aquel trato, aquel asesinato masivo e indiscriminado, no se lo daría yo ni siquiera a un animal rabioso, tal vez ni a un insecto que se metiera en mi casa. Tanto menos a unos seres, que fueran o no de mi especie, fueran o no racialmente inferiores, eran seres vivos, con alma, con corazón y toda una vida por delante.
¿Hacer que seres humanos cavasen su propia tumba, dispararles un tiro solamente para no gastar balas y luego quemarlos vivos para exterminarlos como en una hoguera de la inquisición? Aquello, era sencillamente una forma refinada de tortura. Heydrich y sus Einsatzgruppen eran unos monstruos y estaban completamente locos.
—¿Has olvidado las matanzas polacas de alemanes étnicos en los primeros días de la guerra? —me gritó Heydrich, con los ojos inyectados en sangre.

Alemán étnico era una de esas palabras que le gustaban tanto a los que postulaban las teorías raciales. Un alemán étnico era un alemán no nacido en Alemania, alguien con nuestra sangre pero de más allá de nuestras fronteras, como las de la antigua Polonia. Para gente como Heydrich lo único importante era la sangre y la raza, por lo que pare él eran tan alemanes como cualquiera, fuese cual fuese su nacionalidad. Y respecto a las matanzas... se refería a 6000 polaco-alemanes (es decir, alemanes étnicos) que fueron obligados a hacer marchas forzadas, maltratados y finalmente asesinados en Brombrerg por paramilitares polacos. Había sido una acción extremista de gente enloquecida, lo que demostraba que dementes los hay en todas partes. Sin duda lo que habían hecho era tan deleznable como lo que hacían los Einsatzgruppen. Pero la diferencia esencial estribaba en que la matanza de alemanes la habían llevado a cabo un corpúsculo, aunque amplio, de hombres enloquecidos que no representaban ni al Estado polaco ni a la mayoría de su población. Lo que quería hacer Heydrich lo hacía en nombre del Reich, de la nación alemana, y pretendía realizar una limpieza sistemática de una enorme zona habitada, algo que en el futuro tal vez se llame, no sé, "limpieza étnica" o algo por el estilo. Lo que él quería hacer con los Einsatzgruppen era una crueldad inhumana y sistemática.
—Recuerdo la matanza de nuestros compatriotas en Brombrerg; la radio y los periódicos no dejan de repetirlo. Pero no es lo mismo que estáis haciendo aquí. Esto es mucho peor. Quiero marcharme —le exigí, entonces, volviendo la cabeza—. No necesito ver nada más y no quiero seguir oliendo a carne quemada.
Mis palabras exacerbaron a Heydrich, que me llevó en las siguientes horas al fusilamiento de 12 niños en un mercado y al ahorcamiento de un anciano judío que fue descubierto escondido en un sótano. La araña Reinhard estaba fuera de sí. Finalmente, al contemplar cómo un sacerdote estaba dándole la extremaunción a un hombre en la carretera que acaba de ser asesinado por un SS, Heydrich en persona hizo parar el coche, salió a la carrera y le disparó al cura cinco veces en la cabeza hasta reventársela como una sandía.
—Me estás decepcionando, Otto —me confesó, al volver a su asiento, mientras hacía un gesto al chófer para que prosiguiese—. No esperaba que fuese tan blando alguien racialmente puro como tú, alguien con una sangre tan perfecta como la tuya debería tener unas ideas a la altura de esa sangre.
—¿Por qué dices que tengo la sangre perfecta? —aduje, algo cansado de sus frases crípticas y su retórica de panfleto nazi—. ¿Qué demonios es eso?
—La sangre lo es todo, muchacho ignorante. Las potencias occidentales no saben lo que es el nazismo. Piensan que somos un grupo de tipos vociferantes que marchan al compás del paso de la oca. ¡Pero la sangre es nuestro credo! ¡Eso es lo que somos! —Reinhard parecía fuera de sí y soltaba espumarajos por la boca—. Estamos creando un nuevo mundo para gente como tú, maldito desagradecido. Vamos a eliminar a subrazas enteras, miles o millones de hombres si es preciso para que la lucha por la supervivencia la ganemos nosotros. ¡Los fuertes deben triunfar sobre los débiles!
—Pero, Reinhard...
—¿No has leído a Darwin? Las razas no son iguales, hay grandes diferencias para estimular la selección natural: sólo los mejores sobreviven en el tiempo. Y los mejores somos los arios. Tú no vales lo mismo que un sucio eslavo polaco y no digamos que una infección andante como un judío.
—No creo que Darwin quisiese decir...
—Tú no tienes que creer en nada. ¡Tienes que sentir! Debes sentir la sangre pura y perfecta que corre por tus venas. Eres un camarada racial ario, un Volksgenosse, y eso es lo único que importa.

Heydrich sacó una carpeta de su maleta de piel y me abofeteó con ella hasta en cuatro ocasiones. Yo caí de costado en la limusina y recibí un último impacto cuando me arrojó la carpeta a la cara. Leí el título del informe: LEBENSBORN.

—Es para usted, Obersturmführer-SS Weilern. —Ya no me tuteaba, como si le diese asco estar en mi presencia—. En este libro encontrará cosas importantes de verdad. Pero léala cuando tenga tiempo, tal vez a medias de un paseo por los jardines, o después de la lectura de alguna novelita, o cuando termine de recoger unas flores para hacer un ramo de rosas... alguna de esas actividades delicadas mucho más acordes con sus gustos. ¡No vaya usted bajo ninguna circunstancia a ensuciarse las manos!

Poco después, llegamos de nuevo al complejo Helenow. Me bajé y la puerta del Mercedes de Heydrich se cerró con estrépito desde el interior. El coche se alejó derrapando a toda velocidad. Yo tenía aún la mejilla dolorida, pero estaba satisfecho de haber defraudado a aquel hombre espeluznante, y esperaba haberlo defraudado de forma definitiva. Sólo esperaba que ello provocase que no lo viera nunca más.

Pero no tuve esa suerte.

Los días siguientes se sucedieron monótonos sin demasiados sobresaltos. No había nada que hacer en Helenow y nadie parecía requerirme para ninguna misión especial relacionada con la operación Klugheit. Leí mucho y di largos paseos, siguiendo los irónicos consejos de Heydrich.
Tal vez debería consignar únicamente una visita que tuvo lugar en los últimos días de mi estancia en Polonia, una semana más tarde. Al mediodía nos informaron que vendría a comer con nosotros Hans Frank, el hombre que había de hacerse cargo del gobierno civil de los territorios conquistados.
Se trataba de un tipejo de caminar pomposo, que cayó mal inmediatamente a todo el mundo. No fue, pues, una comida demasiado agradable. Nuestro visitante era un tipo de gestos teatrales al que no gustó demasiado la comida austera habitual en el Estado mayor del ejército sur y que seguramente estaba acostumbrado a mejores manjares junto a otros altos jerarcas de las SS. De hecho, era uno de esos hombres, aunque en apariencia delgados, a los que se nota una tendencia a engordar y a estar estrechos en su uniforme.
—No veo con buenos ojos que escuadras de asesinos campen a sus anchas mientras esté yo aquí al frente del Gobierno General de los territorios ocupados —le anunció el mariscal en un momento dado, sin ni siquiera dignarse a mirar a su invitado.
Hans Frank comprendió que estaba hablándole de los Einsatzgruppen, que a partir de su llegada al servicio quedarían bajo su mando. Yo sabía que en el ejército se detestaba la labor de aquellos animales, aunque lo cierto es que en la propia Wehrmacht hubo hombres que cometieron en la campaña polaca crímenes de guerra. La situación era tensa, pues, pero no irreconciliable. Algunos miembros del ejército, como el comandante Johannes Blaskowitz, denunciarían en el futuro a Hitler las atrocidades de las SS y sólo les valió para caer en desgracia. Tal vez intuyendo cuál era el límite de las quejas que podían hacerse, Rundstedt decidió no elevar una protesta formal ante el Führer sino sólo dejarle a Hans Frank bien claro lo que opinaba de sus métodos.
Y Frank entendió el mensaje. Seguramente para no ahondar en las diferencias entre las SS y el ejército, el nuevo gobernador civil se limitó a decir:
—No se preocupe, mariscal, mientras usted esté al cargo, mis hombres no moverán un dedo.
Como no podía ser de otra manera, al día siguiente llegó la noticia de que Von Rundstedt debía abandonar su cargo al frente del gobierno general de la Polonia ocupada y trasladar el Estado mayor del ejército sur al frente occidental. Allí debería desempeñar una importante labor en el caso amarillo. La invasión de Francia, pensaban todos por entonces, era inminente.
Hans Frank fue nombrado jefe de la administración civil del gobierno general de Polonia el 26 de octubre. Una parte del territorio polaco había sido absorbido por Alemania y el resto quedaría en manos de Frank para que pudiese disponer a su gusto de los judíos y polacos en su territorio. Por eso hablaba antes de limpieza étnica. La idea era que todos los alemanes étnicos se reubicasen en los territorios absorbidos por el Reich, mientras que todos los polacos, judíos y otras razas inferiores se trasladasen al gobierno general de Frank, cuyo objetivo era convertir el nuevo estado satélite en una máquina de mano de obra barata para Hitler y poca cosa más.
Por desgracia, mientras nuestros ciudadanos eran trasladados con relativa comodidad a sus nuevos asentamientos, los no arios que fueron llevados al gobierno general lo hicieron en pleno invierno, sin comida, sin cobijo, sin abrigo, sin perespectivas reales de supervivencia. Muchos murieron de frío sin necesidad de ser encerrados en campos de concentración. Hitler, Himmler, Heydrich y la mayor

parte de los jerarcas consideraron estos reasentamientos como un éxito, ya que la vida de los subhumanos no tenía ningún valor y su muerte una forma de ahorrar dinero a las arcas del estado.
En un discurso que durante aquellos días dio el Führer en el parlamento habló sin vergüenza ninguna de lo bien que se estaba reordenando étnicamente el espacio en el este, de la magnífica labor que estaban realizando las Einsatzgruppen, de lo ejemplar que estaba siendo la administración en Polonia por parte de las SS. En pago a estas extraordinarias tareas, Himmler fue nombrado "Comisario para el fortalecimiento de la raza aria" (RFKDV) y se crearon para disfrute de Heydrich y de sus hombres dos nuevas organizaciones para controlar, por un lado, la inmigración de los alemanes étnicos de regreso a territorio del Reich y, por otro, la emigración forzosa de los elementos indeseables hace al gobierno general que dirigía con mano de hierro Hans Frank.
Precisamente allí, en el gobierno general, es donde seguirían asesinando de forma indiscriminada los Einsatzgruppen al tiempo que se creaban gigantescos guetos como el de Varsovia, lugares donde encerrar a los judíos para que no pudiesen infectar con su veneno racial ni siquiera a los polacos que convivían con ellos en la capital. Muchos de ellos fueron obligados a realizar trabajos forzados para la grandeza del nuevo país que Frank estaba creando, un país que calculaba tenía entre 2 y 3 millones de judíos en sus fronteras. Una cantidad de veneno racial que Frank consideraba que no se podía permitir. Planeaba asesinarlos a todos, pero le preocupaba el gasto de 3 millones de balas para matar a esos 3 millones de judíos. Era muchas balas y el Reich las necesitaba para combatir en el frente de guerra. Esta preocupación por las balas fue constatada en su diario. Pensaba que los judíos llegaban a tal extremo de maldad que querían arruinar el suministro de munición de los buenos soldados alemanes usando su propia muerte como excusa.
Así era Han Frank. Y es que las SS siempre encontraban la manera de hallar a los tipos más enajenados para ponerlos al frente de los puestos clave de su organización.
Yo, por mi parte, me volví también a Alemania antes de finalizar el mes. Me despedí de Manstein y luego pasé el tiempo contemplando las ruinas de aquella bella nación que había sido Polonia o leyendo en los jardines del palacio las novelas bélicas de Beumelburg, que de niño me habían encantado porque exaltaban el compañerismo en la batalla, la camaradería entre valientes alemanes. Las releí con nostalgia, comprendiendo que ya no era un niño, sino un hombre que había descubierto que la guerra, lejos de ser algo a ensalzar en obras de arte, era una completa y absoluta calamidad.
El invento más terrible de la raza humana.
Por desgracia, durante aquellas jornadas melancólicas cometí uno de los mayores errores de mi vida al no prestar atención más que de forma superficial al informe que me diera Heydrich, aquel que rezaba "Lebensborn". Luego de abrirlo la primera noche que lo tuve en mis manos, descubrí que estaba escrito en la típica, farragosa y absurda prosa nazi, llena de retórica acerca de la comunidad racial aria, largas parrafadas sobre biología, antropología, que supuestamente justificaban la superioridad de la raza germano nórdica... ya os podéis imaginar. El tipo de cosas que sólo puede leer un fanático.
En esencia, y más allá de cómo estuviera escrito, el proyecto Lebensborn, que llevaba ya tres años en activo, postulaba que podía conducirse de forma escalonada y constante nuestra raza aria superior, que podía conducirse a la raza hasta el mismísimo Olimpo de las razas (si es que algo así existe) a través de la ingeniería social.
La idea era preñar al mayor número de mujeres, ayudándolas a tener hijos racialmente dignos en casa de acogida; también pretendían arrebatar a los niños racialmente superiores de aquellos padres con

ideas políticas equivocadas en los territorios ocupados, y dárselos luego a buenas familias arias que no podían concebir; y en resumen planificando el nacimiento de todos los niños racialmente dignos para encaminar la evolución de nuestra raza camino del superhombre. Yo creía en la mayor parte de los conceptos que estaba leyendo (al menos en la teoría), pero como siempre, pensaba que las SS lo llevaban todo al extremo y a la enajenación, y no presté demasiada atención luego de las 30 o 40 primeras páginas, sobre todo al comprobar que pasaban de las 500.

Ya he dicho que fue uno de los mayores errores de mi vida. Sobre todo porque tendría que haber por lo menos llegado hasta el capítulo titulado "el fracaso del primer proyecto Lebensborn: 1922". Por desgracia, guardé el informe en mi maleta y no terminaría de leerlo hasta casi cuatro años después. Tuve siempre en mi mano la explicación de quién era yo, de por qué se me había elegido para la operación Klugheit, la razón por la que el Führer me tenía en alta estima y guiaba mi futuro, o de por qué Heydrich decía que mi sangre era la más pura.

Pero, por lo visto, se puede tener la sangre de calidad suprema, ser un ario de primera y al mismo tiempo ser ese perfecto imbécil que guarda la explicación de todos los misterios en un cajón de su piso en Berlín y no vuelve a pensar en ello.

Os hablo, naturalmente, de un perfecto imbécil llamado Otto Weilern.

CONFIDENCIAL

<u>SUCESO: LAS QUEJAS DEL EJÉRCITO SOBRE LAS MATANZAS DE LAS SS</u>

Algunos mandos estaban pensando en quejarse de las matanzas de las SS pero El Caso Blaskowitz hizo que comprendieran que era mejor dejar en paz a Himmler y sus hombres de negro.

<u>LUGAR Y FECHA: NOVIEMBRE 1939 A FEBRERO 1940. EL CASO BLASKOWITZ</u>

El general Johannes Albrecht Blaskowitz se hizo famoso por denunciar durante meses ante Hitler los crímenes de las SS en Polonia (en sus escritos los tilda literalmente de dementes y asesinos psicópatas). Habiendo sucedido a Rundstedt en el gobierno militar de Polonia, fue cesado finalmente. En el resto de la guerra, aunque se le dieron diferentes mandos, nunca ascendió al grado de Mariscal de Campo y sus méritos no fueron del todo reconocidos porque el Führer creía que era un blando.

<u>CONSECUENCIAS: MISTERIOSA MUERTE</u>

Tras la caída del Tercer Reich, mientras esperaba juicio en Nuremberg, Johannes Blaskowitz murió en extrañas circunstancias (defenestrado). Siempre se ha rumoreado que fue asesinado por antiguos SS, aunque jamás se ha podido probar.

XII

Durante los primeros días de noviembre de 1939 hubo diversas reuniones entre altos mandos militares sobre la conveniencia o no de asesinar a Hitler. Algunos, como Walther von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército de tierra, se inclinaban por detenerle y sólo asesinarle si lo primero fracasaba. Von Brauchitsch no olvidaba que su predecesor acababa de provocar su propio suicidio en el frente polaco para lavar su honor. Tampoco olvidaba que Hitler y Heydrich habían provocado su caída cuando las acusaciones de homosexualidad eran de risa. Pero algunos les creyeron y un hombre de la altura de Von Fritsch ahora estaba bajo tierra. El recuerdo de aquella injusticia le ponía los pelos de punta.

Además, la decisión de atacar occidente y sobre todo, hacerlo tan pronto, cuando la Wehrmacht no estaba en modo alguno preparada para una proeza semejante y apenas se recuperaba de las bajas del enfretamiento en Polonia, había convencido a muchos de la necesidad de hacer algo con Hitler de una maldita vez. Von Brauchitsch en persona había acudido a la cancillería a intentar convencer al Führer, pero había sido una reunión desastrosa, en la que sólo consiguió que se le gritase, se le acusase de cobardía y de no querer luchar, y que finalmente Hitler se marchara de la habitación dando un portazo y olvidándose de la presencia de Walther en su despacho. A Hitler no le importaba el mal tiempo, ni la falta de preparación o de disciplina mostrada por algunas tropas en la campaña de Polonia, o que no les quedaran suministros: balas, gasolina, pólvora, tanques y aviones en buen estado... Ninguna objeción le parecía importante. Estaba decidido a cometer la decisión militar más desacertada de todos los tiempos, pensaba Von Brauchitsch. Por esa razón el Führer debía ser detenido o... ejecutado.

Pero los días pasaban y nadie se ponía de acuerdo en quién debía poner fin a la vida de Hitler ni de cómo. En el cuartel de Zossen se reunieron varios de los conjurados, entre ellos el propio Von Brauchitsch, y todos estuvieron de acuerdo en que, cuando menos, había que evitar a toda costa que el caso amarillo, la invasión de Francia, se llevase a cabo. Demasiadas dudas y puntos de vista divergentes hicieron imposible acordar nada más por el momento.

Hitler, por su parte, tenía claro que el caso amarillo debía llevarse a cabo de forma inmediata. Las dudas de sus jefes militares le exasperaban y, además, tenía cosas más importantes en las que pensar: aquella semana habían regresado los demonios de la mente. Hitler pudo oírlos lucubrando, susurrándole pequeñas frases al oído, palabras casi inaudibles que él fingía no escuchar. El doctor Morell le había dado unos polvos que alejaban a los demonios, pero también le provocaban un extraño sopor e indolencia que detestaba. Así que hacia tiempo que no tomaba su medicación.

Otto Weilern te salvará la vida tres veces. El primer hijo de Lebensborn será quién te proteja llegada la hora decisiva —repetían una y otra vez los malditos demonios de la mente.

El día 8 de noviembre, el Führer caminaba por la calle rodeado de brazos en alto, entrechocar de talones y toda la fanfarria de músicos y banderas nazis. Se hallaba justamente en la entrada de la Bürgerbräukeller, la cervecería en Munich donde todo había comenzado. Allí se había fraguado el famoso Putsch de 1923. Aquella había sido la primera vez que Hitler había intentado acceder a la jefatura del Estado, aunque no de una forma democrática sino a través de un golpe militar. Durante aquella intentona Goering había sufrido la herida en la pierna que le provocó la adicción a la morfina que marcaría su vida. El Hermann Goering obeso, amante de los placeres, ampuloso y teatral, hiper activo y probablemente algo trastornado, era hijo del consumo de aquella maldita droga. Pero Hitler,

en ese momento, no pensaba en su sucesor sino en los demonios que continuaban percutiendo su mente, una y otra vez, con la insistencia del condenado.

Otto Weilern, tienes que ir a ver a Otto Weilern. El primer nacido. El primer nacido de la nueva raza superior. Sólo él puede salvarte.

Llevaban días con la misma cantinela. Adolf no quería tomarse los polvos del doctor, no quería perder facultades justo en aquellos meses decisivos para el destino de Europa. La solución a aquel dilema entre su cordura y sus obligaciones se la dio Himmler, que le preguntó si quería conocer a Otto Weilern. Entre ambos acordaron que se entrevistaría con él en Nuremberg, después de su discurso en la cervecería. Precisamente lo vería en menos de una hora.

Miró su reloj: las 20.17. Hitler sonrió, pensando que la cercanía de ese momento calmaría a los demonios y se subió a la tarima que le habían preparado; hizo un corto pero breve discurso, al menos breve para él, que solía encandilar a las masas durante mucho más tiempo con sus aspavientos y su voz ronca y desafiante. Como siempre, al menos en los últimos días, habló del Reino Unido, que negaba a la vieja Europa la tan anhelada paz, que le obligaba a hacer la guerra, a él que era el paladín de las buenas causas y no había hecho nada malo en este mundo. Debería haber hablado hasta las 21. 30 pero Hitler acortó su discurso y bajó precipitadamente del escenario, pretextando ante los jerarcas nazis que la niebla se había levantado y para volver a Berlín debería utilizar el tren en lugar del avión, con la pérdida de horas de su valioso tiempo que ello significaba. Pero esa no fue la verdadera razón. Los demonios no se callaban. Los demonios no dejaban de gritar, una y otra vez, sin descanso:

Sal corriendo y marcha a ver a Otto Weilern, marcha ya a ver a Otto Weilern, marcha ya a ver a Otto Weilern. Marcha y no pierdas tiempo. Termina de hablar, maldito imbécil. Marcha ahora mismo a ver a Otto Weilern.

Algo en el rostro de Himmler, además, le había llamado la atención cuando le sugirió la idea de reunirse con Otto Weilern en Nuremberg. Por un momento, Himmler le había parecido uno de aquellos demonios, siempre susurrando cosas al oído, siempre lucubrando.

—Podría acabar su discurso un poco antes y así tendría tiempo de sobra de conocer al camarada Weilern antes de regresar a la Cancillería —le había murmurado el comandante en jefe de las SS, con una voz indistinguible de la de uno de esos malditos que habitaban en su cerebro.

Así que el Führer, pálido, comenzó a estrechar manos mientras se dirigía trastabillando hacia la salida. Por su frente corrían varias gotas de sudor y estuvo por un momento a punto de echarse a llorar. Los demonios gritaban justo en ese momento:

Largo. Corre. Cruza la calle. Coge el coche y ve al encuentro de Otto Weilern.

Cinco minutos después Adolf Hitler llegaba por fin a la calle Rosenheimer, todavía estrechando manos y saludando a la turba. Le rodeaban una multitud de admiradores, de mujeres que gritaban, de ancianos tullidos con condecoraciones, de niños de las juventudes hitlerianas y dulces niñitas de rubios cabellos de la liga de muchachas alemanas. Todo el mundo amaba a Hitler porque había despertado el orgullo de los alemanes, porque había devuelto a la patria buena parte de los territorios que perdiera en la Primera Guerra Mundial, porque se había reído a la cara de las potencias occidentales y porque les había conducido a una guerra gloriosa en la que derrotarían al mundo entero si era preciso. Eso creían todas aquellas gentes y por eso gritaban el nombre de su guía, de su líder y coreaban el Heil Hitler con la mano levantada, aullando hasta desgañitarse… pero su Führer no podía oírlos, porque unas voces todavía más fuertes chillaban dentro de su cabeza:

Todavía más lejos, aléjate un poco más, sólo un poco más. Coge el coche y márchate de ahí, hazlo ya.

Entró en su Mercedes casi a la carrera y le espetó a Kempka, su chófer:

—¡Salgamos de aquí de una maldita vez!

Hitler reflexionaba algo más tarde acerca de si se habría vuelto loco (o un poco más loco). ¿Eran los demonios una prueba de que no estaba en sus cabales? ¿O era un instrumento de los hados, una suerte de espírirus germánicos que pretendían ayudarle en su labor de futuro caudillo de toda la humanidad? Pensó en ello taciturno durante un buen rato, mientras, ya en el tren, avanzaba de estación en estación camino de Nuremberg. Su secretaria lo notó decaído y no fue capaz de sacarle ni una palabra. Pero, de pronto, todo cobró sentido y el Führer comprendió hasta que punto el destino creía en el y estaba dispuesto a retorcer la realidad para que siguiera al frente del Tercer Reich y marcara así el destino de Europa. Lo supo cuando de pronto uno de los demonios dijo, con voz queda, mucho más tranquila: Ya llegamos a Nuremberg. Aquí estarás bien. Ya no corres peligro y pronto conocerás a Otto Weilern. Has hecho bien escuchando nuestros consejos.

En ese momento, el tren comenzó a detenerse, Goering vino desde el compartimento de al lado, le tomó del brazo para decirle al oído:

—Acabo de saberlo. Ha habido un atentado. La cervecería Bürgerbräukeller ha estallado por los aires. Al menos ocho muertos. Decenas de heridos.

—¿Cómo? —se revolvió Hitler, abriendo los ojos como platos.

—Suerte que ha salido antes de tiempo de la cervecería. ¡Han intentado matarlo, mi Führer!

4

UN ATENTADO Y SUS CONSECUENCIAS
(1939, 10 noviembre al 31 de diciembre)
(1940, 1 al 14 de enero)

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Conocí a Hitler de una forma algo atípica. Acababa de producirse el atentado en la Bürgerbräukeller y miembros de su guardia personal Leibstandarte SS corrían de un lado a otro de la estación de tren gritándose órdenes y provocando en todos un estado de tensión y de alarma todavía mayor que el que nos había causado conocer la noticia minutos atrás. El Führer descendió del tren y departió con varios de sus oficiales. Luego vino a mi encuentro y me ordenó, sencillamente:

—Acompáñeme, señor Weilern.

Yo obedecí, por supuesto. Me sumé a la enorme comitiva de miembros de su estado mayor, ayudantes, sus secretarias y ayudantes de ayudantes, que le acompañaban. En el tren, de regreso a Munich, estuve sentado varias filas por detrás de Hitler y no hable con nadie, ni siquiera con mis acompañantes, unos oficiale de la Marina a los que no conocía y que estaban pálidos. Les oí conversar entre sí acerca de quién podría estar detrás de lo sucedido. Pero pronto dejaron de hacerlo. Yo vestía de paisano porque cada vez detestaba más mi indumentaria SS y acaso pensaron que podría ser miembro de la Gestapo. En aquel tiempo cualquier desconocido podía ser miembro de la policía secreta y no era aconsejable para la salud hablar en presencia de extraños más de la cuenta. Nunca lo es.

En cualquier caso, yo no estaba preocupado por ellos ni por sus miedos. Me limitaba a hacer cábalas sobre si nos dirigíamos a la zona donde se había producido el atentado para visitarla, hacer las fotos de rigor y que el Führer denunciase algún tipo de conjura externa o interna que intentaba destruir el tercer Reich. Pero aunque esto sucedió, fue más tarde y yo no estuve presente. Antes de acudir de nuevo a la cervecería, Hitler tenía pensado hacer una parada en una clínica del centro. Así que allí nos dirigimos en coche oficial.

—El joven Obersturmführer-SS Weilern y yo estaremos solos en la habitación con la señorita inglesa — dispuso el Führer, señalando en dirección a una puerta de la primera planta de la clínica. Y añadió, a modo de explicación—: Otto es amigo de la familia. Yo acababa de llegar subiendo las escaleras a buen ritmo y estaba casi sin resuello. Como fuera que no podía llevar la contraria al Canciller del Reich, afirmé en tono despreocupado:

—Mi novia también es inglesa.

Goering y otros jerarcas me observaban con detenimiento, como si de pronto hubiesen reparado en que estaba en el mismo planeta que ellos. Yo no entendía nada de lo que estaba sucediendo pero me limité a seguir la dirección de la mano del Führer y entré en la sala, dejando sin duda a muchos preguntándose quién diantres era yo y qué relación tendría mi novia con la enferma.

—Se llama Unity Mitford —me reveló entonces el Führer, que acababa de entrar detrás de mí y cerrado la puerta.

Acto seguido se acercó hasta una muchacha y la tomó de la mano. Ella no hizo el menor gesto. Se trataba de una mujer hermosa, rubia de pelo ondulado, que yacía sentada inmóvil en el lecho mirando a la pared con total indiferencia. No parecía importarle mi presencia ni la del caudillo vencedor en la guerra de Polonia.

—Quería despedirme de ella —me explicó el Führer—. Quiero decir que... —Hizo una pausa. Cerró los ojos— ...cuando me he dado cuenta de que he estado cerca de la muerte, mi primer pensamiento ha sido el de despedirme de Unity.

Yo no estaba demasiado al caso de la vida privada del Führer y no sabía ni siquiera quién era aquella muchacha. Más tarde, de vuelta a casa, miraría viejos periódicos y revistas de propaganda nazi como la Völkischer Beobachter y encontraría alguna información, aunque muy escasa, acerca de aquella mujer, que pasaba por ser una de las muchas amigas de nuestro Führer. La impresión que pretendía dar el diario era que Unity, como tantas otras, era una mujer que Hitler podría tomar como compañera si quisiera pero que dejaba de lado porque Alemania era su única prioridad. Yo, por entonces, no sabía quién era Eva Braun. Nadie la conocía.

—Un placer verla de nuevo, Lady Mitford —le susurraba al vegetal en ese momento Hitler, mientras acariciaba su rostro. La muchacha pareció despertar a la vida por un instante, y se volvió, mirando fijamente a Hitler. Luego sus ojos se entelaron y volvió a girar la cabeza en dirección a la pared que había a mi derecha.

Estuve a punto de preguntar qué le sucedía a la mujer. Pero el asunto no era cosa mía y bueno, después de todo, estaba en presencia del Führer y no quería meter la pata o decir algo inadecuado. Era evidente que aquella dama le importaba mucho y que estaba gravemente enferma. Por lo tanto, dado que era la solución más fácil, seguí callado y a la espera de acontecimientos.

—Tu familia ha cursado una petición para que seas conducida lejos de Alemania para proseguir tu recuperación, querida mía —le explicaba en ese instante Hitler a la muchacha—. En breve, el doctor dará permiso para el traslado. Tal vez no volvamos a vernos pero yo... yo siempre pensaré en ti.

Hitler continuó unos momentos más hablando en voz alta y luego susurró unas últimas frases al oído de la joven. Le prometió que sí, que volverían a verse; que el día que la fuesen a trasladar vendría a visitarla. Tal vez el Führer esperara una nueva reacción de Unity. Pero no sucedió nada. Finalmente, Hitler la besó en los labios y suspiró.

Luego de secarse los ojos con un pañuelo, el Führer me habló:

—Esta visita personal a Lady Mitford, aunque deseada, sólo ha sido una excusa, la oportunidad perfecta de tener un poco de intimidad con usted. Quería pasar un momento a su lado, señor Weilern, para darle las gracias —me reveló Hitler, abandonando una silla que había junto al lecho y viniendo a mi encuentro con paso cansino, muy diferente a su habitual gesto enérgico e incluso hiperactivo de costumbre.

—¿Las gracias, mi Führer?, ¿por qué habría de darlas?

—Por salvarme la vida, por supuesto.

Aquella afirmación me dejó un tanto descolocado. De nuevo me quedé en silencio, sin saber qué decir. Finalmente, tras unos segundos incómodos en que el Führer se me acercó todavía un poco más, conseguir balbucir:

—No, no, no le entiendo, mi Führer.

—No sea modesto, no lo sea por favor. Los demonios me lo dijeron.

—¿Los demonios?

Es terrible descubrir que el líder de tu país no está en su sano juicio.

—No son sólo los demonios —objetó Hitler, bajando la cabeza como si hubiese revelado algo sin querer que no deseaba hacer público—. Sé que Heydrich le entregó el informe "Lebensborn". Usted es el futuro de Alemania y ahora lo sabe.

Aquel farragoso informe seguía en un cajón de un armario, olvidado desde hacía al menos dos semanas. Yo intenté reflexionar acerca de lo poco que había leído y relacioné las extrañas palabras de Hitler con las de Heydrich, días atrás, cuando me dijo que mi "sangre era perfecta". Creí entender que se refería a la idea subyacente en el proyecto Lebensborn, es decir, la de extender nuestra raza superior a partir del ingeniería social. Los nazis estaban convencidos que podían ayudar a los mejores de entre los arios a tener una gran descendencia que poblase el mundo entero, y a través de Lebensborn conducir a las madres alemanas a tener muchos hijos, adoptar a los niños arios de familias extranjeras en los territorios ocupados, de hacerse cargo de los niños que no podrían cuidar madres solteras o sin recursos (o no lo bastante arias) y a conducir en suma a nuestra raza hacia poblar el espacio vital que necesitaba el Reich, que era en esencia el planeta tierra. Yo, de alguna forma, intuí, era un ejemplo, como muchos otros, de esos nuevos jóvenes alemanes que un día dominarían el mundo. Por eso me habían elegido para la operación Klugheit. Era, como todos los jóvenes arios sanos y fuertes y racialmente dignos, el futuro de la Patria, como bien había dicho el Führer.

—Todos los jóvenes somos el futuro de Alemania —sentencié, un poco por seguirle el juego parafraseándole. Así seguro que acertaba en mi respuesta, hubiese comprendido o no el significado de sus palabras.

Entonces se produjo algo todavía más sorprendente. Yo, como todo el mundo, sabía que Hitler odiaba el contacto físico y que sólo en muy raras ocasiones, sobre todo con mujeres o animales, tocaba a ningún ser vivo. Pero entonces me cogió de la mano y más que estrecharla me la acarició, para apretármela luego con fuerza en un gesto de cariño y confianza.

—Sigues siendo demasiado modesto. Está bien. Lo acepto. Pero sólo mientras no olvides que llegará un día en que has de dejar de serlo.

—Sí, sí claro —murmuré, de nuevo completamente descolocado por el giro de los acontecimientos.

Entonces alguien llamó a la puerta suavemente. Como no obtuvo respuesta volvió a hacerlo con más insistencia. Hitler dejó libre mi mano y se volvió:

—¡Entre!

Goering asomó la cabeza. En persona, el mariscal del aire era todavía más gordo de lo que parecía en las fotos. Realmente, era un hombre bastante repulsivo, lo que hacía aún más incomprensible su actitud arrogante y su vestimenta ostentosamente ridícula de trajes blancos y raros aderezos a juego, como si pensase que era un hombre apuesto y a la moda.

—Perdone que le moleste, mi Führer —informó Goering, con voz meliflua—, pero ha sucedido algo muy importante.

—¿Y bien? —inquirió el Führer cruzando los brazos detrás de la espalda y tamborileando los dedos sobre sus palmas con gesto nervioso.

—Hemos detenido al autor del atentado. Se llama Georg Elser.

XIII

Georg Elser era un carpintero de tan sólo 36 años. Un hombre cualquiera, uno de tantos alemanes enfrentados a una guerra que pocos entendían pero que comenzaban a desear gracias a las consignas que día y noche aullaba Goebbels, el ministro de propaganda, en sus discursos radiofónicos. Pero Georg no escuchaba la radio; Georg no leía periódicos; Georg no era nacionalsocialista. De joven había sido comunista e incluso se había afiliado al partido, pero ahora ni siquiera se sentía de izquierdas. Sencillamente, pensaba que todos los políticos eran unos mentirosos y que buscan el poder no para servir al pueblo sino para explotarlo a su conveniencia. Según fue avanzando la década de los años 30, ese tipo de pensamientos que albergaba le fueron distanciando de sus conciudadanos.

La población, poco a poco, había ido adquiriendo los usos y costumbres de los nazis, incluyendo el mal llamado saludo alemán, ese horrible graznido de "Heil Hitler" que se acompañaba con el brazo derecho en alto y la mirada perdida del idiota. Desde 1938, casi todos sus vecinos y la práctica totalidad de cuantos habían sido sus amigos, se paseaba en por la calle vitoreando a las bandas de música, gritando eslóganes arios, ondeando banderas y quitándose respetuosamente el sombrero cuando al final de toda aquella pantomima se entonaba el himno nazi de Horst Wessel. Sólo Georg se daba cuenta de que las muestras externas de devoción que se exigían a los buenos alemanes eran una forma de integrarlos en un todo donde quedaban diluidos; sólo él parecía darse cuenta de que cada ciudadano que abrazaba el nazismo desaparecía engullido en un abismo racial de odios y dejaba de ser un individuo.

Poco a poco se fue aislando de su comunidad. Al tiempo que la sociedad alemana cada vez era más fuerte y cohesionada, Georg se sentía más alejado de ese ideal común, de ese "entre nosotros" que proclamaba el partido.

Al principio, aceptó su destino. Llegó a creer que su personalidad era esa, la de un tipo solitario, con pocos amigos, uno de esos a los que no le gustan los demás: un misántropo. Recordaba con nostalgia cuando, siendo muy joven, jugaba en las calles con sus compañeros de clase y el mundo parecía tener algún sentido. Pero ahora no lo tenía, y si él era la excepción, el bicho raro que no comprendía lo que diantre estaba pasándole a la sociedad cuando el resto parecían tan felices, por fuerza debía ser Georg quien se equivocaba.

Pero un día dejó de pensarlo. Fue el día que estalló la guerra contra Polonia. Georg, como siempre fue capaz de ver más allá que sus conciudadanos. Vio la pobreza que asolaría a Alemania, vio la subida de precios, la carestía, el racionamiento, los esfuerzos bélicos y los sacrificios al pueblo que demandarían los altos dirigentes nazis. Soñó que sus conciudadanos, todavía dubitativos ante el gran conflicto bélico que se avecinaba, acabarían por entregarse a Hitler en cuerpo y alma como ya lo habían hecho en otras ocasiones, que lucharían por él hasta la muerte, hasta la extenuación, hasta la destrucción de todo y de todos; soñó que pasarían hambre ellos mismos y se la harían pasar a sus hijos a causa de aquel maldito enano de bigote ridículo y su camarilla de fanáticos.

Fue entonces cuando decidió asesinarlo. Por él, por los demás, por Alemania y por el mundo. Exactamente en este orden.

Georg podía ser un hombre solitario y aislado de sus iguales, pero no era ningún imbécil. Una vez decidió que debía matar al Führer, pensó que lo mejor era matar al mismo tiempo a cuantos jerarcas

nacionalsocialistas le fuese posible. Pensaba, no sin razón, que si los más radicales caían en su atentado, tal vez la cúpula del ejército, aliada con algunos hombres clave del partido, dirigirían Alemania hacia una transición democrática. Al menos, ése era su sueño. Y para que se cumpliera estudió durante meses cómo hacer una bomba y, en particular, la manera de mejorar un mecanismo de relojería de su invención. Más tarde cogió un trabajo en una cantera cercana y fue un trabajador modélico hasta que se ganó la confianza de sus jefes y pudo robar la dinamita que necesitaba. Al día siguiente, dejó su trabajo y se trasladó a Munich, donde tenía pensado realizar el atentado.

Había decidido matar a Hitler en aquella ciudad porque cada año se reunían en la cervecería Bürgerbräukeller tanto el Führer como varios de sus más allegados colaboradores para celebrar aquel primer intento de golpe de Estado en 1923, que había partido de aquella cervecería antes de fracasar estrepitosamente y dar con toda la camarilla nazi con sus huesos en la cárcel. Por desgracia, salieron pronto y fueron ganando adhesiones y votos hasta alcanzar el poder. Y ese tremendo error del pueblo alemán conducía inexorable hasta la situación presente, en que el país estaba al borde de un abismo que sólo él era capaz de distinguir entre la bruma de cánticos arios y brazos en alto.

Georg estudió el local, descubrió la forma de entrar a hurtadillas sin que le viesen cuando estaba cerrado, eligió una columna que estaba ligeramente desconchada y comprobó que sería fácil hacer un poco más grande el agujero y colocar la carga explosiva. Entretanto, había hecho pruebas de su habilidad como terrorista haciendo estallar varios artefactos en un terreno de propiedad familiar e ideando nuevos y más perfeccionados mecanismos de relojería. Georg en un hombre concienzudo.

Dos días antes del discurso de Hitler en la cervecería, entró subrepticiamente, como era su costumbre, ensanchó el agujero de la columna, depositó la carga explosiva y volvió a taparlo de forma tan perfecta que nadie hubiera sido capaz de reconocer a simple vista que aquella columna era diferente de las demás. Se pasó las 36 horas siguientes vigilando el local, comprobando que nadie veía nada extraño en la columna y mirando como los ciudadanos de Munich se preparaban entre sonrisas de felicidad para la llegada de su Führer. Finalmente, se puso un sencillo traje oscuro, se peinó con cuidado y tomó rumbo a Suiza, donde pensaba exiliarse de por vida. No era tan tonto como para pensar que sus actos no serían castigados y no tenía la menor intención de quedarse a esperar el momento en que la policía diese con el.

Hasta ese momento Georg Elser había elaborado un plan sencillo y brillante, había desarrollado todos sus pasos con notable habilidad y resolución, y además había contado con la suerte, algo decisivo en cualquier plan o atentado terrorista. Había tenido suerte de que nadie hubiese echado en falta los explosivos, había tenido la suerte de que nadie le hubiera visto entrar y salir a voluntad de la cervecería, había tenido la suerte de que en los más de 45 minutos que tardó en abrir la columna, colocar el explosivo y volverla a cerrar, nadie notase su presencia. Había tenido muchas veces mucha suerte pero, en el último momento, cuando estaba a las puertas de llegar a Suiza, la suerte se le terminó.

Mientras intentaba cruzar al otro lado de la frontera, muy cerca del puesto de aduanas de Constanza, Georg fue capturado.

El policía de fronteras que tuvo el honor de atrapar a un hombre que no tardaría en hacerse famoso, hacía su ronda cuando advirtió que un tipo de aspecto sospechoso, pálido y repeinado, se acercaba a hurtadillas a un bar para intentar escuchar la radio. Le extrañó que un ciudadano alemán que no tuviera nada que ocultar se acercase sigiloso para algo tan inofensivo como es el escuchar las noticias o un discurso de Goebbels. En realidad, Georg intentaba conocer si su atentado había tenido

éxito antes de pasar al otro lado, porque sabía que en Suiza, aunque sin duda se hablaría de lo sucedido en Alemania, la información no sería tan exhaustiva como en la patria del Führer. Ese momento de curiosidad, ese estúpido lapsus de vanidad, le costaría a Georg la libertad y finalmente la vida. El policía le detuvo, encontró su vieja insignia comunista y una postal de la cervecería Bürgerbräukeller. Georg había sido tan estúpido como para hacer una cruz en la foto justo en el lugar donde estaba la columna donde había puesto el explosivo. Aún estaba el policía intentando darle un sentido a las pocas posesiones de su detenido cuando en la radio llegó la noticia del atentado contra Hitler. Incluso un policía corto de entenderas como aquel no tardó mucho en sumar dos más dos y en llamar a sus superiores.

Mientras en Munich se contaban los muertos y los heridos, la Gestapo de Himmler se encargó de interrogar con los métodos más expeditivos a Georg Elser, que no tardó en confesar y en dar hasta los más pequeños detalles de su intento de matar a Hitler y a la cúpula del partido nazi. Poco después fue conducido a Sachsenhausen, un campo de concentración situado cerca de Brandeburgo, y donde Georg, en contra de lo esperado y de lo que él mismo se temía, no vivió un infierno ni fue asesinado inmediatamente. Por el contrario, se unieron dos celdas individuales para que él pudiese tener más espacio que el resto de los presos y allí se le dejó montar un taller de carpintería, pues de todas las profesiones que había desempeñado durante su vida, la de carpintero era su preferida.

Pero Georg no sobrevivió a la Segunda Guerra Mundial. El propio Himmler, cuando el régimen naz agonizaba en abril de 1945, dio la orden de matar a Elser de una de las muchas formas imaginativas e imposturas que tenían lugar habitualmente por aquel tiempo. Durante un bombardeo, mientras los aviones rusos sobrevolaban el campo de concentración y las explosiones levantaban cortinas de tierra y fragmentos de roca caliza, un guardia llevó a Georg fuera de su celda y lo mató a golpes. Luego le echó encima un montón de cascotes de un muro derrumbado en las cercanías.

En el diario de la prisión se consignó: "fallecido durante un ataque aéreo".

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)
[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Regresé a Berlín tras despedirme de Hitler, todavía sorprendido por la forma en que el Führer me había tratado: tanta confianza en mí, tan familiaridad eran inexplicables. Nada de cuánto me había sucedido en los últimos meses podía explicarse desde la razón y a la lógica. Como tampoco parecía atenerse a lógica alguna la siguiente misión que hube de cumplir en el marco de la operación Klugheit.

Justo al día siguiente del atentado, se me ordenó ir hasta la localidad holandesa de Venlo y pasar un fin de semana romántico. A esas alturas, Heydrich y la SD sabían perfectamente de mi relación con Mildred Gillars y habían decidido sacarle partido a fin de que pasase desapercibido como un turista más sin otro objetivo en la vida que el pasarlo bien con una bella muchacha. Por mi parte, ya nunca ponía reparos a nada de lo que me encomendaban, y aún menos a una escapada con mi novia, decisión que aunque no entendía juzgué de lo más acertada. Así que hicimos las maletas y nos marchamos con nuestros pasaportes en dirección a Holanda. Allí fuimos de compras, dimos unos hermosos paseos mientras yo me preguntaba cuál sería la naturaleza de mi misión. En un determinado momento, comenzó a darme igual y me entregué a aquel breve descanso de mis actividades habituales de forma ingenua y despreocupada, como si realmente estuviera de vacaciones. A nivel personal, me sentía por entonces un tanto turbado. Comenzaba a sentirme distanciado de las SS, de muchos de los sentimientos patrióticos arios que hasta el momento habían sustentado mi personalidad y mi vida entera. Le expliqué a Mildred lo que pasaba por mi cabeza, los crímenes que había visto, toda la miseria de la guerra, tantas cosas que no entendía y que acaso se sucedían demasiado rápido para que un niño de 17 años las encajase. Pero Mildred, después de escucharme larga y pacientemente, con la mirada de preocupación incondicional de una madre, me explicó:

—Otto, cariño, no le des más vueltas. Tienes la inmensa suerte de haber nacido alemán. Y todavía una suerte mayor por haber nacido en la época en la que vive Adolf Hitler. Es un hombre maravilloso que va a conducir a tu pueblo a las más altas cotas. Naturalmente, la guerra produce situaciones espantosas de las que sacan provecho hombres malvados, como Heydrich, pero incluso ellos son necesarios porque sirven de punta de lanza para la consecución de ese mañana brillante y maravilloso con el que sueña nuestro Führer.

Mildred era una nazi convencida y sentía verdadera adoración por Hitler, como la mayor parte de las mujeres alemanas, que lo tenían en un pedestal y, como es bien sabido, a menudo gritaban el nombre del Führer durante el orgasmo o en el momento de dar a la luz a un dulce y sonrosado bebé ario.

Seguí hablando con mi novia durante un buen rato y a cada duda que yo expresaba ella me respondía con eslóganes del partido, con la idea de comunidad del pueblo, de una Alemania unida y racialmente pura, indestructible y eterna.

—Mira la pobreza que sufría el pueblo antes de la llegada del Führer y como la economía se ha transformado y la carestía de la República de Weimar ha quedado atrás. Berlín es una ciudad maravillosa, la capital de Europa, y ahora las naciones occidentales, al igual que Polonia, van a saber hasta dónde puede llegar nuestro Reich de los 1000 años.

Una parte de mí sabía que Mildred estaba intoxicada por las constantes consignas de la radio, a la que estaba enganchada y con la que pasaba horas y horas muertas ahora que estaba sin trabajo. También sabía que ella no era aria, por lo que la mayor parte de las cosas que decía carecían de sentido, especialmente cuando utilizaba la palabra “nosotros" refiriéndose al pueblo alemán. Ella no formaba parte de la comunidad del pueblo, ella no era uno de "nosotros". Los británicos compartían sangre con los arios, y en realidad, varias de las subrazas germano nórdicas abundaban en Inglaterra e Irlanda. Mildred Gillars se llamaba en realidad Elizabeth Sisk (se había cambiado el nombre por razones artísticas) y en tanto Sisk era un apellido originario de Irlanda, ella soñaba con el día que pudiese probar que formaba parte del raza superior. Creía que era de la subraza Brünn, propia de islas, o incluso de la Halstatt, la más pura de todas. Subraza, por cierto, a la que yo pertenezco.
Pero su familia, luego de emigrar desde Irlanda (si es que eran de allí, porque el el hecho es que no lo sabía con seguridad) se había mezclado en sucesivas generaciones con otros inmigrantes polacos, italianos, etc. Lo típico en Estados Unidos. Yo no quería desanimarla haciéndole ver que para los nazis una sangre mezclada valía menos que nada.
En cualquier caso, ella era una yanqui que se teñía de rubio, que no estuvo en Alemania durante la República y no tenía ni idea de cómo se vivía entonces; además, no tenía oficialmente unos ancestros arios, ni podía mostrar una cartilla racial como la mía. Ella no pertenecía a un Sippe o antiguo clan germánico, sólo era alguien completamente equivocado y completamente confuso. Pero el amor es una droga terrible, una forma de engaño y de autoengaño diabólica que nos hace imposible distinguir la realidad de la más zafia de las fantasías. Yo amaba a Mildred de una forma visceral y adolescente, por lo que estaba dispuesto a creerla y a dejar que mis dudas desapareciesen bajo el influjo y la magia de sus besos.
Y eso a pesar de que yo sabía mucho más que ella de los conceptos vertebradores del nacionalsocialismo. Podría haber encontrado una forma de luchar contra mis dudas, porque en realidad dudar iba en contra de mis creencias y de cuanto me habían enseñado los maestros en la escuela. Yo sabía de sobras que mi empatía hacia los pobres seres que había contemplado masacrar y quemar vivos por los Einsatzgruppen en Polonia era una debilidad, y que cualquier otro sentimiento caritativo se consideraba también una debilidad. Tal vez por eso Heydrich me había abofeteado con el informe "Lebensborn". No entendía que un ario sintiese lástima por la muerte de unos judíos, polacos o gitanos. No era un pensamiento propio de un buen alemán, de camarada racial germano nórdico.
—Tal vez tengas razón —repuse, al cabo de un rato de mudas cavilaciones, mientras paseábamos cogidos de la mano por una calle concurrida—. Tal vez deba ser más fuerte y pensar en el futuro de la patria y de la raza.
Y Mildred me besó de nuevo con sus labios rojos como la sangre... o como la esvástica de un brazalete nazi.
Al cabo de unos minutos mis dudas habían desaparecido, me sentía de nuevo orgulloso de ser un miembro leal de las SS, y orgulloso incluso del inmenso honor de tener una relación personal con el Führer y llamarle a menudo con la información recabada durante mis misiones. Todavía de la mano, escuché cómo Mildred me explicaba su época de modelo en Francia, de cómo intentó abrirse paso sin éxito en aquella sociedad elitista francesa, de cómo iba y venía de Nueva York intentando buscar su sitio de un lado a otro del Atlántico. Pero ni su carrera teatral, ni la de modelo despegaron jamás. Mildred guardaba rencor a mucha gente, y utilizaba palabras propias de la jerga nacionalsocialista

que oía en la radio, como "plutocracias" refiriéndose a Inglaterra y sus aliados, y había recubierto sus recuerdos e insatisfacciones de una pátina de nazismo que las justificaba. Como si todas aquellas personas que jamás le dieron una oportunidad, lo hubieran hecho por intuían que un día ella sería una nazi famosa.

—Porque yo sé que en Berlín voy a tener nuevas oportunidades. He llegado muy lejos y aún puedo hacerlo mucho más. Me esperan grandes cosas. Lo siento aquí, en mi barriga.

Mildred se señalaba a menudo el vientre como una forma de reforzar sus sueños e acaso su feminidad. El vientre de la mujer era un punto central en el día a día de la Alemania nazi. Las mujeres estaban muy orgullosas de su capacidad para tener hijos y constantemente, desde todos los medios de comunicación, se las exhortaba a tener más y más descendencia. Tanto era así que una mujer podía perfectamente pedir a un desconocido por la calle que la ayudase durante un momento a llevar su carrito de bebé: "ya hice mi servicio para el país." Podía decirte perfectamente esa mujer señalándose su vientre, seguramente abultado por un nuevo retoño en camino. Y entonces te sentías obligado a causa de la fuerza de la comunidad del pueblo, que nos hacía un solo ser, a echarle una mano en lo que necesitase, a llevarle las bolsas de la compra y a acompañarla hasta la puerta de su casa. Era una madre de maravillosos niños arios que un día poblarían el mundo conquistado por Hitler. Lo más curioso es que la ayudabas de buena gana porque nos sentíamos parte de un todo singular, de una experiencia maravillosa que iba a conducirnos a ese mañana de ensueño que nos prometía Goebbels en sus discursos.

Mildred, por su parte, era ya un poco mayor para tener hijos y creo que ni siquiera entraba en sus planes una maternidad "real". Se señalaba el vientre como metáfora de una maternidad distinta, de un gran acto futuro que sabía estaba por realizar para la grandeza del Führer y de Alemania. Ellas sentía en su vientre, y sorprendentemente estaba en lo cierto, que un día sería verdaderamente famosa, y famosa por ser aria aunque realmente no lo fuera, y famosa por hacer un servicio decisivo para el Reich. He de reconocer, desde la perspectiva del tiempo, que si bien Mildred estaba equivocada en muchas cosas, su vientre jamás la engañó.

Estábamos en la terraza de un local de copas del centro. Teníamos entradas, que nos había facilitado la SD, para un concierto que tendría lugar la hora siguiente.

—Hola, pareja —se presentó de improviso Walther Schellenberg, tomando asiento en nuestra mesa. Llevamos allí menos de cinco minutos cuando aquel hombre, como acostumbraba demasiado guapo y demasiado pagado de sí mismo, nos mostró la mejor de sus sonrisas.

—Tendría que haber supuesto que esta misión era cosa tuya —le comenté, sin mostrar demasiada sorpresa.

—Eres un muchacho muy listo —rió Schellenberg—. Pero bueno, Otto, ¿no me presentas a la señorita?

Mildred, como mujer que era, fue incapaz de resistirse a los encantos del guapo Walther, y le temblaba el brazo mientras lo tendía en su dirección.

—La señorita Gillars es alguien muy especial para mí —comenté, a modo de advertencia. Walther tomó la punta de los dedos de la americana y besó suavemente su mano. Vi como Mildred se sonrojaba hasta la punta de las orejas. Una vez más me pregunté cómo hacía Schellenberg para causar esa impresión devastadora en el sexo contrario.

—Pero vayamos a lo importante —aduje entonces, ligeramente molesto por la situación—. Dado que yo estoy aquí y tú también estás aquí, he de suponer que va a suceder alguna cosa digna de ser

observada.
—Sí, por supuesto, querido Otto. Pero hoy yo seré el observador de primera línea. Tú y la señorita Gillars aguardaréis dentro del local, un tanto alejados por precaución. No fuera que las cosas se torciesen.
Enarqué una ceja.
—¿Es previsible que se tuerzan?
—En esto del contraespionaje a lo que yo me dedico, siempre es posible que las cosas salgan de forma diferente a como se planifican. Muy posible, en realidad.
Schellenberg miró su reloj y yo comprendí que era el momento de pasar a un lugar más seguro con mi acompañante. Aún no habíamos superado la puerta del bar cuando sonaron los primeros disparos. Un Buick se detuvo delante de la acera y tres hombres salieron del vehículo. Uno de ellos apuntó a Schellenberg a la cabeza:
—Dime la verdad. ¿Nos has traicionado?
Schellenberg levantó los brazos pero no dijo nada. Tal vez no fuera necesario.
Entonces se unieron a la fiesta varios coches más que llegaron derrapando desde la calle adyacente. Desde cada uno de ellos soldados SS abrieron fuego contra los recién llegados. Éstos no se amilanaron y, luego de poner rodilla en tierra, apretaron el gatillo de sus revólveres en repetidas ocasiones. Hubo escenas de verdadero pánico en el local, con vidrios rotos y gente corriendo en todas direcciones. Mildred se colocó tras de mí y ambos nos tumbamos en el suelo bajo una mesa, la más cercana a la calle. Yo quería ver lo que estaba sucediendo fuera. Y no sólo porque ese era mi trabajo. Por una vez, la escena me resultaba emocionante en lugar de nauseabunda. Mildred, pobrecilla, se pegó a la pared y no quiso saber nada de lo que acontecía. En ese momento, la guerra de Hitler no debía parecerle algo tan glorioso, ni el destino de la raza aria tan importante.
—Vas a pagar lo que nos has hecho —sentenció entonces el que encañonaba a Schellenberg pero cayó al suelo antes de poder cumplir su amenaza. Un SS le había disparado por la espalda. Al momento, sus dos compañeros y el chofer que conducía el vehículo fueron reducidos. No tardaron en estar esposados y dentro de los coches de las SS. Schellenberg los contempló alejarse con un suspiro de alivio. Debía estar pensado que poco de suerte tampoco venía mal cuando uno se dedica al contraespionaje.
Mildred y yo limpiamos de cristales nuestras ropas y salimos al exterior. Walther se alejaba calle abajo y le seguimos. En una venida cercana nos esperaba otro coche, conducido también por un SS. Nos subimos a él y partimos a toda velocidad, antes de que llegase la policía holandesa y tuviéramos que dar explicaciones.
—Lamento que haya tenido que asistir a esta escena tan desagradable —expuso Walther a mi novia, mirándola a los ojos. La fuerza sensual de aquel hombre era tan tremenda que a pesar de estar todavía en un gran estado de nervios, ella bajó la cabeza, turbada.
—No se preocupe. No ha sido culpa suya, señor Schellenberg.
—Bueno. Eso de que no ha sido culpa mía es mucho decir —arguyó Walther mientras me guiñaba un ojo—. Ha sido todo culpa mía. De principio a fin.
Y entonces nos explicó a qué respondía el tiroteo que terminábamos de presenciar. No se trataba desde luego de una escena de gángsters de una película americana de los años 30. Se trataba más bien de una película de espías. Walther llevaba unas semanas (desde el fin de la campaña de Polonia) haciéndose pasar por un traidor del servicio de transportes de la Wehrmacht. Bajo un

nombre supuesto, se entrevistó en Holanda con espías británicos, haciéndoles creer que representaba a un grupo de militares dentro del alto mando alemán que pretendían asesinar a Hitler. Por supuesto, era todo mentira, y el verdadero objetivo era desenmascarar al servicio de espionaje inglés. A tal fin se había reunido en varias ocasiones más con aquellos hombres a los que acabábamos de conocer, brevemente, entre ráfaga y ráfaga de disparos. Trabajaban para su Majestad la reina de Inglaterra buscando a elementos subversivos en el ejército alemán que fuesen capaces de terminar con la vida del Führer. La razón: poner punto y final a con la guerra regresando a las fronteras anteriores a la expansión del nazismo; es decir, que Alemania renunciara a Austria, Checoslovaquia y a la recién conquistada Polonia. Sólo así terminaría la guerra con la Gran Bretaña y sus aliados. La muerte de Hitler era un requisito previo a cualquier negociación.

—¿Oh, me alegro de que hayáis capturado a esos hombres tan malvados! —opinó Mildred, que comenzaba a reponerse de la experiencia vivida y ya apenas temblaba.

—En realidad, eran patriotas y espías o contra espías como yo mismo. En este juego no hay buenos y malos. Sólo importa quién gana y hoy he ganado yo —repuso Schellenberg, sin asomo de jactancia.

Lo cierto es que el servicio de contraespionaje de las SS había corrido muchos riesgos mandando un grupo de 20 hombres armados a un país neutral que, de momento, no se había decantado oficialmente ni hacia Inglaterra ni hacia Alemania. Tal vez en secreto lo había hecho pero no de forma abierta, por lo que seguía siendo un país neutral. Lo más curioso del asunto es que ahora Himmler tenía pruebas de que los servicios secretos holandeses, en connivencia con los ingleses, pretendían asesinar o ayudar a asesinar al Führer. En realidad, ahora el Reich tenía un "casus belli", es decir, una causa justificada para declarar la guerra a los Países Bajos. Y la esgrimiría no muchos meses después. Pero ese no había sido el objetivo de la misión sino uno mucho más sencillo.

—Vamos a acusar a estos espías ingleses de estar detrás del intento de asesinato del Führer de la cervecería —nos informó Schellenberg.

—Creía que los interrogadores de Himmler habían ya concluido que actuó solo —aduje, un tanto sorprendido.

—En realidad yo siempre creí que tras ese atentado estaba el ejército e incluso llegué a sospechar del Frente Negro de Strasser y de otros disidentes del partido nazi. Pero sí, a estas alturas ha quedado demostrado que Georg Elser actuó solo. Pero la opinión pública no necesita saber que un hombre anónimo cualquiera sin formación y sin ayuda externa puede matar al Führer y a media cúpula del partido. A veces, la realidad no parece creíble. Sin embargo, resulta mucho más adecuado para nuestros intereses que la gente sea informada de que ciertos espías británicos ayudaron al terrorista a preparar la bomba. Esos traidores le dieron dinero, infraestructuras y formación. Por suerte, los hemos capturado en Holanda en un golpe de efecto brillante que nos valdrá diversas condecoraciones, cruces de hierro de primera clase y un apretón de manos de nuestro glorioso Führer.

Como siempre que hablaba, daba la sensación que Schellenberg no se tomaba nada en serio, o que no creía firmemente en los ideales que movían al resto de los SS. Él tenía su propia moral y hacía las cosas en base a un código de honor interno y personal que yo a veces creía entrever y otras veces no entendía en absoluto.

—¿Y ahora? —pregunté, tan pronto abandonamos el suelo holandés y el mayor peligro para la operación fue superado, un peligro que no era otro que las fuerzas fronterizas del país vecino nos detuvieran antes de llegar al otro lado con nuestros detenidos. Mas todo había sucedido tan rápido y

la ciudad de Venlo estaba tan cerca de Alemania que no pudieron reaccionar a tiempo.
—Ahora iremos a Berlín, recogeremos nuestras condecoraciones y leeremos los periódicos, en los que se acusara falsamente a estos espías de haber conspirado para matar a Hitler en el atentado de la cervecería. En realidad sólo será falso la parte de "el atentado de la cervecería", ya que realmente estaban conspirando para asesinar al Führer. Y luego nos iremos a casa a esperar la siguiente misión en la que intervenir o, en tu caso, en la que observar.
—A veces me gustaría poder participar, como haces tú, en lugar de quedarme siempre al margen.
—Es fácil decir algo así, Otto. E incluso tal vez sea aún más fácil pensarlo —Schellenberg por un momento tornó su gesto afable por una mueca sombría—. Pero si tuvieras en tus manos la posibilidad de cambiar el rumbo de los acontecimientos deberías antes aprender a discernir entre el bien y el mal. Y eres demasiado joven.
Como yo sabía que en verdad era demasiado joven, me ofendí, por supuesto. Así que respondí con tono altivo:
—¿Y tú eres tan mayor y tan sabio como para distinguir entre una cosa y otra?
El gesto sombrío de Schellenberg pareció alargarse todavía un poco más; hizo descender su labio inferior y su barbilla se afiló, proyectándose en las sombras contra el cristal de la ventana.
—Sólo tengo 30 años pero he visto lo suficiente como para saber qué significa vivir en la gran Alemania nacionalsocialista. —Se volvió y me miró fijamente—: El bien y el mal han dejado de existir hace ya mucho tiempo, amigo mío.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: LOS ENEMIGOS DE HITLER DENTRO DEL PARTIDO NAZI (NSDAP)

En el NSDAP había diferentes corrientes, algunas gravemente enfrentadas con las ideas de Adolf Hitler. Con el paso del tiempo todas fueron acalladas o sus miembros expulsados. El más importante de ellos fue Otto Strasser, que después de optar en la Conferencia de Bamberg a la jefatura del partido (en la que fue derrotado por Hitler) fue perdiendo adeptos hasta su expulsión definitiva en 1930.

LUGAR Y FECHA: 8 DE NOVIEMBRE 1939. EL ATENTADO DE LA CERVECERÍA

Tal vez Strasser no estuviera implicado, pero es un hecho que Himmler, una vez concluidas las declaraciones de Elser, pidió a las autoridades Suizas la extradición de Strasser para su interrogatorio, pero éste huyó a los Estados Unidos.

CONSECUENCIAS: OTTO STRASSER Y EL FRENTE NEGRO

Otto Strasser (1897-1974) formó un nuevo partido, el Frente Negro, y desde el exilio atacó sin piedad al partido nazi desde unos posicionamientos fundamentalmente fascistas, aunque más a la izquierda que Hitler en lo económico.

XIV

Hermann Goering se levantó aquella mañana a las 8:30 minutos exactamente. Saltó completamente desnudo del lecho y se puso su bata de seda escarlata. A Goering le gustaba el tacto de la seda, la sensación deliciosa de llevar una prenda única. Él amaba todo lo bello, todo lo hermoso, todo lo "único". Le encantaban las joyas, especialmente los diamantes; los trajes y los vestidos caros; las obras de arte, que rebosaban por pasillos y habitaciones del Carinhall en una mezcolanza extraña y sin sentido. Porque el mariscal del aire podía tener mucho dinero, los trajes de los mejores modistos y las obras de arte más caras, pero lo que nunca pudo comprar fue buen gusto.

Pasó un buen rato de aquella mañana leyendo los periódicos, especialmente los extranjeros, intentando comprender cómo veían las potencias occidentales el devenir de aquella guerra. Para él, que había hecho tantos esfuerzos por evitarla, era un reto tratar de saber cómo acabaría todo, si al final realmente se enfrentarían el Reino Unido y Alemania. Ahora mismo parecía inevitable pero, a lo largo de la historia, habían terminado por sortearse una infinidad de desgracias que en su momento parecían completamente imposibles de evitar. Pero se evitaron, pese a todo.

Algo enfadado por seguir sin entender las razones por las cuales la guerra proseguía ni la causa de que aquellos diarios se mostraran tan enconadamente antinazis, abandonó la biblioteca y se fue al gimnasio para pasar un buen rato en la sauna. Luego nadó unos largos en la piscina. De nuevo completamente desnudo se fue secando con una toalla que le dio uno de los miembros de su personal mientras regresaba a la sauna. Más tarde hizo ejercicio en unas máquinas especiales traídas de Inglaterra y que le habían costado una fortuna. A las 10 se vistió con uno de sus impecables uniformes blancos de mil botones y se preparó para la entrevista con el Führer, pero antes jugó con su hija Edda durante casi media hora. Le encantaba hacerle carantoñas a su rayito de sol y pensaba que si inundaba a Edda de afecto durante aquellos primeros años de su vida se convertiría en una persona feliz y extrovertida como era él mismo.

Goering consideraba decisivo para un político la sonrisa y el don de gentes. En la Alemania nazi todos veían a Hitler como un personaje frío y distante, casi como un dios al que adorar más que a una persona real. Pero el gran Hermann, el hombre del pueblo, el tipo grueso y afable, siempre riendo, siempre de buen humor… el suyo era un papel muy distinto. Se sentía satisfecho de su posición de cara amable del régimen, que todo el mundo le conociera y le saludara, el ser amado, su propia extravagancia y sus propios excesos. Quería que en el futuro la pequeña Edda disfrutará de todas las cosas buenas que él había conseguido, y un primer paso era tener la personalidad adecuada: el tipo de personalidad que encandila a todo el mundo.

Antes de irse pasó haber a Emmy, aquella maravillosa matrona alemana entrada en carnes que estaba dispuesta a ocupar un segundo plano en su propia casa, el Carinhall, ese enorme monumento a la primera esposa muerta de Hermann.

—Estás preciosa —la ensalzó Goering, nada más verla, mientras le acariciaba las mejillas. Había vuelto a engordar y eso le había hecho muy feliz. Le gustaban las mujeres gordas, las mujeres con aspecto rubicundo y germánico.

—¿Vas a ir a ver a nuestro Führer al Berghof?

—Sí, me está esperando. Pero no tardaré mucho, a media tarde habré regresado.

Se hizo el silencio, Emmy volvió la cabeza hacia la puerta ricamente adornada que había a su

derecha.
—¿Antes pasarás por tu estudio?
En el estudio de Goering estaba la morfina que se pinchaba antes de comenzar su trabajo de todos los días. Ambos lo sabían pero soslayaban el tema con mentiras y juegos de palabras.
—Tengo que repasar unos papeles antes de coger la limusina. Será cosa de un minuto.
La mujer estuvo a punto de seguir con el juego y aconsejarle no repasar ya más papeles, seguro que tenía toda la información necesaria para contentar al Führer. Pero Goering tenía ya en su maletín todos los papeles que necesitaba y ambos eran conscientes que hablaban de la droga. Emmy suspiró y bajo la cabeza.
—Que tengas un buen día, Hermann.
—Gracias, mi amor.
Luego de "repasar" sus papeles en el estudio, Goering tomó rumbo a los Alpes bávaros para reunirse con Hitler. Lo encontró sentado en el salón principal del Berghof, con los labios fruncidos y gesto de turbación.
—¿Tú crees que Himmler sabía lo del atentado de Georg Elser?
Goering detestaba a Himmler. En realidad, el propio Führer procuraba que sus más estrechos colaboradores se llevasen mal entre sí y estimulaba odios o pequeñas inquinas, tratando de manipularlos y de que no hubiese una relación demasiado estrecha entre dos hombres muy poderosos en su Reich. No quería que nadie le hiciese sombra o que se conjurase contra él. Nadie tenía bastante poder para oponerse a Hitler, pero varios de sus hombres de confianza, actuando juntos, tendrían una oportunidad. Por eso siempre estaba ideando nuevas formas de enfrentarlos.
—Bueno…—Goering pensó una respuesta que dejase en mal lugar a Himmler pero finalmente decidió que no existía una razón para atacarle, al menos no en aquel momento. Además, no sabía a dónde podía llevar la reflexión del Führer—. Me extrañaría que tuviese información del atentado. Si la Gestapo hubiese tenido indicios de…
Hermann se interrumpió. De pronto, comenzaba a entender por dónde iba el razonamiento de Hitler. En el año 1933, Goering había creado la Gestapo y había sido su primer responsable. Aunque ya llevaba tiempo alejado de aquella tarea, conocía bien la forma de pensar de algunos de los altos mandos de la organización.
—Prosigue —le animó el Führer, que admiraba su forma de razonar fría y distante en los momentos de mayor tensión. Siempre decía que era su hombre de hielo, que pasase lo que pasase nada enturbiada el razonamiento del gran Hermann.
—En realidad, no estoy seguro de si lo que estaba diciendo iba por buen camino. Tal vez sí lo supiera, tal vez Himmler y la Gestapo vieron el atentado como una oportunidad.
Era de dominio público que había un gran malestar entre los altos mandos del ejército e incluso se había rumoreado la posibilidad de cometer un atentado contra Hitler. Un grupo de conjurados se reunió en Zossen para hablar del tema y aunque habían pretendido silenciarlo, aquella reunión terminó por trascender.
—Ahora, esos tontos de Zossen se lo pensarán dos veces antes de ir a por mí. Ahora saben que me protege la Providencia —Hitler sonreía de una forma extraña.
—Tal vez esa fuera la intención de la Gestapo. ¿Se lo has preguntado directamente a Himmler?
—No lo voy a hacer. Prefiero llegar a mis propias conclusiones y no forzar a Heinrich a mentirme o a decirme una media verdad. No quiero que mis hombres de confianza me mientan.

Tal vez fuera lo mejor. Goering, maravillado ante la forma de razonar del Führer, tomó asiento a su lado y juntos examinaron durante la media hora siguiente temas generales, desde las nuevas discusiones con el alto mando sobre la conveniencia de atacar occidente lo antes posible o el que se estuviera deteniendo a judíos con la excusa de ser sospechosos del atentado, cosa que todos sabían falsa. Goering era profundamente antisemita, pero no era un antisemita racial. No le molestaba la raza de los judíos, lo que le molestaba era que tuvieran tanto dinero. En tanto que otra de sus innumerables funciones en el Reich alemán era la de supervisor de las divisas, había hecho todo cuanto estuvo en su mano por arrebatar las propiedades a los judíos, pero una parte de él no comprendía que se les acusase en falso o se le metiese en campos de concentración. Tampoco le veía demasiado sentido al avance de las leyes Arias contra los judíos y el que recientemente se hubiese obligado a los alemanes casados con judíos a divorciarse. Eso sí, una cosa era que él no habría tomado aquellas decisiones en contra del pueblo judío y otra que le preocupasen o que le quitaran el sueño. A él le preocupaba el dinero de los judíos, el que una vez empobrecidos se les arrebataran sus derechos y se les mandase a una vida de servidumbre en un Lager junto con muchos otros prisioneros, era algo que en el mejor de los casos le provocaba un encogimiento de hombros.

Brevemente, salió a colación el tema de la invasión de Finlandia. Los rusos, decididos a emular a Hitler en su búsqueda de nuevas fronteras, habían lanzado sus divisiones contra la diminuta Finlandia.

—Piensan que los van a aplastar, pero las razas eslavas son inferiores —opinó el Führer—. La Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas se va a llevar una sorpresa.

En efecto, los primeros informes que habían llegado hablaban de emboscadas de los finlandeses, de pequeñas batallas que los rusos iban perdiendo a manos de comandos extremadamente móviles de esquiadores.

—Ese lugar es una trampa de hielo —aseveró Goering —. Veremos cómo sale de ella el gran oso bolchevique.

Se echaron a reír y prosiguieron la reunión, en esta ocasión departiendo sobre la necesidad de atacar Holanda y Bélgica en el marco del caso amarillo o invasión de Occidente. Goering en persona había redactado la propuesta de ataque a los Países Bajos, remarcando la necesidad de controlarlos desde el punto de vista estratégico para poder acometer desde la mejor posición posible una invasión de las posiciones francesas. Hitler se resistió pero finalmente dio su brazo a torcer.

—Debes procurar minimizar las víctimas entre los ciudadanos de los Paises bajos —le advirtió—. Una parte de los holandeses y los belgas son compañeros de sangre germano nórdica, y por tanto miembros en potencia del Reich. El resto de la población están ligados por la tradición al pueblo ario y son netamente menos inferiores que muchas otras razas, como la judía o la eslava.

Goering conocía la importancia de la sangre para Hitler. Una palabra que para él y los teóricos del nazismo significaba lo mismo que la herencia de nuestros padres, que los genes que nos perpetúan. La sangre era lo que definía al Volk, al pueblo, y era más importante incluso que la lengua alemana. Hitler prefería mil veces a un holandés de sangre pura germano nórdica que a un alemán con una doceava parte de sangre polaca, por ejemplo.

—Tendré un cuidado extremo en este asunto. El ataque a los Países Bajos será fulgurante y las vidas humanas que se perderán, las mínimas indispensables.

Terminaron la reunión, como siempre, hablando de la Luftwaffe. Para Hitler la aviación era algo fundamental y estaba convencido de que a través del dominio del aire se llegaría a la victoria.

Mientras hablaban de los éxitos de los Stukas en Polonia, el Führer pronunció unas palabras que, por alguna razón, se clavaron como un estilete en las tripas del mariscal del aire.

Aquellas palabras le perseguirían hasta el fin de sus días. Y se marchó a casa pensando en ellas. Casi temblaba de terror cuando llamó a su segundo en la fuerza aérea alemana y le invitó a pasar una tarde juntos en el Carinhall.

Los dos gruesos altos mandos de la Luftwaffe chapoteaban en la piscina. Por un lado, Hermann Goering, comandante supremo de las fuerzas aéreas; por otro, Ernst Udet, director técnico y de investigación.
—Y entonces el Führer me dijo en confianza que jamás habría iniciado esta guerra de no ser por la exhibición aérea de Rechlin —rió Goering, tras emerger de las aguas—. Me aseguró que fue en aquel momento cuando comprendió que nuestra superioridad en los cielos era tan grande que aunque las cosas en Polonia salieran mal teníamos una oportunidad de derrotar a las potencias occidentales por mucho que se aliasen en nuestra contra.
Udet imitó la risa nerviosa de su superior y apoyó la espalda sobre la fría piedra de la piscina. Recordaba perfectamente la gran exhibición aérea de julio pasado. Justo dos meses antes de comenzar la guerra mundial, cuando Goering y el propio Udet todavía confiaban en que ésta no se produciría, habían organizado para Hitler una demostración de los últimos modelos de la Luftwaffe. Como siempre, pretendían tan sólo deslumbrarle, hacerse dignos de su confianza y conseguir nuevos ascensos, cargos y prebendas. Por eso le enseñaron varios modelos experimentales que en algunos casos jamás verían la luz y en otros tardarían hasta tres años en producirse en serie. Los pilotos que sobrevolaban la base aérea debían hacer continuas correcciones para que aquellos que contemplaban la exhibición no se dieran cuenta de los muchos errores que todavía tenían aquellos aparatos. Le mostraron al Führer aviones propulsados por cohetes, cazas con motores a reacción, nuevos y extraordinariamente eficientes cañones y radares. Hitler se hizo una idea completamente equivocada de lo que en verdad era su fuerza aérea. Pensó que llevaban cinco años al menos de ventaja al Reino Unido en avances técnicos cuando lo que sucedió es que le habían mostrado aparatos e invenciones que serían plenamente operativas cinco años después.
—Oh, es maravilloso que el Führer confíe tanto en nosotros. No le defraudaremos.
Goering asintió y se zambulló de nuevo las aguas.
—Naturalmente que no —aseveró, luego de resurgir resoplando como una ballena, pero entonces le sacudió la misma sensación de terror que le asaltara cuando Hitler le habló de aquella exhibición aérea horas atrás. Por primera vez en su vida tuvo miedo de fallarle a su amigo y camarada. Una parte de él sabía que en realidad estaba condenado a fallarle, que todo cuanto le había enseñado era mentira, que las cifras de personal de la Luftwaffe estaban engordadas hasta casi ser falsas, puesto que incluían personal de vuelo y hasta administrativo que en otros ejércitos no se consideraba parte de la estructura de mando. De tal forma que aunque las fuerzas aéreas alemanas eran las más grandes y poderosas del mundo, de ninguna forma lo eran tanto como para doblegar al resto de fuerzas aéreas juntas de los aliados.
—No, no le fallaremos —insistió Udet, alargando la mano y buscando una botella de alcohol que había dejado junto a la escalerilla de la piscina—. De ninguna manera.
Los dos gruesos altos mandos de la fuerza aérea alemana continuaron apoyándose el uno al otro con frases vanas y asegurando que conseguirían los objetivos que el Führer les pidiese, fuesen cuales fuesen. Eran viejos camaradas y confiaban plenamente el uno del otro. Además, tenían muchas cosas en común. Habían volado juntos en la misma escuadrilla durante la Primera Guerra Mundial y aunque por entonces no eran amigos y hasta llegaron a disputarse el mando de la misma al final de la guerra,

terminada ésta el destino les volvió unir cuando Alemania estaba pasando sus peores momentos. Desde entonces se fraguó una amistad que ambos creían en ese momento inquebrantable.

Pero ahí no acababan los puntos en común entre ambas personalidades. Los dos habían sido hombres delgados y atléticos en su juventud pero habían terminado engordando hasta convertirse en una caricatura de sí mismos, especialmente Goering. Y ambos eran adictos, el Mariscal a la morfina y Udet al alcohol.

Sin embargo, había aspectos muy diferentes en las personalidades de ambos. La adición de Goering le había vuelto un inmoral, como le sucede a muchos drogadictos y en especial a los que se inyectan morfina. Su carácter era también una parodia de la persona cabal que había sido en su juventud. El mariscal tenía ideas delirantes: estaba convencido de que a base de energía, de no dormir apenas y de realizar cien tareas al mismo tiempo, todo era posible, incluso que una sola fuerza aérea derrotase a todas las demás fuerzas aéreas combinadas de los países enemigos del Reich. Udet, por el contrario, era mucho más dubitativo, el alcohol no es una adicción que te vuelva precisamente eufórico y, en los momentos de tensión, se volvía depresivo y se encerraba en sí mismo. Por otro lado, era imposible compararse a alguien tan extrovertido como Hermann Goering, el hombre afable, el gran anfitrión.

Precisamente, cuando terminaron su baño, se encaminaron los dos a una recepción que había organizado Goering en su casa, cómodo como siempre en su papel del showman preferido de las grandes fiestas. Allí, en el Carinhall, todos pudieron ver a ese bonachón maravilloso, al siempre ocurrente e hilarante Goering, haciendo su famosa mayonesa mientras entraban y salían de la cocina los cinco cachorros de león que en aquel momento pululaban por la finca provocando más de un susto entre los invitados. Era habitual que en la inmensa hacienda campestre de los Goering hubiese cachorros de León, algunos de ellos enormes y muy crecidos; sólo cuando comenzaban a volverse peligrosos se los mandaba al zoo, pero entretanto correteaban de aquí para allá y lamían la mano del excéntrico Mariscal del Reich como si fuesen perritos bien adiestrados. A Hermann le encantaba contemplar el rostro atónito de sus invitados cuando le veían llegar al comedor principal con sus pantalones bombachos, su camisa de seda escarlata, su enorme collar con una esmeralda en el centro y flanqueado por uno o dos de aquellos terribles felinos.

No había nadie en Alemania como Goering, eso no se podía poner en duda.

—¿Lo pasas bien, Ernst?

Udet se había quedado a un lado, revisando la colección de libros del oeste de su amigo, mientras la gente reía entre nerviosa y maravillada ante el paso de los leones. Levantó la vista y vio a Emmy Goering, con una copa en la mano, contemplándole con aquellos ojos que, aunque ahora sonriesen, siempre le habían parecido tristes.

—Si, claro…—Udet pareció dudar—. Estaba mirando estas novelas que tiene tu esposo. Me recuerdan a mis lecturas de juventud.

—Todos hemos sido jóvenes alguna vez, pero es fácil olvidarse en medio de todas las cosas que hemos ido consiguiendo en esta vida.

—Han pasado muchas cosas desde entonces, ciertamente. Yo mismo ya no soy el galán que antes era.

Udet señaló su prominente barriga debajo del uniforme e hizo un gesto compungido.

—Tonterías. Sé que sigues siendo muy popular entre las jovencitas… y las no tan jovencitas.

—Soy un hombre famoso. Un viejo as del aire que ahora es una de las cabezas visibles de la Luftwaffe. Por eso algunas mujeres siguen considerándome atractivo. Pero acaso vean atractiva mi

cartera o mi cuenta del banco. Ya no lo sé ni tampoco sé si me importa. Lo que sí importa es que ya no soy el hombre que fui una vez. Y eso me duele

Las conversaciones con Udet a menudo se volvían depresivas, como él mismo. Emmy, que vivía a la sombra de Carin, esa mujer que seguía siendo aún después de muerta la verdadera esposa de Goering, no tenía demasiadas ganas de deprimirse y después de un par de frases amables se marchó a la búsqueda de otro invitado al que agasajar.

Udet se quedó solo merodeando por el Carinhall. Fue a ver la colección de trenes de su amigo, una de las más completas y famosas de Alemania; caminó a través de pasillos, habitaciones, y las diferentes alas del edificio. Estuvo a punto de entrar en el cine y luego en la bolera pero al final salió a los jardines y, caminando sin rumbo, llegó a la puerta del mausoleo donde estaba enterrada Carin. Recordó entonces el segundo entierro de aquella mujer, cuando la llevaron desde Suecia a Alemania para evitar que su tumba sufriera nuevos atentados por parte de comunistas y antinazis. Recordó el gigantesco tren funerario que llevaba el sarcófago, las banderas ondeando a media asta, las campanas que repicaban. Como en un sueño, creyó estar de nuevo frente a aquel enorme sarcófago de metal sobre el que descansaba una bandera con la Cruz gamada. Sonaban los acordes de alguna opera de Wagner; Hitler y Goering avanzaban al frente del cortejo fúnebre. Sólo ellos dos descendieron junto a la fallecida al mausoleo, que permanecía cerrado las 24 horas del día y cuya llave llevaba siempre encima el Mariscal del aire

Carin, en vida, fue una nazi ferviente, una de esas mujeres deslumbradas por la grandeza del Führer y por su designio: esa gran Alemania del futuro que ni siquiera el propio Udet terminaba de comprender exactamente qué era o hasta dónde debería expandirse para contentar a Hitler. Una vez muerta, los servicios de propaganda nazi habían convertido la historia de amor entre el piloto alemán y la gran aristócrata sueca en algo digno de ser conmemorado, en uno de esos romances con los que se pretendía ilustrar a las masas sobre la grandeza moral de ese mismo designio incomprensible del Führer.

Udet creía que Hermann Goering había construido el Carinhall no sólo en recuerdo de aquella extraordinaria mujer si no para engrandecer su propia figura, la del hombre enamorado de un ideal y convertido en leyenda junto a su amada; y casado en segundas nupcias con una perfecta matrona alemana para procrear hermosos hijos arios, no por amor ya que Hermann sería siempre el amante de Carin.

Mientras reflexionaba sobre todas estas cosas, Udet vio a lo lejos uno de los aviones de la Luftwaffe sobrevolando los cielos. Volvió a preguntarse una vez más cómo haría para contentar a Hitler si realmente le pedía que aniquilase a Francia e Inglaterra en un combate aéreo singular. Una voz en su interior le decía que la Luftwaffe no podría con la R.A.F, las fuerzas aéreas del Reino Unido. Udet se echó las manos a la cabeza, sentía una presión en las sienes, como le fueran a estallar en cualquier momento.

—¡Por Dios, necesito una copa!

Fue a buscar bebida al interior, aunque regresó de inmediato a la soledad de sus lúgubres meditaciones entre parterres y rosas rojas. Durante horas se emborrachó en el parque que rodeaba el Carinhall, engullendo una botella tras otra de alcohol hasta perder el sentido.

Los jardineros del recinto lo encontraron allí tirado, desmayado en un mar de vómito, a la mañana siguiente.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)
[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

No conocí a Ernst Udet en uno de sus mejores días. Era evidente que tenía una enorme resaca que disimulaba detrás de unas gruesas gafas de sol. Lo encontré en un hangar cercano a la base de la segunda flota aérea. De inmediato supe quién era porque se trataba de uno de los pilotos más famosos de Alemania y su foto era habitual en las revistas.
—Un placer conocerle, coronel general Udet —me presenté, cuadrándome a pesar de vestir como siempre de paisano—. Soy un gran admirador suyo.
—¿Y quién no? —repuso, con una sonrisa socarrona—. Pero dime, muchacho, ¿qué haces aquí tan de mañana?
—Estoy esperando al general Kesselring, señor.
Se me había informado que Albert Kesselring, responsable de la segunda flota aérea, había sido elegido para explicarme el funcionamiento de la Luftwaffe. La operación Klugheit debía proseguir y mi siguiente misión era conocer la fuerza aérea de la mano de uno de sus más prometedores generales. Habíamos hablado precisamente el día anterior por teléfono y me dio la impresión de hallarme ante un tipo muy jovial, amigo de pasarlo bien. A pesar de no conocernos personalmente todavía habíamos entablado una buena amistad vía teléfono y soltado unas carcajadas a costa de "Mahatma Propagandhi", un chiste muy malo en el que se hacía una comparación entre el famoso líder político indio y Goebbels, nuestro ministro de propaganda. Quedamos para vernos a aquella hora de la mañana en el hangar. La idea era que nos subiríamos a un Junkers JU 52 que conduciría Zellman, su amigo y piloto personal. Lo cierto es que yo tenía bastantes ganas de conocer a un hombre que me divirtiese y me hiciera olvidar la guerra y la barbarie o las intrigas del espionaje internacional, sobre todo después de mis últimas experiencias en Polonia y en Venlo.
—Me parece, muchacho, que hoy no vas a tener la oportunidad de pasar un buen rato con Albert "el sonriente" —me informó Udet.
Así como uno de los apodos de Goebbels era "Mahatma Propagandhi", Albert Kesselring iba siempre asociado a la coletilla de "el sonriente" por su carácter extrovertido y su eterna sonrisa.
—Hoy voy a ser yo tu guía personal en esa operación tan extraña que haces para nuestro Führer —añadió Udet, guiñándome un ojo—. Creo que lo vamos a pasar muy bien.
Me extrañó el cambio de planes pero tampoco me importó demasiado. Como ya he explicado, admiraba sinceramente al coronel general Udet y la idea de volar a su lado me resultó de lo más emocionante. Además, intuí, y mi intuición resultó ser cierta, que Udet no se valdría de un piloto para que nos llevase y nos trajese de un lado a otro. Era conocido que siempre buscaba cualquier excusa para seguir volando pese a que ya no estaba en servicio y probablemente aquella era precisamente su excusa del día. Un SS enviado por el Führer quería que le enseñasen el funcionamiento de la Luftwaffe. Una ocasión maravillosa para volver a volar como cuando era un joven piloto en la Primera Guerra Mundial.
—Será un honor usted sea mi guía, señor —opiné, quién sabe si con la boca abierta de genuina sorpresa.
Udet batió palmas como un niño y nos dirigimos hacia uno de sus aviones personales, un

Messerschmitt ME 109. Yo le había visto pilotar ese modelo avión recientemente en una exhibición aérea.
—¿Es el mismo aparato que usó en el Meeting internacional de Zurich?
—Sí, es el mismo. ¿Estuviste allí, en Suiza?
Con cierta nostalgia, recordé que un año atrás yo era un adolescente de 16 años, el mundo no estaba en guerra, y mi tío Eicke me llevó como regalo por mis buenas notas de vacaciones en Suiza, donde disfruté de unos días maravillosos. El último día acudimos a aquella exhibición aérea en la que otro de los Ases de la Luftwaffe, Erhard Milch, capitaneaba un grupo de acróbatas aéreos cuya estrella era sin duda Ernst Udet. Le expliqué todo esto al coronel general, sin disimular mi admiración por él. Cuando terminé me dio las gracias, sin asomo de orgullo. Debía estar acostumbrado a los agasajos.
—Así que tu tío es Theodor Eicke, el inspector general de los campos de concentración. Estas muy bien relacionado, muchacho. Ahora se por qué el Führer te ha elegido para esta misión especial.
Yo no estaba muy seguro que la causa de mi elección fuese mi relación familiar con el Gruppenführer-SS Eicke. Pero asentí porque tampoco quería entrar en detalles y porque yo mismo desconocía las razones de mi elección. De todas formas, había una cosa importante que quise dejar clara en aquel momento ante Udet.
—Preferiría que me llamase Otto. Lo de muchacho, aunque sin duda sin mala intención, me hace sentir incómodo. Después de todo soy un teniente de las SS.
Udet rió de buena gana y me palmeó con fuerza la espalda.
—Naturalmente, señor teniente Otto de las SS. —Creo que Udet hubiese continuado riendo a carcajada limpia de su propia broma de no ser porque la resaca le hizo llevarse las manos a la cabeza. Emitió un grito apagado, insultó a cierto vino francés y se masajeó largamente las sienes. De todas formas y en adelante Udet siempre me llamaría "señor teniente Otto de las SS". Aquella jornada resultó ser una jornada de sobrenombres, para Goebbels (Mahatma), para Kesselring (el sonriente) y para mí mismo (señor teniente de las SS).
Pocos minutos después despegamos. Nuestro avión, el ME 109, era un caza interceptor de un solo motor y probablemente uno de los mejores del mundo en su tipo. En realidad, se trataba de un monoplaza y por tanto sólo podía llevar a un tripulante, pero aquel había sido modificado para que cupiera un pasajero. Eso fue lo primero que aprendí en aquel viaje, pero durante el mismo y los días siguientes aprendí un montón de cosas más, y no sólo de la Luftwaffe sino también del propio Udet.
La fuerza aérea alemana fue la primera víctima de la derrota en la Primera Guerra Mundial y del Tratado de Versalles, me explicó el coronel general. Siempre que pensamos en esta infamia, a los alemanes nos viene a la cabeza la pérdida de territorios, el hambre y la depresión económica. Pero también el ejército en sus diferentes ramas sufrió los efectos de ese infame tratado. La Fuerza Aérea que había servido al Kaiser en la Primera Guerra Mundial fue desmontada pieza a pieza. Alemania sólo podía tener aviones de uso comercial y no podía construir aviones nuevos. La industria aeronáutica quedó desmantelada. Pero esto no pudo con la imaginación de los pilotos veteranos de la gran Guerra. Pronto comenzaron a transformar aquellos pocos aviones civiles que les permitían tener en torpes aviones militares agregándoles compartimentos para bombas y ametralladoras. Aviones que en teoría eran de carga podían fácilmente ser reconvertidos en bombarderos.
Durante años y con diferentes artimañas se fueron eludiendo las limitaciones que estipulaba la rendición de Versalles: Finalmente, Hitler, en marzo de 1935, se atrevió a hacer público ante el mundo que la fuerza aérea alemana, rebautizada como Luftwaffe, poseía prácticamente 2000 aviones

y más de 20.000 hombres a su servicio. Había resurgido cual ave Fénix de sus cenizas.
Ya de forma abierta, en 1936, se ponía a prueba la segunda generación de aviones de combate. Una de las estrellas de esta segunda generación era precisamente el ME 109 en el que volábamos. Fueron unos años maravillosos y Udet los recordaba con especial cariño mientras ascendíamos imparables sobre valles y montañas. Sin embargo, Goering, responsable principal de la Fuerza Aérea, pronto cometería un gran error que daría al traste con esa labor de reconstrucción tan ardua. Y ese error era precisamente quién tenía sentado a mi lado.
Udet era sin discusión uno de los pilotos de caza más laureados y conocidos del gran público. Incluso uno de los más respetados por sus camaradas. Pero básicamente era un piloto, un acróbata, un loco del aire. La razón por la que se le puso al frente de la oficina técnica y más tarde a cargo de los suministros de toda la Fuerza Aérea, siempre fue un misterio. Él mismo no tenía problema en reconocer que el cargo le sobrepasaba y aunque hacía esfuerzos por estar a la altura nunca podría sentirse a gusto en el papel de burócrata, sentado en su sillón, sepultado en una montaña de informes. Él era un hombre de acción, un ser que se tornaba magnífico en el aire y que al descender al suelo no valía gran cosa.
Lo cierto es que Goering había sido lo bastante imbécil como para colocar a un hombre como Udet, sin ningún tipo de disciplina mental, al cargo de dos administraciones con 20 o 30 departamentos independientes que tenían que rendir cuentas ante él. El viejo as del aire estaba superado por aquel trabajo. A menudo, pasaba días enteros lejos de la oficina, persiguiendo mujeres, metido en fiestas nocturnas y diurnas, intentando olvidar sus tareas en la Oficina Técnica. Muchas ideas las tomaban subalternos que no estaban preparados o se dejaban sin resolver. Además, en tanto que piloto acrobático, Udet amaba los aviones especialmente maniobrables, aquellos que podían bombardear en picado como los Stuka, y cuando hubo que construir nuevas generaciones de aviones la mejor idea que se le ocurrió es hacer un Stuka todavía más grande, el JU-88, que debía sustituir al Stuka tradicional o JU-87.
De pronto, la fuerza aérea alemana, se vio construyendo gigantescos pajarracos muy lentos e inestables, tan pesados que no estaban a la altura de su predecesor. Y la idea de evolución en una Fuerza Aérea debe ser constante. Si no consigues evolucionar para bien... rápidamente las otras naciones te superan. En 1939 la aviación alemana era pese a sus limitaciones de las mejores del mundo, aunque probablemente sobrevalorada. Sin embargo, los nuevos diseños que salían de la Oficina Técnica la iban a ir empeorando año a año respecto a las naciones con las que entraba en guerra. Y esto fue así porque si el bombardero en picado JU-88 no fue todo lo bueno que la Luftwaffe necesitaba, otros proyectos fueron todavía peores, hasta rozar el desastre. De algún modelo se llegaron a construir miles de aparatos defectuosos que jamás entraron en servicio.
—Yo creí hasta el último momento que no habría guerra con las potencias occidentales —me reveló Udet—. Por Dios, todavía lo espero. Nunca creí que nuestra Fuerza Aérea tuviera que enfrentarse a Francia o al Reino Unido. No estamos preparados para algo semejante.
Udet se calló de pronto, lanzando un gritito ahogado de puro terror.
—Señor teniente Otto de las SS, por favor, no se lo diga a Hitler. No le comente al Führer que yo he dicho una cosa semejante.
El coronel general parecía tan aterrado ante aquella perspectiva que incluso dejó los mandos del avión por un instante.
Yo le prometí que el Führer no sabría nada de su comentario, que hablábamos de cosas generales y

no de cotilleos y le insté a que, por el amor de Dios, volviese a coger los mandos del avión.
—Eres un buen muchacho —suspiró Udet, ya más tranquilo. Y luego rectificó, recordando que yo no quería que me llamase “muchacho”—. Un buen teniente de las SS, quería decir.
En ese momento sobrevolábamos la línea Sigfrido, una línea defensiva construida a lo largo del frente del Rin pasando por el río Sarre y la frontera con Luxemburgo y Bélgica. No se trataba de ese gigantesco entramado de fortificaciones que era la línea Maginot francesa. La línea defensiva alemana tenía mucho más que ver con la inventiva que con poner un muro delante del enemigo. Era una defensa de maniobra, de fortines escalonados que debían de servir de apoyo al ejército en caso de invasión y no ser la única defensa en sí misma, como pretendían los franceses. De todas formas, se habían erigido unos baluartes formidables, gigantes de hormigón desde los que la artillería disparaba contra nuestros enemigos.
Una salva brilló en la distancia y Udet la señaló:
—Mira, estás asistiendo a un episodio más de la famosa guerra de los confetis.
Hablaba, por supuesto, de esa guerra sin guerra que teníamos con los franceses, esos disparos aislados y esas salvas de cañonería, que había sido bautizada con tantos nombres que ni sabíamos ya cuál era el correcto: guerra falsa, guerra de broma o guerra sentada “Sitzkrieg”, este último el más utilizado en Alemania. Lo que estaba claro es que no era una guerra. Incluso los reclutas franceses reconocían, a sus corresponsales y periodistas que visitaban el frente, que a menudo no disparaban a nuestros soldados aunque se pusieran en su línea de fuego. Tenían miedo de que los alemanes también respondiéramos.
Aquella guerra era en realidad un compás de espera. La diferencia esencial era que nosotros nos estábamos preparando para el combate y los franceses no terminaban de creerse que este fuera a producirse. Tal vez pensaran que seguían siendo el mejor ejército del mundo y que al final no nos atreveríamos a atacar. El pasar tantas semanas inactivos a nosotros nos hizo más fuertes, y los franceses a cada día que pasaba estaban más desanimados.
Para subir la moral de la tropa, el estado mayor galo trajo hasta el frente a diversas celebridades de la música y el cine del país, que visitaban a sus tropas y cantaban para ellos tonadas de moda; pero en vano. Nosotros no lo sabíamos por entonces, pero el soldado francés, en ese momento de la guerra, no había sido convenientemente adiestrado por sus líderes y no tenía el espíritu de lucha adecuado. Entre tanto, nosotros seguíamos nuestros preparativos y Francia caminaba sin saberlo hacia el desastre.
Luego de hacer una de sus famosas cabriolas en el aire, que a punto estuvo de hacerme vomitar, Udet dio media vuelta.
—Será mejor que nos vayamos de aquí, no sea que nos confundan con un avión enemigo. —Me anunció. No habría sido la primera vez que las defensas anti aéreas alemanas derribaban por error a un avión propio. Eran días de tensión en los que no se sabía realmente qué iba a hacer el ejército francés. Algunos se resistían a creer lo que realmente sucedió: que no pensaban hacer absolutamente nada—. Además, me parece por tu cara que ya has visto bastante por hoy, ¿no es así, señor teniente Otto de las SS?
Udet siguió hablando durante el camino de vuelta, y también una vez aterrizamos y luego en un bar, mientras bañábamos con alcohol nuestra amistad recién comenzada. Lo cierto es que el famoso as del aire alemán, en el momento que pisaba tierra dejaba de convertirse en un tipo alegre y seguro de sí mismo. No era hasta la cuarta o quinta copa que comenzaba a ser de nuevo el hombre ocurrente que

no dejaba de llamarme "señor teniente Otto de las SS". Yo había utilizado el nombre y la equivalencia de teniente, que existía en el ejército del aire, en lugar de Obersturmführer-SS porque hasta yo mismo encontraba estúpidos los rimbombantes nombres que puso Himmler a su ejército. Pero Udet lo había encontrado divertido y continuó con la broma durante todo el día, y durante los días siguientes. En realidad, siempre me llamó así. Era la típica broma de borracho que se iba haciendo grande y más grande hasta hacerse interminable.

La típica broma que sólo hace gracia al borracho en cuestión.

De vuelta a casa, me esperaba Mildred, que se aburría en su apartamento con la sola compañía de la radio nacionalsocialista (Reichsrundfunk), que la tenía sentada horas y horas esperando la siguiente radionovela y el siguiente noticiario o discurso de Goebbels. Tal vez porque aquel día ya había terminado de escuchar sus programas preferidos, decidió abandonar su apartamento y vino a limpiar el mío, o tal vez me estaba esperando con una mala excusa, porque a mí me pareció tan sucio y desordenado como de costumbre. Nos besamos y le hablé de lo que había descubierto aquel día, de la Luftwaffe, de la guerra falsa y de que mi ídolo, el coronel general Udet, era un alcohólico bastante pesado y sin pizca de gracia.

Ella me besó y me habló de la grandeza del Führer, del designio del más grande hombre de todos los tiempos, de la grandeza en suma de la propia Alemania. Las pequeñas debilidades de los hombres quedaban ensombrecidas ante el futuro espléndido de la raza aria y del Reich de los mil años. El hecho es que cada día necesitaba más de su apoyo y de su ferviente fe en el nacionalsocialismo para poder llevar a cabo la operación Klugheit. Y lo cierto también es que yo era lo bastante joven como para que, después de haber hecho el amor toda la noche, volviera a sentirme feliz de haber conocido a uno de los pilotos más célebres de Alemania, que me había llevado de visita hasta el estático frente de guerra en las líneas Maginot y Sigfrido, en un avión de competición acrobática.

—Has tenido mucha suerte —me aseguró Mildred desde el lecho.

—Es verdad, cariño. Estoy deseando que llegue la hora de volver al aeropuerto para subirme al ME 109 con Udet. Va a ser de nuevo algo maravilloso.

Sí, lo habréis notado. Es una enfermedad terrible esa de tener sólo 17 años. Por suerte, el tiempo la cura.

XV

A finales del mes de diciembre de 1939 se organizó el traslado de Unity Mitford desde la clínica de Munich en la que se recuperaba hasta la neutral Suiza. El Estado alemán le había pagado todos los gastos del viaje y también de los meses en el hospital. Existía un cierto temor a que la opinión pública internacional creyese que Unity conocía algún secreto de Hitler y que ésa había sido la causa de su suicidio. Por ello, una muerte en Alemania de la muchacha podía acabar siendo todo un problema, porque con toda seguridad los diarios sensacionalistas afirmarían que la Gestapo la había quitado de en medio para evitar que ese sórdido secreto saliese a la luz. Incluso algunos aventuraban ya la naturaleza del secreto y se hablaba de bebés imaginarios, vástagos escondidos de Hitler que un día surgirían de alguna parte para liderar el tercer o el cuarto Reich.
Pero todo era mentira. Unity había amado al Führer y se había suicidado, o lo había intentado, porque estaba convencida de haberle fallado tanto a él como a su país… y probablemente porque tenía un carácter exacerbado, romántico e impresionable que le había llevado a tomar aquella terrible decisión.
La mañana en que se estaban haciendo los preparativos para la marcha a Zurich de la muchacha, Hitler acudió a la habitación 232 de la clínica de la Nussbaumstrasse llevando una foto autografiada suya y una insignia de oro y diamantes del partido nazi. Pero Unity se pasó casi toda su visita inconsciente, con breves momentos de lucidez en los que preguntaba por Inglaterra. Había recuperado el habla, pero sólo despertaba de su letargo dos o tres veces cada día.
—¿Habéis entrado en guerra ya con mi país?
—Todavía no, Lady Mitford. Tal vez al final pueda evitarse —mintió Hitler. Los médicos, con el doctor Magnus a la cabeza, habían sido taxativos. Ninguna preocupación, ningún problema, absolutamente nada más que amabilidad y sonrisas. Sólo eso podía soportar la mente quebrantada de la muchacha.
—¿Me decís la verdad?
El Führer se inclinó sobre el lecho donde yacía Unity y le acarició los antebrazos, lentamente, como siempre hacía con los niños pequeños, especialmente los de Goebbels y Speer, para tranquilizarlos. Tal vez era un gesto nervioso del que ni siquiera se daba cuenta.
—Yo nunca te mentiría, pequeña.
No tuvo que mentirla mucho más tiempo porque, cuando Unity abrió la boca para decir una nueva frase, su expresión se quedó congelada en un rictus plácido, como cuando uno está en la vigilia, ni dormido ni despierto. Así, con la boca abierta y mirando al vacío, se quedó la muchacha durante más de media hora, hasta que el Führer resolvió que era el momento de marcharse. Dulcemente, casi como si tuviera miedo de despertarla de ese sueño que no era sueño, dejó en la mesilla de noche de Unity su foto y la insignia del partido.
Ella nunca se recuperaría del todo de sus heridas. Regresaría a Inglaterra y moriría en 1948 con sólo 33 años. Paradójicamente, sobreviviría al Tercer Reich de su amado Führer, pero él, en el momento de su despedida, no podía ni siquiera imaginar lo que les deparaba el futuro.
—Nunca te olvidaré —musitó cuando traspasaba el umbral, con los ojos brillantes, a punto de romper a llorar.
Una enfermera pudo escuchar este momento emotivo y se lo comentó a su hermana, que llamó a su

novio para comentarle que el Führer era un hombre sensible y bueno que sufría por los enfermos. Todo el mundo amaba a Hitler en aquella Alemania del principio de la guerra mundial y muy pocos dudaban de que conduciría a la patria a un destino maravilloso. Y eso también lo pensaba la enfermera y su novio.

Pero lo que no sabían ninguno de los dos es que el teléfono del muchacho, que trabajaba en un cargo administrativo para un agregado comercial ruso, estaba pinchado, como cientos y cientos de otros muchos en toda Alemania.

Hermann Goering, cuya avaricia de cargos y obligaciones era interminable, controlaba también ese amplio sistema de espionaje interno y escuchas telefónicas, llamado Forschungsamt. Uno de los muchos teléfonos que tenía pinchados le reveló aquella tierna historia, así como que Hitler había mandado a Suiza a Unity sin pedirle a él que organizase el asunto. Meses atrás, cuando la muchacha intentó suicidarse, Goering en persona había sido enviado a Munich en nombre de Hitler para informarle de todo cuanto aconteciera respecto al estado de salud de la muchacha. Pero ahora siquiera se había dignado a informarle de que la trasladaba fuera de Alemania.

Alguna cosa sutil había cambiado la relación entre ambos hombres. Tal vez fue aquella la primera vez que Goering comprendió que poco a poco, se estaba alejando del Führer.

—¡Maldita sea!

En su despacho, daba vueltas como un gato enjaulado mientras leía una y otra vez la transcripción de la escucha telefónica.

—¡Traed mi rifle! —gritó entonces, cada vez más nervioso.

Como le sucedía a menudo cuando se sentía estresado o alguna cosa no había salido según sus cálculos, el mariscal del aire organizó una pequeña partida de caza en los terrenos que rodeaban el Carinhall. No era la primera vez que se daba cuenta de que había defraudado aunque fuera en parte a Hitler: su interés por buscar una paz negociada en las crisis anteriores a Polonia, especialmente en la anexión de Austria y en el tema de Checoslovaquia, le habían valido veladas reprimendas del Führer, que llevaba tiempo deseando una guerra a pequeña escala que sirviese a su ejército de preparación para esa otra guerra, ese gran conflicto a gran escala que esperaba librar, en un mañana cercano, para dominar el mundo. Sus esfuerzos por preservar la paz sólo le habían interesado a Hitler cuando comprendió que las potencias occidentales no iban a pasar por alto la invasión de Polonia y que se enfrentaba a una nueva Gran Guerra. Fue en ese momento cuando comprendió que quizás había ido demasiado lejos, pero entonces ya era tarde.

En aquellas ocasiones en las que Hitler y él tuvieron diferencias a la hora de conducir la política internacional, el siempre afable Goering había reaccionado de la misma manera, con nerviosismo, perdiendo su rostro afable y su gesto siempre risueño, al borde de un ataque de nervios. Él admiraba profundamente a Hitler y no soportaba la idea de no ser el más valioso, el único necesario de sus colaboradores. Cuando aquellos momentos de desazón le embargaban nada le serenaba tanto como la caza.

Porque cazar era la gran pasión de Hermann Goering. Es más, otro de sus muchos títulos, obligaciones y cargos que atesoraba era el de cazador mayor del Reich y jefe del servicio forestal. Estaba muy preocupado por repoblar las montañas alemanas de aquellas especies que estaban en peligro de extinción; redactó leyes contra la tortura de los animales y para su salvaguarda; prohibió la disección de animales estando todavía vivos, práctica que era habitual en toda Europa hasta que él la denunció. Y es que estaba convencido de que el cazador debía ser el mayor defensor de los

animales y de los bosques.

Le encantaba levantarse de mañana y perseguir una pieza durante horas y horas hasta conseguir abatirla, y se vanagloriaba de haber cazado un ciervo con una cornamenta de más de 30 puntas, todo un récord. Durante aquellas horas en que perseguía el animal, campo a través, el estrés de las obligaciones que él mismo se forzaba a asumir desaparecía, el más mínimo fallo que hubiera cometido en cualquiera de sus funciones, un mal gesto del Führer o cualquier pequeña derrota personal contra otro de los barones del partido como Himmler o Goebbels, se convertía en algo diminuto en comparación con aquella persecución, con la grandeza de su unión con la madre natura.

Y eso hizo precisamente aquel día, buscando sin descanso un gran ciervo para decorar con su cornamenta uno de sus salones. Hasta que lo abatió. Finalmente, de regreso al Carinhall, ya había tomado la decisión de hacer que trasladasen la cabeza de la bestia al refugio de caza de Rominten, otra de sus viviendas y acaso su lugar preferido para la práctica de la caza. Fue entonces cuando su esposa Emmy le salió al paso.

—Tienes visita —le anunció, con semblante gélido.

Emmy era la perfecta esposa: rubia, de formas sinuosas, callada y servicial, la típica que nunca se entromete en ninguna de las labores de su esposo. En los círculos nazis era conocida como la "dama excelsa", la encarnación perfecta de la mujer alemana. Había dejado su trabajo como actriz al poco de contraer matrimonio con Goering y nunca se había arrepentido. Sabía que no tenía con su esposo la relación íntima, de camaradería, que éste tuviera en el pasado con Carin. Pero no le importaba porque su marido era un hombre poderoso, rico, afectuoso con ella y con la pequeña Edda. No, no tenía razón alguna para quejarse. Cuando, muy rara vez, alguna cosa le importunaba jamás decía una palabra de más, sólo contemplaba a Hermann con una mirada fría y esperaba que éste solucionase el asunto.

En realidad, había muy pocas cosas que la molestasen pero tal vez la principal eran los "hombres de gris". Con ese nombre designaba ella un cierto número de matones, ladrones, marchantes de arte y gente diversa en los límites de los bajos fondos y las altas aunque turbias finanzas, que conseguían obras de arte para Goering. A decir verdad, no todos ellos vestían de gris pero el primero de aquellos hombres que conoció llevaba un traje ceniciento y ajado que había terminado por dar nombre a toda aquella caterva de proveedores que visitaban el Carinhall.

Porque el mariscal del Reich vivía obsesionado por amasar las mayores joyas artísticas de la historia. Todo comenzó años atrás, cuando todavía vivía Carin, de una forma bastante ingenua; gracias a los regalos de ricos industriales alemanes y otros aduladores, Hermann comenzó su colección de arte. Pero su adicción a la morfina, que cada día le volvía más amoral y más inclinado a la grandilocuencia, acabó por llevarle a decidir que aquella mansión debía convertirse en un museo y ya por entonces, a finales de 1939 o principios de 1940, había más de 15 000 obras de arte dentro del Carinhall. Para conseguir una colección semejante ya no le bastaba con gastarse en subastas el dinero del Estado de Prusia, del que era presidente, sino que comenzó a extorsionar a los hombres más ricos de aquellas zonas que conquistaba Alemania para hacerse con sus tesoros. Algunos tratantes, sobre todo judíos, aceptaban entregarle sus posesiones a cambio de sus vidas pero Goering nunca tenía bastante y siempre había entrando y saliendo de su casa algún personaje sombrío ofreciéndole pinturas expresionistas, tallas de madera antiguas, ricos tapices o esculturas clásicas.

Aquellos hombres turbios, aquellos hombres de gris, eran los que convertían en hielo la mirada de Emmy, porque odiaba que su Hermann se mezclase con aquella chusma; ella percibía que eran hombres malvados pero en realidad eran algo más: algunos eran torturadores, gente que no dudaba en someter a aquellos que no querían entregar sus tesoros a Goering al maltrato físico, a la deportación de toda la familia a un campo de concentración o a cualquier otra amenaza. Todo valía si al final el ardid surtía efecto y le consiguían al afable y gargantuesco número dos del tercer Reich, las obras de arte que necesitaba para llenar el inmenso vacío que había en su alma.

Aquel día había venido de visita precisamente el hombre del traje gris ajado que había dado nombre a todos los demás matones de Goering. Estaba sentado en una silla de madera labrada cuando Hermann entró en el despacho:

—¿Lo tienes? —imploró Goering, frotándose las manos como un moderno rey Midas que en lugar de convertir en oro todo lo que tocan sus manos, lo robaba.

—El judío se niega a entregarnos su colección. No nos dice dónde está.

—Tú sabes cómo hacer para que hable.
—Es un tipo duro.
—Seguro que los has encontrado más duros. Haz lo que tienes que hacer y consígueme ese cuadro de Van Gogh.
Mientras hablaban sonó el teléfono. Era un guarda forestal que pedía permiso para actuar sobre una manada de lobos que ponía en peligro el ganado de los campesinos y propietarios rurales del norte de Renania. Goering se lo prohibió y ante la insistencia del guardia, comenzó a insultarle y afirmó que él tenía un gran respeto por los lobos, unos hermosos animales, y que nadie pondría un dedo encima de aquella manada, de lo cual le hacía personalmente responsable. Acabó la discusión afirmando que antes le dispararía al guardia en la cabeza que permitir que le tocasen un pelo a aquellos hermosos lobos.
Cuando colgó el teléfono se volvió hacia el hombre de gris.
—No soporto que se haga daño innecesariamente a los animales —calló por un momento, con el rostro tenso, pensando en aquellos hermosos ejemplares perseguidos por un grupo de ignorantes campesinos. Meneó la cabeza—. ¿Dónde estábamos?
—Me decíais, mariscal, que debía sacarle la información al judío.
—Sí, sí… claro. Consígueme el cuadro. Como sea.
El hombre de gris se marchó poco después, pero en menos de semana estaba de vuelta. Goering estaba muy ocupado porque Hitler acababa de dar orden de suspender una vez más la invasión de Francia tras recibir informes de que los aeródromos estaban encharcados a causa del mal tiempo. En la cancillería todo el mundo estaba de mal humor y cuando Hermann encontraba un minuto para regresar a la tranquilidad del Carinhall sólo quería estar a solas con sus maquetas de trenes o cazando en los alrededores. Pero siempre tenía tiempo para los hombres de gris.
—¿Has conseguido el cuadro?
—El judío sigue sin hablar. Me temo que tendremos que torturarlo si queremos que nos diga en qué almacén tiene lo que buscamos.
Goering enarcó una ceja, sorprendido.
—Pensé que ya lo habrías torturado. Necesito ese cuadro. Quiero ese cuadro. Lo que no quiero son excusas y que vengas aquí con las manos vacías.
Tres días después regresó el hombre de gris. La Cancillería seguía bullendo con constantes idas y venidas, planes y contra planes, informes y contra informes. El alto mando seguía intentando por todos los medios detener el caso amarillo y evitar el enfrentamiento directo con las potencias occidentales. Von Brauchitsch, comandante en jefe del ejército de tierra, ofreció su dimisión y Hitler se la rechazó. El anciano debía acatar las órdenes y cumplir con su deber. El deber, para un oficial alemán era lo primero de este mundo y cuando de los labios del Führer salió esa palabra: "deber", Von Brauchitsch decidió callar y acatar las órdenes, incluso ahora que el caso amarillo incluía no sólo la invasión de Francia sino la de los Países Bajos y que, paralelamente, se tenía intención de atacar Dinamarca y Noruega.
Parecía que los nazis querían tomar de golpe el mundo entero y el anciano general pensaba que era un suicidio pero, aún así, había tomado ya una decisión: cumpliría con su deber y se suicidaría al frente de sus tropas si era necesario.
Pese a todo, en medio de esos días decisivos, Goering volvió a encontrar tiempo para el hombre de gris.

—Sigue sin soltar palabra —le comunicó el matón, con el rostro compungido, sabiendo que el Mariscal no aceptaba los fracasos.
—¿Has mandado a su familia un campo de concentración?
—Todavía no.
—Pues hazlo de una maldita vez. Y no les dejes llevarse nada, ni una maleta, que vayan con lo puesto, ni siquiera con un abrigo. Y que el judío les vea marchar hacia el tren. A ver si entonces comienza recordar dónde escondió el cuadro.
Goering no vio al hombre de gris en mucho tiempo. Visitó junto a Hitler las fortificaciones alemanas en la frontera con Francia, más conocidas como la línea Sigfrido o muro del oeste. En la confluencia entre la línea Sigfrido y el equivalente francés, la línea Maginot, seguía teniendo lugar otro episodio más de la llamada guerra falsa, el estúpido intercambio de cañonazos entre los franceses (que no querían avanzar sobre territorio alemán) y el ejército nazi (que esperaba el momento de avanzar sobre el territorio galo). Entretanto, a base de pequeñas escaramuzas, algún intercambio de disparos y los consabidos cañonazos, seguían pasando los meses.
A principios de 1940, mientras Hitler pasaba las vacaciones de Navidad junto a Eva Braun en el Berghof, Hermann se reunió una última vez con su suministrador habitual de obras de arte. Al menos, uno de los habituales.
Uno de sus criados lo llevó al sótano donde estaba la cervecería y una enorme bodega de vinos. El Carinhall siempre tenía de todo, de lo mejor y en cantidades ingentes.
—Tengo el Van Gogh —anunció el hombre de gris sin rodeos.
Goering no era una persona que escatimase muestras de alegría en el momento de la victoria. No dijo un "¡ya era hora!" sino que se abalanzó sobre su interlocutor y le dio un fuerte abrazo. Le encantaba tocar a la gente, todo lo contrario que Hitler.
—¿Lo has traído contigo?
—Por supuesto.
Mientras el mariscal del Reich batía palmas, un ayudante colocó la nueva adquisición junto al Retrato del doctor Gachet, del mismo autor, que ya tenía un lugar de honor en uno de los pasillos laterales. A excepción del arte degenerado (Entartete Kunst), que era como los ideólogos nazis llamaban a las últimas expresiones de arte occidental como el cubismo o el dadaísmo, Goering amaba toda forma de arte y en el fondo de su corazón habría querido hacinar todas las obras de la historia del mundo en su Carinhall.
—El Führer siempre dice que el arte clásico nació de los genes arios —reveló al hombre de gris, mientras enderezaba el lienzo hasta dejarlo perfecto—. Los dorios invadieron la antigua Grecia en el 2000 a.c. Fue la primera de una serie de invasiones indoeuropeas que dieron comienzo al mundo clásico. Atenas y, sobre todo, Esparta, nacieron a partir de los dorios. ¿Y sabes quiénes eran los dorios, esos guerreros sublimes que vinieron del norte?
El hombre de gris negó con la cabeza.
—¡Eran los primeros germano nórdicos, claro está! ¡Los primeros arios! Todo el arte clásico, tanto el griego como el romano, es una creación de la raza superior. Por eso lo amo tanto.
Goering era un hombre con un vasto conocimiento acerca de los detalles de las obras que poblaban su mansión-museo del Carinhall. Pero en temas artísticos (como en muchos otros) era un aficionado. El amaba el arte clásico, las obras figurativas, porque si tenía un cuadro de un paisaje quería ver ese paisaje. Incluso el impresionismo le gustaba porque, aunque vagamente distorsionado, el paisaje era

reconocible. Pero el arte moderno, esas figuras geométricas incomprensibles, esos borrones de tinta... lo odiaba porque no lo entendía. Además, si Hitler y los ideólogos nazis decía que era un arte degenerado, propio de razas inferiores, pues mejor que mejor. Así su particular gusto por lo bello y lo entendible quedaba justificado.

—Hasta los egipcios o los sumerios, todas las razas que han construido monumentos inmortales como las pirámides o los zigurats... hasta ellos eran arios. Hitler me lo ha explicado muchas veces.

El hombre de gris siguió escuchando los desvaríos de Goering durante un buen rato. Él conocía bien la historia del arte y los asuntos raciales le traían sin cuidado, sobre todo cuando, como en ese caso, no eran más que tonterías. Sólo pensaba en la forma en que había conseguido aquel cuadro de Van Gogh. Se sentía culpable. No demasiado, es verdad. Cobraba por conseguir resultados, y los alcanzaba a cualquier precio. Pero la fuerza de voluntad y la valentía del antiguo propietario de aquella pintura le habían impresionado.

—No fue suficiente con mandar a la familia del judió a un campo de concentración. No quería revelar donde estaba el cuadro —le informó el hombre de gris a un Goering todavía absorto mirando la pared.

—¿Ah, no? —repuso Goering con gesto distraído

—Tuvimos que seguir torturándole. De hecho reveló dónde estaba el cuadro justo antes de morir.

—¿Si? Eso es maravilloso, amigo mío.

Por un momento, el hombre de gris se quedó en silencio, estupefacto. Sabía perfectamente que Goering no era un hombre cruel, sólo un hombre al que la morfina le había robado el alma. En realidad, jamás habría ordenado la tortura del judío de no ser porque necesitaba un nuevo juguete para su museo. Le constaba que el Mariscal del aire que no disfrutaba con el sufrimiento de los hombres. Sonrió al pensar que si, para conseguir la ubicación del cuadro, hubiese tenido que torturar al animal de compañía del judío, el Goering jamás lo hubiese permitido, porque hacerle daño al animal lo consideraba completamente inaceptable, una barbarie.

—Oh, sí, es maravilloso... —repitió Goering

Y entonces el hombre de gris comprendió. El Mariscal ni siquiera le estaba escuchando: le importaba un comino ya como hubiera conseguido el cuadro, si había tenido que matar o torturar al judío o si toda su familia había muerto al llegar al campo de concentración. El cuadro de Van Gogh estaba colgado de una pared y Hermann sonreía con los ojos brillantes, como un niño pequeño:

—Maravilloso, maravilloso, maravilloso… soy el hombre más feliz de la tierra —murmuró una vez más, arrebatado.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

El coronel general Udet fue la primera persona a la que vi tomar Pervitin, una droga que con el tiempo se haría tristemente famosa. Justo antes de emprender el vuelo, una mañana del mes de enero de 1940, el viejo piloto sacó un tubo rosado de su bolsillo y engulló dos pastillas sin necesidad ni tan siquiera de agua. Su garganta se contraía y se dilataba mientras las tragaba.

—No podría vivir sin estas pequeñiñas —me confesó.

—¿Qué son? —pregunté, extrañado.

—Se trata de un nuevo invento de nuestros científicos. El Pervitin fue usado por primera vez en la campaña de Polonia, sobre todo para que los conductores de camiones o las tripulaciones de tanques no se durmieran cuando tenían que realizar grandes desplazamientos durante nuestro avance. Es una maravilla. Te quita el sueño. Te da confianza. Te hace sentir invencible. ¿Quieres probarlo?

—No, gracias.

—Tú te lo pierdes. Pronto lo van a tomar todos los soldados de la Wehrmacht.

Tenía razón. En los meses siguientes y en todas las campañas posteriores del ejército alemán, millones de pastillas de esa droga serían suministradas a nuestros combatientes. Se trataba, como hoy es bien sabido, de anfetaminas, poderosos estupefacientes que crean adicción y que en elevadas dosis pueden causar hasta la muerte. Pero en aquel momento ni siquiera eran consideradas drogas, sino meros estimulantes, necesarios para la buena disposición anímica de la tropa. Se regalaban como si fueran tubos de caramelos.

Mientras el avión despegaba me quedé pensando en que el número uno de la Luftwaffe, el Mariscal Goering, era un drogadicto que ocasionalmente se emborrachaba. Su número dos, Ernst Udet era un alcohólico que ocasionalmente se drogaba. Nuestra Fuerza Aérea estaba en buenas manos.

—Hoy tengo una buena noticia para ti, señor teniente Otto de las SS —me informó Udet levantando el morro de la nave y ascendiendo vertiginoso hacia los cielos—. ¡Nos vamos a Finlandia!

Por un momento no di crédito a mis oídos. Tal vez el sonido de los motores me impidiera discernir con claridad las palabras de Udet.

—¿A Finlandia, señor? Allí están en guerra, por si no lo sabe.

—Ah, claro que lo sé. Por eso vamos, precisamente.

En efecto, hacía casi dos meses que habían comenzado las hostilidades entre la Unión Soviética y su antigua provincia, ya que Finlandia había pertenecido a Rusia hasta 1918, cuando se independizó aprovechando la revolución bolchevique. Desde entonces, estaba gobernada por un antiguo general del ejército zarista llamado Carl Mannerheim, un hombre que ni siquiera sabía hablar correctamente el finés pero conocía perfectamente la forma de luchar del ejército invasor.

Yo había leído en los periódicos que, de forma sorprendente, la guerra estaba siendo favorable al pequeño Estado finlandés frente al gigante ruso, pero no sabía que el desastre era tan mayúsculo hasta que comencé a escuchar las explicaciones de Udet. Con el tiempo se llegaría a decir que los rusos perdieron al menos cien mil sino doscientos mil hombres en Finlandia. Nikita Kruschev, un comisario político que conocería años después en Stalingrado, me diría confidencialmente que

fueron un millón los muertos . No sé si creerlo. Me parecen demasiados, pero que fue una catástrofe está fuera de toda duda.

(Nota): Nikita Kruschev (1894-1971): Se trata del mismo Nikita Kruschev que más tarde gobernaría la URSS tras Stalin y Brechnev. Su figura y participación en la batalla de Stalingrado serán convenientemente desarrolladas posteriormente en esta saga. En su diario personal, en efecto, dejó escrito que en la campaña de Finlandia habían muerto un millón de soldados rusos, aunque los historiadores actualmente consideran más realista un número cercano a cien mil.

Mientras Udet rectificaba la posición del caza en el despegue (los ME 109 siempre han tenido el defecto de escorarse hacia la izquierda), y aunque seguía maniobrando con el freno y el timón, la droga que había tomado le daba tanta confianza que comenzó con sus explicaciones, su particular visión de la guerra de invierno ruso-finesa:

—Como siempre dice el Führer, esos eslavos soviéticos son seres inferiores. Han querido en su soberbia hacer una guerra rápida como la que hemos terminado nosotros en Polonia. Estaban convencidos que podrían aplastar al mosquito finlandés con su enorme pata de elefante —rió, mientras el avión temblaba y el tren de aterrizaje se retraía—. Pero el mosquito era un ratón y el elefante ruso ha salido corriendo despavorido.

«200 millones de habitantes soviéticos frente a menos de 4 fineses y sin embargo no están siendo capaces de doblegarles. Se enfrentan a un estado que prácticamente no tiene reservas de cartuchos, apenas tiene unos pocos aviones operativos y por lo que he oído tan sólo disponen de un tanque. Y esos eslavos inferiores no son capaces de derrotarlos.

El estampido del motor del ME 109 restallaba en el aire, atravesando una tormenta de granizo camino de un lugar entre las nubes. El pilotaje agresivo de Udet nos estaba llevando hacia el horizonte a la máxima velocidad que daba el aparato. Pero aún así continuaba hablando, acelerado por las anfetaminas, con los ojos iluminados por la furia del cielo, esa furia que vive en el interior de los verdaderos pilotos.

—Tal vez su primer error fue pensar que su Fuerza Aérea era similar a la nuestra. Los rusos tienen buenos aviones, es verdad, pero no los saben usar. Nosotros utilizamos nuestros Stukas en la guerra contra Polonia para aterrorizar al enemigo, como apoyo a la infantería, para generar una ventaja táctica. Pero ellos los usaron principalmente para el bombardeo estratégico cuando su puntería es pésima. La aviación actualmente no sirve para destruir por sí sola al enemigo, su misión es debilitarlo moralmente y favorecer el ataque de las tropas de vanguardia.

Yo no era precisamente un experto en el uso de la aviación y tampoco terminaba de entender demasiado bien lo que me explicaba, pero el caso es que Udet había subido de una altura media hasta los 8000 m y luego hasta los 10.000, y estábamos llegando ya al límite de tolerancia del aparato. Por ello, lo que me estaba explicando acerca del uso inadecuado de los soviéticos de sus propios aparatos, de pronto me resultaba muy poco importante y estaba pegado a mi asiento, con la cabeza echada hacia atrás, intentando no parecer demasiado asustado.

—En el uso de los tanques también han cometido graves errores. En lugar de usarlos para aprovechar la ventaja una vez superadas las defensas enemigas, como hicimos nosotros en Polonia, los rusos los utilizan de punta de lanza, a menudo en primera línea. Y los finlandeses han sabido sacar partido de

ello.
Siguió explicándome cuestiones diversas sobre la campaña finlandesa hasta la noche. Repostamos en un aeropuerto, de los pocos que todavía tenían operativos los finlandeses. Pese a ir ganando, los finlandeses estaban desesperados, ya que sabían que tarde o temprano sus defensas se vendrían abajo, y cualquier observador internacional era bienvenido. Estaban ansiosos por recibir ayuda de la Sociedad de Naciones (que había expulsado a la URRS recientemente por atacarles) o de Alemania de quien fuera. Por desgracia para ellos, hasta ese momento les habíamos dejado a su suerte a causa del pacto con Rusia, el acuerdo que firmaron los ministros exteriores de Alemania y la URRS en vísperas de la campaña Polaca. En su mayor parte secreto, dejaba las manos libre a los rusos en la zona. El Reich estaba atado de pies y manos en el asunto finlandés: no iba a echarles una mano. Aunque eso, naturalmente, lo ignoraban en Helsinki.
Sea por la razón que fuere, el caso es que repostamos en territorio finlandés antes de volver a alzar el vuelo. Fue entonces cuando, desde el aire, pude comprobar a qué se refería Udet con el mal uso que hacían los rusos de sus tanques.
Los finlandeses no tenían cañones anticarro que pudiesen enfrentarse a los blindados soviéticos y en particular al KV-1, una bestia colosal y ominosa que en ese momento era el mejor tanque pesado en servicio de todos los países del mundo. Como eran conscientes de sus debilidades, en lugar de perder la cabeza, decidieron actuar con inteligencia y se dedicaron a construir una gran variedad de obstáculos antitanque. Combinando estos con diferentes tipos de minas, inmovilizaban al primer y al último tanque de una formación y luego, sin prisas, destruían uno por uno al resto de la columna de blindados. Sabiendo que no tenían ningún arma que atravesase el blindaje, esquiaban alrededor de los tanques inmovilizados levantando una gran cortina de hielo y polvo en suspensión. Luego se arrastraban con cargas Satchel (un artilugio de demolición a base de dinamita) y las colocaban en los bajos de los vehículos. Cuando se les acabaron, decidieron improvisar todavía más e inventaron el hoy conocido como cóctel molotov, que no era más que una botella de vodka con un trapo untado en gasolina metido a presión en la boca del frasco. Le prendían fuego y convertían el tanque en un asador humano. La idea de armar a la infantería con armas antitanque realmente efectivas todavía no se había desarrollado en ningún ejército. Los finlandeses fueron los primeros en conseguir victorias remarcables, aunque rudimentarias, en este campo.
Sin embargo, la inventiva finlandesa, los grupos de esquiadores que atacaban y retrocedían como en una guerra de guerrillas sobre hielo, no fue la razón principal de la derrota rusa en esta primera fase de la guerra. En realidad fue una combinación de varias razones. La superioridad aérea no les había servido de nada a los rusos, la superioridad en blindados tampoco, y finalmente la superioridad en hombres resultó desastrosa. Las razón principal de la victoria alemana en la campaña de Polonia había sido fundamentalmente la coordinación entre las tres armas: infantería, tanques y aviones. A los rusos sólo les quedaba la infantería pero, presionados por los comisarios políticos, esos férreos representantes del partido que acusaban a cualquiera de cobardía, los generales y los mandos intermedios lanzaban a sus hombres de forma suicida contra las defensas finlandesas. Uno tras otro, pelotones rusos eran ametrallados mientras avanzaban como autómatas hacia la línea de trincheras que defendían los finlandeses. Una vez habían caído todos muertos, un segundo pelotón avanzaba... y así interminablemente. A menudo, los oficiales finlandeses tenían que retirar a los servidores de las ametralladoras tras un tiempo en el servicio, porque en unos pocos días podían haber asesinado en un tiro al blanco absurdo a miles y miles de rusos y muchos comenzaron a tener problemas mentales. Y

es que casi todo el ejército finlandés era de leva o voluntario, es decir, se trataba de campesinos y pequeños propietarios que días antes estaban arando sus campos y de pronto se veían convertidos en asesinos de masas.
Desde el aire pude ver centenares de cuerpos rusos congelados, apilados los unos sobre los otros, y nuevas oleadas de combatientes disparando contra el enemigo, atrincherándose detrás de los cadáveres de sus compañeros muertos en el ataque anterior. Mientras que la estrategia finlandesa estaba basada en la inventiva, en la improvisación, en ser más inteligente, la estrategia soviética se basaban obediencia ciega, en mandar un batallón tras otro pensando que la superioridad numérica daría la victoria. Se acercaba la fecha del cumpleaños de Stalin y los comisarios estaban desesperados buscando una victoria rápida para regalarle Finlandia el día que el dictador cumpliera 61 años. Pero la fecha pasó, Stalin no obtuvo el cumpleaños que había soñado, algunos oficiales soviéticos fueron fusilados y el comandante en jefe destituido.
Los rusos habían querido repetir una guerra rápida como la nuestra en Polonia y estaban metidos en una guerra de trincheras similar a la Primera Guerra Mundial.
Más tarde ha corrido la leyenda urbana de que las purgas de Stalin fueron las culpables de la falta de preparación del ejército ruso. En particular el asesinato de uno de los más grandes teóricos del uso de blindados, el Mariscal Tukachevski. Lo cierto es que asesinar al más brillante de tus generales no es precisamente una buena idea y que las razones políticas, fundadas o no, nunca deben influir en la elección de los mandos militares, y aún menos en la decisión de ejecutarlos. Pero el hecho es que en la Guerra de invierno contra Finlandia los rusos eran mejores en todo, incluso en su estrategia inicial, que no era mala. Sencillamente, cuando las cosas no funcionaron fueron incapaces de ofrecer alternativas tácticas y estratégicas mientras su enemigo evolucionaba y se reinventaba constantemente. No fueron tanto las purgas de grandes militares las que causaron su derrota, sino que los generales que estaban en servicio, algunos también muy brillantes, no eran capaces de tomar decisiones nuevas o de hacer uso de la iniciativa por miedo a los comisarios políticos y a Stalin, o tal vez porque el terror se había instalado de tal forma en sus mentes que les costaba reaccionar a los cambios que se producían en la campaña.
Recordé las palabras de Manstein durante el contraataque polaco del Bzura:
Esta batalla ha demostrado que un ejército, aunque tenga una buena idea, tiene que ser capaz de reaccionar rápido. Los polacos tardan demasiado en tomar una decisión y, aunque ésta sea buena, luego son incapaces de evolucionar cuando el contrario te plantea una nueva estrategia.
Aquellas palabras serían proféticas para todos los bandos en la guerra mundial que se avecinaba, y llegaría el día que podrían aplicarse también a nuestros ejércitos.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: LA PURGA CONTRA TUKHACHEVSKY

Mikhail Nikolayevich Tukhachevsky (1893-1937): Mariscal ruso y uno de los principales teóricos junto al alemán Guderian, de las teorías de Ataque en Profundidad precursoras de la Blitzkrieg. Stalin, se dice que temeroso de la fama e influencia de Tukhachevsky, lo mandó ejecutar junto a otros militares.

LUGAR Y FECHA: 11 DE JUNIO 1937. EJECUCIÓN DE TUKHACHEVSKY

Se ha escrito mucho sobre la influencia de la muerte del mariscal en la mala preparación del ejército ruso. Se ha exagerado la importancia de este evento. Lo que está claro es que no ayudó a la modernización del ejército rojo el que muriera su principal teórico en el uso de los blindados.

CONSECUENCIAS: EL ACERCAMIENTO ENTRE RUSIA Y ALEMANIA

El informe que sirvió de base para detener a Tukhachevsky fue elaborado por Heydrich y Schellenberg. Se le acusaba de liderar un complot para derrocar a Stalin. Los rusos siempre agradecieron a los alemanes el chivatazo (si es que era cierto) y allí comenzaron las buenas relaciones entre ambas dictaduras que germinarían en el pacto Ribbentrov-Molotov de 1939 y el reparto de Polonia.

Si me he extendido en la descripción de mi viaje relámpago a Finlandia junto a Udet es porque esta batalla, en la que los alemanes no intervinimos, tuvo una influencia decisiva en el devenir de la guerra mundial. Hitler llegó a la conclusión de que el ejército ruso era un completo desastre. Si unos pocos finlandeses lo habían humillado, la gloriosa Wehrmacht alemana les aplastaría, y podría llegar si quisiera hasta Moscú en unas semanas, a Siberia en dos meses, y derrotar a los rusos en un abrir y cerrar de ojos, como había sucedido en Polonia.
El Führer no se equivocaba en una cosa, el ejército ruso estaba en pañales y tenía mucho que aprender de aquella derrota. Pero sucedió algo que Hitler no había previsto: realmente aprendió. No mucho, es verdad, pero lo suficiente para no ser un desastre completo el día que Alemania atacó la Unión Soviética. Y esa pequeña diferencia les salvó en la hora decisiva.
Y ahí va mi órdago personal: afirmo que si Rusia no hubiera atacado Finlandia en el año 1939, recibiendo un terrible castigo e iniciando unas tímidas reformas de su ejército, el Reich habría conquistado Rusia en 1941. La segunda guerra mundial habría terminado en aquel instante.
Pero no adelantemos acontecimientos que serán mejor explicados en capítulos posteriores de mi diario y regresemos al avión en que el coronel general y yo volábamos, satisfechos de las experiencias vividas y el tiempo compartido juntos.
En ese momento, por fin, pude sentir admiración por él.
Y es que de vuelta a Alemania, mientras Udet continuaba haciendo cabriolas en el aire y disfrutando de aquel viaje de muchas horas y todavía más peligros, me di cuenta de la extraordinaria fuerza de voluntad del coronel general, de cada vez que la artillería anti aérea rusa nos había disparado y él había esquivado de forma brillante el ataque de los soviéticos. Su habilidad en el pilotaje era tan legendaria como cierta, y eso que el ME 109 era un avión tan rápido que su radio de viraje era demasiado amplio; por tanto, no tan maniobrable como otros aviones con los que había combatido en el pasado. Pero él se sobreponía a cualquier característica técnica del avión que pilotase y era capaz de demostrar una habilidad única en su manejo, fuera cual fuese el enemigo o la situación que se planteara.
Sencillamente, era uno de los mejores pilotos del mundo.
Cuando aterrizamos, el coronel general saltó al suelo, todavía lleno de energía, y levantó los brazos en señal de victoria. Habíamos vuelto de una pieza y vivido unos instantes maravillosos en medio de una batalla épica. Uno de los altos mandos del ejército alemán se había puesto en peligro por nada, sólo por la sensación magnífica de arriesgar el pellejo, y había regresado de una pieza, reforzado como persona y reforzado ante mis ojos, que en ese momento ya no veían ni a un borracho ni a un drogadicto ocasional, sino verdaderamente al gigante que había pensado que era antes de conocerlo.
—Ha sido un placer volar a su lado, señor. Querría…
No sé qué iba decir exactamente. Pretendía mostrarle mi más sincera admiración, pero detuve mi discurso cuando vi que sus ojos, hasta ese momento todavía emocionados, de pronto se oscurecían. Estaba mirando una cosa detrás de mí. Me volví y divisé caminando por el hangar a uno de sus ayudantes, que llegaba cargado de carpetas.
—Mi coronel general, le informo que el mariscal Goering le espera desde hace medio día en el Carinhall. Está realmente enfadado y no se explica dónde demonios se ha escondido durante las

últimas horas. Temo que tendrá que dar muchas explicaciones, señor. De pronto, el gran aviador, ese gigante llamado Ernst Udet, desapareció. Contemplé anonadado como en cuestión de una milésima de segundo, se encogió de hombros hasta que su altura, de forma incomprensible, parecía de un palmo menos; su rostro empalideció y bajó los brazos que aún mantenía en alto en señal de victoria. Tenía los puños crispados. Ya no era ese ser magnífico que danzaba entre las nubes. Ahora había regresado al mundo real convertido en un burócrata diminuto atado a su amo Herman Goering, encadenado a su doble función de jefe del área técnica y de suministros, preso de un montón de burócratas que dependían de él y pretendían que los guiase. Pero él sólo era capaz de guiar a un avión en los cielos, camino del interminable horizonte. Una vez en tierra, en el mundo de la política y del papeleo interminable, volvía a ser sólo un hombre. Y como ese hombre no le bastaba a Goering ni le bastaba a la Luftwaffe, encogido, convertido en una parodia de sí mismo, se había transformado en un borracho.

El borracho que iba a conducir a la fuerza aérea alemana al desastre.

—Para mí también ha sido un placer conocerle, señor Weilern —balbuceó Udet, con los ojos bajos.

Era la primera vez en semanas que no me llamaba "señor teniente Otto de las SS". Le miré mientras se alejaba, todavía con la cabeza gacha, escuchando como su ayudante le hacía un resumen de un informe de suministros, y más tarde de un informe acerca del nuevo modelo de interceptor fallido.

Tal vez fuera un efecto óptico o acaso un espejismo de mi imaginación, pero juraría que antes de desaparecer de mi vista, al final del hangar, Udet había encogido al menos otro palmo.

XVI

Hermann Goering vivía desde hacía tiempo con un único temor: fallarle a Adolf Hitler. Se había multiplicado en un sin número de tareas intentando agradarle, apenas dormía y gracias a la morfina conseguía estar activo y con una energía desbordante en cualquier situación. Siempre pensó que a base de trabajo y tesón conseguiría sus objetivos pero nunca se llegó a plantear que al abarcar demasiado, tarde o temprano, algún detalle, alguna situación, escaparían a su control y todo acabaría en desastre.

Y por fin el desastre se produjo. El 10 de enero 1940, muy cerca de la frontera belga, en Mechelen, un avión alemán se vio obligado a hacer un aterrizaje forzoso. En el Messerchmitt ME-109 viajaban el comandante Reinberger y su piloto. Los dos militares fueron capturados y aunque antes del interrogatorio pertinente arrojaron a una estufa todos sus documentos, parte pudieron ser rescatados del fuego. Entre ellos estaban los detalles de la ofensiva que el ejército alemán iba llevar a cabo cuatro días después por orden del Führer.

¡Los planes del caso amarillo y de toda la ofensiva del oeste habían salido a la luz por culpa de un error de la Luftwaffe, cuyo comandante supremo era el propio Hermann Goering!

Hitler montó en cólera y mandó detener a toda la familia de los dos implicados, tanto del comandante Reinberger como de su piloto, Hoenmas. Sospechando que el asunto pudiera no ser fortuito y responder a los intentos del alto mando por retrasar u obligarle incluso a suspender en último término el caso amarillo.

Aunque no encontró pruebas de ninguna conspiración, finalmente mandó destituir al general de la Luftwaffe Feldmay, responsable en último término del aparato siniestrado, y se le pudo ver durante días despotricando en la cancillería contra la cobardía de los militares, su estupidez y sus continuos errores. Finalmente, en parte debido al incidente de Mechelen y en parte a causa de los informes meteorológicos, que seguían pronosticando mal tiempo en las siguientes semanas, el Führer, muy a su pesar ordenó suspender el caso amarillo hasta la primavera.

Aquel mismo día hizo llamar a Goering.

—Me has fallado —le espetó, sin ambages.

—Lo lamento, mi Führer. La culpa fue de Feldmay; sin duda no ordenó hacer las debidas revisiones a los aviones de...

—La culpa es tuya y de nadie más —le interrumpió Hitler, que sabía que Goering acostumbraba a buscar cabezas de turco para disimular sus propias equivocaciones.

La conversación no duró mucho más. Hitler, a menudo atento y amable con su segundo, lo despidió sin ni siquiera levantar la vista mientras el Mariscal, cabizbajo, abandonaba la estancia por los dos grandes portones flanqueados por la guardia de las SS.

De vuelta al Carinhall, Goering descendió al santuario bajo tierra de su primera esposa y rezó con lágrimas en los ojos en su memoria. Con los dedos rozó el armonio de Carin, ese piano que ella tocaba con tanta finura y que reposaba a poco espacio del sarcófago.

—Me has fallado —le espetó a Udet apenas media hora después, parafraseando a Hitler, mientras paseaban por los jardines delanteros.

El director técnico de la Luftwaffe había venido para informarle de los fallidos avances de un nuevo modelo de avión. Goering mandó a buscarle hacía doce horas, antes incluso de su entrevista con el

Führer, y hacía un rato le habían comentado que Udet llevaba todo el día volando ociosamente con un joven de las SS. Eso terminó de alterar el ánimo de Goering.

—Pero, yo…

—Me has fallado. Lo de Mechelen es culpa tuya.

Ernst Udet era el responsable de la modernización de la aviación, de que nuevos y mejores modelos pudieran producirse en serie y nada tenía que ver con el incidente.

—Si esos aviones estuvieran mejor diseñados no fallarían tanto —le explicó Goering—. Por lo tanto, tu desidia a la hora de hacer controles de calidad en los prototipos es lo que causa tantas averías en los modelos acabados. Tu desidia explica por qué el ME 109 falló y tuvo que hacer un aterrizaje forzoso. Por tanto, toda la culpa es tuya.

Goering estaba gritando. Estaba dispuesto a echar la culpa al que fuera con tal de escurrir el bulto, aunque todo aquel razonamiento fuese un sofisma y una soberana tontería. Porque no le importaba que su amigo fuese un depresivo con tendencia al alcoholismo, ni que le mirara con los ojos desorbitados.

A Udet le temblaban las manos y comenzó a tartamudear una disculpa. Le dolía especialmente que el avión que había provocado aquel desastre fuese un ME 109, uno de sus preferidos, el mismo aparato con el que había estado volando hasta hacía treinta minutos junto a Otto Weilern.

—Márchate —le ordenó Goering—. Hoy no quiero hablar contigo. Y mañana tampoco. No quiero verte en unos días.

Y contempló satisfecho cómo Udet se alejaba con el rabo entre las piernas. Goering le había hecho a Udet lo que Hitler le había hecho a él. Por un segundo, aquella suerte de enloquecida forma de justicia, de equilibrio universal, le hizo sentirse mejor. Pero la sensación le duró muy poco. Subió a su despacho y se inyectó casi el doble de morfina de lo que solía. Eso le dio unas fuerzas sobrehumanas y comenzó a dar órdenes a sus sorprendidos sirvientes, quiso jugar un partido de cinco sets en las pistas de tenis, reunió a varios de sus generales y les dio órdenes contradictorias y luego contraórdenes, se fue con algunos de ellos de caza y regresaron de madrugada al Carinhall para continuar deliberando sobre cómo mejorar la fuerza aérea antes del inevitable ataque a Francia.

Pero la reunión se alargó demasiado y, poco a poco, los ojos de Hermann se volvieron vidriosos y su atención comenzó a disminuir; el efecto de la droga se apagaba y el esfuerzo físico terrible y continuado de las últimas horas comenzaba a pasarle factura. En un momento dado, el Mariscal del aire cerró los ojos. Lentamente se fue inclinando sobre la mesa de reuniones hasta quedar su enorme cuerpo caído sobre ella, la cabeza postrada en el mantel. Se había desmayado y no era la primera vez que pasaba, no sólo en reuniones oficiales sino incluso en entierros y hasta en alguna boda.

Algunos de los generales de la Luftwaffe pensaban que el Mariscal no estaba del todo en su sano juicio. De hecho, aunque nadie lo sabía, Goering estuvo internado en un manicomio. Fue en Suecia, años atrás, y no se trató de un tema menor, pues hasta en tres ocasiones hubo de estar encerrado tras los muros del sanatorio. Era uno de los secretos que albergaba el gigantesco corpachón del número dos del Reich.

A pocos kilómetros de distancia, en el piso de una muchacha que había conocido durante una noche de borrachera, Ernst Udet lanzó una botella de alcohol contra la pared. Se hizo añicos. Llevaba horas bebiendo y dibujando al carboncillo extrañas representaciones de sí mismo encadenado a un ser deforme, de una obesidad monstruosa, que le arrastraba ungido como un animal por el barro de una ciénaga umbría.

Angela, la joven corista que había cometido el error de llevar a su casa al famoso aviador, estaba encerrada en el lavabo, esperando que se marchase. No la había pegado, no había hecho nada reprobable, al menos contra ella. Pero cuando le oyó gritar el nombre de Goering en el momento del orgasmo, y luego vio sus ojos enormes y alucinados mientras buscaba en cueros su libreta de dibujo, huyó gateando del lecho y cerro la puerta del cuarto de baño. Y allí seguía dos horas después.

Udet estaba cayendo lentamente en el abismo de la locura. Los dos máximos responsables de la Luftwaffe estuvieron, estaban o muy pronto estarían mentalmente perturbados. Había que elegir el tiempo verbal y nada más.

Aún en un momento como aquél, cuando las victorias del nazismo no habían hecho más que comenzar, el germen de lo que un día sería su derrota estaba ya plantado. Sólo era cuestión de tiempo que aquel enorme y obsceno castillo de naipes se viniese abajo.

LIBRO TERCERO:

EVA BRAUN,
la compañera del Führer

5

LA BATALLA DEL RÍO DE LA PLATA
(1940, 17 de enero, 1 al 21 de febrero)

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

El día que cumplí 18 años no debería haber transcurrido de una forma especial. No soy muy amigo de celebraciones. Yo deseaba en todo caso una pequeña fiesta privada con un grupo selecto de invitados. Poca cosa más. Pero Mildred tenía otros planes y, como es bien sabido, los planes de las mujeres tienen prioridad sobre los de sus hombres. A media tarde comenzaron a llegar docenas de amigos, algunos de la época de mi adiestramiento en las SS, otros de la Universidad de Frankfurt y del cercano Instituto del Tercer Reich para la herencia, la biología y la pureza racial, donde había pasado como becario el último año antes de pedir una excedencia forzosa para poder dedicarme a la operación Klugheit.

Una tarde de borrachera se convirtió en una noche de desvarío, y aunque obviaré los detalles más sórdidos, he de señalar que cumplí los 18 años con la intensidad que Mildred había soñado. Supongo que ella no debió tener un cumpleaños semejante a mi edad y le hizo ilusión proyectar una imagen contraria a la de su triste pasado. Quería celebrar mi día con toda la pompa y la fanfarría de la que careció el suyo. Como ya he expresado en alguna ocasión anterior, creo que ella sentía hacia mí un amor más maternal que físico. Después de todo, me doblaba la edad y me triplicaba la experiencia. Pero sea como fuere resultó una fiesta inolvidable y cuando amaneció el día siguiente, varios de mis amigos se hallaban tumbados en diferentes posiciones, estancias y recovecos de mi piso en Berlín. Se fueron despertando y despidiéndose según avanzó la mañana. Mildred los recibía uno por uno con una tacita de algún líquido caliente y reconfortante. Luego los acompañaba a la puerta como la buena madre que era de todos aquellos polluelos. El último de todos, casi al mediodía, fue Joseph Mengele. Tal vez se debiera a que no era tan joven como el resto de nosotros. Casi todos mis amigos tenían menos de 20 años y él se acercaba a los 30. Creo que aquella noche de excesos le pasó factura y, al despertar, ni siquiera el brebaje de Mildred terminó de recomponerlo. Casi era la hora de comer y estábamos los dos en la terraza de mi piso. Joseph sorbiendo con cuidado su taza de líquido humeante y yo hojeando las últimas noticias sobre Finlandia.

—No debí beber tanto anoche. Mi riñón acabará resintiéndose de nuevo —reflexionó Joseph, mientras contemplaba el tráfico ajetreado de los viandantes de Berlín a nuestros pies.

Yo asentí distraído mientras seguía leyendo sobre la Guerra de invierno. En mi recuerdo perduraban vívidas imágenes de aquella excursión en el caza ME 109 del coronel general Udet al nervio mismo de la batalla. Todavía me parecía estar allí, suspendido en el aire helado sobre una vasta llanura, avanzando a toda velocidad en nuestro avión, que culebreaba poderoso por encima de los obsoletos aparatos finlandeses. Udet me explicó que los finlandeses no eran malos pilotos, que su formación habitual en "cuatro dedos", una táctica en la que cuatro aparatos forman dos parejas cada uno con un líder y su ala, era muy destacable. Pero sus aviones nada tenían que hacer contra los rusos y sus cazas Polikarpov. Sin embargo, habían luchado con valentía y rechazado a varios grupos de bombarderos soviéticos, derribando algunos Tupolev SB. Al final, a pesar de que no pudieron hacer demasiadas salidas, habían conseguido derribar un buen número de enemigos. Al igual que sucedía en tierra, los rusos no hacían en el aire más que el ridículo, a pesar de su superioridad tanto en número, como en munición o calidad de los aparatos.

La estrella de la aviación finlandesa era el Fokker DXXI, un monoplano metálico de tren de aterrizaje fijo que la Ilmaimovat (su Fuerza aérea) tenía en gran estima. Udet exageraba la debilidad de los fineses. El Fokker no era un avión inferior a los cazas rusos aunque éstos eran más maniobrables y tenían mejor blindaje ante fuego enemigo, cosas ambas fundamentales para el coronel general, que por eso los consideraba un modelo superado por los soviéticos. Los finlandeses, conscientes de estas limitaciones, evitaban a los cazas enemigos y se concentraban en los bombarderos usando la doctrina anteriormente explicada de "los cuatro dedos". Mientras, los rusos seguían con la vieja doctrina de la formación de tres aparatos en la que un líder iba acompañado por dos alas: una estructura rígida que impedía improvisar en vuelo en caso de problemas. Pero es que improvisar no formaba parte del pensamiento militar ruso. Obedecer ciegamente y no pensar iba más en consonancia con el mismo.
Por desgracia, cuando la guerra empezó sólo había unos 30 Fokker finlandeses en servicio y los rusos los superaban en diez a uno en aparatos operativos. Pese a todo, continuaron los éxitos hasta la llegada de la segunda ofensiva soviética liderada por Timoshenko. Ahora, los bombarderos llevaban la escolta de cazas y la labor de la aviación finlandesa cada vez se hacía más complicada. Sin embargo, los finlandeses siguieron siendo los más listos. Al final de la guerra los rusos habían perdido casi 20 aparatos por cada uno que perdieron sus escurridizos adversarios.
Otro desastre y otra humillación para los soviéticos que reforzó el convencimiento de Hitler de que eran unos patanes fáciles de derrotar.
—¿Decías, Joseph? —inquirí, atendiendo por fin al sonido de su voz, y levantando los ojos del periódico. Lo cierto es que Udet había sembrado en mí el gusanillo de la aviación militar y devoraba con fruición todo lo relacionado con los enfrentamientos aéreos en Finlandia. Abstraido, apenas había escuchado las palabras que terminaba de pronunciar.
—Preguntaba qué estabas leyendo. Parecías muy concentrado —me explicó Joseph, haciendo una mueca de dolor y poniéndose una mano en la frente. Lo cierto es que tenía bastante mal aspecto y la resaca no parecía que fuera a dejarle en paz en un buen rato.
—Hojeaba en los periódicos cómo va la Guerra de Invierno ruso-finesa. Está siendo una carnicería.
—Sobre todo para los soviéticos —concedió Joseph, esbozando una mueca sarcástica que se quedó en nada porque tuvo un nuevo pinchazo de dolor en la cabeza.
Mengele estaba en lo cierto, pero la situación iba a cambiar en breve. A pesar de la llegada de algunos suministros del extranjero, de voluntarios daneses e incluso algunas brigadas internacionales; a pesar del apoyo, más moral que efectivo, de la Sociedad de naciones y a pesar de las muchas victorias finlandesas... su ejército estaba exhausto. Resistían únicamente porque creían en la promesa de un ejército franco-británico de liberación que se suponía iba a desembarcar en Finlandia en breve fecha. Se les prometieron 30.000 hombres que luego fueron reducidos a 18.000 y cada día bajaban en número porque la Sociedad de naciones fue un organismo incapaz de responder a cualquier problema en suelo europeo. Las discusiones eran infinitas y nunca se llegaba a ninguna parte. Los finlandeses se dieron cuenta de que no llegarían tropas extranjeras ni nuevos aviones y su comandante en jefe, Mannerheim, había calculado a su pesar que sus líneas de defensa se colapsarían en cuestión de semanas. La segunda ofensiva soviética estaba algo más organizada y la enorme superioridad de hombres y de material rusos al final aniquilarían por completo a su ejército. Aquel día de mi cumpleaños todavía no había terminado la Guerra de Invierno, pero lo haría a los pocos días, en menos de un mes. Las promesas de los aliados continuaban y presionaban a Finlandia para que

resistiese pero llegó un momento crítico en que los finlandeses, si seguían resistiendo, se jugaban la supervivencia de todo el país. Finalmente, decidieron pactar. Entregarían el 10% de su territorio y todas las demandas rusas serían satisfechas.
Por su parte, aunque los soviéticos podrían haber conquistado por completo Finlandia, no sabían cuánto tiempo más resistirían sus valientes soldados y, tal vez, si la cosa se alargaba varias semanas, podía llegar el día en que tuviesen que enfrentarse con Francia y Gran Bretaña en suelo enemigo. Stalin no quería una guerra con las potencias occidentales. Era aliado de Hitler pero tenía claro que era un error convertirse en el enemigo público número uno, como lo era éste. Si tomaba por completo Finlandia y la sometía a la bota soviética como los alemanes habían hecho con Polonia, tal vez las potencias occidentales le tendrían para siempre en su punto de mira. Llegó un momento en que la diplomacia rusa decidió que era el momento de parar. Esa capacidad para frenarte antes de caer en el precipicio, es algo que bien podría haber aprendido Adolf Hitler. Hubiera bastado con no atacar Polonia cuando el mismo año se había anexionado Checoslovaquia y el anterior Austria y Renania.
Pero Hitler no era Stalin. Parecidos, sin duda. Iguales, en absoluto. El tiempo lo acabaría demostrando.
—Yo no he seguido demasiado la Guerra de Finlandia — admitió Joseph entonces, tomando otro sorbo del brebaje de mi novia. Por el olor, llegue a la conclusión que tenía que ser algún tipo de sopa—. Aunque he oído hablar naturalmente de las hazañas de Simo Häyhä.
Simo era un francotirador de élite del ejército finlandés. Se había hecho famoso por protagonizar junto a otros 30 tiradores una resistencia indomable en la región de Kollaa. Al frente de un grupo temerario de hombres armados en su mayoría con el rifle Mosin (el mismo con el que yo viera disparar en Polonia a Schellenberg), había matado a casi 5000 rusos. Simo en persona liquidó a 500. Era una prueba más de la sinrazón de la forma de combatir de los rusos. Una vez habían decidido atacar en un punto, continuaban hasta la extenuación y la muerte de una forma mecánica, como si fuesen amebas o seres sin pensamiento que avanzaban y avanzaban sin cuestionarse ningún cambio en su estrategia. Pero el mariscal Timoshenko, en la segunda fase del ataque ruso, había comenzado la reforma del ejército y las cosas estaban cambiando en los soviets. Por desgracia, cuando el Führer dio la orden de atacar Rusia, un tiempo después, pensaba que el ejército rojo estaba exactamente en el mismo estado de falta de preparación que durante la Guerra de Invierno contra Finlandia.
—He leído lo de Simo Häyhä —reconocí—. Un acto de valentía sin precedentes. Aquí en Alemania le inundarían el pecho de cruces de caballero. Por desgracia, los finlandeses no van a tener muchas más oportunidades de lucirse en el campo de batalla. En unos días se habrán rendido.
—Yo también pienso lo mismo —asintió Joseph, terminando de engullir su sopa.
Todavía estábamos hablando del fin de la guerra finlandesa cuando sonó el timbre. Recordé una escena similar, unos meses atrás, en la que Heydrich nos interrumpió a Mildred y a mí en casa de ella. Había sido una visita inesperada como ésta y aunque podía perfectamente tratarse de cualquiera de mis amigos que acababan de marcharse, alguien que se hubiera dejado cualquier objeto en mi casa, lo cierto es que tuve un mal pálpito. Sabía que la llamada tenía que ver con la operación Klugheit. Contemplé hecho un manojo de nervios cómo Mildred atravesaba el salón y mentalmente me repetía una y otra vez: “por favor, que no sea Heydrich. Por favor, que no sea Heydrich".
Unos segundos después, Mildred asomó la cabeza y me explicó:
—Cariño, es tu tío Theodor.
Mi rostro debió reflejar un inmenso alivio. Pero entonces Theodor Eycke entró con paso marcial en

el salón y caminó hasta la terraza. Nos miró a Joseph y a mí de hito en hito:
—Otto, quiero que me acompañes de inmediato a Polonia. Tenemos que reunirnos con Reinhard Heydrich.
Naturalmente, la expresión de alivio desapareció de mi semblante como por arte de magia.

Me despedí de Mildred, que se quedó en la cocina tomando un bol de su propia sopa y leyendo el informe Lebensborn. El día anterior, justo antes de la fiesta, mientras indagaba entre mis pertenencias buscando platos y copas para los invitados, lo halló olvidado en un cajón. Me preguntó lo que era y yo le dije que se trataba de un absurdo volumen sobre alguno de los desvaríos de Heydrich acerca de la raza aria. Ya en aquel momento me pregunté si al citar su nombre no habría conjurado a aquel demonio. Tal vez lo hubiera hecho y este fuera precisamente mi castigo: tener que reencontrarme con él.

—Me está gustando. Deberías leer el informe. Todas estas teorías sobre el futuro de nuestro pueblo son maravillosas —me confesó Mildred, dándome luego un beso en los labios a modo de despedida.

No respondí nada. Me encaminé hacia la puerta de entrada mientras reflexionaba sobre la razón por la cual Mildred siempre decía "nosotros" o “nuestro” cuando se refería al pueblo alemán. Siempre me sorprendía su actitud o que le gustase aquella literatura que era casi en un panfleto sobre la construcción de una nueva y más pura raza controlando nuestra descendencia.

De cualquier forma, al llegar a la calle ya se me había olvidado de todo este asunto y una vez en el Mercedes de mi tío, sólo tenía espacio mi cabeza para una idea: me iba a reencontrar con Heydrich. ¡Maldita sea!

Como si me leyera el pensamiento, mi tío me ordenó:

—Quiero que te reconcilies con el Obergruppenführer-SS Heydrich

—No veo la razón —me resistí—. Ese hombre es una…

—Me da igual lo que pienses de Reinhard —me interrumpió mi tío—. Es un hombre influyente y con muy buenos amigos y contactos. Y lo que es peor, es un hombre rencoroso. Le necesitamos y vas a reconciliarte con el.

—¿Para qué le necesitamos?

—Te espera un gran futuro —me explicó mi tío poniendo una mano sobre mi hombro—. No lo estropees enemistándote con alguien como el jefe de policía del Reich. Te voy a confesar una cosa. Ese hombre tampoco me gusta y nunca me he llevado bien con él. ¿Pero sabes qué no haría jamás?

—El qué.

—Llevarme mal con Reinhard. Una cosa es no tener un buen trato y otra enemistarse con alguien con su poder. Así que, y te lo digo por última vez, te reconciliarás con él. No quiero que os vayáis de copas si no te apetece, pero quiero que tengas un trato cordial.

No había más que hablar. Ni siquiera tuve que prometer que le obedecería. Mi tío sabía que lo haría. Hacía muchos años que se encargaba de mí, y aunque con muchas ausencias, era mi única familia junto a mi hermano Rolf. Yo era huérfano y ni siquiera había conocido a mis padres. Si mi tío decía que me convenía tener un trato mínimamente amable con la araña Reinhard... pues eso haría.

Proseguimos viaje en dirección a la localidad polaca de Oswiecim, donde Heydrich y algunos de sus subordinados estaban haciendo una inspección. Recé porque no se tratase de Eisantzgruppen y que “inspección” no fuera un eufemismo para matanza en masa, para el espectáculo dantesco de un millar de personas metidas en un hoyo y retorciéndose entre las llamas.

Removí la cabeza y lancé una mirada lastimera a Joseph Mengele, que estaba sentado delante de mí en el enorme Mercedes de seis ruedas de mi tío. No sabía por qué nos acompañaba pero tampoco me resultó una sorpresa porque Theodor Eicke tenía muy buena opinión de Mengele, al que consideraba

un camarada ario de la mejor clase y el más valioso de mis amigos. Después de todo, aunque era médico, Joseph se había doctorado en antropología y su pensamiento había ido evolucionando hacia la obsesión nazi por la genética y la higiene racial. Siempre hablaba de purificar la raza y estoy seguro de que era el tipo de persona que hubiese disfrutado del informe Lebensborn que en ese momento Mildred se leía en mi cocina. Sin embargo, y aunque yo no compartía ese integrismo racial con Joseph, en la época en que coincidimos en el Instituto del tercer Reich para la herencia, nos hicimos amigos. Tal vez, como nunca conocí a mi padre, me sentía seguro al lado de un hombre que me sacaba más de 10 años; un hombre extremadamente inteligente, que estudiaba simultáneamente varias carreras y siempre se comportó conmigo de forma exquisita. Como un padre, siempre me protegió y me daba buenos consejos.
Así pues, las cosas que nos separaban eran muchas menos que las que nos unían y pasamos unos cuantos meses de buena camaradería. Él era el maestro y yo el alumno, aunque no compartíamos clases ya que él era investigador en genética dentro del Instituto y sólo rara vez daba charlas en la universidad de Frankfurt, y nunca clases. Pero el caso es que establecimos una buena relación de amistad que perduraba en el tiempo. Dos años atrás celebramos juntos su doctorado en medicina y nos emborrachamos el día que le publicaron su primer trabajo de investigación sobre las fístulas de oído. Al poco de comenzar la operación Klugheit, mientras Heydrich me llevaba de taberna en taberna de Berlín con la ocasional visita y envenenamiento de Schellenberg, tuve el honor de asistir a la boda de mi amigo Mengele en Oberstdorf. Por entonces ya éramos íntimos.
Al comenzar la guerra, Joseph se había presentado de inmediato como voluntario para el frente. Por desgracia, desde hacía años, arrastraba una enfermedad en el riñón que de momento le había impedido incorporarse a filas, aunque ya estaba mucho más recuperado. Joseph esperaba conseguir en pocos meses el puesto de oficial médico en alguna de las divisiones de combate de la Wehrmacht. Reflexionando sobre lo mucho que había bebido el día anterior en mi fiesta de cumpleaños, llegué a la conclusión que realmente su riñon estaba ya en condiciones de "entrar en combate". Creo que me sonreí mientras pensaba en la noche anterior y lo bien que lo pasamos juntos.
—¿De qué te ríes?
Mi tío Eicke me miraba con cierto desagrado. Como ya expliqué páginas atrás, Theodor era un hombre rígido y con mal carácter que rara vez admitía gestos de alegría. En público, sobre todo con la soldadesca, alentaba todo lo contrario, la camaradería y el buen humor para fortalecer el grupo, fuera de guardias de las SS de los campos de concentración que dirigía, o en las unidades de combate de la SS Totenkopv que estaba poniendo a punto para combatir en la siguiente fase de la guerra. Pero de puertas adentro era un hombre siempre con el gesto serio, que exigía a su entorno familiar compostura, buenos modales e incluso un comportamiento lacónico. Odiaba a la gente que hablaba, que sonreía, que disfrutaba de la vida. Siempre fue un hombre contradictorio mi tío. Pero quién no lo es.
—No pensaba en nada, tío.
—Espero que no pensases en esa mujer “no aria” que tienes en tu casa.
—Le aseguro que no —repuse, y decía la verdad. No estaba pensando en Mildred aunque, por supuesto, el tono con el que mi tío había dicho "no aria" no me había gustado en absoluto.
—No es buena cosa que un chico de tus aptitudes desperdicie su tiempo, y sus genes, en una mujer “no aria” y ya mayor que no va a poder dar a luz a niños racialmente dignos, ni ahora ni en el futuro.
Aquello ya era demasiado.

—No estoy preparado para ser padre, ni con ella ni con una muchacha "sí aria" —repuse.

No sé si mi tío detectó la ironía en mis palabras. Lo dudo. No tengo claro que conociese lo que es la ironía. En cualquier caso, me contempló largamente y luego me explicó:

—Da lo mismo si quieres o no hacerte cargo de tus hijos. El estado los cuidaría en un hogar especial y así habría más niños racialmente dignos en la siguiente generación de soldados del Reich. Eso es lo que cuenta.

Recordé que esos hogares a los que se refería mi tío eran parte del proyecto Lebensborn, precisamente el mismo proyecto que nos animaba a los racialmente más puros a tener cuanta descendencia pudiéramos con cuantas mujeres arias se nos abriesen de piernas, fueran o no nuestras parejas. Lo único que importaba era la expansión de la raza. Pero yo quería a Mildred, ni siquiera me había planteado tener hijos, y la expansión de la raza, en aquel momento de mi vida, me traía totalmente sin cuidado.

—Gracias por los consejos, tío. Los tendré en cuenta para el futuro —le aseguré, dando por cerrado el asunto.

Para una persona como mi tío Eycke, aquellas dos conversaciones centradas en temas personales eran algo extraordinario. Fueron de las más largas de nuestra vida en común, y se habían producido casi de forma consecutiva. Así que no volvió a decir nada más en las siguientes cinco o seis horas. El coche seguía avanzando imparable hacia el sur de Polonia y tanto Joseph como yo, aunque de cuando en cuando intercambiábamos unas palabras, tampoco lo hacíamos a menudo porque mi tío nos lanzaba penetrantes miradas cargadas de irritación.

Ya era de noche cuando, dos trenes y tres nuevos coches oficiales más tarde, llegamos a la ciudad de Oswiecim. Nos reunimos con Heydrich a las afueras, en unos antiguos barracones del ejército polaco. Allí tuvo lugar una breve escena de reconciliación. Mi tío Eicke me empujaba por el camino mientras yo contemplaba la figura alta y descoordinada de Reinhard Heydrich, que me esperaba en la entrada de una de las barracas con una sonrisa torcida de superioridad.

—Quería pedirle disculpas mi Obergruppenführer-SS —mascullé, de mala gana, después de cuadrarme delante de él, entrechocar los talones y gritar Heil Hitler.

—No hace falta pedirlas —repuso Heydrich, aunque su gesto con las manos cruzadas delante de su vientre y algo echado hacia atrás, parecía decir "sí hace falta y todavía espero más explicaciones". Así pues, lo hice

—Soy consciente que usted y las SS e incluso los Eisantzgruppen... —reconozco que en este punto se me quebró la voz— hacen una tarea difícil y fundamental para el Reich. Lamento haber perdido los nervios y que discutiéramos.

Heydrich asintió. Su ego ya había recibido la adulación necesaria. Podía mostrarse por fin comprensivo con el muchacho descarriado.

—La culpa fue mía, querido Otto —me comentó, poniendo una mano en mi antebrazo y palmeándolo —. Eres aún muy joven y yo no tuve en cuenta que un temperamento como el tuyo necesita de tiempo; tiempo para asimilar todos los cambios maravillosos que va a traer la reordenación racial en Polonia, y más tarde la de todas las naciones que vamos a ocupar militarmente en los próximos años. Quise mostrarte todo demasiado rápido y tu mente no pudo aceptarlo. Pero, poco a poco, en los próximos meses, te mostraré la grandeza de Alemania y de la obra del Führer de una forma tranquila y progresiva que nunca más va a suscitar tus dudas.

Me alegraría que así fuese. Pero tenía mis dudas de que fuese capaz aquel monstruo de mostrarme

algo de provecho.
—Confío plenamente en ello y estoy deseándolo —repuse, sin embargo.
—Y para comenzar —manifestó en ese momento Heydrich guiñando un ojo a mi tío, que aguardaba detrás de mí— voy a mostrarte un lugar más acorde con tu carácter, una tropa de hombres aguerridos que combaten de forma gallarda por nuestro Führer y consiguen grandes victorias. De momento no te mostraré nada más de cuanto hacemos aquí en Polonia por la grandeza Alemania. Comenzaremos, como de hacerse con un niño, por lo más básico.
Yo seguía sonriendo y dando las gracias a cada momento, aunque de alguna forma el desarrollo de su discurso, que daba entender que yo estaba aún muy verde para entender lo que era el Tercer Reich, me resultaba ofensivo. Me trataba como a un niño pequeño. Pero tampoco tenía muchas más opciones que asentir y acatarlo todo con estoicismo.
—¿Puedo saber pues dónde va a proseguir la operación Klugheit? —inquirí por fin, esperando que de verdad fuese un lugar donde no tuviese que ver más asesinatos en masa y barbarie.
—Vas a ir de visita a la Kriegsmarine, la marina de Guerra del Reich.
Me imaginé a bordo de uno de los acorazados de bolsillo que causaban estragos en el Atlántico. Por una vez, me pareció que Reinhard Heydrich había dado en el clavo. Mi siguiente destino me seducía. Ya tenía ganas de verme con el uniforme azul de la marinería. Esperaba que al menos por aquella vez me permitiesen dejar de vestir de paisano y confundirme con la tropa.
—Muchísimas gracias, mi Obergruppenführer-SS. No le defraudaré.
—Alguien como tú no podría defraudarme jamás, Otto.
Entre exagerados gestos de aprecio, nos despedimos poco después. Joseph se reunió con nosotros en el coche. Mientras hablábamos había estado con uno de los subalternos de Heydrich, un tal Rudolf Höss, visitando las barracas que el ejército polaco había construido allí en su día y que se iban a aprovechar para construir un campo de concentración. Ya alguna vez anterior he comentado que siempre había sido favorable a los campos de concentración y a la reeducación, que no al asesinato, de aquellos que no aceptaban el pensamiento nazi. Sé que ahora parece una afirmación terrible pero entonces casi todos creíamos en ello y formaban parte de nuestra vida cotidiana, de la de todos los alemanes. El Lager era uno de los pilares de la educación en mi país y todos habíamos visitado cuando no convivido en uno en el verano o durantes las fiestas o en una excursión de la escuela. La idea de ver allí construido un campo de concentración me gustó y asentí satisfecho, mirando hacia mi tío, que después de todo era el arquitecto de todo el sistema concentracionario nazi y su inspector general.
—Campo de concentración de Oswiecim —comenté—. Suena bien.
—Sí, suena bien —opinó Joseph Mengele y su gesto se tornó reflexivo. Tal vez una parte de él intuyó que su destino iba a estar ligado en el futuro a aquel lugar.
Pero mi tío nos corrigió.
—Naturalmente, no lo vamos a llamar con el gentilicio polaco. Oswiecim es un nombre eslavo absolutamente asqueroso. Lo bautizaremos con su nombre alemán, por supuesto: Campo de Concentración de Auschwitz.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: LOS CAMPOS DE CONCENTRACIÓN: AUSCHWITZ.

Probablemente hay pocas cosas sobre el nazismo que la gente entienda menos que el tema de los campos de concentración, lo que los alemanes llamaban Lager. Muchas malas películas y novelas han dado una visión completamente errónea de qué eran, de lo que sucedía en ellos y de quiénes o cómo los gobernaban. Auschwitz es, sin duda, el más famoso de todos: el paradigma de la barbarie, y de la mano de Mengele lo visitaremos varias veces durante esta saga.

LUGAR Y FECHA: OSWIECIM: ENERO DE 1940 A ENERO DE 1945.

El campo 1 (AUSCHWITZ 1) comenzó a funcionar en junio de 1940, pero en enero hubo ya visita de miembros de las SS y se planificaron acciones futuras en aquel lugar aprovechando los antiguos barracones del ejército polaco. El campo fue liberado por los rusos el 27 de enero de 1945.

CONSECUENCIAS: ENTRE 1 Y 2 MILLONES DE MUERTOS SÓLO EN AUSCHWITZ

El tema de las cifras exactas no es importante, pero Auschwitz fue el campo más sanguinario de todos. Uno de cada 5 asesinatos habidos en un campo de concentración, sucedió tras sus muros.

XVII

En el entorno del Führer, por el momento, nadie había oído hablar de Oswiecim ni de Auschwitz. Aunque, si lo hubieran hecho, les habría traído sin cuidado. Tenían cosas más importantes en las que pensar. Después de todo, estaban en la cima del mundo, muy cerca de la cumbre de su poder y todo les sonreía. De momento.
Pero no duraría para siempre.
Eva Braun estaba en el Berghof escuchando la radio. El discurso de Hitler en el palacio de los deportes de Berlín acababa de terminar. A su lado, su hermana, Gretel había asistido con ella a aquella nueva demostración de propaganda del tercer Reich.
—Ha sido un discurso muy bonito —sentenció Gretel.
—El jefe ha Estado muy bien, como siempre.
A veces, Eva Braun no tenía muy claro cómo llamar a Hitler. En aquella residencia de los Alpes bávaros en la que a la vez era la señora de la casa y una sencilla secretaria, tenía miedo a menudo de decir una palabra fuera de lugar y que, cuando estaba rodeada de invitados y debía ser sólo la señorita Braun, se le escapase una expresión de cariño hacia el "el jefe". Por otro lado, cuando estaban a solas, tardaba en convertirse en la señora Hitler, como de facto era en realidad estuvieran casados o no, y a menudo pasaba minutos hasta que abandonaba la actitud servil y complaciente de empleada para ser ella misma.
Eva odiaba en parte aquello en lo que se había convertido pero al mismo tiempo estaba orgullosa de ser la primera dama del Reich, aunque nadie lo supiera.
—Goebbels estuvo también estupendo —opinó entonces Gretel
El ministro de propaganda, el todopoderoso dominador de los medios de comunicación en la Alemania nazi, había comenzado su introducción afirmando que en aquel día glorioso no sólo sus súbditos le estaban escuchando sino el mundo entero. Y era verdad. Había muchos oídos atentos a las palabras que se iban a pronunciar aquella jornada en el palacio de los deportes. Las naciones occidentales (plutócratas y sus cascadas de mentiras, en labios de Goebbels) estaban atentas a cualquier amenaza que saliera de los labios del Führer o de su ministro. A muchos les extrañaba la falta de movimientos de tropas y el que no se iniciara de forma definitiva la ofensiva contra el oeste. Poco se sabía todavía de los enfrentamientos entre Hitler y el ejército y del resto de problemas que habían conducido a retrasar el caso amarillo hasta la primavera. Por eso todos escuchaban aquellos discursos, que conmemoraban el séptimo aniversario de la llegada al poder de los nazis.
El mensaje, en esencia, era el de siempre. Los judíos y las democracias estaban empecinados en separar al Führer de los buenos hombres de Alemania; había una conjura internacional contra la nación y la raza que debía ser sofocada. Hitler había intentado la paz pero esta ya no era posible y una guerra total se avecinaba.
—Pero esas conjuras fueron vanas porque el pueblo alemán se había alzado como un solo hombre detrás de su Führer —había chillado Goebbels ante una multitud que lanzaba vítores y múltiples "Heil Hitler" atronadores.
Por fin había hablado de Adolf Hitler y su voz comenzó muy suave, casi monótona, como un susurro. Eva Braun entonces recordó aquella primera vez que lo viera en la Photohaus Hoffmann, la casa de fotografías donde ella trabajaba como dependienta. Aquel instante cambiaría su destino y tal vez ella

ya lo percibiera de buen inicio. Con sólo 17 años, recién salida de un colegio de monjas, Eva era una muchachita ambiciosa y estaba convencida de que le esperaba un destino privilegiado. De niña había estado gordita y siempre le quedó un cierto complejo de fea, aun cuando con el tiempo se convirtió en un bello cisne rubio, en una mujer hermosa y atlética que utilizaba en beneficio propio las dotes de actriz que siempre había demostrado tener en sus años de colegio. Eva sabía ser lista cuando convenía, tonta cuando le resultaba beneficioso y alternaba ambas personalidades en el Berghof, donde tan pronto era la secretaria no demasiado espabilada o la señora de la casa, según le conviniera.

—Hoy tengo que haceros un anuncio —había dicho Hitler, todavía con aquella voz queda con la que había comenzado su discurso—. Está naciendo una nueva Europa. Un nuevo continente que se caracterizará por la justicia.

Inglaterra había buscado la guerra, había dicho posteriomente Hitler. Inglaterra había engañado al mundo entero y provocado un un enfrentamiento como muchos otros en el pasado. Pero esta vez no se saldrían con la suya. Alemania saldría victoriosa y conduciría al mundo a un futuro sin armas ni guerras. ¡Una nueva edad de oro!

Eva continuó escuchando atenta las palabras de su jefe y "casi" esposo, vio cómo su voz se elevaba lentamente, cómo parecía conducir a las masas a través de su propia ira, de su indignación con las naciones occidentales, con los plutócratas, con todos esos enemigos que acosaban a la patria. Finalmente levantó las manos y aulló: "Alemania vencerá".

Y una masa extasiada prorrumpió en aplausos durante minutos.

Eva y Gretel, estaban sentadas junto a la radio, en un sofá a cuadros azules y blancos, que presidía la sala de estar privada de la señorita Braun en el Berghof. Contagiadas de ls histeria colectiva de la audiencia en el Palacio de Deportes, rompieron también aplaudir mientras continuaban alabando las palabras del Führer en un dialecto bávaro que siempre utilizaban cuando hablaban entre ellas. Eva se preguntó cuánto quedaba de aquella niña que como el propio Hitler o Goering leía las novelas del oeste de Karl May, o de la adolescente que corría revolcándose en el barro con sus amigos del pueblo. Aquella niña gordita había desaparecido; tal vez nunca sería una mujer sofisticada como las esposas de otros jerarcas nazis, especialmente de Magda, la odiosa mujer de Goebbels. Pero no le importaba.

Hoy era una mujer importante, había llegado a un lugar donde nadie habría soñado encontrarla 11 años atrás cuando dejó el colegio de monjas. Y había llegado hasta allí siendo ella misma: porque ella no encajaba en el ideal pequeñoburgués de la mujer aria. Ella no era la máquina de fabricar hijos, la buena matrona alemana; ella no se quedaba en casa a esperar a su hombre y le gustaba viajar, le gustaba hacer deporte mientras leía libros prohibidos como los de su escritor preferido, Oscar wilde. Ella era la esposa secreta de un hombre que la dejaba ser libre y que gobernaba medio mundo y muy pronto, la otra mitad.

—Soy muy feliz —murmuró, mientras apagaba la radio y estiraba una mano hacia Gretel, que se la cogió, apretándola con fuerza.

—Lo sé, Eva. Lo sé.

Y ambas rieron mientras corrían hacia una de las terrazas del Gran Hotel (porque eso era para ellas aquella mansión) para poner en un tocadiscos portátil uno de los últimos discos de jazz que les había llegado de Estados Unidos. Aquella música estaba prohibida en Alemania pero ellas podían disfrutarla. Porque ellas eran las Braun, un apellido que en alemán significa pardo. Curiosamente, el

pardo era el color de las camisas de las juventudes hitlerianas por simbolizar el terruño, el color de la patria alemana. Y el pardo era también el color de la Alemania nazi y del partido nacionalsocialista, cuya sede y cuartel general era conocido como la Casa Parda (Braunes Haus).

Y es que las Braun, como el propio Hitler o Goering o Goebbels no eran ya desde hacía mucho tiempo ni siquiera nazis… sencillamente, estaban por encima del bien y del mal.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)
[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Yo había vuelto al redil ario gracias a mi tío Eycke. Ahora era de nuevo un buen nazi y mi amistad con Reinhard Heydrich se había reanudado. Como premio se me enviaba "de vacaciones" al encuentro de la más fascinante de las fuerzas del Tercer Reich. La marina de guerra o Kriegsmarine. Y mi guía en aquel universo sería el vicealmirante Doenitz.

Aquella vez fue, sin embargo, la primera en que me apercibí que quién en verdad dirigía la operación Klugheit y decidía mis movimientos no era el todopoderoso jefe de la policía. Heydrich hacía ver que me tenía entre sus manos, que hacía y deshacía, enviándome a dónde le venía en gana. Pero no era así. Lo comprendí cuando decidió enviarme a conocer a Doenitz y a nuestra gloriosa armada. El problema es que ya conocía a Doenitz. Un mes y medio antes se me había enviado a su encuentro. El que Heydrich lo ignorase sólo podía significar una cosa: el Führer en persona tomaba la última decisión sobre mi destino. A veces informaba a Himmler y a su camarilla, entre los que destacaba la araña Heydrich. Pero, en último término, quién dirigía los pasos de Otto Weilern era el Canciller del Reich en persona. Sólo él estaba al corriente de todas mis actividades y sólo a él debía rendir cuentas.

Era una perspectiva aterradora. Tal vez por un momento cometí el pecado de sentirme orgulloso pero, de cualquier forma, me preocupaba aquel interés obsesivo del Führer por mi persona.

De hecho, la orden de viajar hasta Flensburg para conocer a Doenitz partió del propio Hitler. No medió ni orden por escrito. Yo estaba al teléfono, explicándole la barbarie vivida en Polonia, la escena de espías en Venlo y algunas de mis otras aventuras cuando surgió el tema del mar.

—De no haber sido SS, habría elegido la Kriegsmarine como destino, mi Führer. Servir en una nave de guerra, perderme en el ancho mar. Sería algo maravilloso —le confesé, en un momento de la conversación, acaso guiado por cierto romanticismo adolescente.

Hitler era un hombre de mentalidad terrestre. Alguna vez se había burlado de la obsesión del Kaiser de tener una gran flota en los años anteriores a la primera Guerra mundial. Pero, como siempre, se mostró comprensivo con mis sueños y mis deseos.

—¿Y por qué no vas a conocer a esos marinos de Raeder? —me animó, desde el otro lado de la línea. Por un momento me pareció que se alegraba de que yo mostrase interés por una rama de la Wehrmacht después de mis malas experiencias.

—No sé si el Gran Almirante tendrá tiempo para mí. Debe ser un hombre muy ocupado.

Aún no me imaginaba haciendo perder el tiempo a uno de los tres más altos mandos militares del Reich. ¡Erich Raeder en persona pasando días enteros a mi lado como en el pasado Manstein y Udet! Tal vez fuera demasiado para un chico de mi edad, por muy bien recomendado que estuviese.

—Raeder hará lo que yo diga. Pero si prefieres te puedo enviar con Karl Doenitz. Nadie sabe más que él de submarinos.

¡Los U-Boot! La idea de sumergirme bajo las aguas en uno de aquellos ingenios me sedujo todavía más. Todo el mundo había oído hablar de las “Unterseeboot”, las “naves submarinas” de Doenitz, que popularmente eran conocidas con la abreviatura U-Boot. Algo excitado, acepté la propuesta de

Hitler y dos horas después ya iba de camino a la academia naval de Flensburg, donde Doenitz estaba de visita, examinando la nueva camada de oficiales que pronto cabalgarían en sus submarinos.
Mi primera impresión del vicealmirante no fue demasiado buena. Tal vez tampoco mala. No tuve ocasión de tener impresión alguna. A pesar de que conocía la operación Klugheit y que Hitler sin duda le había ordenado mostrarme los entresijos de la marina alemana, lo cierto es que de buen principio quedó claro que no tenía la menor intención de perder el tiempo hablando conmigo. Me pareció un hombre estirado y distante, que apenas me observaba ni siquiera de reojo mientras yo pasaba horas y horas siguiéndole de salón en salón, de reunión en reunión, escuchando datos técnicos acerca de tonelaje, tubos de torpedos y autonomía en millas naúticas de cada uno de los nuevos modelos de U-Boot. De resultas de todo ello, perdí mi tiempo y no entendí nada de nada. Su trato hacia mí se limitaba a un escueto "Venga conmigo, señor Weilern" cuando nos teníamos que marchar, o un "detrás de usted, señor Weilern" cuando nos trasladábamos a una nueva estancia, o un "Entraremos en ese coche, señor Weilern", cuando salíamos de una larga reunión para embarcarnos en la siguiente.
Tardé dos días en comprender el particular carácter de Doenitz. Era un tipo estirado, amante del silencio, un perfeccionista absoluto y un adicto al trabajo. Delgado, casi completamente calvo y con orejas de soplillo, te miraba con sus pequeños y penetrantes ojos hasta que te diseccionaba. Le gustaba observar pero no hablar. Mas no se debía a un defecto de carácter como con mi tío Eycke, al que no le gustaba que nadie hablase porque en general detestaba a todos los seres humanos. No, Doenitz hablaba poco porque tenía en poca estima, no a la humanidad en sí misma, sino a los que parloteaban más de la cuenta cuando no tenían nada que decir. Prefería de entre sus subordinados a aquellos inteligentes que observaban en silencio como él y razonaban fríamente cada asunto antes de emitir una opinión.
Tardé mucho tiempo en atar cabos y en entender su conducta, pero al final comprendí que, a su manera, estaba obedeciendo las órdenes del Führer. Me estaba mostrando los entresijos de la Kriegsmarine pero desde el silencio para que yo, por mi cuenta, extrajese mis propias conclusiones.
Esta deducción se vio demostrada cuando al tercer día me llevo a una pequeña isla en el Báltico donde se estaban realizando unas pruebas a un pequeño submarino. Lo contemplé en el muelle y luego me volví hacia el vicealmirante. Estábamos solos por primera vez desde que nos conocimos; y entonces, por fin, se decidió a interrogarme:
—¿Y bien?
Comprendí que Doenitz esperaba mis conclusiones acerca de lo observado. O, al menos, la primera apreciación que había extraído del estado actual de la marina alemana luego de varios días de oír conversar a varios de sus altos mandos. Por suerte, estaba preparado para la pregunta.
—La Kriegsmarine no está en condiciones de enfrentarse a los ingleses —le expuse, como punto de partida a mi razonamiento—. Al menos tal y como estamos preparándonos para la batalla.
Doenitz parecía interesado en mis palabras y me animó a continuar con un asentimiento de cabeza.
—El alto mando de nuestra marina y en particular el gran almirante Raeder quieren enfrentarse al Reino Unido en superficie, con nuestros acorazados de bolsillo, con nuestros cruceros y destructores, cuando los ingleses llevan siglos en el mar desarrollando su armada y nos aplastarán.
Lo cierto era que en enero de 1939 Hitler había comenzado el rearme de la marina alemana en vistas a un enfrentamiento futuro con los ingleses. Había calculado que en una década nos enfrentaríamos a ellos y había dispuesto el "plan Z", que preveía construir una larga flota de acorazados, acorazados

ligeros o de bolsillo, portaviones cruceros ligeros y submarinos. Pero los 10 años que debían pasar hasta el enfrentamiento contra el Reino Unido se convirtieron en sólo 10 meses por culpa de sus cálculos erróneos acerca de la reacción inglesa ante la invasión de Polonia. Ahora, una flota alemana diminuta y en pleno proceso de transformación tendría que hacer lo posible para oponerse al gigante inglés.

—Estoy de acuerdo con usted —reconoció Doenitz—. No podemos enfrentarnos a ellos en combate singular, cara a cara. Pero tal vez podamos hacerlo con los acorazados de bolsillo.

La afirmación de Doenitz era una trampa. Los acorazados de bolsillo eran naves con el armamento de un acorazado pesado pero extraordinariamente ligeras para eludir la limitación de peso en toneladas impuesta por el tratado de Versalles. Se trataba, pues, de naves muy rápidas y con una potencia de fuego terrible aunque más débiles en blindaje que algunos de los contrarios con los que habría de enfrentarse. Su misión no era sin embargo la de enfrentarse a los grandes acorazados ingleses si no sembrar el terror, a modo de modernos piratas, en el Atlántico y los mares dominados por los aliados. Todo el mundo alababa a nuestros acorazados de bolsillo en activo: el Graf Spee y el Deutschland. Sin embargo, Doenitz era el comandante en jefe del arma submarina y yo había observado en varias conversaciones que estaba convencido de que los acorazados de bolsillo estaban condenados al desastre. Me pregunté si él esperaba que le diese la razón o por el contrario tratase de disentir. Dudé por un instante, pero finalmente decidí darle mi opinión.

—El Graf Spee y el Deutschland están consiguiendo grandes victorias. Han hundido diversos mercantes y su velocidad es tan grande que los propios aliados no saben cuántos corsarios tenemos realmente en alta mar. Los buscan día y noche por todo el Atlántico en grupos de caza mientras nuestras naves continúan hundiendo nuevos barcos enemigos. Son unas naves extraordinarias y cuando salgan de los astilleros nuevos acorazados tendremos a los ingleses volviéndose locos buscándolos inútilmente el resto de la guerra.

—Ya veo —Doenitz sonreía mientras que caminaba lentamente en dirección al submarino en pruebas. Pude leer entonces el nombre de la nave: U-00a—. Son maravillosos esos acorazados de bolsillo. ¿No es así, señor Weilern?

—No cabe duda, aunque soy consciente —argüí rápidamente—, que el gran almirante Raeder cree que la marina de superficie es más importante que el arma submarina. Pero yo creo que ambas pueden ser igual de importantes en nuestro enfrentamiento con los ingleses, aunque está claro que los acorazados de bolsillo…

Doenitz me interrumpió con un gesto. Levantó su mano y se llevó un dedo a los labios. Me pareció que a su juicio ya habíamos hablado demasiado. He dicho ya que era un hombre amigo de observar antes de hablar, y tal vez en ese punto se dio cuenta de que debía darme la siguiente lección para que luego pudiéramos continuar nuestra conversación.

—Usted me habla de las maravillas de los acorazados de bolsillo y en particular del Graf Spee. Pues va a tener la oportunidad de ver en acción a esa maravillosa nave —me pareció detectar un leve tono como de sorna en el adjetivo “maravillosa” pero no me importó: estaba emocionado ante la posibilidad de conocer de primera mano al capitán Hans Langsdorff y a sus oficiales en el acorazado, de los que todo el mundo hablaba en Alemania. Se habían convertido en famosos como estrellas de cine.

—¿Cuándo va ser eso, vicealmirante? ¿Cuándo voy a subir a bordo del Graf Spee? —inquirí haciendo aspavientos y moviendo las manos, loco de emoción.

—Yo no he dicho que vaya usted a subir al acorazado de bolsillo. He dicho que va a verlo en acción.

Y entonces seguí con la mirada la dirección de su mano, que señalaba al pequeño submarino que aguardaba en la dársena. Mi destino era el U-Boot experimental U-00a.

Hitler le había dejado claro al vicealmirante desde el principio que lo más importante era mi seguridad. A la luz de acontecimientos posteriores me da la sensación que aquéllos que me servían de guía en la operación Klugheit eran informados veladamente que mi muerte a causa de su negligencia podía bien costarles la carrera, sino la vida. Nunca supe en qué términos exactos eran informados de cómo debían salvaguardar mi existencia. Lo que sí tengo claro es que todos pusieron el máximo empeño en ello, con la única excepción de Udet, que creo que era demasiado inestable para obedecer ninguna orden, ni siquiera una del Führer, y me puso en peligro de muerte sobrevolando Finlandia. Pero como yo nunca informé de esos hechos no hubo consecuencias para el jefe técnico de la Luftwaffe. Bastantes desgracias tenía ya el pobre en su vida diaria junto a Goering para que yo le acarréase nuevas preocupaciones.

El caso es que Doenitz tenía interés en obedecer las órdenes del Führer y en salvaguardar mi vida pero estoy convencido de que tenía un interés aún mayor. En aquella época, y en el marco del plan Z de renovación de la Kriegsmarine, el arma submarina que Doenitz dirigía seguía recibiendo un tanto por ciento muy bajo de inversión de dinero, de trabajo y de material en los astilleros donde se construían las nuevas embarcaciones. La mayor parte de los esfuerzos estaban destinados a la flota de superficie mientras que el arma submarina se consideraba algo de segunda fila. El vicealmirante sabía que yo informaba personalmente Hitler y esperaba convencerme de la necesidad de priorizar los sumergibles. Pero para eso debía primero mostrarme que los acorazados de bolsillo y, en general, cualquier estrategia que tendiera enfrentarse a la armada inglesa en superficie, estaba condenada al fracaso. Y por eso me enviaba a ver en acción al Graf Spee. Sin embargo, como proteger mi vida era algo prioritario, me llevaba a bordo de un submarino experimental indetectable.

El U-00a era un U-Boot de la clase ZXB.

No encontraréis en ninguna parte información acerca de esta nave, ni tampoco de las investigaciones en sumergibles que llevaron a su desarrollo. Todos los datos e informes acerca de esta rama ultrasecreta de submarinos experimentales fueron destruidos, como más tarde explicaré. Sin embargo, los U-00 no fueron los únicos de su especie. Durante la guerra mundial, la Alemania nazi desarrolló diversos tipos de armas secretas submarinas y varios grupos de ingenieros trabajaron denodadamente por dotar a la Kriegsmarine de unos barcos innovadores y extraordinarios que sorprendieran al enemigo. El U-00a y sus modelos posteriores fueron un empeño de tantos en pos de esa investigación secreta. Tal vez el mayor logro de la misma.

No era algo nuevo el concepto del submarino en miniatura, ya que todas las armadas diseñaron sus propios modelos; tampoco era original la idea de hacerlo indetectable. El problema de la detección fue uno de los asuntos clave en la guerra submarina. El Asdic, el sonar inglés, era un peligro que no podía ser desdeñado, y al principio de la guerra todos pensaban que los submarinos serían fácilmente borrados del mapa gracias a estas nuevas invenciones, que muchos pensaban facilitarían su localización hasta el punto de convertirlo en poco menos que una reliquia del pasado

Pero aunque el Asdic no tuvo ni mucho menos el éxito esperado, lo cierto es que los U-Boot eran mucho más fáciles de hallar y por tanto de destruir que en el pasado. Y por ello los expertos trabajaban sin descanso en mejorar su camuflaje.

Sin embargo, los modelos U-00 fueron los primeros submarinos indetectables de la guerra mundial. Las razones de su éxito fueron muchas y la mayoría de índole tan compleja y técnica que no sabría

explicaros ni aunque quisiera. Baste decir que el U-00a era capaz de avanzar bajo el agua utilizando un complicado ingenio llamado Schnorkel que, a través de un mástil telescópico que emergía hasta la superficie, introducirá aire desde el exterior hasta las entrañas del sumergible. De esta forma, unos motores refrescados podían funcionar de forma completamente silenciosa largo tiempo bajo el agua, sin necesidad de subir a la superficie, al tiempo que por otro conducto los gases de los motores eran expulsados.

Durante la guerra, la Kriegsmarine haría diversos experimentos con este nuevo invento, y a partir de 1943 se instalaría en diversos modelos de submarino. En 1939 y 1940 estaba en fase de pruebas y, luego de diversos (y mortales) errores, se había conseguido que funcionase pero sólo en un submarino de pequeñas dimensiones, uno como nuestro U-00a, con una tripulación de 10 personas tan solo, que me incluían a mí mismo y al capitán. Además, debido a las pequeñas dimensiones de la nave y la escasa potencia de sus motores, no podía llevar ningún tipo de artillería, ni torpedos ni ningún arma ofensiva. Era tan sólo un submarino de observación. Lo cual era algo paradójico porque como es bien sabido un submarino no es el arma más adecuada para ello, ya que pasa mucho tiempo sumergido, su velocidad es baja y cualquier destructor puede realizar esa tarea con mucha mayor eficiencia ya que su horizonte de visibilidad es muchos kilómetros mayor. Por ello, el U-00a era un prototipo que podría haber quedado olvidado en un hangar de no ser por Doenitz.

Pero el vicealmirante sabía hasta qué punto era importante mi seguridad, por lo que pensó que la mejor manera de que yo contemplase las "supuestas" hazañas del Graf Spee y los acorazados de bolsillo era enviarme en una nave segura e indetectable.

Así se hizo y entré en la nave tras despedirme de Doenitz efusivamente, doblemente emocionado de entrar por primera vez en un submarino y ante la posibilidad de contemplar en directo las victorias del capitán Langsdorff y su Graf Spee. Nada más descender al interior de la nave y luego de las debidas presentaciones a la tripulación, me llevé una sorpresa porque una voz conocida resonó a mi espalda. Yo no era el único observador en aquella nave:

—Parece que estamos condenados a encontrarnos, Otto —entonó alguien en un tono que dejaba traslucir a las claras su felicidad.

Naturalmente, no podía ser otro que mi amigo y jefe del contraespionaje de las SS: Walther Schellenberg.

Estábamos delante de la mesa de mapas, en la sala de control, un compartimento estanco, angosto como todos en un submarino, situado en el centro de la nave y muy cerca del timón y la bomba de achique.

—Como ya sabrás, el Graf Spee fue construido con la idea de eludir las limitaciones del tratado de Versalles, que nos impedía tener naves de guerra pesadas —me explicó Schellenberg, señalando un mapa del océano Atlántico—. Nuestros ingenieros se valieron de las técnicas más modernas, rematando con soldadura eléctrica las aleaciones utilizadas, de los metales más ligeros que teníamos a nuestra disposición. Finalmente, conseguimos unas naves con el peso de un crucero medio y la potencia de fuego de un gran acorazado. Los llamados acorazados "de bolsillo". Pero el Graf Spee no navega solo, en contra de lo que todo el mundo piensa. Le sigue, siempre a una distancia prudencial, nuestro petrolero Altmark. Esta nave, que los marinos llaman cariñosamente "la vaca lechera", se hace pasar por un mercante, o por un petrolero como realmente es, o como cualquier otra cosa que nos convenga, para pasar desapercibido en los puertos de nuestra ruta. Su misión es conseguir combustible y estar siempre preparado para abastecer al Graf Spee. De esta forma, nuestro acorazado no tiene que repostar de vuelta a casa, no tiene que asumir el riesgo de intentar volver a Alemania pasando tan cerca de Inglaterra que seguramente sería hundido. El Graf Spee puede quedarse indefinidamente en el Atlántico, en el Índico, o en el mar que mejor le plazca.

Schellenberg puso su dedo entonces en una marca muy cerca de la costa brasileña.

—En este punto hundió a su primera presa, el vapor Clement. Al principio, el capitán Langsdorff pensó en capturar a los barcos que abordaba, pero se encontró con el mismo problema que había tenido a la hora de repostar. No podía volver con ellos Alemania porque los hundirían de camino, así que finalmente resolvió desvalijarlos de cualquier cosa que pudiera servirle y hundirlos él personalmente. A partir de ese momento, ya no tuvo dudas y los mandaba todos a pique como buen pirata que era. —El dedo de Schellenberg fue moviéndose por una línea imaginaria que iba de la costa sur de África a la de Brasil y Uruguay. En esa inmensa franja de mar fue señalando las diferentes victorias del corsario—. Aquí hundió al Ashlea, aquí al Newton Beach, aquí al Huntman, aquí al Trevanion, aquí al Tairoa, aquí al Doric Star y aquí al Streonhalth.

Sólo una vez abandonó esa zona del mapa para señalar la costa de Madagascar, en el Índico, donde había sido hundido el Africa Shell, apenas unos días atrás.

Me pregunté en aquel momento qué demonios hacía el capitán Langsdorff con los prisioneros, pero estaba tan obnubilado por sus victorias que la idea desapareció rápidamente de mi cabeza. Más tarde, el asunto de los prisioneros del Graf Spee tendría una importancia decisiva aunque, por entonces, nadie hubiese podido adivinarlo.

—Es una hoja de servicio formidable —opiné, contemplando el mapa con orgullo.

—Ciertamente —reconoció Schellenberg—. No obstante, Doenitz, e incluso algunos otros grandes estrategas de la Kriegsmarine siguen pensando que es un error enfrentar a los ingleses en superficie.

—Y por eso estás aquí —aventuré, comprendiendo al fin—, para investigar, para hacer un informe para Heydrich y para Himmler. Para llegar a tus propias conclusiones y actuar si hiciera falta.

Schellenberg esbozó una sonrisa.

—Me parece que mi margen de actuación en este caso es pequeño. Pero, ¿quién sabe? De momento y de forma excepcional esta vez somos los dos solamente observadores.

Así pues, observamos. Nuestro submarino avanzaba lenta pero imperturbablemente en dirección al Atlántico. Para mayor seguridad, después de pasar los estrechos daneses, marchamos lejos de las fronteras inglesas y sus caladeros, subiendo hasta Islandia antes de comenzar nuestro descenso hacia el Atlántico sur. La vida dentro del submarino no era fácil. Todo era extremadamente diminuto, estrecho y claustrofóbico. Por todos los lugares había tuberías que se te clavaban en el estómago al caminar, manivelas que te golpeaban traicioneras en medio de la frente o escotillas que no sabías abrir o cerrar como era debido. Tardé varios días en acostumbrarme y en que me abandonase una cierta sensación de agobio, de pura desesperación. Pero finalmente me acostumbré a nuestro U-Boot y llegó el día en que avanzar por los diferentes compartimentos estancos no era sentirse como un borracho en una calle perdida y tortuosa de Berlín. Mi estómago ya no se revolvía cada vez que la nave se retorcía golpeada por las turbulencias del océano. Ya casi era un marino. O, al menos, un aprendiz.
Nos pusimos en contacto con el Graf Spee el 12 de diciembre. La nave corsaria iba disfrazada como un crucero británico de la clase "Repulse". Esta era otra de las habilidades de los acorazados de bolsillo y la razón principal por la que eran considerados como barcos piratas. Constantemente cambiaban de aspecto, arriaban una bandera de otro país o disimulaban su nombre colocando otro distinto para engañar a cualquier nave inglesa que los avistase. Incluso habían desarrollado un inteligente sistema de camuflaje con el que colocaban chimeneas falsas que no eran sino estructuras de acero cubiertas por una lona. También falseaban el aspecto de sus cañones, que podían parecer los de cualquier otro bando, disimulando a su vez su propio armamento, sus tubos lanzatorpedos y cualquier otra característica del barco. Podían pasar por un barco más pequeño dibujando el contorno de otra nave en su propio casco; el resto del perfil del Graf Spee estaba pintado de azul simulando unas olas. En la distancia, que es como se miran las cosas en el mar, hasta el ojo más experto podía pensar que era una pequeña nave no más grande que un destructor.
Esa era la principal razón por la cual no se sabía cuántos corsarios tenía realmente la Kriegsmarine; si sólo era el Graf y su hermano gemelo Deutschland, si también estaba en esa parte del océano su otro hermano, el Admiral Scheer, o si por el contrario había muchos más. Por si esto fuera poco, para ahondar en esta confusión, en ocasiones el Graf se disfrazaba como uno de sus hermanos y hasta los oficiales y la tropa llevaban las gorras con la insignia del Deutschland o del Admiral Scheer. De tal forma que los ingleses no sabían dónde operaba realmente cada barco y aunque habían mandado a casi todas sus unidades disponibles a la intercepción de los buques corsarios eran incapaces de dar con ellos.
Pero, tal vez por azar, o porque el destino quiso que Doenitz me mostrase de forma manifiesta e indudable las limitaciones de la flota de superficie alemana, el hecho es que la suerte se le acabó al Graf Spee justo en el momento en que dimos con él.
Teníamos que reunirnos no muy lejos de las costas de Uruguay, frente a Montevideo, en la zona del estuario del Río de la Plata, una de las áreas con un tráfico marítimo más denso y donde el buque corsario pensaba que podría cobrarse más presas. Apenas faltaba una hora para mi encuentro con el capitán Langsdorff y sus valientes cuando recibimos información que nuestra reunión debía posponerse. Me sentí desanimado porque ardía en ganas de subir a la nave corsaria y conocer a ese millar de marinos que estaban causando terror y poniendo en jaque a toda la flota del Reino Unido. Algo muy distinto a los 10 barbudos que con vivíamos en la pequeña lata de sardinas que era nuestro submarino.

Langsdorff nos informó por radio que acababa de avistar una pequeña flota británica. Sabían que eran tres cruceros de batalla, no simples barcos mercantes, pero los cruceros ingleses eran unas naves aunque poderosas muy inferiores a la suya. Por ello, envalentonado por las victorias anteriores, decidió asumir el riesgo y poner a prueba de una vez por todas a su tripulación.
Cuando el U-00a emergió en las aguas del Río de la Plata la batalla naval ya había comenzado. Subí por la escotilla a toda velocidad seguido de Schellenberg. Armados de prismáticos pudimos contemplar como el Graf Spee abría fuego contra el crucero pesado Exeter.
—¡Le ha alcanzado! —chilló Schellenberg.
Una de las chimeneas del crucero había estallado en pedazos. Una intensa llamarada nos deslumbró al tiempo que el humo ascendía en volutas negras y amarillas hacia el cielo, oscureciéndolo.
Inmediatamente, los dos compañeros del Exeter, los cruceros ligeros Ajax y Achilles, comenzaron a zigzaguear alejándose. Pero en realidad estaban rodeando lentamente al Graf Spee, que continuaba centrado en el Exeter sin darse cuenta de la trampa. El capitán Langsdorff estaba tan obsesionado con lo que él pensaba que iba a ser una gran victoria que no pensó hasta mucho más tarde en las otras dos naves, cuyos cañones de 150 milímetros debían parecerle poca cosa.
—Nuestro comandante confía tanto la potencia de fuego de su nave y en su mayor alcance que está a punto de cometer un grave error —observó Walther, meneando la cabeza.
Yo también me había dado cuenta. Langsdorff estaba subestimando al enemigo, el peor error que puede cometer nadie al mando de una nave de guerra. Por si esto fuera poco, el capitán del Graf Spee cayó en el viejo pecado del orgullo. En lugar de retirarse tan pronto comprendió que estaban intentando crear un semicírculo en torno a su nave, disparando desde la distancia y dañándolo lo más posible, decidió enfrentarlos en una batalla campal. Sabía que había tocado al Exeter y estaba convencido de que con un nuevo impacto lo hundiría. La torre de popa del crucero pesado inglés estaba destrozada y su destino parecía ya escrito.
Pero en ese momento disparó por primera vez el Exeter. Desde la distancia pudimos ver como el propio capitán la Langsdorff caía al suelo y que un grupo de oficiales se acercaban a él para asistirle. Nubes de gases, gritos, órdenes y marineros que corren asustados.
Tal vez este fue el momento decisivo de la batalla. Estoy convencido de que si Langsdorff hubiese estado en posesión de todas sus facultades, se había retirado de inmediato, pero la nave tuvo la mala suerte que su capitán quedó herido en la cabeza, no totalmente incapacitado pero si incapaz de razonar con toda la brillantez que hasta ese momento había demostrado en sus anteriores meses de servicio en el Graf Spee.
—Langsdorff está herido —le comenté a Schellenberg que asintió vigorosamente:
—La cosa se pone de mal en peor —reconoció.
El Graf Spee cometió un nuevo error. Dividió su capacidad de fuego y comenzó a disparar a los cruceros ligeros que trataban de rodearle y lanzaban andanada tras andanada, sin descanso. El blindaje de la nave corsaria resistía de forma encomiable, aunque dos cañones y varios elevadores de munición quedaron fuera de servicio. El Achilles fue alcanzado. El Exeter reapareció por un instante y abrió fuego. La confusión era terrible.
Los cañonazos proseguían en la distancia, el Exeter estaba al límite de sus fuerzas y ardía en llamas, pero aún así seguía combatiendo, disparando con su única torre servicio y vendiendo cara su derrota. Finalmente, prácticamente inundado, desistió. Schellenberg suspiró aliviado cuando vio cómo el Exeter se retiraba gravemente dañado en dirección a las islas Malvinas. Tanto Schellenberg como yo

mismo estábamos convencidos que el segundo impacto sobre aquella nave estaba punto de llegar y que no tardaríamos en verla hundirse. Pero esto no sucedió. Por el contrario, Langsdorff, que lucía una llamativa venda en la cabeza, tomó la decisión de volverse hacia los dos cruceros ligeros que le acercaban sibilinos por estribor, resueltos a hundirle.

—¡Torpedos! —aullé, contemplando horrorizado al Ajax, que lanzaba un ataque devastador con sus cuatro tubos de torpedo. Pero el Graf Spee hizo una maniobra magnífica y tras esquivar el ataque enemigo continuó girando para luego abrir fuego sobre el Ajax. Pronto estallaron explosiones por toda la nave enemiga. Llamaradas rojas iluminaron mis prismáticos. Varios marineros saltaron por los aires a causa de la onda expansiva. El Ajax estaba inutilizado.

Pero igual que había sucedido con el Exeter, el Graf Spee no se cebó con el Ajax y no terminó la faena. La nave corsaria también había sufrido graves daños y decidió que era el momento de la retirada. El capitán Langsdorff ordenó lanzar cortinas de humo para encubrir sus movimientos y se alejó a toda la velocidad que era capaz, 24 nudos, en dirección oeste. El Achilles, la última nave inglesa, trató de interceptarlo, pero temeroso de la potencia de fuego del Graf Spee desistió al primer disparo enemigo.

Ante nuestra sorpresa, entonces entró en juego el crucero de guerra Uruguay, que a pesar de ser una nave absolutamente inferior tanto a la alemana como a las inglesas, se interpuso en el camino del Graf Spee. Después de todo estábamos en aguas territoriales de su país. Langsdorff informó por radio que quería ingresar en la bahía de Montevideo para realizar tareas de reparación. Los uruguayos dieron su consentimiento.

Nosotros no lo sabíamos, pero aquella había sido la última batalla del Graf Spee. Desanimados, Schellenberg y yo penetramos de nuevo al submarino, que descendió silenciosamente a la espera de nuevas noticias.

—Parece que Doenitz tenía razón —opinó Schellenberg—. Nosotros podemos movilizar uno, tres o como mucho tal vez cinco acorazados de bolsillo y los ingleses tienen una flota infinita de naves. Por muchas que construyamos, muchas más construirán ellos y nuestras victorias serán siempre pírricas. Hoy nos hemos salvado por los pelos, pero mañana…

Schellenberg acertaba en todo salvo en que el Graf Spee se hubiera salvado por los pelos. Por uno de aquellos azares del destino, al que siempre le gustan las ironías, un descendiente del más grande pirata de todos los tiempos, el inglés Francis Drake, era embajador de Inglaterra en Uruguay. Eugen Millington-Drake, el tataranieto (o más bien el tataranieto del tataranieto) del más grande corsario de todos los tiempos, acabaría destruyendo al navío corsario más famoso del principio de la guerra mundial. Pirata contra pirata. Un final, si se mira bien, de lo más coherente con la vida que había llevado el Graf Spee del capitán Langsdorff.

La mayor parte de lo que sigue lo supe por conversaciones por radio entre el Graf Spee y nuestro submarino. El resto por los periódicos una vez regresé a Alemania.

El capitán Langsdorff estaba en una encrucijada. Había perdido a 36 marineros y su nave estaba seriamente dañada. Aunque no corría el riesgo de hundirse, su capacidad militar y operativa había disminuido de forma alarmante. Tenía pocas opciones. Podía salir perfectamente del puerto neutral y enfrentar a las tres naves inglesas, dos de ellas mucho más dañadas. Una cuarta, el Cumberland, acudía a toda velocidad hacia Montevideo, pero daba igual, ni siquiera las cuatro podrían haber frenado al Graf Spee.

Aunque a Langsdorff le daba lo mismo. Todo está perdido. La nave corsaria había sido avistada y los

ingleses sabían por fin dónde se hallaba. Daba igual cuanto corriese, los ingleses se mantendrían a distancia y le perseguirían hasta el fin del mundo o hasta que fueran cuatro, o seis, u ocho, o 10, o 12 las naves que acudieran a su encuentro. Finalmente sería hundido.
Entonces, el descendiente del legendario Francis Drake, hizo su jugada maestra. Ordenó al mercante inglés Ashworth, que estaba fondeado en el mismo puerto de Montevideo, que lo abandonase a toda prisa. El objetivo era exigir que se siguiese el derecho marítimo internacional. El Graf Spee, de acuerdo con éste, no podía salir en 24 horas del puerto uruguayo para evitar la persecución del mercante. El derecho internacional garantizaba que un puerto neutral no podía permitir una cosa semejante para evitar un enfrentamiento en sus aguas. Eso daba todo un día a los ingleses para mandar naves, para lanzar ofensivas diplomáticas y cerrar su trampa en torno al Graf Spee.
Mientras, nuestro submarino, el U-00a, regresaba Alemania, en Uruguay, en el río de Plata, el destino del Graf Spee se convirtió en el centro de la prensa mundial. No se hablaba de nada más. La gran nave corsaria había sido atrapada y aguardaba inmóvil su destino. Los marineros de Langsdorff sentían tanta vergüenza de su derrota que tapaban los agujeros de los impactos enemigos en su casco con las lonas que en el pasado les sirvieron de camuflaje.
La diplomacia inglesa siguió el rumbo trazado, tenaz e inmisericorde. Mandaron centenares y centenares de mensajes falsos en los que se informaba que un número elevado de naves esperaban la salida del Graf Spee para hundirla cañonazos. Entre los que aguardaban estaban varios acorazados y un portaviones. Todo era mentira, pero los servicios secretos alemanes detectaron los falsos mensajes e informaron a Langsdorff de que no tenía muchas salidas. Poco después, el gobierno de Uruguay informó al Graf Spee que debía abandonar el puerto neutral. Pero Langsdorff había tomado ya su decisión. Aún no había amanecido cuando los ingleses pudieron distinguir una pequeña nube de humo que manaba de la nave enemiga. Langsdorff había mandado quemar todos los informes y documentos de la nave y había pedido a su jefe de ingenieros un plan de contingencia para hacer volar al Graf Spee, el orgullo de la marina del Reich.
Se eligieron con cuidado los lugares más sensibles del buque y se prepararon los explosivos. Poco después, el Graf Spee avanzaba por el puerto de Montevideo. La nave se detuvo cuando ya estaba lo bastante lejos de otros barcos y de la población civil. Los marinos alemanes abandonaron el buque. En 15 minutos estallaría el artefacto explosivo.
El capitán Langsdorff fue el último en abandonar la nave. De pie en uno de los botes contempló cómo estallaba su Graf Spee con un sonido hueco que reverberó en un millón de explosiones. Se le quebró el corazón. Vio a su nave partirse al igual que su corazón y finalmente hundirse en las aguas, tras tres horas de detonaciones en cadena, llamas devoradoras y gritos de los ingleses, que desde sus barcos lanzaban al aire sus gorras al aire en señal de victoria. El primer gran corsario de la Alemania nazi había compuesto su epitafio. Y era no sólo un epitafio sino un aviso de futuro para el resto de corsarios de la Kriegsmarine. En especial para un navío que en pocos meses entraría en servicio y sería el paradigma de las naves corsarias y aún sería más famoso y recordado que Graf Spee: hablo, por supuesto, del Bismarck.
Cuando regresamos a Kiel, Doenitz no parecía satisfecho. Yo había pensado que lo estaría, que al haberme demostrado de forma tan palmaria que la flota de superficie alemana estaba condenada al desastre, su misión de convencerme de la importancia del arma submarina podía considerar un éxito completo. Pero Doenitz ante todo era un patriota y estaba triste por la destrucción del Graf Spee.
—A veces es terrible tener razón —confesó el vicealmirante, tan pronto le alcanzamos en el muelle.

Schellenberg, a mi lado, también estaba serio, como si no tuviera ganas de escribir su informe de la batalla en el río de la Plata.

Doenitz nos alcanzó un diario. En primera plana podía verse la imagen del Graf Spee hundido a 8 metros bajo las aguas en la bahía de Montevideo.

—Cuando hable con el Führer, le explicaré que mi opinión la construcción de nuevas naves debería centrarse en los submarinos y no en la flota de superficie.

Pensé que eso alegraría a Doenitz, pero se encogió de hombros.

—Espera, en todo caso, a conocer bien el arma submarina. La próxima vez que pases por aquí te mostraré todo lo que estamos haciendo. Entonces podrás decidir con conocimiento de causa. —Doenitz se sentía tan triste por la derrota del Graf Spee que ni siquiera pensaba en los fondos que necesitaba para construir su gran flota de U-Boot. Sólo pensaba en que Alemania había sufrido una durísima derrota. Yo no me di cuenta de que esa no era la única causa de su apatía.

—Ha sucedido algo más, ¿no es verdad vicealmirante? —inquirió entonces Schellenberg que seguía siendo mejor observador que yo mismo, tanto de los entresijos de las batallas como de la naturaleza del ser humano.

Karl Doenitz asintió. En el submarino no nos habíamos enterado de la última noticia, que era tan reciente que ni siquiera salía en los periódicos.

—Esta misma mañana se ha sabido que el capitán Langsdorff se ha suicidado. Cerró la puerta de la habitación, se tumbó en la cama sobre la bandera del imperio alemán y se disparó. Ahora mismo están preparando su entierro.

Me extrañó que no se hubiera tumbado sobre la bandera nazi con la esvástica. Pero ahora que lo pienso bien, no debió extrañarme. Los marinos eran caballeros, viejos servidores del Kaiser y del aún más viejo imperio alemán. Cuando Langsdorff pensó en morir con honor, en su mente debió aparecer una única opción, el antiguo estandarte alemán, blanco y negro con el águila en el centro, no las banderas nazis de Hitler con sus excéntricas cruces gamadas.

Schellenberg y Doenitz siguieron hablando un buen rato mientras caminábamos por el muelle en dirección al coche del vicealmirante. Yo me quedé algo rezagado, reflexionando sobre todo lo que había vivido durante aquellos días. La marina de guerra no tenía demasiadas opciones frente a los ingleses. La Luftwaffe tenía un problema con los británicos, que en el aire estaban a su mismo nivel o lo estarían en breve. Sólo nos quedaba la lucha en tierra, donde yo seguía pensando que éramos inmensamente superiores. Me pregunté cómo plantearía estos temas al Führer cuando le llamase aquella misma noche. Siempre se mostraba tan comprensivo que supe que entendería mis dudas y las aceptaría.

Por un momento, me olvidé de la guerra y comencé a pensar en Mildred, porque la echaba de menos, así como mi propia vida sentimental y, voy a admitirlo, sexual. Añoraba sus besos y aquella larga estancia rodeada de rudos marineros de largas barbas, me habían hecho desearla todavía más. Me pregunté si el Führer, una vez superado el desgraciado asunto de Unity Mitford, encontraría consuelo en alguna mujer. Yo por entonces, nada sabía de la vida privada del Führer, de su sobrina Geli, que siempre le había obsesionado, ni de su larga relación con Eva Braun. Tampoco sabía nada, por supuesto de la hermana de Eva, de Gretel, que con el tiempo sería el amor de mi vida.

Pero estoy adelantando acontecimientos, el objeto este capítulo era hablar de mi primera experiencia en el vasto océano, del hundimiento del Graf Spee y de la primera de las muchas derrotas que con el tiempo sufría la Alemania de Adolf Hitler en las frías aguas de los océanos.

La batalla de los mares no había hecho más que empezar.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: OTROS BUQUES CORSARIOS: LOS MERCANTES RECONVERTIDOS

La armada alemana nunca estuvo en condiciones de enfrentarse a la británica. La única manera de intentarlo en superficie fue gracias a las naves piratas, que surcaban los mares atacando impunemente. Aunque pueda parecer mentira, los acorazados de bolsillo y otras grandes naves de la Kriegsmarine, como el Graf Spee o más tarde el Bismarck o el Hipper, no dieron tan buen resultados como un pequeño crucero auxiliar llamado Atlantis, un ejemplo de mercante recovertido en buque de guerra. Las necesidades de la armada obligaban a tomar cualquier barco aprovechable para uso militar.

LUGAR Y FECHA: MAYO DE 1940 A NOVIEMBRE DE 1941

El capitán Bernhard Rogge partió de Alemania sin sospechar que estaría casi dos años en alta mar combatiendo como pirata. Hundió 22 barcos y tomó 1500 prisioneros antes de ser hundido.

CONSECUENCIAS: OTRO MERCANTE RECONVERTIDO: KANDELFELS

El Kandelfels también fue reconvertido de mercante a crucero. Aunque estuvo apenas un año en servicio, hundió 28 naves y fue conocido como El Pingüino por sus acciones piratas en la Antártida.

XVIII

El Führer estaba de pie, con las manos entrelazadas a la espalda, contemplando el retrato de su sobrina, de su querida Geli Raubal. Lo había mandado pintar a uno de sus artistas preferidos, Adolf Ziegler, y era un primer plano de aquella muchacha tan bella, en colores sepia y plata, que presidía el Gran Salón del Berghof.

Delante del cuadro había siempre unas flores frescas. Cada día hacía traerlas a uno de los sirvientes, para que el recuerdo de su querida Geli no se borrara, para que él mismo no olvidara lo que los demonios de la mente podían hacer si uno no andaba con cuidado.

Porque llevaba todo el día oyendo las voces de aquellos demonios, que le avisaban de que Alemania podía comenzar a perder la guerra en el mar.

Y aquellos malditos no callaban. Como tampoco callaron en el interior de la cabeza de Geli. Ella también sorportó en su día a esos demonios que vociferaban una y otra vez inmisericordes en el cráneo del guía del pueblo alemán.

—Pobre Geli, pobre niña.

Adolf Hitler se echó a llorar, porque en los momentos de mayor presión, cuando el estrés se hacía insoportable, es cuando los demonios venían a su encuentro, le susurraban palabras, le gritaban qué actos debía emprender y cuáles no. Geli se quitó la vida para huir de aquellos demonios, ese estigma de locura familiar que él también había heredado. Temía que un día habría de liberarse de la misma forma que aquella pequeña e inocente muchachita apenas una década atrás.

—Los demonios no podrán conmigo —masculló el Führer entre dientes.

Pensó en el suicidio de Unity Mitford, y en los diversos intentos de suicidio de su compañera, de Eva Braun. El suicidio le perseguía, como un fantasma, danzando alrededor de su presente y también de sus recuerdos.

Tenía que ser fuerte, se dijo, tenía que vencer a todas las adversidades. Porque él era el Führer y Alemania le necisitaba

Porque la guerra continuaba y esta vez el mar sería clave. Tal vez por eso los demonios no dejaban de advertirle del peligro. Ellos sabían que en poco tiempo comenzaría la invasión de Dinamarca y de Noruega, un plan que había recibido el nombre clave de ejercicio Weser. Se trataba de una campaña complicada, en condiciones de frío extremo, que con toda seguridad iba a darle muchos más problemas que la de Polonia. Y Hitler sabía bien qué entonces los demonios regresarían y no le dejarían tranquilo hasta que cogiera una pistola y repitiera el mismo acto que Geli, apoyarla en su corazón o, mejor, en su paladar tras abrir la boca y…

—¿Estás llorando, cariño?

Eva acababa de entrar en el Gran salón del Berghof y no dio crédito a sus ojos. Adolf, el grande, el todopoderoso, tenía las mejillas anegadas por el llanto. El Führer se volvió hacia el gran ventanal que daba al monte Untersberg y se limpió la cara a toda prisa. Casi tropieza con una mesita baja donde siempre había dos macetas con plantas. La esquivó y, luego de pasar junto a un gran globo terráqueo en el que a veces señalaba sus conquistas futuras, contestó:

—Estoy bien. Creo que se me ha metido algo en el ojo.

Lo último que deseaba Hitler era preocupar a su dulce Eva, que ahora le estaba mirando con gesto de

preocupación. Precisamente, había decidido pasar el mayor tiempo posible en el Berghof para contentar a su compañera, tal vez para resarcirla de nuevo por haber dudado de su amor en beneficio de Unity, tal vez porque la Guerra pronto tomaría unas dimensiones que no le permitirían demasiado tiempo libre. Hitler sabía que aquellos meses de tranquilidad en la casa que compartían no volverían a repetirse en muchos años; tal vez jamás.

—Te he traído un regalo.

Antes de que Eva pudiera reaccionar, Hitler cogió un teléfono y ladró una breve orden. Eva estaba de pie mirando en derredor más allá de las ricas vidrieras o de la chimenea de azulejos esmeralda o las lámparas de hierro forjado y los ricos tapices Gobelinos.

—¡Oh, oh, qué podrá ser!

Y entonces su amante chasqueó los dedos y dos perros negros como el azabache acudieron corriendo desde el vestíbulo. Eran dos cachorros adorables que se abalanzaron hacia su nueva ama como si supieran desde el principio que aquél era su lugar y su destino. Y en realidad así era porque el destino de Eva Braun estaría ligado al de sus perros hasta la hora final.

—Son los dos terriers escoceses que me pediste el verano pasado —anunció Hitler.

Eva y los dos perros acabaron instantes después abrazados al Führer, mientras éste sonreía forzadamente porque detestaba el contacto físico, especialmente cualquier muestra demasiado efusiva. Pocas veces se sentía con fuerza de hacer una excepción salvo en el lecho con Eva.

—Ya vale. Ya vale.

Su compañera le cubrió de besos a pesar de sus quejas y luego echaron los dos a pasear por el parque con Stasi y Negus, que así acababa de bautizarles Eva Braun.

—He dado la orden de comenzar con los preparativos para el ejercicio Wesser —explicaba en ese momento Hitler, mientras Eva llamaba a gritos a su hermana Gretel para que viniese a ver a los nuevos perritos.

La pequeña de las hermanas Braun llegó corriendo justo en el momento en que Hitler apuntó:

—Necesitamos los yacimientos minerales y una base estratégica en esa zona para poder atacar a Inglaterra. Raeder y los muchachos de la marina alemana lo consideran necesario, imprescindible, para cualquier acción futura en esa línea del frente e incluso para el futuro de nuestra industria bélica.

Eva y Gretel seguían corriendo a su alrededor perseguidas por los dos terriers. A veces Eva se detenía, asentía ante las palabras de Hitler y decía "ajá" o "muy bien" para luego echar de nuevo a correr o lanzar un palo a Negus. El Führer a menudo hablaba con ella de literatura, de los clásicos alemanes o de Shakespeare, también de filosofía o de música, especialmente de su amado Wagner. Al principio, Eva intentó ponerse a la altura de su compañero leyendo y adquiriendo algunos conocimientos adicionales. Pero pronto desistió: Hitler era un hombre demasiado culto para ella, que prefería leer novelas rosa y hacer gimnasia mientras el Führer hablaba sin descanso de cosas que ella no pretendía entender, cosas como la guerra, las ofensivas, la política y el resto de asuntos que llenaban la vida de su hombre pero que Eva sólo entendía vagamente.

—Cuando ordené la invasión todos esos idiotas del alto mando del ejército, especialmente Von Brauchitsch, me miraron con el rostro desencajado. Yo entonces me incliné junto al oído del viejo y le pregunté si todavía creía que deberían haber mandado matarme aquella vez que se reunieron en Zossen. Von Brauchitsch no sabía dónde meterse y se retiró poco después, pálido, tartamudeando una excusa.

El comandante en jefe del Heer o ejército de tierra era sólo una sombra de lo que había sido. Ya no se atrevía a ofrecer resistencia ante las órdenes de Hitler, por muy enloquecidas que le parecieran. En las reuniones con el resto de altos jerarcas de la Alemania nazi se le veía ausente, cabizbajo, como si ya no le importa se nada de lo que sucedía a su alrededor.
Hitler se echó de pronto a reír recordando el rostro de Walther von Brauchitsch, huyendo como un corderito de la cancillería, con el rabo entre las piernas.
Las hermanas Braun que estaban atentas al último de los altos y piruetas de Stasi, se volvieron hacia el Führer y comenzaron a reír con el sin saber bien de qué se reían.
Hitler siempre había dicho que los hombres importantes debían tener mujeres tontas a su lado. Eva, ciertamente, sabía hacer su papel y parecer aún más tonta de lo que realmente era. Tanto ella como su hermana eran bastante vulgares y superficiales, pero en modo alguno idiotas. Hitler probablemente lo sospechara pero le daba igual porque él quería tener un mundo ordenado a su alrededor donde cada pieza encajase a la perfección. Lo que pensara la pieza no era su problema y, acaso por eso, aceptaba con tanta liberalidad a personas que no encajaban en absoluto en el ideario nazi: un drogadicto como Goering, un borracho como su fotógrafo e íntimo amigo Hoffman, una mujer moderna y superficial como Eva...
Hitler rara vez juzgaba a las personas de su entorno más inmediato. Sólo esperaba que le sirvieran y que lo hicieran bien.
Por mucho que la historia haya querido dibujarle como un hombre complicado, Adolf Hitler no lo era en absoluto. Eva Braun era la persona que le libraba de los demonios, que le hacía olvidar el peso de su cargo, que le daban aquellos instantes de asueto y tranquilidad que todos necesitamos para no volvernos locos. Y esa tarea la cumplía a la perfección.
Aquella noche, en la sala de cine del Berghof, se exhibió la película Metrópolis, uno de los filmes preferidos de Eva desde niña. Muchos encontraban parecido entre ella y la protagonista, la robot Maria encarnada por la gran diva del cine alemán Brigitte Helm. Eva, siempre dispuesta a convertirse en una heroína de película, aunque fuera la imaginación, había visto al menos 20 veces aquella obra maestra. Y sin embargo las dos hermanas se quedaron a verla hasta muy tarde, una vez más, acompañadas de sus nuevos perritos.
El Führer se excusó poco antes de que la película acabase y se quedó trabajando de madrugada en su habitación, como era su costumbre. Poco antes de echarse a dormir recibió una llamada en su teléfono privado.
—¿Quién es?
—Soy yo, cariño —le reveló una voz que era apenas en un susurro.
Eva sabía bien que tenía prohibido pulsar el número 600, el número privado de la habitación del Führer. Oficialmente seguía siendo sólo la secretaria, fräulein Braun, y su derecho de acceso al guía de Alemania debía ser oficialmente limitado.
—Sabes que no deberías llamar aquí.
—Ya lo sé. Pero había algo importante que tenía que decirte
Hitler carraspeó, como siempre que quería dar a entender que su paciencia iba a ser escasa.
—Dime, pues, qué quieres.
—¡Sólo quería decirte que eres un hombre maravilloso y que te amo!
Al fondo, el Führer pudo ir perfectamente el ladrido de un perro, la risa de Gretel y luego como Eva colgaba el aparato mientras emitía un chillido de alegría.

Hitler colgó el aparato a su vez mientras meneaba la cabeza. Luego se quitó las gafas y se echó en la cama. No tardó en dormirse. Una dulce sonrisa de indulgencia le cruzaba rostro.

Los demonios habían desaparecido, la sombra de su sobrina Geli se había marchado. Aquellos suicidios, que llevaban toda la vida acechándole, eran sólo unas sombras que se desvanecían. El Führer, después de un sueño reparador, estaría dispuesto para emprender la siguiente tarea y se sentiría con fuerzas para ganar aquella guerra.

Y todo gracias a que Eva Braun era una mujer maravillosa. La compañera ideal de un hombre de su altura. Un hombre, pensó Hitler justo antes de perder la consciencia, que sería recordado como el más grande caudillo de todos los tiempos.

Irónicamente, no tardaría en ser conocido con ese sobrenombre, aunque tal vez aquel conjunto de palabras significarían algo muy distinto de lo que él imaginaba para el pueblo alemán.

Acabarían convertidas en un chiste y en un arma arrojadiza en labios de sus enemigos.

6

DINAMARCA Y NORUEGA
(1940, 22 al 29 de febrero, marzo, abril y hasta el 9 de mayo)

XIX

El traidor estaba sopesando los pros y los contras de de asesinar a Otto Weilern. Pero esa no fue la única de sus preocupaciones durante aquellos frenéticos primeros meses de 1940.
El traidor dejó a un lado el informe "Lebensborn", que terminaba de leer, y luego se frotó los ojos. Había demasiado en juego y las derivaciones de cada paso que tomaba eran infinitas. A veces, estar en su lugar era agotador. Pero el destino le había puesto en una posición demasiado importante para substraerse a su obligación para con Alemania. Y es que ahora sabía que tenía una misión en la vida: acabar con Adolf Hitler.
Desde hacía años, albergaba dudas hacia el Führer y el movimiento nacionalsocialista. Primero fue un cierto desánimo hacia cómo evolucionaba el país a partir de 1933, cuando los nazis alcanzaron el poder y sucedieron cosas como la persecución de los judíos, la eliminación de todo rival interno, la encarcelación de los opositores políticos en campos de concentración, la destrucción completa de los movimientos de izquierda o el convertir a todo un pueblo en una masa de títeres vociferantes con la mano en alto al son de "Heil Hitler". Poco a poco, su desencanto le había conducido al borde de la decisión de conspirar contra el canciller de Alemania, una idea terrible y contraria a todo lo que había aprendido desde niño, e incluso a su inclinación natural por el deber y la obediencia. Meses antes del estallido de la guerra ya había dado los primeros pasos en contra del Führer, y dio órdenes a su círculo más íntimo de colaboradores de comenzar a maquinar cómo oponerse a los nazis. Pero no fue hasta los crímenes en Polonia de los Eisantzgruppen cuando comprendió que una victoria en aquella guerra de Hitler sería una catástrofe mundial.
Y entonces se convirtió definitivamente en un traidor. Sin dudas, sin ambages, sin dilaciones. Tenía que actuar y destruir la obra del Führer.
Pero ya otras veces había estado a punto de dar el paso. Contempló durante mucho tiempo, anonadado, la transformación de Reinhard Heydrich, uno de sus mejores amigos, en un monstruo al que ya no era capaz de reconocer. Veinte años atrás, el joven Reinhard había sido un espíritu sensible, un virtuoso del violín. Provenía de una familia de compositores y su padre, Bruno Heydrich, había sido uno de los profesores de música más renombrados de toda Alemania. Reinhard era el hijo predilecto, el alumno aventajado, un excepcional intérprete de piano y violín, un ferviente católico, un muchacho frágil de una dulzura extraordinaria.
Aunque también existía otro Reinhard, otro ser, que habitaba dentro de su alma de músico. Se trataba del Reinhard detective, del Reinhard investigador, del niño obsesionado por las novelas de espías y los seriales de los periódicos en los que diversos investigadores maravillaban al gran público. Sherlock Holmes y Nat Pinkerton eran sus preferidos. Siempre convivieron los dos Heydrich, el músico sensible y el enamorado del espionaje y las tramas enrevesadas de las novelas. El que soñaba con ser un músico de renombre y el que quería ser un gran detective.
En la época en la que el traidor (que aún ni había pensado en serlo) y Heydrich se conocieron, el joven músico todavía era la personalidad dominante. Reinhard era famoso por tocar el violín a bordo del barco en el que servía como cadete: el Niobe, el mismo en el que el traidor ejercía de primer oficial. Le encantaba escuchar por la noche la interpretación de Reinhard de la Serenata “Rimpianto”, el genial lamento del compositor italiano Enrico Toselli. Nadie entendía que un chico

de sus aptitudes hubiese escogido la carrera naval, ni siquiera la propia familia de Heydrich. Pero éste, amante de las novelas de espías, ávido de emociones, necesitaba ampliar sus horizontes y huir del Conservatorio de su padre en busca de aventuras.

Probablemente Reinhard hubiese seguido siendo esos dos hombres, ambos afables y caritativos, ambos leales a su país, de no haber sido por Lina.

Lina von Osten fue la peor de las influencias para el joven Reinhard. Se conocieron, se enamoraron y se prometieron en matrimonio en cuestión de meses. Heydrich, abandonó a su prometida por Lina, fue sancionado y expulsado de la marina a causa de ello (la marina alemana era un lugar para caballeros, no para tipos que abandonaban a sus novias a las primeras de cambio, especialmente si eran las hijas de un alto oficial de la misma). Pero a Reinhard no le importó porque tenía a Lina y ella le dominaba y manipulaba en secreto. En sus manos, el chico sensible se transformó en un nazi. Fue algo progresivo, naturalmente. Cuando la conoció no tenía el menor interés en el movimiento nacionalsocialista, no había leído “Mi lucha” de Hitler, ese infame panfleto redactado durante su estancia en prisión después de intentar tomar el poder en el Putsch de la Cervecería de 1923. Tanto era así, que el traidor le oyó decir a Reinhard en más de una ocasión que Adolf y su camarilla no eran más que un grupo de idiotas liderados por un cabo de bohemia, enano y algo corto de entendederas.

Pero Reinhard era un hombre ambicioso y Lina una nazi ferviente. No tardó en convencerle de que su futuro estaba en el partido de Hitler, que en aquel momento buscaba oficiales entrenados en tácticas militares, gente profesional para comenzar a sentar las bases de las SS y el resto de sus organizaciones paralelas, tentaculares, a través de las cuales un día dominarían todos los estratos de la vida privada y públicas de los alemanes.

Heydrich tuvo la suerte de conocer a Himmler cuando estaban comenzando a reorganizar precisamente las SS. Llevado por su imaginación, su gusto por las novelas de detectives, se inventó un falso currículum como experto en inteligencia naval durante sus años en la marina. Era mentira, por supuesto, pero convenció Himmler de que podía ser un hombre valioso en la organización que estaba levantando. Aquello pasó en 1931, dos años antes de que los nazis llegaron al poder. Heydrich, durante la década siguiente, fue sumando cargos y organizando el servicio de información de las SS o SD, un grupo de espías de la población civil y de los enemigos del Reich llamado Gestapo y finalmente un servicio de contraespionaje liderado por Schellenberg. Ahora, Heydrich era el jefe de policía de Alemania y tenía su propia escuela de espías. Sus sueños de adolescente se había cumplido: era un detective, un investigador famoso, aún más... era el jefe de los espías, de los policías y de los detectives de todo el país. ¿Qué más podía pedir?

En algún momento, sin embargo, el músico sensible, el virtuoso del violín, fue engullido por el salvaje seguidor del nacionalsocialismo. Acabó enfrentándose con su familia, a cuyos miembros se negó a ayudar económicamente cuando el conservatorio de su padre quebró y ahora ni siquiera les dirigía la palabra; perdió a los mejores compañeros de su época en la marina, gente como el traidor, que había sido su amigo íntimo incluso en los primeros años de su estancia en las SS y las SD. Reinhard vivía sólo para su trabajo.

El traidor recordaba con cariño la época en que fueron vecinos en Berlín, o años atrás cuando era un invitado habitual en su casa de Kiel. En una y otra época, Heydrich, el traidor y su esposa Erika formaban un terceto de cuerda en el que el joven Reinhard era la estrella. Eran un trío magnífico que tocaba en salones privados para oficiales de la marina y eran aplaudidos por su brillantez en la

ejecución de las piezas y su enorme sensibilidad. En aquel tiempo, todavía el traidor se consideraba el mentor de Reinhard y esperaba que la influencia perniciosa de Lina y las SS no terminaran con lo que quedaba de su alma de músico. Años después, en 1937, el destino hizo que volvieran a ser vecinos en Berlín por segunda vez, y revivieron su terceto de cuerda y volvieron a comer juntos y a cabalgar por el bosque de Grunewald como antaño. Pero el traidor comprendió que ya no podía ser el mentor del muchacho. Porque ya no era muchacho sino un criminal que metía en campos de concentración a miles de personas al año, una araña ávida de poder, un ser al que Lina von Osten, ahora Lina Heydrich, había convertido en un remedo de sí mismo, en una burla. El muchacho más sensible que nunca había conocido ahora era el ser más monstruoso que jamás conocería.
El traidor recibió informes que narraban cómo Reinhard trataba como a perros a sus subordinados, a los que constantemente presionaba e insultaba. Era impetuoso, irracional y despótico. En oposición a Himmler, que era un hombre tranquilo que todo lo observaba y meditaba antes de caer sobre el infortunado al que perseguía con mano de hierro, Heydrich, al trastocar su personalidad sensible en la de un monstruo, se había vuelto rencoroso e inestable. Presionaba a todas las personas de su entorno, le encantaban las atmósferas cargadas, la gente que se sentía superada por los acontecimientos y tartamudeaba en su presencia, las personas intimidadas y temerosas que bajaban los ojos ante su mirada. Era un torturador de almas que quería ver a los otros tan pisoteados como lo estaba ese joven y sensible músico que aguardaba agazapado en su interior. Obsesionado por el deporte, todo el tiempo que no estaba trabajando lo pasaba corriendo y haciendo ejercicio compulsivamente; de hecho, obligaba también a sus subordinados a detener sus labores, a levantarse de las mesas y hacer ejercicio con él de forma enloquecida hasta quedar exhaustos. Una vez que los tenía cansados, de vuelta a sus mesas, les chillaba, les decía que eran unos inútiles, y proseguía con la terapia del miedo y la dominación por el terror con la que tanto disfrutaba.
Heydrich era lo contrario que había soñado el traidor que acabaría siendo cuando le conoció tocando su violín en la cubierta del Niobe, aquel barco de vela de sus recuerdos. Su apadrinado, su amigo, aquel muchacho en el que había puesto tantas esperanzas, era su mayor fracaso. Su decepción era tan grande que a veces le embargaba una tristeza profunda al pensar en Reinhard.
—Te encuentro raro —le comentó un día Erika, al regresar del trabajo. Llevaban tanto tiempo juntos que sólo con mirarle sabía que algo iba mal.
—Pensaba en Heydrich, en aquellas veladas maravillosas en las que tocábamos juntos.
—No pienses más en ello —le consoló Erika, acariciándole el rostro—. Reinhard ha cambiado. Es como si ya no le conociéramos.
—Igual le pasa a Alemana —repuso el traidor, bajando la cabeza—. Ya no la reconozco.
Todo aquello había sucedido en enero de 1938 y aún faltaban veintiún meses para la guerra mundial. Pero el traidor, aunque todavía no lo era, estaba terminando su propia evolución, su conversión en un antinazi, en un enemigo del Führer.
Y es que la culpa de todo la tenía Hitler. El traidor sabía perfectamente que cuando Alemania perdiese la guerra (de lo que estaba completamente seguro) el mundo entero demonizaría la figura de Adolf Hitler, convirtiéndolo en un individuo despreciable, un asesino sádico, homosexual, impotente y cuantas insensateces se le ocurrieran a los vencedores. Todas las mentiras habidas y por haber se inventarían al objeto de convertirlo en el paradigma del asesino, del criminal por excelencia. Pero Adolf no era nada de eso, era algo aún peor. Hitler era “un pervertidor de almas”.
Por decir cosas como éstas muchos consideraban al traidor una especie de místico, pero ellos no

veían con tanta claridad como el traidor lo que era el canciller del Reich. Y el ejemplo perfecto para entender a Hitler era el asunto de los judíos.

Hitler nunca dio la orden explícita de destruir al pueblo judío, ni la creación de campos de concentración donde albergarlos. Hitler era mucho más sutil. Dejó que su entorno más inmediato, especialmente las SS, se radicalizase progresivamente. Hitler sólo daba ideas vagas, articulaba las líneas maestras y dejaba que los demás se convirtiesen en criminales en masa, en lo que en el futuro se llamarían genocidas. A su alrededor, pululaban un montón de secundarios que pretendían ganarse su favor, y todos sabían que el favor de Hitler sólo se ganaba, como si tratase de una partida de póquer, soltando un farol aún más grande que el jugador que tienes a tu izquierda. En la jungla política del nazismo había una infinidad de mandos, de agencias, tanto de las SS como de diversos ministerios y ramas del ejército. El que tenía una idea más radical y enloquecida era animado por Hitler, era adulado por éste, era ascendido a un escalafón más alto. Así sucedió con el holocausto y los judíos. Nunca hubo una idea clara de qué se haría finalmente con los judíos, se improvisaba constantemente camino de una locura a un mayor. Primero se les prohibió entrar en el ejército y mucho otros privilegios propios de un ciudadano "ario"; luego se les prohibió practicar la medicina, dar clases en las universidades y escribir en los periódicos; más tarde, con las leyes de Nuremberg de la Sangre y el Honor se les arrebató la ciudadanía y se les prohibía casarse con arios; finalmente, después de la Noche de los Cristales Rotos, comenzó su internamiento masivo en los campos de concentración.

Cada uno de estos pasos no fue idea de Hitler, que sólo plantaba la semilla y dejaba que funcionarios cada vez más dementes y corrompidos idearan una forma nueva de superar la locura y la corrupción del anterior con una nueva fórmula que denigrara aún más al pueblo judío. Llegaría el día, el traidor estaba seguro, que surgiría la idea de exterminarlos. Y lo más terrible es que estaba convencido de que esa idea partiría de Heydrich. Nadie tenía más ambición en el tercer Reich que Heydrich, nadie había entendido con más claridad cómo funcionaba la jauría de lameculos enloquecidos que rodeaban a Hitler. En la carrera para demostrar quién estaba más loco y quién podía decir o hacer la barbaridad más grande, Heydrich ganaría. De momento ya iba en cabeza con esos asesinos en serie llamados Eisantzgruppen. Pero un día iría aún más allá.

Y precisamente fue la campaña polaca, cuando conoció la limpieza étnica que llevaban a cabo los esbirros de Heydrich, el momento decisivo en que el traidor dejó de ser traidor en potencia para transformarse en traidor en acto.

El traidor llegó a Polonia cuando aún se batallaba en las calles de Varsovia. Muy pronto fue testigo de las carnicerías de los Eisantzgruppen y fue a hablar con Keitel, el lacayo de Hitler, el lakaitel, el hombre que el Führer había puesto al mando de la Wehrmacht después de acusar falsamente de homosexualidad a Von Fristch.

—¿No has visto las matanzas? ¿No has oído hablar de lo que están haciendo los Eisantzgruppen? —le chilló a Keitel.

El traidor sólo había asistido hasta el momento al espectáculo de varias docenas de personas asesinadas en una plaza. Sabía de los rumores que hablaban de fosas comunes, pero todavía no había visto el horror definitivo con sus propios ojos.

—No sé de qué me hablas —repuso Keitel, encogiéndose de hombros y abandonando la estancia.

Y es que todos los colaboradores cercanos a Hitler eran unos cobardes.

Antes de finalizar su estancia en Polonia el traidor hizo que le llevarán ante una de las fosas de los

Eisantzgruppen. Tal vez fuera la misma que contempló Otto Weilern. Tal vez cualquier otra. El traidor contempló tembloroso aquel millar de cuerpos calcinados convertidos en una sola masa de carne de la que aún manaban gritos sofocados mientras los SS tapaban la fosa y enterraban vivos a los desgraciados que aún sobrevivían al fusilamiento y a la hoguera. Se alejó unos metros en dirección al bosque y lloró, de impotencia, de rabia, de horror. Pero sobre todo lloró porque se odiaba a sí mismo por no odiar lo bastante a Heydrich, por haberlo amado un día y por haberse equivocado tanto con él.

De vuelta a Alemania lucía unas heridas sonrosadas en las mejillas. Se había arañado de rabia al contemplar aquella matanza. Con la cara aún magullada (comentó que había sido un gato callejero en Varsovia) visitó personalmente a varios de los generales más importantes del Reich.

—Tenemos que deponer a Hitler. Tenemos que acabar con ese hombre. Lo que sucede en Polonia ha sido la gota que colma el vaso.

Eso les decía a todos, pero aunque encontró a algunos que le escucharon, como Halder, el jefe de estado mayor de von Brauchitsch en el ejército de tierra, la mayor parte de las personas con las que habló se mostraron favorables a la mano dura con los polacos.

—Lo que las SS y los Eisantzgruppen están haciendo en los territorios ocupados es necesario. Yo no seguiría haciendo afirmaciones como ésa. Pueden llegar a oídos de alguien que no lo quiera bien, almirante, y ser el fin de su carrera. —Esas palabras se las dijo Von Paulus, un oficial por entonces casi desconocido, pero que un día se haría famoso por dirigir al ejército alemán en la campaña de Stalingrado.

Pero el traidor no tenía miedo de ser descubierto. Al menos no todavía. Existía un fuerte vínculo entre los oficiales el ejército. Sólo los más jóvenes, los que habían hecho su formación ya en época nazi, eran un peligro. El resto podían disentir con él pero nunca informarían de sus palabras. El honor, la confianza y el sentimiento de pertenencia a una casta, era lo más importante para un militar del Reich.

Una vez comprobó que no tenía apoyos suficientes para destituir o asesinar a Hitler, el traidor decidió utilizar la organización que dirigía para torpedear los avances de los nazis. Por un lado, salvó todas las vidas que le fue posible en Polonia; por otro, comenzó informar a los aliados de las intenciones secretas y los planes bélicos de Hitler y del Alto Mando.

Salvó la vida a Madame Szymanska, la esposa de un oficial polaco, y luego de enviarla a Suiza organizó a través de ella una conexión directa con Londres y París.

A través de esta conexión y de otras similares que fue creando (en especial gracias algunos subalternos en su propia organización que eran abiertamente antinazis como él), informó en los primeros días de abril de 1940 que el día nueve estaba prevista la ofensiva de la Wehrmacht contra Noruega. Lo mismo hizo sobre la invasión de Dinamarca.

Ahora, por fin, era un traidor. Por desgracia los servicios secretos aliados o no creyeron sus palabras o reaccionaron demasiado tarde y no estaban preparados para el ataque alemán cuando éste se produjo exactamente en la fecha y forma que el traidor les había informado. Esto enervó al traidor, pero no le hizo desistir en su determinación de acabar con el tercer Reich de Hitler. Era uno de los más altos mandos en la estructura militar de la Alemania nazi y nadie sospechaba aún de él. Con un hombre con su poder en la cúpula del Reich informando a los aliados, las opciones de victoria de Hitler sólo podían empeorar con el paso del tiempo. Tenía que tener paciencia.

Al final, el bien vencería y Hitler colgaría de una soga, como el propio Heydrich y la mayor parte de

las SS. Estaba convencido de ello.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: LA PERSECUCIÓN DE LOS JUDÍOS

A menudo vemos que alguien llama a un adversario "nazi" demasiado a la ligera, sobre todo a grupos minoritarios que se oponen al estado. Pero el nazismo sólo puede ser ejercido desde el propio estado, pervirtiendo el Rechtsstaat, término jurídico alemán que ha acabado definiendo el estado de derecho, un lugar donde la ley puede frenar en caso necesario los posibles abusos del estado contra sus ciudadanos. Como en las democracias. Pero los nazis querían destruir a los judíos, utilizarlos como chivo expiatorio, acusarlos de todos los males que habían llevado a la pobreza al pueblo. Poco a poco, fueron legislando en su contra, mas en el seno del estado de derecho, siempre en los límites de la ley, que pervirtieron para que, en lugar de defender a los ciudadanos, fuese instrumento de sus desvaríos.

LUGAR Y FECHA: NOVIEMBRE DE 1938. LA NOCHE DE LOS CRISTALES ROTOS

Por fin llegó la excusa: un judío asesinó al secretario de la embajada en París. Muchos alemanes (instigados por los nazis) salieron a la calle, apedrearon las cristaleras de negocios y sinagogas judías, matando a un centenar de personas. Por fin el pueblo estaba definitivamente exaltado y podían ponerse en marcha nuevas leyes antijudías en el seno de un falso estado de derecho.

CONSECUENCIAS: PERSEGUIDOS HASTA EL FINAL (1933-1945)

Desde que los nazis llegaron al poder hasta su caída, se continuó inflamando a la población contra los judíos y legislando en su contra, incluso cuando ya estaban en campos de concentración.

El traidor meneó la cabeza y volvió a la realidad, dejando de lado el destino de Alemania, del Führer y los caminos que le habían conducido a trabajar en contra del gobierno de su país.
Debía concentrarse en el presente: en Otto Weilern. Se le había hecho tarde aquella mañana tras leer el informe “Lebensborn”. Todavía dudaba sobre si debía o no matar a aquel muchacho que ahora mismo era como el joven Heydrich, un diamante por pulir, un muchacho tal vez dulce y bueno pero que con el tiempo podría convertirse en un monstruo. Lo que Hitler y las SS querían hacer con Otto era algo que no tenía nombre. Tal vez hasta le haría un favor si lo asesinaba.
Mientras decidía qué sería capaz de hacer para evitar que se convirtiese en otro Heydrich, comenzó a vestirse. Se puso su uniforme de almirante y se contempló en el espejo mientras se ajustaba el capote y prendía de un bolsillo la daga de gala.
—No permitiré que nazca otro Heydrich —le prometió al espejo. Aunque en realidad pretendían que Otto fuese algo mucho peor, algo casi inimaginable.
En ese momento entró en su vestidor uno de sus hombres de confianza, el coronel Hans Oster y un sargento que lucía una larga cicatriz bajo el ojo derecho y respondía al nombre de Morgen
—¡El Altmark ha sido abordado! —gritó Oster, visiblemente emocionado.
Se trataba de la famosa “vaca lechera”, el petrolero que había servido como fuente de combustible al acorazado de bolsillo Graf Spee. Lo que mucha gente no sabía es que también había transportado encerrados en la bodega a los prisioneros que iba tomando el navío pirata en cada una de sus misiones. En ese momento regresaba a Alemania con su preciosa carga humana, lista para ser interrogada y luego recluida en un lugar secreto. Pero los ingleses habían decidido atacarlo tan pronto lo descubrieron, y eso a pesar de estar en aguas noruegas. El primer lord del almirantazgo inglés había dado la orden de violar la neutralidad de aquel país. Seis destructores ingleses liderados por el Cossack habían abordado la nave alemana mientras los noruegos (que sólo tenían a su disposición un par de torpederos) no hicieron más que elevar tímidas protestas. En un abrir y cerrar de ojos se llevaron a los 290 prisioneros británicos.
—Es una noticia maravillosa —sentenció el traidor
Oster estuvo de acuerdo. Ambos creían que atacar Noruega casi al mismo tiempo que se iniciaba la ofensiva sobre Francia y los Países Bajos, en el marco del Caso Amarillo, era un grave error: se trataba de dividir las fuerzas alemanas en dos frentes y embarcarse en una campaña de diversión en el norte que seguramente perderían. Por ello, se alegraban del abordaje del navío alemán. Hitler entraría en cólera y ahora sí, con toda seguridad, atacaría Noruega. Si tenían un poco de suerte, el fin del tercer Reich estaba más cerca.
—Los noruegos han puesto unas vagas excusas para no intervenir durante el abordaje. A pesar de que el ataque inglés es una violación indudable del derecho marítimo, ellos han argumentado que el Altmark era de facto un barco de guerra y no neutral ya que transportaba prisioneros. Por eso no intervinieron. Aunque no se lo cree nadie ya que el Altmark es un petrolero y no dispone de artillería ni de torpedos. Además, el propio Hitler y su estado mayor saben que los ingleses, una vez han comprobado que los noruegos no van a hacer nada si atacan nuestras naves, se sentirán cada vez más seguros y nos enfrentarán en el espacio noruego con total libertad. El Führer no puede permitirlo.

Ahora es seguro que va a meterse en la trampa Noruega.
El traidor convino con Oster que aquel abordaje era un golpe de suerte y, en un instante de emoción, le abrazó.
—Mantén informados a los ingleses de todo, de los movimientos de nuestros ejércitos, de lo que se te ocurra; cualquier cosa que creas importante o que necesiten. Tenemos que acabar con Adolf Hitler.
Oster se cuadró y abandonó la sala. El traidor se quedó a solas con Morgen. Aquel sargento de mirada dura como el acero le impresionaba siempre.
—Te necesito, Morgen. Para el asunto que hablamos.
Y se fueron entonces de muy buen humor a la recepción que a iba a tener en la academia naval de Flensburg. Sabían de buena tinta que allí podrían conocer, o por lo menos ver en la distancia, a Otto Weilern.
Y entonces decidirían si tenían que matarlo o, por el contrario, le dejaban de momento con vida.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Nunca me había sentido vigilado, perseguido, en peligro... hasta mi segunda visita a la academia naval de Flensburg. Allí había conocido a Doenitz meses atrás y esta vez conocería al Gran Almirante Raeder. Tal vez también por eso el recuerdo está tan firmemente asentado en mi memoria.

El día anterior, mientras hacía mis maletas para una nueva visita a la Kriegsmarine, encontré a Mildred con el semblante serio, perdida en extrañas cavilaciones. Ahora, desde la perspectiva del tiempo, me doy cuenta de un hecho que entonces me pasara desapercibido: aquella misma noche había terminado de leer "el informe Lebensborn" y ahora aguardaba sentada en el salón a que yo terminara de vestirme. Estaba escuchando la radio, como solía, pero perdida en sombrías cavilaciones, como si las radionovelas a las que estaba enganchada ya no pudieran consolarla.

Salí de mi habitación y le di un beso rápido, tratando de no alargar la despedida, ya que un coche oficial me esperaba en la calle. Pero noté los labios de Mildred fríos y su mirada perdida, como si no estuviese allí.

—¿Te pasa algo?

—No, nada —repuso Mildred, observándome con los ojos muy abiertos, como aquel al que acaban despertar de un sueño—. Te voy a echar de menos. Sólo es eso. Ojalá te quedaras unos días más a mi lado.

Me sonrió con gesto fingido, con una mueca rota de labios exangües.

—Sólo va a ser una semana, dos a lo mucho —le aseguré. Hubiese querido quedarme un poco más tiempo y consolarla, pero un claxon sonó en la calle y volví a besarla, apresurado—: Enseguida estoy de vuelta. Antes de que te des cuenta.

Acaricié su mejilla y salí a toda prisa de mi piso. Mientras subía al coche alcé la mirada esperando encontrar a mi Mildred en la ventana agitando los brazos. Pero allí no había nadie y, cuando las puertas del coche se cerraron, me embargó una sensación ominosa, como si una amenaza desconocida se cerniera sobre mí. Pero no pude dar vueltas al asunto por más tiempo porque de inmediato nos pusimos en camino hacia la Marineschule Flensburg.

Doenitz, al igual que en la primera visita, se mostró silencioso conmigo y me llevó a diversas reuniones la mañana de la recepción, que tendría lugar a las 17 horas, cuando el Gran Almirante llegase de Berlín. Yo, sin embargo, había madurado desde la última vez que nos vimos, y era capaz de oír lo que no se decía, de entender entre líneas y de extraer mis conclusiones de cada encuentro con los oficiales a su cargo. Aprendí que muchos altos mandos de la Kriegsmarine creían firmemente en la eficacia de los sistemas de detección por sónar de los ingleses y que estaban convencidos que los submarinos debían atacar al menos a 3000 metros para no ser detectados. Doenitz, sin embargo, estaba convencido de que a esa distancia los torpedos alemanes, ya de por sí con un índice de fallo muy elevado, errarían prácticamente todos sus disparos. Él creía que los submarinos debían arriesgar y situarse a medio kilómetro de sus enemigos, ser agresivos y atacar en grupo. La posibilidad de ser detectado no era su principal preocupación sino la efectividad del arma submarina. Durante años había entrenado a sus hombres en maniobras por los diferentes mares y océanos. Los ingleses, al

igual que el alto mando alemán, esperaban ataques aislados de submarinos a mucha distancia del objetivo y siempre sumergidos. Precisamente por ello, el vicealmirante quería que los submarinos atacasen en grupo, a escasa distancia y en superficie. Pretendía sorprender por completo a los ingleses. Y lo consiguió.

La academia naval de Flensburg era una de las más prestigiosas de la Kriegsmarine; la había inaugurado en 1910 el kaiser Guillermo II en persona y por ella habían pasado los más prometedores marinos de las últimas promociones. Como ya he dicho, el mismísimo Raeder, el gran almirante de la marina de guerra alemana, venía de visita, y la flor y nata de la oficialidad estaba allí para rendirle pleitesía.

—¿Ya sabes lo que harás en la fiesta? —me preguntó Doenitz mientras avanzábamos por una gran sala en las que resaltaban preciosas guerreras con botonaduras dobles e insignias y galones dorados. Todo el mundo había aparecido con su traje de gala, orgullosos de pertenecer a la más noble casta de soldados del Reich.

Yo había aprendido bien la lección y sabía qué debía hacer. O, al menos, lo que el vicealmirante esperaba de mí.

—Me uniré a un corrillo, hablaré poco y escucharé a los capitanes de los submarinos. Aprenderé de aquéllos que tienen más experiencia que yo.

—Sólo aprende aquel que escucha al que sabe más que uno mismo. Nos ha pasado a todos, Otto. —Doenitz me sonrió, y teniendo en cuenta su carácter, lo tomé como un cumplido extraordinario.

Así pues, me uní al primer grupo de oficiales que encontré a mi diestra y escuché cómo hablaban de lo acaecido en los primeros meses de la guerra submarina. De esta forma, tomé conocimiento que, al principio de la guerra, en el mes de septiembre de 1939, Hitler había ordenado cumplir escrupulosamente con el derecho marítimo internacional y en particular con la ley de presas, que todo capitán conoce y explicita cómo debe comportarse en el mar en período de guerra. No se podía atacar ningún mercante enemigo sin antes darle el alto e inspeccionarlo. Si se descubría que estaba violando la neutralidad, porque llevaba suministros de guerra o cualquier otro artículo que convertía a la nave en un eslabón de la marina inglesa, se lo podía hundir, pero las vidas de los tripulantes debían ser respetadas y conducidos a otro barco o a un puerto seguro. Esto, por supuesto era lo mismo que aniquilar todo el concepto en el que se basa la guerra submarina. No se podía atacar por sorpresa, no se podían tomar decisiones rápidas, el submarino debía quedarse en superficie durante largo rato mientras inspeccionaba el barco enemigo mientras cualquier avión enemigo o un destructor podía hundirlo fácilmente de aparecer en la lejanía. Fueron días extraños en los que todavía se estaban decidiendo las reglas que regirían el combate en el mar durante la Segunda Guerra Mundial.

Todo eso cambió con el hundimiento del Athenia. El submarino alemán U-30 confundió un buque de pasajeros con una nave de guerra. El Athenia navegaba dando bandazos y había apagado las luces. La guerra acababa de estallar (era el primer día de la misma) y los mandos no sabían aún cómo actuaría el otro. Los ingleses tomaron en sus mercantes y barcos de transporte medidas defensivas sin saber que los alemanes no pretendían atacarlos. Pero nuestros capitanes de submarino, cuando vieron esas acciones defensivas realizadas por mercantes, llegaron a la conclusión de que eran barcos de guerra. El error estaba servido y 120 de los 1500 pasajeros del Athenia quedaron sepultados bajo las aguas.

El resultado de aquel desafortunado incidente fue que la opinión pública internacional llegó la conclusión que los alemanes no iban a respetar ninguna norma en la guerra naval. Hitler, furioso, ordenó que bajo ninguna circunstancia se disparase o se torpedease ninguna nave sin tener la

completa seguridad de que no se trataba de un mercante ni de un barco de pasajeros. Pero no sirvió de nada y durante los meses siguientes las normas de combate en el mar se fueron relajando; aparecieron los barcos corsarios como el Graf Spee y los propios ingleses violaron la legalidad internacional atacando el petrolero Altmark en aguas noruegas. La lucha en el mar no siempre iba ser un enfrentamiento de caballeros. Ahora todos los bandos lo sabían y actuaban en consecuencia.

Algo me distrajo de aquella conversación entre capitanes de U-Boot. No sabría decir la causa. Una vez oí hablar de una madre que dejó a su hija en la escuela como cualquier otro día y de pronto tuvo un mal presentimiento. Volvió corriendo sobre sus pasos en el momento en que la niña era lanzada al suelo por un acosador sexual. Me contaron que la turba se lo llevó a rastras y que ni siquiera la policía criminal (kriminalpolizei, también comandada por Heydrich) pudo contenerla mientras se cebaban en aquel desgraciado. No lo mataron, pero no andó lejos la cosa. El violador pasó un tiempo en el hospital antes de entrar en la cárcel.

No se cuál fue la emoción exacta que sintió aquella madre en el instante en que salvó a su hija, pero aquel día en la escuela naval aprendí la naturaleza y la fuerza precisa de un presentimiento. Me volví abruptamente, sin razón ninguna, en dirección contraria al corro de jóvenes oficiales que departíamos sobre la guerra submarina. En el salón habría al menos un centenar de personas pero mis ojos se clavaron en un almirante de cabellos blancos que sólo pude ver de reojo mientras se volvía y abandonaba la estancia. Intuí que su mano derecha reposaba en una daga de gala y una corriente eléctrica me sacudió la espalda. Tuve la sensación de que aquel hombre había pensado, pretendido, o al menos se le había pasado por la cabeza clavarme aquella daga en el corazón. Me sonrojé, pensando en lo estúpido de aquella idea. ¿Qué razón podría tener uno de los mayores mandos de la Kriegsmarine para asesinarme? Aún así, la emoción persistía y decidí caminar discretamente en la dirección por la que había desaparecido aquel hombre. Me guiaba no sólo la sospecha de que algo estaba sucediendo, me guiaba también la urgencia de actuar, como si una fuerza interior me dijese que aquello era importante y no debía postergarlo.

Pero el destino no quiso que enfrentara a mi adversario en nuestro primer encuentro. Estaba ya cerca del umbral de la puerta cuando Doenitz levantó un brazo y gritó mi nombre:

—Obersturmführer-SS Weilern, por favor, acérquese.

Me detuve en seco y eché un último vistazo aquella figura que se alejaba a toda prisa y descendía por las escaleras hacia la salida de la escuela naval. Suspiré hondamente. Una parte de mí deseaba salir corriendo, pero la parte dominante de mi personalidad comprendió que perdería todo el respeto de Doenitz y de aquellos hombres si salía corriendo como un niño persiguiendo a un almirante de cabellos blancos con la estúpida excusa de que había tenido el presentimiento de que pretendía asesinarme. Así que me volví, puse mi mejor cara y estreche la mano que me tendía a Doenitz.

—Le presento a Günter Prien —manifestó Doenitz, mientras me miraba fijamente al rostro esperando un gesto de emoción infantil.

Éste se produjo, por supuesto. ¡Dios santo, era Günter Prien! Pero mi asombro se vio frenado porque todavía me sentía preocupado por aquel extraño que me había estado observando en la reunión quién sabe con qué intenciones. Aunque traté de olvidarme de mi adversario, mi rostro no expresó la emoción sincera y arrebatada que en otra situación hubiese compuesto con toda seguridad. Curiosamente, Doenitz, al tiempo que se sorprendía de mi gesto más bien frío, asintió satisfecho. Él era un hombre adusto, reservado, y seguramente me hubiese considerado un crío si hubiese dado saltitos de alegría al encontrarme delante del “gran Günter”. Por el contrario, tomó mi gesto adusto

como una muestra de madurez y se sintió orgulloso de mí, como si estuviera aprendiendo a comportarme como un caballero, siempre digno y un tanto indiferente a cuanto sucedía su alrededor.

—Un placer, capitán Prien —murmuré, inclinando la cabeza.

—El placer es mío.

En aquel momento, Günter era el más famoso de los comandantes de submarino en activo. Al tenerlo frente a frente, olvidé el extraño incidente que acababa de vivir con mi perseguidor, y por fin me sentí emocionado de estar en su presencia. Curiosamente, la primera idea que acudió a mi cabeza fueron sus orejas de soplillo. Tenía las mismas orejas que Doenitz, tan salidas hacia fuera que parecían a punto de ponerse a aplaudir. Por lo demás, no se parecían en nada, ni en edad ni en complexión física; además, Günter tenía un cabello abundante y ondulado, y Doenitz era casi completamente calvo, pero aquellas orejas me hicieron pensar tal vez de forma un tanto estúpida si no habría elegido el vicealmirante el U-47 de Prien para el ataque de Scapa Flow precisamente porque aquellas orejas le recordaban al joven Doenitz que había servido en un submarino en la Primera Guerra Mundial. De acuerdo, era una idea estúpida e infantil, pero siempre que pienso en Günter y Doenitz me vienen a la memoria aquellas orejas. Tal vez porque aún era muy joven y los jóvenes nos dejamos llevar por tonterías semejantes y chiquilladas.

—Su éxito en las Islas Orcadas fue algo formidable —le comenté, para romper el hielo.

Doenitz movió la cabeza de derecha izquierda en señal de desagrado. No era un comentario nada original pero, ¿cómo obviarlo? Me hallaba delante del hombre que había entrado en la principal base naval inglesa y hundido al primer acorazado que perdieron los ingleses en la guerra, el Royal Oak.

—Me temo —objeto Günter —que todo el mérito es del vicealmirante, aquí presente, que diseñó todo el plan de ataque.

El capitán había decidido ser ceremonioso con su superior, pero mientras lo decía, acariciaba la Cruz de caballero que le había prendido el Führer en persona después de su hazaña. Lucía la preciada condecoración en el cuello y parecía muy satisfecho de sí mismo. Tenía razones para estarlo.

—No le hubiera ofrecido aquella operación tan arriesgada a Günter de no pensar que estaba preparado. Él y sólo él podía llevarla a cabo. —Doenitz estaba satisfecho de la hazaña de su capitán. Conocía de sus capacidades y de su determinación.

Durante días, Günter y sus hombres del U-Boot 47, habían aguardado su oportunidad sumergidos frente a la costa inglesa, en aguas estancadas. Arrastrados lentamente por la pleamar, esquivaron los diferentes escollos naturales y artificiales que había a la entrada del fondeadero de Scapa Flow. Cualquier error podría haber acabado con su misión pero, lentamente, sin prisas, asumiendo riesgos cada vez mayores, penetraron hasta las mismísimas barbas de los ingleses y golpearon sobre los dos grandes acorazados que había fondeados, el Royal Oak y el Repulse. Sorprendentemente, nadie interceptó al submarino mientras huía, ni siquiera las naves del Portaaviones Pegasus, que también estaba en el puerto. El factor sorpresa fue decisivo, y todos estaban demasiado ocupados tratando de salvar a los marineros del acorazado, que estaban durmiendo aquellas horas y que murieron por centenares.

Ahora, Günter Prien era el primer capitán de submarino en llevar la codiciada Cruz de caballero prendida en la garganta y, para celebrarlo, fue llevado en procesión en un coche a través de las calles de Berlín vitoreado por la multitud. Un héroe nacional.

—Creo sabe más cosas de mí que yo de usted, señor Weilern —me dijo Günter—. Dígame qué hace

un oficial de las SS en una recepción de la Kriegsmarine. Sobre todo uno tan joven.
Algunos altos mandos del ejército y de sus diferentes armas se hallaban presentes, incluso algún pez gordo de las SS. Pero yo sólo era un teniente y eso debió llamar su atención, aguzada por la deformación profesional del capitán de submarino, siempre atento a cualquier cosa fuera de lugar. Le expliqué de forma muy somera lo que era la operación Klugheit y el deseo del Führer de que yo le diese un informe personal y subjetivo de la Kriegsmarine, la Luftwaffe, el Heer o de las propias SS. No sé si Günter entendió muy bien lo que era la operación Klugheit (yo mismo tampoco lo entendía) pero, como a todo el mundo con el que hablaba, le quedó claro que yo tenía un trato personal con el Führer y eso le pareció lo bastante importante como para mirarme de nuevo, de arriba abajo, con un atisbo de reconocimiento los ojos.
Günter era el hijo de un juez y había sabido bien desde niño discernir quién cuenta y quién no cuenta en el mundo real. Era un hombre inteligente y en lugar de buscar una compañía más digna de su importancia, como el gran almirante Raeder o algunos otros altos mandos de la marina, pasó buena parte de aquella recepción a mi lado. Me explicó la felicidad que le había embargado cuando vio las primeras fotos de reconocimiento de la Luftwaffe de la base naval Scapa Flow: la emoción de la victoria que se acerca, cuando esas fotografías les permitieron entrever la posibilidad de un pequeño pasaje en el este para entrar sin ser vistos en la base. Luego la certeza cuando llamó por radio a Doenitz informándole que se sentía capaz de hacerlo, de penetrar en la base y darles un buen susto a los ingleses.
—A las 7:15, exactamente, salimos en la superficie y comenzamos avanzar. Esquivamos los bloqueos y los barcos hundidos, testigos de otras batallas; vadeamos la isla de Lamb Holm y penetramos en la base, conscientes de que en cualquier momento podían dar con nosotros y hundirnos. Pero pasaban las horas y nadie reparaba en el U-47. A las 12,58 disparamos cuatro torpedos. Sólo uno detonó pero fue algo maravilloso, una experiencia increíble.
Más tarde, a la 1:16 Günter mandó disparar por segunda vez y esta vez los cuatro torpedos fueron directamente contra el Royal Oak, y aunque de nuevo fallaron dos, los dos restantes le dieron de lleno, iniciándose un fuego devastador, que consumió el coloso de 31 toneladas. Entonces dio la orden de abandonar el combate. A las 2:15 de la tarde Günter y sus hombres habían regresado sanos y salvos al mar abierto.
—Ojalá hubiera estado allí con usted —suspiré, completamente entregado a su historia y al ardor con que la contaba.
El marino rió y Doenitz, como siempre callado y en segunda fila, terció:
—Si el Führer me lo permitiese, el Obersturmführer-SS Weilern sería ahora alférez en un submarino. Pero donde hay patrón, ya sabéis, no manda marinero... ¡ni vicealmirante!
Aquel dicho no podía haber sido empleado de forma más exacta y ahora reímos los tres juntos.
Doenitz se marchó para atender a Raeder poco tiempo después. Me lo presentó y tuve el honor de estrechar brevemente su mano antes de que se alejaran los dos máximos responsables de la Kriegsmarine charlando de sus cosas que, por supuesto, a mí no me concernían.
Fue entonces cuando me pareció que otro hombre me observaba. Se trataba de un tipo fornido, malencarado, con una cicatriz muy larga y sinuosa bajo el ojo derecho. Al contrario que el almirante que huyera minutos atrás, mi nuevo vigilante estaba apoyado en la pared, vestido con un uniforme del ejército de tierra, mirándome sin disimulos, como esperando que yo me diera cuenta de su presencia. Tal vez esperaba que lo enfrentase. Le miré fijamente: sí, eso quería. Pero momentos atrás, mi

paranoia me había hecho pensar que un almirante quería asesinarme. Ahora un sargento me observaba con iguales o peores intenciones. Mejor sería olvidarme de todo aquel asunto. Sin duda me había levantado con mal pie, dominado por una imaginación desbordante.
Proseguí pues mi conversación con el capitán Prien durante una media hora al menos. Al hilo de su relato anterior hablamos del tema de los torpedos, el principal problema del arma submarina: fallaban constantemente y las victorias de aquellos primeros años habrían sido todavía mayores de haber funcionado un poco mejor, pero su ratio de acierto era inaceptable. A veces fallaban más de la mitad de los que lanzaba un submarino en combate.
He de hacer notar en este punto que al igual que en la Luftwaffe, la oficina técnica fue un grave problema para la marina alemana, decisivo para nuestra derrota en la guerra mundial. Si en el tema de la aviación, Ernst Udet, desde la oficina técnica, encargaba los aviones que le hubiese gustado pilotar de estar en activo y no los que necesitaba la guerra moderna, una cosa similar sucedía con la oficina técnica de torpedos. Allí se decidía qué torpedos debían usarse en la Kriegsmarine siguiendo su propio criterio, sin contar con los comandantes de superficie ni de submarino. Tampoco se hacían pruebas a los torpedos para ver si funcionaban correctamente. Estos departamentos técnicos, independientes de las armas del ejército a las que servían, demostraron ser totalmente ineficaces en esta primera fase de la guerra.
Por el contrario, y por suerte para la marina de guerra alemana, el famoso sonar inglés, el ASDIC había resultado un fiasco. La idea era colocar debajo del casco de los buques aliados una pequeña cúpula que lanzaba pulsaciones de sonido que eran devueltas si algún obstáculo, como un submarino, se encontraba en su recorrido. Pero su efectividad no era excesiva, ni mucho menos, y además había muy pocos barcos ingleses equipados con aquel artilugio. Así pues, los submarinos alemanes campaban a sus anchas y estaban consiguiendo mayores victorias incluso que las naves corsarias de superficie. El Graf Spee con toda su fama había acabado con sólo un puñado de buques mercantes mientras que los submarinos llevaban ya 200.
—Incluso las minas son más efectivas que los cruceros acorazados de superficie. —me reveló Günter—. Hacemos constantes incursiones nocturnas en territorio amigo y minamos las aguas. Ya han caído más de 100 barcos adicionales con esta técnica.
En realidad, a aquellas alturas eran ya entre 120 los barcos ingleses hundidos gracias a las minas. Pero lo cierto es que no sólo las colocaban los submarinos sino los destructores que hacían incursiones para sembrar las aguas enemigas de trampas explosivas.
Las teorías de Raeder y de aquellos que defendían la lucha en superficie se estaban demostrando equivocadas mientras que las de Doenitz triunfaban. La guerra que debía librarse era una batalla de inteligencia, de artimañas y subterfugios, de submarinos y de guerrilla, eludiendo el enfrentamiento abierto con una marina, la inglesa, inmensamente superior. En realidad, las victorias del arma submarina no habían hecho sino comenzar. Aunque, por entonces, Günter y yo sólo podíamos hacer conjeturas de futuro. La mayoría acertadas, como el tiempo acabaría demostrando.
En aquel momento llegó una noticia a través de un “boletín especial”. La radio acababa de anunciar que un grupo de submarinos, atacando juntos en oleadas (que pronto serían conocidas como “manadas de lobos”) habían alcanzado un convoy británico en el Atlántico.
—Se dice que han caído ya 11 barcos ingleses en ese ataque —nos informó un alférez con voz de barítono, mientras leía un papel en voz alta.
Todos rompimos aplaudir y me sentí feliz de hallarme entre aquellos hombres que luchaban y vencían

frente a un rival tan superior como era la marina de su majestad la Reina de Inglaterra. Dejé de apludir cuando percibí a mi derecha al sargento de infantería que antes me contemplara. Tampoco apludía y no dejaba de mirarme, como si todo lo que sucedía a su alrededor no importara. Sólo yo. Tragué saliva y me di la vuelta una vez más. Aquel hombre me daba miedo. Al almirante que había huido lo habría enfrentado sin pestañear pero aquel hombre... aquel hombre hacía que me temblaran las rodillas como a un niño.
—¿Un convoy británico ha dicho el alferez? —pregunté a Günter, tratando de pensar en otra cosa.
—Los ingleses han comenzado a llevar a sus buques mercantes escoltados, formando caravanas de barcos que navegan en grupo por el océano. Tratan de evitar que petroleros y buques sueltos sean atacados impunemente por nuestros submarinos. Organizan fuertes grupos de defensa formados por varios destructores, algunos de ellos equipados con el sonar con el que tratan de detectar a nuestras naves.
Pero nadie podía con las manadas de lobos de Doenitz. Al menos, de momento. La guerra submarina no había hecho más que comenzar y sucederían muchas cosas en los próximos años.
Tal vez demasiadas cosas. Porque Günter Prien no podría verlas. Ese no era su destino.
Los hados le habían reservado, como a la mayor parte de las tripulaciones de submarinos, un final terrible. Aquel muchacho de 25 años que se había alistado como marinero en 1933, comenzando una carrera meteórica, sería el paradigma del oficial de submarinos. Ascendió junto a Doenitz, se formó junto a él en tácticas y estrategias, triunfó de su mano y finalmente dio la vida en acto de servicio.
La mala suerte para Günter comenzó en la guerra contra Noruega que estaba a punto de comenzar. Y fueron precisamente los torpedos sus primeros enemigos, esos de los que siempre se quejaba y que le impidieron alcanzar a uno de los principales barcos de guerra ingleses, el Warspite; los torpedos que le lanzó no detonaron, ni los lanzados contra el gran acorazado, ni contra los cruceros de escolta y otros barcos que le acompañaban. Pero estaba tan acostumbrado que lo olvidó rápidamente, sobre todo cuando le anunciaron por radio que había nacido su segunda hija. Siguió luchando, atacando convoyes, y buques de guerra enemigos por el honor de Alemania y de su familia. Pocos días después, cansado de los errores de los torpedos, disparó hasta ocho contra un transporte enemigo y los ¡ocho! fallaron.
A aquellas alturas, los capitanes de submarinos disparaban los torpedos uno por uno. Temían que al disparar varios a la vez uno explotase por error y destruyera todo el racimo. Los torpedos se activaban de forma autónoma al acercarse al campo de fuerza magnético de la nave enemiga y si uno sólo se encendía antes podían explotar todos. Pero el dispararlos uno por uno no sirvió de nada. Fallaban igualmente. Luego comenzaron a lanzarlos sin usar el encendido magnético y valiéndose de la espoleta de percusión, que hace explotar el explosivo por contacto. Pero fallaban también, porque se desviaban o no explotaban. Los torpedos eran un auténtico desastre y la oficina técnica tardó meses en mejorarlos.
Tiempo después, solucionado en parte el asunto de los torpedos, aunque siempre sería un problema en el arma submarina, Günter fue mandado al Atlántico norte por Doenitz, al frente de una de las dos grandes manadas de lobos que se repartían las presas. Sus victorias fueron innumerables y su leyenda se hizo poco a poco más grande hasta convertirse en el más reverenciado de los marinos del Reich.
Por desgracia, nunca más tuve la ocasión de coincidir con Günter Prien y, un año después de aquella maravillosa velada en la escuela naval de Flensburg, supe por los diarios de su muerte. Günter y su manada de lobos encontraron al convoy aliado OB-293 en el trayecto entre Liverpool y Halifax

Cerca de Islandia decidió atacarlo. En un primer intercambio de acometidas, cayeron dos mercantes ingleses, pero el convoy iba fuertemente protegido y dañaron dos de los submarinos de Günter. En aquellos momentos las victorias de los U-Boot estaban en su mejor momento y hacía meses que no sufría ninguna baja. Por lo tanto, la pérdida de una de sus naves y los graves daños sufridos en otra le enervaron hasta el punto que bajó la guardia y se obsesionó en continuar con la caza del convoy. Inmune a la sensación de peligro, hundió su 28º y 29º barco enemigo sin detener la persecución, resuelto a alcanzar su trigésima victoria. Le daban igual los escoltas que llevase el enemigo e incluso la presencia del destructor Wolverine.

En medio de un terrible aguacero, Günter dio la orden de salida superficie para volver a atacar, pero la suerte esta vez le dio la espalda. Abruptamente, las adversas condiciones meteorológicas cesaron (cosa que a menudo sucede en el mar) y el mal tiempo se disipó por un instante, justo cuando su U-47 estaba delante del destructor enemigo. El capitán dio de inmediato la orden de inmersión pero las cargas de profundidad del Wolverine ya estaban cayendo alrededor del submarino. La nave estaba gravemente dañada, pero aún así aguantó. Pasaron las horas, el U-47 escondido en el fondo del océano, los marineros apagando las llamas y sellando el agua que entraba por las muchas heridas del coloso.

Por precaución, Günter ordenó mantenerlo sumergido toda la noche esperando que el destructor se hubiese marchado. Pero cuando emergió de nuevo, el Wolverine le estaba esperando. El destructor estaba resuelto a conseguir una gran victoria a costa del famoso capitán Prien. Esta vez las cargas de profundidad partieron en dos al submarino, que se perdió entre las aguas.

Era tanta la confianza en Günter Prien del alto mando del arma submarina y del propio Doenitz que tardaron semanas en dar la noticia de su muerte. Seguían esperando que, como otras veces, apareciera milagrosamente y que el silencio en sus comunicaciones fuera debido a un fallo en el sistema de radio. Pero nunca más dio señales de vida. A título póstumo el Führer lo ascendió a comandante e incluyó las hojas de Roble en su condecoración de Cruz de caballero.

La gente no podía creerse en Alemania que el gran héroe de los mares hubiese muerto y corrieron rumores de todo tipo, desde que los ingleses lo habían capturado a que los rusos lo tenían haciendo trabajos forzados en Siberia; y hasta que los marineros del U-47, con Günter Prien a la cabeza, se habían amotinado por razones desconocidas y el Führer los había mandado un campo de concentración. Pero lo más terrible es que no les sucedió nada de esto, sino que se quedaron hundidos en las profundidades, solos, y murieron de hambre o por falta de oxígeno. Una muerte vergonzosa para unos héroes.

No sería este final la excepción en el arma submarina. Calculo que en aquella recepción en Flensburg donde conocí al capitán Prien habría unos 300 tripulantes de submarinos entre las diferentes salas y plantas del edificio. Más del 80% los marineros del arma submarina morirían en la Segunda Guerra Mundial por lo que estadísticamente de aquellos 300 hombres a los que fugazmente conocí no más de 50 o 60 regresaron a sus casas terminada la guerra. Un sacrificio terrible y no sería el único que tendríamos que vivir los alemanes. Más de 30 mil marineros murieron en los submarinos del Reich durante la guerra mundial.

Por desgracia, otras naciones, como la propia Unión Soviética, no contarían sus muertos por miles o centenares de miles, ni siquiera por millones... sino por decenas de millones. Y es que estamos hablando del conflicto armado más sangriento y criminal de cuantos ha habido a lo largo de la historia de la humanidad.

Pero en aquel momento, rodeado de los capitanes de los U-Boot de Doenitz, me permití creer de forma inocente en que, al final, Alemania alcanzaría la victoria y me imaginé viajando de a menudo a la academia naval para seguir recibiendo lecciones magistrales de aquellos valientes marinos. No sabía que sólo una vez regresaría a la ciudad y al puerto de Flensburg. Y no sería precisamente para una recepción de gala como aquella, ni para recibir lección alguna, sino para contemplar la muerte de una las figuras más importantes del Tercer Reich. Fue en 1945, con Berlín en llamas y en manos ya de los rusos y con la propia Flensburg convertida en capital provisional de un país derrotado.

Una vez más me adelanto a los acontecimientos, porque todo esto de lo que hablo es una historia muy diferente. Aún queda todo un universo de recuerdos hasta que llegue el momento de contarla.

XX

Había dejado de nevar hacía unas pocas horas. La estación, sin embargo, continuaba cubierta con una pátina blanca que lanzaba reflejos en derredor, deslumbrando a Benito Mussolini y a Joachim von Ribbentrop, que avanzaban uno junto al otro por el andén contemplando a una locomotora que comenzaba a detenerse.

—Ahí está el Führer —anunció el ministro de exteriores alemán al Duce, que asintió imperceptiblemente.

Se hallaban en el paso del Brennero, una estrecha franja de tierra que conectaba los Alpes austríacos a los italianos. Aquel lugar, que ya había sido utilizado por los romanos, por los bárbaros que los invadieron siglos después y más tarde por todos los pueblos a un lado y otro de las montañas, terminó por convertirse en el punto de encuentro entre los dos dictadores fascistas.

Aquel encuentro de marzo de 1940 sería sólo el primero de varios en los que se reunirían... y allí terminarían por cobrar forma algunas decisiones, promesas y errores decisivos en la historia de la humanidad.

Pero aquel día todo aquello no podía saberse y Benito Mussolini, el hombre que con mano de hierro gobernaba Italia desde 1923, se limitó a contemplar cómo el tren en el que llegaba a Hitler se detenía lentamente en la estación. De él descendió inmediatamente, exultante, lleno de vigor, un Führer decidido a convencer al Duce sobre la necesidad de que el también entrara en guerra contra las potencias occidentales.

Pero Mussolini, una vez instalados en el tren especial del dictador italiano, se mostró cauto. Dejó que Hitler hablara durante más de dos horas en un monólogo tal vez un poco menos histérico que de costumbre. Cuando trataba de convencer a alguien, el Führer a menudo chillaba y hacía aspavientos sabiendo que sus dotes de orador exaltado a menudo apabullaban a su audiencia. Pero aquel día estaba cansado, 1000 ideas bullían en la cabeza y la invasión de Noruega y Dinamarca estaba a la vuelta de la esquina. Sentía una presión en la base del cráneo y por la mañana, brevemente, había escuchado el susurro uno de los demonios que a veces habitaban en su mente.

Así que Hitler habló interminablemente, como siempre. Trató de convencer a la Italia fascista de entrar en guerra, también como siempre, y esta vez, como siempre, tampoco lo consiguió. Y eso a pesar de que tentó a los italianos con la idea de convertirse en un futuro en la gran potencia de Europa junto a Alemania. Los plutócratas de Londres y de París no querían que la Italia de Mussolini alcanzara el mañana glorioso que merecía. Pero el, Adolf Hitler, ofrecía ese porvenir glorioso, que dibujó entre aspavientos mientras enumeraba la cantidad de hombres, aviones, bombas y tanques que poseía Alemania.

—En la hora decisiva estaré a su lado, Führer. Puede estar seguro —declaró Mussolini en voz baja, cerca ya del final de la reunión. El dictador italiano comenzaba a tener claro que, más tarde o más temprano, tendría que tomar partido en favor de Alemania, pero prefería esperar el momento oportuno. Además, en tanto que profundamente anti bolchevique, tenía dudas de la alianza de Hitler con Rusia.

Aunque el Führer le aseguró que solamente existía un socio posible para él y era la Italia fascista, aunque insistió que la alianza con Rusia no era más que una forma de cubrirse las espaldas, esa vaga afirmación acerca de una entente futura en la "hora decisiva" fue todo lo que Hitler pudo sacar del

dictador italiano. Mussolini no quiso hablar de cuánto faltaba para esa hora decisiva; si estaba cerca o lejos, si era real o imaginaria. Meses atrás, cuando su yerno y ministro de asuntos exteriores, el conde Ciano, había viajado al Berghof para entrevistarse con Hitler, se había mostrado ya en su nombre contrario a atacar Polonia y, al final, Italia no había combatido al lado de los ejércitos alemanes. Era, pues, de esperar que combatir contra el Reino Unido y Francia simultáneamente les pareciera a los italianos una empresa mucho más difícil y ofrecieran sólo excusas vanas como aquella de la "hora decisiva", en lugar de comprometerse en firme.

Además, la propia Alemania no había comenzado su ofensiva y el caso amarillo se retrasaba una y otra vez. Ciano y Mussolini no tenían claro cuánto de aquel retraso se debía al mal tiempo o a las diferencias de Hitler con los altos mandos del ejército, y cuanto a que Alemania realmente no tuviera claro si debía o no enfrentarse a las que aún se consideraba las dos grandes potencias militares del mundo.

—Llegado el momento estaré a su lado, puede darlo por seguro —repitió el Duce a Hitler, poniendo punto y final a la reunión.

El Führer no estaba contento cuando minutos después tomaron un refrigerio ni tampoco se le veía precisamente satisfecho y feliz cuando regresaron al andén.

Nevaba de nuevo y una banda militar de músicos italianos tocaba el himno alemán mientras sus uniformes se iban tiñendo lentamente de blanco. Al fondo, una guardia de honor custodiaba las banderas de la Alemania nazi y la Italia fascista. A aquellas alturas los copos de nieve habían ocultado ambas banderas y los guardias, congelados, parecían unos muñecos de esos con los que juegan los niños.

Hitler, asomado la ventana de su vagón, contempló aquellos muñecos de nieve humanos y le parecieron una señal de mal augurio. Pero trató de sonreír y se inclinó hacia el Duce, que le gritó:

—¡Hasta muy pronto, mi Führer!

—Porque muy pronto ha de llegar esa hora decisiva —repuso Hitler. Y Mussolini sonrió de forma enigmática.

Entonces el tren se puso en marcha. Ambos dictadores alargaron sus brazos y consiguieron estrechar sus manos durante una fracción de segundo.

Mientras el tren se alejaba, el propio Mussolini, Ciano y una docena de jerarcas fascistas se quedaron en el andén saludando con el brazo en alto.

—No debemos entrar en guerra con Alemania y jamás contra las potencias occidentales —le susurró Ciano a su suegro sin que nadie más se diera cuenta.

—A menos que Italia saque algún provecho de ello —repuso el Duce, guiñándole discretamente un ojo.

Y levantó Mussolini el brazo una vez más hacia el tren que seguía su avance en la lejanía. Entonaba sin saberlo un mudo "Heil Hitler" que un día habría de conducir a Italia a su destrucción

En Pascua, de vuelta al Berghof, Eva Braun estaba espiando al Führer mientras éste dictaba cartas a sus secretarias.
—No sé cómo puede tener tantas cosas en la cabeza al mismo tiempo —le confesó a Gretel que, a su lado, miraba a través de la puerta entornada de la biblioteca, donde el Führer caminaba nervioso de un lado a otro de la habitación lanzando ideas, comentarios, notas personales que dos mujeres escribían a máquina.
Hitler se detuvo delante de una estantería y hojeó compulsivo un libro de arquitectura, luego cogió un volumen que rezaba: “El príncipe” de Maquiavelo y pareció concentrarse en un párrafo antes de volverlo a dejar en su lugar y caminar hacia la secretaria de su izquierda, a la que estaba dictando un memorándum para Hermann Goering.
—¿Qué ha dicho, mi Führer?
La muchacha no había entendido la frase y Hitler se la repitió lentamente luego de pedir disculpas por hablar demasiado rápido.
—¿Ahora lo has entendido, hija mía?
—Sí, gracias.
El gran guía de la Alemania nazi, el hombre del verbo irascible y gestos vehementes, abandonaba su acento gutural, sus modales bruscos en presencia de cualquier dama. Y no sólo frente a las grandes señoras del Reich como Magda Goebbels o Emmy Goering. Extraordinariamente caballeroso, trataba al sexo opuesto con tremenda dulzura, constantes reverencias y modales intachables. En presencia de una mujer jamás se exaltaba, jamás elevaba la voz y su tono se volvía melifluo y complaciente.
—Al principio tenía celos de muchas mujeres por cómo las trataba el Führer —le confesó Eva a su hermana, que contemplaba la escena con la boca abierta—, hasta que un día me di cuenta de que es su forma de ser. El “jefe” es un hombre que tiene una gran deferencia hacia las mujeres que le rodean pero nadie, ninguna secretaria ni ninguna esposa, ninguna líder de la liga de las muchachas alemanas, puede decir que el Führer le haya hecho la menor insinuación de carácter sexual. En eso es sólo mío.
Gretel abrió todavía más la boca pero, aún sin decir palabra, planteó un interrogante que quedó flotando entre ambas.
—Y respecto al sexo —explicó entonces Eva en respuesta a ese interrogante jamás pronunciado—, yo te aconsejaría que no confíes en el agua mansa, en los hombres tranquilos y muy educados. En la cama puedes llevarte una gran sorpresa.
Gretel se llevó la mano a la boca para no lanzar uno de sus habituales grititos. Estaba sonrojada. Eva, por su parte, también guardó silencio y se pasó una mano por el pecho, donde aún podía distinguirse una breve cicatriz por donde entró la bala que casi acabó con su vida en 1932. Eva era una mujer de una determinación que pocas personas fueron capaces de entender ni siquiera años después de terminada la guerra mundual. Ella había decidido fríamente convertirse en la esposa de aquel hombre que, intuía, acabaría siendo un hombre clave en la historia de Alemania, sino de la humanidad. Pero Hitler la invitaba a meriendas en el parque, a la ópera (que ella detestaba), y se comportaba de esa misma forma caballerosa con que trataba a todas las mujeres. Eva seguía virgen y estaba segura de que su posición no cambiaría a menos que el Führer se decidiese a hacerla suya y

colocarle en el lugar que ella se merecía como primera dama del Reich. Pronto comprendió que Hitler desconfiaba de todas aquellas muchachitas que le lanzaban el corsé cuando él paseaba con el brazo en alto en su limusina durante un acto del partido; incluso antes de convertirse en canciller y más tarde en dictador de Alemania, Hitler era ya una figura sexual omnipresente en Alemania y el hombre más deseado de todo el país. La mujer que lo consiguiera debía hacer algo realmente extraordinario para llamar su atención.

Y Eva lo hizo. Apenas un año después de que la sobrina de Hitler, Geli Raubal, se suicidase, Eva se pegó un tiro en la misma postura, tumbada en la cama, recreando la muerte de Geli. Cuando Hitler fue al hospital a verla con un ramo de rosas y le preguntó por qué lo había hecho Eva se limitó a decirle que no soportaba su ausencia, que las constantes obligaciones del partido nazi o en el parlamento de la nación, le tuvieran tanto tiempo lejos de Munich, donde ella aún vivía con sus padres. Hitler, desconfiado, preguntó a los médicos si realmente Eva había estado en peligro de muerte. Pero ella había sido inteligente y apuntó con cuidado: un poco más al izquierda y habría perdido la vida. Incluso asumió en aquel momento la posibilidad de fallar y realmente acabar muerta. Estaba dispuesta a todo para impresionar a su amado. Eva prefería terminar con todo antes que resignarse a ser una cualquiera, un ser anónimo en la historia.

Lo cierto es que consiguió su objetivo y pasó a convertirse en la pareja oficial de Hitler, al menos de puertas para adentro. Pero, al poco tiempo, el partido nazi alcanzó el poder y las ausencias de Hitler volvieron a hacerse constantes. Eva quería dejar de trabajar en el estudio fotográfico de Hoffman y que Hitler le pusiese un piso a ella y a Gretel, un lugar donde vivir de forma independiente de un padre dominante y una hermana mayor que se entrometía con el estilo de vida superficial de las dos pequeñas de las hermanas Braun. Por ello volvió a simular un suicidio en 1935. Esta vez fue un intento bastante más chapucero, con somníferos, y realmente Eva no llegó a estar en peligro de muerte. Pero Hitler reaccionó rápidamente, le compró un piso para ella y para Gretel en una zona residencial, el número 12 de la Wasserburgerstrasse, y ordenó a Eva que dejase su trabajo. Ahora por fin podía dedicarse a lo que más le gustaba: no tener obligaciones.

En los meses y años siguientes se dedicó amueblar su casa, a ver musicales, a leer revistas de cine y a salir con su amado dictador siempre que las obligaciones de éste se lo permitían. Eva fue invitada por fin a muchos de los eventos de la Alemania nazi, aunque se había dado orden de mantener la el segundo plano y los fotógrafos no podían tomar instantáneas de ella aunque estuviese sentada detrás de Hitler durante los grandes acontecimientos. Sólo una vez, y por error, se la pudo ver en una foto, en segunda fila, justo detrás de Hitler, que se tapaba con una manta, aterido, mientras contemplaba una prueba de los juegos de invierno de 1933 en Garmisch-Partenkirchen.

Como punto final y cénit de su obra maestra de la manipulación de uno de los hombres más manipuladores de la historia, Eva Braun le dio la virginidad a Hitler en el segundo piso de su casa de la Prinzregentenplatz, en un sofá que dominaba el gran salón de la casa, un sofá donde años más tarde grandes hombres de Estado como Daladier o Chamberlain se sentarían intentando buscar una paz que con el tiempo se demostraría un sueño imposible. Paradójicamente, a pocos metros de allí, en una solitaria habitación, se había suicidado la sobrina de Hitler, Geli Raubal.

—Si ese sofá pudiera hablar —le confesó Eva a su mejor amiga y a la propia Gretel, una tarde en que avanzaban por el serpeteante camino que llevaba del Berghof a la Casita de Té—, me parece que los ministros o presidentes de Francia e Inglaterra no se sentarían con tanta despreocupación. Han puesto sus gordos culos justo en el lugar dónde fue mi primera vez.

Todas rieron apoyadas en una de las barandillas de madera que marcaban la ruta, mientras Eva recordaba que siempre había tenido razón: una vez Hitler la tomase… su alto sentido del honor le impediría dejarla jamás. Así, con el tiempo, y aunque de forma oficial siguiese casado con Alemania, el Führer llevó a Eva a su nueva y flamante residencia recién construida en Berchtesgaden y la convirtió en la anónima primera dama del Reich.

Por un momento, sin embargo, a Eva le asaltó el recuerdo de Unity Mitford, aquella ramera inglesa que estuvo a punto de robarle a su hombre. Cada vez que pensaba en ella, las palabras “puta”, “ramera”, “guarra” acudían a su cabeza como un mantra, repitiéndose una vez y otra, y otra. Aquella inglesa demente se metió dos tiros en la cabeza para impresionar a Hitler. De haber sobrevivido, ahora sería la esposa secreta del Berghof y ocuparía su lugar: estaba seguro de ello. Pero aquella “zorra” había ido demasiado lejos. Una se puede recuperar de un tiro junto al corazón, pero el cerebro humano no es un lugar para hurgar con una bala. Unity había arriesgado demasiado con su farol y había perdido la partida.

Pero lo cierto es que Eva Braun se equivocaba. Pensaba que Unity, como ella, se había intentado suicidar para enamorar a Hitler. Pero Lady Mitford realmente quiso acabar con su vida. Un sacrificio que Eva no podía entender. Ella había asumido el riesgo de morir para conseguir un objetivo: a Hitler. El que alguien tuviese tan alto sentido del honor que se intentase quitar la vida por haberle fallado al Führer y a su país, era algo que no podía entender.

—Y ahora vámonos, Gretel, que la fiesta está a punto de empezar —le ordenó Eva a su hermana, cansada de pensar en la “puta” inglesa.

Las ensoñaciones y los recuerdos habían terminado. Era hora de celebrar la Pascua.

Hitler se había mantenido todo el día activo, no sólo dictando frenético una carta tras otra, sino tratando de alejar de su mente los problemas que le acuciaban. Intentaba acallar a los demonios. Había viajado precisamente hasta el Berghof para estar con Eva y celebrar una pequeña fiesta. Esperaba que le ayudase a olvidar las presiones del momento presente y la sombra ominosa de aquellos seres terribles que habitaban en su mente.

Hitler odiaba la semana Santa por ser una festividad cristiana. Es bien sabido que el cristianismo era considerado por los nazis como una idea anticuada que había poco a poco que dejar atrás. En realidad, los planes raciales de Himmler y Heydrich violaban todos los preceptos cristianos y los nazis sabían que un enfrentamiento futuro era inevitable. Ya al principio de su gobierno se había prohibido a los sacerdotes dar clases en las escuelas y se ordenó modificar los horarios para que las asignaturas que tratasen de temas religiosos fuesen siempre al principio o al final del tramo lectivo, es decir, las horas con mayor falta de asistencia de los alumnos. La verdadera religión del pueblo alemán tenía que ser el NSDAP, el propio partido nazi, y la figura central de sus oraciones el Führer. Pero la Pascua, en tanto que celebración pagana llena de referencias al noble pasado de la raza aria, en una cosa completamente distinta. Hitler siempre estaba de buen humor en Pascua y, por eso, aquel año se montó una pequeña celebración en el Berghof. No eran extrañas las celebraciones en aquel lugar, ya que Hitler lo consideraba su retiro, un sitio donde descansar de sus muchas obligaciones. Mientras que sus otras residencias y lugares oficiales de reunión, como la cancillería del Reich, estaban llenas exclusivamente de militares, políticos, gentes del partido y ministros, en el Berghof abundaban también los actores, grandes figuras del boxeo como Max Schmeling, y sus esposas, amén de cualquier persona lo bastante conocida como para despertar el interés de Hitler o darle una tarde o una noche de tranquilidad y de buena conversación.

Aquella no fue una velada diferente a tantas otras, al menos de inicio; se escuchó música, se bailó y muchos rostros conocidos aparecían a cada esquina, en cada pasillo, incluso en la intrincada red de túneles subterráneos que horadaban la montaña sobre la que estaba construida la mansión y toda la colonia del Obertsalzberger. A la hora de la cena, sin embargo, el humor de Hitler había empeorado: los demonios, hasta entonces callados, comenzaron a susurrarle extrañas frases al oído. De momento no podía entenderlas, pero sabía que muy pronto subirían de tono y entonces volvería a pensar en coger una pistola y pegarse un tiro como tuvo que hacer su querida sobrina Geli para huir de aquellos malditos entrometidos.

Todos sabían bien que a veces Hitler, sobre todo cuando comenzaba a tener dolores de cabeza, caía en uno de sus interminables monólogos. Podían durar incluso una hora o una hora y media, y en ellos tenía cabida cualquier cosa, desde diatribas contra la Iglesia cristiana, contra Inglaterra o la defensa de la raza aria, a favor de la extinción del pueblo judío o cualquier otro tema por el estilo.

—Las plutocracias occidentales quieren acabar con Alemania, pero no saben lo que les espera. No conocen, no pueden imaginar la determinación de nuestro pueblo.

Hitler quería hablarles del caso amarillo, de los nuevos planes que había elaborado Von Manstein para atacar Francia y los países bajos. Por primera vez, el ejército alemán se estaba planteando

atravesar las Ardenas y coger en una tenaza a los ejércitos aliados. Pero pocos de entre sus invitados sabían ni siquiera quién era ese tal Von Manstein. De su círculo más íntimo sólo se hallaban presentes Keitel, comandante del ejército y su fiel servidor, y Goering, su sucesor, morfinómano y amante de todos los excesos imaginables. También estaba el traidor, con su vestido de gala, anónimo en medio de un pequeño grupo de jerarcas de primera fila. Uno más, pero no uno cualquiera.
Hitler, sin embargo, nada sabía de las intrigas del traidor y por ello decidió cambiar de tema y tratar la caída de Daladier.
—Las democracias occidentales no van a poder con nosotros. El primer ministro de Francia ha sido destituido. Ahora no es Daladier sino Reynaud quien está al frente del gobierno. El poder en las democracias se tambalea pues comienzan a comprender que el futuro es de Alemania. Están acabados cuando ni siquiera ha comenzado nuestra guerra de liberación —Hitler utilizaba menudo todo tipo de eufemismos para no utilizar la palabra "guerra mundial" porque no quería ser responsable de haber iniciado un conflicto semejante. Por eso había ordenado a los servicios de propaganda que utilizasen otros términos, como el de guerra de liberación alemana, que sin embargo nunca calarían en el ideario colectivo y al final acabaría por imponerse el término Segunda Guerra Mundial—. El Reich de los 1000 años está dando sus primeros pasos hacia un mañana que va a cambiar la faz de Europa entera y del mundo. Daladier comenzaba a comprenderlo y por eso han prescindido de él.
En realidad, el parlamento francés había destituido a Daladier a causa de su cobardía a la hora de ayudar a Polonia y, más tarde, el que tampoco moviera un dedo para apoyar a Finlandia ante la invasión soviética. Los finlandeses, luego de encadenar victoria tras victoria y humillar a los rusos, habían acabado cediendo por el peso del número, después de que una nueva oleada sin fin de soviéticos fueran lanzados en la segunda ofensiva de Timoshenko. De hecho, el 5 marzo, Finlandia se había rendido y pocos días atrás se firmaba el armisticio.
Enlazando un tema tras otro Hitler llegó a la cuestión finlandesa.
—Lo que nadie sabe es que tengo uniforme mi poder que demuestra lo poco preparadas que están las divisiones de la Unión Soviética para la guerra moderna. El diminuto ejército finlandés las ha humillado y de haber recibido un apoyo firme por parte de uno de esos malditos plutócratas o incluso de Suecia o de Noruega, tal vez habían podido resistir meses sino años enteros. La URRS es un nido infecto de seres inferiores y el destino de nuestra patria es, más tarde o más temprano, encontrar nuestro espacio vital, el Lebensraum, adueñándonos de las posesiones de esos eslavos inferiores.
Hitler estaba hablando del informe Guderian, un largo y detallado estudio de la situación militar actual de la Unión Soviética que demostraba hasta qué punto las purgas de Stalin han dejado debilitado al enemigo natural de Alemania. Un informe, por cierto, muy exagerado, que terminó de convencer al Führer de que la URSS era un país conquistable por sus ejércitos.
Hitler, finalmente, decidió no hablar tampoco de Guderian ni de su informe. Sabía que allí muy pocos conocían quien era Heinz Guderian, como tampoco sabían quién era Von Manstein, dos militares que serían decisivos en las campañas de la Segunda Guerra Mundial, esa guerra que Hitler no quería reconocer que había provocado. Por eso pasó de largo de las biografías de esos dos militares y siguió hablando de los rusos, porque él detestaba detestaba profundamente a los eslavos y en particular a los rusos. Ya lo expresó repetidamente en el Mein Kampf (Mi Lucha). De momento había tenido que aliarse con ellos en la campaña de Polonia pero estaba decidido a atacar al gran gigante de hielo en cuanto tuviese una oportunidad. Entre sus invitados había quién tragaba saliva, anonadado ante la perspectiva de enfrentarse a un país con una extensión tan vasta y tantos millones de

habitantes cuando ni siquiera se había iniciado la guerra contra Francia y el Reino Unido. El Führer que llevaba hablando ya más de una hora, percibió lo que estaban pensando algunos de sus oyentes y decidió tratar el asunto del Reino Unido
—En Inglaterra también pende de un hilo el futuro del mismísimo primer ministro, ese hombre débil de carácter: Chamberlain. Ninguno de esos plutócratas que se han enfrentado a Alemania sabe dónde se ha metido. Chamberlain caerá en desgracia igual que lo ha hecho el primer ministro francés. Nuestra patria es invencible y muy pronto habrán de descubrirlo.
El Führer siguió hablando de todos esos temas que tenía dentro de la cabeza y que tanto lo estaban estresando. Sabía que si callaba tal vez comenzaran a hablar los demonios y a ellos les temía más que nada en el mundo, incluso más que ser recordado como instigador de la guerra más devastadora de todos los tiempos. Estaba preparado ya para cambiar de tema y hablar de la invasión de Noruega, que tendría lugar en unos pocos días. Acababa de pactar con el alto mando de la marina una fecha definitiva a primeros de abril y el ejercicio Weser iba a constituir, de hecho, el comienzo del ataque a occidente, incluso antes que el caso amarillo y la invasión de Francia.
Pero esta vez los invitados tuvieron la suerte de librarse de la verborrea de Hitler. Uno de los demonios que habitaban en su mente gritó con voz tan alta y tan clara que por un momento el Führer dudó que hubiera sido uno de sus invitados:
¡Otto está en peligro!
Hitler se tambaleó, a punto de perder el equilibrio, y miró en derredor. Nadie había hablado y todos esperaban educadamente a que prosiguiera su monólogo.
El joven Weilern te ha salvado una vez la vida. Lo hará una segunda vez en el momento decisivo. Y una tercera en la hora final. Pero si quieres sobrevivir a esta guerra mundial tendrás que ayudarle a salir del lío en que se ha metido.
El Führer inspiró hondo y trató de sonreír:
—Y ahora me disculparán —comunicó a sus invitados con una sonrisa temblando en sus labios—, pero ha sido un día y una noche muy largos y creo que ha llegado el momento de retirarme mis habitaciones. Ustedes prosigan.
Antes de que nadie pudiera responder, Adolf Hitler se precipitó por uno de los pasillos del Berghof mientras una sombra le perseguía gritando sin descanso desde eñ interior de su cabeza:
¡Sálvale del traidor o morirás! ¡Sálvale del traidor o morirás! ¡Sálvale del traidor o morirás!
Pero Hitler ni siquiera se volvió para responder al demonio. Aunque no pudo escapar de la bestia y antes de llegar a su dormitorio se desvaneció. Ya no podía soportar los aullidos de aquellas bestias infernales.
Cuando despertó, las voces se habían marchado. Los Guardias de la Leibstandarte SS lo habían llevado a toda prisa a través de los túneles hasta un pequeño hospital. Al lado había una clínica dental y bajo la garita de los SS se hallaba su barbería privada. El complejo de Obersalzberg era un lugar asombroso, una maravilla de la ingeniería moderna.
—No se preocupe, mi Führer. Pronto estará bien —le aseguró el doctor Morell mientras le inyectaba una de sus medicinas milagrosas en el brazo derecho.
Hitler respiró más tranquilo cuando reconoció la voz de su médico y comprendió que los demonios ya no estaban. Asintió, feliz de haber conseguido huir de aquellos seres que le acosaban, aunque no eran sino síntomas de la enfermedad que padecía.
—Gracias, doctor —murmuró, antes de caer en un sueño profundo.

Desgraciadamente, el desmayo y las drogas de Morell hicieron que Hitler olvidara los consejos de los demonios. Al día siguiente sólo tenía un vago recuerdo de haber abandonado la fiesta y luego... nada, como un vacío.
Así pues, aunque Otto Weilern estaba en peligro de muerte, el Führer, esta vez, no podría ayudarle.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Me despertaron de madrugada. Un alférez vino a buscarme con la orden de Doenitz en la mano. Debía incorporarme de inmediato a una fuerza de invasión que iba en dirección a Narvik. La campaña de Noruega había comenzado y los dos primeros grupos de combate debíamos partir de inmediato.

Me sorprendí bastante de aquella decisión del vicealmirante. Mi seguridad debía ser un asunto prioritario a la hora de enviarme a cualquier sector del frente. Mandarme en la primera oleada a una batalla todavía incierta, no parecía la más preventiva de las decisiones. Pero me encogí de hombros y me vestí a toda prisa. Sin duda un hombre como Karl Doenitz habría sopesado los pros y los contras antes de enviarme en vanguardia de la ofensiva. O tal vez confiaba tanto en el submarino experimental U-00a que pensaba que yo no corría ningún peligro.

Todavía le estaba dando vueltas en la cabeza a todo esto cuando llegué al embarcadero de Bremerhaven. Mientras saludaba al capitán del sumergible vi a mi diestra como corrían por la pasarela centenares de soldados que se estaban embarcando en un destructor.

—¿Quiénes son esos? —pregunté.

—Se me ha informado que se trata del 139 regimiento de cazadores de montaña. Están a las órdenes de un tal Dietl. —repuso el capitán del U-00a—. Creo que tendremos ocasión de conocerlos en los próximos días a fondo porque son la fuerza principal en el asalto al puerto enemigo de Narvik.

Antes de penetrar en las entrañas de acero del sumergible eché un último vistazo a aquellos soldados de las montañas del interior de Alemania y Austria, que avanzaban en perfecto orden hacia los transportes camino de la batalla.

Meneé la cabeza. Era un enfretamiento que nunca tendría que haber sucedido. Y es que Hitler jamás la quiso, como a menudo en nuestras conversaciones telefónicas me había explicado según los acontecimientos avanzaban fuera de control con un único destino: la guerra en el norte.

Adolf Hitler siempre había deseado una Noruega fuera del conflicto mundial. De hecho, el país escandinavo había hecho una declaración de neutralidad tan pronto comenzaron las hostilidades entre Alemania y Polonia. Esto agradó al Führer, que se comprometió a respetar el territorio de Noruega siempre que no se viera obligado a intervenir a causa de la interferencia de una tercera potencia. Por supuesto, con tercera potencia, Hitler se refería a Inglaterra. Los ingleses sabían bien de las graves carencias de suministros estratégicos del Tercer Reich. Desde Noruega y en particular del puerto de Narvik, llegaba en tren desde Suecia níquel y sobre todo hierro. Ambos absolutamente decisivos para la industria de guerra alemana. Además, Hitler necesitaba que las aguas noruegas fuesen seguras para poder trasladar desde el puerto de Narvik aquellos preciosos cargamentos hasta la patria.

En la Primera Guerra Mundial, los aliados tomaron toda Escandinavia y el Estado mayor del kaiser consideró, ya entonces, que la pérdida de suministros que venían desde el norte había sido una de las causas principales de la derrota. Por ello, algunos de los principales asesores de Hitler, encabezados por el gran almirante Raeder, le habían propuesto el llamado ejercicio Weser, la invasión de

Noruega y Dinamarca, como un paso necesario y previo a la conquista de Francia. Esto enervó a Hitler, que tenía la mente centrada en el caso amarillo y no deseaba distraer sus tropas en un nuevo frente. No se mostró receptivo a los planes de la marina pero el paso de los meses fue demostrando que Raeder y los suyos tenían razón. Los propios ingleses habían preparado sus propios planes de invasión de Noruega y estaban a punto de llevarlos a cabo. Finalmente, era una cuestión de decidir quién atacaría primero y obtendría una ventaja estratégica del factor sorpresa. Y si Hitler amaba algo por encima de todo en la estrategia bélica era adelantarse a los demás, mostrarse más osado y llevar la iniciativa. Así que, acaso tan sólo por unas horas, los alemanes se adelantaron a los ingleses y golpearon primero en dirección al norte.

Lo que Hitler no sabía es que los planes ingleses iban incluso más allá de los suyos propios. Una fuerza combinada británico-francesa pretendía también tomar el puerto de Narvik y luego avanzar a territorio sueco para tomar territorios ricos en hierro como Kiruna y Gallivare. Al igual que en la Primera Guerra Mundial, los aliados querían dejar sin suministros bélicos a sus enemigos yendo hasta el lugar mismo de donde manaban y cerrando el grifo.

Dentro del submarino, mientras reflexionaba sobre todos estos temas, vi al capitán de la nave leyendo un libro. Se trataba de Die Seestrategie des Weltkriges del meteórologo y oficial de la armada Wolfgang Wegener. Este libro tendría una influencia decisiva en el pensamiento de la Kriegsmarine en los años previos a la Segunda Guerra Mundial. En su libro, Wegener argumentaba que en futuras guerras mundiales o continentales el primer paso que debía tomar la armada del Reich era asegurar las líneas de suministro de los mercantes, a fin de abastecer comvenientemente los puertos alemanes y daneses. Si era posible debían capturarse todos los puertos de Noruega y en una segunda fase hacerse con los de las costas de Francia. Sólo así se podría eliminar el peligro de un bloqueo de los aliados.

—Me han hablado muy bien de ese ensayo, Bernd. Lo tengo en casa pero aún no lo he leído —le comenté al capitán, que levantó la vista por un instante del libro de Wegener y me miró brevemente antes de volver a ocultar su rostro detrás de la cubierta.

—Es una de mis lecturas de cabecera —respondió, secamente.

Durante mi viaje anterior en el U-Boot número 00-a había pasado casi todo mi tiempo junto a Schellenberg y apenas había tenido ocasión de hablar con la tripulación. Tampoco es que ellos hubiesen puesto nada de su parte. Sospecho que Doenitz les había dado orden de que fuesen tan lacónicos y cortos de palabras como él mismo cuando estuvieran en mi presencia. Yo tenía que ser el “observador” de los hechos. Nada debía interferir en el desarrollo de mis propias ideas y conclusiones. Sin embargo, yo pensaba que Bernd llevaba demasiado lejos las órdenes de Doenitz, o tal vez fuera su propio carácter, porque no me respondía más que con monosílabos, y creo que la frase anterior había sido la más larga que me dijera durante mi estancia en el submarino hasta ese momento.

—No sé si sabe, Obergruppenführer-SS Weilern, que Wegener y el gran almirante Raeder eran amigos íntimos —me comentó entonces el capitán haciendo un alarde de locuacidad—. Pero con el tiempo se hicieron mortales enemigos. El primero sostenía en este libro que conseguir bases en Noruega era un primer paso para llegar a Francia y abrir la puerta del Atlántico a nuestra flota. Pero Raeder es un marino de interior, a la vieja usanza, y considera que lo único que importa son las bases de Escandinavia y asegurar el control de estos mares cercanos Alemania. Nunca creyó entonces, ni tampoco actualmente, que nuestra misión sea interferir en los océanos y en las rutas de suministro de

los ingleses. Tal vez por eso sigue sin ver importante el uso de los submarinos.
Le di las gracias por la información. Ahora comprendía un poco mejor el ostracismo de Doenitz entre el resto de altos mandos de la marina. Raeder y su círculo más íntimo pensaban en el hierro sueco, en los suministros desde Noruega y asegurar el control del Báltico y los mares y las aguas más cercanas a Alemania. Doenitz, como Wegener, tenían sueños más amplios, a través de los mares de medio mundo, que sólo los submarinos podían hacer posibles.
Querría haber seguido hablando con el capitán pero no tuve oportunidad. Creo que tan sólo había hecho un breve receso para despejar la cabeza, ya que avanzábamos todavía en superficie por los muelles de Bremerhaven encabezando la sección norte del ejercicio Wesser o invasión de Noruega.
Teníamos que salvaguardar el metal que necesitaba nuestra industria para hacer los cañones y los tanques con los que combatiríamos al mundo entero. Era ésta una guerra pequeña pero en realidad decisiva para el destino del tercer Reich.
Miré mi reloj: las 3:15 de la mañana. No había dormido más que media hora porque cuando el alférez me despertó con las órdenes de incorporarme de inmediato a la batalla. Creo que bostecé.
—Debería dormir un poco —me indicó Bernd, levantándose y dejando su libro sobre una mesa—. Va a ser un viaje muy largo. Si sucede algo de mención le avisaré.
El capitán se marchó y yo decidí seguir su consejo y echarme a dormir.
Y pude dormir sin interrupciones porque en verdad no sucedió nada digno de mención. El ejercicio Wesser estaba bien planificado, mejor ejecutado y contrastaba con la forma más bien diletante con que los aliados estaban organizando sus acciones en Noruega. Porque en el momento presente los ingleses todavía discutían cómo organizar la invasión luego de sucesivas dudas y cancelaciones, cuando sus aviones detectaron la presencia de fuerzas alemanas en el Mar del Norte. El grueso principal de la Kriegsmarine estaba comandado por el almirante Lütjens, que seguía avanzando sin encontrar oposición. Los ingleses, en lugar de partir inmediatamente a interceptar la flota enemiga, estuvieron discutiendo otras 12 horas acerca de cómo responder al avance enemigo. Para cuando se decidieron, la flota alemana ya estaba lejos y había pasado la latitud de la base principal inglesa, Scapa Flow, que aún estaba siendo reparada y mejorada después del ataque submarino de Gunther Prien.
Los ingleses habían minusvalorado la capacidad de la flota alemana. Creían que las malas condiciones meteorológicas les harían ir más lentos y que las violentas tormentas de aquella época del año o la mala visibilidad, harían flaquear su determinación. Pero Raeder había dado orden de que, fuera cual fuera la situación meteorológica, debía avanzarse a la mayor velocidad. Al igual que había sucedido en la campaña de Polonia, y en campañas posteriores de la Wehrmacht, la Kriegsmarine también intentaba hacer su propia guerra relámpago.
El almirante Lütjens mandó a sus grupos de combate en dirección a Trondheim y otros 5 puntos de la costa Noruega; mientras, nuestro grupo, el número 1, tenía como objetivo Narvik. En este grupo se encontraba mi submarino, el U-00a, y otros 3 U-Boot más, aparte de la fuerza de desembarco, formada por 10 destructores. Lütjens decidió entonces regresar a Alemania ya que su labor de escolta de las tropas había concluido. Y se puso en marcha la tarde del 9 de abril. Asimismo, dio la orden que los destructores que iban en dirección a Narvik regresaran con el resto de la flota alemana en cuanto les fuera posible.
Los británicos continuaron errando en sus reconocimientos aéreos, tardando en reaccionar y el grupo de invasión de Narvik continuó su camino dirigido por el capitán Bonte, desde el destructor líder de

la formación, el Wilhelm Heidkamp.
En los barcos, la situación era terrible. Avanzábamos sin descanso a pesar del mal tiempo. El submarino se bamboleaba, y yo estaba seguro que las tropas de montaña que estaban dentro de los destructores debían pasarlo todavía peor. Cerca de nuestro objetivo, un guardacostas noruego intentó hacer una defensa heroica antes de ser hundido a cañonazos. A esta defensa suicida se le unió un segundo guardacostas, que sufrió la misma suerte. Centenares de marinos noruegos se ahogaron por nada.
Los cazadores de montaña desembarcaron finalmente. Se sucedieron unos instantes de duda entre los defensores noruegos. Muchos creyeron que se trataba de ingleses, pues hubo rumores insistentes en los días anteriores acerca de una invasión desde el Reino Unido. Por otro lado, los noruegos no estaban organizados, algunos soldados no llevaban armas y se paseaban entre los civiles pidiendo explicaciones a los soldados alemanes, que corrían a toda velocidad por las calles tomando posiciones. Muchos de nuestros cazadores de montaña habían llegado en un estado físico terrible tras días interminables encerrados como latas de sardinas en los destructores: muchos tenían huesos rotos o dislocados; otros, nada más salir de los buques, se pusieron a vomitar y no podían ni tenerse en pie. Conviene recordar que la mayor parte eran bávaros y austríacos del norte, hombres rudos de las montañas que no habían visto el mar en toda su vida. La travesía en medio de las tormentas había sido un infierno para ellos. Pero tan pronto se acabaron las arcadas y pudieron tenerse en pie, recuperaron el ímpetu y echaron a correr hacia la ciudad.
Su jefe, el coronel Dietl, tomó la iniciativa y luego de subir a un coche que le había traído el cónsul alemán, fue al encuentro del hombre que estaba al frente de las unidades noruegas, el coronel Sundlo. Dietel, sin más preámbulos, le exigió la rendición. El rápido avance de las tropas de montaña había superado a los noruegos, que en muchos casos ni siquiera dieron la voz de alarma. Cuando llegó la petición de rendición de Dietl, los noruegos aún estaban decidiendo qué iban a hacer para intentar detener el avance enemigo. Finalmente, los noruegos ofrecieron 15 minutos de alto el fuego mientras consultaban a sus superiores. Pero el alemán dejó bien claro que si había el menor incidente contra sus tropas habría represalias. Se vivieron breves momentos de tensión pero el comandante de las fuerzas noruegas sabía que no tiene sentido resistir. Por fin, se rindió incondicionalmente.
Sólo hubo un incidente, y por desgracia tuve que vivirlo en primera persona. La cosa estaba tan tranquila que los submarinos avanzaban en superficie y nuestro U-00a llegó a Narvik con los primeros destructores de la fuerza de desembarco. El capitán del submarino y yo mismo fuimos los primeros en salir por una de las escotillas. La ciudad estaba en silencio y ni siquiera daba la sensación de que estuviéramos en una batalla.
—Quiero que se quede esto —murmuró entonces Bernd, ofreciéndome un objeto rectangular que en la oscuridad de la madrugada no pude distinguir.
Entonces se oyó una detonación seca, como si una rama gigantesca se quebrase en la lejanía. La cabeza del capitán estalló por los aires y yo caí hacia atrás. Al acercarse a mí para entregarme el objeto se había puesto en la línea de fuego de alguien que disparaba desde el embarcadero con un rifle. Me giré, y aunque sólo dispuse de una fracción de segundo, fui capaz de reconocer al agresor, aquel hombre de la cicatriz bajo el ojo derecho que me había estado observando durante la recepción oficial en Flensburg.
Vi cómo recogía su arma y echaba a correr en dirección a la ciudad. Un soldado alemán le dio el alto y se oyó un breve intercambio de disparos entre el cazador de montaña y el agresor. Luego, mi

enemigo se perdió de vista.
—Bernd, ¿está usted bien? —Era una frase vana, porque yo sabía que el capitán estaba muerto. Le di la vuelta al cadáver y contemplé que sólo le quedaba la mitad de la cara. De la mano de Bernd resbaló entonces el regalo que había querido darme; el libro de Wegener se escurrió de sus dedos y cayó por la cóncava superficie del submarino hasta el agua. Vi cómo se hundía y bajé la cabeza.
Me hubiese gustado conocer mejor a aquel hombre, del que ni siquiera recuerdo el apellido, pero como muchos otros buenos soldados, civiles, mujeres y niños más tarde, la guerra me los arrebató y ahora son sólo sombras, breves líneas y como mucho párrafos estirados de mi historia. Es un homenaje demasiado breve para seres que tenían gente que los lloró, padres, madres, mujeres e hijos que los añoran.
La guerra es un lugar infame. Cuando una persona se va borrando de los senderos de la memoria, ¿qué nos queda? Es como si jamás hubieran existido. Eso es lo que me da más miedo. Olvidar a todas esas buenas gentes, dejar que desaparezcan y no poderles ni hacer justicia ahora que conjuro sus últimos actos mientras escribo.
La culpa de todo la tenía aquel asesino, ese francotirador que quería matarme.
Me volví de nuevo hacia la ciudad, buscando con la mirada a mi enemigo, el asesino de la cicatriz que me venía persiguiendo desde Alemania. Ya no estaba a la vista, pero juré que sí tenía oportunidad le mataría con mis propias manos. Por Bernd, por todos aquellos que habían muerto a mi lado y por todos los que lo harían en el futuro.

La reacción del general Dietl fue la misma que viera meses atrás en el mariscal von Rundstedt al inicio de la campaña polaca, una mezcla de enfado y de sorpresa, de incomprensión primero y finalmente de resignación. La vería muchas veces más a lo largo de la guerra mundial.
—¿Qué demonios es un observador con plenos poderes? —me preguntó, anonadado.
Eduard Dietl era un esquiador, un bávaro experto en descender de las montañas a la velocidad del rayo, un tipo duro, un enemigo de los comunistas que se alistó en un cuerpo franco porque odiaba a los rojos y quería acabar con la inestabilidad de la República. No se trataba de un hombre que apreciase demasiado las sutilezas ni la diplomacia. Así que decidí no ser en absoluto sutil ni diplomático. Dietl era un soldado y no necesitaba saber cuál era mi misión (máxime cuando yo mismo no lo tenía claro), por lo que sería una pérdida de tiempo explicárselo.
—Son órdenes directas del Führer —manifesté, extendiéndole mis credenciales.
Dietl miró con el ceño fruncido los sellos oficiales, leyó la firma del Führer, y hojeó superficialmente el resto del informe porque en realidad no le importaba. En la Guerra de 1914 fue el primer soldado en recibir la Cruz de hierro de segunda clase. Nunca discutía una orden y era un ferviente nazi que ya estaba al lado de Hitler en los primeros tiempos, durante el fallido golpe de estado de la cervecería en 1923. Consideraba a Hitler un amigo personal y lo idolatraba. Si el Führer le hubiese dado orden de permitir que me pasease en cueros, únicamente vestido con el sombrero de Napoleón, no habría dudado en dar su visto bueno.
Así pues, después de echar aquel vistazo superficial a mis credenciales, dejó de pensar en cualquier asunto relacionado con mi persona. Se haría lo que deseaba Hitler... y punto.
—Tendrá toda mi colaboración, Obersturmführer-SS Weilern. Cualquier cosa que precise le será entregada o, si no está a mi disposición, ordenaré a alguno de mis hombres que se la consiga. Sólo le pido... —Por un momento Dietl se quedó pensativo, intentando reflexionar sobre si estaría de alguna manera poniendo en tela de juicio las órdenes de Hitler—. Le pido que sea consciente que estamos en una zona de guerra y me gustaría que no asumiese demasiados riesgos en sus tareas de “observación”. No quiero destinar demasiados hombres a protegerle. Tengo otras obligaciones.
—Lo último que yo desearía es entorpecer su misión, general —repuse—. Sin embargo he de informarle de que han intentado asesinarme.
Dietl dio un respingo y escuchó atento mis explicaciones acerca del hombre de la cicatriz, de que se hallaba en el pueblo y me había disparado. Compartí con él mi certeza de que se trataba del mismo hombre que había estado vigilándome en la academia naval y que, por alguna razón que desconocía, se había infiltrado entre los defensores noruegos. Tenía miedo de que no me creyese, de que pensase que todo era paranoia, el típico miedo de un muchacho que ha entrado por primera vez en combate y ve fantasmas y enemigos imaginarios. Además, luego de reponerme de la impresión de ver morir al capitán de mi submarino, lo cierto es que ya no tenía tan claro de que el agresor fuera el hombre de la cicatriz. Sólo había visto a mi adversario por un instante, ni siquiera estaba seguro de sus ropas, ni del arma que llevaba ni de nada. En la oscuridad bien podría haber sido un soldado noruego o un civil. Cuando cerré los ojos ya ni siquiera estaba seguro de haber visto la cicatriz bajo el ojo

derecho.
—Sin duda se trataba de algún soldado que aún no sabía que sus superiores se estaban rindiendo, o tal vez de un patriota noruego que ha querido asesinar a uno de los atacantes que violaban el suelo sagrado de su país. —Por el tono del general Dietl me di cuenta de que sentía admiración por aquel hombre desconocido, y muy poca admiración por todos los soldados noruegos que se habían rendido sin disparar un solo tiro—. No me extrañaría que el objetivo no fuese usted sino el capitán del submarino. Al ver la gorra de oficial, sin duda debió pensar que era uno de los mandos principales de la invasión. No podía saber que sólo era el capitán de un navío experimental.
Dietl ni siquiera había tomado en consideración mi teoría acerca de un espía que me perseguía desde Alemania y se había infiltrado para asesinarme. No quise contradecirle y me retiré poco después con una guardia formada por dos hermanos, Christian y Lander, que serían mis guardaespaldas personales durante mi estancia en Noruega.
El resto del día lo dedico Dietl a tomar el resto de posiciones estratégicos en el pueblo y el puerto, a instalar una antena de radio para las comunicaciones y a gestionar el desembarco del resto de sus 2000 hombres. El coronel Sundlo, que había rendido la ciudad, fue puesto bajo arresto por su propia gente y condenado más tarde a cadena perpetua por incompetencia y negligencia criminal. Aunque nunca se pudo probar, siempre se sospechó que existía una connivencia entre Sundlo y Quisling. Éste último era un político ultraconservador noruego, filonazi y admirador de Adolf Hitler.
Meses atrás, Quisling, antiguo ministro noruego de defensa, había acudido a Berlín a entrevistarse con Hitler. Le había pedido apoyo para tomar el poder en Noruega. El alto mando alemán había decidido aprovechar la oportunidad y valerse de la infraestructura del partido de Quisling para tener un nido de quintacolumnistas apoyando la invasión de Noruega, si finalmente la actitud de los ingleses la hacía inevitable.
Quisling, que era tenía una personalidad un tanto mesiánica, aceptó la propuesta alemana. Aquel hombre era tan religioso que había estado a punto de hacerse cura. Hijo de un famoso predicador luterano fue desarrollando poco a poco un odio hacia los políticos de su país, que no entendían su designio: regenerar y limpiar el país de todo lo impío.
Dejó su partido de toda la vida, el Partido Agrario, con el que había llegado a ser ministro de defensa, y fundó un partido llamado Unidad Nacional, de corte ultracatólico y antisemita. Además, era un gran admirador del filósofo nazi Alfred Rosenberg, a través del cual conseguiría entrevistarse con Hitler. Los tres, Rosenberg, Hitler y Quisling tenían un mismo y absurdo ideal: que todos los arios (un término amplio que englobaba a los más puros de entre las razas escandinavas, germánicas, etc) caminaran de la mano para construir el Reich los 1000 años que gobernaría el universo.
El apoyo de Quisling, finalmente, aunque importante, no sería decisivo. Tenía muy pocos seguidores entre la población, pero si un puñado de agentes que sirvieron a los nazis para obtener información de los movimientos de los ingleses, de las defensas noruegas y ayuda en ciertas tareas menores de apoyo a la invasión. Lo cierto es que el ejercicio Wesser estaba siendo un éxito tan rotundo que tampoco es que fuera necesario la ayuda de Quisling y sus correligionarios.
Como parte de la ofensiva, Alemania también atacó Dinamarca. Goering había informado que la Luftwaffe necesitaba tener bases en territorio danés para poder proteger a los barcos y a la tropa alemana en suelo noruego. Así pues, varias columnas motorizadas atravesaron la frontera alemana con Dinamarca. Menos de cuatro horas más tarde Copenhague se rendía mientras los aviones de Goering sobrevolaban la capital lanzando octavillas: en ellas informaban a la población que los

gentiles alemanes estaban protegiendo a los daneses de una invasión aliada que se iba a producir tras la de Noruega. Aunque era completamente falso en este caso, lo cierto es que era el tipo de propaganda zafia propia de los servicios de inteligencia alemanes, que siempre fueron muy inferiores a los aliados en este tipo de consignas.
El primer deber de la propaganda en el exterior es hacer un mensaje creíble y no intentar que un grupo de civiles recién conquistados se crean una soberana estupidez. La propaganda interna en Alemania llevaba percutiendo las mentes del pueblo desde 1933 y Goebbels nos tenía a todos comiendo de su mano. Por ello, éramos receptivos a todo tipo de estupideces como la comunidad del pueblo, el mismo concepto de raza aria, y un largo etcétera. Pero en los territorios conquistados siempre tuvimos problemas para hacer llegar nuestro mensaje y convencer a la población de llevarse bien con el ejército conquistador. Los propios "maestros" de la propaganda a menudo olvidaban que en otros países la gente todavía era capaz de pensar de forma coherente, y en todas partes se nos enfrentaron. La resistencia sería con el tiempo un cáncer para la Wehrmacht, que debía dejar centenares de miles de soldados en cada país conquistado porque los atentados de los civiles nunca paraban. En la misma Noruega con el tiempo hubo que destinar cerca de medio millón de hombres para poder controlar a la población.
Pero eso era el futuro. En 1940 acabábamos de realizar dos grandes desermbarcos, el ya citado de Narvik y uno más al sur en la localidad de Trondheim. También se desembarcó en Bergen y se atacó Oslo, la capital noruega, donde las baterías costeras hundieron el crucero Blücher y dañaron otras naves. Los paracaidistas, poco después, cayeron por sorpresa desde el cielo y la capital noruega se rindió casi inmediatamente.
Hitler dio orden de capturar al rey noruego Haakon casi al mismo tiempo que Quisling se autoproclamaba primer ministro del nuevo gobierno filonazi de Noruega. Quisling se entrevistó con el Rey y trató de convencerle de rendir el país, pero éste se reunió con los restos de su gobierno y en lugar de abdicar decidió combatir hasta el último hombre y llamar a la resistencia al pueblo de Noruega.
Pero la resistencia fue inútil. En menos de 48 horas, y antes de que los ingleses hubieran podido ni siquiera reaccionar, se habían tomado los principales puertos del país, además de la capital.
El ejercicio Wesser había alcanzado todos sus objetivos.
Debo decir, llegado este momento, que la campaña de Noruega me hizo cambiar de opinión sobre algunas de las ideas que había ido acuñando en los últimos meses según avanzaba la operación Klugheit. Era cierto que la Kriegsmarine era muy inferior a la armada inglesa y la Luftwaffe tenía graves defectos que con el tiempo podrían llevarla al desastre, además de estar sobrevalorada. Pero si los alemanes no estábamos preparados para la guerra, lo cierto es que los ingleses tampoco. Cometieron tantos errores en la gestión de estos primeros días del ejercicio Wesser que, cuando trataron de reaccionar, Noruega ya estaba perdida. La guerra sería para todos los bandos una cuestión de aprendizaje, poco a poco irían comprendiendo que esta nueva contienda no se parecía a la Primera Guerra Mundial y que no se podía dar por hecho que se repitiesen los esquemas que habían sucedido 20 años atrás..
Así, los ingleses y los franceses, se hallaban genuinamente sorprendidos de la velocidad del ataque alemán ya que, en sus planificaciones, daban por hecho que cualquier intervención alemana en Noruega sería un gravísimo error. Creían que para cuando nuestras tropas estuviesen desembarcando, la débil Kriegsmarine habría sido ya borrada del mapa.

Pero los alemanes fuimos muy osados, dividimos la fuerza de asalto en seis grupos y atacamos a velocidad de vértigo en varios puntos a la vez. Atravesamos más de 1000 millas naúticas de agua camino del Círculo Polar y triunfamos gracias a la fuerza de carácter y la determinación. Era tanta la prepotencia de los aliados que, en sus reuniones, tanto Churchill como el nuevo primer ministro francés, Reynaud, hablaban a menudo de lo maravilloso que sería que los alemanes cometiesen el error de atacar Noruega. Pero nadie, ni siquiera los ingleses, tenían experiencia en combates en la zona del ártico y a la hora de hacer reconocimientos aéreos o intercepciones de nuestras tropas, no tuvieron en cuenta la geografía o el clima, así como las características específicas de aquellos territorios escandinavos. Hasta el último momento, los ingleses creyeron que una operación alemana sería en todo caso una reacción al ataque que ellos estaban preparando y que nunca los alemanes atacarían primero. ¿La razón? La debilidad de nuestra armada y la falta de preparación para una invasión semejante, que no se parecía nada al ataque por tierra y en velocidad que había sido la campaña en Polonia.

Se equivocaron, por supuesto, pero al igual que nosotros aprendíamos en cada batalla, también lo harían los ingleses. En el mar, pronto se dieron cuenta del grave error cometido y que el orgullo les había llevado a desdeñar a nuestras tropas. No lo cometerían muchas más veces. En tierra pasaría lo mismo: primero recibían el golpe, pero al levantarse, cada vez, era más fuertes. La obstinación de los ingleses fue, en último término, lo que nos hizo perder la guerra mundial.

Así, cuando terminado nuestro primer día de estancia en Narvik, el general Dietl asistía satisfecho a la consecución de todos los objetivos que le había planteado el alto mando; mientras contemplaba a los más de 600 noruegos capturados, la ruinas de los dos barcos guardacostas hundidos, y se estaba haciendo el inventario de todas las armas noruegas y artillerías capturadas... lo cierto es que los ingleses estaban preparando para contraatacar.

Habían aprendido de su primer error: dejarnos alcanzar sin problema alguno la ciudad de Narvik, el lugar a donde llegaban los preciosos suministros de metal desde Suecia. Ahora trataban de enmendarlo.

Recuerdo que estaba tomando café con mis guardaespaldas, Christian y Lander, cuando se oyeron las primeras explosiones.

—¿Qué es eso? —inquirí, levantándome y corriendo en dirección a la ventana.

El capitán Bonte, que lideraba el Grupo de Combate 1 o Kampfgruppe 1, se había retirado a su camarote en el destructor insignia Wilhelm Heidkamp. Nuestras naves estaban en ese momento llenándose de gasolina para regresar Alemania. Pero las cosas iban lentas porque de los dos petroleros que tenían que reabastecernos, uno de ellos había sido hundido. Nuestros marineros, después de la travesía, estaban agotados y cometieron el mismo error que los ingleses habían cometido con nosotros: desdeñar al enemigo. El mal tiempo había impedido a nuestros aviones y a nuestros submarinos avistar la llegada de la flota inglesa. Por si esto no fuera poco, la mayor parte de los tripulantes de los destructores estaba en tierra descansando.

Los destructores de la Royal Navy eran pocos pero atacaron con el factor sorpresa a su favor, ese factor sorpresa que siempre querían tener las tropas del Reich y que ahora se volvía en nuestra contra. Nuestros enemigos tocaron gravemente al buque insignia del Capitán Bonte y éste ardió en llamas; más tarde acabaron con el destructor Anton Schmidt y alcanzaron un tercero. En los barcos sonaban las alarmas y un fuego azulado brotaba por todas partes. La artillería inglesa disparaba inmisericorde hundiendo todo lo que tenía a su alcance, incluido el submarino U-00a. Desde mi

ventana, anonadado, contemplé cómo la pequeña nave y sus tripulantes se hundía hecha pedazos en el embarcadero, tras un impacto directo. Aunque su tripulación había pasado buena parte del día conmigo en Narvik, regresaron a su puesto apenas una hora antes del ataque. Todos murieron. Ahora harían compañía a Bernd, el valiente capitán que les había gobernado, muerto el día antes en mi lugar a manos del francotirador de la cicatriz.

Seguido por mis guardaespaldas, acudí a la carrera hacia el muelle y ayudé en lo que pude a las tareas de salvamento. Había muchos heridos, así que improvisamos dispensarios y les dimos los primeros auxilios, mientras llabámamos a los sanitarios; los cazadores de montaña luchaban por salvar la vida de los marinos que les trajeron hasta Narvik. Aquella jornada, yo era uno de ellos y me mezclé con la multitud de esquiadores que trataban de no parecer totalmente perdidos en una batalla naval en la que no podían participar.

De aquella primera incursión, sin embargo, salimos airosos. Tuvimos la suerte de rechazarla cuando algunos de nuestros destructores consiguieron darse la vuelta y atacar a los ingleses, que perdieron dos naves antes de retirarse. Pero el resultado había sido muy negativo para nuestras tropas. Perdimos dos destructores y otro ardía en llamas y en breve se iría a pique. Varios más habían sufrido tantos daños que no podrían volver a hacerse a la mar y apenas un par estaban en condiciones de regresar al servicio. Se decidió que al menos los dos destructores que podían navegar regresasen hacia Alemania según las órdenes pero, tan pronto salieron del puerto, descubrieron al grueso de la armada británica esperándoles afuera.

La situación era la siguiente: nuestro buque insignia estaba ardiendo y pronto estaría fuera de combate: 81 muertos. Otro de los dos destructores estaba inutilizado: 30 muertos. El tercero hundido: 50 muertos. El cuarto de nuestros destructores no tenía daños pero tampoco combustible y era inservible. El quinto tampoco tenía combustible y había recibido varios impactos directos: dos muertos. El sexto había recibido siete impactos y se mantenía a flote de milagro: 30 muertos. El octavo estaba muy dañado pero tenía combustible: 22 muertos. El noveno no tenía combustible aunque no está dañado, al igual que el 10º y último.

Estábamos perdidos.

—¡Ataque aéreo! ¡Fliegeralarm!

Al día siguiente, un grupo de aviones torpederos Fairey Swordfish comenzaron a caer como moscas sobre los restos de nuestra flota. Hubo muchos más muertos, que evacuamos a los hospitales de campaña.

Para cuando se produjo el 13 de abril el segundo ataque a nuestro puerto los ingleses hasta tenían un portaviones, el Furious, y un acorazado, el Warspite. Parecíamos derrotados antes siquiera de comenzar a luchar pero al menos supimos de donde venían los torpederos Fairey Swordfish (peces espada) que nos atacaron el dían anterior: del portaviones.

Luchamos con bravura: nuestros destructores dispararon hasta el último cañonazo y hasta la última bomba, las artillerías antitiaéreas hasta la última bala. Finalmente, todos fueron hundidos o quedaron tan maltrechos que los enviamos a las gélidas aguas después de colocar diversas cargas de demolición.

En las postrimerías de la batalla, mientras yo discutía con Lander sobre mi deseo de incorporarme al combate en el puerto y dejar de contemplar desde el hospital de campaña lo que sucedía, oímos la voz de Christian, que vigilaba la entrada del edificio.

—¡Alguien se acerca! —nos gritó.

Me volví hacia Lander con el rostro tenso. De momento, era sólo una batalla naval pero quien sabía si los ingleses no estarían lanzando paracaidistas como habíamos hecho nosotros en Oslo. Entonces oímos un grito desgarrador.

—¡Christian! —chilló Lander, reconociendo la voz de su hermano, y se precipitó hacia la entrada de la casa. Hubo un corto intercambio de disparos.

Cuando llegué al umbral de la vivienda, Lander todavía apuntaba hacia una figura que huía a la carrera. No pude ver en esta ocasión sí tenía una cicatriz debajo de su ojo derecho porque corría de espaldas, pero sí alcancé a distinguir que vestía como un soldado de los nuestros, como un cazador de montaña o Gebirgsjager, incluso llevaba el Bergmutze, el característico gorro de las tropas alpinas, y la insignia Edelweiss cosida en la manga derecha.

—¡Mi hermano, mi hermano! ¡Un sanitario! —chillaba Lander.

En el suelo, Christian yacía degollado, la sangre manando escandalosa de su cuello y tiñendo suelo.

Me senté al lado de Lander y traté de consolarle. Aunque yo mismo necesitaba consuelo. Estaba atrapado en una ciudad cercana al círculo polar ártico y a casi tres mil kilómetros de mi patria. Una enorme flota inglesa nos tenía sitiados. Tal vez nunca saldríamos de allí con vida. Por si esto no fuera poco, me perseguía un asesino implacable que yo había pensado que se había infiltrado entre los noruegos pero que en realidad formaba parte de las tropas alemanas. Muy pronto, los aliados atacarían Narvik y mi enemigo seguiría luchando por acabar por mi vida desde nuestras propias filas. Además, los bombardeos de la aviación eran constantes, el puerto estaba en llamas, los supervivientes de los destructores destruidos nadaban hacia la ciudad, ateridos y con quemaduras buena parte de ellos. Había muertos por todas partes y pronto muchos más porque los aliados desembarcarían en breve resueltos a aniquilarnos.

No se qué habían previsto el Führer y Doenitz cuando me mandaron a Narvik, pero si pretendían que contemplase la invasión de Noruega desde un sitio seguro, estaban totalmente equivocados. Allí hay poco que observar y sí mucho por lo que luchar y morir.

Aquella fue la primera vez que pensé que no saldría vivo del lío en el que me había metido.

No sería la última.

XXI

Karl Doenitz había llamado a su presencia a Otto Weilern, pero pasaban las horas y no llegaba. Nadie sabía nada de él. No se preocupó hasta que llegó la tarde; entonces mandó a uno de sus ayudantes a buscarlo.

Mientras esperaba, tamborileando los dedos sobre su mesa, Doenitz pensaba en su pasado. No lo había tenido fácil hasta convertirse en el comandante de la fuerza submarina del Reich alemán. En realidad, no había sido un cadete especialmente brillante; por entonces ya era reservado, observador y silencioso, virtudes tal vez interesantes en la edad adulta pero que en la juventud no generan demasiados amigos. También era ya un adicto al trabajo, una persona brillante obsesionada por el detalle. Pero nadie podría haber dicho en aquella época que llegaría a ser un miembro del estado mayor de la Kriegsmarine.

Sus aptitudes, sin embargo, fueron haciéndose valiosas con el tiempo para sus superiores y, en la crisis de los Balcanes de 1913 y más tarde durante la Primera Guerra Mundial, sirvió en diferentes puntos y vivió diversas aventuras, entre ellas la de formar parte de la marina otomana y combatir a los rusos en el mar negro. Destruyó el puerto soviético de Novorossisk y todos los barcos anclados. También combatió como observador aéreo y artillero en otra nave mientras su barco, el Breslau, se reparaba en dique seco tras chocar contra una mina.

En 1916 fue llamado de nuevo por el ejército del kaiser y transferido al arma submarina, de la que hasta ese momento no sabía gran cosa. Con el grado de alférez de navío fue trasladado a la escuela de Flensburg hasta que adquirió los conocimientos suficientes para servir como teniente en el submarino U-39, el segundo de abordo del capitán Walter Fortsman. Más tarde sirvió como capitán en un torpedero donde siguió distinguiéndose por su disciplina en el mando, llegando hundir un barco italiano de 5000 toneladas.

Unos meses más tarde fue destinado al UB-68 (los UB eran submarinos costeros). Eran los últimos días de la guerra mundial, de esa primera guerra que sería el espejo de la segunda gran Guerra que comenzaría 21 años después. Por desgracia, su nuevo submarino tenía una tripulación bisoña, que cometió diversos errores en cadena. Doenitz aprendió aquellos días la importancia de conocer los límites de tu propia tripulación. Tal vez la llevó demasiado lejos cuando no estaban en condiciones de atacar, pero le habían ordenado interceptar los convoyes aliados que circulaban por el Mediterráneo. Y eso hizo.

Pese a la poca experiencia de sus hombres, dieron con una larga hilera de barcos enemigos y hundieron un transporte. Pero la tripulación perdió el control del submarino, que se estrelló contra las rocas. La nave estuvo a punto de destruirse: se hundió a más de 100 metros y no se colapsó de milagro. Cuando pudieron volver a ponerla en funcionamiento y regresaron a la superficie, se hallaban justo en el centro del convoy enemigo, rodeados de destructores ingleses. La tripulación del submarino y el propio Doenitz fueron capturados; tres de sus hombres se ahogaron mientras intentaban salir del submarino por culpa de un error del ingeniero jefe. Doenitz siempre se echaría en cara no haber sido capaz de enmendar los descuidos de sus subordinados y, mientras aguardaba en Gibraltar su traslado a una prisión militar, se prometió que si, un día tenía la oportunidad, reformaría el arma submarina, y la haría el arma más profesional de todo el Reich.

El azar le dio esa oportunidad deseada ya que tras la guerra se reenganchó y volvió al arma

submarina, que debía reinventarse, aunque en el más completo secreto, ya que el tratado de Versalles prohibía explícitamente que los alemanes tuvieran sumergibles. En 1924 conoció al almirante Raeder en un cursillo para oficiales de Estado mayor. A Raeder le gustó aquel tipo perfeccionista, obsesivo y completamente apolítico. Porque esa era otra de las características de Doenitz. No tenía nada a favor del nazismo, que en aquellos momentos daba sus primeros pasos, ni de los cuerpos francos, ni del kaiser, ni de los socialdemócratas, ni de absolutamente nadie. La política le traía totalmente sin cuidado: sólo le interesaba su trabajo.

En los siguientes años continuó ascendiendo lentamente mientras Hitler inciaba su ascenso al poder. Cuando en 1935 el Führer decidió obviar ya por completo las restricciones del tratado de Versalles y ordenar abiertamente la construcción de submarinos, algunas voces se alzaron comentando que ésa era una labor que hacía mucho tiempo quería llevar a cabo un oficial extremadamente reservado pero brillante y puntilloso, un marino de la vieja escuela llamado Karl Doenitz.

Habían pasado cinco años desde entonces y las cosas habían cambiado. Alemania disponía de un buen puñado de submarinos, sobre todo del Tipo VII, el preferido de Doenitz. Sus jefes creían en los submarinos gigantes de 2000 toneladas capaces de atacar a miles de kilómetros de distancia, colosos solitarios que buscaban una presa y luego desaparecían. Pero el vicealmirante confiaba más en los submarinos medianos, sólo de 500 toneladas y un radio de acción mucho menor, el tipo de sumergible que atacaba en manada y destruía muchos buques enemigos, asumiendo riesgos a cambio de resonantes victorias.

El arma submarina por fin era una realidad y ahora estaba comprometida en la batalla de Noruega. Doenitz estaba resuelto a conseguir nuevas victorias pero para eso necesitaba que Hitler destinase más recursos a la construcción de submarinos del Tipo VII. Aquel joven observador del Führer, ese joven llamado Otto Weilern, le ayudaría a hacer entender a los peces gordos de Berlín que el éxito de la Kriegsmarine dependía de hacer una inversión mayor en submarinos medianos. Por eso le había llamado. Estaba decidiendo precisamente dónde enviar a Otto y contemplaba un mapa de la distribución en Noruega de sus submarinos, buscando el lugar más idóneo, resguardado pero lo bastante cerca de la marina inglesa. Pretendía que el muchacho pudiera contemplar algún hundimiento que le convenciese de la potencia y versatilidad del submarino Tipo VII.

—¿Por qué no termina de llegar el Obersturmführer-SS Otto Weilern? —ladró a su ayudante tan pronto éste regresó a su despacho.

—El Obersturmführer-SS Weilern ya fue enviado a una nueva misión según sus órdenes, vicealmirante —repuso su ayudante hojeando la lista de disposiciones de los días anteriores.

—¿Qué demonios está diciendo? Yo no le he enviado a ninguna parte.

Su ayudante pasó los dedos entre diversas hojas hasta que halló la que buscaba. La sacó del pliego y se la entregó. Era una orden para enviar al Obersturmführer-SS Weilern en el submarino experimental U-00a con dirección a Narvik. Fomaría parte del grupo I en compañía del U-51, el U-44 y el U-25.

Doenitz se quedó helado. ¿Otto en el grupo de invasión de Narvik? ¿Formando parte de aquellos que asumirían más riesgos en toda la campaña? Durante un minuto no pudo entender cómo había olvidado aquella orden. Luego comprendió que él jamás habría cursado una orden semejante. Mientras contemplaba atónito su firma, se preguntó si su ayudante no le habría dado un montón de hojas para firmar y él habría firmado aquel dislate por error. Pero, aunque así fuese, ¿quien habría redactado aquella cuartilla de papel que ponía en peligro a un muchacho que le habían ordenado no poner en

peligro bajo ninguna circunstancia? A menos que...
Su mente minuciosa trabajaba a toda velocidad mientras se inclinaba más y más sobre la cuartilla. En ese momento comprendió la realidad: habían falsificado su firma. Ni siquiera él se habría dado cuenta de no estar buscando precisamente eso: alguien que hubiese suplantado su autoridad y firmado en su nombre. Se trataba de un trabajo profesional, no cabía duda.
Alguien con el suficiente poder y los suficientes contactos, había introducido entre los papeles de su ayudante aquella hoja, obra de un falsificador de primera clase.
Se trataba de una conspiración para matar a Otto Weilern. Y él estaba en medio de todo el asunto, jugándose el cuello.
—Puede retirarse —le espetó Doenitz a su ayudante, con una voz que restalló como un látigo. El ayudante se marchó a toda prisa advirtiendo la desconfianza en los ojos de su superior. Pero no hizo preguntas porque sabía que a Doenitz no le gustaban las preguntas.
El comandante en jefe del arma submarina, por su parte, ni siquiera se dio cuenta de la mirada del marino. Se masajeó las sienes, sabiendo que estaba en un verdadero lío. Detrás de aquello podía ver mucha gente, pero sólo unos pocos tenían el poder suficiente (y la osadía) para intentar una jugada semejante: Himmler, Heydrich, Goering, y quizás otros cinco o seis altos mandos del Reich. No más.
Doenitz creía que, llegado el momento, podría demostrar gracias a un perito calígrafo ante el Führer que la firma no era suya, o al menos eso esperaba, pero sabía también que el Führer no aceptaba errores y que si el muchacho moría mientras estaba a su cargo, bien podía acabar su carrera por culpa de aquella intriga.
Por eso precisamente Doenitz era apolítico. Odiaba todas aquellas malas jugadas, las puñaladas por la espalda y las conjuras de salón.
Durante un rato permaneció en silencio, cavilando. Se preguntó quién podría ayudarle, quién podía ser más listo que aquél que se la había jugado y al mismo tiempo trataba de acabar con la vida de Otto Weilern. No tardó mucho tiempo en comprender que sólo una persona podía echarle una mano. También era consciente que perfectamente podría ser esa persona quien había falsificado su firma, ya que tenía los medios a su alcance: después de todo, ese tipo de conspiraciones eran su trabajo de cada día. Pero le constaba que aquel hombre había tenido más de una ocasión de acabar con la vida de Otto sin necesidad de valerse de una fórmula tan rebuscada. Doenitz miró en su interior y en su capacidad para juzgar a las personas. Aquel hombre no le caía simpático: era un amoral, un hedonista, un tipo que llegado el momento vendería a su propia madre para salvar el pellejo. Pero, por otro lado, su instinto le decía que sentía verdadero afecto por el joven Weilern y que le ayudaría. Tampoco tenía muchas más opciones. Doenitz alzó el teléfono y suspiró:
—Póngame de inmediato con la oficina del jefe de contraespionaje de las SS. Quiero hablar con Walther Schellenberg

Hitler perdió por completo el control durante la campaña de Noruega. Sería su primera crisis nerviosa, aunque no sería la última. Cuando los problemas le acosaban y los demonios chillaban desde dentro de su cabeza, apenas podía mantener el dominio de sí mismo, todo su cuerpo temblaba, transformado en una bestia vociferante que ladraba órdenes y contraórdenes hasta casi desfallecer.

Y finalmente desfalleció. Sentado en una butaca de su despacho de la Cancillería, ausente, veía desfilar a su alrededor hombres vestidos de uniforme que a veces se inclinaban para preguntarle alguna cosa. Pero el Führer ya no podía responder y asistía a aquel espectáculo boquiabierto, como petrificado por un rayo que manara de los propios dioses.

—¿Se encuentra bien? —inquirió Keitel, su mano derecha y Comandante en Jefe de las Fuerzas Armadas. En aquel momento y durante toda la guerra sería el más fiel colaborador de Hitler entre los altos mandos del ejército. Altivo, calmo, era la viva imagen del aristócrata prusiano, soportaría hasta el final los cambios de humor y las rabietas de Hitler con un estoicismo a toda prueba.

—El Führer está reflexionando —repuso Goering, sabiendo bien que mentía y que cuantos le contemplaban sabían que estaba mintiendo.

Pero todo el mundo asintió y siguió trabajando. De hecho, llevaban todo el mes de abril en Berlín intentando evitar que la campaña de Noruega acabase en desastre. Pese al apoyo de los quintacolumnistas de Quisling, las últimas tropas noruegas y los británicos seguían a la ofensiva en Narvik.

Hitler había dado orden de evacuar las tropas y dejó dicho antes de caer en la indiferencia y la abulia que quería que Dietl y sus hombres se retirasen. Cuando Keitel y sus ayudantes adujeron que el objetivo básico de la campaña de Noruega era la toma de Narvik y que por lo tanto abandonar ese lugar era un sinsentido, el Führer había comenzado a insultarles y a lanzar espumarajos por la boca. Finalmente se había vuelto hacia un extremo de la habitación donde no había nadie y había murmurado: "¡Callad, demonios!". Y luego se había dirigido zigzagueando hacia el sillón donde ahora mismo estaba, mientras repetía algunas frases incoherentes acerca de salvar a un muchacho.

—Tenemos que tomar una decisión —anunció Keitel, mirando alternativamente a Goering, en tanto que comandante en jefe de las fuerzas áereas, al Gran Almirante Raeder, responsable de la Marina de guerra, y al propio Hitler, que seguía perdido algún lugar lejano, acosado por sus demonios.

Doenitz estaba en segunda fila, pálido, incapaz de decir palabra. Por un lado, deseaba que se evacuara Narvik y así poner a salvo a Otto Weilern. Por otro, no sabía si una retirada de días o semanas, acosadas las tropas alemanas por el enemigo, no sería aún más peligroso para el muchacho. Por último, el sabía mejor que nadie lo importante que era mantener el control de Narvik para el destino de su patria. Estaba en un callejón sin salida, todas las opciones podían ser buenas o desastrosas y le resultaba imposible decidirse por ninguna. Así que calló y quedó a la espera de acontecimientos.

—Tenemos que tomar una decisión. Y ya —repitió Keitel.

—Mi deber es apoyar siempre al Führer —Goering, con el semblante adusto, luego de afirmar lo anterior, abandonó la sala a grandes zancadas para que el resto de altos mandos pudieran decidir lo

contrario a lo que había ordenado Hitler sin su presencia.
Era el tipo de acciones propias de Goering, que siempre encontraba una manera imaginativa de salir bien librado de cualquier situación.
—No podemos abandonar Narvik, aunque el Führer ha ordenado lo contrario. Pero, bueno, ahora está temporalmente indispuesto —sentenció Keitel, mirando en derredor. Todos sus ayudantes, su jefe de operaciones y cuantos ocupan la sala asintieron abiertamente o de forma tácita, con la vista fija en el suelo de la estancia, como si de pronto hubiesen reparado en el bello enlosado de mármol escarlata. Sólo Doenitz parecía ajeno a todo el asunto, pálido, incapaz de tomar partido. Tanto fue así que al final abandonó la estancia, como había hecho Goering.
Poco después, Walther von Brauchitsch, Comandante en Jefe del Ejército de Tierra, mandó una orden secreta ordenando a las tropas alemanas que resistieran en la ciudad hasta el último hombre si fuera necesario. Walther siempre había sido contrario a Hitler y fue uno de los altos mandos del ejército que se reunió en Zossen con la idea de pararle los pies e incluso llegaron a plantearse su asesinato. Aunque últimamente su posición era más débil, sobre todo después de la gran victoria en Polonia y el enorme prestigio ganado por el Führer, la situación en Noruega y la evidente debilidad mental del dictador, le hicieron tomar la decisión de contradecirle. Era el más predispuesto de todos para emprender una acción semejante y se dejó en sus manos aquella decisión por si traía nefastas consecuencias para la carrera de alguno de ellos.
Aunque no las trajo, aquella sería la última vez que el Alto Mando alemán se atrevería a desobedecer una orden directa del Führer.
Lo cierto es que Hitler había sembrado truenos y ahora cosechaba tempestades. Desde el principio hubo en el ejército alemán una profunda desorganización. Sus victorias se debieron en esta primera fase de la guerra a su extraordinaria preparación táctica de la Wehermacht, la gran profesionalidad de sus mandos, la superioridad de sus medios mecanizados y el buen uso de los mismos en un nuevo concepto de guerra moderna en el que los alemanes fueron pioneros. Pero al mismo tiempo había una gran falta de entendimiento entre los diferentes cuerpos de las fuerzas armadas. No había un mando único para todos los frentes y a menudo apenas se comunicaban la marina y la Fuerza Aérea y aún menos la fuerza aérea y el ejército de tierra. Unas campañas las dirigía Keitel y otras von Brauchitsch, y en batallas sucesivas otras armas de las fuerzas armadas tomarían el mando de una sección del frente o una campaña entera. De esta forma y de facto, sólo Hitler tenía una visión de conjunto. Ese siempre había sido su objetivo: ser él el único que controlase lo que sucedía en el marco general de la guerra, el responsable final de la victoria... o la derrota. Pero Hitler en un aficionado, no tenía formación para dirigir en solitario semejante maquinaria bélica, a menudo no razonaba y se limitaba a gritar para imponer sus criterios, tenía la mala costumbre de dar órdenes en cuestiones menores que no entendía y que en teoría no tendrían que estar al cargo de un jefe supremo de las Fuerzas Armadas y en ocasiones como en aquella se quedaba abúlico, sin ideas, superado por la situación.
Una vez más, y aún en esta fase primera de victorias del tercer Reich, las bases de una derrota futura ya se estaban cimentando. En Noruega, que acabaría siendo otro resonante triunfo, el fantasma del desastre se cernía sobre los ejércitos alemanes.
Y mientras esto sucedía, Hitler seguía sentado, farfullando incoherencias durante casi una hora entera. Cuando por fin llegó su doctor personal, Theo Morell, y le preguntó cómo se encontraba, el Führer levantó los ojos cansados e inyectados en sangre:

—Los demonios me gritan que el muchacho está el peligro, que ya me lo advirtieron. Pero yo no recuerdo que me advirtieran nada y ni siquiera sé de qué muchacho me están hablando.
Varias horas después, ya recuperado después de una de las inyecciones milagrosas del doctor, cuando éste le recordó el asunto del muchacho en peligro, Hitler puso cara de sorpresa y negó saber nada de aquel asunto. Además, el único joven que le venía a la cabeza era Otto Weilern. Y él estaba bien protegido por Doenitz y sus hombres, lejos del frente, en un submarino experimental según le habían dicho. No corría el menor peligro.
—¿Qué muchacho? ¿De qué me hablas, Theo? —El Führer se echó a reír— ¡Qué imaginación tienes!

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: LA ENFERMEDAD DE HITLER.

Como ya se ha explicado, una de las razones principales del inicio de la guerra mundial fue el estado de salud de Hitler. Él siempre tuvo como objetivo último conseguir el Lebensraum, conquistar el espacio vital necesario para alcanzar la grandeza del pueblo alemán. Pero el avance de su enfermedad hizo que comprendiera que esos diez años que había calculado en 1939 que precisaba para rearmar su ejército, eran demasiados. Si la guerra comenzaba en 1949 él seguramente ya estaría muerto o incapacitado.

LUGAR Y FECHA: ALEMANIA, 1933-1945

Aunque al Führer siempre le habían acompañado una legión de médicos, según pasaban los años, Theo Morell iba ganando ascendiente desplazando a sus colegas a un rol secundario. Sólo él le hacía análisis y conocía los resultados. Sólo él sabía cuál era la enfermedad que debilitaba a Hitler.

CONSECUENCIAS: LAS CRISIS DE HITLER

Aunque la crisis durante la campaña de Noruega fue la primera realmente grave en público, no tardarían en llegar muchas más. Pero el doctor Morell conseguiría, en adelante, que durante las reuniones importantes, Hitler aguantase la mayoría de las veces sin perder el control gracias a diversos remedios “secretos”. Médicos rivales acusaron tras la guerra a Morell de ser el resposable de los males de Hitler, de aprovecharse de que el Führer era un neurótico. Pero tales afirmaciones no se sostienen en vista a su enorme deterioro físico entre 1940 y 1945. Cuando los interrogadores americanos le preguntaron a Morell qué le prescribía, él repuso, lacónico: “Le daba lo que necesitaba”.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Todos en Narvik estábamos convencidos que el desembarco enemigo sería inmediato. Pero no fue así. Los aliados siguieron acumulando errores y no aprovecharon su oportunidad.

El general Dietl tenía a su disposición únicamente sus cazadores de montaña del 139º regimiento, una improvisada infantería de marina formada por los 2000 supervivientes de los navíos hundidos en el puerto y poca cosa más. Nuestras piezas de artillería habían sido hundidas, al igual que el resto de armamento pesado del regimiento. Si los ingleses hubiesen atacado en ese momento quién sabe si hubiesen obtenido una rápida victoria. Pero seguían dudando y discutiendo qué hacer exactamente, con lo que nos dieron oportunidad de reforzarnos.

A las pocas horas, nos llegó por mar parte de un regimiento de artillería de montaña, y recuperamos, de los barcos hundidos, incluidos los ingleses, algunos cañones y piezas antiaéreas. Incluso nos hicimos con todo el armamento pesado requisado a los noruegos que rindieron la ciudad y aprovechamos sus municiones. Todo valía a aquellas alturas para defendernos del próximo ataque aliado. Poco después, llegó a través la neutral Suecia un grupo de sanitarios que habían podido pasar debido a que su presencia no violaba las leyes internacionales. Después de todo, no eran combatientes, pero para nosotros resultaban más valiosos que cien hombres, pues sabíamos que los muertos y los heridos serían cuantiosos y necesitaríamos de sus cuidados para sobrevivir.

Tan sólo una semana después de las dos batallas navales en el puerto de Narvik nos sentíamos fortalecidos, y estábamos dispuestos para entablar batalla.

¿Pero, qué habían hecho los ingleses mientras tanto? A decir verdad, nada. El almirante William Dudley Boyle, al mando de la expedición naval, y el general Mackesy, al mando de las tropas de tierra, no se ponían de acuerdo. Al final optaron por no enfrentarse a nosotros de forma directa y desembarcaron más de 50 kilómetros al norte. Lo mismo sucedió en otros puntos de la costa noruega. Los ingleses eludían el combate directo y optaban por tomar tierra en las zonas que aún controlaban los noruegos. Además, desde las bases danesas, los aviones de Goering hacían estragos y causaban muchas bajas, especialmente en los puertos donde habían desembarcado los aliados.

Por unas razones u otras, los dos adversarios en Narvik teníamos los mismos problemas y estábamos faltos de artillería, esquís para transitar por la nieve, provisiones y hasta munición. La diferencia es que nosotros ya llevábamos un tiempo en la ciudad y nos habíamos incautado de buena parte de lo que íbamos a necesitar en las siguientes semanas de campaña.

O, al menos, eso queríamos creer.

Me reuní con Dietl en Sidvik, una localidad noruega cerca de la línea de ferrocarril, que había sido escogida por el general como puesto de mando por si teníamos que retirarnos a toda prisa en dirección a Suecia. En realidad, no debería decir general, porque unos pocos días atrás, en el mismo mensaje en el que se le ordenaba defender Narvik hasta el último hombre, se le había ascendido a teniente general. Von Brauchitsch, desobedeciendo a Hitler, decidió defender Narvik y ascender a Dietl en una única y magistral jugada.

Precisamente en ese momento estábamos celebrándolo, o tal vez éramos sólo tres amigos que bebían

un alcohol noruego muy malo y hablaban de la guerra. Nos acompañaba Lander, que tras la muerte de su hermano Christian seguía siendo mi guardaespaldas, de día y de noche, resuelto a no permitir que me pasase nada malo. Dietl, por su parte, luego del segundo atentado contra mi vida, se había tomado más en serio la amenaza de aquel desconocido que me perseguía. Después de más de una semana de búsqueda, sus hombres no habían dado con él, por lo que me tenía a menudo a su lado. Tal vez para estar seguro de que el "observador con plenos poderes" no pasaba a mejor vida por un error de juicio suyo. La última cosa de este mundo que deseaba era defraudar a Hitler.

—Tengo más de 30 kilómetros que defender en la península de Narvik —expuso Dietl, mirando hacia las montañas heladas y tomando un trago de su bebida—. No tengo hombres para cubrir una superficie semejante, máxime cuando el ataque puede venir del norte o del sur, del aire o del mar.

El teniente general había dividido su regimiento en batallones y los había distribuido por toda la península intentando abarcar lo más posible, al tiempo que evitaba que le cercasen.

—Es una situación difícil —reconocí—. Pero nada que no puedan enfrentar los cazadores de montaña.

Dietl asintió, pensativo.

—Pero lo peor es que no tenemos bebida —terció Lander, sin dejar de mirar hacia esas montañas que nos rodeaban y en las que sospechaba todavía estaba oculto el asesino de su hermano—. Esos malditos ingleses nos han hundido los suministros, incluidas las cajas de buen alcohol alemán y esta cosa noruega sabe a meados.

Tanto el teniente general como yo mismo asentimos y vaciamos de un trago nuestra taza de "meados noruegos", que después de todo no estaba tan mal. Al menos servirían para hacernos entrar en calor o acaso esperábamos que nos hiciera ver la situación actual con mejores ojos.

—¿Pero sabes qué me enfada de verdad? ¿Más que la falta de alcohol, de armas o de municiones? —inquirió entonces Dietl mirando con gesto de ensoñación hacia su taza vacía.

No respondí. Lander tampoco. Intuyó que la cuestión planteada por su comandante era algo que no precisaba respuesta por su parte sino una aclaración del mismo Dietl. Así que calló y siguió mirando en derredor, al horizonte helado, buscando al asesino de su hermano.

—Lo que más me enfada —prosiguió Dietl —es que sólo aquí estamos teniendo problemas. Se me ha informado por radio que los ingleses que desembarcaron con la intención de tomar Trondheim han sufrido una derrota absoluta en Lillehammer. El General Pellenghar los ha hecho pedazos. También hemos vencido en Nassos. La situación es tan grave que el cuerpo expedicionario aliado está reembarcando de vuelta a casa. En tan sólo unos días han decidido que no valía la pena seguir luchando.

«Sólo seguimos sitiados nosotros aquí en Narvik. El resto del país ha caído —concluyó, terminando su línea de razonamiento.

—¿Y eso por qué? —preguntó Lander.

Yo no lo sabía tampoco, así que me volví hacia Dietl demandando una explicación.

En realidad, era algo bien sencillo. Nos hallábamos demasiado al norte y la Luftwaffe, que en el centro y en el sur de Noruega estaba causando estragos, apenas alcanzaba a enviarnos unos pocos aviones de largo alcance al día. Algunos, incluso, habían tenido que ser modificados para llevar depósitos de combustible extra para poder alcanzar el centro del país desde nuestras bases en Dinamarca. Y es que nosotros quedábamos demasiado lejos, casi en el polo norte.

Pero Narvik era la razón principal de la campaña de Noruega. El resto del país carecía de

importancia a nivel estratégico. Los aliados pretendían frenar el paso de suministros de níquel y de hierro hacia Alemania. Y eso podía conseguirse tomando Narvik solamente. Los aliados sin duda habían llegado a la conclusión que no valía la pena desgastarse en otros frentes cuando lo único que contaba era precisamente el lugar donde nos hallamos nosotros, el verdadero ojo del huracán.

—Ojalá llegasen aquí los Stukas y los Heinkel del Décimo cuerpo aéreo (Fliegerkorps X) —añadió—. Lo mejor que nos ha venido desde el aire es el capitán Oberndorfer.

Oberndorfer era un experto en demoliciones recién llegado por orden del alto mando. Su primera decisión fue convertir el puerto y las vías del tren de los alrededores de la ciudad en una trampa mortal. Prendió fuego a varios trenes con metales preciosos, hizo estallar los restos de los barcos en el muelle y, más tarde, todo lo que encontró a su alcance hasta que se acabaron las cargas de demolición. Su misión era entorpecer en la medida de lo posible el avance aliado, el día que se decidieran a intentarlo. Pero por el momento lo único que había conseguido era que Narvik y su puerto se convirtieran en lo más parecido al infierno que podíamos a imaginar, un cementerio ardiente de cascotes y hierros retorcidos.

A pesar del tono de aquella conversación con Dietl, tal vez influida por los efluvios del alcohol, lo cierto es que el teniente general era optimista acerca de nuestro futuro, o al menos parecía serlo cuando hablaba con la tropa. Había convertido a los infantes de marina en soldados de guarnición y los tenía velando diferentes puntos de su entramado defensivo. Así, los cazadores de montaña, expertos en la lucha cuerpo a cuerpo y en manejarse en velocidad con los esquís, de un punto a otro del frente, estaban libres para intervenir. Siguiendo esta táctica, frenamos diferentes ofensivas del general noruego Carl Gustav Fleischer, que intentó un par de ambiciosas estrategias en aquellos días de indecisión aliada.

Pero los noruegos no eran rivales para nosotros y al día siguiente contraatacamos. Nuestros enemigos perdieron varios centenares de hombres antes de darse cuenta de que su entrenamiento y experiencia de combate eran claramente inferiores a las de nuestros cazadores de montaña. Aunque conocían el terreno y luchaban valientemente (perdieron hasta tres comandantes de compañía y un jefe de batallón que se expusieron en primera línea para dar ejemplo sus tropas), los tropas de Dietl estaban acostumbradas también a ese tipo de situaciones meteorológicas y no les andaban a la zaga en bravura.

Como los polacos meses atrás, los noruegos luchaban de forma encarnizada y su moral era muy alta. No creían en el partido de Unidad Nacional de Quisling y despreciaban a los filonazis como él. Además, estaban luchando por la libertad de su patria y eso les hacía temibles aunque, finalmente, nuestra superioridad operacional les obligó a replegarse. Pero no se rindieron como hicieron los que custodiaban Narvik al principio de la campaña. Se limitaron a esperar que llegasen los ingleses y los franceses.

Porque resultaba evidente que los noruegos por sí solos no podrían derrotarnos y necesitaban el concurso de las fuerzas aliadas, que de momento lo único que hacían era percutir constantemente nuestras posiciones con ataques artilleros de sus navíos apostados en el exterior del puerto.

Pero todo eso terminó una mañana de finales de abril. Recuerdo que estábamos marchándonos de Sidvik. Los constantes bombardeos de los acorazados y cruceros enemigos impedían tener el centro de mando tan cerca de Narvik. El teniente general Dietl nos reunió de forma improvisada, mientras empacábamos lo más esencial en trineos. Allí estaban algunos de sus hombres de confianza, aparte de Lander y yo mismo.

—Los aliados han llegado y acaba de comenzar su ofensiva. No son ingleses sino franceses.

—¿Son buenos? —preguntó un ayudante a mi derecha.

—Se trata de la 27ª semibrigada de cazadores alpinos del general Béthouart —expuso Dietl, como si aquello lo aclarase todo.

Uno de los colaboradores del teniente general pareció reconocer aquel nombre y gruñó una pregunta:

—¿No será el mismo Béthouart que...?.

Dietl le interrumpió.

—Sí, es el mismo. —Girándose hacia el resto de nosotros, nos expuso: —Hace casi 10 años asistí a unos cursillos aquí en Noruega en la escuela de invierno para infantería de Terningmoen. Allí conocí a varios jóvenes oficiales de diferentes nacionalidades, entre ellos a Antoine Emile... bueno, al general Béthouart. Nos hicimos amigos y supongo que hoy hemos dejado de serlo. Creo que por eso le han elegido para esta misión. Conoce mi forma de pensar y mis tácticas.

—¿Y es bueno ese francés? —inquirí, expresando en voz alta la pregunta que nos hacíamos todos.

Dietl bajo la cabeza.

—Ese hombre es "al menos" tan bueno como yo. —Había cambiado el tono y pronunció muy lentamente aquellas dos palabras: "al menos"—. Camaradas, tenemos que estar preparados para todo y dar lo mejor de nosotros mismos. Las cosas se van a poner muy mal. Ha llegado el momento de la verdad.

El ataque francés a las posiciones alemanas comenzó el 1 de abril en el paso de Labergdal. Ese mismo día llegaron por primera vez los aviones del 10º cuerpo aéreo en apoyo de nuestras tropas. Los aliados habían demorado tanto el ataque Narvik que, entretanto, había caído el resto de Noruega y nuestros camaradas de la Luftwaffe pudieron poner sus bases en Trondheim y otros aeropuertos más cerca de la zona de combate, lo que les permitió mandar en masa los Heinkel 111 y algunos modelos de Stuka de mayor autonomía como el JU-88 que mandó diseñar Udet.
Pero, ¿por qué habían esperado tanto para atacar? Es un misterio. Tal vez no esperaban una derrota tan rápida en el resto de Noruega y se estaban reforzando para aplastarnos sin problema. Sea como fuere, se equivocaron gravemente y gracias a ello teníamos todavía una opción de victoria.
El 7 de mayo llegaron dos medio brigadas polacas y la superioridad aliada en Narvik fue ya absoluta: contaban con tres batallones británicos, la semibrigada francesa formada por tres batallones también, dos batallones más de la legión extranjera francesa y cuatro batallones polacos. También había seis batallones más de noruegos que se reorganizaron tras el fiasco de los días anteriores en dos brigadas ligeras de 4800 hombres.
Sin embargo, salvo un pequeño enfrentamiento el 2 de mayo, los ingleses no entraron en combate en ningún momento en la zona de Narvik, dejando principalmente en manos de noruegos y franceses la ofensiva.
Aun así, nos superaban en una proporción de seis hombres por cada uno de nosotros. Lenta, inexorablemente, fuimos retrocediendo mientras se sucedían los primeros ataques, todavía menores, del general Béthouart y sus cazadores alpinos.
El día 9 de mayo vino brevemente el teniente General Dietl a visitarme. Los noruegos habían comenzado su propio ataque en dos colinas cercanas en la región de Bjornefjell. Hubo problemas de comunicación con los franceses que se negaron a avanzar y a colaborar con los noruegos. Los aliados seguían funcionando de una forma pésima a nivel operativo, pero sólo era cuestión de tiempo que se coordinasen un poco mejor y nos golpeasen con fuerza. Dietl tenía claro lo que iba a suceder cuando me confesó:
—Ahora que nuestra aviación ha encontrado la forma de organizar un puente aéreo y enviarnos suministros e incluso organizar acciones ofensivas, creo que es el momento de que te marches.
Me opuse vehementemente, pero Dietl me frenó con un gesto de la mano.
—No es una petición, teniente Weilern, es una orden. Ya se que tienes plenos poderes del Führer, pero también es un hecho que debo proteger tu vida a cualquier precio y aquí no estás seguro. Además, se ha organizado una operación para rescatarte. Ya está en marcha y no puede pararse. Tan sólo he venido a informarte... y a despedirme.
—Pero, yo querría… —objeté, descorazonado, sabiendo que no tenía argumentos.
—Ni siquiera el Führer confía que podamos repeler al ataque enemigo y estoy preparándome para replegarme en dirección a la frontera sueca. Resistiré cuanto pueda antes de internarme en un país neutral y arriesgarme a pasar detenido el resto de la guerra. Pero no sé si podré conseguirlo. Las fuerzas enemigas están bien dirigidas y son muy superiores. Si te quedas, Otto, casi con toda

seguridad morirás o bien acabaras hecho prisionero. No creo que ese sea tu destino
El teniente general era muy respetado por la tropa. Creía en un axioma: hay que mandar a la tropa desde el corazón, una frase que repetía a menudo. Y es que tenía ese raro don, que sólo atesoran los líderes natos, para parecer interesado por el estado de todos y cada uno de sus hombres. Tal vez realmente lo estuviera y por eso estaba tan delgado como un cadáver, consumido por las preocupaciones, por esos cazadores de montaña, que eran como hijos suyos, y que iban a morir en las próximas horas. Al menos, a mí podría salvarme.
—¿Lander vendrá conmigo? —inquirí, aceptando por fin que tenía que marcharme, pero resistiéndome a separarme de aquel gigantón austríaco de Carintia al que la intimidad aquellas semanas había convertido en un amigo.
—El sargento mayor te acompañará hasta la pista de Hundalen, de donde partirá tu avión. Luego ha de regresar al combate, con el resto de sus compañeros.
—Pero es que Lander...
—Me esperan mis camaradas, Otto —me interrumpió mi amigo—. Estoy feliz de saber que ahora vas a estar a salvo. Pero mi sitio está con mi unidad. ¡Soy un Gebirgsjager!
Tenía razón, el lugar de un cazador de montaña es junto al resto de cazadores de montana, no haciendo de guardaespaldas de un niño.
El teniente general estaba organizando la defensa ante el ataque por el flanco noruego y se despidió casi de inmediato. Me estrechó la mano y me recordó otro de sus lemas: “las reglas no cuentan en la montaña”. Él y sus hombres harían cualquier cosa para ganar, porque sus Gebirgsjager lucharían hasta el límite de sus fuerzas. Como siempre hacían. Porque tenían un comandante que vivía con ellos, que dormía a la intermperie a su lado cuando era necesario, que comía sus mismas raciones y que siempre les mostraba cómo ser un soldado mejor.
Es verdad que Dietl fue acusado en más de una ocasión de traspasar la convención de Ginebra de derechos humanos en su celo por sobrevivir, por ganar, por demostrar su valía ante el Führer siguiendo ese mismo lema de “las reglas no cuentan en la montaña”. Tal vez, si hubiera sobrevivido a la guerra mundial, habría sido juzgado como criminal de guerra por un tribunal aliado, que le habría recordado que todo conflicto bélico tiene que haber reglas. Sí, eso le habría sucedido. Y es que todo hombre tiene sus claroscuros. Pero puedo dar fe que era un buen soldado y cuando leí en los periódicos, casi al final de la guerra, que había muerto en un accidente de aviación, recé por su memoria. Me consoló saber que falleció en su tierra, en Austria. Salvo morir en combate, creo que es el final que habría elegido.

Lander y yo cogimos un trineo en dirección a la pequeña estación de Hundalen, cerca de donde Dietl tenía ahora su nueva base de sus operaciones. Se había improvisado un aeropuerto que era poco más que una pista de tierra en medio del hielo, un espacio donde podía aterrizar como máximo un avión a la vez. Cuando estábamos llegando a la estación vimos a la lejos a un esquiador que nos perseguía. La escuadra de cuatro cazadores de montaña que Dietl nos había enviado como protección, había desaparecido como por ensalmo y en su lugar estaba este nuevo esquiador vestido de camuflaje, completamente de blanco. Lander lo contempló por la mirilla de su rifle.
—Está demasiado lejos para que le pueda disparar.
—¿Es él?
Si era mi enemigo había estado escondido durante un mes, internado en el bosque o las montañas, intentando pasar desapercibido tanto para las tropas francesas, las inglesas, las polacas, las noruegas y las alemanas. Comiendo de lo que daba la tierra helada, cazando pequeños animales con trampas o a cuchillo, sin hacer ruido ni disparar un sólo tiro para no delatar su posición. Se había limitado a seguir vivo, esperando su oportunidad para acabar con mi vida. Aquel asesino era un ser implacable.
—Debe haber eliminado a los cuatro de la escuadra que nos mandó el teniente general —opinó Lander, apretando los dientes—. Estoy seguro de que es el tipo que mató a mi hermano. Puedo sentirlo.
Yo quise decirle que era imposible, ya que el hombre no podía haber estado escondido de todas las nacionalidades que ocupaban palmo a palmo de Narvik y sus alrededores. Nadie podía ser tan bueno, tan obsesivo, tan minucioso. Pero yo también sentía que era él. Así que callé.
El trineo se detuvo en la pista de tierra justo en el momento en que aterrizaba un avión. Estaba tan nervioso que me precipité en su dirección agitando los brazos. Ni siquiera reconocí al tipo que saltaba de la cabina. Estaba histérico y daba saltos mientras pedía ayuda a gritos.
—Otto, tranquilízate. Dime qué está pasando.
A duras penas reconocí el rostro preocupado de Schellenberg debajo de un gorro de invierno. Tan pronto comprendí que mi amigo había venido a buscarme, lo abracé y de inmediato me volví para señalar en dirección a Lander. Mi guardaespaldas se había lanzado al suelo y reptaba por la nieve con la intención de interceptar a mi adversario, que ganaba distancia a toda velocidad, descendiendo por la nieve como un profesional.
—El sargento mayor —grité—. Lander… Un asesino…
Había corrido tanto que apenas podía hablar. Bufaba y hacía gestos febriles en dirección a la entrada del aeropuerto. Schellenberg, por el contrario, tenía el gesto frío, distante, cuando me dijo.
—Otto, sube al avión. Lander, si así se llama tu amigo, ya está muerto.
—¡No está muerto! —Señalé a la lejanía, y Schellenberg cogió sus prismáticos. Lander todavía estaba reptando, buscando una buena posición para poder disparar al asesino. De pronto, se detuvo y pareció apuntar a una nube de polvo que avanzaba ladera abajo. Pero la figura que había provocado la polvareda detuvo sus esquís y comenzó a cavar un agujero con una pala plegable, muy común en ejército alemán, conocida como Klappspaten. Al momento vimos que sacaba de su mochila una

plancha de metal y la colocaba en nuestra línea de visión.
Walther me había pasado los prismáticos, y yo asistía a la escena, como el que ve una película de suspense. Me temblaban las manos.
—¿Ves? Está vivo y el asesino está preparando una trinchera y un escudo de francotirador para atacar a Lander. Tenemos que ayudarle y enfrentarnos a…
—No me has entendido, Otto —repuso Schellenberg, zarandeándome—. Tu amigo se va a enfrentar a Morgen. Aún no está muerto. Pero es como si lo estuviera. Nadie puede derrotar a Morgen.
Morgen. Era la primera vez que oía ese nombre, pero no sería la última. Anonadado, en estado de shock, me dejé llevar al interior del avión, un Dornier 17Z, uno de los mejores aviones de reconocimiento de larga distancia que teníamos en ese momento en servicio.
—¿De verdad no podemos salvarlo? —insistí por última vez, volviéndome hacia Schellenberg implorando con la mirada.
—Bastante tendremos con sobrevivir nosotros.
Schellenberg dio un manotazo en el hombro del piloto, que pareció despertar de un sueño profundo. Hasta ese momento estaba apoyado contra el cristal de la cabina. No tardé en darme cuenta de que estaba borracho.
—Cambio de planes. Tenemos que irnos ya —le espetó Schellenberg.
—Lástima, pensaba que podría echar una cabezadita —rezongo el piloto y luego, volviéndose hacia mí, añadió: —Es un placer volver a verte, señor teniente Otto de las SS.
¡Dios santo! ¡Era Ernst Udet en persona! Por si tenía alguna duda de su identidad, al coronel general eché un trago de su petaca y luego se echó al coleto un par de anfetaminas, de esa droga llamada Pervitin que muchos soldados alemanes llevaban ya como parte habitual de su mochila para permanecer despiertos y con los sentidos aguzados en toda situación y lugar. He de confesar, que los cazadores de montaña también la tomaron en el sitio de Narvik. Todos la tomábamos ya por entonces cuando no podíamos resistir el cansancio.
—Un placer volver a verle, señor —repuse, sin salir de mi asombro.
—Llámame Ernst, sencillamente —rezongó Udet —. Yo te llamo “señor teniente Otto de las SS” en broma, como bien sabes. Pero dos hombres que pueden perfectamente morir juntos en unos minutos tienen que tutearse, Otto. Pueden y deben tutearse, en realidad.
Los motores del Dornier rugieron y la nave comenzó a avanzar por la pista.
—¿Crees que podrás conseguirlo? —demandó Schellenberg a Udet—. Nos van a disparar las artillerías antiaéreas desde los buques aliados, tendremos que esquivar los cazas del enemigo y no me extrañaría que un tirador de élite con un rifle de precisión haga fuego sobre nosotros en cuestión de segundos.
A pesar del ruido de los motores, pudimos distinguir un grito desgarrador luego de un par de disparos muy seguidos el uno del otro. Supe que Lander había muerto.
—Los aviones de los ingleses son viejos Swordfish de su portaviones, o como mucho algún Blenheim Mk1 despistado y casi sin combustible porque viene desde Inglaterra o de alguna de sus islas. De los aviones de los noruegos, si es que les queda alguno, mejor ni hablamos. En suma, torpederos y bombarderos, aviones obsoletos que no podrían ni acercarse a mi nave. Por otro lado, no pienso pasar cerca de las artillerías aéreas de los Tommies ingleses para que hagan tiro al blanco. Y ahora me dices que sólo hay un tirador de élite. Pensé que ibas a ponérmelo más difícil. La próxima vez que me pidas que salve al señor teniente Otto no creo que te acompañe. Se te ocurren

desafíos de lo más aburridos.
Udet sonreía de oreja a oreja en el momento que su Dornier se levantó del suelo.
—Pero tú has dicho que podíamos perfectamente morir… —comenzó a decir Schellenberg.
—Era sólo para asustar un poco al señor teniente. Yo de ti me echaría a dormir. Va a ser un viaje muy tranquilo.
En la parte de atrás, yo temblaba de rabia. Pensaba en Lander, en su hermano Christia y en ese asesino llamado Morgen que me perseguía. Schellenberg tendría que darme muchas explicaciones.
Pero lo cierto es que el viaje transcurrió sin mayores complicaciones. Udet silbaba feliz de no estar en su despacho cubierto por una montaña de papeles, feliz de ser de nuevo un piloto en una acción de guerra, aunque fuese el rescate de un sencillo observador. Tuve la tentación de darle las gracias por haber venido hasta Noruega en mi busca. Estaba seguro que esa había sido una de las razones por las que Schellenberg había aceptado venir: con un piloto como aquel, el riesgo que la misión fallase era mucho menor. Udet era el mejor piloto del mundo, aún estando drogado y borracho. Sólo él podía entrar y salir de la zona enemiga con un riesgo mínimo o casi inexistente para sus pasajeros. Pero, aunque estoy seguro de que Udet sentía algún afecto hacia mí, lo cierto es que no éramos íntimos ni mucho menos y no habría aceptado la invitación de Schellenberg de no ser por la sensación de peligro, el recobrar las emociones propias de un hombre de carne y hueso, esas emociones propias de un soldado y no de un burócrata.
Estábamos ya cerca de nuestra base en Trondheim cuando decidí interrogar de nuevo Schellenberg:
—¿Me vas a decir quién es ese Morgen?
—No. Ni ahora ni más tarde. Ese tema es cosa mía. Déjalo en mis manos.
—¿Cómo quieres que deje el asunto en tus manos? ¡Ese tipo está resuelto a matarme!
—Déjalo mis manos te he dicho, Otto. Y tampoco le digas nada al Führer. Si alguien puede salvarte de Morgen soy yo y sólo yo.
No se por qué, pero me di cuenta de que él pensaba que era así. ¿Ni Hitler podría salvarme de Morgen?
—Sé que trabaja para un almirante de la Kriegsmarine. Un tipo de cabellos blancos que coincidió conmigo en la recepción de Flensburg
Schellenberg me miró intrigado. No esperaba que yo hubiese llegado a tantas conclusiones por mí mismo. Supongo que por entonces no tenía una opinión demasiado buena acerca de mis capacidades. Aunque en realidad, había sido un tiro a ciegas. En Flensburg me pareció que un almirante desconocido quería matarme y minutos después Morgen me miraba fijamente, con similares intenciones. Si lo de Morgen no era paranoia probablemente lo del Almirante tampoco. Porque, llegados a este punto del razonamiento, ¿cuántas probabilidades hay que dos hombres quieran matarte en un mismo lugar y no tengan relación alguna entre sí? Que el sargento Morgen trabajaba para el almirante era la conclusión final de mi razonamiento, que la expresión de Walther me confirmó, y todavía más sus palabras:
—Pues ya sabes más de lo que debería, Otto. Yo solucionaré este tema. Aún no sé cómo pero lo haré. Tú sólo no podrías y si pones a Hitler sobre aviso de todo esto, aún en el caso de que te creyera, sólo acelerarías tu propia muerte. Morgen no es el único hombre a sueldo de ese almirante del que hablas. Para cuando el Führer hubiera reaccionado, ya estarías muerto.
—Pero ¿por qué quiere matarme ese almirante? Yo sólo soy un joven de las SS que hace un trabajo absurdo como observador. ¿Por qué soy un peligro para nadie?

Schellenberg no me respondió. Me quedé pensativo. Una vez más, la situación me superaba. Yo no quería ser el favorito de Adolf Hitler. No quería formar parte de la operación Klugheit. Y, por supuesto, no quería estar en el punto de mira de ningún asesino.

No quería nada de lo que se me estaba pasando y, sin embargo, allí estaba, víctima de las manipulaciones de otros.

—¿Y ahora qué, Walther? ¿Qué debo hacer? ¿Irme a casa y esperar que Morgen se apiade de mí y no me mate de momento?

Schellenberg negó con la cabeza.

—De momento, yo no me preocuparía. Está a punto de comenzar el caso amarillo. En breve atacaremos Francia y en medio de una ofensiva de centenares de miles de hombres, rodeado de tipos del alto mando, estarás seguro. Por eso mismo he tenido que sacarte de aquí a toda prisa. Hitler te quiere mañana mismo junto a Manstein, el artífice de esta nueva ofensiva y al que ya conoces de la campaña Polaca. Y es que el Führer ni siquiera sabía que estabas aquí en Noruega y si, al amanecer, no te hubieses presentado en tu nuevo destino, todo este asunto habría quedado al descubierto.

—¿Cómo es que no sabía de mi estancia en Narvik? ¿No me mandó él? ¿O no le informó Doenitz de que me había enviado?

Iba a preguntar alguna cosa más, pero callé abruptamente. No, claro, Hitler no me había mandado a Noruega, tampoco el comandante en jefe de los submarinos. Doenitz era demasiado cauto para eso. Había sido ese almirante que me la tenía jurada, tal vez falsificando la orden de mi traslado, que si soy sincero apenas miré más que superficialmente porque estaba medio dormido cuando vinieron a buscarme. Todo aquello no había sido más que una trampa para ponerme en el punto de mira de uno de sus asesinos, de ese tal Morgen.

—¿Puedo al menos ver a Mildred un rato antes de seguir con esta maldita operación Klugheit? —pregunté finalmente, abatido, resuelto a dejarme llevar por aquella situación que no podía controlar; resuelto, en suma, a confiar en mi suerte, que era la último que me quedaba.

—Eso se puede arreglar —replicó Schellenberg, guiñándome un ojo. Luego se volvió hacia Udet y le consultó—: ¿Sería un problema el repostar en Trondheim y que marchemos de inmediato hacia Berlín?

Udet soltó una risa pícara.

—No estaba muy atento a vuestra conversación pero he oído que el señor teniente Otto de las SS pronunciaba un nombre de mujer. Por una mujer siempre estoy dispuesto a hacer una excepción. —Levantó su tubo de anfetaminas y se tomó dos más—. Estas dos amiguitas van hacer que no duerma en las próximas horas. Podemos volar a Berlín de inmediato si queréis. Todo sea por el amor de los jóvenes y, en particular, el del señor teniente Otto.

Udet estaba contento y me lanzaba besitos mientras su Dornier se contoneaba en el cielo. La participación de la Luftwaffe en la campaña de Noruega había sido excepcionalmente brillante y no había tenido que sufrir los habituales insultos y discusiones con Goering. Me pregunté si la suerte le duraría mucho tiempo. El caso amarillo y la batalla de Francia comenzarían en unas horas y entonces... ¿saldrían a la luz las limitaciones de nuestra fuerza aérea? Y, de no ser así, ¿cuándo llegaría el momento en que todos los errores de diseño y de producción se descubrieran? ¿Y cuál sería la reacción de Goering cuando ese gran castillo de naipes que era la Luftwaffe se derrumbase?

El coronel general inclinó el timón de su nave y se lanzó en picado hacia el aeropuerto de Trondheim. Seguía lanzando besitos al viento y soñando con mujeres, con alcohol y seguramente con

anfetaminas. El futuro aún no estaba escrito y ninguno sabíamos que nos deparaba. Aunque yo estaba seguro que nada bueno.

Entretanto, éramos marionetas en manos de un titiritero caprichoso llamado destino. Él había decidido nuestro ascenso en el Reich y, un día no muy lejano, dictaminaría nuestra caída.

XXII

En Noruega, los días que siguieron, se libró una batalla decisiva. El resto del mes de mayo el general Béthouart, el antiguo amigo y camarada de estudio de Dietl, desencadenó una ofensiva lenta pero sistemática. Finalmente, las defensas alemanas cedieron en Bjerkvik. La línea de Dietl cayó y los franceses avanzaron por el fiordo de Ofotfjord, como un primer paso para el ataque definitivo a la ciudad y el puerto de Narvik.

El asalto definitivo comenzó el 27 de mayo. Los legionarios y los cazadores alpinos franceses atacaron sin piedad, apoyados esta vez de forma eficiente por los noruegos. La Luftwaffe dominaba el aire, pero el cañoneo de los cruceros ingleses y de su artillería era incesante.

A media tarde, Dietl dio la orden de retirada en dirección a las vías del tren que conducían a Suecia. El general Béthouart dejó que los noruegos liberasen su ciudad y entrasen los primeros en sus calles. Fue un día espléndido, pero engañoso.

Dietl permaneció en los alrededores de la ciudad, obligando a los aliados a pagar con vidas humanas cada metro que retrocedía, siempre cerca de las vías férreas, por si se veía obligado a abandonar de forma definitiva el país. Pero ese momento nunca llegó, porque hizo que sus hombres subieran a las montañas del Rombakstötta y Beisfjordtötta, que dominaban toda la península de Narvik. Allí se atrincheraron sus Gebirgsjager, decididos a resistir. Y lo harían en esas regiones inhóspitas de alta montaña, sin suministros, con los uniformes hechos jirones, hasta la última bala.

Por un momento, pensaron que los refuerzos nunca llegarían y que el resto de cazadores de montaña y marineros morirían en aquellas cimas heladas.

Pero la victoria del cuerpo expedicionario aliado fue efímera. El 7 junio, los hombres de Dietl comenzaron a escuchar grandes explosiones procedentes de Narvik. En ese momento, los aliados llevaban ya casi un mes combatiendo en la Francia continental contra la Wehrmacht y las necesidades de ese frente, en el que estaban sufriendo una derrota tras otra, les habían obligado a tomar una inesperada decisión: evacuar la ciudad. Todo lo que se había ganado por las armas no iba a servir de nada.

Y los aliados se marcharon de Noruega. Las explosiones provenían precisamente del sector donde estaban las tropas francesas, que hacían volar por los aires material militar y municiones, cualquier cosa que no pudieran llevar en la retirada. Incluso regalaron a los pescadores sus últimas raciones de comida y alcohol. Varios oficiales noruegos se pusieron de rodillas suplicando a los franceses que no se marchasen. Tal vez intuían el negro futuro que les esperaba cuando los alemanes bajasen de las montañas.

Pero nada podía hacerse ya. El 8 junio, los alemanes asistieron perplejos desde la montaña a lo impensable: camuflado en la niebla de la mañana, el enemigo se retiraba. Dietl llegó a plantearse incluso que se tratase de una trampa, pero finalmente quedó claro que la retirada era completa y que numerosos barcos aliados estaban en las costas del fiordo de Ofoten embarcando a la tropa. Para colmo de males, poco después se supo que la marina de guerra alemana acababa de hundir el portaviones británico Glorious, que viajaba de vuelta a Escocia cuando fue interceptado por los acorazados alemanes Scharnhorst y Gneisenau.

La derrota del Reino Unido había sido completa. Y aún así, al ridículo coste de un portaviones, dos

cruceros, siete destructores y cuatro submarinos... destruyeron por completo la marina de superficie alemana. Porque aunque tuvo unas pérdidas similares, esas pocas pérdidas eran ya casi toda su armada. Si una cosa quedó clara en Noruega es que la Kriegsmarine, aún consiguiendo una resonante victoria, no era capaz ni de sostener una encuentro mínimo contra la Royal Navy inglesa. Todos sus grandes barcos (menos uno) fueron hundidos o gravemente dañados en Noruega y acabaron en dique seco por muchos meses. Y cayeron de todas las formas imaginables: bombardeados por aviones, por fuego costero, torpedeados por submarinos o cañoneados por otras naves de superficie inglesa.
Al día siguiente, Narvik se rendía y ese mismo día y por orden del rey Haakon lo hizo el resto de las tropas noruegas. El rey, sin embargo, había escapado y eso hizo que Hitler montara en cólera, por lo que días atrás había cesado ya el gobierno pronazi de Quisling. La pesadilla de los noruegos no había hecho más que empezar, porque Hitler pondría al frente del país a uno de sus gobernadores nazis, esos terribles Gauleiter que gobernaban con mano de hierro las provincias ocupadas.
En 1942, el filonazi Quisling volvería ser puesto por Hitler al mando de Noruega y ocuparía ese lugar hasta el fin de la guerra, momento en el que sería encarcelado y condenado a muerte por su propio pueblo. Murió fusilado en octubre de 1945.
Aún hoy en día, la palabra Quisling es utilizada en inglés y noruego como sinónimo de traidor y, en particular, de aquellos que colaboraron con los nazis. Nadie quiere ser acusado de ser un “quisling”.
Pero aún faltaba mucho tiempo para eso. Cuando aún se desarrollaba la campaña de Noruega, en abril de 1940, un actor decisivo de ese gran drama que fue la Segunda Guerra Mundial iba a saltar a la palestra para tomar un papel principal como antagonista del Führer. Se trataba de un hombre atípico, de un político diferente a todos los demás en su país, de un hombre del sur de Inglaterra, de Oxfordshire, de un hombre hecho a sí mismo que aunque era de noble cuna nunca tuvo demasiado dinero. Todo lo que consiguió en el plano personal y en los ruedos de la política fue gracias a una determinación sólo comparable a la del propio Hitler.
Y no sólo en eso se parecía a Adolf Hitler. Como él, tenía una personalidad obsesiva, que cuando se planteaba un objetivo le llevaba a perseguirlo hasta las últimas consecuencias. Era intransigente, profundamente nacionalista, tanto que cuando Gandhi desató una corriente favorable en todo el mundo a la independencia de la india respecto al Reino Unido, se quedó solo en parlamento británico defendiendo que no había que transigir ni un centímetro ante el Mahatma y todos esos idiotas que defendían la resistencia no violenta contra el imperio británico.
Sus propios correligionarios del partido conservador le consideraban un excéntrico y le dieron la espalda en éste y muchos otros temas, de tal forma que a principios de los años 30 estaba prácticamente fuera de la política. Pero regresó y en 1936 luchaba a brazo partido y en solitario a favor del rearme, de preparar el país para esa próxima guerra mundial que él sabía a punto de producirse mientras todo el mundo apoyaba a Chamberlain y su política conciliadora con el Reich alemán. Incluso presentó un informe en el parlamento mostrando las cifras de aviones reales que tenía la fuerza alemana, unas cifras contrarias a lo firmado en el tratado de Versalles al final de la Primera Guerra Mundial, una violación más de Hitler, que a su juicio corría descontrolado hacia un enfrentamiento con las potencias occidentales. Pero nadie le escuchó y sus camaradas pusieron en duda cuanto había explicado. Se reían de sus discursos. Le consideraban un fanático, un belicista, alguien fuera de control.
Pero es que ese político británico vilipendiado por todos, había viajado casi una década atrás a Europa para visitar los lugares donde había combatido durante la Primera Guerra Mundial. En aquel

viaje tuvo la oportunidad de ver a los jóvenes alemanes marchando con el brazo en alto; vio a los cuerpos francos, los Freikorps, todos esos muchachos de ultraderecha que odiaban a las potencias de occidente y se estaban preparando para derrotarlas en un futuro próximo. De entre todos esos partidos de ultraderecha y cuerpos francos destacaba el NSDAP de Adolf Hitler, el partido nazi.

Aquel político nacido en Oxfordshire se creía predestinado, también como el propio Führer, pero era una predestinación distinta: él no quería destruir el mundo para reconstruirlo a su imagen sino preservarlo esas hordas de jóvenes que había visto marchando con el brazo en alto. No importaba que en su propio partido, el conservador, nadie le creyera, porque sabía que cuando la Guerra estallase todos entenderían que siempre tuvo razón. Y aguardó ese momento, primero como parlamentario y luego como primer Lord del almirantazgo. En su nueva misión como responsable de la Marina británica dio orden de ser más agresivo contra los alemanes, de apresar el petrolero Altmark en aguas noruegas y rescatar a los prisioneros de guerra ingleses que había tomado el Graf Spee. Luego, durante la campaña Noruega, fue uno de los máximos responsable de la derrota aliada pero a nadie le importó, porque sabían que sólo él podía oponerse a los nazis. ¿La razón? Era igual de orgulloso y obcecado que el propio Hitler.

El político de Oxfordshire estaba preparado para tomar las riendas del país.

Ese momento llegó cuando aún no había acabado la campaña de Noruega. La Cámara de los comunes, el parlamento británico, forzó al siempre dubitativo Chamberlain a debatir la situación bélica del país. Lo que estaba pasando en Escandinavia no le gustaba nadie, especialmente la retirada de las tropas inglesas en la parte central de Noruega. Se consideraba una gran derrota y el que se resistiera en Narvik no se consideraba ya tan importante. Chamberlain fue sometido a una moción de confianza y un miembro de su propio partido, un influyente exministro del gobierno conservador, le dio la puntilla durante el debate:

—¡Por el amor de Dios, váyase! —clamó Leo Amery con voz atronadora, parafraseando a Oliver Crommwell.

Luego de que la Cámara de los comunes prorrumpiera en aplausos, prosiguió:

—Recuerdo que muchos años atrás en el este de África un amigo mío estaba cazando un león. Pero era un hombre descuidado y tomó la decisión de echarse a dormir para descansar y recuperar fuerzas con el objeto de ir a cazar el león a la mañana siguiente. Por desgracia, el león estaba en los alrededores aquella misma noche, buscando presas humanas. Y se comió a mi amigo. Esa misma historia podría servir para narrar nuestra campaña en Noruega.

Leo Amery pidió un gobierno de unidad nacional similar al que ya había encabezado a Gran Bretaña durante la Primera Guerra Mundial. Chamberlain tenía que marcharse.

Y por último llegó el momento del discurso de aquel político al que todos habían considerado un alarmista, aquel al que todos habían minusvalorado.

—En ningún momento durante la anterior guerra mundial estuvimos en una situación tan peligrosa como la presente. Por eso ruego a la Cámara de los comunes que no se precipiten su voto.

Todos habían comprendido la solemnidad del momento, la situación grave y decisiva por la que pasaba la nación.

Poco después, durante la votación de confianza, muchos políticos conservadores votaron en contra de Chamberlain y muchos otros se abstuvieron. Incapaz de que los miembros de su propio partido le apoyaran, el gobierno, aunque ganó la moción de confianza por estrecho margen, había quedado una posición tan débil que se desmoronó.

Chamberlain, el ya ex primer ministro británico, había cometido el error de decir unas semanas atrás frente a sus propios correligionarios la frase "Hitler ha perdido el autobús", refiriéndose a que las fuerzas armadas alemanas habían perdido su oportunidad de ganar la guerra mundial, porque las inglesas estaban ahora preparadas para derrotarle. Cuando esto se demostró falso, cuando todos comprendieron que las campañas publicitarias, las películas de propaganda de los cines, los spots publicitarios y de radio estaban mintiendo cuando decían que la Gran Bretaña estaba lista para enfrentarse a los nazis, Chamberlain, que apenas tenía ya apoyos después de sus muchos errores anteriores, perdió cuantos le restaban.

Además, todos percibían que ya no le quedaban fuerzas. Gravemente enfermo de cáncer de estómago, apenas le quedaba medio año de vida. Chamberlain debía dejar paso a alguien con la determinación necesaria para derrotar a Adolf Hitler.

Un par de días más tarde el rey Jorge VI convocó a cierto político de Oxfordshire a su presencia.

—Quiero que usted forme gobierno —le dijo, sencillamente.

—Será un honor, majestad —repuso Winston Churchill.

Era el día que llevaba esperando desde hacía tanto tiempo el político de Oxfordshire. Había llegado su momento.

Churchill, que un día fue considerado por todos un excéntrico, era por fin el primer ministro de la Gran Bretaña. Llegaba al poder un estadista a la altura del momento. Convocó un gabinete de guerra, incluyó a conservadores pero también a laboristas y liberales en su gobierno, y encabezó esa unidad nacional que todos estaban esperando.

Hitler estaba convencido de que según se sucediesen las victorias del tercer Reich los políticos occidentales irían cayendo de sus cargos y que a cada uno le sustituiría otro aún más débil. Así sucedió en Francia pero en Inglaterra las cosas no iban a resultar según sus planes.

Ahora, por fin, el Führer tenía un rival resuelto a convertirse en la horma de su zapato, un hombre dispuesto a todo para destruirle.

Y no tardaría en demostrárselo.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: LA IMPORTANCIA DE NORUEGA Y DE CHURCHILL

Noruega fue la campaña más importante del principio de la guerra mundial. Una derrota en el norte habría producido el colapso de los ejércitos alemanes en pocos meses. Y aunque quizás esta afirmación pueda ser un poco exagerada, el hecho es que en la primera guerra mundial se perdió precisamente así: los alemanes se quedaron sin suministros por el norte y sus ejércitos no pudieron seguir combatiendo. Por ello, tomar Noruega, aparte de ser una gran victoria logística, lo era en el ámbito moral, decisivo en todo conflicto bélico. Los ingleses lo sabían y cuando tuvieron que evacuar Narvik, pusieron al frente de su gobierno al único hombre capaz de frenar la guerra económica de Hitler. Se trataba, por supuesto, de Winston Churchill.

LUGAR Y FECHA: 1939-1941, LA GUERRA ECONÓMICA

El Fúhrer hablaba a menudo de la guerra económica, de lo maravilloso que sería controlar la economía de todo el continente. Asimismo, rara vez pensaba en los territorios conquistados como nuevas fronteras en el mapa, sino que le preocupa el beneficio económico que se podía extraer del territorio. Convirtió Polonia en una fábrica al servicio del Reich y habría hecho lo mismo con Rusia.

CONSECUENCIAS: LA GUERRA CON LA URRS

Hasta finales de 1941, la mayor parte de las decisiones bélicas de Hitler, tuvieron una base económica, desde la consecución de un espacio vital para el desarrollo Alemania (por más que esto tuviera un cierto tufo racial), a la decisión de bloquear la economía del Reino Unido atacando su comercio con naves corsarias y U-Boots, para más tarde, eclosionar con la invasión de la URRS Alemania necesitaba hasta tal punto de las materias primas soviéticas para seguir creciendo que Hitler consideró que su alianza era ya una relación de dependencia. Y decidió tomar esas materias primas.

LIBRO CUARTO:

ERWIN ROMMEL,
el “casi” zorro del desierto

7

LA INVASION DE FRANCIA Y LOS PAISES BAJOS
(Fase 1: Caso Amarillo) (10 de mayo al 4 de junio)

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)
[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Sólo tenía unas horas antes de incorporarme de nuevo a la operación Klugheit. Pensé que Mildred se alegraría de verme, pero lo cierto es que la emoción que acudió a su rostro cuando me vio en el umbral de la puerta fue, primero, la sorpresa y luego, no sé, algo cercano a la indiferencia, o incluso al miedo. Tal vez estaba tan cansado después de mis aventuras al borde del círculo polar ártico que malinterpreté sus sentimientos. En cualquier caso, luego de un intercambio de besos más bien frío, me senté en un sillón de su piso y ella me sirvió una copa. Creo que no se tomó una ella misma porque aquella noche ya había tomado suficientes. Me contó que acababa de llegar de una fiesta en una embajada (ahora no recuerdo cual) cerca del parque del Tiergarten y por lo visto había conocido a mucha gente interesante y bebido algo más de la cuenta.

Mildred seguía en paro y comenzaba a estar algo desesperada. ¿Cuándo llegaría su oportunidad de triunfar? Yo no lo sabía, ni ella tampoco, lo único que le quedaba era esa sensación indefinible, esa determinación absoluta que la poseía, susurrándole que un día, tarde o temprano, sería una mujer muy famosa.

Pero, entretanto, el racionamiento había llegado a Alemania. Hitler había puesto al país en economía de guerra. Muchos compatriotas tenían que conseguir algunos alimentos, hasta el jabón, a través de cartillas de racionamiento. Desgraciadamente, a la hora de lidiar con los burócratas del Reich, a Mildred no le servía de nada llevar el pelo teñido, decir "nosotros" cuando se refería al pueblo alemán y todas esas añagazas de las que se valía para parecer más aria. Ella era estadounidense y no podía disponer de una cartilla de racionamiento, que eran exclusivas para los alemanes racialmente aptos.

Yo pensé que su gesto hosco y cierta melancolía, que aún estando agotado podía percibir, se debían precisamente a eso, a no saber qué iba a ser de su vida ni si al día siguiente tendría una maldita pastilla de jabón para lavarse. El tiempo demostraría que me equivocaba.

—¿Y bien, qué se cuenta últimamente el Führer? —me preguntó Mildred después de que yo le explicara mis experiencias en Noruega. Mientras hablaba, se levantó de su asiento junto al mío y puso un disco en el gramófono.

Me golpeé en la frente. Hacía varias semanas que no me ponía en contacto con Hitler. Naturalmente, en Narvik no había tenido oportunidad, pero ya días antes había comenzado a espaciar mis llamadas. A menudo, no tenía nada que explicarle y, a veces, encontraba el conjunto de la operación Klugheit un tanto absurda. Ni siquiera tenía claro que Hitler escuchase mis conclusiones acerca de cada una de las armas del ejército o ramificaciones del estado. Parecía tan sólo que cultivaba mi amistad.

Llamé a la cancillería y, tras varios tiempos de espera, de que me pasasen de un ayudante a otro y me pusiesen excusas, pude finalmente hablar con el Führer. De fondo, contemplaba a Mildred bailando alguna canción de moda, ligeramente borracha, ensayando algún giro que a mí me resultó provocativo. Creo que en ese momento me habría resultado provocativo verla recién levantada, despeinada y con una bata. Después de tantos días sin una mujer, comprendí que me iba a costar concentrarme en la conversación con Hitler.

—¿Cómo te ha ido en los submarinos de Doenitz? —me preguntó de buenas a primeras con tono jovial.

Por un momento no supe qué responder. Aunque brevemente, sentí la necesidad de decirle la verdad. De hablarle de que un conspirador en la sombra me había llevado a sus espaldas y a del propio Doenitz hasta Noruega, al punto crucial de la campaña, sabiendo que corría un peligro de muerte; y que ese peligro de muerte no les había bastado cuando sobreviví a la batalla, por lo que me habían enviado un asesino llamado Morgen, un tipo despiadado resuelto a terminar con mi vida a cualquier precio. Me pregunté cómo reaccionaría Hitler si le explicase algo semejante. Me pregunté si debía al menos decírselo a Heydrich, o a mi tío Eicke, o si debía confiar en Schellenberg y callar la boca. Finalmente, decidí seguir la voz de mi corazón, que me instaba a no hacer nada… al menos de momento. Mi vida se había tornado extrañamente compleja y debía medir bien mi próximo paso.

—Todo ha ido de maravilla, ni Führer. El arma submarina va a reportar grandes victorias a nuestra patria.

—¿Y los torpedos? He oído decir que fallan mucho al propio vicealmirante Doenitz, que ponen en peligro los triunfos de sus U-Boot.

—Estoy seguro de que nuestros ingenieros subsanarán este problema en breve —repuse, confiado, aunque en realidad no tenía ni la menor idea del asunto. Pero no quería preocupar al Führer y que la conversación girase sobre los submarinos, ya que sólo había estado en el U-00a y ni siquiera había pisado uno que llevara torpedos, un verdadero buque de guerra como los tipo VII que tanto demandaba Doenitz. Un día no muy lejano estaría, y por dos veces, al borde la muerte en un U-Boot-Klasse VII-c. Pero en ese momento no sabía nada de ellos.

Era mejor cambiar de tema. Y eso hice.

El resto de la conversación giró en torno a cotilleos sobre Churchill y su exceso de peso, las últimas exposiciones de arte alemán y algunas obras de arquitectos famosos que le gustaban al Führer. Hitler, que yo sabía se mostraba cortante e iracundo a menudo con sus subordinados, conmigo era como un gatito. Usaba la misma voz meliflua que utilizaba en su trato con las mujeres, como si pusiese toda su atención en agradarme. Al principio, aquella situación me había extrañado. Pero llegado aquel momento estaba tan acostumbrado que la veía normal. Ahora, en perspectiva, me doy cuenta de que no era normal en absoluto.

Seguimos hablando de temas diversos hasta que finalmente el Führer me advirtió:

—Tengo que irme. Me espera una de esas aburridas reuniones con el Estado mayor y luego salgo de viaje. Espero que no tardes en llamarme tanto tiempo la próxima vez. Al principio me llamabas casi diariamente. Sería buena cosa regresar a esas costumbres del pasado, ¿no te parece?

Una vez más, el Führer nunca me ordenaba nada, ni siquiera llamarle todos los días o ciertos días de la semana, aunque ese había también sido al principio uno de mis deberes en la operación Klugheit. Él dejaba en mis manos cuándo y cómo nos comunicaríamos. Teniendo cuenta que era uno de los hombres más ocupados del planeta, mi suerte (más bien mi desgracia) era extraordinaria.

—Así lo haré, mi Führer.

Cuando la señal se cortó y levanté la vista, el disco del gramófono ya no sonaba. Mildred se había sentado en un sillón, al otro extremo de la estancia, y aunque miraba en mi dirección, su vista estaba perdida en alguna parte que yo nunca podría haber adivinado.

—Mi situación económica es cada vez peor —me confesó—. Voy a optar, por así decirlo, a un puesto de trabajo. Algo nuevo. Pero si sale mal creo que tendré que pedirte ayuda. Tal vez tu tío...

—Ya te dije una vez —la interrumpí— que puedes contar conmigo para lo que necesites. Pediré ayuda a mi tío y al mismo Führer si hace falta.

Mildred se sonrojó.
—No creo que haga falta tanto.
—Me tendrías que haber pedido ayuda antes.
—Oh, no. Tú eres para mí... Tú eres mi niño —meneó la cabeza, incapaz de expresarse con claridad—. No sé, no quería que tú me ayudases. No sé la causa.
Pero yo sí la sabía. En aquella relación, Otto era el chico joven y ella la mujer experimentada. En un mundo perfecto, ella habría sido una viuda con dinero que me habría llevado a todos los clubes y salas de fiestas del Tercer Reich. Pero aquel no era un mundo perfecto y ella tenía que pedir ayuda al eslabón más débil de la relación. De alguna manera, pensaba que eso le hacía perder poder sobre mí, ese ascendiente que da tener más juergas corridas, más experiencia, más recursos en todos los ámbitos de la vida.
Mildred se equivocaba, por supuesto. En aquel momento, nadie en el universo tenía más ascendiente sobre mí que aquella mujer con su vaporoso vestido negro y aquellas ligas que se insinuaban cuando caminaba. Los hombres somos animales sencillos. Llevaba muchas semanas sin sexo y, sin detenerme siquiera a colgar el teléfono, me levanté y me abalancé sobre ella. Tomándola en mis brazos la cubrí de besos y le espeté, reconozco que haciendo gala de muy poco romanticismo:
—Necesito estar dentro de ti. Dentro de unas horas parto de nuevo hace una nueva misión. No puedo aguantar más.
Mildred se echó a reír, y creo que por primera vez desde mi regreso pude ver que se relajaba la tensión en sus mejillas y la comisura de los labios.
—Podrás estar dentro de mi todas las veces que quieras… y resistas —Mildred soltó entonces una carcajada y echó a correr hacia su habitación.
El resto de la noche y a efectos de esta narración, la vamos a considerar alto secreto.

Al día siguiente me reuní con Manstein en Liegnitz. Me sorprendió encontrarlo allí, en el este, prácticamente en los territorios ocupados de la antigua Polonia, en lugar de estar en el oeste preparando la invasión de Francia.
—He vuelto a caer en desgracia —me comunicó Erich mientras paseábamos por el andén de la estación.
Entonces supe que Manstein ya no formaba parte del Estado mayor del mariscal Von Rundstedt, aquel anciano malhumorado y huraño que conociera en Neisse nueve meses atrás. Por el contrario, Manstein había sido ascendido a general de infantería (general de tres estrellas) y destinado como comandante al 28 cuerpo de infantería, y era tan poca la importancia que se le daba a su participación en la próxima ofensiva que en aquel momento estaba de permiso. A pocas horas de comenzar el caso amarillo (que se presumía el enfrentamiento decisivo de la guerra mundial), el más grande estratega de nuestro ejército estaba vestido de paisano, paseando tranquilamente sin nada que hacer, en compañía de un observador plenipotenciario que, a su vez, no tenía nada que observar.
—¿Qué demonios hiciste esta vez para caer en desgracia, Erich? —inquirí, con una sonrisa, tomándome la libertad de tutearle; esperaba que percibiese en mi tono que no había ni pizca de reproche en mis palabras, tan sólo curiosidad y camaradería.
La primera vez que cayó en desgracia, fue también apartado, en aquella ocasión a una división de infantería (la 18º), debido a su amistad con el difunto Von Frisch, a cuyo servicio se hallaba cuando fue acusado de homosexualidad y cesado de su cargo al frente del ejército de tierra. Hitler quería quitarse un rival de en medio y poner a Keitel, su lacayo personal, por encima de todos los demás jefes como responsable de la Wehrmacht. Manstein pagó caro estar en el lugar menos adecuado y en el momento menos preciso. Su amigo Gerd von Rundstedt le había sacado del aprieto y colocado en su Estado mayor durante la invasión de Polonia. Pero si esta vez ni siquiera el anciano mariscal había podido salvarle es porque, literalmente, la había liado bien gorda.
—Lié una buena —me confirmó Manstein, sin asomo de arrepentimiento en la voz, tan sólo constatando un hecho—. Hice lo que un soldado inteligente no debe hacer jamás: contradecir a tus superiores, demostrarles que están equivocados y usar la razón y la verdad como únicas armas.
Sentados en un bar de la misma estación, pedimos unas bebidas y continuamos nuestra charla.
—Creo que tendrás que explicarte un poco mejor.
Manstein rió, pero era una risa triste. Yo sabía que él habría deseado estar en primera línea y no pasando el tiempo conmigo, tan lejos del frente que debía resultarle doloroso.
—¿Recuerdas que en Polonia te hablé del plan Schlieffen, de cómo el alto mando alemán había cometido el error de tomar el plan de un genio militar del pasado y ponerlo en práctica, punto por punto? ¿De hacerlo cuando su creador estaba muerto y no podía añadir ni modificar o enmendar nada según se sucedían los acontecimientos?
—Sí, claro.
Yo recordaba bien las lecciones de Manstein. En la Primera Guerra Mundial, la ofensiva alemana había tratado de atacar desde Bélgica y penetrar en Francia por el norte: cortar el país en dos y

conseguir una gran victoria, una gigantesca batalla de Cannas, tratando de emular a Aníbal el Cartaginés, o a Federico el Grande. Finalmente, la rigidez de nuestros planteamientos había paralizado el envolvimiento previsto. Las sucesivas ofensivas y contraofensivas fallidas de ambos bandos terminaron en una guerra de desgaste, esa guerra de trincheras, en la que, palmo a palmo, fuimos agotándonos hasta capitular vergonzosamente en Versalles.

—Pues bien, por increíble que parezca, el alto mando decidió repetir exactamente la misma táctica.

—¿Cómo?

Ni siquiera yo era tan estúpido como para no darme cuenta de que repetir una táctica que ya se había realizado y que ya había fracasado contra un ejército que, además, conocía perfectamente el plan de ataque, era ni más ni menos que un suicidio. Es más, era una estupidez. Así se lo comuniqué a Manstein, que se encogió de hombros, un tanto indiferente.

—También me lo pareció a mí al principio. Luego fui dándome cuenta de qué escondía el plan del ejército: falta de ideas y de capacidad para innovar. Miedo al cambio, en suma. Muchos "genios" del alto mando creían que la ofensiva de 1914 hubiese sido un éxito de haber mandado el grueso del ejército por el flanco derecho, sin miedo a un contraataque francés o a uno ruso en el otro frente de guerra. Se creó el falso mito de que, si el plan se repetía sin cometer aquellos errores, podríamos ganar.

«De cualquier forma, elaboré un plan alternativo que mis superiores rechazaron. Yo proponía avanzar por el centro, y penetrar a través de las Ardenas. Los aliados jamás esperarían un movimiento semejante y la sorpresa es lo más importante cuando comienza una batalla.

Las Ardenas era una masa boscosa llena de colinas y estribaciones. El peor lugar imaginable para una ofensiva. Pero por aquella zona no se extendían las fortificaciones francesas de la línea Maginot. Una idea que en un primer momento parecía descabellada, un instante después me resultó brillante. Tal vez fuera, después de todo, el mejor sitio por dónde atacar y, como bien decía el general, el más inesperado.

—Tengo la impresión que el plan podría haber funcionado —opiné, mesándome la barbilla, pensativo—. Si funciona podríamos conseguir una resonante victoria.

—Suponiendo que el alto mando quiera conseguir una resonante victoria —mi interlocutor dejó caer aquella frase que, poco a poco, fue calando en mi mente.

Manstein me siguió dando explicaciones durante un rato. No tardé en comprender, más allá de sus palabras, de lo que realmente decía, que los generales del alto mando y en particular el jefe del ejército, Von Brauchitsch, no creían en la victoria de Alemania. Habían optado por un plan poco arriesgado que, inevitablemente, conduciría a la paralización de los frentes y a una guerra estática como lo había sido la Primera Guerra Mundial. Al poco de iniciar la ofensiva reaccionarían los franceses y los ingleses mandando un contingente para frenar el avance por Bélgica y Holanda. Allí nos quedaríamos durante meses o años. Von Brauchitsch conocía bien nuestros problemas de suministro, de materiales, de petróleo, de hierro, de acero... y creía que no estábamos preparados para una guerra a gran escala, para mover grandes contingentes de tropas, ya que más temprano que tarde se nos acabarían las balas y la gasolina como ya había estado a punto de pasar en Polonia. No era un plan pensado para ganar, tampoco para perder. En un plan pensado para empatar y que Alemania continuase lentamente su rearme esperando que un milagro nos diese la victoria. Era, esencialmente, un plan cobarde. Manstein no lo dijo con estas palabras, pero así lo entendí.

—Dentro de unas horas comenzarán los ataques —me decía en ese momento el general—. Lo más

curioso es que la Wehrmacht va a combatir siguiendo mi plan y yo no voy a estar presente. Eso es lo que más me entristece.
—¿Al final conseguiste que tu plan fuese escuchado?
—No, no lo conseguí —repuso Manstein, y sonrió levemente. Se estiró en su silla y se atusó sus blancos cabellos, en un gesto inconsciente de vanidad—. El alto mando no me escuchó. Pero a través de amigos y contactos hice llegar mi plan al Führer y me reuní con él. Hitler tomó mis ideas como suyas y le ordenó seguirlas a Von Brauchitsch, que se vio forzado a eliminar su plan de batalla para poner en marcha el que yo había diseñado.... y él había rechazado porque tomaba demasiados riesgos. Y eso, por supuesto, es lo que me hizo caer en desgracia.
Ahora todo estaba claro. Manstein había pasado por encima de sus jefes y había convencido a Hitler en persona de tomar en consideración su plan. El alto mando había obedecido al Führer, ya que hacía tiempo que no tenían un poder real sobre los ejércitos y se limitaban a asentir a todo cuanto decía el guía de la nación, el gran Adolf. En Noruega, por última vez, se habían opuesto a sus designios. Pero eso no sucedería nunca más: el Führer no lo permitiría. En la campaña del oeste, por primera vez, Hitler decidió prescindir del consejo del alto mando del ejército para confiar en el criterio de Manstein. Por desgracia, acertó plenamente. Con el tiempo, esto tendría un efecto pernicioso en la guerra. Hitler llegó a la conclusión de que sus ideas, sus intuiciones, eran las mejores siempre. Había acertado en Polonia. Había acertado en Francia. La única vez que escuchó a los mandos de la marina y más tarde a los del ejército, en Noruega, estuvieron al borde de la derrota. Él, por tanto, era más inteligente que cualquiera de los mariscales que le rodeaban. Esta idea no la abandonaría durante el resto de la guerra.
—Así que para premiarte por haber convencido al Führer de escuchar tu plan y atacar por las Ardenas —apostillé, mirando fijamente a Manstein—, Von Brauchitsch te destinó lejos de la batalla, un lugar donde reflexionar sobre a quien debe uno fidelidad en la carrera militar, si a tu jefe directo o al caudillo.
—Todavía espero que en los próximos días se me llame al combate, pero, aunque así fuera, no estaré en la mesa de mando de un grupo de ejércitos con el mariscal Von Rundstedt sino liderando las cuatro divisiones del cuerpo de ejército que ahora dirijo. Nada más. No me espera la gloria precisamente.
—Pero si vencemos, todos sabrán que el plan de ataque al oeste ha sido cosa tuya y que…
Manstein negó con la cabeza.
—Si vencemos, todo el mérito se lo llevara el Führer y nadie recordará a Manstein. El Führer es quien toma las decisiones y yo sólo seré un tipo detrás del escritorio que diseñó unos mapas con unas flechas que señalaban en dirección a las Ardenas. Poca cosa más.
Fue aquella una conversación a ratos triste y melancólica, pero de la que aprendí mucho. Meses atrás, yo no había tenido ocasión de conocer al general y, aquella tarde, aprendí más de él que en toda la campaña de Polonia. Era un hombre ambicioso, un hombre brillante y un soldado de los pies a la cabeza. No le faltaba, sin embargo, cierto sentido del humor, una fina ironía que le permitía reírse de su triunfo en el diseño del caso amarillo, que había devenido finalmente su fracaso. Manstein, aunque no era muy hablador hasta que te ganabas su confianza, sabía decir la frase justa cuando convenía y pasamos un buen rato en aquel bar de provincias hasta que tuve que despedirme.
—Debo marcharme, general. Sin duda, me han traído aquí por error. Como en la campaña de Polonia fuiste tú quien me sirvió de guía en la operación Klugheit, seguramente y de forma automática, el

Führer me ha mandado a tu presencia, sin tener en cuenta que ahora ya no estás en primera línea. Tal vez se le haya olvidado que te han mandado a la retaguardia.
—No menosprecies la inteligencia del Führer —objetó Manstein—. A pesar de sus defectos, es un hombre perspicaz. Le falta formación militar a la que unir esa perspicacia natural, y estoy convencido de que si sigue gobernando en solitario los ejércitos... —hizo una pausa, como si reflexionase sobre la frase más ajustada a pronunciar— acabará por cometer un grave error de cálculo que puede costarnos muy caro. Entretanto, sigue siendo un hombre astuto y si te mandó hasta aquí, tan lejos de la batalla, seguramente fue porque esperaba que extrajeras de esta visita alguna lección.
Si ese había sido el objetivo del Führer, realmente era un genio, porque había aprendido una valiosa lección aquella mañana. Puede que hasta dos. Por un lado, había descubierto cómo íbamos a atacar a Francia. Por otro, ahora sabía que ni siquiera un gran estratega puede saltarse la línea de mando a menos que quiera que la desgracia se abata sobre él. No basta con tener razón, debes convencer de que la tienes a tu superior inmediato, porque si acudes al que está todavía más arriba en la jerarquía militar, puede ser que te escuche, pero te ganarás para siempre la antipatía de quien en verdad tiene tu vida en sus manos.
Sin duda alguna, no eran lecciones despreciables en absoluto.
—Sí, supongo que tienes razón, Erich. Hoy he aprendido unas cuantas cosas. Pero eso no soluciona mi problema.
—¿Qué problema?
—No sé a dónde debo ir ahora. Si tú no vas a ser mi guía en la batalla de Francia, no tengo claro a quién debo dirigirme. Y no quiero llamar a Heydrich para pedirle instrucciones. —Torcí el gesto con sólo pensar en la araña que dirigía la policía del Reich—. Tal vez deba llamar al mismo Führer y…
—No me extrañaría que por esa razón te encuentres también aquí, para que te aconseje de la mano de quién vas a conocer mejor la campaña de Francia. Dado que yo diseñé el plan de ataque, acaso pueda indicarte en qué lugar se encuentra la persona que mejor puede ayudarte en las próximas semanas.
Aquello tenía sentido. Asentí y me quedé esperando su consejo. Manstein cruzó los brazos detrás de la espalda. Pareció reflexionar un buen rato mientras fruncía los labios. Finalmente dijo:
—Creo que la persona de la que más aprenderás en esta campaña es de Heinz Guderian.
Yo recordé que en el pasado Manstein no tenía demasiada buena opinión de Guderian y me había comentado que no era más que uno de esos jovenzuelos obsesionados por los tanques, un técnico más que un verdadero soldado. Pero su opinión había cambiado en los últimos meses, porque habían coincidido en el grupo de ejércitos A que comandaba Von Rundstedt. Habían trabado una cierta amistad y Guderian acabó mostrándose entusiasta con su plan de ataque a Francia, hasta el punto que le había ayudado en el diseño del caso amarillo que había sido presentado al Führer.
—Aunque, claro —dijo entonces Manstein, poniéndose pálido—, las tropas de Guderian combatirán en primera línea.
—Me encantaría poder subirme a un panzer y avanzar con la vanguardia —repuse, soñando ya con correr a toda velocidad por las carreteras francesas.
—Cuando hablé con Berlín, el día que te conocí, me dejaron bien claro que el Führer está obsesionado con tu seguridad. Si sufres un sólo rasguño, algo me dice que Guderian y hasta yo mismo por haberte aconsejado que le acompañases, estaremos en un aprieto. Es prioritario no ponerte en

peligro.
Yo bajé la cabeza, algo decepcionado, desechando mi romántica visión, en la que ya estaba al frente de una columna de tanques camino de París.
—Rommel —afirmó entonces Manstein, con tono convencido.
—He oído ese nombre en alguna parte. No recuerdo dónde —aduje.
—Es un general suabo, un tipo de confianza —me explicó Manstein—. Tal vez te suene porque fue uno de los ayudantes del propio Hitler en la campaña de Polonia y le acompañó en el tren América. En la campaña de Francia estará al mando de la séptima división Panzer.
—¿Y Rommel combatirá en primera línea?
Pensé que me diría que Rommel iba a estar en la reserva, o pero, en intendencia, contando raciones de comida, y que allí el joven Otto no correría el menor peligro de que una bala aliada me hiriese. Por el contrario, Manstein adujo, ensanchando su sonrisa:
—Sí, tanto o más que el propio Guderian.
—¿Entonces?
Manstein puso una mano en mi hombro.
—Cuando uno está al mando de una tropa acaba desarrollando un sentido especial acerca de los soldados, de cualquiera de tus colegas y hasta de tus superiores. Intuyes al poco tiempo quién tiene capacidades para ser un gran estratega, quien puede ser un gran táctico, como el propio Rommel, quien puede ascender rápido porque tiene amigos, quién no ascenderá jamás aunque los tenga porque es un tipo sin suerte. Y quien está tocado por la varita de los dioses, quién tiene toda la suerte que a otros les falta.
Enarqué una ceja. Manstein apretó todavía más mi hombro.
—Hay ciertos soldados que, el primer día que los ves en combate, te das cuenta que las balas no les van a tocar. Es una cosa especial e inexplicable, un don tan único que se resiste a toda categorización. Te aconsejo que pidas que te destinen al 7ª panzer de Erwin Rommel. Si te mantienes a su lado sin separarte ni un metro, te aseguro que no te va a pasar nunca nada malo en combate.
—¿Tan seguro estás?
—Cuando lo conozcas, ya lo entenderás —repuso por fin, enigmático, el general Manstein y, luego de un breve saludo militar, se marchó dejándome solo en el andén con mis pensamientos.
—Erwin Rommel… —murmuré, para mí mismo. A pesar de que las palabras de Manstein me habían puesto sobre aviso de que iba a conocer a un personaje fuera de lo común, no podía imaginar que estaba a punto de conocer al más famoso (y acaso al más brillante) de cuantos hombres combatirían en toda la Segunda Guerra Mundial.
El hombre que un día no muy lejano sería universalmente conocido como “El Zorro del Desierto”.

CONFIDENCIAL

SUCESO: EL PLAN MANSTEIN Y LA BATALLA DE FRANCIA.

El alto mando alemán con Von Brauchitsch a la cabeza, pretendía, en efecto, repetir (con leves cambios) el mismo plan que le había costado la derrota a Alemania en la primera guerra mundial. El generalato, en todos los ejércitos, tiende a ser inmovilista y tradicional. Sólo Manstein fue capaz de ver más allá.

LUGAR Y FECHA: FRANCIA, JUNIO 1940

Sin embargo, Manstein no dejaba de ser un militar de la escuela alemana. Su plan, en realidad, era una superación del plan Schlieffen de 1914 que tanto defendían sus superiores. Partía de los mismos preceptos (el flanqueamiento del enemigo para rodearlo y forzarle a la rendición) pero innovaba en la forma de romper las líneas enemigas: con un avance en punta de lanza de los tanques y a traves de las Ardenas, un lugar que los franceses consideraban infranqueable.

CONSECUENCIAS: EL GOLPE DE HOZ

El objetivo básico del plan era flanquear por un sólo lado y atravesar las líneas enemigas hasta el canal de la Mancha, como si se tratase de una hoz gigantesca que partiese en dos a los aliados.

XXIII

Mientras se vestía, Walther Schellenberg repasaba su vida. Con el ceño fruncido, contempló el rostro dormido de Lina Heydrich, la arpía nazi, la ferviente seguidora del Führer que era al mismo tiempo la esposa y la guía moral del todopoderoso jefe de los cuerpos policiales de Alemania.

Aquel extraño y al mismo tiempo apasionado amorío con la mujer de Heydrich era el único riesgo que se permitía en su vida. Hacía muchos años que Walther Schellenberg había convertido todos sus actos en una forma de autocontrol y tal vez necesitaba una vía de escape, un acto irracional que le permitiera seguir llevando una máscara más neutra el resto del tiempo.

O tal vez fuese otra cosa. Pero, entretanto descubría la razón (o acaso la sinrazón) que gobernaba sus actos respecto a aquella mujer, lo cierto es que mantenía una relación adúltera que podía costarle la vida y que, de hecho, casi le costó aquella vez que Heydrich le envenenó en un bar de la Alexanderplatz. Sospechaba que había una amistad inapropiada entre ambos y decidió poner una ponzoña en su Martini para recordarle quién mandaba. Fue el día que conoció a Otto Weilern. Tal vez había sido una señal del destino, pero Schellenberg no era muy bueno descifrando señales.

—¿Duermes, palomita?

Lina soltó un ronquido y se dio la vuelta en la cama. Schellenberg sonrió, recordando cómo habían cambiado las cosas en los últimos años, cómo había pasado de ser casi un muerto de hambre a convertirse en jefe del contraespionaje de las SS y codearse con las altas damas del Reich, algunas de las cuales pasaban muy buenos ratos en su cama. Mujeres como Lina, aunque había muchas otras, con las que nunca podría haber soñado siquiera coincidir en una velada y que ahora se peleaban por bajarle los pantalones.

El mundo era un lugar para gente inteligente. Y Schellenberg había nacido con una astucia natural, 30 años atrás, en Saarbrücken, la capital del estado del Sarre. Fue el más joven de siete hermanos, el más rebelde y travieso... y también, por supuesto, el más despierto, el que llegaría más lejos. Todos lo comentaban ya cuando apenas levantaba un palmo del suelo.

Su padre era un fabricante de pianos que se arruinó en la crisis que sacudió a Alemania tras la derrota en la Primera Guerra Mundial. El joven Walther era la séptima boca que alimentar en una familia donde apenas había dinero para alimentar a las dos primeras. La familia marchó a Luxemburgo en busca de trabajo, pero tras unos años de penurias regresaron a esa Alemania también en penuria, que se moría de hambre tanto o más que los Schellenberg. Fueron los años del crack de 1929, de la ruina absoluta del 70 o un 80% de las familias, de la desesperación y del hambre.

Walther aprendió pronto que sólo sobrevivían los listos y decidió que él, que ya había nacido con una predisposición natural para actuar de una forma tramposa y ladina, sería el más listo de todos. Por un azar de la existencia, se graduó en el instituto en 1929, el mismo año del crack bursátil, y decidió estudiar derecho aunque sabía que nadie necesitaría en Alemania un abogado sin experiencia, sin contactos y sin dinero.

Pero él quería ser abogado y se empecinó en perseguir su sueño. Estudió en Marburg y en Bonn para finalmente hacer el examen en la corte provincial en Düsseldorf. Pero a Walther se le acababa el dinero. Su trabajo en la corte provincial y algunos ocasionales casos que le surgían en Frankfurt, no le permitían llegar a final de mes. Decidió solicitar una beca. Corría el año 1933 y al funcionario

detrás de la ventanilla debió caerle bien aquel joven de aspecto avispado y le dio un consejo que marcaría su vida:
—Si quieres conseguir una ayuda del Estado yo te aconsejaría que te afiliases al partido nacionalsocialista. De lo contrario, tu caso se archivará y no volverás a saber nada de este asunto.
Schellenberg dio las gracias al funcionario. Por entonces ya sabía que lo más importante que puede poseer un ser humano es información privilegiada. Y decidió aprovechar aquella oportunidad. Después de todo, él era un tipo listo y los nazis habían llegado al poder aquel mismo año. Seguro que necesitaban nuevos fichajes para engrosar su organización.
Por desgracia, cuando uno se afiliaba al partido nazi debía escoger si entraba en la Guardia de Asalto SA o en las SS. La elección era compleja: las bestias de las SA, que golpeaban a los socialistas y a los judíos en plena calle, o los sádicos de las SS con sus uniformes negros y sus aires de superioridad. Schellenberg tomó, lo cual sería una constante en su vida, la decisión correcta. No se vio entre los brutos y sí agazapado en segunda línea, oculto detrás de los crueles fanáticos del uniforme negro.
Lina seguía dormida. Schellenberg terminó de vestirse y se preguntó si debía despertarla y anunciarle que se iba a marchar antes de tiempo. Eran las cinco de la mañana y, cuando Heydrich estaba fuera de la ciudad, a veces se quedaba hasta el amanecer. Pero aquel día no le iba a ser posible.
—¡Lina! Palomita...
Una de las muchas habilidades de Schellenberg en su trato con las mujeres era el adoptar el rol como amante que ellas más deseaban. Heydrich era un hombre brutal y posesivo en la cama, por lo que Schellenberg había comprendido pronto que su esposa necesitaba descansar de aquella relación tan exigente y asfixiante. Había pues adoptado en su relación con Lina el rol de tipo amable, cariñoso, amante de los dulces apodos florales o de aves, como el de “palomita”, que usaba últimamente. Precisamente el tipo de amante afectado del que Heydrich se reía en los bares, a veces en compañía del propio Schellenberg, sin saber que éste utilizaba ese truco para acostarse con su mujer.
Y es que el mundo es una caja de sorpresas.
—¡Lina!
—Sí…
—Tengo que irme.
—¿Ya? ¿Qué hora es?
—Son las 5 y 10 minutos. Pero tengo trabajo pendiente. Órdenes de tu marido. —Era mentira, pero se trataba del tipo de mentira que Lina se creía fácilmente porque Heydrich mandaba cosas a sus subordinados (incluso a los que, como Schellenberg, dirigían su propio departamento) a horas intempestivas. Por eso se valía de aquella excusa bastante a menudo. Y todavía funcionaba. Apuntó mentalmente pensar en otras alternativas para la próxima vez.
—Oh, maldita sea, Walther…
Schellenberg se inclinó sobre el lecho y Lina le besó en los labios. No estaba dormida del todo, ni despierta tampoco, siguió discutiendo con él en un tono de súplica balbuceante durante un minuto antes de dejar de hablar y que comenzarán a oírse de nuevo sus suaves ronquidos. Schellenberg terminó de atarse sus zapatos y salió de la habitación con paso firme.
En el salón estaba su chaqueta, que descansaban el respaldo de una silla. Al cogerla cayó al suelo su cartera y de ella se desprendió su carnet de miembro del partido nacionalsocialista. Schellenberg lo sostuvo momento en la palma de la mano. Miembro número 3.504.508. Frunció los labios. No era

algo de lo que estuviera orgulloso. Una necesidad más de su máscara, de su escalada social desde la pobreza al éxito.

Y recordó que, no mucho tiempo atrás, en 1934, Schellenberg todavía dependía del subsidio del gobierno para llegar a fin de mes. Era uno más de la legión de jóvenes al servicio de las SS en diferentes lugares del país y de la estructura del Estado, sin un empleo más o menos fijo. Pero en esa época comenzó a dar charlas con un marcado tono anticatólico, una de las pocas cosas que filosóficamente tenía en común con los nazis. Eso le hizo ganar puntos ante la cúpula del partido.

Un jefe administrativo de las SS en Berlín se fijó en sus progresos y fue llamado como pasante a la capital. A partir de ahí su ascenso fue imparable especialmente en el seno del servicio de inteligencia o SD. En 1938 se le encargó hacer un informe acerca de los sudetes, la ciudad de Danzig y la anexión de Austria, mas desde el punto de vista del derecho internacional. Cada vez se le encargaban tareas burocráticas pero más importantes. Fue en esa época cuando Heydrich se fijó en aquel joven jurista de rostro aniñado y perfectos modales. Pensó que sería fácilmente manipulable, como todos los que trabajaban en su entorno.

—¡Vaya! ¡Se hace tarde! —reflexionó, un poco para sí mismo. Aquel iba a ser un día con muchas ocupaciones y no podía perder más tiempo.

Schellenberg echó un último vistazo su reloj y descendió las escaleras. En la calle le esperaba un coche que le llevó hasta la vivienda de otra de sus amantes. Walther descendió del vehículo y llamó al timbre. Sabía que la despertaría, pero no le importó. Ella estaba ansiosa porque la visitase y seguro que lo recibiría con los brazos abiertos. Mientras esperaba se encendió cigarrillo y recordó el momento en que se le puso al frente del servicio de contraespionaje de las SS. El entramado de la organización que dirigía Himmler era laberíntico. Técnicamente, Schellenberg pertenecía las SS pero formaba parte de la estructura de las SD. Asimismo, el servicio de contraespionaje era una sección de la Gestapo, la policía secreta. Por lo que, técnicamente, ahora pertenecía a las SS, a las SD y a la Gestapo, que en realidad eran una única cosa, redes tentaculares en torno a Himmler y manejadas en la sombra por Heydrich. Precisamente fue este último quien le llamó una mañana a su oficina y brevemente le expuso, sentado como siempre detrás de su larga mesa:

—A partir de ahora vas a ser el jefe del departamento IV de la Reichssicherheitshauptamt en la Gestapo.

Otra vez esos pomposos interminables nombres con que bautizaban a las cosas en las SS. Schellenberg ya estaba acostumbrado a ello y puso cara de comprender lo que se le estaba diciendo. Había memorizado la estructura de las diferentes ramas de las SS, aunque éstas iban retorciéndose y ampliándose con el tiempo, y finalmente recordó que el departamento IV se dedicaba a la contrainteligencia, a intentar desmantelar el espionaje enemigo tanto dentro como fuera del Reich. Era una tarea de alto nivel. Inmediatamente comprendió que por fin se le daba un cargo a la altura de sus capacidades, que nunca más volvería a pasar hambre, que nunca más volvería a tener problemas económicos y que después de todo ser un nazi no tenía por qué ser una cosa desagradable. Más bien todo lo contrario.

—¡Ah, has podido venir!

De vuelta al presente, su nueva amante se le echó en sus brazos y comenzó a besarle, arrebatándole los recuerdos. Schellenberg se inclinó, la cogió de la barbilla y la besó largamente, al menos un minuto de fingida pasión. El jefe del contraespionaje de ls SS fingía siempre. La máscara se había pegado hasta tal punto a su cara que nunca sabía cuándo hacía las cosas por sí mismo y cuándo como

parte de un plan o de un objetivo mayor.
—Sólo tengo media hora para estar contigo. Tal vez menos. Pero tenía tantas ganas de verte que he venido a toda prisa en cuanto ha surgido la oportunidad.
Y entonces Mildred Gillars volvió a besarle de nuevo, profunda e interminablemente. Desde que lo había conocido en Venlo, el día que capturaron a los espías ingleses, que no dejaba de pensar en aquel hombre. Ahora mismo, era ya una obsesión.
—Entonces aprovecharemos a fondo esos 45 minutos —le prometió.
—Treinta —le corrigió Schellenberg.
Los 30 minutos, fueron pronto 45 y se convirtieron en algo más de una hora, pero al cabo Mildred pareció lo bastante satisfecha como para no quejarse demasiado cuando le dijo que debía marcharse.
—Tenemos que hablar de Otto —le comentó ella, tumbada en la cama, completamente desnuda, mientras él comenzaba el ritual de vestirse por segunda vez delante de un amante aquella mañana—. También quiero que hablemos de conseguirme el trabajo que me has prometido.
—Precisamente voy a intentar solucionar ese asunto.
—¿Lo de Otto? ¿Lo de mi trabajo?
—Espero matar dos pájaros de un tiro. Aunque no será fácil —Schellenberg se volvió y le guiñó un ojo—. Pero vaya, dicen que soy experto en conseguir cosas que en apariencia no son nada fáciles.
—Eso dicen —reconoció Mildred—. Pero me parece que algunas estadísticas sobre tus capacidades son meras exageraciones.
Schellenberg puso cara de ofendido y ambos se besaron una vez más, entre risas.
A Walther le encantaba hacer reír a la gente. Era otra de sus virtudes. Tal vez era otra de las razones por las que resultaba tan atractivo a las mujeres.
No hablaron mucho más. Mildred lo contempló con una mueca aprobatoria mientras se ponía los pantalones y la camisa. Schellenberg estaba acostumbrado a esa mirada en las mujeres y tardó en vestirse tal vez dos o tres minutos más de lo que habría sido preciso. Le gustaba ser el centro de atención. Le gustaba que los demás apreciasen hasta dónde había llegado el hijo de un fabricante de pianos arruinado.
Muy lejos.

En esta ocasión, el Mercedes de Schellenberg avanzó lentamente hacia el oeste de Berlín hasta llegar al bosque de Grunewald. El traidor y Walther paseaban un par de veces al mes en sus cabalgaduras por aquel lugar majestuoso, perlado de coníferas y de lagos de agua cristalina. Uno de los lugares más bellos de Alemania. Por ese mismo parque habían cabalgado muchas veces Heydrich y el traidor cuando en el pasado fueron uña y carne. Con Schellenberg no tenía ni remotamente la misma confianza, pero también era un buen jinete y si bien no terminaba de entender lo que pasaba por la cabeza del jefe de contraespionaje de las SS, lo cierto es que sabía que era un tipo de fiar. Y eso, en el tercer Reich, era mucho decir.

—Llegas tarde —le amonestó el traidor.

—He estado muy ocupado.

—¿Mujeres?

—Por supuesto.

El traidor compuso una mueca de complicidad en su rostro arrugado y taciturno.

—Veo que no vas a cambiar nunca.

—¿Para qué cambiar una cosa que va bien y te hace feliz?

Continuaron su paseo a lo largo de un estrecho sendero que no les permitió por un instante continuar la conversación. Cuando el camino se ensanchó Schellenberg se puso a la altura del traidor.

—Supongo que intuyes que quiero hablarte de Otto Weilern.

—Eso me temía. Pero hay poco de lo que podamos hablar y nada que se pueda hacer a estas alturas.

—Puedes ordenarle a Morgen que abandone esta misión.

—Eso no es tan fácil, Walther. Saqué a Morgen de los Brandenburger porque tiene problemas con la autoridad. No obedecía a sus superiores, no atendía a las reglas, era un individualista cuando los comandos tienen su fuerza principal en la confianza de cada miembro hacia el resto del grupo. Era un mal comando pero, de forma individual, tal vez se tratara del mejor soldado que nunca hemos tenido. Así que tenía dos opciones, lo expulsaba o lo dejaba actuar por su cuenta. Por suerte o por desgracia, opté por esto último.

Schellenberg acarició la crin de su caballo, que soltó un resoplido de placer. Los Brandenburger eran una de las muchas unidades, departamentos y tareas que estaban al cuidado del traidor. Otto, sin saberlo, se había metido en la boca del lobo. No estaba seguro junto a Rommel, no estaba seguro en ninguna parte porque los comandos del traidor aparecían en cualquier lugar del frente con diferentes misiones y a nadie extrañaba su presencia. Por suerte, pensó Schellenberg, Otto estaba lejos del frente, rodeado de generales y sus largos puros. De momento no corría peligro.

Pero se equivocaba.

—Así que no puedes hacer nada —murmuró, con un tono de voz decepcionado.

—Puedo intentarlo. Podría, tal vez, llamar a Morgen a mi presencia y tratar de convencerle. Pero no creo que lo consiga. Una vez que se le ha metido un objetivo entre ceja y ceja, no abandona. Además, en Noruega, quedó muy desencantado por su fracaso. Creo que el asesinato de Otto Weilern se ha

convertido para él en algo personal.
—Te agradecería enn cualquier caso que lo intentases.
—Pongamos que lo hago. Aún me tienes que convencer del por qué. El Obersturmführer--SS Weilern es un peligro, una anomalía que debe ser subsanada.
—No lo es. Es sólo un muchacho.
—Vamos, sabes bien lo que Heydrich y Hitler quieren hacer con el.
—Si lo matas, cogerán al siguiente de la lista. Otto es una buena persona, no un nazi. El siguiente podría ser un nazi y el resultado ser mucho peor.
—Heydrich era un joven sensible, incluso más dulce y bueno que Otto, y los nazis lo convirtieron en un monstruo. No tengo claro que ser buena o mala persona tenga mucha importancia, llegados a este punto. Pero todavía entiendo menos tu interés en todo este asunto.
Schellenberg volvió a acariciar a su caballo. Amaba aquellos animales, como buena parte de la oficialidad alemana. Les llamaban Kriegeskomerad Pfred (el caballo, nuestro compañero de armas). Desde la Primera Guerra Mundial era una frase que se había hecho famosa en el ejército alemán y por eso muchos oficiales se fotografiaban junto a su caballo. Para muchos era como la extensión de su propio ser. Schellenberg los amaba no tanto por su valía en la batalla sino porque, al igual que el traidor, sabía que en el tercer Reich se podía confiar en poca gente. El único ser del que uno podía estar completamente seguro que no te traicionaría era tu caballo.
—Hitler tiene el pálpito que Otto Weilern va a ser decisivo en esta guerra y tal vez incluso tenga planes para él que desconocemos, una vez haya completado su evolución y se haya convertido en un hombre. Sé que es por eso, y por lo que pone sobre él en el informe Lebensborn, que quieres asesinarlo. Pero yo tengo mi propio pálpito, y creo que Hitler tiene razón, y Otto va a jugar un papel decisivo en esta terrible guerra mundial. Pero difiero con el Führer en que ese papel vaya ser beneficioso para el Reich. No me gustaría que un muchacho con su coeficiente de inteligencia y sus capacidades muera por nada.
El traidor no era tonto en absoluto. Sabía que Schellenberg se veía reflejado en el joven Weilern como el traidor se había visto reflejado en el joven Heydrich años atrás. Schellenberg no quería que Otto desapareciera de la historia, que fuese una nota a pie de página sin contenido, como seguramente le habría pasado Schellenberg de no haber tenido la suerte de entrar en las SS. El traidor recordó hasta qué punto le había decepcionado la evolución de Reinhard Heydrich a lo largo de los años y quiso ayuda a Schellenberg; sintió en su interior que tal vez debieran darle una oportunidad a Otto para que evolucionase y demostrase si iba a ser un monstruo o tal vez un hombre de valía.
—Intentaré convencer a Morgen. Pero ya te he dicho que no estoy seguro de que pueda conseguirlo. Lo llamaré a mi presencia y veré lo que se puede hacer. Pero tal vez el destino esté jugando en tu contra. Otto ha sido destinado con Rommel.
—¿No iba a quedarse con Manstein?
—Parece que Manstein ha decidido que al lado de Rommel podrá aprender más que lejos del frente, en compañía de un tipo caído en desgracia. Supongo que tiene razón, pero lo que no sabe es que Rommel va a avanzar rodeado de mis comandos de Brandemburgo. Si hubiera querido dar a Morgen facilidades para asesinarle no podría haberlo hecho mejor.
Schellenberg comenzó a lanzar imprecaciones y a lamentarse. Otto estaba en peligro de muerte, incluso aún más que en Noruega. De hecho, era un cadáver andante. En ese momento, tenía pocas opciones de seguir vivo ni siquiera un día más.

El traidor se quedó mirando a Schellenberg mientras este seguía renegando. Detuvo su caballo. La bestia no quería estar parada, su brío y su fogosidad le llamaban a cabalgar por el bosque. El traidor no quería tirar de la boca con el freno y le palmeó el lomo para calmarlo. Le habló con voz dulce y el caballo movió sus orejas escuchando la voz del amo, que le llamaba a la calma, a la espera. A los pocos segundos el animal encorvó la cabeza y comenzó a mordisquear unas hierbas. El traidor habría querido calmar de la misma forma Schellenberg, que no paraba de lanzar insultos y blasfemar. La personalidad del joven jefe de contraespionaje de las SS seguía siendo para él un misterio. No era un traidor como él mismo, no quería destruir a Adolf Hitler. Pero le constaba que era un buen hombre, que eludía todos los crímenes de guerra de las SS. Valiéndose de diferentes ardides, aunque estuvo en Polonia con Heydrich, había conseguido no tener nada que ver con los Eisantzgruppen y sus actos de barbarie. Cada vez que cualquier asesinato iba ser cometido por las SS, Schellenberg encontraba la manera de tener algo que hacer, decisivo sin duda para Alemania, a miles de kilómetros de distancia. El traidor contempló una última vez a Schellenberg antes de soltar su caballo al galope. El caballo arañaba el suelo, preparado para la carrera, cuando su jinete hizo una pregunta decisiva:
—Si no eres un traidor, Walther, ¿qué eres? De veras que no lo entiendo y por Dios que querría saberlo.
Schellenberg abandonó sus lamentos por un momento y contempló al traidor, que se había dado la vuelta y enfilaba campo abierto, listo para dejar a su caballo emprender la carrera. Comprendió que debía ganarse la confianza de aquel hombre si quería que le ayudase a salvar la vida de Otto Weilern. Y entendió también que para hacerlo tenía que decirle la verdad. Y la verdad era más sencilla de lo que parecía.
—No volveré a ser pobre. No volveré a pasar hambre. No volveré a mendigar un subsidio al Estado para tener un plato de sopa. Sé bien que el tercer Reich es un estado criminal pero, al contrario que tú, yo no voy a traicionarlo porque quiero seguir vivo y no creo que una soga le quedase bien a mi hermoso cuello. Cuando me encomiendan una misión procuró hacerla pero si se trata de algo que, acabada la guerra, me pueda costar la horca, consigo que fracase. Mi objetivo no es derribar a Hitler sino sobrevivir y pasarlo lo mejor posible, entretanto. Si el Führer gana la guerra yo seré uno de los más altos mandos de las SS y viviré como un rey el resto de mis días. Si el Führer la pierde y ganan los aliados nadie podrá probar que estuve implicado en crímenes de guerra. Pasaré unos años en prisión, soy consciente de ello. Pero luego escribiré libros y hablaré de todas las cosas terribles que vi y en las que no participé. Seré un tipo conocido en cualquier caso y no pasaré hambre, no tendré que pedir ningún subsidio a nadie y tendré todos los días un plato de sopa en la mesa. —Y añadió con una sonrisa girando su corcel para seguir al traidor en el galope que intuía iba a comenzar en breve—: Y si sigo siendo igual de guapo, después de tomarme mi plato de sopa, tendré a mano una buena mujer que llevarme a la cama. No le pido nada más a la vida.
Dos caballos avanzaban a la carrera por el bosque de Grunewald. Los animales relinchaban de alegría pero aquel sonido estridente quedaba apagado por las aún más estridentes carcajadas de los dos hombres que los montaban.

Adolf Hitler abandonó el Berghof cuando aún no había amanecido. Estaba tranquilo, o al menos, lo aparentaba. Se vistió, habló brevemente con varios de sus ayudantes y pasó por su despacho. Allí encontró la nota de Eva.
"Mucha suerte, mi amor", decía, sencillamente. Hitler la dobló y la depositó con mucho cuidado en el bolsillo derecho de su uniforme. Su cara denotaba nerviosismo por lo que estaba a punto de suceder pero a la vez se sentía satisfecho: tenía el mundo en sus manos y una mujer que le amaba. Su sueño de convertirse en un hombre legendario, en uno de los hombres más importantes de la historia de la humanidad, estaba a punto de hacerse realidad. Y un día, si todo salía tal y como lo había soñado, podría retirarse en compañía de Eva a una casita tranquila en Linz para dedicar los últimos años de su vida a descansar, a disfrutar del respeto de su pueblo, convertido de alguna forma en un Dios en vida, en alguien a quien alabar por haber conducido a Alemania a la cima del mundo.
Pero aún faltaba mucho para que llegase ese momento, tanto que sólo era un sueño y, en el presente, el Führer cogió una limusina y se dirigió a la ciudad de Berl, donde aguardaba su tren blindado personal, el América.
A su alrededor, un sinfín de voces parloteaban: militares de alta graduación, sus ayudantes personales, sus secretarios y secretarias, su guardia personal de la Leibstandarte SS. Todos le pedían consejo, todos querían hablar con él, todos querían opinar y se respiraba esa extraña tensión contenida que nace en un auditorio cuando todos saben que está a punto de llegar un momento decisivo.
La cercançia de aquel momento crucial hacia que todos a su alrededor estuviesen nerviosos pero Hitler, esta vez de verdad, se encontraba extrañamente tranquilo, como distanciado de todo lo que sucedía, de esa tensión que inundaba el ambiente. Él había nacido para aquel momento, para enfrentarse a las potencias occidentales y construir el destino de su patria.
Por la ventanilla del tren veía pasar las estaciones, Hamburgo y Hannover se fueron difuminando lentamente. Rostros anónimos se agolpaban en los andenes sin saber que aquel tren que rara vez se detenía si no era para recoger a algún importante miembro de su séquito, tenía la misión de entrar en la historia.
El Führer dio la orden sin pestañear, pronunció cada palabra secamente y de pronto todos los teléfonos se descolgaron, todo el mundo se puso en contacto con todo el mundo, los miembros del alto mando llamaron a los generales y les informaron que justo al amanecer del día siguiente comenzaría la ofensiva alemana en Francia y los países bajos.
Los habitantes de aquel pequeño microcosmos que era el tren América estaban exultantes y saludaban al Führer levantando el brazo derecho.
—¡Sig Heil! —gritaban
—¡Heil Hitler!
Pero Hitler permanecía todavía ausente, asintiendo con la cabeza, pensativo. Lo de Polonia había sido un entrenamiento, apenas una forma de poner a prueba a sus tropas. Lo de Noruega había sido

otro asalto de tanteo, algo más complicado, pero los rivales se seguían poniendo a prueba. Por fin, había llegado la hora de la verdad. Por un momento se preguntó cómo sería aquella verdad que pronto iba a ver la luz, si el resultado de aquella campaña se parecería a lo que él había elucubrado o si sería un completo desastre.

Y lo cierto es que el resultado sorprendería a todos, incluido el propio Hitler

Horas después, cuando el tren se detuvo, el Führer había recobrado su ímpetu habitual, y descendió del vagón lleno de energía, mientras llamaba a sus jefes de estado mayor para qué se le acercasen.

—Venid, venid. Poneos a mi lado, por favor.

Se hallaban en medio de ninguna parte, lejos del pueblo más cercano, Euskirchen, y de cualquier otra zona habitada. A su alrededor se hallaba la última creación de la organización Todt, esa empresa pública que se dedicaba a construir usando mano de obra esclava (judíos y prisioneros de guerra básicamente) todo tipo de obras de ingenería civil o militar.

Y uno de los principales objetivos de la Organisation Todt eran los cuarteles del Führer. Cuarteles como el que ahora contemplaban: Felsennest, un impresionante complejo de barracones de madera e instalaciones subterráneas. El complejo se intuía a lo lejos, en la cima de un altozano, rodeado de árboles.

—Señores, caballeros, en breves minutos comenzará nuestra campaña contra las plutocracias occidentales —anunció Hitler, con una brevedad inusual en él, que era amigo de los largos discursos y los monólogos.

El Führer estaba señalando hacia el horizonte, como si fuese un Dios que señala su patria entre los cielos. El mariscal Keitel, que encabezaba la comitiva, rompió en aplausos. A su lado el gran almirante Raeder hizo lo propio. Von Brauchitsch, el jefe del ejército de tierra, les imitó de mala gana, porque seguía pensando que aquel cabo austríaco diminuto era un imbécil.

—Maravilloso, mi Führer —entonó von Brauchitsch con la voz tomada, como si estuviese afectado por un repentino catarro.

Entonces apareció brincando como un niño el mismísimo Hermann Goering. Era una visión esperpéntica la de aquel hombre, de muchos más de cien kilos, saltando de felicidad como una odalisca y aterrizando al lado del Führer para estrechar afectuoso su mano.

—Un día glorioso. Un día que será recordado en los anales de la patria. Estoy seguro de ello.

Hitler no podía disimular su satisfacción. Apretó con fuerza el brazo de su sucesor, en un gesto inusual en él.

—Ahora tenemos que hacerlo realidad, querido Hermann.

Por el andén improvisado avanzaban el estado mayor de la Luftwaffe, con Udet al frente, y detrás de ellos el resto de los miembros de aquella interminable comitiva de militares, secretarias y servidumbre.

—Lo haremos realidad para usted, mi Fúhrer. Mi aviación lo hará posible —le prometió Goering, a modo de conclusión final. Como siempre, su mayor anhelo era agradar a Hitler, y le hubiera prometido la luna si éste se la hubiera pedido.

En realidad, había abandonado por un momento la opulencia de su propio tren de mando (El Asia, el mismo que se había llevado a Polonia siguiendo la estela del tren del Führer) para estar junto a su amo y señor en aquella hora decisiva. Goering amaba aquel tren con paredes de terciopelo, amaba su bañera privada y todos los lujos imaginables que escondía en los diversos vagones como tesoros de

un mítico y orondo Rey Salomón. Pero había viajado hasta allí para rendir pleitesía, para que Hitler no olvidase que su fiel sucesor nunca le iba a fallar.
Poco después, un pequeño convoy de automóviles les llevó a todos hacia el nuevo cuartel general de Felsennest y, después de un breve refrigerio, instalaron los mapas. Keitel y su Estado mayor entraron en el primero de los barracones, que les sorprendió positivamente por los grandes ventanales, las salas de conferencias y el cuidado con el que se había dispuesto hasta el más mínimo detalle. En un dormitorio anexo instaló a su jefe de operaciones y al resto de sus hombres: había hasta literas para que pudieran pasar la noche en caso de necesidad. Cuando hubo terminado los preparativos se dirigió al encuentro de Hitler.
—Todo está listo, mi Führer.
—Ahora mismo voy, mariscal. Mando un mensaje telegráfico urgente y me reúno con ustedes.
—A sus órdenes.
Hitler se alejó pensativo mientras Keitel se preguntaba cuál sería ese mensaje tan importante que urgía enviar antes de la reunión. Se alejó camino del barracón de mando mientras reflexionaba si habría que dar alguna contraorden a un grupo de ejércitos; le extrañaba que el Führer hubiese tomado una decisión semejante sin consultarle, pero, sí era así, sin duda le informaría nada más regresar.
Pero no había nada de lo que informar. Hitler se acercó a uno de sus ayudantes y le dictó un sencillo telegrama para Eva Braun. Quería que supiera que estaba bien y que pensaba en ella. Durante la Segunda Guerra Mundial, aún en los momentos más terribles y por muy lejos que estuviera de casa, todos los días sin falta, el Führer llamaba personalmente o mandaba un telegrama a su esposa, a su secretaria, a su amante, a la primera dama en la sombra del Reich. No quería que se sintiese desatendida, que volviese intentar suicidarse por sentirse sola. Además, cada año que pasaba la necesitaba más. Al principio sólo había sido un divertimento, una muchachita en la que podía confiar en medio de todas esas aduladoras que sólo veían al gran hombre, al político de éxito, y a las que nunca podría haber amado porque ellas nunca habrían sabido amarle.
Pero ahora amaba a la señorita Braun, que un día sería la señora de Hitler; acaso muy pronto, después de vencer en aquella guerra y retirarse a Linz. Porque Eva era la mujer de su vida.
—¿Lo has apuntado todo? —preguntó Hitler mirando los ojos a su ayudante.
—Sí, mi Führer. —El hombre se cuadró e hizo entrechocar sus talones.
—Pues mándalo cuanto antes. Ya es tarde y hace muchas horas que no sabe de mí. No quiero que Eva se preocupe.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Rommel llevaba su cámara Leica en la mano mientras su ayudante de campo principal, el teniente Most, le leía mis credenciales, mi orden de traslado a su unidad y la consabida y perentorio exigencia del Führer de salvaguardar mi vida a cualquier precio. Sólo levantó la vista una vez del objetivo de la cámara y mi observó tan brevemente que no estoy del todo seguro que realmente me mirase. Su gesto no revelaba el enfado de Von Rundstedt en Polonia, ni la desconfianza de la primera vez que hablé con Manstein, o el distante interés de Doenitz, como tampoco la ciega obediencia a las órdenes de Dietl. Rommel aceptó mi presencia con la misma naturalidad con que aceptaba todas las cosas, y la sumó a su zurrón, a la lista de cosas que le rodeaban y que pensaba utilizar en su beneficio para alcanzar la victoria. Rommel, pronto lo comprendería, era un posibilista, un hombre que jamás veía un obstáculo sino que, enfrentado a cualquier situación, por desesperada que fuese, la contemplaba pensando: ¿cómo sacaré beneficio de esto? Yo era un joven de las SS al que debería tener a su lado durante toda la campaña. Dado que eso era ya inevitable sólo tenía que descubrir cómo iba a sacar una ventaja de mi presencia.

—No quiero que vistas de paisano —me ordenó, mirándome por fin a los ojos—. Si viajas conmigo tendrás que ser un soldado Panzer.

Aunque contravenía las órdenes (que eran que yo devbía vestir siempre como un civil y no involucrarme en situaciones de combate), lo cierto es que me parecía una idea estupenda y así se lo hice saber. Pero Rommel ya no me estaba escuchando y, en su lugar, tomaba fotos con su cámara, de forma compulsiva, a todo y a todos los que le rodeaban.

Al cabo de un rato, convertido ya en un soldado más de la séptima división, me calé mi gorra negra y me subí con Rommel al Panzer III que hacía las veces de tanque de mando. El avance comenzó casi inmediatamente.

—Guderian y sus blindados han penetrado por Luxemburgo en dirección a Sedán — me explicó entonces Rommel—. Yo voy hacer lo propio a través de Bélgica en dirección a Dinant. Ambos cruzaremos el río Mosa en esos puntos.

Durante la siguiente media hora, Rommel estuvo muy atereado. La daba instrucciones a sus ayudantes, ladraba órdenes por la radio, gritaba hasta desgañitarse, rectificaba posiciones y, entretanto, sus tanques rodaban a toda velocidad por territorio enemigo. Terminado ese lapso, se volvió hacia mí y prosiguió donde lo había dejado, como si nada hubiese sucedido en los últimos minutos:

—Respecto a mi avance en dirección a Dinant, en el momento que he recibido del alto mando la palabra clave "Dortmund", he comenzado mis movimientos ofensivos a las 5:35 horas de la mañana exactamente. La Luftwaffe domina los cielos; ingenieros, comandos de Brandemburgo y paracaidistas están lanzándose ahora mismo sobre ciertos puntos clave del entramado defensivo enemigo, como el fuerte Ben Emael, para liberarnos de ciertos obstáculos infranqueables. Allí al fondo, ¿lo ves? —me dijo Rommel, señalando un punto en la lejanía que yo alcanzaba a ver sin prismáticos—. Allí los belgas están demoliendo los puentes y bloqueando las carreteras. Pero eso no puede ni debe detenernos. Avanzaremos sin descanso, sin preocuparnos de lo que haya nuestros flancos, y alcanzaremos una resonante victoria. ¡Heil Hitler!

Por aquel entonces Erwin Rommel era un ferviente admirador del Führer. Dos años atrás, con motivo de la anexión de los sudetes, Hitler en persona lo había elegido como el jefe de su guardia personal, el llamado Führerbegleibattalion. Lo cierto es que, pocos años antes, Rommel había publicado un libro de referencia para muchos soldados alemanes llamado “La infantería al ataque”. El libro le encantaba Hitler y lo había leído en varias ocasiones.
Por tanto, la admiración era mutua, y Hitler se había llevado a Rommel consigo en la campaña polaca. Erwin estuvo a su lado en el cuartel general del Führer, en el tren América, donde habían compartido muchas veladas. y hasta madrugadas. alrededor de mapas y organigramas, planeando ofensivas y compartiendo confidencias. No sé si se puede decir que eran amigos íntimos pero sí que eran dos personalidades muy cercanas en la época que estoy narrando, la invasión de Francia de 1940.
Una prueba de la afinidad entre ambos hombre fue el que a Rommel se le asignase una división Panzer con una tarea decisiva en la campaña cuando él era un general de infantería. No tenía la menor experiencia en el uso de divisiones acorazadas. Hizo la petición pertinente pero sus superiores la rechazaron, aunque le ofrecieron divisiones de montaña, más acordes con su experiencia. Sin embargo, Rommel se dirigió a Hitler en persona y no paró hasta convencerlo de que podía ser un gran general Panzer.
Y una vez más, como tantas otras en esta primera fase de la guerra, la intuición de Hitler (o la suerte) le hizo tomar una decisión excelente.
—Mi idea es concentrar el fuego y sembrar el caos en las fuerzas enemigas —me explicó entonces Rommel, señalando hacia un pueblo que aparecía a nuestra izquierda y del que emergían unos tanques franceses y varias unidades contracarro. Los tanques del enemigo tienen mejor blindaje y, si nos detenemos a combatir con cada unidad que se nos cruce, estamos condenados a detener nuestro avance en cuestión de horas. Por lo tanto, dispararemos sin tregua, una y otra vez, nos moveremos rápido y aprovecharemos bien nuestras virtudes. Las fuerzas enemigas son más lentas debido a que sus tanques están construidos con acero francés del Lorena, que es rico en fósforo y por lo tanto más quebradizo, por lo que se necesita más cantidad de metal para proteger el vehículo adecuadamente. Nuestros tanques son más ligeros y maniobrables porque están hechos con acero sueco, que nos llega a través de Narvik.
Las explicaciones de Rommel quedaron apagadas por los bombardeos de la Luftwaffe sobre el enemigo, por un sinfín de tanques del séptimo división de Rommel que disparaban a toda velocidad, sin medir demasiado el blanco, buscando, como él mismo me me había explicado, el caos. El general cogió la radio y siguió gritando órdenes mientras yo pensaba en que la importancia de la batalla por Noruega quedaba una vez más de manifiesto. Dietl y sus cazadores de montaña habían conseguido mucho más que una ciudad o un puerto en Narvik. Le habían dado a Hitler una oportunidad de ganar la guerra, los suministros necesarios para intentarlo. Ahora faltaba por ver si el Führer sería capaz de conseguirlo.
—Los franceses huyen en desbandada —me anunció Rommel, alargándome sus prismáticos—. Mi táctica está dando resultado; así que la voy a seguir utilizando mientras me sea posible, debido especialmente a que al menos la mitad mis tanques son Panzer 38t, tanques checos con los que nos hicimos luego de anexionarnos su país. El problema es que tienen aún menos blindaje que los tanques alemanes, y son todavía más rápidos. Mi división está formada esencialmente por máquinas velocísimas como poco poder de fuego y escaso blindaje. Estamos hechos para correr y para

sembrar el caos, no para luchar. ¡Y eso es lo que haremos!
Al cabo de un rato, comencé a comprender que Rommel, enfrentado a la orden de tenerme a su lado, había decidido convertirme en su espejo, en una especie de grabadora humana, o aún mejor, en un oyente privilegiado de sus reflexiones, una forma de poner en orden sus pensamientos antes de pasarlos a limpio. Porque todas las noches, Rommel escribía a su esposa Luci y, aparte, llevaba un diario de la campaña, que ilustraba con centenares de fotos tomadas durante el avance con su cámara Leica.
El general era un hombre obsesionado por el orden. Hijo y nieto de matemáticos, aunaba a su natural pensamiento intuitivo, un gusto por la ordenación y la clasificación del detalle más nimio, que le convertía en un talento extraordinario. Sus capacidades enormes y la enorme minuciosidad con la que realizaba cada uno de sus actos, le hacían bascular entre lo brillante y lo perfeccionista. A menudo he observado que las personas muy dotadas son también dispersas. Su capacidad es tan grande que la mayor parte del día están reflexionando sobre abstracciones y vaguedades, sin concentrase demasiado tiempo en nada ni en nadie. Pero Rommel acometía cada acción de guerra con pulcritud, para minutos después tenerlo todo anotado, pasado a limpio en su libreta, reflexionado hasta el más mínimo detalle. Y entonces estaba ya listo para dar otra orden brillante y acometer una nueva victoria. Era incansable y rara vez se equivocaba. De hecho, era un hombre con una genialidad y brillantez tan evidentes que me confesó que siempre había despertado envidias tanto en los compañeros de promoción como en los escalafones intermedios del ejército. Ser tan insultantemente superior al resto de los mortales es, creo yo, más un castigo que un don.
Al segundo día de nuestro avance, una mujer nos salió al paso en la carretera. Los belgas retrocedían en desorden, había caravanas de civiles huyendo aterrorizados, caballos sin dueño relinchando y saltando de un lado a otro, también gallinas y mulas y a ratos cadáveres y más civiles corriendo. A su lado, grupos dispersos de soldados desarmados levantando los brazos sin saber exactamente a quién o a qué se estaban rindiendo.
—¡Ingleses! ¡Qué pasa, ingleses! ¡Qué está sucediendo? —nos preguntó aquella mujer en una mezcolanza de idiomas intentando hacerse entender.
—No somos ingleses si no alemanes. Deuscht, deuscht, señora —la corrigió Rommel, como siempre subido en la escotilla del tanque, con su cámara en la mano.
La mujer tardó un instante en comprender lo que decía el general, luego abrió mucho los ojos y salió de la carretera en dirección a un grupo de casas que debían formar una pequeña aldea. E iba gritando:
—¡Son los bárbaros! ¡Han ganado los bárbaros!
Nadie les había avisado de nuestro avance, nadie entre los mandos aliados sabía lo que en verdad estaba sucediendo, e incluso muchos soldados eran derrotados antes de haber recibido la orden de entrar en combate. Aquello era realmente la guerra relámpago, la Blitzkrieg, y no lo que había sucedido en Polonia. En la campaña polaca, como bien me había explicado Manstein, habíamos compuesto un sinfín de repeticiones de la batalla de Cannas. Superábamos al enemigo por un flanco para luego rodearlo, así en cada uno de los dos enfrentamientos, aprovechando la velocidad de los tanques y de la infantería mecanizada. Y de nuevo vuelta a empezar con el siguiente grupo de ejércitos polaco.
Pero ahora no se trataba de pequeñas batallas. Ahora, varios grupos de tanques, los dos principales liderados por Rommel y Guderian, avanzaban no unos cuantos kilómetros para superar a una división

enemiga, envolverla y forzarla a la rendición. Esta vez, apoyados por la Fuerza Aérea alemana, nuestros tanques avanzaban sin descanso, día y noche, apenas sin dormir, penetrando profundamente las líneas enemigas a la velocidad del rayo. En Polonia tardamos cinco días en alcanzar victorias decisivas, tanto en el norte como en el sur. Ahora, en apenas dos jornadas de lucha, habíamos penetrado en el territorio belga de forma inimaginable y al tercero, estábamos a punto de llegar a su principal línea defensiva, el río Mosa.
Los franceses y los ingleses, con su cuerpo expedicionario o BEF (British Expeditionary Force) habían calculado que necesitarían cinco días para terminar su despliegue en el río. Pero al cuarto día, Holanda ya había caído y Bélgica estaba al borde de la derrota.
Habíamos avanzado 75 km de media por día. Todo un récord.
Llegamos al río Mosa a su paso por la ciudad de Dinant el 13 de mayo a las cuatro de la tarde. Allí, por primera vez, nos enfrentamos de verdad al ejército enemigo.
—¡Vamos! —nos gritó Rommel, saltando del Panzer III, cuando vio que nos encontrábamos una pendiente tan inclinada que el vehículo no podía continuar su avance. A toda velocidad, corrimos tras él entre los árboles hasta alcanzar un punto en el que podíamos ver la batalla. El sexto regimiento de infantería, una de las unidades que conformaban la séptima división Panzer, intentaba cruzar el río en botes de goma mientras los franceses y los belgas hacían fuego, causando grandes bajas.
—¡Incendiad las casas que hay junto al río! —ladró Rommel, y su ayudante de campo, el teniente Most, corrió al Panzer III a cursar las órdenes del general.
El objetivo de Rommel era claro. Quería que el humo crease una cortina que permitiera a nuestros hombres llegar al otro lado del río. De hecho, y gracias a este ardid, algunos hombres del séptimo regimiento llegó a alcanzar la orilla contraria del río Mosa, pero fueron derrotados.
A nuestro alrededor silbaban los disparos. Uno de los ayudantes de Rommel resultó herido y cayó a sus pies. El general hizo que se lo llevaran cuando comprobó que el disparo no era mortal. Él y yo nos quedamos solos detrás de un árbol contemplando con prismáticos el desastre. Most se nos unió poco después.
—Voy a dirigir el siguiente asalto en persona —me reveló, con los dientes apretados por la rabia—. Nunca pidas a tus hombres algo que no estés dispuesto a hacer tú personalmente.
Unas horas después atacamos más al sur, en un pueblo a las afueras de Dinant. Las tropas francesas que defendían aquel sector acababan de llegar y no estaban preparadas para el combate.
Vencimos con facilidad.
A última hora de la tarde la situación estaba ya controlada. Habíamos cruzado el río. No lo sabíamos por entonces pero, en Sedán, Guderian había hecho lo propio. Con la ruptura del frente en el Mosa se cumplía el primer requisito del plan Manstein. Ahora podíamos de verdad comenzar la jugada maestra que, si todo salía bien, nos iba a permitir derrotar a más de la mitad del ejército enemigo de un plumazo... o mejor dicho, de un golpe de hoz.
Anochecía cuando uno de los ayudantes de Rommel le entregó el recuento de bajas y le informó de que los franceses estaban contraatacando. Pero nuestras tropas aguantaban. Y es que en la séptima división dominaba una renovada sensación de euforia. En una batalla, es decisivo que tus hombres confíen en ti como líder. Rommel había decidido atacar por una zona diferente y dirigir él mismo el avance cuando las cosas se pusieron difíciles. Y la suerte (el instinto, llamésele como se quiera) le había hecho elegir una zona donde los franceses habían llegado agotados y apenas habían tomado

posiciones.
Esta era, supuse, la fortuna que Manstein me había advertido que presidía los actos de Rommel, un sexto sentido para tomar decisiones apropiadas y para salvar el pellejo, eso que los alemanes llamamos Fingerspitzzengefuhl. Pero a veces palabras como instinto, suerte, intuición o Fingerspitzzengefuhl no sirven para definir de verdad una situación o a una persona.
De acuerdo, era un hombre muy ordenado, con una precisión mental que como ya he explicado le venía de parte de una familia de matemáticos. Pero como muchos grandes generales antes que él, como Alejandro Magno o Julio César, en ocasiones tomaba una decisión cuando podría haber tomado cualquier otra y resultaba ser exactamente la única decisión que podía salvarle el pellejo. Aquella vez en el curso del río Mosa fue la primera en que fui testigo de esta capacidad "divina" de Rommel. Pero no sería la última.
Aunque Erwin Rommel no era el único que tenía suerte. Estábamos subidos los dos a una tapia contemplando desde la orilla oeste del río como iba el contrataque francés y el cruce de las últimas de nuestras unidades. Los dos nos hallábamos de pie, desafiando a que cualquier francotirador enemigo nos descubriese, asumiendo aquel riesgo para poder contemplar desde nuestra atalaya el campo circundante. Pero yo confiaba en la palabra de Manstein, y él me había dicho que si me mantenía pegado a Rommel nada me podía pasar porque la suerte de aquel militar suabo era infinita. O tal vez la mía también lo era. De cualquier forma, sucedió algo extraño que llamó la atención de Rommel:
—Qué raro —me confesó, señalando en la lejanía, donde un camión se alejaba conducido por dos soldados franceses—. Me ha parecido por un momento que uno de aquellos hombres nos apuntaba pero, cuando ya estaba punto de disparar y antes de que yo te pudiera avisar para lanzarnos cuerpo a tierra, alguien le ha entregado un papel y el hombre ha bajado el arma. Se ha retirado. Tal vez todo sea un malentendido porque aunque ahora van vestidos como soldados franceses, estoy casi seguro que son comandos de Brandemburgo.
En efecto, y mientras hablábamos, el camión entró en contacto con nuestras tropas y, luego de presentar sus credenciales, continuó camino en dirección a Alemania. Los soldados franceses vestían ahora como soldados alemanes.
—¿Qué son los comandos de Brandemburgo? —le pregunté a Rommel, intrigado.
—Son tropas de infiltración, como los paracaidistas de Kurt Student que han tomado Eben Emael, y como algunas otras. Se internan en territorio enemigo y toman algunos puntos básicos del entremado defensivo aliado disfrazados de tropas francesas, belgas u holandesas. Sin ellos no podríamos haber tomado algunos fuertes, rescatado algunos puentes antes de ser volados... y nuestro avance por fuerza habría sido mucho más lento.
—Morgen —murmuré, en voz baja, creyendo que lo hacía para mis adentros.
—¿Qué has dicho? —inquirió Rommel, volviéndose hacia mí, tal vez adivinando la mueca de desprecio que se estaba dibujando en mi rostro.
—No sucede nada, general. Tan sólo estaba recordando a un hombre que conocí en Noruega y al que creo que muy pronto tendré que volver a ver.
—¿Un amigo? —se interesó Rommel, volviendo a tomar los prismáticos y contemplando la batalla.
No respondí. Me quedé pensativo preguntándome si no debería coger un coche y perseguir al vehículo donde iban los comandos de Brandemburgo. Pero, ¿y luego? ¿Podría matar a Morgen si le daba alcance? No, por supuesto. Él era un comando especialista en todo tipo de armas y en la lucha

cuerpo a cuerpo. Yo, un joven sin experiencia de combate.
—Entonces, un enemigo —sentenció Rommel, con voz profunda, entendiendo mi silencio. Y entonces se le escapó ese acento suabo que sólo utilizaba cuando se encontraba a soldados de la misma región de Alemania donde él había nacido—. Muchos creen que es maravilloso reencontrarse con un amigo largo tiempo añorado. Pero nada causa más placer que reencontrarse con un enemigo.
—Será un reencuentro breve —murmuré, sabiendo que, o bien encontraba la manera de matar a Morgen o él me mataría a mí.
—Esos reencuentros, teniente Weilern, son los mejores.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: COMANDOS ALEMANES Y EL CASO AMARILLO.

Durante la primera fase de la batalla por Francia y los Países Bajos se desarrollaron diferentes ataques alemanes detrás de las líneas enemigas. Aunque son muchos más conocidos los comandos americanos e ingleses, Hitler tenía sus propios “comandos”, que utilizó desde el principio de la guerra.

LUGAR Y FECHA: 10 AL 11 DE MAYO DE 1940. BÉLGICA

Tal vez la más conocida de las acciones de comandos en esta fase de la guerra fue la conquista del fuerte Eben Emael, que proveía de apoyo artillero a las defensas de los puentes que debían tomar los alemanes para entrar en Bélgica. El general Kurt Student, al frente de setenta Fallschirmjäger en planeadores, consiguió una resonante victoria que abrió las puertas a la conquista del país.

CONSECUENCIAS: LOS COMANDOS DE BRANDEMBURGO

Pero los soldados de Student eran en esencia tropa regular (paracaidistas). Los Brandenburger, por el contrario, eran expertos en acciones de guerrilla, se disfrazaban con uniformes aliados y se infiltraban con argucias tras las líneas enemigas. Fueron los verdaderos comandos de Hitler.

XXIV

Morgen entró en el despacho del traidor a grandes zancadas, con el rostro contraído por la ira. Su superior lo contempló por un instante, los músculos en tensión, temblando de pies a cabeza. Morgen no era una persona a la que conviniera enfadar. Él lo había hecho y esperaba que fuera por una buena razón.

—¿Por qué me has ordenado que abandonase mi posición junto al río Mosa? ¿Qué es eso que era tan urgente? Estaba a punto de intentar un nuevo ataque contra el objetivo.

El traidor se encogió levemente de hombros. Morgen tenía que entender que él era el jefe. No al contrario.

—Precisamente quería hablarte del objetivo. Por eso era tan urgente. Tengo dudas sobre si es conveniente acabar o no con la vida de Otto Weilern.

—¡No hay ninguna duda! —espetó Morgen, chirriando los dientes.

El traidor pensó en la conversación que había tenido con Schellenberg. Aquel hombre, que no era ningún idiota, estaba convencido de la valía futura del teniente Weilern, que asesinarle era un error. Al menos, antes de comprobar cómo evolucionaba la manipulación de Hitler y Heydrich en el marco del proyecto Lebensborn.

—He recibido nueva información que cuestiona la oportunidad de…

—Esa información es errónea —le interrumpió Morgen—. Weilern debe morir.

El Brandenburger había hablado con tanta vehemencia que el traidor enarcó una ceja, repentinamente curioso ante la insolencia y la determinación de su subordinado. Morgen había tenido una infancia terrible y le costaba obedecer órdenes. Su padre le había golpeado desde la más tierna infancia, desde que murió su madre cuando él tenía apenas cuatro meses. Las palizas de su padre lo habían endurecido hasta volverlo un asesino, una bestia asocial, uno de esos seres sin remisión que los nazis metían en campos de concentración. Pero el traidor, cuando los comandos de Brandemburgo lo expulsaron por indisciplina, supo rescatarlo de las calles, de la violencia a la que sin duda habría estado abocado hasta acabar muerto en una esquina a manos de otro desecho humano como él. Y lo había convertido en el más brillante de todos sus hombres. Su opinión le parecía relevante, tal vez incluso más que la de Schellenberg.

—Te escucho, Morgen.

El asesino respiró hondo. No era un hombre de palabras. Tenía 25 años y a lo largo de su vida le habían roto todos los huesos del cuerpo en muchas ocasiones. No había necesitado de las palabras para sobrevivir y no las consideraba importantes. Pero sabía que su jefe era un hombre de palabras, uno de esos hombres cultos que no tienen bastante con la emoción, que necesitan llenar de explicaciones lo que no puede ser explicado. Morgen pensó en señalarse la barriga y decir que sentía ahí, en lo profundo de sus entrañas, que había que matar a Otto Weilern. Pero sabía que con eso no convencería a su jefe. Suspiró.

—Yo, yo... he perseguido... yo he cazado.... yo... pero nunca... El teniente Weilern no....

Morgen calló, incapaz de proseguir.

—Exprésate a tu manera. No hay prisa.

Pasó más de un minuto antes de que el Brandenburger volviera a tomar la palabra.

—He perseguido a muchos. He matado a muchos. Unos son más listos y otros menos, pero ese

muchacho… —Morgen se relamía los labios, buscando las palabras, esas damas esquivas que no querían ayudarle—. Ese Weilern debería haber muerto en Noruega. Le disparé. No era un tiro difícil. No sé cómo pasó. Murió el capitán del submarino y el joven se libró. Yo nunca había fallado pero esa vez…

—Todos fallamos alguna vez —opinó el traidor.

—No, no, no es eso. No es orgullo. Es otra cosa. Weilern debió morir también la segunda vez que le ataqué. Aquellos dos hombres que le custodiaban eran buenos cazadores de montaña, pero no podrían haberme parado. No eran tan buenos. Muchas otras veces lo tuve a tiro con la mira telescópica. Siempre se libraba, siempre aparecía alguien que le salvaba, que se cruzaba en la línea del disparo, o una bomba inglesa, o una sirena, o un camión que llegaba, o un trineo. Siempre tiene suerte. Demasiada suerte. Es como si una mano le ayudase, le guiase. Eso no es justo, no es bueno.

Morgen, que contemplaba el suelo mientras hablaba buscando esas malditas palabras que no le daban toda la elocuencia que necesitaba, levantó la vista hacia su jefe. Dijo algo inesperado, incluso inesperado a sus propios oídos y consiguió por fin la elocuencia que buscaba:

—Tengo miedo.

—¿Miedo? ¿Tú? —El almirante no se hubiese sentido más sorprendido si Heydrich en persona hubiese entrado en ese momento por la puerta para invitarle a una copa e irse juntos a tocar el violín, como tantas veces años atrás, cuando eran los mejores amigos.

Morgen suspiró hondo y descubrió por fin que debía decir. Tenía que hablar desde el corazón, desde las tripas, como había pensado desde el principio.

—Mi padre me pegaba. Mucho. Desde que apenas levantaba un palmo del suelo se entrenaba conmigo. Yo era su saco de boxeo. Siempre quiso ser boxeador pero... pero... él sólo era un borracho. —Los ojos del traidor se agrandaron mientras escuchaba aquella historia, de la que Morgen no había hablado a nadie jamás en su vida, y que el traidor sólo conocía superficialmente por los informes de la policía y del reformatorio—. Mi padre, cuando me rompía varios huesos del cuerpo y yo no podía defenderme, dejaba de pegarme y se iba a beber. Esperaba hasta que yo estaba recuperado. Entonces volvía a luchar conmigo. Yo tenía cinco años. La segunda vez seis. Las siguiente siete, ocho o 10. Siempre perdía. Sabía que iba a perder. Pero luchaba. Y cada vez acababa con los huesos rotos. Mi padre me decía: “esto es por haber nacido tan grande y gordo que destrozaste a tu madre”. Yo de niño nací con mucho peso. Mi madre murió al poco de yo nacer y mi padre me echaba la culpa.

El traidor asistía a aquella confesión con los ojos abiertos. Morgen era un ario rubio y de ojos azules de prácticamente 2 metros. Le era difícil imaginárselo recibiendo palizas de nadie.

—La última vez que me venció yo tenía 11 años —añadió Morgen entonces—. Él ya estaba muy enfermo por la cirrosis y a mí a menudo se me llevaban los servicios sociales. Pero aquella vez me dejaron en casa. Fue la última. Para ganarme tuvo que usar una botella y rajarme la cara. Casi me deja ciego. —Morgen mostró la cicatriz debajo de su ojo derecho—. Yo le dije que la siguiente vez le vencería. Él me dijo: “No habrá siguiente vez”. Sabía que se moría y yo comprendí en ese momento que nunca le podría vencer, nunca tendría la ocasión de derrotar a mi torturador. Todos los días sueño con aplastarle la cabeza y me levanto con esta sensación en la barriga —Morgen se señaló por fin el vientre—, la sensación de que las cosas no están bien, de que yo tendría que haber matado a mi padre y no la cirrosis.

El Brandenburger terminó su alegato diciendo:

—Siento en la barriga que no lo conseguiré esta vez, que de alguna manera yo moriré y ese Otto Weilern me vencerá. Pero tengo que luchar, tengo que seguir luchando como cuando peleaba contra mi padre. Porque es mi última batalla y porque ese hombre es importante. No está bien que los dioses sean demasiado buenos con nadie. Otto Weilern tiene demasiada suerte. Debe morir.
De haber podido estudiar, de no haberse pasado la vida en hogares del estado y más tarde en reformatorios, Morgen podría haber sido un tipo elocuente. Porque en aquel momento, tal vez la primera vez en su vida que necesitó de las palabras, ellas vinieron a su encuentro y convencieron a su superior. Porque más allá de las palabras exactas, de lo que realmente había dicho, el traidor había sabido leer entre líneas. Otto era un elegido de los dioses y, siendo precisos, un elegido de los dioses nazis. Precisamente por eso debía morir, porque importaba poco que al final pudiera seguir en el buen camino y ser un hombre de provecho. Las posibilidades de que se torciese para acabar siendo aún peor y más brillante y más poderoso que Hitler o Heydrich, eran demasiado altas. Aquella era una apuesta que no podían permitirse.
El traidor contempló una última vez a Morgen, con los puños todavía crispados, intentando explicarse más allá de sus limitaciones intelectuales, intentando buscar una última frase que le convenciese. No sabía que ya lo había hecho.
Sintió lástima por él y al mismo tiempo reluctancia ante aquella emoción, porque si alguien no merecía lástima en este mundo era Morgen, que había luchado y vencido en más batallas que ningún hombre que hubiera conocido. Admiraba a aquel tipo violento, hijo de las calles de Berlín, y precisamente porque lo admiraba, compuso un semblante indiferente, cogió un papel de su escritorio como si aquella conversación hubiese dejado de tener importancia y le ordenó, con voz fría:
—Su informe verbal del estado de la misión será tenido en cuenta, sargento. De momento puede seguir con sus obligaciones y completar la tarea asignada. Le informaré de cualquier modificación posterior que pueda producirse.
Morgen se sintió exultante, feliz como un preso en su primer día de libertad. Su jefe ya no le estaba mirando y consultaba con gesto falso de profunda concentración una hoja de papel en su escritorio. El comando de Brandemburgo se cuadró e hizo entrechocar sus talones.
—Ha sido un placer trabajar para usted, almirante —gritó Morgen y salió del despacho con la misma zancada larga con la que había entrado.
El traidor dejó de lado la hoja de papel que parecía estar consultando, y que no era más que una lista de gastos contables en gorras y trajes de camuflaje holandeses para la campaña de Francia. Una lista de habe y debe sin ninguna importancia. Seguía pensando Morgen, en un hombre que había pasado una infancia desgraciada al lado de un padre maltratador, exactamente igual que Adolf Hitler. Era curioso que dos niños maltratados se hubiesen convertido de mayores en dos seres tan diferentes. Porque el traidor pensaba que Hitler era el paradigma del mal absoluto y que Morgen era un alma descarriada que, terminada la guerra, bien podría servir como empleado en cualquier fábrica y llevar una vida sosegada con una buena esposa y sus hijos. O tal vez no, tal vez Morgen, al igual que Hitler, había recibido tantos golpes que ya sólo servía para la guerra, para matar como hacía el sargento, o para provocar que otros millones de personas se matasen, como hacía el canciller del Reich.
—Pobre Morgen —susurró el traidor en voz alta, entregándose por fin a ese sentimiento de lástima que sabía bien que no merecía.
Y entonces comprendió algo que le había pasado desapercibido. Cuando Morgen había dicho “Ha sido un placer trabajar para usted, almirante”, se estaba despidiendo. Realmente, aquel hombre

estaba convencido de que no sobreviviría, de que aquella batalla la iba a perder como todas aquellas que perdió con su padre siendo un niño. Deseó sinceramente que aquello no ocurriese. De pronto, ya no le importó tanto la muerte de Otto Weilern. Deseo que un día, cualquier día, regresara Morgen a aquel despacho para que pudiera ordenarle una nueva misión.

Pero eso sucedería, sin ninguna duda. Morgen era invencible, el mejor comando de todos. Nadie podría acabar con él.

El plan Manstein estaba ya dando sus frutos y en el cuartel general de Felsennest se vivía en un estado de excitación constante. Durante días el Führer había permanecido allí, rodeado de sus colaboradores, mientras las buenas noticias no paraban de llegar. Sólo había salido en una ocasión para hacer una corta visita a las instalaciones del Ejército de tierra de Von Brauchitsch cerca de Rheinbach. Desde su regreso no había abandonado el barracón de mando salvo para dormir. La atmósfera en aquel gigantesco cobertizo de madera era de puro optimismo, salpicada de generales, de mapas y figuras a escala que representaban la batalla de Francia y los países bajos, en la que que hombres de verdad liberaban y morían a pocos kilómetros.
Al principio de la ofensiva, el Führer estaba preocupado por el grupo de tanques de Guderian, que debía penetrar en el frente por Abbeville, pero los triunfos habían sido fulgurantes. Más tarde, había planificado estrategias para el sexto Ejército de Busch; finalmente se había interesado por el cuarto Ejército de Von Kluge y hacía pocas horas había recibido la noticia que también por esa línea del frente se estaban consiguiendo grandes victorias.
El ambiente que se respiraba era increíble. Los altos mandos del ejército se estrechaban la mano y se cuchicheaban chistes al oído, entre incrédulos y maravillados. Todo iba incluso mejor de lo que nadie, ni los más optimistas, habían anticipado.
Todos menos Goering. El gordo mariscal del aire había abandonado su tren de mando, el Asia, desde el que dirigía a su gloriosa Luftwaffe. Como siempre, se hallaba un tanto entristecido de dejar atrás todos los lujos que había cargado en él: los últimos coches que habían salido al mercado (Buicks y Mercurys especialmente); barbería propia con un amplio muestrario de polvos faciales y coquetos espejos de mano; una sala para exponer las fotografías que iban tomando según avanzaban; su propia piscina de burbujas...
Pero había cogido a toda prisa un avión hasta Felsennest. Estaba preocupado porque la Luftwaffe no era la protagonista de aquella campaña. ¿Quién demonios era Guderian? ¿Quién rayos era Rommel? No eran nadie. No eran nada. Mientras él, por el contrario, era un gigante, el sucesor de Adolf Hitler, su mano derecha. Era él quien debería estar en boca de todos. Todos deberían chillar las alabanzas de los aviones de guerra que surcaban los aires de Francia. Rojo de ira, se alejó de la mesa donde Hitler estaba moviendo las figuras a escala de los tanques de aquellos idiotas y se alejó hacia uno de los grandes ventanales. Pensó en su dulce Carin, aquella esposa muerta que siempre le acompañaba, como un espectro que le pusiera la mano en el hombre para darle ánimos. Ella confió en su Hermann, vio el gran hombre en el que iba a covertirse mucho antes de que éste viera la luz. No podía defraudarla. Debía ser el gran vencedor de Francia para poder regresar al santuario bajo tierra donde reposaba y poder rezar delante de su sarcófago.
Así pues, no le fallaría a la dulce Carin Axelina Hulda. Se había inyectado un dosis generosa de morfina para estar a la altura de aquella entrevista con el Führer.
Goering miró al exterior, en dirección a aquellos árboles frondosos que se extendían hasta donde llegaba la vista, y recordó las palabras que lanzó a sus pilotos con motivo del comienzo de aquella

guerra:
¡Soldados de la Luftwaffe! ¡Camaradas! —Decía la nota que había hecho llegar a todos los cuerpos de ejército— El Führer ha hecho sonar la alarma. Vuestra hora de grandeza ha llegado. La Luftwaffe debe demostrar ahora que esta preparada, en este momento decisivo, para llevar a cabo las enormes tareas que se le van a encomendar. La confianza que el Führer y el pueblo alemán han depositado en vosotros no conoce límites. Como vuestro Comandante en jefe me siento orgulloso y feliz al mismo tiempo, por que se, con la mas absoluta certeza, que todos y cada uno de vosotros seréis merecedores de esa confianza en todos los aspectos.
«¡Aviadores! Destruiréis al enemigo con ataques a la velocidad del rayo, dondequiera que presente batalla, o se bata en total retirada. Con vuestra abnegada devoción al deber superareis y aplastareis toda resistencia.
«¡Camaradas!... Miro a cada uno de vosotros directamente a los ojos y os ordeno que deis todo por el Volk y por la patria. A vuestro frente, nuestro amado Fürher; detras de vosotros, la nacion alemana entera unida en el nacionalsocialismo. Para nosotros solo cabe una solución : ¡La Victoria!
A Goering, que en el fondo era un histrión, se le saltaron las lágrimas imaginando el gesto de cada uno de sus magníficos aviadores cuando recibieron aquella nota firmada de su puño y letra. Sin duda habrían llorado como él mismo al redactarla y, henchidos de rabia, acometieron a las cobardes fuerzas aéreas polacas hasta aniquilarlas. Siempre que pensaba en sus hombres se imaginaba a un Messerschmitt ME 109, un caza que era la niña de sus ojos dentro de la Luftwaffe, su preferido, así como el de su jefe Técnico, Ernst Udet. En la cabeza de ambos, una legión de ME 109 estaban ahora arrasando los cielos de Francia y abriendo paso para los bombarderos y los Stukas, que sumían a las tropas aliadas en el terror y daban oportunidad a las tropas de tierra para lograr sus objetivos. Si las divisiones Panzer de Guderian y Rommel estaban consiguiendo grandes victorias era gracias a la Luftwaffe.
¿Cómo era posible que nadie más que él lo viera?
Goering volvió la vista y contempló el rostro arrebatado del Führer que, en ese momento, departía sobre los objetivos de la jornada en cada frente. Hitler tenía memoria fotográfica y era capaz de recordar el más mínimo detalle, desde fragmentos o capítulos enteros de libros o estadísticas sobre la cantidad de gasolina, armas o tanques enviados a determinado lugar donde se estuvieran produciendo hostilidades. A menudo era capaz de dejar boquiabiertos a generales porque conocía con mayor detalle que ellos mismos los entresijos de la unidad que comandaban.
El Führer había nacido para habitar en una estancia como aquella, llena de mapas y de posibilidades. Su mente se afilaba hasta cortar como un cuchillo y podía hablar durante horas enteras, interrumpirse para hacer preguntas y tomar nuevas decisiones. Una y otra vez hacia demostraciones de su extraordinaria memoria y siempre estaba dispuesto para recibir un comandante o cualquier otro miembro de su ejército. A todos les demostraba sus capacidades y conversaba sobre ellos sobre aspectos minúsculos que un comandante en jefe no debiera conocer ni preocuparse. Pero Hitler sí lo hacía y a menudo se mostraba quisquilloso o daba órdenes equivocadas al mismo tiempo que órdenes brillantes. Quería estar en todas partes y saberlo todo. Y ni siquiera él era Dios, aunque a menudo pareciera que en el fondo pretendía serlo.
El gordo mariscal del aire, hastiado de aquella situación, empujado a partes iguales por la morfina y por el recuerdo de su esposa muerta (y aquel ataúd forrado de rosas en el que reposaba), avanzó bamboleándose hacía Hitler y le dijo al oído:

—Estamos avanzando demasiado rápido. Si los Panzer se quedan aislados o sin gasolina, al final acabarán rindiéndose y perderemos todo cuanto hemos conseguido. ¿Acaso no esoty en lo cierto, mi Führer?
Hitler le miró de forma extraña, como el que mira un pobre imbécil, y negó con la cabeza. Ni siquiera le respondió y volvió a enfrascarse en los planes de batalla del día siguiente, pero Hermann le conocía bien y sabía que había sembrado la semilla de la duda en su cabeza.
Porque a pesar de toda la grandeza que pretendía destilar, a pesar de todos sus logros, Hitler siempre sería un niño maltratado, una persona que dudaba de sí mismo y exigía atención constante.
Su padre, Alois, le había dado brutales palizas desde la más tierna infancia. También maltrataba al perro de la familia e incluso lo reventó a patadas en uno de sus arrebatos. De los genes y de los traumas de la infancia había surgido el Führer megalómano que había provocado una guerra mundial. De los genes, porque aquellos demonios que habitaban en su cabeza eran un estigma familiar, que a su padre le empujaban a la violencia y a su prima Geli Raubal empujaron al suicidio. Y de la infancia, porque Hitler amaba a los perros más que a los hombres por aquella mascota a la que vio morir a golpes, porque quería ascender más y más alto, hasta la gloria, para poder impresionar a esa padre maltratador que le contemplaba desde la tumba.
Y en suma, el Führer siempre necesitaba autoafirmarse, demostrar al mundo que no era ya un niño que se escondía de la ira de su padre. Pero eso era precisamente lo que seguía siendo: un niño. Tomaba decisiones osadas y luego le entraban las dudas. Entonces (y también como un niño) comenzaba a echar la culpa a todos los que le rodeaban por no haberle aconsejado bien, por no haberle dado todos los datos.
Goering sabía bien hasta qué punto Hitler era manipulable. No reaccionaba bien a las influencias directas, incluso a esos consejos que a menudo pedía, pero si te acercabas a él de forma sibilina y le dejabas una duda en su cabeza, esta no tardaba en fermentar hasta pudrirse.
De esta forma, dos horas después, el Führer comenzó a hacer retroceder en los mapas las figuras que representaban las unidades de Guderian y de Rommel.
—¿Y si se quedan aisladas o son atacadas desde diversos puntos y las obligan a rendirse? —inquirió, mirando fijamente a von Brauchitsch. Ni siquiera recordaba que estaba repitiendo casi de forma literal las palabras que le había susurrado Goering un rato antes.
—Usted fue el que eligió el plan de Manstein, mi Fúhrer. Sabía que entrañaba ese tipo de riesgos.
Hitler comenzó a chillar que conocía perfectamente los riesgos, que los había sopesado, pero que ni siquiera él había pensado por un momento que se penetrase tanto ni tan rápido dentro de las líneas francesas .
—¿Estamos en peligro de ser derrotados? —gritó entonces, mirando en todas direcciones.
Todo el mundo bajo los ojos y consultó informes imaginarios en lugar de dar una respuesta. Sólo Keitel se acercó a Hitler para tranquilizarle. Mientras hablaban, el comandante en jefe de los ejércitos de tierra se acercó a Goering.
—Parece que tiene miedo de ganar —le reveló Von Brauchitsch, que parecía incrédulo mientras hablaba con el mariscal del aire—. ¿Cómo es posible que en una jornada tan gloriosa sólo esté pensando en problemas que ni siquiera sabemos si van a surgir?
Y Goering sonrió, mientras imaginaba un Messerschmitt ME 109 aterrizando victoriososo en los campos Elíseos de París. Se vio a sí mismo descendiendo de ese avión y siendo aclamado los franceses como un libertador.

—No sé de dónde puede haber sacado ese idea, querido amigo —le mintió a Von Brauchitsch —. Ya sabe que cuando al Führer se le mete algo la cabeza no hay manera de sacárselo. Él es así.

—No hay quien le entienda.

Von Brauchitsch se marchó de la reunión a grandes zancadas. Y entonces, un Goering súbitamente eufórico hizo una seña a Udet, que esperaba cabizbajo una señal de su superior. Era el momento de llamar la atención sobre lo que realmente importaba: la fuerza áerea del Reich.

—Mi Führer —anunció Udet, acercándose a la mesa de operaciones—, vengo a explicarle los últimos y brillantes progresos de la Luftwaffe.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

El plan de Manstein para la invasión de Francia y los Países Bajos se centraba en una maniobra esencial: una vez que las tropas acorazadas, mandadas en punta de lanza, hubiesen atravesado el río Mosa, habían de continuar en dirección al canal de la mancha al objeto de cerrar una bolsa gigantesca con todas las tropas aliadas en el sector norte del mapa de operaciones. Desde Alemania hasta el Atlántico, un cerco tan enorme, un golpe de hoz tan osado que nadie en el bando enemigo podría haberlo imaginado ni en la peor de sus pesadillas.

Así como el plan Schlieffen, que habían realizado los alemanes en la Primera Guerra Mundial y querían repetir en la segunda, pretendía envolver por la derecha a los ejércitos aliados, Manstein pretendía todo lo contrario, entrar por el centro a través de las Ardenas y hacer una bolsa aún más grande desde el sur hacia el norte

Además, gracias a la Blitzkrieg, el envolvimiento no tardaría en cerrarse semanas sino tan sólo unos días.

La sorpresa para los aliados fue mayúscula. No sólo por la velocidad del ataque alemán, que había pasado de rápido como en Polonia a relámpago, sino por una larga serie de razones que sumieron aquella campaña en el desastre.

La primera y más importante de todas fue que Maurice Gamelin, el comandante supremo de las tropas francesas, era un completo inútil, tal vez uno de los peores militares de toda la historia. Días antes de comenzar la ofensiva volvió a dar permisos a sus tropas y, cuando comenzó el ataque alemán, buena parte de los mandos estaban de fiesta en diferentes ciudades. Además, estaba completamente convencido de que los bosques de las Ardenas eran infranqueables y que la Wehrmacht jamás atacaría por allí. Estaba convencido, por último, de que Alemania que repetiría el plan de 1914, sobre todo porque lo deseaba: la región francesa de Flandes había sufrido terriblemente a causa de la guerra de trincheras en la guerra de 1914, y no quería repetir en suelo francés tanta muerte y destrucción. Por ello, se había autoconvencido de que la ataque alemán sólo podía ser por el norte, por Bélgica y Holanda; que los franceses, ayudados por el cuerpo expedicionario inglés, frenarían a los ejércitos de Hitler en aquella zona y que el territorio galo permanecería inviolado durante toda la campaña mientras se repetía la guerra de trincheras, pero esta vez en los Países Bajos.

El peor error que puede cometer un general es pensar que las cosas van a suceder como uno desea que sucedan y no preparar alternativas. Y eso es lo que hizo Gamelin. Se imaginó cómo quería que fuese la campaña y decidió que así debía de ser y que no podía suceder ninguna otra cosa. Tan obsesionado estaba en ello que, según pasaban los días y era evidente que los alemanes avanzaban por las Ardenas, que los ejércitos habían sido sobrepasados, que los franceses carecían de espíritu de lucha y se estaban rindiendo en masa... Gamelin seguía aferrado a su plan original, esperando que se obrase un milagro. Por supuesto, el milagro no se produjo, sobre todo porque la incompetencia de este hombre llegó a tal punto que no tenía unidades de reserva: varios grupos de ejército o, al menos, un gran número de divisiones preparados por si la idea original fallaba, y así poder mandar tropas a taponar la brecha. No existía reserva, no existía plan B. Si el plan A fallaba y los alemanes

superaban las defensas y la línea Maginot, todo habría terminado antes de empezar.
Precisamente lo que pasó.
Gamelin fue destuituido y le sucedió en el mando Weygand, otro héroe de la Primera Guerra Mundial. Los franceses tenían varios héroes de 1914, viejos dinosaurios que no sabían qué demonios era la guerra moderna y despreciaban a los jóvenes estrategas como De Gaulle. Todo esos dinaosaurios soñaban con batallas pasadas y eran incapaces de vislumbrar el alcance de las presentes.
Por lo tanto, cambiar a un dinosaurio por otro (a Gamelin por Weygand) no serviría para nada porque Alemania, aunque ellos no lo supieran, ya había ganado aquella campaña.
Una vez cruzado el río Mosa, proseguimos pues, siguiendo las directrices del plan Manstein, en dirección al canal de la mancha, al igual que Guderian y el resto de divisiones Panzer que trataban de embolsar al ejército enemigo y cortarlo en dos con el golpe de hoz de Manstein. Poco después nos enfrentamos al sur de Florennes con una formación francesa de tanques Char B1, los famosos Chars de Bataille franceses, un tanque que podría haber sido estupendo. Tenía un blindaje frontal excelente, casi impenetrable para nosotros, habían instalado un moderno sistema expulsor de humos en caso de ser impactado (sin parangón en ese momento de la guerra) y tenía una movilidad más que notable en terreno montañoso como aquel en el que nos movíamos. Pero los franceses nos atacaban en grupos muy pequeños a los que abrumábamos con nuestra potencia de fuego. Y cuando era un grupo mayor, nos limitábamos a superarlos (eran entre 10 y 15 kms/hora más lentos que nuestros tanques) y los atacábamos por el flanco. Un blindaje lateral penoso respecto al frontal, una torreta de un sólo pasajero y el hecho de que su cañón era fijo y debía girar todo el tanque para disparar, lo convertían en un objetivo fácil. Sin embargo, lucharon con determinación y nos costó destruirlos mucho más de lo previsible. Los tanquistas franceses eran buenos soldados.
Al cabo de un rato, Rommel contemplaba los restos humeantes de un Char B1 y alzaba una mano para dar la orden de continuar el avance. Luego descendió al interior del tanque de mando y terminó de hacerme comprender los fundamentos de aquella campaña:
—Esto es la Blitzkrieg, Otto. No una sucesión de batallas de envolvimiento sino un gigantesco envolvimiento con los tanques en punta de lanza corriendo para cerrar la pinza: una guerra relámpago.
Yo sabía que Rommel se estaba refiriendo con batallas de envolvimiento o kesselschlacten a lo que de forma más coloquial Manstein había llamado en Polonia “sucesión de batallas de Cannas”. El golpe de hoz de Manstein, que había hecho nacer la Blitzkrieg, era demasiado osado para los cerebros dogmáticos de Von Brauchitsch y el resto de peces gordos del generalato.
Pero el golpe de hoz de Manstein sólo pudo llevarse a cabo gracias al uso anticuado de los tanques por parte de los franceses. Como ya he explicado, los aliados tenían unos blindados más pesados y lentos, pero con mejor blindaje que los nuestros, que podían ser fácilmente atravesados por el fuego de carro y contracarro francés.
Pero la mayor parte de los tanques aliados, como los Char de Bataille que acabábamos de enfrentar, estaban destinados en apoyo a la infantería mientras que nuestros tanques se agrupaban en divisiones Panzer, formadas por blindados, coches blindados, motociclistas y transportes. Unidades rápidas que podía moverse a una velocidad endiablada y a la que los franceses, los ingleses, y mucho menos holandeses y belgas, nada podían ofrecer para contrarrestarla.
Nadie podía detenernos.

En esencia, el ejército alemán era el único que combatía una guerra moderna. El resto de países seguían combatiendo con los preceptos de la primera guerra mundial. Esa era nuestra única baza... y la explotamos al máximo.
Al día siguiente, llegamos a la línea de bunkers en Sivry, pasado el bosque de Cerfontaine. Allí, Rommel volvió a repetir su táctica de disparar a ciegas, con un fuego indiscriminado y ensordecedor, tratando de aterrorizar al enemigo, un enemigo ya bastante aterrorizado por los ataques constantes de la Luftwaffe y asimismo por los ataques con lanzallamas de los ingenieros que traíamos con nosotros. El resultado fue que centenares de franceses y de civiles de los alrededores se echaron una vez más a correr apretujándose en las carreteras y formando filas interminables en dirección a París.
Pocas horas después, abandonamos territorio belga y llegamos a Francia. No pensábamos detenernos hasta llegar al canal de la mancha y continuábamos combatiendo con rapidez, esquivando al enemigo cuando era demasiado lento, espantándolo a cañonazos cuando esto era posible y, en cualquier caso, no dejando de avanzar imparables resueltos a cerrar la pinza, ese genial golpe de hoz con el que queríamos descabezar a nuestros enemigos.
En Francia, pues, las cosas siguieron por el mismo camino y prosiguieron nuestras victorias. Derrotamos de nuevo a sus carros gracias a nuestra velocidad de maniobra y a los soldados de infantería gracias al terror del fuego concentrado. Los Stukas bombardeaban inmisericordes desde el cielo, causando un pánico indescriptible en nuestros enemigos. Los aliados no habían aprendido nada de la experiencia en Polonia y no habían preparado a sus hombres para esos sonidos ululantes que hacen los bombarderos en picado sobre las cabezas de los soldados a los que atacan. Hicimos 1000, 4000, 5000, 10.000 y hasta 12.000 prisioneros. Era un goteo sin fin, y las divisiones motorizadas y de infantería o acorazadas francesas iban cayendo derrotadas unas detrás de las otras.
Y sin apenas bajas superamos la línea Maginot, la todopoderosa fortificación defensiva que los franceses creían que podrían frenar a todo un ejército. Aunque, a aquellas alturas, nuestros enemigos no estaban en condiciones de defender casi nada.
Es necesario decir, llegados a este punto, al igual que resalté cuando explicaba la campaña polaca, que los soldados franceses no eran en absoluto cobardes. Vi muchas muestras de valor incluso llevadas al extremo. Sucedía tan sólo que estaban mal dirigidos. Cuando un soldado no confía en sus mandos, la mayoría acaba huyendo o rindiéndose, mientras que una pequeña parte opta por suicidarse en combate.
Como prueba de lo anterior comentaré tan sólo que cerca de Cambrai un teniente coronel, que había visto rendirse o caer muertos a buena parte de sus hombres, se plantó pistola en mano delante de nuestro tanque de mando. Cerramos las escotillas del Panzer III mientras el francés disparaba inútilmente su cargador contra nuestro blindaje y volvía a recargar su pistola Ruby de calibre 7.65. Todavía recuerdo su brazo en alto, el arma lanzando fogonazos. La desesperación es algo difícil de olvidar.
Rommel le exhortó en varias ocasiones a que se rindiese tanto en alemán como en holandés, inglés y francés.
—¡A bas les armes! —gritábamos todos desde el interior del vehículo.
Pero aquel hombre desesperado no respondió, siguió disparando una y otra vez, y recargando, plantado delante de nuestro carro, imposibilitándonos el avance. Finalmente, con un gesto de tristeza, Rommel indicó al artillero que abriese fuego contra el teniente coronel. Pasamos de largo. Tardó un buen rato en abrir la escotilla y volver a salir a la superficie.

—No quiero ver el cadáver de ese valiente que ha muerto por nada —me confesó Rommel, con el gesto contrito—. Volveremos a asomarnos dentro de un kilómetro o dos.

Al día siguiente, tomamos Cambrai con facilidad. Capturamos casi 1000 franceses y una cifra similar en las siguientes horas, pero sería nuestra última victoria fácil en aquella primera parte de la campaña. Porque estábamos a punto de llegar a las inmediaciones de la ciudad de Arras.

Y es que en Arras, por fin, nos enfrentamos a los ingleses. Y por primera vez tuvimos problemas. Pero no sólo por enfrentarnos a unos soldados de una moral mucho más fuerte que la francesa y una disciplina mayor; no sólo porque sus mandos eran más flexibles ante los cambios que se iban operando en la guerra moderna, y no sólo porque tenían como jefe supremo a un hombre de la determinación de Churchill. No, la razón por la que en aquella batalla sufrimos fue porque apareció un tanque que nos traería en el futuro no pocos quebraderos de cabeza, quebraderos que el propio Rommel (ya convertido en "zorro del desierto") y yo mismo habríamos de enfrentar un año después en el desierto de Libia y Egipto: os hablo del carro de combate A11, más conocido como Matilda.

—Ninguno de nuestros cañones, ni los de los tanques, y los contracarro de las artillerías, pueden atravesar el blindaje de ese nuevo tanque inglés —nos informó el teniente Most, siempre al lado de Rommel. No en vano era el más querido de entre sus ayudantes de campo.

Rommel, fiel como siempre a ese pensamiento matemático, a esa forma de razonar fría que le permitía solventar problemas sin el estorbo de las emociones, trató de pensar cómo iba a sacar ventaja de aquello. Pero, aunque temporalmente, creo que fue superado por los acontecimientos. ¿Qué hacer contra un grupo de tanques a los que no se puede dañar? Por un momento, recordé al valiente teniente coronel francés que nos disparaba, sabiendo que no podía atravesar nuestro blindaje con su sencilla pistola Ruby y que estaba condenado a morir.

Mientras reflexionaba sobre qué decisión tomar para enfrentar a los A11 Matilda, el general dispuso nuestras tropas en formación defensiva. El gran Erwin Rommel, que había llegado hasta allí en un avance fulgurante, que estaba dispuesto a no detenerse hasta llegar al canal de la mancha, se enfrentaba a un último dilema: no podía avanzar más a pesar de hallarse a pocos kilómetros de su objetivo.

La batalla fue cruenta y perdimos más tanques que durante todo el avance desde Alemania. Mientras examinamos un mapa de la población, un obús enemigo cayó a pocos metros de donde nos hallábamos y el teniente Most murió en el acto, salpicándonos a todos de sangre. Rommel ayudó a transportar el cuerpo y luego regreso a mi lado junto a los mapas. Su gesto contrito mudó al instante al de la más absoluta determinación. Tenía que actuar y demostrar que era el general más brillante. Por Most y por toda la séptima división Panzer.

—Si los cañones contracarro de 37 milímetros no pueden con esos tanques —nos indicó entonces a mí y a dos de sus ayudantes supervivientes—. Usaremos los cañones antiaéreos de 88.

Y eso hicimos. Habíamos perdido ya más de 400 hombres y cerca de 20 carros cuando comenzamos a utilizar la artillería antiaérea contra los carros enemigos.

Era una idea audaz, pero resultaría, como siempre con Rommel, una genialidad. Cogimos aquellos cañones, pensados para derribar aviones, y apuntamos a tierra.

Y un tanque Matilda voló por los aires.

Frenéticamente, corríamos una pieza de artillería a otra dando órdenes, animando a los hombres a disparar y aumentar su cadencia de fuego, tratando de frenar de la manera que fuese a los blindados enemigos.

Al principio, los ingleses, envalentonados por la victoria en la primera fase de la batalla, continuaron avanzando, pero después de perder un buen número de tanques, comprendieron que habíamos encontrado una forma efectiva de combatirlos y se retiraron.
Aquella batalla, de modo alguno podía considerarse una derrota, tuvo un efecto decisivo en la guerra. En realidad dos:
El primero fue el descubrimiento como arma antitanque del cañón antiaéreo de 88 milímetros (oficialmente 8,8 cm Flak). Un arma anticarro que no tendría parangón en toda la guerra. La mejor y más efectiva forma de destruir un blindado.
El segundo efecto sería de índole psicológico y afectaría especialmente al Führer. En Arras, nuestros tanques habían avanzado en solitario por delante de los regimientos de infantería mecanizada que nos acompañaban. Por tanto, tuvimos que enfrentarnos solos con los panzer a los ingleses, sin el apoyo de nuestros soldados ni de la aviación, cuyas bases ya no llegaban tan lejos. Después de todo, prácticamente estábamos en el canal de la mancha.
La falta del apoyo de la infantería y de la Luftwaffe, hizo que estuviéramos cerca de la derrota. Esto asustó a Hitler, que seguía teniendo miedo que se repitiese como en la Primera Guerra Mundial el milagro del Marne, cuando los aliados detuvieron de forma sorpresiva el avance alemán de Von Kluck en el río del mismo nombre. Esto provocó una brecha entre el primer ejército alemán (del propio Von Kluck) y el segundo (Von Bulow), que los aliados aprovecharon para iniciar una serie de operaciones que conducirían a la derrota del Kaiser.
Y por eso el Führer temía que nuestras tropas fuesen derrotadas, que, en suma, sus preciosas divisiones Panzer fuesen aniquiladas por un contraataque enemigo. El miedo de Hitler provocaría pocos días después el desastre de Dunkerke, que explicaré un poco más adelante. Uno de los errores más importantes y decisivos de toda la guerra.
A la mañana siguiente, mientras paseaba por la zona donde habíamos librado el combate, me encontré con los restos del proyectil que había acabado con la vida del teniente Most. Oficialmente, el ayudante de Rommel había caído a causa de la metralla y la onda expansiva provocada por el impacto de un cañonazo inglés desde un anticarro de 25 libras (25 PDR). Pero lo que encontré allí eran restos de un proyectil alemán, un AP40, un tipo de bala de cañón fácil de reconocer porque tenía el corazón de tungsteno, un material muy raro y valioso que lo convertía en una rareza. Es más, los AP40 se dejarían de fabricar poco después debido a la falta de suministros de Tungsteno, a pesar de que atravesaban mucho mejor el blindaje que nuestros proyectiles tradicionales.
Sea como fuere, el disparo que había matado a Most sólo podía provenir de uno de nuestros tanques (incluso nuestro Panzer III de mando los utilizaba) o de una de nuestras artillerías. Siempre cabía la posibilidad, por supuesto, de que se tratase de una pieza contracarro capturada que los ingleses hubiesen vuelto contra nosotros o incluso que se tratase de fuego amigo, de una unidad de nuestra tropa que hubiese fallado el disparo, impactando a Most por error. Pero ambos casos eran muy improbables, porque acabábamos de llegar aquella población en vanguardia y los británicos no habían capturado ninguna de nuestras unidades que supiéramos, y porque el fuego había venido del frente, no de los lados ni desde detrás nuestro como hubiera sucedido si se tratase de fuego amigo.
Miré en dirección a la lejanía, esperando ver surgir en cualquier momento el rostro fanático y la cicatriz bajo la bajo el ojo derecho de mi enemigo, del comando de Brandemburgo Morgen.
De alguna manera, se había infiltrado en zona enemiga. Desde allí, había intentado matarme de una forma que habría parecido una muerte en combate como cualquier otra; nada sospechoso. Cosas de la

guerra. Pero aquel ataque que había matado al pobre teniente Most, podría haber acabado perfectamente con Rommel y con todos sus ayudantes, aparte de Otto Weilern.

Me pregunté si su obsesión por matarme habría llegado a tal punto que estaría dispuesto a arriesgar la vida de un general alemán que estaba a punto de conseguir una resonante victoria para el Reich. ¿Acaso mi muerte, para mi enemigo, era más importante que la victoria de Alemania?

No quise responder a la pregunta que inconscientemente me había formulado. Y no lo hice porque estaba seguro que Morgen había llegado a un punto en su obsesión por matarme que todo le daba igual. No cejaría en su intento, fuese cual fuese el coste. Se había convertido en su obsesión y acabaría conmigo a menos que yo, antes, acabase con él.

Hacía tiempo que lo sabía y que le daba vueltas pero no imaginaba cómo podría enfrentarme a un hombre como Morgen y salir bien librado. Tal vez fuera imposible y mi destino fuera acabar muerto, como Most, en una tumba anónima en Arras.

O en cualquier otra villa en el camino al canal de la Mancha.

XXV

Albert Kesselring, más conocido como Albert "el sonriente", tenía una reunión con el mariscal Goering y con Ernst Udet, el director técnico de la Luftwaffe. Mientras esperaba su turno cómodamente sentado en un salón anexo al barracón de mando de la fuerza aérea en Felsennest, no podía dejar de pensar en cuánto detestaba a aquel gordo grandilocuente de Hermann Goering. Aún recordaba como si fuese ayer el día que fue nombrado comandante en jefe de la segunda flota aérea, la que actualmente operaba en el frente francobelga. Su opinión, ya de por sí negativa de Goering, empeoró un poco más, si es que esto era posible.

Aquel día, el mariscal del aire había discutido con Hitler y estaba de muy mal humor. Lanzaba furibundas miradas a Udet, que seguramente no tenía nada que ver con aquel asunto, pero que siempre acababa pagando los accesos de ira de su superior. De hecho, llevaba ya todo el día insultando a Udet, de tal suerte que el viejo as del aire se hallaba medio caído de la silla, con la cabeza de lado, completamente borracho. Sólo así podía aguantar los constantes arrebatos de su superior y, en teoría, amigo.

La causa de todo aquel embrollo era que un avión de la segunda flota aérea había tenido un accidente sobre Bélgica llevando a bordo todos los planes de la invasión de occidente. El Führer había montado en cólera e insultado a Goering hasta quedarse afónico. Luego le ordenó que saliese de su vista y lo dejase a solas. Goering reaccionó insultando a sus inferiores, sobre todo a Udet, deteniendo a los militares alemanes que habían tenido la mala suerte de que su avión se estropease sobre los cielos de Bélgica. Luego, siguiendo órdenes del Führer, destituyó a diferentes mandos, entre ellos a Feldmay, el comandante de la segunda flota aérea, así como a su jefe de estado mayor.

—Sois todos unos imbéciles y no merecéis la confianza que he depositado en vosotros —chillaba Goering, señalándoles con un dedo—. Si me fuera posible os haría destituir a todos pero como no tengo más remedio que...

Hermann Goering paseó su mirada por los altos mandos del ejército del aire que tenía a su alrededor y finalmente puso la vista en Albert "el sonriente", que precisamente en ese momento no sonreía en absoluto.

—A ti, Kesselring, te voy a poner al cargo de la segunda flota aérea —Albert iba a dar las gracias cuando Goering le interrumpió—. Pero lo hago porque eres el menos idiota de todos estos. Si tuviera a alguien digno del cargo te destituiría antes de acabar esta frase.

Y chasqueo los dedos demostrando gráficamente cuán rápido se puede acabar con la carrera de un militar de renombre. Poco después, y tras una nueva retahíla de insultos, les dijo a todos que necesitaba estar solo. Incluso Udet hizo amago de levantarse, pero Goering se lo impidió, y cuando Kesselring ya había cerrado la puerta tras de sí pudo comprobar que los peores insultos y reconvenciones estaban destinados al pobre Ernst, cuyo destino parecía que era el de recibir como un saco de boxeo todos los golpes verbales que Goering quisiera mandarle.

Ahora, casi medio año después, Albert "el sonriente" Kesselring estaba delante de una puerta semejante, esperando reunirse una vez más con el obeso mariscal del aire y su sufrido director técnico. Y no estaba tranquilo. Sabía que se iba a encontrar con las acostumbradas exageraciones, salidas de tono y pavoneos de Goering, pero suspiró con estoicismo cuando un ayudante vino a su encuentro:

—Es su turno, general.
Dentro de la sala, como esperaba, se encontró a Hermann Goering, con los ojos brillantes por la morfina, como casi siempre, incapaz de sentarse, revoloteando de un lado para otro hablando sin parar y dando órdenes aunque no hubiera nadie para escucharle. Udet, al otro lado de la sala, contemplaba la escena medio ebrio, mientras garabateaba algo en una hoja. Al pasar a su lado, Kesselring pudo comprobar que se trataba de un dibujo bastante logrado de sí mismo cubierto de cadenas y arrastrado por una figura enorme y obscenamente gruesa con un parecido innegable con el mariscal Goering.
—Quiero un informe completo de todo cuanto haya sucedido en la segunda flota desde el principio de la campaña —le ordenó Goering, dándole la espalda.
Kesselring comenzó a hablar mientras su superior asentía a intervalos. Desde el principio, la batalla por Holanda había resultado exitosa. Se habían capturado los puentes de los canales y las fortalezas, los saltos de los paracaidistas habían sido un éxito en el Mosa y más tarde se había bombardeado con eficiencia los fuertes enemigos en Rotterdam. Finalmente, Holanda había capitulado.
Albert "el sonriente", llamado así por su gran sentido del humor y su optimismo, olvidó decir, por supuesto, que el bombardeo de Rotterdam había sido básicamente una masacre de civiles. Había serias dudas de que los bombardeos se hubiesen producido antes de la rendición de la ciudad. Si habían bombardeado la ciudad tras su rendición, ello significaría una violación del derecho internacional y un crimen de guerra.
Kesselring decidió seguir enumerando las victorias de sus hombres. Porque la guerra en el aire había proseguido, en Bélgica, en Francia, siempre favorable a los intereses alemanes. Aunque tal vez los pilotos de la Luftwaffe y hasta sus propios aparatos estuvieran al borde de la extenuación.
—Hemos perdido ya un tercio de nuestros aviones —comenzó a explicar en ese momento Kesselring, percibiendo que Goering se volvía y le miraba fijamente—. Necesitamos reponer todo tipo de materiales y de suministros. Además, mis hombres están agotados. A pesar de la forma brillante en que ha interactuado la Luftwaffe con el ejército de tierra y en especial con los Panzer, creo que es necesario hacer un alto aprovechando este momento y relajar las salidas diarias de…
—¡De ninguna manera! —le interrumpió Goering levantando los brazos como si fuese a a lanzarse sobre Albert "el sonriente" y aplastarle—. Precisamente quiero que me ayude a convencer al Führer de la necesidad de emprender una gran demostración de nuestro poder. Quiero que nuestra fuerza aérea borre del mapa a los ingleses y nos convierta a nosotros, los soldados de la Luftwaffe, en los verdaderos vencedores de la campaña del oeste.
Kesselring enarcó las cejas, incrédulo. Sus fuerzas estaban fatigadas y eso lo sabía el propio Goering desde hacía días. Volvió la vista hacia Udet, como pidiendo que terciase en su favor en aquella conversación. Pero vio que el director técnico de la Luftwaffe se limitaba sonreír y a dibujar la musculatura de aquel monstruo con la cara de Goering que sobre el papel le tenía amarrado con cadenas y le arrastraba por lugares imaginarios de pesadilla.
—No estará hablando en serio, mariscal.
—Naturalmente que hablo en serio. Mi plan no puede salir mal, Kesselring. Ya lo verá.

En los días que siguieron, Hitler vivió uno de los momentos más felices de su vida. El plan Manstein había triunfado incluso más allá de los mejores augurios, los Países Bajos habían quedado separados de Francia después de la incursión de las tropas Panzer. Se habían rendido sin apenas resistencia. Todo había salido a pedir de boca.

Algunas veces, el Führer pensaba en su padre, en ese ogro que le había golpeado de niño y que siempre le repetía que era un afeminado, un inútil. Aquel niño flaco y sensible que quería ser pintor le parecía alguien demasiado débil para ser de su sangre.

Nunca llegarás a ser alguien importante como yo, un brillante funcionario de aduanas. ¿Artista? Ya te quitaré yo esas ínfulas a bofetadas.

Eso le decía siempre Alois Hitler a su hijo. Pero no había conseguido arrebatarle el gusanillo del arte. Durante mucho tiempo había pintado paisajes, aunque hacía mucho que no lo hacía. Y había conseguido ser algo muchísimo más importante que un maldito funcionario de aduanas.

¡Él era Adolf Hitler!, canciller del Reich, dictador, caudillo invencible, el que había arrasado Francia y devuelto el honor a la Patria. ¿Qué piensas de eso, padre? ¿Qué piensas? ¿Funcionario de aduanas? No me hagas reír.

El Führer paseaba arriba y abajo de los cuarteles de Felsennest dando la enhorabuena a Keitel y al resto de sus colaboradores, mientras escupía mentalmente sobre la memoria de su padre e imaginaba los territorios que exigiría a Francia y luego a Inglaterra cuando se rindiesen. Aquello le haría aún más grande, todavía más recordado por su pueblo y por los libros de historia. Y podría reírse a la cara de su padre una vez más, por muy muerto que estuviese.

—Les diré a esos aliados engreidos que deben devolvernos Tanganyika, Ruanda-Burundi, la Swahililandia y la Sudáfrica alemana. Todo el imperio del Reich africano que nos fue arrebatado volverá nuestras manos. Estrangularé a esos ingleses hasta que se vean obligados a ceder a todas nuestras demandas.

Mientras Hitler soñaba, una vez superada la primera fase de la ofensiva del oeste (Caso Amarillo), era necesario ponerse manos a la obra con la segunda fase o Fall Rot (Caso Rojo): había que invadir el resto de Francia para obligarla a hincar la rodilla y rendirse.

Pero mientras el alto mando alemán se preparaba para la invasión del centro y sur de Francia, no tenía la menor idea de hasta qué punto la situación de sus enemigos era desesperada. Desde el primer día, la temible fuerza aérea alemana de la que tanto presumía Goering había bombardeado Holanda, Bélgica y el noroeste de Francia con una saña inusitada. Contaba con casi 4000 aviones repartidos entre la segunda y tercera flota aérea; frente a ellos se hallaban unos centenares de aviones de la fuerza aérea británica venidos desde las islas, las casi inexistentes fuerzas aéreas de Holanda y Bélgica y los aviones franceses que pudieran echar una mano. Lo cierto es que la fuerza aérea francesa o Armée de l'air contaba con más de 1000 aviones pero los aparatos alemanes eran muy superiores en diseño y prestaciones. Además, los franceses no tenían tan desarrollado como Inglaterra el radar y a menudo no sabían por dónde estaban llegando los ataques aéreos enemigos. Aparte, sufrían la misma descoordinación que las tropas de tierra francesas y, en general, siempre fueron rivales claramente inferiores a la Luftwaffe.

Tan sólo la fuerza aérea británica podía hacer frente a los alemanes; lo mismo que sucedía en tierra como cuando habían frenado la ofensiva de Rommel en Arras. Pero los ingleses comenzaban a dudar de la capacidad de resistencia de su aliado francés, que no paraba de pedir nuevos escuadrones de cazas ingleses a Churchill mientras el mariscal del aire Dowding montaba en cólera y afirmaba que cada día Inglaterra estaba más indefensa ante un posible ataque alemán: Churchill no podía seguir mandando más aviones al continente dejando desprotegidas las islas británicas.

Cuando aún no hacía una semana del principio de la ofensiva, el presidente francés Reynaud ya había dado por perdida la batalla y así se lo hizo saber al primer ministro inglés por teléfono, anunciándole: "hemos sido derrotados"

Churchill, por supuesto, había viajado a toda prisa a entrevistarse con Reynaud y su jefe de estado mayor. En vano. Se había encontrado una nación derrotada y al borde del colapso. El primer ministro inglés comprendió que los franceses, y hasta él mismo, habían pensado en una confrontación de lentos y penosos avances como en la primera guerra mundial, mientras los alemanes habían desarrollado una guerra rápida, una guerra relámpago que no se parecía a nada que hubiesen visto antes. La Luftwaffe, a aquellas alturas, ya no se dedicaba a atacar a las tropas aliadas si no a destrozar las vías de comunicación a su espalda, carreteras o vías de tren, detrás de sus líneas, de tal forma que las fuerzas derrotadas lo tenían muy difícil para retroceder y acababan embolsadas, rodeadas por las tropas nazis, y acababan rindiéndose.

Pese a todo, Churchill dijo textualmente que quería "dar al ejército francés una última oportunidad de recobrar su valentía y su fuerza" y le envió todos los aviones que pudo, aunque tampoco fueron muchos. Finalmente, mientras las derrotas en el norte de Francia se sucedían, se dio orden de que ninguna escuadrilla más dejase el territorio de la Gran Bretaña. Los cielos galos estaban ya en manos de Goering y de sus muchachos; extenuados, sí, pero victoriosos.

Aquel momento de supremo dominio de la Luftwaffe fue elegido por Goering para intentar convencer a Hitler de una jugada que él preveía maestra y que a la postre sería el error más grande de toda la Segunda Guerra Mundial cometido por los alemanes. Al principio había pensado convencerle por teléfono, pero el asunto era lo bastante importante para coger su avión privado, un Fieseler Storch, y volar al encuentro del canciller del Reich. Debía persuadirle a toda costa de esa jugada maestra que encumbraría de forma definitiva a Luftwaffe como el arma más poderosa de toda la guerra.

Por supuesto, en lugar de una genialidad era una soberana estupidez.

—Mi Führer, vengo a pedirle encarecidamente que detenga el avance de las tropas de tierra en Dunkerke.

Goering, con su brillante traje blanco de 1000 botones, estaba señalando con su fusta el lugar donde los ingleses se estaban replegando camino del canal de la mancha. Dando ya la batalla de Francia por perdida, querían retirar cuantas tropas pudieran y llevarlas por mar hacia la Gran Bretaña.

—¡Qué demonios estás diciendo, Hermann!

Von Brauchitsch, el comandante del ejército de tierra, estaba tan atónito que tropezó con la mesa de los mapas y a punto estuvo de caer sobre ella.

—Déjale hablar —le indicó el Führer, y von Brauchitsch, rojo de ira, permaneció en silencio aunque sus labios temblaban y le casteñeteaban los dientes.

—Gracias, mi Führer —Goering tomó aire y se hinchó todavía más, como si fuera un pavo relleno—. Nuestros ejércitos han avanzado demasiado. Los Panzer se han adentrado tanto en territorio enemigo que el resto de cuerpos del ejército, tanto de infantería, artillería o la misma Luftwaffe no pueden

protegerles debidamente. Están expuestos a un contraataque e incluso a ser rodeados y destruidos. Recuerde bien lo que acaba de pasar en Arras con Rommel.
Hitler parecía pensativo. Días atrás, el propio Goering había puesto en su cabeza la semilla de la desconfianza. Ahora que estaban tan cerca de una victoria total, Hitler comenzaba a tener miedo de cometer un error que ensombreciese su triunfo.
—Pero el ejército francés huye en desbandada.
—Eso es mucho decir, mi Führer. El ejército francés sigue luchando y las tropas inglesas se defienden con uñas y dientes. No podemos asumir más riesgos y poner en peligro nuestros tanques cuando se puede forzar a los ingleses a rendirse sin necesidad de disparar un tiro ni un cañonazo más. Bastará con las bombas de mis aviones.
—¡Maldito!, fuiste tú el que ha hecho dudar al Führer sobre el avance de las tropas de tierra. Tú y sólo tú. Tendría que haberlo visto venir.
Von Brauchitsch, fuera de sí, se había acercado hasta el Goering para decirle al oído aquella frase. No se había atrevido a decir la en voz alta porque Hitler le había prohibido hablar hasta que Goering terminase su discurso. Pero Goering no se inmutó y, haciendo que asentía ante la afirmación de Von Brauchitsch, le dio unos toquecitos en el hombro y repuso:
—Tus tropas están muy cansadas, amigo, tienes toda la razón. Además, los tanques de Guderian, que deberían atacar la ciudad sitiada, están en una posición muy desventajosa, y para atacar deberían atravesar la montaña y pasar por carreteras, trincheras y canales a la vista de las tropas enemigas. Habría una gran resistencia y fuertes pérdidas en los Panzergruppen.
—Eso, eso que dices es una mentir… —Von Brauchitsch casi tartamudeaba de pura rabia.
—Deja que la Luftwaffe termine el trabajo, querido amigo. Los mejores tienen que llevar a cabo las tareas más difíciles.
Von Brauchitsch estaba tan fuera de si que abandonó la sala temiendo que si se quedaba acabaría golpeando al fatuo y obeso mariscal del aire. Hitler, en ese momento, se volvió hacia Albert Kesselring.
—¿Está seguro, general que la fuerza aérea en solitario puede evitar la retirada de las tropas inglesas en Dunkerque y forzarles a la rendición?
Había algo menos de 400.000 soldados aliados concentrados en los alrededores. Pensar que la fuerza aérea alemana sería capaz de diezmarlos y aún de derrotarlos o de obligarles a rendirse era una ingenuidad. Goering soñaba con una gran victoria de la Luftwaffe pero, una vez más, era sólo un sueño. Se habrían necesitado al menos el triple de aviones de los que tenían para intentar algo semejante. Y probablemente ni en ese caso hubiera sido posible. Pero el mariscal del aire estaba tan obsesionado con agradar a Hitler y conseguir para él victorias tan increíbles que rayaban lo estrafalario, que había propuesto algo inalcanzable, convencido como siempre que a base de trabajo y determinación se podían obrar milagros.
Pero en la guerra los milagros rara vez suceden.
Albert Kesselring comenzó a explicar el plan de Goering, que básicamente aconsejaba retirar los tanques y llevarlos al sur para la próxima ofensiva contra el resto de Francia. Los Panzer no eran la tropa más adecuada para combatir en los canales de Flandes y el propio comandante del grupo A al que pertenecían (Von Rundstedt) quería que aquellas tropas descansasen.
—Entiendo todo eso, general Kesselring, pero todavía no me ha dicho si cree realmente que la Luftwaffe puede cumplir los objetivos marcados y forzar a la rendición a las tropas enemigas

rodeadas.
Albert "el sonriente" no hacía honor a su apodo. Estaba con la boca abierta, dispuesto a decir un sí, pero su lengua no era capaz de pronunciar aquel sencillo monosílabo. Se quedó mirando como un idiota Hitler incapaz de mentirle a la cara al supremo comandante de los ejércitos alemanes.
—Naturalmente que podemos —sentenció Goering, apareciendo como siempre efusivo con su enorme humanidad y lanzando una carcajada—. ¡Nuestros aviones van a hacer picadillo a esos malditos ingleses!

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

—Le he escrito a mi mujer que la carrera hacia la costa del canal de la mancha ha terminado —me confesó Rommel una mañana—. También le he prometido que la batalla por Francia habrá terminado también en dos semanas a lo sumo. ¿Crees que me he precipitado?

—No creo. Esto es el fin —repuse, mirando en dirección a Dunkerke, donde decenas de divisiones francesas e inglesas, principalmente, estaban completamente rodeadas.

A lo lejos, contemplé al cuerpo acorazado del general Reinhardt, otro de los grupos Panzer que habían atravesado Francia para dar el golpe de hoz de Manstein, que estaba tendiendo puentes sobre los canales y diques en el sur de la bolsa de Dunkerke. Aunque no era el mejor terreno para los tanques, había tal confianza después de aquellos días de victorias, que estábamos seguros que nada se nos podía resistir y que los ejércitos enemigos se habrían rendido en cuestión de horas.

Y entonces, abruptamente, llegó la orden de detenernos. El 24 de mayo tuvimos la oportunidad de derrotar y forzar a la rendición a más de 300.000 hombres que luego continuarían combatiendo contra nosotros durante toda la guerra mundial. Pero no lo hicimos y eso es algo que jamás entenderé.

A media tarde, cuando aún estábamos atónitos por las nuevas noticias e intentábamos buscar una explicación a lo que estaba sucediendo, recibí una visita inesperada.

—¿El Obersturmführer-SS Weilern? —me pregunto un hombre vestido con un abrigo marrón y una gorra con el águila de la Luftwaffe.

Era Albert Kesselring, el General del aire al mando de la segunda flota aérea. Yo recordaba bien que, originalmente, debería haber sido Albert mi guía en la operación Klugheit, al menos en lo referido a nuestra fuerza aérea. Pero Ernst Udet, aquel borracho impenitente que dirigía la oficina técnica, se le había adelantado y juntos habíamos vivido algunas aventuras: sobrevolando las defensas alemanas durante la Guerra Falsa y más tarde en la Guerra de Invierno ruso-finesa, para acabar salvando mi vida en Noruega.

Finalmente, Kesselring y yo, nunca habíamos llegado a coincidir, pero le reconocí al momento por su rostro afable y campechano. La sensación de que aquel hombre podía ser tu amigo sin dificultad era algo que percibías al instante. Se trataba de una persona franca, que hacía honor a todo lo que había oído sobre el y a su apodo de "el sonriente".

Entre bromas y sonrisas, en efecto, Kesselring me llevó hasta una pista de aterrizaje cercana, donde me explicó que alguien me estaba esperando. No me adelantó nada más sobre el personaje, y tan sólo me dijo que había venido de inspección para conocer mejor la zona del canal de la mancha y de Dunkerke.

—¿Tú sabes la causa de que nos hayan ordenado detener la ofensiva? —le pregunté, todavía obsesionado por lo que a mi juicio era un grave error, ya que estábamos dando tiempo a los ingleses para retirarse y abandonar con el grueso de su ejército una batalla que estaba perdida en lugar de aplastarlos.

—Podría explicártelo —me reveló Kesselring, mostrando como siempre su sempiterna sonrisa, aunque en sus ojos había un atisbo de tristeza—. Pero mejor será que te lo explique el coronel general Udet.

En efecto, debería haber previsto que el hombre que me estaba haciendo una visita era de nuevo el mismísimo Udet. Lo encontré la cabina de su caza ME 109 especial de dos plazas, el mismo con el que habíamos volado sobre el cielo de Finlandia meses atrás. Estaba tirado cuan largo era en la cabina, lloriqueando.

—Todo se va venir abajo —repetía una y otra vez—. Ahora van a descubrir la verdad.

Al principio pensé que estaba borracho o drogado, según su costumbre, pero no tardé en darme cuenta de que, sencillamente, estaba aterrorizado. Con ayuda de Albert lo bajamos del caza ME 109 y lo llevamos a un hangar cercano, donde encontramos una mesa vacía. Entre un juego de repuestos y unas hélices tomamos los tres asiento.

—Estoy acabado —me confesó Udet, mirándome a los ojos.

Antes de responder, la primera idea que me vino a la cabeza fue lo sólo que debía estar en el mundo aquel hombre cuando, enfrentado a una crisis, se llegaba hasta el último confín de la batalla para sincerarse con un muchacho de 18 años al que apenas conocía. Por un lado, me sentí halagado pero, por otro, me di cuenta de lo aislado que se está en la cumbre, de lo terrible que debe ser el peso de la fama y los cargos políticos y militares, sobre todo cuando los alcanza alguien tan poco capacitado como Udet.

Era evidente que el coronel general tenía a su alrededor muchos aduladores, lameculos y amigotes de bar, pero ningún verdadero amigo.

—Dime lo que pasa, Ernst.

Udet se sorbió los mocos y me reveló:

—Todo iba viento en popa hasta que a Goering se le ha ocurrido forzar la derrota del ejército sitiado valiéndonos tan sólo de los bombardeos de la Luftwaffe.

Aquello debía ser una broma. No podía ser verdad. Aunque en lo que llevábamos de caso amarillo el concurso de las fuerzas aéreas alemanas había sido extraordinario, pensar que ella en solitario podían derrotar a más de 300.000 hombres iba más allá del sin sentido e incluso de la estupidez. En ese momento entendí que Hermann Goering era muchísimo más incompetente que el propio Udet. Es más, había sido el gordo y endiosado mariscal del aire quien había puesto a un as del aire, alguien con inmensos conocimientos de pilotaje pero ninguno de diseño aéreo, al frente de la oficina técnica. Si Udet se habñia transformado en un incompetente era porque aquel idiota pomposo de Goering lo había convertido en un burócrata cuando sólo era un piloto. Todo lo que pasaba era culpa de aquel fatuo personaje que dirigía el destino de la fuerza aérea alemana.

Y, sin embargo, había podido convencer a Hitler de la estúpida idea de derrotar en solitario a base de ataques de la Luftwaffe al enemigo. Ya antes he explicado que nuestros aviones no eran mejores que los ingleses y acaso sólo ligeramente superiores a los franceses. La diferencia esencial estribaba en la forma en que los estábamos usando. Al igual que en Polonia, la Fuerza Aérea era un instrumento al servicio del avance de las tropas y no funcionaba de forma independiente como en el resto de los ejércitos. Goering llevaba en el Asia, su tren de mando, un grupo de oficiales del estado mayor del ejército de tierra, que se encargaban de coordinar sus tropas con los aviones de la Luftwaffe.

—El primer paso para ello había sido borrar de los cielos a los aviones enemigos —me recordó Udet, intentando explicarme el principio de la campaña, antes de que las cosas se torciesen.

Porque nada más empezar la ofensiva, se atacaron los aeródromos belgas y franceses destruyendo en tierra buena parte de sus aparatos. A menudo, los pilotos aliados dormían en pequeños barracones o tiendas de campaña justo al lado de las pistas y los aeródromos. Los alemanes pasaban en vuelo

rasante y ametrallaban al enemigo antes incluso de subirse a los aviones.
Aunque los aliados deberían haberlo previsto, el ataque fue devastador y una auténtica sorpresa. Los pilotos enemigos creyeron en muchos casos que se trataba de ejercicios y tardaron en reaccionar esos preciosos segundos que separan la vida de la muerte, la victoria de la derrota.
Los Heinkel y los Dornier, que yo conocía de mi etapa en Noruega, arrasaron los aeródromos de los Países bajos y el noroeste de Francia. La superioridad alemana en número de aviones era importante y, además, la Fuerza Aérea holandesa y belga era tan obsoleta como casi inexistente. Los ingleses habían dejado buena parte de la RAF, la Royal Air Force, en su isla, pues temían que los alemanes pudieran aprovechar la coyuntura para atacarles. Por tanto, quedaba enn manos de los franceses la vigilancia aérea.
Sin embargo, los franceses, como en el resto de los asuntos de esta batalla, no estuvieron a la altura. Sus aviones eran lentos, su blindaje era malo, su armamento hacía un daño mínimo a los aviones alemanes. Además, apenas habían desarrollado el radar y seguían utilizando observadores aéreos para buscar al enemigo, lo que provocaba un retrado inaceptable a la hora de enviar órdenes. A menudo, cuando los aviones franceses recibían orden de contrarrestar un ataque enemigo, éste ya había terminado el bombardeo de sus objetivos y estaban regresando a Alemania.
Además, apenas había coordinación entre los franceses y el resto de aliados, y a menudo la Fuerza Aérea francesa no compartía esta información ni con su propio Ejército de tierra.
Yo me había dado cuenta tiempo atrás que nuestra Fuerza Aérea no estaba preparada para la guerra mundial, pero no podía imaginar que una gran nación como Francia, poseedora a juicio de muchos del ejército más poderoso del mundo, estaba todavía anclada en la forma de luchar y de pensar que les había conducido a la victoria 25 años atrás.
Entonces recordé las palabras que Manstein me había dicho en Polonia acerca de que un ejército vencedor tiene una gran rémora sobre su cabeza, ya que es sumamente contrario a aceptar las innovaciones técnicas y siempre tenderá a pensar que aquello que una vez le dio la victoria... se la va a dar siempre. Esto es lo que le sucedió a los franceses: prácticamente no evolucionaron desde la Primera Guerra Mundial y, cuando estalló la segunda, eran probablemente el ejército menos preparado de cuantos había en toda Europa. Tan sólo Italia estaba a su altura en falta de preparación e ineptitud supina.
Pese a todo, los pilotos franceses, ingleses, belgas y holandeses eran valientes y consiguieron derribar un gran número de aviones alemanes, ya que estos se exponían mucho: para causar terror, atacaban en oleadas y asumían cualquier riesgo con tal de desarbolar al enemigo. Eran terriblemente agresivos, tal y como les había inculcado Goering que debían ser. El sucesor del Führer, a causa de ser adicto a la morfina, creía que como él mismo, a base de no dormir prácticamente y de estar en muchos sitios a la vez podía conseguirse cualquier victoria.
Al principio de la campaña de Francia estuvo en lo cierto y los ataques constantes de los pilotos alemanes, que como su jefe apenas dormían y cargaban bombas y balas una y otra vez para salir en una nueva oleada de combates, superaron por completo a las fuerzas aéreas aliadas.
Las artillerías antiaéreas disparaban sin descanso contra el enemigo nazi, pero daba igual cuantos aviones alemanes cayeran, porque una nueva oleada volvía a aparecer en el cielo instantes después.
Rápidamente, los alemanes se hicieron dueños del cielo y pudieron dedicarse a su verdadero objetivo: apoyar el avance de las tropas de tierra y, sobre todo, de los Panzer.
Porque por entonces Rommel, Guderian y el resto de las divisiones blindadas avanzaban a toda

velocidad dispuestos a llegar al canal de la mancha y embolsar a todas las fuerzas enemigas en Bélgica Holanda y el noroeste de Francia. El dominio de los cielos fue decisivo para completar el movimiento de pinza de Manstein.

Al problema de aquel avance vertiginoso se sumó, para las fuerzas aliadas, el hecho de que las zonas donde estaban los aeródromos estaban cayendo en poder del enemigo y, según se retiraba el ejército aliado, los escuadrones de aviones debían trasladarse aeródromos mucho más lejanos hacia el interior, lejos de la batalla. De pronto, las gloriosas fuerzas aéreas aliadas que debían detener a la Luftwaffe corrían como el resto de los refugiados cogiendo cualquier pertrecho o recuerdo que tuvieran a su alcance y subiéndose a sus aviones huyendo de los chicos de Goering.

Muchos pilotos, especialmente los ingleses, se daban cuenta de que ya no valía la pena seguir luchando en el cielo de Europa y que debían regresar a la seguridad de las islas británicas. Churchill aseguraba por radio que por cada avión inglés que caía eran al menos cuatro los alemanes que eran derribados. Pero eso era mentira y cuando oían aquellas afirmaciones en la radio algunos pilotos se deprimían todavía más. Pero, pese a todo, siguieron luchando y muriendo.

Lo que no sabían es que Goering tenía un as bajo la manga. Un truco que le estaba conduciendo a la victoria.

Y era que sus pilotos llevaban meses preparándose para soportar el agotamiento extremo. Dormir apenas dos o tres horas, hacer seis o siete salidas al día, combatir sin descanso poniendo a prueba los nervios y regresar para dormir de nuevo dos o tres horas. Los alemanes sabían desde el principio del ataque que debían acometer aquel esfuerzo sobrehumano y estaban psicológicamente preparados. Los aliados se encontraron que, una mañana cualquiera, vivían como reyes, muchos estando de permiso y pensando que después de todo tal vez los alemanes nunca atacarían; al día siguiente estaban sumidos en una batalla de desgaste que apenas ningún hombre cuerdo podía soportar. Algunos se desmayaban de puro cansancio al regresar a tierra. La moral era cada vez más baja y finalmente llegó el día en que los ingleses encuadrados en el cuerpo expedicionario BEF decidieron que era el momento de marcharse.

Los hombres de Churchill en adelante sólo combatirían desde aeródromos del Reino Unido para favorecer la evacuación, es decir el reembarque de sus tropas de tierra hacia Gran Bretaña. La guerra en Europa, al menos en ese momento, estaba perdida, y había que marcharse para preparar las ofensivas del mañana. Pero en ese momento, cuando más débiles estaban los ingleses y el resto de aliados, cuando la pinza de Manstein se cerró alrededor de Dunkerke y a su alrededor convergían tropas alemanas desde todos los flancos... Hitler, auspiciado por Goering, tomó la decisión de frenar la ofensiva. La Luftwaffe en solitario, pensaban, podía acabar con los restos del ejército aliado.

—Y eso, básicamente, es lo que sucedió hasta ayer.

Udet había estado repasando para mí lo sucedido en la campaña, con el rostro exultante, pensando en aquellos días maravillosos en que sólo había recibido un par de broncas al día de Goering y habían abundado las palmaditas en la espalda y elogios por parte de Hitler. Pero finalmente su rostro se ensombreció de nuevo y concluyó:

—Goering ha ordenado a los jefes de las flotas aéreas —Udet señaló a Kesselring, que seguía exhibiendo una sonrisa forzada— que lancen a nuestros agotados pilotos contra esa enorme marea de tropas enemigas que se hayan cercadas en Dunkerke.

—¿Y qué sucederá? —pregunté, volviéndome hacia Kesselring.

La sonrisa de Albert “el sonriente” se tensó todavía más en su rostro.

—¿Qué va a pasar? Que vamos a perder la batalla, por supuesto.

Durante una semana, y como parte de la operación Klugheit, me sumé al Estado mayor de la Luftflotte 2 de Kesselring. Había sido idea de Hitler en persona, que quería que viese con mis propios ojos la gran victoria de los chicos de Goering.

Udet, cuando había sabido que Kesselring tenía que venir a buscarme, se había ofrecido como piloto. Como siempre, andaba de un lado para otro buscando excusas para soslayar aquellas funciones burocráticas que tanto odiaba al frente de la oficina técnica. Además, necesitaba un hombro en el que llorar y había terminado cogiéndole cariño a ese "teniente Otto de las SS" del que a menudo hablaba en conversaciones informales con amigos y siempre que tenía oportunidad.

Udet era un buen tipo, un excelente compañero de fiesta y la primera persona del mundo que se habría alegrado de que el Führer estuviese en lo cierto y se avecinase en Dunkerke una gran victoria de la Luftwaffe.

Pero lo cierto es que no había ninguna victoria que ver y si mucho por lo que llorar, sobre todo por la oportunidad perdida de capturar buena parte de los soldados británicos en activo, oportunidad que perdimos y ya nunca más volveríamos a tener.

No puede pues tildarse de desastre la batalla de Dunkerke, sino sencillamente de un monumental e inexplicable error de juicio.

—Ha aparecido un nuevo caza inglés en los cielos. Nunca la habíamos combatido, aunque oimos hablar de él hace semanas —me explicó la mañana del 25 de mayo Kesselring—. Se llama Spitfire y me parece que por primera vez nos hayamos ante un aparato netamente superior a los nuestros.

Todo esto me lo dijo con su habitual tranquilidad, como si la cosa no fuese con él y con un actitud positiva las cosas pudieran solucionarse. Pero aquello sería decisivo. La llegada al campo de batalla del Spitfire marcaría no sólo el devenir de la batalla de Dunkerke sino de muchos enfrentamientos futuros de las fuerzas aéreas alemanas y las británicas. Pero aquel no sería el único escollo.

—Hemos perdido ya la mitad de nuestros aviones en la primera parte de la batalla de Francia —me confesó Kesselring—. Nuestros aviadores están agotados después de muchos días sin apenas dormir y con jornadas intensivas de 18 y hasta 20 horas de combate y vuelo. Buena parte de la aviación inglesa con la que ahora nos enfrentamos no había entrado todavía en combate. Son hombres descansados porque estaban esperando en los aeródromos del sur de Inglaterra que llegase el momento de reembarcar a sus hombres. La situación no es buena.

Para una persona del talante de Kesselring, decir que la situación no era buena era casi un sinónimo de que había que echarse a correr. Mientras la operación Dínamo comenzaba (Dínamo era el nombre con el que los aliados habían bautizado la evacuación de sus tropas del territorio sitiado) nuestros Panzer comenzaron su retirada del frente de batalla. Tenían que recuperar fuerzas para la segunda fase de la contienda o caso rojo, en la que caeríamos sobre resto de Francia.

Entretanto, desde Inglaterra se estaban mandando todo tipo de navíos, barcas de pesca y cualquier cosa que pudiese transportar soldados, y cada día se llevaban miles y miles de las costas del canal de la mancha.

—¿De verdad el Führer cree que más de 300.000 hombres se van a rendir por el bombardeo de los pocos centenares de aviones que todavía nos quedan operativos? —le pregunté a Kesselring la mañana del 27.

—Yo estaba con el Führer cuando Goering le convenció de que atacásemos en solitario a los ingleses. No fui capaz de contradecir a mi superior y reconocer que era un error. Pero cuando me llegó la orden definitiva intenté ponerme en contacto con Hitler por teléfono para decirle la verdad —repuso Albert, dándome la espalda—. Pero no lo conseguí. Uno de sus ayudantes, creo que Linge, me dijo en su nombre que no debía tener dudas y que la Luftwaffe aplastaría a los ingleses, que se iban a rendir en cuestión de horas.

—¿Horas? ¿Se han vuelto locos?

Albert Kesselring se encogió de hombros.

—Eso tendrás que preguntárselo tú a Hitler y a Goering, o al mismo Rundstedt.

Me sorprendí al oír el nombre del Mariscal. Recordé a aquel hombre chupado y distante que había conocido en Polonia. Como comandante del grupo de ejércitos Sur y superior de Manstein, me había parecido un militar brillante. Me extrañaba que pudiera estar implicado en una decisión tan estúpida. Kesselring seguramente había visto un brillo de estupor en mis ojos. Así que me dijo, en tono de confidencia:

—Rundstedt es el mando supremo de los panzer que, agotados, acaban de llegar al Canal de la Mancha. Mucho me temo que su preocupación se ha centrado en defender la supervivencia de sus hombres más que en ganar o perder en Dunkerke. Por ello, le ha seguido el juego a Goering y si este es tan imbécil como para pensar que va a derrotar moralmente a los ingleses a base de bombas... pues es cosa suya. Si no se gana en Dunkerke eso no ensuciará la hoja de servicios del viejo Mariscal. Todo el peso caerá sobre nosotros, los hombres de la Luftwaffe.

Y como me viera menear la cabeza, añadió:

—¿Quién sabe? Tal vez al final se obre el milagro y los ingleses se rindan.

Pero no iba a pasar algo semejante, sobre todo porque pronto quedó claro que el enfrentamiento entre los ME 109 y el Spitfire inglés no nos favorecía. Nuestros cazas, aunque poseían motores de inyección, y por tanto podían lanzarse a mayor velocidad contra el enemigo, lo cierto es que eran menos maniobrables y ágiles de los aviones ingleses. El Spitfire, cuando menos, conseguía estar a la altura de los aviones alemanes. Así pues, unos pilotos descansados y muy motivados porque estaban tratando de salvar a sus compañeros, se enfrentaban con aviones al menos tan buenos como los nuestros a unos pilotos alemanes que llevaban casi tres semanas sin dormir más de tres horas. El resultado fue el único que podía producirse. Las luchas sobre cielo de Dunkerke fueron terribles pero en ningún momento hubo un dominio aplastante alemán y los ingleses pudieron evacuar, no sólo a sus tropas, sino a buena parte de sus aliados, que seguirían luchando contra nosotros en diferentes frentes y continentes durante los años que siguieron.

Pero no fue una cosa fácil ni mucho menos para los ingleses. Hasta el día 29 no alcanzaron el punto de reunión en la costa; día y noche eran bombardeados, y el ejército alemán (sin los Panzer) convergía lentamente en su dirección. Pero demasiado lentamente.

Cada día que aguantaban los ingleses embarcaban entre 5 y 40 mil hombres en dirección a la seguridad de las islas británicas.

La Luftwaffe luchó denodadamente y las zonas de embarque de las tropas eran un infierno. Los aviones ingleses, liderados por esos pocos Spitfire con los que ahora contaban, luchaban en la medida de sus fuerzas, pero los bombardeos de los alemanes eran constantes y muchos ingleses morían a pie de playa, abandonados sus equipos, ametrallados por los los cazas que venían en vuelo rasante.

Miles de soldados sufrirían en los siguientes años estrés postraumático y enfermedades psiquiátricas de todo tipo, a causa de lo sucedido en las playas de Dunkerke, que fueron lo más parecido al infierno de Dante para los ingleses. Incluso circuló la leyenda urbana de que la RAF, su propia fuerza aérea, les había abandonado a su suerte, desarmados en las playas, para que los alemanes hicieran tiro al blanco.

Pero lo cierto es que los ingleses tenían el mismo problema que los franceses a la hora de dirigir a sus aviones a pesar del radar. A menudo los alemanes aparecían, hacían volar por los aires a un grupo de soldados en la playa, y se marchaban antes de que llegasen los aviones ingleses para defender a sus hombres.

Pero pese a todo lo anterior, la operación Dínamo fue un éxito total. Se rescataron más de 300.000 soldados cuando en el momento en que se planificó la expectativa era salvar como mucho 40.000, ya que los mandos aliados estaban convencidos que las tropas de tierra alemanas atacarían con los Panzer y cerrarían la bolsa. Pero no le hicieron. Un error del que Alemania se arrepentiría durante toda la contienda.

Sin embargo, todo aquello fue a posteriori. En aquel momento era tan grande la victoria en Francia

que habían alcanzado los alemanes, que nadie le dio demasiada importancia a que los aliados hubiesen salvado a todas aquellas tropas. Es más, los ingleses se sentían humillados, ya que habían acudido al continente para rechazar a los alemanes y habían salido corriendo 20 días después salvándose por los pelos de una derrota absoluta. En el bando alemán, el tiempo produjo el efecto contrario. Inicialmente se percibió lo sucedido como una gigantesca victoria, más allá del fiasco de Dunkerke. En aquel momento nadie en el alto mando pensó que aquella evacuación podía ser decisiva en la guerra mundial. Incluso días después no se hizo demasiado por frenar la operación Ariel, que evacuó otros 100.000 soldados al sur. Así, aunque parezca increíble, nadie se dio cuenta de la gigantesca derrota que se había producido en Dunkerke, y que podríamos haber capturado de un plumazo a la mitad del ejército inglés.

Udet, que sí se dio cuenta de aquel desliz imperdonable, estaba convencido de que Goering y Hitler iban a destituirle. Pasó dos días aterrorizado, encerrado en su despacho, bebiendo y tomando anfetaminas. Pero cuando despertó de la enésima borrachera, no recibió más que elogios por la labor de la Luftwaffe y de los aviones que él había ayudado a crear desde la oficina técnica.

Ironías del destino. O más bien el efecto de que tanto Hitler como Goering, pese a sus muchos títulos, eran militares aficionados.

—¿Recuerdas lo que te dije en Finlandia, a modo de conclusión, sobre los combates aéreos que allí se habían librado? —me preguntó Udet en un bar, aquella misma noche. Era mi último día de estancia en la segunda flota aérea de Kesselring.

Yo repetí sus palabras exactas:

—Dijiste: La aviación actualmente no sirve para destruir por sí sola al enemigo, su misión es debilitarlo moralmente y favorecer el ataque de las tropas de vanguardia.

Udet rió mientras se terminaba su copa.

—Tienes buena memoria, señor teniente Otto de las SS.

—Parece que nosotros no hemos aprendido la lección. Ni siquiera hemos aprendido de lo que hicimos, y muy bien, en Polonia.

—Exacto. Los aviones, por sí solos, no ganan batallas. Son un instrumento para la victoria de los ejércitos de tierra. En Polonia así lo hicimos, y ganamos. En Francia lo hemos vuelto a hacer, y hemos vuelto a ganar...

—Pero Goering y Hitler lo olvidaron en Dunkerke.

Una nueva copa estaba ahora delante del coronel general. Udet la miró y vio su rostro deformado reflajándose contra el cristal.

—Está guerra avanza aún más deprisa que los Panzer de Rommel y de Guderian. Nos falta perspectiva. Y al Führer más que a nadie. Respecto a Goering...

Udet desvió la vista a su derecha, luego hacia su izquierda, como si temiera que alguien nos estuviera escuchando.

—Hermann, mi viejo amigo, es un ser extraodinario, pero sus propias capacidades le impiden ver que sólo es un hombre: alguien que hace demasiadas cosas a la vez, y que ha perdido el control de todas ellas. Yo no debería ser el responsable de la oficina técnica. Los aviones que surgen de ella son lo que yo puedo entender, pilotar. La Luftwaffe necesita otros aparatos pero... ¿cómo escojerlos si no los entiendo? No sabría elegir un buen bombardero de larga distancia, algo que pronto vamos a necesitar, porque no soy piloto de bombarderos.

—¿Por qué no dimites, Ernst?

—¿Dimitir? ¿Y defraudar a Hermann? Antes me moriría.
Udet engulló una nueva copa y sacó de su bolsillo una pastilla de Pervitin.
—El mundo es un lugar extraño —me confesó entonces—. ¿Hasta cuándo durará mi suerte? ¿Cuándo se dará cuenta Hermann Goering, el gran hombre, que nuestros aviones pronto quedarán obsoletos o que ni con los nuevos aparatos que se están construyendo en Alemania vamos a ser capaces de enfrentarnos a los ingleses en su país? Mi fortuna no puede durar siempre, señor teniente Otto de las SS.
No supe qué decirle. Churchill había descrito en un discurso lo sucedido en la operación Dínamo como el "bendito milagro" de Dunkerke. Los ingleses no se podían creer que habían recuperado casi intacto su cuerpo expedicionario. Mientras, nuestros generales estaban encantados con lo sucedido, con todo el material que se habían dejado en las playas los soldados británicos y franceses durante su retirada y embarque: miles y miles de cañones, vehículos y artillerías, así como toneladas y toneladas de municiones. En aquellos momentos, en el alto mando alemán todo el mundo veía la situación de color de rosa y no advertían que alrededor del rosa se estaban formando ribetes de color negro.
Me despedí de Udet pensando que sólo él y yo éramos capaces de ver esa mancha oscura tiñendo lentamente nuestro futuro y el del Tercer Reich.
Cuando a principios de junio me incorporé de nuevo a la séptima división Panzer de Rommel, éste me hizo llamar a su despacho. Su voz era fría y en todo momento me habló de usted, como si yo fuera un teniente desconocido y ya no fuéramos amigos.
—Han asesinado a uno de mis ayudantes —me reveló, crudamente, sin preámbulos.
Me explicó que, poco después de mi marcha, había entrado a su servicio un nuevo ayudante en sustitución de Most, que había caído en la batalla de Arras, cosa que yo recordaba perfectamente. No en vano sospechaba que tras su muerte estaba la larga mano de Morgen.
El nuevo ayudante de Rommel había sido recomendado por parte de la familia de su esposa y guardaba un parentesco lejano con la misma. Era, pues, un primo en sexto o séptimo grado. Además, daba la casualidad que era de mi misma edad y complexión física, por lo que guardaba un cierto parecido conmigo, incluso en el tono de mi cabello, rubio oscuro, casi cobrizo.
Al segundo día de su estancia en el cuartel de la división alguien había entrado en la habitación donde dormía y lo había degollado.
—No soy tan tonto como para pensar que ese joven muchacho, un teniente de provincias en su primera misión de combate, se había hecho enemigos tan poderosos que alguien mandó un comando para asesinarle. —Cuando Rommel pronunció la palabra "comando" di un respingo que no pasó desapercibido al general. Entonces añadió:— Se han encontrado pruebas de que alguien golpeó al guardia de la verja exterior, luego hizo lo propio con el de la puerta del barracón, más tarde trepó hasta la ventana, la abrió en silencio y asesinó al muchacho mientras dormía. Y se marchó sin que nadie detectase su presencia. —Rommel me miraba con unos ojos fríos y penetrantes—. He observado en alguna ocasión cómo contempla con aprensión la presencia de algún Brandenburger y que siempre mira tras de usted, andando con pies de plomo como si temiera alguna cosa. Antes no le di importancia. No me gusta meterme en la vida de los demás. Pero, llegados a este punto, creo que debo preguntar: ¿tiene algo que explicarme, señor Weilern?
Yo estaba boquiabierto, pero tan pronto me recuperé de la impresión le hablé de Morgen, de aquella sombra que me perseguía desde Noruega. Rommel lo escuchó todo mientras levantaba la barbilla.

Estaba airado, no soportaba que alguien se hubiese colado para asesinar a uno de los suyos y todavía menos tener que dar explicaciones a su llorosa mujer, a la que me constaba que amaba con locura. Ahora tendría que explicarle que su primo había sido degollado como un animal. Porque una cosa era morir en combate y otra de aquella forma tan ignominiosa, absurda.

—Tendría que haberme explicado antes todo ese asunto del tal Morgen. Yo habría hecho algo para evitar…

—Respetuosamente, señor —le interrumpí—, ese hombre es un comando de Brandemburgo y está resuelto a asesinarme, aunque ya le he dicho que no sé la razón y tal vez no viva lo suficiente para descubrirla.

—Yo no estaría tan seguro. Ese hombre me ha ofendido, y no es una buena idea ofender a Erwin Rommel. Se lo puedo asegurar.

No sé si he explicado antes que Rommel provenía del arma de infantería. De hecho, en la Primera Guerra Mundial, se había distinguido él mismo como improvisado comando. No propiamente por infiltrarse tras las líneas enemigas, sino que, a causa de su enorme intuición y su inventiva, había tomado decisiones arriesgadas convirtiéndolas en victorias en la batalla de Caporetto. Incluso había sido condecorado por esas acciones al límite de lo acostumbrado, que es precisamente lo que hacen los comandos.

En realidad, Rommel utilizaba sus tanques como si fueran un comando de infantería, por eso le había sido tan fácil aprender a manejar una división Panzer e infiltrarse en territorio francés. Para él, cada tanque era como cada uno de los hombres de la pequeña unidad que había comandado en la Primera Guerra Mundial. Atacaban en masa, por sorpresa, y conseguían victorias cambiando constantemente de táctica, improvisando, creando situaciones que les daban ventaja aprovechando cualquier cosa que se encontraban en el camino.

Rommel conocía bien la mentalidad de un comando y, por extensión, la de Morgen.

—Tenemos una ventaja respecto a nuestro enemigo —me informó en ese momento el general bajando su barbilla y mirándome fijamente.

—¿Cuál es?

Rommel apretó las manos con tanta fuerza que sus falanges crepitaron. Estaba aún más enfadado por la osadía de Morgen de lo que yo había anticipado. Tuve la precaución de no hacerle partícipe de mis sospechas de que también estaba tras la muerte de su anterior ayudante, del teniente Most. Quién sabe cómo habría reaccionado el general. Ya estaba bastante enojado.

—Sabemos que ese comando de Brandemburgo suyo va a volver atacar. Ha llegado demasiado lejos y no creo que vaya a dejarlo vivo tras tantos esfuerzos. Así que no vamos esperar como corderos ante el sacrificio. —Sus puños se cerraron aún con más fuerza y golpearon la mesa—. La próxima vez que venga estaremos preparados.

Pero había una cosa que Erwin Rommel no habia calculado. Morgen sabía que, después de su último error, se había descubierto y que ahora le íbamos a estar esperando. Tal vez no cejara en su designio de matarme, pero a partir de ese momento se andaría con más cuidado.

Ahora tendría paciencia pero, al final del camino, tardase lo que tardase, volvería para asesinarme.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

<u>SUCESO: HITLER Y SU RESPONSABILIDAD EN DUNKERKE</u>
La orden de detener los Panzer cuando se iba a cerrar la bolsa en torno a las tropas aliadas partió de Hitler. Pero su responsabilidad es compartida con Goering y, en menor medida, con Rundstedt.

<u>LUGAR Y FECHA: DUNKERKE, 24 DE MAYO DE 1940</u>
El día 24 Hitler visitó en Charleville el cuartel del grupo de ejércitos A, que comandaba Gerd von Rundstedt y al que pertenecían las divisiones Panzer. Aunque ya estaba decidido a detener la ofensiva de los blindados y esperar a la infantería, Rundstedt estuvo de acuerdo, ya que quería preservar a sus hombres para atacar el resto de Francia. Goering, por su parte, deseaba que la Luftwaffe tuviese el protagonismo absoluto en la campaña y convenció al Führer de dejarle las manos libres en Dunkerke. Mucho se ha dicho sobre este error (sin duda gravísimo) y del hecho de que Hitler no escuchase a Von Brauchitsch y al estado mayor del ejército de tierra, que postulaban la necesidad de cerrar la bolsa y aplastar a los ingleses. Pero Brauchitsch no era una voz autorizada ya que se había opuesto a la idea de Manstein de una pinza a través de las Ardenas hasta el Canal de la Mancha. Nunca sabremos si el Reino Unido se hubiera rendido de cerrarse la bolsa. Probablemente no.

<u>CONSECUENCIAS: LA OPERACIÓN DÍNAMO</u>
En diez días se evacuaron unos 220 mil británicos y aproximadamente 130 mil franco-belgas.

8

LA INVASION DE FRANCIA Y LOS PAISES BAJOS
(Fase 2: Caso Rojo) (5 al 25 de junio)

XXVI

Hitler estaba esperando una visita. Acababa de trasladar su cuartel general de Felsennest a unas nuevas instalaciones en Brûly-de-Pesche, Bélgica, que habían sido bautizadas con el nombre de Wolfsschlucht, el barranco de los lobos. Hitler, en privado, usaba el apodo de Wolf (lobo) y, a lo largo de la guerra, muchos de sus cuarteles y otros lugares emblemáticos harían referencia en su nombre al "lobo" o a "los lobos". El primero de ellos, el barranco de los lobos, hacía un par de días que lo había inaugurado, después de visitar algunas de las localidades francesas recién conquistadas por su ejército.

—¿Ha llegado ya el general?

—Todavía no —repuso Kesselring, que le acompañaba aquel día mientras le informaba sobre las últimas operaciones de la Luftwaffe —. Creo que está al llegar.

Hitler asintió, distraído, mientras pensaba fugazmente en aquel valiente soldado que no hacía ni una semana había sido condecorado con la Cruz de caballero. Pero su mente divagó de forma inmediata hacia las cifras y datos que le estaba ofreciendo Albert "el sonriente" y, poco a poco, comenzó a abstraerse también de estas, de las palabras monótonas que Albert iba desgranando, para reflexionar acerca del momento presente.

Seguían sucediendo demasiadas cosas y algunas todavía fuera de su control. El ejército alemán avanzaba deprisa y a menudo una posición no había sido todavía marcada como conquistada en los mapas, cuando se recibían noticias de que los ejércitos alemanes estaban todavía más allá. El ejército francés se desmoronaba de una manera casi incomprensible. Eso en principio era una buena cosa, por supuesto, pero precisamente la tremenda superioridad con que Alemania estaba derrotando a sus enemigos había puesto en juego nuevos peones en el gigantesco tablero de juego de la diplomacia. Mussolini, poco tiempo atrás reacio a entrar en guerra, de pronto parecía estar interesado y, lo que era más grave, quería hacerlo de inmediato, antes de que Francia se colapsase definitivamente.

El Führer, en el pasado estuvo interesado en que el Duce de la Italia fascista le apoyase en su cruzada contra los plutócratas occidentales, pero ahora tenía miedo de que las tropas italianas fracasasen en las fronteras alpinas que separaban su país de Francia. Sus generales no tenían muy buena opinión del ejército italiano, que ya fracasara estrepitosamente la Primera Guerra Mundial y podría volver a hacerlo en esta guerra de liberación alemana, pues así la seguía llamando en privado Hitler, que se negaba a reconocer que este nuevo conflicto era la Segunda Guerra Mundial.

—Tengo un mal presentimiento con todo esto de Mussolini —musitó Hitler para sus adentros pero sin darse cuenta de que lo estaba haciendo en voz alta.

—¿Decía, mi Führer? —repuso Kesselring, interrumpiendo su enumeración de las cifras de la batalla de Dunkerke.

—No, nada. Pensaba en voz alta. —A Hitler no le interesaban demasiado los datos del general acerca de aquella batalla, tenía la mente todavía puesta en la Italia fascista pero aquel hombre, que era todo intuición y estaba dotado de una gran capacidad para saltar de un tema a otro, añadió—: ¿Hice mal en dejar en manos de la aviación el cerco de las tropas aliadas? ¿Debí dar la orden de atacar Dunkerke con las divisiones Panzer de Guderian, Rommel y Reinhard?

Kesselring tragó saliva. Llevaba un buen rato enumerando datos hinchados acerca de aviones

derribados y material capturado, intentando evitar aquella cuestión. Evidentemente, la Luftwaffe nunca estuvo en disposición de realizar la tarea que le habían encomendado. En aquel momento, el alto mando alemán barajaba que unos 90 o 100,000 soldados habían escapado durante la evacuación en diferentes tipos de embarcaciones. No podían imaginar que superaban los 300,000 y, aún así, algunos mandos como Kesselring eran ya conscientes de que aquella batalla había sido una pequeña victoria táctica a costa de una gigantesca derrota estratégica.

—Yo no puedo saber con seguridad qué habría sido mejor mi Führer. Yo me limito a obedecer las órden...

Por suerte para Kesselring, en ese momento se abrió la puerta y un secretario anunció la llegada del oficial que llevaban esperando un buen rato.

—El general de brigada Erwin Rommel —anunció el secretario con voz ronca haciendo entrechocar sus talones y levantando el brazo en alto.

Hitler fue al encuentro de Rommel y le estrechó una mano efusivamente.

—No sabe cuánto nos hemos preocupado por usted en el alto mando mientras avanzaba detrás de las líneas enemigas.

—Para mí ha sido toda una aventura… y también un honor —dijo Rommel inclinando levemente la cabeza.

—Me tiene que explicar hasta el último detalle —rogó el Führer y entonces, volviéndose hacia su izquierda añadió:— ¿conoce usted al general Kesselring?

Hitler no podía imaginar que estaba presentando a dos hombres destinados a convertirse en el futuro en mortales enemigos.

El traidor estaba en el cuartel de Brûly-de-Pesche desde hacía unas horas. Había entregado su último a Keitel, su superior directo, y al Führer, con el que había hablado unos minutos, como hacían a menudo. Estaba a punto de irse cuando tuvo ocasión de contemplar por un breve instante la conversación que iniciaba Hitler con Rommel.

—Usted y Guderian han conseguido para Alemania una gran victoria —le felicitaba en ese momento el Führer, acercándose apenas un palmo a la cara del general Rommel, ya que pensaba que la cercanía de su presencia era de por sí un honor—. Pero aún han de llegar jornadas más gloriosas. No son estos nuestros campos catalaúnicos.

A Hitler le encantaba aquella batalla que enfrentó a los romanos y a los hunos en el año 451 D.C. Siempre la tenía presente, ya que había sido una resonante victoria de occidente frente a las hordas eslavas de Atila, unas hordas eslavas que Hitler soñaba con destruir en su propia batalla de los campos Catalaunicos. El traidor se dio cuenta de que el Führer estaba hablando de una futura gran guerra contra Rusia, aunque de esa forma críptica y filosófica de diletante con la que siempre explicaba las cosas, sin que le importase que su interlocutor le entendiese. De hecho, el traidor no tenía claro que Rommel hubiese percibido de que le hablaba de una futura guerra contra el gigante bolchevique.

—Oh, sí claro, por supuesto —aseveró Rommel, mientras acariciaba la Cruz de caballero que había recibido pocos días antes.

Luego comenzaron a hablar de la conquista del resto de Francia, el caso rojo, y el general le explicó cómo habían ido los últimos combates de la séptima división Panzer en Lille antes del merecido descanso que se habían tomado sus turingios (así los llamaba Rommel por proceder casi todos sus hombres de esa región de Alemania) mientras la Luftwaffe bombardeaba Dunkerke.

—Mañana comenzará el caso rojo y espero de usted las mismas resonantes victorias que en la primera parte de esta campaña. Francia tiene que hincar la rodilla cuanto antes.

—Haré todo lo que esté en mi mano, mi Führer.

Rommel admiraba a Hitler y creía firmemente que era el caudillo que necesitaba Alemania, más allá de algunos excesos y tics propios de los grandes hombres. Cosas sin importancia. El traidor podía distinguir la admiración en el rostro de Rommel y esbozó un gesto de náusea. Alguien le tocó un brazo, invitándole a salir.

Se volvió y reconoció al doctor Morell, que siempre estaba alrededor de Hitler, como una mosca en torno a un montón de estiercol.

—El Führer está ahora reunido. ¿Quería hablar con él más tarde o…?

—No, estaba buscando la salida. Este nuevo cuartel es tan intrincado y tiene tantos barracones y subterráneos que creo que me he perdido.

Morell rió y le indicó el camino con un gesto de lamano. Pero antes de marcharse el traidor tuvo la oportunidad de contemplar el gesto de Kesselring, que atendía en segundo plano la conversación

entre Hitler y Rommel. Pudo reconocer la misma mueca de asco que él mismo había compuesto, pero tardó un instante en darse cuenta de que no era hacia Hitler sino hacia Rommel. Incluso en el propio Rommel creyó ver el mismo gesto hacia Albert Kesselring. Tal vez ellos ni siquiera se habían dado cuenta pero se habían caído mal de forma inconsciente, por pura química. A veces hay personas que sin ninguna razón aparente están destinadas a ser enemigos porque hay algo dentro de ellos que les impele a tener una mala relación con la otra persona. Son seres contrarios, antagónicos. El traidor decidió apuntar mentalmente aquel suceso por si en el futuro podía serle de ayuda. Nunca sabe uno qué tipo de información puede serle útil un día. Lo mejor es tener el mayor número de nformación posible y luego decidir cuál debe usarse y cuál no.

—El Führer lleva todo el día hablando de batallas —le informó Morell cuando llegaban a la salida del barracón y enfilaban hacia los bunkers que perlaban el Barranco de los Lobos—. Ahora está con el tema de los Campos Catalaúnicos, los romanos y los hunos, pero por la mañana fueron las batallas de aniquilación, Sedán y Tannenberg.

Para Hitler, estas dos últimas batallas eran también decisivas en la historia de la guerra porque, junto a Cannas, eran las tres batallas en que la doctrina de Vernichtungsgedanke o teoría de la aniquilación, se había llevado a cabo de forma brillante. Y se mostraba especialmente feliz de que en las dos últimas hubiesen sido protagonistas los alemanes. Tal vez por eso los militares del Reich amaban tanto las batallas de aniquilación, porque dos de sus grandes victorias históricas se habían producido utilizando un sistema que, en el fondo, era el padre de la guerra relámpago que se estaba probando en Francia.

—El Führer es un hombre ilustrado, un caudillo con unos conocimientos militares y una memoria sorprendente —repuso el traidor, sabedor que delante de los ayudantes del Führer o del buen doctor no se debía escatimar en elogios.

Pero mentalmente pensaba: ese hombre es un idiota diletante, un imbécil que dirige los ejércitos en base a dos libros de historia de la guerra que leyó siendo un escolar. Por eso hemos perdido en Dunkerke y, por eso, perderemos esta guerra mundial.

Y de pronto comprendió que era una suerte que Hitler fuese un diletante en cuestiones militares y que si hubiese impuesto a Von Brauchitsch y al alto mando en Dunkerke, porque si esos 350.000 soldados británicos y franceses estuvieran ahora prisioneros, nadie podría frenar a Hitler en su conquista del resto de Europa continental, de Inglaterra e incluso un día del norte de África hasta Suez.

—Qué suerte tenemos de las decisiones militares que toma en base a sus conocimientos nuestro Führer —dijo pues el traidor, con la más profunda sinceridad.

Continuaron su avance. Morell le explicó que los muchachos de la organización Todt había encontrado aquel pueblo, Brûly-de-Pesche, y habían decicido construir allí el cuartel general que demandaba el Führer, uno aún más cercano al frente. Y habían echado a patadas a sus más de 200 habitantes. Le mostró una antigua iglesia que ahora era el cine privado del Führer. El campanario había sido derribado para hacer un depósito de agua. Luego, orgulloso, le mostró el resto de instalaciones del Barranco de los Lobos, desde la Casa de Té al edificio de la administración del cuartel.

Entretanto, siguieron hablando de las victorias en Francia, y al traidor se le veía feliz, defendiendo las decisiones del Führer y congratulándose de su liderazgo. Morell no podía imaginar, por supuesto, que se congratulaba porque pensaba que era un liderazgo lamentable y conduciría al Tercer Reich a la derrota.

—Hasta pronto, almirante —Morell se despidió con una sonrisa a la entrada del complejo, algo sorprendido todavía por la vehemencia del traidor en su defensa de Hitler, ya que no lo tenía entre los admiradores más fervientes del líder nazi. Pero llegó a la conclusión de que la victoria en Francia estaba haciendo que cualquier duda desapareciese en las mentes de muchos militares hasta ahora reluctantes. El buen doctor estaba feliz de contemplar que se hacía justicia a un hombre tan excepcional como aquel. Por fin todos se daban cuenta de la grandeza del Führer.

Pero en realidad el traidor abandonó Wolfsschlucht repitiendo una y otra vez para sus adentros: “gracias a decisiones como las de Dunkerke... un día podré destruirte, Adolf Hitler”.

El traidor bajo del avión que le había traído desde el cuartel del Führer en Brûly-de-Pesche. Mientras caminaba por la pista de aterrizaje decidió que ordenaría a su chofer que le llevase a la sede del Estado mayor de la Wehrmacht. Por uno de esos azares de la vida y de la guerra, la organización que dirigía el traidor compartía edificio en la Tirpitzufer nº 72 con la sede central de los ejércitos alemanes, esos mismos a los que quería frenar a cualquier precio para acabar con el imperio de Hitler.

Todavía estaba pensando en la forma diletante en que el Führer llevaba todos los asuntos de Estado cuando de pronto encontró irónico un asunto que casi le hizo soltar una carcajada: las dos agencias de espionaje e inteligencia que operaban en el Reich las dirigían dos hombres como Schellenberg y él mismo... dos hombres de lealtad, cuando menos, dudosa. Porque mientras Schellenberg dirigía el contraespionaje de las SS, el traidor era el responsable de la Abwehr, la inteligencia militar.

En todos los demás países, los encargados de los servicios de inteligencia y espionaje eran siempre personas de la máxima confianza, creyentes devotos en el sistema de gobierno de esa nación, fuera este cual fuese. Pero Hitler, desde el principio, había gobernado a base de corazonadas de aficionado. Cuando en 1935 su predecesor en el cargo en la Abwehr, Conrad Patzig, pronunció su nombre como principal candidato a la sucesión, Hitler no hizo nada por impedirlo. No se paró a pensar que los servicios de espionaje tienen que estar en manos de gente de una fidelidad intachable, de un colaborador y un seguidor nazi desde los primeros tiempos, por ejemplo, y no de un hombre como él que jamás había simpatizado con el partido.

Lo mismo había sucedido, aunque en menor medida, con Schellenberg. En lugar de poner al frente del servicio de contrainteligencia de las SS, el otro nido de espías nazi, a un fanático seguidor de Hitler, habían colocado a un arribista como Schellenberg, un hombre cuyo único objetivo en la vida era sobrevivir a la guerra mundial, pasárselo lo mejor posible y acostarse con cuantas mujeres pudiera. Un tipo sensual a todos los niveles, alguien que quería disfrutar de la vida en la medida que le fuera posible. Describir a Schellenberg era complicado, y acaso estuviera siendo demasiado duro con Walther y sus motivaciones personales, pero fuera como fuese realmente aquel hombre extraño, el caso es que no era un nazi. Así, por increíble que pareciera, dos de los servicios críticos y esenciales de cualquier país, los del espionaje y la inteligencia, estaban fuera de las manos de Hitler y de su círculo más íntimo. Los había dejado en manos de un anti nazi como él y de Schellenberg, un hombre que no era “anti” ni “pro” nada, salvo acaso “pro” sí mismo. Un verdadero suicidio para el Tercer Reich.

—Los errores de ese hombre al final acabarán con él —sentenció en voz alta el traidor con una sonrisa en los labios.

Porque desde que llegó al servicio de inteligencia y, especialmente, a partir de 1938, dio órdenes precisas que no se emplease a miembros del partido nazi entre sus hombres, sobre todo en labores de responsabilidad.

El 1 de enero de 1939 informó a varias decenas de sus principales colaboradores que había que evitar por todos los medios la victoria del Tercer Reich en la guerra que en pocos meses estaba seguro que iba a estallar. Como nadie se había dado cuenta de que su organización se había ido llenando de gentes que no eran nacionalsocialistas, tal vez los últimos en Alemania, su orden no se filtró fuera de servicio de inteligencia y pudieron seguir planeando la caída de Hitler desde dentro del Estado, sin cortapisas. Cada uno de los aproximadamente 60 altos cargos de la Abwehr sabía que su verdadera misión era derrocar Adolf Hitler. Esos 60 hablaron con las dos o tres personas de su máxima confianza y las hicieron partícipes de la increíble verdad: el servicio de inteligencia y espionaje alemán tenía como misión principal la derrota de Alemania. Sorprendentemente, tampoco se filtró la verdad esta vez porque ni las secretarias ni los ayudantes de esos 60 hombres eran nazis. Aproximadamente unas 200 personas conocían en todo servicio de inteligencia que eran todos unos traidores. El resto del personal, miles de ellos, que trabajaban para la Abwehr, pensaban que lo hacían para la grandeza de Alemania y la victoria final de Hitler.

La sencillez de aquel plan le había permitido controlar las diferentes ramas de su organización a través de una serie de funcionarios, corruptos al régimen, pero profundamente patriotas. Ellos estaban dispuestos a entregar la vida por traicionar al Führer.

Así, el departamento 1 de la Abwehr se dedicaba a los servicios propios de un servicio de inteligencia. El departamento 2 se dedicaba a la subversión. El departamento 3 a la contrainteligencia. El departamento 4 era una unidad especial de combate que se dedicaba al sabotaje detrás de las líneas enemigas y que era conocida como los Brandenburger o comandos de Brandemburgo.

Al pensar en los Brandenburger le vino a la memoria la misión de Morgen. Recordó que hacía días que no tenía ninguna noticia de su hombre, y de hecho le sorprendía que no hubiese regresado ya con la noticia de la muerte de Otto Weilern. Era extraño que le costase tanto acabar con aquel muchacho.

Mientras pensaba en todas estas cosas, alcanzó su limusina, que estaba aparcada al final de la pista, y entró en el vehículo antes de que el chófer pudiese descender y abrirle la puerta.

—Llévame a la sede central de la Wehrmacht en...

El traidor no acabó la frase. Le interrumpió un repiqueteo. Alguien estaba golpeando la ventanilla del vehículo. El traidor se volvió sorprendido y bajó el cristal. Una mujer rubia de facciones cuadradas muy marcadas que le sonreía.

—Necesito hablar con usted.

—Señorita, me temo que me confunde con otra persona —repuso el traidor.

—¿Es usted el almirante Canaris?

El traidor miró con más cuidado a la mujer. El rostro de pronto le resultó conocido. ¿La había visto alguna vez en su vida? No, o tal vez… A su memoria acudió un grupo de fotos de las muchas que sus espías le enviaban por diferentes asuntos. A aquella mujer la había visto antes sí, pero en una foto. ¿En que foto?

—Sí, soy Wilhelm Canaris.

—Y yo soy Mildred Gillars. —Como la mujer vio que aquel nombre, aunque le sonaba al almirante, no terminaba de situarla, le dio la pista definitiva—. Soy la pareja, la compañera si prefiere, de Otto Weilern.

Canaris se quedó estupefacto. Y todavía más cuando la mujer añadió:

—Necesito trabajo, almirante. Y también necesito hacerle entender que Otto Weilern no es una

amenaza. He pensado que tal vez podamos llegar a un acuerdo sobre ambos temas.
El cerebro del almirante funcionaba toda velocidad. Todavía no sabía qué podía esperar de aquella conversación, pero abrió la puerta e hizo un gesto a aquella mujer para que entrase.
—La siguiente conversación no debes oirla —ordenó entonces a su chófer, que cerró la plancha acristalada que separaba las dos zonas de la limusina.
Mildred y el traidor se contemplaron casi un minuto en silencio. Ella vestía un traje de tweed verde muy ajustado. Él su traje blanco de Almirante. Aunque ahora ya no servía en el arma naval, Canaris siempre vestía como si siguiera siendo un hombre de la Kriegsmarine. Consideraba que había entrado al servicio del alto mando de la Wehrmacht para acabar con Hitler. Cuando lo hubiese logrado, volvería a ser un marino.
—¿Qué piensa de mi propuesta?
—Todavía no pienso nada porque no he oído ninguna propuesta: sólo una idea vaga acerca de un intercambio de favores. Si usted está aquí dentro es porque estoy abierto a continuar escuchando.
Mildred asintió y tragó saliva.
—En primer lugar, quiero que suspenda la orden de ejecutar a Otto. Si llegamos a un acuerdo, claro.
El traidor se mostró de acuerdo aunque dejó muy claro que no tenía la certeza de que su hombre fuese obedecerle.
—En segundo lugar, quiero trabajar en el cine. Bailó muy bien y tal vez podría…
—No puedo conseguirle un puesto en el cine. —Canaris estuvo a punto de decirle el por qué. Era demasiado fea y demasiado mayor para ser una heroína de las películas nazis de propaganda que ahora estaban de moda. Pero en lugar de decir una verdad que Mildred no necesitaba oír decidió ofrecerle una opción. Después de todo, aquella mujer tenía una voz bonita—. Pero tal vez sí pueda conseguirle un puesto en la radio, incluso en un poco tiempo un puesto estelar si usted lo vale. ¿Le gustan las radionovelas?
—Me encantan, almirante.
Mildred comenzó a soñar en convertirse en una estrella de la radio. En aquel momento, la radio alemana era su principal pasatiempo. No tenía dinero para ir el cine y se pasaba el día oyendo radionovelas, programas de música y de opinión, especialmente los programas de propaganda destinados a oyentes ingleses protagonizados por William Joyce, popularmente conocido como Lord Haw Haw. Mientras Mildred soñaba, Canaris dio un golpecito en el cristal del chofer y éste puso el coche en marcha, comenzando su avance hacia la Tirpitzufer, que estaba muy cerca del Tiergarten, el gran parque por el que el almirante paseaba a caballo siempre que le era posible. Entonces, se le ocurrió que allí podrían seguir hablando con mucha mayor intimidad.
—Ahora ya sabemos lo que yo puedo hacer por usted, señorita Gillars. Tal vez sea el momento de que me explique lo que usted puede hacer por mí.
Media hora después, Canaris y Mildred paseaban por el parque, conversando todavía animadamente acerca de su acuerdo secreto. El almirante había tardado en entender en qué consistía exactamente el ofrecimiento de la americana, pero por fin había terminado por verle una cierta utilidad.
Habían llegado a un compromiso. Un extraño acuerdo que tardaría aún mucho en revelarse y que, con el tiempo, pondría en peligro la vida de ambos.
—Yo soy una mujer nacionalsocialista, almirante. Creo en Adolf Hitler y en su causa. Pero todo eso del proyecto Lebensborn, lo que quieren hacer con Otto. Eso no lo voy a permitir. Es un error. Pero tampoco quiero que muera, que le maten antes de qué sepamos si todo eso que pretende Heydrich es

posible. Otto es un buen muchacho. Usted no puede saber hasta qué punto es un buen muchacho.
Canaris se detuvo un instante y miró en dirección al horizonte, que amenazaba tormenta.
—Voy a dar orden a mi hombre para que suspenda el ataque al señor Weilern. Sería la segunda vez que lo hago y ya la vez anterior estuvo a punto de desobedecerme. Por ello, aunque esta conversación ha sido muy instructiva, ya le dije que dudo seriamente…
—En caso de que Morgen decida rebelarse —le interrumpió Mildred—, hemos elaborado un plan alternativo para salvar a Otto.
Morgen se enfrentaba a muchos enemigos, pero era tan sobresaliente en su trabajo que no les sería fácil derrotarle, fuese cual fuese ese plan. Pero no era el que dudase de que pudieran frenar a Morgen lo que llamó la atención del almirante.
—Ha dicho "hemos" —murmuró Canaris con una sonrisa—. ¿Cómo me dijo que había conocido mi identidad, el ataque contra el señor Weilern por parte de mi comando de Brandemburgo o mi deseo de frenar todo lo relacionado con el porpio Weilern y el proyecto Lebensborn?
—No le he dicho cómo había llegado a mi conocimiento todo ese asunto.
—Ya entiendo —repuso Canaris, mirando en dirección a las colinas por las que a menudo cabalgaba. Entonces añadió—: ¿Sabía que a menudo monto a caballo por estos bellos parajes?
—No lo sabía, almirante.
—Antes lo hacía los martes, pero últimamente lo he pasado a los miércoles para poder coincidir con un amigo. Es un hábil conversador, un hombre inteligente, tal vez algo entrometido el muy canalla.
Canaris miró a los ojos a la mujer. Mildred los bajó inmediatamente.
—No entiendo por qué me explica esto, almirante.
Canaris se caló su gorra. Comenzaba chispear.
—Ah, divagaba, sólo divagaba. Soy un poco mayor, ¿sabe? Cosas de viejos. Pero bueno, ya que estamos, dígale a Schellenberg de mi parte que este miércoles no podremos cabalgar porque tengo una reunión con Keitel y el estado mayor de la Wehrmacht. Dígale que por una vez podría hacer el esfuerzo y quedar en martes. Él ya sabe que a mí los martes me vienen mucho mejor.
Mildred estaba boquiabierta.
—Yo…, yo no se a qué se refiere… no tengo ni idea...
—Así pues, el martes. No se olvide de decírselo a Walther.
Y tras hacer una leve inclinación de cabeza, el almirante Wilhem Canaris se dio media vuelta y se marchó camino de su limusina.
El traidor sonreía de oreja a oreja.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)
[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

El Caso Rojo, la segunda parte de la ofensiva, que pretendía tomar el resto de Francia, tuvo muy poca historia. Weygand, el nuevo comandante en jefe de las fuerzas francesas, tomó posesión de un ejército prácticamente ya derrotado. Moralmente, el soldado galo había sufrido una humillación tan inesperada que su capacidad de lucha, ya de por sí pobre, terminó por desvanecerse en la nada. Aún así, Weygand intentó reorganizar los restos de sus tropas mientras los ingleses se retiraban embarcando en las playas camino de su isla.
El comandante en jefe francés había calculado que la ofensiva alemana sería el 10 de junio. Estaba preparando una estrategia con la que pretendía emboscar a los Panzer cuando penetrasen en solitario en las líneas francesas, tal y como hicieron durante el caso amarillo. Una vez más, los planes franceses resultaron erróneos. Porque el caso rojo no tenía como objeto usar en punta de lanza a los Panzer de Rommel y Guderian para crear otro genial golpe de hoz que cortase en dos a los ejércitos enemigos. Ahora, el territorio por el que se avanzaba era en su mayor parte llano y la infantería podía acompañar a poca distancia a los tanques y a las divisiones acorazadas. Además, los alemanes se adelantaron al plan Weygand y el 5 de junio ya habían vuelto a la ofensiva. Los franceses no estaban preparados y se habían equivocado de nuevo en la estrategia, por lo que esta segunda parte de la contienda tampoco se desarrolló de una forma satisfactoria.
Otra derrota se cernía sobre ellos.
Aunque los franceses lucharon desesperadamente con sus últimas tropas, el frente se hundió. Además, Weygand era otro anciano como su antecesor Gamelin, otro héroe de la gran Guerra de 1914 de reflejos lentos e ideas anticuadas.
Los restos de la línea Maginot fueron tomados o sobrepasados por los alemanes, que campaban ya por las llanuras de la Champaña hasta el Marne. Pero lo cierto es que los franceses que combatían en el “agujero” (Le Trou), que es como los franceses llamaban a la línea Maginot, venderían cara su derrota. Muchos fuertes de Le Trou cayeron a las primeras de cambio, pero en otros seguirían sus responsables luchando incluso hasta después de terminada la batalla de Francia. Sólo se rendirían cuando varios generales franceses llegaron en persona a pedirles que depusieran las armas. La Línea Maginot, el orgullo de Francia, la fortaleza inexpugnable que debía salvaguardar al país, no tuvo ninguna importancia, ni táctica, ni estratégica, en la guerra mundial. Además, el efecto moral sobre los galos fue desastroso.
La situación fue algo muy similar a lo que le sucediera Napoleón en la batalla de Waterloo. Cuando el grueso del ejército del pequeño corso vio retirarse a la élite del ejército francés, la Vieja Guardia (los mejores soldados de Francia), huyeron en desbandada. En la Segunda Guerra Mundial, cuando la línea Maginot fue superada y prácticamente ninguneada por los alemanes, el resto del ejército francés e incluso la población civil se sintieron tan desvalidos y derrotados como los napoleónicos mientras la Vieja Guardia retrocedía en Waterloo. No gritaban como entonces incrádulos “¡le garde recule!” pero era casi como si estuvieran diciendo la misma cosa.
Gritaban acaso lo que aquella mujer que nos encontramos Rommel y yo al principio de la campaña, la que nos confundió con ingleses y al descrubir que éramos alemanes huyó despavorida:

¡Son los bárbaros! ¡Han ganado los bárbaros!, repetía, levantando los brazos mientras corría hacia su aldea.
Y así era: nosotros, los bárbaros, habíamos vencido.
Mientras la guerra se ganaba yo estaba junto a Rommel en el Somme. Desde allí no me pareció que la victoria fuese nada fácil. La séptima división combatía sin descanso contra diversas unidades de valientes franceses. Pero sólo con valentía no se ganan las guerras, y continuamos nuestro imparable avance como en la primera fase de la batalla de Francia. 40,50, o 60 y hasta 100 km al día penetrábamos como un cuchillo en las defensas galas.
—¿Sabes que nos llaman la división fantasma? —me explicó Rommel, mientras avanzábamos a campo a través evitando pueblos, barricadas y los nudos de comunicación principales, para que nada ni nadie detuviese nuestro avance.
—No lo sabía. ¿Nos llaman así los franceses?
—No, lo hacen nuestros propios mandos.
Le miré sin entender.
—Es porque se nos ha estropeado la radio. —me confesó con una sonrisa. El resto de la tripulación del Panzer III rió la gracia.
—¿Se le ha estropeado la radio a todos los tanques, a todos los mandos régimentales de toda la división?
—Sí, es un misterio —añadió Rommel, todavía con una sonrisa en los labios—. Pero en el fondo es una suerte. Ahora no podrán ordenarnos que nos detengamos como en Dunkerke si alguien se caga los pantalones y tiene miedo de que sigamos atacando.
Ahora estaba todo claro. Rommel había dado orden de cortar las comunicaciones y, ni siquiera el alto mando del cuerpo de ejército, Rundstedt o Keitel o Hitler en persona, podían comunicarse con la 7ª división, con nosotros, que avanzábamos invisibles como fantasmas a través de las líneas enemigas. Los franceses no podían detenernos, los alemanes no sabían a menudo ni dónde estábamos. Erwin estaba resuelto a evitar que la incompetencia de terceros lastrara sus victorias. Oficialmente, sin embargo, Rommel siempre sostuvo que la radio fallaba mucho y de forma inexplicable, especialmente por la noche, y que la pérdida de comunicación era casual, debido al fragor de la batalla. Lo curioso es que estos problemas le sucedieron únicamente a él. El resto de divisiones tenían algunos inconvenientes (los habituales en la guerra) pero al cabo de unas horas o un día a lo sumo conseguían contactar con sus superiores. En una ocasión se lo hice notar. Tal vez en el alto mando acabarían sospechando que lo hacíamos a propósito.
—Lo que me dices es un misterio. —Se encogió de hombros y volvíó a sonreír—. Tal vez hayamos pasado por una zona que ha estropeado nuestros equipos de radio. Cuando acabe la campaña los haré revisar personalmente. Y respecto a que sospechen que soy yo quien prefiere no estar en contacto con mis superiores, que lo hago por propia voluntad... —hizo una larga pausa e inspiró hondo—... podrán sospechar cuanto quieran, pero no probarlo.
En aquellos días terminé de trabar amistad y de conocer a Erwin Rommel. Como muchos otros grandes hombres de la guerra mundial, como Manstein, como Doenitz, era poco hablador y le gustaba escuchar más que parlotear si no tenía nada que decir. Además, era una persona monotemática. Su obsesión era la guerra y sólo hablaba de la guerra. Cuando tenía un rato libre y de ocio, leía libros de historia militar. Incluso cuando hacía bromas con los soldados era sobre balas de artillería, sobre un tanque que no funcionaba o sobre las líneas de comunicación que se habían cortado

(inexplicablemente) para convertir su división en un grupo fantasma. Era un hombre completamente entregado a su designio de ser uno de los más grandes generales de la historia y parecía que en su mente no había espacio para nada más.

Bueno, tal vez exagero. Una vez al día dedicaba un rato de su tiempo a escribir a su esposa y estaba relajado, con una mueca bondadosa en los labios mientras escribía a su Lucy. En una ocasión o dos pude ver por casualidad parte del contenido de las cartas, ya que a menudo se las dejaba a medio escribir encima de una mesa. Por increíble que parezca, la práctica totalidad de la misiva hablaba de temas militares, de cómo iba la campaña y de cuándo esperaba que se terminase tal o cual ofensiva. Aunque a menudo hablaba de volver a estar juntos, era en el marco de un párrafo sobre una batalla sobre el conjunto de la campaña. Cuando esta terminase podrían reunirse otra vez y entonces Rommel volvería a la rutina de la paz. A saber: trabajar intensamente en su condición física para ser uno más y estar preparado para avanzar junto a sus hombres, leer libros de historia militar, entrenar, esquiar por si debía batallar en la nieve y fotografiar con su cámara Leica.

Por supuesto, sus fotografías también versaban en casi todos los casos de asuntos militares y como ya dije al principio de mi narración del caso amarillo, durante la batalla de Francia Rommel tomó miles y miles de fotos, cuyo objetivo principal era el poder estudiar los errores que cometía para mejorar y ser todavía un mejor general en la siguiente campaña.

Jamás se vio un hombre más entregado a su oficio de soldado que Erwin Rommel. Por tanto, tal vez deba modificar mi aserto inicial de que era un genio, un hombre extraordinariamente dotado y que tenía el Fingerspitzzengefuhl (un sexto sentido). Tal vez fuera todo lo anterior, en todo o en parte, pero la principal virtud de Rommel era una capacidad de trabajo infinita. De ella partían en verdad todas sus victorias.

El 12 de junio tomamos St Valery-en-Caux. Allí hicimos prisionera la 51st Highland Division del general Fortune. Todavía quedaban unas pocas unidades inglesas en territorio francés y Churchill intentaba evacuarlas. Entretanto, nosotros corríamos hacia el sur de la costa atlántica, tomando los últimos puertos franceses y derrotando a cualquier enemigo que no hubiese embarcado ya camino del Reino Unido.

El 18 de junio tomamos Cherburgo y el 19 brest, ya que Hitler estaba especialmente interesado en que terminásemos nuestra persecución de los ingleses y cerrásemos hasta el último puerto del Atlántico por el que pudieran seguir escapando.

En Cherburgo huyeron oficialmente los últimos ingleses que quedaban en Francia. La misión de los franceses que nos encontramos aquel día era sencillamente entorpecer nuestro avance y permitir en lo posible el embarque de sus aliados. Pero con un país ya prácticamente derrotado no opusieron demasiada resistencia.

La división fantasma de Rommel, la séptima Panzer, había terminado su servicio. Aproximadamente unos 700 muertos y 1500 heridos a cambio de derrotar junto a Guderian y a otros líderes de blindados a un país entero. Rommel capturó en solitario 100.000 prisioneros. Fue uno de los éxitos más resonantes de toda la guerra

Pero no fue el único, ya que los alemanes habían causado estragos en todas las líneas del frente. Sin ir más lejos, cuatro días antes había caído París y, el 17 de junio, el nuevo jefe de Estado, Petain, informó por radio a los franceses que habían comenzado las negociaciones para terminar con la guerra en suelo francés. No utilizaba en ningún momento la odiada palabra “rendición” en su mensaje radiofónico, pero todo el mundo lo había comprendido.

Francía se rendía.
Cuando el día 21 se informó que cesaban las hostilidades, Rommel vino a verme sin saber que pronto y ya para siempre iba a a ganarse el sobrenombre del “zorro del desierto”. Pero entonces era sólo el general Rommel, y él la séptima Panzer debían dirigirse hacia el sur para tomarse un merecido descanso. Así pues, nuestro tiempo juntos en el marco de la operación Klugheit, tocaba también a su fin. Mas Erwin Rommel, al que ya por entonces consideraba un amigo, no sólo había venido a despedirse. Quería hablarme de Morgen.
—No hemos podido capturarle —me reveló.
Como ya había anticipado días atrás, después de degollar a un ayudante de Rommel y presumiblemente hacer saltar por los aires a otro, ahora Morgen andaba con pies de plomo. No quería cometer más errores y no se había dejado ver más que lo imprescindible. Sin duda había aguardado camuflado no muy lejos, esperando su oportunidad de matarme, como hizo en Noruega. Pero con todo el cuidado del mundo. La paciencia le permitiría acabar conmigo. Y ambos lo sabíamos.
—No sé porqué, pero lo suponía, general.
Durante días, habíamos jugado al juego del gato y el ratón. Yo había vuelto a vestir de paisano o como un sanitario o con un uniforme de soldado raso, según la ocasión. Mientras, varios jóvenes de mi misma estatura y complexión física se vestían con el uniforme que Rommel me había regalado al principio de la misión. Ellos se hacían pasar por mí en diversos puntos del frente, unas veces acompañando a Rommel, otras veces en primera línea, o en la retaguardia, etcétera. Debía tener cinco dobles, casi como el propio Führer, lo cual se convirtió en una broma privada entre Rommel y su círculo más íntimo, los que le acompañábamos en el Panzer III de mando.
—En varias ocasiones, intuimos una sombra, querido Otto. Uno de mis hombres llegó a ver a un comando completamente camuflado en el barro con un cuchillo en la mano, acercándose. Pudo distinguirlo precisamente por el reflejo del cuchillo, porque su camuflaje era perfecto. Llegó incluso a herir en un brazo a mi hombre. No más de un rasguño. Cuando se dio cuenta de que no eras tú, no tuvo interés en matarle. Y escapó.
—Ese Morgen me la tiene jurada.
—Sin duda. Espero de corazón que tengas mucha suerte, amigo mío —murmuró con el rostro compungido Rommel, ofreciéndome la mano. Se la estreché. Sabía que no sólo se refería a suerte en la vida. Esperaba de todo corazón que Morgen no me atrapase.
Rommel se dio la vuelta para marcharse pero entonces se detuvo. Una cosa todavía rondaba su mente.
—Tardó temprano te matará, Otto —me dijo entonces, sin volverse.
—Lo sé —repuse, con un nudo en la garganta.
—No, no me has entendido. Si sigues esperándole, si sigues viviendo tu vida intentando ser lo más precavido posible para evitar su ataque, tal vez lo consigas una vez, 30 veces, 50 veces; pero un día te alcanzará. Por lo tanto, no puedes seguir a la defensiva. Si hay algo que Manstein te enseñó y espero yo haberte enseñado un poquito también, es que si una cosa no funciona hay que probar algo distinto. Como en la batalla por Francia, que hemos ganado por hacer lo que nadie esperaba: atacar por las Ardenas y partir en dos a nuestros enemigos con la Blitzkrieg.
El mayor estratega de Alemania, Manstein, el hombre que diseñaba planes geniales, y el mejor táctico, Rommel, el hombre que los ponía en práctica... los dos me habían aleccionado sobre la

necesidad de ser dúctil, de evolucionar con cada nueva situación que se presentaba. Ahora debía demostrarles que fui un buen alumno y aprendí la lección.

—¿Debo ser yo, pues, el que ataque, general?

Rommel comenzó a caminar de nuevo, alejándose.

—Tomar la iniciativa o morir. Tú eliges.

Había convivido durante semanas con un hombre dotado de la intuición del guerrero, esa intuición que te hace tomar la decisión correcta en el momento correcto. Yo, como él, era un hombre con suerte. De lo contrario, no habría sobrevivido tantas veces a los ataques de Morgen. Pero si quería vencer a mi enemigo debería ser capaz, como hacía Rommel, de elegir sabiamente el momento y el lugar de la contienda final. Tener ese sexto sentido que te da la victoria aun frente a adversarios muy superiores.

—¡Acabaré con Morgen! —le grité al general Rommel, al que en ese momento uno de sus ayudantes de campo le estaba abriendo la puerta del coche con el que viajaría a encontrarse con su división.

Rommel dejó que su ayudante cerrara la puerta y luego bajó la ventanilla. Se me quedó mirando en la distancia, pero no dijo nada, ni siquiera hizo un gesto con la mano. El Mercedes arrancó y Rommel desapareció de mi vista. Sus ojos estaban tristes. Comprendí que pensaba que yo fracasaría y que aquella era la última vez que nos veíamos.

Pero yo le demostraría que estaba en un error. La historia de Otto Weilern no terminaría allí. Yo viviría para ver a Rommel convertido en leyenda.

Al menos, eso me repetía una y otra vez, dándome ánimos.

Pero lo cierto es que estaba aterrorizado.

XXVII

El tren presidencial se había detenido en la estación de Innsbruck. A bordo se hallaban el conde Ciano y Benito Mussolini, que no tardaron en descender para pasar revista a las tropas y continuar camino en dirección a Munich, donde el Führer les esperaba.

El pueblo alemán abarrotaba los andenes, las vías del tren, estación a estación, ralentizando el paso del convoy italiano. Las gentes se habían vuelto locas y gritaban arrebatadas "¡Duce! ¡Duce!".

Unas niñas acababan de lanzar un ramo de flores contra la ventana desde la que el dictador italiano, en el brazo en alto, las saludaba. Daba igual donde uno posara la vista, por todos lados podían verse personas con el brazo en alto, ancianos, mujeres y niños... no sólo soldados. Todo el mundo grita "viva el Duce". Todo el mundo quería saludar al aliado del Führer en aquel día tan especial en la historia de Alemania.

Y es que justamente unas horas atrás el presidente de Francia había pedido el armisticio. Reynaud, el anterior presidente, había dimitido al poco de que las avanzadillas del ejército alemán entrasen en la capital francesa. Le había sustituido el mariscal Phillippe Petain, que no había tardado en iniciar las negociaciones de paz, buscando una rendición honrosa. Francia estaba acabada y ahora era el momento de los vencedores.

—No deberíamos haber entrado en guerra ni siquiera en un momento como éste —aseveró taciturno Ciano, el ministro de asuntos exteriores de Italia y yerno de Mussolini. En aquel momento el tren pasaba a no más de 30 km/h por otra estación arrebatada de admiradores del Duce, que se desgañitaban lanzando vivas y declarando su amor eterno por la entente de los dos dictadores. Ciano estaba detrás de Mussolini, que seguía asomado a la ventana del tren vestido de uniforme y con el brazo estirado apuntando a los cielos.

—Tú siempre tan negativo, Galeazzo —Mussolini sabía bien que su yerno era contrario a la guerra. Razones no le faltaban—. Sólo necesitamos unos centenares de muertos para ir a la mesa de negociaciones y llevarnos una parte de la Francia continental y de sus posesiones en África.

—Alemania ha ganado esta guerra sola. No nos va a dar nada.

—Tonterías. Adolf Hitler es mi amigo y sabrá recompensarnos.

Pero el Führer no era amigo de nadie y eso bien lo sabía Ciano. Además, la situación de la Italia fascista era mucho peor de lo que Mussolini creía o pretendía creer. Aunque hacía ya una semana de la declaración de guerra contra las potencias occidentales, el ejército italiano no estaba preparado para una ofensiva en la frontera alpina con Francia. Ciano sabía que el dictador se sentía "feliz por mandar a la nación a las armas", como de hecho dejó escrito el Conde en su diario, pero la nación no estaba en condiciones de tomarlas. Por mucho que Mussolini lo proclamase desde el balcón del palacio Venecia y gritara con sus típicos aspavientos y muecas:

"Suena en el cielo de la patria una hora señalada. Es la lucha de los pueblos pobres y de brazos numerosos contra los esquilmadores que mantienen ferozmente el monopolio de todas las riquezas y todo el oro de la tierra. Bajemos a la palestra contra las democracias plutocráticas y reaccionarias de occidente que en todo momento han obstaculizado la marcha y muchas veces amenazado la existencia del pueblo italiano. En una memorable reunión, la de Berlín, dije que según la ley de la moral fascista cuando se tiene un amigo se va con él hasta el fin del mundo. Eso hemos hecho y estaremos con Alemania, con su pueblo, con sus maravillosas fuerzas armadas".

"La contraseña es una sola, categórica y imperativa para todos. Ya recorre inflamando loss corazones, de los Alpes al Océano Índico y grita: ¡Vencer! Y venceremos. Pueblo italiano, corre a las armas y demuestra tu tenacidad tu ánimo y tu valor".

Pero las palabras de Mussolini era sólo eso: palabras. Italia sólo quería sumarse a una guerra que creía ganada, pero esas democracias occidentales que los dictadores fascistas llamaban plutocracias, no lo habían entendido así: describían el ataque italiano como una traición. Incluso muchos países neutrales tampoco lo habían visto con buenos ojos y lo consideraban sencillamente un acto de cobardía, de pura rapiña.

Mussolini, sin embargo, creía que estaba haciendo lo mejor para Italia y que al lado de Hitler alcanzaría el destino magnífico al que estaba predestinado. Para alcanzar ese destino había tomado Albania en abril de 1939; más tarde, en mayo, casi en vísperas del inicio de la Segunda Guerra Mundial, había firmado la alianza con Alemania, el llamado pacto de acero. En el marco de tal acuerdo Italia estaba obligada a prestar ayuda como aliado a Hitler en sus próximas empresas bélicas. Hasta a aquel momento Mussolini, consciente de la falta de preparación de su ejército, había ido retrasando el momento de apoyar a su aliado. Pero ahora pensaba que no podía demorar más el momento de intervenir para quedarse por lo menos con una parte del pastel. Cierto era que meses atrás en la conferencia que sostuvo con Hitler en el paso del Brennero, le había dado largas e incluso en privado se había mostrado exasperado con las exigencias alemanas de intervenir lo antes posible, pero ahora las cosas eran distintas.

—Polonia fue la primera en capitular; luego le tocó el turno a Noruega —dijo Mussolini a Ciano, sin apartar la vista del gentío que se agolpaba en el andén al paso del convoy—. También han caído Dinamarca, Bélgica, Holanda y en pocos días lo hará Francia. No podemos esperar más para intervenir.

Ciano había ido poco a poco modificando su opinión sobre Hitler y la Alemania nazi. Al principio había sido no sólo escéptico sino casi contrario a todo aquel acercamiento, pero con el tiempo él mismo había caído como todo el mundo en la seducción que provocaba la personalidad exacerbada de Hitler y la impresión deslumbrante que causaban las constantes victorias del ejército alemán. Pero, aun así, no tenía claro que fuese el momento de que Italia entrase en guerra. En realidad, era lo bastante inteligente como para entender que Italia no debía sencillamente entrar en guerra. Ni ahora ni en muchos años.

Pero Mussolini había ordenado atacar a la mayor brevedad Francia desde los Alpes italianos. Necesitaba al menos unas "pequeñas operaciones ofensivas", esos pocos centenares de bajas que le permitiesen en la mesa de negociaciones reclamar una multitud de territorios que Italia no se había ganado. El Estado mayor italiano le había comunicado que era imposible atacar de un día para otro sin una preparación adecuada pero el Duce insistía en que no se trataba de ganar una batalla o perderla sino una cuestión política. Necesitaba sus muertos y los necesitaba ya. Necesitaba un montón de cadáveres de italianos para lamentarse cuando hubiese que negociar el fin de la guerra y exigir nuevos territorios.

—Hitler no nos va a dar nada —repitió Ciano, anticipando lo que en verdad iba a suceder.

Mussolini le miró con desprecio, como si no entendiese nada de "alta política" pero cuando por fin los dos dictadores se reunieron en Munich hubo gestos efusivos, calurosos apretones de manos, bandas de música y desfiles, incluso un recorrido triunfal en un Mercedes descubierto camino de la casa del Führer en la Prinzregentenplatz. Pero lo que no hubo fue un solo avance en las peticiones de

Mussolini, que se quedaron finalmente en papel mojado.
En aquella casa donde había muerto Geli Raubal y en el sillón donde Eva Braun había perdido la virginidad, conversaron Hitler y Mussolini durante más de tres horas. El líder italiano quería todo el armamento y sobre todo los barcos franceses; también exigía Córcega, Túnez y otras posesiones en África, así como el control de diversas bases navales francesas, como la estratégicamente clave de Casablanca. En realidad, las condiciones que había pensado Mussolini eran mucho peores que las que el vencedor legítimo, el Führer, había pensado ofrecer a Francia. Además, Hitler recordaba bien que las penosas condiciones que las naciones occidentales habían obligado a aceptar Alemania al final de la Primera Guerra Mundial. Todo ello causó un odio y una insatisfacción en la población que, si bien era cierto terminaron por provocar el ascenso de los partidos de ultraderecha y del nazismo, no por ello era tan estúpido como para no darse cuenta de una cosa: que no debía obligar a los franceses a aceptar una derrota ignominiosa que provocara un odio eterno hacia Alemania del pueblo galo. Quien sabe lo que podía deparar el futuro.
Mussolini se marchó de Munich con el rabo entre las piernas, sintiéndose traicionado. Por si esto fuera poco, los franceses se negaban a rendirse a Italia dado que ni siquiera habían llegado a combatir contra ella. Lo que obligaría en los días siguientes a Mussolini a realizar esos pequeños avances ofensivos con un ejército que ni siquiera tenía sartenes y cazos suficientes para preparar las comidas de los hombres que estaban en primera línea. Por supuesto, el resultado fue que con apenas 30 bajas los franceses provocaron más de 600 muertos entre las filas italianas. El ejército de Mussolini avanzó un par de kilómetros en medio de las montañas nevadas y se detuvo. Ésa fue toda la aportación del Duce a la batalla de Francia.
Pero al final una cosa era cierta: ahora Mussolini tenía esos centenares de hombres que había reclamado para poder sentarse en la mesa de las negociaciones. No se llevaría nada de ella pero los franceses se rendirían también a Italia. Obtendría una victoria moral a cambio de 600 italianos muertos.
Durante el camino de vuelta en dirección a Roma, el gran Benito Mussolini ya no tenía tantas ganas de asomarse a la ventana con el brazo en alto para saludar a las masas, estuvieran o no enfervorecidas por su presencia. Ya no le importaban los gritos de “Viva el Duce” y estuvo todo el camino serio, con el semblante hosco.
—En los próximos meses —le anunció de pronto a Ciano, con el rostro contraído por la ira—, voy a ordenar que se ataque Grecia y también el norte de África desde Libia, y tal vez también ataque Malta, Creta e incluso Yugoslavia. No me llevaré nada de esta batalla de Francia pero le voy a demostrar al mundo de lo que la Italia fascista es capaz.
Ciano se quedó tan sorprendido que no pudo ni responder. Aquella fue la primera vez que se le pasó por la cabeza la amarga verdad, el terrible destino al que su pueblo estaba abocado: Mussolini se había autodesignado comandante supremo de Italia para conducirla hacia el desastre.

Desde el primer momento Hitler se dio cuenta de que la victoria en Francia debía convertirla en un símbolo. Lo supo de forma inmediata, tan pronto le llegó la noticia de que el nuevo presidente de Francia había pedido el armisticio. En ese momento. Hitler no pudo evitar dar un saltito, un gesto teatral de genuina sorpresa. Todos los que le rodeaban comenzaron a expresarle su más sentida admiración:
—Enhorabuena, mi Führer —decían unos y otros, rodeándole. Pero fue Keitel quien expresó de forma más clara el sentir de todos:
—Estamos ante el más grande caudillo militar de todos los tiempos (Größter Feldherr aller Zeiten).
Los aduladores prorrumpieron en aplausos. No podían imaginar que aquellas palabras acabarían siendo parte de la leyenda negra de Adolf Hitler. Según avanzase la guerra y las derrotas llegasen, esa afirmación exaltada del lacayo del Führer acabaría convertida en un chiste a partir de unir las primeras letras formando un acrónimo.
Größter -----**Grö**
Feldherr ----**F**
aller ----------**a**
Zeiten -------**Z**
(GröFaZ) (El más grande caudillo militar de todos los tiempos)

En los años siguientes, cuando la gente se quedó sin nada que comer en Alemania, cuando las bombas estallaban sobre sus cabezas, cuando sus hijos caían muertos en el frente ruso... todos se acordaron de GröFaZ, de ese supuesto gran caudillo que les había conducido hasta la ignominia y la completa destrucción.
Pero en ese preciso momento, cuando Keitel alababa a su Führer, en junio de 1940, aquel futuro negro que se avecinaba era completamente invisible e inimaginable. Allí todos pensaban que la guerra estaba ganada, que la rendición de Francia era el final.
Y mientras esto sucedía a su alrededor, Hitler tenía muy claro ya que aquello no era un armisticio, no era una rendición, no era una derrota ni una victoria, sino el momento para reparar la humillación que había sufrido Alemania en 1918 al finalizar la Primera Guerra Mundial. Por eso la ceremonia en la que los franceses se rendirían debía ser un símbolo de la grandeza de la Alemania nazi pero, aún más, debía ser una humillación para aquellos que en su día humillaron Alemania y la apuñalaron por la espalda. Por eso eligió el mismo bosque al norte de París, Compiegne, donde el 11 fr noviembre 1918 la delegación del Kaiser fue deshonrada por las potencias occidentales.
—Quiero negociar con los franceses exactamente en el mismo vagón en que tuvo lugar la puñalada por la espalda —le ordenó a Keitel.
—Creo que el tren está en un museo.
—¿En un museo? Pues ordena que los saquen de allí y lo lleven de inmediato al bosque de

Compiegne.
Así se hizo y cuando el Führer fue a negociar con la delegación francesa se sentía el hombre más importante del universo. Aquella era la prueba definitiva de que su padre estaba equivocado cuando le abofeteaba el rostro y le repetía que nunca llegaría a ser nadie.
Padre, ¿ves como no me juzgaste en mi justa medida? Soy alguien. Soy el mejor. Ahora soy el hombre más importante de Europa, ¡del mundo entero!
A su lado, desfilaba su mano derecha, Goering. Al otro su mano izquierda, Keitel, y detrás otros hombres importantes dentro de la estructura de la Alemania nazi, como el gran almirante Raeder, el ministro de asuntos exteriores, Ribbentrop, y un hombre de apariencia gris que con el tiempo tendría un lugar relevante en la historia de la Segunda Guerra Mundial: su nombre era Rudolf Hess secretario personal de Hitler y jefe del partido nazi.
La delegación francesa estaba encabezada por el general Huntziger, que había aceptado aquella penosa carga con porte marcial y gesto adusto, sabiendo que debía representar a su país en su hora más amarga. Con ese mismo gesto contempló el bloque de piedra que una vez había presidido aquel claro del bosque conmemorando la victoria militar de los aliados en 1918. Hitler lo había hecho tirar y descansaba hecho pedazos en el suelo como un muñeco roto.
Finalmente, Huntziger y sus dos acompañantes tomaron asiento delante del Führer y del comandante en jefe de las fuerzas armadas alemanas. Fue éste precisamente quien tomó la palabra, leyendo un largo preámbulo que terminaba especificando las 24 exigencias nazis para la finalización de las hostilidades. Mientras Keitel hablaba, Hitler descendió del vagón y paseó un largo rato disfrutando de aquel día glorioso.
Padre, ¿no lo ves? —pensaba, mientras caminaba hinchado como un pavo—. Tu hijo ha llegado a ser alguien precisamente porque no te escuchó, porque se curó de tus golpes y forjó su propio camino. Porque quería ser un artista aunque tú no le dejaras. Y ahora soy el artista supremo: un artista de la guerra y de la conquista militar.
Y paseó el Führer a solas durante un buen rato, hablando consigo mismo. Sólo le acompañaban en la distancia algunos de sus secretarios y ayudantes. Al fondo, una banda de música celebraba la victoria del más grande caudillo de todos los tiempos tocando el himno Wessel y le presentaba armas.
Fue el momento más importante de la vida de Adolf Hitler.
En el interior del vagón, mientras tanto, Keitel seguía hablando. Él mismo también pensaba que aquél era el momento cumbre de su vida, y cada exigencia que enumeraba ante la delegación francesa, cada gesto abatido de sus rivales, le hacían sentirse más poderoso. Pero al mismo tiempo entendía el dolor que debían estar pasando aquellos hombres, la humillación que debían sentir ante la derrota de su país. La misma sensación que tuvieron los militares alemanes al finalizar la Primera Guerra Mundial En el preámbulo de su discurso había hablado el mismo Keitel de aquella terrible humillación de 22 años atrás, de la necesidad de borrarla para que el pueblo alemán pudiese respirar por fin aliviado.
Hitler, Keitel y Goering se encontraron media hora después en el exterior, una vez la lectura hubo finalizado
—¿Van a aceptar? —quiso saber el comandante en jefe de la Luftwaffe, levantando su bastón de mando del mariscal de campo por encima de su gorra blanca de gala.
—Por supuesto —aseveró Keitel—. No tienen otra opción. Ahora mismo están estudiando el texto y en breve se pondrán en comunicación telegráfica con el presidente Petain. Supongo que intentarán moderar las condiciones que les hemos exigido. Cederemos en un par de cuestiones que ya habíamos

previsto. —Se volvió hacia Hitler, que sonrió asintiendo levemente—. Cuando nos cansemos de negociar les lanzaremos un ultimátum y a menos que firmen les amenazaremos con continuar los combates.
—Y entonces firmarán —sentenció el Führer, que había planificado al milímetro toda aquella negociación como si fuera el último acto de una obra teatral.
Y lo cierto es que todo se desarrolló al milímetro según lo planeado. Los franceses se quejaron y consiguieron bien poca cosa, los alemanes simularon enfado y les dieron todavía menos, y finalmente, de madrugada, se lanzó el ultimátum que Hitler y Keitel tenían pensado.
A las seis de la mañana el general Huntziger estaba firmando la rendición de Francia.
—Debe ser un momento terrible para usted —le comentó un rato después Keitel al general francés, terminadas las firmas, en un salón anejo.
—Una pesadilla. El peor momento de mi carrera al servicio de Francia —le confesó Huntziger, que había trocado su semblante adusto por una palidez casi mortal.
—Y sin embargo es el mejor de la mía.
Huntziger bajó la cabeza y pareció reflexionar
—Es la guerra. Para que haya vencedores tiene que haber vencidos.
Keitel se levantó y puso una mano en el hombro del francés tratando de reconfortarlo. Éste lo agradeció aunque no dijo nada más y permaneció sentado con la cabeza gacha.
En el cuartel general de Brûly-de-Pesche se montó una fiesta deslumbrante con desfiles y paradas militares. Todos los asistentes cantaban el himno “Nun danke alle got” (Demos gracias a Dios).
Fue una jornada maravillosa para todo el Estado mayor de la Alemania nazi.
Y para acabar, Keitel dio un nuevo discurso ante todos los asistentes y lo terminó con una frase que ya había dicho días antes y que ya corría de boca en boca, porque eran ya muchos los que llamaba a Hitler... GröFaZ, aunque de momento el apodo tenía un sentido positivo:
—Estamos ante el caudillo militar más grande de todos los tiempos, de toda la historia de la humanidad, el más grande y victorioso señor de la guerra: Adolf Hitler.
En aquellos momentos ya se sabía que Francia iba a ser partida en dos. La mitad norte ocupada por los alemanes y la otra mitad, al sur, con capital en Vichy, administrada por el presidente francés Petain y un gobierno con ligeras tendencias filonazis. Hitler esperaba que fuese fácil de manipularlo a su antojo en el futuro.
Por otro lado, había sido lo bastante inteligente como para darse cuenta de que ocupar toda Francia era un imposible. Resultaba mucho más inteligente mantener un gobierno títere, en mayor o menor grado, para dar una imagen de legitimidad mientras Alemania controlaba todos los recursos y los puntos estratégicos del país.
Aquella decisión, sin duda acertada, era propia de ese caudillo militar que Keitel había bautizado como el más grande de todos los tiempos. En ese momento, muchos creían realmente el Führer era ese hombre enviado por la Providencia para llevar a Alemania a un destino maravilloso. El mismo lo creía. Goering lo creía. Eva Braun lo creía también y con ella todo el pueblo alemán.
Y medio mundo comenzaba a temerse que fuera verdad.
Por suerte, se equivocaban.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

<u>SUCESO: CAUSAS DE LA DEBACLE ALIADA EN FRANCIA.</u>

A primera vista, es difícil entender que la primera potencia militar del mundo según los expertos (Francia) cayese en 6 semanas ante Alemania. El que la guerra anterior, la de 1914, la hubiesen ganado, generó una casta militar anciana e inmobilista, que pensaba aún en los términos de la primera guerra mundial. Por ello, no supieron reaccionar ante el uso moderno de la aviación ni de las divisiones Panzer. El mando galo no escuchó a los jóvenes, como el coronel De Gaulle, que dejó escrito que los alemanes atacarían Francia utilizando medios acorazados tiempo antes de comenzar la contienda.

<u>LUGAR Y FECHA: FRANCIA, 10 DE MAYO AL 21 DE JUNIO DE 1940</u>

Aunque transcurrieron 42 días hasta el armisticio, lo cierto es que al sexto día los aliados ya estaban derrotados y completamente sobrepasados por los acontecimientos.

<u>CONSECUENCIAS: DE GAULLE</u>

El coronel de carros De Gaulle defendió como el alemán Guderian y el ruso Tukachevski el uso de blindados y la profesionalización del ejército. Su libro “VERS L'ARMÉE DE MÉTIER“ (1934) fue tenido en cuenta por sus superiores. Tampoco su informe “L'Avènement de la force mécanique”, que entregó tras la conquista alemana de Polonia a decenas de militares y personas influyentes en Francia. En ese informe avisaba del uso conjunto de la aviación y los Panzer. Fue ascendido a general de brigada por sus esfuerzos contra los alemanes al mando de la 4ª división acorazada francesa. A causa de su espíritu irreductible, acabó liderando el gobierno francés en el exilio: La Francia Libre.

La suerte estaba echada, pensó Schellenberg. A menos que interviniera, Otto Weilern estaría muerto en menos de 10 minutos. El jefe del contraespionaje de las SS apoyó su fusil de mira telescópica Mosin sobre el trípode y lo giró lentamente en dirección al edificio que estaba vigilando desde hacía un rato.

Y apuntó a Morgen en la espalda.

Schellenberg estaba en un edificio de la Rue La Fayette, Morgen en uno de la Rue Gluck. El Brandenburger esperaba que Otto llegase en un coche oficial a la parte de atrás del palacio de la ópera para asesinarle. Y Schellenberg debía decidir si para evitarlo mataba al hombre que llevaba persiguiendo a su amigo incansablemente desde hacía dos meses.

El mundo se limitaba a aquella decisión: mataba a Morgen o no lo mataba.

—Mi hombre ha recibido instrucciones claras y terminantes de abandonar el objetivo —le explicó aquella misma mañana por teléfono el almirante Canaris—. Pero me ha dicho que no me obedecería y, cuando he intentado volver a llamarle a la habitación de su hotel, ya se había marchado. Hace un tiempo ya me dijo que estaba decidido a matar al teniente Weilern a cualquier coste. Lo siento, Walther.

—No pasa nada, Wilhelm. Ya contaba con que Morgen se negaría.

—Tu amiga me habló de que habíais tenido en cuenta esa posibilidad. Una mujer interesante, esa Mildred Gillars.

—Todas las mujeres lo son, amigo mío. Por eso les dedico tanto tiempo.

Al otro lado de la línea, se oyó un chasquido, que pudo ser una risa o breve corte en la comunicación. Poco después, el traidor se despidió. No había nada más que hablar.

Luego de colgar el teléfono, Schellenberg cogió su rifle y lo puso desmontado en una bolsa táctica de francotirador. Cogió un mapa de París y calculó desde dónde un tirador experto podría atentar a un coche del que se bajaran un grupo de personas en la Rue Gluck, detrás del palacio de la ópera. Sabía que Otto tenía que llegar a las seis de la mañana. El sol en el mes de junio saldría aproximadamente un cuarto de hora antes. Así que un tirador apostado convenientemente tendría un disparo sencillo con buena visibilidad.

Schellenberg examinó diferentes posibilidades; se dio cuenta de que Morgen, llevado por su obsesión, no querría fallar el tiro, ya que el azar o la suerte habían salvado a Otto demasiadas veces. Así, aunque era infalible a casi medio kilómetro, seguramente elegiría un emplazamiento cercano, tal vez en la misma Rue Gluck. Cuando la guardia Leibstandarte SS reaccionase, las opciones de ser capturado eran mucho mayores si se situaba tan cerca, pero Schellenberg comprendió lo que estaba pensando Morgen. Su propia seguridad era ya lo de menos porque la muerte del joven teniente de las SS era el centro de su vida.

Aunque tenía poco tiempo para suposiciones, dedujo en base a la premisa anterior (la desesperación de Morgen) qué edificio le otorgaría al asesino un disparo más limpio, sin tener en cuenta los riesgos. Finalmente lo encontró, una antigua tienda de modas que llevaba cerrada un tiempo, justo al

final de la calle.
Fríamente, Schellenberg calculó entonces desde qué edificio podría disparar a Morgen sin ser visto. Él no estaba tan obsesionado como el comando de Brandemburgo y eligió uno bastante lejano, al principio de la Rue la Fayette, que corría perpendicular a la anterior.
A las 5 y 50 minutos de la mañana exactamente, Morgen llegó a la azotea del edificio que Schellenberg estaba vigilando. Había acertado en sus cálculos. Se trataba de un inmueble a escasos 50 metros de la ópera. Arriesgado, casi suicida. Luego de asesinar a Otto no saldría vivo de allí. Pero al Brandenburger no le importaba.
—¡Ahí está! —había dicho Schellenberg en voz alta, cinco minutos atrás, para luego taparse la boca temiendo que le oyesen. Pero había sido un acto reflejo porque estaba solo en aquella azotea y Morgen se hallaba a casi 300 metros de distancia, montando su propio trípode, preparando el asesinato de Otto Weilern.
Aunque Morgen era el mejor de los comandos de Brandemburgo, ni siquiera a él se le había pasado por la cabeza que un segundo francotirador estuviese esperando al primero, y no había revisado los alrededores, cosa que haría cualquier profesional. Su determinación, en realidad ofuscación, por matar a Otto era tan grande que se había vuelto descuidado.
—Ese error no es propio de un buen Brandenburger —le susurró Schellenberg a un hombre que no podía oirle.
Los comandos de Brandemburgo, aunque de forma nominal pertenecían al Ejército de tierra estaban directamente controlados por la Abwher, el servicio de inteligencia del ejército, que dirigía el traidor Canaris. Habían sido creados por Theodor von Hippel, un estudioso de las tácticas de guerrilla durante la Primera Guerra Mundial y admirador especialmente de Lawrence de Arabia desde que había servido como oficial en el África alemana del Este. Le fascinaban las historias que contaban como Lawrence se había enfrentado a los turcos con unidades de árabes montadas a camello en el desierto.
A partir de aquellas tácticas de guerrilla, Von Hippel había desarrollado sus propias teorías y convencido a su amigo Canaris para que le dejase crear un pequeño grupo de saboteadores, unidades especializadas que penetrarían disfrazados tras las líneas enemigas para crear desorden y capturar algunos puntos clave.
Una de las características principales de los comandos de Brandemburgo era que pocos eran altos, rubios y de ojos azules. Y no sólo porque el almirante Canaris no quisiese al típico ario entre sus hombres, sino porque cuanto más se pareciese a un nazi típico alguien que se infiltra tras las líneas enemigas, más fácil sería descubrirlo. Por ello los comandos buscaban sobre todo alemanes de tez morena, gente que tuviese sangre eslava y que pudiesen pasar por hombres de cualquier otra nacionalidad. Por supuesto también era necesario que hablasen perfectamente el idioma del país que se iba atacar. Primero combatieron en Polonia, donde con el nombre de Ebbinhaus Battalion, realizaron múltiples tareas de sabotaje y capturaron puentes clave para el avance de las tropas. También en Noruega donde realizaron ataques sorpresa montados en planeadores; o en Dinamarca donde, vestidos como soldados daneses, capturaron el puente del Gran Belt y el fuerte Madsnedoefortet.
Pero fue en la primera parte del caso amarillo, durante los primeros días del ataque a Francia, donde se destacaron definitivamente. Vestidos con uniforme holandés tomaron varios puentes sobre el Mosa (en especial el de la ciudad de Gennep), favoreciendo el avance de las tropas acorazadas, que se

encontraron los puentes intactos mientras atravesaban holanda.
—Es una pena tener que matar a un hombre valiente —habló de nuevo para sí mismo Schellenberg. Tenía el dedo sobre el gatillo y la mano le temblaba. Aunque era un tirador excelente no le gustaba asesinar, ni siquiera a animales, y tenía dudas de si realmente debía intervenir o dejar que el destino siguiera su curso.
Mientras seguía perdido en un mar de dudas, Morgen cambió un metro a la derecha su emplazamiento, rectificando su posición. Tal vez buscaba el disparo perfecto, pero aquel gesto, sin saberlo, entorpeció todavía más la decisión de Schellenberg. La azotea estaba llena de maniquíes y trastos de hierro de la antigua tienda de ropa, que hasta hace un mes atrás era la atracción principal de aquella finca. Uno de los maniquíes estaba ahora justo en su línea de visión y no tenía un disparo claro a la cabeza del comando de Brandemburgo. Podía tocarle en una pierna, tal vez en la espalda e incluso podría ser que lo dejase herido de muerte o incapacitado, pero ya no era un disparo limpio, aparte de que perfectamente podría impactar su disparo en el maniquí y que Morgen le descubriese. Porque de una cosa estaba seguro, si fallaba el primer disparo ya no tendría otra oportunidad. Morgen era demasiado bueno.
—Tal vez sea lo mejor —se dijo—. Un disparo al maniquí para que se de cuenta de que le estoy observando y se marche.
Pero pronto comprendió que aquella solución no resolvería aquel conflicto. Si Morgen no moría por su mano, descubriría que le estaban vigilando y se escapaba. De acuerdo. Pero mataría Otto al día siguiente, o tal vez a la semana siguiente. Si Schellenberg no hacía algo “definitivo”, su amigo moriría de forma inevitable.
Y luego estaba el asunto del informe Lebensborn. Schellenberg estaba convencido de que aquel informe era una tontería y de que el miedo del almirante Canaris hacia Otto no estaba justificado. El joven Weilern no sería otro Heydrich, o incluso peor, un monstruo terrible al que los nazis estaban manipulando para convertirle en la bestia suprema, en el ario perfecto. Muchas de las cosas que se decían en aquel informe no las entendía, pero tenía claro que Canaris se equivocaba y que lo que había que hacer era precisamente lo contrario, permitir que Otto viviese y demostrarles a todos aquellos dementes que no se puede manipular una raza, ni un pueblo entero, ni a una persona siquiera aunque sea un muchacho de 18 años. Otto, cogido de su mano y de la de Mildred, seguiría siendo una buena persona y un mal nazi.
Porque ser una buena persona es sinónimo de ser un mal nazi, repitió para sus adentros. Río ante su propia broma privada y volvió apuntar hacia Morgen.
Seguía teniendo un mal disparo, en realidad un disparo pésimo para un francotirador. Pero era todo lo que tenía y volvió a poner el dedo en el gatillo. Dudó. Cerró los ojos y quitó el dedo del gatillo. Dentro de dos minutos serían las seis de la mañana y el coche que llevaba a Otto al palacio de la ópera se detendría. Miró su reloj y contempló la aguja del segundero avanzar invariablemente ante sus ojos hasta dar una vuelta completa y luego otra vuelta completa. Dieron las seis de la mañana. Había amanecido y Morgen tenía sin duda el disparo perfecto del que él carecía. Tenía que dispararle o mataría a Otto en un instante.
Pero no lo hizo. Esta vez, el gran Schellenberg, el hombre de acción que siempre tomaba la decisión adecuada, fue incapaz de tomar la decisión que le requería el destino.
Porque no sabía cual era de verdad la decisión adecuada.
¿Y si las dudas del almirante Canaris y del mismo Morgen estaban justificadas? ¿Y si realmente Otto

acababa siendo un monstruo y su muerte era lo mejor que le podía pasar a Alemania? ¿Y si su intuición se equivocaba y todas aquellas estupideces del informe Lebensborn eran verdad?
Debería hace mucho tiempo haber investigado más aquel asunto. Apenas sabía nada de la conjura en torno a Otto Weilern. Sabía que el doctor Morell estaba detrás del asunto, y Heydrich, y el propio Himmler tal vez, aunque éste en Polonia le había ordenado investigar al buen doctor, o sea que tal vez el Reichsführer-SS no estaba al corriente de todo aquello.
Tendría que haber investigado más para poder, con conocimiento de causa, tomar la decisión definitiva. Pero no lo había hecho y ahora dudaba... y dudar es algo que no se puede permitir alguien dedicado a la contrainteligencia, un hombre de acción, un francotirador de la vida y de la azotea de cierto edificio parisino en la Rue La Fayette.
Así que no hizo nada y dieron las seis de la mañana. Morgen estaba esperando. Por el visor de su fusil Mosin, Schellenberg adivinaba el lenguaje corporal del comando de Brandemburgo. Estaba tenso, listo para asestar el golpe mortal. Sin duda el coche que traía a Otto se había detenido delante del palacio de la ópera.
—Lo siento, Otto —murmuró Schellenberg, y una lágrima le corrió por la mejilla.
No pudo disparar.
Y entonces sucedió algo increíble: Morgen lanzó un juramento. No pudo oírlo pero sus gestos vehementes, su boca abierta y cerrándose lo dejaban claro. Se levantó de su posición de francotirador y se asomó a la azotea, como si no pudiera creer lo que estaba viendo. Morgen había dejado su fusil en el suelo y se lamentaba, con las piernas en jarras y los brazos en la cintura, reflexionando. Le habían engañado, ¿pero cómo y quién le había engañado?
Pero aún sucedió una cosa más increíble. Schellenberg cayó espaldas llevándose por delante el trípode y su rifle cuando vio que el maniquí que había entorpecido su línea de visión se movía y, con un gesto rápido y decidido, se abalanzaba contra el desarmado comando de Brandemburgo. Antes de que Morgen pudiera reaccionar, un cuchillo rasgó el aire seccionándole la yugular.
Y Morgen cayó al suelo. Agonizaba. Ya no era un peligro para nadie.
Su misión y su vida habían concluido.

Morgen había sido un niño de la calle, un niño maltratado. Su madre, originaria de Polonia, había muerto siendo él muy pequeño. Apenas recordaba nada de ella pero a través de familiares maternos, con los que a veces tenía trato, mantuvo un buen dominio del polaco. Por eso estuvo a punto de entrar en los comandos de Brandemburgo, ya que el polaco era una de las prioridades para el reclutamiento ante la inminente invasión y el comienzo de la guerra mundial. Pero era demasiado ario: muy alto, de más de 2 metros y de ojos azules: aquello no estaba bien visto en los comandos. Además, perdía fácilmente el control en compañía de sus compañeros, no obedecía sus superiores y se metía en más peleas de las que nadie podía contar. Pese a sus extraordinarias capacidades, tanto en tiro como en la lucha cuerpo a cuerpo o en el resto de los entrenamientos requeridos para ser un Brandenburger, finalmente fue expulsado. Solamente confío en Morgen el almirante Canaris, que vio, pese a sus defectos de carácter, sus extraordinarias potencialidades.

En el suelo, mientras se desangraba, recordó el rostro afable de Wilhelm Canaris y pensó que ojalá aquel hombre hubiese sido su padre. Porque su propio padre le molió a palos durante años, le rompió todos los huesos del cuerpo y le convirtió en ese ser incompleto, obesionado por matar, que había terminado por engullirle.

Su padre era un producto de la depresión económica, de los problemas económicos que había vivido Alemania tras la derrota en la Gran Guerra de 1914 y del crack de la bolsa de 1929. La gran depresión había golpeado con fuerza al país. Miles y miles de obreros metalúrgicos, como su progenitor, acabaron convertidos en parados, hombres tan mayores que, perdido su empleo, sabían que jamás lo iban a recuperar. De ahí al alcohol, a las borracheras y al maltrato de los seres queridos sólo había un paso. Y Morgen vio a su padre trastornarse, emborracharse y devenir una versión monstruosa del buen padre que podría haber sido.

Y el abismo monstruoso del padre golpeó tan fuerte la piel del joven Morgen que el niño se asomó al abismo, como decía Nietzsche, y la más profunda sima penetró en su interior. Morgen se convirtió también en un monstruo.

Alemania cambiaba. Con la llegada de los nazis al poder la situación económica cambió, se recuperaron millones de puestos de trabajo, se construyeron más autopistas (las famosas Autobahn) y por todas partes había una sensación de euforia, de patriotismo desaforado. Los jóvenes hacían ejercicio y cantaban slóganes nazis que animaban a hacer ejercicio y a estar en forma. Mens sana in corpore sano. Por que los jóvenes eran los más dúctiles a las ideas nazis, las mentes maleables que Hitler iba formando para ser sus soldados en un mañana de guerras sin fin que estaba a la vuelta de la esquina. Aquellos idiotas, pensaba Morgen, que hacían colas interminables para apuntarse a las Juventudes Hitlerianas y a la Liga de Muchachas Alemanas.

Los mayores, por su parte, paseaban orgulllosos con el brazo en alto, gritaban “Heil Hitler” y los domingos se ponían su mejor traje. Y de él prendían insignias del partido, estampitas que repartían las mismas niñas de la Liga de Muchachas o, según avanzó la guerra, las medallitas y broches de

auxilio de invierno, que demostraban que se había entregado material o donativos para los valientes soldados del Reich que combatían en primera línea.
Todo el mundo era más feliz en la Alemania nazi y no añoraban la república de Weimar. Probablemente, el respaldo popular al nazismo era superior en 1939 y 1940 al de cualquier democracia occidental. El ciudadano medio podía, incluso, y por fin pagarse unas vacaciones gracias a la “kraft durch freude” o la “Fuerza a través de la Alegría”, una organización que preparaba excursiones en barco y vistas a lugares emblemáticos de la patria, por muy poco dinero, pensando especialmente en los obreros. Ahora y gracias al Führer, hasta los trabajadores peor remunerados podían tener un momento de descanso y un remanso de paz.
Pero toda aquella felicidad del pueblo, toda esa comunidad unida en torno a Hitler, desfilando satisfecha, no alcanzó a Morgen.
Él estaba roto. Odiaba a los nazis de una forma visceral, no razonada. Los odiaba y punto. Tal vez se lo dictaba su corazón, que era acaso más inteligente que la mente de sus compatriotas.
—Odio a esos malditos cabrones del brazo en alto. —Así es como Morgen llamaba a los seguidores de Hitler: “cabrones del brazo en alto”.
Porque el espíritu de Morgen destilaba odio contra los nazis, a los que en su mente confundía con la imagen borrosa de su padre muerto. Y así, todos los días, con cada persona con la que se enfrentaba, en cualquier bar, con cada enemigo que buscaba, al que provocaba, al que insultaba esperando una respuesta física... seguía intentando enfrentarse a aquel padre que lo torturó hasta los 12 años. Nunca pudo vengarse porque aquel viejo cabrón murió antes de que creciese lo bastante para darle una buena paliza.
Morgen era un perdedor, como siempre le había dicho su padre que acabaría siendo. Al menos en eso había tenido razón, porque ni siquiera fue capaz de acabar con Otto Weilern. En la hora decisiva, cometió demasiadas equivocaciones. Se dejó llevar por la ira como cuando buscaba peleas en el bar. Había llegado a sus oídos que Otto había sido invitado al Palacio de la Ópera de París. No se paró a pensar que, pese a que era una reunión secreta, la información le llegó con demasiada facilidad. Parecía que el joven Weilern se lo había comentado a mucha gente, en la séptima división Panzer que terminaba de abandonar, a sus amigos, a todo el mundo. No le pareció extraño. El muchacho había cometido un error. Por fin un desliz después de tanta buena suerte.
Incluso pensó que, por fin, el destino le echaba una mano para terminar su misión de asesinar a aquel joven de las SS. Se lo merecía. En el gesto de Otto Weilern veía el peligro, ese peligro que, como un animal, había aprendido a olisquear. Su estómago se tensaba cada vez que lo tuvo en su punto de mira, como cuando oía un discurso de Hitler en la radio o como cuando, siendo un niño, esperaba la enésima paliza de su padre.
Sabía que debía matar a Otto Weilern por la misma razón que sabía que debía odiar al nazismo. Se lo decían las vísceras, cada hueso roto, cada fibra de su ser- El mundo sería mejor cuando el muchacho abriese la puerta del coche y Morgen apretase el gatillo.
Pero del vehículo oficial que paró en la parte posterior del palacio de la ópera no se bajó nadie. El chofer lo aparcó en la rue Gluck y se unió a un corrillo de otros conductores que fumaban cigarrillos y esperaban a sus jefes. No tenían que llegar más coches, aquel era el último. Además, había investigado quién iba a recoger a Otto y el modelo del vehículo que se iba a usar: un Mercedes 770 K con la capota bajada. No estaba equivocado. Aquel era su coche. Sencillamente, Otto no había venido, pero si el coche y su conductor. Aquello no tenía sentido. Si Weilern no venía, ¿por qué la

limusina llegaba sola? ¿Por qué había venido el conductor?
Se dio cuenta de que le habían engañado y se levantó, alejándose de su arma, de su rifle de precisión. Llevaba también una pistola y diversos cuchillos, por supuesto. Pero estaba de espaldas, andando de un lado a otro de la azotea, lamentándose. Finalmente, se detuvo reflexionar.
La azotea estaba llena de maniquíes de la tienda de moda que había quebrado al estallar la guerra. La situación era mala y, en medio de una gran contienda, ¿quién compraría vestidos caros de modistos de alta costura? Habían desmontado el local y todavía quedaban restos de aparadores y aquellos maniquíes desnudos expuestos cara al sol, que en ese momento emergía por primera vez aquella mañana.
Ni siquiera les había prestado atención. Debería haberlo hecho. Aquel tipo en cueros con el cuerpo pintado de blanco no fue demasiado rápido. No era un profesional como él y se abalanzó torpemente; tardó una eternidad en sacar su cuchillo y blandirlo en su dirección. Pero él estaba pensando en el engaño del que había sido objeto, estaba frustrado por no haber podido matar a Otto Weilern y pensaba en su padre, que continuaba golpeándole desde el otro mundo, lacerando su carne, partiendo cada hueso y cada pedazo de su alma.
Ni siquiera se movió y el falso maniquí le cortó el cuello limpiamente. Mientras caía al suelo, Morgen no se echó las manos a la herida intentando taponar un tajo por el que se le escapaban los humores y la vida. Habría sido una pérdida de tiempo. Sobre el frío enlosado, mientras su cuerpo temblaba entre los estertores de la muerte, levantó los brazos y trató de golpear a su enemigo. No a aquel maniquí con el rostro de Otto Weilern sino a su verdadero enemigo, al monstruo que le seguía atacando desde el infierno de la memoria. Abrió y cerró la boca y, aunque no podía hablar a causa de la herida, sus labios se movieron formando unas palabras:
—Aquí estoy, padre. Esta vez no me vas a derrotar.
Y Morgen siguió moviendo sus brazos acoordinadamente, como un boxeador filtrado que ya no es capaz de encajar un golpe más. Pero siguió luchando hasta que se quedó sin fuerzas y un charco enorme de sangre que manaba de su cuello degollado había inundado las losas de la azotea.
Y, finalmente, Morgen suspiró y dejó caer los brazos.
Estaba muerto. Pero seguiría luchando contra su padre el resto de la eternidad.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

Siguiendo los consejos de Rommel, maté a mi enemigo, a Morgen, utilizando la táctica que pensé que aquel adversario en particular jamás anticiparía: a saber, que me convirtiese yo mismo en un comando, me disfrazase y le diese muerte de la misma forma artera en contra de las leyes de la guerra en la que combaten los Brandenburger.

No creo que sea necesario dar demasiados detalles. Sólo cuenta que le engañé y pude acabar con su vida. Morgen me esperaba en un lugar mientras yo estaba en el contrario, esperándole a él. Sabía que no podía enfrentarme cuerpo a cuerpo y me valí de un ardid de comando para derrotar a un comando.

Fue el primer hombre al que asesiné. En el momento de hacerlo no sentí nada, sólo excitación por haber vencido finalmente a mi enemigo. Mientras me libraba del maquillaje de mi disfraz y me vestía con mi uniforme de teniente de las SS, reflexioné sobre lo que había hecho y no encontré en mi interior sentimiento alguno de culpa. Tal vez no estaba preparado para sentirla. Tal vez, al haberme convertido por fin en un asesino, el sentimiento de culpa se había marchado junto a mi ingenuidad y mi inocencia. Eso sí, me sentía otro hombre, un hombre distinto… Y no sé si precisamente un hombre mejor.

Descendí del edificio donde había matado a Morgen y caminé por la Rue Gluck hasta la puerta trasera del Palais Garnier, el palacio de la ópera de París. Mientras contemplaba el imponente edificio y la gigantesca cúpula de las estrellas, que corona Apolo enarbolando su lira a más de setenta metros de altura, llegué sin apenas darme cuenta hasta donde estaban aparcados los vehículos de los invitados y mi chofer me reconoció:

—¿Todo bien, señor Weilern?

—Todo bien. Incluso mejor de lo esperado.

No recuerdo el nombre del chofer, que me indicó que tenía restos de maquillaje blanco en el cuello, sin saber que eran parte del disfraz de maniquí, del que me había valido, amparado en la oscirdad, para acabar con la vida de un hombre. Me limpié con un pañuelo justo debajo de la barbilla y le sonreí. Era un tipo de mediana edad, amable, veterano de la Primera Guerra Mundial, que había perdido parte del pie derecho en la batalla del Marne y ahora servía al Reich como conductor de lujo. Había formado parte de mi ardid para acabar con Morgen y acudido en solitario a la ópera siguiendo escrupulosamente las órdenes que yo le había dado. Le dije que allí nos encontraríamos y así había sucedido. Cuando organicé aquel plan pensé que había un cincuenta por ciento de posibilidades de cumplir mi promesa. El otro cincuenta implicaba que jamás descendería de aquel edificio desde el que había calculado que Morgen trataría de matarme. Por suerte, el azar me había sonreído una vez más, incluso en aquella ocasión en que hice una apuesta tan arriesgada.

—Espérame aquí —le ordené, mientras me dirigía a la entrada posterior.

Allí se hallaban apostados un grupo de guardias de la Leisbtandarte SS, que comprobaron mis credenciales. Uno de ellos, que ostentaba el rango de Sturmscharführer-SS me comunicó:

—El Führer le está esperando.

Y es que aquella mañana tenía una cita con Adolf Hitler, que estaba de visita en París. Dos días antes

me había llegado una invitación para reunirme con el Canciller de Alemania en el palacio de la ópera, justo a las seis de la mañana. Y yo había aprovechado la oportunidad para organizar el asesinato de Morgen. Ahora, con mi adversario fuera de juego, volvía a ser libre para continuar con mi vida. Como Rommel, había utilizado los sucesos inevitables que me salían al paso y los había incorporado a mis planes. Un buen maestro es capaz de hacer mejorar incluso al peor de los alumnos.
Hitler, por su parte, había tomado un avión a las cuatro de la mañana. Le acompañaban los tres hombres en los que más confiaba a la hora de valorar la historia del arte. El escultor Arno Breker, y los arquitectos rivales Albert Speer y Hermann Giesler.
A las 5:30 habían aterrizado en el aeropuerto parisino de Le Bourget. Diez minutos antes de mi llegada había entrado por la misma puerta trasera del palacio de la ópera junto a sus artistas de confianza. Yo entonces estaba disfrazado, inmóvil, esperando que un error de Morgen me permitiese acabar con su vida, pero no pude por un momento evitar una sonrisa cuando vi salir de su limusina a aquel hombre diminuto y nervioso que subía y bajaba vehemente los brazos ante la majestuosidad de aquel edificio. No en vano había comenzado su tour por la capital francesa en el Palais Garnier. El Führer era un gran conocedor de la historia y características de aquel edificio y llevaba años queriendo conocerlo.
Cuando me llevaron a la presencia del Führer no podía imaginar que aquella sería una de las conversaciones más largas que tendría con él durante toda mi vida, al menos hasta el final de la guerra, ya que en 1945 cuando pasé una larga estancia su lado en el bunker de Berlín. En aquella época, estaba en el último estadio de su enfermedad, le temblaban las manos y era una sombra de sí mismo. Pero entonces, en 1940, me encontré a un Hitler pletórico de fuerzas señalando en todas direcciones y dando datos históricos a sus acompañantes:
—El palacio de la ópera lo mando construir el mismísimo Napoleón III como parte de la gran reconstrucción de la ciudad que se llevó a cabo entre mediados y finales del siglo XIX. Es también llamado palacio o Palais Garnier porque la contrata de su construcción fue ganada por el arquitecto Charles Garnier. Un genio, señores, un genio maravilloso.
De pronto, Hitler detuvo su discurso al oír el repiqueteo de las botas militares sobre el suelo de mármol. Se volvió y me reconoció al momento, viniendo a mi encuentro con los brazos abiertos:
—¡Pero si es el joven Otto Weilern! Únete a nosotros. Tenemos mucho que ver, querido amigo.
El apelativo de “querido amigo” hizo que varios de los presentes fijasen su mirada en mí con inusitado interés. En particular, sentí los ojos de Speer y los de Rudolf Schmundt, uno de los ayudantes de Hitler, que también estaba presente. Unas semanas antes, antes de ser uno más en la séptima división Panzer, tal vez incluso un día antes, o tan sólo una hora antes, antes de convertirme en un asesino... habría desviado los ojos y tartamudeado una respuesta de agradecimiento al Führer. Pero sentía en mi interior alguna cosa que me quemaba, acababa de nacer una persona nueva, una que mantuvo indiferente la mirada del arquitecto y del ayudante de Hitler. Una que sonrió y luego dijo con una voz tranquila que sonaba como mi propia voz:
—Será un honor acompañarle, mi Führer.
—Maravilloso, maravilloso —repuso éste, componiendo de nuevo su gesto vehemente de brazos levantados que apuntaban en todas direcciones.
En dirección al Salón del Glaciar, donde nos señaló cada bacante y cada fauno dibujado por Clairin.
En dirección al Gran Foyer, donde nos vimos reflejados en aquel majestuoso salón de cuyos suelos y techos manaban vidrieras infinitas, una maravilla que no tenía nada que envidiar a la galería de los

espejos de Versalles, según nos dijo Hitler.
Y en dirección al salón del espectáculo, donde caminamos bajo el techo que pintó Chagall, esa maravilla de destello de rojo y oro coronada por la más inmensa lámpara de cristal que hayan visto mis ojos. Hitler estaba arrebatado y repetía párrafos de memoria de las enciclopedias que tenían el Berghoff, y en las que una y mil veces había repasado las fotos del palacio de la ópera hasta conocerlo de memoria sin haberlo jamás visitado.
¡Por aquí, por aquí! —nos condujo finalmente el Führer, subiendo a grandes zancadas por la Gran Escalera hasta el segundo piso, donde alcanzamos la librería- museo, que conserva entre otras cosas varios siglos de libretos y de historia de la ópera. El Führer, que amaba profundamente los libros, se paseó entre las estanterías haciendo gala nuevamente de una gala de pequeños gritos y aspavientos, para detenerse finalmente en las múltiples maquetas que describen algunos de los decorados de más fama que se han representado en la ópera de París.
Cuando estábamos a punto de terminar el recorrido por el Palais Garnier, Hitler se adelantó a toda velocidad hasta un conserje y le preguntó por un par de salas que estaba buscando y no encontraba.
—Están en obras, señor Hitler. —Cuando llegamos a la altura del conserje, el pobre hombre estaba pálido y era evidente que no sabía con qué apelativo llamar al conquistador de su país—. No se pueden visitar por que todo está por el suelo y… No está en condiciones, señor Führer, Hitler, señor... Pero podría pedir la llave y…
Pero Hitler ya no le estaba escuchando. El objetivo de aquella conversación había sido demostrarnos hasta qué punto conocía el plano de la ópera de París. Había percibido la falta de un par de salones menores cuando jamás había pisado el lugar. Porque lo había visitado cien veces al menos con la fuerza de su desbordante imaginación.
—¿Veis? Pocas personas de este mundo conocen el edificio del palacio de la ópera como yo mismo.
Los dos arquitectos rivales que luchaban por favor del Führer, se deshicieron en alabanzas. Speer y Giessler se daban codazos mientras alababan cada comentario de su amo, y al cabo se lanzaban el uno al otro miradas encendidas. No en vano Hitler quería reconstruir Berlín para convertirla en la capital Europa, superando en grandes edificios y maravillas arquitectónicas a la misma París. Aquellos dos pretendían pasar a la posteridad como los arquitectos de una ciudad que, si Alemania ganaba la guerra, sería la más famosa de todo el orbe.
—¿Te ha gustado, Otto? —me preguntó entonces Hitler, alejándose de los aduladores y mostrándome la mejor de sus sonrisas.
—Ha sido una experiencia maravillosa —repuse, aunque el tono de mi voz no era precisamente de felicidad.
—Te noto serio.
—Han sido unos días muy largos. He tenido muchas cosas en las que pensar.
Y era la verdad, porque estaba pensando en el rostro de Morgen, desangrándose en el suelo. Y aquella linfa untuosa se había reflejado en mis pupilas con tintes rojos, escarlatas infinitos con los de la Sala del Espectáculo bajo el influjo de la gran lámpara de cristal que lanzaba destellos en derredor.
Me sentía agotado.
—Para mí también han sido días difíciles. Demasiadas emociones. No podría imaginar que una victoria tan completa podría ser mentalmente abrumadora. —Me confesó el Führer—. Por eso he organizado esta visita. Ver París ha sido siempre el sueño de mi vida y quería darme ese gusto,

regalarme unas horas de asueto antes de proseguir con mis obligaciones. Pensé que te gustaría acompañarme.

—Naturalmente que sí, mi Führer. Es un honor. Tal vez esté superado por los acontecimientos, por la magnificencia barroca de este edificio.

Traté de esbozar una mueva parecida a un sonrisa. Sin mucho éxito.

—Claro, claro. Entiendo. A mí este lugar me causa la misma sensación.

Y entonces el Führer se acercó todavía más a mí y comenzó a bombardearme con dudas políticas y militares a modo de confidencias. ¿Por qué aquel hombre pensaba que yo merecía hasta tal punto su atención y su confianza? Cualquier otro día me había me habría resultado extraño, perturbador incluso... pero aquel en que me había convertido en un asesino, mientras el peso de mis acciones comenzaba a transformarse en un dolor sordo detrás de la nuca, Hitler comenzó a parlotear a mi oído. Me explicó que tenía dudas entre incluir a la Unión Soviética en un futuro pacto tripartito con Italia, o bien dejarse de tonterías y atacarla de una vez buscar del necesario espacio vital que necesitaba el pueblo ario, el Lebensraum de los geógrafos nazis.

Y luego prosiguió desgranándome sus dudas acerca de la voluntad de los ingleses para aceptar cualquier acuerdo, por beneficioso que les fuese, por culpa de aquel testarudo cabronazo de Churchill. Me preguntó qué me parecía atacar a Rusia y conseguir una resonante victoria para impresionar a los ingleses y que se rindieran. Me pareció una soberana tontería, por supuesto, pero no pude responder porque de nuevo volvió a hablarme de un pacto tripartito con la URSS, de que la otra opción era hacer un pacto pero con Japón y conquistar entre ambos el mundo entero. Italia, aunque formara parte del pacto, se quedaría un fragmento diminuto de ese pastel futuro, que básicamente se repartirían japonses y alemanes.

—Mis actos están gobernados por la divina Providencia —me reveló el Führer—. Pero aunque yo sé que los dioses me han puesto al frente de Alemania para llevarla un destino magnífico, mis decisiones deben estar fundamentadas, incluso la Providencia debe ser regada con la astucia. —Y entonces se echó a reír como si hubiese dicho algo muy gracioso.

Yo seguía callado, con un dolor de cabeza cada vez mayor, y el Führer continuaba parloteando de política, con ocasionales comentarios artísticos acerca de la siguiente sala del palacio de la ópera en la que entrábamos. En un momento dado, me confesó:

—Hablar contigo me hace mucho bien, Otto. Pero últimamente me llamas menos que antes ya lo hemos hablado. Para mí sería importante que me llamases a diario, como al principio de la operación Klugheit porque…

—¡Te llamaré cuando me venga bien, Adolf! —le interrumpí, subiendo el tono de mi voz hasta rozar el grito. Hitler dio un paso atrás, sorprendido. Detrás de él, Schmundt hizo un gesto hacia el más cercano de los SS de la Leisbtandarte, convencido de que el Führer iba ordenar inmediatamente mi arresto. Pero el dolor de cabeza seguía percutiendo sordo detrás de mi nuca y yo había perdido totalmente los nervios. Aún así conseguí decirle a Hitler—: Me llevas de un frente a otro, de una batalla otra. A menudo estoy incomunicado, otras veces estoy muy cansado o superado por los acontecimientos, por las muertes, por todo lo que estoy descubriendo. No siempre te voy a poder llamar y no siempre me apetece.

No se por qué dije algo semejante. Tal vez una parte de mi quería acabar con la operación Klugheit de una maldita vez. O tal vez fuera un repentino instinto suicida, una forma de castigarme por matar a Morgen. El caso es que dije lo que dije. Muchas veces me he preguntado la razón de aquella salida

extemporánea. Creo que fue la suma de todo cuanto me había pasado en los últimos meses la que me hizo perder los nervios: la gota que colma el vaso, que se derramó junto a la sangre del comando de Brandenburgo. Pero poco importa. Tan pronto termine de hablar comprendí que mi suerte se había terminado y que iba a pasar dos siguientes meses preso en alguna parte, si no es que me pasaba alguna cosa peor.

Pero no sucedió nada de esto porque me equivocaba: mi suerte no se había acabado. Ni mucho menos. En lugar de mi arresto, ocurrió uno de los sucesos más extraordinarios de toda mi vida. El Führer dio un último paso, el que ahora le separaba de mí, y me cogió de la mano:

—Por supuesto, Otto, por supuesto. —Su voz se había dulcificado tanto que parecía el maullido de un gatito—. Llámame cuando quieras. Yo siempre estaré para ti. Sólo quería expresarte lo feliz que me hace que me tengas al tanto de tus avances en la operación Klugheit. Pero a partir de ahora no te presionaré demás. Toma tú la decisión de llamarme cuando te venga bien. ¿De acuerdo?

El tiempo se había detenido. Los acompañantes del Führer estaban pálidos. Los guardias de la Leibstandarte SS se miraba los unos a los otros, también completamente incapaces de entender nada. Al cabo, Hitler se volvió hacia todos ellos, y les dijo con una sonrisa radiante cruzando el rostro:

—Próxima parada Le Boulevard Des Capucines. ¡A los coches, queridos amigos!

El hechizo se había roto y salimos todos a la carrera del palacio de la ópera. Afuera casi me di de bruces con un vendedor de periódicos que pasaba en aquel momento por la calle ofreciendo su mercancía. Se detuvo y se quedó mirando a Hitler con los ojos muy abiertos:

—¡Dios santo! ¿Estoy soñando? Ese es, ese es…

—Sí que lo es, —le revelé—, aunque lo cierto es que por un momento he dudado de que fuese realmente Adolf Hitler. Tal vez los dos estemos soñando.

Antes de entrar en mi Mercedes sucedió algo todavía más extraordinario. El Führer se había detenido y miraba en dirección al final de la Rue Gluck, justo hacia la azotea donde yo había matado a Morgen.

—¿Sucede algo, mi Fuhrer? —le pregunté, casi sin aliento.

—No... sí. Aquel lugar, donde están los maniquís en la azotea. ¿Lo ves?

Lo veía mejor que él. Incluso veía la sangre arterial que había manado de la garganta de Morgen y que manchaba algunos de ellos. Algo que, por supuesto, no podía distinguirse a aquella distancia.

—Sí, mi Führer.

—Es una cosa curiosa. Al levantar la vista, no sé por qué, me ha venido a la memoria mi padre. Él era un hombre, un hombre —Hitler titubeó—, alguien terrible. Yo... no sé por qué al contemplar esa azotea he pensado en él.

El Führer meneó la cabeza, como si todo aquello no tuviera sentido y continuó caminando hacia su vehículo. Kempka, su chófer, ya le estaba abriendo la puerta, obsequioso.

La visita a París fue un viaje relámpago, acorde con la guerra relámpago que acababa de ver la luz en la campaña de Francia. En sólo tres horas visitamos el Arco de Triunfo, la Torre Eiffeel, Notre-Dame, Los Inválidos y el sarcófago de Napoleón, el Louvre, Madelaine, El Trocadero y el Sacre Coeur en Montmartre, entre otros muchos lugares emblemáticos. Eran visitas rápidas, en las que el Führer nos hacía de guía turístico, todos aspavientos y citas de enciclopedias, como de costumbre. Aunque, si he de ser sincero, luego del incidente de la azotea le noté algo más apagado. A las 10 de la mañana estábamos de vuelta en el aeropuerto de Le Bourget.

—Recuerda, querido Otto. Llámame cuando te venga bien. Pero intenta hacerlo de cuando en cuando

¿de acuerdo?
—Naturalmente, mi Führer. Perdone que antes le haya hablado de una forma inadecuada. Yo…
—No hay nada que perdonar. Tú no debes nunca pedir perdón. Nunca. Además, a partir de ahora serás el que decida en qué arma del ejército u organización del Reich vas a realizar la siguiente misión en Klugheit. Tú sólo infórmame de a dónde quieres ir y yo te daré los permisos necesarios.
—Gra... gracias.
No pude añadir nada más.
—No hay tampoco por qué darlas. Ha sido un placer volver a verte, Otto.
El avión del Führer se elevó poco después sobre el cielo de París y dio varias vueltas en torno a Le Bourget. Hitler, era la ventanilla, me saludaba con la mano como el que se despide de un hijo bienamado al que no va a ver en mucho tiempo.
Finalmente, el avión se alejó en el cielo camino de Alemania.
Aquel día en París lo recuerdo como uno de los momentos más extraños de mi vida.

XXVIII

La primera cosa que hizo Adolf Hitler al aterrizar en la selva negra, en su nuevo cuartel general de Wolfsschlucht, fue llamar a Heinrich Himmler, un acto que, sin saberlo, provocaría una serie de reacciones en cadena.

—¿Sí? Aquí el Reichsführer SS.

—Hola, Heinrich.

—Hola, Adolf. ¿Alguna novedad?

—Otto Weilern. Ha comenzado su evolución.

—¿Su evolución?

—Sí. Supongo que ya imaginabas que, cuando te pedí un hombre para la operación Klugheit, que no sólo se trataba de hacer informes del estado de mis ejércitos.

—Claro. Por eso te lo propuse. Sabía que lo reconocerías. Después de todo, es el primer nombre de la lista Lebensborn.

Se hizo el silencio.

—¿Y ahora que ha comenzado a hacerse un hombre? ¿Qué hacemos? —preguntó Hitler.

—Déjalo en mis manos.

Himmler se despidió del Führer prometiéndole que todo seguiría sucediendo tal y como se había planeado. Nada más colgar se quedó pensativo, cerró los ojos y cruzó las manos debajo de la barbilla.

Tenía que pensar cuánto le contaba a Heydrich.

Media hora después, Reinhard Heydrich, la araña malévola que dirigía todos los cuerpos policiales de Alemania, recibió una llamada de su superior, de Himmler en persona.

—Dígame.

Una voz fría le explicó, sencillamente:

—Otto Weilern. Fase dos. Ya.

Y colgó.

Heydrich se quedó mirando el auricular un instante, luego ordenó a la operadora que llamase a Theodor Eycke.

-—¿Sí?

Eycke, el inspector general de todos los campos de concentración, se mostró casi exultante cuando escuchó la noticia de labios de la araña Heydrich.

—Esto es maravilloso. La mejor noticia que he recibido en mucho tiempo.

En Francia, las fuerzas de combate que dirigía habían sido diezmadas a causa de luchar fanáticamente, sin una pizca de inteligencia, precisamente esa inteligencia y versatilidad que caracterizaban al resto del ejército alemán. De hecho, la 3ª Panzerdivision SS Totenkopf, que él había adiestrado personalmente, era una de las pocas unidades alemanas que no habían estado a la altura en la campaña del oeste. Esto le tenía sumido en una profunda depresión. Pero por suerte, su otra gran preocupación, su sobrino y ahijado Otto, comenzaba a solucinarse. Por fin iba a entrar en razón.

—Ha comenzado la fase dos —le advirtió Heydrich.

—Me encargaré personalmente del asunto, Obergruppenführer-SS.

Y eso hizo. Para lo cual realizó la última llamada de aquel día. Y marcó el número de un hombre que llevaba más de un año intentando que le aceptaran en el ejército. Pero en todas partes le habían rechazado a causa de una enfermedad renal crónica que le tenía demasiado débil para entrar en combate, aunque fuese como sanitario, ya que aquel hombre era médico de profesión.
—Si me haces un favor, yo haré que te envían de inmediato a un cuartel para la instrucción y en menos de un mes estarás sirviendo en una división de élite de las SS —ofreció Theodor con voz meliflua, esa misma voz que usaba para crear una sensación de camaradería y lealtad entre los jóvenes que captaba para luchar en la Totenkopfbande, la banda de la calavera.
—No sabe cuánto se lo agradezco, Inspector General —repuso Joseph Mengele, temblando de emoción—. Cuente con ese favor que me pide y con cualquier otra cosa que precise.
Al otro lado de la línea, Theodor inspiró hondo, plenamente satisfecho.
—No esperaba menos de usted. Así pues, quiero que viaje inmediatamente a Berlín y me ayude a convertir a Otto en un nazi perfecto.
—¿Un nazi perfecto? No le entiendo. ¿Es eso posible? —Por un momento, la voz de Mengele había sonado dubitativa.
—Oh, naturalmente que es posible. Usted, que es experto en genética, debería saber que con la herencia sanguínea necesaria todo es posible. Y nadie tiene mejor sangre ni más pureza en su raza aria que Otto Weilern.
Y entonces Theodor Eycke le explicó a Mengele quién era en realidad Otto y lo que querían hacer con él.

LIBRO QUINTO:

WALTHER SCHELLENBERG,
el espía que quiso saber demasiado
y
ERNS UDET,
el hombre invisible

9

EL FALSO LEÓN MARINO
(24 de junio al 31 de julio 1940)

XXIX

Cuando Schellenberg vio morir a Morgen y comprendió que Otto era su asesino... comprendió al mismo tiempo que ya no podría volver a mirar a aquel muchacho de la misma manera. Es más, no volvería a pensar en él como en un muchacho. Ahora era un hombre. Sólo faltaba saber en qué tipo de hombre se había convertido.

Era el momento de investigar a fondo que querían Heydrich, Morell o el propio Hitler del teniente Weilern. Hacía tiempo que debería haberse puesto con aquel asunto pero sus obligaciones al frente del servicio de contraespionaje de las SS se lo habían impedido. Es más, los meses de mayo y junio de 1940 habían sido de los de más trabajo que recordaba. Hacía jornadas intensivas de hasta 18 horas ya que seguía intentando reorganizar todo el servicio de contraespionaje para hacerlo más eficiente, al tiempo que debía realizar constantes informes para Himmler sobre la batalla de Francia y sus consecuencias. Su única distracción eran los paseos a caballo en compañía del traidor Canaris, e incluso estos acabó por hacerlos con tanto sueño acumulado que, en más de una ocasión, su amigo tuvo que despertarle porque se había quedado dormido sobre la montura del animal

—Si un hombre ya no tiene tiempo para un buen paseo con su caballo, no sé para qué demonios está vivo —se lamentaba a menudo Canaris, que era aún más entusiasta de aquellos bellos animales que él mismo.

—Tienes razón, Wilhem —respondía siempre Schellenberg—, pero es que me han encomendado una nueva misión.

Y una de esas nuevas tareas que Schellenberg debía realizar era la creación de un conjunto de frases de marketing para el ministerio de propaganda, slóganes pegadizos que los locutores de radio repetían en francés para desmoralizar al enemigo. También organizó un servicio de noticias falsas para causar confusión entre la población civil, que a menudo no sabía por dónde huir, donde estaba el frente y si debían aguardar en sus casas o escapar a toda velocidad. Y dirigió un equipo de expertos medievalistas que se dedicó a interpretar en favor del Reich y de la victoria la Alemania las profecías de Nostradamus, que eran muy conocidas y respetadas en Francia. La Luftwaffe repartió por diferentes localidades pasquines en los que se informaba que Nostradamus ya predijo la victoria en Alemania y que las "máquinas voladoras" de sus escritos se referían a los aviones de Goering que estaban destruyendo el país. Miles de refugiados les creyeron y echaron a huir a mayor velocidad en dirección al sur del país.

Todas estas obligaciones le habían forzado a postergar todo lo relacionado con Otto Weilern. Su confianza en él era una mera intuición. ¿Y si de verdad acababa por convertirse en un monstruo? ¿Y si todo lo que ponía en el informe Lebensborn fuera cierto? ¿Y si todavía había cosas que no conocía de aquel proyecto, planes relacionados con la persona en que querían convertir a Otto?

El 26 de junio de 1940 decidió que era el momento de investigar todo aquel asunto. La batalla de Francia (casos amarillo y rojo) había concluido y ahora, pensaba, tendría tiempo para resolver aquel enigma. Pero estaba en un error, porque aquella misma mañana fue llamado al cuartel general de Brûly-de-Pesche por el Führer en persona. Tomó un avión y se encontró con una doble sorpresa nada más aterrizar. La primera fue que el cuartel general estaba siendo abandonado. Apenas quedaba ya personal y el Hitler se estaba preparando para un viaje por Flandes y algunas localidades francesas en las que había combatido como cabo de enlace en la Primera Guerra Mundial. Esta vez no se

llevaba en su viaje a escultores y artistas, tampoco a altos mandos del ejército sino a amigos personales como Max Amman (editor del libro “Mi Lucha” y la única persona que tuteaba a Eva Braun en el Berghoff) y Ernst Schmidt.
La segunda sorpresa fue que el propio Führer le esperaba a pie de pista para darle la que sería probablemente la orden más estrafalaria que recibiría de sus labios en toda la guerra:
—Quiero que secuestres al duque de Windsor.
El duque de Windsor era el rey legítimo de Inglaterra. Coronado como Eduardo VIII en 1936, desde el principio mantuvo un pulso con el gobierno inglés. Al contrario que otros reyes anteriores, se mostró más cercano al pueblo, más dispuesto a criticar las tareas de gobierno y a menudo su actitud fue tildada de escandalosa. Cuando no llevaba 10 meses de reinado intentó convencer a la Iglesia anglicana y al parlamento del Reino Unido de su voluntad de casarse con una norteamericana divorciada ya en dos ocasiones. Como no lo consiguió decidió abdicar cuando aún no había concluido el año 1936, el mismo año en que había comenzado su reinado. Un monarca, por tanto, fugaz como ningún otro.
Su hermano, el ahora rey Jorge VI, como primer acto de su propio reinado, le nombró duque de Windsor. Ahora, Edurado era el único ex rey de Europa, un hombre díscolo, con sus propias ideas y un problema en potencia para Inglaterra.
—¿Está seguro, mi Führer? ¿Quiere que organice una acción como la de Venlo y me llevé por la fuerza al antiguo Rey de los ingleses?
—Eso es precisamente lo que quiero. Pretendo estrangular económicamente al Reino Unido. Con los submarinos les dejaré sin suministros, sin alimentos si es preciso. Con los aviones de Goering les bombardearé noche día y noche hasta quebrar su moral. Al cabo les propondré un monarca alternativo, alguien a quien puedan aceptar cuando caiga Churchill.
Aunque la mayor parte del razonamiento de Hitler era pura fantasía (sobre todo lo concerniente a que los ingleses, con el testarudo Churchill a la cabeza, se fuesen a rendir), lo cierto es que el duque de Windsor simpatizaba con las ideas nazis. Había visitado a Hitler en el Berghoff tres años atrás y era un acérrimo antibolchevique, por lo que las ideas que el Führer había volcado en “Mi Lucha” (precisamente el libro editado por Max Amman, que estaba de pie a la diestra del Führer mientras tenía lugar esta conversación) le resultaban atractivas. La idea de que la búsqueda del espacio vital alemán tuviera como consecuencia la destrucción de la Unión Soviética le resultaba un planteamiento atractivo a Eduardo. Incluso corrió el rumor de que había espiado en favor de Hitler, mandando los planes bélicos de los aliados en los Países Bajos. Aunque esto último nunca se pudo probar, el propio Schellenberg lo ponía en duda.
Lo que no podía ponerse en duda era que el duque era un filonazi.
—He leído los artículos originales en los que el antiguo rey Eduardo habla de nuestro gobierno —explicó el jefe de contraespionaje de las SS al Führer—, pero aún así tengo dudas de que quiera encabezar una monarquía germanófila en las islas británicas
No hacía mucho, cuestión de semanas, el duque de Windsor había dado una entrevista en un diario en el que alababa la política alemana. Los servicios secretos británicos la habían censurado antes de publicarla, ya que hacía afirmaciones verdaderamente incendiarias. Incluso se le había amenazado con una corte marcial. Sin embargo, al servicio de contraespionaje de las SS había llegado el artículo sin censurar y no cabía duda del apoyo del duque a la Alemania nazi.
—Tráeme a Eduardo VIII Alemania. —A Schellenberg no le pasó desapercibido que el Führer se

refería al duque de Windsor con su antiguo título de rey—. Luego decidiré yo junto al ministro de exteriores Ribbentrop qué hacer o no hacer con él.
Schellenberg sabía cuándo una conversación con el Führer había tocado a su fin, así que entrechocó sus talones y levantó el brazo derecho.
—¡Heil Hitler!
Al día siguiente, de vuelta Berlín, disfrutó de su último paseo en caballo junto a su amigo el almirante Canaris. Al menos, el último paseo hasta que regresase de su misión en España.
—Así que sales mañana hacia Madrid —le comentó el traidor durante un descanso, un momento en que descabalgaron y, asiendo de las bridas a sus monturas, caminaban por un claro del parque de Grünewald.
—Sí. Parece que el Duque ha sido invitado a una cacería en la sierra y se espera su llegada en menos de una semana.
Canaris se detuvo. Su caballo piafó.
—Ah, parece que al fin te ha llegado el momento de tomar partido, querido amigo.
—¿Qué quieres decir?
—Que ya no puedes mantenerte al margen. —Canaris bajo la cabeza como si reflexionase—. Si secuestras al Duque y lo traes a Alemania serás un criminal de guerra y, cuando los aliados venzan, acabaras en la horca. Por otro lado, si dejas que se escape, no serás diferente de mí.
—Un traidor, quieres decir.
—Esa es una palabra muy fea, especialmente cuando se trata de traicionar a Hitler, que es en esencia un traidor a la raza humana. Yo me pregunto, ¿es un traidor quien traiciona a un traidor? Demasiado rebuscado para ser verdad. Yo prefiero, a la hora de definirme, el apelativo de “patriota alemán”. Es mucho más exacto.
Tal vez fuese cierto. O tal vez fuese un sofisma para no reconocer una palabra como aquella, una palabra tan dolorosa al oído como “traidor”. Pero Schellenberg no pensaba que fuese igual a Canaris, se le llamase traición o no a lo que hacía. Walther no pretendía derrocar a Hitler, sólo sobrevivir y pasarlo lo mejor posible en esta vida. Pero en aquella ocasión no podía escurrir el bulto y debería tomar una decisión: se acabó caminar en el filo de la navaja. Se quedó callado, barajando posibilidades y el almirante Canaris volvió a hablar:
—De todas formas, todo este asunto lo considero una suerte.
—¿Una suerte?
—Sin duda. Esta misión absurda de raptar al antiguo rey de Inglaterra para devolverle al trono de un gobierno títere pronazi en el Reino Unido… más allá del hecho que es la típica estupidez que sólo puede salir del cerebro de Adolf, es la demostración palmaria de que en los planes del alto mando alemán no está atacar de inmediato a Inglaterra. Se de buena tinta que Churchill en persona estaba preparando el traslado del gobierno al Canadá. Si el mismo día que terminó la batalla por Francia hubiésemos golpeado en dirección a las islas británicas con todas nuestras fuerzas, las aéreas, las de la Kriegsmarine, los ejércitos de tierra, mis comandos, los paracaidistas de Student… El Reino Unido ya habría cáido.
«Churchill estaba tan superado por la inmensa derrota en Francia y el rumbo de los acontecimientos que ahora ya estaríamos en Londres. Pero solo tuvimos un día o dos para tomar una decisión semejante. Ahora ha pasado ya una semana y el buen Winston comienza recuperarse del shock del desastre en el continente. Aún hoy es posible que pudiéramos tomar Inglaterra. Pero si ese idiota

diletante de Adolf Hitler quiere secuestrar al duque de Windsor es porque no pretende atacar en mucho tiempo, tal vez nunca, porque, ¿para qué demonios necesitaría un Rey si toma por las armas las islas británicas? Le valdría con convertirlas en un protectorado gobernado por uno de sus estúpidos Gauleiter. Si está organizando el secuestro del Duque, al que luego presentará a los ingleses como un libertador, es porque pretende derrotar al Reino Unido moralmente, a base de bombardeos de la Luftwaffe y de un bloqueo económico.

—Eso es precisamente lo que me dijo el día que me encomendó la misión. Pero a mí no me importa si ataca ahora o ataca después, si vence o si fracasa. Eso no soluciona mi problema. Yo no quiero esta misión.

Canaris puso una mano en el antebrazo de su amigo.

—Pero ya es tuya, Walther. Como te he dicho antes, tienes que tomar partido. Ya no puedes seguir en segunda línea, viéndolas venir.

Era la verdad. Schellenberg debería demostrar por fin de qué pasta estaba hecho. Poco después, los dos amigos se despidieron y tomaron con sus cabalgaduras direcciones contrarias, pero en el último momento, el jefe de contraespionaje de las SS se volvió y gritó:

—Supongo que ya sabes que Morgen murió.

Canaris, sobre su silla, se quedó tieso, como si hubiese recibido una descarga eléctrica en medio de la espalda.

—Lo sé. No lo esperaba. O sí. ¿Quién sabe? El caso es que tenemos una conversación pendiente sobre Otto Weilern y lo que vamos a hacer con él.

—¿Vamos?

—Sí, vamos. Parece que el rumbo de los acontecimientos te va a obligar a tomar partido. No sólo respecto al duque de Windsor. Pero a la vuelta hablaremos largamente de este asunto.

Schellenberg suspiró.

—A la vuelta hablamos

Ambos espolearon a sus caballos, que se alejaron levantando nubes de hojarasca.

Y Schellenberg, inevitablemente, tuvo que tomar partido. Al principio las cosas le fueron fáciles, porque el Duque de Windsor no fue a la cacería concertada en España y permaneció en su residencia de Lisboa, firmemente vigilado por el servicio secreto inglés.
En Portugal, sin embargo, ya no tuvo tanta suerte. Para que diese la impresión que estaba haciendo su trabajo, gastó dinero a espuertas, contrató una red de informadores dentro de la casa del Duque, compró a criados y a trabajadores externos. También sobornó a la policía portuguesa que vigilaba los alrededores. No tardó en hacerse evidente que podía raptar al Duque de Windsor si realmente quería hacerlo.
Consiguió incluso hablar con él: le ofreció llevarlo hasta Suiza y entregarle una fuerte suma de dinero (hasta 50 millones de francos suizos), lo que le permitiría al Duque independizarse de las arcas reales británicas. Pero las negociaciones no llegaron a cerrarse, pese a que, como no podía ser de otra manera, la Duquesa apoyó el plan del alemán. Parece ser que quedó impresionada por el porte y el atractivo del emisario de Hitler.
Tal vez habría terminado por conseguir realizar su misión por medios pacíficos, pero un día las cosas cambiaron.
—El Führer quiere que rapte a Eduardo VIII de forma inmediata —le ordenó cierta mañana por teléfono el ministro Ribbentrop.
—Lo organizaré inmediatamente —repuso Schellenberg, y gritó “Heil Hitler” a modo de despedida.
Todo se había precipitado y Ribbentrop lo sabía bien. Porque el Duque tenía que abandonar Lisboa presionado por Churchill y el parlamento, que lo quería lejos de Europa, y lo habían nombrado gobernador de las islas Bahamas.
Había que actuar ya o perderían una oportunidad de oro.
Y entonces Schellenberg tomó una decisión. Hizo aquello que se le daba mejor: el contraespionaje. En este caso, no deshacer el espionaje enemigo, su labor habitual, sino destruir el espionaje amigo, es decir, su propia red de espías en Portugal y España. Para ello, a través de los policías portugueses que tenía comprados, hizo correr rumores de atentados contra el Duque y se asignaron 30 nuevos policías a la finca. De forma meticulosa, fue desmontando su red informadores dentro de la casa y filtrando a través de ellos nuevo rumores acerca de una bomba, de un atentado y de cuantas cosas se le ocurrieron.
Churchill ordenó sacar a Eduardo a toda prisa del continente. Y el día que partió con rumbo a las Bermudas llevaba tanta escolta que ni un batallón de las SS ni uno de comandos de Brandemburgo podría haberlo raptado.
Con el tiempo, todas estas maniobras dilatorias de Schellenberg serían conocidas por el servicio secreto inglés, en especial el momento final, en el que Walther, vestido de etiqueta, se subió al salón de la torre de la embajada alemana en Lisboa. Llevaba también unos prismáticos.
Cómodamente sentado y, mientras se tomaba un Martini, contempló indolente el barco (el Excalibur) que se llevaba al duque y la duquesa de Windsor por la desembocadura del Tajo, camino del mar Atlántico. Esa imagen de un hombre inteligente, hedonista y manipulador es la que ha llegado a los

libros de historia. Y por una o vez, es un fiel reflejo de la persona que era Walther Schellenberg.
El Führer y el ministro Ribbentrop se llevaron un gran disgusto ante su fracaso, sobre todo porque les constaba que en varias ocasiones lo había tenido todo a su favor para llevar a cabo el secuestro. Se le ordenó regresar de inmediato a Madrid, para tomar desde allí un avión hacia Berlín y hacer un informe exhaustivo de por qué había fallado. Schellenberg, por el tono de voz del ministro, comprendió que no duraría muchos meses más al frente del servicio de contraespionaje de las SS. Pero también que había salvado su cuello para el futuro, si llegaba el caso de una derrota de la Alemania nazi. Se sentía feliz porque en el fondo estaba comenzando a cansarse de ser un contraespía, fuese lo que fuese aquella maldita cosa.
Mientras volaba de regreso a casa, Schellenberg comprendió que ahora era ya un traidor en toda regla como el almirante Canaris. Se tomó otro Martini y, luego de coquetear con una azafata, se entretuvo contemplando las nubes desde el cristal de su ventanilla. Entonces se preguntó hasta dónde llegaría su parecido con el almirante, ese viejo marino obsesionado por destruir a Hitler a cualquier precio.
Y de pronto se imaginó con los cabellos blancos y el gesto adusto, seco y afilado de Canaris. Un hombre de rostro bastante desagradable, a decir verdad. De pronto, tuvo un extraño pálpito, tal vez por el abuso de Martinis, y salió a la carrera hacia el lavabo del avión, donde se contempló largamente en el espejo.
¡No, por Dios! Su parecido con el traidor no era tan grande, después de todo.
—No, no te pareces en nada —le aseguró a su rostro reflejado en el espejo—. Tú sigues siendo un hombre guapísimo.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

SUCESO: LA OPERACIÓN WILLI

Operación Willi es el nombre por el que se conocen los planes de Schellenberg para raptar al Duque de Windsor, antiguo rey Eduardo VIII. Hitler y Ribbentrop, el ministro de asuntos exteriores nazi pretendían devolverlo al trono e instalar un gobierno títere dirigido desde Berlín.

LUGAR Y FECHA: ESPAÑA Y PORTUGAL, JULIO DE 1940.

Eberhard von Stohrer, embajador alemán en Madrid, fue el principal aliado de Schellenberg para organizar el golpe en territorio español. Luego, cuando la acción se trasladó a Portugal, le ayudó el embajador alemán en ese país, el Baron Oswald von Hoyningen-Huene. Ambos le facilitaron hombres, dinero y material, pero manteniéndose en segundo plano, por lo que toda la responsabilidad del éxito o el fracaso del plan recaería sobre los hombros del jefe de contraespionaje de las SS. Como así fue.

CONSECUENCIAS: EL FUTURO DE SCHELLENBERG.

Walther Schellenberg fue condecorado con la Cruz de Hierro de primera clase por el rapto de los espías ingleses durante el incidente de Venlo. Un segundo rapto (el fallido del Duque de Windsor), aunque no le hizo caer en desgracia, le situó fuera de las grandes acciones de espionaje e incluso de otras operaciones de secuestro futuras, que quedaron en manos de militares como Student o Skorzeny.

En la misma época en que Schellenberg trabajaba en abortar la propia operación que él mismo había montado para secuestrar al duque de Windsor, el almirante Canaris tenía sus propias ocupaciones. Y éstas, aunque eran de diversa índole, podían resumirse en dos palabras: Gran Bretaña.

En el gobierno inglés había algunas voces que opinaban que era el momento de pactar con Hitler un final airoso de la guerra mundial. Rab Butler, uno de los líderes del partido conservador (el mismo de Churchill), estaba a favor de esta vía, que era llamada la de "la paz honrosa". De igual forma, el Vaticano presionaba a Winston en la misma línea conciliadora.

Sometido a tantas presiones, ¿qué quedaba del hombre que apenas un mes atrás había hablando apasionadamente en la Cámara de los Comunes, componiendo uno de los discursos más famosos de la historia?

—Aunque enormes áreas de Europa y muchos antiguos y famosos estados hayan caído o estén a punto de caer en las garras de la Gestapo y el resto de odiosas organizaciones nazis, no vamos a titubear ni a derrumbarnos —entonó Churchill, con determinación inquebrantable—. Iremos hasta el final, combatiremos en Francia, combatiremos en los mares y los océanos, combatiremos en el aire con confianza y fuerza crecientes, defenderemos nuestra isla, al coste que sea necesario, lucharemos en las playas, lucharemos en las áreas de desembarco, lucharemos en los campos y en las calles, lucharemos en las colinas; nunca nos rendiremos e incluso si, no quiero ni pensar en ello, esta isla de la Gran Bretaña o una gran parte de ella fuera conquistada o forzada al hambre, nuestro imperio de más allá de los mares, armado y custodiado por la flota británica, continuará luchando en nombre de la libertad.

Aquel hombre, aquel testarudo político de Oxfordshire, continuaba en pie, y pronto se lo demostraría a todo el mundo. Harto de las presiones que, desde todos lados, le pedían que aceptara "una paz honrosa", tomó la decisión de llevar a cabo la Operación Catapulta. A la flota francesa, anclada en Argelia, en Mers-el-Kébir, le dio la opción de continuar luchando contra los alemanes o entregar los navíos a los ingleses. Ante su negativa y como quiera que los franceses se habían rendido y ahora se consideraban neutrales, la Royal Navy abrió fuego. El resultado, 1500 marineros franceses muertos y la destrucción o la incapacitación de forma permanente de la flota francesa del Mediterráneo.

Por acciones como ésta, Churchill rápidamente se ganaría la admiración de Canaris. Porque Winston había mandado un mensaje para navegantes (nunca mejor dicho). Un mensaje para el Vaticano, para los dudosos entre sus propias filas en el gobierno o el parlamento inglés, y un mensaje en suma a los alemanes. Él no era Chamberlain, él no iba pactar absolutamente nada con los nazis que no fuese la rendición incondicional del tercer Reich.

Y aunque las cosas fueran mal para Inglaterra, él seguiría luchando hasta el último hombre. Porque no mentía ni exageraba cuando dijo en la BBC con una voz calma, la de un hombre que carga con un designio tan grande que nada ni nadie pueden hacerle titubear:

—Tenemos en nuestra isla una gran y poderosa fuerza militar. Esta fuerza contiene a nuestros mejores y más cualificados hombres. Tengo bajo mi mando en este momento 1 millón doscientos cincuenta mil soldados. Además contamos con los voluntarios de la defensa local , que sobrepasan el medio

millón. **(NOTA) Originalmente “Local Defence Volunteers" o LDV, es más conocida con el nombre que tomó apenas 5 semanas después de este discurso: Home Guard.**
«Hemos incorporado a la defensa de la patria cada hombre que pueda levantar un arma. Aquellos que no han sido llamados al servicio, están empleados en la producción de municiones y sirviendo a su país hasta que llegue el momento de unirse a los combatientes. Y también tenemos todos los dominios de ultramar de la corona británica levantados en armas.
Inglaterra seguiría en pie mientras Churchill tuviese un hálito de vida. Aún había quien lo dudaba, pero no tardarían en darse cuenta de la verdad.
Ante la reacción del premier inglés, Canaris se sintió mucho más tranquilo. De todas formas, filtró a los servicios secretos ingleses los planes de la Kriegsmarine y en particular del gran almirante Raeder para invadir el Reino Unido: la llamada operación León marino. Daba igual que el propio Canaris pensase que ni Goering y Hitler tenían en mente atacar Inglaterra. Una vez constatado que la fuerza interior de Churchill era suficiente para aguantar cualquier presión interna o externa, ahora le interesaba mantener a los ingleses en un estado de guerra y de tensión aunque en ese momento no hubiese combates, ni siquiera bombardeos remarcables de la aviación alemana.
Inglaterra debía permanecer en pie a toda costa porque era el único enemigo que le restaba a Hitler. Canaris estaba convencido de que a no mucho tiempo Estados Unidos entraría en guerra (exactamente lo mismo que esperaba Churchill) pero de momento los ingleses estaban solos. Su moral tenía que ser lo más alta posible y no hay nada que reafirme la moral de un pueblo que una amenaza a tu integridad territorial. Por ello Canaris filtró la idea básica de Raeder: un ataque sorpresa usando a la mayor velocidad posible las tropas de desembarco alemanas entre Ramsgate y la Isla de Wright. Con una marina prácticamente inexistente, ya que había sido totalmente destruida o inutilizada en la campaña de Noruega, y aunque la Luftwaffe hubiese conseguido una gran superioridad, el ataque era un suicidio. Sin embargo, después de la increíble victoria en Francia, muchas voces creían que los ejércitos alemanes eran invencibles y que incluso cruzar en pequeñas embarcaciones el canal de la mancha mientras son bombardeados desde los portaviones y cañoneados sin piedad por los destructores, cruceros y acorazados de la Royal Navy... era de alguna forma posible.
Tal vez imaginaban que Manstein o algún otro se sacaría de la manga una idea brillante, un golpe de hoz como el que partió en dos a los ejércitos aliados en Francia. Pero todo eso era pura fantasía. Aunque Churchill encontró muy útiles los planes alemanes de León Marino, pues le sirvieron para frenar a los miembros del parlamento inglés que buscaba la paz.
Mientras vosotros habláis de una salida honrosa de la guerra los alemanes se preparan para desembarcar en nuestras costas, parecía insinuar con cada palabra cuando hablaba de seguir en pie, de luchar hasta el último hombre. Sus ojos miraban a los dubitativos con gesto de reproche, como si se sintiera terriblemente defraudado. Y entonces algunas cabezas se inclinaban en el Parlamento y no se volvía hablar del tema de una paz con los nazis.
Churchill, creyera o no que Inglaterra iba a ser invadida, aprovechó la coyuntura para estimular la paranoia de su propia población y ordenó que las campanas de las iglesias quedarán en silencio, para tañer solo y todas a la vez en caso de que se supiese que había comenzado el desembarco alemán. Y llenó de obstáculos las campiñas para que los planeadores nazis y sus paracaidistas no pudiesen aterrizar fácilmente; y cubrió con muros de obra la entrada de las playas, bloqueó las ensenadas y los muelles por los que en teoría debían llegar los enemgos y así dificultarles el acceso. Aleccionó a su población ante un peligro que ni siquiera él sabía si era real. En realidad, daba igual

que lo fuese. Le servía para aglutinar a su población e imbuirles del espíritu del sacrificio, ese tipo de espíritu que un día les conduciría a la victoria.
Y eso era lo más importante. Que los ingleses estuvieran todos unidos por que se avecinaban aún muchos años de guerra mundial.
— Tengo la más absoluta confianza en que si cumplimos con nuestro deber —había dicho Churchill —, si no somos negligentes, si nos preparamos como es debido para enfrentar al enemigo, tal y como estamos haciendo, nos probaremos a nosotros mismos que somos capaces de defender nuestra isla, de cabalgar sobre la tormenta de la guerra, de derrotar la amenaza de la tiranía, si es necesario resistiendo año tras año, si es necesario solos en la lucha. Esta es la resolución de todos y cada uno de los miembros del gabinete del gobierno de su majestad la reina. Éste es el deber del parlamento de la nación.
Oh, qué hombre más extraordinario, pensaba Canaris, cada vez más entregado a ese gran estadista del otro lado del canal. Sin embargo, y a pesar de la confianza que comenzaba a inspirarle Churchill, no tenía claro si Hitler, en el último momento, no se inclinaría por la operación León marino e invadiría (o trataría de hacerlo) las islas británicas. El Führer era imprevisible.
Así que elaboró un informe falso en el que se hablaba de unas poderosas defensas preparadas por los ingleses ante un posible desembarco. Asesguraba que había al menos 40 divisiones cuando los ingleses sólo disponían de 15 en aquella zona. Eso pareció desanimar definitivamente a Adolf el diletante.
—Bien —le reveló satisfecho una noche a su esposa Erika durante la cena—. El Führer no desembarcará en Inglaterra y los británicos seguirán luchando hasta la última gota de sangre contra nosotros. Hemos puesto la primera piedra de la destrucción del Tercer Reich.
—¿Y ahora? —le preguntó Erika, una mujer buena y dulce que siempre apoyó las decisiones de su esposo.
—La segunda piedra de mi particular mausoleo de la paz, es evitar por todos los medios que los ejércitos de Hitler ataquen en el norte de África.
Canaris, por desgracia para Hitler, era uno de los pensadores a nivel estratégico más preclaros de la Alemania nazi: creía que la guerra sólo se podía ganar en el Mediterráneo. Y estaba en lo cierto.
Sabía que Hitler, si se estancaba el frente delante de las costas inglesas, tarde o temprano, para continuar la guerra, tendría que elegir entre ir hacia el este (la Unión Soviética) o hacia África (las posesiones coloniales inglesas y francesas). La primera opción, de elegirla, significaba la absoluta destrucción del maléfico Reich de los mil años, mientras la primera podía darle la llave de la victoria. Si los ejércitos alemanes cerraban el Mediterráneo por Gibraltar en un extremo y por el canal de Suez en el otro, provocando al mismo tiempo graves daños en el tránsito de convoyes de los ingleses gracias a los submarinos de Doenitz… la unión de todas estas desgracias, perfectamente posibles gracias al poderío militar de la Wehrmacht, podría provocar finalmente que cayese el propio Churchill. Inglaterra, si seguía recibiendo reveses militares y se veía tan asfixiada económicamente que la situación se hacía insostenible, la opinión pública se volvería contra el primer ministro inglés.
Esa era realmente la única manera de ganar la guerra mundial, llegados a aquel punto.
Y por ello Canaris comenzó a trabajar en la mejor manera de abortar la vía mediterránea. En primer lugar, había que evitar que España entrase en guerra. Si el Generalísimo Franco permitía que los ejércitos nazis penetraran por Gibraltar y desde allí a Marruecos y al resto del África francesa, las

tropas nazis se unirían a las italianas (en Libia) creando un gigantesco frente al que los ingleses no podrían oponerse.
—Hace pocos días —le comentó una mañana Canaris al coronel Hans Oster, su mano derecha— el regimiento motorizado de la “Leibstandarte SS” llegó a la ciudad de Hendaya en la frontera con España e izaron la bandera con la cruz gamada.
Por uno de esos azares de la guerra, había sido la guardia personal de Hitler (la temible Leibstandarte SS) la que había concluido la campaña de Francia llegando hasta el territorio del vecino fascista del sur: la España de Francisco Franco.
—He visto las películas de propaganda —repuso Hans—. Vi cómo el capitán general de la sexta Región Militar de España, general López Pintó, recibía calurosamente a los ejércitos alemanes
—Un momento triste, no cabe duda.
—Debemos reforzar todos los canales de comunicación con los españoles. Más temprano que tarde Hitler se dará cuenta de la importancia de la opción mediterránea y preparará una reunión con Franco, probablemente en la misma Hendaya. Debemos conseguir que esa reunión fracase.
Oster se puso a trabajar en ello. El mismo Canaris hizo diversas llamadas a antiguos amigos en España. Daba la casualidad que Canaris hablaba perfectamente español dado que estuvo preso en Chile en la Primera Guerra Mundial después de que el buque en el que servía, el Dresden sobreviviese a la batalla de las Islas Malvinas. Luego había vivido en España una buena temporada, entre 1916 y 1917. Por último, tenía buena sintonía con Franco, ya que en el pasado el almirante había sido uno de los mayores defensores de mandar ayuda a las tropas nacionales que se habían sublevado contra la República. Incluso había acudido en persona y negociado en persona con el Generalísimo la entrega de armas y de la Legión Condor, ese grupo de aviadores alemanes que habían combatido en España junto con las tropas fascistas de Franco.
Por todo ello, Canaris estaba convencido de que cuando se celebrase la reunión entre Hitler y Franco en Hendaya podría convencer al Generalísimo de no entrar en la guerra mundial. Al menos, eso esperaba. Pero entretanto tenía un problema bastante mayor.
Una de las claves (acaso la principal) de que Alemania no interviniese en el norte de áfrica y el resto del área mediterránea era que no hubiese allí un frente activo. De momento, los italianos no habían atacado a ninguno de sus vecinos y, aparte de las batallas menores en los Alpes del final de la batalla de Francia, la única acción militar de mención que se había producido era el enfrentamiento en la batalla naval de Punta Stilo. Allí, cerca de Calabria, un grupo de naves italianas que volvían después de escoltar hasta Bengasi a un convoy se encontraron a otro convoy, esta vez inglés, escoltado por la marina de la Gran Bretaña.
Los italianos contaban con dos acorazados, seis cruceros, seis cruceros ligeros y 16 destructores. Los ingleses contaban con tres acorazados, un portaviones, cinco cruceros ligeros y 14 destructores. La batalla, fruto del azar, había enfrentado a dos grupos navales bastante numerosos. Sin embargo, fue un encuentro breve en que los italianos sufrieron una leve derrota, tal vez un empate. Sólo perdieron un crucero (el Colleoni) y cuando uno de sus grandes acorazados sufrió daños decidieron retirarse. En ese momento, fue cuando se produjo otro claro ejemplo de la incompetencia de los mandos italianos. La fuerza aérea y la Regia Marina eran independientes. No tenían relación entre sí, no hacían maniobras conjuntas y lo cierto es que sus mandos se tenían antipatía. Cuando la marina informó a la Fuerza Aérea (Regia Aeronaútica) que estaban siendo atacados, se tardó una cantidad de tiempo enorme en reaccionar y, cuando finalmente se mandaron naves al lugar de la batalla, sólo

consiguieron ametrallar a sus propios hombres, a los marineros del crucero italiano hundido, que estaban siendo rescatados por los ingleses.
Una muestra más de la Italia no estaba preparada para la guerra. Y no sería la única.
Por desgracia, esto es lo que más temía Canaris. Sabía que el dictador italiano, Benito Mussolini quería librar una “guerra paralela”. Quería ser como Hitler, quería conseguir grandes victorias para su pueblo y reconstruir el imperio romano de los Césares. De hecho, en la Italia fascista todo el mundo saludaba con el brazo en alto al estilo romano y se creía que, en breve tiempo, se reconquistaría buena parte sino toda la provincia de África (es decir toda la costa del Mediterráneo”) que un día había pertenecido a Roma.
El almirante Canaris sabía que Mussolini tenía pensado atacar a Grecia, tal vez incluso más tarde Yugoslavia. Pero eso no le importaba, aunque estaba convencido de que sufrirían severas derrotas si lo intentaba. Le preocupaba Libia, la costa de África, el Mediterráneo en suma. Porque si los italianos atacaban allí, luego de sufrir escandalosas e inevitables derrotas ante los ingleses, Hitler mandaría a alguno de sus generales y a varias divisiones alemanas a la costa de África. Una cosa era que los italianos perdieran contra griegos o yugoslavos y otra que los ingleses los derrotasen desde Egipto. Canaris había calculado que, con una inversión de hombres y de material no demasiado alevados, los alemanes podían llegar hasta el Cairo y luego hasta el Canal de Suez y cerrar todo el tráfico marítimo del Mediterráneo, asfixiar a Inglaterra y ganar la guerra mundial.
Así que mandó a algunos de sus mejores hombres a investigar el estado de la Italia fascista. Hicieron un informe de inteligencia y por la noche lo discutió con el coronel Oster, al que siempre tenía al tanto de los asuntos más importantes.
—¿Qué sabes de Mussolini? ¿Qué dice el informe, Hans? —preguntó Canaris a Oster.
—El día a día del dictador es bastante previsible. Se pasa la mañana en su salón privado, que es conocido como el Salón del Globo, una gran sala de 200 metros cuadrados llena de mosaicos.
—¿Mosaicos?
Sí, en uno está el gran Benito abrazando a una ninfa de la mitología romana, por supuesto se trata de la ninfa Mediterráneo, donde tiene pensado construir su imperio. En el otro está el mismo espléndido y grandilocuente Benito Mussolini salvando a otra protagonista de la mitología romana, la princesa Europa, de un gran toro que simboliza a los bolcheviques, a Rusia, la patria de todas las desgracias y las mentiras para los fascistas.
—Dios santo, ese hombre está a la altura en estupidez al mismo Adolf Hitler.
Oster rió y prosiguió con su informe.
—La jornada del Duce comienza indefectiblemente a las nueve, cuando recibe en el Salón del Globo a las visitas. La sala es rectangular y él se coloca en el extremo contrario de la misma, de tal forma que cualquier invitado debe avanzar un gran número de metros antes de ponerse a su altura y hacer el saludo romano. Eso le da una ventaja moral sobre cualquiera que viene a verle. Lo tiene todo muy estudiado.
—Me han dicho que es un patán vociferante, que se parece a algunos de nuestros bienamados líderes nacionalsocialistas cuando hacen un discurso —comentó Canaris.
—En efecto —concedió Oster—. Durante las visitas levanta la voz, gesticula, chilla y al igual que nuestro Führer y otros muchos de líderes nazis, inunda a su interlocutor de citas abstrusas y lecturas de aficionado.
Canaris bufó con desagrado.

—Las tardes las dedica a encuentros sexuales con diversas señoritas. Vigor en los bajos, a lo que parece, no le falta —añadió Oster—. También como nuestro Führer (es remarcable constatar cuantas cosas tienen en común) dispone de una amante fija, una esposa en la sombra: Clara Petacci. Ahora mismo, la Petacci está embarazada y la tiene en unas estancias privadas del Palazzo Venezia, donde la va a ver siempre que sus otras conquistas se lo permitten

«Cuando ya ha anochecido tienen lugar las reuniones del Consejo fascista. Allí es donde Mussolini realmente deja brotar todo su histrionismo. Amenaza, hace discursos, salta sobre las mesas (no es una exageración) y abruma a reprimendas a los mandos italianos, que pueden ser torpes militarmente pero no son tontos. Por ello siempre han sido contrarios a entrar en guerra. Pero el Duce les repite que la victoria tiene que ver con la fuerza de voluntad, no con las armas, ni con la coordinación entre las diferentes ramas del ejército ni con nada: sólo con la voluntad.

—Es el mismo tipo de sandeces que dice Goering. Que todo se puede conseguir con determinación. Así es como quiere vencer a los ingleses en los combates aéreos que pronto habrá en el Reino Unido. A base de determinación y no de mejores aviones o de superioridad aérea.

—Además, ambos están igual de gordos —opinó Oster.

Curiosamente, Canaris no rió esta vez. Ojalá la gula, la gordura gargantuesca de Goering y de Mussolini acabase con aquellos dos malnacidos: pero el mundo no tendría esa suerte. Le hizo una señal a Hans para que continuase.

—Respecto a temas militares, cabe señalar que la infantería y los blindados italianos no están en condiciones de librar una batalla contra ninguna potencia, como ya sabíamos. Lo único que tienen realmente destacable es su marina de Guerra. Se dice que el blindaje de sus acorazados es muy superior incluso al nuestro o el británico y que su oficialidad está muy por encima del resto de mandos de las diferentes ramas del ejército fascista. Sin embargo, Mussolini decidió hace años que los portaviones no eran importantes en la guerra moderna y la aviación naval está separada de la Regia Marina, perteneciendo al ejército del aire. Por ello, como se ha visto en la reciente batalla de Punta Stilo, la marina italiana carece de aviones propios. Dada la enorme extensión del mar Mediterráneo, la ausencia de portaviones y a su vez de aviones que desde las costas italianas puedan ayudar a sus barcos en un tiempo razonable, su marina no tiene absolutamente nada que hacer contra los ingleses.

—¿Y la Regia Aeronáutica? He oído que los pilotos italianos son notables.

—Su aviación está obsoleta y, aunque tienen un gran número de aparatos, nuestros espías calculan que sobre 3000, al menos la mitad son inservibles y no podrían despegar ni aunque quisieran. Su avión más habitual es el C.R.32 Falco, un avión excelente cuando se puso en servicio hace unos años. Pero no lo han mejorado desde la guerra civil española (donde combatió con éxito) ni han sacado nuevos modelos. La razón principal es también culpa del gran Duce. En lugar de mejorar los modelos existentes, hace que una nación sin suministros, si materias primas ni metales adecuados, investigue en nuevos aviones revolucionarios que al final siempre acaban siendo prototipos que se desechan. Por ello llevan muchos años sin innovar en aviones y sus modelos han sido superados por otros países. Por último, sus pilotos son realmente destacables, extremadamente valientes y capaces, tal vez por eso les gusta tanto el C.R. 32 Falco, un aparato muy maniobrable. Por desgracia, son acróbatas del aire, aviadores del tipo de los años 20 o 30 como, si me permite la comparación, nuestro gran as del aire Ernst Udet.

—Ya entiendo. Y como él están desfasados.

—Todo en la Italia fascista está desfasado, almirante.

Hans Oster terminó la lectura del informe de inteligencia con esta frase y Canaris le despidió dándole las gracias. Se quedó un rato a solas pensando en Italia. Comprendió que en aquel asunto no podría influir de forma favorable a sus intereses. Italia entraría en guerra en África, sería derrotada y Alemania mandaría un pequeño ejército para ayudarla. Por suerte, estaba Balbo.

Balbo era el gobernador de Libia, el hombre que debía dirigir la ofensiva italiana contra Egipto. Y era un hombre de fuerte carácter, que de momento se había negado ni tan siquiera a prepararse para atacar.

Ahora sólo cabía esperar que aquel hombre resistiese la tentación de obedecer al idiota del Duce y combatir contra los ingleses en Egipto. Si finalmente decidía inciar las hostilidades, Italia estaba perdida y Alemania vendría al rescate.

Precisamente lo que más temía Canaris. Porque el problema era que sabía de buena tinta el hombre que Hitler elegiría para esa misión. El propio Führer se lo había insinuado en una cena.

—El día que Erwin Rommel llegue a África al mando de unas cuantas divisiones Panzer estaremos en un grave problema.

Rommel en solitario podría ganar la guerra mundial si llegaba hasta Egipto y cerraba el canal de Suez. Era un genio, alguien bien capaz de una hazaña semejante.

—Ojalá Ítalo Balbo siga aguantando muchos años y nunca haya guerra en África.

Ahora todo dependía de aquel hombre.

Todavía estaba Canaris con las manos en la cabeza, frotándose las sienes que de pronto le dolían, mientras pensaba en cómo evitar que los italianos atacasen en África y, en un diabólico efecto dominó, comenzasen a caer las piezas que llevarían a Rommel a enfrentarse a los ingleses en Egipto... cuando sucedieron dos sucesos terribles e inesperados.

El primero fue que su secretaria le envió un mensaje urgente de uno de sus espías en la Italia fascista. El mensaje, escueto, revelaba que la peor de las casualidades se había producido:

Ítalo Balbo ha muerto. Posible accidente aéreo. Más información en las próximas horas.

Canaris se mesó los cabellos. ¡Aquello era un desastre absoluto! Pero no pudo hacer frente de momento a las consecuencias de tan nefasta noticia: el segundo de los inesperados sucesos que tendrían lugar aquella mañana se produjo en aquel mismo instante.

Sin ni siquiera llamar a la puerta, un hombre entró en su habitación a toda velocidad y le puso una pistola en la frente.

—Buenos días, almirante —le saludó el recién llegado

Ahora, Canaris tenía un problema nuevo al que hacer frente. Y esperaba de todo corazón que no fuese el último de su vida.

Tan pronto como Schellenberg regresó a Berlín tuvo que dar explicaciones al ministro de exteriores sobre su actuación en España y Portugal y el el fiasco en su intento de secuestrar al Duque de Windsor. La recepción de Ribbentrop fue cordial pero distante. Escuchó las excusas del jefe de contraespionaje durante media hora y luego le invitó amablemebte a marcharse.

Por la tarde, Walther recibió una llamada de Heydrich en la que se le informaba que en breve fecha recibiría un ascenso. Una de las cosas que más temían los oficiales nazis eran los “ascensos” inesperados. Era un eufemismo que revelaba que no se estaba contento con tu trabajo y se te iba a trasladar a un lugar donde no estorbases. Así, por ejemplo, le había sucedido a Manstein, que por dos veces había sido “ascendido” con objeto de castigarlo, la primera vez por trabajar para el supuesto homosexual Von Fristch; la segunda por haber convencido a Hitler de cambiar los planes para la invasión de Francia.

Por todo ello, la palabra ascenso no le gustó en absoluto a Schellenberg, pero la araña Heydrich, al otro lado de la línea, se echó a reír:

—El año que viene te trasladaré a otro departamento, pero no debes preocuparte, podrás seguir llevando la vida despreocupada que tanto te gusta.

Hasta sus superiores le tenían calado. Schellenberg llegó a la conclusión de que era demasiado transparente y que, con el tiempo, debería aprender a no serlo tanto. Mientras reflexionaba sobre todo esto y, como era consciente que en lo que quedaba de año no se le asignarían demasiadas misiones de contraespionaje, decidió entregarse a la tarea que más le interesaba en aquel momento: investigar todo lo relacionado con el proyecto Lebensborn y Otto Weilern.

Para ello llamó al almirante Canaris, con el que había quedado para tomar entre los dos una decisión sobre el asunto durante su último paseo a caballo. Su sorpresa fue mayúscula cuando el jefe de inteligencia del ejército se negó a recibirle e incluso prohibió que le pasasen sus llamadas. Una secretaria muy afectuosa le indicó que el almirante estaba sumamente ocupado en diversas reuniones trascendentales para el Reich. Ese era un eufemismo aún mayor que el de “ascender” a alguien molesto o incompetente. Cuando un alto oficial, en lugar de decirte “me voy a reunir con Keitel” o “me voy a reunir con Himmler”... te hablaba de “reuniones trascendentales” abstractas, con individuos desconocidos, era porque no tenía que reunirse con nadie y sencillamente no quería verte.

Nunca pensó que Canaris le tratase de aquella manera. Y más ahora que ambos trabajaban contra Hitler. Aunque Schellenberg pensaba que, en su caso, más que trabajar contra Hitler, nunca había trabajado para él.

Aquellas jornadas llenas de eufemismos preocuparon a Walther, que finalmente hubo de reconocer que estaban sucediendo ciertas cosas a su alrededor que no controlaba. Podía sentir que había pasado algo que lo había cambiado todo. Pero no sabía el qué. Y eso era algo que no debía permitirse un jefe de contraespionaje. Probablemente por eso, porque en el fondo estaba superado por los acontecimientos, y no sólo por fracasar en lo del Duque de Windsor, Heydrich lo iba destinar a otro departamento dentro de las SS. Tal vez no fuera tan bueno como creía en él desempeño de sus

actividades secretas.
Sea como fuere, decidió seguir por su cuenta la investigación sobre Otto Weilern. Y para ello, tendría que ser sistemático. No actuaría a la ligera, acudiendo en primer lugar a la fuente de todo el asunto, que no era otra que el mismísimo Heydrich y aquel médico corrupto de Hitler, el siniestro Theo Morell. En lugar de ello, comenzaría investigando sin prisas por el hombre de confianza del Führer e intentaría sacarle toda la información que pudiera. Pensó que el asunto era tan importante, que por fuerza más personas de las que él mismo podía imaginar debían estar al tanto.
Y una de ellas debía ser Goering. No en vano el endiosado mariscal del aire estaba a cargo del Forschungsamt, el servicio de escuchas que tenía pinchados al menos una cuarta parte de los teléfonos de todo tipo de personajes influyentes en el país. Si a oídos de alguien podía haber llegado alguna noticia indiscreta sobre Otto, aquellos oídos privilegiados eran los de Hermann Goering.
Por la mañana, sin previo aviso, se presentó en el Carinhall, la fabulosa mansión que Goering tenía al este de Berlín, lindando con el bosque de Schorfheide. Walther tenía buenas relaciones con el mariscal del aire, tal vez un poco superficiales, pero dado que el Carinhall era un lugar que visitaban a menudo la mayor parte de los altos mandos de Alemania, su presencia no sería considerada algo fuera de lo común.
Tuvo la desgracia, sin embargo, de llegar en un día en el que la mayor parte de los mandos aéreos estaban reunidos para decidir la mejor forma de organizar el bombardeo de la Gran Bretaña. Por todas partes había generales de la Luftwaffe y se respiraba un aire marcial de expectación. Por si esto fuera poco, llegó de pronto una noticia funesta. Schellenberg pudo ser testigo del momento en que Goering fue informado de la muerte de uno de sus mejores amigos.
—¡Dios, ha muerto Ítalo Balbo!
Se hizo el silencio en la sala. Sperrle, el responsable de la tercera flota aérea estaba boquiabierto. Al general del aire Von Richtoffen casi se le cae la copa que llevaba en la mano. Kesselring, atónito, miraba a derecha y izquierda como si estuviese en una representación y aguardase a que alguien diese el pie al siguiente actor. Schellenberg, que tenía contraespías trabajando en Italia, había conocido la noticia el día anterior, por lo que permaneció sereno, aunque en silencio. Tan sólo Ernst Udet, que había traído la noticia, aunque cabizbajo, fue capaz de reaccionar:
—Las últimas noticias apuntan a que falleció mientras pilotaba su Sparviero.
Sparviero era el nombre con el que oficialmente se conocía al bombardero italiano Savoia-Marchetti S.M.79. Aunque los aviadores le llamaban el “maldito jorobado” por la forma abultada de su casco.
—No puede ser. Mi amigo no ha podido... no puede...
Goering se había quedado repentinamente sin habla. Al otro lado de la sala, Schellenberg se acercó a la licorera más cercana y se llenó hasta arriba un vaso de vino de Burdeos. Hasta él sabía que la muerte de Ítalo Balbo era un desastre para el principal aliado de Hitler. El ejército alemán tenía un abultado grupo de oficiales de primera clase. Desde genios militares como Manstein o Rommel hasta más de un centenar de generales de varias estrellas y hasta mariscales más que notables. Por el contrario, la Italia de Mussolini tenía los mandos más incompetentes de toda la guerra (incluso aún más si cabe que los franceses). Sólo había una excepción: el gran Ítalo, el quadrinviro, es decir, uno de los cuatro generales que acompañaron a Mussolini en la marcha sobre Roma en 1922 y que, al grito de “Roma o muerte”, derribaron las estructuras del estado italiano, formando acto seguido un gobierno de coalición que dio por comenzada la era fascista.
Balbo tal vez no fuese un genio militar, pero era un tipo extremadamente competente en todas las

áreas. Valiente, hábil, brillante estratega y organizador, un hombre preparado para tomar decisiones tácticas a gran velocidad y, además inmensamente respetado por la tropa y por el resto de oficiales. Por si esto fuera poco, era el único hombre capaz de discutirle una orden al exaltado de Mussolini. Porque el Duce era, como Hitler, un diletante en asuntos militares que tomaba una decisión estúpida tras otra. Además, el fatuo Presidente del Consejo de Ministros (su verdadero cargo, porque Duce o Dux, como Führer, era una forma de decir "guía del pueblo") carecía de la suerte de Adolf. Sin el concurso de ésta, y según avanzó la guerra, sus decisiones, ya de por si estúpidas, conducidas por una oficialidad completamente inútil, provocaron que los italianos cifraran todas sus intervenciones militares en desastres. En aquella reunión, aunque probablemente nadie podía imaginar hasta qué punto llegaría la incompetencia de los italianos, todo el mundo era consciente ya de la tragedia que significaba la muerte de Ítalo Balbo.

—Además, a escasas semanas de que los italianos comiencen la ofensiva en el desierto de Libia.

El que había hablado era Schellenberg, que sabía bien por las redes de espionaje alemanas, que Mussolini pretendía organizar una ofensiva en dirección a Egipto contra los ingleses. El único que la estaba demorando era precisamente Ítalo Balbo, gobernador de Libia, que, como buen estratega, no paraba de exigir tropas y material que sabía que Mussolini no podía entregar. Trataba de dilatar el cumplimiento de una misión que, según sus propias palabras, no estarían los italianos preparados para emprender al menos hasta 1942.

Como era la única persona capaz de negarse a obedecer una orden directa del dictador, de momento lo estaba consiguiendo. Mas su muerte significaba que, fuera quien fuese el que los sustituyera, obedecería la orden del Duce y atacaría en el desierto, en dirección a Egipto. Lo que provocaría con toda seguridad que los ingleses contraatacasen y destruyeran al ejército italiano en África. El almirante Canaris, en alguna ocasión, le había expresado a Schellenberg el terror que sentía ante aquella eventualidad. Estaba convencido de que Rommel sería mandado al frente de una fuerza expedicionaria a África y que el rumbo de la guerra mundial podía variar trágicamente.

Las cosas, definitivamente, no pintaban bien para Mussolini. Lo cual, tarde o temprano, sería un problema que Hitler y la Wehrmacht tendrían que solucionar.

—¡Balbo! ¡Balbo!

Pero las consideraciones tácticas y estratégicas del asunto, en aquel momento, no le importaban a Goering, que se había apoyado en la pared y, encogido, lloriqueaba y murmuraba el nombre de su amigo. Porque el gran mariscal del aire era amigo íntimo de Balbo. Ambos se consideraban almas gemelas. Aviadores, hombres de mundo, enamorados del arte y sucesores de los dos grandes dictadores del momento. Goering de facto y Balbo, aunque oficialmente no era el sucesor de Mussolini, todo el mundo sabía que de ocurrirle cualquier desgracia al Duce, quién tenía más opciones de reunir los apoyos suficientes para alcanzar el poder habría sido Balbo, mucho antes que Ciano, Badoglio o cualquier otro líder italiano.

—¡Me trajo mi Venus de Praxíteles! ¡Mi venus! —chilló Goering y se abrazó sobre la estatua de una mujer desnuda, de tamaño natural, llorando desconsolado sobre ella.

Aquella reunión tenía lugar en el amplio estudio de Goering. Era un lugar suntuoso, enorme, atravesado por cuatro largas mesas de mármol donde se habían dispuesto diversos mapas del próximo bombardeo de Inglaterra. Alrededor de esas mesas había un sinfín de figuras, efigies, grabados, candelabros de lujo, tallas de madera, vírgenes medievales, nichos y hornacinas en las paredes (llenos a rebosar de objetos de plata), grandes cuadros y esculturas famosas. Una de las

principales era aquella copia de Venus (Venus Púdica o Venus Capitolina) de varios siglos de antigüedad, que había ha sido hallada en 1938 en unas excavaciones en Libia. Balbo en persona se la había regalado a sus amigos Hermann y Emmy Goering. Por si esto no fuera poco, les había invitado a conocer en persona los trabajos arqueólogicos en las ruinas romanas de Leptis Magna. Hermann quedó encantado con las Termas de Adriano, donde precisamente había sido hallada su Venus.

Más tarde, y como compensación, los Goering se habían llevado a su amigo a un crucero por el Mediterráneo a bordo del "Carin II", el barco preferido del mariscal del aire. Se habían intercambiado de nuevo regalos y Goering le había entregado al valiente aviador italiano, una de las mayores condecoraciones de Luftwaffe, la Flugzeugführer und Beobachterabzeichen, una insignia de oro y diamantes negros que se otorgaba por servicios extraordinarios al Reich. Todo era poco para aquel hombre, ya que le había regalado una de las joyas de su colección, aquella Venus a la que ahora estaba abrazado mientras lloraba inconsolable.

—¿Cómo ha sido? ¿Cómo ha muerto mi amigo Ítalo?

Udet carraspeó antes de responder:

—Parece ser… —Daba la impresión de dudar mientras buscaba la mejor respuesta.

Goering dejó de abrazar a la estatua de Venus y se encaró a su jefe técnico.

—¿Parece ser qué? ¿Me ocultas algo?

—Bueno… Es que… lo derribaron por error las propias defensas antiaéreas italianas en el puerto de Tobruk.

Aquello era la ironía cósmica final. El único mando militar realmente notable de Italia había sido asesinado por las incompetentes defensas aéreas de su propio país, que lo habían confundido con un enemigo. En la batalla de la ineptitud contra la eficacia y los buenos resultados, Italia la tenía perdida de antemano. Como todas las demás batallas en las que participó en la guerra mundial.

Goering se abalanzó sobre Udet y le cogió de las solapas del uniforme, zarandeándole.

—¡Eso que me dices no es posible! ¡No es posible! ¡Nadie puede ser tan incompetente!

Pero los italianos sí podían serlo. Todos los presentes en la sala lo estaban pensando pero sólo Schellenberg fue capaz de decirlo:

—Los italianos sí son capaces, querido mariscal del aire.

Goering pareció despertar de una ensoñación y contempló al jefe del contraespionaje de las SS, que le sonreía en un momento funesto como aquel con una copa de vino en la mano.

—¿Qué haces aquí, Schellenberg?

—Se me ha ordenado que haga un informe sobre la próxima invasión de Inglaterra y los esfuerzos al respecto de la gloriosa Luftwaffe —mintió Schellenberg, que luego del fiasco en la operación de secuestro del duque de Windsor no tenía ninguna tarea encomendada. Sin embargo, el mariscal Goering, tal vez la persona del mundo más inclinada a agradecer las adulaciones, mostró inmediatamente un gran interés en su misión, se secó los ojos y le cogió del brazo. Parecía haber olvidado el trágico deceso de su amigo. Así era el mariscal del aire, una persona cambiante, a la que la droga a menudo le hacía tener la misma memoria a corto plazo que un pez.

—¿Un informe de mi gloriosa aviación? Pues llegas precisamente en el momento preciso. Porque estaba reunido con mis hombres de confianza decidiendo la estrategia a seguir en el bombardeo… quiero decir en los bombardeos que precederán a la invasión —Goering había dudado por un instante sobre qué decir exactamente. Incluso cuando había pronunciado la palabra "invasión", la había dicho en un tono más alto, como si se hubiese forzado a pronunciarla.

Schellenberg estaba acostumbrado a oír confesiones de espías capturados (como los de Venlo) y era un hábil conocedor del alma humana. Aunque no era una ciencia exacta ni mucho menos, a menudo sabía cuando alguien le estaba mintiendo. Y Goering no era un tipo que mintiera demasiado bien.

Desde el principio, Walther había albergado dudas de que realmente se pretendiera invadir Inglaterra. Canaris y él lo hablaban a menudo en sus paseos a caballo.

Y había razones para sospechar del engaño: durante el ataque a Noruega, el Führer había vigilado el movimiento de cada uno de los barcos y lo había discutido con Raeder. En Polonia había intervenido en todos los preparativos personalmente. Antes de la batalla de Francia, Hitler había estado desde el 26 de marzo al 9 de mayo en Berlín: un mes y medio preparando hasta al más mínimo movimiento de la ofensiva. Incluso planificó en persona las acciones de los comandos de Brandemburgo o de los paracaidistas de Student en Eben Emael.

Ahora, en vísperas de la invasión de las islas británicas, el Führer estaba de vacaciones con sus amigos y todavía no había regresado. Respecto a la operación León marino, aún no había planificado nada, jamás estuvo presente en ninguna reunión y se limitó a echarse unas vacaciones.

Y ello se debía a que nunca hubo realmente una operación León Marino para Hitler. Sólo era un bluff, una farsa.

Entretanto, el número dos del Tercer Reich, Goering, acababa de regresar de Amsterdam, donde había estado comprando con su habitual apetito desmedido obras de arte a marchantes holandeses, al tiempo que los hombres de gris, ese pequeño ejército de ladrones que le acompañaban y que se dedicaban expoliar a los judíos en los países conquistados, le llevaban todo tipo de nuevas adquisiciones. Sólo había regresado de sus excursiones cinegéticas para aquella breve reunión en el Carinhall. Con ella se pretendía dar la impresión que realmente se estaba preparando alguna cosa. Pero no se preparaba nada. No habría invasión de Inglaterra. Hitler y Goering estaban convencidos que los ingleses se iban a rendir.

¿Cómo podían ser tan idiotas como para pensar algo semejante? Visto en perspectiva es difícil de entender. Pero el caso es que acababan de conseguir una victoria contundente en Francia, una victoria que nadie esperaba y que ni los más acérrimos seguidores de los nazis habrían imaginado. En aquel momento, se sentían invencibles. Además, por errores mucho menores en la gestión de las crisis de Finlandia o de Noruega, los franceses habían cesado antes de iniciar el caso amarillo a Daladier y los británicos a Chamberlain. Luego del inmenso desastre de Francia y del ridículo del cuerpo expedicionario británico, estaban convencidos que Churchill estaba en la cuerda floja. Pensaban que, aumentando la campaña de bombardeos y el bloqueo económico sobre las islas, los ingleses harían dimitir a Winston Churchill. Probablemente también por ello habían querido raptar al duque de Windsor.

Creían que el Reino Unido se estaba desmoronando.

Pero todo aquello sólo demostraba que el Führer minusvaloraba las capacidades de Churchill y la capacidad de resistencia del pueblo británico. A los ingleses se les podía derrotar, pero rendirse… ¡jamás!

—Los bombardeos sobre Inglaterra serán devastadores —le aclaró Goering, señalando la costa británica.

Schellenberg asintió, fingiendo interés, pero mientras el mariscal daba instrucciones a sus jefes de flota aérea y al resto de generales del aire, lanzando miradas de soslayo a Walther como llamando su atención sobre la grandeza de la fuerza aérea alemana; mientras los generales dibujaban objetivos en

los mapas, ubicaban cada uno de los grupos, decidían que una pequeña flota aérea, la número cinco, apoyaría desde las bases de Dinamarca y Noruega los ataques; mientras hacían cálculos con compás de hasta dónde podía llegar la escolta de cazas y señalaban localidades costeras de Inglaterra… Mientras todo esto sucedía, Schellenberg comenzó a aburrirse. No le interesaban los detalles del ataque aéreo y comenzó a temer que de un momento a otro se le escapara un bostezo.

Vio por un ventanal que Emmy Goering estaba jugando junto a su hija Edda y dos institutrices. Se excusó y Goering le dio permiso, añadiendo como el buen anfitrión que era:

—Espero verte en la cena.

—No lo ponga en duda, querido mariscal del aire.

Afuera, la pequeña Edda corría alrededor de una casa de muñecas gigante que había sido construida con la aportación desinteresada de los soldados de la Luftwaffe. Se trataba de la miniatura a escala del palacio prusiano de Sanssoucy. Era tan recargado y Rococó como el original, y hasta podían verse los templetes, la casa de té y diminutas pero exactas reproducciones de los relieves mitológicos de sus muros. Madre e hija reían mientras se pasaban las pequeñas muñecas y las sentaban en las sillas labradas de los salones de Federico II el Grande.

—Hace un día maravilloso —aseveró Schellenberg, acercándose por los jardines y mostrando una arrebatadora sonrisa.

Emmy se sintió inmediatamente prendada de aquel joven tan caballeroso al que recordaba vagamente de alguna reunión de altos mandos del Reich.

—Un placer, señor…

—Llámeme Walther.

—Walther, Walther, Walther es muy guapo —canturreo la pequeña “rayito de sol”, la niña mimada del universo del Carinhall y los Goering.

—Parece que a ella también le gustas —dijo Emmy, sin poder evitar sonrojarse.

Schellenberg se carcajeó con su risa perfecta y cristalina. Luego caminó un buen rato junto a Emmy y las dos institutrices de la niña; mientras, la pequeña Edda seguía jugando en su casa de muñecas. Schellenberg se inclinó en varias ocasiones para recoger flores que regaló a la señora de la casa. Incluso una flor suelta para las dos intitutrices, que tartamudearon unas frases de agradecimiento, sojuzgadas también al atractivo de aquel hombre.

En realidad, más allá del gesto, Schellenberg no tenía mayor interés en hacer adornos de margaritas para nadie. Lo que quería era que le mirasen el culo. Sabía que a las mujeres les encantaba mirarle el culo. Varias de sus amantes le habían dicho que era uno de los traseros más bonitos de toda Alemania. Schellenberg estaba convencido de ello y no perdía ocasión de ponerse los pantalones más ajustados que tuviera el ejército y las chaquetas más cortas. Al fin y al cabo, si los hados le habían dado aquellos atributos, sería estúpido desperdiciarlos. En más de una ocasión vio en los ojos de Emmy Goering un gesto que él conocía bien. Era aquel que decía “ojalá mi marido, un hombre tan importante, tuviese, manteniendo su posición, el aspecto físico de este joven”.

Pero Dios era injusto, ya que aquel trasero era sólo suyo, mientras que el mariscal Goering tenía unas posaderas ideales para ser reconvertidas en un improvisado aeropuerto. Después de todo, era lo justo, ya que se trataba del máximo responsable de la Fuerza Aérea.

Schellenberg se echó a reír de su propia gracia y las tres mujeres que le rodeaban rieron con él aunque no había dicho absolutamente nada divertido. A veces, a Walther le daba rabia ser tan guapo. Pero eso no evitaba que sacase todo el partido posible de ello.

—Espero que se quede para la cena —le rogó entonces la señora Goering, sin saber que estaba parafraseando las palabras y la invitación que su marido había hecho minutos antes.
—Para mí será un honor, “sublime señora”.
Schellenberg había recordado que aquel era el apelativo con el que los aduladores de los Goering (que eran innumerables) llamaban a Emmy, aquella oronda ex actriz que era la segunda esposa del sucesor de Hitler. Ella enrojeció de nuevo y le dio un leve empujoncito.
—Oh, es usted tan galante…

No sólo se quedó a comer aquella noche. Schellenberg permaneció cinco días junto a los Goering. Y eso que, al cabo de tan sólo unas horas, había conseguido ya que aquella pareja se preguntase cómo demonios habían podido disfrutar de su tiempo libre, en el pasado, sin la presencia del joven Walther. Pasaron varias jornadas maravillosas de paseos por la montaña Schorfheide, de viajes en barco por el lago de Döllnsee, de batidas por los bosques de los contornos. Tal y como Schellenberg había previsto, Goering estaba bastante poco preocupado por Inglaterra y sí por sus vicios habituales (la morfina) y sus entretenimientos también habituales, como la caza o la adquisición compulsiva de obras de arte.
—Es maravilloso criar a una hija —le reveló Emmy a su invitado durante la cena, que ya estaba harta de hablar de los ciervos de 30 a más puntas que había abatido su esposo en los últimos meses y del resto de conversaciones masculinas que dominaban las sobremesas.
Goering, al fondo, asentía, satisfecho del nuevo rumbo de la conversación. Schellenberg se vio obligado a mostrarse de acuerdo, intuyendo con acierto y como siempre lo que debía decir.
—El ideal de la mujer aria que cria a sus retoños en casa y la familia como centro del universo nacionalsocialista. Todo ello es algo maravilloso.
Ese ideal nazi era muy mal llevado por muchas mujeres en Alemania (gente como Eva Braun, independientes y deportistas) pero Emmy era la imagen viviente de la matrona alemana, voluptuosa y campechana. Alguien cercano. Por eso el pueblo le tenía un afecto más sincero que a Magda Goebbels, que era infinitamente más sofisticada (y distante), pese a que Emmy había sido actriz y viajado por toda Alemania antes de la llegada del Tercer Reich.
—Es una pena que conociese a Hermann a una edad que ya no he podido tener más hijos —se lamentó Emmy.
—Pero habéis tenido a una hija que vale por cuatro de cualquier otro matrimonio ario.
Esa era otra de las innumerables vittudes sociales de Schellenberg, algo que en boca de otro habría parecido una alabanza burda, él conseguía gracias a su encanto natural que pasase por una frase ocurrente.
—Oh, sí, rayito es un bebé maravilloso —reconoció Goering, y rieron los tres, haciendo entrechocar sus copas y brindando por la pequeña Edda.
—Ser mujer en la Alemania del Führer es algo maravilloso —prosiguió por fin Emmy, acaso a modo de conclusión—. Él nos ha devuelto a nuestro lugar, a la labor esencial de tener hijos, de criar a los líderes del mañana.
Emmy había abandonado la vida de actriz porque una mujer de un alto mando nazi no podía tener una carrera liberal, que en general estaban mal vistas. La maternidad, de alguna manera, era su justificación a aquel tremendo sacrificio personal. Estaba haciendo algo aún más importante: criar a un retoño que en el futuro sería un miembro útil del Tercer Reich.
—Una mujer que se mete en política es algo espantoso. Su lugar no son las paredes del parlamento o de los escenarios o del palacio de justicia, sino las de su hogar, con sus hijos —sentenció Goering.

—Recuerdo ese discurso del Führer —terció Schellenberg, que siempre estaba atento a las citas.
El mariscal celebró su buena memoria y todos volvieron a brindar.
Fue una velada maravillosa.
Al tercer día, y para disgusto de la señora Goering, el mariscal del aire anunció que se trasladaba a París para ir de compras y decidió invitar a su nuevo amigo Walther. A aquellas alturas, ni siquiera se acordaba de que el jefe de contraespionaje de las SS se había presentado en el Carinhall con la excusa de hacer un informe sobre la Luftwaffe. Era un invitado y, para Hermann, eso era lo único que contaba. No en vano se consideraba el mejor anfitrión de toda Alemania.
Hicieron las maletas y partieron a la mañana siguiente.
—Espero que lo pase muy bien, señor Schellenberg. Ya me contará como es la Torre Eiffel —le pidió Emmy, delante de la puerta de entrada, donde se veía en relieve la vieja águila prusiana y el escudo de armas de la familia.
Se despidieron calurosamente y Walther saludó a la mujer con la mano desde la limusina. Era media tarde y hacía un día fabuloso en el Carinhall, el sol se reflejaba en las estatuas de bronce de tamaño natural que franqueaban los jardines y, al lado de una de ellas, vio aparecer a uno de los leones que vivían con los Goering en aquel palacio. Le habían cogido también mucho cariño a Schellenberg. Un espécimen parecía especialmente triste mientras la limusina se alejaba llevándose a su amo y aquel hombre que durante varias jornadas había sido el centro de atención de la villa. Walther se giró y vio que el león no tenía melena. Era, pues, una leona. Y es que ninguna hembra se podría resistir a sus encantos.
Una hora después, tomaron el tren Asia y comenzaron su trayecto en dirección a la frontera francesa. El mariscal del aire sudaba a mares y ofreció a Schellenberg darse un baño. Walther, que no sabía a qué se estaba refiriendo, aceptó encantado.
—¿Emmy no viene nunca a sus viajes a París para buscar obras de arte? Estoy seguro de que ella y su hija lo pasarían bien disfrutando de los restaurantes de lujo de la capital.
Goering y Schellenberg estaban en la gran bañera que ocupaba casi por completo el tercer vagón del tren. Se trataba de una pila gigantesca en la que uno se podía sumergir hasta el cuello, aunque había diversas protuberancias que servían de asientos. Los dos tenían una copa en la mano y un puro en la otra.
—Mi mujer no viene por culpa de los hombres de gris, a los que detesta.
Y pasó a explicarle al jefe del contraespionaje de las SS que, con ese nombre, su esposa había bautizado a un pequeño grupo de colaboradores que le acompañaban a la búsqueda de las mejores colecciones de arte de Europa. Por supuesto, con “pequeño grupo” Goering se refería a las 40 personas (a veces incluso más) que le seguían por todas las tiendas de París mientras compraba compulsivamente no sólo objetos de arte, sino ropa o cualquier otro souvenir que le agradase. También le seguían una nutrida escolta y un coche con detectives de la policía francesa. Los hombres de gris abrían siempre la comitiva: tasadores, marchantes galeristas, ladrones en su mayoría: la gente de más baja estofa del mercado del arte.
—Es bueno, además, que las mujeres tengan sus propias aficiones y dejen tiempo libre a sus esposos —añadió Goering, que respondía a la perfección al ideal nacionalsocialista en lo referente a la vida marital. Hitler, sin embargo, era mucho más abierto. El Führer pensaba que todas esas nociones estrictas que constreñían a la mujer alemana (y que él había instaurado) servían para el puro llano, mientras en privado admiraba a multitud de mujeres extraordinarias que se salían de la norma.

Mujeres como la cineasta Leni Reifenstal, la piloto Hana Reisch y muchas otras. Incluso su Eva era fotógrafo aficionada y una mujer liberal en muchos aspectos.
Hábilmente, Schellenberg fue desviando la conversación hacia el Führer y su forma de ser tan tolerante con aquellos que consideraba con un talento fuera de lo común: de forma tácita, estaba refiriéndose también a Goering, que era fiel como ninguno y un trabajador abnegado, a pesar de ser un ladrón y un morfinómano. Cosas que a Hitler no le importaban mientras cumpliera bien su trabajo.
—No cabe duda de que Adolf Hitler es un gran hombre. Una bendición para Alemania —sentenció Goering, dando una larga chupada su puro.
—Siempre está buscando talentos extraordinarios —acotó Schellenberg, cada vez más cerca del objetivo de aquella visita y en último término, de aquella conversación.
—Alemania siempre los necesita —concedió el gordo mariscal del aire, que lanzó en ese momento una ventosidad bajo del agua que trató de disimular moviendo el jabón a su alrededor mientras desde el fondo de la piscina emergían burbujas de nitrógeno y azufre.
—Ahora precisamente está muy interesado en un muchacho especial, según me han dicho. Un joven muy dotado, de la SS, ahora no recuerdo su nombre… —Schellenberg dejó caer lentamente su anzuelo y puso cara de inocente.
Y Goering pico tragándose del todo el anzuelo.
—¿Te refieres a Otto Weilern?
—Sí, creo que así se llama.
—Pues yo no me preocuparía. Sólo es un joven teniente sin mayor importancia. No sé porqué, Hitler y él hablan a menudo por teléfono. Pero he oído las conversaciones y no tienen interés —Goering le guiñó un ojo. Todo el mundo sabía que sus escuchas telefónicas llegaban a cualquier parte, y que sabía más cosas de todo el mundo de las que debería. Pero, por lo visto, no sabía nada de Otto. O eso, o era un autor actor extraordinario. Pero no, pensó Schellenberg, aquel hombre era un patán, un hombre incapaz de disimular una mentira tan grande si realmente supiese de qué iba el asunto Weilern.
—Es curioso que el Führer insista tanto su amistad con ese muchacho —insistió Walther, mirando fijamente al mariscal, que seguía moviendo el agua de la bañera esperando que su interlocutor no notase las ventosidades.
—Bueno, al Führer le encantan los jóvenes. Considera al teniente Weilern, creo yo, un ejemplo de la juventud aria que en el futuro ha de liderar nuestro país. Es un entretenimiento. —De pronto se le iluminó el rostro—. Yo compro obras de arte y Hitler pasa el tiempo hablando con un jovencito de las SS. El Führer está siempre entregado a su tarea de jefe de estado. Ha encontrado la forma incluso de disfrutar de su tiempo de ocio realizando una tarea útil para Alemania, como es conocer a las nuevas generaciones.
Schellenberg asintió. Definitivamente aquel hombre no sabía nada de Otto Weilern. Poco después, abandonó la bañera con una excusa. Dijo que tenía frío, pero lo cierto es que si volvía a ver otra burbuja ascender desde el fondo de la bañera se habría echado a vomitar.
Durante los días que pasó en Francia junto a Goering, a Walther le quedó definitivamente claro el poco interés del mariscal en la batalla de Inglaterra. Aunque en ocasiones, y sobre todo delante de generales del ejército del aire, repetía su famosa frase de que “Inglaterra ya no es una isla porque los aviones de la Luftwaffe han convertido el Canal de la Mancha en un río”, lo cierto es que a menudo ni siquiera escuchaba los informes de algunas incursiones menores de bombardeo en territorio inglés

y que no dirigía en persona las operaciones, dejándolas en manos de sus subordinados. Estaba mucho más interesado en el museo del Louvre, en el almacén de tesoros nazis que habían instalado en el Jeu de Paume, en la siguiente lista de judíos a los que había que confiscar sus obras de arte. Incluso dedicaba más tiempo a lamentarse de que en Francia había demasiados pocos coleccionistas de sangre hebrea y por tanto había muchas colecciones que no podía expoliar, que al asunto de qué iba a pasar con el Reino Unido.

Tanto Hitler como él seguían aferrados a la ilusión de que la victoria en Francia había sido tan aplastante que la guerra había terminado. Unos días más para que los ingleses se ablandaran y todo habría llegado a su fin.

Eran unos ilusos.

Cuando finalmente regresaron al Carinhall, cargados de cuadros y estatuas que ya no cabían y se amontonaban en los pasillos, Schellenberg cenó una última vez con la familia Goering.

—Ha sido un placer tenerle en nuestra casa —le aduló Emmy al final de la comida.

—Nunca olvidaré estos días que he pasado con vosotros —mintió Schellenberg, que estaba harto de aquellos dos gordos grandilocuentes. El mariscal, un idiota sobreactuado. Y su mujer, que había dejado una modesta pero interesante carrera en el teatro, para hacer de matrona de un ser patético como Hermann Goering.

Pero lo cierto es que más allá de haber perdido una semana con una familia tan aburrida sin haber descubierto nada nuevo sobre Otto Weilern, más allá de soportar las ventosidades de Goering en la bañera del tren Asia, más allá de todos los inconvenientes mayores o pequeños de su estancia... lo que le molestaba realmente era que, de haberlo deseado, nunca podría haberse acostado con Emmy Goering. Ella, desde el principio, había admirado el cuerpo de Schellenberg, su juventud, su apostura... pero sin lascivia. Walther no había tardado mucho en darse cuenta de que aquella mujer amaba de verdad a aquel payaso fatuo que tenía por esposo. De hecho, lo idolatraba, y sí, debía pensar: “ojalá mi Hermann tuviese el cuerpo de Schellenberg”, pero ella amaba con todo su corazón a un esposo drogadicto que, a su vez, estaba enamorado de una mujer muerta que tenía su santuario a menos de 200 metros de donde cenaban, Y lo amaba pese a que la consideraba poco menos que a un ama de cría para su hija.

A veces el amor es así de absurdo.

Pero Schellenberg, que era un coqueto y pensaba que todas las mujeres del mundo querían enamorarse de él, se sentía algo herido en su orgullo porque aquella mujer gorda y tan poco atractiva pensase que él sólo era una cara bonita.

Walther estaba tan acostumbrado a gustar que se sentía desnudo sin el poder de su seducción. Y eso probablemente también era absurdo, pero no dejaba de resultarle doloroso.

Aquella noche, cuando se despidieron, Goering le llevó a ver el santuario bajo tierra de su primera esposa, de Karin. Rezó junto al piano de la difunta con el rostro concentrado.

—Una mujer maravillosa. Un ángel —le explicó, cuando salían de la cripta.

Schellenberg le aseguró que le constaba que aquella dama había sido uno de los seres más elevados de la creación.

—Su ataúd estaba forrado de rosas —le aseguró Goering, hipando y sorbiéndose los mocos, emocionado.

Mientras Walther hacía la maleta en su habitación del segundo piso, hizo un breve inventario con todos los regalos, ropa e incluso un par de tallas de valor incalculable que le había regalado

Hermann Goering. Tal vez no era justo juzgando tan severamente a aquella familia. Era accesibles y amables como pocos en el Reich, y como nadie entre el círculo íntimo de Hitler.
Sólo por eso eran ya mucho mejor que la mayoría, Heydrich, Himmler, Hess y Keitel incluidos.

De pronto, se escuchó un grito histérico tan agudo que Walther bajó a toda velocidad por las escaleras. Varios criados se habían agolpado a la entrada del estudio del mariscal y dos leones asomaban bostezando, seguramente despertados por el grito de su amo de una cómoda siesta felina. Al entrar en el estudio vio sobre una de las largas mesas la solución de morfina y la jeringa del mariscal. Sin duda, había entrado en su estudio a darse la dosis habitual. Pero algo había detenido su ritual de drogadicto. Y Schellenberg no tardó en ver la razón.

—¡Mi amigo! ¡Mi amigo! Ha muerto Ítalo Balbo.

Hermann Goering estaba de nuevo abrazado a la Venus que le había regalado Balbo. Durante unos días, atareado con la visita de Schellenberg y el viaje a Francia para buscar obras de arte, se había olvidado de la muerte de su camarada aviador. Hizo llamar a su esposa y le pidió que hiciera gestiones con la familia del mariscal italiano para poder acudir a su entierro.

—Aunque seguro que ya lo han enterrado —comenzó a lloriquear de nuevo Goering y se mesó los cabellos antes de derrumbarse de nuevo sobre la Venus Capitolina.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: LA MISTERIOSA MUERTE DE ÍTALO BALBO

Se llegó a rumorear que Mussolini estaba detrás de la muerte de Balbo. Curiosamente y pese a su amistad con Goering, Ítalo era contrario a entrar en guerra y al pacto de acero con Alemania.

LUGAR Y FECHA: 28 DE JUNIO DE 1940

Los disparos que le abatieron se atribuyeron a las baterías antiaéreas del crucero San Giorgio. Hay testigos creibles que afirman, no obstante, que los disparos que impactaron en su avión partieron del submarino Marcantonio Bragadin, llegado desde Italia con la intención de asesinarle.

CONSECUENCIAS: LA FALSA LEYENDA DE LA COBARDÍA ITALIANA

Balbo era uno de los pocos mandos militares italianos realmente notables. El conjunto de la oficialidad fascista fue la peor de toda la guerra. El soldado italiano, por el contrario, era uno de los más valientes. Italia destacó en la triste estadística de acciones suicidas por parte de sus tropas, actos de valor extremos en la batalla. Sin embargo, lo que le faltaba era cohesión. A menudo se ignora el hecho de que una tropa aguanta en un campo de batalla no sólo por su formación o valentía, sino fundamentalmente por lo cohesionada que está, es decir, por la confianza que tiene en el grupo y en sus mandos; en que, siguiendo sus órdenes, aumenten sus opciones de sobrevivir. Los generales del Duce no consiguieron ni motivar a sus tropas ni infundirles confianza en sus capacidades. Por ello, el soldado italiano, comenzada la batalla y luego de los primeros combates, si la victoria no le sonreía, era más proclive que los de otras naciones a huir. Estas retiradas masivas le dieron fama de cobarde. Pero, sencillamente, es que no confiaba que sus mandos pudieran sacarle de aquel embrollo. A menudo con razón.

Media hora después, cuando Goering se hubo serenado, Schellenberg se marchó del estudio meneando la cabeza y terminó de hacer su maleta. Recordó que tenía pendiente una conversación con el almirante Canaris y pidió a la operadora que le pusiese con la sede central de la inteligencia militar. Esta vez, en la Abwher decidieron que podían comunicarse con el almirante, o acaso este había dado orden de que, por fin, le pasaran las llamadas.

—¿Qué te sucedía? ¿Por qué no querías hablar conmigo, Wilhelm?

Al otro lado de la línea alguien respiraba fatigosamente, resoplaba.

—Tenía que pensar, amigo. Vino a verme Otto Weilern poco antes de que me llamaras. Hablamos de ciertas cosas y, bueno, como te he dicho, necesitaba reflexionar sobre ellas. Por eso no te cogía las llamadas. Fue una reunión extraña en la que estuvo a punto de matarme.

—¿Otto? No me lo puedo creer.

—Oh, sí. Créetelo. Ha cambiado mucho. Ya no está dispuesto a que sigan engañándole. Además me dejó mensaje para ti. Si mañana vienes a Berlín hablaremos del tema.

—¿Me puedes adelantar al menos el mensaje?

—Si quieres... Me dijo que ya no érais amigos. Por lo visto, cree que ya no puede confiar en ti.

Schellenberg colgó poco después, aprensivo. Algo iba terriblemente mal. Y lo que era peor, tanto a Canaris como a él mismo, que deberían ser los mejores informados de Alemania por dirigir los servicios de información y espionaje, notaba que les faltaban datos. En aquella historia, muchas cosas se les escapaban.

—Vaya, ¿qué haces tú aquí?

La leona que siempre vigilaba a Schellenberg acababa de entrar en su habitación. Los animales son muy intuitivos y acaso percibiera que estaba a punto de marcharse, y esta vez de forma definitiva. Era un bebé León de apenas unos meses. Walther se inclinó y le acarició lentamente el lomo.

—Dentro de muy poco te harás mayor y sería un peligro tenerte libre aquí, entre los seres humanos. Habrá que ponerte detrás de las rejas, en el zoo. Pero hasta ese día…

Schellenberg no acabó la frase, dejó de acariciar al animal y levantó los ojos mirando a través de la ventana hacia el cielo estrellado. Se preguntó si aquellas palabras no servirían también para describir la situación de Otto Weilern: estaba creciendo y madurando demasiado rápido. Sus uñas se estaban afilando y tal vez habían perdido la oportunidad (en Francia, con Morgen) de ponerlo a buen recaudo, en un lugar donde no pudiera hacer daño a nadie.

—Pero no. No debo pensar en ello. No debo pensar así. Otto es mi amigo por mucho que él diga lo contrario.

Pero mientras decía estas palabras, Schellenberg notó que la voz le temblaba.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)
[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

No sé si el mundo había cambiado o si Otto Weilern estaba evolucionando y por eso el mundo le resultaba distinto.
Sentía dentro de mí aquella determinación ciega que contemplé, meses atrás, en Schellenberg cuando se convirtió en jefe de contraespionaje. Mientras con su rifle telescópico apuntaba al francotirador que acababa de asesinar a Von Fristch, en ese instante, tuvo que crecer como persona, tomar la decisión que creyese más justa y cambiar el destino: en una palabra ser un "hombre". Y ahora yo tenía esa misma sensación. Ya no me sentía superado por los acontecimientos. Sencillamente, enfrentado a los problemas, tomaba decisiones.
Y la primera decisión que tomé fue llamar a Hitler y pedirle que me destinase, en ña siguiente asignación de la operación Klugheit, al servicio de inteligencia militar de la Wehrmacht, la división que dirigía el almirante Canaris. Aparte de las credenciales y permisos habituales le pedí que no informase a nadie en la Abwehr. Quería darles una sorpresa, llegar de improviso y ver cómo se manejaban nuestros espías.
A Hitler le pareció una idea estupenda y yo me presenté una mañana en la calle Tirpitzufer 72, ascendí corriendo las escaleras hasta el segundo piso y me planté, después de pasar un par de controles y de secretarias que no comprendían lo que estaba sucediendo, ante la puerta del almirante al mando de aquel nido de espías. Sin previo aviso y sin llamar, la traspasé y penetré en la estancia. Luego de comprobar que mi enemigo estaba solo, me volví y cerré la puerta con estrépito. Rápidamente, puse el pestillo y caminé dos pasos en dirección a Canaris, cuyo gesto de sorpresa se ensanchó hasta el infinito cuando me vio sacar una pistola y ponerla en su cabeza.
—Buenos días, almirante. Se presenta al servicio, en el marco de la operación Klugheit, el teniente de las SS Otto Weilern. —Inspiré llenando mis pulmones de aire antes de añadir—: Le mando saludos de Morgen.
Canaris era un hombre orgulloso. No se puso a gritar pidiendo ayuda ni se sintió insultado por mi forma de actuar. Si a alguien como Goering le hubiese hecho algo semejante, habría comenzado a chillar como un animal camino del sacrificio, se habría sentido insultado, herido en su orgullo. Sin duda no habría atendido a razones y la situación habría terminado de muy mala manera. Pero Canaris no era así. Como tampoco era un hombre de sangre caliente. Todo lo contrario. Demostró ser un tipo extremadamente cerebral, dotado de un autocontrol poco habitual. Levantó la vista y me contempló un largo rato. Comprobó que mi mano temblaba y chasqueó la lengua:
—Así que eres Otto Weilern. Tenía ganas de conocerte.
Como yo no bajé el arma ni dijera ninguna otra palabra, después de otro instante de tensión y de miradas que se cruzan, me aconsejó:
—Si vas a matarme deberías hacerlo ya. Esta situación es muy desagradable. Si no vas a matarme o, al menos, no de momento, yo te aconsejaría tomar asiento. Detrás de ti encontrarás un sillón muy cómodo que tengo para las visitas. Son asientos de estilo Bauhaus, de primera calidad.
La escuela Bauhaus era una corriente de diseño vanguardista que había brillado en los primeros años del siglo XX. Los nazis habían acabado con la Bauhaus y cerrado su sede en Berlín nada más llegar

al poder. Hitler y Goering amaban los estilos clásicos de antaño y todas esas perversiones modernas las encontraban detestables, tildándolas de "arte degenerado". Canaris, como buen antinazi, hacía gala de ello hasta en su despacho, con muebles hechos de tubos de acero y de cuero o armazones tubulares.

Pero a mí no me importaba que Canaris luchase contra el nazismo. Es más, podía usarlo para favorecer mi causa. Quería asustarle y que me dejase en paz de una vez, para lo que me valdría de todo lo que había averiguado sobre él. Así que retrocedí y tome asiento en una de aquellas sillas de diseño, pero no bajé el arma, que seguía apuntándole justo en el centro de la frente.

—Me he informado sobre ti. A través de uno de tus ayudantes informaste a los noruegos de nuestra invasión. Hiciste lo propio con los daneses. Y eso sólo en el ejercicio Wesser y la campaña por Narvik. En el caso amarillo pusiste en alerta al servicio secreto holandés de nuestros planes en Francia. Por suerte, no te creyeron y nuestras tropas pudieron realizar el avance previsto sin problemas.

—Tú dices por suerte pero yo digo por desgracia.

—Así pues, no niegas que eres un traidor. Piensa que si a mí me ha sido tan fácil conseguir toda esta información, tardará el mismo tiempo que yo o todavía menos cualquiera que te investigue.

Canaris se encogió de hombros.

—No, no niego que soy un traidor o, para ser más exactos, de un enemigo de Adolf Hitler. Y supongo que no he sido demasiado cauto ocultando mi rastro. Tampoco lo pretendía. Sólo intentaba evitar que Alemania ganase la guerra. El día que me investiguen seriamente, caeré. He hablado con mucha gente buscando aliados y demasiados conocen mi forma de pensar. Pero no me preocupa. Era un riesgo que tenía asumido.

Esperaba que el almirante se sintiese atemorizado por mis descubrimientos, pero no parecía estarlo en absoluto. Yo era consciente de que su designio era acabar con Adolf Hitler pero no sabía hasta qué punto era el motor de su vida. Como un buen jugador de póquer, Canaris lanzaba faroles a diestro y siniestro y asumía que, más tarde temprano, perdería la partida. Pero de momento seguía en la mesa con las cartas en la mano.

—A mí no me importa que seas un traidor —le revelé, advirtiendo que su rostro por fin reaccionaba. Enarcó una ceja, súbitamente interesado:

—Ah, ¿no?

—No, lo único que espero es que me digas por qué quieres matarme. Morgen era un Comando de Brandemburgo, una unidad que está bajo tu mando. No hay muchas unidades del ejército de tierra dirigidas por un almirante de la marina. Es más, creo que es la única. Até cabos y recordé cuando nos conocimos en la academia naval de Flensburg. Así pues, finalmente llegué a la conclusión de que eras tú y sólo tú quién buscaba mi muerte, aunque te valieses de Morgen. Lo que me lleva a la pregunta original: ¿por qué quieres acabar conmigo?

El almirante Canaris pareció todavía más sorprendido tras mis últimas palabras.

—Qué raro. Pensé que Heydrich te había entregado una copia del informe Lebensborn.

Ahora el que estaba sorprendido era yo. Recordaba bien aquel informe, con el que Heydrich me había abofeteado a las puertas del palacio Helenow, en Polonia. Me aconsejó aquel día leerlo si quería descubrir "cosas importantes de verdad" y yo no había pasado de la página 20, o de la 30 como mucho, superado por toda aquella terminología nazi acerca de los genes, la superioridad de la raza aria, la eugenesia y demás tonterías. Sin embargo, por lo visto, debería haber continuado con la

lectura.
Acaso porque el almirante comprendió que mi gesto de estupor era auténtico, abrió un cajón de su escritorio y me alargó una carpeta. Por primera vez desde que entrara en aquel despacho bajé mi pistola. Le miré fijamente, por si estaba tratando de engañarme y cogí con mucho cuidado la carpeta. Contenía otra copia del informe Lebensborn.
—Se habla de ti en la página 122 y la 247. Eres uno de los cinco.
Mientras avanzaba frenético a través de las páginas murmuré:
—¿Uno de los cinco?
—Uno de los cinco nazis perfectos.
Estuve a punto de echarme a reír. ¿Nazis perfectos? Parecía un mal chiste. Pero luego, como si me hubiese alcanzado un rayo, tuve una revelación. Recordé la voz de Hitler, siempre tan amable, siempre tan dispuesta a halagarme y a consentirme cualquier cosa. Recordé a Heydrich, tan preocupado porque yo aprendiese, porque avanzase en mi comprensión del nacionalsocialismo. Recordé en muchas otras ocasiones a la araña diciéndome que mi sangre era la más pura. Recordé a mi tío Eicke, desde niño tratándome de una forma especial, desde niño alejándome del resto de jóvenes como si me estuviera preparando para…
—Aquí no dice demasiado acerca de mí —le expliqué a Canaris, tras leer a toda prisa los dos párrafos en los que se me citaba en el informe Lebensborn.
—Ese es el problema. Lo que no se dice. Aunque no lo tengo ahora delante de mí, casi me sé de memoria el texto. La primera vez no se dice tu nombre, pero se habla de un grupo de muchachos que fueron elegidos en 1922, cuando Hitler estaba a punto de comenzar una carrera fulgurante, en los partidos de ultraderecha, que le llevaría al poder una década después. Se comenta que se eligió a un espécimen por cada una de las subrazas nórdicas. La idea era irlos guiando para ser el futuro de Alemania.
—Una afirmación muy vaga esa de “ser el futuro de Alemania”.
—Precisamente eso es lo que me preocupa. Es el tipo de afirmación grandilocuente que hacen los genetistas de las SS cuando algo es lo bastante importante para que ni ellos sepan el alcance del asunto.
Se hizo el silencio. Noté que la mano que sujetaba la pistola me temblaba y me la metí en un bolsillo de la chaqueta.
—La segunda vez que se cita este asunto —prosiguió Canaris—, se habla literalmente de que eres el único de los cinco niños que el Führer eligió en persona. El de tipo hallstatt que, como bien sabrás, es considerada la subraza característica de los arios de primera clase, los más puros. Por ello “tu sangre es la más pura de todas”, lo que se dice literalmente en más de una ocasión.
Precisamente, recordé, era la frase que siempre me decía Heydrich.
—Cuando la operación Klugheit comenzó, teniente Weilern, comprendí que Hitler esperaba de ti algo extraordinario. No sé el qué. No sé para qué. Pero yo vivo para destruir la obra de Hitler. Y como tú eras algo importante dentro de su plan…
Canaris no acabó la frase: era evidente la conclusión de la misma.
—Entiendo —murmuré, mientras releía una y otra vez aquellas páginas del informe y algunas otras, las inmediatamente anteriores y posteriores, intentando realmente entender lo que estaba sucediendo.
Decidí quedarme con el informe Lebensborn y lo guardé debajo de mi chaqueta.
—¿Y ahora? —inquirió entonces Canaris, pasándose una mano por sus cabellos blancos. Tal vez

estuviera más nervioso de lo que aparentaba. Tal vez fuera un tahúr al que no le gustaba mostrar sus cartas. Después de todo, sabía que yo había matado al mejor de todos sus comandos de Brandemburgo. En aquel momento, no tenía claro si saldría vivo de aquella conversación. Más tarde llegué a conocerle bien y, aunque no llegamos a hablar de nuevo de lo sucedido en este día, creo que más que miedo físico a una agresión o a un disparo, tenía miedo de perder la vida antes de ver su obra terminada y contemplar la caída de Adolf Hitler y el nacionalsocialismo.
—Ahora, depende —dije por fin, después de sostener largamente de nuevo, y por última vez aquella mañana, la mirada de Canaris—. Depende de si todavía quieres matarme y vas a enviar tras de mí a más comandos de los tuyos.
Canaris negó con la cabeza.
—De momento, no. Voy a dedicarme a ver cómo evolucionan los acontecimientos respecto a ti, al Führer y a la operación Klugheit. Tengo un acuerdo con Schellenberg y… digamos, algunos de sus colaboradores.
No me dijo, por supuesto, que “colaboradores” era una forma ingeniosa con la que referirse a mi novia, a Mildred Gillars, que tenía un pacto personal con Canaris, aunque tardaría todavía un tiempo en descubrir la verdad de lo que habían acordado. Pero yo, en aquel momento, no estaba pensando en Mildred sino en otra persona. Se había pronunciado un nombre en el que había estado pensando en aquellos días: Schellenberg.
—No me hables de Walther. Ya no confío en él. No sé si todavía es mi amigo.
—Te aseguro que ha dado la cara por ti. Y más de una vez. Ha intentado convencerme con diversos argumentos de que dejase de perseguirte y...
—Me da lo mismo —le interrumpí, casi gritando, mientras me incorporaba. Me sentía traicionado por Schellenberg—. Le vi en la azotea.
Canaris no entendió a qué me refería.
—¿Azotea?
—La azotea del edificio desde donde apuntaba a Morgen mientras él vigilaba la limusina de la que se suponía yo iba a bajar. Pudo matarlo antes de que yo actuara. Yo estaba disfrazado y, aunque me hallaba lejos, pude reconocerle. Le vi montar su trípode, colocar su rifle y esperar. Yo incluso tenía miedo de actuar porque pensaba que Schellenberg iba a matar a Morgen en cualquier momento. No quería entorpecer su línea de visión. —Otto frunció los labios—. Pero no hizo nada. Ni a mi favor ni en mi contra. Si Morgen hubiese frenado mi ataque ahora yo estaría muerto.
—Tal vez Schellenberg tenía sus propias razones.
—Lo que tenía son dudas. Supongo que cuando alguien intenta convencer a alguien de cierta cosa también acaba influenciado por los razonamientos del otro. Dices que te pidió que no me mataras. Sin duda, cada vez que esgrimía argumentos con los que convencerte, luego de oír tus respuestas, acababa dudando de sus propias palabras.
«Creo que tiene dudas acerca de mí, acerca de la persona en la que me voy a convertir, esas tonterías del nazi o el ario perfecto y de los cinco elegidos de Lebensborn. Dejó en manos del destino si yo iba a vivir o a morir. Y eso no lo hace un amigo. Por eso Schellenberg ya no puede seguir siendo amigo mío.
Canaris no objetó nada a mis conclusiones. Sabía que yo tenía razón. Me observó aliviado mientras enfundaba el arma en mi cartuchera y me dirigía hacia la puerta. Entonces descorrí el pestillo y me volví:

—Informaré al Führer de que mi visita sorpresa a los servicios de inteligencia ha sido un éxito. Que todo va en la Abwher como el almirante Canaris ha planificado.
Y, de hecho, le estaría diciendo la verdad.
—Por mí puedes decirle a Hitler que se vaya al infierno.
—¿De verdad quieres que le diga eso de tu parte? —inquirí, esbozando una sonrisa malévola.
—Bueno, mejor no —dijo Canaris, levantando levantando la cabeza con gesto soñador—. Mejor se lo digo yo mismo el día que lo vea delante de un pelotón de fusilamiento.
Por desgracia para Alemania, el sueño de Canaris nunca se hizo realidad.
Me marché sin darme cuenta de que el almirante se había quedado mirando una hoja que había caído del informe Lebensborn cuando me lo entregó. Una pequeña porción de papel que él mismo había escrito a mano cuando leyó el informe por primera vez. Con el tiempo llegó a mi poder y aquí la reproduzco:

NOTA SOBRE EL INFORME LEBENSBORN, POR WILHELM CANARIS
Hitler, abril de 1921: primeros años en el partido nazi y de popularidad.
Angela Raubal: hermana de Hitler, visita a su hermano en Munich junto a su hija Geli, el mismo abril de 1921.
Geli Raubal: 13 años, aún muy niña pero en edad de concebir.
Elección de los 5 niños que han de ser nazis puros: primer trimestre de 1922.
Otto Weilern. Nacimiento: final de enero de 1922.
El único bebé que eligió Hitler personalmente.
Pregunta: ¿Por qué elegió sólo a ese niño?
Hipótesis: ¿OTTO ES HIJO DE ADOLF HITLER?

Llegué a mi estudio de Berlín casi dos horas después. A pesar de que Mildred me esperaba para cenar, yo había estado tomando unas copas en un bar de la Motzstrasse mientras leía el informe Lebensborn. Necesitaba pensar y por ello me había alejado unas calles de mi habitual zona de influencia (Mitte, el centro), a una zona de Berlin que hasta hacía poco era conocida por su actividad gay y lesbiana, con locales como el teatro Piscator o el bar Eldorado. Luego de la llegada de los nazis al poder, se habían cerrado todos aquellos lugares emblemáticos y ahora había muy poco movimiento comparado con aquella época.
Y un lugar tranquilo era lo que yo necesitaba. Porque tocaba releer aquella poca información sobre quién era yo, toda la información, aunque sesgada, escasa, que había en aquel informe de las SS.
Todo señalaba a Hitler. Y a Heydrich. Pensé en preguntarles a ambos qué demonios pasaba, quién era en realidad Otto Weilern, y sobre todo qué demonios era un ario perfecto, un tipo de sangre pura y para qué necesitaban a un hombre como yo, un miembro de la subraza hallstatt.
Finalmente decidí serenarme y volver a casa. Ya llegaría el momento de tomar decisiones. No debía dar más pasos en falso. Además, necesitaba dormir.
Tan prontó enté en la vivienda, dejé mi abrigo en un perchero y el informe sobre la mesa. Mildred se lo quedó mirando, petrificada. Debió pensar que era el informe que había en un cajón del armario de mi habitación, debajo de un montón de toallas. Mildred lo había devuelto al lugar donde yo lo dejara olvidado después de leerlo.
—Hola cariño. ¿Lo has estado mirando por fin? —me preguntó, alargando un brazo en dirección a la carpeta.
—Sí. Tú ya lo habías hecho meses atrás. ¿Por qué no me dijiste nada?
—Te pedí en más de una ocasión que le echaras un vistazo. No sabía cómo abordar el tema.
Lo más curioso del caso es que de todas las personas que estaban al corriente de aquel asunto en mi entorno, la única que conocía toda la verdad era Mildred. Porque el informe Lebensborn que yo terminaba de leer era un informe que Heydrich había distribuido de forma más general entre altos mandos de las SS, incluido Himmler. Pero la copia que a mí me había entregado en Polonia tenía casi un centenar de páginas más, las que explicaban lo que sucedió en 1922, cuando se escogió a los niños originales destinados a ser arios perfectos. Aquel informe sólo lo conocían el mismo Heydrich, el doctor Morell y los máximos conspiradores de aquella trama, incluido Hitler. Yo podría haberlo sabido si hubiese leído el informe final en Polonia, como debía haber hecho. Mildred lo leyó y conocía la verdad que yo tardaría aún dos años en descubrir.
—¿Cómo abordar el tema, Mildred? No había nada en verdad que abordar. Tendrías que haberme dicho: Otto, tienes que leer esto de forma inmediata. Sin perder tiempo. Es algo muy importante.
Mildred bajó la cabeza.
—Lo siento.
Me sentía mareado y tomé asiento en la terraza, donde me serví otra copa. No podía confiar en nadie. Ni siquiera en Mildred. Estuve callado y casi hosco la siguiente hora.

Y Mildred, probablemente para animarme, comenzó a hablarme entre risas de su nuevo trabajo en el Reichrundfunk, en la radio nazi y, dentro de esta, en el servicio europeo. Se trataba de una rama del ministerio de la propaganda que emitía para todo el continente, pero en particular pensando en las islas británicas, a cuya población pretendía convencer de que era el momento de exigir a sus gobernantes la paz con Alemania.

Hasta el momento, la estrella de la radio nazi en habla inglesa había sido un fascista irlandés que odiaba a los británicos y se llamaba William Joyce, aunque era popularmente conocido como Lord Haw Haw. Precisamente, Mildred sintonizaba a menudo aquellas emisiones en su lengua materna porque le encantaba el programa de Joyce.

—La corporación de la radio alemana es gigantesca. Son tres edificios muy modernos conocidos como la gran casa (das grosse haus). Allí, el jefe de la sección europea me hizo una prueba de voz y quedó encantado. Y, ¿a qué no sabes lo que pasó?

Como no respondí y seguí huraño mirando hacia el suelo, ella continuó:

—¡Que me llamó al día siguiente! Y me ha estado pagando 18 reichsmarks al dia mientras he trabajado a prueba un pequeño programa de música. Apenas tenía nada que decir, es verdad y sólo ponía los últimos éxitos. ¡Pero ha comenzado mi carrera en la radio nacional, mi amor!

—Maravilloso —rezongué.

—Naturalmente, no es algo comparable al trabajo de Joyce, que se mete en política y habla ese hombre terrible, de Winston Churchill, que está llevando a Inglaterra a su destrucción. Pero es un comienzo. O más bien, era. Porque todavía ha pasado algo mejor. Y ahora sí que tienes que imaginar. De verdad, Otto, inténtalo.

—Han cesado a Goebbels como responsable de la radio y del resto del ministerio de Propaganda y vas a sustituirle —ironicé, sin dejar de mirar al suelo.

Mildred rio forzadamente.

—Qué tonto eres. Ha comenzado un nuevo programa de variedades y voy a ser una de las invitadas. Aparte de música y de cine, también vamos a hablar de política y tendré que dar mi opinión. Comenzaré a hacerme más y más famosa, quién sabe si incluso más que Lord Haw haw. ¿Y sabes por qué?

Yo no lo sabía. Pero Mildred estaba tan contenta, no dejaba de reír y de zarandearme y de darme besos en el cuello mientras explicaba todas estas cosas, que poco a poco comencé a olvidarme de las palabras del almirante Canaris, del informe Lebensborn y finalmente levanté la cabeza y trate de sonreír.

—Porque eres la más guapa —repuse, galante, aunque mi mirada todavía era oscura y lánguida.

—Casi aciertas, cariño. Pero lo de guapa no importa porque estamos en la radio y nadie puede verme —rió de nuevo, abriendo mucho sus mandíbulas caballunas— . No. Me haré famosa porque soy la primera mujer que trabaja para la radio europea del Reich. Pronto se me rifarán en todos los programas. Ya lo verás. Voy a ser la estrella de la radio alemana. La más grande.

Ser famosa. Su sueño dorado por fin estaba a su alcance.

Mildred se levantó y caminó hasta la estantería más cercana, y cogió algo de un libro. Me miró con aire de suspense.

—Y tengo una noticia aún mejor.

Vaya, aquel era el día de las sorpresas. Sonreí. Al ver que mi gesto iba cambiando progresivamente, Mildred no necesitó una respuesta y enarboló un cuadernillo muy delgado, de tapas amarillas, delante

de mis ojos.
—¡Tengo una cartilla de racionamiento! ¡Y un montón de cupones!
Para Mildred era esencial la independencia económica. No quería verse forzada a vivir de un hombre; ni de mí, ni de nadie. Esto era importante para ella. Lo que no era importante para ella, al parecer, era la fidelidad. Porque para conseguir todas aquellas cosas, había tenido que venderme a mis enemigos. Bueno, tal vez Schellenberg y Canaris no fuesen mis enemigos. Pero me vendió de todas formas y eso nunca lo olvidaré.
Nos estábamos besando cuando sonó el timbre de la puerta. La última vez que alguien nos había interrumpido en aquella terraza había llegado mi tío Eicke para llevarme junto a Heydrich. Fue el día que visité los primeros barracones del campo de Auschwitz. Nos miramos aprensivos pero, finalmente, me encogí de hombros y Mildred fue a abrir la puerta. Por suerte no era Eicke, ni Heydrich sino mi buen amigo Joseph Mengele.
—He venido a pasar unos días a Berlín y pensé que sería genial que los pasásemos juntos. —Mengele miró a derecha y a izquierda, hacia Mildred y hacia mí y nos sonrío a ambos—. Espero no llegar en mal momento.
—No llegas en mal momento —reconocí—. Aunque, si te soy sincero, de haber llegado tres o cuatro minutos más tarde habrías llegado en un momento francamente malo. Seguramente no te habríamos abierto la puerta.
Reímos todos y Mengele se sentó con nosotros en la terraza.
Por un momento (engañoso como la propia vida), me sentí satisfecho de tener una mujer que me amaba y un amigo que me haría compañía en aquellos momentos de dudas y tribulaciones en que tenía tantas cosas en las que pensar. Ignoraba, ya lo he dicho, que mi novia me estaba utilizando para medrar en el trabajo y me había vendido a unos hombres que, si no cumplía ciertas expectativas, probablemente volverían a ordenar mi muerte. Mi amigo Joseph, por su parte, me había vendido por similares razones a mi tío Eicke, a Heydrich y a quién sabe cuántos más. Y lo había hecho para conseguir un puesto de médico de combate en las SS.
Ambos me habían vendido para ver cumplidos sus sueños y aspiraciones personales. No sé hasta qué punto habían pensado en mí durante le proceso. Mildred, a su manera, quería ayudarme a ser un buen hombre. Mengele, a la suya, pensaba que me ayudaba a ser un nazi perfecto y, por tanto, una persona mejor bajo su concepción racista y etnocentrista del mundo. Pero pensaran lo que pensaran, en primer lugar lo hicieron por ellos mismos. Y eso es lo que cuenta para mí.
Recuerdo que aquella noche bebí mucho y me sentí feliz. Pero ahora evoco aquella velada con una sensación agridulce. Porque comprendo que todo fue mentira, que por mucho que había madurado y aprendido desde la batalla de Francia y la muerte de Morgen, seguía siendo un niño, un idiota que aún desconocía algo fundamental:
Otto Weilern no puede ni podrá, jamás, confiar en nadie.

XXX

—Dijiste que tenías un mensaje de Otto para mí.

Canaris estaba de pie, en la estación de Anhalter-banhof, mezclado con la multitud, los miles y miles de alemanes y todos los altos mandos del ejército y del parlamento que habían acudido a recibir Adolf Hitler después de sus vacaciones en Francia. Todo el mundo aplaudía, enfervorizado, mientras el Führer saludabaal populacho. El almirante, por supuesto, no aplaudía y contemplaba la escena con una mueca de asco pintada en el rostro.

—Más que un mensaje era la constatación de un hecho. Otto te vió con tu rifle de francotirador el día que mató a Morgen. Sabe que decidiste no salvarle. Ya no sois amigos. Creo que espera que rivales tampoco, pero amigos... nunca más. Al menos, eso dice.

—Sí somos amigos —repuso Schellenberg, que levantó los brazos y aplaudió bien fuerte imitando a la masa que se apretujaba a su alrededor.

—No importa lo que tú pienses, Walther. La amistad es cosa de dos.

Mientras el Mercedes descubierto de Hitler avanzaba por la calle y cientos de mujeres le lanzaban flores, jóvenes y bellas muchachas alemanas con sus sombreros a la moda gritaban bien fuerte su amor por el Führer, el conquistador de Europa. Banderas con las esvásticas pendían de todas las ventanas y todo un país estaba encantado con que fuese alemán el caudillo más grande de todos los tiempos. Porque se había hecho famosa la frase de Keitel y todavía no se había convertido en un chiste, en ese GröFaZ irónico que llegaría más tarde, con los años del hambre.

Aquel día, realmente Hitler se sentía el caudillo más grande de todos los tiempos y, una vez llegó a la cancillería, tuvo que salir al balcón hasta en cuatro ocasiones porque la gente le reclamaba un gesto, una mirada y todos querían alabar al héroe que les había conducido a la victoria.

—¿Y ahora qué? —preguntó Schellenberg a Canaris, en una pausa entre vítores y las entradas y salidas de Hitler desde la terraza.

—Ahora nada. He estado pensando durante estos días y ambos teníamos razón en que nos faltaban datos. Debemos investigar más todo el asunto de Lebensborn y Otto Weilern. Debemos comprender de verdad cuál es el pelirgro y cómo vamos a enfrentarlo.

—Yo no voy a enfrentarme a Otto descubramos lo que descubramos.

Canaris asintió con la cabeza

—¿Sí, de verdad? Ojalá lo tuviese yo tan claro.

En ese momento llegó a la altura de donde hablaban Canaris y Schellenberg, el mismísimo Hermann Goering que, haciendo gala de su afabilidad campechana de costumbre, abrazó a su nuevo amigo Walther.

—¿Sabíais que me han ascendido a Reichsmarschall?

Schellenberg lo sabía y felicitó al exultante mariscal del aire. Bueno, ya no era mariscal sino gran mariscal o Reichsmarschall. Se trataba, en realidad del único general de seis estrellas de todos los ejércitos que habían participado hasta el momento en la guerra mundial. El resto de bandos llegaban como mucho a poseer generales de 5 estrellas (mariscales). Pero Hitler había recurrido para Goering a una graduación específica y extraordinaria para aquel hombre extraordinario que le había conducido con su Luftwaffe a la victoria en Francia. Se trataba además de un cargo militar que databa de siglos pasados, y que hacía mucho tiempo que nadie ostentaba en Alemania.

—Todo un personaje —reconoció Schellenberg, cuando Goering se alejó pavoneándose como una barca en el inmenso río de su propio ego.
—Un diletante, un chapucero como el propio Hitler —repuso Canaris, que a veces no podía evitar decir cosas como aquellas incluso en público.
—Ten cuidado —le aconsejó Schellenberg.
Pero lo que necesitaba el almirante Canaris era paciencia. De hecho su atrevimiento era en ocasiones el espejo de su urgencia en conseguir algún resultado. Porque, si biensabía que Hitler finalmente caería, de momento el Reich encadenaba una victoria tras otra. Comenzaba a tener claro que tardaría años en ver caer a Hitler y que eso le costaría al mundo centenares de miles sino millones de muertos.
Además, estaba el asunto de Balbo. Una vez más, la suerte sonreía a Hitler. La guerra mundial, que sólo se podía ganar a aquellas alturas en África, jamás hubiese comenzado a librarse entre sus dunas de no haber muerto Ítalo Balbo. El gobernador de Libia se negaba a obedecer las órdenes de Mussolini y la batalla por el desierto entre Libia y Egipto jamás habría tenido lugar. Pero el gobernador Balbo había muerto y su sucesor en el cargo, Rodolfo Graziani, se estaba preparando a aquellas horas para comenzar el ataque contra los ingleses.
Ahora se abría un nuevo frente, el del desierto del norte de África. El lugar donde se decidiría el destino del mundo libre.
—Estoy preocupado por África —le reveló Canaris a Schellenberg.
—¿El asunto de Balbo? Una casualidad extrañísima que sus tropas le asesinaran por error.
—¿No creerás que Mussolini ha tenido nada que ver? Para nada, Walther, ha sido la suerte de Hitler, una vez más. —Canaris parecía enfadado y ni siquiera se había planteado en aquel caso un complot— Aunque al Führer aún no se le ha pasado por la cabeza el frente sur, el destino sigue haciéndole favores y ahora los italianos abrirán para él la caja de Pandora.
—¿Tan convencido estás de que la guerra se puede ganar en Egipto? Siempre estás con ese tema.
—Tú no lo entiendes. Si llega el día en que nuestros ejércitos desembarcan en África para ayudar a los italianos, entonces volveremos a hablar de este asunto. Y entonces entenderás.

Al día siguiente, se celebró una reunión extraordinaria en el Reichstag. Imitando al resto de Alemania, los parlamentarios se levantaron para aplaudir a Hitler y éste aprovechó la ocasión para confirmar el ascenso a gran mariscal de Goering y elevar al rango de mariscal de campo a una docena de otros militares destacados en la batalla de Francia. Fueron días magníficos, de alegría, de discursos sobre el Reino Unido y el fin de la guerra. En Alemania ya nadie tenía dudas: una magnífica guerra de liberación se había librado y tocaba a su fin. Ahora el Reino Unido sería borrado del mapa... a menos que se rindiese.
Porque Hitler no quería la guerra con Inglaterra. Nunca la quiso. De hecho, siempre había sido su temor principal, desde la época en que amó a Unity Mitford. Por primera vez en mucho tiempo pensó de nuevo en aquella mujer inglesa que le juraba y le perjuraba que no habría guerra entre el Reino Unido y su país. Se había equivocado, pero ahora era la oportunidad de enmendar aquel error. Los ingleses no podrían aguantar en solitario contra una nación invencible, la nueva Alemania que él lideraba. Estaba seguro que pedirían el armisticio en pocos días e incluso, durante sus vacaciones, lo habló con Von Rundstedt, con Amman y otros hombres de su confianza.
Pero se equivocaba por completo. La determinación de resistir de Winston Churchill era absoluta. Es más, el primer ministro británico necesitaba un golpe de efecto, sobre todo cara a la opinión pública de su país. Por eso atacó a los franceses en Mers-el-Kébir. No sólo había sido un toque de atención contra sus antiguos aliados, que se habían atrevido a rendirse y a permitir que su país se partiese en dos, una aporte una parte dominada por los alemanes y otra que se hacía llamar ahora la Francia de Vichy. También lo había hecho porque buscaba ese gesto trágico, esa señal de que, los que se rendían, los cobardes, no tenían oportunidad de ser amigos del Reino Unido.
Y entretanto, Churchill esperaba a ser invadido. Eso, si los alemanes se atrevían.
—¿No va a ver pues invasión de Inglaterra? —Inquirió Schellenberg a Canaris, aunque sabía ya la respuesta.
—De ninguna manera —repuso Canaris—. Ya has oído los últimos discursos en la radio del Führer. "No tengo intención de violar el territorio del Reino Unido". "Estoy seguro de que los buenos ciudadanos ingleses sólo quieren la paz", etcétera. Intenta forzar a Churchill a llegar a un acuerdo. Pero no sabe a quién se está enfrentando. Las iniciales W. C. no se llevan a la ligera.
El nombre completo del almirante Canaris era Wilhelm Canaris y sus iniciales por tanto eran W. C., es decir, las mismas iniciales que el mismísimo Winston Churchill. Canaris, que admiraba sinceramente al premier británico, hacía a menudo broma con el asunto de aquellas iniciales que compartían.
—Sin embargo, yo creo que —opinó Schellenberg—, aunque la invasión de Inglaterra es muy improbable, estás más deseoso de que no se lleve a cabo que convencido de ello.
Luego de la sesión extraordinaria del parlamento, Hitler había organizado una recepción de gala y, junto a otros muchos altos mandos del ejército, los dos traidores (bueno, uno más que otro) habían vuelto a encontrarse.

—Oficialmente, querido Walther, la postura del servicio de inteligencia del ejército, que dirijo, es que se está preparando la operación León marino, que es como sabes el nombre en clave de la posible invasión de las islas británicas. Pero las posturas oficiales a menudo esconden otras cosas. Oficialmente he propuesto al Führer envenenar el agua corriente de Londres y de otras ciudades. Sabía que una acción así es prácticamente imposible de realizar a la práctica y que Hitler, que piensa en su estupidez que es un soldado honorable, jamás la aceptaría. Pero la impresión que se ha llevado ese idiota es que estoy completamente implicado en la destrucción del Reino Unido. A eso me refiero con que una postura oficial puede no ser lo que parece. Oficialmente, la Abwehr cree en León Marino. En privado te digo que no se llevará a cabo jamás.

«Por otro lado, realmente espero de corazón que jamás intentemos invadir Inglaterra. Porque, aún ahora, si ponemos toda la carne en el asador, tendríamos una opción (aunque pequeña) de ganar y tomar las islas británicas. De ser así, estoy convencido de que Churchill seguiría con su gobierno desde el Canadá, bien podría ser que no fuese así. Otra derrota tal vez haría caer su gobierno y que Hitler ganase esta guerra mundial y se convirtiese en el dictador vitalicio de Europa. Y no quiero ni imaginarme una Europa con siglos y siglos de dominación nacionalsocialista.

—El Reich de los 1000 años —sentenció Schellenberg.

—Ni Dante podría haber fantaseado con algo tan terrorífico cuando describió los infiernos en la Divina Comedia.

Hitler, al fondo de la sala, mientras brindaba con Keitel y no paraba de estrechar manos y de oír alabanzas, pensaba también en Inglaterra. Sus mensajes conciliadores habían caído en saco roto. La población inglesa no se había rebelado aún contra ese imbécil de Churchill, que seguía desafiándole. Tendría que enseñarle una lección y mandar un ataque decisivo de la Luftwaffe que aterrorizase a la población civil. El pueblo echaría a aquel tipo engreído que llevaba siempre un asqueroso puro en la boca (Hitler odiaba el tabaco) y así, por fin, dejaría de darle problemas.

—Maldito Winston Churchill —rezongó Hitler para sus adentros. Aunque sus labios emitieron un leve sonido sibilante, como el de una víbora.

—¿Sí, mi Führer? —le preguntó inclinándose Goering, que iba vestido con uno de sus extravagantes uniformes repletos de complementos y de joyas. Y presidiendo el conjunto lucía en un lugar bien visible su insignia de gran mariscal. Cuando Hitler se la prendió, horas atrás, se había echado a llorar como un niño... y en público.

—Pensaba, Hermann, que voy a dar una semana a los ingleses para que hagan un esfuerzo de apaciguamiento y me pidan el armisticio. De no hacerlo vamos a mandar una flota de aviones como nunca se ha visto contra las costas inglesas. En diez días daré un discurso en el Reichstag donde voy a dejar bien claro que es el final del gran imperio británico.

Goering asintió. Él no quería la guerra con Inglaterra. Goering, en realidad, nunca había querido la guerra con nadie. Su objetivo en la vida era disfrutar de su posición preeminente en el Tercer Reich, comprar muchísimas obras de arte, llenar de belleza su mansión del Carinhall y regocijarse con todas las cosas maravillosas de la vida, desde su oronda mujer a su pequeña hija. Obedecería a su Führer si le ordenaba atacar Inglaterra, pero rezaba todos los días porque Churchill diese su brazo a torcer y pidiera el fin de las hostilidades. Sin embargo, llevaba tiempo preparando los bombardeos y estaba preparado para asumir el reto de su amo y señor.

—Porque atacar por tierra el Reino Unido es imposible, ¿no Hermann? —inquirió de pronto Hitler.

—Si se refiere una invasión, mi Führer, es algo totalmente ficticio. Como ya hablamos, es mucho

mejor que la opinión pública y nuestros propia gente (para evitar filtraciones a los ingleses) crean que estamos preparando León Marino. Por un lado, eso les obligará a desatender la escolta de sus convoyes. Como tienen que defender el canal de la mancha de una posible invasión destruiremos sus convoyes a través de los océanos gracias a los submarinos de Doenitz. Les estrangularemos económicamente hasta que pidan el armisticio. Si esto no fuera suficiente, les bombardearemos día y noche hasta que hinquen de una maldita vez la rodilla. Tenemos que hacerles pedazos económicamente y moralmente. Pero yo espero que finalmente nada de esto sea posible y se avengan a razones.

Hitler asintió.

—¿Y que opciones estadísticamente crees que hay de poder realmente hacer León Marino?

Otra de las razones por las que Hitler nunca se tomó en serio León Marino era porque en una invasión serían los paracaidistas y la marina los mayores protagonistas. Si sólo había bombardeos, el protagonismo era de una sóla persona: de Goering y su Luftwaffe.

—Como le he dicho, mi Führer, prácticamente ninguna. Por dar una cifra: un tres por ciento. El alto mando del ejército y la marina tienen ideas contrarias sobre cómo realizar la invasión. Yo tendría que conseguir varios días de superioridad aérea para que nuestra flota atravesase el canal de la mancha sin ser destruida desde las alturas. Además, nuestros barcos de transporte no son gran cosa: no tenemos una red de lanchas de desembarco en condiciones, sólo pequeñas embarcaciones extremadamente lentas: dos nudos a la hora. Los barcos ingleses, por mucha superioridad aérea que consiguiéramos, se dedicarían hacer con nuestras lanchas tiro al blanco. Por lo que la Luftwaffe no sólo tendría que mantener a raya a los aviones ingleses sino destruir a todos los barcos de la Royal Navy así que aparecieran.

«La operación León Marino está bien como está: un cuento de viejas, un cuento como el del lobo para asustar a los ingleses y obligarles a rendirse. Pero nada más.

Hitler chasqueó la lengua, algo decepcionado. A pesar de que tanto Goering como él eran unos aficionados en temas militares (cosa en la que acertaba plenamente el almirante Canaris), lo cierto es que no eran tan inútiles como para creer de verdad que se podía invadir Inglaterra. Pero consiguieron mantener la mentira ajena incluso a casi todos los mandos del ejército. Sólo algunos hombres muy inteligentes y perspicaces, su círculo más íntimo, Goebbels, Himmler y algunas personas más, sabían que no existía una verdadera operación León Marino. Hans Jeschonnek, jefe del estado mayor de la Luftwaffe y uno de los más cercanos colaboradores de Goering, se negó a ayudar en los planes de León Marino.

—No pienso perder el tiempo en algo que usted y yo sabemos que es un burdo engaño —le había dicho a su superior aquella misma mañana.

El Gran Mariscal Goering, por su parte, dejó la reunión con su jefe de estado mayor sin reconocer lo que de verdad sucedía. No hacía falta. Ambos sabían que no había planes de invasión, pero Hermann no lo podía reconocer abiertamente.

Meses más tarde, Hitler reconocería que León Marino era sólo una probabilidad. En caso de que un millón de pequeñas cosas se hubiesen alineado para que una invasión fuera posible, se habría inclinado por desembarcar en el Reino Unido. Pero eran tantas las casualidades que debían coincidir que no podía tenerse en cuenta como una posibilidad real de trabajo, por lo que se quedó siempre, como había dicho Goering, como un cuento del lobo, una forma de asustar a los ingleses.

El problema es que no los asustó en absoluto, sino que en cierta manera los unió todavía más en su

lucha contra del Tercer Reich.

Partieron todos hacia Berchtesgaden, a la residencia de Hitler en los Alpes bávaros: su amado Berghoff.
Allí prosiguieron las celebraciones y las fiestas. Al tiempo que se improvisaban reuniones para decidir qué hacer con Inglaterra. Aunque Schellenberg y Canaris pertenecían a grupos diferentes, y el primero debía pasar la mayor parte del tiempo junto a Himmler y Heydrich y el resto de líderes de las SS, a menudo encontraba una excusa para llegarse hasta donde estaban los muchachos de la Abwehr con Canaris al frente.
—El gran almirante Raeder ha traído un plan pormenorizado de la invasión de Inglaterra por mar —le explicó Schellenberg mientras ascendían por la gran escalera que conducía a la galería porticada desde la que se entraba a la mansión. Copa en mano, diferentes mandos paseaban por los alrededores del Berghof, contemplando las vistas a las montañas Hochkalter y Watzmann o la imponente figura del Hotel Platerhof.
—Sí. He oído que insiste en que Goering debe mantener a raya durante al menos tres días a los aviones ingleses en todo el sur de Inglaterra. Además, debe hacer buen tiempo durante esos tres días. También podría pedir que se produzca una nevada tan gigantesca que los ingleses se queden congelados esas 72 horas y así podamos atravesar el canal de la mancha y desembarcar sin ningún problema utilizando trineos y esquíes.
Schellenberg se echó a reír y luego dijo:
—Keitel y su estado mayor han elaborado también sus propios planes para el desembarco y Hitler va a firmar en breve una de sus directrices ordenando los preparativos para la invasión.
—Más cortinas de humo. El plan de Keitel es todavía más restrictivo que el de Raeder. Afirma que la invasión es prácticamente imposible y pone condiciones aún más severas para comenzar el desembarco. Respecto a la directriz de Hitler es otra forma de amenazar a Churchill. Intenta convencer a los ingleses de que realmente vamos a hacer algo que no vamos a hacer.
—Estás muy seguro, Wilhem.
—Quiero estarlo. Alemania no debe invadir Inglaterra. ¡Jamás!
Schellenberg chocó su copa con la de Canaris.
—No sea que, por un azar, ganásemos y se acabase esta guerra, ¿no es verdad?
Canaris tembló de pies a cabeza sólo con pensar en mil años de dominio nazi sobre Europa.
—Dios no lo quiera —murmuró y engulló el champagne de un sólo trago.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

SUCESO: LA FALSA OPERACIÓN LEÓN MARINO

Aunque algunos historiadores comienzan a poner en duda que Hitler se llegase ni tan siquiera a plantearse León Marino, la mayoría siguen optando por creer que se planificó con objeto de llevarla a cabo después de que la Luftwaffe consiguiera tres días de superioridad aérea sobre el Canal de la Mancha.

LUGAR Y FECHA: MAYO A JULIO DE 1940

Hubo varios planes, uno de Raeder anterior a 1940, e informes diversos tanto de la marina, como del ejército en el verano de ese mismo año. Todos ellos meras especulaciones imposibles de llevar a cabo.

CONSECUENCIAS: EL MITO DE LEÓN MARINO

La historia está llena de mitos. Este es uno de ellos, y nos habla de cómo la aviación inglesa luchó y venció a la alemana, que pretendía ganar una superioridad aérea sobre el Canal de la Mancha para poder invadir su patria. Mucho menos glamour tiene decir que los alemanes atacaron desde el aire Inglaterra durante meses (mientras Hitler públicamente y en privado intentaba hasta en seis ocasiones alcanzar la paz con el Reino Unido) para inducirles a pedir el armisticio y terminar con la guerra mundial.

Adolf Hitler, aquella noche, mandó a casa a los jefes militares y el Berghoff se quedó por fin en silencio. Seguía pensando en los malditos ingleses, en su negativa a pedir un armisticio y que la paz (es decir la victoria de Alemania) alcanzase por fin a toda Europa. Necesitaba serenarse y nadie mejor para ello que su querida Eva Braun. Gretel, su hermana, se despidió del Führer y dejó a solas a la pareja:

—¿Recuerdas cuando teníamos que vernos a escondidas en la casa de los Hoffman en Munich? —le susurró Eva al oído.

Hitler sonrió. Hoffman era el fotógrafo del partido nazi desde hacía casi quince años, y precisamente había conocido a Eva cuando era dependienta de la Photohaus Hoffmann. Durante mucho tiempo había sido su alcahuete, o más bien su amigo, y dejaba que los amantes se vieran en su domicilio, al menos hasta el día que Hitler le compró un piso a Eva y Gretel en Munich. Hoffman, de hecho seguía siendo uno de los mejores amigos del Führer, y ahora era su fotógrafo personal. Le seguía a todas partes y durante la Guerra Mundial hizo miles y miles de fotos.

—Buenos tiempos —recordó Adolf, desabotonándose el uniforme—. Ahora, con tanta gente entrando y saliendo de nuestra casa, tenemos que hacer lo mismo que entonces. Amarnos en secreto.

Eva cogió la mano derecha de su jefe y esposo. La puso sobre su pecho. Ambos se miraron largamente y se besaron.

—Te ha vuelto a doler la cabeza, ¿estoy en lo cierto?

Eran los demonios: estaban en la primera fase. Hacían sonidos extraños, pitidos que se le metían en la cabeza y lanzaban voces tan lejanas que no terminaba de discernir lo que decían. Como siempre que estaba sometido a mucha presión, Hitler recibía la visita de aquellos malditos. Por suerte, allí estaba su Eva para alejarlos.

—No es nada. Me preocupan esos testarudos ingleses que no quieren acabar con todo esto.

Eva no quería conversar sobre aquellos asuntos políticos que preocupaban a Hitler. Sabía que su hombre necesitaba olvidarse de Churchill, del Reino Unido y de las batallas. Muchos historiadores en el futuro intentarían comprender a Eva Braun. Después de la guerra, cuando se conoció su existencia, la mayor parte de la historiografía de la época la consideró una idiota, una mujer superficial y vana completamente absorbida por Hitler. Poco a poco, esta idea iría evolucionando hacia el concepto de complicidad con el régimen, no sólo de ella sino del resto de las mujeres de los altos mandos nazis: Magda Goebbels, Emmy Goering y todas las demás. Porque las esposas sabían lo que hacían sus maridos y formaban parte de la gran maquinaria nazi.

Pero ni una cosa ni otra eran ciertas. Ni tontas ni cómplices. Lo cierto es que las mujeres y los hombres en la Alemania nazi eran como las mujeres y los hombres de las democracias, de las dictaduras y de todos los países, culturas y situaciones que podamos imaginar. Eran una parte de la estructura del Estado y del mundo que les había tocado vivir.

Eva Braun existía en una realidad donde no había democracia y sí muchas personas con el brazo en alto que gritaban “Heil Hitler”. Ella era tan vana y superficial como se permitía ser y como lo era su época, tan conocedora de los temas políticos como la han sido la mayoría de las esposas de los

presidentes o los primeros ministros de las democracias occidentales. Unas entraron más en el juego de la política y otras menos, unas eran más cultas o sofisticadas y otras menos, unas gastaban más dinero y otras gastaban menos. Eva Braun era una mujer normal que podría haber sido la esposa de cualquier hombre de Estado. Ella quería ser grande y en Alemania el más grande era Adolf Hitler. Durante años lo acunó, lo ayudó y lo manipuló porque quería tenerlo su lado a cualquier precio y llegar de su mano a lo más alto; es decir, el perfil de la esposa de un hombre de Estado o de la mayor parte de las esposas de grandes hombres de Estado de todos los tiempos.

Y esa mujer estaba al servicio del Führer y a la vez era su complemento: amante, secretaria, esposa y sostén de un dictador. Sabía que su marido (que lo era, aunque no estuviesen casados) necesitaba ahora olvidarse de la guerra, de la política, de todas las preocupaciones que le absorbían. Por ello sacó a colación el tema que más le gustaba al Adolf que no era canciller de Alemania sino su pareja: los perros.

—Tu pastor alemán, la pobre Blonda, está ya un poco mayor y comienza a ser hora de dejarla descansando con algunos de mis perros en mi casa de la Wasserburgerstrasse o en cualquier otro lugar. Ya ha corrido demasiadas aventuras a tu lado. Se merece un retiro dorado. Creo que voy a comprarte un nuevo pastor alemán, un animal joven que te acompañe en tus paseos.

Hitler, que había cerrado los ojos mientras se mesaba las sienes, los abrió de pronto. Pensaba en su propio retiro dorado, en Linz, la ciudad que más amaba del mundo, el día en que se ganase la guerra y él fuese entronizado como el creador del Reich de los mil años. Oh, sí, sería maravilloso poder descansar como Blonda, lejos del retumbar de los cañones y de las batallas.

—Es una buena idea. Le pediremos a Bormann que nos consiga un buen perro alsaciano. Él es muy bueno eligiendo cachorros y sabe mucho del tema.

Martin Bormann era uno de los principales ayudantes del jefe del partido nazi o Reichleiter, Rudolf Hess. En más de una ocasión, Hitler y Martin habían hablado de Blonda. En realidad, de las dos Blonda; la madre, de 14 años, que acababa de morir hacía unos meses, y la hija de 10, que comenzaba a tenir problemas de mobilidad en la cadera, como le había pasado a su progenitora. Bormann había comentado que le buscarían un nuevo perro cuando el Führer lo necesitase. Por lo visto conocía varios criadores en el estado de Sajonia, de donde era natural.

—¿Y cómo llamaremos a la nueva perra? —inquirió Eva, tras acariciar el rostro de su Adolf.

—Como va a sustituir a Blonda creo que la llamaré Blondi.

Ambos rieron de la ocurrencia. Y entonces entraron en escena Stasi y Negus. Cualquier dueño de un perro sabe hasta qué punto los animales aprenden palabras por sí mismos. No sólo las que les enseñamos sino algunas que no queremos enseñarles y ellos aprenden a distinguir. Un perro inteligente se pone en guardia cuando oye la palabra carne, o chocolate, o “salir a la calle”. Acaba asociando esas palabras con los objetos de su deseo. La mayoría de los perros aprenden también que se habla de ellos cuando se pronuncia la palabra “perro”. Esa palabra tan sencilla les hace reaccionar, más allá de que entiendan realmente su significado. Por ello, Stasi y Negus, cuando oyeron a lo lejos a sus amos hablando de perros, de perras, de Blonda y Blondi, acudieron a la carrera desde sus canastos y entraron en el Gran Salón, donde estaban tumbados en un sofá Adolf y Eva. Se encontraban en el área de conferencias: cinco sillones y un largo diván dispuestos en círculo en torno a una pequeña mesa. El muro detrás de sus cabezas estaba desnudo, sin ningún adorno. La única zona de todo el Gran Salón sin un cuadro o una escultura. Antiguamente allí hubo un rico tapiz gobelino, pero había sido retirado porque el Führer dio orden de usar aquel muro como pantalla.

Sobre la pared blanca se exhibían por medio de un reproductor portátil tanto las películas caseras de Eva como grabaciones de trabajo que a veces sus generales le traían al Berghof.

El trabajo, siempre el maldito trabajo. Y los ingleses, Churchill y los bombardeos de la Luftwaffe. Por un momento, el peso de todo lo que estaba sucediendo en Europa, en su guerra mundial, volvieron a la cabeza de Adolf, que volvió a apoyar una mano en su sién derecha, pero los saltos, lametones y ladridos de los dos terriers escoceses hicieron que volviera a olvidar.

Los perros y Eva. Las dos cosas que serenaban su alma.

Y así, los Hitler jugaron con los cachorros hasta que la señora del Berghof llamó a Constanze Manziarly.

Constanze era la cocinera vegetariana de Hitler. La habían contratado por indicación del doctor Morell, que estaba preocupado por los constantes dolores gástricos del Führer. Aunque se dedicaba en exclusiva a la dieta de Hitler, había acabado por trabar una buena amistad con Eva Braun. Tal vez por que Constanze, aunque sólo tenía 20 años, era una mujer de pueblo, de modales muy sencillos, casi rudos. Una persona que jamás podría interesar a Hitler, y por tanto no era una rival, y la persona menos sofisticada e inteligente del círculo femenino del Berghoff, por lo que jamás miraba a la superficial Eva por encima del hombro.

—¿Tienes los gajitos para mis niños?

"Gajitos" era el nombre que daba Eva a unas rodajas de fiambre y de embutido que Constanze tenía siempre a mano para los nuevos cachorros de Eva. La cocinera llegó corriendo y entre risas le dio unos trocitos de salchicha a Eva.

—¡Negus! —llamó Eva, y el perro se puso en pie sobre sus cuartos traseros para recibir en la boca un pedacito de carne.

—¡Stasi! —repitió su llamada Eva, y el segundo de los cachorros, ambos machos, se tumbó en el suelo y mostró su barriguita. Eva se inclinó y le puso la salchicha en la boca. El perro se dio la vuelta y se la comió, relamiéndose al cabo.

Eva y Gretel, las dos hermanas Braun, habían enseñado a los perros este juego, y Hitler, aunque prefería a los perros grandes, pastores alemanes como sus dos Blonda, lo cierto es que aplaudió a rabiar las gracias de los Terriers de su esposa.

—Siempre consigues que me olvide de los problemas —le dijo el Führer a Eva y, cogiéndola del brazo, se la llevó a sus habitaciones. Como siempre, todo el personal, empezando por la cocinera Constanze, hizo como si no hubieran visto aquella escena y miraron hacia otro lado.

Nadie podía hacer referencia siquiera a la relación entre el Canciller del Reich y su (en teoría) secretaria. A ojos del mundo, y especialmente de las alemanas, Hitler debía seguir siendo un hombre soltero.

El 19 de julio Hitler dejó el Berghoff y acudió al parlamento en Berlín. En el Reichstag, todo e mundo permaneció aquel día sentado en su escaño, muy tieso, mirando las coronas de laurel que Hitler en persona había dejado en los asientos de los seis diputados caídos en combate durante la campaña de Francia.

Rezaron por su memoria. Y luego Hitler se subió a la tribuna de los oradores y comenzó a hablar.

Fue uno de sus mejores discursos. Por última vez, advirtió, tendía la mano a Inglaterra. Y dejó muy claro que, si Churcill, no la aceptaba, destruiría por completo el Reino Unido.

—En nombre de la paz llamé a las puertas de Francia e Inglaterra en octubre pasado. Esto tenía que terminar con Polonia, les dije. Pero los señores de la guerra de Londres y París querían continuar con las hostilidades. Y eso es lo que obtuvieron, la continuación de sus derrotas.

Aquella era la décima segunda vez que Hitler utilizaba la palabra paz o sus derivados (pacificar, pacificador, etc) en aquel discurso. Quería dejar claro al mundo su mensaje: si la guerra proseguía, no sería por su causa. Así que, elevando las manos y haciéndolas temblar durante casi medio minuto, en uno de sus habituales gestos teatrales, prosiguió:

—Aún a día de hoy desde Londres sigo oyendo los gritos (no de las masas, sino de los políticos) que exigen que la guerra, ahora más que nunca, debe ser conducida hasta sus últimas consecuencias. Dicen que si Inglaterra cae seguirán luchando desde el Canadá.

«El propio Churchill ha repetido una y otra vez que quiere la guerra. Pero si la guerra prosigue muchos hombres habrán de sufrir en las Islas Británicas. No el señor Churchill, por supuesto, que estará bien seguro en el Canadá. Pero fíjese señor mío en la profecía que hoy le lanzo: un gran imperio va a ser destruido. ¡Usted cree que va a ser Alemania, pero yo le juro que será Inglaterra!

El Parlamento prorrumpió en aplausos.

Pero ni las ofertas de paz ni las amenazas eran tenidas en consideración por los británicos. Hitler estaba perdiendo el tiempo. Tan sólo tres días después de este discurso, Lord Hallifax dijo unas palabras durísimas en la radio inglesa contra Hitler. Unas palabras que serían recordadas:

—Hasta el último dominio del imperio Británico combatirá a las fuerzas del mal, de ese demonio llamado Adolf Hitler. Con fe inquebrantable continuaremos la lucha y, al final, prevaleceremos.

Los periódicos del día 23 de julio amanecieron en Inglaterra con uno de los titulares más famosos de la guerra: BRITAIN WIL FIGHT FORCES OF EVIL (la Gran Bretaña combatirá a las fuerzas del mal). Y esa frase la había dicho el ministro de asuntos exteriores, considerado uno de los más moderados del gobierno de Churchill y responsable de las políticas de acercamiento a Hitler en la época en que el Führer invadió Checoslovaquia o se anexionó Austria. Si el más moderado de los hombres de Winston decía algo semejante, ¿quién podía pensar en la paz?

No habría, pues, entendimiento ni armisticio entre Alemania y el Reino Unido. Aunque Hitler seguiría haciendo ofertas de paz hasta octubre, nadie en las islas británicas volvería a pensar en ella como en una posibilidad. A menos, claro, que Alemania se rindiese incondicionalmente.

En la sede del servicio de inteligencia militar, el almirante Canaris suspiró satisfecho al oír en la radio las palabras las palabras de Edward Frederick Lindley Wood, más conocido como Lord Hallifax. El ministro de asuntos exteriores había cerrado la puerta, y para siempre, para una solución negociada a la guerra. Así pues, aquello sólo podía tener un final: la muerte de Adolf Hitler.
Precisamente el desenlace que siempre había soñado Canaris.
Por fin algo más relajado con el rumbo de los acontecimientos, el traidor decidió que había llegado la hora de ponerse con otros asuntos. El tema de Inglaterra, de momento, estaba solucionado.
—Vamos a investigar de una vez por todas a Otto Weilern —le comunicó por teléfono a Schellenberg apenas unos minutos después—. ¿Por dónde empezamos?
Walther había comenzado su propia investigación dando un rodeo y visitando el Carinhall y a los Goering para descubrir finalmente que no sabían nada de Otto. Ya no había tiempo para más dilaciones.
—No es el momento de andarse por las ramas. Vayamos al origen de todo.
Schellenberg no necesito ni decir el nombre de la persona a la que se estaba refiriendo. El tono de la voz del almirante Canaris se volvió áspero:
—Reinhard Heydrich, claro. —Y de pronto, el tono cambió, volviéndose sarcástico— Bueno, miremos el lado positivo. El nombre con el que vamos a bautizar esta operación no nos va a costar encontrarlo, ¿no es verdad?

La Operación Araña fue tomada tanto por Schellenberg como por Canaris como una misión típica de cualquiera de sus agencias. Se disfrazó a agentes de repartidores, uno de los nuevos vecinos de Heydrich era un capitán de la Abwehr, y un largo etcétera asociado a las actividades típicas que se realizaban durante este tipo de investigaciones.
Se pensó en colocar micrófonos en la casa del jefe de policía, pero finalmente se desestimó. Demasiado arriesgado. En 1940 los micrófonos eran enormes artilugios unidos a un receptor distante a pocos metros. Una cosa era ponerlos en las paredes del Salón Kitty (ese prostíbulo que había montado Schellenberg en Berlín para robar secretos de estado a incautos durante el acto sexual) y otra colocarlos en una vivienda particular, especialmente si esa vivienda era la de un personaje tan paranoico y desconfiado con la araña Reinhard.
Así que se utilizaron métodos más tradicionales, pero no por ello menos efectivos.
Naturalmente, el grueso de la operación lo llevaba el servicio de inteligencia militar del almirante Canaris. En primer lugar, porque todos los subordinados de Schellenberg lo eran también de Heydrich, y habría sido difícil adivinar dónde estaban realmente sus lealtades. El segundo, que a la hora de hacer algo secreto y probablemente contra Hitler y el Reich, la organización de Canaris era perfecta, ya que todos los altos mandos sabían que su misión principal era destruir a la Alemania nazi. Por lo tanto, fue fácil implicarlos en aquel asunto.
El coronel Oster, la mano derecha de Canaris, estaba al frente de todas las cuestiones tácticas, del falso vecino, de los repartidores, de los arreglos en casa de los Heydrich que realizaban también hombres de la Abwher y del resto de actividades tendentes a tenerlos vigilados. Oster era probablemente el más antinazi de todos aquellos que trabajaban para el almirante. Él en persona se encargaba de filtrar a los servicios secretos aliados toda la información referente a los planes de batalla de Alemania: así lo había hecho en Noruega, en Holanda y Francia. Tal vez por eso Canaris siempre lo quería su lado.
Schellenberg, por su parte, realizó una única tarea pero de extrema importancia. Durante su estancia junto a Goering, conoció a algunos de sus subordinados y, en particular, a algunos del Forschungsamt. El servicio de escuchas telefónicas del Gran Mariscal era inmenso, dotado de una infraestructura económica y de un personal (decodificadores, expertos matemáticos, traductores, etc) muy superior a las agencias de Canaris y Schellenberg juntas. Y es que Goering lo hacía todo a lo grande.
Walther, por su parte, en lugar de deprimirse por los pocos recursos que tenía, comparados con los de Goering, decidió sacarle partido. En las semanas siguientes utilizó su atractivo para cultivar una amistad "íntima" con una de las telefonistas de las centralitas que controlaban el sistema y, más tarde, con una de las mecanógrafas que pasaban a limpio los resultados de cada escucha en pliegos marrones. Los lunes, miércoles y viernes iba a recoger a la telefonista al barrio de Charlottenburg (donde tenía su base el Forschungsamt), y el martes, jueves y sábado hacía lo propio con la

mecanógrafa. Entre ambas consiguió reconstruir todas las llamadas que se hacían y se recibían en casa de los Heydrich.

Sin embargo, todas estas actividades le tenían agotado, ya que mantenía, aparte de esta doble actividad sexual, la ya habitual con Mildred Gillars. Eso sin contar, por supuesto, su relación con la mismísima Lina Heydrich. Y luego estaba el hecho de que tenía novia, una hermosa mujer de ascendencia polaca con la que tenía pensado casarse en octubre. La muchacha se llamaba Irene Grosse-Schoenepauck y le había prometido llevarla de vacaciones con su familia a Luxemburgo tan pronto quedase cerrado el asunto Weilern.

—No sé ni como te mantienes en pie con una vida sentimental tan intensa —le comentó irónico Canaris, viendo que Walther se sentaba con evidente esfuerzo en una silla.

—Yo puedo con todo eso y más —repuso Schellenberg, pero lo hizo con un hilo de voz. Estaba agotado.

—Ya veo. Eres la viva imagen de la vitalidad.

Walther se excusó arguyendo que su cansancio estaba motivado más por los preparativos de su matrimonio que por la Operación Araña y sus escarceos sexuales, a los que ya estaba acotumbrado. Debido a la ascendencia polaca de su prometida, había tenido que pedir una dispensa especial a Heydrich y a Himmler, aparte de elaborar un detallado pasaporte racial (literalmente "tabla de ancentros" o Ahnenpass) o, lo que era lo mismo, un árbol genealógico de con los ascendientes de Irene desde 1800 hasta el presente, que demostraba que era una alemana étnica. Su raza y su sangre eran las correctas pese a haber nacido fuera de la patria.

—Pero, ¿por qué se casa un hombre como tú? —preguntó Canaris.

—Suponiendo que sepas cómo soy yo, Wilhelm —respondió, algo molesto, Schellenberg—, me caso porque Irene es una buena chica y porque quiero a alguien que me espere en casa luego de jugar a los espías, de hacer de amante y de todo lo demás.

—Perdona, no quería entrometerme en tus asuntos. Yo soy un hombre sencillo, que no he estado más que con mi Erika en toda mi vida y no entendía... no sabía... en fin, lo dicho, que es cosa tuya y me alegro que vayas a casarte de nuevo.

Schellenberg sonrió y no le dio más importancia al asunto. Como visitaba a menudo el operativo de la Abwher, había trabado aún mayor confianza con el almirante y a menudo tenían largas conversaciones, más intimas incluso que en sus paseos a caballo. La operación Araña tenía su base en un piso franco apenas a tres calles de la casa de Heydrich, una de las dos que poseía. La casa principal estaba en la isla de Fehmarn, de donde era natural Lina. Pero los veranos los pasaban en Berlín, en una mansión que había costado una fortuna y había diseñado el famoso arquitecto Gustav Rall, amigo personal de Heydrich. Situada en la zona de Schlachtensee, un lago al sudoeste de Berlín, la mansión era una fortaleza llena de guardias y timbres de alarma. Todo ello había complicado todavía más la vigilancia, pero, aunque iba lenta, avanzaba en el buen camino.

—Pronto comenzaremos a obtener resultados —comentó en ese momento el Oster.

En el piso franco, un pequeño apartamento, estaba casi siempre, aparte del almirante, el coronel Oster, su hombre de confianza, que leía los informes del servicio de escuchas de Goering, los del falso vecino y los de los repartidores. Luego elaboraba un informe que entregaba a Canaris y Schellenberg.

—¿Sabemos algo nuevo de Otto y de todo lo relacionado con Lebensborn? —preguntó Walther, echando sólo un vistazo superficial al pliego de papeles que le entregaba el coronel.

—Nada nuevo —repuso Canaris—. Yo sigo pensando que todo eso de convertirlo en un nazi puro se trata de convertirlo en otro monstruo como el propio Heydrich y ponerlo al frente en el futuro de las SS, de los campos de concentración o de cualquier otra…
—Demasiado simplista —le interrumpió Schellenberg—. Ya tienen suficientes tipos enloquecidos en las SS, como Himmler o el propio Heydrich, Eicke en los campos de concentración, y otros tantos dementes como en Polonia Hans Frank y Greiser. No necesitan crearlos desde niños. Tiene que ser algo más complicado.
—Tú sigues pensando que hay algo que no vemos detrás de todo esto —opinó Canaris.
—Estoy seguro de ello. No creo que preparasen desde la cuna a un grupo de alemanes ciertas subrazas específicas para colocarlos en posiciones para los que, en esta generación, ya han encontrado a verdaderos animales a la altura de sus expectativas. No tengo ni idea de lo que pretenden. Pero sea lo que sea, de momento sólo vislumbramos la punta del iceberg.
—Razón de más para que en su momento me hubieses permitido matar a Otto Weilern.
Schellenberg miró al almirante y meneó la cabeza.
—La solución ante un problema desconocido no es asesinar a la gente. Eso es un pensamiento propio de un SS. Sé que piensas que si algo es importante para Hitler mejor es suprimirlo. Pero yo pienso que si es importante para Hitler es porque es algo muy poderoso. Por tanto, primero conoceremos de qué se trata y luego decidiremos si conviene utilizarlo en nuestro beneficio o mejor suprimirlo.
El comparar sus decisiones con las de las SS había ofendido a Canaris, que repuso con el gesto torcido.
—Tú nunca matarías a Otto, aunque ya no sea tu amigo.
—Diga lo que diga el muchacho, lo cierto es que sigue siendo mi amigo. Pero me conoces poco, Wilhelm. Mataría a cualquiera si no tuviera más remedio o para salvar mi propio pellejo.
Aquel reconocimiento tan crudo del tipo de persona que era, sorprendió al propio Oster, que seguía inclinado sobre una mesa repasando las conversaciones telefónicas en casa de los Heydrich. El coronel se volvió para contemplar a Schellenberg mientras enarcaba una ceja. Pero no dijo nada y volvió a su trabajo.
—Lebensborn, en esencia, tal y como lo ha diseñado Himmler, es algo relativamente sencillo y fácil de entender —opinó Canaris—. Las ideas raciales de los nazis, aparte de una estupidez, no son diferentes a las de otros países. En América, la eugenesia está también de moda, o lo estuvo durante décadas. La idea de una raza superior, de librar al mundo a través de la selección genética y el asesinato, de inútiles, tontos, alcohólicos, tuberculosos, etcétera, no es nueva ni sorprende ya a nadie, por desgracia.
—Débiles mentales creo que les llaman fuera de Alemania —puntualizó Schellenberg—. En las SS los llamamos Untermensch, es decir, subhumanos.
—Subhumanos, sí. Es curioso que gente como los nazis, que en esencia se comportan como si fueran menos que humanos, se atrevan a llamar a otro subhumano. Pero el mundo está lleno de ironías como esta. —Canaris dejó el pliego de papel que había redactado Oster sobre una mesa y prosiguió—: En cualquier caso, ha habido esterilizaciones de débiles mentales más allá de nuestras fronteras, incluso años antes de que Hitler comenzase hacerlas habituales en el Tercer Reich. Hay muchos idiotas que quieren formar parte de la raza superior suprimiendo a otros que creen idiotas. Supongo que esa es otra ironía.
Schellenberg asintió. Las ideas eugenésicas habían triunfado en las décadas de los 20 y los 30, y

había reputados investigadores y médicos de renombre que las defendían. Pero el nacimiento de la raza superior no sólo necesitaba de la eliminación de aquellos que los dirigentes pensaban que eran inferiores. Necesitaban que los considerados racialmente más dignos se reprodujesen a toda velocidad para que los genotipos dominantes inundaran los barrios, los pueblos y las ciudades. Precisamente por eso, se animaba los miembros de las SS a tener hijos con todas las mujeres solteras que les fuera posible. Engendrar nuevos soldados del Reich era lo más importante.

Lo cierto es que estas prácticas que producían hijos ilegítimos, bastardos fuera del matrimonio y madres solteras, nunca fueron bien vistas por la sociedad alemana a pesar de los esfuerzos de Goebbels y de la propaganda.

Pero los hogares Lebensborn fueron creados para albergar a estas muchachas: hermosas alemanas que se habían quedado embarazadas de un hombre racialmente puro y querían dar a luz, criarlo lejos de las miradas acusadoras de su entorno familiar y sus amigos.

—Estos dos no paran de follar —comentó en voz alta en ese momento el coronel Oster, distrayendo a Schellenberg de su línea de razonamiento. Canaris se había vuelto también hacia su ayudante y le miraba con gesto reprobatorio. Y entonces este añadió: —Perdón. Estoy examinando una conversación que el vecino de los Heydrich ha tenido con una de sus sirvientas. Por lo visto, el matrimonio Heydrich tiene una vida sexual muy “especial”.

—Da igual. No utilices palabras como esa.

—¿Follar? —inquirió Schellenberg, y se ganó otra mirada reprobatoria del almirante.

Canaris en un hombre bastante mojigato. No permitía que en su presencia se dijesen palabras malsonantes y su vida familiar era muy tradicional. Tenía una relación muy sencilla y afectuosa con su esposa EriKa y no podía entender para nada el tipo de relación que tenían Lina y Reinhard Heydrich.

—¿Tú sabías que eran sadomasoquistas? —le preguntó el almirante al jefe de contraespionaje de las SS.

—Bueno, no son exactamente sadomasoquistas. Les gusta el sexo duro y…

—Azotes, látigos, cuero y mordazas —Canaris cogió uno de los informes de Oster y lo blandió en el aire como un puñal—. ¿A cómo llamarías a todo eso?

Walther frunció el entrecejo. Aunque sabía por la propia Lina de las particularidades de su relación con Heydrich, lo cierto es que procuraba pensar en ello lo menos posible.

Lina, la arpía nazi. Así la llamaba en secreto, mentalmente. Ni siquiera se había atrevido a llamarla de esa forma delante de Canaris. Todavía menos delante de ella, a la que en privado llamaba pajarito o dulce flor, nombre románticos en el seno de una relación adúltera, la suya, plagada de caricias y dulzura. La antítesis de la relación que tenía con su esposo.

Y es que Lina era la verdadera responsable del nacimiento de ese monstruo llamado Reinhard Heydrich. Desde que se conocieron en un baile en la ciudad de Kiel. Desde el primer momento, la primera mirada. Ella cogió a un muchacho ingenuo, a un marinero que tocaba el violín y que tal vez debería haber sido músico y comenzó a modificarlo lentamente como una barra de vidrio templado. A través del sexo, lo separó de la parte más sensible de sí mismo. A través del sexo duro, carnal, terrible. A través de ese sexo soñado y lleno de excesos que anida en la mente de todos los hombres.

Se tiende a pensar que en una relación sadomasoquista, el dominante, el sádico, es quien lleva la batuta. Pero a menudo es el sumiso el que dirige a su amo. Lina, desde el principio, a base de frases al oído entre latigazos y azotes, a base de palabras insinuadas estando todavía atada al cabezal de la

cama... iba lentamente horadando la voluntad de Heydrich. Así, transformó a un hombre sin afiliaciones políticas en un nazi convencido. Ella era una aria fanática, una mujer rubia, de descendencia danesa, vikingos escandinavos, arios puros, mercantes de las islas del norte.
Y es que Lina, al igual que Eva Braun, no tenía bastante con la vida que le había deparado el destino. Quería más. Y estudió en la escuela vocacional para mujeres de Kiel. Consiguió el título de Maestra y se aplicó en ascender en su profesión. Pero los fines de semana acudía a bailes y fiestas buscando un hombre que le permitiese ascender el escalafón social. Tenía las ideas claras y supo ver en aquel joven, en Reinhard Heydrich, la misma grandeza que Eva vio en Hitler, que Carin en Goering. Y se convirtió en una más de esas mujeres manipuladoras que dominarían las vidas de los líderes nazis.
La existencia de Heydrich, entre sesión y sesión de sexo duro, se fue modificanddo. Dejó a su prometida y eso le valió la expulsión de la marina. Más tarde, de la mano de Lina, entraría en el partido nazi.
Reinhard, en aquella época le escribía hermosas cartas de amor:
Querida mía. Te echo de menos. Todos mis pensamientos están dirigidos hacia ti. No sabes cuánto te quiero. Gracias a ti soy capaz de enfrentar cualquier desgracia. No puedo esperar hasta el sábado en que volveremos a vernos.
Hasta ese día, con mucho amor, siempre tuyo Reinhard.
Lina guardaba las cartas de su esposo y, cuando éste tenía un momento de debilidad en el trabajo, tal vez con un subordinado, un hombre que no rendía lo suficiente y que Reinhard dudaba en expulsar de las SS, ella le leía aquellas cartas.
—¿Así es como te ven sus subordinados? ¿Cómo un hombre sensible, un tipo débil al que pueden engañar?
Y se reía de aquellas cartas de amor, y obligaba Heydrich a mantener con ella una relación tórrida y abusiva después de la discusión. Poco a poco, fue rompiendo hasta el último atisbo de humanidad de Reinhard. Aunque siguió mandándole cartas de amor, llegaba a casa y la poseía violentamente. A menudo la abofeteaba y ella le gritaba llegando al orgasmo: "Ese eres tú, Reinhard, el que manda. ¡Ese eres tú!".
El hermano de Lina, Hans, formaba también parte del entorno de Reinhard. Era miembro de la guardia de asalto S.A y tan nazi y profundo antisemita como su hermana. Los dos percutían en su mente, le inundaban de información, le hablaban de la eugenesia, la búsqueda de una raza superior eliminando a los débiles, del darwinismo social, del antisemitismo, de un líder enorme y carismático que conduciría a Alemania a la victoria final. Y así, poco a poco, doblegaron por fin a Reinhard Heydrich.
Naturalmente, la última pieza del rompecabezas fue entrar al servicio de un hombre tan manipulador y retorcido como Himmler. Gracias al Reichführer SS comenzó a ver a los diferentes, a los no arios, como subhumanos. Aprendió toda la jerga del odio racial nazi. Himmler le habló de nuevo del darwinismo social, de la selección natural positiva, de cómo los fuertes, los arios, iban a sobrevivir eliminando a los débiles forjando una nueva aristocracia racial: algo llamado la raza germano nórdica. Eso convenció todavía más a Heydrich de que estaba en el camino correcto, de que las ideas de Lina (después de todo, una descendiente de los vikingos y por tanto más germano nórdica que nadie) eran las correctas. En los años siguientes, su alma se acabó de pudrir y se convirtió en la araña, en la bestia que tejía redes para atrapar a judíos, francmasones, curas, asociales, gitanos, y al resto de subhumanos enemigos del Reich.

Por su parte, Lina continuaba con su papel de sumisa. Lloraba y le montaba escenas cuando cualquier ausencia tenía Heydrich lejos del hogar. Eso le obligaba pegarla, a violarla, a demostrarle quién mandaba. Y eso reforzaba su autoridad ante sus subordinados, a los que esclavizaba, y ante todos los que como jefe de policía del Reich perseguía para limpiar la raza aria.
Pero en realidad, Heydrich era un hombre de acción, no de ideas. Había llegado a la edad adulta sin ser un antisemita y sin tener la menor idea del darwinismo social, del Lebensraum y del resto de teorías raciales de geógrafos o filósofos alemanes. Odiaba los judíos y al resto de subhumanos porque Himmler, porque Lina, porque el hermano de Lina, Hans... porque todo el mundo se lo decía. Y quería ser más sangriento y más patológicamente enfermo que el resto de enfermos patológicos que rodeaban a Hitler para impresionar a Lina, para impresionar a Himmler, para formar parte de esa aristocracia germano nórdica que, siendo sinceros, ni siquiera él sabía lo que demonios significaba.
El día que estalló la Segunda Guerra Mundial y los sueños de dominación de esa raza nueva germano nórdica comenzaron por fin, le escribió a su mujer una nueva carta:

Querida Lina.
Espero que al recibo de la presente siga vivo. Sin embargo en tanto que soldado de Hitler y buen esposo y padre, debo considerar todas las posibilidades. El Führer de nuestra gran Alemania ha tomado la gran decisión y por la mañana nuestros ejércitos marchan sobre Polonia. No sé lo que me sucederá. Pero si el destino se abate sobre mí, querida Lina, debes educar a nuestros hijos en las firmes creencias raciales de nuestra estirpe y en los valores del movimiento nazi. Dales a conocer a mis hijos los ideales eternos de las SS, que sean agradables y generosos hacia sus camaradas raciales en Alemania y no tengan la menor piedad contra nuestros enemigos internos y externos.
Querida Lina, mi amor, no me faltan vicios y defectos. Pero mi afecto hacia ti y nuestros hijos es absoluto. Si no regreso, recuerda nuestra vida juntos y el respeto que te tengo. Pero recuerda que, una vez pasado el luto, y cuando el dolor en tu corazón haya pasado, debes encontrar para nuestros hijos un nuevo padre. Además, aún estás en edad de reproducirte y debes entregar nuevos vástagos al Reich. Pero escoge bien, que sea el tipo de hombre que yo esperaba ser, un buen servidor de nuestro Führer.
Con amor infinito y un Heil Hitler
Tu Reinhard.

Aquel hombre era ya un nazi convencido, un monstruo absoluto, una araña que ya no necesitaba ni de la telaraña de Lina para seguir creyendo hasta el fin de los tiempos en la locura nazi. Tal vez eso fuera en realidad lo que querían hacer con Otto, convertirlo en otro Heydrich y todo fuese tan sencillo como pensaba el almirante, pero tal vez…
—Walther, ¿me escuchas? Estabas como ausente.
—Sí, pensaba en Heydrich, en todas las cosas que le ha hecho Lina y...
—¿Amas a esa mujer? —inquirió Canaris de forma tan inesperada que Schellenberg se quedó pálido, sin respuesta.
Schellenberg estaba separado y en tres meses se casaría por segunda vez. Un momento, ¿por qué le hacía Canaris una pregunta semejante? ¿No habían estado hablando de ello hacia menos de una hora? ¿Por qué le preguntaba ahora si amaba a Lina? Él no estaba enamorado de la arpía nazi, sólo se

acostaba con ella, se la follaba (una palabra que seguro que Canaris odiaría oír de nuevo en sus labios).

No era más que sexo. Maravilloso, dulce, afectuoso sexo. Y nada más. ¿Verdad?

—Es difícil poner un nombre a lo que siento por la señora Heydrich —respondió por fin Schellenberg.

—A veces, a las cosas que no sabemos nombrar, en secreto las llamamos amor.

Canaris conocía su relación con Lina Heydrich. En más de una ocasión habían hablado al respecto y lo cierto es que Schellenberg no sabía si amaba a Lina. Era consciente que, al igual que ella tenía una relación abusiva con Reinhard Heydrich, con el tenía una actitud contraria, y su relación era apacible y sofisticada, llena de lecturas de poesía, paseos al aire libre y un sexo delicado y sencillo, la mayor parte de las veces en la postura del misionero. Schellenberg, que era un amante, sin ser sadomasoquista, también bastante poco ortodoxo, sonrió pensando en Lina y las emociones sencillas pero verdaderas que se profesaban. Ella sacaba lo mejor de él, quizá como contrapunto a haber sacado en su día lo peor de Heydrich. ¿Por qué? No lo sabía. Aquella era una mujer complicada y sólo esperaba conseguir un día entenderla. El proceso de descifrar el misterio de Lina Heydrich le tenía intrigado y no pensaba dejarla bajo ninguna circunstancia. Pero, ¿la amaba? Eso era mucho decir para un hombre como Walther Schellenberg.

—Prefiero no pensar en esa palabra: amor —le reconoció al almirante Canaris—. Esa mujer me importa. Basta con decir eso. Con ella soy diferente. Supongo que todo hombre es uno mismo y su contrario.

Canaris, que era un hombre mucho más sencillo que Walther, tanto de costumbres como de ideas, negó con la cabeza.

—Yo más bien diría que los hombres como tú son ellos mismos y su contrario. El resto ya tenemos bastante con ser lo que somos.

Schellenberg se sentía extraño hablando de aquel asunto y sólo quería cambiar de tema. Con manos temblorosas, volvió a consultar los papeles con las transcripciones de las conversaciones y las escuchas que le había dado el coronel Oster.

—Sigo pensando que la clave de todo son las casas Lebensborn. Después de todo, las dos veces veces que se cita a Otto y el concepto de los arios o nazis perfectos en el informe de Heydrich, es cuando se habla de las casas.

Aquellas casas, uno de los proyectos personales y preferidos de Himmler, las niñas de sus ojos, estaban habitadas en 1940 por unas 400 mujeres que estaban a punto o acababan de dar a luz a sus vástagos arios bastardos. Una cifra diminuta para un país como Alemania. Además, se trataba de unos establecimientos de reciente creación.

—Pero eso no tiene sentido, Walther. Las casas Lebensborn nacieron en el año 1934. Para entonces Otto tenía ya 12 años.

—Tal vez deberíamos investigar mejor cómo se crearon las casas. Tal vez en otro lugar comenzaron en otro momento y…

Schellenberg calló. Los dos llegaron a la vez a la misma conclusión: ¿podía ser que Lebensborn hubiese comenzado antes sin que nadie lo supiera? ¿Podría ser que el propio Hitler hubiese probado el funcionamiento de la educación en los valores nacionalsocialistas antes de llegar al poder? Y, en ese caso, ¿cómo había elegido a esos niños, a esos sujetos de experimentación? ¿Y por qué Otto era el primero de ellos, el único que eligió en persona? Y, por último, ¿cuál era el destino que había

previsto para esos primeros niños nazis, de las más puras subrazas alemanas? ¿Qué pretendían hacer con ellos?
—Alguna vez me he llegado a preguntar si el teniente Weilern no podría ser hijo de Hitler —opinó Canaris, frunciendo los labios—. Quizás de él y de su sobrina, de Geli Raubal.
—¿La que se suicidó?
—La misma.
Walther reflexionó brevemente antes de negar vehemente con la cabeza.
—No, no es posible. Y por una razón bien simple. Otto no...
Pero no pudieron seguir esa línea de razonamiento porque el coronel Oster les interrupió:
—¿Has leído la última hoja marrón que me has traido, Walther?
El coronel Oster miraba a Schellenberg con el rostro expectante. Se refería, por supuesto, al último informe de las escuchas telefónicas en casa de Heydrich.
—No. La he traido tan pronto la conseguí.
Di mejor tan pronto me puse los pantalones, pensó Canaris.
—Pues leed esto. Los dos. ¡Deprisa!
El coronel acercó de un salto la hoja marrón del Forschungsamt a su superior y al jefe de espionaje de las SS. Ambos se inclinaron sobre el papel y lo leyeron, anonadados.
—Parece que, como nosotros no dábamos con el misterio... el misterio ha venido a buscarnos, ¿no es verdad? —dijo por fin Canaris, exultante.
Pero Schellenberg no respondió. Sólo releía una y otra vez aquella trasncripción telefónica, incrédulo.

LLAMADA DEL DOCTOR MORELL A LA CASA DE LOS HEYDRICH.
7 DE LA TARDE

— HEYDRICH: ¿Si?
— MORELL: ¿Reinhard?
— HEYDRICH: Yo mismo. Dime, Theo.
— MORELL: ¿Ya te ha llegado la noticia?
— HEYDRICH: Algo he oído. El Fúhrer nos quiere a todos mañana en el Berghoff.
— MORELL: No sólo a nosotros. También a Manstein, Rommel, Doenitz... a todos los de Klugheit
— HEYDRICH: Ah, eso no me lo esperaba.
— MORELL: Creo que quiere revelar quién es Otto. Y lo que espera de él en el futuro.
— HEYDRICH: ¿Tan pronto?
— MORELL: Su salud empeora día a día. Han vuelto los demonios. Creo que quiere dejarlo todo bien atado.
LARGO SILENCIO AL OTRO LADO DE LÍNEA.
— MORELL: Reinhard, ¿estás ahí?
— HEYDRICH: Sí, sí, claro. Sólo pensaba.
NUEVO SILENCIO.
— HEYDRICH: Pensaba que, si todo va a salir a la luz, voy a avisar esta noche a Schellenberg para que nos acompañe.
— MORELL: Creí que habías dicho que áun no confiabas plenamente en él.

— HEYDRICH: No lo hago. Pero perdemos el tiempo esperando para estar seguros. Nadie pued confiar plenamente en Walther. Sea como fuere, lo voy a llevar a la reunión. Cuando comprenda de qué va el asunto, nos será más fácil convencerle de que deje de tener relación con Otto.

— MORELL: El muchacho le tiene aprecio.

— HEYDRICH: Se lo tuvo. Además, después de lo que va a hacer Mengele, su amistad se romper para siempre.

— MORELL: Y rota debe seguir. Weilern no necesita más influencia que la nuestra.

— HEYDRICH: Así se hará. Yo me encargo.

— MORELL: Lo dejo en tus manos, pues.

— HEYDRICH: Sí, será lo mejor. Mañana seguimos hablando de este asunto.

— MORELL: Mañana nos vemos.

— HEYDRICH: ¡Heil Hitler!

— MORELL: ¡Heil!

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

El trato que Mildred había hecho con el almirante Canaris era sencillo. Mantenerme en los límites de la humanidad, procurar que yo siguiese siendo un muchacho joven, un ser humano normal y corriente y no un nazi. Mildred creía firmemente en Hitler y su doctrina, pero no quería verme convertido en un nazi perfecto. Porque ella (y sólo ella) sabía, de cuantas personas me rodeaban entonces, lo que en realidad significaba aquel ambiguo término.

Lina Heydrich, el Führer y el entorno de las SS habían convertido al músico sensible, al mejor amigo de Canaris, en la araña Reinhard. El almirante estaba convencido de que Heydrich era el prototipo del nazi puro y, cuando leyó en el informe Lebensborn que yo era uno de los cinco, tal vez el principal, de esos nazis o arios puros o perfectos que pretendían crear las SS, pensó que nadie podía ser corrompido más que aquel joven Reinhard que recordaba de cuando sirvieron juntos en el Niobe. Cuando Mildred le propuso una alianza que evitase mi ejecución por parte de Morgen, el traidor vio en ello la oportunidad de frenar por medio de mi novia la influencia de las SS y sus planes de convertirme en un nuevo Heydrich.

Canaris estaba equivocado en parte, particularmente en lo que Lebensborn quería hacer conmigo (o más exactamente en lo que ya había hecho) pero en cualquier caso, ojalá el plan de Mildred hubiese surtido efecto. Tal vez las cosas terribles que pasaron más tarde podrían haberse evitado. De cualquier forma, Mildred lo intentó. Me llevó a las cantinas más sórdidas de Berlín, incluso algunas que, en la época que Heydrich me hacía de guía por los locales de la Alexanderplatz, me habían pasado desapercibidas; leímos juntos libros prohibidos por los nazis como los del premio Nobel Thomas Mann, un enemigo encarnizado de Heydrich, al que había bautizado con el sobrenombre de “el verdugo de Hitler”.

Cuando terminábamos nuestras veladas de sexo y literatura, nos íbamos al cabaret y allí me mostró cómo algunos cómicos todavía se atrevían a burlarse del Führer o de Goering poniendo en peligro sus vidas. Eran las últimas personas libres de un país esclavo.

—Una vez hubo un pescador del Báltico que se creyó el más feliz de la tierra por haber capturado un enorme pez, el más grande que podáis imaginar. Pero su felicidad duró poco —decía en ese momento en el escenario un hombre vestido con frac y sombrero hongo.

—¿Por qué le duró poco la alegría por su captura? —gritó Mildred desde su asiento. Le encantaba interactuar con los artistas.

—Ah, muy buena pregunta, señorita. La respuesta, es muy sencilla. Debido al sagrado racionamiento impuesto por nuestro Führer aquel sencillo pescador no tenía harina para rebozar el pez, tampoco aceite o mantequilla para freirlo. —El cómico suspiró—. Le pareció un crimen comerse crudo o hervir de mala manera un pescado tan bueno. Así que lo lanzó de nuevo a las aguas. Y entonces sucedió un milagro, algo maravilloso. ¿Queréis saber el qué?

—¡Dilo! ¡Dilo! —gritó la multitud a coro.

—Pues el pez saltó muy alto sobre las aguas, se puso tieso haciendo el saludo alemán y levantó el brazo derecho. Entonces dijo: “Sólo el Führer podía salvarme. ¡Heil Hitler!”

Cuando a la semana siguiente cerraron a aquel cabaret y se llevaron al cómico a un campo de

concentración, comenzamos a interesarnos por el teatro, pero, en una ocasión, nos equivocamos a la hora de elegir la obra y acabamos viendo un sainete infame que en modo alguno se podía calificar como arte. Se llamaba, todavía lo recuerdo, El Granjero. Trataba de un hombre que contraía matrimonio con una no aria como Mildred. Pero ella no le daba hijos y el hombre era infeliz. Finalmente, en un éxtasis de revelación, conocía a una sana mujer aria, una trabajadora del campo de rubios y ensortijados cabellos, que le ayudaba a dejar aquella mujer de sangre impura con la que se había casado. Y pronto ambos tenían un tropel de hijos más grande que el del propio Goebbels y sus seis vástagos. Por supuesto, la mujer indigna y no aria se suicidaba al contemplar la felicidad de los amantes.
—La eugenesia y todo el resto de creencias que postulan la llegada de una raza superior pura están todas partes, Otto. Pero esa no es la única verdad —me dijo Mildred cuando salíamos cabizbajos del local.
—Tú antes creías en todo eso. Decías que sospechabas que eras una aria de ascendencia irlandesa pura y todas esas tonterías.
—No son tonterías. Un día tendré el dinero suficiente para mandar a un experto a Estados Unidos e Irlanda para que me haga un árbol genealógico completo. Demostraré que soy una germano nórdica de la subraza Brünn. Pero eso no es lo que cuenta ahora.
—¿Qué es lo que cuenta?
—Cuenta que seas capaz de pensar por ti mismo y no te dejes llevar por ciertas creencias extremistas y...
Como vi que callaba, pregunté:
—¿Sí? ¿Qué creencias?
—Creencias que no son para ti. Tú tienes que conocer más cosas, que abrir tu mente, ¿entiendes? —Mildred me miró con unos ojos lánguidos.
No terminaba de entenderla, pero decidí no preguntar nada más. Tampoco le respondí. No había nada que responder. El nazismo hacia tiempo que estaba en plena ofensiva por todos los medios de comunicación del país. Y el principal pervertidor de la sociedad era, no el teatro sino el cine, que Mildred conocía bien por haber hecho críticas durante años en la revista Variety alabando el cine racista y de propaganda de Goebbels. Y ahora en la radio seguía haciendo lo mismo. Yo no veía ninguna diferencia entre la glorificación del régimen nazi que hacía ella en las ondas de la radio y aquella infame obra de propaganda que acabábamos de ver.
—¿Sabes que me va genial en la radio? —me comentó de pronto Mildred, como si pudiese leer el pensamiento.
—Sé que te estás haciendo famosa. Lo que siempre habías querido y por lo que llevabas luchando tanto tiempo.
—Casi famosa —me reconoció, sonrojándose.
Yo conocía bien la causa de que Mildred fuese “casi” famosa y destacase tanto en los shows radiofónicos en los que participaba. Todos los que trabajaban en los programas de habla inglesa (y no digamos en el resto de los programas de la radio alemana) eran tipos estirados a los que parecía que les habían metido un palo por el culo (seguramente un palo de madera nazi pura y completamente aria, pero palo al fin y al cabo). Sus chistes no tenían gracia y sus comentarios eran temerosos porque la censura constantemente vigilaba sus palabras. Pero Mildred (aparte de ser mujer, un atractivo ya de por sí clave en su recién ganada fama detrás de las ondas) era mucho más alocada, hacía bromas

en antena, y su conocimiento del Tercer Reich era más que superficial.
Tal vez por eso ella siempre apoyó el nazismo. Lo apoyó porque no tenía ni la menor idea de lo que era. Y tal vez por eso no quería que a mé me convertiesen en un ario puro. Porque eso lo había leido, lo había comprendido... y no lo quería para su Otto.
La primera vez que leyó un texto verdaderamente nazi como el proyecto Lebensborn se quedó asustada con lo que querían hacerme. Pensó que todas aquellas ideas eran locuras. La eugenesia, la eliminación de los racialmente indignos, el meter en campos de concentración a los enemigos del Reich y a los judíos, las cámaras de gas para los retrasados… todas esas cosas que las SS hacían y que en aquel momento eran ya de dominio público, los seguidores bien pensantes del nazismo como Mildred las tomaban como burdas exageraciones. No podía ser verdad y, si lo eran, se trataban de casos aislados. Unos cuantos judíos muertos por aquí, unos cuantos homosexuales apaleados por allá... Cien, quinientos, tal vez un millar de casos en total. Nada grave, pensaban.
El nazismo para ellos era algo festivo, una comunión de gente aplaudiendo por la calle y luego levantando el brazo bien alto al son de las bandas de música. El nazismo era conquistas y victorias para Alemania. El nazismo eran nuestras carreteras, las autobahn, las maravillosas autopistas que cruzaban el país. El nazismo era huir de la pobreza de la República de Weimar. El nazismo era el maravilloso líder, el todopoderoso Adolf Hitler.
Yo era consciente de hasta que punto Mildred era doblemente superficial. Superficial en su conocimiento del nazismo, ese tipo de conocimiento básico que hace que desprecies cualquier opinión contraria. Y superficial en su propia concepción del mundo, en su gusto por los vestidos caros y los lujos, en su búsqueda de fama en la radio o en el cine o en la danza o donde fuera. Ella era un ser superficial que contemplaba el mundo desde una perspectiva superficial y, todo lo relacionado con el nacionalsocialismo, lo veía de color de rosa porque no lo entendía.
Y lo poco que entendía (mi participación en Lebensborn) lo rechazó de inmediato.
—Me encanta tu papel en la radionovela que estás haciendo —le comenté entonces a Mildred, que seguía sonrojada mientras paseábamos de la mano, cada uno con sus propias ensoñaciones.
Aparte de sus apariciones en programas de variedades, había comenzado a trabajar como actriz en la serie dramática para la radio llamada “”El doctor Anders y la pequeña Margaret”.
—Sí, ¿verdad? Lo cierto es que el guión no es demasiado bueno pero mi papel está bastante bien. Me va a servir para que me den otros papeles mejores en el futuro. Eso es lo que cuenta.
En realidad, el guión era malísimo. Lo firmaba un tal Koichwitz, un germano americano que, como Mildred, había fracasado en sus intentos de ser alguien en Estados Unidos y había terminado regresando a la patria alemana, convertido en un radical vociferante.
La radio alemana para Europa estaba llena de fracasados, de personajes que guardaban un profundo odio hacia Estados Unidos e Inglaterra, donde nadie les había escuchado y a nadie le importaban. Eran personas que, como Mildred, jamás habrían pasado a la historia de no haber sido por el nazismo. Yo entonces lo intuía, tal vez incluso lo sabía de forma consciente, por eso siempre acababa aquellas conversaciones besando a mi novia y olvidándome de todo lo demás.
—¿Eres feliz? —me preguntó entonces Mildred al final del beso de tornillo, apoyados ambos en una farola y mirándonos a los ojos.
—Soy feliz en este momento. Es como si el tiempo se hubiera detenido y no hubiera ni nazismo, ni operación Klugheit, ni guerra, ni nada. Quiero disfrutar de este instante. El resto ahora mismo no me importa.

La respuesta debió complacerle porque me cogió de la mano y volvimos juntos a casa, olvidándonos también (al menos por aquella noche) del proyecto Lebensborn, de los nazis puros, de la eugenesia y de todas esas tonterías.

Yo, en aquel momento, no me di cuenta. Pero Mengele tenía lógicamente la misión contraria que Mildred. Debía convencerme de que yo era un joven alto rubio y ojos claros, un miembro de esa suprema raza germano nórdica que dominaría el universo y blablablá. Ya podéis imaginar el resto del discurso.
Por supuesto, visto en perspectiva, me da la sensación de que me comporté como un imbécil. Pero si os ponéis en mi piel, si alguien es capaz de ponerse en mi piel, es fácil darse cuenta de que pensar que tanto tu novia como tu mejor amigo te están manipulando para cumplir los sórdidos fines de terceros... es algo complicado de imaginar para nadie a menos que seas un paranoico.
Pero fuera yo realmente un idiota y lo anterior una excusa, o realmente fuesen mis manipuladores lo bastante inteligentes como para tenerme engañado, lo que cuenta es que, cuando Mildred, luego de manipularme, se iba a trabajar a la radio nazi, yo me quedaba a menudo con Mengele, que comenzaba su contramanipulación. Esta escena se repetía casi todos los días. Me dijo que estaba pasando unas cortas vacaciones en Berlín mientras buscaba en las bibliotecas de la capital información para nuevos artículos sobre una parte de su licenciatura que cada vez le interesaba más: la genética.
Con aquella excusa, el tema salía a menudo a colación cuando conversábamos y acabé contándole todo lo relacionado con la operación Lebensborn. Mengele fingió sorpresa, porque creo que estaba informado de absolutamente todo, incluso de lo que sólo Mildred conocía por la lectura del manuscrito original. Mi amigo Joseph sabía quién era realmente yo y lo que perseguían los nazis con el plan de Lebensborn. Todo el asunto de los cinco nazis perfectos.
Pero yo seguía sin sospechar nada de cuanto acontecía. Y así, de la mano de Mengele, me dejé llevar a locales muy distintos a los que frecuentaba con Mildred: cantinas de soldados donde se cantaban canciones patrióticas, exposiciones de arte alemán o cines donde se exhibían películas propagandísticas de los valientes soldados nazis combatiendo en Polonia o en Francia.
En una de ellas recuerdo que podía verse a Rommel alcanzando la costa francesa después de atravesar con sus Panzer toda Francia. Era una película muy famosa que se exhibía a menudo en los cines.
—¿Ves ese cuello y esa mano que se vislumbran detrás de Rommel cuando salta del tanque y llega a la playa? —le pregunté al oído a Joseph en un momento de la película.
—Sí, claro.
—Soy yo —le revelé, muy ufano.
Mengele me palmeó la espalda.
—Debe haber sido maravilloso pasar tanto tiempo al lado de un hombre como ese.
—Con todos los hombres de la séptima Panzer, en realidad —reconocí, con cierta melancolía.
Aquel era el tipo de conversaciones que intentaba estimular Mengele, ahora me doy cuenta. Conversaciones acerca de la raza, de la camaradería de los soldados del Reich, de nuestras victorias y de nuestros gloriosos generales.
Una noche, me llevó a una clase magistral que impartía un catedrático en un local de las SS en

Berlín. No recuerdo su nombre. La exposición trataba de cómo los ideales humanitarios de finales del XIX y de principios del XX habían quedado desfasados. La nueva ética, la moral del hombre moderno, era biológica, o sea, racial.

—Esto es el comienzo de todo —me susurró al oído Mengele, mientras el catedrático, un hombre de barba blanca y muy cuidada, señalaba con un puntero una pizarra—. Los hombres no son iguales. Darwin lo sabía. Lamarck lo sabía. Sobreviven los mejores, los más aptos.

—Los arios, te refieres.

Mengele hinchó su pecho, lleno de satisfacción.

—¡Por supuesto!

—Las razas inferiores —decía en ese momento el "sabio" que impartía aquella charla— serán en breve eliminadas. Es la evolución, jóvenes camaradas, la lucha racial que, desde el principio de los tiempos hasta hoy, nos ha llevado desde el mono a los germano nórdicos. Ese clan de primates que comenzaron a usar instrumentos y derrotaron a un grupo orangutanes inferiores a ellos, expulsándolos de su territorio y condenándolos al hambre, estaban implicados en la misma batalla que hoy libramos contra los salvajes eslavos o los judíos. La supervivencia de los mejor adaptados.

«La mejora de nuestra raza sólo será posible eliminando a los individuos de menor valor que nos encontremos en nuestras conquistas. Es una ley natural, no un capricho. Es el destino de los arios. Nuestra contribución a los próximos mil años de historia de la Tierra.

Mis compañeros de las SS prorrumpieron en calurosos aplausos.

Poco después, terminó el evento y abandonamos el local. Mengele extasiado. Yo, cabizbajo, pero convencido de que era parte de la raza superior y que, bueno, creyera o no en todo lo que me estaban contando, lo cierto es que prefería ser un ario puro que un judío o un gitano. Y me congratulaba de ello en mi estupidez.

—¿Cómo está tu hermano? —me preguntó aquella misma noche Mengele mientras nos tomábamos algo en un bar del centro.

—Sigue en Mauthausen. Es un buen chico y lo lleva bastante bien, creo. Tengo ganas de verle.

Mengele sabía que mi hermano Rolf era una de mis debilidades. De niño había sufrido un accidente y sus facultades mentales habían quedado algo limitadas. No era tan tonto como para ser gaseado en nombre de la salvaguarda de la raza en un Instituto del Sueño (así llamaban a los locales donde se gaseaba a los retrasados, aunque parezca mentira) pero nunca sería un hombre inteligente, un ejemplo para nuestra raza. Mi tío Eicke lo tenía como guardia en el campo de concentración de Mauthausen.

Las Totenkopv, las unidades de las SS que se encargaban de los campos, se habían convertido en divisiones de combate de las Waffen-SS. Algunos de los antiguos carceleros, los mejores física e intelectualmente, ahora eran soldados del Reich. El resto, los que seguían en el Lager cuidando de las instalaciones y los presos, eran en su mayoría personas inútiles para el frente de guerra. Cojos, tullidos, personas con un coeficiente de inteligencia bajo… El tipo de personas que en primera línea hubiesen durado poco. También, y con el tiempo, muchos guardias de campos de concentración fueron hijos jóvenes de altos mandos del ejército cuyos padres no querían que sus hijos murieran en la matanza indiscriminada que se había convertido combatir para Hitler. Pero aún no había llegado ese momento. De momento, los SS de los campo de concentración eran sólo personas con leves deficiencias, tanto físicas como mentales, algunos sádicos, y tipos de similar calaña.

—¿Por qué no hacemos una visita sorpresa a tu hermano en Mauthausen? —me preguntó Mengele, poniendo cara de inocente, como aquello se le hubiera ocurrido de pronto.

Me pareció una idea estupenda. Incluso me sorprendió que no se me hubiese ocurrido antes a mí. Aquella noche, pensando en la perspectiva de reencontrarme con mi hermano, estuve de muy buen humor y creo que me emborraché. Cuando Mildred regresó a casa no pude hacerle el amor y me derrumbé como un fardo en mi lado de la cama. Creo que ni siquiera tuve fuerzas para explicarle que al día siguiente me marchaba a Austria durante al menos una semana.
Por la mañana, Mildred ya no estaba. Se había ido ya al trabajo a grabar un nuevo capítulo de su radionovela. Dejé una nota e hice rápidamente la maleta. Silbando de alegría, me subí en un coche con Joseph Mengele
Llegamos a Mauthausen dos días después. No nos dimos prisa y nos tomamos el trayecto en dirección a Austria como si fueran unas vacaciones. Paramos en pensiones, fondas y hasta un balneario, bebimos mucha cerveza (al menos yo, los problemas de riñón de Joseph seguían impidiéndole demasiados excesos) y profundizamos en nuestra amistad.
La estación de tren de Mauthausen estaba bastante transitada. Al fin y al cabo, era la misma que se utilizaba para llevar a los presos al campo, aunque los convoyes que llevaban a los condenados eran conducidos hasta una vía muerta donde un grupo de SS les esperaba.
Hasta el momento, la mayor parte de los habitantes del campo habían sido austriacos, checos y alemanes antisociales. Pero en aquel momento comenzaban a llegar españoles, apátridas les llamábamos nosotros. Se trataba de antiguos soldados o simpatizantes republicanos que, una vez Franco ganó la guerra civil en España, se habían quedado sin país. Perdida la nacionalidad de su patria original no tenían ninguna otra y su destino al Generalísimo le traía sin cuidado. Para nosotros eran izquierdistas y rojos (enemigos del Reich y de lo peor que se podía ser en la Alemania de aquella época). Por eso les pusimos en el uniforme de preso Spanish Rotten: rojo español.
El día que llegamos al campo mi hermano Rolf estaba ayudando a llevar a un grupo de presos españoles recién llegados al Lager. Le esperamos en su casa, en la localidad vecina de Sankt Valentin.
Fuimos hasta la vivienda, a la entrada del pueblo. Un lugar que me traía muchos recuerdos porque allí nos habíamos criado mi hermano y yo tras quedarnos huérfanos. Mientras paseábamos por el jardín delantero, le comenté a Mengele:
—Este lugar es especial para mí. Mi tío Theodor nos trajo aquí en 1922 y...
No termine mi comentario. Estaba haciendo memoria, atando cabos... y comprendiendo al fin. Aquel lugar no era mi hogar, o no exactamente. Rolf, que me llevaba 10 años, no era el único niño que pasó a mi lado su infancia en aquella casa. Me acordé de otros pequeños, tres, cuatro, tal vez cinco. No sabría decirlo exactamente. Compartíamos casa, como si fuéramos todos hermanos. Yo era muy pequeño, y aquello duró hasta que tuve tres o cuatro años. Lo tenía casi olvidado, como si hubiese querido borrarlo de mis recuerdos.
Pero mi mente evocó en ese momento, como si fuera un rayo que brillara en la lejanía, un día cualquiera con nuestros profesores, durante las clases. Porque aquel lugar no era sólo una vivienda sino también nuestra escuela.
En particular, el primer recuerdo que me asaltó fue el de los mapas de asentamientos germanos, de cómo nos intentaban explicar que los pueblos que conformaban nuestra raza habían existido desde el inicio de los tiempos, incluso desde los atlantes (la Atlántida era uno de las obsesiones de los nazis) Como si se tratase de un árbol genealógico, trataban de llevar la evolución de aquellos antiguos germanos y atlantes hasta la actualidad.

Nos hacía dibujar un cuadro con la historia de nuestra raza desde los Atlantes a la actualidad. Y hacíamos exámenes sobre el asunto.
Luego pasaron a explicarnos que, por desgracia, nuestra estirpe milenaria estaba en peligro. Los judíos, los gitanos, los negros, los eslavos y el resto de razas inferiores de todo el mundo crecían a ritmo exponencial mientras el ritmo de nacimientos de germano nórdicos puros disminuía. Calculaban que en 40 años en la misma Alemania, si no se hacía algo, habría el doble de seres racialmente indignos que de arios.
Como un sonámbulo, entré en la casa y bajé al sótano, donde nos impartían las clases en aquella época. Encontré una mesa, un viejo pupitre con mi nombre y el de Rolf tallados y le expliqué a Mengele:
—Incluso en las pruebas de matemáticas y de álgebra intentaban imbuirnos el amor a la raza, la guerra y todos los principios de la ideología nazi. Me acuerdo que nuestros problemas no hablaban de lo típico: de un hombre que está en una ciudad A y de su novia, que está en una ciudad B, y tienen que coger el tren para encontrarse en un punto X a calcular por los estudiantes según una velocidad dada de sus vehículos o de los trenes en los que viajan. En lugar de eso, nos hablaban de un avión de combate, de los kilómetros por hora con que circulaba por el aire y el tiempo que tardaría en lanzar sus bombas sobre determinado punto.
«Y no acababa la cosa ahí. Porque en física y química hablábamos de trayectorias de misiles, en ciencias sociales de cómo defendernos de un ataque con gases y cómo usar las máscaras para protegernos. Incluso en caligrafía las frases que repetíamos en nuestros cuadernillos decían “el líder de la gran Alemania debe ser: racialmente puro, magnífico, brillante estratega” y cosas por el estilo. Una y otra vez repetíamos aquellos ejercicios que no sólo nos enseñaban a escribir sino a convertirnos en patriotas.
Me volví hacia Joseph, que contemplaba el estallido de mis recuerdos con gesto de satisfacción.
—Me acuerdo que incluso nos quitaron un cuento que teníamos de la Cenicienta y nos dieron uno modificado —le revelé entonces—. Uno en que la historia era ligeramente distinta. La madrastra y los enanitos eran racialmente impuros, y el príncipe era un noble germánico que encontraba dormida, secuestrada por puercos no arios, a la mujer que le iba a dar a los retoños de sangre nórdica que necesitaba para su reino.
Mengele seguía en silencio, con las manos cruzadas sobre el vientre, mientras yo vagaba por el país de la retentiva, levantando maderas viejas en el sótano, buscando libros, otras mesas y pupitres: restos del pasado. Encontré ilustraciones de un libro sobre los vikingos, dibujos que ensalzaban la grandeza de aquellos nobles y racialmente puros luchadores del pasado. Encontré una biografía de Federico el Grande y otra del Barón rojo, el gran aviador alemán de la Primera Guerra Mundial.
—¡Ah! —exclamé entonces—, encontrando un volumen detrás de una estantería caída. La Cabaña del Tío Tom. Me quitaron este libro, uno de mis preferidos, porque iba en contra del pensamiento nacionalsocialista. Un niño blanco y un niño negro que son amigos. Un niño racialmente puro con un negro. Una barbaridad. Recuerdo que mi maestro me dio a cambio Robinson Crusoe. Aquello ya estaba mucho mejor, me aseguraron, se trataba de un héroe racialmente puro, de un hombre blanco que sobrevivía en las condiciones más terribles debido a la fuerza de su sangre perfecta.
«Una sangre perfecta como la mía —eso le confesé a Mengele. Y realmente lo pensaba. O quería pensarlo.
Mi rostro se ensombreció. El problema era que yo había llegado allí en 1922, siendo apenas un

recién nacido y aquellas clases habían durado hasta 1926 o 1927. Es decir, seis años antes de que los nazis alcanzaran el poder y la educación en Alemania comenzara a ver introducidos en sus planes de estudio todos aquellos principios nacionalsocialistas. Ahora todos los niños recibían unas clases similares a aquellas, pero a mí me sucedió mucho antes. ¿Por qué? Y, sobre todo, ¿cómo hicieron los nazis esto posible?

Continué mi examen de aquella estancia. En una pared había todavía colgado un mural racial. Se nos animaba a hacer un archivo de nuestra familia, con fotos y cualquier documento antiguo que sirviese de prueba de nuestra pureza de sangre y la antigüedad de nuestra estirpe. También teníamos que explicar las enfermedades que habían causado la muerte a nuestros ancestros y las enfermedades presentes en nuestra familia. Muchos niños en la Alemania de 1940 dejaban sin quererlo (engañados por sus maestros) pruebas de enfermedades crónicas o genéticas que los nazis despreciaban, como la la parálisis refractaria, la encefalitis o la enfermedad de Huntington. Más de un niño regresó a casa con su mural racial, muy contento, sin saber que las autoridades habían puesto a su familia en una lista y que muy pronto serían esterilizados y, en algún caso, hasta gaseados en la Action T4 del doctor Brandt (programas de eutanasia para la eliminación de enfermos mentales, retrasados o enfermos incurables). Los mataban en los llamados “Institutos del sueño”, de los que ya he hablado antes.

Uno de aquellos murales, precisamente aquel cuyos restos examinaba, causó la desgracia de uno de mis compañeros en aquella casa. Una historia terrible que, con el tiempo, vendría a mi encuentro y casi me costaría la vida. Poco podía imaginármelo entonces.

—Esta regla —expliqué entonces a mi mudo interlocutor, olvidándome del mural y cogiendo un trozo de madera que había en el suelo—. Es con la que nos medíamos el cráneo. Cálculo antropométrico le llamaban. Luego, el maestro, en base a nuestras medidas, nos clasificaba entre los diferentes tipos de grupos raciales puros alemanes.

Comencé a tocarme el rostro, a tientas en la semi oscuridad de aquel sótano. —Medidas bioculares —comencé a repetir, como un mantra—, medidas orbitales, medidas morfológicas, distancia de un lado a otro de la nariz y entre sus ventanas, distancia entre una comisura a otra de los labios, de la frente a la barbilla, de la barbilla a la nariz, del puente de la nariz a la frente.

Con todas aquellas medidas sobre un plano de nuestros rostros, y uniendo los puntos en base a complicadas fórmulas, decidían quiénes éramos.

—El que uno parezca ario no implica que lo sea —nos enseñaba el maestro—. Uno puede ser rubio y de ojos azules y las medidas revelar que es un perro eslavo con una vida sin ningún valor.

Y el maestro escupía en el suelo. Lebensunwerter Leben les llamaba: seres cuyas vidas no merecen ser vividas.

Por eso les asesinaban. Las medidas craneales, el cálculo antropométrico, les revelaba (según el enloquecido criterio de los antropólogos que habían ideado aquel sistema) si uno era racialmente digno. Si no lo eras o no encajabas en el rango establecido en esas mediciones para un germano nórdico, formabas parte de alguna raza inferior que debía forzosamente desaparecer del planeta como parte de la lucha por la supervivencia de nuestro pueblo.

Aquello fue lo que aprendí en aquel lugar. A odiar, a separar a los seres humanos por cuánto les mide una oreja o la distancia entre ambas.

¡Antropólogos y geógrafos nazis, genetistas de las SS, seguidores de la eugenesia! ¡Estáis todos locos! Eso debería haber gritado, pero en lugar de ello me quedé petrificado, preguntándome hasta

qué punto todo aquello tenía algún sentido.
Me habían criado en aquel estricto dogma racial y una parte de mí, una pequeña parte...
Lo creía. Como comenzaban a creerlo millones de niños alemanes.
Aunque en aquella época yo no tenía demasiado trato con los niños de cuatro o cinco años, conocía por amigos con hijos las generalidades de sus estudios y de cómo éstos habían ido evolucionando desde la llegada de los nazis al poder. El tipo de educación que Otto y Rolf Weilern habían recibido en su infancia, casi una década atras. Yo sabía que mi educación había sido diferente del resto de jóvenes de mi época, pero siempre lo había atribuido a mi tío Eicke, que me había traído desde siempre a profesores que comulgan con sus ideas ultranacionalistas.
Pero no. No era eso. Cuando había leído el informe Lebensborn y lo que se decía sobre los retoños arios, durante un momento, estuve a punto de recordar. Pero ahora, en aquella casa en Sankt Valentín, mi memoria se recobró por completo. Aquel no era mi hogar, allí no era donde me había criado, aquella no era mi escuela, el lugar donde había estudiado... Era otra cosa.
—Esto es un hogar Lebensborn. El primero que hubo en Alemania. El primer lugar donde el Estado se encargó de criar a los racialmente puros en los principios nacionalsocialistas.
Y entonces todas las piezas del puzzle encajaron. Varios niños, uno por cada subraza pura germano nórdica. Cada uno criado por los nazis como parte de un experimento, un ensayo del tipo de educación que iban a adoptar en el futuro las escuelas de todo el Reich cuando llegase Hitler al poder.
Yo era uno de esos "privilegiados" que llegaban a la edad adulta habiendo pasado todo su ciclo escolar instruidos en el nazismo. En la Alemania actual, algunos niños habían comenzado a estudiar en los principios nazis en el año 1934, con las primeras reformas educativas. Pero aquellos pequeños tenían en 1940 sobre ocho años y tardarían 10 al menos, hasta 1950, en llegar a la edad adulta, convertidos en la primera generación en la que podrían verse los efectos de la nueva educación nacionalsocialista. Pero Hitler no podía esperar tanto y dio orden en 1922 de crear al primer grupo de arios puros, perfectos, guiados desde la cuna en los valores raciales del nuevo Reich.
Yo era la prueba viviente de qué tipo de hombres surgían de esa educación.
—Nos consta —dijo entonces Mengele, hablando por fin —que cuando se educa a alguien en unos valores es muy habitual que durante la adolescencia, incluso en los primeros años en que el sujeto se hace hombre, se produzca un cierta inclinación por la rebeldía. Por eso tú tienes dudas acerca de la forma en que Heydrich utiliza las SS, de los crímenes de los Einsatzgruppen, que no son en verdad críemnes sino una forma forma práctica de limpieza de seres inferiores y de razas impuras como parte de nuestra lucha racial por la supervivencia. Pero el tiempo de la adolescencia y de los titubeos toca a su fin, Otto. Ya no puedes seguir jugando, seguir dudando otener relaciones con una mujer no aria. Es el momento de madurar.
Cuando Mengele pronunció la palabra "no aria" refiriéndose a Mildred, me di cuenta por fin que él estaba allí a mi lado por causa de mi tío Eicke. Sólo de labios del gran Theodor, el inspector general de todos los campos de concentración, había oído la palabra "no aria" para referirse a mi novia.
—Se espera mucho de ti, Otto —añadió entonces Mengele—. No puedes defraudar a nadie, no debes desilusionarnos. Está en tus genes ser un nazi perfecto porque nacistes en la subraza Hallstatt, eres un ario puro, y fuiste criado y educado para ello.
—Pensé que eras mi amigo, que estabas conmigo para ayudarme, no para decirme lo que debo ser,

como hacen los demás
Mengele se puso serio y hurgó en el bolsillo de su camisa
—Soy tu amigo y sólo puedes confiar en mí. —Y me alargó unas fotos de una mujer practicando sexo con un hombre extremadamente guapo. Acerqué la primera de ellas a mi cara, incrédulo.
Era Mildred en la cama con Schellenberg.
Sentí nauseas y arrojé las fotos al suelo.
—¿Cómo las has conseguido?
—Las conseguí y eso es lo que cuenta. Porque quiero ayudarte y que no cometas más errores de juicio. Sólo puedes confiar en gente como yo, en otro ario, en un igual. No en una mujer como esa. Ella te lleva por el mal camino. Y tu verdadero camino, no lo dudes, es el de la pureza racial.
Mildred y Schelenberg. Del jefe de contraespionaje de las SS, a aquellas alturas, me esperaba cualquier cosa, pero... ¿Mildred? ¿Por qué me había traicionado?
Quedé en estado de shock. Como un sonámbulo, escuché el parloteo distante de Mengele durante más de una hora. Seguía con todo eso de los arios puros, la sangre, la raza; mi destino, en suma. Parecía uno de aquellos profesores que yo había conocido siendo un niño en aquella casa Lebensborn. Todavía estaba bombardeando mi cerebro con consignas del partido cuando oímos un ruido en el jardín. Secretamente aliviado por la interrupción, ascendí desde el sótano seguido por Joseph. En la puerta de la casa estaba mi hermano, Rolf, con un hombre muy bajo vestido con un traje a rayas y una gorra.
—Quiero que arregles las tuberías de agua —estaba diciendo mi hermano en voz muy alta y hablando muy despacio para hacerse entender—. Agua, tuberías. En la cocina. Me han dicho que sabías hacer eso. En España... en España eras fontanero. —Mi hermano señaló en dirección a la cocina y entonces me vio.
—Tenía tantas ganas de verte —le susurré al oído, mientras nos fundíamos en un largo abrazo.
Rolf tenía los ojos brillantes mientras me repetía cuánto me había echado de menos. Aún estábamos abrazados cuando Mengele, caminando a su manera tranquila y parsimoniosa de costumbre, se llegó ante el español y le habló:
—¿Cómo te llamas, subhumano?
Mengele hablaba de forma elemental el español, lo cual, con el tiempo, acabaría siéndole de gran utilidad en la vida.
—Me llamo José, es decir, Joseph.
Joseph Mengele alzó una mano y le cruzó la cara de una bofetada que hizo que el español trastabillase. Luego de retroceder y rebotar con la puerta, tropezó en la jamba y cayó al suelo de rodillas. Mengele se acercó hasta él y le dio una segunda bofetada. Creo que le había ofendido que aquel ser, al que consideraba un medio hombre, se llamase igual que él, un ario de la mejor sangre.
—¿Qué haces? —le gritó Rolf, librándose de nuestro abrazo y acercándose para ayudar al español a levantarse. Pero José tenía miedo y se refugió en una esquina de la pared, acaso temiendo que Rolf, que era casi tan alto como yo (rondaría el metro noventa) le golpease también.
Pero Mengele no le contestó. En su lugar se volvió hacia mí y me dijo, con voz pausada:
—En primer lugar, este subhumano me ha mirado a los ojos —mintió—. Por eso le he dado una bofetada. Un inferior nunca debe mirar directamente a un ario. En segundo lugar, no ha añadido la coletilla “señor”. Debería haber dicho “Me llamo José, señor” o, mejor “soy una escoria izquierdista y subhumana al que llaman José, señor”. Eso hubiese sido lo más correcto.

Joseph dio otro paso en mi dirección y añadió:
—En tercer lugar: es tu turno, Otto.
—¿Mi turno?
—Sí. Tu turno. Eso no es un hombre, es un rojo, un apátrida, un español. Golpéale, demuestra de qué pasta estás hecho.
—Yo no voy...
—¿De qué demonios estáis hablando? —chilló entonces rolf.
—¡Callaos los dos!
Mengele, de pronto, había cambiado el tono de su voz para convertirla en aullido. Joseph se me enfrentó. Se acercó hasta mí hasta casi tocar su cabeza con mi barbilla (yo le pasaba quince centímetros al menos). Pero su gesto era tan brutal, su ira tan auténtica, que me asusté, retrocediendo sin apenas darme ni cuenta.
—¡Idiota desagradecido! ¿Acaso no has visto morir a nuestros camaradas en Polonia, en Narvik o en Francia? ¿No has visto a nuestros valerosos combatientes arios dar su vida, su sangre por el Führer? Te has convertido en un hombre. ¿Eres un hombre de verdad? —me cogió de un brazo y me llevó hasta la puerta, junto a la cual, con la espalda en la pared, estaba el español rojo.
—No puedo...
—¡Somos nosotros o ellos, Otto! ¡Estamos en una guerra perpetua de nuestra raza contra el mundo! Aunque no me diste detalles, me confesaste que en Francia mataste a un hombre. Lo hiciste por tu patria, porque tenías que sobrevivir para ser un hombre de provecho y no ibas a permitir que nadie acabase con el futuro de un nazi puro como tú.
Señaló al aterrorizado español.
—Esta es la misma guerra, amigo mío. José el español es una ignominia para la raza humana. Demuestrame que sabes que sólo es una cucaracha y tú eres un ario, un germano nórdico... el primero de los superhombres de Alemania.
Mengele gritaba:
—¡Hazlo, maldita sea! ¡Por el Fúhrer, que te ha entregado su amistad! ¡Por Heydrich, que vela por tu seguridad! ¡Por mí, que soy tu amigo y sé lo que te conviene! —De pronto, Mengele tuvo una idea. Su rostro se iluminó—: ¡Hazlo para demostrarle a Mildred, esa puerca “no aria”, que la desprecias, que odias haber metido tu pene germano nórdico en ese agujero de inmundicia traidor e infiel! ¡Hazlo para vengarte de ella! ¡Demuestra que eres un hombre!
Rolf, con la boca abierta, me vio levantar la pierna y asestar un golpe brutal en la boca de José con mis botas claveteadas. Le saltaron varios dientes y comenzó a huir a gatas hacia la calle.
Nada más hacerlo, sentí una oleada de vergüenza. Pero ya era tarde. Vi el rostro de mi hermano, y en él reflejados el miedo, la incredulidad más absoluta. Me volví hacia él. Pero Rolf me dio la espalda y salió a la calle a socorrer al español. Aquel muchacho era un alma sensible y buena, era una infamia que mi tío lo disfrazase con un uniforme de las SS.
Iba a salir tras él pero Mengele se interpuso en mi camino.
—Estoy muy orgulloso de tí, Otto Weilern —me felicitó, con lágrimas de emoción—. Por fin comienzas a parecerte a ese ario puro que todos esperamos que seas.

10

LOS AÑOS DE LA VICTORIA NAZI... TOCAN A SU FIN
(1 al 13 de agosto de 1940)

XXXI

Una mañana, Ernst Udet descubrió que era casi invisible.

Curiosamente, llegó a la conclusión de que se acercaba a la invisibilidad un día en que el Führer le invitó al Berghoff. Le resultó extraño, un mal chiste, que descubriese que era tan poco valioso para el mundo que rozaba lo invisible, lo transparente, la nada... precisamente cuando Adolf Hitler, el gobernante y gran canciller de media Europa, le invitaba a su residencia personal en los Alpes bávaros. Pero así es el mundo, un lugar donde las más hirientes ironías brotan por doquier.

Mientras se vestía, Ernst recordaba épocas pasadas, aquellas en las que, lejos de ser invisible, era un héroe, alguien famoso al que las masas y sus propios compañeros de armas reverenciaban. Aunque aún no eran las ocho de la mañana, ya estaba algo bebido y se había tomado varias anfetaminas. El país de los recuerdos que comenzó a visitar, le resultó aún más colorido de lo que fue en la vida real. Vio a un joven de 18 años, seguro de sí mismo comenzando su carrera en el ejército en la 26 división de infantería como motociclista de enlace. Su misión era entregar órdenes de un lado a otro del frente y su rostro juvenil transpiraba satisfacción mientras corría con su vehículo por los caminos de tierra, saltaba de trinchera en trinchera y vivía aventuras que hasta entonces sólo había imaginado en los libros. En una nueva ironía del destino, otro cabo de enlace hacía las mismas funciones en la otra punta del despliegue alemán, sirviendo en la 1º compañia del regimiento List. Su nombre: Adolf Hitler.

Pero Udet, que por entonces no conocía a Hitler y nada sabía de las ironías del destino, pronto no tuvo suficiente con aquellas primeras experiencias de combate y se presentó voluntario para el servicio en aviación del kaiser: el Cuerpo Aéreo del Imperio alemán. Le rechazaron, pero su determinación era tan grande que regresó a Munich, donde hacía tiempo que vivía su familia, y tomó clases privadas. Apenas un año después consiguió que lo aceptasen y al poco fue llevado al frente como observador avanzado en el 206 destacamento de artillería aérea. El cabo Ernst Udet consiguió la Cruz de hierro de segunda clase por su valor en combate y fue ascendido a sargento. Poco después se le dio su primer avión y aunque en su vuelo inaugural fue derribado, de nuevo su determinación fue demasiado grande. Esperó a que reparasen su nave y, de vuelta a los cielos más convencido que nunca de que triunfaría, comenzó su carrera como uno de los más grandes ases de la aviación alemana en la Primera Guerra Mundial.

—Tres años después —le explicó a su imagen reflejada en el espejo. Algo extraño para alguien invisible— el mismísimo Barón Rojo, el más famoso de los aviadores de la patria, me ofreció el mando del 11 escuadrón aéreo, una parte destacada de su unidad, la Jagdgeschwader 1, más conocida como el Circo Volante.

Fueron unos meses maravillosos. Sin embargo, la felicidad fue breve, porque su gran amigo Manfred von Richtoffen (el Barón rojo) murió en combate poco después y, tras un breve paréntesis de escasas semanas (en que su sustituto llegó y murió en accidente a los pocos días), se nombró un sustituto definitivo para aquella unidad, la más famosa de Alemania: un joven capitán llamado Hermann Goering.

—Allí empezaron mis problemas —dijo la imagen reflejada en el cristal—. Ojalá nunca hubiera conocido a gran Hermann… al hombre de hierro.

Udet término de vestirse y miró en dirección al lecho. Su última novia, Inge, dormía plácidamente y

no quiso despertarla. A su lado se desperezaba su perro, un bulldog al que había decidido no poner nombre y al que llamaba sencillamente “perro”.
—Adiós “perro” —le acarició el lomo lentamente y la piel del animal se erizó—. Eres un buen perro.
Todos los días le hacía al animal la misma broma, que sólo Udet entendía, pero de cualquier forma seguía haciéndole gracia. Bajó las escaleras de su apartamento con una sonrisa en los labios. Afuera le esperaba una limusina que le habían mandado del Berghof. El coronel general saludó al chofer, que resultó ser un tipo serio al que no conocía. A Udet no le gustaba tener conductores demasiado formales, tipos estirados que no le dieran conversación, que no se rieran de sus gracias. Cogió una petaca de brandy que llevaba en un bolsillo de la chaqueta y se bebió casi la mitad de un trago. La cerró y se recostó indolente en el asiento.
—No quieres hablar conmigo porque te das cuenta de que soy casi invisible, ¿no es verdad? —susurró de forma ininteligible mientras cerraba los ojos.
—¿Decía alguna cosa, coronel general? —inquirió el conductor.
—No, nada.
En su época de juventud, cuando aún no era invisible (o casi invisible), viajó por toda Alemania y por buena parte de Europa haciendo acrobacias, arriesgando la vida buscando siempre la pirueta imposible, el puente imposible de atravesar, el salto mortal imposible de superar. Cuando su avión estaba reparándose (cosa que sucedía a menudo porque tenía muchos accidentes debido a sus excesos) cogía una de sus motos, otra de sus aficiones, que no había abandonado de sus tiempos de motorista de enlace en la Gran Guerra de 1914. Entonces hacia las mismas locuras pero a dos ruedas, sobre la carretera, atravesando caminos, valles y hasta montañas, por lugares impracticables y arriesgando la vida, que es la única manera en que sabía vivirla.
También estuvo en Estados Unidos haciendo acrobacias, filmando documentales en África, viajando hasta el Serengeti y otros lugares realizando documentales para sí mismo o para terceros.
Entonces era un hombre, un ser completamente visible y, lo que es más importante, un hombre feliz.
—Pare aquí. Seguiré a pie —ordenó Udet al chofer nada más pasar el pueblo de Berchtesgaden y llegar a un boscoso desfiladero donde estaban las casas de Hitler y el resto de residentes, todos ellos selectos y de su círculo más íntimo, que le acompañaban en los alrededores. Aquella montaña, llamada Obersalzberg, era un lugar hermoso y el coronel general paseó sin prisas, con las manos a la espalda.
Pasó por el hotel restaurante Platter-Hof, un lujoso complejo que había sido ampliado para ser convertido en la pensión del pueblo, un lugar donde los alemanes medios podrían pasar la noche mientras aguardaban su turno para visitar al Führer. Pero el gran Adolf nunca tuvo tiempo para visitas y, finalmente, se convirtió en una zona frecuentada exclusivamente por altos mandos del partido, del ejército y de las SS.
Udet siguió avanzando, más allá de cafés y terrazas que formaban parte del complejo, hasta llegar al garage del restaurante, un edificio de tres plantas que el coronel general contempló lánguidamente mientras giraba hacia la izquierda. Pocos minutos después alcanzó los barracones de las SS.
Antes de ir más allá, se volvió hacia la gran montaña del Obersalzberg y sus viejas minas de sal, que habían horadado el macizo con sus galerías desde tiempos remotos. Le pareció en cualquier caso una visión hermosa.
En la caserna de las SS entregó sus credenciales y pudo continuar camino después de contemplar

muchos brazos en alto y “Heil Hitler”. Antes de la guerra, la última vez que había visitado el Berghoff, había como mucho un centenar de SS en aquellos barracones. Ahora había más del doble, tal vez el triple.

Mientras continuaba su paseo vio a la derecha la casa de Goering y más allá, en lontananza, la de Bormann. Entre una y otra se hallaba una granja-invernadero donde, aparte de proveer de leche y huevos al Berghoff, se plantaban los vegetales que consumía Hitler. Su edificio estrella era una estructura de cristal donde se criaban los mejores champiñones de la comarca, según se decía.

Hacía tiempo que Udet no se pasaba por la mansión de Hitler y tampoco tenía ganas de hacerlo. Últimamente estaba cansado, tal vez el primer síntoma de su invisibilidad, y no tenía ganas de relacionarse con los altos mandos del Reich. Intuía las miradas de soslayo, los gestos velados de desencanto. Los aviones de la Luftwaffe no estaban preparados para las misiones que se les iban a encomendar en el futuro, y Udet creía que los otros “olían” su fracaso exactamente igual que un perro huele el miedo. Ernst sabía que seguramente era su paranoia la que hablaba y que nadie ponía en duda ni la cantidad de aparatos que salían de las fábricas ni la calidad de los mismos (sus dos principales tareas). Pero si realmente era paranoia y todavía no le criticaban, pronto lo harían. De eso, estaba seguro.

Volvió la vista y siguió caminando de frente y luego giró bruscamente a la izquierda, hacia la entrada del Berghoff, donde pasó un nuevo control de las SS.

El resto de invitados ya había llegado. Sus coches y limusinas estaban aparcados a la entrada. Udet avanzó por el vestíbulo principal y contempló los tapices de las paredes con gesto aprobatorio. Le gustaba la belleza y aunque no tenía una gran cultura, sabía que todas aquellas obras de arte, muebles, cortinajes y lámparas, valían centenares de miles sino millones de reichmarks.

Le estaban esperando en el salón principal, donde los cuadros y el resto de obras de arte le pasaron desapercibidos. Sólo tuvo ojos para el gran ventanal (5 metros y medio por siete y medio) con sus maravillosas vistas al monte Untersberg.

—Oh, por fin llega el último de mis invitados —se congratuló Hitler, aplaudiendo al verle llegar por el vestíbulo.

No era una reunión demasiado nutrida. Sólo se encontraban allí 10 personas, que se habían separado en tres grupos. Por un lado, estaban el Führer, Goering y Kesselring, conversando junto a la chimenea, que ardía en chispas rojas y azules. A su izquierda, junto al ventanal, estaban sentados Heydrich, Morell y Schellenberg en animada coloquio. Al fondo, un poco preguntándose de que iba todo aquel asunto, estaban el resto de invitados: Rommel, Manstein y Doenitz. Tres grupos de tres personas cada uno. A Udet le pareció una hermosa simetría y hasta sintió lástima de tener que romperla al unirse a uno de los grupos. Finalmente, en tanto dos de los máximos líderes de la Luftwaffe estaba junto al Führer, decidió unirse a aquel corrillo, un poco por guardar las apariencias. Además, cuando entró en el gran salón, Hitler había tenido la deferencia de dirigirle la palabra, demostrando que aún no era completamente invisible. Al menos, eso esperaba. Sin embargo, cuando tomó asiento al lado de Kesselring, ni Goering ni Hitler parecieron advertirlo y continuaron con su conversación.

—Parece que ese Churchill sigue empecinado en proseguir con la guerra —decía en ese momento Hitler—. Las presiones sobre ese idiota engreído han sido enérgicas, me consta. Hay muchos parlamentarios británicos que estaban listos para el armisticio y amplios sectores de la opinión pública creían que continuar resistiendo enuna guerra perdida era sólo una forma de beneficiar a los

que se hacen ricos con la guerra: el capitalismo y los plutócratas. Pero los diarios y el resto de medios de comunicación han dado la vuelta a esa situación, poniéndola en nuestra contra. Han rechazado nuestras ofertas de paz por medio de un periodismo amarillo con titulares como “Hitler os pide que os pongáis de rodillas” o “Paz o de lo contrario os destruiremos: esas han sido las palabras del Führer”. Por otro lado, las mismas acciones de Churchill y de algunos miembros de su gobierno han dejado fuera de toda opción la paz, al menos a corto plazo.

—Tal vez todavía haya una oportunidad para llegar a un acuerdo… —Estaba diciendo en ese momento Goering, que nunca deseó tampoco un enfrentamiento con el Reino Unido.

—No, ahora es el momento de actuar. No haremos más ofertas de paz hasta que hayamos sembrado de bombas toda Inglaterra. Ahora conocerán el poder de la Luftwaffe y luego, sin duda, se avendrán a negociar.

Udet abrió la boca, sorprendido, y la bebida que un camarero le acababa de servir casi se le cayó de la mano al no encontrar su mandíbula. Ernst nunca había creído en una guerra contra Inglaterra. Pero, al contrario que Goering, no es que no la deseara, es que estaba completamente convencido de que no se produciría. Ni siquiera un bombardeo. La misma idea de realizar una gran ofensiva aérea contra los ingleses la consideraba un gigantesco error táctico y estratégico, aparte de que era consciente que los aviones que había ido diseñando en la última década no estaban preparados para un combate de esas características.

—Nunca creí que habría una guerra contra Inglaterra —balbuceó Udet, una frase que repetiría a menudo en presencia de testigos en los siguientes días. Pero los allí presentes no parecieron escucharle. Kesselring, en particular, que acababa de ser ascendido a mariscal de campo, le lanzó una mirada de soslayo antes de decir:

—El ejército y la marina están en contra de una acción decisiva contra los ingleses. Pero siempre podrá contar con los muchachos de la Luftwaffe.

Aunque Kesselring también estaba en contra de atacar Inglaterra, su forma de ser siempre positiva, sus ganas de agradar y el hecho de estar junto a su superior, el gran mariscal Goering, le hizo realizar aquella afirmación. En Dunkerke no había sido capaz de apoyar abiertamente delante de Himmler la suicida misión de obligar a rendirse a 300.000 ingleses. Pero la invasión de Inglaterra le resultaba seductora. En privado postulaba que era posible era posible un desembarco, siempre y que se contara con la adecuada planificación, se entrenara a amplios grupos de paracaidistas para lanzarse contra los radares costeros de los ingleses e inutilizándoles los ojos, de tal forma que no vieran a los aviones de la Luftwaffe. Así lo expresó en aquella conversación, pero Hitler le atajó:

—Quiero una ofensiva aérea terrible, constante, percutiendo como un martillo contra las ciudades y las posiciones costeras de los ingleses. Durante al menos un mes vamos a castigarles sin piedad. Y luego les obligaremos a pedir la paz.

—Pero si desgastamos nuestra Fuerza Aérea en un combate de ese tipo, luego no tendremos ni pilotos ni aviones suficientes para esos tres días de superioridad aérea que pide la marina a fin de desembarcar y comenzar la invasión...

Kesselring no término la frase al ver la sonrisa en el rostro de Hitler. Aquella mueca parecía decir “¿qué invasión?”. Entonces fue cuando Albert el sonriente Kesselring comprendió que el Führer jamás se había planteado invadir Inglaterra, sólo bombardearla y obligarla a rendirse.

Pero aquella opción aterrorizó a Udet. No sólo porque fuera un error: Inglaterra no se iba a rendir. No sólo porque a la Luftwaffe le faltaban bombarderos de larga distancia para poder atacar las zonas

elegidas y, además, le faltaban aviones de caza de escolta en condiciones (el ME 109, la niña de sus ojos, era un gran avión de ataque pero un más que mediocre avión de escolta de bombarderos). La razón principal de su terror fue que comprendió que, al no haber invasión, cuando aquella estupidez de atacar Inglaterra fracasase, todo el peso de la derrota caería sobre la fuerza aérea alemana. La Luftwaffe iba a combatir en solitario. De haber una invasión, el desastre se lo repartirían las fuerzas de desembarco de Raeder por un lado, los paracaidistas de Student por otro, los planes del alto mando del ejército de Keitel y, por último, la Luftwaffe. Pero si sólo había ofensiva aérea, estaba claro quien iba ser el culpable de la derrota: Goering. Y eso significaba que tan pronto se señalara hacia Goering, el hombre de hierro se volvería hacia él, para insultarle, para vejarle y para destruir por completo el último halo de visibilidad que le quedaba a su cuerpo.
Ernst dejó su vaso en una mesa y se levantó trastabillando como si estuviera borracho. Pero esta vez, tal vez la primera en mucho tiempo, no lo estaba. Al menos, no todavía.
—Si me perdonan.
Como un sonámbulo, fue caminando hacia la gran cristalera y contempló la grandeza del monte Untersberg, esa bestia helada de casi 2000 metros que brillaba en reflejos argentinos ante sus agotados ojos. Mientras lo contemplaba, en vano intentaba que su pulso y su respiración volviesen a la normalidad. Esta vez sí que no se salvaría. Esta vez todos los errores que había cometido saldrían a la luz de una vez y para siempre. Sería su ruina. Sería su funeral. Goering le echaría la culpa de todo, y lo que era peor, con razón.
A su lado, a no más de un par de metros, estaban sentados, sobre un sofá de tapicería verde, Schellenberg y Heydrich. El doctor Morell estaba en el mismo sillón pero algo más alejado, degustando una taza de un líquido humeante. En su nueva condición de hombre casi invisible, Udet advirtió que continuaban hablando como si él no estuviese allí.
—No quiero que en adelante tengas relación con Otto Weilern —decía en ese momento la araña Reinhard ensanchando su sonrisa torcida hasta límites casi inhumanos.
—Pero yo lo considero un amigo y…
—Tonterías. Es un crío y casi le doblas la edad. No podéis ser amigos. Y aunque los seais, creas que lo fuisteis o cualquier combinación de lo anterior... te lo prohibo. Es una orden. Todo este asunto está a partir de ahora en manos de Joseph Mengele. Y no se hable más.
Heydrich había sido tajante. El jefe de contraespionaje de las SS contempló un instante a su superior y pensó con cuidado lo que debía decir a continuación:
—De todas formas, me gustaría saber a qué viene tanto interés con ese muchacho. No te negaré que más de una vez he pensado en ello.
—A eso precisamente os ha traído el Führer hoy aquí —terció Morell —. Quiere hablaros de Otto Weilern, de la operación Klugheit y de alguna otra cosa más, aunque para eso aún quedan unos minutos. No puedo adelantaros nada, señor Schellenberg. Pero puedo aseguraros que encontraréis la disertación del Führer extremadamente ilustrativa. Os vais a sorprender con las revelaciones que en breve se os harán.
A Udet le habría gustado hablar en privado con Walther. Se habían llevado muy bien en los días en que el jefe de contraespionaje de las SS necesitó de sus servicios para sacar a Otto Weilern de Noruega. Habían viajado hasta Oslo y luego hasta Narvik, y de vuelta hasta Trondheim, última escala camino de Berlín. Habían volado, habían reído, habían bebido y Udet se había drogado con Pervitin. Por entonces, la Luftwaffe parecía invencible y el gran as de la aviación alemana, escondido en la

cabina de vuelo, volvía a ser ese tipo que maravilló a todos en la Primera Guerra Mundial. No se parecía en nada a aquel otro hombre, al burócrata, al inútil que sólo conseguía una producción ridícula de aviones que comenzaban a estar desfasados y no eran los necesarios para la siguiente fase de la guerra: el hombre que valía tan poco que se estaba volviendo invisible.

Ernst se miró la mano pensando que, en cualquier momento, se volvería translúcida. Pero aquello no sucedió y se preguntó hasta que punto toda aquella obsesión por la invisibilidad no sería fruto de las anfetaminas que se había tomado. Primero provocaban euforia, luego venía la depresión. Ahora estaba en la segunda fase. Tal vez y se tomase dos o tres de aquellos Pervitin...

Pero desechó la idea, no podía delante del Führer perder el control y mostrarse completamente drogado. Debía resistir, al menos mientras fuera visible. Si finalmente sus temores se confirmaban y desaparecía por completo, podría tomarse cuantas pastillas quisiera porque entonces nadie podría verle.

Incluso Udet se dio cuenta de que ese último pensamiento era bastante irracional y se alejó del gran ventanal y de la sombra monumental del monte Untersberg. Al lado contrario del gran salón, se encontraban esperando a que el Führer les llamase, Karl Doenitz, Erwin Rommel y Erich Manstein. Udet caminó en aquella dirección con la cabeza gacha, perdido en sus negros pensamientos de costumbre.

Tal vez para ellos era ya completamente invisible, porque estuvieron hablando de temas intrascendentes durante casi 20 minutos sin ni siquiera echarle una mirada al pobre coronel general. Este, de pie, delante de ellos, se contemplaba la mano derecha, intentando discernir si por fin había desaparecido de la vista de los mortales.

—¿Cómo va la lucha antisubmarina, vicealmirante? —preguntó en ese momento Rommel, acaso por educación.

Doenitz estaba precisamente inmerso en la primera fase de la batalla del Atlántico. Su misión era destruir en la medida de lo posible el comercio británico y, después de reparar en los astilleros sus U-boot tras la batalla de Noruega, luchaba en ese momento a brazo partido por destruir el tráfico marítimo inglés. Además, estaba trasladando toda la flota a las nuevas bases en el Atlántico que, gracias a la conquista de Francia, le iban a dar un radio muy superior a sus naves de combate. Estaba convencido de que los éxitos futuros de la Kriegsmarine iban a ser increíbles y le habría gustado dar largas explicaciones acerca del grado de efectividad de los submarinos, de sus nuevas ideas para atacar a los convoyes ahora que los ingleses trataban de cambiar las rutas para minimizar los hundimientos, o de cómo se estaban descifrando los mensajes del almirantazgo inglés. Esto en ocasiones provocaba que los alemanes supiesen con antelación el recorrido de las fuerzas británicas: un logro extraordinario. Podría haber hablado de cualquiera de esos temas, pero con su habitual estilo lacónico, de una parquedad de palabras casi obsesiva, repuso:

—Todo bien, gracias.

Manstein, recostado y con el codo apoyado en una barra lateral del sofá, tomó un sorbo de su copa. En los últimos meses las cosas habían mejorado para él. Se había olvidado, al menos hasta cierto punto, su desliz al hablar de su plan para atravesar las Ardenas con Hitler sin contar con sus superiores. Había incluso obtenido algunos mandos menores en el Caso Rojo. Mientras Rommel y el grueso del ejército avanzaba hacia el sur de Francia, a él le habían entregado la novena división Panzer y la segunda motorizada, en la retaguardia. Se le había colocado en aquella posición porque se pensaba que los franceses ya no estaban para montar contraofensivas y menos en una zona tan

lejana del frente, en el Somme inferior, pero lo cierto es que pudo combatir a los franceses y a los ingleses en Abbeville. En su sector, en contra de lo esparado por el alto mando, se organizó un importante ataque aliado. Finalmente, y a pesar de los esfuerzos de Von Brauchitsch por relegarle, el general de infantería Manstein tuvo la oportunidad de comandar una importante cantidad de tropas y de participar en la batalla de Francia con éxito. Incluso tuvo la suerte de asistir a la desintegración del ejército francés en el Loira, al tiempo que Von Kleist y Guderian alcanzaban París y la campaña tocaba a su fin.

Por todo ello estaba de muy buen humor y como tenía en alta estima a Rommel (no en vano había sido él quien había aconsejado a Otto Weilern que acudiese a su lado en la operación Klugheit) le preguntó:

—¿Y tú, Erwin, cuáles son tus planes? ¿Alguna misión en ciernes?

Rommel frunció los labios, como si reflexionase, antes de responder:

—Hace una semana te habría dicho que estaba, como todos, esperando a ver qué sucedía con Inglaterra. Mientras, contemplaba las unidades que son parcialmente desmovilizadas ahora que el Führer piensa que la guerra terrestre puede haber llegado a su fin. Pero el otro día Hitler me invitó a comer, precisamente aquí, en el Berghof, y me dijo algo curioso:

—¿Sí? ¿Algún ascenso?

Manstein sabía que Rommel no había recibido recompensa alguna luego de sus éxitos con la división fantasma en Francia. Hacia tiempo que esperaba ascender pese a que sus superiores le consideraban alguien incontrolable y no estaba demasiado bien visto, algo que compartía con el propio Manstein. Pero el asunto no tenía nada que ver con aquello.

—Lo cierto es que estuvimos hablando de Italia y de la próxima ofensiva en África que prepara Mussolini.

—Un asunto complicado.

—Y tanto. Ha habido rumores de que, más tarde o más temprano, tendríamos que intervenir para ayudar a los italianos cuando éstos, lo que según todos es inevitable, fracasen en sus ofensivas. Pero Hitler me dijo que no daría un reichmark ni mandaría un solo hombre al África italiana. Aunque luego añadió que, si el día llegaba en que tuviese que preocuparse por África, pensaría en mí. Por lo visto, cree que soy el hombre adecuado para una misión semejante.

—Pues ya puedes ir preparando ropa de verano. Porque los italianos atacarán en África y nos pedirán ayuda a los dos minutos —sentenció Manstein —. Panzer Armee Afrika Rommel. Suena bien.

—Yo preferiría DAK (Deutsches Afrikakorps) —repuso Rommel, y ambos brindaron mientras Doenitz meneaba la cabeza pensando en esos jóvenes que hablan por los codos y ríen por cualquier cosa.

Udet, una vez hubo comprobado que, a pesar de que su mano todavía no era translúcida, él probablemente era invisible a los demás, porque todos seguían sin hablarle y ni siquiera le consideraban digno de una mirada, abandonó el Gran Salón y comenzó a caminar por uno de los vestíbulos. Sin rumbo. Toda la colonia del Oberzalzberg era como un enorme queso gruyère. Estaba horadada por infinidad de túneles que comunicaban las diferentes instalaciones, barracones y dependencias. Udet descendió hacia uno cualquiera sin saber que era el que conectaba de forma directa la vivienda del Führer con la de Goering. Era el túnel más ancho de todas las instalaciones. Había varios apartamentos, agua corriente, luz eléctrica... y las estancias, sin ser tan maravillosas como la superiores, eran perfectamente decentes para vivir. Era el túnel principal, que había sido

pensado para el caso de que sufriesen un ataque aéreo devastador las casas de los principales mandatarios del Reich. Si eso pasaba, estos podrían refugiarse bajo tierra.
Udet entró en la primera habitación y se sentó sobre el lecho, mientras pensaba en la próxima batalla de Inglaterra y en su definitiva caida en desgracia.
—Perdone, señor. Ya me marcho.
El coronel general se hallaba tan embebido sus pensamientos que no había visto que una muchacha estaba fumando sentada en una silla. Tampoco había reparado en el perro que la compañaba. Éste, un terrier escocés de color negro, se acercó moviendo el rabo y Udet le acarició la cabeza.
—No hay nada que perdonar, señorita —repuso entonces Ernst, volviendo la cabeza hacia la muchacha—. Soy yo el que no ha prestado la debida atención cuando he entrado en esta estancia.
La muchacha se presentó y dijo llamarse Constanze Manziarly y ser la cocinera personal del Führer.
—A veces bajo aquí para estar sola un rato —se justificó la muchacha —. Hay siempre demasiada gente en el Berghof, y no sólo visitas como las de usted y los otros generales, está la ama de llaves, Margaret, otras cocineras, administrativos y soldados. Yo he sido la última en llegar y, bueno... apenas tengo amigos. Vaya, no sé por qué le explicó estas cosas.
Udet, que era un mujeriego acaso aún más empedernido que el propio Schellenberg, tomó la mano de la muchacha. Le encantaba el color de su pelo, tan pronto castaño como con hebras escarlatas, al compás del reflejo de la luz de una bombilla sobre sus cabezas.
—Entiendo perfectamente cómo te sientes. Es como si fueras invisible en medio de la gente.
—Sí, sí. ¡Es eso! Así me siento. Usted me entiende. Gracias, es muy amable escuchando a una mujer de pueblo como yo. Un hombre tan importante…
—¿Sabes quién soy?
—Claro, leo los periódicos. Usted es el gran aviador, Ernst Udet.
El coronel general sonrió. Ahora sabía que no había perdido del todo su humanidad, era todavía visible para algunos, para el pueblo llano, para la gente de verdad.
El terrier escocés, entonces, dándose cuenta de que nadie le hacía caso, lanzó un aullido lastimero y se tumbó de barriga en el suelo.
—Stasi, ¡qué goloso eres! —chilló Constanze y, sacando un trozo de salchicha de su bolsillo, se inclinó y lo puso en la boquita del animal.
Entonces añadió, volviéndose hacia Udet:
—No le diga a nadie que ha visto queel perro se tumba en el suelo para que yo le dé de comer. Eva Braun piensa que sólo lo hace con ella. Pero el perro no lo hace ni por mí ni por Eva, se tumba porque huele la salchicha que hay en mi bolsillo o en la mano de su ama. Se tumba por la salchicha. Ya sabe cómo son los animales. Pero seguro que Eva se enfadaría si supiera que lo hace conmigo porque cree que ella se lo ha enseñado y que sólo a ella obedece. Pero se pasa el día en las cocinas y siempre le estoy dando “gajitos”.
Constanze levantó una mano que guardaba otro trozo de embutido, esta vez salchichón, y Stasi mostró de nuevo su barriguita.
—Su pequeño secreto está a salvo conmigo, señorita —repuso galante Udet. El momento de la pasión había pasado. El coronel general suspiró. Le hubiese gustado tener tiempo para hacer el amor con aquella mujer. Le habría hecho sentirse vivo de nuevo, real. Como si aquel joven aviador resucitase de sus cenizas por un instante.
Pero Udet sabía que arriba no tardarían en echarle de menos. Besó a la muchacha en la mejilla y ésta

se ruborizó.
—Ha sido un placer conocerle, Herr Udet.
Cosntanze se excusó y se marchó con el terrier instantes después. Ernst la siguió a distancia escaleras arriba y, tras perderla de vista al final de un túnel, prosiguió su vagabundeo por los pasillos durante unos minutos.
Volviendo al Gran Salón se encontró con Hermann Goering. El Reichsmarschall estaba muy ufano, más gordo y sudoroso que nunca, exhibiendo una hoja de papel en la mano.
—¿Dónde demonios estabas, Ernst? Te están esperando ahí dentro.
Udet sonrió. Había recuperado del todo la visibilidad gracias a Constanze. De pronto, un pensamiento acudió a su mente. Hermann había dicho "están". ¿Acaso Goering no asistiría aquella reunión?
—Yo me marcho —le reveló en ese momento Goering, como respondiendo a una pregunta jamás pronunciada—. Ya tengo lo que quería. Pero tú, en cambio, te quedas para una charla privada con el Führer. Es sobre temas raciales y Otto Weilern, ese muchacho de las SS cuya carrera está siguiendo el Führer. Algo sin importancia.
Hermann Goering estaba convencido de que todo aquello en lo que él no estaba implicado era inevitablemente algo de escasa importancia. Los temas raciales y todo lo relacionado con las SS o las ideas eugenesicas, le parecían algo demasiado complejo. El era un hombre de realidades, no de conceptos.
—Nos vemos, Hermann.
—Claro. Pero antes de que me marche, le esto, Ernst. —Finalmente, le ofreció Goering a su subordinado la hoja de papel y éste la leyó.
—Está hecho sobre todo pensando en continuar con esa añagaza de León Marino y que los ingleses crean que los vamos a invadir, pero lo que importa es que ahora van a comenzar los ataques aéreos de verdad sobre las ciudades inglesas. ¡Los vamos a hacer picadillo! ¿No es cierto, Ernst? Picadillo, pero de verdad. Lo de Dunkerke no se repetirá porque confío en ti y en tus aviones plenamente. Va a ser algo glorioso.
Goering levantaba las cejas y daba saltitos mientras leía Udet, intentando transmitirle la emoción que sentía. Estaba tan agitado que no se dio cuenta de que el jefe de la oficina técnica de la Luftwaffe palidecía de terror a cada línea de su lectura.

EL FÜHRER Y SUPREMO COMANDANTE DE LA WEHRMACHT
(DIRECTIVA Nº. 17 PARA LA CONDUCCIÓN DE LA GUERRA)

En Berlín, a 1 de Agosto de 1940

Con la intención de establecer las condiciones necesarias para la conquista final de Inglaterra, he decidido intensificar la guerra aérea y naval contra su territorio. Por ello ordeno lo siguiente:

1. La Luftwaffe deberá enfrentar y derrotar a la Fuerza Aérea británica con todas las unidades bajo su mando y en el menor tiempo posible.
2. Tras conseguir la superioridad local o temporal se atacarán puertos y almacenes de suministros.
3. Por otro lado, los ataques aéreos contra los barcos enemigos y los mercantes pueden reducirse excepto en aquellos casos que presenten condiciones muy favorables, ya que estos ataques restan efectividad a las órdenes del párrafo dos.
4. La Luftwaffe debe estar también preparada para tomar parte en la operación León Marino.
5. Me reservo el derecho a realizar ataques de terror como medida de represalia.
6. La intensificación del ataque aéreo comenzará como muy pronto el 5 de agosto. Se elegirá la fecha cuando estén completados los preparativos y se haya previsto una mejora en el tiempo.

FIRMADO:



ADOLF HITLER

El tema de Inglaterra desapareció de pronto de todas las conversaciones. El resto de asuntos privados de cada uno de los allí reunidos, fueron igualmente olvidados. Se hizo el silencio, ese rumor sordo que precede a las grandes ocasiones, ese que tardamos un momento en descubrir que es el retumbar del propio corazón. Todos aguardaron, expectantes. Algo importante iba a suceder.
Y es que había llegado el momento de explicar el enigma en torno a Otto Weilern. **(Nota): Las ideas y pensamientos raciales, éticos y hasta filosóficos que expondrá Hitler a continuación, están tomados en su mayoría de fragmentos de algunos de sus escritos y de conversaciones privadas, citadas en diarios, autobiografías y diálogos transcritos con su círculo íntimo.**

Adolf Hitler avanzó lentamente hacia el centro del gran salón del Berghof. Mientras caminaba, su contorno se reflejó en el enorme cristal que mostraba lejanos picos nevados. Pasó junto a una gran estatua con un pedestal de mármol rojo y su sombra se alargó bajo la luz de los ricos candelabros y la gran chimenea, también de mármol rojo.
Todos los invitados comprendieron rápidamente que aquello no iba a ser una entrevista, un diálogo o un intercambio de opiniones. Estaban frente a uno de los famosos monólogos de Hitler. Pero todos conocían hasta qué punto el Führer disfrutaba del sonido de su propia voz y se aprestaron con la mejor de sus sonrisas a escucharle.
—Vengo a hablaros de Otto Weilern —comenzó Hitler su discurso con su voz clara y potente de costumbre—. Pero para hablaros de él, debo hablaros primero de Alemania y de su futuro. Un lugar, esa Alemania del porvenir, en el que yo no estaré.
Hitler dio un paso a su izquierda e hizo un gesto de asentimiento hacia el doctor Morell, que le devolvió el gesto.
—Señores, debo informarles que en breve fecha, y nunca más allá del año 1946, me retiraré de la política y dejaré en manos de mis sucesores el gobierno del reich.
Se produjo un murmullo entre los asistentes que el Führer acalló con un gesto de la mano.
—Tal vez me vaya a Linz, la ciudad que más amo en este mundo, y me retire junto a Eva Braun a vivir mis últimos años. —Un nuevo murmullo se apagó como por arte de magia luego de un giro brusco de la cabeza del canciller del Reich—. Aunque todos hacemos ver que no sabemos quién es Eva, de forma extraordinaria y a efectos únicamente de esta conversación, haremos como de verdad fuese un hecho público. Ella es, o lo será un día, mi esposa y, como les decía, en breve fecha me retiraré de la política a su lado. Pero ese no es el tema.
El Führer se aclaró la garganta.
—Inglaterra está vencida. Ellos no lo saben, pero cuando sufran el ataque fulgurante y devastador de los aviones de la Luftwaffe, su moral, resquebrajada por la vergonzosa derrota en Francia, se quebrará como un huevo. —Hitler aplastó un huevo imaginario haciendo chocar su puño contra la palma de la mano— Las masas se movilizarán y expulsarán a Churchill del 10 de Downing Street. Sí podéis creerlo: echarán a ese gordo a patadas del gobierno y la guerra de liberación alemana habrá

concluido.

Hitler seguía resistiéndose a llamar a la Segunda Guerra Mundial por su nombre y, en aquel momento, bien es verdad, tenía razones para hacerlo. Sólo quedaban dos contendientes en pie, el Reino Unido y Alemania. Llamar a eso una guerra mundial era francamente una exageración. Por eso todavía se aferraba Hitler a un disfraz como aquel de guerra de liberación alemana o guerra contra Inglaterra, como la llamaría en los siguientes meses.

—Mi tarea ha concluido o, cuando menos, está pronta a concluir. Me quedaré un tiempo más al frente de esta nave que es nuestra patria, pero no será demasiado. En los últimos años, he comenzado a transitar por la senda de un fuerte declive físico y sé, lo siento en mi corazón, que no me restan muchos años de vida. El doctor Morell, aquí presente —Hitler señaló en esta ocasión a su médico—, me está tratando y mi salud todavía es buena. Pero quiero dejar el país en la cumbre de mi propia obra, antes de que la enfermedad y la decrepitud mi alcance. Quiero ser como Sila, que alcanzó el poder en Roma y llegó a lo más alto, eliminando a todos sus rivales, logrando resonantes victorias en Oriente y reformando la constitución, para luego retirarse a plantar vides a su villa de la Campania.

«No sé si sabéis que Lucio Cornelio Sila padecía desde joven un cáncer que le fue minando lentamente la salud. Consciente de que no viviría mucho, tuvo prisa en alcanzar la gloria. Murió a los 51 años, según los cronistas. Precisamente la edad que tengo a día de hoy. Es un personaje en el que veo mi propia existencia reflejada.

Rommel intercambió una mirada con Manstein. Una mirada sorprendida por aquellas revelaciones pero, sobre todo, soprendida porque fueran ellos los destinatarios de una confesión semejante. A juicio de ambos, había muchas personas más cercanas a Hitler, al menos una treintena, que deberían ser los receptores de confidencias de tal calibre.

—Naturalmente —prosiguió Hitler—, tras de mí heredará el Reich Hermann Goering. Pero por diversas razones también será algo interino. Luego del Gran Mariscal llegarán los verdaderos sucesores.

El Fúhrer iba añadir alguna cosa más pero de pronto calló. Contempló uno a uno el rostro de los presentes y comprendió que no hacía falta añadir nada al respecto. Goering estaba enfermo del corazón, era un hombre obeso que comía una cantidad de carnes y de salsas enorme; además, se drogaba. Bien era posible que no llegase él mismo (pese a ser más joven que Hitler) mucho más allá del año 1946, y sería muy extraño que llegase a 1950. Tal vez por eso lo había elegido Hitler. Era un hombre que debía ser el trampolín para los líderes del mañana. Un hombre fiel al Führer y a su memoria, a ese hombre retirado en Linz como Sila se retiró a la Campania.

Por ello jamás Hitler utilizaba la palabra sucesor para referirse a Goering (ni a Rudolf Hess, el tercero en la línea sucesoria) y cuando hablaba del futuro del Reich decía siempre “sucesores”. Y esto era así no sólo porque se suponía que el Reich debía durar 1000 años, sino porque en esa lista de sucesores no contaba Goering, que de alguna forma tendría la misión de perpetuar, aún en vida de un Hitler desahuciado y moribundo, todo lo que Adolf había creado desde que alcanzó el poder en 1933.

El Führer, desde su retiro, pretendía vigilar, mientras le quedase un hálito de vida, la transición hacia el Reich de los mil años que comenzaría después de Goering.

—Encontrar un sucesor realmente a la altura de un gran hombre no es cosa fácil — continuó Hitler, en un tono más melancólico—. Recientemente ha fallecido Ítalo Balbo, que yo mismo pensaba sería quien iba a suceder al gran Mussolini, ese genio de raza alpina, al frente del nuevo imperio romano.

Pero la muerte le alcanzó de una forma absurda y arbitraria. No pudo ocupar el lugar que sin duda merecía en la historia. Este tema me lleva preocupando años, incluso antes de alcanzar notoriedad en el partido nazi. Siempre he sabido que yo cambiaría la historia de nuestra patria y, en fecha tan temprana como 1922, ya estaba preocupado por quién me sucedería. Por entonces ya sabía que estaba gravemente enfermo y que mi vida, como la de Sila, no sería larga. Debía darme prisa.

«Sin embargo, después de un hombre tan extraordinario como yo, ¿sería posible encontrar a quién pudiera llevar la bandera de Alemania con dignidad? ¿O conducir a ese Reich de los 1000 años con que yo soñaba a sus metas finales?

«Ahora sería largo de explicar cómo sucedió, cómo se encontró a los niños y de qué manera los educamos para llegar a este momento. Baste decir que, si algo he aportado al mundo y si de algo estoy satisfecho como Führer de esta nación, es de haber devuelto al centro del plano político la idea de que lo primero es la raza. Soy el primer constructor, el que ha colocado la piedra fundacional de una ciencia de la raza, de un mundo donde la superioridad de los arios va a ser por fin reconocida. Así, siguiendo a Deniker y a otros grandes antropólogos alemanes, fuimos buscando los grupos raciales superiores y, entre los caucásicos, elegimos la raza germano nórdica, y de ella separamos las siete subrazas, las más puras, las que tienen que liderar el mañana. Les hablo de la subrazas Corded, Danubiana, Hallstatt, Kéltica, Borreby, Brünn y Nórica. Se eligió a un niño de cada subraza y se les preparó para que alcanzasen la edad adulta en el momento en que comenzasen las gloriosas batallas en las que ahora estamos embarcados. Arios perfectos educados en los valores nacionalsocialistas y listos para ocupar su lugar en la cima de nuestra raza, lo más importante de este mundo.

Heydrich, sentado al lado del doctor Morell, asentía enérgicamente sin darse cuenta de los rostros del resto de invitados, demudados por gestos que iban desde la sorpresa a la estupefacción. La araña Reinhard veía su sueño un poco más cerca, su sueño de elevar al Olimpo a las razas germano nórdicas al tiempo que se eliminaba a las razas inferiores e indeseables.

—¿Qué quiero decir con que lo importante es la raza? Eso es evidente. Nuestra sangre alemana es un asunto racial nunca cultural. Me importa poco que un hombre rubio de ojos azules haya nacido en Alemania y hable nuestra lengua como un filólogo de pacotilla. Me importa poco que sea un hombre ilustrado, que le encanten como a mí las óperas de Wagner. Si tiene una parte de sangre eslava o judía o gitana, o si es homosexual... escupiré sobre él y sobre su descendencia. Porque si dejamos que un hombre así comparta esta sagrada nación con nosotros y se reproduzca, más tarde o más temprano saldrán a la luz esos genes infectos, y sus hijos serán unos narigones judíos, medio gitanos, medio polacos y homosexuales.

«El Volk, el pueblo alemán, debe mantenerse puro eliminando a los indeseables. Es la lucha por la supervivencia del más apto. Así es como han evolucionado las especies desde la noche de los tiempos.

Las ideas de Hitler, bien es verdad, se habían moderado con los años y el número de indeseables teóricamente destinados a ser eliminados había descendido. Poco a poco, influido por algunos colaboradores, que le señalaron que incluso en la raza alemana había un tanto por ciento de genes mediterráneos y de otras culturas próximas, había aceptado incluso examinar a los checos y otros grupos anexionados o conquistados, como los polacos, que en principio no formaban parte del área de influencia germano nórdica. Pensaba que una parte de aquella población era potencialmente aria o de “sangre similar”, término que incluso se utilizaba en documentos oficiales. Así, la palabra ario,

aunque sinónima de germano nórdico, había ido mudando más allá de la idea original (razas puras en Alemania, Noruega, Suecia, Dinamarca, Holanda y Reino Unido). Eso sí, los candidatos debían pasar la prueba de demostrar que no tenían genes contaminados en sus ancestros, elaborar árboles genealógicos detallados con foto si era posible, que sus medidas encajasen en los parámetros craneales arios y no poseer rasgos mongoloides, entre otras muchas premisas.

Como veía que su auditorio se estaba dispersando, habían vuelto a hablar entre ellos y estaba pasando de largo la cuestión de Otto Weilern, el Führer levantó una mano.

—Para no andarme con más rodeos —prosiguió—, les diré que la más pura de la subrazas germano nórdicas es la Hallstatt, un grupo genético maravilloso al que podemos encontrar ya desde la edad del hierro en Alemania y que, con el tiempo, se ha extendido a pequeñas zonas de Escandinavia, incluso hay algunos en Dinamarca y, que ironía, en Inglaterra.

Heydrich se quedó pensando que, cuando Inglaterra se rindiese, todos los británicos de raza pura germano nórdica serían traídos y reeducados en campos para servir en el Reich milenario. Con ellos repoblaría la nueva provincia alemana en terrotorios de la antigua Polonia, el Wartheland, donde ya se estaba enviando alemanes étnicos de varios puntos del Reich. Por un momento se distrajo de lo que estaba diciendo Hitler y casi se pierde el momento en que éste soltó la bomba, la revelación que todos estaban esperando:

—Otto Weilern, por supuesto, es de la subraza Hallstatt, y por ello dispuse hace ya años que, luego de su conveniente formación, sea el primero de los sucesores de raza pura que han de gobernar el Reich de los 1000 años tras de mí y Goering.

De pronto, el gran salón del Berghof estaba en silencio. No se oía ni el aleteo de una mosca, ni el rumor de los corazones de los presentes. Parecía que aquellos corazones, o que el mismo tiempo, se hubiera detenido. Udet que, mientras Hitler hablaba interminablemente se había bebido dos vasos de refresco (no se podía beber alcohol en presencia del Führer), de pronto se sintió mareado y dejó su vaso sobre una mesa. Kesselring tenía el gesto congelado en una de sus sonrisas, como si aquello no estuviese sucediendo y aquella conversación versara de temas corrientes como el combustible de los aviones o los días de permiso de los muchachos de su flota aérea. Doenitz tenía los ojos bajos y miraba el enlosado, probablemente pensando sus submarinos, completamente ajeno a la conversación, al menos en apariencia. Manstein y Rommel estaban tan boquiabiertos o más que Udet y se miraron de nuevo entre sí, sin dar crédito a lo que estaban oyendo. Sólo Heydrich y Morell, que conocían el asunto de antemano, estaban eufóricos y respiraban agitadamente, como si estuviera a punto a ponerse a aplaudir.

Schellenberg, por su parte, estaba pálido como un muerto.

—Yo creo firmemente en la guerra perpetua —dijo entonces Hitler, al que le gustaban las pausas trágicas pero que pensaba que aquella ya había durado demasiado—. Quiero que haya siempre enemigos a los que eliminar en los territorios ocupados en el este, terroristas, partisanos o, si estos se rinden, nuevas guerras con nuevos países en el futuro. Sólo pararemos con la completa dominación del mundo. Ese estado de guerra perpetua evita que los jóvenes caigan en la autocomplacencia y hará que mis sucesores del futuro tampoco caigan en ella. Por eso, Otto Weilern, el primero de ellos, ha sido enviado a aprender con los mejores soldados del Reich, con vosotros.

“Del vicealmirante Doenitz aprenderá todo lo relacionado con la marina de guerra alemana y, en particular, de los submarinos, el arma decisiva que estrangulará el comercio inglés y nos dará la victoria en esta primera guerra alemana camino de la conquista del mundo. Doenitz pareció despertar

de un sueño y se quedó mirando al Führer un instante. Luego volvió a bajar la cabeza y a mirar el enlosado.

—Manstein es el genio estratégico más grande de nuestra generación —Hitler guiñó un ojo al general y prosiguió—: No es el momento de ser modesto, Erich. A tu lado aprenderá todo lo relacionado con la historia de la guerra, con Federico el grande, con la batalla de Cannas, con los fundamentos de la futura conquista del Lebensraum, de la búsqueda del espacio vital para la expansión de nuestra raza. A tu lado descubrirá como el general romano Flavio Aecio derrotó al mismísimo Atila el huno y a sus hordas de eslavos inferiores en la batalla de los campos Catalaunicos. Así sabrá apreciar mi propia victoria en el este, que tendrá lugar en breve fecha.

Hitler se estaba refiriendo a la invasión de Rusia, a su expansión soñada en el este, ya que en muy poco tiempo tenía pensado atacar a la URSS. Pero en aquel momento todo el mundo estaba tan sobrepasado por sus revelaciones que nadie supo atar cabos y ver una referencia a un inminente ataque a la Unión Soviética en su referencia a aquella batalla que le obsesionaba: la de los campos Catalaunicos.

—Rommel es un hombre inspirado, pero con otro tipo de inspiración. No estratégica, no es la mente capaz de diseñar toda una campaña. Pero si le das unos miles de hombres y unos centenares de tanques, llegará a donde nadie más puede llegar, porque así como Manstein es el gran pensador a nivel global, Rommel lo es a nivel táctico, siempre con los pies en el suelo, y siempre tomando las decisiones más adecuadas y brillantes. Tú enseñarás a Otto Weilern que la guerra se gana desde abajo, pequeñas victorias que luego se hacen gigantescas a lo largo de la línea del frente.

«Por último, está Kesselring. El recién nombrado mariscal es un hombre diferente a los anteriores. No destaca de forma excepcional en nada pero es notabilísimo en todo. Es un hábil organizador, un gran táctico, un buen aviador, e incluso sería capaz, estoy seguro, de conducir tropas de tierra a nivel estratégico si se lo pidiera, y tal vez un día lo haga. La Luftwaffe es un arma compleja que precisa de tocar muchas teclas, de tener conocimientos de muchas áreas de estudio: física, química, ingeniería... Por eso decidí que fueras tú, el más ecléctico y multidisciplinar de todos, el que enseñará a Otto los entresijos de la misma.

—Gracias, gracias… —balbució Kesselring. Hasta el momento era el único que había hablado y probablemente había sido por error, superado como todos por los acontecimientos.

Hitler, como siempre que estaba en medio de un discurso, no le hizo ni caso. Por el contrario, le dio la espalda y añadió:

—Inicialmente esos eran los cuatro hombres que había dispuesto que adiestraran a Otto para ser el Führer del mañana: Karl Doenitz, Erich Manstein, Erwin Rommel y Albert Kesselring. Pero por el camino aparecieron dos profesores, llamémosles así, “voluntarios”. El gran as del aire, Ernst Udet, y el jefe de contraespionaje de las SS, Walther Schellenberg.

Hitler se acercó a Schellenberg y le dio las gracias por haber enseñado a Otto el funcionamiento de los servicios de espionaje, especialmente en la operación de Venlo.

—Sin embargo, a partir de ahora, vuestra colaboración, voluntaria o no, ya no será requerida —Hitler hablaba mirando a Schellenberg pero dando la espalda a Udet, que estaba sentado junto a Kesselring casi al lado contrario de la estancia—. Quiero que Otto Weilern se centre en su crecimiento personal y que Reinhard Heydrich, aquí presente, se encargue de cualquier otra necesidad de información o de desarrollo emocional que tenga el muchacho. Reinhard decidirá en adelante qué otros profesores necesita en su crecimiento.

«Porque estamos escribiendo el primer párrafo de la historia de la Alemania futura y la de su raza. No podemos cometer errores. Buscaremos a los racialmente más dignos, a los miembros de las siete subrazas en todas las partes del mundo, no importa donde hayan nacido. Lo que cuenta es el concepto de camarada racial o Volksgenosse, de aquel que tiene los genes y la sangre adecuada para formar parte del Reich milenario, da igual donde haya nacido. Crearemos a mi imagen a los Otto Weilern del mañana y a través de ellos una legión invencible de cancilleres, de gauleiters, de mariscales de campo, de jefes del partido. Aquí, en Alemania, ya lo estamos haciendo en las juventudes hitlerianas.

«Yo voy a convertir a todos los hombres racialmente puros en jóvenes hitlerianos en 10 años. Así, tal vez en 20, tendremos ya bastantes camaradas de sangre pura para poblar desde Berlín a Siberia, desde Berlín a París, a Londres o a El Cairo. En 30 o 40 años ya no habrá franceses, ni norte africanos... sólo germano nórdicos, arios de la mejor estirpe. Y llegará el día en que dispondremos de hombres suficientes para conducir a un futuro glorioso al resto de la humanidad, quién sabe, Sudamérica, los Estados Unidos. ¡No hay límites para mi sueño mientras podamos seguir produciendo arios perfectos!

El Führer acabó la frase con el puño en alto. No pudiendo soportar más la emoción, Reinhard Heydrich se puso en pie y comenzó a aplaudir a Hitler como poseído por los mismos demonios que a veces dominaban la mente del dictador. Precisamente, el Führer había vuelto a empeorar y por eso había decidido dar un nuevo empujón al asunto Weilern. Desde el principio, desde que organizó la operación Klugheit, sabía que no se trataba sólo de mandarlo a los diferentes frentes de guerra para que le informase de lo que sucedía. La primera vez que pensó en ello decidió que era una buena idea, pero no tardó en darse cuenta de que, secretamente, su yo interior, acaso los propios demonios, lo que quería era comenzar a formar al líder del mañana, al primero de sus sucesores. Era cierto que, por mucho que insistiera en velar por su seguridad, estando en zona de combate, le ponía en peligro en cada campaña de la guerra, pero también era verdad que el muchacho estaba evolucionando a gran velocidad a ese hacia ese nazi puro, ese nazi perfecto que debía ser. Y para que evolucionase había que correr riesgos. Por otro lado si, por cualquier causa, Otto fallecía, quedaban el resto de niños Lebensborn de 1922, entre los que elegiría al siguiente sucesor.

Aunque estaba convencido de que eso no haría falta. Otto era su hombre.

Heydrich lee había presentado aquel mismo día nuevos informes acerca de sus progresos y Otto le había pedido permiso para pasar unas semanas en el campo de concentración de Mauthausen.

El Führer ya lo había notado cambiado en Francia, más entero, más hombre. En definitiva: más ario.

Mientras Hitler avanzaba hacia la gran cristalera que dominaba la estancia y miraba la montaña Untersberg, con el puño aún levantado, repitiendo en voz baja sus últimas dos palabras (“arios perfectos”) oyó que el resto de invitados se sumaban a los aplausos. No se percató, por supuesto, que lo hacían por obligación, algo acobardados porque Heydrich y poco después Morell hubieran comenzando a hacerlo, y a rabiar, en solitario. Hitler sólo oía los aplausos mientras, henchido de orgullo, miraba hacia las montañas. Se dio cuenta hasta qué punto era diferente a su padre. Alois le había golpeado desde niño tratando de moldear al artista que Hitler llevaba dentro. Adolf, por el contrario estaba moldeando a Otto sin violencia física, llevándole de la mano hace un futuro maravilloso. Otto no podía imaginar que al final del camino estaba convertirse, como él, en dictador de Alemania.

Sin embargo, hay muchos tipos de violencia. Hitler no se daba cuenta de que aunque nadie golpeaba a Otto Weilern, las continuas manipulaciones y engaños a los que se veía sometido eran una forma de

violencia e incluso de tortura psicológica. Se le había apartado de su familia, se le había educado aislado del mundo y si le quería adoctrinar para convertirse en el primer superhombre y canciller del nuevo y brillante Reich que emergiría tras la alargada sombra de Hitler.

De alguna forma retorcida y perversa, Otto Weilern también era un niño maltratado. Schellenberg, que abría y cerraba las manos, aunque sin llegar a tocar las palmas, lo comprendió de inmediato.

Sintió lástima por Otto, que estaba condenado a un destino terrible. Todo el mundo esperaba tanto de él que, inevitablemente, acabaría defraudando a Hitler, a Heydrich, a Morell, a Himmler y quién sabe a cuántos genetistas de las SS, antropólogos nazis y especialistas en la raza aria.

Y defraudar a aquella caterva de enajenados era algo que Schellenberg no le deseaba ni al peor de sus enemigos.

MOMENTOS DECISIVOS DE LA HISTORIA

CONFIDENCIAL

<u>SUCESO: LAS RAZAS HUMANAS Y EL NAZISMO</u>

Los nazis, en efecto, creían en la subdivisión antropológica segregacionista y prejuiciosa (aún parcialmente en boga en muchos países) que separa a los Caucásicos del resto de la raza blanca. Se trata de una división contraria a la genética y que se basa pues no en el genotipo sino en el fenotipo: organizar a los individuos por su conducta o rasgos sin tener en cuenta a la ciencia.

Dentro del grupo caucásico había para los nazis al menos tres subramas: La Alpina, la Mediterránea y la más importante, la germano nórdica, que es en esencia a lo que se referían con el nombre de raza aria. Este era otro error o, más exactamente, otra de las invenciones de los antropólogos nazis, que postulaban que los arios habían venido en tiempos remotos desde la India como parte dominante del substrato indoeuropeo y conquistado occidente, convirtiéndose en la base genética de los germano nórdicos y, en general, de todos los caucásicos. También creían que la Hallstat era la subraza nórdica más pura, a la que pertenece Otto Weilern en esta novela.

<u>CONSECUENCIAS: OTTO WEILERN</u>

A través de las andanzas del teniente Weilern, aparte de conocer las diferentes batallas de la guerra mundial, podremos ir desvelando progresivamente las ideas raciales nazis, harto complejas de entender por la forma superficial en que siempre se aborda este tema, por lo que a menudo han sido malentendidas incluso por los defensores de la supremacía blanca.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)
[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

He de ser sincero. Mientras recogía mis cosas de la casa de Mildred no me sentía triste. Tal vez, muy al contrario, me sentía excitado, como cuando estamos a punto de comenzar una gran tarea, algo que llevábamos mucho tiempo aguardando. Era una sensación similar a la primera vez que me subí a un submarino o cuando entré en el Panzer III de mando de Erwin Rommel.
Tal vez, y en secreto, me dominaba la rabia. Era mi imaginación que bullía mostrándome imágenes de Mildred haciendo el amor en la cama junto a mi "amigo" Walther Schellenberg. Quizás el final de un camino se parezca tanto al principio que ambos se tocan y las emociones se asemejan hasta el punto que resultan indistinguibles. Mi relación con mi novia se acababa y yo me marchaba al campo de Mauthausen con otros camaradas arios como yo, amigos que me ayudarían a olvidarla.
Otra vuelta de tuerca a mi existencia.
Sea como fuere, mientras saqueaba mi cómoda, cogía a puñados mis calcetines y mi ropa interior de un manotazo, abría y cerraba cajones con estrépito y hacía un rápido inventario de las cuatro cosas que tenía en aquella casa... estaba feliz. Casi eufórico.
—Escucha este anuncio, Otto —Mengele, desde el salón, donde estaba leyendo el periódico, me gritó—: Veterano de la Gran Guerra de 1914, condecorado con la Cruz de hierro, ario puro, busca cónyuge de raza germano nórdica para procrear y fundar una familia. Dispongo de buena posición económica y rentas. Abstenerse mujeres de aspecto eslavo o no alemán, sea cual sea su pasaporte racial y orígenes; abstenerse también aquellas con cualquier tara física, aunque sea mínima.
Joseph se echó a reír mientras yo continuaba, sin decir nada, la búsqueda de mis pertenencias.
—¿Lo ves, Otto? Hasta a los anuncios de contactos han llegado los ideales eugenésicos de nuestro Führer. Los buenos ciudadanos del Reich quieren tener hijos de la mejor sangre, retoños racialmente puros, porque saben que estamos en la última fase de la construcción de nuestro pueblo.
Aquel era otro de los axiomas raciales nacionalsocialistas. La Volkwerdung o "construcción del pueblo". Se refería a que, una vez eliminados los elementos contrarios a nuestra raza, judíos, asociales, izquierdistas, etcétera, quedaríamos sólo nosotros, los buenos camaradas raciales arios. Este proceso camino de la pureza era la Volkwerdung. Era también un término asociado a los campos de concentración. Ya que en tanto la misión primordial de un Lager era reeducar, los alemanes de buena raza que acabaran en un campo por desviaciones morales, sexuales o por tener ideas de izquierda, serían poco poco llevados por la buena senda de la camaradería racial. Tras su estancia serían devueltos finalmente a la libertad como ciudadanos dignos, dispuestos a colaborar en esa "construcción del pueblo" o Volkwerdung que estábamos buscando.
Y es que mi amigo era un enamorado de todo lo relacionado con los campos de concentración y, estoy seguro de que, de no haber deseado todavía con más fuerza combatir en primera línea en las SS, se habría embarcado de forma inmediata en un Lager como médico. Aquel, de todas formas, era su destino, y finalmente nadie recordaría su trabajo como sanitario en el frente ni sus condecoraciones, sólo su estancia y sus experimentos en el campo de concentración de Auschwitz.
Pero aquel momento quedaba lejos, en el futuro de Joseph Mengele, que reía a carcajadas mientras

me leía otros nuevos anuncios maritales en el salón de casa de Mildred Gillars. Joseph creía que era un buen hombre que estaba ayudando a su amigo Otto a volver al camino recto de la camaradería racial y el nazismo, al tiempo que se congratulaba de su próxima estancia en primera línea de combate. Yo no lo sabía, pero mi tío, Theodor Eicke (en agradecimiento a sus servicios), ya lo había dispuesto todo para mandarlo a Kassel para hacer la instrucción en un regimiento de montaña. Paso previo para entrar en la Quinta División SS Viking.

—Ya está —le comenté a Mengele. Llegué al salón llevando en mi mano derecha una maleta diminuta. No eran demasiadas las cosas que tenía en aquella casa y lo sabía de antemano. Había tardado como mucho quince minutos. Supongo que esperaba no encontrarme con Mildred. No tenía ganas de hablar y, aún menos, de discutir.

Pero no tuve esa suerte. Precisamente en ese momento se abrió la puerta y Mildred entró despreocupada. Llevaba del brazo una caja de sombreros que seguramente se acababa de comprar con su último sueldo.

Una cosa es que no quisiera discutir y otra que, nada más verla, no me hirviera la sangre.

—Vaya, veo que prosperamos, zorra —le espeté, antes de que ella pudiera ni tan siquiera darse cuenta de que había alguien en la casa.

La caja cayó al suelo y un sombrero de ala ancha, una pamela rosa, rodó hasta mis pies. Levanté la bota y lo aplasté. Mildred, aturdida, me miró a mí y luego a Mengele intentando absorber todo aquel caudal de información, aquella bofetada que le daba la realidad. Por un lado, me había encontrado en la casa junto a Joseph; por otro, acababa de oír que la llamaba "zorra" y, por último, su novio le acababa de destrozar un sombrero de 200 reichmarks.

—Pero, pero… ¿qué sucede, Otto? ¿Por qué…?

—Con su permiso, señorita Gillars, yo esperaré fuera —terció Mengele, que se dio cuenta, con buen criterio, que allí nadie necesitaba su presencia.

Mi amigo caminó unos pasos y cerró la puerta tras él. Mildred seguía mirando su sombrero con los ojos muy abiertos.

—He recogido todas las cosas que tenías en mi piso y las he dejado sobre la mesa. Allí tienes también mi copia de las llaves esta casa —le informé con una voz fría y grave—. Y un último regalo: unas fotos artísticas muy bonitas que alguien tomó desde la ventana de enfrente. Señalé hacia la calle —. En ellas podrás verte follando con Walther. Por lo visto, lo pasásteis muy bien. Me alegro de verdad.

—¿Wal...? ¿Wal..? —De pronto pareció comprender— ¿Schellenberg?

—Por supuesto que Schellenberg. ¿Te acuestas con más de un Walther? Debería haberlo supuesto en una zorra como tú. Perdona por no haber sido más concreto en mi descripción de los hechos.

Mildred me oyó llamarla por segunda vez zorra y una lágrima resbaló por su ojo derecho.

—No, no es lo que piensas…

—¿No has estado follando durante meses con Schellenberg?

Me dolía verla llorar pero seguí plantado, muy firme, con la maleta en la mano. Ella abrió la boca, la cerró. Volvió a abrirla y a cerrarla antes de decir:

—No he estado... Bueno, sí. Pero no es lo que piensas. Él no cuenta. Es una locura, una forma de pasarlo bien. Pero a ti te quiero, eres lo más impartante para mí, como si fueras… un hijo. —Aquella última afirmación sorprendió a la propia Mildred, que se tapó la boca con gesto de sorpresa.

—Ahora lo entiendo todo — declaré, mientras me echaba a reír—. Me ves como un hijo y por eso

eres mi novia. Yo no soy muy bueno con las teorías del doctor Freud y todo eso del complejo de Edipo y de Elektra. Pero estoy seguro de que, de seguir vivo, estaría encantado de que fueras su paciente.
De pronto, me sentí cansado de aquella conversación y, tras dar una última patada a la pamela rosa, me encaminé resueltamente hacia la salida de aquella casa. Me estaba asfixiando.
Mildred trató de cogerme de un brazo. Me zafé y di un salto hacia atrás, como si fuese un demonio y su tacto quemase.
—Otto, sabes perfectamente a qué me refería, aunque lo haya expresado mal. Me gusta protegerte y ayudarte y enseñarte y estar a tu lado. Daría todo por ti. Por eso me arriesgué y contacté con el almirante Canaris y...
Me volví. Mildred había bajado la cabeza. Dos indiscreciones seguidas eran demasiado incluso para ella. Lo cierto es que había doblado turno en la radio y, luego del programa de variedades en el que trabajaba, había grabado con antelación tres episodios de su radionovela. Apenas había dormido en los últimos tres días entre el trabajo y un par de fiestas a las que había visto obligada a acudir. Precisamente se había comprado aquel sombrero tan caro para "darse un caprichito" después de aquellas jornadas tan duras. Pero lo cierto es que su capacidad para razonar, debido al cansancio, no estaba en su mejor momento.
—¿También te acuestas con Canaris? —inquirí, sorprendido a mi pesar. Podía entender que Mildred se sintiese atraída por Schellenberg. Al fin y al cabo, todas las mujeres se sentían atraídas por él. Pero el almirante era un hombre feo, viejo y más estirado que el palo de una bandera. No me pareció para nada el tipo de Mildred.
—Claro que no me acostaba con él, Otto —Mildred se acercó a mí y trato de acariciarme el rostro pero yo la empujé hacia atrás. No volvió a intentar acercarse y se lo agradecí. No sé si en aquel momento la habría abofeteado—. Sabía por Schellenberg que un asesino te estaba persiguiendo. Quería protegerte.
—Te acostaste con él a cambio de que no me matasen. ¿Es eso?
—¡No! Ya te he dicho que con el almirante no he tenido ese tipo de relaciones. En realidad sólo le he visto una vez y nuestro trato era de otro tipo.
Mildred se tapó la boca con las manos, como si quisiese cerrarla para siempre. Se había dado cuenta de que de nuevo había hablado más de la cuenta.
—Y si querías protegerme y le pediste ayuda, y no le pagaste con sexo, ¿qué trato hicisteis?
Mildred ni siquiera movió los labios al principio. Me di cuenta de que tenía miedo de volver a meter la pata. Aún así trato de decir algo y tartamudeó:
—Yo… quería que… Que no… Que tú…
¿Cómo explicarme que estaba intentando que no cayese en la red que me estaban tendiendo gente como Mengele o mi tío Eicke o la araña Heydrich o el propio Führer, para convertirme en un fanático nazi y en un ario perfecto? ¿Cómo explicarme qué para evitar aquella manipulación ella había intentado también manipularme y, por lo tanto, engañarme? ¿Cómo decirme que se acostaba con otro hombre y al mismo tiempo me manipulaba y que lo hacía todo por amor? Schellenberg le gustaba como hombre y yo para ella era, como bien había dicho, casi como un hijo: ese hijo que, con 40 años cumplidos, ya nunca tendría. A veces, la verdad es tan compleja que no puede expresarse con palabras. Eso fue lo que le pasó a Mildred, que se limitó a encogerse de hombros.
—Ya veo —gruñí, intuyendo una pequeña parte de la verdad—. Me vigilabas para él, informabas de

lo que yo hacía, de lo que yo pensaba. Pero sabes, no té necesitaba para nada porque yo solo ajusté cuentas con ese almirante engreido. Me traicionaste por nada, zorra.
Mildred no dijo nada. Ahora las lágrimas rodaban por sus mejillas. Cuando ya tenía la mano en el picaporte de la puerta me susurró:
—Te amo.
Solté una carcajada. Antes de cerrar la puerta le dije:
—Una “no-aria” como tú no sabe lo que es amar. —Iba a marcharme pero entonces añadí—: Dale recuerdos de mi parte a Schellenberg y al almirante Canaris. Diles que no los voy a echar de menos.
Mengele y yo partimos hacia Austria, al Lager de Mauthausen, aquella misma noche.

Llegué al campo de concentración de madrugada. Siempre que pienso en Mauthausen me viene a la memoria aquella última noche de mi viaje, acompañado de Joseph Mengele. Poco podía imaginar que aquel hombre entusiasta y vital, un día sería un monstruo tan espantoso como el mismo Heydrich. Un monstruo que vagaría en un tiempo no muy lejano, como enloquecido, por salas repletas de microscopios y cobayas humanas buscando la reproducción de la raza aria más pura.

El pensamiento de Mengele, con los años, degeneraría en la misma forma que le sucedió a otros mandos de las SS. Estiraron sus propias teorías hasta el extremo, buscando la multiplicación de nuestros genes y que nacieran el número suficiente de germano nórdicos puros para conquistar el universo. Y entonces su mente fue un paso más allá y, para conseguir tal fin, ya no había moral, ni decencia, ni nada que obstaculizase ese sueño. Yo, de alguna manera, era un pequeño eslabón en esa cadena trastornada de acontecimientos: el alemán de sangre más pura, el Hallstatt perfecto, el ario supremo.

Un eslabón pequeño, diminuto, como el tiempo se encargaría de demostrar.

Pero Mengele, por su parte, no dejaría de corromperse, de hacer más grande su propio eslabón en la cadena de crímenes nazis. Aquel hombre que, entre risas, soñaba a mi lado en ser un médico de combate de las SS, se obsesionaría por los gemelos. Una idea absurda que llevaría hasta las últimas consecuencias. El concepto era simple: ¿cuál es la manera más rápida de que nazcan muchos arios puros?

Os responderé: Que todas las madres alemanas tengan como mínimo dos hijos en cada parto. Una idea estúpida, cierto, pero no para Joseph, que trabajaría con denuedo en las causas que provocaban partos gemelares. Sólo quería extender la raza y sustituir a los pueblos inferiores que, no siendo arios, pretendían tener derecho a la vida y a ocupar una porción de la superficie de la tierra.

Pero antes de que se produjese ese proceso de degeneración final de Mengele, tuvo lugar el mío propio. En aquella jornada en que llegué a Mauthausen, estaba dispuesto, por una vez, a intentar defender los ideales de mi tío Eicke, a ser un buen nacionalsocialista. Esperaba ser digno de esos principios raciales que llevaban años inclcándome (al menos intentarlo) y defender al pueblo alemán de las muchas amenazas que le venían desde el exterior. Amenazas, sin duda imaginarias, pero que vehiculaban nuestro odio contra todo y contra todos.

Aquella noche, mientras ascendíamos la carretera empinada que culminaba en el campo de Mauthausen, tuvimos tiempo para hablar. Mengele me hizo partícipe de sus anhelos, de cómo sería testigo de las próximas historias del Reich luciendo un flamante uniforme de las unidades de combate de las SS o Waffen-SS. Yo le hablé de las ganas que tenía de pasar tiempo con mi hermano Rolf, al que había dejado lloroso la última vez que nos vimos una semana atrás, después de que golpease a su sirviente español.

—Le diste una lección a ese rojo apátrida y también a Rolf, si me permites que te lo diga —opinó Mengele—. Tu hermano le tiene demasiado cariño a esos inferiores. Tienes que enseñarle a ser un buen alemán, un buen SS. Todos sabemos que en los campos de concentración a menudo se refugian

personas como tu hermano que no son aptos para la primera línea de frente, pero eso no quita que sus creencias no deban ser las mejores y más adecuadas. Todo lo contrario.

Yo asentí. Aunque no sabía bien a qué se refería.

—Un SS de un campo de concentración debe ser un fanático, alguien sin emociones hacia esos inferiores —añadió Mengele—. De lo contrario no podrá hacer su labor adecuadamente.

Pensé en mi hermano. Lo conocía bien y sabía que no sería capaz jamás en la vida capaz de un acto de crueldad. Por mucho que yo le explicase que un judío o un gitano no eran racialmente dignos, se encogería de hombros. ¿Racialmente qué? No, no lo entendería. Tal vez si le diese a leer a Rosenberg o algún filósofo nazi, podría comenzar a descubrir los valores de nuestra raza y...

Mi línea de razonamiento, se vio bruscamente cercenada por una terrible afirmación que hizo de pronto Mengele:

—Deberías matar a un español —me expuso entonces Mengele como punto y final de su lógica nazi asesina.

—¿Matar a un...?

—No sé si te he llegado ya la noticia que Frank Ziereis, el comandante en jefe o Lagerführerde Mauthausen, da un día de vacaciones a todo el que mate a un español enfermo. Hay muchas personas que llegan al campo en tan malas condiciones que nunca podrán trabajar y ser útiles al Reich. Durante días o incluso semanas, siguen respirando, gastando inútilmente nuestro aire y lo que es peor ¡comiendo! a costa del estado alemán. Son una Carga Para El Pueblo. Cuando libramos al campo de uno de estos inútiles estamos haciendo un servicio al país, y por eso Ziereis regala un día de vacaciones a los SS que los eliminan. He notado que tu hermano tiene demasiado aprecio por ciertos prisioneros, e incluso más que a ninguno a los españoles. Si matas a uno y te ganas un día de vacaciones durante tu estancia en el campo, le mostrarás a Rolf el camino a seguir. La eliminación de los inferiores y los inútiles es el primer paso para la construcción de una Alemania fuerte.

El concepto de Carga Para El Pueblo nos era repetido día y noche por la radio y en los periódicos. Hasta había carteles en las calles en los que un médico posaba junto a un tullido o un deficiente mental. “Alimentar a este inútil hasta el día de su muerte le costará al Estado 50.000 reichsmarks. ¿Es eso justo?”. Hasta tal punto llegaba la obsesión de los mandos nazis en los campos con este tema que rara vez pensaban en la cantidad de gente asesinada sino en la cantidad de reichsmarks que habían ahorrado al estado eliminando bocas que alimentar. Era preciso aligerar la Carga Para El Pueblo que significaba dar de comer y vestir a todas las razas inferiores, los retrasados y, por qué no, incluso los españoles, aunque muchos fuesen racialmente caucásicos alpinos o mediterráneos, siguiendo la clasificación de los antropólogos nazis. Eran rojos, tipos de izquierda y, por lo tanto, era una vergüenza que acabaran siendo una Carga Para El Pueblo.

Pero, ¿matar a un español? Aquello era ya demasiado para mí.

Me dolía la cabeza. Estaba enfadado con el mundo, con Mildred, con Schellenberg y, luego de acabar con Morgen, ya no era la misma persona. Pero la idea deasesinar a sangre fría a un hombre para ganar un día de vacaciones estaba más allá de mi entendimiento. Lo de Morgen había sido, después de todo, en defensa propia. Pero esto... esto no sabía si sería capaz de hacerlo. No sabía si sería capaz siquiera de intentarlo. Ni siquiera sabía por qué estaba escuchando a Mengele o tan siquiera porque había pedido mi traslado, dentro de la operación Klugheit, durante unas semanas a Mauthausen.

Estaba hecho un lío y sólo quería que me dejasen en paz. Tener tiempo para reflexionar sobre todo lo

que me había pasado en el último año. Y Mauthausen tal vez fuera el mejor lugar para hacer algo semejante. La mayor parte del día no tendría nada que hacer salvo montar guardia y podría pensar qué hacer con mi vida.
Creo que en el fondo por eso quería estar allí. Para tener un poco de tiempo para mí mismo y para estar con mi hermano. Pero tal vez me engañase y me habían convertido en un nazi sin yo saberlo.
Casi sin darnos cuenta caminamos los 4 kilómetros que separaban la estación de tren de la entrada del campo. Un poco de ejercicio nos vino bien. Además, nos apetecía. Por eso no pedimos un coche.
La fachada de Mauthausen apareció delante de mí, ominosa, coronada por una gigantesca águila de bronce. Rolf me estaba esperando y me saludaba con la mano. Se le veía triste. No tenía la misma expresión de felicidad absoluta que días atrás cuando me vio llegar por primera vez. Pero, aún así, cuando le respondí moviendo también la mano a derecha y a izquierda, echó a correr como un niño y se lanzó en mis brazos.
A mi lado, Mengele meneaba la cabeza en señal de desagrado. Pensaba que mi hermano en un débil mental y que debería haber sido gaseado como parte de la Action T4. Ese era el nombre que tenía el plan que durante años había desarrollado Hitler para eliminar a los retrasados y gasearlos. Rolf ni siquiera había estado en una lista para examinar sus capacidades gracias a la influencia de nuestro tío Eicke.
—Recuerda —me susurró Mengele mientras todavía estaba en brazos de Rolf—. Mata a un español y da ejemplo a tu hermano. Lo necesita.
Un buen ejemplo. Así era como pensaba Joseph Mengele. Por desgracia, era la forma de pensar de una buena parte de nuestra maravillosa comunidad del pueblo alemán en aquel tiempo.
—Lo pensaré —repuse.
Rolf y yo entramos en el campo, donde nos estaba esperando el comandante Ziereis en persona. Mengele saludó al comandante y se ausentó. Le esperaban en Kassel para comenzar su formación militar.
Ambos, Mengele y yo, iniciábamos un camino sin retorno, el del ario puro o, lo que es lo mismo... estábamos a punto de convertirnos en unos malditos criminales.

XXXII

Entre los días uno al trece de agosto de 1940 el coronel general Ernst Udet vivió la fase final de su transición a la invisibilidad. Todo comenzó nada más terminar aquella reunión en el Berghof en que Hitler hizo un discurso acerca del futuro de Alemania y de Otto Weilern.
Cuando terminó de hablar y después de que pasaran a la terraza, donde unos camareros sirvieron un refrigerio, todos los invitados fueron abandonando la mansión. Primero el almirante Doenitz, al que aquel asunto seguramente le superaba; luego Von Manstein, que no daba crédito a nada de lo que había oído; más tarde Rommel y Kesselring, casi a la par, esquivándose en los pasillos y tratando de disimular detrás de frases amables la antipatía que sentían el uno por el otro. Algo después lo hicieron, también juntos, Heydrich y el doctor Morell, hablando como siempre de sus manipulaciones y sus secretos.
Cuando Udet volvió en sí de su ensimismamiento, sólo estaban en la terraza el Führer y el mismo. Schellenberg se había marchado también, silencioso como siempre, como si nunca hubiera estado allí. Ernst Udet estuvo un par de minutos pensando si debía abandonar la sala sin más o mejor se despedía de Hitler, a quien tenía de espaldas contemplando la maravillosa colonia de Obersalzberg, aquel lugar de ensueño y retiro para los jerarcas nazis.
Pero Hitler ayudó a Udet en sus tribulaciones porque fue él quien tomó la palabra:
—¿Qué piensa de lo que se ha hablado aquí, coronel general?
El Führer seguía dándole la espalda. Udet se incorporó de su sillón de mimbre y casi se llevó por delante una tumbona y parte del mobiliario de la terraza. Hitler estaba hablando de Otto Weilern, de todo lo que se les había revelado en aquella reunión.
Pero Udet, aunque tenía aprecio al "señor teniente Otto", lo cierto es que poseía un buen puñado de obsesiones propias y las de Hitler quedaban por tanto en segundo plano. Su preocupación principal era la invasión de Inglaterra, la directiva número 17, que un rato antes le había mostrado Goering, y que dictaminaba el principio de los bombardeos masivos contra la isla. Vio como en un sueño un fragmento de futuro, en el que cien naves llameantes caían a plomo sobre las costas británicas, aviones de la Luftwaffe agujereados, convertidos en un colador de hierro y sangre por las artillerías antiaéreas inglesas y aquellos malditos aviones ingleses: los Spitfire. Vio todos sus errores al frente de la oficina técnica descubiertos y su figura mancillada. Vio a Erns Udet tirado en el fango, objeto de burla.
Y sintió miedo.
—Estoy preocupado por Inglaterra, mi Führer —dijo, con la voz temblorosa.
Hitler se volvió.
—Inglaterra puede tener la paz con sólo pedirla. Así de fácil —el Führer chasqueó sus dedos—. Yo estoy más que dispuesto. Pero si no se avienen a razones habrá que convencerles. Y punto.
Udet no tenía muy claro cómo iba convencer a los ingleses de la necesidad de rendirse el que la Luftwaffe sufriese una aparatosa derrota sobre los cielos de su país. Pero se abstuvo mucho de decir algo semejante y comenzó a retroceder hacia la puerta, al objeto de retirarse. Entonces Hitler añadió:
—¿Sería posible, si atacasemos de forma casi inmediata, tomar la URSS antes del invierno? ¿Qué cree usted, coronel general?
Udet se preguntó por un momento si Hitler se habría vuelto loco. Pero no. Aquella pregunta se la

había formulado ya el Führer a su mano derecha en cuestiones militares, el mariscal Keitel, y a algunos otros de sus más próximos colaboradores.
La pregunta, la chispa, surgía ella sola en su cabeza siempre que se tocaba el tema de Inglaterra. El Führer nunca se preocupó demasiado de Inglaterra, por supuesto no de la invasión León Marino, que era ficticia, pero es que ni siquiera se preocupó de los bombardeos. Parecía que no quería enfrentarse a los ingleses bajo ninguna circunstancia. Según se acercaba el día del comienzo de la batalla de Inglaterra, su mente divagaba instantáneamente hacia la batalla de los Campos Catalaúnicos. Incluso Udet sabía que con esa batalla, revisitada constantemente en sus charlas de sobremesa, quería hacer el Führer referencia a la futura conquista del Unión Soviética por parte de las tropas alemanas. Hasta aquel momento, sin embargo, Udet había pensado que todo aquello era una abstracción, una especie de proyección de un deseo y no un plan propiamente dicho. Aquella fue la primera vez que comenzó a darse cuenta de que se equivocaba.
—¿La URRS? —Tartamudeo Udet
—Si, la Unión Soviética, el origen de todo el mal y el lugar donde está nuestro espacio vital y, por tanto, donde más nos conviene expandirnos. Las islas británicas son diminutas y, aunque las tomásemos, no es el lugar donde extenderemos nuestra raza. Buena parte de los habitantes de las islas británicas son ya germano nórdicos y, por lo tanto, serán utilizados como ciudadanos del Reich de los 1000 años. Es en Rusia donde está nuestro futuro. Y por eso le repito la pregunta: ¿cree que si atacásemos ahora mismo la Unión Soviética, podría caer en un par de meses?
Udet estaba con la boca abierta. El Führer estaba hablando en serio. Pensaba que un país de más de veinte millones de metros cuadrados (como la patria alemana casi treinta veces), podía tomarse en dos meses o, al menos, intentarlo.
—La Luftwaffe, las distancias… —tartamudeó Udet
Hubiese querido tener la fuerza de palabra para explicarle al Führer que el gran problema de la fuerza aérea alemana eran las distancias. Se trataba de una fuerza aérea pensada para atacar en picado, para causar terror en apoyo a la infantería, manteniendo las bases de los aviones lo más cerca posible de la vanguardia. Los bombarderos alemanes de media o larga distancia eran mediocres, casi inexistentes, y los cazas alemanes estaban pensados para el combate y no para hacer de escolta de los bombarderos. Udet estaba convencido de que en Inglaterra serían derrotados por este hecho, precisamente. En un país tan vasto como Rusia, las distancias provocarían que, más tarde o más temprano, sea cual fuere el nivel de preparación de los rusos, la Luftwaffe se vería completamente superada por los acontecimientos y sufriría gravísimas derrotas.
Y el ejército alemán, después de un inicio seguramente brillante, a medio y largo plazo, como la aviación, estaba condenado al desastre.
Pero en lugar de eso, Udet sencillamente dijo:
—Mi Führer, no creo que debamos atacar Rusia.
Hitler asintió.
—Ya sé, ya sé que es algo precipitado, pero creo que el año que viene acabaremos haciéndolo. Si Inglaterra no se rinde tendremos que demostrarles que no tienen ninguna esperanza en el continente europeo. Estoy convencido de que Churchill confía que en el futuro Rusia o Estados Unidos, o tal vez ambos, se unan a ellos contra el Reich alemán. Si derrotamos al gran oso soviético, valiéndonos de una guerra relámpago como ninguna otra que se haya visto, convenceremos a los ingleses de que hay que rendirse de una maldita vez.

El Führer dio la espalda de nuevo a Udet y este comprendió que era el momento de marcharse. No se despidió y, aunque no estaba borracho, avanzó por los pasillos del Berhof dando tumbos, como de costumbre. Se sentía mareado, se sentía a punto de desfallecer... porque había entendido la verdad.

En el futuro, Hitler daría muchas razones para volverse contra Rusia: la necesidad de impresionar a los ingleses fue la primera de ellas, pero más tarde daría razones económicas (seguramente ciertas), de las que justificaban el ataque por la excesiva dependencia de Alemania de los suministros soviéticos; también esgrimiría la excusa del espacio vital, la necesidad de expandirse de la raza alemana. Los historiadores se preguntarían durante décadas y décadas por qué razón Hitler comenzó una guerra en un segundo frente que acabaría atrapando a Alemania en el centro y provocando su destrucción. Pero Udet, que acababa de asistir a la reunión en la que se había hablado del futuro de Alemania y de Otto Weilern y, por extensión, de la raza aria, fue capaz de ver más allá de todas las excusas del Führer.

Hitler tenía prisa. Él mismo lo había explicado al principio de su discurso. Estaba enfermo y sabía que tenía que retirarse antes de que su estado de salud empeorase en los siguientes años. Por eso había comenzado la guerra mundial y, por eso, quería acabarla. Sabía que si los ingleses no se rendían, el conflicto acabaría eternizándose, como había sucedido en la primera guerra mundial. Esta vez no serían trincheras las que separarían a los ejércitos alemanes de los aliados. Sería el canal de la mancha, con los ingleses al otro lado. Pero igualmente, pasarían años y años antes de que finalizase el conflicto. Y Hitler quería ganar y retirarse de una maldita vez convertido en un héroe, en lo más parecido a un Dios para esa Gran Alemania atea y racial que estaba creando.

Por eso atacaría Rusia, buscando resonantes victorias que impresionasen al mundo, sobre todo a Churchill, y que condujesen al fin de la guerra. Sólo entonces podría retirarse a Linz con Eva Braun y vivir unos años finales, como Sila, en olor de multitudes, alabado por el pueblo como, y esta vez de verdad, el más grande caudillo de todos los tiempos, el todopoderoso GröFaZ.

Pero lo que no podía imaginar Hitler es que, aunque las victorias alemanas en Rusia sorprenderían al mundo, ello no provocaría el fin de la guerra porque Churchill no se rendiría jamás. Por otra parte, el Führer había cometido otro enorme error de cálculo, y es que una vez despertado el gran oso soviético, demostraría estar hambriento y acabaría devorando a la Alemania nazi.

—¡Esto tiene que ser una pesadilla! —murmuró Udet, perdido en la red de túneles del Berghof, avanzando a tientas, casi a punto de echarse a llorar.

Y es que, más allá de aquel terrible descubrimiento que acababa de hacer, Udet ya no estaba preocupado en la destrucción de Alemania. De una forma tal vez un tanto egoista, pensaba en sí mismo. Ahora sabía que la Luftwaffe lucharía hasta la extenuación en Inglaterra y que, acto seguido, tendría que volverse contra Rusia. En la Batalla de Inglaterra estaba seguro que al menos la mitad de la Luftwaffe sería destruida y, si luego se volvían contra el gigante soviético, en breve tiempo no quedaría ni el recuerdo de aquellas fuerzas aéreas victoriosas que habían arrasado en Polonia y Francia. Y todo el mundo le señalaría como el único culpable.

— No, no… Inglaterra y luego Rusia. ¡No puede ser!

Los años de la victoria del Tercer Reich habían terminado. Habría algunos triunfos, incluso deslumbrantes, en los meses y hasta en los años venideros. Eso lo sabía. Pero serían ficciones, placebos para disimular la gangrena que ya había comenzado a devorarles las extremidades. Con el comienzo de la Batalla de Inglaterra y los primeros planes de la Operación Barbarrossa (el nombre en clave que Hitler pondría a la invasión de la URRS) se puso el punto y final al paseo triunfal que

hasta aquel momento había sido la segunda guerra mundial para los alemanes.
—¡Oh, es usted! —. Era una voz sorprendida, al final de un corredor, casi en la penumbra.
Udet se detuvo. Una mujer le miraba con rubor en las mejillas y los ojos bajos. Tardó un momento en reconocerla debido a su estado de ánimo y al estupor que sentía. Ah, ya. Era aquella cocinera que había conocido antes, ¿como se llamaba? Constanze Manziarly.
—Hola Constanze. Ya me marchaba.
—Espero verle aquí de nuevo muy pronto.
—Ojalá, señorita. Será un placer.
Pero Udet no tenían en ese momento la cabeza para galanterías y siguió avanzando por el pasillo, casi trastabillándose. A punto estuvo de caer luego de tropezar con el terrier que perseguía siempre a la cocinera.
—¡Stasi! —gritó Constanze, y acercándose a la bestia le ofreció otro trozo de salchicha. El perro, inmediatamente, le mostró la barriga en señal de sumisión tal y como le habían enseñado.
—Es la última de hoy, goloso. La última. No te doy más que luego tu mamá Eva se va a enfadar.
Udet continuó su camino. La última visión que tuvo de Constanze fue la de su rostro campesino, mirando al perrito con dulzura.
Cuando por fin llegó a la calle, se encontró a Schellenberg hablando con el almirante Canaris. No había visto al jefe de la Abwher en la reunión y no sabía qué hacía allí, pero tampoco le preocupaba. Fue avanzando como un sonámbulo buscando su limusina y a su chofer. Había olvidado que le había dado orden de esperar en el pueblo de Berchestgaden, antes de llegar a la urbanización de Hitler. A su espalda, los dos jefes de los servicios de espionaje alemanes se quedaron hablando. Udet estaba tan fuera de sí que oía murmullos ininteligibles en lugar de voces. Pensó que tal vez era una fase más en su avance camino de ser un hombre invisible, y se echó a reír mientras seguía trastabillando por el camino llamaba su chófer. Canaris y Schellenberg apenas le dedicaron una breve mirada y siguieron hablando:
—¿El sucesor de Hitler? ¡Qué demonios! Tendrías que haberme dejado matarle en su momento —opinó Canaris.
—Te recuerdo que, pese a todo, tu hombre falló. Además, ahora es ya demasiado tarde.
—Nunca es demasiado tarde para morir, Walther. Nunca es demasiado tarde.
Schellenberg, a su pesar, le dio la razón.

— Me estoy volviendo invisible —le reveló Udet a los amigos que le rodeaban en la mesa del restaurante.
Entonces todos estallaron en risas. Pensaron que era una nueva broma de su jefe. Y lo cierto es que Ernst Udet a menudo estaba de broma. Su vida, cada vez más, era una visita constante a los bares con sus amigos de la Luftwaffe. Pero la mayor parte eran viejos camaradas de la Primera Guerra Mundial y subordinados de la oficina técnica. Entre los altos mandos de la Luftwaffe, como los recién nombrados mariscales Kesselring y Sperrle, no despertaba demasiadas simpatías. Así pues, aunque a menudo estaba rodeado de gente, se sentía más sólo que nunca porque no dejaban de ser sus empleados, más de 400 ya en 1940, de los departamentos que dirigía.
—No, en serio. Me estoy volviendo invisible.
Las carcajadas se redoblaron en el Horcher, el restaurante en el que se hallaban. Algunos de sus amigos se cogían de sus prominentes barrigas presas de un ataque de risa incontrolable. Udet era un payaso y ni sus amigos le tomaban en serio. Siempre contaba chistes, siempre decía la última palabra y la más graciosa. Cuando había bebido lo suficiente comenzaba a hacer acrobacias. Como el avión, su queridísimo compañero, estaba lejos cuando frecuentaba una taberna se había especializado en hacer piruetas con platos, que hacía girar sobre palos como un profesional del circo. Últimamente incluso había aprendido a aguantar el palo en la boca y a hacer que el plato girase en la punta del mismo. A menudo se subía a una silla con una sola pierna, un palo larguísimo entre los dientes y el plato girando interminablemente. Udet el malabarista.
Por desgracia, comenzaba a darse cuenta, entre cerveza y cerveza, entre vino y vino, entre brandy y brandy (sus bebidas preferidas), que todas aquellas monerías con las que trataba de llamar la atención eran tan sólo un espejismo para ocultar que se hacía invisible. Lo trágico era que sólo él era capaz de comprenderlo.
Hastiado, se fue a una zona más tranquila del local y comenzó a dibujar. Aquel día hizo su creación más famosa. La llamó “la ensoñación preferida de cualquier burócrata como yo”. En ella estaba dibujado atado a la mesa de su despacho por gruesas cadenas, contemplando como un Udet más joven volaba en un avión de la Primera Guerra Mundial sobre su cabeza. Había hecho muchas versiones de aquel dibujo y los títulos eran todos muy similares. También había hecho varias versiones de su propia figura colmada también de cadenas y arrastrado por un gigante obeso con la cara de Hermann Goering.
A veces repetía compulsivamente un dibujo hasta un centenar de veces consecutivas. Hasta que la imagen se marchaba de su mente.
Cansado de todo, hasta de sí mismo, hizo un último bosquejo y se quedó mirándolo. Entonces sintió una mano sobre su hombro.
—¿Vas a dibujar alguna cosa?
—Ya la he dibujado.

La hoja estaba en blanco y su interlocutor, Erhard Milch, le miró sin entender.
—Soy yo —le reveló Udet, mirando fijamente la hoja en blanco—: El hombre invisible.
Milch y Udet habían sido amigos íntimos durante muchísimo tiempo. Los dos habían realizado acrobacias por toda Europa con un grupo de aviadores que lideraba Milch y en el que Udet era la estrella acrobática, el que hacía las piruetas más difíciles, arriesgadas, casi imposibles. Pero últimamente su relación se había deteriorado. Milch era inspector general de la Luftwaffe y fue el primero en darse cuenta de los graves errores de gestión de su amigo. Algunos de los aviones que estaban saliendo de fábrica como nuevos modelos eran más lentos que los antiguos y comenzaba a ser evidente, incluso para los admiradores de Udet, que éste no estaba preparado para la labor en la que Goering le había colocado.
—Lo pasamos bien en París, ¿no es verdad amigo? —declaró entonces Milch, sentándose a la mesa en que Udet dibujaba hombres invisibles.
En París, el inspector general de la Luftwaffe había intentado retomar la amistad con su viejo amigo. Aquella bella ciudad, espejo de la gran victoria nazi, les había reunido. Y se habían ido de compras a Cartier (a Udet le encantaban sus relojes y, aparte de comprarse uno, había conseguido a buen precio dos broches de diamantes para Inge), para más tarde acabar la velada cenando en uno de los mejores restaurantes de la capital francesa.
—Hace tiempo que quieres decirme algo y no sabes cómo, Erhard —replicó Udet—. Dilo de una vez y olvídate de París y el resto de prologómenos que te hayas preparado antes de abordar el tema.
Milch hizo una mueca de disgusto. Levantó una mano y un camarero le tomó nota. Había cenado en casa y sólo quería un baumkuchen, el famoso pastel del árbol, una delicia que, cuando la cortabas, capa a capa de chocolate, parecía que estabas viendo los anillos del tronco. Era la especialidad del restaurante Horcher y una debilidad para Milch, que a menudo venía, como aquella noche, sólo para degustarlo.
Aunque en aquella ocasión tenía una razón más importante. Y ya que su amigo no quería que se andase con rodeos, fue directo al grano:
—Voy a recomendar que se cancele el JU-88.
Udet encajó el golpe sin apenas pestañear. Aquel avión tenía que sustituir al Stuka o JU-87, el bombardero en picado que había causado terror en Polonia y Francia y era una de las joyas de la aviación alemana. Pero el JU-88 era el vivo ejemplo de los errores de Udet: más lento, más pesado y menos maniobrable. Como avión en picado era muy inferior al Stuka original. Por azares de la guerra, los alemanes descubrieron más tarde que el JU-88 era muy bueno en algo para lo que no había sido diseñado, como bombardero horizontal de alta velocidad, pues era lento para picar pero rápido comparado con otros bombarderos. La ineptitud de Udet creó un aparato ideal para lo contrario de lo que él había pensado.
—También he oído —murmuró entonces Udet, apretando los dientes— que quieres que se traspase a tu departamento buena parte de mis deberes y obligaciones: la producción y el diseño de nuevos aviones.
—No, no es eso.
—¿De verdad que no?
Lo cierto es que Milch adoraba a Udet y lo consideraba su mejor amigo, pero también sabía que, mientras siguiese al frente de la oficina técnica de la Luftwaffe, estaba condenando a la derrota a toda la aviación alemana, quién sabe si a la Whermacht al completo. Milch bajó la cabeza.

—Yo sólo quiero lo mejor para Alemania, Ernst.
Udet se levantó y miró fijamente a su antiguo amigo con los ojos encendidos por la furia.
—¡Y yo no soy lo mejor para Alemania! Yo no soy nada, yo soy un imbécil invisible. Esa es tu opinión, ¿no?
Pero lo cierto es que también era lo que pensaba Udet. Él sabía que nunca estuvo capacitado para los deberes burocráticos que ostentaba. Udet sólo estaba capacitado para volar: la única cosa de este mundo que sabía hacer bien. Y en ella era el mejor.
A aquellas alturas de la velada, cuando todos tomaban los postres y bebían la última copa, Udet tenía por costumbre hacer en la mesa de sus amigos un retrato en un plato. Y lo hacía de una forma curiosa: acercaba una vela a un plato hasta que conseguía quemarlo un poco, dejando un poso ahumado. Sobre ese fondo ilustraba con pericia los rasgos de sus camaradas o de cualquier comensal que les acompañase. Pero aquella vez no regresó a la mesa de sus subordinados para hacer una de sus famosas caricaturas. Estaba tan enfadado que salió corriendo del restaurante. Lanzando aullidos, corrió por las calles de Berlín maldiciendo a Erhard Milch.
Nada más llegar a su apartamento hizo una llamada.
—¿Señor teniente Otto? —Había tenido que pasar por varias secretarias del campo de Mauthausen para que le pasasen con el muchacho. Sabía que no debía llamarle. El Führer se lo había pedido expresamente en el Berghof, pero se sentía tan desamparado en medio de aquellos falsos amigos que le reían las gracias y de antiguos amigos que querían quitarle su puesto de trabajo que, de pronto, su mente recordó a que el joven muchacho al que trataban de manipular de una forma tan retorcida que acaso también acabaría siendo invisible. Y tal vez por eso precisamente le podría entender.
—¿Es usted, coronel general Udet?
—Sí, soy yo Otto. Necesito tu ayuda. Necesito hablar con alguien.
Hubo una pausa al otro lado de la línea.
—Ahora mismo estoy muy ocupado. Acabó de entrar al servicio en el Lager y, bueno…
—No sé con quién más puedo hablar.
Se escuchó un carraspeo nervioso.
—Si quieres viaja hasta aquí, a Austria, y hablamos. Termino mi turno todas las tardes a…
—¿No podrías venir a Berlín? Yo no puedo ausentarme porque, ya sabes, los preparativos para la batalla de Inglaterra y todo eso. Pero tengo que hablarte precisamente de Inglaterra, de una batalla que no debería producirse. ¡Y de Milch! Sobre todo de Milch. Quiere quitarme mi trabajo. ¡Y se hace llamar amigo mío!
Udet no sabía por qué estaba tan enfadado. Ojalá le quitasen todas sus tareas burocráticas y pudiera volver a volar, pensaba, alguna rara vez que estaba sereno. Pero el orgullo le impedía fracasar, reconocer en público sus errores, que todos pensaran que era un imbécil y perdiera lo último que le quedaba en el mundo, el respeto de todos aquellos que se inclinaban a su paso y se decían: por ahí va el gran as del aire Erns Udet. Si perdía eso, realmente sería invisible del todo.
Así que volvió a pedir (a rogar) a Otto que viniese a Berlín a verle.
—No, no puedo ausentarme —repuso el muchacho—. Necesito reflexionar sobre muchos temas. Es un mal momento. Yo... mi hermano... Schellenberg... Mengele... me han pasado tantas cosas que... Lo siento —Otto no sabía qué decir.
Pero Udet insistió. Estaba desesperado. No entendía que, en realidad, nadie buscaba su ruina. Lo que sucedía es que la poca producción de la Luftwaffe era inaceptable (unos pocos centenares de

aparatos al mes), un problema aún mayor que sus errores a la hora de elegir los nuevos modelos de aviones para el futuro. Aquel asunto, el número de aviones producidos, ni siquiera Milch podría solucionarlo. Aunque mejoraría muchas cosas, lo cierto es que hasta que se dejó la producción en manos de profesionales en tareas administrativas como Albert Speer, Alemania no pudo avanzar en ese tema. Y, para entonces, la guerra estaba perdida.

Curiosamente, si en 1940 la producción de aviones hubiera estado bien dirigida, Alemania hubiera podido ganar la Batalla de Inglaterra. En ese año Alemania tuvo varias oportunidades de ganar la guerra mundial. Y todas las desaprovechó. A partir de 1941 sólo tendría una oportunidad: Rommel y el África Korps.

—Por favor, por favor —seguía rogando Udet, pensando testarudamente que todos estaban en su contra y era algo personal. Todos... menos "el señor teniento Otto".

—No, no puedo, Ernst. Lo siento de verdad.

Udet pudo notar la incomodidad de su interlocutor al otro lado de la línea. Se sentía mal porque un hombre que le había salvado la vida en Noruega le estaba pidiendo ayuda, pero o no podía o no quería dársela. Además, ¿por qué demonios le estaba llamando?, seguramente se preguntaría. Apenas se conocían en realidad. Udet, de pronto se sintió también incómodo en aquella conversación. Aquel muchacho, al que llevaba más de 25 años, no podía entender lo que le pasaba. Nadie podía.

—Siento haberte llamado, Otto. Olvídalo todo. Ha sido un momento de… un desvarío. He bebido mucho brandy esta noche.

—No es problema, coronel general. Puede llamar cuando quiera y...

Udet colgó el teléfono sin más ceremonia. Asustado, al colgar, vio que no había mano sobre el auricular. ¿Sería un efecto óptico?

Por un momento le había parecido translúcida, como si de verdad no fuese locura, obsesión o paranoia aquel tema de la invisibilidad.

REALMENTE ESTABA DESAPARECIENDO.

El Secreto Mejor Guardado de la Guerra (Operación Klugheit)

[extracto de las notas en prisión de Otto Weilern]

En el campo de Mauthausen me convertí en el monstruo que esperaban que fuese: un orgulloso miembro de la Banda de la Calavera, otra bestia de las SS Totenkopv que vigilan los campos de concentración.

Yo soy el culpable de todo lo que sucedió. Desde el primer día me esforcé por ser el tipo de hombre que mi tío Eycke, que Mengele, que Heydrich o que el propio Hitler esperaban que fuese, y me convencí de que era capaz de ser un nazi.

Y tanto me disfracé de nazi que, por un momento, realmente lo fui. Recordé que las últimas palabras que me había dicho Mengele antes de marcharse habían sido que matase a un español. Quería que le enseñase a mi hermano que matar a subhumanos no era un crimen, que formaba parte de nuestra lucha por sobrevivir como especie, como raza superior. Eran ellos o nosotros. Una elección simple, al fin y al cabo.

—Rolf, esta mañana voy a matar a un español. Y quiero que mañana mates a otro para mí —le pedí a mi hermano, con la voz firme del psicópata y del fanático. Una voz indistinguible de alguien como Mengele o el propio Heydrich.

No sé si podré narrar lo que sigue...

(Aquí finaliza el diario de Otto Weilern durante su cautiverio en Berlín en mayo y junio de 1945. Poco después, por razones aún desconocidas, dejó de escribirlo. Interrogado de nuevo por los servicios secretos, se dio la orden de su traslado a Moscú, a la Lubianka, la prisión y cuartel general de la KGB. Gravemente herido a causa de las torturas recibidas e incapacitado para escribir a mano, el resto de su historia se conoce por las transcripciones de sus conversaciones con Georgi Zukhov y Nikita Kruschev durante los meses de julio a octubre de 1945)

XXXIII

El día que Udet se volvió invisible debía comenzar la batalla de Inglaterra con el llamado Día del Águila o Adlertag. Goering quería lanzar 500 bombarderos y 900 cazas sobre la costa inglesa, en particular sobre Southampton y Portland, aparte de atacar los aeródromos de los condados limítrofes. Debían lanzarse miles y miles de bombas y causar tal terror y destrucción que los ingleses pidieran el armisticio.
Al menos, eso es lo que Hitler pensaba que sucedería.
Pero, por el momento, la realidad era que los aviones alemanes partían desde aeródromos en las principales ciudades costeras francesas, a centenares, y los enfrentamientos estaban siendo sangrientos, con múltiples bajas por ambos bandos. No parecía que a aquello fuera a convertirse en una gran victoria para el Reich.
Udet viajó en su ME 109 hasta el paso Calais, donde Adolf Galland, uno de los ases más destacados de la Luftwaffe, estaba recibiendo la Cruz de Caballero. Encontró al Mariscal Kesselring prendiendo la condecoración en la guerrera de Galland en el faro de Cap Gris-Nez, precisamente donde un día (en 1942) se instalaría la Batería Todt, una de las fortificaciones costeras más imponentes de toda la guerra mundial.
—¿Qué aviones son esos? —preguntó Kesselring a Galland, contemplando a dos aviones ingleses que habían tenido la osadía de cruzar el Canal de la Mancha en vuelo de ataque contra la poderosa Luftwaffe.
—Son Spitfire, mi mariscal —repuso Galland—. Los pilotos ingleses, cuando suben a uno de esos... no tienen miedo a nada.
Kesselring hizo una mueca de disgusto, pero al momento volvió a su gesto afable y sonriente de costumbre.
—Bueno, pues debe alegrarse, Galland. ¡Hasta los Spitfire vienen a felicitarle por su condecoración!
Ambos se echaron a reír a carcajadas. Udet se acercó al mariscal Kesselring y le preguntó:
—¿Qué tal los primeros informes del ME 110?
Aquel avión era otra de las creaciones de Udet. Se trataba de un caza pesado que debía sustituir a su amado ME 109.
Fue Galland quién respondió.
—No muy buenas, coronel general. Es lento y poco maniobrable. Lo hemos colocado como escolta de los bombarderos. Las primeras informaciones que nos llegan es que es tan fácil de derribar que probablemente tendremos que ponerle escolta.
Hasta el propio Udet abrió la boca, horrorizado. Un avión de escolta que necesitaba escolta era una estupidez tan grande como contratar un guardaespaldas tan enclenque que, a su vez, necesitase otro guardaespaldas para protegerle. Otro fracaso. Aunque Goering estaba fuera, de compras o en su mansión del Carinhall, Udet comprendió que tan pronto regresase y recibiese un informe detallado de los primeros días de la contienda, caería sobre él y le haría pedazos verbalmente.
Lo peor era que se lo merecía. Había hecho un trabajo pésimo al frente de la oficina técnica y de producción de la Luftwaffe.
Decidió pues abandonar Calais y norte de Francia, desde cuyos aeródromos (junto a los belgas y holandeses) se estaban dirigiendo el grueso de los combates del Día del Águila. Mientras se

marchaba, se encontró con su rival, Erhard Milch, que también había acudido a la ceremonia por Galland:

—¿Ya te vas, Ernst? —le preguntó su viejo amigo.

—Aquí no me necesitais. Dejo este asunto en manos capaces como las tuyas o las de Kesselring —repuso, irónico. Luego de un instante de reflexión, añadió—: Al fin y al cabo, aquí nadie puede ya verme.

—No digas eso. Le caes bien a todo el mundo. Y lo sabes.

Udet parpadeó varias veces. ¿De qué estaba hablando Milch? Tardó un instante en comprender que había malinterpretado sus palabras. Udet no hablaba de que le cayese mal a sus compañeros de la Fuerza Aérea y que no pudiesen “ni verle”. Aunque, a aquellas alturas, tal vez fuese cierto.

—Me refería, inspector general de la Luftwaffe Milch, a que no pueden verme por que me estoy volviendo invisible. —Levantó una mano y se la mostró. Era una mano perfectamente normal pero Udet la veía translúcida, como cuando se observa algo a través de una tela muy fina—. ¿Ves? Ya es casi transparente.

De vuelta a Berlín, Udet aterrizó y se marchó directamente a un bar. Ni siquiera miró su nombre ni recordaría más tarde la calle en el que estaba ubicado. Sencillamente, era una taberna berlinesa cualquiera, un lugar donde pedir alcohol hasta olvidarse de uno mismo, de quién era, de la Luftwaffe, de la batalla de Inglaterra, de Hermann Goering y de Milch.

—¡Iros todos al diablo! —Se le vio gritando, dos horas después, dando tumbos por las calles de la capital.

Se desmayó. Nunca supo el tiempo que estuve inconsciente. Pero cuando recobró la conciencia se dio cuenta de que estaba en el distrito de Charlottenburg, junto a la prisión Plötzensee, un lugar de tortura, donde las ejecuciones de “enemigos del estado” eran diarias. Aunque cobraría fama mucho después, casi al final de la guerra, por ser el lugar oficial del fusilamiento de la mayoría parte de los patriotas que intentaron matar al Führer.

Udet recordó que se hallaba cerca (relativamente, porque estaba en la parte norte del barrio) de la calle Giesebrechtrasse y el Salón Kitty, el burdel que dirigía Schellenberg. Bueno, en realidad aquel nido de espías lo dirigía una mujer llamada Kitty Schmidt (que le daba su nombre al local), pero todos en las SD y el ejército sabían que Schellenberg movía los hilos. En el Salón Kitty, detrás todas las paredes, había micrófonos y las propias prostitutas eran agentes encubiertos de la SD, el servicio de información de las SS.

Fue aquel el instante en que Udet pasó la última frontera de la invisibilidad. En la entrada, el portero estaba discutiendo con un cliente y Udet entró sin que nadie se lo impidiera. En realidad, el portero estaba de espaldas y se despistó por un momento, pero el coronel general llegó a la conclusión que era ya completamente invisible. Lo cual, por cierto, le hizo sentir aliviado.

En realidad, siempre había tenido cierto complejo de inferioridad por muy famoso que fuera, muchas mujeres que se llevara a la cama y toda su extroversión, su capacidad para divertir a los demás y contar chistes. Sólo medía 1 metro y 58 centímetros y era de largo el más bajo de todos los altos mandos del Reich. Al lado de Heydrich, por ejemplo, era prácticamente un enano. Incluso era bajito comparado con Hitler, que solo medía 1 metro y 69 y era bajo comparado con muchos otros oficiales del régimen.

El tránsito de bajito o diminuto a invisible, le pareció por un momento un avance natural en el orden de las cosas, y esbozó una sonrisa mientras avanzaba por el local.

Iba a preguntarle a una prostituta que se encontró en ropa interior, saliendo de una habitación acolchada de terciopelo, dónde se encontraba Schellenberg. Pero rápidamente llegó a la conclusión que si le hablaba la atemorizaría. Después de todo, no podría saber de dónde surgía el sonido y creería que estaba hablando con un fantasma. Ese pensamiento hizo que Udet se echase a reír, y siguió avanzando confundido en un caos de mujeres en ropa interior y clientes todavía más borrachos que él mismo, desfilando todos por un largo pasillo camino de sus habitaciones. Al final de un recodo, el coronel general llegó a la Suit Presidencial. Aquella habitación era la más lujosa y estaba reservada para embajadores o grandes potentados extranjeros. La misión principal del salón era robar secretos o información a este tipo de personajes, por lo que la mayor infraestructura de micrófonos, así como las prostitutas-espías de mayor confianza y belleza, formaban parte del personal de aquella habitación especial. No sabía por qué pero estaba convencido de que allí, o muy cerca, podría encontrar a Schellenberg.

—Él me pidió ayuda para el señor teniente Otto en Noruega. Entonces estaba desesperado y yo le eché una mano. Ahora yo estoy desesperado y me ayudará —le relató a la estatua de un efebo que decoraba el final del pasillo, justo delante de la Suit residencial.

La argumentación de Udet no tenía mucho sentido. Además, le constaba que Walther estaba muy ocupado y que, seguramente, no tendría tiempo para sus obsesiones acerca de su pérdida de substancia camino de la invisibilidad. Pero no le importaba. ¿A quién más podía acudir?

—Me da igual lo ocupado que estés, Schellenberg —le explicó a la estatua del pasillo, que era una reproducción del efebo de Maratón, con su impúdica desnudez, una mano extendida hacia el expectador y la otra levantada y chasqueando los dedos, invitando al acto sexual.

Aquello pose, en el canon griego, era una de las típicas de los atletas vencedores en la Maratón (de ahí el nombre). Pero cuando Schellenberg la compró le pareció provocativa y sensual. Por eso la había colocado en un sitio de privilegio en su local.

—Sé que ahora estás con muchos asuntos, amigo —insistió Udet al efebo—, pero es que Walther, no puedo más. ¡Te juro que estoy al límite de mis fuerzas!

Udet sabía que, después de unas semanas de ostracismo tras el fiasco del secuestro del duque de Winsor, a Schellenberg se le había encomendado una tarea menor pero a la vez terriblemente compleja y exigente. Debía redactar un memorándum con todo tipo de detalles acerca de las máximas figuras políticas de Inglaterra, así como de las instituciones del país, ministerios, radios, periódicos o empresarios. Y un largo etcétera. Hitler quería toda la información posible a su disposición para cuando Inglaterra pidiera el armisticio y los alemanes comenzaran a dominar la vida de la isla, por lo que deseaba conocer qué elementos podía aprovechar para el Reich y cuáles deberían ser transformados, llevados a campos de concentración o ejecutados.

Se hicieron miles de copias del informe Schellenberg acerca de Inglaterra, y en aquel momento hasta el propio Udet tenía una sobre la mesa de su despacho. Lo que significaba que debía haber terminado el trabajo y ahora, aunque seguramente estaría con un nuevo asunto, tal vez podría ayudarle, hablar con él, explicarle cómo solucionar los problemas de la Luftwaffe. Schellenberg era un maestro en elaborar informes. Tal vez podría decirle, aparte de consolarle por su invisibilidad, cómo mejorar la producción de aviones, címo encontrar un bombardero de media o larga distancia que valiese la pena, o unos cazas de escolta y...

—Y hacerlo todo en menos de 24 horas —prosiguió su línea de razonamiento Udet, todavía hablando con la figura del pasillo y echándose a reír a causa de lo ingenuo de su petición—, porque nuestros

chicos están combatiendo ya sobre la costa inglesa.
Se apoyó en la figura y le dio un beso. De pronto, al sentir el el tacto frío de aquellos labios, despertó de su estupor de borracho.
—Ah, te había confundido con Walther. Pero gracias por escucharme de todas formas, amigo.
Udet prosiguió su camino zigzagueante en dirección a la Suite Presidencial. Vio que la puerta se abría y un par de prostitutas salían riendo a carcajadas. La puerta quedó entreabierta y Udet se asomó.
—¿Schellenberg? —murmuró en voz muy baja porque se hizo la misma pregunta que unos minutos atrás en el pasillo, cuando coincidió con aquella puta que salía de la habitación de terciopelo. ¿Podría el jefe de contraespionaje de las SS verle? ¿O tal vez a aquellas alturas sería invisible también para él?
Esperaba de todo corazón que no fuese así. Necesitaba un poco de calor humano.
Mientras reflexionaba sobre este punto, sus ojos se fueron acostumbrando a la oscuridad y a los gemidos que manaban de la habitación. Vio a una mujer de piel muy blanca cabalgando a un hombre obeso. Udet retrocedió y se sentó en una silla, hastiado, agotado de sí mismo y su vesania. Aquel hombre grueso no podía ser Schellenberg, que era delgado y mucho más joven.
—Doctor Morell... querido Theodor. ¿Me oyes? —La mujer le abofeteó y, al ver que el gordo apenas reaccionaba, dejó de cabalgarlo y saltó de la cama. Era Kitty Schmidt en persona.
En ese momento las dos prostitutas que habían salido instantes antes, entraron de nuevo en la habitación.
—¿Ya está? —inquirió una de ellas.
—Se ha desmayado por fin. Ya era hora. Con todo lo que le hemos dado no sé cómo ha aguantado tanto.
—Todos los peces gordos tienen una resistencia increible a las drogas —opinó una de las prostitutas —. Luego de años de tomarlas, el cuerpo adquiere una tolerencia fuera de lo común.
Poco después, comenzaron a entrar otros personajes. En primer lugar el coronel Oster, la mano derecha del almirante Canaris y uno de los más altos mandos de la Abwher. Le acompañaba un hombre que vestía una bata de médico por encima de un uniforme de infantería. Udet pensó que debía tratarse de un Comando de Brandemburgo porque los hombres de la inteligencia militar no usaban uniforme. Pero daba igual porque se trataba, en cualquier caso, de uno de los muchos anti nazis que servían al almirante y que estaban en todos los niveles de su organización. Gente fiel a un único objetivo: acabar con el nazismo.
El médico le inyectó un líquido amarillento a Morell en un brazo.
—¿Cuánto tardará en hacer efecto? —quiso saber el coronel Oster.
—No mucho —repuso el galeno.
Mientras todo esto pasaba, Udet seguía olvidado por todos, en sombras, sentado al otro lado de la estancia. Era un ser invisible que sonreía, feliz de estar más allá del bien y del mal, contemplando a los mortales desde un pedestal.
—Cariño, ¿cómo estás?
Kitty se había inclinado sobre Morell y le besaba la frente. El médico personal de Hitler recobró el conocimiento y la miró. Estaba drogado, había bebido, era un hombre obeso y enfermo del corazón que se había acostado con tres mujeres. Por encima de todo, estaba agotado y feliz.
—Hola, cielo —saludó, en un hilo de voz.

—Hola, mi amor. Escúchame con atención. ¿Podrás, mi niño?
Morell asintió tan lentamente que tardó casi un minuto en llevar el cuello adelante y atrás.
—Muy bien —Kitty volvió a besarle en la frente sudorosa. No pudo disimular una mueca de asco—. Antes me has dicho que la guerra acabaría pronto porque el Führer no quería que continuase. Ansiaba la paz con Inglaterra y sólo quería victorias rápidas en el este para poder retirarse.
—Sí —murmuró Morell, con una sonrisa lánguida en los labios—. Sabe que no le queda mucho tiempo.
—¿Y eso, mi amor?
—Está muy enfermo. Lo sabe desde hace muchos años, desde que lo infectaron. Por eso ha preparado su sucesión. Por eso...
Morell pareció quedarse dormido por un momento. Kitty le pellizcó la cara.
—¡Mi niño! ¡No te vayas aún! ¿Qué me decías?
—¿Eh? —El doctor abrió la boca con gesto de desconcierto. Un hilillo de baba le corría por la comisura de los labios.
—Me hablabas de nuestro buen Führer, cariño. De que había preparado su sucesión.
—Ah, claro. Seguro... —Morell estuvo callado un minuto, como si se hubiese quedado de nuevo traspuesto—. Quiere dejarlo todo bien atado antes de que la enfermedad vaya a más. Me hace falsear los análisis de sangre para que salgan negativos en Treponema Pallidum Pallidum.
Aquel mismo año de 1940 Morell hizo diversos análisis de sangre al Führer, que incluían pruebas y test que deberían haber descubierto aquella afección. Pero el buen doctor los falsificó y los colocó entre sus registros. Si alguien se los robaba, descubriría que estaba sano y fuerte como un roble. De hecho, Canaris había robado los resultados de aquellos análisis. Por eso, debido a que no se los había creído, estaba precisamente Morell allí, cabalgando putas de 1000 reichmarks el polvo y drogado hasta las cejas.
—Ese nombre extraño que has dicho en... ¿era latín, amor?, ¿qué significa?
—Treponema Pallidum Pallidum o Sífilis. Es el nombre médico de la sífilis. Bueno, en realidad, lo que tiene ahora es neurosífilis...
Udet no era un nazi fanático y no conocía más que por encima el ideario de Hitler, pero hasta él dio un respingo. Recordó los extraños párrafos del Mein Kampf (Mi Lucha), el libro o panfleto político del Fúhrer. En él atacaba la sífilis con un odio cerval extremo y casi incomprensible:
La sífilis comenzó a propagarse en gran escala, especialmente en las ciudades populosas (...)
La causa principal de la propagación de la sífilis hay que buscarla en la prostitución del amor, cuyos resultados, aunque no condujesen a ese terrible flagelo, entrañarán siempre un grave peligro para la nación, puesto que bastan sus estragos morales para encauzar paulatina, pero irremediablemente, a un pueblo hacia la ruina. Es innegable el hecho de que la población de nuestras grandes ciudades está prostituyendo más y más su vida sexual y entregándose así a la sífilis en proporción cada vez mayor. Los resultados más claramente notorios de esta infección colectiva, pueden encontrarse, por un lado, en los manicomios y por el otro, desgraciadamente, en la infancia. Los pecados contra la sangre y la raza constituyen el pecado original de este mundo y el ocaso de una humanidad vencida.
La sífilis, la obsesión de Hitler por la sangre y la raza, la paranoia de un hombre infectado al que no le gusta el contacto físico con los demás. La locura de a quien ya una vez contagiaron y quiere preservarse de los gérmenes y de los indignos, y quiere limpiar de cualquier forma de corrupción (moral o higíenica) a la nación entera.

No dejaba de ser la misma obsesión de Udet con la invisibilidad pero en el caso de Hitler con la suciedad, los gérmenes y la sangre.
¿Y su obsesión con los judíos? En la mente de Udet se formó la imagen de una prostituta judía y un Hitler adolescente marginado en la Viena de 1920, contagiado por un desliz y comenzando a cimentar las obsesiones que luego le llevarían al gobierno de Alemania.
—Duerme, querido, duerme…
Cuando Udet levantó la vista vio que Kitty arrullaba al doctor Morell hasta que este perdía de nuevo la consciencia. Entonces se levantó y salió de la estancia. Tras ella caminaban el coronel Oster, el médico y las dos prostitutas. Udet no podía soportar quedarse solo con aquel hombre dormido que le había regalado un secreto tan terrible. Con gran esfuerzo se levantó y trato de seguir a los conspiradores. Tal vez ellos supieran dónde estaba Schellenberg. De nuevo en el pasillo, tambaleándose, les pareció verlos doblar un recodo, más allá de la estatua del Efebo.
—Ya está hecho —informó una voz de mujer que Udet supo reconocer como la de la madame del local, Kitty Schmidt.
Walther Schellenberg se hallaba en una habitación llena de altavoces y aparatos de grabación. Provisto de unos cascos, estaba repasando una y otra vez la declaración de Morell. Ahora ya sabía la verdad: tal vez más de lo que nunca hubiera querido saber.
—Muchas gracias, señorita Schmidt. Será recompensada como siempre por su dedicación y, sobre todo, por su discreción.
La madame inclinó la cabeza y se marchó. El coronel Oster entró en la habitación donde estaba Schellenberg y el médico que le acompañaba cerró la puerta tras él. Antes que el batiente se cerrase, el coronel general pudo distinguir, sentado al lado de Schellenberg, a un hombre con el rostro serio y gesto adusto: el almirante Canaris.
Los conspiradores debían reflexionar largo rato antes de decidir el siguiente paso que debían dar.
Udet se quedó delante de la habitación, preguntándose si debía llamar a la puerta, pero comprendió que a un hombre entregado a aquellas tareas de espionaje tan delicadas, debían parecerle diminutas sus preocupaciones acerca de la Luftwaffe, su producción y sus aviones. Probablemente se reiría de él, si conseguía que le concediese unos minutos. Eso, por supuesto, si le veía. Porque Udet ahora estaba firmemente convencido de que era invisible y podía entrar y salir a su voluntad de cualquier lugar sin ser visto.
Mientras que, todavía dubitativo, decidía si se iba o se quedaba, desde el otro lado de la puerta, escuchó una breve conversación. Al principio no podía oír con claridad las voces, pero estas fueron aumentando su tono, presa de la excitación, y el coronel general consiguió entender varios fragmentos:
—¿Morell recordará la conversación que Kitty ha tenido con él? —La voz, dura y fría, parecía la de Schellenberg, pero al poco comprendió que se trataba de Oster.
—No, ya les dije que la droga que le he dado... —Udet no pudo discernir el resto de las palabras del médico.
—¿Sífilis o neurosífiis? Morell ha dicho ambas cosas. —Ahora sí era la voz de Schellenberg.
—Ambas —repuso el médico—. La sífilis tiene varias fases. Al cabo de los años puede degenerar en neurosífilis, que es un transtorno que devora lentamente la corteza cerebral, y provoca multitud de afecciones paralelas.
—Lo que no entiendo es como puede tener relaciones con Eva Braun si está enfermo de sífilis.

—Al contrario de lo que se cree normalmente, salvo en los estadios iniciales, la sífilis no es contagiosa. Lo es, y mucho, sobre todo en la fase primaria, unos dos meses. Luego puede quedar latente, ir y venir, durante la fase secundaria. Finalmente, al cabo de algo menos de dos años, ya no es contagiosa. Es cuando se cumple una década cuando se alcanza la fase terciaria y puede surgir la neurosífilis.
—O sea que el Führer está contagiado desde hace mucho tiempo —terció Canaris.
—En la reunión del Berghof dijo que en 1922 ya sabía que estaba gravemente enfermo —recordó Schellenberg—. O sea que hace 18 años al menos que la tiene.
—Eso significa que hace 8 años al menos que comenzó a sufrir los primeros síntomas de la neurosífilis. —La voz del médico sonaba preocupada—. Es normal que diga que le queda poco tiempo de vida. Si tiene una cepa persistente y la bacteria no puede eliminarse del todo, como debe ser el caso, sus últimos años van a ser terribles.
Luego hubo un tumulto de voces que preguntaban cómo iba a evolucionar la enfermedad mientras el médico trataba de elevar la voz sobre el resto y explicarse, aunque Udet no pudo distinguir lo que decía.
Al cabo, los ánimos parecieron senenarse. Canaris, después de una pausa, dijo:
—Sólo queda por saber la causa por la que Hitler, que ya sabía en 1922 que estaba enfermo, eligió como sucesor a Otto Weilern.
—No es su hijo. No es hijo de Hitler. Lo eligió por otra causa. No sé cuál, pero no por esa —afirmó Schellenberg.
—¿Cómo estás tan seguro?
—Por Dios, Wilhelm, ¿has mirado a Hitler? Es un tipo de metro setenta y de pelo castaño. Otto mide dos metros y tiene el cabello rubio, aunque los dos, es verdad, tienen los ojos de un azul brillante, casi metálico.
«Aún suponiendo que alguien de esa altura pudiera tener un hijo como Otto, tal vez casándose con una gigante del circo... —Sonaron unas risas nerviosas—. Aún suponiéndolo, no son de la misma subraza. Sabemos que Otto es Hallstat y Hitler, con suerte, sera Kéltico o Danubiano. Y, si me apuras, yo diría que Hitler no es ni ario. Igual es hasta judío.
Se redoblaron las risas. Sólo interrumpidas por un comentario final de Canaris:
—Ahora que tenemos casi toda la información, sólo nos queda saber por qué eligió personalmente a Otto como su sucesor en una fecha tan temprana como 1922. Intuyo que es muy importante.
Luego volvieron a oírse murmullos, comentarios solapados, varias voces que hablan a la vez y no se entiende ninguna.
Meneando la cabeza, Udet decidió que ya había escuchado lo suficiente y decidió marcharse de una vez del Salón Kitty. No quería saber nada más de aquel asunto. En el fondo, no le importaba. Él ya tenía sus propios problemas.
Nadie reparó en él, confundido con otros oficiales borrachos del ejército de tierra, la marina, la Luftwaffe o las SS, que bajaban las escaleras abrazados en alegre desorden, cantando canciones picantes. El portero les saludó a todos con una inclinación de cabeza y tocándose la gorra. Era un hombre altísimo. Uno de los hombres más altos que Udet había visto en su vida. Causaba una gran impresión verlo y, tal vez por eso, habían colocado de portero a aquel tipo enorme, musculado, que debía pasar de los 2 metros y 15 centímetros, y pesar más de 160 kilos. Para Udet, que no llegaba al metro sesenta, era lo más parecido a un gigante que podía imaginar en ese momento.

—Ojalá pudieras verme —le explicó el coronel general al sorprendido portero—. Ojalá hubiese alguien que pudiera verme todavía. Eso me haría el hombre más feliz de la tierra.

Y se marchó calle abajo, dando tumbos.

SUCESO: LA NEUROSÍFILIS

Si bien Hitler podría sufrir dos enfermedades (hay historiadores que opinan que hasta tres simultáneas) que le provocaran todas sus afecciones, lo más plausible es que tuviera neurosífilis.

LUGAR Y FECHA: 1922 ¿? a 1945 ¿?

Para que Hitler comenzase a tener síntomas perceptibles de neurosífilis ya en la década de los treinta (estando por tanto en la fase terciaria de la enfermedad), debió contraerla entre los años 1921 al 1926, aproximadamente.

CONSECUENCIAS: LOS SÍNTOMAS DE LA NEUROSÍFILIS Y HITLER

Problemas cardíacos (tuvo, entre otras crisis, un síncope cuando los aliados desembarcaron en Holanda en 1944). Alteraciones oculares y atrofia óptica (Hitler perdía visión a pasos agigantados y llegó a tener que usar una lupa para leer los informes que recibía). Problemas gástricos e incontinencia fecal (no podía comer más que verduras; siempre tenía dolores de barriga, calambres y diarrea). Disminución de la glucosa (para contrarestarla, Morell le inyectaba glucosa, lo que causó quejas de sus otros médicos, que no entendían por qué lo hacía). Megalomanía, problemas psiquiátricos y crisis de ira (típicas de Hitler y cada vez más frecuentes según avanzaba la guerra; aparte de oír sonidos extraños, pitidos, y acaso voces). Parestesia (tenía sensación de hormigueo, adormecimiento de un lado del cuerpo y, al final, hasta parálisis de un brazo). Ataraxia (crisis de languidez en los últimos meses en el bunker. De pronto, todo parecía darle igual y se encerraba a solas, muy tranquilo, indiferente, convertido en lo contrario del hombre nervioso que era habitualmente). Tabes dorsal (pérdida de equilibrio y de reflejos a causa de la falta de mielina, necesaria para los impulsos nerviosos. Es famosa la anédota de que Hitler, en 1945, ya no podía ni andar en línea recta sin irse de lado aún llevando bastón)... y un largo etcétera.

Y llegó el momento, pues, de convertirse en invisible. Ernst Udet fue hasta su apartamento y recogió a su Bull Dog. Hablaron largo rato, mientras el coronel general bebía una copa tras otra, ambos sentados en el suelo.

— Tú puedes verme todavía, ¿no es verdad? Debo despedirme de todos aquellos que aún me pueden ver porque hoy dejaré de ser visible. Y tú eres el primero de aquellos a los que voy a decir adiós.

El Bull Dog le lamió una mano.

—Sabía que tú me entenderías —replicó Udet.

Llevó a "perro" a casa de su nueva novia, Inge Bleyle.

— Te regalo a "perro".

—Tú le tienes mucho más aprecio que yo. Te lo llevas todos los días a pasear y…

—Por favor, Inge.

La mujer se encogió de hombros y tomó la correa del animal. Estaba saliendo con uno de los hombres más famosos de Alemania. Tenía que aguantar sus excentricidades a cambio de un poco de fama, de glamour, de que se le abrieran las puertas de los mejores locales y restaurantes de Alemania. A aquellas alturas, lo encontraba ya una cosa natural. Aunque comenzaba a cansarse.

Por la tarde, después de pasear al animal, mientras se vestía, Inge encontró a su novio especialmente abatido. Había tomado asiento junto al mueble bar y bebía un vaso tras otro de brandy, en silencio. Cosa rarísima en Udet, que era un conversador compulsivo.

—¿Estás bien, Ernst?

—Sí, nunca había estado mejor —repuso éste, acariciando la botella de brandy—. Me estaba despidiendo de este viejo amigo. Hoy es la última vez que vamos a estar juntos y, al igual que con "perro", me preparo para el adiós.

Inge meneó la cabeza y término de ponerse un vaporoso vestido blanco de encaje y un sombrero a juego. Le pidió ayuda a Udet para que le subiera la cremallera y este acudió haciendo eses y apestando a alcohol. Casi la tiró al suelo un par de veces, pero al final lo consiguió.

Se fueron a cenar a casa unos amigos. Tenían dos hijos, en presencia de los cuales Udet recobró el buen humor y su verborrea habitual. Luego de la cena, jugó con ellos hasta después de anochecer. Hizo sus habituales malabarismos con palos y platos. Les enseñó a los niños a hacer maquetas de aviones y, mientras los adultos estaban sentados a la mesa, se rió a carcajadas contando anécdotas de su propia infancia.

—¿No habéis pensado en tener hijos? —le preguntó su amiga a Inge.

—No, por Dios. Yo aún soy muy joven.

Tenía sólo 21 años y el gran as del aire de la Luftwaffe era para ella un divertimento y poca cosa más, un hombre famoso que la llevaba a las mejores fiestas y la deslumbraba con regalos. Jamás tendría un hijo con él, especialmente porque, en el fondo de su corazón (y acaso no tan al fondo), sabía que aquel hombre estaba perturbado. Un perturbado maravilloso, seguramente, pero ninguna mujer en sus cabales quiere como esposo y padre de sus hijos a alguien que no están sus cabales, por mucho que sea un famoso as del aire.

Cuando los niños se fueron a la cama, Udet se agenció una botella de brandy. Quedaba poco y se la acabó, llenando un vaso completo y tomándose un trago.
—Adiós, brandy, querido amigo.
Y besó la botella de forma ruidosa. Todo el mundo, Inge incluida, miraron a otro lado. Hacía tiempo que las excentricidades de Udet habían llegado a un punto que nadie le llamaba jamás la atención al coronel general: se limitaban a imaginar que no hubiera sucedido.
Ernst y su novia tomaron el coche para volver a casa. Udet volvía a estar taciturno y prácticamente no dijo una palabra hasta que llegaron al apartamento de la muchacha.
—Debería haber sido un hombre normal y tener hijos en lugar de ser un aviador, un militar, el jefe de la oficina técnica, sea lo que demonios sea eso —le reveló a Inge, que en aquel momento estaba pensando en un vestido drapeado de flores rojas que había visto en una tienda del centro.
—Oh, sí, claro —contestó ella, sin saber realmente de qué le estaban hablando.
—¿Tú tendrías un hijo conmigo? —le preguntó entonces Udet, interrogándose al tiempo a sí mismo acerca de si tener descendencia le otorgaría de nuevo substancia, si acaso el tener un hijo y volver a poner los pies en la tierra, le devolvería al mundo de lo visible.
Era la segunda vez en aquel día que le preguntaban a Inge por la maternidad. A ella le repugnaba la idea de verse atada a un bebé a su edad y respondió, de forma un tanto brutal:
—No. Nunca. Yo no quiero tener hijos.
Udet bajo la cabeza y se miró la mano derecha, que él veía translúcida y su novia completamente normal.
—No quieres tener hijos conmigo.
—Llámalo así si lo prefieres —repuso Inge, un tanto cansada de aquel tema.
Udet salió del vehículo y dio la vuelta para abrir la puerta de su acompañante.
—Dale recuerdos a “perro”. Es un buen muchacho. Cuida de él como se merece.
—Lo haré. No te preocupes.
Se despidieron sin ni siquiera darse un beso. Udet arrancó en primera, pisando el acelerador y marcando ruedas en el asfalto. Su coche era un Jaguar SS100, un vehículo inglés, especialmente modificado para Udet, que superaba los 120 kilómetros hora. Como amaba la velocidad, corrió como enloquecido por las calles de Berlín hasta su propio apartamento. Allí volvió a despedirse del brandy. En realidad de dos botellas enteras de brandy. Luego se tomó una tableta entera de anfetaminas.
De madrugada, llamó a Inge y la despertó:
—Me estoy volviendo invisible, cariño. Por un lado, me gusta la idea de desaparecer pero, al mismo tiempo, tengo miedo. Nada tiene sentido ya.
Inge comenzó a insultar y a despotricar al otro lado de la línea a un estupefacto Udet.
—¡Estoy harto de tus locuras! Creo que no deberíamos vernos en un tiempo.
Y colgó. Udet, sólo en su piso, desamparado, rompió a llorar.

Al día siguiente, fue ingresado en un psiquiátrico. Y es que una vez decidió que por fin era invisible, descubrió que no podía dormir. Pensó que probablemente era un efecto secundario de su nueva condición de entidad incorpórea pero, tal vez, sólo tal vez, fuera debido a las anfetaminas.

Tuvo varias crisis de hipomanía y estuvo limpiando su habitación y recolocando sus condecoraciones durantes 22 horas seguidas antes de que unos hombres con una camisa de fuerza vinieran a buscarle.

Luego de su estancia en el psiquiátrico, ya nadie le tomó en serio. Incluso sus amigos del restaurante Horcher, aunque seguían riéndole las gracias, le miraban en secreto con desaprobación. Y no sólo porque dudasen de su equilibrio mental. Sucedió que otro de sus proyectos, el caza pesado ME 210, resultó otro fiasco aún mayor que los anteriores. Hubo que cancelar su producción después de que se demostrase que era inestable y matase a una docena de pilotos de pruebas (incluyendo otros fracasos de Udet, morirían más de 60 pilotos de pruebas en modelos defectuosos).

Udet había dado orden de construir el ME 210 sin mirar ni siquiera las especificaciones. Confiaba a ciegas en la marca Messerschmitt y pensaba que todos los aviones "ME" iban a ser maravillas como su amado ME 109.

Entretanto, los pilotos alemanes morían a centenares en el cielo británico. La Batalla de Inglaterra fue una dura derrota para la Luftwaffe. Y Udet, entre insultos y menosprecios de Goering, se echaba la culpa de la muerte de aquellos jóvenes pilotos que se parecían tanto a él 20 años atrás.

Poco a poco, Erhard Milch fue quitándole atribuciones y poder en la Fuerza Aérea. Finalmente, Udet perdió la oficina técnica y sólo le quedó la producción de aviones. Precisamente lo que más odiaba, porque era una tarea completamente burocrática.

Comenzó a beber más, a drogarse más, a comer sin medida hasta tener bajadas y subidas de tensión que estuvieron a punto de matarle un par de veces.

Una noche, un Udet completamente borracho y drogado se paseó por su apartamento durante una hora hablando con el hombre de hierro. Así es como llamaba a Goering, a aquel gigante que le había elevado a dignidades en el Reich que Udet no había podido asumir.

Udet, en realidad, estaba sólo en su piso. Goering ya no le llamaba a su presencia y la Gestapo le estaba investigando. Se decía que el propio Hitler había ordenado que se investigase si Udet escondía algún trapo sucio para meterle en prisión. Querían castigarle por su incompetencia. Y esta vez no era paranoia.

Además, se rumoreaba que estaban a punto de cesarle también en su cargo de director de producción de la Luftwaffe.

—¡Hombre de hierro, no me abandones! No me traiciones poniendo a Milch en mi lugar.

Pero el hombre de hierro no estaba allí, Goering estaba disfrutando de un momento de descanso en el tren Asia, sumergido hasta la cintura en su bañera particular, luego de haber comprado un óleo de Rubens: Diana y sus Ninfas Cazando. Viajaba de regreso al Carinhall, y no paraba de pensar en qué estancia iba a colocar su nueva y flamante adquisición. No gastó ni un sólo pensamiento en su antiguo

camarada. Ya no le importaba.
A las dos de la mañana, Udet volvió a llamar a Inge, con la que había vuelto a cortar después de un par de rupturas y reconciliaciones. Le había prometido que no volvería a cometer locuras y, en especial, que no volvería a hablarle de su invisibilidad. Pero no fue capaz.
—Quiero que sepas que no puedo aguantar más esta progresiva falta de substancia. Ojalá pudiera volver a ser visible para todo el mundo. ¡No, no me cuelgues todavía! He llamado para informarte de que me voy a disparar. Te digo adiós. Me están persiguiendo y no puedo seguir hablando.
Nunca quedó claro quién o qué le estaba persiguiendo, si el hombre de hierro, o la Gestapo o si, como Hitler, había comenzado a ver demonios de la mente que le hablaban y le arrastraban hacia la invisibilidad.
Inge llamó entonces a Udet, aterrorizada, y éste tuvo aún fuerzas para coger el teléfono una última vez. Dijo, tan sólo:
—Dile a "Pili" Korner que ejecute mi testamento —Paul Korner ("Pili" para los amigos) era el secretario de estado de Goering y Udet confiaba mucho en su diligencia en todas las tareas.
Inge comenzó a hablar dulcemente a Ernst, intentando convencerle de que no se suicidase.
—¡Escúchame! ¡No lo hagas! Voy a ir ahora mismo a tu casa. Ernst, amor, ¿estás ahí?
Pero Udet había dejado el teléfono sobre un almahadón. Estaba a punto de comenzar una última tarea, un último dibujo:
En el cabezal de la cama, con un pintalabios que se había dejado su novia en el apartamento, escribió: "Me has abandonado, Inge. ¿Por qué? Milch, falso amigo, eres un bastardo. Hombre de hierro, ¿por qué me has traicionado? Tú y sólo tú eres el responsable de mi muerte".
Y entonces apoyó su pistola en el paladar después de metérsela profundamente en la boca. Contuvo una arcada. Pensó en el olor del aire a 3000 metros de altura. En lo libre que se sentía cuando pilotaba un avión en 1916, durante la primera guerra mundial. Era practicamente un adolescente y no sabía nada del mundo, de lo que le esperaba. Por eso fue tan feliz.
Apretó el gatillo. Ahora, por fin, era invisible.

Y así, convertido en un ser invisible, en un espíritu, pudo tener una visión de conjunto de todo cuanto estaba sucediendo. Acertó a entender que la segunda guerra mundial era una enorme caja de pandora de la que manaban todas las cosas malvadas de este mundo. Una caja de Pandora que Hitler había abierto sin saber que su Gran Alemania también acabaría también siendo una víctima de la infinita destrucción que se avecinaba.

Vio 70 millones de muertos diseminados en varios continentes, la juventud de medio mundo, una generación entera, devorada por las ansias de pasar a la historia de ese hombre enfermo y megalómano. Y sintió pena por el mundo que estaba destruyendo.

Descubrió que aquella historia había comenzado con un suicidio frustrado, el de Unity Mitford, la amante inglesa del Führer, y acababa con uno que se consumó: el suyo. Se apiadó de aquella mujer que no pudo alcanzar el estado de invisibilidad, de paz y de Gracia, que él ahora disfrutaba,

Aguzando la vista, o lo que fuera que poseía aquella entidad extracorpórea en la que se había convertido, divisó entre las brumas del otro mundo al Gran Mariscal Goering, con gesto contrito, informando al pueblo de la muerte del coronel general Ernst Udet. Por una de esas ironías del destino, los altos mandos del Reich decidieron mentir y hacer público que había muerto en un vuelo de prueba. Udet, que con su incompetencia había causado la muerte a tantos pilotos de prueba durante la evaluación de los nuevos modelos de la Luftwaffe, oficialmente había muerto en un accidente como los que había ayudado a provocar. Si hubiese tenido labios, boca y garganta se hubiera echado a reír.

Luego volvió la vista y contempló los rescoldos humeantes de más de 1500 aparatos alemanes caídos sobre territorio británico. La batalla de Inglaterra terminaría con una severa derrota. Aunque los valientes pilotos alemanes causarían estragos en el enemigo, éste renacía una y otra vez, irreductible como su Primer Ministro, ese hombre (verdaderamente de hierro) llamado Winston Churchill.

Y Goering, el falso hombre de hierro, montó en cólera, y acusó a la Luftwaffe entera de cobardía. En una ocasión reunió a los líderes de la aviación y les preguntó qué necesitaban para ganar de una maldita vez a los ingleses.

—Mejores aviones de escolta —opinaron unos.

—Una versión con motores más potentes del ME 109 —sugirió Moelders, uno de los mejores amigos de Udet y el primer as del aire alemán que llegó a los 100 derribos (casualidades del destino, Werner Moelders moriría en un accidente de aviación en Schmiedefeld cuando regresaba del frente ruso para presentar sus respetos a la tumba de su amigo Ernst).

—Pues yo quiero que se me entregue un regimiento de Spitfires ingleses. Sólo así podremos derrotarles.

El que había hablado en esta ocasión era Adolf Galland, el mismo hombre al que Udet viera cómo se le condecoraba en el faro de Cap Gris-Nez, en Calais, poco antes de ingresar por primera vez en un psiquiátrico.

La respuesta dejó a Goering sin habla. Abandonó la reunión a grandes zancadas.

El Spitfire había ganado la Batalla de Inglaterra. Los alemanes, antes de la aparición de ese aparato habrían tenido suficiente con los ME 109 para vencer al resto de modelos ingleses. Pero el Spitfire era lo bastante bueno para aguantar e incluso a menudo derrotar a cualquier modelo de la Luftwaffe.

No había nada más que hacer. Inglaterra jamás pediría el armisticio y la guerra mundial continuaría hasta el fin del Tercer Reich.

Udet miró más allá y, vio que, en efecto, la guerra proseguía. Distinguió a Himmler, hasta entonces en la sombra, cobrando protagonismo y haciéndose poco a poco el hombre fuerte del régimen.

Y a Goebbels, el ministro de la propaganda, intentando engañar al pueblo y ocultarle las derrotas nazis.

Y también a Rudolf Hess, el jefe del partido nazi, realizando un vuelo absurdo que pasaría la historia.

Y vio a Reinhard Heydrich, convirtiéndose un hombre terriblemente poderoso y enfrentándose a un enemigo inesperado llamado antropoide.

Y a Lina Heydrich, una mujer extraña y contradictoria que protagonizaría una de las historias más extrañas de la guerra.

Desde su invisibilidad, Udet lo contempló todo y lo entendió todo. Viajó hasta el Berghof y sintió lástima por Hitler, que poco a poco iba convirtiéndose en un anciano senil y tembloroso a causa de su enfermedad. Pero no, Hitler no merecía lástima.

—Si Udet no se hubiese suicidado, le habría hecho matar —le oyó decir.

Según avanzaba la guerra, fueron muchos los que postularon que los errores de Udet habían sido los causantes de las derrotas del Reich. Hitler, fuera de sí, llegó a pronunciar hasta en dos ocasiones aquella frase. Hasta él ensuciaba la memoria del ya difunto as del aire, en lugar de reconocer que enfrentarse a todas las naciones del mundo era la causa primera y principal de la derrota. La arrogancia del Führer es lo que en verdad causó la ruina de Alemania y de sus ejércitos.

No, aquel hombre sin alma no merecía piedad ni compasión por parte de nadie, aún menos de un espíritu.

Pero, ¿y Eva Braun? ¿Eva la merecía? Seguramente tampoco. ¿Quién era en realidad aquella muchacha bávara que hacía deporte y fotografías constantemente? Udet la siguió mientras jugaba con sus perros, que correteaban por aquella enorme mansión en la montaña y...

Se fijo en los perros, los dos terrier escoceses de Eva: Stasi y Negus. Posteriormente fijó su vista en el pequeño Stasi, que estaba tumbado mostrando la barriga mientras se comía una rodaja de salchichón. Pensó en lo extrañamente importante que sería un día aquel gesto del perro. Y finalmente rió, aunque no pudiera hacerlo, rió hasta desternillarse, porque no hay nada más hilarante que conocer el futuro cuando ya no existes.

Y su risa se convirtió en carcajada cuando vislumbró un atisbo de la forma que en el Führer sobreviviría al Tercer Reich: un truco de prestidigitador que ni él mismo habría podido imaginar. Qué listo y manipulador acabaría siendo Otto Weilern. Había tenido buenos maestros y, en la hora final, sería capaz de engañar a todo el mundo: a los alemanes y los rusos, a vencedores y a vencidos. Hasta al propio Hitler.

Y es que, por fin, antes de desvanecerse del todo, había fijado la vista en los dos conspiradores, en Schellenberg y en Canaris y, a través de ellos, en el “señor teniente Otto”. Pudo ver cómo y por qué Hitler lo eligió en 1922 y, mirando un poco más allá, una ola de asesinatos que en el futuro tendrían

lugar a causa de todo aquello. Luego se fijó más detenidamente en el señor teniente, y de un vistazo repasó toda su vida, desde su nacimiento y su infancia en el primer hogar Lebensborn. Pudo seguir todo el proceso hasta el momento en que entraba en el campo de concentración de Mauthausen y le convertían en un monstruo. Y entendió su venganza, la forma en que castigaría más tarde a los que le habían utilizado. Aquello le pareció bien y justo.

Se desvanecía, contempló por última vez su mano y esta vez no era desvarío: se diluía en la nada, se tornaba humo. Estaba desapareciendo, en breves instantes no recordaría cuanto había aprendido de la Segunda Guerra Mundial, ni su incompetencia en la oficina técnica de la Luftwaffe, ni su vida pasada como as del aire y famoso triunfador en la Gran Guerra de 1914.

Pronto no sería nada.

Ernst Udet se disipó, haciéndose uno con el viento, emprendiendo un viaje a través de los cielos. Volvía a ser feliz, planeando libre, entre las nubes, su verdadero elemento.

Un lugar maravilloso que nunca debió abandonar.

EPÍLOGO:

HEMOS CAPTURADO A EVA BRAUN
(12 de mayo de 1945)

Laurenti Beria termina de apilar toda la información que ha reunido sobre los dos primeros años de la guerra mundial. Ha finalizado sus investigaciones sobre Hitler y su entorno, llegando justo al momento en que estaba a punto de estallar la Gran Guerra Patriótica entre la URSS y Alemania. Hojea de nuevo algunas páginas, en especial todo lo relacionado con la neurosífilis que padecía el Führer. Con deliberada parsimonia, añade a su legajo las notas manuscritas de Otto Weilern. Por fin, cierra la carpeta. Lleva horas, tal vez días, leyendo aquel caudal interminable de datos, batallas, biografías, conversaciones e información diversa, pero aún está lejos de saber qué fue de Adolf Hitler y de Eva Braun.

Nadie se cree que hayan muerto. ¿Un suicidio doble? ¡Por favor! Hitler fue cabo de enlace en la primera guerra mundial y todo el mundo sabe de qué pasta están hechos esos valientes que saltaban de trinchera en trinchera llevando las órdenes de sus superiores. Adolf puede ser un criminal y monstruo pero no es un cobarde. Jamás se suicidaría. Beria lo sabe y, lo que es peor, Stalin también.

Por ello, el único objetivo de Laurenti es hallar a Hitler y a Eva Braun: vivos y cuanto antes mejor. Quiere llevarle a Stalin las cabezas de ambos en una bandeja de plata y ganarse su aplauso y su agradecimiento. Una vez más.

De todo el entorno del dictador, Beria es el único de la región de Georgia. Ambos tienen mucho en común y a menudo hablan en su lengua en las reuniones de estado sabiendo que el resto no les entienden. Son almas gémelas, ambos unos psicópatas paranoicos y vengativos.

Laurenti se quita las gafas y se masajea el puente de la nariz. Lleva demasiadas horas inclinado sobre aquellas hojas y todavía no ha sacado nada en claro. Tiene miedo de defraudar a su alter ego Stalin, que hace menos de media hora le ha llamado:

—Confío en ti plenamente. Eres mi Himmler particular.

El dictador ruso llama a menudo a su jefe de la policía secreta "mi Himmler particular". La frase no es casual ya que ambos, entre sus muchas atribuciones, tenían el control de la policía secreta, la inteligencia y la represión interna. SS, Gestapo, NKVD, da igual cómo se les llame: todo es lo mismo. Además, Himmler y Beria hasta tienen cierto parecido físico. Comparten la tez pálida, una cierta (y falsa) apariencia de hombre insignificante, poco pelo y pequeñas gafas de bibliotecario.

Pero al fiel Laurenti no le gusta aquella comparación, por más que sepa que en labios de Stalin (que admira en secreto a los nazis) es un halago. No le gusta que le comparen con un alemán, ya que los odia profundamente.

La propaganda rusa contra Alemania ha sido tanto o más efectiva que la del doctor Goebbels en el bando nazi. Si los eslóganes arios insistían en que los eslavos eran inferiores subhumanos, los soviéticos han fomentado entre la tropa un rencor absoluto contra todo lo alemán, hasta que han acabado considerándolo un veneno, una infección a erradicar del planeta tierra. Los soldados han avanzado desde los Urales cantando a voz en grito los poemas de Konstantin Simonov u otros muy parecidos de diversos autores sovéticos: "¡Matadlos! ¡Matadlos! Mata a un alemán cada día. Mátalo pronto. Cada vez que veas uno, mátalo. Un día sin un nazi muerto es un día perdido".

Hasta la cúpula del partido comunista y del Politburo, a los que pertenece de forma destacada Beria, han terminado por interiorizar aquellas consignas que ellos ordenaron lanzar sobre el pueblo y la

soldadesca. Ahora odian también de forma cerval y categórica cualquier cosa que apesta a esos malditos germanos que les han causado millones de muertos.
Porque ese es el terrible precio que ha tenido que pagar la Unión Soviética para ganar la guerra.
Laurenti Beria se levanta de su mesa de trabajo y coge un ejemplar del Tägliche Rundschau, un periódico al servicio de la Unión Soviética que está a punto de salir a la calle en alemán. Un diario con el que va a comenzar la particular visión soviética de lo que es hacer propaganda sobre la población civil. En él no se habla, por supuesto, de las marchas forzadas de los prisioneros alemanes que están caminando en ese momento desde Prusia hacia Siberia. Más de 4000 kilómetros sin apenas comida y ropa de abrigo que dejarán en el camino a 1 millón y medio de hombres, incluyendo los que morirán en cautividad.
Pero Otto Weilern tiene más suerte. Está en una cómoda celda en la central de la Smersh en Magdeburgo. Come tres veces al día, escribe sin pausa en su diario y sigue dándole a Beria las pistas que necesita para encontrar a Hitler. Pero se las da poco a poco, a su manera, y sigue asegurando que no sabe dónde está el Führer ni su esposa.
Por lo visto, Beria tendrá que colocar en persona todas las piezas del rompecabezas si quiere resolverlo.
Viktor Abakumov, el jefe de la contrainteligencia soviética o Smersh, piensa que Otto sabe más de lo que dice y quiere seguir torturándole para sacarle toda la información. Pero Beria cree que aún no es el momento. Además, está esperando la noticia de la captura de otro y muy particular prisionero alemán que tal vez pueda arrojar luz sobre todo aquel asunto.
—¿Señor, ya lo tenemos?
Abakumov acaba de presentarse, sin previo aviso. Debe ser algo muy importante.
—Tenemos al prisionero —repite.
—¿Estáis seguros?
—Por completo. Curiosamente, lo encontré cerca de las oficinas del partido nazi, entre los escombros de una vivienda. Estaba, eso sí, en buen estado de salud. Además, me he tomado la libertad de llevarlo a Berlín y seguir junto al prisionero el rastro que me habíais pedido. ¡Y ha dado resultado!
—¿Os ha conducido hasta ella? ¿La habéis encontrado? ¿A Eva Braun?
—Eso creemos. Si me acompaña, mis hombres nos están esperando para entrar en la vivienda y efectuar la detención de la mujer.
Beria asiente, satisfecho. Y una sonrisa se le escapa entre los labios.

Otto Weilern ve interrumpido su trabajo cuando está comenzando a escribir sobre las semanas que pasó en el campo de concentración de Mauthausen. Cuando Beria y Abakumov entran en su celda, el alemán tiene lágrimas en los ojos.

—Vamos, prisionero. Levántate. Quiero llevarte conmigo a presenciar cierto suceso que creo que te resultará interesante —le ordena Beria.

Otto deja la pluma a un lado pero tarda un segundo en reaccionar. Estaba reviviendo emociones dolorosas y todavía continúa secándose los ojos con el dorso de la mano cuando Abakumov le coge del cuello y lo levanta brutalmente de la mesa.

—Te han ordenado ponerte en marcha, prisionero Weilern. —El jefe de la Smersh, con la mano libre, aprieta fuerte el vendaje que cubre la mano izquierda de Otto, justo donde están los muñones que una vez fueron dedos, los que Abakumov le arrancó el día que se conocieron—. No querrás que nos dejen otra vez a solas para recuperar nuestra amistad, ¿verdad?

Apenas cinco minutos después, una hilera limusinas negras ZIS-101 circulan a toda velocidad camino de Berlín. Detrás de la ventana del vehículo que va en el centro, Otto contempla la devastación más absoluta de su patria. Pueblos enteros ya no son habitables, hay edificios caídos por todas partes. Donde antes había un hogar ahora hay un cráter, o decenas de ellos. Vuelve la vista y contempla los restos ennegrecidos de una casa, entre los que destaca, enigmático, un jarrón en perfecto estado sobre un pedestal y la muñeca de porcelana de un niño, sobre una cama, en una habitación que ya no tiene paredes.

Los vehículos siguen su camino y llegan a Berlín poco después. Lo que una vez fueron jardines o avenidas o lujosas plazas como la Wilhelmplatz, son ahora un campo de batalla. Hay piezas de artillería caídas de lado o rotas en pedazos, proyectiles y centenares de miles de balas que brillan como monedas bajo el sol del verano. Por suerte, ya no hay cadáveres. Ha pasado una semana desde la rendición de Alemania y estos han sido ya recogidos. Muy pronto lo harán también los restos de material bélico. Pero, de momento, hay otras cosas que hacer, cosas más importantes, como evitar que la población civil se muera de hambre y que los rusos sean acusados de un genocidio de civiles. Stalin es un criminal despiadado, pero no quiere parecerlo. Por ello, los rusos están distribuyendo, en los sectores más desfavorecidos, raciones de emergencia para la población con unos pocos gramos de pan, de azúcar o de sal, también algo de café y patatas. Y 25 gramos de carne, poco para una persona pero suficiente para seguir vivo. Sin embargo, como todo en la guerra, es más una maniobra de propaganda que otra cosa, porque aunque en algunos distritos realmente se distribuye esta ayuda, la mayor parte de los berlineses se muere de hambre.

—¿Quieres saber por qué te traemos con nosotros? —le pregunta Laurenti Beria.

Otto se ha vuelto perspicaz con el paso del tiempo. Ya no le sorprende la forma de pensar de asesinos y torturadores.

—Vas a mostrarme algo importante. Te hace gracia que lo vea por alguna razón que descubriré en breve.

Beria se echa a reír. Abakumov le acompaña.
—Quiero, en efecto, que veas con tus propios ojos algo no importante sino decisivo: cómo comienza la captura del matrimonio Hitler.
—Pues entonces has acertado. Me gustará ver cómo lo consigues.
No hay asomo de burla en la voz de Otto. Aprecia demasiado su vida para cometer un error semejante.
El jefe de la policía secreta rusa inspira profundamente, como si reflexionase sobre si el alemán se ha reído de él. Desecha la idea y prosigue:
—¿Acaso creías que esos burdos engaños que nos plantaron en el bunker de la cancillería no iban a engañar? ¿Un doble muerto? ¿Unos cadáveres enterrados un poco más allá y a sólo medio metro bajo tierra?
—Tal vez pasara así —objeta Otto.
—Por favor, teniente. Son dos señuelos. El primero evidente, para que nos pensemos que fue colocado allí para que no buscásemos el segundo. Pero éste también es un señuelo. La tierra estaba removida y los cadáveres tan cerca de la superficie que me extraña que una mano cadavérica no apareciera saludando a los chicos de Viktor cuando comenzaron a batir el terreno buscando pistas.
Viktor Abakumov ríe ahora tan fuerte que la carcajada suena falsa y la detiene de forma abrupta, como pidiendo disculpas.
—Y si los dos son señuelos, ¿qué fue del Führer y su esposa? —pregunta Otto, poniendo cara de inocente, como si no supiera nada de un asunto que sólo él conoce en su totalidad.
El rostro de Beria, apenas un perfil sombrío contra el cristal de la limusina, destaca sobre el fondo, sobre el contorno lunar, cubierto de humo y cráteres, de una nación destruida.
—Espero que hoy demos los primeros pasos camino de descrifrar ese misterio. Y lo haremos gracias a un amigo tuyo con el que hoy te vas a reencontrar.
Otto se encoge de hombros. Le da igual a quién le vayan a presentar de sus antiguas amistades. Ya no le importa nada ni nadie del pasado.
—¡No pongas esa cara! Estoy seguro de que a este amiguito tuyo te va a encantar verlo —tercia Abakumov y, tanto él como Beria se echan de nuevo a reír juntos.
Y Otto vuelve a encogerse de hombros. Ni siquiera les escucha. Toda su atención está puesta en el infierno en la tierra que se ha convertido la antigua capital del Reich.
Una visión dantesca: Una mujer con un cuchillo se ha llevado parte del vientre y de la babilla de un caballo que yace en el suelo. Corre soltando un reguero de sangre tras de sí con al menos cuatro kilos de carne. Luego de un instante de estupor por parte de algunos ciudadanos que pasean entre los escombros, aquellas famélicas mentes reaccionan: ¡cuatro kilos de carne! De pronto, la escena ha cambiado. La mujer está siendo perseguida por una turba que le da alcance, le quita el cuchillo y la mata a patadas para repartirse la carne.
En los jardines del Tiergarten, cerca de donde Schellenberg y Canaris paseaban todos los miércoles, una mujer está muerta y se pudre rápidamente bajo un sol de justicia. Un pelotón entero de rusos la ha violado. Como se negaba a practicar la felación en grupo (y un poco por miedo a que les mordiese partes tan delicadas), le han destrozado los dientes a culatazos. Cuando se desfogaron, la han dejado desangrándose con las piernas y la boca eternamente abiertas sobre un banco, como si fuese una cosa, una vaina vacía sin valor, no una persona que tuvo padres, hermanos y, quizás, hijos.
Pero lo más terrible viene luego. Estamos en los años 40 y muchas personas tienen dientes de oro,

incluso las mujeres. Un grupo de cuatro hombres, ladrones de cadáveres, están arrodillados en torno a la víctima, buscando los dientes que le partieron los rusos, hasta el más pequeño fragmento. Y encuentran su trofeo: dos de los dientes son de oro. Al poco se van contentos adentrándose en el Tiergarten a la búsqueda de nuevas mujeres violadas y abandonadas por los rusos, estén o no muertas. Son los últimos días de la violación en masa de mujeres alemanas por parte de los soldados soviéticos. Pronto comenzará un control más férreo (tampoco demasiado) de estos excesos; los soldados saben que deben aprovechar a fondo su derecho de pernada antes de que comiencen a ponerles limitaciones.

—¿Vuelves a llorar, Otto? ¿No te gusta cómo ha quedado tu país gracias al Führer?

Laurenti Beria, hasta el momento, ha sido muy amable con el teniente Weilern. Mientras lo ha necesitado. Pero ahora tiene la sensación de que está a punto de alcanzar la resolución del misterio y encontrar a Hitler y Eva Braun. Ya no tiene necesidad de ser amable con Otto. Todavía no ha mandado que Abakumov le torture y le siga arrancando dedos, primero tiene que estar seguro de están realmente tras el rastro de los fugados, pero comienza a acariciar la idea de matarle en persona. Beria, al igual que su lugarteniente, es un gran admirador del desmembramiento, aunque todavía más de una aproximación psicológica. Volver locas a las personas a las que atormenta es su mayor afición.

—Ya llegamos —informa en ese momento Abakumov.

La limusina negra se detiene. Dos oficiales de la Smersh sacan a Otto violentamente del coche y lo llevan a empujones por la calle, mientras Laurenti y Viktor, detrás de él, ríen de alguna broma privada. Otto no reconoce el lugar, y le cuesta acostumbrarse a que la policía secreta o los servicios de inteligencia vayan de uniforme. Tanto los hombres del contraespionaje de las SS de Schellenberg como la inteligencia militar de Canaris, vestían de paisano. Pero la NKVD rusa forma parte de la estructura divisional de sus ejércitos. Dentro de cada división hay pelotones de la Smersh y, por tanto, cada grupo tiene su propio uniforme, distintivos e insignias a pesar de formar todos parte de la misma organización.

Una forma de hacer las cosas muy rusa.

Pero todas estas ideas desaparecen de su mente cuando llegan a un bloque de edificios medio en ruinas.

—Ahí tienes a tu amigo —le anuncia una voz a su espalda. Es Beria, que ha hablado en un tono de sorna que a Otto no le pasa desapercibido.

Y su amigo, que estaba acurrucado, aterrorizado detrás de los soldados que montaban guardia, se levanta tembloroso y acude hacia él a toda velocidad. Por un momento ha dudado de su realmente era Otto. Después de todo, todavía está traumatizado por el influjo espantoso del hambre y todas las experiencias vividas. Pero cuando comprende que es su amigo se lanza a la carrera con toda la fuerza de sus patas.

—¡Stasi! —grita Otto Weilern.

El pequeño terrier había nacido príncipe y, como tal, vivía en un palacio. Y el Berghof era el lugar donde habitaba el pequeño príncipe Stasi. Desde el día de su nacimiento, él y su hermano Negus lo habían tenido todo. La mejor comida, los mejores cuidados, unos amos buenos y cariñosos que les idolatraban, un montón de servidumbre y una montaña entera, la de Berchtesgaden, para correr a su antojo.

A quién más amaba Stasi era a Eva Braun. Junto a su hermano, la cuidaban día y noche. La acompañaban por las diferentes estancias del "palacio" y hasta dormían delante de la puerta de Eva, montando guardia hasta que ella se levantaba. Con el paso del tiempo, se hicieron amigos de muchos visitantes del Berghof, pero sobre todo de un joven que comenzó a pasar largas temporadas allí cuando ellos eran un poco más mayores. Se llamaba Otto Weilern y siempre estaba con ellos y con Gretel Braun, la hermana de su ama Eva. Jugaban, reían y disfrutaban de la vida todos juntos como los mejores amigos.

Corría ya el año 1943, o principios de 1944, pero ellos no sabían calcular el tiempo en medidas humanas. Sólo eran dos terriers adultos que disfrutaban de una vida regalada. Stasi y Negus pensaban que aquella nunca cambiaría y eran muy felices. Todo lo feliz que puede llegar a ser un perro y eso es mucho, tal vez incluso más de lo que puede llegar a ser feliz un humano.

Pero todo eso se acabó cuando llegó el miedo, los disparos y las explosiones. Los dos terriers aprendieron a oler el pánico de las gentes del palacio y entendieron que los buenos tiempos habían terminado.

Porque un día comenzaron a llover bombas sobre el Berghof. Los habitantes del mismo, los guardias, los trabajadores, incluso sus amos, estaban cada vez más nerviosos, irascibles, atemorizados... y llegó el día que Adolf y Eva se marcharon del palacio del Berghoff dejando solos con la servidumbre a Stasi y a Negus, los dos pequeños terrieres escoceses que se creían príncipes.

Una mañana aciaga, una de aquellas bombas destruyó una pared junto a la terraza. Detras de ella, estaban tumbados los dos perros, intentando huir del fragor de los bombardeos aliados. Negus murió de inmediato, y Stasi, aterrorizado, cubierto de yeso y cascotes, pero indemne, huyó del palacio que se había convertido en un campo de batalla.

Recordó entonces que su ama, la maravillosa y dulce Eva Braun, tenía otra casa, a muchos muchos kilómetros de distancia, en un lugar llamado Munich. Había estado allí algunas veces. Podría recordar el camino. Estaba seguro. Así que Stasi inició un peregrinaje de varios días hasta llegar a la Wasserburgerstrasse.

Pero allí no encontró a Eva Braun, ni a sus amigos perrunos que vivían en aquella casa. Por el contrario, había unos hombres vestidos de uniforme llamados americanos, que le echaron a patadas del lugar. Uno de los vecinos le reconoció y le dio comida y algo de beber. Pero tuvo miedo de quedárselo. Después de todo, era uno de los perros de Hitler y el vecino no quería problemas, así

que lo dejó fuera de la casa y cerró la puerta.
Stasi continuó su peregrinaje por una Alemania destruida. En dos ocasiones, humanos muy amables que se parecían a Eva y a Adolf, pero con las barrigas hundidas por el hambre, le llamaron. Le hacían gestos de alegría, gestos cariñosos como en los viejos tiempos en el palacio que albergó a Stasi y a su hermano Negus. Pero vio algo en sus ojos y titubeó. O tal vez fue el olor de la carne cocinada, de los perros que algunos se comían para no desfallecer por el ayuno forzoso y la miseria.
El pequeño príncipe desterrado pasó la siguiente noche en el centro de Berlín en la Chausseestrase, calentito entre los restos de un transporte de tropas agujereado por las balas. Aquel vehículo, con matrícula de las SS, se lo habían dejado un grupo de soldados en el fragor de la batalla. Pero ahora era la nueva casa de Stasi.
Por poco tiempo, ya que a la mañana siguiente los rusos limpiaron de escombros esa zona de Berlín hasta la calle Friedrichstrasee. Stasi se vio forzado a a abandonar una vez más su hogar y seguir con su viaje hacia ninguna parte
Dos días después comenzó a ver por todas partes, a aquellos mismos hombres, los rusos, llamándole a voz en grito. Reconoció su nombre en los labios: “Stasi” aunque lo pronunciaban con un acento diferente. Al menos un centenar de soldados soviéticos fueron en Berlín y en Munich a la caza de Stasi, las dos últimas localidades donde se rumoreaba que se le había visto. Todos llevaban salchichas en la mano y llamaban al perro.
Por supuesto, acudieron a su llamada centenares de perros, acuciados por el hambre, como el resto de la población de Alemania, oliendo aquellos trozos de sabroso embutido soviético. Pero Stasi, que se había vuelto desconfiado a fuerza de golpes, aguantó hasta que su estómago dijo basta. Entonces, desnutrido, agotado, no pudo aguantar más y en una calle cualquiera, cuando uno de aquellos soldados gritaba su nombre, le salió al paso. Llevaba el rabo muy bajo por el miedo pero la punta temblaba y se movía amistosa. Ojalá aquel fuese un buen humano.
Tuvo suerte. Al menos en ese momento. El soldado le dio de comer las 5 salchichas que llevaba y acarició al perro. Le gustaban mucho los animales. Se llamaba Viktor Abakumov.
Pero luego vinieron las voces de mando, aparecieron más soldados rusos y se llevaron al perro por diferentes calles. Le dieron de comer hasta que se hartó, pero luego le obligaron a trabajar, a oler rastros, a entrar y salir de diferentes edificios que tenían en unas listas. La Smersh había confeccionado una lista posible de escondrijos los diferentes líderes nazis: casas de familiares, casas de amigos, casas de antiguos sirvientes y lugares a los que acudían en ocasiones.
Stasi podría haber estado haciendo ese trabajo días enteros, tal vez semanas, sin ningún resultado, pero la suerte quiso que, a las dos horas, Stasi oliese un rastro en una vivienda en la Friedrichstrasse, muy cerca de la estación de metro de la Kochtrasse. Curiosamente, se hallaban a menos de diez minutos andando del transporte de tropas destruido de las SS donde Stasi había pasado la noche unos días antes.
Los rusos le hiceron perseverar en aquel olor conocido, caminaron arriba y abajo de la calle hasta que Stasi estuvo seguro que era el olor de una de las personas que más amaba en el mundo. Entonces se puso a chillar, casi histérico, rascando la madera de una puerta. Inmediatamente se tiró al suelo y enseñó su barriguita, tal y como le habían enseñado. Y entonces Abakumov se inclinó y le acarició la cabecita:
—Muy bien, Stasi. Muy bien.
Y desde entonces, el pequeño príncipe aguardaba la vuelta del ruso amable que le había dado las

salchichas, sentado delante de la casa donde había olido el rastro. Soldados soviéticos le custodiaban. Uno de ellos lo tenía cogido con un collar muy corto que a Stasi le hacía daño en el cuello.
Pero no se quejó. Y siguió esperando.
Abakumov regresó por fin en compañía de un hombre calvo de gafas y de alguien al que reconoció al instante. Stasi echó a correr, liberándose de la correa que le tenía sujeta de un estirón, y se lanzó a los brazos de Otto Weilern. Ambos chillaron, esta vez de alegría.
El pequeño príncipe volvía a encontrar a otro de los miembros de su clan, al primer miembro de su familia perdida luego que las bombas le arrojasen del palacio que un día les albergó. Poco a poco, estaba seguro, los recuperaría a todos.
Y el Berghof volvería a ser lo que fue, un lugar maravilloso.
Aunque tal vez se equivocara por, al fin y al cabo, sólo era el sueño de un perro.

—¿Aquí es? —pregunta Beria.
—Sí. Esa de ahí enfrente es la casa —responde Abakumov—. Creo que en ella se esconde Eva Braun. El perro ha hecho el gesto que esperábamos.
La Smersh ha interrogado a diferentes supervivientes del bunker y del Berghof y conoce el gesto de Stasi, aparte de muchas otras anécdotas de la vida privada de los Hitler. Cuando su ama, Eva Braun, está cerca, Stasi se da la vuelta y coloca la espalda contra el suelo, mostrando su barriga, esperando que su ama le de un “gajito”, un trozo de salchichón o de salchicha. Es un movimiento aprendido que, todos los testimonios estaban de acuerdo, sólo hace ante Eva.
Otto, por el contrario, en lugar de impresionarse por la afirmación de Abakumov, contempla el gesto del perro y su barriga sonrosada. Sonríe:
—Vaya, era eso —dice, sencillamente.
Abakumov en persona da una patada a la puerta y un grupo de soldados de la Smersh penetra a toda velocidad en la vivienda. No quieren que Eva Braun tenga tiempo para escapar o, lo que es peor, suicidarse de verdad en lugar de la farsa que tuvo lugar en el Bunker.
Las siguientes escenas son de una confusión absoluta. Un niño bastante crecido, de unos 12 años, sale de la cocina del primer piso y, antes de que pueda ni siquiera levantar los brazos, una bala le atraviesa la cabeza. Detrás de él, una mujer mayor se arrodilla y comienza a gritar su nombre:
—¡Frank!, ¡Frank! ¡Hijo mío!
Abakumov le da una bofetada. Ella estira una mano hacia la cocina, donde se hallan otros dos niños pequeños, pidiendo piedad a los soldados soviéticos que los zarandean preguntando dónde está la nazi a la que tienen escondida.
—Sólo queríamos ayudarla. Sólo eso —llora y habla la mujer, que comienza a dar explicaciones balbuceantes a un sargento de la Smersh, que habla perfectamente el alemán y se queda atrás para interrogarla.
Quince pares de botas claveteadas suben por la escalera a toda velocidad registrando el resto de las habitaciones de cada planta.
—Aunque nuestra familia es de Innsbruck —explica la mujer—, una parte vinimos a Berlín hace un tiempo. Ella es prima nuestra y, cuando llegó aquí en ese estado tan lamentable, tuvimos que ayudarla. ¡Por favor, no nos maten! ¡Sólo queríamos echar una mano a la pobre! Ya sabemos que estaba con Hitler en el Bunker pero ella no tiene ninguna culpa.
Beria lanza a Otto una mirada triunfal pero éste se encoge de hombros.
—No es Eva, anuncia, tranquilamente. Por muchas razones, pero la principal es que la familia de Eva es bávara, no son tiroleses de Innsbruck.
Los ojos del jefe de la policía secreta rusa se inyectan en sangre y sube saltando de dos en dos los escalones hasta la tercera planta, donde hay alguien encerrado en una habitación que da a la calle. Se escuchan gritos desde el interior. Un aullido incomprensible.

—Ha colocado una cómoda y otros muebles delante de la puerta y trata de impedir nuestro paso —le anuncia Abakumov, que lidera el grupo de asaltantes.
—¡Pues derribad la puerta de una maldita vez! ¿A qué estás esperando? —ladra beria.
A un gesto de Abakumov, dos rusos lanzan sus hombros contra la puerta en varias ocasiones hasta que ésta se parte por la mitad con un sonido hueco. A golpes y empujones retiran la cómoda y el resto de objetos. Apenas unos segundos después, todos entran en la habitación.
Junto a una ventana, descubren a una mujer de rodillas rezando a una figura de San Jorge que descansa en una mesita baja. Lleva un sencillo vestido de tela basta y tiene la cara vendada. Sólo pueden distinguirse unos labios apedazados y unas pestañas largas.
—¿Como te llamas? —pregunta Beria en alemán.
La mujer se vuelve, farfulla algo ininteligible.
—¡Te he preguntado cómo te llamas, maldita puta!
La mujer vuelve a farfullar algo sin sentido y se incorpora desde el suelo. El tono de voz de Beria le ha hecho temblar todavía más. Aquella mujer está en estado de shock, como si...
Otto, después de un instante de duda, descifra lo que está sucediendo. Ha visto durante la campaña rusa a centenares de mujeres violadas por las SS y la Wehrmacht. Conoce ese gesto de terror, esas manos cruzadas sobre el vientre, ese temblor incontrolable de todas las extremidades del cuerpo, máxime al estar delante de unos hombres vestidos con el mismo uniforme que aquellos que te han violado. Luego recuerda a la mujer del parque, la mujer a la que habían destrozado la dentadura a culatazos para obligarla a practicar la felación hasta el infinito. Una costumbre de los soldados rusos, aunque tampoco era algo que no hubiese visto hacer a los soldados alemanes.
Pero el flash de realidad, la percepción de lo que en verdad está sucediendo, no podrá salvar a la muchacha. Otto da dos pasos y se abalanza hacia ella gritando:
—¡Constanze!, ¡Constanze! ¡No te va a pasar nada!
Otto no ha coincido demasiadas veces en su vida con Constanze Manziarly. Durante su estancia en el Berghof, ella era parte del servicio de la casa, una de las cocineras. Nunca hablaron más de dos palabras. Todo aquello, por otro lado, queda muy lejos en el tiempo, más de 3 años, del momento al que ha llegado el diario de la guerra mundial que está escribiendo para Beria. Casi había olvidado aquellos meses en la montaña de Hitler, a la señorita Manziarly y cuantas cosas sucedieron entonces. Pero alguna cosa, un gesto de la muchacha tal vez, o acaso sus hermosos cabellos castaño rojizos, le ha permitido reconocerla aún con la cabeza vendada.
—Constanze. Soy yo, el teniente Weilern. ¿Me recuerdas? Baja de ahí. Te prometo que...
En vano. La cocinera de Hitler está ya subida al alféizar de la ventana. Sus ojos se mueven de forma incontrolable, presas del terror más absoluto. “Ojos danzantes”, hay quien los llama. Ella ya no es capaz de entender nada, de oír nada. Ha perdido la razón. Sólo ve a un puñado de hombres vestidos con la guerrera caqui de sus violadores.
Antes de que Otto pueda añadir nada más, ni siquiera otra torpe frase de aliento para tranquilizarla, Constanze Manziarly ha saltado al vacío.

Unos minutos después, delante de los restos aplastados de la cocinera vegetariana del Führer, Laurenti Beria está recopilando información. Intenta comprender lo que ha sucedido.
—La última vez que se vio a Constanze Manziarly fue a las afueras del bunker en la cancillería del Reich, el día 2 de mayo. Parecer ser que huyó junto a varias secretarías del Führer, pero Constanze fue interceptada por una de nuestras patrullas. Había orden de cuidar al extremo la salud de las personas cercanas a Hitler, pero parece ser que ella no fue reconocida y un pelotón cualquiera de soldados soviéticos, bueno...
Beria indica con un gesto a Abakumov que continúe. La habían violado en grupo, le habían arrancado la dentadura y la habían dejado tirada en cualquier lado pensando que había muerto. Los detalles le traen sin cuidado.
—Hemos recabado información y esta gente de la casa son, en efecto, primos lejanos de la señorita Manziarly. La muchacha, al verse... —Abakumov duda a la hora de elegir sus palabras, ya que los soviéticos oficialmente jamás reconocerán los centenares de miles de violaciones que se produjeron —... al verse "agredida" y sola en Berlín acudió a casa de sus familiares. Algo bastante normal, después de todo. Respecto al perro, por lo visto, nuestra información era falsa o incompleta y ese gesto de mostrar la barriga lo debía hacer con más gente, no sólo con Eva Braun.
Otto, que lleva en brazos al aún tembloroso Stasi, interviene para aclarar ese punto:
—Sólo hacía ese gesto con Eva. Pero Constanze estaba siempre con ella cuando le enseñó a hacer aquella gracia porque le pasaba los trocitos de embutido a la señorita Braun. Acabó haciendo el gesto con las dos, pero sólo con ellas. Supongo que a ambas las consideraba parte del juego.
Beria está enfadado. Menos mal que no ha llamado a Stalin avisándole de que habían capturado Eva Braun o que estaban a punto de hacerlo. Si hubiese cometido un error de tamaña magnitud, podría haber sido su final. Stalin no tolera los errores.
Sin embargo, los días pasan y Hitler y Eva Braun siguen sin aparecer. Y el fracaso tampoco es algo que tolere Stalin.
Los primeros exámenes de los cuerpos hallados en los jardines de la Cancillería no aportan la menor prueba que corrobore que se trata de Eva y Adolf. Es más, Beria ni siquiera se plantea la posibilidad de que aquellos cadáveres sean de los prófugos que anda buscando.
Porque eso es lo que son para él: prófugos de la justicia soviética.
—Tengo una duda —expone entonces el jefe de la NKVD a Otto—. Nada más entrar en la casa me dijiste que no era Eva Braun. ¿Cómo estabas tan seguro?
Otto sigue apretujando entre los brazos al pequeño Stasi, mientras le susurra cosas dulces al oído. Al menos, eso le parece a Beria que está haciendo. Tanto cariño por un animal es algo absurdo y enfermizo, piensa. Pero no le da mayor importancia.
—Eran una familia del Tirol y los Braun son originarios...
—No me vengas otra vez con esa historia —le interrumpe Beria—. Por la forma en que lo dijiste,

incluso por tus gestos, me di cuenta de que sabías desde el principio que no podía ser Eva.
—Fue una Intuición, sencillamente.
—¿Intuición? —En la boca de Laurenti Beria se forma una sonrisa cínica. ¿Dónde ha visto Otto esa misma mueca antes? Ah, claro: Reinhard Heydrich.
—Fue una corazonada. Nada más.
—Tal vez pueda dejarte en una habitación con el amigo Abakumov. Igual tienes una nueva intuición y consigues adivinar dónde están Hitler y Eva Braun.
Otto traga saliva. Sabe que Beria es bien capaz de dejarle a solas con Viktor el "cercena dedos". Se mira la mano, lo que queda de ella.
—Le juro que no sé nada.
—Claro, claro —musita Beria—. Aunque si realmente lo supieras, si me has estado mintiendo desde el principio, eso explicaría por qué sabías que en esa casa no podía hallarse Eva Braun.
Otto sabe que tiene poco tiempo antes de que se lo lleven a rastras para interrogarle. Casi es como si pudera oír el tic tac de la mente de Laurenti avanzando lentamente hacia una conclusión inexorable, cada razonamiento rodando como un engranaje hasta encajar a la perfección.
—No sé de que me hablas.
El teniente Weilern sonríe y vuelve a acariciar a Stasi. Beria lo está mirando con detenimiento, como si fuese una delicada mariposa atrapada en una tela de araña. Tal vez lo sea.
Y entretanto, Stasi se halla cada más nervioso en lugar de más calmado. Se mueve, da pequeños brincos espasmódicos y lanza pequeños chillidos. ¿Qué demonios le está diciendo al oído Otto Weilern? Beria comprende que algo raro esta pasando. Mira con más cuidado y se da cuenta de que, en lugar de acariciarle, Otto está dando ligeros pellizcos en las patas al animal. Y repite una y otra vez algo que parece estar trastornándolo.
Laurenti no es un experto en animales, pero sabe que los perros pequeños son muy nerviosos. Hace un momento, Stasi estaba terrorizado, incapaz de moverse, tan atrapado en su tela de araña como Otto, pero ya no.
Otto está repitiendo una orden y el perro está muy nervioso, listo para la acción. Otto quiere que el perro haga algo y se lo está susurrando una y otra vez al oído. Una y otra vez. Una y otra vez.
Beria comprende tarde que, de alguna forma, se le ha pasado algo importante por alto y levanta una mano para ordenar a Abakumov que le quite a Otto el perro de las manos. Pero el teniente Weilern, un momento antes de que Beria comience a hablar, deja al perro en el suelo.
—¡Ve con Wolf y la mamá a la casa del árbol! —ordena, con voz de mando.
—¡Atrapen al perro! —chilla un segundo después Beria.
Stasi echa a correr. Está tan excitado que recula y se enfrenta a Otto, que le ha estado pellizcando y poniéndole nervioso. Le ladrá, entre enfadado y feliz por estar jugando, entre excitado y queriendo demostrar que él es un macho y nadie le puede pellizcar.
—¡La casa del árbol! ¡Wolf y la mamá! —repite Otto antes de que Abakumov salte sobre él y lo derribe.
Stasi da media vuelta y comienza a descender calle abajo. ¡La casa del árbol! ¡Ahora sabe por fin a dónde ir!
Y sale corriendo como alma que lleva el diablo.
Beria intenta darle una patada pero falla y a punto está de caerse. Dos soldados de la Smersh salen tras el perro. Stasi pasa entre las piernas de un tercero. Uno saca la pistola y apunta.

—¡No le dispares, idiota! ¡Nos puede llevar hasta Hitler! —aúlla Beria. El soldado enfunda el arma y Stasi continúa su carrera hasta perderse de vista.

El pelotón coge uno de los coches y sale tras él. Pero Beria es una ciudad llena de escombros, de obstáculos, de vericuetos donde esconderse, sobre todo cuando mides 60 centímetros de largo y puedes pasar a toda la velocidad entre un coche volcado, dos pilares caídos de una casa y un montón de tuberías rotas.

Nunca darán con él.

Beria vuelve sobre sus pasos hasta el lugar donde yace Otto. Cinco soldados de la Smersh, guiados por abakumov, le estan dando patadas en las costillas.

—No le matéis —susurra Beria al jefe de la Smersh.

—No te preocupes. El asunto está controlado.

No es la primera paliza de muerte, o de casi muerte, que da. Es todo un experto.

Wolf y la mamá, piensa Beria, sentado en una piedra mientras golpean al teniente Weilern con saña y eficiencia soviéticas. Wolf es Hitler, claro. Después de todo, él mismo se puso el sobrenombre de Wolf y muchos de los lugares emblemáticos del nazismo llevaban esa coletilla: La Guarida del Lobo, el Barranco de los Lobos...

Y mamá, claro, solo puede ser Eva Braun, la mujer que crió a ese estúpido chucho escocés.

Pero, ¿y la casa del árbol? ¿Qué demonios será la casa del árbol? ¿El nido del Águila? No, los americanos han subido hasta allí y no han dejado piedra sobre piedra.

Sea donde sea, esté dónde esté esa casa del árbol, allí es donde se esconden Hitler y su esposa. Está seguro. Y Weilern lo ha sabido desde el principio. ¡Maldita sea!

Bueno, si Weiler lo sabe, piensa Beria, él no tardará en saberlo. Ahora ya no va a haber más miramientos con Otto. Le torturará hasta que diga la verdad. Y la dirá, de eso no le cabe la menor duda.

Y mientras tanto, mientras le golpean, Otto sonríe. No siente las patadas, las amenazas, la ceja partida, la nariz rota, los dedos cercenados que Abakumov le aplasta con sus botas a la menor oportunidad.

Piensa que ha salvado la vida a Stasi, al que habrían llevado de un lado a otro buscando inutilemente a Eva y Hitler hasta que, frustrados por no encontrarlos, lo habrían pagado con el animal. El terrier habría acabado apaleado o muerto de un tiro en una cuneta.

Oh, sí, Otto sabe muy bien cómo son esos hijos de puta de la Smersh y la NKVD: exactamente igual que las SS de Himmler. Por eso Stalin llama a Beria su Himmler. Porque lo es.

Antes de perder el conocimiento, o tal vez justo en el momento de hacerlo, Otto cree entrever en un sueño a Stasi alcanzando su destino en Munich y recibiendo los cuidados de Wolf y la mamá, jugando en la casa del árbol como aquella vez que estuvieron todos juntos en 1944. Uno de los días más felices de su vida.

Sigue sonriendo mientras se desliza a las brumas de la inconsciencia.

Ha salvado la vida a Stasi, a una pequeña y dulce alma noble. En un mundo donde ser un hombre ha perdido todo su valor, donde se viola a toda una generación de mujeres alemanas, donde se gasea a incontables de judíos en cámaras de gas, donde mueren incontables rusos en el campo de batalla, donde se tortura, se aniquila, se asesina de todas las formas imaginables porque el odio ha sustituido a la solidaridad y a la más elemental forma de conciencia... En ese mundo inhumano en el que le ha tocado vivir, salvar a un animal inocente es la mejor acción que es capaz de imaginar.

Y pierde el conocimiento feliz de abandonar, aunque sea por un rato, aquel lugar de pesadillla llamado Berlín en el año 1945. Aunque, acaso, no sea sólo un lugar sino el capítulo final de la catástrofe más grande la historia, una tragedia que hoy conocemos con el nombre de Segunda Guerra Mundial.

NOTA FINAL DEL AUTOR

(sólo aconsejada para estudiosos de la época)
(el resto de lectores pueden pasar a la segunda parte de esta obra)

Esto es una novela, no un libro de historia. El objeto pues de la misma es construir una trama sobre la que personajes inspirados en los que realmente existieron tejen una red de sucesos verosímiles que permitan al lector pasar un buen rato al tiempo que aprenden de forma general qué sucedió durante la guerra mundial entre los años 1939 a1945.
A tal objeto he tenido que tomarme una serie de licencias que podríamos llamar en realidad formas de reduccionismo, intentos de reducir a la unidad más simple lo que sucedió y a quién le sucedió para que esta primera novela de la segunda guerra mundial pueda narrarse sin haber de escribir 5000 o 10.000 páginas.
Por ello...

LO REAL

-He reducido al máximo los personajes que aparecen en la novela. Von Rundstedt, Ítalo Balbo o Skorzeny, no aparecerán o apenas nombrados y con muy poco diálogo. Y he puesto estos tres ejemplos porque son personajes a los que dedicaría una novela entera. Ítalo Balbo, por poner un ejemplo, me hubiera servido para explicar la situación de la Italia Fascista antes de la guerra y habría aprovechado su amistad con Goering, que sale extensamente en la novela, para conectar ambas personalidades. Pero luego de examinar fechas y estructurar la trama, resultó que Balbo muere demasiado pronto para servirme para el fin para que lo hubiera utilizado y una escena en la que Goering llora la muerte de su amigo (que ya estaba escrita) ha sido recortada en la novela. El Conde Ciano ha acabado ocupando su lugar como personaje fórmula para describir de forma general la Italia de Mussolini.

-He reducido los lugares en los que sucede la trama. Otto Weilern, el único personaje protagonista inventado en la novela, transita por mil lugares, batallas y frentes. Por ello, en la parte que narra la política nazi y el entorno de Hitler he querido centrarme en el complejo Berchtesgaden-Berghoff-Nido del Águila más la Cancillería, en la Guarida del Lobo posteriormente y para acabar en el Bunker, y pocos lugares más. Hubo muchos cuarteles, algunos fijos, pero otros muchos improvisados. Hubo infinidad de lugares, anécdotas, detalles, que podrían llenar también novelas enteras. El Mariscal Keitel nos cuenta en su autobiografía que durante los días en que se desarrollaba la ofensiva contra Francia y los Países Bajos, tenía una habitación en el Bunker del Führer en Felsennest junto a la del propio Hitler, y que le oía pasar las hojas del periódico aún con la habitación cerrada. También comenta que tenía que caminar cinco minutos hasta los barracones de madera donde conferenciaban, y que le gustaban mucho más que el Bunker en sí mismo. También comenta que su habitación estaba al lado de la de Jodl.

En mi novela, sin embargo, todas las reuniones en Felsennest tienen lugar en un barracón común que apenas describo. No quiero usar la palabra Bunker más que para referirme al de la Cancillería y sólo cuando la guerra se tuerza contra Alemania; entonces todas las reuniones en Berlín sucederán exclusivamente en ese Bunker y en ningún otro lugar de la Cancillería. Quiero usar esa sensación claustrofóbica que anida en la misma palabra para reforzar cómo el Reich va quedando poco a poco acorralado. Por supuesto, no hago ninguna referencia al resto de barracones externos del complejo de Felsennest. Bastante trabajo tiene el lector con recordar los tres, cuatro o cinco lugares emblemáticos en los que sucederán las acciones de la novela para explicar con detalle otras instalaciones. Por último, Jodl ni siquiera sale nombrado tampoco en la novela cuando es él quién firmó la rendición de Alemania en 1945. Jodl es uno de tantos personajes que han sido eliminados cuando la lista de protagonistas iniciales (147) fue reducida a menos ochenta camino de los menos de cincuenta finales. Todas las veces que el concurso de Jodl (muy pocas) se hace necesario, Keitel (su superior) se apropia de sus palabras o se describe a Jodl sencillamente como su Jefe de Operaciones, sin una mención específica. Valga este ejemplo para muchas otras reducciones o apropiaciones que el conocedor de la época acabará percibiendo y necesarias para que el lector no se pierda en un mar de nombres que salen dos veces en una novela de miles de páginas y que no recordaría llegado el momento de volverlo a leer.

-Lo mismo sucede con las graduaciones de algunos personajes. Tomando como ejemplo al propio Keitel (que tampoco es que salga mucho en la novela), desde el primero momento es GENERALFELDMARCHALL (mariscal de campo) cuando comienza la guerra sien GENERALOBERST (capitán general). No tiene sentido que cada vez que un grupo de militare aparecen el lector observe sorprendido que uno o varios de ellos han cambiado de graduación y sus subordinados los saludan con un nuevo epíteto. Además, sería un verdadero lío. Sólo cambio la graduación de un personaje cuando su ascenso es importante en la novela como fruto de lo sucedido en el capítulo o en su desarrollo o cuando no decirlo sería aberrante (llamar Mariscal a Rommel en la campaña de Francia cuando estaba al mando de una única división sería como poco inexplicable. En este caso y en algún otro se impone aludir a los nuevos rangos cuando cambia de destino y de misión en la guerra).

Volviendo a Keitel como ejemplo, como tanto siendo capitán general como mariscal siguió cumpliendo las mismas funciones en el estado mayor, su graduación es lo de menos y comienza la novela con su graduación final. Esto le sucede a otros muchos personajes.

-He eliminado casi por completo las siglas y la terminología militar. Aunque a menudo se habla de la Luftwaffe o la RAF, me inclino más por Fuerza Áreas Alemanas y Británicas. Tal vez en este caso podría haberlo dejado siempre porque son siglas bien conocidas, como también pasa con Wehrmacht y alguna otra, como SS o GESTAPO; pero de no haber sido taxativo con casi todas las demás siglas el lector acabaría acusando el exceso de Heer, OKW, etc... Por ello he preferido usarlas lo mínimo o valerme de eufemismos como cuando alguna vez hablo de Heydrich como jefe de policía en lugar de director de la RSHA. Espero, una vez más, que el lector familiarizado con la época, entienda la necesidad de ser claro y conciso.

LA FICCIÓN

-Otto Weilern es un personaje inventado, así como la Operación Klugheit, que jamás existió. Me valgo de ambas invenciones para que un personaje vague con libertad de un frente a otro, amén de la libertad de acceso ilimitado a todos los mandos de las Fuerzas Armadas alemanas. Cosas ambas imposibles de no mediar el concurso de esa operación secreta imaginaria. Otto, además, y tal vez de forma fundamental, me sirve para explicar al lector las teorías genéticas nazis, temas muy complejos y mal conocidos para el gran público debido a lo farragoso del asunto. Pero gracias al concurso de Otto y la conjura en torno a su “sangre pura” y su destino, se convierten en un misterio que el lector espero descubra con interés al tiempo que se le explica qué perseguían los nazis con sus proyectos raciales.
-Del resto de personajes sólo son inventados en esta primera novela el capitán de submarino Bernd, los cazadores de montaña Christian y Lander, y el comando Morgen. El teniente Most, aunque no se cita su nombre de pila, es un personaje real. Murió en efecto al servicio de Rommel como ayudante en la batalla de Arras y en la forma en que se narra. Pero como me he tomado la licencia de insinuar que murió a manos de Morgen, he preferido, por respeto, no buscar siquiera su nombre completo y dejarlo en el limbo, como un personaje ni real ni imaginario. O, si preferís, como un breve personaje inspirado en un soldado real.
-Hitler estaba enfermo, muy enfermo. Es un hecho que reconocen todos los historiadores hoy en día que sus prisas por convertirse en una figura clave de la historia antes de que la enfermedad le ganase, forzaron sus acciones camino de la guerra mundial. Al final de la novela explico cuál pienso yo era esa enfermedad y quién y por qué la ocultó (con el beneplácito del propio Hitler). Ese mal en la novela le provoca unas extrañas visiones, vahídos y crisis, que sufría en realidad, aparte de escuchar sonidos, pitidos y tal vez... ¿voces? Este tema también está documentado. Asimismo, es evidente que a Hitler no le debió pasar desapercibido que su enfermedad avanzaba de una forma fulminante. El hecho de que confiase sólo en Morell y el que Hitler, en los otros ámbitos de su vida (militar, político o personal) seguía siendo coherente, me hace pensar que él sabía de qué estaba enfermo. Morell conocía el secreto y le protegía. Hitler no era un idiota y no se habría dejado manipular por Morell a menos que fuese en interés mutuo.
-El tema de la interpretación de los hechos (2 ejemplos): (1) Udet y Milch tuvieron un enfrentamiento terrible que muchos historiadores creen que fue la causa principal del suicidio de Udet. Pero yo minimizo éste enfrentamiento, que después de contrastar fuentes considero hinchado por la locura de Udet y su adicción a las anfetaminas. (2) Por otro lado, Rommel apenas cita en sus memorias a Kesselring (su superior en África durante mucho tiempo) y Kesselring critica de forma educada a Rommel en las suyas. En este caso, sin embargo, después de investigar las personalidades de ambos, he optado por lo contrario. Creo firmemente que se odiaban. ¿Qué mayor muestra de desprecio que no citar más que de forma tangencial junto a los mandos italianos y de pasada a tu superior jerárquico? Kesselring, por su parte, no puede evitar hablar de Rommel en sus propias memorias pero sus críticas (aunque claras) son lo más caballerosas que su pluma le permite. Y esa es la clave: ambos eran caballeros y, a pesar del odio que se profesaban, actúan de la forma más civilizada que pueden. El primero no citando a alguien del que no puede decir nada bueno y el segundo tratando de

no decir lo que realmente piensa: que los errores de Rommel fueron catastróficos.
Porque eso es escribir: interpretar las fuentes y ser lo más sincero que puedas contigo mismo y tus lectores, aunque te equivoques. Eres un escritor, no un historiador.
-Y un último ejemplo de lo que digo: No hay el menor indicio histórico de sadomasoquismo en las relaciones de Heydrich y su esposa. Sí está probado que fue ella la que le inculcó las ideas nazis, así como el resto de los datos biografícos que se han narrado. En libros posteriores, quedará ampliamente explicado porqué extraigo la conclusión, a partir de las acciones de Lina, de que era una sumisa en un juego erótico de dominación, finalmente trastornada luego de ciertos sucesos inesperados que tuvieron lugar en su vida. Porque, demonios, y como os he dicho, esto es una novela, y no sé por qué, desde el principio de mis investigaciones sobre los Heydrich, cuando leía las cartas de Reinhard o las acciones de Lina, en mi cabeza se formó la idea de una pareja enfermiza, que abusaban el uno del otro, cada uno con sus armas. Es lo que tiene la literatura, hay una parte que se escribe ella sola y tú no puedes controlar.
Pero mejor no prosigo con nuevos ejemplos, algunas situaciones forzadas para enlazar capítulos o explicar la personalidad de un nuevo protagonista, porque creo que ya han quedado claras las premisas de esta obra.
Y no prosigo, decía, porque creo que el lector experto en la segunda guerra mundial entenderá el sentido de esta nota. He intentando que un lector generalista pueda acceder a la historia de esta guerra, y que acaso eso le abra el apetito de lecturas más especializadas donde expandir sus conocimientos. Lo importante era la visión de conjunto, y para salvaguardarla he hecho cuanto ha sido necesario.
Para acabar quiero reforzar la idea de que esto es ficción, aunque inspirada en hechos reales. Al no ser un ensayo histórico no puedo plantear varias hipótesis en las acciones o pensamientos de un personaje. Siempre me ha inclinado, cuando he encontrado disensiones en los historiadores, por aquella versión de la historia que he creído de corazón la más correcta. Incluso en ocasiones he tomado mis propias decisiones cuando ninguna me convencía y creía firmemente que los historiadores se equivocaban. No son muchos los casos, pero seguramente alguno encontrará incendiarias mis aseveraciones sobre que la operación León Marino jamás existió. mi descripción de la personalidad de Hitler (que no era ningún monstruo sino un hombre enfermo, aparte de un político arribista, megalómano y sin escrúpulos como muchos otros) o, en libros siguientes, la incompetencia estratégica de Rommel, o mi explicación de los proyectos nazis buscando la bomba atómica frente a los esfuerzos del Proyecto Manhattan, entre otros. Y no digamos respecto a uno de los fundamentos de esta novela: mi convencimiento más absoluto de que Hitler no murió como todo el mundo piensa y sobrevivió (pocos o muchos días, meses o años...) a la segunda guerra mundial que él provocó.
Os repito: ESTO ES UNA NOVELA. Si lo habéis pasado bien y ahora estáis cogiendo un libro de historia para rebatirme, me doy por satisfecho.
Eso sí, el 99% de las anécdotas que se explican en la novela están documentadas y realmente sucedieron y/o están en las memorias publicadas de su protagonistas. Por ejemplo, y sólo por aludir al comienzo de la novela: el envenenamiento de Schellenberg; el suicidio de Unity; las conversaciones y vida privada de Hitler y Eva; Goering y su obsesión por su esposa muerta o su adicción a la morfina... etc.
Porque la realidad siempre supera a la ficción.

Javier Cosnava, Asturias, agosto de 2013

PD: Beria y Abakumov estuvieron realmente buscando a Hitler durante años pero... sí, la parte que describe el resultado final de su investigación al final de la saga será también pura invención y nada más. Ojalá yo supiera de verdad, o alguien, que fue de Hitler tras huir del Bunker en 1945.

Continuación de La Segunda Guerra Mundial, La Novela

ASESINATO EN MAUTHAUSEN (segunda parte)

Javier Cosnava

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

(Asesinato en Mauthausen)



JAVIER COSNAVA

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL

(Asesinato en Mauthausen)

Nota previa

Esta novela que tienes ante ti forma parte del libro inaugural de esta saga (LA SEGUND GUERRA MUNDIAL, LA NOVELA). Se llama Asesinato en Mauthausen y en ella encontrarás mismo protagonista de todas las novelas de la saga, Otto Weilern, acompañado en esta ocasión de su hermano Rolf. Junto a ambos, y en el marco de un thriller detectivesco, descubriremos el funcionamiento de algunos organismos nazis claves para entender esta época: los primeros campos de concentración, el sistema de eliminación de deficientes mentales (Aktion T4) y finalmente algunos aspectos básicos de las Juventudes Hitlerianas y de la educación o adoctrinamiento de las masas a través de la propaganda, un tema sobre el que volveré en volúmenes posteriores.

Las novelas de esta saga, una vez presentados los personajes principales de la época, toman un cariz policíaco, con una sólida base histórica para poder ir desvelando todas las claves, aspectos políticos, sociales y batallas del conflicto.

Quiero dar las gracias a Cajastur, que me concedió una beca para viajar al campo de Mauthausen e investigar para ésta y otras novelas. Tuve la ocasión no sólo de conocer el campo, sino también el Castillo de Hartheim, donde se asesinaba a los deficientes mentales, y muchos otros lugares e instalaciones. Sin todo ello, esta novela no habría sido posible o sería harto peor.

También quiero agradecer al Amical de Mauthausen y otras organizaciones de supervivientes del exterminio que me permitieran acceder a su fondo documental, sus fotos y su biblioteca. Este tipo de iniciativas e instituciones tienen y siempre tendrán mi mayor reconocimiento.

JAVIER COSNAVA
Asturias. Enero de 2008
(Revisada y corregida marzo-abril de 2014)

Dedicatoria

Quiero dedicar esta novela a Jaime, mi padre. Apenas sabía leer ni escribir, apenas sumar y restar. Yo intenté enseñarle hasta que descubrí que al igual que hay gente que no quiere aprender... hay gente que no puede. En la Alemania nazi hubiese corrido el riesgo de ser esterilizado o incluso “depurado” (“ejecutar” en jerga nacionalsocialista) a causa de su bajo coeficiente intelectual. Jaime era un hombre bueno y tuvo un hijo que escribe novelas, seguramente malas... pero las escribe. Mi padre murió cuando yo era un adolescente y no tuvo ocasión de ver las personas adultas que yo y mi hermana somos gracias (y no a pesar) de sus genes. Sin embargo, él sabía que los genes no lo son todo y los nazis, con todos sus sueños efímeros de grandeza, lo ignoraban.

Te añoro.

Capítulo 1

SCHLOSS HARTHEIM

(El castillo de la muerte)

La muerte le esperaba al final de su ronda, pero eso, el soldado raso William Ferrat, lo ignoraba por completo. William era un hombre rechoncho, de piel blanca y ojos muy grandes que miraban siempre en derredor con desconfianza; llevaba su uniforme de Mann-SS con descuido, mal abotonado, las botas sucias de barro y manchas de grasa en los puños de la camisa. Le habían destinado al castillo de Hartheim hacía medio año, más o menos en la época en la que comenzaron a llamarlo Instituto del Sueño. A William le parecía muy gracioso ese nombre, el tipo de eufemismo que tanto gustaba a los nazis: buscar un apelativo agradable el oído para enmascarar un acto brutal, aunque fuera necesario, como la eliminación sistemática de los retrasados mentales.

—Instituto del Sueño, ¡ja! —masculló mientras alcanzaba la segunda planta del edificio, ascendiendo hilera tras hilera de interminables escalones.

El castillo de Hartheim constaba de cuatro plantas, aunque en realidad tan sólo se utilizaba la planta baja para las tareas de evaluación, reconocimiento médico, gaseamiento y posterior cremación de los deficientes mentales; el resto de plantas se usaban como despacho, almacenes o para nada en absoluto, pues la mayoría seguían cerradas a cal y canto. Sin embargo, el soldado de guardia debía cada hora completar su ronda desde las arcadas de la entrada principal hasta el tejado. No era una tarea gravosa y, en general, el soldado Ferrat estaba satisfecho de su destino. Muchos de sus compañeros de colegio, o de correrías pocos años atrás en Alkoven, su ciudad natal, estaban ahora en el frente perdiendo la vida; otros regresaban a casa tullidos o desmembrados en nombre del gran Reich de Adolf Hitler. Nadie ponía en duda, ni siquiera él mismo, que los ejércitos de Alemania eran invencibles y que el Führer era el más grande estadista de todos los tiempos. Pero William prefería asistir a la conquista del mundo a manos de Alemania desde la barrera: que otros se dejasen la vida por tan altos ideales.

Todavía estaba abstraído en sus elucubraciones cuando se dio de bruces con la puerta de hierro que llevaba de la cuarta planta al tejado. El tiempo pasa volando cuando uno no tiene nada que hacer y tu trabajo es una repetición monótona de instantes: pasillo a pasillo, escalón a escalón, con el silencio y las viejas gárgolas del Castillo como único acompañante. Porque, aunque se tratase sin duda de una emoción básica, infantil, William odiaba aquellas malditas gárgolas que lanzaban, desde sus bocas, el agua que distribuían los canalones durante los días de lluvia. Cuatro dragones de fauces dentadas que escupían un líquido gris hacia el patio interior, malolientes y ominosos, salpicando el suelo del gigantesco patio porticado, ensuciando las bellas pinturas murales que emergían en cada arcada y deshaciendo lo que sin ellas hubiera sido una estructura maestra. Porque, para William, Hartheim era una maquinaria de vida y muerte perfectamente engrasada, sincrónica, una joya del renacimiento convertida en un macabro instrumento de exterminación para mayor gloria de la raza aria. Y él, a pesar del sobrepeso, de no ser demasiado pulcro ni limpio para formar parte de las SS, y de muchos otros defectos que ni enfrentaba ni ignoraba... él era parte de la raza superior que un día dominaría el mundo.

William levantó la aldaba y abrió el portón, como siempre, con esfuerzo, porque la puerta rozaba con el suelo de cemento. Afuera, en el tejado, inspiró profundamente y, como era su costumbre, cogió un cigarrillo y se lo puso en la boca. No llegó a encenderlo.

—Hola, soldado raso Ferrat —dijo su asesino.

William estaba sorprendido. De su gran bocaza abierta y babeante, colgaba aquel pitillo liado a mano que nunca llegaría a fumarse. Cuando habló lo hizo con la voz trémula. Sabía que algo iba mal,

aunque no llegase a entender exactamente de qué se trataba. De pronto, sentía la misma emoción primaria que cuando contemplaba aquellas malditas gárgolas que simulaban endriagos de fauces eternamente abiertas. Su interlocutor podría haber pasado por una de ellas, con los ojos encendidos de rabia y una sonrisa mezquina y falsaria esculpida en el rostro.

—¿Qué haces aquí? Hacía días que no sabía nada de ti y pensé que habías roto nuestro acuerdo.

Su asesino negó lentamente con la cabeza.

—No, no he roto nuestro acuerdo. Es más, he venido a recompensarte por tus desvelos. Estuve pensando en cómo agradecerte todo lo que has hecho por mí y creo que al fin he encontrado la forma.

Sería justo esa hora del día en que el brillo del sol se disipa y comienza a caer la noche. Un último rayo se filtró entre las nubes reflejándose en el cañón del arma del asesino: una pistola Luger.

—Dime, soldado raso Ferrat —aulló la bestia con un chirrido agudo y burbujeante, similar al sonido que emitían aquellas malditas gárgolas cuando evacuaban por su boca litros y litros de detritus hediondo—; dime William —repitió, haciendo descender un tono el sonido de su voz hasta que ya no pareció dragón sino serpiente bífida—; dime, maricón de mierda, ¿no querrías ser como un moderno Ícaro y echar a volar?

Una multitud se había agolpado delante de la Ankunftsort, la entrada lateral del castillo de Hartheim. Por ella, cada día llegaban autocares desde toda la Alta Austria, repletos de deficientes mentales que debían ser sacrificados en beneficio de ellos mismos, de sus familias y del futuro de Alemania. El cuerpo sin vida del Mann-SS William Ferrat yacía aplastado sobre un gran charco de sangre, derramándose en diminutos canalones escarlatas sobre el enlosado, impidiendo el acceso del siguiente autocar. De alguna forma, y como ironía del destino, aquella sería la única buena obra de William en este mundo: el autocar dio media vuelta y casi ochenta niños con síndrome de Down consiguieron vivir un día más; alguno incluso, por azares de la tortuosa burocracia del Tercer Reich, fue mandado a casa y salvó su pellejo.

Aquello le pareció una gigantesca broma cósmica al asesino del soldado Ferrat y, sentado en el asiento del copiloto, en el Mercedes de su cómplice, se echó a reír a grandes carcajadas.

—¿No te ha visto nadie? —quiso saber su cómplice.

—Nadie. Estaban demasiado ocupados buscando los miembros dispersos de ese pobre gordo maricón. Que Dios lo acoja en su seno —añadió, soltando una última risotada.

El Mercedes echó andar alejándose del Castillo. A lo lejos, aún podía verse una multitud apiñada junto a una de las torres de la entrada.

—¿A dónde? —dijo el conductor, sin dejar de mirar de reojo a un ser al que temía y odiaba hasta extremos que no era capaz de imaginar.

—Al campo de concentración de Mauthausen, naturalmente —dijo el asesino, guiñándole burlón un ojo—. Hoy nos espera otra dura jornada de trabajo.

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 1:
Volksgemeinschaft:
La comunidad racial aria

(O de cómo pasé de ser un pobre tonto a ser casi un nazi)

I

Mi hermano me mandó hoy que hiciera dos cosas: escribir un poema para nuestro Führer y matar a un español. Lo primero, aunque a mí no se me da bien escribir, me pareció cosa fácil. Hasta un tonto como yo puede enlazar dos o tres frases con un mínimo de sentido y conseguir que se parezcan un poco a los eslóganes nacionalsocialistas que nos gritan a todas horas por la radio. Además, he observado que la gente siempre pone buena cara cuando recibe un regalo de cumpleaños, le guste o no, así que supongo que Adolf Hitler, que según dicen todos, es tan bueno, justo y amable, no le dará mucha importancia a cualquier error que yo cometa, tanto si se trata de un desliz en la construcción poética o de mi ignorancia sobre alguna norma y precepto del partido, de nuestro amado pueblo o de nuestra raza. Son muchos esos preceptos y es comprensible que no pueda recordarlos todos. Además, seguro que el Führer está muy ocupado y no tiene tiempo más que de echarle un vistazo a mi carta. Incluso puede ser que no la lea él mismo. Tal vez tenga una legión de administrativos y secretarias que leen las cosas por él y luego las contestan. Eso es lo que yo haría si Rolf Weilern fuese un hombre muy ocupado y muy importante.

La segunda cosa que mi hermano me ordenó ya no me pareció algo tan sencillo. Hace ya tiempo que insiste en que debo demostrarles a todos en el Lager que soy un hombre como el que más, que puedo ser un miembro útil de las SS, duro y frío como el acero. Yo sé que por eso quería que matase a un español, pero cuando intenté pensar en ello la idea me hizo cosquillas y retortijones en la barriga. Luego tuve ganas de vomitar y me costaba tragarme la sensación de asco que intentaba ascender hasta mi lengua. Soy consciente que probablemente eso signifique que no soy un buen nacionalsocialista; por tanto, no le dije nada a mi hermano sobre mis náuseas y traté de sonreír cuando me habló de qué tipo de prisionero es más lícito asesinar. Parece ser que a un hombre viejo, a un niño flacucho o a un enfermo, hace más feliz a nuestro Führer que lo asesinemos antes que a un hombre fuerte que todavía puede trabajar muchos meses en la cantera. Con el paso del tiempo, ese hombre fuerte comenzará a deteriorarse poco a poco por la pena, el hambre y los trabajos forzados. Entonces es cuando sería lícito matarle. Tardé más de una hora en entender este concepto del nacionalsocialismo y por eso he pensado explicarlo en mi diario, a través del cual me dirigiré a vosotros, el Volk o pueblo alemán, y que ahora estoy comenzando en este día catorce de noviembre de mil novecientos cuarenta. Como soy un poco tonto, ya lo sabéis, tal vez todo eso de qué preso se debe o no matar se me haya olvidado mañana, y es mejor dejarlo por escrito, sobre todo porque mi barriga no piensa como mi cabeza y me viene esa sensación a la boca del estómago como de vómito tanto si pienso en matar a un español fuerte y sano como a uno viejo y débil. Me temo que eso sea otra prueba más de que soy un mal alemán y por eso mejor me lo callaré también delante de mi hermano. No debo olvidar que ya se siente sobradamente defraudado por mi causa.

Así que mejor volvemos al tema de la carta. El próximo abril (aún quedan más de cinco meses) nuestro amado Führer cumplirá cincuenta y dos años. Para entonces tengo que terminar un poema que ensalce su figura. Mi hermano me ha dicho que es muy importante que haga esto. A lo que parece, escribir sobre lo que uno piensa es una cosa buena y sirve para hacer examen de conciencia. Si se hace en primera persona como este diario, te permite reflexionar sobre el credo del partido, la comunidad de nuestro pueblo y todas esas cosas importantes en las que Alemania se ha embarcado camino de su regeneración como estado y como colectividad. Un diario es una especie de autobiografía, y en ella debes explicar aquello que eres y, más aún, aquello en lo que te estás

convirtiendo, pues uno debe, por el bien de la Nación, transformarse en un nuevo hombre con mentalidad racial. Eso, más o menos, he creído entender que significa ser un verdadero nazi. La gente sabia del partido organiza por toda Alemania campos comunitarios para los jóvenes en los que, aparte de otros muchos trabajos físicos, se ensalza este tipo de literatura personal de la que os hablo. Pero no sólo se ha de escribir sobre uno mismo y su proceso de metamorfosis; es también importante ser capaz de reconocer la grandeza de aquellas personas que están trabajando en primera línea por el futuro del Reich. El primero de ellos, qué duda cabe, es nuestro Führer: Adolf Hitler. Es por ello que mi hermano ha insistido en que le escriba una carta de cumpleaños en forma de poema. Incluso me ha apuntado en mi libreta el número de palabras que quiere que tenga mi composición, pues se temía que mi pereza me impidiera hacer una cosa digna de nuestro líder. He intentado hacer lo que me pedía, pero cuando terminé de escribir he descubierto que la longitud del poema no alcanzaba ni a la tercera parte de lo estipulado por él. Así que finalmente pensé que mejor sería escribir dos o tres poemas y ponerlos juntos en la carta. Creo que tenía razón, sin embargo, en que soy un poco perezoso. Terminado el primero de mis poemas no he tenido ganas de seguir y ya lo haré más adelante. Pero de momento quiero enseñaros lo que llevo escrito, a ver si os gusta:

Poema para celebrar el cumpleaños de Adolf Hitler

Si todos los países tuvieran un Führer
como el que nos ha enviado la Providencia,
qué hermoso sería el mundo,
¡¡¡y cuán dichosa sería Europa entera!!!

Ya no se desencadenarían más guerras,
y todos cuidarían de su país para que esto sucediera.
Continuamente florecerían el turismo y el comercio,
pues todos los líderes se esforzarían con esmero.

Alegres nos sentaríamos a enormes mesas,
y la cabeza nos ardería de puro empeño
en resolver los problemas, aún los más difíciles,
mas no con las armas, no, sino por las buenas;
así no habría de derramarse más sangre inocente,
¡pues esta vida es corta, es única, y es sagrada!
¿acaso debe ser por mano enemiga arrebatada?

Cierto es que ni el hombre más piadoso
puede vivir en paz cuando su vecino es malicioso.
Así ha sido siempre, y sigue siendo hoy
en este mundo, por lo demás, maravilloso.

Pero si todos los países tuvieran un Führer
como el que nos ha enviado la Providencia,

entonces no habría ninguna guerra en este mundo,
¡¡¡y todos disfrutaríamos de la paz más excelsa!!!

Pero este deseo, debo admitirlo, parece más bien un sueño,
pues su realización sería demasiado bella,
y temo que nadie podría creerlo.
Aún así, no puedo dejar de pensar
en las palabras del poeta
y ojalá quiera la Providencia...

¡¡¡QUE ALGÚN DÍA LA GERMANIDAD
VUELVA A SANAR A LA HUMANIDAD!!!

(Nota del Autor) El poema que aquí reproduzco fue escrito por un autor desconocido (¿acaso Rolf Weilern?) para conmemorar el cumpleaños de Adolf Hitler, el 21 de abril de 1941. Incautado con otra correspondencia de la Cancillería del Reich, se conserva en el Archivo Militar del Estado Ruso (RGVA), tomo 1355/4/20, páginas 27 a la 30. Para la traducción, me he servido casi literalmente de la que se transcribe en la página 266 a la 268 en Eberle, Henrik, Briefe An Hitler. De la versión en castellano, Olga Martín y Paula Botero.

¿Es bonito mi poema? No lo sé; por eso os lo pregunto. Yo lo veo muy poco original, como si mi cabezota no pudiese crear nada verdadero y sólo pudiese hacer copias de copias de las ideas de otros. De todas formas, no creo que ser original sea muy del agrado del credo nacionalsocialista. Si bien puede ser que me equivoque porque, como ya os he dicho antes, es muy difícil entender todos los conceptos que nos inculcan desde la radio, en la calle o tu propia familia. Convertirse en un nazi es, definitivamente, una cosa muy complicada...

Todavía le daba vueltas a cómo conseguirlo de una vez por todas, cuando he terminado de corregir mi poema, he guardado mi pluma y la tinta en el escritorio, me he puesto mi uniforme y he salido a la calle. Llevaba mi escrito en un bolsillo de la chaqueta del uniforme para luego repasarlo, y me sentía algo incómodo y avergonzado. No sé si por haberme atrevido a escribir un poema a mi Führer, o por haberlo escrito tan mal, o tal vez fuera que me dolía un poco la barriga recordando que tendría que matar a un español antes de acabar la jornada. El pensarlo me puso triste.

II

Estaba seguro que Harald me estaría esperando en su flamante Mercedes, a la puerta de mi casa. Pero las calles de Sankt Valentin estaban desiertas y no había ningún coche, ni el suyo ni ningún otro, lo cual era de lo más extraño. Sólo vi en un patio cercano a un grupo de niños jugando. Al principio no les presté atención y me senté en las escaleras de la entrada, mirando el reloj y bostezando. Harald suele venir a buscarme siempre muy puntual y a mí no me gusta llegar tarde a mi puesto en el Lager. Pero pasaban los minutos y comencé a aburrirme. A mi derecha, los niños corrían y chillaban alborozados. Como yo todavía en muchos aspectos soy como un niño, me sigue gustando jugar y los ojos se me iban hacia la turba de chiquillos, que tan bien se lo pasaban yendo de un lado a otro y levantando pequeñas nubes de polvo a su paso. Al final decidí ir a su encuentro y así pasar un poco el rato hasta que llegase Harald.

—A sus órdenes, señor —dijo el primero de los mocosos cuando vio que me acercaba, cuadrándose y entrechocando los talones de sus botas de la forma reglamentaria.

—Descanse, soldado —repuse, tratando de disimular una sonrisa.

—No soy un soldado, señor, sino Schutzhaftlagerführer, el jefe de seguridad y segundo al mando del campo de concentración de Sankt Valentin —dijo el niño, abarcando con su mano el espacio de su patio de juegos. El mocoso no tendría más de seis o siete años y llevaba una vieja y raída gorra de la Luftwaffe como único distintivo de autoridad.

—Pues entonces soy yo el que debería cuadrarme ante usted, Jefe —objeté—, pues alguien con su cargo debe ser como poco Hauptsturmführer-SS y yo sólo soy un pobre Sturmmann-SS, el soldado de primera Rolf Weilern.

Se hizo el silencio. No fue un silencio incómodo sino cómplice, mientras el niño buscaba una respuesta y yo le miraba con aprobación.

—Pero usted lo es en la vida real, señor, y nosotros sólo jugamos a guardias y prisioneros —dijo por fin con un gesto risueño que no podía disimular la admiración y respeto que sentía hacia mí.

Pocos minutos después ya conocía a todos los miembros del grupito de amigos, sin contar el cabecilla, un muchacho espigado, de aspecto huraño, que me dio la espalda y se quedó al fondo, como si no le importase nuestra conversación. En total eran siete, dos niñas y cinco niños, y todos eran vecinos del barrio. Bueno, todos no. Mi interlocutor, que no tardó en presentarse como Joseph F., era originario de la vecina Amstetten. A lo que parece, hacía poco que el padre del muchacho había abandonado a la familia. La madre, incapaz de cuidarlo por las mañanas mientras acudía al trabajo, lo dejaba en casa de unos familiares en Sankt Valentin. Este hecho, había causado un curioso efecto en las reglas del juego del grupo de amigos: a los habituales judíos, polacos, arios asociales y españoles, se había sumado un último grupo de prisioneros en su campo de concentración imaginario. Éstos eran los padres que abandonaban a hijos de corta edad y a los que los niños-SS reservaban las tareas más duras y los insultos más vejatorios. No obstante, la recreación que estaba contemplando no era sino una variación propia de nuestros tiempos del viejo juego de indios y vaqueros. Hace un par de años muchos jugaban ya, disfrazados de Tropas de Asalto SA, a que hacían una redada en la casa de un viejo avaro judío, le daban una paliza a él y a su familia, y se los llevaban a todos a un Lager, que es la palabra que las autoridades usan para definir un extenso catálogo de cárceles que van de los campos de trabajo a los de concentración o de exterminio. Con el paso de los años, la diversión se ha ido especializando y, en cada rincón de nuestra Gran Alemania, hay mocosos

haciendo el papel de guardias y mocosos haciendo el papel de prisioneros. Varían los enemigos del pueblo dependiendo de las nacionalidades que los niños ven conducidas al campo o Lager más cercano, pero la idea base es igual en todas partes. Hay otra cosa que no varía: las Tropas de Asalto SA ya no están de moda en estos juegos de nuevo cuño; ahora los reyes del imaginario infantil somos nosotros, los SS de la Banda de la Calavera.

—Ojalá yo pudiera tener una gorra como la suya, soldado de primera Weilern —me dijo Joseph, mirando con reverencia el cráneo cruzado con dos largos y cadavéricos huesos que sirve de emblema a los guardianes de los campos de concentración. En realidad, se trata de un viejo símbolo de la caballería prusiana reconvertido por los nazis en símbolo propio. La calavera, conociendo su gloriosa historia, y como si quisiera hacer notar su presencia, lanzaba destellos sobre las impresionables pupilas del muchacho. Acaso tratara de hipnotizarle. Mientras la miraba, Joseph acariciaba nervioso la visera de su gorra, un viejo modelo que llevaban los aviadores de la Legión Cóndor en la guerra civil española.

—Te prometo que intentaré conseguir una para ti —le dije, aún sabiendo que una cosa así está terminantemente prohibida.

El resto de amigos se sumaron resueltamente a nuestra conversación, demandando cualquier cosa que les venía a la cabeza, hasta porras reglamentarias para golpear a sus prisioneros. Sólo el mayor del grupo, al que antes he descrito como su cabecilla, siguió apartado de nosotros, ignorando las peticiones de sus amigos. En Austria aún siguen quedando familias de izquierdas que detestan el nacionalsocialismo y a las SS. Preferí no aumentar la tensión y no me acerqué a interesarme por el muchacho.

—Si no puede conseguir una gorra... ¿tal vez podría traernos unos galones de esos que lleva en el brazo, señor? Así podríamos diferenciarnos uno de otros —me dijo uno de los niños más pequeños. Creo que se llamaba Hans, o tal vez Konrad.

Se refería a las Dienstgradarmwinkel, las insignias identificadoras de rango que los soldados llevamos en las mangas del uniforme. Yo me zafé de la cuestión lo mejor que pude, haciendo nuevas promesas vanas y acariciando sus rubias cabecitas, que no dejaban de parlotear. Sólo las dos niñas, Jutta y Gertrud, que eran hermanas, parecían tener un interés menor en nuestra discusión, y se habían hecho a un lado, murmurándose cosas al oído. Yo pensé que era una buena oportunidad para cambiar de tercio y, llegándome hasta ellas, les pregunté:

—¿Y vosotras?

—¿Nosotras, Herr Sturmmann-SS? —respondió Gertrud, que parecía la más espabilada.

—Bueno, vosotras seguro que de mayor no queréis ser miembros de la Schutzstaffel como yo. Seguro que tenéis otros planes para el futuro.

Gertrud dio un codazo a su hermana y me miró fijamente. Tenía los cabellos peinados hacia atrás y trenzados como la Margarita del Fausto: era el vivo ejemplo de la niña aria.

—Yo trabajaré para la Nación en la Liga de Muchachas Alemanas —sentenció, inspirando devotamente el aire patrio—. Organizaré cursos de cocina y de madres de lactantes, y ayudaré al Reich en todo lo que precise, como trabajando en el Programa para el Ahorro y llamando a las puertas de mis conciudadanos para recoger cualquier material reciclable que pueda servir a nuestra industria.

La niña llevaba el discurso muy bien aprendido. Yo asentí, pues estaba seguro que sus padres la habían llamado Gertrud por la camarada Gertrud Scholtz-Klink, una de las más antiguas y devotas

seguidoras del Führer. Las mujeres, aunque no tuvieran acceso a la jerarquía militar, a la dirección del partido ni a sus comisiones directivas, hacía mucho que habían encontrado la forma de ser útiles a la causa nacionalsocialista. Se multiplicaban por todas partes a través de la Liga de Muchachas Alemanas, la variante femenina de las Juventudes Hitlerianas, demandando en cada esquina donativos, ayudas y quién sabe qué cosas más a cualquier viandante. Ni siquiera estábamos a salvo de ellas en casa, pues como bien había señalado Gertrud, siempre estaban en marcha Planes de Ahorro y de reciclaje de metales o de cualquier otra cosa que pudiese servir de algo, aunque fuera para remendar un viejo tanque en las Ardenas. Los nazis piensan (perdón, pensamos) que el pueblo alemán va a estar hasta el fin de sus días embarcado en una guerra perpetua y, por tanto, hasta el último de sus habitantes debe estar movilizado y listo para el servicio.

En ese momento sonó un bocinazo y, al volver la cabeza, vi el Mercedes 540 de Harald delante de la puerta de mi casa. Era una joya, un automóvil digno de un potentado, con cinco marchas, ocho cilindros en línea y hasta techo reclinable. Aunque fuera de segunda mano, no podía entender cómo podía permitírselo. Me cuadré e hice entrechocar mis talones como Joseph minutos antes y, dirigiéndome a la concurrencia, espeté con potente voz de mando:

—El deber me llama, caballeros y señoritas. ¡Heil Hitler!

—¡Heil Hitler! —estallaron seis de los siete niños a coro, y el retumbar de sus voces no se extinguió hasta que fue sustituido por el retumbar del potente motor del automóvil de mi amigo.

III

Harald, al verme llegar corriendo por un lateral de la casa, se sonrió:

—¿Qué hacías por allí detrás, Rolf? Seguro que nada bueno.

Creo que fingí un gesto distraído y miré mi reloj.

—Acabo de conocer a unos niños del barrio... pero, ¿no es un poco tarde?

—No es tarde. Son las cinco y entramos a las cinco y media. Tenemos tiempo de sobra —mirándome de soslayo y poniendo la primera marcha, Harald añadió—: Pero háblame de esos niños que has conocido.

Las calles de Sankt Valentin estaban desiertas. Me pregunté si no estarían emitiendo un discurso trascendental de Hitler o Goebbels por la radio. Luego reparé en que los discursos de estos dos siempre son trascendentales y la gente está obligada a sintonizarlos, les apetezca o no. Incluso hay un cuerpo policial encargado de velar porque las buenas personas no se equivoquen y se les ocurra poner el dial en otra emisora cuando hablan esos grandes prohombres de la Nación.

—Eran los típicos chiquillos que juegan a guardias y prisioneros —creo que contesté, intentando apartar de mi cabeza la idea de toda una comunidad encerrada en sus casas escuchando los soliloquios de sus líderes.

—¿La versión del homosexual que llevan a un Lager para reeducarlo? —dijo Harald, echándose a reír a carcajadas ante tal posibilidad.

Como siempre que estaba a mi lado, Harald se comportaba como un mal actor que sobreactuase su papel. Tenía diecinueve años, once menos que yo, y ostentaba mi mismo rango, el de soldado de primera o Sturmmann-SS. Aunque aparentaba ser bastante mayor, en realidad no teníamos nada en común y sólo nos unía su deseo de llamarse mi amigo. A veces me preguntaba en qué afinidades pensaría Harald que se asentaba nuestra amistad. Tal vez le diese pena y ayudar a un pobre tonto fuese algo así como su buena obra del día. Reflexioné un instante sobre ello y decidí que era mejor olvidar el asunto, como hiciera antes con los discursos del Führer y su Ministro de Propaganda. Luego de un instante de reflexión en que, dentro de mi cabezota, se mezclaron el rostro infantil de Josef F., el bigotito de Adolf y la risa espasmódica de Harald, respondí a su pregunta:

—Creo que jugaban a ser como nosotros. Han creado en el patio una réplica de un campo de concentración con cartones y algunas tablas de madera que simulan los barracones. Dos de los niños hacen de SS y el resto son prisioneros de diversas nacionalidades y por distintos motivos.

—Vaya, ésta es una versión que no conocía.

—A mí todas las versiones me parecen la misma versión.

Harald reconoció que tal vez tuviera razón y me señaló a lo lejos la ciudad de Rems, de donde era natural a una parte de su familia.

—¿Ves allá, al fondo, las casas nuevas? Muy cerca vive una prima mía que es un bombón. Si quieres podría organizarte una cita para que la conocieras. Cocina un Pastel de Arena para chuparse los dedos.

Pasamos por delante de una casa con unos maceteros muy altos que llamaron mi atención. Me gustan las plantas y, en especial, los jardines bien cuidados. Si un día puedo disponer de mi propia casa y no una alquilada cerca del trabajo, tendré muchas plantas, animales, perros y gatitos. En ello pensaba cuando reparé que Harald carraspeaba, nervioso. Por lo visto, esperaba una respuesta a su pregunta aunque ya la conociera:

—No salgo con mujeres. Luego se ríen de mí.

—Ilse no se reiría de ti.

—Seguro que no, porque no voy a salir con ella.

—Deberías pensártelo. Es una buena chica.

—¡Es que no quiero conocer a Ilse!

—Tú te lo pierdes.

—Me parece bien.

—Vale.

—Pues eso.

Encendí un cigarrillo. Harald meneaba la cabeza y a través del humo le vi fruncir los labios. No sólo era un hombre joven, sino también apuesto. Se había licenciado extremadamente joven y con honores en ingeniería y había estado a punto de entrar en la SD o Sicherheitsdienst, el Servicio de Inteligencia de las SS. Una vez, en la cantina, estando muy borracho, me lo confesó. Pero, de alguna forma, había acabado en un Lager de provincias rodeado de guardias viejos, tullidos y tontos como yo mismo. Algo debía de haberle sucedido para que su destino se truncase de forma tan amarga. Sin embargo, era un tema del que Harald, estando sobrio, no hablaba jamás. Por lo demás, no era el típico nazi de fotografía. De algo más de metro noventa, de pelo negro y facciones redondeadas, tenía un aire desgarbado y frágil que muchos confundían con debilidad. Las mujeres, sin embargo, no parecían importunadas por ello y se le consideraba uno de los mayores conquistadores del Lager. Pensé por un momento que tal vez querría que yo, su amigo, iniciase una carrera de Casanova semejante a la suya, pero deseché rápidamente este pensamiento de la cabeza. Él sabía que delante de una mujer bonita mi estupidez se vuelve más palmaria porque comienzo a tartamudear. Es un rasgo que no refuerza precisamente tu atractivo a ojos de una dama. Tal vez la tal Ilse no fuese agraciada en absoluto y el objetivo secreto de "mi amigo" fuera que cargase con la típica prima solterona que la familia ya no sabe a quién colocar. Si bien creo que Rolf Weilern tendría suerte si consiguiese cargar con cualquier mujer, incluso con la prima Ilse, la desdentada. No, fuese como fuese, aquella historia no tenía el menor sentido.

De pronto, una banda nos obligó a detenernos. Los músicos entonaban rimbombantes canciones patrióticas, portaban engalanadas banderas y llevaban el brazo derecho siempre en alto como si alguien les hubiese colocado un muelle en el sobaco. Una multitud enfervorizada les seguía. Harald sacó un par de veces su brazo fuera de la ventanilla y gritó "¡Heil Hitler!". Una cosa es gritarlo (medio en broma, medio en serio) delante de unos niños como Joseph F. y sus amigos, y otra muy distinta comportarse como un tonto desfilando por las calles. Creo que bostecé y me gané una palmada en la pierna.

—¡Heil Hitler! —me instó mi amigo.

—Heil Hitler, pues —repuse de mala gana.

—No a mí, idiota, a la multitud.

A mí no me gusta que me llamen idiota y, por un momento, le odié. No comprendí que trataba de ayudarme a parecer uno más y a no destacar dentro de la masa enfervorizada por la soflamas del partido. "Aprender a parecer uno más" es el precepto nacionalsocialista que debería conocerse en primer lugar y creo que nunca mi hermano se ha detenido a explicármelo de forma adecuada. Recibí una segunda palmada en la pierna y me decidí por fin. Con gesto adusto, saqué la cabeza por la ventanilla del lado del acompañante y grité: "¡Viva al Reich de los mil años!", afirmación que

levantó decididos aplausos de los celebrantes. Y volví a acomodarme en mi asiento con cara de pocos amigos. Instantes después, la multitud se perdió calle abajo y pudimos reanudar la marcha. Los labios de Harald estaban tan fruncidos que habían pasado del pálido al violáceo. Creo que es la primera vez que lo he visto enfadado conmigo.

—Debes parecer un SS, Rolf —me dijo.

—Ya soy un SS.

Harald negó con la cabeza.

—No eres un SS; sólo vas vestido como uno de nosotros. Eres una persona con un coeficiente intelectual bajo que se hace pasar por una persona de un coeficiente intelectual aún más bajo, y que a veces se comporta como un niño malcriado. Un SS nunca haría nada semejante y hasta tú eres capaz de entenderlo.

Tragó saliva. No se atrevía a mirarme. Tenía ese mohín sereno y distante que le sale a mi hermano cuando está a punto de echarme una bronca. Así que me callé, porque Harald no había terminado de hablar:

—Lo que no comprendes es que si no fuera por tu tío probablemente ya estarías muerto. No todo el mundo tiene la suerte de tener en la familia un Gruppenführer-SS. ¡Por Dios, uno de los colaboradores más cercanos del mismísimo Heinrich Himmler! Pero no sé por qué insistes en tentar a tu suerte. A veces pareces interesado en hacer y decir lo que se espera de un nazi y otras parece que tratas testarudamente de hacer lo contrario.

El día estaba radiante. No hacía ni frío ni calor y soplaba un suave brisa; la voz de Harald, por un momento, me pareció como un zumbido de moscas que me distrajera de la contemplación del paisaje.

—¿Piensas que todos somos nazis? —dijo, dando un brusco giro al volante para coger el desvío hacia Alkoven—. No se trata de eso. Se trata de parecerlo, de saber guardar las apariencias. Claro que hay muchos fanáticos, y muchos más que se han dejado seducir por los ideales del NSDAP y todas esas pantomimas raciales o ese nuevo vocabulario lleno de palabras altisonantes para que la gente tenga una plataforma a través de la cual vehicular su odio. Pero la mayoría nos hemos adaptado. Por miedo, por cobardía; primero porque el nacionalsocialismo era la revolución que necesitaba Alemania para superar la crisis de la República de Weimar, a pesar de sus defectos, y luego porque sus defectos no nos han dejado más remedio que ahondar en esa adaptación. Nadie quiere salirse de la foto y que un "buen alemán" le señale como a un individuo no apto, un mal camarada racial, un ser indigno. Tú, Rolf, que no eres apto desde el estrecho prisma genético de los nazis, deberías estar más alerta que ninguno de nosotros.

No dijo nada más y pareció hundirse en un hosco mutismo. Yo encendí otro cigarrillo y, al desviar la vista del paisaje a la carretera, me di cuenta de que no habíamos tomado el camino habitual hacia el campo. Desviarnos hacia Alkoven no era ni mucho menos la mejor forma de llegar a Mauthausen. Pero no dije nada. Seguía enfadado con Harald por llamarme idiota y no le iba a dar el gusto de preguntar a dónde demonios nos dirigíamos. Además, no sé por qué, temía que la respuesta no fuese a gustarme. Diez minutos después, comenzaron a apuntar al cielo desde la lejanía, las dos torres frontales de la fachada principal del castillo de Hartheim, enmarcadas por una tercera, enorme, de inspiración bizantina. Aquel castillo había poblado a menudo mis pesadillas. Imaginaba que bien podría tratarse de la póstuma morada del conde Drácula o de alguno de sus acólitos. Aquella mole, de un blanco macilento y tejados anaranjados, en mi imaginación era gris, tétrica y perlada de

brumas. Si el demonio alguna vez bajara la tierra, escogería como posada el castillo de Hartheim.

Creo que me puse nervioso. No entendía por qué Harald me había llevado hasta allí. Aunque sólo fuera un desvío de unos pocos kilómetros, aquel retraso haría que llegásemos tarde al Lager. Pero Harald parecía tranquilo, como embargado por un extraño designio. Pasando de largo la fachada principal, cogió un camino lateral de acceso. Detuvo su coche delante de unas vallas muy altas, apenas a unos metros del Castillo. Algunas de ellas estaban rotas y sobre la grava podía distinguirse una enorme mancha parecida a la sangre reseca. Recordé entonces que uno de los guardias SS de la institución se había suicidado un par de días antes arrojándose desde el tejado. Todo el mundo hablaba de ello.

—¿Sabes dónde estamos?

Tiré mi cigarrillo por la ventana. Asentí.

—En Schloss Hartheim —le dije, tratando que el tono de mi voz fuese lo bastante perentorio para recordarle nuestros deberes en el Konzentrationlager—. Y si me has traído para que hablemos del suicidio del guardia, estás perdiendo el tiempo. No me interesan los cotilleos.

—No te he traído para eso. A mí tampoco me interesan los cotilleos sobre muertes o asesinatos. —Por un momento permaneció callado, como si quisiera añadir algo más. Debió cambiar de idea— En realidad, te he traído aquí porque tenemos que hablar de este lugar. Dime, ¿qué es este Castillo, Rolf?

—Un castillo, sencillamente —repuse.

—Es mucho más, amigo mío. —Harald parecía decepcionado por mi ignorancia— Tiempo atrás era un sanatorio para personas con retraso mental y los que eran demasiado tontos para resultar útiles a la sociedad. Ya sabes que las personas como tú nunca han gustado en Austria, incluso antes de que llegara el Anschluss y nos uniéramos al Tercer Reich.

Me quité la gorra y miré la vieja calavera prusiana. Pensé en que yo era un SS y no un retrasado La calavera se reía de mí y, por un momento, pensé que me pondría a llorar. Arrojé la gorra al asiento de atrás.

—No sé por qué me explicas eso, Harald.

Unos hombres vestidos de blanco se asomaron al camino intentando discernir qué demonios hacíamos allí plantados en medio de uno de los accesos al castillo. Nos miraron un breve instante y luego, al reconocer nuestros uniformes, decidieron que el asunto no era cosa suya y regresaron al interior.

—Hace tres o cuatro años, no recuerdo bien ahora la fecha —prosiguió Harald—, construyeron una gigantesca chimenea. No la podemos ver porque está bien oculta por la mampostería del edificio, pero podemos imaginarla, que es casi peor. En mayo de este mismo año este centro fue rebautizado de Casa de Convalecencia a Instituto del Sueño, un nombre bien bonito, si te fijas, aunque no describe en absoluto las actividades que tienen lugar ahí dentro. Desde entonces, forma parte de la Aktion T4 para la zona de la alta Austria.

—¿Aktion T4? —inquirí, arrepintiéndome de inmediato de haberlo preguntado. Era uno de esos nombres técnicos nazis que no presagiaban nada bueno.

Harald meneó la cabeza, meditabundo.

—El nombre proviene del lugar donde está el Centro de Eutanasia del Reich, la Tiergartenstrasse 4, en Berlín. Pero sólo es un nombre, eso es lo de menos. Lo que importa es que se trata de un programa para eliminación de los esquizofrénicos, los que tienen taras hereditarias, los retrasados

mentales y esos tontos que alguien de pronto decide que no sirven para habitar nuestra Gran Alemania. Para eso necesitaban esa gran chimenea que nunca veremos, para asarlos a fuego lento en sus hornos crematorios.

Ya me había dado cuenta de a dónde quería ir a parar y sentí que me temblaban las manos. Sólo quería que nos fuésemos de allí, que dejase de hablar. Sólo quería que me llevase de vuelta a mi rutinario trabajo en Mauthausen para poder olvidarme de todo aquello. Pero Harald volvió a soltar una de sus risitas burlonas. Luego se puso repentinamente serio.

—La Aktion T4 para esta región está a punto de acabar. Apenas le quedan unos meses de vida. Lo sé de buena tinta. Luego, el Castillo será utilizado para cualquier otra atrocidad. Pero entonces ya nos dará igual. Hasta que estés a salvo, debes parecer un hombre normal, Rolf. Hasta que te hayas librado de que algún funcionario anote tu nombre junto al de los deficientes que hay que eliminar, debes saludar siempre con un ferviente "Heil Hitler"; debes salir con mujeres; debes comportarte como un nazi y como un SS de libro. Porque debes eludir un lugar como éste a toda costa.

Creo que fue entonces cuando Harald giró la llave del contacto y puso en marcha de nuevo su Mercedes 540. No lo puedo asegurar. Yo tenía las manos sobre las orejas y cantaba el himno nazi de Horst Wessel. No me preguntéis por qué lo hacía cuando siempre he odiado esa letra empalagosa y falsaria que habla de banderas hitlerianas enarboladas y Tropas de Asalto SA desfilando embrutecidas por el odio. Lo próximo que me viene a la memoria es sentir que el Mercedes avanza a toda velocidad camino de Mauthausen. El viento azotaba mi rostro y tuve que subir la ventanilla. Luego de pasar un puesto de control, finalmente, me eché a llorar.

—¿Qué haces, maldita sea? —me gritó Harald, fuera de sí—. ¿Qué te acabo de explicar de parecer un hombre normal?

—¿Los hombres normales no lloran? —repliqué, sintiendo que un calor inesperado me subía a las mejillas. Mi amigo volvió a carcajearse y, de pronto, no me pareció un mal actor sino un hombre desesperado.

—Tú no sólo debes parecer un hombre corriente sino que debes ser un SS; nosotros vemos la muerte pasar ante nuestros ojos todos los días. Nunca lloraríamos, ni siquiera por el Führer o por la patria. Sólo lucharíamos por ambos hasta perder nosotros también la vida.

No nos dijimos nada más en el resto del trayecto. Pasamos otro par de barreras, atravesamos las vallas electrificadas que rodean el recinto del campo de Mauthausen, y saludamos a los soldados que las custodiaban con un sonoro "Heil Hitler". Llegamos a las cinco y cincuenta y siete minutos al patio de garajes del Lager. Casi media hora tarde. Yo, como siempre, me quedé mirando la fachada exterior y la gigantesca águila de bronce que la preside. Entonces, como si el ave me hubiese traído una idea a la cabeza, me volví hacia Harald y le pregunté:

—¿Por qué eres mi amigo? ¿Por qué te preocupa lo que pueda pasar conmigo?

Él no respondió y abandonó su Mercedes dando un violento portazo.

—¿Por qué no te cogieron en el Servicio de Inteligencia? —insistí—. ¿Qué pasó para que acabaras en Mauthausen con nosotros, los fracasados?

Pero estaba hablando sólo. Harald se alejaba ya a paso vivo camino de sus obligaciones. A desgana, eché a andar lentamente en la misma dirección, hacia los barracones en obras, donde la oficialidad me encomendaría mis tareas para aquel día.

El campo de Mauthausen podría haber sido un paraíso. Pero no lo era en absoluto. Situado en el centro del valle del Danubio, había sido construido por prisioneros del campo de Dachau tres años

atrás. El lugar había sido elegido a causa de su ideal situación estratégica, al pie de una gigantesca cantera de granito llamada Wienergrabben y perfectamente comunicado con el resto de la Nación a través de la red ferroviaria y de transportes de la cercana Linz, una de las ciudades más importantes de Austria. Pero Mauthausen era una obra siempre inacabada. No dejaban de llegar presos, no dejaban de necesitarse más soldados para custodiarlos y no dejaban de construirse nuevos edificios para albergarnos a todos. Ya éramos quinientos SS en el Lager y en nuestro Lager hermano, Gusen, casi seiscientos. Mientras caminaba hacia los barracones, no podía dejar de pensar en que aquel lugar podría haber albergado un gran hotel o un balneario, pero en su lugar se había levantado un monumento a la esclavitud humana. Aunque tal vez mi corazón volviera a estar divagando. No debía escucharle. Los Konzentrationlager son instituciones creadas para controlar a los enemigos del Reich. Eso, y nada más. Yo debía dejar de pensar en tonterías y convertirme en un buen SS, en alguien indistinguible de la masa, como me había reclamado Harald, y debía obedecer a mi hermano, pues...

De pronto, me detuve, helado de terror. Acababa de recordar que mi hermano me había relevado del servicio para el resto del día. Sólo tenía una obligación hasta que acabase mi turno: debía matar a un español.

A ti, lector nacionalsocialista del futuro, a quien dirijo este diario, te repito que estaba muerto de miedo, por mucho que éste sea un sentimiento tan poco alemán y nuestros líderes detesten a los cobardes como Rolf Weilern.

FIN DE LA PRIMERA LECCIÓN

Capítulo 2

ENTARTETE KUNST
(Arte degenerado)

Corría el final del año 1939, apenas unos meses atrás, y en toda Austria se estaba exhibiendo una exposición itinerante de "Arte Degenerado". En ella, los buenos alemanes podían enfrentarse personalmente a algunas de las más obscenas creaciones de los artistas que gustaban en occidente: judíos, homosexuales y demócratas capaces de crear formas siniestras y sin sentido, contrarias a la estética y a los viejos cánones de belleza que habían regido en Occidente desde la época clásica. Estos artistas degenerados buscaban emborrachar a los jóvenes con su pseudocultura, inflamando sus pequeñas mentes con necedades y desatinos que les condujeran al abismo de la corrupción racial, de las ideas de izquierda o de la sodomía, entre otras conductas desviadas.

Cubismo, surrealismo, dadaísmo... ésos eran los estandartes del Arte Degenerado o Entartete Kunst. Huyendo del tradicional arte figurativo, esos "supuestos" artistas se habían convertido en enemigos irreconciliables de la nación alemana. En la exposición se les ridiculizaba a través de una corrosiva cartelería, consiguiendo que los visitantes entendieran la locura que se había apoderado de algunas naciones europeas y lo importante que era que el hombre de la calle supiese apreciar, en contraposición, el buen Arte Heroico alemán. Toda creación artística, en tanto que la máxima expresión del genio humano, sólo podía ser realizada desde los presupuestos éticos y morales nacionalsocialistas y por las manos de un hombre racialmente puro. De lo contrario, el arte es degradación, es perversión. Lo que podría haber sido grandeza y universalidad deviene la ruindad más grande que podamos imaginar.

El asesino recordaba cómo escupió sobre un cuadro de Picasso y el orgullo que sintió cuando los guardias, mientras le expulsaban del museo, le daban palmaditas en la espalda. Sabían que él era un buen alemán indignado por la visión de todo aquel falso arte libertino y disoluto. Le aconsejaron, secretamente orgullosos, que aprendiera a calmarse. ¿Que pasaría si otros tomasen su ejemplo y ensuciasen o destruyesen aquellas muestras de la indecente cultura extranjera? Entonces, muchos alemanes o austriacos no podrían aprender la lección que trataban de enseñarles, ¿verdad? El asesino se dio cuenta, avergonzado, que aquellos hombres estaban en lo cierto, que debería ser capaz en el futuro de contenerse y no dar rienda suelta a su ira cuando algo ofendiera a sus ojos. Sin embargo, de aquella experiencia le había quedado una impronta imposible de borrar: odiaba a cualquiera que no siendo ario y nacionalsocialista tuviese la desvergüenza de dedicarse escribir, a pintar, a esculpir, a imaginar... Sólo ellos, los puros, los elegidos, podían dedicarse a la más alta y excelsa tarea que podía emprender el ser humano: EL ARTE en mayúsculas.

Por eso, cuando descubrió, debajo de una de las literas comunitarias del barracón once, unos dibujos garabateados formando viñetas en una página, decidió que mataría al subhumano que se había atrevido a realizar algo que, por naturaleza, le estaba vedado a una criatura de su condición. Aquella era una sección habitada por españoles rojos, medio moros y comunistas, y sin embargo uno de ellos se atrevía a creerse un dibujante como el mismísimo Adolf Hitler. Éste, como todo el mundo sabía, era el pintor más grande del mundo, aunque de momento sus pesadas tareas al frente de la Nación le impidieran seguir dedicándose a cultivar su arte.

—¿Estás mirando mi cómic? —le dijo de pronto Juan López exhibiendo una estúpida sonrisa de español subhumano, después de llegar del patio de revista arrastrando los pies.

El asesino asintió quedamente.

—Quiero hacer una obra similar en concepción al Little Nemo de McCay. ¿Conoces la obra de Winsor McCay? Busco una historia onírica pero real, de niños pero también para adultos. Llevo años

trabajando en mi álbum. Lo tengo todo aquí, en mi cabeza. —Juan se señaló la sien y se echó a reír— Si no pudiese dibujar creo que me volvería loco. He cambiado todo lo que tenía de valor por unos lápices y unas pocas hojas. Cuando se me acaban los lápices dibujo con ceniza y, cuando no me quedan hojas, lo hago sobre papel de váter... Ojalá un día se acabe esta vida de esclavo en el campo de Mauthausen y pueda regresar a casa. Mi mujer guarda todo lo que llevaba dibujado hasta que en 1936 estalló la guerra de España. Un día lo recuperaré, terminaré mi obra y volveré a ser el hombre que antes era.

El asesino miró en derredor y descubrió que se habían quedado solos. En el segmento o Stube A del barracón once, donde ahora se hallaban, no se veía a nadie, y más allá, en las estancias de los jefes de barracón y los aseos, tampoco se veía un alma. Si en el Stube B había alguien le traía sin cuidado porque quedaba demasiado lejos para que le viesen.

—Creo que voy hacerte un dibujo —dijo entonces el español, sin apercibirse que su interlocutor estaba dando la vuelta a la litera comunitaria y girando hasta situarse a su espalda. No desconfiaba de sus movimientos, pues le creía un ser inofensivo, incapaz de hacerle ningún daño. Pero pronto saldría de su error—. ¿Te gustaría un avión o...?

El asesino rodeó el cuello de su víctima con un alambre que le regalara su cómplice y que había guardado largo tiempo esperando una situación como aquélla. Su adversario estaba débil tras una larga jornada de trabajos forzados en la cantera, y apenas pudo resistirse a su ataque. Murió en apenas unos segundos, sin soltar sus lápices, la mirada aún pérdida en un avión imposible que ya nunca sobrevolaría ninguna hoja de papel. Fue como arrebatarle la vida a un pajarillo con un sencillo giro de muñeca. El asesino sintió lástima del español subhumano, pero sólo fue un breve instante, porque al cabo se acusó a sí mismo de debilidad, de guardar en su corazón un atisbo de empatía para un ser que no merecía una muerte tan rápida e indolora.

—No podía permitir que regresases a España y te convirtieses en un artista degenerado, Juan, amigo mío. Con tu muerte, le he hecho un favor al mundo, y también a ti, sin saberlo, pues no te convertirás en una aberración contranatural. Muerto a manos de un ario puro, has cumplido mejor destino que aquel que creías que te aguardaba. ¡Deberías darme las gracias!

El asesino prendió fuego a los dibujos del español y los arrojó sobre su cadáver, quedando éste consumiéndose junto a aquello que más había amado en vida. Le pareció a su ejecutor una forma suprema de justicia poética y salió silbando por la puerta como si tal cosa. Se alejó un centenar de metros caminando sin prisas por el patio de revista y se quedó mirando cómo guardias y prisioneros acudían a la carrera al barracón once. Era el primero por la izquierda: desde lejos podía verse el humo negro propagándose a ráfagas por las ventanas. No tardaron en apagar las llamas y en llevarse el cadáver ennegrecido de Juan López. Varios españoles fueron azotados acusados de haber provocado el incendio. Uno perdió el sentido y se lo llevaron, agonizante, al Muro de los Aulladores, donde lo dejaron encadenado bajo un sol de justicia. Nadie les echó en cara, por el contrario, la muerte de su camarada: eso no era un crimen. Intentar destruir una propiedad del Reich, como era un barracón recién construido, eso era algo que no se podía permitir. Pero un español rojo más o menos en el mundo, era algo que a un buen alemán nacionalsocialista siempre le traería sin cuidado.

Y al asesino, por tanto, le traía sin cuidado que aquel maldito español degenerado hubiese abandonado para siempre el mundo de los vivos.

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 2:
Befehlsnotstand:
Obediencia ciega a las órdenes de un superior

(O de cómo pasé de ser casi un nazi a casi ser yo mismo)

IV

Mi hermano me había dicho: "tienes que matar a uno de esos rojos apátridas". Se refería a los españoles, claro, y era una orden, no un consejo fraternal. Era la típica y desangelada instrucción que da un Oberstumführer-SS a un Sturmmann-SS, un teniente a un pobre soldado de primera como yo. Y me lo ordenó por mi bien, o por su bien, o el del Führer; no sabría deciros. Yo aún seguía de pie, petrificado, en medio del patio de garajes, recordando sus palabras, rápidas, cortantes, dispuesto a cumplir con mi promesa de convertirme en un asesino. Con los puños apretados, vestido con la mirada fría, despiadada, que se espera de un miembro de la Banda de la Calavera, intenté transformarme en ese hombre que él me había enseñado a ser. Traté de fijar la vista en un punto imaginario que no es ninguno y es capaz, dicen, de someter la voluntad del individuo al designio de la raza, pero sólo conseguí ver, a mi izquierda, todavía muy lejos, el enorme muro de granito que da paso al campo interior, el de los prisioneros. Comencé a caminar. Me calé hasta las cejas mi gorra, que acababa de recuperar del asiento de atrás del Mercedes de Harald. Quería parecer tranquilo y clavaba muy fuerte mis botas para que resonaran a cada paso que me acercaba a mi destino. Se supone que eso te da confianza en ti mismo, pero no sé si creerlo. Si no hubiese sabido que eran mis propias pisadas las que retumbaban en mis oídos, creo que me habría puesto otra vez a temblar de miedo.

Mi hermano me había dicho: "tienes que matar a uno de esos rojos apátridas. A uno que sea lícito asesinar: un hombre viejo, un joven enflaquecido o alguien que ya no sea útil para nuestra Nación". De buena gana se lo hubiese cambiado por un polaco, un checo o hasta un alemán o un austriaco como nosotros, pero no se lo propuse porque me sería tan imposible como matar a un español. De todos los prisioneros del Lager, los de España son los que me caían más simpáticos. Yo no me mostraba cruel ni les golpeaba con mi porra y ellos me sonreían y me cantaban canciones de su tierra. Eran un poco como mis amigos. Además, los españoles no murmuraban a mis espaldas ni me llamaban retrasado, idiota o corto de entendederas, como hacían muchos guardias. A veces les daba cigarrillos y se los cambiaba por canciones. No dejaba de repetirme que sería terrible que los españoles se enfadasen conmigo si me veía obligado a matar a alguno de sus camaradas. El dolor de vientre regresó cuando me vino a la cabeza que quizás hasta dejasen de cantarme sus canciones o, si me las cantaban, tal vez lo hicieran porque pensasen que de lo contrario les pegaría un tiro. Debe ser horrible que alguien cante por miedo a que le metan una bala en la cabeza. Seguro que la voz no suena entonces alegre como a mí me gusta y el sonido del batir de las palmas se parecerá no a la risa de una mujer bonita, como ellos dicen, sino seguramente a las pisadas de un asesino que avanza marcando el paso por un campo de concentración nazi.

Un camino empedrado en dirección al campo interior. Tip-tap, tip-tap hacían mis botas reglamentarias sobre el suelo. Ellas marcaban los pocos instantes de vida que le quedaban a algún español. Sentía asco de mí mismo y abandoné el camino a punto de vomitar, tropezando con un saco de cemento. A causa de las obras, llegar a algún lado acaba convirtiéndose en una carrera de obstáculos. Lo único positivo es que, entre mi náusea y el tener que esquivar restos de material, el redoble rítmico, repetido, de mis botas se apagaba por momentos. Suspiré, aliviado. Pasé de largo dos largas hileras de escombros; el puesto de mando a medio construir; la oficina política de la Gestapo, de la que sólo se alzaba un desolado esqueleto; un hospital y, a lo lejos, barracones, almacenes, talleres y hasta un campo de fútbol... todo estaba por hacer y centenares de prisioneros

habían muerto ya construyendo los aledaños de su propio sudario. Pensé que sin duda muchos más morirían mañana, y al día siguiente, mucho antes de que todo estuviese terminado. Pero eso no debía importarme. Mi hermano me lo dejó bien claro: el mejor de nuestros inquilinos era un criminal común; el peor, un judío; y entre medio, homosexuales, comunistas o socialdemócratas, cuando no apátridas y rojos como los españoles. Y yo debía matar a uno de ellos. Acaso porque me gustaban los españoles. Ya entonces sabía que por eso mi hermano los había escogido de entre todos los habitantes del campo. Una prueba de fortaleza o de carácter, o algo así. Seguro que si hubiera un libro nacionalsocialista de preceptos, podría encontrar el mandamiento que te obliga a asesinar a un hombre que te cae simpático para así convertirte en mejor alemán.

Me tuve que quitar de nuevo la gorra para aflojarme una súbita presión en las sienes. Me eché las manos a la cabeza y comencé un lento masaje circular. Mi madre siempre decía que cuando estaba nervioso debía hacerme uno de estos masajes. De lo contrario, llegaban las migrañas y mi boca empezaba a chillar y a decir incoherencias sin sentido. Luego, durante días, tenía que tumbarme en cama con los ojos muy gordos e hinchados, y es entonces cuando, medio ciego, mis sentidos se afinaban, y mi oído podía discernir el repiqueteo de una moneda que caía en la otra punta del barracón. Siempre se colaba entre la bruma de sonidos una voz rota que tosía, escupiendo tabaco de mascar. Esa voz amarga no tardaba en hacer un chiste sobre el tonto, el idiota de Rolf Weilern. Rolf el manazas; Rolf el-que-siempre-está-enfermo; Rolf el zángano, el que no está adscrito a ninguna unidad específica en el Lager porque es incapaz de hacer nada a derechas. ¡Viva la Totenkopvbande, la Banda de la Calavera, la horda de superhombres que cuidamos de que el orden y la pulcritud nacionalsocialistas se cumplan en los campos de concentración! “Tiene suerte ese imbécil —concluía esa voz desconocida, con un tono que había abandonado el guiño jocoso para mostrar todo su odio, envidia e ira—, tiene suerte ese Rolf Weilern de que su tío sea el mismísimo Theodor Eicke, el creador del sistema de campos de concentración y de exterminio, sino estaría en primera línea del frente, dejándose pinchar el culo por las bayonetas de los ingleses." Y entonces todos reían a mi costa.

Cada vez me dolía más la cabeza. Al abrir los ojos, descubrí que ya había alcanzado mi destino y que estaba en medio del patio de revista, la Appellplatz, rodeado de unos pocos suboficiales y aproximadamente un millar de prisioneros, centenar arriba o centenar abajo. Debía haber pasado, aunque no lo recordase, por delante de las dos torres de la entrada y la puerta principal del campo interior, amén de la guardia de extramuros, que sin duda se había reído lo suyo al verme llegar por la explanada con los ojos cerrados y masajeándome las sienes. Otro pelotón de guardianes habían aprendido lo bien que se lo pasa uno riéndose del idiota de Rolf. Al menos, creo, no había hablado en voz alta. A veces lo hago y entonces la gente cuchichea todavía más a mi espalda.

Detrás de mí, al fondo, se hallaba un prisionero caído en desgracia. Le habían encadenado a las argollas que cuelgan de la pared de la entrada a modo de modernos instrumentos de tortura. A lo que parece, había causado una hora antes un pequeño incendio en el barracón número once, de resultas del cual había muerto otro prisionero. Y allí se quedaría purgando su penitencia, asándose al sol hasta el momento de su muerte. A ese lugar le llamamos Klagemauer, el Muro de los Aulladores, por los gritos que dan los condenados antes de morir de sed, cuando la locura se apodera de sus pobres almas. No quería pensar para nada en ese pobre hombre, en sus sollozos, en sus demandas de auxilio, en sus lamentos: yo sólo deseaba que mi hermano estuviera orgulloso de mí. Así que volví la vista al frente. Yo tenía mis órdenes, era un hombre fuerte, capaz y me convertiría en un verdugo para mayor

gloria de mi país.

V

—¡Firmes! —gritó el prefecto de los prisioneros: y todos los presos se cuadraron.

Eran las seis de la tarde y había comenzado a nevar en el campo. Muchos de los presos apenas se tenían en pie y sus compañeros los abrazaban a escondidas por la cintura, o los cogían por la espalda, o de donde fuera, para evitar que desfallecieran del todo y cayeran al suelo. Un prisionero demasiado débil para hacer la revista se ganaba fácilmente un billete de ida al horno crematorio. Mauthausen, como el castillo de Hartheim, tenía los suyos propios, y el más cercano lanzaba sinuosas amenazas en forma de volutas de humo a mi derecha, apenas a un centenar de metros. Todos los prisioneros conocían el peligro de no pasar la revista. Yo también, y se suponía que andaba buscando precisamente uno de aquellos hombres que ya no servían, esos que ya no pueden trabajar y son, por tanto, desde la óptica más objetiva y despiadada, prescindibles para el Reich.

—Me duele la cabeza —le confesé al prefecto de los prisioneros, sin saber muy bien porqué.

—Lo lamento, señor.

El prefecto o Lagerältester, era una bestia velluda de más de dos metros; se hacía llamar Godzilla a causa de sus andares simiescos y su violencia animal, que descargaba sobre sus inferiores sin necesidad de una excusa. Me miró, dudando, sin saber si debía o no continuar con la revista. Rolf el tonto acababa de interrumpir uno de los actos más importantes que se celebraban en el Lager y, a sus ojos, debí parecerle el ser más imbécil sobre la tierra. Pero el prefecto, aunque sea el primero de los prisioneros y su representante, no deja de ser un preso como cualquier otro y, por tanto, no le llega a la suela del zapato al más tonto e incapaz de los hombres de la Schutzstaffel. Me pareció que me miraba con rencor, como si tuviera una causa pendiente conmigo. Un hilillo de sudor caía por su frente. Se trataba de un alemán con la insignia BV, es decir, un criminal común, y su triángulo verde así lo testificaba... testificaba que era la élite entre los prisioneros del Lager, lo cual tampoco es decir gran cosa.

—¿Qué te sucede, Rolf? —me preguntó entonces el Blockführer Braun, con cara de pocos amigos. Braun gastaba un cuello grueso, como de toro, bizqueaba y poseía un fuerte acento de Baviera.

No se cómo recordará la historia el día a día de un campo de concentración y, en particular, a hombres como Braun. Tal vez se hagan películas en que nosotros, los de la Banda de la Calavera, omnipresentes, perseguimos a los presos con la porra en la mano. A veces sueño en estas cosas y creo que todo serán mentiras, que nadie se preocupará por saber la verdad. Porque no es así en absoluto. De hecho, no es habitual que los SS entremos en el campo interior donde viven los prisioneros. La rara vez que lo hacemos, cualquier preso que se cruza en nuestro camino se descubre, se cuadra y se caga en los pantalones del susto. A veces literalmente.

—Tengo que matar a un español y me duele la cabeza —le expliqué a Braun, que parecía bizquear más por momentos. Mi interlocutor estuvo a punto de decir algo, pero se calló, como si todo aquel asunto fuese demasiado para él. En su auxilio llegó entonces su superior y oficial al mando de la revista, el Rapportführer Boldt:

—Sturmmann-SS Rolf Weilern —bisbiseó, tratando de parecer calmado, aunque no lo estaba en absoluto y una vena muy grande y muy roja palpitaba en su cuello, justo donde acababa la guerrera. Pareció pensarse con cuidado lo que iba decir; y luego de unos momentos en los que su vena, dilatándose y contrayéndose, habló por él, añadió—: ¿Por qué demonios ha decidido interrumpir mi

revista?

“Su revista”. Y es que cuando antes os explicaba eso de que los SS rara vez atravesamos el muro del campo interior, me había olvidado de la única excepción a esta regla, el Rapportführer Boldt y sus suboficiales, los Blockführer. Todas las mañanas a las cinco y todas las tardes a las seis, Boldt pasaba revista y contaba minuciosamente a los presos que habían sobrevivido a otro día agotador de trabajo en la cantera o en algunos de los Baukommandos, las cuadrillas de albañiles esclavos que construían el campo exterior. A sus órdenes estaban, como ya he dicho, los Blockführer, responsables de los diferentes barracones de prisioneros. Todos juntos, hacían el conteo de los presos durante pocos minutos u horas interminables, según tuvieran el día, en medio de órdenes contradictorias del tipo: "levantad una pierna”, “bajad una pierna”, “poneos la gorra”, “quitáosla", etc. Este sistema servía en teoría para detectar al que estaba tan agotado que ya no valía la pena malgastar en él una cena y, después de caer desfallecido, se le dejaba morir sin que nadie pestañease. Entretanto, sus compañeros levantaban y bajaban una pierna o se ponían y se quitaban sus gorras de esclavo hasta que Boldt y sus muchachos se sentían satisfechos.

—He venido a matar a un español y me duele la cabeza —insistí, sabiendo cuánto odiaba el Rapportführer que le repitiesen las cosas y sabiendo que me detestaba por ser un idiota. Boldt estaba exasperado porque hubiese interrumpido “su Revista” justo cuando iba a ordenar una nueva tanda de ejercicios gimnásticos para piernas y gorras, a fin de doblegar a unos hombres que ya llevaban trece horas trabajando al límite de la resistencia humana.

—Eso ya lo has dicho, Rolf.

—Sí, Herr Rapportführer, ya lo he dicho.

No hay nada que exaspere más que un idiota haciéndose pasar por aún más idiota. Harald tenía razón cuando me lo advirtió de camino al campo. La vena del cuello de Boldt parecía a punto de estallar y por momentos se hacía más grande y palpitante.

—¿Por qué dejan vivir a un ser semejante? —gimió Boldt en dirección al Blockführer más cercano, que no era Braun sino un muchacho rubio y delgado que asintió mirándome con desprecio y severidad. El resto de suboficiales asintieron también como si tuviesen un secreto mecanismo teutónico haciendo vibrar sus enormes cabezas teutónicas.

—Me pregunto para qué habrá dispuesto Himmler la Aktion T4 y el resto de disposiciones sobre la eugenesia, si gente como Weilern puede seguir caminando por las calles de la Gran Alemania como si tal cosa —insistió Braun en voz muy baja, pensando que sólo su camarilla de suboficiales podrían oírle. Sonrieron y yo sonreí con ellos. Tenía demasiado presente la visita al castillo de Hartheim para no ser consciente que debía sonreír y cerrar el pico de una maldita vez. Seguro que Harald estaría sorprendido de lo poco que me habían servido sus consejos. Por lo tanto, hice ver que nada había oído y entrechoqué los talones cuando vi que Boldt volvía a dirigirse hacia mí:

—A ver, Rolf... —comenzó de nuevo el Rapportführer, pero su explicación cesó abruptamente cuando un preso cayó desfallecido a un par de metros a su diestra. Eso pareció darle una súbita idea y dijo, señalando al preso—: Este saco de mierda, ¿es español?

Los Blockführer se encogieron de hombros y miraron a Godzilla, que se encogió de hombros a su vez y miró a un Kapo, que dio un paso al frente. Porque son los Kapos los que en realidad conocen, tutelan y administran disciplina entre los prisioneros. Los Kapos son los responsables de al menos la mitad de los muertos en Mauthausen. Son los verdugos de unos camaradas a los que conocen, aterrorizan y, en la mayor parte de los casos, torturan física y mentalmente antes de enviarles a un

sitio mejor y más beatífico que el sistema de campos de concentración alemán.

—Es un español, Herr Rapportführer —maulló el Kapo, con voz aflautada—. Se llama José Luis y es de Almería.

El Kapo también era español. El primero que había conseguido alcanzar tan dudoso honor luego de años de ser un puesto reservado a alemanes y austriacos. Se llamaba Juanita y era un homosexual reconocido.

—¡Mátalo! —dijo Boldt.

Juanita no lo dudó dos veces y golpeó con un palo la cabeza del infortunado José Luis, que ya agonizaba de puro agotamiento físico, hasta que su cráneo resultó visible en medio de un rostro convertido en pulpa.

—¿Ya estás contento? —inquirió Boldt.

—No, señor —dije, conteniendo una arcada—. Debo matarlo yo mismo, personalmente, y no a través de terceros. Esto mi hermano me lo dejó muy claro y, si no fuera capaz de hacerlo, no conseguiré mi permiso de fin de semana.

El Rapportführer Boldt suspiró profundamente y me miró como si fuese a estrangularme con sus propias manos. Aparentemente, debió cambiar de opinión, pues me dio la espalda y ladró una orden. Entonces, novecientos noventa y nueve presos (faltando José Luis) se pusieron de rodillas. Ladró otra y novecientos noventa y siete se pusieron en pie. Dos más fueron incapaces de reincorporarse y los Kapos, a una señal de Boldt, cayeron sobre ellos como un enjambre de moscas, con sus palos y su rabia asesina, hasta que de los dos infelices sólo quedó una masa informe y sanguinolenta. Los cadáveres fueron arrastrados a un lado para que no estorbaran los ejercicios gimnásticos del resto. Otras veces he visto cómo los dejaban agonizar en el suelo durante horas. Depende del ánimo de sus amos y señores, los superhombres de las SS.

—¡Quitaos la gorra! —ladró el Rapportführer— ¡Poneos la gorra! ¡Saltad a la pata coja con la gorra en la mano derecha! ¡Saltad a la pata coja con la gorra en la mano izquierda! ¡Cambiad de pierna! ¡Cambiad de mano! ¡Saltad con la gorra puesta y luego lanzadla al aire! ¡Y ay del que no la pueda recoger al vuelo!

Estos ejercicios, siempre en columnas de a cinco, podían durar perfectamente hasta la mañana siguiente. Se dice que una vez Boldt mató a quinientos hombres durante la revista. Nuestro comandante en jefe, el Lagerführer Frank Ziereis, debió sonreír satisfecho y mandar una carta autolaudatoria al Führer en persona: "Hoy han muerto cinco centenares de subhumanos, querido Adolf", comenzaría mi misiva imaginaria. Lo más curioso es que mi propio hermano, el Oberstumführer-SS Otto Weilern, también estaría satisfecho de una gesta semejante. Pero yo no soy mi hermano, y aunque a menudo querría serlo, a menudo también querría ser una persona completamente diferente. No sé si me entendéis.

—¡De rodillas otra vez! —ladró Boldt, mientras mis pensamientos, como siempre, vagaban entre la necesidad de agradar a mi hermano y mi deseo de obedecer a mi barriga, que seguía sintiendo náuseas y deseando huir del campo de Mauthausen para siempre.

—¡Ahora quiero que saltéis en cuclillas, como si estuvierais cagando, escoria de la tierra! —dijo una voz que ya no pude distinguir como la del Rapportführer Boldt ni como la de ninguno de sus suboficiales. Sencillamente, no parecía humana.

Y en medio de toda aquella infamia, yo debía encontrar fuerzas para asesinar a un español y conseguir mi día de permiso.

No sé si os lo he explicado, imaginarios lectores del pueblo alemán que un día podréis ojear mi diario, este pequeño legado que hago al nacionalsocialismo... No sé si os he explicado, decía, que el campo de Mauthausen fue concebido para albergar entre dos mil y dos mil quinientos prisioneros. Hace tiempo que superamos los diez mil. Pronto, si Alemania sigue ganando la guerra, seremos el doble de esa cifra, o el triple, ¿quién sabe hasta dónde podríamos llegar? Se dice que en pocos meses declararemos la guerra a Rusia y, cuando esto suceda, tal vez lleguemos a cincuenta o cien mil reclusos. Además, la mayor parte de los que llegan se encuentran en tan mal estado que no son de utilidad para el trabajo esclavo al que los sometemos. Por eso nuestro comandante, el bueno de Frank, ofrece días libres, pagas extra, botellas de Schnapps, alguna mamada en el burdel y un montón de palmaditas en la espalda a los que hacemos que el número de inútiles, tullidos, enfermos o ancianos disminuya. Todo en nombre de la Gran Alemania que el Führer anda construyendo con los cadáveres de media Europa. Supongo que, ahora más que nunca, después de leer este párrafo, pensareis que soy un mal nacionalsocialista. Creo que volveré a leerme el Mein Kampf a ver si recuerdo por qué debo odiar a todos los que se supone que debo odiar.

—¡Cuerpo a tierra! —chilló el Rapportführer Boldt, arrebatándome el hilo de mis pensamientos. Porque ya entonces sabía que me estaba engañando, que mis palabras (entonces sólo pensamientos) son las palabras de un cobarde. Yo no sé si esto de lo que os hablo está bien o mal. Tal vez lo veo cruel, innecesario y malsano, porque soy incapaz de matar a un prisionero, porque no podría matar ni a un gatito y odio a esa gente que mete en sacos a una camada entera y los tira al río porque hay demasiados en su finca. Si pudiera matar a un español acaso comprendería el objeto de toda esta barbarie. Entonces, no vería hombres sino subhumanos, y sería un buen SS, el soldado que quiere mi hermano que sea.

—Parece que se han olvidado de ti —dijo una voz a mi espalda. Me volví y descubrí a Juanita, el Kapo español.

—¿Por qué no has vuelto a tu puesto? —le pregunté, mirando su pijama a rayas de preso, manchado con la sangre de José Luis, y su brazalete que le delataba como asesino y torturador al rezar: "Kapo".

—Nadie me ha ordenado volver a la fila. No me atrevería a hacerlo sin la orden pertinente. —Sonrió, mostrando una doble hilera de dientes de oro— Si me ordena volver a mi sitio, lo haré gustoso.

Juanita hablaba un alemán casi perfecto. Se decía que durante la guerra civil española había trabajado de espía de nuestro ejército en la zona republicana. Le habían atrapado y pasó dos años en una cárcel en Barcelona. Irónicamente, terminada la guerra, las tropas franquistas y sus jefes en Berlín decidieron recompensarle con el traslado a un campo de concentración. La causa: ser tan cretino como para dejarse atrapar por unos subhumanos rojos republicanos. Y es que el buen Reich tolera cualquier cosa menos la incompetencia.

—No vuelvas a la fila, Juanita. Te necesito —le dije—. Necesito encontrar a un español para asesinarle.

Él o ella asintió complaciente.

—Hay muchos que merecen morir —me explicó, encogiéndose de hombros— Le puedo señalar a alguno y si le gusta me lo llevo a rastras. Luego le pega un tiro y listos.

No quiero que penséis que Juanita era un monstruo, al menos no más de lo que lo somos sus amos. No, los Kapos sólo son hombres diminutos, aterrorizados. Nos tienen tanto miedo que matarían

a su padre y a su madre sin dudarlo tras recibir la orden pertinente. Los Kapos, cuando no tienen un SS delante, son personas normales: ríen, sueñan e incluso, cuando se reencuentran con un antiguo compañero de armas, lo abrazan y lo ponen bajo su protección. Pero cuando aparece su amo SS, le sacarían la piel a tiras a su camarada, le molerían a palos y con él a toda su familia si con ello pudiesen congraciarse un poco más con aquello que más temen los Kapos en este mundo: el destello de la calavera de nuestros uniformes.

Pensad lo que queráis, pero no hay nadie en este mundo más digno de lástima que un Kapo. Es un asesino, una bestia infame y a la vez víctima de unas bestias infames y de sí mismo. No he leído a Dante pero si sé que en La Divina Comedia hay diferentes tipos de infierno dependiendo de los crímenes que uno ha cometido. Eso me explicó mi hermano mientras me daba una clase de literatura para tontos. Si Dante viviera hoy en día concebiría un infierno especial para los Kapos. Estoy seguro. Y en él sólo estarían ellos, con sus porras y su brazalete de Kapo, lamentándose de su suerte delante de largos y cóncavos espejos, mirando su propio reflejo con el semblante teñido de terror.

—Busca a un español al que pueda odiar y lo mataré —le insistí—. Me da lo mismo si está sano o no; búscame a un asesino, un violador o a alguien al que puedas convencerme de que si lo mato, no estaré haciendo algo malo.

Para Juanita, un SS suplicando ayuda porque no quiere hacer algo malo, debió parecerle algo tan milagroso como si Adolf Hitler en persona llegase al Lager para limpiarle con la lengua sus zuecos de madera. Así que me miró con unos ojos enormes como platos, incapaz de comprender.

—Eso que me pide, señor —balbuceó—, no es algo que yo pueda hacer. O tal vez sí. Fíjese —se contradijo, como si acabara de tener una idea—. Aquí todos los españoles son bestias subhumanas y corruptas. Ustedes mismos lo dicen. Rojos, comunistas, socialistas y ateos... no tienen patria y nadie les quiere: ni la España de Franco donde nacieron, ni la Francia de Petain por la que lucharon. Son escoria. Si los mata no se sentirá mal. Nadie se siente mal cuando mata a un español.

Juanita no tenía más de cuarenta años. Era alto y muy delgado, y cantaba tonadillas de Imperio Argentina con una voz y un timbre sonoro que muchos afirman que era una imitación perfecta de la cantante gaditana. Poseía, además, una nariz larga y curvada, como de buitre, de la que estaba muy satisfecho. El cabello, rubio pajizo, lo llevaba un poco más largo que el resto de presos, que van siempre rapados al cero. Seguro que había hecho un trato con el barbero para parecer más guapo. Las relaciones entre hombres son cosa común en el campo de Mauthausen, aunque estén totalmente prohibidas, y Juanita era de lo más solícito con sus amistades, a las que sin duda les gustaba revolver su pelo rojo mientras se hacían arrumacos. Me pregunté si Juanita sabía lo que pensamos “oficialmente” los SS de la homosexualidad y lo que podría pasarle si alguno de nosotros le descubríamos en actitud tierna con un hombre.

—¡Quiero alguien a quien odiar, Juanita, pero no por razones políticas sino por que sea un mal hombre! —espeté, mirándole de hito en hito y echándome la mano la pistolera. Juanita se puso pálido. Mi gesto pareció reactivar su raciocinio y echó a correr hacia una esquina entre aspavientos. Me trajo a un hombre de al menos sesenta años, encorvado y sudoroso. No dejaba de toser y parecía contento de que lo hubieran liberado de los ejercicios gimnásticos del Rapportführer Boldt.

—Este perro es de Valencia —me dijo Juanita—. Luchó hasta el final contra las tropas fascistas. Estaba en la defensa aérea. Seguro que es responsable de la muerte de algún alemán de la Legión Cóndor, de un aviador valeroso que dejó mujer e hijos muy rubios y arios hasta la médula. Además, es un anarquista; peor que un rojo. Es el más subhumano y antinazi que hay en el campo.

Me mesé el mentón y suspiré, poco convencido.

—No sé si podría odiar a este pobre viejo por ser lo que me dices que es y hacer lo que me dices que ha hecho —objeté.

—¡Por Dios!, señor Sturmmann-SS —se sorprendió Juanita—. Es español, de piel morena, viejo desdentado, feo... si no puede odiar a este hombre no sé a quién podrá odiar.

Yo mido casi metro noventa, tengo los cabellos castaño claro y los ojos azules. Soy un estereotipo racial viviente. Seguramente, el Kapo creyó que aquel argumento podría convencerme. Pero se equivocaba. Yo sólo veía a un pobre viejo aterrorizado que no entendía alemán y ni siquiera sospechaba que su compatriota lo estaba vendiendo como víctima propiciatoria. Le indiqué a Juanita con un gesto que devolviese al hombre a la fila. Éste se fue caminando con paso cansino. Estaba al límite de sus fuerzas y seguramente otra media hora de ejercicios gimnásticos acabarían con él. Alguien más inteligente que yo habría decidido que, dado que su destino era igualmente pasar a mejor vida, no importaba que fuese yo el que le ayudase a encontrar el camino hacia el otro lado. Pero me daba igual, no estaba dispuesto a ser yo la última persona que viesen los ojos de aquel pobre anciano.

—Mi hermano me ha dicho que busque a un español; tal vez un lisiado, un inútil o alguien que vaya a morir pronto y al que de alguna forma, más que ejecutarlo, lo libere de un par de días de tortura. Pero éste no es el que quiero. No sé por qué. Tráeme a otro.

Juanita asintió y retrocedió hasta el pasamanos de hierro que separaba el patio de revista de la lavandería, un barracón enorme que se extendía a nuestra espalda. Miró hacia el foso, como esperando que de la planta inferior, donde estaban las duchas, saliera tambaleándose algún moribundo que pudiera servir a mis propósitos. Yo podía percibir su miedo. Para llegar a Kapo hay que tener por lo menos tres virtudes: suerte, crueldad e instinto de supervivencia. El instinto de supervivencia de Juanita le decía que aquella situación no iba a acabar bien y a cada minuto se le veía más nervioso. Braun pasó en ese instante junto a nosotros y Juanita levantó los ojos hacia él, como pidiéndole auxilio. Pero el Blockführer tenía otras cosas en la cabeza y por muy Kapo que fuese, para él Juanita tenía tanto valor como una cucaracha que se arrastraba en ese momento junto a su bota. Así que ni siquiera reparó en su gesto.

—¡Porque yo necesito que ese español sea alguien repugnante, tan detestable que yo sea capaz de matarlo! ¡Porque si no lo mato no tendré un día libre, y mi hermano se enfadará, yo me enfadaré conmigo mismo y mi dolor de cabeza se hará más y más fuerte! —Creo que a estas alturas ya estaba chillando y, poniéndome mi gorra bajo el brazo, había comenzando a darme masaje con la mano contraria en las sienes. De pronto, la puerta lateral de la lavandería se abrió y un muchacho de no más de trece o catorce años salió con un carro de ropa limpia. A Juanita se le iluminó el rostro. En dos zancadas había atrapado al muchacho y me lo traía dando la vuelta al edificio. Me lo ofreció como un perro ofrece al cazador una perdiz recién abatida.

—Este muchacho es lo que estaba usted buscando, señor

—¿Éste? —inquirí, desconfiado. Había algo en aquel muchacho que me resultaba familiar. Era como si lo hubiera visto alguna vez. No sabía dónde, no sabía cuando. Lo tenía en la punta de la lengua. Pero, de pronto, el nexo con aquel lugar recóndito de mi memoria se desvaneció. El problema de ser un pobre incapaz es que nunca acabas de hacer, de entender, de recordar... lo que debieras—. ¿Estás seguro de que es lo que necesito? —insistí.

—Sí, seguro —Juanita tragó saliva—. Llegó al campo hace apenas un mes y ni siquiera sé cómo

se las ha arreglado para sobrevivir y que le destinen a la lavandería. Incluso se ha saltado la revista y a nadie parece importarle. Pero su suerte se ha terminado. En primer lugar, es un enclenque. —Juanita le abrió el drillich o traje a rayas, su pijama de preso, y me mostró las costillas, que se marcaban en un vientre hundido— Además es huérfano. A lo que parece sus padres murieron en el tren que los trasladaba desde un Stalag cerca de Viena. Y además es mudo, porque no ha dicho ni una palabra desde que llegó. Creemos que también es sordo, pues le cuesta entender todo lo que decimos y hay que hablarle de frente y desde muy cerca para que obedezca. No hay nadie, se lo puedo asegurar, con menos opciones de sobrevivir en el campo ni al que usted pueda odiar más fácilmente a causa de sus limitaciones físicas y mentales.

Juanita era un imbécil. Aún no había entendido que las limitaciones físicas y mentales del muchacho, o de cualquier otro ser humano, no me inducirían a odiarlo sino acaso a identificarme con su desgracia. "Yo no soy como los otros SS”, le hubiera gritado. “Yo no debería estar aquí. Si no fuese porque me mandarían al frente a luchar, estaría en cualquier otro lugar del universo”. Sin embargo, mi hermano me había dicho que debía matar a un español y yo sabía que estaba faltando a mi palabra, perdiendo el tiempo, buscando excusas para no cumplir con su orden y comportándome como un cobarde y un mal nacionalsocialista. Un impulso extraño nació en mi interior y me obligó a sacar mi pistola y apuntar a la cabeza de aquel pobre niño.

—¿Es español, seguro? —pregunté, con la voz temblorosa del verdugo. El mocoso se había arrodillado a mis pies y lloraba, con la boca abierta, incapaz de emitir sonido alguno por sus cuerdas vocales rotas.

Juanita me señaló su triángulo azul y la “S” bordada, la “S” de español rojo: Rotten Spanien. Yo me pregunté entonces como podía ser que un niño de trece años fuese considerado un español rojo y llevado a nuestro campo y previamente a un Stalag, las cárceles para prisioneros políticos. Después de todo, la guerra civil española había terminado hacía casi dos años y el niño no tendría más de ¡once! en esa fecha. Aquello no tenía sentido. Tener a un crío como aquel en un campo de concentración era una brutalidad, indigna incluso de nosotros, las bestias de la Banda de la Calavera.

—Se llama Ícaro. Eso decía su ficha —me dijo entonces Juanita, como si la información me fuese a servir de algo, como si cada dato adicional sobre mi víctima no lo humanizase aún más a mis ojos y me impidiera cumplir con mi propósito de segarle la vida.

Me puse a pensar en el Ícaro griego, no sé por qué. Él era el joven que desafió a los dioses: el soñador que quería volar.

—Mi hermano estará contento si lo mato, si le corto las alas —mascullé, amartillando el arma. Y claro, consciente por fin de su destino, Ícaro se cogió muy fuerte de mis rodillas, como pidiéndome clemencia por todos los crímenes que no había cometido y ya nunca podría cometer.

—Debo ser fuerte y obedecer a mi hermano aun cuando me pide algo que encuentro odioso —musitaba para mí mismo—. Mi hermano es listo y yo soy tonto. Él sabe cosas que dicen los libros; él conoce preceptos del nacionalsocialismo. Si te mato, Ícaro, tal vez deje de ser Rolf el tonto y deje de sentirme mal cuando veo todos los crímenes atroces que se suceden a mi alrededor. Si cambio y me convierto en un hombre normal, en un buen SS, tanto mi hermano como Harald verán que no soy un inútil y que tengo el valor suficiente para transformarme en un hombre con mentalidad racial.

Ícaro lloraba, siempre en silencio, sin que un solo sonido saliera de su boca.

—Hágalo, señor —me rogó Juanita—. Piense en las fulanas de Linz y en la borrachera que podrá cogerse el día de su permiso.

Aunque casi tengo treinta años, nunca he estado con una mujer. Me repugna la idea de pagar por un poco de ternura y afecto; además, sé que una buena mujer alemana nunca se fijaría en mí, en un pobre retrasado. Creo que ni siquiera la prima de Harald lo haría. ¿Ilse se llamaba? Este pensamiento me distrajo de mi resolución de convertirme en un asesino y mi brazo comenzó a flaquear. Al fondo, Boldt lanzaba órdenes y los prisioneros corrían, saltaban, danzaban y morían por docenas. Yo temblaba como un niño. Ícaro lloraba y dos gruesas lágrimas perlaban sus mejillas. Juanito jaleaba "hazlo", "hazlo", "sólo es un español", y el dolor de cabeza regresó una vez más con una punzada terrible que parecía capaz de atravesar mi cráneo de lado a lado.

—Mate al rojillo sordomudo, señor. No merece vivir —sentenció Juanita, como arenga final y corolario.

Y disparé. Aquellas últimas palabras de Juanita, aquel "no merece vivir" se había grabado en mi mente, mientras hacía fuerza para apretar el gatillo, hasta transfigurarse en un "no merezco vivir". Irónicamente, habían sido también las últimas palabras del Kapo. Juanita se tambaleaba con un orificio en la mitad de la frente. Cayó de rodillas, intentando darme ánimos una vez más, ánimos para convertirme en un asesino: en su asesino. Pero de su boca sólo manaba ya un hilo de sangre. Y se derrumbó sobre la nieve del patio de revista, la Appellplatz, que acababa de ser escenario de la conversión de Rolf Weilern en otro ejecutor más, por si no hubiera suficientes en el Gran Reich alemán.

Pero, aún así, había fracasado. No había obedecido las órdenes de mi hermano; las había soslayado con subterfugios propios de mi condición de débil mental: ética y racialmente indigno. Y mi fracaso no tardó en traerme nefastas consecuencias.

VI

—¿Pero qué has hecho, maldito retrasado? —me gritó el Rapportführer Boldt, abandonando la última tanda de ejercicios gimnásticos. Se me acercó entonces, mirándome cara a cara, con un odio y un desprecio infinitos. Yo todavía llevaba la pistola en la mano. Pero él no estaba impresionado: le debió parecer un arma de juguete en manos de un niño.

—Yo, señor... —balbuceé.

Boldt me arrebató el revólver y me dio dos sonoras bofetadas.

La Luger, la pistola reglamentaria de las SS —me gritó, levantando el arma sobre su cabeza para que todos la vieran—, es la herramienta de un hombre, de un buen patriota alemán y un buen soldado. Usted no es digno de llevarla; usted no es digno ni de respirar el mismo aire que yo. Usted es un retrasado mental. ¡Un retrasado mental!

El dolor de cabeza se hizo más hondo, me taladraba desde dentro, me anulaba. Ya no era más que un guiñapo roto en manos de una bestia que me chillaba, que me acusaba, que ya me había condenado.

—¿Sabes, Rolf, lo que cuesta encontrar un buen Kapo? ¿Sabes lo que cuesta que un hombre explote, golpee y destruya a sus propios camaradas a cambio de un poco más de comida y unas prebendas vacías que, al final, no le librarán de la tumba como no libraron al resto?

Boldt me arrancó mis galones, mi guerrera y por fin mi camisa.

—No, no lo sabes, maldito idiota.

El Blockführer Braun, tenso, le alcanzó el Drillich del Kapo muerto y Boldt me obligó a ponérmelo, aún cubierto de sangre y de restos de la masa encefálica de Juanita. La calavera de las SS, me miraba desde el suelo, entre los restos de mi uniforme y de mi gorra que, pisoteados, ya no causarían terror a ningún otro ser humano. De alguna forma extraña e incomprensible, me sentí reconfortado.

—Un Kapo —proseguía Boldt— ha de morir cuando ya no nos es útil, cuando hemos exprimido su alma y está seco por fuera y por dentro. ¡Pero no antes! ¡No cuando nos es necesario para controlar a algún grupo de subhumanos como estos españoles!

Pese a la humillación, encontré fuerzas para defender mi causa. Desde alguna parte del fondo de mi alma, me oí decir:

—Yo, Herr Rapportführer, le pedí al Kapo que me trajese a alguien a quien odiar y él se ofreció a sí mismo. Tal vez no lo sabía, o tal vez una parte de Juanita quería morir y por eso se convirtió en el ser al que yo estaba dispuesto a asesinar.

Una nueva tanda de bofetadas golpeó mis dos mejillas a modo de respuesta.

—¿Qué demonios me está contando, Rolf? ¿Ahora, aparte de retrasado, se ha arrogado el papel de filósofo? ¿Un filósofo de la estupidez? ¿Tal vez cree que me chupo el dedo? Usted es amigo de los españoles. Le gustan esos subhumanos y no quería matar a uno de ellos, así que mató al hombre que suponía un peligro para sus amiguitos republicanos. Su hermano, el Obersturmführer Otto Weilern, sí que es un austríaco de primera, pero se equivocó al pensar que usted podría comportarse como un hombre y llevar el apellido de su familia con la cabeza bien alta. Usted es una basura. Pero si le gustan tanto los españoles tendrá oportunidad de ser uno de ellos. Vaya a la primera de las filas de a cinco. ¡Vamos! ¡Es una orden!

Me arrastró hasta la fila que quedaba a nuestra derecha. Me esperaban novecientos sesenta y dos

hombres angustiados, rotos, pero aun así me recibieron como uno más entre sus iguales y trataron de acogerme en su seno y de darme confianza.

—Ojalá hubiese podido matar a Juanita con mis propias manos —susurró una voz a mi espalda.

—¡Bien hecho, Rolf! —dijo otra.

—Rolf Weilern no es ningún idiota —dijo un tercero.

—¡Rolf Weilern es un hombre de verdad... tanto, que podría pasar por español! —cantaron luego a coro. El Rapporführer ordenó al prefecto de los prisioneros que hiciese que la chusma se callase para recomenzar con los ejercicios gimnásticos.

—¡Firmes! —gritó Godzilla.

Novecientos sesenta y tres españoles se cuadraron. Había dejado de nevar y el sol se ponía, ocultando una enorme sonrisa que se estaba formando en mi rostro.

—¡El brazo derecho en alto! —ladró Boldt.

Con el rabillo del ojo, vi al Blockführer Braun llevándose a Ícaro de nuevo hacia la lavandería, un sitio seguro lejos de la revista. Así que aquella era la causa de que el niño hubiera sobrevivido a las terribles primeras semanas en el campo de Mauthausen. No entendía la causa de este trato de favor. Por un momento, reflexioné sobre la posibilidad de que Braun también fuera homosexual como Juanita, que lo fuera en secreto y que Ícaro fuese un junge, que era la expresión que muchos presos utilizaban para designar a los muchachos que eran usados sexualmente por Kapos o jefes de barracón. Hay muchos que hasta tienen mujer e hijos y ocultan sus inclinaciones secretas. Pero algo dentro de mí me decía que éste no era el caso. Una cosa era que algunos presos poderosos se valiesen de su posición para conseguir “favores” especiales y otra que un SS se atreviera a algo semejante: de llegar a oídos de nuestro comandante, se arriesgaba a que le sacasen la piel a tiras. Y no se trata precisamente de una metáfora. Además, Braun era un nazi convencido, no ayudaría a un muchacho ni por sexo ni por caridad. Mientras levantaba mi brazo derecho, obedeciendo las órdenes del Rapportführer, no dejaba de pensar que allí había un misterio que, de momento, iba a quedar sin explicación. A lo que parece, no levanté el brazo lo suficiente y Boldt me golpeó la nuca con su fusta hasta que, tratando de defenderme, caí de rodillas en el suelo. No me dolió. Os lo juro. O sólo un poquito.

—Vamos, ánimo, Rolf. Tú puedes —dijo la voz de un español a mi espalda, y me olvidé de Braun y del misterio en torno al pequeño Ícaro, volviendo a sonreír.

—El brazo derecho abajo —ladró esta vez el Rapportführer. Sonreí y bajé mi brazo.

—En cuclillas —sonreí y me puse en cuclillas.

—¡Al suelo! —sonreí y me tiré al suelo.

—¡En pie! —sonreí una vez más y me incorporé.

—¡Dad un salto!

—¡Corred hasta el final del patio!

—¡Cuerpo a tierra!

A las doce de la noche, tras cinco horas de revista, ya no podía ni con mi alma. Rolf Weilern no había trabajado trece horas de sol a sol ni comido sopa turbia con nabos como único rancho, pero cuando me desmayé aún quedaban en pie seiscientos valerosos hombres. Mi último pensamiento fue para todos aquellos españoles que mañana, sin apenas haber dormido, volverían a ir a la cantera o a cualquier obra de las que se están llevando a cabo en el campo exterior, otras trece horas más, y volverían a comer sopa turbia con nabos como único sustento. ¿Cuantos regresarían? Seguramente

muy pocos.

Porque mañana, no os quepa duda, será un gran día para el campo de Mauthausen. Muchos prisioneros morirán de agotamiento y nosotros, los SS de la Banda de la Calavera, mataremos a buena parte de los que queden para tener un día de permiso. Ah, que felices nos sentiremos gastándonos la paga con una ramera aria de ojos azules y pubis rubio ensortijado.

¡Viva al Führer! ¡Viva al Reich alemán!

A ti, lector nacionalsocialista del futuro, a quien dirijo este diario, te digo que no hay nada más grande que nuestro pueblo y que nuestra raza.

FIN DE LA SEGUNDA LECCIÓN

Capítulo 3

HUMANITÄTSTDUSELEI

(El sentimiento de caridad cristiana)

El asesino creía firmemente en la comunidad racial aria. Aún recordaba la primera vez que acudió a una charla nacionalsocialista y le explicaron el peligro que corría su pueblo: acosados por enemigos desde fuera y por traidores desde dentro, los alemanes puros como él nunca estarían seguros. Los judíos, los socialdemócratas, los comunistas y ahora las naciones que se enfrentaban a ellos en la guerra mundial, todos formaban parte de una gigantesca conjura destinada a derribar los cimientos de la gran nación que Adolf Hitler estaba intentando crear. En realidad, el primer fundamento del nacionalsocialismo era la violencia o, más exactamente, la supervivencia a través de la violencia. La raza aria, para sobrevivir, debía exterminar a todos sus enemigos o, de lo contrario, sería exterminada. Y entre los adversarios del Reich no sólo se encontraban los reales, sino los posibles, los probables, los imaginarios... sólo limpiando el país hasta del más leve estigma de corrupción, se alcanzaría la victoria. La guerra perpetua contra todos y contra todo lo que no fuese inequívocamente ario, era el verdadero credo del asesino, porque él, más que nadie, entendía que la guerra no terminaría jamás y que la barbarie se justificaba a sí misma.

Pero para conseguir que el alemán medio aceptase la barbarie como modo de vida, debían eliminarse por completo los sentimientos cristianos. Porque el cristianismo era otro enemigo del Reich, especialmente allí, en Austria, donde la inmensa mayoría de la población era devota de aquel revolucionario judío de largas barbas llamado Jesucristo. Los beatos cristianos tenían una extraña obsesión por la vida; a lo que parece, matar no les hacía mucha gracia. Que en el pasado se hubiese matado en su nombre a lo largo y ancho de todas las naciones europeas, era una cosa que parecían haber olvidado. Para ellos, el que un régimen nacionalsocialista exterminarse a retrasados mentales, a prisioneros de guerra subhumanos, homosexuales o antisociales, era un acto criminal: excepto en el caso de los judíos, acerca de cuya depuración la Iglesia no parecía escandalizarse demasiado. Por todo lo anterior, muchos buenos alemanes, incluso entre las SS, tenían dudas acerca de la santidad de su tarea en favor de la limpieza de la patria a causa de la Humanitätstduselei, esa maldita obsesión de los cristianos por preservar la vida.

También algunos albergaban dudas acerca de esterilizar a aquéllos cuyos genes no eran puros o eran claramente insalubres. Muchos hombres indignos caminaban aún por la Gran Alemania arrastrando su sangre degenerada e infectando a sencillas campesinas arias. Y eso tenía que acabarse. Pero muchos curas cristianos iban por ahí vociferando en contra de los tribunales de esterilización y poniendo trabas a algunos de los más probos administradores de la nación.

El asesino detestaba a todos sus camaradas que eran capaces de albergar en su corazón el menor estigma de duda ante la grandeza del designio del Führer. Y eso le costó la vida a Erich Streicher:

Era éste un Cabo segundo de las SS bastante usual: ario, guapo, no demasiado inteligente para poder ser manipulado, no demasiado culto para poder ser engañado, violento y con un sentido del valor bastante temerario. Por desgracia para él, su padre había decidido no poner a prueba ese espíritu heroico y había movido hilos entre los más altos jerarcas del partido para mandarlo lejos del frente, a un campo de concentración. En eso era igual a otros muchos SS del campo, como los hermanos Otto y Rolf Weilern, y el asesino odiaba especialmente a “esos cobardes hijos de papá”. Pero tenía una razón adicional para odiar al Obergefreiter-SS Streicher: era profundamente religioso Los crímenes y atrocidades que tenían lugar en el campo de Mauthausen le revolvían el estómago, le hacían volver la mirada hacia otro lado, y a menudo se le veía en la cantina intentando olvidar las escenas terribles que había contemplado durante el día. Muchos no se habían dado cuenta de los

pensamientos secretos que albergaba "aquel traidor de pacotilla", pero el asesino sabía leer en el corazón de los débiles... y Erich era un hombre débil. Sólo por eso merecía morir.

Sin embargo, otros muchos SS del campo tenían debilidades secretas, desde cierta inclinación a los jovencitos a la mala costumbre de decir el nombre del Führer en vano cuando creían que nadie los estaba observando. La razón por la cual comenzó su limpieza del campo de Mauthausen por el cabo segundo Streicher fue más debida a la casualidad que a la libre elección. Erich estaba en su lista, sí, pero el azar lo puso al frente de ella:

—A ti te había visto antes —le dijo de improviso aquel maldito cristiano justo delante del primero de los barracones que se estaban construyendo a la izquierda del edificio de la comandancia. Allí, en breve tiempo, se ubicarían las viviendas de los soldados, así como oficinas de administración y áreas de recreo para el disfrute de la tropa. Particularmente, ahora se hallaban junto a los cimientos de lo que un día habría de ser el hospital de las SS.

El asesino le mostró una sonrisa de dientes muy blancos, felinos.

—Sí, sí... estoy seguro —insistió el cabo Streicher—. Te vi meses atrás cuando estuve sirviendo una temporada en el castillo de Hartheim. Pero entonces tenías otro nombre y... Pero eso no es posible, ¿verdad? Nadie puede cambiar su nombre así como así y menos para ir a parar un lugar como éste. —Erich meneó la cabeza, contrariado— Tal vez esté en un error. De todas formas, en Hartheim deben llevar un registro de estos temas. Llamaré y me informaré de...

Un movimiento de la mano demasiado rápido para ser visto y la daga del asesino penetró por la parte inferior del cuello del cabo Streicher, atravesó la boca y el paladar, para acabar incrustándose en el cerebro de aquel pobre desgraciado. En la hoja de acero de la daga podía leerse "Meine Ehre Heist Treue" (Mi Honor es La Lealtad), uno de los lemas de las SS. Sobre la empuñadura negra de ébano, que sobresalía de su cuello como una mala barba postiza, podían verse el águila nazi y las letras "SS" en un círculo rúnico. Erich hizo un sonido parecido al de un mecanismo de cuerda que se quiebra y cayó blandamente hacia atrás, muerto.

—Creo que esa historia de cuando servimos juntos en Hartheim, mejor será un secreto entre nosotros, Herr Obergefreiter-SS Streicher, ¿no es cierto? —El asesino comenzó a arrastrar el cadáver hacia el interior del barracón, aún a medio construir— Le agradecería que no volviese a hacer mención de ese asunto. Se trata, como lo diría, "de algo embarazoso para mí".

Cuando estuvo seguro que nadie le había visto y que tardarían al menos un rato en encontrar el cuerpo, el asesino se inclinó y, después de arrancar la daga de la garganta de Streicher, comenzó a escribir con su sangre un pequeña nota para los investigadores. Él era un hombre educado y, aunque no deseaba que le atrapasen, tampoco quería que perdiesen el tiempo dando palos de ciego.

Su crimen no debía ser confundido con un mero ajuste de cuentas. Lo suyo era una ejecución racial: después de todo, estaba limpiando el campo de indeseables.

El asesino quería que todos supieran que él era un buen nacionalsocialista.

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 3:
Asesinato en Mauthausen

(O de cómo pasé de ser casi yo mismo a ser casi un detective)

VII

Me había desmayado. Y soñaba...

Soñaba en qué o quién soy yo: Rolf Weilern.

¿Quién soy yo, en realidad? ¿Un mal aspirante a nazi, un falso creyente o un traidor? Sé que en los capítulos precedentes, cuando intentaba explicaros lo que había sucedido en la primera jornada de mi diario, dije que me valdría de un escrito autobiográfico como éste para explicar mi proceso de transformación en un verdadero nacionalsocialista. También dije que quería alabar la persona de nuestro Führer y su dedicación a nuestro pueblo y al combate racial que libramos por nuestra supervivencia. Creo que dije muchas cosas y seguramente algunas no las dije de corazón. Mi hermano me repite a menudo que debo ser esto o aquello, y mi mente quiere ser todo lo que mi hermano me pide que sea, pero mi corazón me dice que todo eso está mal, y mi corazón y yo lloramos nuestra incomprensión desde la soledad de estas páginas. En los últimos años, Otto me ha insistido sin descanso en que mejorase mi caligrafía y mi forma de expresarme cuando escribo. Me ha hecho leer algunos libros clásicos de la literatura alemana e incluso algunos prohibidos por el Führer. Yo sé que eso fue para él un gran sacrificio, pero pensó que yo necesitaba ampliar horizontes. Lo que nunca pudo imaginar es que a medida que me hago menos tonto soy más y más incapaz de comprender todos esos conceptos y normas del nacionalsocialismo de los que él está tan orgulloso. Antes, cuando era sólo un tonto sin aristas, y no había partes de mí que matizasen mi estupidez, las enseñanzas de mi hermano me resultaban claras como el agua: raza, nación, pueblo... esas palabras manaban diáfanas en mi mente. Ahora ya no es así, y cuanto más me esfuerzo en ser un buen patriota, más me doy cuenta de que no quiero ser el tipo de patriota que desean mi hermano y Adolf Hitler. Creo que no soy ya lo bastante tonto como para querer ser un nazi.

Pero volvamos a mi sueño. En él, todavía entre brumas, vi el rostro de mi progenitor, y el sueño se volvió gris, vacío, como si las olas de un mar imposible golpeasen una playa cuyas calas sólo yo conozco y estoy autorizado a transitar. En el firmamento, el rostro de mi tío, que es también mi padre, parecía tomar la forma de las nubes que se perdían en lontananza.

Theodor Eicke, mi tío, cuando aún era mi padre, parece ser que tuvo la mala fortuna de que yo me resbalase entre sus brazos. Caí al suelo de cabeza y estuve casi un año sin llorar. Tardé dos años más en hablar que el resto de los chicos de la escuela y casi cinco más en aprender a escribir. También he oído otra versión, de labios de mi madre, que me dijo que tuve meningitis siendo muy pequeño. No me curé del todo o tan bien cómo los médicos esperaban y ésa, siempre según mi madre, era la verdadera causa de mis problemas. Mi tío, cuando aún era mi padre, me miraba con ojos tristes y culpables que desmentían la teoría de la meningitis. Estoy seguro de que él nunca creyó que ninguna enfermedad fuese responsable de lo que soy. La culpa es algo muy malo, la culpa nos convierte en lo contrario de aquello que en verdad somos. Mi tío, mi padre, que tanto ha luchado porque los enemigos de la Nación sean aislados en los campos de concentración, creo que entendió mi retraso mental como un castigo divino. Él fue el primero en aplaudir las leyes de eutanasia para lo retrasados. De haber estado en su mano, los homosexuales, los asociales, los judíos y cualquier otro subhumano, habrían sido enviados a las cámaras de gas sin pasar por los trabajos forzados. Yo, Rolf Weilern, soy una especie de recordatorio para él de la fragilidad del hombre; su culpa es de alguna manera mi culpa, y también la de mi hermano, que ha heredado la de ambos.

Pero todo lo anterior sólo es palabrería y digresión. Me había desmayado en el patio de revista;

eso es lo que cuenta. Perdido el conocimiento, había comenzado a soñar. En mi fantasía, de alguna forma, todas mis dudas cobraron por fin la forma de un laberinto. Ahora lo sé, pero entonces huía de mí mismo, de mi tío y de mi hermano dentro de una pesadilla, y mis terrores me perseguían, algunos desde el presente y otros desde el pasado. Recuerdo que corría descalzo, enloquecido, por sinuosos corredores tallados en la roca. Chillé, grité un nombre que no conozco y continué mi loca carrera camino de ninguna parte. Al fondo del último corredor había una puerta, un gran portón de bronce con el emblema conocido como SA Sportabzeichen, la insignia deportiva de las Tropas de Asalto SA. Se trata de una esvástica enmarcada en hojas de laurel y atravesada por una espada: un viejo símbolo nazi ahora ya olvidado, especialmente desde que las SA cayeron en desgracia y nosotros, las SS, somos los hijos predilectos de Adolf Hitler.

Pero en mi sueño no había tiempo para reflexionar sobre símbolos y el portón cedió, abriéndose ante mí, incluso antes de que hubiera apoyado una de mis manos sobre su superficie. Dentro me esperaba una oscuridad aún mayor de la que venía huyendo corredor tras corredor. Supe instintivamente que, si atravesaba aquel umbral, me convertiría en un monstruo o, al menos, en algo que no quería ser. Di media vuelta y traté de huir, pero ya era tarde. En uno de esos saltos temporales y espaciales tan propios de los sueños, me vi delante de una celda. Se trataba de un pequeño cuarto de apenas cuatro o cinco metros cuadrados con tan sólo un camastro y un orinal. Sobre el lecho, había un hombre cansado, roto, que me miraba con ojos brillantes, como pidiendo clemencia. Conocía a ese hombre: conocía sus mejillas regordetas, su absurdo bigotito prusiano, su expresión de complacencia, de superioridad y de endiosamiento enmarcados en un gesto de idiota capaz de hacer la competencia a mi propio gesto de idiota.

Su nombre: Ernst Julius Röhm.

Entonces descubrí que no estaba solo. A mi derecha se encontraba un Obersturmbannführer-SS, un hombre todavía joven pero con la cara ajada como un viejo y la típica pose envanecida de los altos oficiales de la Schutzstaffel. Ese hombre se parecía a de Adolf Hitler, con su mismo flequillo rebelde y esa expresión entre furiosa y alucinada que he visto en sus discursos en el cine. A mi izquierda estaba mi padre, Theodor Eicke, vestido con uniforme de Brigadeführer-SS, un rango que ocupó hace ya bastantes años. Theodor me alargó su viejo revólver Mauser, una antigualla de la Primera Guerra Mundial. Soporté su peso con ambas manos y le lancé una mirada suplicante:

—¿Por qué yo?

—Porque debes hacerte un hombre —replicó mi padre.

—Pero yo no quiero hacerme un hombre —objeté—, sólo quiero ser un buen hijo para usted.

El Obersturmbannführer se echó a reír tras escuchar mis últimas palabras. Theodor subió el tono de su voz, airado, y restalló:

—Tú no puedes ser un buen hijo para mí porque, para empezar, no eres mi hijo. Ya te lo he explicado muchas veces. Yo soy tu tío, tu jefe, y te ordeno que mates a ese mariquita de ahí dentro.

—Pero antes usted era mi padre.

—Por Dios, Rolf, me he casado con una mujer importante, bien relacionada en Berlín y con las altas esferas del partido. Hasta tú deberías entender que ahora eres sólo mi sobrino. No puedo reconocer que soy un adúltero y tengo dos hijos bastardos. ¿Eres tan tonto para no entender eso? ¿O estás como siempre haciéndote pasar por más tonto de lo que eres para no hacer lo que te pido?

Me encogí de hombros. Prefería hablar de mi madre y de por qué nunca quiso casarse con ella que matar a nadie. Ernst Röhm se removía nervioso en su celda mientras escuchaba nuestra

discusión; aprovechando una pausa, replicó en mi nombre:

—No tendrá valor para matarme. Tendrás que ensuciarte las manos personalmente, Theodor.

Entonces, los acontecimientos se precipitaron: el Obersturmbannführer cogió el arma de mis manos y, acercándose hasta los barrotes de la celda, levantó el Mauser y apuntó con pulso tembloroso al preso.

—Nadie debe saber nunca por qué hemos matado realmente a Röhm —dijo, mirando a mi padre—. Nunca, ¿me entiendes?

VIII

Una detonación, dos, tres... y desperté de mi sueño. Un dolor de cabeza terrible me taladraba las sienes. Intenté incorporarme pero la habitación daba vueltas. Tardé un par de minutos en darme cuenta de que me hallaba sentado en un viejo sofá de caoba tapizado en un chillón color amarillo azafrán. Estaba rematado con un laborioso ornamento en forma de volutas y una cenefa clásica con motivos geométricos. Aparte de ser una pieza horrorosa, me di cuenta de que se trataba también de una pieza de coleccionista. De vuelta al mundo real, traté de adivinar quién podía tener en Mauthausen una pieza tan cara y a la vez de tan mal gusto. Sólo había una respuesta posible. Levanté la vista y descubrí, sentado en una silla Thonet de madera curvada, otra pieza de coleccionista, al comandante en jefe del campo de concentración, el mismísimo Frank Ziereis.

—Hola, Rolf. Espero que hayas tenido un sueño reparador —Frank se volvió hacia una mesita baja y cogió una botella de alcohol—. ¿Te apetece echar un trago de licor de naranjas?

Negué con la cabeza, todavía demasiado sorprendido y un tanto adormilado. Mi superior se encogió de hombros y se sirvió con generosidad, engullendo al cabo su copa sonoramente.

Mi presencia en aquel lugar era significativa. No cabía duda que me hallaba en la Comandancia de Mauthausen, en el despacho privado del Lagerführer. ¿Por qué estaba allí? ¿Cómo había llegado? pero, sobre todo, ¿por qué Frank Ziereis me trataba con tanta condescendencia y me ofrecía una copa, fuese de licor de naranjas o de cualquier otra cosa?

Frank no tendría más de treinta y cinco o treinta y seis años. Era un tipo alto, rubio y de ojos azules, aunque no demasiado guapo. A menudo lucía un corto bigote que, sin embargo, se había recortado pocas semanas atrás. Se trataba de un hombre vanidoso, estirado y pusilánime: un analfabeto que había llegado hasta su puesto lamiendo culos de altos oficiales del partido. Por eso se rodeaba de muebles antiguos y rarezas elitistas con las que pretendía suplir sus carencias. De alguna forma, era tan tonto como Rolf Weilern, si bien había aprendido a ocultarlo, especialmente a sí mismo.

—Herr Lagerführer —balbuceé, tan pronto comprendí que había recuperado el don del habla—, no entiendo cómo...

—No hay nada que entender —me interrumpió Ziereis—. Debes descansar, Rolf. Te has llevado un susto de muerte y ahora sin duda te sentirás débil. Yo estoy aquí para ayudarte. Eso es lo único que debes entender por ahora.

Sus palabras, lejos de serenarme, me sumieron en un profundo estado de shock. Frank Ziereis quería ayudarme: el mismo Frank Ziereis que en todos los meses que llevaba en el campo no me había dirigido la palabra; el mismo Frank Ziereis que yo pensaba que ni siquiera conocía mi nombre; el mismo Frank Ziereis que, y de eso estaba seguro, no se habría dignado a mirarme a la cara bajo ningún concepto pocas horas atrás. Creo que cerré los ojos, preguntándome si no estaría todavía soñando. Esperé un buen rato y recé para mis adentros una vieja oración que me había enseñado mi madre poco antes de marcharse al cielo. Al abrirlos, sin embargo, allí seguía mi comandante. Se volvió hacia mí y abandonó una Biblia que había estado ojeando puesta del revés, sobre la misma mesita baja donde descansaba su copa de licor de naranjas.

—Así es, poco a poco —me dijo, con su voz aflautada de acento dulzón muniqués—. No debe tener prisa en recuperarse. Si es necesario, vuelva a dormir otro rato. Su hermano está al llegar para hacerse cargo de usted. Ha sufrido una experiencia terrible por culpa de ese imbécil de Boldt. Pero

no debe pensar en ello. Ya he tomado medidas y ahora el Rapportführer está en un calabozo. Debe entenderlo, él... —se detuvo a media frase, como si reflexionase y volvió a servirse un generoso trago de su licor—. Heinrich Boldt es un buen hombre y, a su manera, un buen oficial. Pero lo que hizo estuvo mal. Y no porque usted no se lo mereciera, ese no es el asunto. Humillar a un compañero de las SS en público es mucho peor de lo que usted hizo, suponiendo que hiciera alguna cosa. Un español, colabore o no con nosotros, Kapo, Vorabeiter o Prominenter, no deja de ser un español y por lo tanto es prescindible. Pero Boldt cometió un par de errores que yo considero imperdonables. El primero, como ya le digo, fue lo riguroso del castigo. Si usted no podía matar a un español como se le había ordenado, ya se encargaría su hermano de disciplinarle. Además, como ya le he dicho, el castigo fue desproporcionado y un mal ejemplo para los prisioneros, que han visto que incluso uno de nosotros puede ser denigrado y relegado a la categoría de subhumano. Ese es un error que no debe repetirse... ¡jamás! Nosotros, los miembros de la Banda de la Calavera, somos seres superiores: todos y cada uno. Incluso usted.

En un reloj de cuco dieron las doce de la noche. Me volví, boquiabierto. ¿Cuántas horas llevaba desmayado? ¿Cuatro, cinco? ¿Todo el tiempo lo había pasado en las dependencias de Frank Ziereis? Además, volvía a llevar mi uniforme de SS. Pedí al buen Dios que no hubiese sido él mismo quién me hubiese desnudado y vuelto a vestir. Definitivamente, no entendía por qué aquel hombre se tomaba tantos desvelos conmigo.

—En segundo lugar —prosiguió entonces—, está el asunto de a quién se puede o no se puede disciplinar. La jerarquía es muy importante en nuestra organización. Usted, para bien o para mal, es quien es. Si no fuese por su parentesco con el Gruppenführer-SS Eicke, las cosas serían muy diferentes. Pero el caso es que Theodor Eicke es su tío y sólo por eso un simple Rapportführer como Boldt debería cuadrarse cada vez que usted pasa a su lado. Él sabía perfectamente cuando cometió la estupidez de disfrazarle de prisionero y hacerle pasar la revista, que su decisión le acarrearía problemas. Su reacción, pues, fue doblemente estúpida. Y yo no quiero que un hombre estúpido esté al mando del conteo de subhumanos en mi Konzentrationlager.

Frank Ziereis se levantó de su silla de diseño y caminó lentamente en mi dirección. Me sonrió y puso una mano en mi hombro. Con la otra apoyada en la cintura componía su habitual gesto arrogante que le había valido el sobrenombre de "el pavo".

—Pero yo quiero que comprenda otra cosa, hijo mío. Heinrich Boldt tenía un hijo que ahora, de estar vivo, contaría más o menos su edad. Tenía un leve retraso mental, algo más acusado que el suyo, pero tampoco demasiado. Su padre, como el buen alemán que es, lo entregó al castillo de Hartheim para que fuese suprimido siguiendo las directrices del plan de eugenesia nacional más conocido como Aktion T4.

—¿Entregó a su propio hijo a los verdugos del Castillo?

Frank Ziereis suspiró.

—No son verdugos sino médicos y enfermeras titulados que luchan por limpiar nuestro país de las taras genéticas que heredarían nuestros hijos si dejásemos que éstas se propagaran. Pero bueno, el fondo de la cuestión es ése, lo entregó para que fuese gaseado en una cámara no muy diferente de las que nosotros utilizamos para los judíos. —Ziereis me miró, buscando mi comprensión. Pero yo ya estaba completamente despejado y mis ojos, los ojos de un tonto, sólo reflejaban el más frío desprecio— Por diferentes circunstancias, la depuración del hijo de Boldt se retrasó. Trámites burocráticos, cierto exceso de celo en los padres de la comarca, que han llevado a más vástagos de

los que podían ser absorbidos en el flujo habitual de trabajo en Hartheim, etcétera. El caso es que el muchacho llevaba ya varios meses pudriéndose en una celda del Castillo y la determinación de Boldt comenzó a flaquear. Así que tomó una resolución. Sus creencias nacionalsocialistas estaban por encima de sus propias debilidades. No podía hacer otra cosa.

«Yo mismo fui a buscar a una secretaria que le ayudó a redactar una carta. Esta misiva, iba dirigida al doctor Lonauer, el director del Instituto del Sueño de Hartheim. En ella, Heinrich instaba al director a consumar de una vez la depuración de su hijo o de lo contrario lo devolviera al hogar de los Boldt para que su padre cumpliese con su deber y le disparase un tiro en la cabeza. Esas fueron las palabras exactas. No recibió respuesta pero, en su lugar, a los dos días me fue entregada la notificación oficial de que Heinrich Boldt hijo, había pasado a mejor vida para beneficio del Reich alemán.

Creo que me eché a reír, nervioso.

—Para beneficio del Reich alemán...

—Sí, así es. —Si Ziereis captó la ironía y el asco en mis palabras, no lo dejó traslucir— Por ello le pido que entienda por qué el Rapportfuhrer se comportó de tal forma con usted. De alguna manera, el que siga vivo es un insulto para el pobre Heinrich —Ziereis elevó el tono de su voz, presa de un repentino acaloramiento—. ¡Usted podría ser su hijo, maldita sea! ¡Su hijo podría haber sobrevivido y estar a su lado en el Lager haciendo tareas sencillas si su padre no hubiese sido tan escrupuloso en su interpretación de los mensajes del Führer! Lo que Boldt no acierta a comprender es que la mayor parte de las normas y preceptos que son buenos para el pueblo, para la gestión de su obediencia y su organización como sociedad al servicio del partido, no sirven para nosotros los SS. Nosotros estamos por encima del bien y del mal. Su hijo murió por la cabezonería de un padre que se exige demasiado a sí mismo. Este tercer error, es a mi juicio el más grave de todos, y el que lo pagase con usted a mis ojos resulta absolutamente injustificable.

Creo que levanté la cabeza, ofuscado, y dije con brusquedad:

—Así pues, el Rapportführer Boldt va a ser castigado, después de todo; sólo lamento que se le castigue por haberme maltratado y no por haber inducido a esos carniceros al asesinato de su propio hijo.

Ziereis se dio la vuelta y carraspeó. Luego me dijo que lo había relevado de su cargo y pensaba enviarlo al frente tan pronto recibiese la orden de traslado. También me dejó claro que él no consideraba que hubiese obrado mal respecto a su hijo, tan sólo con demasiado celo, y no pude dejar de ser consciente que la única razón por la que lo alejaba del campo de Mauthausen era para evitar que alguna acción posterior de Boldt contra mi persona, le granjease la enemistad de mi tío, el bueno de Theodor Eicke. Éste, de alguna forma, había sido su mentor y el de todos los comandantes de los Lager del Reich. Mi padre, mi tío, como todo el mundo sabe, diseñó el sistema de campos de concentración alemán y por ello, para bien o para mal, pasará a la historia.

Alguien llamó a la puerta en ese momento y Ziereis dio un respingo.

—¿Quién es?

Mi hermano pasó al interior y se cuadró. Su rostro parecía más serio y concentrado de lo normal.

—Oberstumführer-SS Otto Weilern a su servicio, señor.

—Tome asiento, por favor —dijo entonces Frank, frotándose las manos. Le temblaban. Sólo en ese instante pude darme cuenta de que toda la escena que acababa de vivir no era fruto de la familiaridad sino del nerviosismo. Frank estaba terriblemente preocupado por algo, y para

solucionar ese algo necesitaba de mi hermano Otto. Yo, entretanto, le había servido de interlocutor para enmascarar su desasosiego; yo y media botella de aquel asqueroso licor de naranjas le habíamos servido de bálsamo mientras esperaba una solución a su problema.

—Acabo de llegar de Gusen, Herr Lagerführer. Tan pronto me informaron de su requerimiento, vine aquí a toda velocidad —dijo mi hermano, y al verme tras su comandante, sentado a su lado en el sofá, suspiró de alivio—: Ah, ya estás bien...

—Por supuesto que está bien —se ufanó Ziereis—. Sólo fue el susto. Además, un poco de ejercicio no le viene mal a nadie. Su hermano hace un rato que volvió en sí y ahora estábamos hablando precisamente de que el incidente no era para tanto.

Mi hermano era un mozalbete alto y avispado. Medía más de metro noventa y se decía que su coeficiente de inteligencia superaba el ciento cincuenta. Ancho de espaldas, rubicundo, poseía una belleza sobria y unas facciones aquilinas, como labradas a cincel. Era rubio como yo pero más oscuro, y de un tono cobrizo. Yo a veces imaginaba algún dios griego y le ponía su rostro y su inteligencia. Él había heredado todo lo bueno de los genes de nuestra familia y hasta un poco de los que tendrían que haber sido míos. Pero no me importaba, porque no había nada en este mundo que yo amase y respetase más que a mi hermano.

—Estupendo, señor —dijo Otto—. Me alegro que la cosa no fuese tan grave. Por teléfono me pareció usted muy preocupado y temí que mi hermano pudiese estar herido de gravedad.

—En absoluto, Weilern, en absoluto. El tema de su hermano está zanjado y olvidado. Tomaré medidas contra el Rapportführer y... bueno, espero de todo corazón que este desagradable incidente no llegue a oídos de su tío ni del Führer.

Otto iba a decir una frase típica como “no se preocupe” o “por mi parte, este asunto está olvidado”. Lo vi en sus ojos. Por el contrario, calló abruptamente. La alusión a Hitler no tenía el menor sentido.

—¿El Führer? ¿Por qué iba el Führer a interesarse por lo problemas de Rolf o...?

Mi hermano aún no había terminado su frase cuando un telegrama apareció como por arte de magia en la mano derecha de Frank Ziereis. Otto lo tomó y lo leyó incrédulo.

—Sí, lo que está leyendo no es ninguna broma —dijo Ziereis—. Cuando hacía una hora u hora y media que su hermano había perdido el conocimiento me mandaron este escrito desde la Cancillería del Reich. El Führer en persona me hace responsable de cualquier daño que pueda sufrir Rolf Weilern y me avisa de que si muriera por mi negligencia... me espera un Consejo de Guerra o algo peor.

Ahora terminaba de estar claro por qué Ziereis estaba tan preocupado por mi salud.

—¿Algo peor, comandante?

—Leyendo entre líneas me ha parecido entender que uno puede aparecer en una cuneta y de esta forma no es necesario ningún Consejo de Guerra.

Ambos interlocutores se intercambiaron miradas que mezclaban sorpresa y turbación.

—Lo que no entiendo es cómo lo supieron tan rápido en Berlín, señor.

—Eso también me lo he preguntado yo mismo.

Mi hermano se volvió hacia mí con expresión severa.

—Un día, tienes que volver a contarme lo que pasó el día que murió Röhm —dijo.

Yo negué con la cabeza.

—No me gusta hablar de eso. Bastante tengo con mis pesadillas.

—¿Su hermano estaba en Munich la Noche de los Cuchillos Largos? ¿En la prisión de Stadelheim donde murió Röhm? —terció entonces Ziereis, entre grandes aspavientos— ¿Fue testigo de la caída en desgracia de las SA, de todos aquellos traidores purgados por el Führer?

Otto enarcó una ceja y le lanzó una mirada que quería decir: ¿de verdad desea que le hable de la Noche de los Cuchillos Largos?

—Vale, de acuerdo, no quiero saber nada de ese asunto. —Ziereis escrutaba su vaso vacío buscando un rastro de licor, aunque fuera en el fondo— Sólo quiero que a cualquiera que le pregunte sobre su hermano, le diga usted que su estado de salud es inmejorable.

—Délo por hecho, Frank.

Mi hermano intentaba tranquilizar a Ziereis siendo un poco más cercano y tuteándole por primera vez aquella noche. Pero no lo consiguió. Por el contrario, Ziereis se levantó a toda velocidad y cruzó la habitación para volver a tomar su botella de licor de naranjas.

—¿Pasa algo más? —preguntó mi hermano, al ver cómo Ziereis bajaba los hombros y se encogía, copa en mano, y adivinando en su expresión el mismo nerviosismo incontrolable que yo había entrevisto pocos minutos antes.

Un rostro mortalmente pálido se volvió hacia mi hermano y le miró con cara ausente, sin expresión.

—Hoy ha sido un día extraño, Otto. Han pasado demasiadas cosas. Lo de su hermano y la amenaza del Führer sólo han sido, como se dice popularmente, la gota que colma el vaso. Esta tarde sucedió una desgracia en los barracones nuevos que estamos construyendo para la tropa. Hasta ahora, he conseguido mantener el asunto oculto de miradas indiscretas, por así decirlo. Sólo lo conocen mi segundo, Bachmayer, y el jefe de la oficina política. Un pelotón de soldados de mi confianza está montando guardia en torno al barracón en cuestión y no dejan que nadie traspase la barrera que han formado. Gracias a Dios, los SS tenemos profundamente interiorizado el concepto de obediencia debida y nadie ha preguntado todavía por qué he puesto una barrera de hombres en un lugar semejante. Pero lo harán y, para cuando eso suceda, quiero que no quede ni rastro de lo que hay entre esos muros aún a medio levantar.

Mi hermano asintió y frunció los labios en una expresión de eficiencia y concentración máximas.

—Si me explica lo que ha sucedido tal vez pueda ayudarle.

—Precisamente por eso le he hecho llamar, Oberstumführer-SS. No hay nadie en este Lager que tenga las aptitudes que usted posee. Este tipo de instalaciones no son propicias para que las personas especialmente brillantes sirvan en ellas a nuestro país. Su caso, todos lo sabemos, es un caso excepcional, fruto del deseo de su tío de que ambos permanezcan bajo mi cuidado.

—Como ya le he dicho, y le reitero, tendrá toda mi colaboración sea cual sea la naturaleza del asunto —Otto apretó la mandíbula y añadió con voz firme—: Sólo hay una cosa que le pido, comandante.

—Lo que guste.

—Quiero que mi hermano Rolf me asista en esta misión.

—¿Su hermano? Yo pensaba a mandarlo a su casa en Sankt Valentin. —Ziereis parecía sorprendido— No es necesario que le diga que necesito la más absoluta discreción.

—Rolf jamás haría nada que me contrariase. Si yo le pido discreción será el hombre más discreto del mundo. Además, luego del incidente de esta tarde, me gustaría que mi hermano estuviese un día o dos bajo mi cuidado, lejos del contacto con el resto de la tropa del Lager, sea aquí o en

Sankt Valentin. Intuyo que el asunto que nos ocupa va a tardar un poco en solucionarse y así podré tenerlo alejado de los demás hasta que lo del Rapporfuhrer Boldt se calme.

Ziereis asintió, comprendiendo la lógica del razonamiento de mi hermano y deseando que esa misma lógica le sacarse a él de un apuro que aún era un completo misterio para el resto de las personas que estábamos en su despacho.

—Bueno, basta de palabras —dijo, súbitamente animado, acaso por un postrer trago de aquel licor de naranjas que no dejaba de engullir—. Nos espera un asesinato particularmente macabro y un misterio que rezo para que podamos desvelar en ese par de jornadas que me ha pedido para cuidar de su hermano.

Otto y yo nos miramos sorprendidos, mientras nuestro comandante abría la puerta de su despacho y salía como alma que lleva el diablo. La palabra "asesinato" flotaba todavía en el aire, pero no tuvimos tiempo para reflexionar demasiado sobre ello pues salimos a la carrera siguiendo sus pasos, que ya se alejaban a grandes zancadas lejos de la Comandancia. Tanto mi hermano como Frank Ziereis se habían olvidado que estaba todavía convaleciente pero yo, el primero de todos, quería olvidarme de la criminal revista de Boldt; así que silencié mis doloridos músculos y me dispuse a iniciar la investigación de un asesinato cometido entre los muros del mismo Mauthausen. Como si de Philip Marlowe o de Sam Spade se tratase, me adentré en la negra noche, imitando el gesto impasible de mis héroes de las novelas de detectives americanas que, a espaldas de mi hermano, he de confesar que devoro a escondidas. El nombre de mi primer caso: Asesinato en Mauthausen.

IX

El destino se había teñido del verde castrense y del rojo de la sangre. Así, un grupo de hombres con uniforme verde oscuro avanzábamos, en busca de un cadáver, hacia un grupo de barracones de un verde oliva algo más claro. Éstos, se encontraban la izquierda de la Comandancia, de donde acabábamos de llegar, y justo delante del portón de acceso al campo interior, donde vivían los reclusos. Un poco más allá, a la derecha de un talud artificial, discurría la carretera que conducía al lugar de trabajo de la mayor parte de los prisioneros de Mauthausen: la cantera de piedra. En dirección contraria, la carretera circunvalaba los anexos al campo y regresaba a la principal, camino del pueblo. Se trataba, en realidad, de un lugar de fácil acceso para la tropa, prisioneros, administrativos y secretarias civiles... Los sospechosos potenciales del crimen serían innumerables.

Pero en ese momento nadie pensaba en los sospechosos sino en el cadáver. Yo soy muy aficionado a las novelas policíacas, como antes os comentaba, y en ellas los ambientes son sórdidos, los hombres son tipos duros de rostro impenetrable y siempre hay damas caídas en desgracia a quien rescatar. Pero en la vida real, lo único sórdido con lo que uno se encuentra es con el cuerpo sin vida de un conocido, los tipos duros se miran con rostros aprensivos y no lo parecen tanto, y no hay manera de ver a ninguna mujer en apuros, por suerte o por desgracia. Erich Streicher yacía boca arriba sobre el suelo de madera del futuro hospital de campaña de las SS. Tenía la garganta destrozada; se le veían trozos de cosas, de órganos y de carne que no os sabría describir, saliendo por un agujero de su cuello. Había dientes suyos en el suelo y sangre por todas partes. Pensé que me vendrían ganas de vomitar pero tenía el vientre vacío y sólo sentí una bocanada de hiel subiéndome por la boca. Erich era un buen tipo. Tal vez bebía demasiado, pero ni borracho era de los que más me insultaba llamándome tonto o retrasado. Siempre me pareció un hombre desdichado, pero llevaba su pena consigo y no se la explicaba a nadie. Creo que, como a mí, no le gustaba trabajar en el campo de concentración. No, no creo que le gustase.

—Esto es muy curioso —dijo mi hermano, inclinándose junto al cadáver. Había escritas en el suelo unas palabras. Ocupaban buena parte del final del barracón. Otto las olisqueó y dijo "hechas con sangre" antes de proseguir con su lectura.

La Iglesia romana de Alemania no puede negar su plena responsabilidad por haber devastado al pueblo a través de sus numerosos clérigos pacifistas, ya que en otros casos en que sacerdotes católicos honorables hallaron palabras de genuina voluntad nacional alemana, les impuso sin más la prohibición de hablar en público. Existe, por tanto, un trabajo político-ideológico realizado sistemáticamente, que puede ser probado, para robar al pueblo alemán su orgullo, para profanar su recuerdo y para enlodar la ardiente voluntad de amparar al pueblo y a la Patria.

(Alfred Rosenberg)

—¿Qué especie de demente se detiene a escribir una parrafada semejante después de asesinar a un pobre hombre como Erich? —Ziereis se había inclinado junto a mi hermano y leído a su lado el texto panfletario del asesino. Con un pañuelo se tapaba la nariz e inspiraba con fuerza, como si le costase respirar.

Otto tardó en contestar a su superior. Se incorporó y cerró los ojos, como siempre que trataba de concentrarse en alguna cuestión compleja.

—El asesino quiere que comprendamos que es un hombre culto, que no ha matado sin más ni más, que lo ha hecho movido por razones profundamente éticas y morales. Ha escogido un texto de Alfred Rosenberg, el más grande filósofo nacionalsocialista, y probablemente lo haya cogido de su obra cumbre: "El Mito del Siglo XX". Tengo que comprobarlo, pero estoy casi seguro que se trata de uno de sus párrafos iniciales, en la misma introducción.

—¿Cómo sabe eso? —Ziereis le lanzó una mirada suspicaz.

—Bueno, todos lo hemos leído, ¿no es verdad? Hasta los escolares tienen las obras de Rosenberg en su pupitre. Incluso se la hice leer a Rolf hace unos años.

—Y no entendí nada de nada —acoté.

Mi hermano hizo como si no hubiera oído mi comentario y prosiguió con su examen de la escena del crimen. Sin quererlo, adoptó una actitud severa, como un profesor que imparte una clase magistral.

—Bien, ¿por dónde iba? Sí, el asesino quiere que creamos que es un hombre instruido, pero no creo que lo sea. Hay momentos en la obra de Rosenberg en los que se examina el tema del cristianismo de forma mucho más explícita y acertada. No creo que el asesino haya pasado de esos primeros párrafos introductorios. Me parece que se trata de un crimen casual, de algo no premeditado que se nos quiere vender como todo lo contrario: un crimen planeado hasta el más mínimo detalle. El tema del enfrentamiento entre el mundo cristiano y el nacionalsocialista tal vez sea una excusa, o tal vez no. ¿Era Erich un hombre muy devoto?

—Sí, lo era —dijo una voz a nuestra espalda—. Profundamente religioso, casi obsesivo —dijo una segunda voz, más aguda que la anterior. Una voz conocida—. Iba siempre por ahí besando una cruz de San Ruperto que, según decía, le había regalado su abuela.

Nos volvimos. El soldado de primera Harald y el Blockführer Braun acababan de entrar en el nuevo Hospital de Campaña y, tras esquivar una pila de escombros, se habían cuadrado delante de Ziereis, que les ordenó descansar con un gesto. Hacían una pareja curiosa aquellos dos: Harald, tan joven, atractivo y pulcro, al lado de un viejo soldado fornido, medio bizco y hastiado como Braun.

—De todas formas, me sigue pareciendo que todo esto es una impostura, una excusa —sentenció mi hermano.

Harald se acercó hasta mí y me ofreció un cigarrillo. Lo rechacé y él se encendió uno que ya llevaba entre los labios. Por un instante, el fósforo iluminó sus hermosos rasgos. Me sonreía, como siempre, paternal.

—¿Estás bien?

—Estoy bien; al menos estoy mejor que Erich.

—Eso seguro —rió—. Oí lo que te pasó a la hora de la revista con esa bestia de Boldt. Estaba preocupado por ti.

—Pues no hace falta que lo estés.

Harald exhaló una larga bocanada de humo. Suspiró y se quedó en silencio.

—Supongo que tú y Braun sois los guardias de confianza que el comandante ha puesto por aquí para evitar miradas indiscretas —le dije, volviendo la cabeza hacia mi hermano, que había cogido al cadáver del mentón y examinaba sus heridas.

—Nosotros y alguno más. Estamos ahí fuera procurando pasar inadvertidos pero evitando al mismo tiempo que nadie meta las narices en este asunto.

—Un asunto feo.

—Un asunto muy feo —confirmó Harald—. Yo creo que incluso peor de lo que imaginas.

De pronto, Otto pareció tener una idea y comenzó a comprobar el estado de los tablones de madera del suelo, especialmente aquéllos que estaban cubiertos con las letras ensangrentadas por la caligrafía del asesino. Una de las tablas estaba más suelta que las otras y mi hermano comenzó a forcejear con ella. Braun acudió en su ayuda y de un solo manotazo hizo astillas la madera. Debajo, en un hueco del suelo, un objeto de metal brilló por un breve instante antes de que el Blockführer lo cogiese y lo exhibiera volviéndose en dirección a su comandante.

—¡Una daga de las nuestras! —acertó a decir, con los ojos como platos, como si no diera crédito a sus propias palabras.

Ziereis se quitó el pañuelo de la nariz y le miró con un gesto de desprecio.

—¿Y qué esperaba? Si hubiese tenido el menor atisbo de duda acerca del autor de este acto horrible, y hubiese sospechado que pudiera ser un preso, no estaríamos aquí a escondidas sino dando de latigazos hasta al último de esos miserables subhumanos de ahí enfrente. Ya sabía que se trataba de uno de nosotros. El asesinato es demasiado limpio: un solo golpe, rápido, profesional, silencioso. Además, están todos esos dislates filosóficos escritos con sangre. La mayor parte de los prisioneros son extranjeros y no saben escribir ni en su lengua, tanto menos en alemán. Respecto a los alemanes de la insignia verde , son casi todos maleantes de los bajos fondos y en su vida habrán visto un libro de Rosenberg. A los pocos triángulos rojos que tienen estudios, ya he ordenado llevarles a las celdas del Bunker. Yo mismo los interrogaré dentro de un rato, luego que haya descansado un par de horas.

En los campos de concentración había una estricta clasificación de reclusos atendiendo a las razones de su encarcelamiento. La insignia o triángulo verde era para los alemanes delincuentes comunes. Cada grupo tenía la suya, cosida en el pecho de su pijama a rayas: gitanos, homosexuales u objetores de conciencia, entre otros. Los españoles tenían un triángulo azul de apátridas. Ziereis se refiere con “triángulos rojos” a los prisioneros políticos, socialdemócratas o comunistas en su mayoría. Una minoría en Mauthausen. Otto, que conocía de sobras aquella clasificación, le arrebató la daga con delicadeza al Blockführer Braun y la metió en una bolsa de papel.

—No quiero que nadie más la toque —dijo—. Puede tener las huellas del culpable.

Harald se echó a reír.

—¿Qué huellas, Herr Weilern? Supongo que no las querrá sacar usted mismo y luego cotejarlas con los más de quinientos SS de este campo y de nuestro campo hermano en Gusen, sin levantar sospechas de que algo raro está sucediendo. A menos que quiera llamar a los de la criminal y que se encarguen ellos del trabajo sucio.

Ziereis estuvo de acuerdo. Por un momento, se convirtió de nuevo en el tipo maleducado y vociferante que yo había conocido durante toda mi estancia en el campo:

—¡Nada de huellas y nada de llamar a la Kripo! Si aparece por aquí alguno de esos policías de la criminal, rodarán cabezas. Como corra la voz que hay un asesino en serie en mi campo, estoy acabado. Me acusarán de no saber elegir a mis hombres y de mil cosas más que se inventarán de camino. Todos los hombres importantes tenemos “importantes” enemigos y más de uno lleva tiempo esperando para echárseme a la yugular. La mejor forma para perdurar en el sistema de campos de concentración del Reich es pasar desapercibido, ya lo sabéis, por lo que un escándalo de este tipo sería mi fin. —Nos señaló a todos, amenazador— ¡Y también el de ustedes, ténganlo por seguro! Todo debe hacerse de la forma más discreta posible.

La única bombilla del techo iluminaba el rostro de nuestro comandante. Tenía la frente sudorosa.

—Lo que no entiendo —argumentó Otto—. Es por qué piensa que es un asesino en serie.

Frank Ziereis chasqueó la lengua, como un niño pequeño al que se le ha pillado en una travesura. Caminó hasta una de las ventanas y retiró un trozo de tela con el que se había cubierto el hueco de la misma.

—Quería que esto lo vieran las menos personas posibles, incluidos mis guardias de confianza.

Sobre los cristales había un último mensaje escrito con sangre. Un verso:

El primero voló en la Casa del Sueño
cayó hasta el suelo como un águila de bronce.
El segundo ardió en el número once
sus dibujos degenerados le valieron la muerte.
Al cristiano le esperaba la misma suerte
por ignorar que del destino yo soy el dueño.

—Valiente poeta de pacotilla es nuestro asesino —espetó Ziereis, escupiendo al suelo.

—Nos las tenemos con un perturbado, con un megalómano y, algo más... —Mi hermano parecía confuso, como si alguna cosa estuviera a punto de venirle a la memoria— Pero, volviendo al poema, lo de la Casa del Sueño...

—Se refiere al SS que se suicidó en el Castillo de Hartheim hace unos días —le interrumpió Harald—. Lo llaman Institución del Sueño.

Otto asintió. Parecía evidente

—Pues entonces no fue un suicidio —tercié, mirando a Harald, que apartó la vista. Ninguno de los dos habíamos olvidado la discusión de por la mañana delante de los muros agrietados de la vieja fortaleza.

—Y lo del número once sólo puede ser el español al que asesinaron y prendieron fuego ayer mismo en el barracón once del campo interior. —Ziereis había vuelto a pasar de la ira al desánimo, y ahora parecía abatido, a punto de de venirse abajo— Pero si me lo permiten, me voy a dormir un poco. Necesito recobrar fuerzas para interrogar a los prisioneros del Bunker en unas horas. Quiero hacerlo, además, antes de que amanezca y comience la jornada habitual del campo. Cuantos menos testigos tengamos... mucho mejor. Así que prosigan las pesquisas ustedes solos. Nos espera un día muy largo.

—¡Sí, señor! —ladramos todos al unísono—. ¡Heil Hitler!

Ya estaba casi en la puerta del inacabado hospital de campaña cuando el Lagerführer se dio la vuelta. Debía resultar una escena cómica: aquel grupo heterogéneo de SS en una larga sala aún sin techar, con las vigas desnudas, velando el cuerpo sin vida de uno de los nuestros y encubriendo su muerte para salvar el pellejo de un esperpento humano como Frank Ziereis. El viejo zorro sonreía.

—Comience usted el interrogatorio de esos triángulos rojos, Braun —dijo—. Pero los quiero a todos vivos y conscientes cuando yo llegue, ¿entendido? Procure controlar esas manos de bruto que tan bien sabe usar cuando le conviene.

—¡A sus órdenes, Herr Lagerführer! —chilló Braun, entrechocando sus talones tan fuerte que un tablón crujió bajo sus pies como si también fuera a quebrarse.

Mi hermano se inclinó a examinar más de cerca los cristales de la ventana, buscando algún indicio, por pequeño que fuese. Braun se quedó un instante en el medio de la sala, como si quisiera

añadir alguna cosa más.

—Teniente Weilern...

—¿Sí, Blockführer? —mi hermano ni siquiera había levantado la vista de la ventana. Braun era el tipo de persona que no suscita demasiado interés por parte de sus superiores. Un poco como yo mismo.

—Me preguntaba, señor, si alguna vez ha pensado usted en la reencarnación.

—No, y no entiendo a qué viene ahora esa pregunta.

—Pensaba, señor, en qué puede causar que un hombre muerto vuelva a la vida para castigar a aquellos que le hicieron mal. —Braun removía la punta de su bota en el suelo, tal y como haría un animal inquieto, excitado ante la presencia de un rival. Pero él no parecía nervioso, sólo algo tenso, con los pensamientos perdidos en alguna parte que ninguno de nosotros éramos capaces de desentrañar—. Pensaba que, si ese ser regresase, tendría que...

—Blockführer —Otto debió pensar que ya tenía bastantes desvaríos de momento bajo la forma de la caligrafía sangrienta del asesino y decidió zanjar la cuestión—, váyase a tomar un café y procure no pensar demasiado en temas que ahora no vienen al caso como la reencarnación o lo que demonios sea que me está preguntando. Ninguno hemos dormido y me parece que comenzamos a perder la objetividad. Tal vez incluso podría echarse un rato, como ha hecho nuestro comandante.

—No, gracias, mi teniente. —Braun parecía haber recobrado súbitamente la compostura—. Tengo que interrogar a los prisioneros según las órdenes. Lamento haberle importunado, señor. ¡Muchas gracias, señor!

Braun abandonó el barracón sin que tuviéramos tiempo para reflexionar mucho más sobre su extraño discurso acerca de muertos y renacidos.

—Estamos todos perdiendo el juicio —dijo entonces mi hermano, desperezándose—. Aquí ya no hay mucho más que ver. Mejor me voy a dar una ducha antes de que vayamos al castillo de Hartheim.

—¿A Hartheim? —repliqué—. Sabes que odio ese lugar. Podríamos comenzar por el asesinato del español.

—No, Rolf. El comandante Ziereis y ese idiota de Braun van a estar toda la mañana dando vueltas entre los prisioneros. Cuando se hayan cansado, iniciaremos nuestras propias pesquisas en el campo interior, tal vez intentando hacer una lista de los SS que penetraron ayer entre sus muros: no creo que sean más de quince o veinte y podría ser un buen punto de partida. Pero por el momento iremos en la búsqueda de esa Casa del Sueño de la que hablaba el poema. Intentaremos descubrir si lo que pasó allí fue un asesinato o un suicidio.

No había más que decir. Yo sólo era su ayudante. Él llevaba el caso y las cosas se harían a su manera.

—Claro, Otto. Lo que tú digas.

Poco después, Harald y yo estábamos solos. Me senté entre un saco de cemento y unos ladrillos, y traté de no pensar en que pronto regresaría a un lugar cuya fachada ya me causaba pavor. Ahora tendría incluso que descubrir lo que se escondía en el interior de aquel lugar de pesadilla.

—Toma, la dirección y el teléfono de mi prima en Rems. —Sin que pudiera evitarlo, Harald me puso una hoja de papel en el bolsillo de la guerrera. No opuse resistencia aunque seguía pensando que no era una buena idea.

—No necesito saber dónde vive tu prima.

—Por si un día cambias de opinión.

Cogí la nota. Estaba mecanografiada.

Ilse: HermanGoeringstrasse 20 (Rems). El teléfono estaba algo más abajo, escrito a mano.

—Le hablé de ti. Su número lo escribió ella personalmente.

—No voy a llamarla, Harald. —Devolví la nota al bolsillo de la chaqueta, junto al poema que mi hermano me había hecho escribir a nuestro Führer, y que llevaba allí desde la mañana.

—Muy bien. Estás en tu derecho.

Seguíamos solos en el Hospital de Campaña. Yo esperaba a mi hermano pero Harald debería haber regresado a sus obligaciones. Sin embargo, parecía aguardar alguna cosa.

—¿Tú no te marchas? —le dije.

—No, yo también tengo mis propias órdenes. He de esperar al equipo de limpieza y luego encargarme de que no queden testigos.

—¿Qué quieres decir con eso?

Harald sacó su pistola y comenzó a rellenar el cargador.

—Quiero decir que los prisioneros que se encarguen de levantar el cadáver del cabo Streicher y luego limpien este barracón hasta que no quede la menor huella del crimen, no regresarán nunca al campo interior. El comandante no quiere que nadie salvo su grupo de colaboradores más cercano, sepa nada de este asunto.

—¡Pero me estás hablando de asesinato!

Harald me dio la espalda, exasperado, y se alejó en dirección a la puerta.

—Muchas veces me parece, Rolf, que no sabes en qué mundo vives.

Salí al exterior detrás de mi amigo. Junto al camino había tres guardias más que completaban el grupo de hombres de confianza de Ziereis. Estaban apoyados en un coche, fumaban y reían de sus bromas privadas. Sobre el techo había un gato dormido. Harald y yo nos quedamos junto a la puerta, algo apartados del resto. Pasaron diez o quince minutos en los que no nos dijimos nada. Fumamos un cigarrillo tras otro bajo la luz de la luna. De pronto oímos unos pasos.

—Ahí llegan los que tienen que morir. Les preguntaré si quieren murmurar “Ave Mauthausen”, o alguna cosa similar antes de que los ejecute. —Harald tenía los ojos vidriosos. Era la primera vez que le veía a punto de echarse a llorar.

—No tienes porqué hacerlo —le dije.

—No, Rolf. Hay muchas cosas de las que tú te libras por ser pariente del gran Theodor Eicke. Yo tengo que hacer todo lo que me mandan.

Cuando el equipo de limpieza llegó a nuestra altura descubrí que se trataba de dos españoles de mediana edad y de Ícaro, el muchacho sordomudo al que había estado a punto de matar horas antes. Ícaro me reconoció y me sonrió tímidamente al pasar.

—Ese muchacho es el protegido de Braun. No le va a gustar que aparezca muerto.

—Peor para Braun —dijo Harald, en voz alta, para que los guardias del coche le oyeran—. Si no se preocupase tanto de los jovencitos la vida le iría mucho mejor.

Un coro de risas siguió a su comentario y Harald se frotó los ojos, de los que habían comenzado a manar lágrimas traicioneras.

—Por favor, salva al muchacho.

—¿Por alguna razón especial? —Harald me miraba confundido— Si coges aprecio de forma particular a alguno de estos subhumanos te costará mucho más matarlos el día que te lo manden. Y puedes estar seguro de una cosa: ese día llegará.

—Sálvalo hoy, Harald. Hazlo por mí. Hoy ya maté a un prisionero y sé lo que se siente. Cuando llegue el día de repetirlo... ya veré lo que hago.

—No, Rolf.

—No me hagas que te lo pida de rodillas.

Harald le dio una patada a una piedra. Profirió un juramento. Pero al final se volvió y cogió a Ícaro del brazo.

—Con dos españoles tenemos ya de sobra para limpiar ahí dentro y trasladar el cadáver sin ensuciarnos las manos. —Volvía hablar en voz alta para que sus compañeros le oyesen— Además, seguro que el Blockführer Braun me invita a unas rondas de cervezas por salvarle el "culo" a su novia.

Una nueva tanda de risas y aplausos siguieron a la ocurrencia de Harald.

—Vete de vuelta a la cama —le dije a Ícaro, que parecía no comprender lo que pasaba a su alrededor—. Antes de que cambien de opinión. ¡Corre! ¡Rápido!

Mi hermano llegó apenas un par de minutos más tarde. Venía por detrás de la Comandancia y me hizo un gesto para que lo siguiese. Por segundos no vio al niño alejándose de vuelta al campo interior. Seguro que hubiese hecho preguntas que yo no querría contestar.

—Yo me quedo a supervisar "la limpieza" —dijo Harald—. Ten cuidado en Hartheim; sobre todo con lo que dices. No te olvides de lo que te expliqué sobre ese lugar.

—No me olvidaré.

Arrojé mi último cigarrillo al suelo y me despedí de mi amigo. Mi hermano iba ya unos pasos delante de mí, camino del patio de garajes, donde nos esperaba nuestro automóvil. Ahora éramos dos detectives en misión oficial.

X

Digan lo que digan, ser detective carece del glamour de los libros o las películas de Hollywood. Ser detective es hacer kilómetros y kilómetros en un coche junto a tu hermano, completamente en silencio, mientras éste reflexiona sobre todos los indicios y las pistas, que intenta recomponer en su cabeza. Ser detective es pasar por un puesto de guardia tras otro, gritar "Heil Hitler”, bajar las ventanillas, dar explicaciones, y decir las cosas lo bastante alto como para que los demás piensen que tienes razón. Ser detective o, al menos, ser ayudante de detective, es una labor ingrata. Nadie cuenta contigo y nadie te explica nada. Sigues siendo Rolf el tonto, vestido con su uniforme verde de las SS, yendo de aquí para allá sin saber cuál es el sentido último, el objetivo, de tus pasos.

En Hartheim las cosas no fueron diferentes. De nuevo ante mí se erguían los muros níveos y la cúpula bizantina, los tejados rojos como la sangre y esa sensación de haber traspasado el umbral de un lugar donde el mal aún era más profundo y real que en el propio Mauthausen. Sobre la fachada sur se levantaba la entrada principal. Luego de aparcar nuestro vehículo, un Opel Kadett gris que nuestro “tío” Theodor le había regalado a mi hermano las navidades pasadas, nos dirigimos al guardia de la entrada; éste, que nos había visto llegar lanzándonos una mirada torva, todavía la llevaba impasible en el rostro cuando nos acercamos hasta él y saludamos con el sempiterno “Heil Hitler”.

—¡Heil Hitler! —nos contestó, sin levantar el brazo y sacando la lengua para pasarla sobre un papel de fumar, al objeto de terminar de liar un cigarrillo que, al cabo, escondió en su mano derecha, aguardando mejor ocasión para encenderlo.

—Pronto amanecerá, soldado —dijo mi hermano, intentando romper el hielo.

—Pasa a menudo, SS Obersturmführer. —El guardia se creía gracioso. Al ver que no sonreíamos, se encogió de hombros y decidió ahorrarse y ahorrarnos circunloquios—: Sea como fuere, señor, hasta que no haya amanecido, o un poco antes, hasta las 5:30 de la mañana por lo menos, no habrá aquí nadie para atenderle salvo la enfermera de guardia.

—Me basta, de momento. Aunque en realidad, había pensado comenzar hablando con usted.

—¿Conmigo? —El guardia parecía sorprendido— El soldado raso Glatz tiene poca cosa que decir.

Glatz tendría unos sesenta años pero conservaba aún una tupida mata de cabello negro, rodeado de hebras blancas que le daban un aspecto de erudito o de profesor universitario. A primera vista, resultaba esquivo, frío, casi arisco, pero yo no creo que fuese un maleducado, sólo era un hombre al que le daba todo igual. Una actitud muy útil para un guardia de las SS, que tiene tanto que ver y aún más que olvidar.

—Me gustaría que me hablase de su compañero, del que dicen que se suicidó.

—¿Sólo lo dicen, teniente? ¿Usted cree que no lo hizo?

—Yo no creo nada, soldado. Yo no sé nada. Por eso he venido preguntar.

Glatz miraba a mi hermano como si fuese un oso de feria, una rareza imposible que nunca más tendría la oportunidad de contemplar.

—Si ha venido a hacer preguntas me parece que ha errado al elegir este lugar. Aquí no encontrará a nadie que sepa nada o haya visto nada. De todas formas, tengo órdenes del doctor Lonauer al respecto. No hablaré de este asunto con usted ni con el mismísimo Adolf Hitler. Espero que lo entienda, señor.

Mi hermano asintió, como si hubiese anticipado aquella respuesta.

—Un SS conoce el valor de la obediencia debida. Así pues, esperaré. ¿A qué hora llega el doctor?

—Ya sé lo he dicho. Sobre las 5:30 o algo más tarde. Depende del día.

—Gracias. Entretanto, con su permiso, me gustaría interrogar a la enfermera de guardia.

Glatz soltó una carcajada.

—No necesita mi permiso, pero ésa les va decir aún menos que yo. Ni los buenos días. Menuda es. Se ha levantado una noche fría, así que espero que tengan una buena provisión de mantas en el coche para echarse a dormir un par de horas mientras llega el buen doctor. Por otro lado, me parece que les vendría bien echar una cabezadita.

El guardia estaba en lo cierto. Y no sólo en que no íbamos a sacar gran cosa de la enfermera de guardia, la cual se limitó a murmurar de mala gana que el doctor Lonauer llegaba a las seis y que ella no haría ninguna declaración sobre ningún asunto, tanto relacionado con el suicidio como con el no suicidio o sobre cualquier otra cuestión con la que quisiéramos importunarla. También estaba Glatz en lo cierto en que necesitaríamos un par de mantas para no helarnos de frío en nuestro Opel. Había vuelto a nevar, ahora copiosamente. Tuvimos que visitar por segunda vez a la enfermera de guardia, ateridos y con nuestras gorras y abrigos teñidos de blanco, y pedirle ropa de cama, unas colchas, lo que tuviera. Esta vez decidió que nos ayudaría, siempre y cuando no olvidásemos devolverlas “cuando llegase el doctor Lonauer”.

Nos acomodamos en nuestro coche lo mejor que pudimos: Otto en la parte delantera y yo en la trasera. Oí que a mi hermano le castañeteaban los dientes y creo que sonreí para mí mismo. Desde pequeñito había sido muy friolero. Toda su pose de oficial de la Schutzstaffel no le servía ahora de nada, porque yo sabía que tras ella había un hombre como otro cualquiera: un hombre afectuoso, brillante tal vez, pero repleto de debilidades e imperfecciones como las de todos, que le humanizaban. Y era esa parte humana e imperfecta la que yo más amaba.

—¿Tienes frío? A mí me sobra una manta —mentí.

—No tengo frío, Rolf. Esto no es nada. Los camaradas que están en el frente, esos si tienen frío cuando se echan a dormir. Esto es un paseo en comparación.

—¿Tendrá frío papá? —le pregunté, recordando que el gran Theodor Eicke estaba combatiendo al mando de la 3ª división SS.

Mi hermano pareció sorprenderse de mi pregunta. Oí cómo rezongaba alguna cosa entre dientes. La tercera división de las Waffen SS se había formado en mil novecientos treinta y nueve con los miembros de los campos de concentración del Reich, buenos muchachos de la Banda de la Calavera como Otto y yo mismo. Al principio, ni siquiera era una división propiamente dicha, sino un grupo de cuatro regimientos heterogéneos, tres alemanes y uno austríaco. Los regimientos alemanes habían acudido al frente de Polonia y se habían hecho tristemente famosos por entregarse a la limpieza étnica, siendo responsables de diversas matanzas de judíos polacos y asociales.

—Nuestro padre está demasiado arriba en el escalafón para pasar frío —dijo Otto, recordando sin duda el impoluto historial militar del Gruppenführer-SS Eicke.

—¿Después de Polonia combatió en Dunkerke, no?

—Sí, creo que sí. En la zona de Cambrais, nos dijo por carta.

Ahora me había venido a la memoria. Pocos meses después de caer Varsovia, la tercera división SS quedó definitivamente configurada con la inclusión del cuarto regimiento austríaco, formado por guardias de Mauthausen y de sus campos anexos. Los mejores soldados partieron a la conquista de

Europa, mientras los tontos, los más viejos, y algunos que tenían padres poderosos que no querían ver a sus hijos en primera línea, nos quedábamos en el Lager. Pero las cosas en Francia no le fueron tan bien a mi padre como en Polonia. A pesar de que las tropas francesas capitularon en pocos meses, en las dos ocasiones en que nuestros valerosos guardias de la Totenkopv se las vieron con las tropas aliadas, fueron diezmados por sus enemigos.

—¿Y ahora dónde crees que le enviarán? —insistí—. Los periódicos dicen que Italia está sufriendo severas derrotas en el frente de Grecia. Muchos comentan que vamos a mandar tropas para evitar que los griegos tomen Albania y se abra otro frente en los Balcanes.

—¿Cómo quieres que sepa lo que tiene pensado hacer el OKW, el Alto Mando de la Wehrmacht? —Otto había comenzado a tiritar. No tenía ganas de charla— ¿Por qué no procuras dormir un poco?

—Sólo intentaba darte un poco de conversación y saber algo más sobre cómo le va a nuestro padre.

—Nuestro padre está mucho mejor que nosotros, tenlo por seguro. Además, ya sabes que ahora debemos llamarle tío.

—Antes era nuestro padre.

—Antes, no ahora. Duerme, Rolf. ¡Es una orden!

Como todo el mundo sabe, un buen soldado debe obedecer ciegamente las órdenes de un superior. Así que lo intenté. Pero no recuerdo si conseguí dormirme, después de todo. Probablemente sí lo hiciera porque el próximo recuerdo que me viene a la memoria es el sonido de unos golpecitos sobre el cristal de mi ventanilla; y luego, el rostro sonriente de un hombre de unos treinta años, pelo castaño perfectamente cortado a la moda, dientes blanquísimos y modales exquisitos. Llevaba una bata blanca por encima de la guerrera de teniente, es decir, que ostentaba el mismo rango de mi hermano, el de Obersturmführer-SS. Durante la narración, habréis observado que alterno la graduación típica del ejército alemán, como teniente, con las graduaciones de las SS, como Obersturmführer-SS, ya que son muy largas y rimbombantes (Nosequéführer-SS y Blablablaführer-SS) y muchos, incluido yo mismo, no las conocemos demasiado bien.

—Pero, por el amor de Dios, qué falta de consideración —dijo el recién llegado—. ¡Qué deben pensar ustedes del grupo de profesionales que trabajamos en la Institución del Sueño de Hartheim!

Aquel hombre se nos presentó como el doctor Rudolf Lonauer. Mientras caminábamos de vuelta al Castillo, estuvo largo rato pidiéndonos perdón por el extremo celo de sus subordinados y el que no nos hubieran ofrecido al menos una taza de café durante nuestra espera. Cuando Otto le explicó que veníamos en misión oficial, las disculpas de Lonauer se redoblaron, pues no hay nada que guste más a un SS que esas dos palabras: "misión oficial". Nosotros, que en la mayor parte de las ocasiones estamos ya por encima del bien y del mal, cuando nos mandan en "misión oficial" mataríamos a nuestra propia madre para alcanzar nuestros objetivos. Sin embargo, mi hermano había sido muy precavido y no había hecho valer su graduación sobre el guardia de la entrada porque, de hecho, nuestra misión era cualquier cosa menos oficial.

—¿Tienen prisa? —quiso saber el buen doctor, que ya nos había hecho superar la puerta de entrada, despedido a la enfermera de guardia con un empujón no demasiado amistoso, y ahora nos conducía por las arcadas centrales del Castillo enseñándonos los delicados frisos renacentistas, que representaban animales fabulosos y motivos geométricos.

—En realidad, tenemos algo de pris... —comenzó a decir mi hermano, pero entonces se dio cuenta de que la pregunta de Lonauer había sido retórica y que no tenía la menor intención de frenar

su verborrea, al menos de momento. Subimos al primer piso, donde estaban los despachos de los médicos y las habitaciones de los SS, entre explicaciones técnicas sobre el duro trabajo que llevaban a cabo profesionales como él entre los muros de Hartheim.

Una vez en su despacho, nos sentamos delante de su mesa de trabajo como si fuéramos dos pacientes más y Rudolf hizo crujir sus dedos, preparándose para comenzar con un discurso que llevaba ya bien aprendido. Así, empezó por hacer hincapié en cómo, años atrás, desde la Universidad de Frankfurt, el profesor Kleist había desarrollado el concepto de Carga para el Pueblo y en un informe que había abierto los ojos a los jerarcas nazis, demostró la necesidad de suprimir a los enfermos incurables, a los retrasados más profundos, a los idiotas hereditarios y a todos aquéllos que la gran nación alemana no tenía obligación de seguir dando techo y sustento cuando había incontables obligaciones que cubrir en tantos otros campos de la ciencia, de la tecnología... y ahora de la guerra.

—El Volk, el pueblo alemán, está por encima de las necesidades del individuo, así como el Führer, encarnación suprema del Volk, está por encima del conjunto de la masa. La eugenesia, la eliminación de los inútiles, es un gran avance de la medicina y ya nadie puede cuestionarlo.

Yo, que hasta ese momento no había dicho una palabra, abrí la boca para contestar al buen doctor pero Otto me pellizcó por debajo de la mesa, conminándome al silencio.

—¿Decía algo su compañero?

—No —replicó Otto—. Es un gran defensor de la eugenesia y no ha podido evitar una exclamación de apoyo a sus doctas palabras.

El doctor Lonauer me sonrió, mirándome con mejores ojos, y prosiguió con sus explicaciones. Rudolf nos remitió a una orden del Führer, fechada el uno de septiembre de 1939, en que se daba amparo legal al exterminio controlado de los retrasados mentales. Nuestro guía estaba preocupado por el aciago destino de los idiotas y había resuelto acabar con unas vidas que no merecen ser vividas. Había escogido como fecha para su edicto la misma que la del inicio de la segunda guerra mundial y, así, al tiempo que las divisiones Panzer avanzaban por suelo polaco, los buenos médicos alemanes comenzaban a elegir a los primeros idiotas que tenían que ser depurados.

—Una fecha, el uno de septiembre, que será recordada hasta el fin de los tiempos. Un momento cumbre de la historia de la humanidad.

Lonauer nos enseñó sus títulos y sus muchas distinciones médicas y se quiso equiparar en dignidad al gran doctor Conti, que, como muchos otros reputados médicos de todo el mundo, había comprendido que los hombres evolucionan siguiendo los parámetros de la selección natural. El darwinismo nos enseña, insistía el gran Rudolf, que si sólo los fuertes, los inteligentes, los mejores... en una palabra, la sangre aria de primera, sobreviven, se favorecerá la procreación de generaciones y generaciones de arios aún más sabios y aún más fuertes. Por ello, Conti había creado pocos años atrás la Comisión del Reich para el Registro de Enfermedades Graves de Origen Hereditario. Ésta era un grupo de expertos que se encargaba de la supervisión de los inútiles y pedía personalmente a los padres permiso para internar a un niño cuando detectaban que la presencia del mismo en la sociedad comenzaba a ser una Carga para el Pueblo, como habría dicho el mismísimo doctor Kleist.

—No podemos desperdiciar recursos —matizó Lonauer, mirándome fijamente y ampliando hasta lo imposible su perversa sonrisa de dientes blanquísimos—. La Oficina de Política Racial no deja de repetirnos lo importante que es no olvidar que los idiotas son inferiores y su pérdida, por tanto, una pérdida mínima, colateral, aceptable.

En el castillo de Hartheim se gaseaba a los inútiles pero el doctor Lonauer se envanecía de haber utilizado a menudo Luminal. Un pinchacito en la vena y un niño, por muy fuerte que sea, va perdiendo las ganas de vivir hasta que, poco a poco, despierta tan sólo una o dos horas al día y, finalmente, no vuelve a despertar. Definitivamente, a su juicio, el Luminal, o una buena inyección de morfina era un tratamiento mucho mejor que el gaseado. Los niños morían lentamente, en el sueño, por algún trastorno cardíaco, en lugar de padeciendo, encerrados en una opresiva cámara de gas.

—Pero aquí estamos todos para obedecer, y si desde arriba dicen que hay que usar el monóxido de carbono... pues bienvenido sea y no hay nada más que hablar.

«Aunque, naturalmente —nos reveló, componiendo un gesto afligido—, a veces se cometen errores y muchachos demasiado rebeldes o díscolos, pero en absoluto enfermos mentales, acaban en una Institución del Sueño como ésta. Tal vez, con un poco de comprensión por parte de sus padres o maestros, habrían acabado siendo buenos ciudadanos, ¡pero el tiempo y la comprensión escasean en tiempos de guerra! Por otra parte, acaban sus días sirviendo a la gran nación alemana. Sólo es otra forma de servicio.

Hasta Otto, que había aguantado impertérrito aquella sarta interminable de desvaríos, comenzaba a mostrarse nervioso. No abiertamente, por supuesto. Pero yo, que lo conocía bien, sabía lo que significaban aquellos gestos involuntarios de su mano derecha, que se abría y se cerraba compulsivamente cuando estaba a punto de perder los nervios.

—Pero, por favor, perdónenme una vez más —dijo de pronto el doctor, poniendo punto y final a su monólogo—. No paro de hablar y todavía no les he preguntado la causa de su visita a esta Institución. Díganme, ¿en qué puedo ayudarles?

Otto suspiro como si se hubiese quitado una pesada carga de encima. No creo que hubiese podido soportar escuchar mucho más tiempo a aquel matasanos inmundo hablando de sus crímenes con una sonrisa interminable en su sucia bocaza.

—Estamos investigando el supuesto suicidio de uno de sus guardias hace unos pocos días —dijo mi hermano, yendo directamente al meollo del asunto y evitándose así circunloquios que podían resultar peligrosos con un hombre de la locuacidad de Lonauer.

—Ah, el caso de William Ferrat. —Al buen doctor se le había iluminado el rostro— Un tema de lo más interesante. Yo mismo sospeché desde el primer momento que en todo este asunto había... por así decirlo, gato encerrado. Pero esos imbéciles de la criminal no serían capaces de encontrar su propio culo si hubiese desaparecido. No sé si me entiende.

—Le entiendo, Herr Doctor.

Lonauer se incorporó de un salto y salió a grandes zancadas de su despacho. “Vengan. Rápido”, nos dijo. El resto de la conversación tuvo que desarrollarse mientras subíamos interminables tramos de escaleras camino del tejado.

—El soldado Ferrat era un tipo estúpido. Lo elegí precisamente porque no tenía habilidad para obrar fuera de los estrictos parámetros de sus vicios. Era un mujeriego empedernido, aunque creo que también le gustaban los hombres; era jugador y más de una vez nos desaparecieron algunas drogas estando William demasiado cerca como para que fuese casualidad.

—Una joya de muchacho —apunté, aunque sabía que mi hermano deseaba que yo permaneciera con la boca cerrada.

—No, no se equivoquen —prosiguió Lonauer levantando los brazos un par de escalones por delante mío—. William era bueno en su trabajo. Todos sus vicios no afectaban a su tarea en el

Castillo. Era el mejor de mis hombres, el más escrupuloso, porque no pensaba nada más que en sí mismo, no tenía cargos de conciencia, no se sentía culpable de nada y nada le importaba. Los otros guardias que tengo a mi servicio responden más o menos este perfil, pero a William le salía natural. El resto, que me conocen, convierten mis gustos en su máscara. Tal vez lo que les estoy explicando es demasiado complicado.

—No, no lo es —dijo Otto apoyándose en la balaustrada para girar en el siguiente tramo de escalera—. Los guardias tienen que ver muchas cosas y es aconsejable que sean personas capaces de no ver nada en absoluto salvo lo que nos interesa que vean. Rolf y yo desempeñamos nuestras funciones dentro del campo de concentración de Mauthausen. Sabemos bien de lo que nos está hablando.

—¿Mauthausen? Sí, sí, otro lugar donde suceden cosas terribles pero necesarias para aumentar la grandeza de nuestra nación. —Lonauer se detuvo, pensativo— Pero no entiendo qué interés pueden tener en un campo de concentración acerca de la muerte del soldado Ferrat.

—Eso no se lo puedo decir.

Rudolf Lonauer sonrió, divertido.

—Así que pretende que yo le explique todo lo que sé, pero usted no quiere o no puede corresponder y no me va explicar nada de nada.

—Eso es, precisamente, Herr Doctor.

—Ah, vaya, vaya... —Rudolf se palmeó los muslos como si acabase de oír la ocurrencia más chistosa del universo— Un hombre que dice las cosas cara a cara, sin rodeos. Usted me gusta, teniente. Es sincero. Me cae simpático.

Llegamos al tejado luego de traspasar un gran portón de hierro que chirriaba al rozarse contra el suelo. Lonauer extendió la mano y nos enseñó un lugar donde no había nada que ver. Unas pocas cajas, mucha suciedad, telarañas, baldosas rotas y muchos arreglos pendientes.

—Los de la Kripo estuvieron aquí dando una vuelta y apenas echaron un vistazo. Había pisadas de varios hombres pero al tejado subimos muchos a fumarnos un cigarrillo mientras contemplamos el paisaje. Pero bueno, no es el paisaje de lo que quieren que les hable. Seré franco: William Ferrat no se suicidó y tampoco se cayó fruto de su estupidez o de la imprudencia. No se suicidó porque no era el tipo de hombre que se suicida. Acaso fuera el tipo de hombre que nos mataría a todos para sobrevivir él. Pero, ¿suicidarse? Eso nunca. Y también estoy seguro de que no se cayó porque no era un estúpido ni un imprudente.

—¿Y entonces?

—Lo mataron, naturalmente.

—Qué extraño que cite usted mismo esa posibilidad y que no le preocupe la reputación de su establecimiento —dijo Otto, y se volvió para enfrentarse cara a cara a su interlocutor, esperando haber dado con un punto crítico en la investigación.

—¿Reputación? —Lonauer parecía estupefacto—. Esto es una Institución del Sueño, Herr Weilern, aquí nos traen a los jóvenes alemanes que deben ser depurados para el bien de la nación. En mi opinión, si quiere que le sea sincero, vienen demasiados pocos. Hay muchos que se libran por tecnicismos administrativos y porque muchos médicos de la sociedad austríaca todavía no entienden la importancia de nuestra misión. Un demente que asesina a un entregado guardián de las SS sería una publicidad maravillosa. Llamaría a mis superiores y les exigiría menos permisividad con los tontos, con los débiles, con los idiotas de todas las regiones de Austria. Los retrasados son un peligro, les

diría, no sólo son una carga económica para Alemania sino que si les dejamos vivir pueden matar cualquier día de estos a alguno de nuestros heroicos soldados en un ataque de ira salvaje. ¡Oh, si la muerte de William fuese un asesinato sería algo maravilloso!

—¿Y no se ha parado a pensar en la posibilidad de que lo matara otro de sus guardias o de sus médicos, o usted mismo?

Lonauer no pareció sentirse ofendido con aquella insinuación.

—En absoluto porque, aunque así fuese, le tendríamos que echar la culpa a uno de esos idiotas de ahí abajo. Ni en Viena ni en Berlín son proclives a hacer demasiado ruido con asuntos de esta índole. Además, estoy seguro de que ninguno de mis subordinados tuvo nada que ver con esta muerte. William Ferrat le caía bien a todo el mundo. Era un tipo estupendo.

Bajamos las escaleras en silencio. Lonauer, naturalmente, no paraba de hablar, creo que esta vez de arquitectura, de los estilos visibles todavía en el viejo Castillo, de la época de la Restauración... pero ni Otto ni yo le escuchábamos. Ambos comprendíamos que, aunque fuese un asesinato, no teníamos el menor punto de partida para iniciar de verdad una investigación; en Hartheim trabajaban varias decenas de personas e interrogarlas una a una era un imposible, aparte de que despertaría recelos acerca de una investigación "oficial" que no tenía nada de oficial. No teníamos nada salvo la percepción de que el asesino no había mentido en aquellos horribles versos dibujados con sangre sobre el cristal de una ventana. Había asesinado a un guardia del Castillo lanzándole desde el tejado. Lo que no sabíamos era ni quién ni por qué.

Cuando llegamos a la planta baja Rudolf comenzó a cantar las excelencias de los frisos de las arcadas pero no tuvo demasiado tiempo para extenderse en sus “delicadas formas” y “graciosos motivos” porque una mujer desconocida se abalanzó sobre él y, luego de estrellarse contra su pecho, se arrodilló a sus pies.

—¡Por favor Herr doctor! Como no quiere recibirme he tenido que...

En ese instante llegaron a la carrera dos guardias de la entrada. Uno de ellos era Glatz, el viejo soldado que no veía nada y no sabía nada.

—Perdone, señor, Frau Schule ha aprovechado el cambio de guardia para colarse por la puerta principal y...

Lonauer le mandó callarse y levantó a la señora del suelo. Se trataba de una mujer vestida de un negro implacable, de formas generosas, tal vez incluso rebosantes. Tenía el pelo teñido de rubio, pero descuidado, con las raíces castañas oscuras asomando bajo una media melena. Me dio la impresión que hacía no mucho aquella buena señora había pesado muchos menos kilos y cuidaba con esmero su físico. En poco tiempo, la desgracia se había abatido sobre ella y lo superficial había dejado de ser importante. Así, las ropas le apretaban porque apenas podía embutirse en ellas y su aspecto era en general el de una persona que se había abandonado por completo.

—Ya le he dicho mil veces, Frau Schule, que su hijo ha muerto y que todo eso que me cuenta son delirios de su mente. Si sigue por ese camino acabaremos ingresándola aquí y entonces sí que podrá reunirse con su hijo.

La mujer rompió a llorar y hundió su cabeza en el regazo del doctor.

—Pero yo le prometo que es verdad. Mi hijo regresa a casa algunas noches y me mira desde la ventana de mi habitación. Se queda fuera y si salgo a buscarle, desaparece. Pero siempre me deja una de las figuras de barro que modelaba cuando estaba en casa, antes de que mi marido cometiera el error de traerlo aquí y...

Frau Schule parecía buscar una explicación en alguna parte, entre sus recuerdos, pero no lo conseguía.

—Debería desembarazarse del sentimiento de culpa, señora mía. —Por el tono de voz, se notaba que el buen doctor estaba perdiendo la paciencia— Usted y su marido hicieron bien trayendo a su hijo a esta institución. El muchacho tenía una enfermedad incurable y su estado empeoraba día a día. Su manutención suponía un coste demasiado alto para ustedes y, por extensión, para el estado. Ya lo hemos hablado muchas veces y creía que lo había comprendido.

La mujer sacudió la cabeza con aire resignado, pero algo en su interior le impedía abandonar la lucha.

—Ya lo sé, Doctor, pero esas visiones son tan reales... —De pronto, rompió a llorar— ¿No puede ser que sobreviviese por error? ¿Que haya un chico parecido al mío que muriera en su lugar? ¿Lo ha mirado en sus registros? Mi hijo tenía dieciocho años, medía uno cincuenta y tres centímetros y...

—Señora, recuerdo muy bien cómo era su hijo y le puedo asegurar que ha muerto.

—Pero es que no me queda nada, Herr Doctor —se lamentó Frau Schule, obstinada—. Incluso mi esposo me ha abandonado. Marchó de casa hace días y no he vuelto a saber de él. Dice que estoy loca y yo quisiera de verdad estarlo para poder ingresar en esta Institución y correr la misma suerte que mi pequeño.

Rudolf Lonauer cogió violentamente a Frau Schule del brazo y la llevó desde el patio porticado, donde nos hallábamos, hasta el fondo de la sala, al este. Allí había otra entrada, de menor tamaño que la entrada principal: la Ankunftsort. Por ella accedían en ese momento al Castillo, en rigurosa fila de a uno, un grupo de enfermos que acababan de desembarcar de un autocar. Desde allí no podía verse el patio porticado porque una empalizada de madera había sido dispuesta para que los idiotas no molestasen a los administrativos y al resto del personal de la Institución, que no podían concentrarse con los gritos de terror de los adolescentes según iban avanzando por el pasillo de la muerte.

—Debe ser fuerte, señora. Debe recuperarse y olvidar a su hijo. Él cayó sirviendo a nuestra Gran Alemania y usted debe volver a ser la mujer que era para poder engendrar en el futuro a niños arios sanos. —La voz de aquel hipócrita sonaba pausada, condescendiente— No quiero que se le vuelva a pasar por la cabeza la idea de ingresar en un lugar como éste porque no es lugar para usted.

Dos niñas de como mucho diez años entraron en una sala a su izquierda, la primera del largo pasillo. Lonauer y Frau Schule entraron tras ellos. Nosotros le seguíamos, fascinados por el verbo interminable y la gestualidad teatral de aquel demonio vestido con bata blanca.

—Ésta, señora mía —dijo entonces la bestia—, es la peluquería. Acaba de llegar un transporte con idiotas: en este caso, se trata de judíos sin recursos, la mayor parte huérfanos, que provienen de hogares asistenciales. En la peluquería aseamos y despiojamos a estos pobres desgraciados. Pero usted no es ninguna idiota ni necesita que nadie le quite los piojos. Usted es una buena dama alemana.

—Pero si estos niños no son retrasados, no entiendo... —objetó la mujer, dubitativa,

—Son judíos, señora. Mucho peor que idiotas.

Casi sin darle tiempo a reaccionar, Lonauer arrastró a Frau Schule a la siguiente sala. Allí había niños y niñas aterrorizados que intentaban sonreír mientras una institutriz les chillaba. Estaban sentados en largas mesas y hacían diversos trabajos manuales bajo la dirección de ésta, que no paraba del golpearles en los nudillos con una regla.

—Esta es una sala de espera: un taller si prefiere. Podemos depurar como máximo de treinta a treinta y cinco idiotas al día. A veces tenemos a algunos esperando su turno y tenemos que ocuparlos en algo para que no nos molesten más de lo necesario. Me parece evidente que éste tampoco es lugar para una mujer sana como usted.

En la siguiente sala había un grupo de muchachos impúberes, completamente desnudos, agrupados y temblorosos. Nos miraban pidiendo ayuda con sus grandes y hermosos ojos fijos en nosotros. Por primera vez en mi vida, sentí vergüenza de haber nacido austriaco.

—Esta es la sala de desvestido. Aquí los idiotas entregan todos sus objetos, sean o no de valor y luego también nos entregan sus ropas, incluida la ropa interior, para que las purifiquemos a través del fuego, pues siempre he pensado que el estigma de la idiotez puede quedarse impregnado en cualquier objeto, por nimio que nos parezca. —Lonauer cogió a la mujer de los hombros y la zarandeó, como si quisiera despertarla de un sueño— Estos retrasados creen que se van a dar una ducha. Pero usted no es tonta y sabe que no van a ducharse. Lo sabe, ¿verdad?

Un anciano, probablemente con alguna enfermedad degenerativa que le había hecho perder poco a poco la razón, estaba vestido delante de los niños y se negaba a entregar su abrigo. Un par de celadores la emprendieron a golpes y patadas con él hasta que, lloroso y sangrante, comenzó a quitarse la ropa.

De la sala de desvestido se pasaba a la llamada cámara fría, donde los idiotas, completamente desnudos, esperaban que les tocase entrar en la sala siguiente. A veces tenían que esperar horas, sobre todo cuando el horno crematorio se atascaba. En esas ocasiones, en pleno invierno, con temperaturas bajo cero, muchos acababan muriendo de congelación: de ahí el sombrío nombre que había puesto a la sala el personal del Castillo. Lonauer, entre grandes aspavientos, nos explicó que a veces habían encontrado a un par de idiotas acurrucados en el suelo, yertos como carámbanos de hielo. Esos idiotas, al morir antes de llegar a la sala de registro, a menudo ni siquiera eran contabilizados, porque, siendo estrictos, no habían sido depurados por la maquinaria de muerte del Castillo. Habían fallecido ellos solitos a causa de su debilidad y poca resistencia al frío.

—Esta es la sala de registro —dijo Lonauer, muy ufano al llegar a la siguiente estancia de nuestro periplo—. Aquí, el personal médico deja correr su imaginación y se inventa una muerte natural para el idiota, porque el término “gaseado” hace tiempo que decidimos que no queda muy vistoso en los libros de contabilidad.

Mientras hablaba, otro médico con bata blanca sobre su uniforme de las SS, levantó la vista del folio en el que estaba escribiendo y saludó a su superior con un gesto de la cabeza.

—¿Todo bien Doctor Renno? —inquirió Lonauer.

Renno contestó que había sido un día muy duro, que una vieja senil se había cagado encima y que un niño había intentado arañarle. Por lo demás, a lo que parecía, había sido una jornada como tantas otras. Ambos colegas quedaron para tomarse un café cuando bajase un poco el ritmo de llegada de idiotas, que últimamente estaba siendo muy elevado.

Al fondo, había una pequeña sala donde un funcionario estaba haciendo fotografías a dos gemelas que se cogían de la mano. Estaban casi azules de frío. Tiritaban y les castañeteaban los dientes como a Otto una hora atrás. Pero al buen doctor le pareció que una sala de fotografía no era algo lo bastante cruel y nacionalsocialista y nos llevó en dirección contraria.

—¡Vengan por aquí! ¡No se entretengan! —nos dijo, ejerciendo impertérrito su función de guía por la cámara de los horrores de Hartheim, olvidando toda delicadeza que, por lo visto, le parecía a

aquellas alturas completamente innecesaria. De pronto, se detuvo, emocionado—. Ah, este es mi lugar preferido.

Esta vez no habíamos salido al pasillo general sino que desde la sala de registro, a través de una pequeña puerta interior, se alcanzaba la cámara de gas. La cámara en sí misma no era sino un pequeño espacio de cinco metros cuadrados donde los idiotas pasaban los últimos segundos de su vida escupiendo bilis por los pulmones. Muy ufano, nos enseñó acto seguido el área técnica, un cuarto aún más pequeño donde se guardaban las botellas de monóxido de carbono y desde donde se accionaba el mecanismo mortal. Más allá estaba la morgue, en la que se apilaban decenas de cadáveres, literalmente hasta el techo, y finalmente el crematorio, donde un cabo de las SS vestido con un mono de trabajo, se llamaba a sí mismo Maestro de los Hornos y vaciaba cada hora unos cuantos cadáveres de la morgue. Tan pronto como la remesa anterior se había convertido en cenizas repetía la operación.

—Me parece que por fin habrá entendido a qué me refería, Frau Schule. —Lonauer abrió una portezuela a su izquierda y salimos del crematorio de nuevo el patio porticado, casi a la altura de la entrada principal del Castillo— De aquí no sale nadie con vida. Su hijo está muerto y bien muerto y este no es lugar para usted. Debe olvidar porque su pequeño es como si jamás hubiera existido. No crea que he sido cruel gratuitamente. Usted necesitaba saber la verdad. Pero, sobre todo, lo he hecho porque no quiero que vuelva aquí para molestarme. Yo soy un hombre muy ocupado y no voy a permitir que siga entrando como una loca en mi establecimiento. Si vuelve a hacerlo no tendrá que pedirme ingresar en Hartheim: yo mismo la pondré la primera de la lista y accionaré el dispositivo de la cámara de gas. ¿Me ha entendido?

La mujer estaba boquiabierta, tan sorprendida, tan anonadada, que había dejado incluso de llorar. Asintió, incapaz de pronunciar palabra alguna. Rudolf le dio una palmadita en la espalda y llamó a Glatz, que se llevó a Frau Schule hacia la salida.

—Si esta zorra vuelve a aparecer por aquí, tienes mi permiso para darle una tanda de palos y meterla directamente en la sala de registro —le dijo, mientras se alejaban.

Fue en ese instante cuando se dio cuenta de que todavía seguíamos allí, observando la escena con los puños apretados y los ojos teñidos de ira e indignación.

—Y ustedes, mis queridos amigos —concluyó, mostrándonos su interminable sonrisa de dientes blanquísimos—, no olviden regresar si me necesitan para cualquier otra cuestión. Aquí, en la Institución del Sueño, no tenemos nada que ocultar.

El doctor Rudolf Lonauer nos dio un fuerte apretón de manos a cada uno y volvió a subir escaleras arriba camino de su despacho. Antes de irse, echó un vistazo atrás, hacia el pasillo donde el grupo de enfermos mentales (niños en su mayoría, aunque también había algún anciano y dos o tres adultos de mediana edad) formaban ya una fila de más de veinte personas, sin contar a los judíos sin recursos, que aún estaban descendiendo de su autobús. Antes de que anocheciese, estarían todos muertos.

—¡Maldito sea ese hijo de la gran puta! —dijo Otto, que llevaba ya un buen rato conteniéndose—. Ser un nacionalsocialista no tiene nada que ver con esto, ¿me oyes, Rolf? Nada que ver.

Me miró, buscando comprensión en mi mirada. Pero no la encontró porque Lonauer era un buen nacionalsocialista y eso era algo que mi hermano no quería comprender. Ya lo hará. Tampoco le dije nada al respecto. No había nada que decir. Sabía que la única razón por la que yo no estaba engrosando una de aquellas filas de mártires era porque mi padre y mi tío era el gran Gruppenführer-

SS Eicke, el inventor de los campos de concentración. Otro hombre que, como Lonauer, será recordado por siempre y, si el mundo padeciera la terrible desgracia de que Alemania ganase la guerra mundial, sus nombres se escribirán con letras doradas y habrá calles y avenidas de Theodor Eicke y de Rudolf Lonauer.

A ti, lector nacionalsocialista del futuro, a quien dirijo este diario, te digo que si estos pobres enfermos mentales o los prisioneros de un campo de exterminio, merecen morir, también yo lo merezco y, por qué no, también tú, por muy ario que te creas. Pero, sobre todo, lo merecen todos esos superhombres del mañana, esos alemanes sin taras genéticas, de los que el Führer lleva hablando desde 1933. Dios nos libre de las Herrenvolk, de las razas superiores. Amén.

FIN DE LA TERCERA LECCIÓN

Capítulo 4

GNADENSCHUSS

(Un tiro de gracia)

El Rapportführer Boldt estaba a solas en su celda. Hacía frío, pero no le importaba. Llevaba horas sentado en el suelo, con la espalda contra la pared, divagando sobre todo y sobre nada, sobre sí mismo y sobre la condición humana. Jules Boldt era un hombre desgraciado, pero se congratulaba de su desgracia, se sumergía en ella, buceaba en el lodo de su propia miseria. No se sentía ni bien ni mal, sencillamente ya no sentía nada. Había tardado demasiado en comprender que el día que su hijo fue depurado en la Institución del Sueño, él también había desaparecido, calcinado hasta los huesos en un horno a miles de grados de temperatura.

Inspiró y expiró profundamente un par de veces hasta que pudo comprobar que, incomprensiblemente, seguía vivo.

A lo lejos, en las celdas contiguas a la suya, oía llorar a los prisioneros políticos, la mayoría comunistas, a los que el Blockführer Braun y el comandante Ziereis habían estado interrogando durante horas. No consiguieron sacar nada en claro y los interrogatorios se habían ido transformando poco a poco en un combate de boxeo. Ahora que ya habían terminado, los rojos se lamían las heridas, y sus sollozos, en los que se mezclaban tanto el dolor como la impotencia, le recordaron que, pese a todo, aquellos eran unos tipos con suerte porque seguían teniendo una identidad por la que lamentarse, por la que avergonzarse. Él ya estaba más allá de todo eso.

—¡A mí ya no me quedan lágrimas! —les gritó, aferrado a los barrotes de su celda. Ésta daba a un pasillo horizontal sobre el que estaban dispuestos cada uno de los cubículos que conformaban el área de detención o Bunker.

Entonces oyó unos pasos. Distinguió a lo lejos la figura de su subordinado, el Blockführer Braun y tras él a Ícaro, el muchacho sordomudo que le seguía a todas partes. Boldt no estaba precisamente a favor de que los soldados tuviesen un preso de confianza, pero muchas veces era difícil controlar ese tipo de situaciones. Cuando la confianza se volvía demasiado evidente, a menudo era mejor mirar para otro lado. Especialmente, le parecía poco adecuado el trabar una amistad tan “personal” con un niño de apenas catorce años. Pero bueno, eso ahora era lo de menos.

—Braun, tráeme algo de beber. Llevo aquí horas encerrado con estos rojos como si fuera un apestado. Podrías haberle dicho al comandante que me llevase a otro lugar. —Como no le respondía, subió el tono de su voz— ¡Prefiero estar solo que rodeado de esta gentuza! ¡Me oyes, Braun! Soy tu superior, ¡maldita sea!

No pudo ver al tercer hombre. Le pareció intuir una sombra seguida de una risa estentórea y terrorífica. Susurros, idas y venidas, otra vez aquella risa y finalmente unas palabras que retumbaron como un eco en el pasillo.

—¿Has oído, Braun? El traidor tiene sed. Me parece que tendremos que darle a probar su propia medicina.

Jules Boldt, por primera vez en su vida, tuvo miedo. Un miedo instintivo, elemental, que le atenazaba los músculos. El ser que acababa de hablar no parecía humano: era como una bestia venida de ultratumba que desgranase su verbo desde el reino de los muertos. Era el mismo tipo de voz impía, demoníaca, que tanta veces él mismo había impostado durante su revista, cuando asesinaba a decenas de hombres sin un pestañeo.

—Hola, Herr Rapportführer, mi señor.

La puerta se había abierto y tenía al asesino cara a cara. Boldt supo desde el primer momento que se hallaba ante la bestia que andaba buscando Ziereis, en vano interrogando a aquellos pobres

diablos, triángulos rojos, que nada tenían que ver con las verdaderas causas que se escondían tras aquellos crímenes. Él se había enterado desde su celda del hallazgo del cadáver del cabo Streicher y, a pesar de los esfuerzos del comandante por evitar que la historia se propagase, no había ni un solo SS en Mauthausen que no se estuviera preguntando quién sería el siguiente. Ya no hacía falta seguir dándole vueltas al asunto: el siguiente era él.

—Yo estaba sirviendo en Hartheim, Herr Rapportführer, cuando el pequeño Boldt fue ingresado en las instalaciones. Era un muchacho dulce y bueno que nunca emitía una queja, que nunca tenía una mala palabra con nadie, ni con los celadores ni con sus compañeros.

Boldt estaba petrificado. No podía dar crédito a sus ojos. Al instante, se había dado cuenta de que el asesino les había engañado a todos, que había cambiado su identidad para infiltrarse en el campo y descargar su ira vengativa sobre aquéllos a los que consideraba culpables. Y él, el más culpable de todos, no pudo sino encogerse de hombros ante la magnitud de sus faltas.

—No debí llevarle allí. Lo que hice es imperdonable, Adolf.

—Ah, ¿sabes mi nombre? —El asesino parecía divertido. Un pequeño cabo suelto, un giro del destino que escapaba su control. El asesino, que se vanagloriaba de controlarlo todo, encontró aquella situación muy refrescante.

—Sí, mi hijo me escribió una carta; bueno, en realidad me escribió muchas pero sólo abrí la primera. El resto las arrojé al fuego: quería olvidarle. Pensaba, que Dios me perdone, que era mi obligación. En aquella primera carta me hablaba de ti. No le tratabas como a un idiota; estaba impresionado por tu voluntad de servir a Alemania aún en un lugar tan lúgubre como Hartheim. Al verte ahora frente a mí, descubierta tu simulación, he sumado dos y dos. No ha sido difícil.

El asesino hizo una mueca de asco.

—Claro que no te ha sido difícil. A ti pocas cosas se te hacen difíciles. Fuiste capaz de traicionar la confianza depositada en ti por tu propio hijo. Si eso te fue fácil cualquier cosa debe serlo para ti. —Boldt observó que al asesino le temblaban las manos mientras hablaba. Parecía enfermo, mucho más enfermo de lo que le había parecido otras veces. Pero esta idea escapó rápidamente de su cabeza, fue como un relámpago en medio de una noche estrellada, porque la culpa, inmensa, abrumadora lo iba llenando todo poco a poco— Dime una cosa, Rapportführer —prosiguió el asesino—, ¿has oído hablar del Lebensraum?

Boldt no quería hablar de nada y mucho menos de algún tema extraño y abstruso como aquel.

—Creo que me suena, pero no sabría explicarme. Creo que se lo he oído a Goebbels por la radio alguna vez —dijo, en cualquier caso, siguiendo el juego a su interlocutor.

—¡La radio! Si leyeses algún libro no serías tan ignorante —se pavoneó el asesino—. De lo contrario, habrías oído hablar de Friedrich Ratzel, el gran geógrafo, que introdujo ese término para referirse al espacio vital, a la cantidad de tierra, de kilómetros cuadrados, que necesita el pueblo alemán para expandirse y alcanzar la completa plenitud. Pero el término va más allá y se refiere también a un entorno social, biológico y económico. Un pueblo sano, rico y fuerte como el alemán, con el suficiente territorio conquistado y completada su expansión, puede alcanzar el infinito. Volks und kulterbodentheorie: te hablo de la teoría del espacio étnico y cultural de Alemania, el que necesita para alcanzar ese objetivo final. Un espacio que incluiría todos los pueblos germánicos, aquellos territorios de otros países donde viven grupos con sangre parcialmente alemana y también aquellos territorios limítrofes en que la influencia de nuestra cultura ha dejado huella a lo largo de los siglos. Siguiendo estos principios, Alemania va a buscar su expansión por toda Europa,

especialmente hacia el este, pues necesita territorios y zonas limítrofes sobre las que extender su cultura, ya que es el pueblo y la raza más grande de todo el universo.

Boldt miraba su interlocutor con los ojos muy abiertos, incapaz de comprender a dónde quería llegar con sus palabras.

—Todo esto te lo explico, amigo mío, porque estos conceptos que ilustran la grandeza de la nueva Alemania, también son aplicables al pueblo o Volk que la conforma y a su vez a cada unidad familiar del Volk. Una familia alemana tiene su espacio, tiene a un padre que cuida de su madre y de sus hijos, así como el Führer nos cuida a todos, y él padre no descuida a sus retoños ni los deja a merced de terceros para que los ejecuten en un lugar como la Institución del Sueño de Hartheim.

—Pero el propio Führer —objetó Boldt, intentando aferrarse a un clavo ardiendo para justificar lo injustificable—, ha hablado más de una vez de la necesidad de depurar a los retrasados mentales y a los idiotas para que...

—Aquí el único idiota que veo eres tú —le interrumpió el asesino—. Tu hijo no era ningún tonto. Es más, la razón por la que Lonauer postergaba la "depuración" del pequeño Boldt es porque desde el principio comprendió que el niño tenía graves problemas de aprendizaje pero su coeficiente intelectual estaba intacto. El doctor es un hombre sanguinario, como corresponde a un buen nacionalsocialista, pero nunca permitiría que su deseo de depurar a los idiotas le impidiese distinguir de entre la masa a los que son útiles para el Reich. De hecho, estaba a punto de concluir que tu hijo era un superdotado y que todos sus problemas de aprendizaje, que habían hecho que sus profesores le calificasen como tonto, se debían a su desinterés por las materias banales y comunes que estudian los niños de su edad. ¡Sólo tenía nueve años, por el amor de Dios! Y tú mandaste una carta al doctor apremiándole para que lo ejecutase. Y Lonauer dudó, tenía demasiados idiotas a su cargo y si acaso el doctor tiene algún defecto es su terror a la presión burocrática y a los errores administrativos. Decidió que si tanta prisa tenías por ver a tu pequeño muerto, pues se le mataba y se terminaba su problema de un plumazo. Probablemente Alemania sobreviviría con un superdotado menos.

El Rapportführer estaba pálido. La sangre de su rostro se había perdido en alguna parte, muy lejos, mezclada con la rabia, la autocompasión y el autodesprecio.

—Si lo que dices es verdad soy el más indigno de los hombres que han pisado este mundo. —Súbitamente, descubrió que al contrario de lo que había gritado minutos antes, sí le quedaban lágrimas y prorrumpió en un largo y silencioso llanto. Al cabo, miró cara a cara a su asesino y le dijo—: ¿qué has traído para ejecutarme, Adolf?

El asesino le alargó un vaso a medio llenar de un líquido transparente.

—Tú ya estás muerto, Rapportführer. Cuando traicionaste a la sangre de tu sangre te convertiste en un muerto viviente. Yo sólo te he traído tu Gnadenschuss. Has dicho que tenías sed y querías beber. Te he traído pues el veneno más doloroso que he podido encontrar.

Boldt asintió. En una ejecución, el comandante remataba al prisionero agonizante, mientras éste se desangraba, en caso de que las balas del pelotón de fusilamiento no hubieran alcanzado órganos vitales. Había casos en que la muerte, aunque inevitable, necesitaba varios minutos e incluso una hora en alcanzar al condenado. Rematarle era una forma de evitar una agonía innecesaria. En el campo de Mauthausen llamaban a ese gesto Gnadenschuss: tiro de gracia, literalmente "disparo compasivo". No era por tanto un acto de crueldad sino todo lo contrario, un gesto de piedad y de misericordia. Era el gesto que él necesitaba: que se apiadaran de su alma y le llevasen de la mano

hacia el otro mundo. Así pues, Jules Boldt, sin hacer ninguna pregunta más, se bebió el contenido del vaso de un solo trago, aceptando su destino.

—¿Braun sabe de verdad quién eres?

—¿Ese judío? —El asesino soltó una carcajada— Braun no sabe nada. Ese idiota cree que soy un maldito títere de arcilla resucitado.

Cuando el dolor le alcanzó, el Rapportführer Boldt sintió algo similar a un puñetazo en el estómago. Le hubiese gustado preguntar por qué llamaba judío al Blockführer y a qué demonios se refería con lo de "títere de arcilla resucitado". Pero no tuvo tiempo para descubrirlo. Sus entrañas se estaban deshaciendo, acuchilladas por un millón de diminutos cristales. Había reconocido el olor a almendras amargas y sabía que acababa de beber cianuro, pero no comenzó a gritar inmediatamente para que su asesino tuviese oportunidad de huir.

Roto por un dolor profundo y devastador, se volvió hacia la ventana e inspiró una última bocanada de aire. A lo lejos, vio llegar a la carrera al comandante del campo y a sus dos lugartenientes, Georg Bachmayer y Karl Schultz. Les seguía el prefecto de los prisioneros, el Kapo en jefe de Mauthausen, ese mal nacido que se hacía llamar Godzilla. Por unos instantes, unos segundos tan sólo, no coincidirían todos ellos en el Bunker con el asesino o con Braun. El comandante Ziereis trotaba como desbocado por la Appellplatz en la que Boldt había pasado revista tantas veces, seguido de cerca por el jefe de seguridad y el jefe de la oficina política. Si ese trío de ineptos, cuarteto si contaba a Godzilla, esperaba derrotar a una mente perversa y sobresaliente como la de Adolf, estaban arreglados. Si le hubiesen quedado fuerzas, se habría echado a reír.

—Gracias por liberarme —musitó, aunque ya no quedaba nadie a quién agradecerle nada. Su asesino había huido.

Pero Boldt prefería no pensar en Adolf como su asesino sino como su salvador. Porque aquel, a sus ojos, no era ningún asesino. Al menos, no era su asesino. Había venido a darle la paz que tanto ansiaba. Boldt no era un suicida y difícilmente habría encontrado la forma de darse muerte. Tal vez hubiese pedido el destino más peligroso del frente y habría actuado de la forma más temeraria posible, buscando que una bala enemiga terminase con su sufrimiento. Por el contrario, ahora sólo tenía que soportar una justa y merecida agonía y podría reunirse con su hijo. Adolf tenía razón. Él había traicionado el espacio cultural y biológico y moral de su familia. Un padre jamás debería entregar a su hijo al estado para que lo asesinase. Alguien que hace algo semejante no merece estar vivo, no merece llamarse hombre, no merece pertenecer a la raza humana. Por suerte, el Rapportführer Boldt, sintiendo que lo atravesaban por dentro, vomitando sangre profusamente por la boca, supo que muy pronto abandonaría esa triple condición. Su pobre hijito, estaba seguro, le había perdonado en su último aliento, pero él jamás se perdonaría a sí mismo. Cuando la muerte vino a su encuentro, en forma de una última y violenta oleada de dolor, Jules Boldt estaba preparado. "Perdona, hijo mío", fueron sus últimas palabras.

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 4:
Volks und kulterboden:
Espacio étnico y cultural de Alemania

(o de cómo pasé de ser casi un detective a ser otra vez una carga)

XI

Había un pájaro pequeño, de color rojo y negro, cantando en un árbol delante de mi casa. Acabábamos de regresar a Sankt Valentin y aparcado nuestro Opel Kadett debajo del árbol. No sé de qué especie sería: no entiendo gran cosa de plantas, aunque mi sueño es poderme dedicar un día la jardinería. Mi árbol era muy grande, seguramente centenario, de ramas muy gruesas y tortuosas. Le pregunté a Otto si sabía cómo se llamaba aquel gigante, o cómo se llamaba el pájaro que trinaba entre sus hojas... y si después de todo lo que habíamos visto en la Institución del Sueño, algo del mundo real tenía sentido y valía la pena que nos detuviésemos a contemplarlo.

—No lo sé, Rolf.

Mi hermano me miraba sin verme. Como un autómata, subió los cinco escalones que llevaban de la calle a la puerta principal. El aire olía a humedad pues apenas a veinte metros discurre un pequeño cauce del río. Un enjambre de pequeños mosquitos se elevaba sobre nuestras cabezas y acabó formando un enjambre en el balcón, junto a mis macetas y mis tomateras. Mi casa, alquilada tiempo atrás a una familia de los contornos, cuenta con tres plantas: bajo, primer piso y ático, aparte de un sótano por debajo del nivel del suelo. A mí me gusta, sobre todo porque está muy céntrica en el pueblo y desde mi balcón puede verse la vieja iglesia parroquial, que a menudo voy a visitar antes o después del trabajo en el campo. Allí me confieso con el padre Von Banish: un buen hombre que más de una vez ha criticado en público el exterminio de los retrasados mentales. Yo nunca he llegado a tanto pero, mirando las imágenes de los santos y de las vírgenes del pasado, tenía la misma sensación de quietud y de irrealidad que ahora nos embargaba a mi hermano y a mí. No podía ser que un lugar como el Castillo de Hartheim o el campo de Mauthausen existiesen, y sin embargo existían. Era como estar viviendo un sueño... o una pesadilla.

—Me voy a Alkoven a proseguir con las investigaciones —dijo Otto, de pronto, luchando por vencer la aversión que le dominaba después de la visita a la Institución del Sueño. Apenas había dormido y se le veía agotado—. Quiero saber algo más sobre el doctor Lonauer. Intentaré también trabar amistad con algún guardia del Castillo que no sea ese estirado de Glatz. Tú quédate por aquí y procura echar una cabezadita. Aprovecha, tú que puedes, pues me parece que en estos días dispondremos de poco tiempo para descansar. No hasta que hayamos descubierto a nuestro asesino.

No tuve fuerzas para oponerme a los deseos de mi hermano y atravesé el umbral cabizbajo. Aunque comenzaba a dolerme la cabeza, regué mis plantas, ahuyenté los mosquitos y me senté en el lecho a cambiarme las botas por un calzado más cómodo. Creo que cogí de un estante uno de los libros de Werner Beumelburg, ese escritor que hace novelas que ensalzan la grandeza de la guerra y la amistad entre los combatientes: es el escritor preferido de Otto. Pero no tardé en comprender que mi cerebro no estaba en condiciones para iniciar una lectura patriótica. Ni para nada, en realidad. Lentamente, comencé a masajearme las sienes como mi madre me había enseñado. No debía permitir que una migraña me alejase de mi deber de ayudar a Otto en nuestro caso. Cuando se me pasase, leería un poco para inspirarme y luego tomaría notas de todo cuanto habíamos descubierto. Y haría un esquema, una lista de sospechosos o de las pistas, si es que había alguna. Eso es lo que hacen los detectives en las novelas que he leído. Me hallaba haciendo planes, lucubrando inútiles organigramas cuando.... mis recuerdos se desvanecen. Debí quedarme dormido, sin saber cómo, al igual que los niños se duermen sin recordar en qué momento cerraron los ojos, de la misma forma que se duermen los tontos.

En mis sueños, viajé de regreso a un lugar conocido. Al principio, creí estar en la zona de detención del campo de Mauthausen: lo que mis compañeros llaman el Bunker. Me encontraba entre los muros de una prisión; veía las rejas, las celdas distribuidas a izquierda y a derecha de un largo pasillo. Oía los gritos, los lamentos, las voces sollozantes de los prisioneros y me imaginaba que en cualquier momento aparecería el comandante Ziereis saliendo de una de aquellas celdas, después de interrogar a un preso comunista sobre cierto asesinato cometido en los barracones nuevos de las SS. Incluso traté de adivinar en cuál de ellas estaría preso el Rapportführer Boldt, pagando su desliz, el error de perder los nervios con un idiota tan bien relacionado como Rolf Weilern. Pero, súbitamente, me di cuenta de que mis conclusiones iniciales no tenían sentido. Una vez más, andaba equivocado. Aquel lugar era demasiado grande para ser el campo interior de Mauthausen. La prisión que albergaba, a su vez, resultaba también demasiado grande para ser el Bunker. Me asomé a una ventana y la extensión del presidio me dejó anonadado. Me habían llevado a una cárcel que podía albergar al menos a mil almas y no a un pequeño calabozo dentro de un Lager. Nadie pasa demasiado tiempo en el calabozo de un campo como Mauthausen. Si ha hecho algo lo bastante grave, seguramente no llegará con vida al día siguiente, por lo que con unas cuantas celdas hay más que suficiente. No, aquello no era un calabozo cualquiera sino una gran prisión estatal. Un lugar como Stadelheim.

¡Stadelheim! Por fin lo entendía, mis sueños no me habían llevado de vuelta a los problemas del presente, a la resolución de aquellos tres terribles asesinatos, sino a un lugar del pasado, pero no a un lugar casual sino a un lugar determinado en el espacio y en el tiempo: concretamente, seis años atrás, el día en que fue asesinado Ernst Röhm. La última vez que soñé con este lugar, recordé que tenía poco más de veinte años y mi padre, Theodor Eicke, me había traído consigo para que me hiciera un hombre empuñando una pistola y convirtiéndome en un magnicida. Debía pensar el pobre que asesinar a uno de los hombres más poderosos de Alemania me haría más listo, más valiente y nacionalsocialista, de tal forma que su sentimiento de culpa hacia mí desaparecería. Tal vez por eso me hizo volar con él hasta Munich cuando le encomendaron aquella tarea: la de ir a la prisión de Stadelheim y convertirse en el asesino del número dos del partido nazi.

Desde el principio, todo aquel asunto me había parecido muy extraño. ¿Por qué razón los peces gordos del Tercer Reich habían escogido a un hombre como mi padre para aquella tarea? Él, por entonces, no era el poderoso Gruppenführer-SS Eicke sino tan sólo Theodor, el comandante del campo de concentración de Dachau, un hombre con un cargo similar al que ahora ostentaba Frank Ziereis: es decir, un don nadie dentro de la estructura jerárquica del nazismo. Es bien cierto que Himmler en persona acababa de ascenderle y se había fijado en su trabajo al frente del campo de Dachau, pero Theodor aún tenía mucho que demostrar antes de poder codearse de verdad con los jerarcas del partido. Yo siempre he creído que le escogieron porque, si las cosas salían mal, era un hombre prescindible, un peón sacrificable. Más tarde, Theodor supo jugar bien sus cartas y crear una red de personajes poderosos en deuda con él que le valieron para catapultarse hacia la cima del poder.

Pero todo comenzó aquella noche. Y no fue una noche cualquiera ni un día cualquiera. La situación en el país era muy complicada: Hitler era el Canciller de la nación pero ni de lejos el dictador omnipotente que poco después llegaría a ser. El presidente Hindemburg, aunque anciano y decrépito, seguía vivo, y el ejército alemán estaba en guerra abierta con las Tropas de Asalto SA; y estar en guerra con las SA era en estarlo con Röhm, su líder indiscutible.

Pero aquel problema se había gestado años atrás: Hitler tuvo que valerse de un enorme

contingente de fuerzas paramilitares para alcanzar el poder. Al frente de ellas estaba un carismático tipejo bajo y regordete llamado Ernst Röhm, un hombre que hacía tiempo que tenía tanto poder como el propio Führer. Había millones de afiliados a las SA en Alemania, la mayor parte excombatientes de la Gran Guerra, gente violenta y desarraigada, ciudadanos descontentos con el sistema democrático de la República de Weimar, que el partido nazi, el NSDAP, había ido recogiendo y amparando durante su ascenso. Una vez alcanzado el gobierno de Alemania, Hitler se valió de ese enorme contingente de seres embrutecidos para literalmente aplastar a socialdemócratas y a comunistas, a cualquiera que pudiera en el futuro arrebatarle el poder en unas elecciones libres.

Una vez destruidos los partidos de izquierda, su poder acabó por hacerse absoluto y unas nuevas elecciones nunca fueron necesarias. Pero hubo un momento antes de eso en que el futuro del NSDAP no estuvo tan claro: las acciones violentas de las SA habían dejado de ser populares. La gente estaba harta de ver cómo pateaban a la gente de izquierda, de que se llenasen las cárceles de todo el país de socialistas y de comunistas, y de muchos otros que no eran ni una cosa ni otra pero que eran acusados por sus vecinos para arrebatarles las tierras o por enemigos de toda la vida que ahora veían la oportunidad de tomarse una cumplida venganza. Tanta violencia ya no parecía necesaria. El orden que el nazismo había impuesto a la fuerza peligraba a causa de aquel grupo inmenso de millones de hombres violentos de las SA que, llegado el día de la victoria, se habían convertido en fuente de desórdenes civiles más que de otra cosa. El ejército estaba descontento y quería absorber todo ese caudal humano, pero Röhm quería hacer todo lo contrario, absorber al ejército dentro de su organización, lo cual era una quimera absolutamente irrealizable: los aristócratas prusianos de la Reichswehr, las fuerzas armadas de la república, jamás aceptarían formar parte de un club tan poco refinado como las SA, a las que consideraban poco menos que una asamblea de paletos con uniforme. Además, el presidente Hindemburg no se acababa de morir y amenazaba con nombrar como sucesor a alguien diferente de Adolf Hitler a menos que éste fuese capaz de poner freno a sus Tropas de Asalto. Así, las SA habían puesto a Alemania al borde de una guerra civil entre los diferentes sectores de la derecha tradicional y la ultraderecha.

Entonces llegó la Noche de los Cuchillos Largos. Una noche en la que una parte de los líderes de las SA fueron asesinados, acusados de conspirar con Francia para hacer caer el gobierno legítimo de Alemania, encarnado en la persona del Primer Ministro Adolf Hitler y del presidente Hindemburg. Se acusó a Röhm de traición y se le encerró en Munich, en Stadelheim, una de las prisiones más grandes del país. Pero aún quedaba una cuestión pendiente: qué hacer definitivamente con él. Hitler tardó día y medio en decidirse. Nadie entendía la causa por la que no terminaba con la vida de su antiguo colaborador y muchos veían en ese gesto una señal inequívoca de debilidad. Finalmente, ordenó su asesinato y éste se le encomendó a un oscuro comandante de un campo de concentración: a Theodor Eicke, mi padre, mi tío.

Los libros de historia contarán que mi padre y su segundo al mando en el campo de Dachau, el Sturmbannführer-SS Michael Lippert, se encargaron del asunto, pero yo sé la verdad. Mi padre y yo viajamos a solas desde Dachau a Munich para cumplir con la misión encomendada y allí nos encontramos con un hombre que se hizo pasar por Michael Lippert. Se vistió como él, se puso un uniforme de Sturmbannführer y unos galones que no le correspondían y entró detrás de mi padre, procurando ampararse entre las sombras, para que nadie lo reconociese. Secretamente, en la noche, Adolf Hitler había viajado en avión los casi seiscientos kilómetros que separaban la cancillería del Reich en Berlín hasta Munich para poder tener una última conversación con su viejo amigo Ernst

Röhm. No quería que nadie fuese testigo de esa conversación salvo el pequeño e insignificante Theodor Eicke y su hijo bastardo Rolf Weilern, dos peones perfectamente sacrificables en el gran tablero del Tercer Reich.

De pronto, en mi sueño, las nubes del olvido se despejaron y me vi andando detrás de mi padre y del falso Michael Lippert por los pasillos de la gran prisión de Stadelheim, un lugar que el simulado Sturmbannführer conocía perfectamente pues, cuando sólo era un civil llamado Adolf Hitler, estuvo varios años preso después de intentar un golpe de estado en 1922.

En rigor, nunca había olvidado todo cuanto sucedió aquella tarde, sino que lo había dejado aparcado en el fondo de mi mente, como esperando el día en que su evocación fuera necesaria para recomponer algún tramo de mi inútil existencia. Y aquí es donde entraba en juego la intuición, porque yo sabía que entre aquellos recuerdos había una parte decisiva para resolver los asesinatos que una mente perturbada, en el presente, estaba llevando a cabo en el entorno del Castillo de Hartheim y el campo de concentración de Mauthausen. Es por eso que mi mente había llamado a la puerta del pasado: para resolver el caso que investigábamos mi hermano y yo.

La puerta del pasado se había abierto de par en par, y el primero en franquearla fue Adolf Hitler, que se acercó hasta los barrotes de la celda de Röhm.

—Hola, Ernst.

Parecía triste. Ambos parecían tristes, despedazados por dentro, como si aquella situación fuese insoportable para sus corazones. Me di cuenta de que el Führer había roto a llorar.

—Hola Adolf —respondió el caudillo de las moribundas Tropas de Asalto SA, en camiseta, sentado en un viejo taburete, cansado, sudoroso, derrotado—. ¿Has venido a liberarme o a matarme personalmente?

Pero mi excursión en el gran océano de la retentiva no fue más allá porque unos gritos me arrancaron del pasado y me devolvieron al presente, roncando en el lecho de mi habitación, aún vestido y con sólo una bota puesta, luego de haberme desmayado, exhausto por todos los extraordinarios sucesos que llevaba vividos en la última jornada.

XII

Volví a oír aquellos gritos, mientras me desperezaba, y me di cuenta de que se trataba de aullidos de alegría, de silbidos, de palmas, de juegos de niños. Me acerqué al balcón intentando despejar mi cabeza que, todavía embotada, no terminaba de entender por qué ya estaba anocheciendo. De pronto, los gritos cesaron. A través del ventanal, entreabierto, descubrí una luna en cuarto creciente asomarse e iluminar las aguas que, perezosas, discurrían por un extremo de mi jardín. Abrí un batiente, me asomé y distinguí a lo lejos la figura de Joseph F. y a su grupo de amigos, despidiéndose tras otra tarde de juegos imitando a sus mayores en los campos de exterminio. Un prisionero rezagado salía entonces de una caja que pensé simulaba una celda de castigo, y Joseph le dio un imaginario tiro de gracia en la cabeza con un palo de madera. El niño-prisionero, sobreactuando, se echó las manos al pecho y cayó teatralmente hacia atrás con los brazos extendidos. Jutta y Gertrud, las dos muchachitas arias que completaban el grupo, aplaudieron a rabiar la ocurrencia como buenas hermanas que eran y cubrieron de besos al comandante de su Lager imaginario.

Era ya muy tarde y ese último juego marcó el final de su jornada; al cabo, la chiquillería fue disolviéndose en diversas direcciones. El líder del grupo, aquel muchacho espigado que me rehuyera el día anterior, se me quedó mirando un buen rato, plantado con los brazos en jarras, como desafiándome. Desde aquella distancia no pude verle bien, pero su gestualidad era inconfundible: cuerpo en tensión, puños crispados... incluso escupió al suelo un par de veces. Esta vez ya no cabía duda: el muchacho era el hijo de algún comunista al que habían purgado las Tropas de Asalto SA en 1933, o, en cualquier caso, alguien que odiaba al régimen nazi y todo lo que representaba. No se lo pude echar en cara. Hay muchos austriacos que nos odian a escondidas y un niño de doce o trece años tiene tanto derecho a despreciarnos como cualquiera de sus mayores. Éste, por lo menos, no trataba de disimularlo. Algo llamó entonces la atención del muchacho y echó a correr calle abajo súbitamente, casi atropellado, como si huyera de alguna cosa. Miré en derredor pero no me pareció ver nada fuera de lo usual. Un hombre había aparecido por un extremo de la plaza y encendía un cigarrillo al amparo de un portal. Suspiré aliviado. No quería enfrentarme a un mocoso por culpa de los crímenes de otros, que el pobre llegase por un azar a golpearme y algún funcionario escrupuloso considerase que era un niño rebelde, imposible de reeducar, y se lo llevase a una Institución del Sueño. No sería la primera vez que un joven acaba en un sitio parecido por atentado contra la autoridad, por levantar la mano contra la sacrosanta figura de un miembro de la Banda de la Calavera.

Joseph y Gertrud se habían quedado los últimos, hablando de sus cosas. Me pareció que se gustaban. El niño, muy tieso en medio del patio, con su gorra de aviador y su porte de guerrero, debía todavía esperar a que su madre volviese del trabajo para regresar ambos a Amstetten. Gertrud, la de los cabellos trenzados como la heroína de una ópera de Wagner, la que un día, no os quepa duda, será una líder regional de la Liga de las Muchachas Alemanas, me reconoció espiándolos desde mi atalaya y me saludó moviendo muy rápido una mano, entre risitas cómplices. Joseph se volvió entonces.

—¡Buenas noches, Herr Sturmmann-SS! —dijo la niña, con un tono extraño en la voz, como si riese, y se perdió calle abajo, adentrándose en la tibieza de la noche, con una temperatura extrañamente suave para aquella época del año.

—¡Buenas noches, Gertrud! —. Hice un gesto a Joseph para que me esperase. Éste asintió.

Bajé del primer piso, desperezándome de nuevo y quitándome las legañas de los ojos. El muchacho se había acercado hasta la puerta de mi casa y aguardaba en el zaguán.

—Esta mañana no salió a trabajar como todos los días —me dijo, y yo comprendí enseguida que llevaba todo el día en la calle, jugando a ratos con sus amigos, a ratos paseando, perdiendo el tiempo y esperando... siempre esperando.

Me miraba, receloso como si hubiera faltado a una cita.

—Hoy tuve un problema en el trabajo y no pude volver a casa hasta hace un rato.

Asintió, comprensivo. Sólo quería oír una justificación, que se le tuviera en cuenta, que no se le tratase como a un mocoso al que no hace falta explicarle nada.

—Parece enfermo, señor. Tiene mala cara.

—Ha sido un día duro, Joseph.

—Ya. Conozco bien esos días.

Estaba seguro de que Joseph sabía bien cómo eran los días duros y los peores. Le puse una mano en el hombro e iniciamos un paseo sin prisas y sin itinerario. Me preguntó si había podido conseguirle la gorra de las SS que me pidió y tuve que reconocer que seguramente sería imposible. Respecto a los Dienstgradarmwinkel, los galones para las mangas de nuestros uniformes, que me demandaran el resto de miembros de su grupito de amigos, le dije que lo intentaría, pero por el tono de mi voz, Joseph se dio cuenta de que era probable que tampoco los consiguiera.

—Una pena —dijo, bajando la cabeza.

Tal vez diéramos un par de vueltas a la manzana o nos alejáramos unas cuantas travesías. No lo recuerdo y no creo que sea importante. Le pregunté entonces por el muchacho que lideraba su pandilla. Lo hice tratando de que pareciese algo casual, sin premeditación, como el que habla del tiempo. Joseph, al principio, me dijo que no sabía de quién le hablaba.

—Recuerdo que tú hacías el papel de Schutzhaftlagerführer, el jefe de seguridad y número dos de vuestro campo imaginario. Había un chico que me dijiste que hacía el papel de comandante en vuestro juego —Joseph negó con la cabeza, como si no recordase de lo que le hablaba. Finalmente, decidí ir directamente al grano—: Me refiero al muchacho al que no le caigo bien.

—Ah, ¿lo ha notado? —Joseph parecía sorprendido— No se lo tenga en cuenta. Él no es como nosotros, y tampoco es que sea exactamente nuestro jefe. Es un chico raro.

—¿Cómo de raro?

—Raro y ya está. Tampoco tiene padre.

Así pues, estaba en lo cierto desde el principio. Aquel niño se había quedado huérfano por culpa de las SA, de la Gestapo, de las SS o de la policía. Tal vez su padre se pudría en un Lager para izquierdistas en el corazón del Reich o, Dios no lo quisiera, igual era uno de los triángulos rojos de Mauthausen. Aquel odio tan profundo que había sentido sólo podía tener una explicación semejante. Suspiré profundamente, avergonzado de vestir el uniforme sangriento de una unidad sangrienta, y decidí cambiar de tema.

—¿Sabes quien va en cabeza de la liga unificada de Futbol?

—¡El Rapid de Viena! —me contestó Joseph al instante. El color había acudido a su rostro, olvidando por un momento todas las tragedias, grandes y pequeñas, que nos rodeaban—. Este año el Schalke va a morder el polvo.

El Schalke 04 había ganado cinco de las siete últimas ligas de Alemania. Ahora que los austriacos éramos con los alemanes y los checos un sólo país, disputábamos una liga unificada. La

antigua Austria (ahora llamada Ostmark) había sido en tiempos una gran potencia futbolística y nuestros valientes le disputaban la hegemonía a los equipos del norte. Nuestro estandarte era, claro está, el Rapid, el equipo de la capital.

—Este año la liga se queda en casa —afirmé, convencido de que lo lograríamos.

Estuvimos un buen rato comentando los resultados de fútbol y de la gran selección que podría haber formado la Gran Alemania si Sindelar no hubiese muerto de una forma tan trágica. Éste, considerado el mejor futbolista del mundo, era natural precisamente de la capital de la antigua Austria, la Viena de Mozart, y, de hecho, Matthias Sindelar, por su baja estatura y su habilidad y regate sobrehumanos, era conocido como el pequeño Mozart.

—Muchos dicen que se suicidó para no tener que jugar con la selección de la Alemania unificada con Austria —le dije, porque circulaba un rumor más que extendido asegurando que Matthias se había quitado la vida para así evitar vestir los colores de Alemania, ya que era un antialemán y un nacionalista austriaco de primer orden. También había circulado el rumor que espías del Reich lo habían eliminado para evitar tener a un personaje tan célebre en su contra en unos años delicados en los que aún se estaba asentando el ideario nazi en Austria.

—Eso no me lo creo —dijo, muy serio, Joseph—. Sindelar no se hubiera matado cuando tenía la oportunidad de formar parte de una selección capaz de ganar el mundial o los juegos olímpicos. Era un deportista y a los deportistas les gusta ganar. Además, aunque hubiera decidido hacerlo, no creo que se hubiese matado junto con su esposa. Se hubiese pegado un tiro con una buena pistola austriaca en lugar de dejar encendido el gas y acabar con su vida de una forma tan cobarde.

Joseph parecía estar muy seguro de sus argumentos. Lo cierto es que, como todos los niños, sabía de fútbol mucho más que sus mayores: hablaba con tal propiedad y seguridad que creo que hasta me convenció. Sin duda, el bueno de Matthias Sindelar había muerto envenenado por el monóxido de carbono de su estufa: un absurdo accidente casero de esos que pasan a menudo pero que nunca pensamos que le vaya a pasar a un famoso.

—Tal vez tengas razón.

Al pensar en el monóxido de carbono, mi mente, sin poder evitarlo, marchó hasta el castillo de Hartheim y a las botellas que aquel mal nacido de Lonauer guardaba en la cámara técnica para gasear a sus niños. Delante mío, Joseph había dejado de hablar y, cabizbajo, perdido en sus pensamientos, le daba patadas a una piedra. Súbitamente, entendí que aunque el niño estuviese enfadado con su progenitor por haberle abandonado, había muchos padres alemanes, padres que se llamaban a sí mismos buenos hombres, que habían abandonado a su descendencia en situaciones mucho peores: en aquellos malditos remedos del infierno llamados Instituciones del Sueño.

—¿Piensas a veces en tu padre, Joseph?

El niño se volvió, sorprendido, examinándome de pies a cabeza como si me estuviese viendo por primera vez.

—No. Sí. A menudo. —Había dado en el blanco. Joseph volvió a vacilar y esconder la cabeza entre los hombros—. Ya sabe. Pienso cuando tengo que pensar, cuando estoy solo y...

—Yo creo que estás mejor sin él —le dije.

—¿De verdad?

—De verdad.

—Pues se equivoca, soldado de primera Weilern. Aunque yo sé que me lo dice para qué me sienta mejor y ¿sabe? —Joseph me sonrió—. Funciona.

Apreté con más fuerza su hombro que minutos antes.

—Y aún así dices que me equivoco.

—Sí. Se equivoca, señor, porque un hijo pertenece a su padre. Da igual que sea como el mío, siempre bebiendo. Da igual incluso si no le importas demasiado a tu padre porque tiene otras cosas mejores que hacer o que beberse. Los hijos son de los padres y nunca se los puede dejar solos. Un padre puede pegar a un hijo u obligarle a trabajar y dejar los estudios: pueda hacerle lo que quiera menos dejarle solo sin su protección.

Intenté razonar con él e incluso creo que llegué a hablarle del Castillo. Pero él no quiso escucharme: el dolor por la pérdida de su padre le había marcado profundamente y él tenía muy claro cuáles eran sus prioridades y sus creencias en todo lo relacionado con aquel asunto. Por un momento, me llegué a preguntar si su padre no estaría muerto sino alcoholizado, tirado en una cuneta. Tal vez su madre se había inventado lo del abandono porque había creído que esa explicación causaría menos padecimientos al pequeño Joseph. Si había sido así, se equivocaba por completo. El mocoso se pasaba horas y horas reflexionando sobre cómo habría sido su vida con su progenitor. Y tenía demasiado tiempo para reflexionar, y sus pensamientos le estaban devorando por dentro.

—Tal vez tengas de nuevo razón y yo esté equivocado, muchacho.

—Tengo razón. Estoy seguro. Un hijo no puede crecer sin su padre. No puede. Ni hablar.

Seguimos andando en un incómodo silencio durante un par de calles. Había un café haciendo esquina, justo delante de la Iglesia, y un grupo variopinto de hombres y mujeres hablaban animadamente. El padre Von Banish, rodeado de feligreses, me saludó con la mano. Correspondí a su saludo y le sonreí. Tenía ganas de volver a confesarme: había visto tantas cosas en unas pocas horas que necesitaba reconfortar mi alma y oír unas palabras serenas y sabias que dieran una apariencia de sensatez al momento presente.

—¿Vas mucho a la Iglesia? —me preguntó Joseph.

—Siempre que puedo.

Llegamos al final de la terraza del café. Allí estaban sentados, en una charla más relajada, un par de soldados con uniforme de las SS, pues yo no era el único de los nuestros que vivía en Sankt Valentin. Al verlos, a Joseph le vino una idea a la mente.

—Seguramente usted pensará, señor, que el campo que intentamos imitar en nuestros juegos en el patio es el campo grande, el de Mauthausen.

Le dije que no recordaba si lo había pensado o no. Pero parecía lógico. Joseph rió.

—Yo nunca he estado allí, en el campo de Mauthausen, señor. Ojalá. Pero cerca de mi casa en Amstetten hay un campo auxiliar. Es un campo muy grande también, lleno de mujeres. Sólo hay mujeres. Muchas veces voy en bicicleta y me quedo mirando más allá de las alambradas. Las tienen trabajando en cosas para los trenes. A veces alguna se desmaya por trabajar tantas horas bajo el sol y los guardias se la llevan a rastras. Me he hecho amigo de uno y a veces hablamos de cómo hay que enseñar disciplina a esas rojas comunistas. Creo que he llegado a entender que los campos de concentración son como un padre para esos inferiores y que, en el fondo, ellos son como hijos perdidos para el estado y para el Führer, que es como un abuelo muy sabio para todos nosotros. Allí están encerrados porque un padre no puede dejar solo a sus hijos, aunque sean subhumanos o asociales o anden perdidos lejos de las normas buenas y justas del nacionalsocialismo. Es lo que tendría que haber hecho mi padre conmigo: encerrarme o castigarme o pegarme si no estaba contento con lo que yo era. Pero nunca abandonarme...

Aunque yo soy sólo un pobre tonto, comprendí entonces que el pequeño Joseph estaba terriblemente traumatizado y aunque ahora era un pobre niño desvalido, si alguien no hacía algo por evitarlo y remendaba su pequeña cabecita, acabaría convirtiéndose en un adulto lamentable como el doctor Lonauer o el comandante Ziereis. Tal vez con el paso de los años acabaría siendo un hombre malvado y sin alma, de tal forma que sus convecinos le considerarían, después de todo, un buen nacionalsocialista. Algo descorazonado, me despedí del muchacho alegando alguna tarea pendiente y regresé a mi vivienda junto al río, a mi terraza, a mis macetas y a mi pequeña vida de idiota. Como estaba algo triste, decidí trabajar un poco en mi diario e hice casi de un tirón las lecciones una a la tres que, si habéis llegado hasta aquí, ya habréis leído. Luego, pensando en mi hermano, terminé el poema para el Führer que me había pedido y que pondré al final de estas páginas para que lo podáis leer si es que alguien realmente está interesado en él. Escribir un poema alabando la figura del líder de la Nación con motivo de su cumpleaños, en principio parece una cosa que está muy bien; pero cuando lo escribe alguien tan tonto que no siente el menor aprecio por ese líder que en pocos meses celebrará su cumpleaños, igual el valor del poema ya no es tan importante. Aunque, como no me canso de deciros, al ser un pobre tonto es posible que tampoco entienda bien cómo funciona esto de la poesía y a lo mejor resulta que mi hermano tiene razón y estoy aprendiendo algo alabando la persona de su Führer o escribiendo este diario que, en teoría, debe servir para convertirme en un buen nacionalsocialista. Yo creo que este diario no va a servir para nada, la verdad.

En cualquier caso, el hecho es que comenzó a dolerme de nuevo la cabeza. Hacía tiempo que no tenía una de mis migrañas, una de las fuertes, una de esas en las que chillo y pataleo, con los ojos muy gordos, y luego me quedo dormido y ausente días enteros. Ésta, sin embargo, no fue de las más fuertes. Salí al balcón y me senté a fumar un cigarrillo mientras me masajeaba de nuevo las sienes. A lo lejos, vi a Joseph cogido de la mano de su madre, brincando de contento por haber recuperado a uno de sus progenitores, uno de esos que él cree que tienen derecho a pegarle, a encerrarle o hacerle lo que les venga en gana sólo por ser sus padres. Sentí pena por el pobre muchacho y di una fuerte calada a mi cigarrillo. No tragué bien el humo o no lo supe exhalar y me puse a toser, lo que aumentó mi dolor de cabeza y mi sensación de náusea y de desamparo. Entonces le descubrí:

Era Harald, entre las sombras de la noche, mirándome desde detrás de un árbol, tras el que parecía esconderse. Yo estaba de rodillas, tosiendo y lamentándome, y de no haber levantado la vista desde un perfil tan bajo probablemente no le habría visto al fondo de mi campo de visión, a la izquierda de la calle, donde empiezan los descampados y el terreno de los vecinos. Pero allí estaba, mirándome escupir el humo mal tragado, deplorando en silencio la suerte del pobre Joseph. Se trataba del mismo hombre que una hora atrás había distinguido llegando a la plaza y encendiendo también su cigarrillo junto a un portal. Justamente cuando el líder del grupo de niños, el hijo del comunista, se había marchado corriendo como alma que lleva el diablo, como si huyese de...

De pronto, me di cuenta de que allí había un nuevo misterio, que alguna cosa había sucedido ante mis ojos y yo no había sido capaz de desentrañar su significado. Decidí guardar aquel incidente en mi memoria y revisitarlo cuando tuviese más datos sobre el mismo. Lamenté no haberle preguntado a Joseph al menos el nombre de aquel muchacho desconocido. Pero, de momento, tenía otro misterio al alcance de la mano; y éste reclamaba mi atención:

—¿Eres tú, Harald? —voceé, inclinándome sobre la balaustrada.

Cuando Harald se dio cuenta de que le había visto, en lugar de venir a mi encuentro como hacía todos los días y como cualquier amigo haría, se dio media vuelta subiéndose el cuello de la

gabardina. Retrocedió lentamente, intentando salir de mi campo de visión, y se perdió en la oscuridad, como si fuese transeúnte cualquiera. Pretendía, aunque en vano y patéticamente, que yo pensara que me había equivocado al reconocerle. Pero no me había equivocado y grite su nombre:

—¡Harald! ¡Qué demonios haces, maldito idiota! ¿A qué juegas?

No me había dado cuenta de qué hora era (rondarían las doce de la noche) y desde una casa cercana oí una maldición. Me volví un instante hacia el lado contrario esperando que no se encendiera la luz en alguna alcoba, pues no tenía ganas de dar explicaciones a nadie, y menos a mis vecinos. Cuando volví de nuevo la vista, Harald había desaparecido y un nuevo misterio se había añadido a la lista de misterios de aquella jornada absolutamente inexplicable.

XIII

Al cabo de un rato, me sentí mejor y terminé de repasar la relación de los primeros tres capítulos de mi diario. Pasaron unas horas. Estaba corrigiendo alguna expresión y un montón de faltas de ortografía cuando el coche de mi hermano aparcó delante de casa. El claxon sonaba insistentemente: una, dos, tres, cuatro veces. Me asomé al balcón y pude contemplar la cara de Otto, sonriéndome a través de la ventanilla del Opel. Estaba contento, y eso sólo podía significar que sabía o creía saber algo más sobre el caso que la última vez que nos habíamos visto.

—Vamos, holgazán, que aún nos quedan muchos asuntos pendientes —me gritó mientras me hacía gestos elocuentes para que bajase de una maldita vez.

—¿Seguro que no quieres echarte un rato antes de proseguir?

—¿Tú qué crees?

Los ojos de mi hermano brillaban de una forma especial. Cuando bajé a su encuentro me di cuenta de que resplandecían de ideas, de emociones, de posibilidades... Una noticia inesperada lo dominaba todo: pero yo, que no la conocía, me sentía como un necio al que todo se le escapa, que no comprende la alegría o la tristeza de sus mayores. Avanzábamos por la carretera a toda velocidad y mi hermano tenía la vista fija en un punto cambiante del paisaje, siempre hacia adelante.

—¿Me lo vas a decir ya? —espeté de pronto, cansado de que se me ignorase.

Yo esperaba una especie de dilación, un largo compás de espera en el que mi hermano se entretendría en explicarme los prolegómenos del asunto, de cómo lo había descubierto o cómo había sucedido. Pero no fue así como pasaron las cosas y Otto dijo, sencillamente:

—El Rapportführer Boldt ha muerto. Asesinado.

—¿Qué?

—Ya lo has oído. Lo han asesinado. Parece que con veneno. Entraron en su celda y le hicieron beber algo que lo mató. Han encontrado el vaso junto al cuerpo, la puerta de hierro de su celda abierta, y otro escrito de nuestro asesino y poeta preferido —Otto esquivó a un transeúnte que caminaba distraído por el borde de la carretera arrastrando de las riendas a un burro perezoso. La bestia, que circulaba lentamente por el arcén masticando alguna cosa con aire ausente, levantó una oreja cuando les rebasamos a más de cien kilómetros por hora.

—Ha tenido que ser un hombre fuerte —objeté—. A Boldt no le harían beber veneno así como así. Yo creo incluso que debieron ser varios hombres para obligarle. A menos, claro, que le engañasen y pensase que estaba bebiendo cualquier otra cosa.

—Como no estamos todavía allí, ahora es inútil especular. Lo poco que sé lo conozco por el Blockführer Braun, que vino a buscarme desde el campo. Suerte que me encontró en un bar tratando de hacer amistad con uno de los guardias del Castillo. Por lo visto, el comandante Ziereis está como loco porque ya no podrá mantener el asunto oculto mucho más tiempo. Con suerte, tenemos veinticuatro horas. Al cabo, le guste o no, tendrá que dar parte a la policía criminal.

Me encogí de hombros.

—Es lo que tendría que haber hecho de buen principio.

—¿No confías en que vayamos a solucionar el caso? —Otto parecía decepcionado.

—No confío en mí. Tú seguro que tienes ya un par de sospechosos en la cabeza.

—Un par... tal vez, sí.

Como yo sabía que esa información no me la iba a dar así como así, decidí no insistir más en el

tema. Rolf Weilern, para él, seguía siendo un niño y no compartiría conmigo confidencias de adulto.

—¿Le sacaste alguna información a Glatz?

—¿Glatz?

—El guardia del Castillo de Hartheim. Has dicho que estuviste con él tomándote unas copas Confraternizando con el enemigo, creo que se dice —reí.

—No estuve con Glatz. A ese cretino no le hubiera sacado ni un pfenning para una limosna a una viuda de guerra. No. Esperé a que terminase su turno el siguiente guardia y le convencí de que sentados delante de un par de pintas de cerveza negra, veríamos las cosas mucho más claras.

Yo iba a decir alguna cosa pero detuvo mis labios con un ademán.

—Y, en efecto, las vimos más claras. Gracias a Dios, de Creutzfeld, que así se llama el hombre, un fortachón de Renania con su característica nariz roja y sus chistes subidos de tono, ya me habían indicado que delante de unas buenas jarras de cerveza se sentiría inclinado a compartir conmigo sus pensamientos, por mucho que Lonauer le hubiese advertido de lo contrario.

—¿Sospechas del doctor muerte? —dije, interrumpiendo su línea de razonamiento.

—De ese carnicero no sospecho en absoluto. Tiene demasiado trabajo ya de verdugo para buscarse nuevas tareas. Además, es un hombre público y bastante conocido en la comarca. No podría moverse libremente como hace nuestro asesino. Alguien en el campo de Mauthausen hubiese reconocido su cara, sus modales y su sonrisa engolada, de haber acudido éste hasta los nuevos barracones a cometer el asesinato del cabo. Ya nos hubiera llegado la información. Lonauer, lejos de su Castillo, es como un pez fuera del agua. Si partimos de la presunción que el mismo que asesinó a Erich Streicher degollándole con una daga de la SS, es la misma persona que puso a volar camino de la acera al soldado de guardia William Ferrat, hemos de concluir que el doctor no tiene nada que ver con ambos crímenes. Por supuesto, todavía menos respecto al del español que murió calcinado en el campo interior. Y créeme que si pudiese elegir un culpable, él sería el primero de mi lista.

Por lo menos en ese punto, ambos estábamos de acuerdo. Hablamos de ello durante un rato y descartamos definitivamente al buen doctor. Mi hermano, después de intentar convencerme de que un hombre como Lonauer no era para nada un ejemplo de buen nacionalsocialista, sino al contrario, el paradigma de hombre cruel y depravado que se servía de la maquinaria del estado para dar rienda suelta a su sed de sangre, me miró de reojo como esperando de mí una muestra de adhesión a sus palabras. Pero yo había reservado mi empatía y adhesión para los pobres "idiotas" que había visto desfilando en el pasillo de la muerte de la institución del sueño de Hartheim. Otto resopló, movió crispado su mano derecha sobre la caja de cambios, poniendo la siguiente marcha, y retomó su relato donde lo había dejado: delante de dos jarras de cerveza y un guardia que ya había engullido cinco de ellas.

—Creutzfeld parecía convencido de que al difunto soldado raso Ferrat le interesaban los jovencitos. Se le había conocido una novia tiempo atrás, pero de eso hacía ya mucho. Además, no compartía las conversaciones típicas de los machitos vestidos de uniforme ni los piropos de éstos hacia una buena mujer austriaca que pasa moviendo las caderas y provocando al personal. En este tipo de temas, era un hombre reservado. Y aunque me pareció que Creutzfeld es el típico personaje que desconfía de cualquiera que vaya sobrio y no esté dispuesto a perseguir a todas las mujeres arias que se crucen en su camino, lo cierto es que me pareció que estaba razonablemente seguro.

—Todo lo razonablemente seguro que se puede estar después de engullir varios litros de cerveza negra —aduje—. De todas formas, su descripción no coincide mucho con la que nos hizo el buen

doctor.

—Coincide y no coincide. Lonauer pensaba que Ferrat era bisexual y tanto disfrutaba del placer de la compañía de hombres como de mujeres. Tal vez Creutzfeld sea un tonto que sólo se apercibió que su compañero se interesaba también en la carne joven de los chiquillos y no vio más allá. Tal vez Lonauer sea otro tipo de tonto, el que ha leído tanto en los libros que no sabe juzgar a las personas. Vio que Ferrat se interesaba por los jovenzuelos y pensó que lo hacía “además” de interesarse por las buenas damas arias. Probablemente ni se le haya pasado por la cabeza que un buen SS pueda no interesarse por una mujer como Dios manda. En cualquier caso, el tema de los jovencitos ha quedado definitivamente confirmado, que era lo que yo trataba de establecer en este punto de mi investigación.

—De nuestra investigación.

—De nuestra investigación... claro.

—Así pues, Ferrat era homosexual o bisexual: esa es “nuestra” hipótesis de trabajo. Y piensas que esa desviación de su conducta tuvo que ver con su muerte.

—Estoy seguro de que sí. Porque luego regresé al castillo y cuando mencioné este asunto el guardia nuevo que ha sustituido a Ferrat, así como a un par de enfermeras, volvieron la vista como si se tratase de un tema sobre el que ya hubiesen sido advertidos, y me indicaron a donde debía ir si necesitaba más información: al primer piso, al despacho del doctor muerte.

Parece que Otto había encontrado ocurrente el apodo que yo improvisara minutos atrás. Lo cierto es que a Lonauer le venía como anillo al dedo.

—¿Volviste a tratar con él?

—Lonauer ya me había dicho lo que necesitaba saber sobre ese punto. Además, creo que no tuve estómago. O tal vez tenía demasiado. Me vi obligado a beber lo mío para acompañar a Creutzfeld y tuve miedo de que otra visita a las oficinas me acabase haciendo vomitar.

Me di cuenta entonces que a Otto, a pesar de la excitación del momento, le estaba entrando sueño. Levantó la mano del volante para frotarse los ojos, que le picaban. Mi hermano me miró e hizo una pausa trágica. O, al menos, desde la distancia de las horas que han pasado desde ese momento, me lo parece. Lo cierto es que iba a sacar a colación un tema que a partir de ese momento se convertiría en mi principal quebradero de cabeza. Ahora mismo, mientras os escribo estas líneas, no dejo de pensar y de dudar de alguien del que jamás habría dudado hasta el momento en que mi hermano dijo:

—Además, he descubierto otra pista particularmente inquietante. Tanto Creutzfeld como los propietarios de una granja cercana al castillo, los Schuhmann, recordaron que el mismo día del asesinato, así como un par de días antes, estuvo paseándose por los contornos un Mercedes de alta gama.

—¿Un Mercedes, dices?

Mi hermano no respondió inmediatamente. Me dejó reflexionar sobre el asunto. La única persona que ambos conocíamos que poseyera un Mercedes de esas características, aunque fuese de segunda mano, era Harald. Por un momento, sentí la necesidad de explicarle a mi hermano la extraña conducta de mi amigo justo pocas horas antes, cuando lo descubrí vigilándome desde detrás de un árbol, acechando en la oscuridad. Pero, de pronto, tenía dudas de que fuese realmente Harald la persona que vi desde mi balcón. Tal vez fuera otro. No quería creerlo. No podía creerlo. A veces, cuando un sólo indicio apunta hacia una persona, estamos dispuestos a tomarlo en consideración. Pero cuando un segundo indicio o una conducta inexplicable nos hacen dudar nuevamente, estamos dispuestos, por

amistad o por pura necedad, a negarlo todo. Es por eso que yo entonces me negué a creer que Harald estuviese implicado y no le conté a mi hermano lo que había sucedido.

—¿Sabes cómo consiguió Harald Bauer un vehículo así? —me preguntó de pronto Otto rompiendo un largo silencio.

—No... y seguro que hay más personas en la comarca con un coche de esas características —dije, procurando poner énfasis en cada una de mis palabras.

—Seguramente sí —dijo Otto, frotándose de nuevo los ojos—. Pero no debe haber muchos miembros de las SS con un coche semejante y nadie que tenga acceso al campo de Mauthausen. Ni siquiera el comandante Ziereis tiene un coche así: en realidad, como bien sabes, tiene un viejo Hanoman, ni siquiera un Opel como el nuestro. Mis testigos vieron a dos miembros de las SS bajar de ese Mercedes de alta gama y dirigirse hacia la Institución del Sueño.

—¿Crees que podrían reconocerlos?

—Creutzfeld tal vez podría pero ya me ha dicho que no lo hará. Ya ha colaborado demasiado extraoficialmente y no quiere enfrentarse a Lonauer que, diga lo que diga, estoy seguro de que no quiere una investigación de asesinato en su Castillo y tener a esos mentecatos de la Kripo dando vueltas y mirando debajo de las alfombras, que sin duda deben estar repletas de huesos de chiquillos asesinados. Respecto a los Schuhmann, la puerta de su granja está a casi doscientos metros de donde vieron aparcar el coche y no me parece que pudieran reconocerlos. Tampoco creo que les gustase verse ante una rueda de identificación. Seguramente preferirían decir que no saben nada. Bastante han hecho con decirme lo que habían visto. Son malos tiempos para la gente que ve más de la cuenta.

Asentí. La Alemania de Adolf Hitler no es un lugar en el que tenga cabida más que la obediencia ciega y todas las formas de ceguera en general. Cualquiera que no sea lo bastante listo como para ser al menos tuerto, tiene sus días contados. Todos lo sabemos y ya nadie se asusta de reconocerlo.

XIV

Ya casi habíamos llegado al Lager cuando mi hermano redujo hasta prácticamente detener el coche al borde de la estación de tren.

La estación de tren de Mauthausen es un pequeño recinto con un único andén para ambas direcciones y una barraca a la derecha que hace las veces propiamente de estación. Al fondo, un poco apartada, hay una vía muerta, donde se desvían los transportes, sean de hombres o material, destinados al Lager. Justamente, hacía unos pocos minutos, acababa de llegar un convoy integrado por prisioneros de diferentes nacionalidades pero, como venía siendo habitual desde hacía un tiempo, presumíamos que españoles en su mayoría. Aún faltaban varias horas para amanecer y por las rejillas de los vagones de ganado que formaban el convoy, asomaban unos ojos de pupilas blancas, atemorizados, perdidos en la bruma y en el hedor de cuerpos hacinados, más de ciento por vagón, durante horas y horas de camino desde el corazón del Reich alemán. El tren acababa de detenerse en la vía muerta y nada parecía distinto de lo usual. A lo lejos, un grupo de prisioneros trabajaba ya en un terraplén cercano, con picos y palas, construyendo quién sabe qué nueva ampliación del campo que se le acabaría de ocurrir a nuestro comandante. Según ascendíamos hacia el campo, las temperatura había descendido varios grados, y un frío penetrante y desolador me golpeó el rostro al bajar la ventanilla de nuestro Opel. Me pregunté qué sentirían aquellos presos cuando descendieran al suelo nevado vestidos sólo con una camisa y un pantalón. Muy pocos llegaban con ropa de abrigo. Me volví hacia mi hermano:

—¿Sucede algo? No quiero ver nada de esto a menos que sea completamente necesario.

Nuestro coche se había detenido por completo y Otto parecía mirar a lo lejos, más allá del pelotón de soldados que acudían ya hacia los vagones para descorrer los cerrojos de los portones de madera e invitar a aquel nuevo grupo de esclavos a incorporarse a la disciplina del campo de Mauthausen. Entonces yo también lo vi. El comandante Ziereis y alguno de sus hombres de confianza (Bachmayer y Schultz, sus lugartenientes, me pareció que eran desde aquella distancia) estaban llegando a la vía muerta desde la carretera. Y lo hacían a pie, cosa nunca vista; pero es que además lo hacían a unas horas de la madrugada en las que habitualmente aquellos peces gordos suelen estar durmiendo la mona. El que los tres más altos mandos del campo, en solitario y sin escolta, apareciesen de pronto en medio de la nada, era algo ciertamente fuera de lo normal. Mi hermano, como siempre, observador, no podía pasar por alto un hecho semejante.

—¿Nos presentamos al comandante? —le pregunté.

—De momento, abriremos bien los ojos y callaremos. Si nos ven, nos apeamos del coche tranquilamente y decimos que acabamos de llegar.

Me pareció una propuesta sensata. Así que nos quedamos en el coche viendo cómo nuestros compañeros de las SS la emprendían a culatazos con los españoles de los vagones de ganado, obligando a bajar a los hombres y a los chiquillos a partir de los quince años. Naturalmente, para hacer esto se guiaban por la estatura, por lo que un chico de doce particularmente crecido o de padres muy altos, bien podía acabar en el campo, como ya le había sucedido a mi amigo Ícaro y a otros muchos. Un grupo de unos doscientos prisioneros fueron arrojados sobre la nieve y obligados a avanzar por una carretera empinada camino del campo. El ruido era ensordecedor. Los perros de los guardias aullaban enloquecidos, con las fauces abiertas, prestos para abalanzarse sobre cualquiera que estuviese lo bastante enfermo como para descolgarse del grupo; las mujeres y los niños pequeños

gritaban desde los vagones, demandando la presencia de sus familiares, que les habían sido arrebatados probablemente para siempre. La esposa de uno de los prisioneros se lanzó desde el vagón tratando de dar alcance a su esposo, padre o hermano, y cayó de bruces, quedando sepultada en la nieve, que alcanzaba ya por encima de las rodillas. Un Rottenführer-SS la levantó del suelo y amenazó con violarla a ella y a cualquier otra de sus compañeras que volviese a intentar una estupidez semejante; la mujer, que no entendía el alemán, repetía una y otra vez las palabras “violar a una mujer” (Frau zu brechen), pensando acaso que era el nombre del Rottenführer-SS y pidiéndole clemencia o el favor de traer de regreso a su parentela. Esto causó una gran hilaridad en la tropa, que comenzó a barajar la posibilidad de entrar en los vagones y yacer en masa con aquel grupo de putas españolas que, después de todo, parecían tener tantas ganas de que las "violasen". Algunos estaban ya repartiéndose a las más guapas cuando Frank Ziereis apareció súbitamente en medio del andén: las risas y los juegos se terminaron tan abruptamente como habían comenzado. Todo el mundo se cuadró y la mujer que se había arrojado tras de su esposo, hermano o padre fue devuelta al vagón. Los portones se cerraron y el tren inició un largo viaje camino del sur de Francia.

—¿Cómo se llama? —le preguntó Ziereis al cabo que había recogido del suelo a la mujer española.

—Racht, mi comandante. Rottenführer-SS Wilhelm Racht.

Aunque el suboficial llevaba gorra, guantes y un grueso capote de invierno, temblaba de pies a cabeza. Ziereis le miraba directamente a los ojos. Detrás de él, los segundos al mando de Mauthausen, contemplaban la escena con gesto adusto.

—Y dígame, Rottenführer-SS Racht, ¿es usted un hombre inteligente?

—Eso espero, señor.

—No quiero que usted espere nada. ¿Lo es o no lo es?

La mano derecha del cabo temblaba como un molinillo de café.

—Lo soy, mi comandante.

—Así pues, si yo le mando una tarea, usted la llevará a cabo sin dudar, sin volver a preguntarse nunca más en el futuro por qué se la he mandado hacer ni por qué debe olvidarla tan pronto la haya cumplido.

Racht, por su gesto, parecía no tener muy claro lo que se le había preguntado pero juró por sus hijos, por el Führer y por Alemania que haría todo cuanto se le ordenase. Ziereis asintió, pensativo, y despidió al resto del pelotón, que comenzó a subir la cuesta camino del campo. Pasaron un par de minutos en los que el comandante encendió un cigarrillo y ofreció uno de los suyos, turcos, de primera calidad, al boquiabierto Rottenführer-SS Racht. Cuando Ziereis estuvo seguro de estar lejos de oídos indiscretos, pareció relajarse. No podía imaginar que apenas a unos metros, en la oscuridad, había un Opel gris con las luces apagadas y dos hombres contemplando atónitos aquella escena.

—¿No deberíamos presentarnos ahora? —dije, en voz muy baja—. Si nos descubren igual es peor.

Mi hermano se mordió un labio antes de contestar.

—¡Mantén la boca callada, Rolf! Si fuesen a descubrirnos, ya lo habrían hecho. Lo mejor es seguir como estamos y ver a dónde conduce todo esto.

Al cabo de un rato, Ziereis alargó de nuevo su pitillera de oro al cabo Racht, pero éste rechazó un segundo cigarrillo. Entonces, el comandante decidió que había llegado el momento de revelar la

particular misión que quería encomendarle. Señalando al grupo de prisioneros que trabajaban a lo lejos en un terraplén, dijo:

—¿De qué nacionalidad son esos prisioneros?

—Alemanes y austriacos, señor. Triángulos verdes: prisioneros comunes.

Tanto Frank Ziereis como sus dos acompañantes parecieron desilusionados.

—Es una pena. Hubiese preferido que fuesen judíos o españoles o polacos. Utilizaríamos a los recién llegados pero ninguno sabrá alemán y ni siquiera tenemos a mano un intérprete. En fin, no hay tiempo. Esto es lo que quiero que haga: lleve a esos hombres con discreción hacia el campo, pero no llegue a entrar. Luego los conducirá hacia los terrenos del futuro campo de enfermos que vamos a construir en los aledaños, en particular a la pequeña ciénaga embarrada que hay a los pies de una loma baja. Supongo que conocerá de qué lugar le estoy hablando —Rach asintió y Ziereis inspiró profundamente, aliviado—. Quiero que sus diez hombres drenen todo lo que haya en ese lugar, que saquen hasta el último pedazo de madera, costal viejo, trozo de ropa... cualquier cosa que cualquiera haya arrojado a esa ciénaga. Cuando su Kommando de trabajadores acabe quiero que reúna a los prisioneros y los ejecute.

—¿A todos?

Racht estaba extrañado. Matar a un prisionero alemán, aunque no era algo inaudito, sí era algo bastante fuera de lo común. Asesinar a diez sin razón alguna parecía un acto completamente descabellado.

—A todos, incluido al Kapo del Kommando. Y ya le he dicho que no quiero que haga preguntas ni que vuelva comentar nada sobre este asunto. Nunca más en el futuro volveremos a hablar de sus pesquisas en la ciénaga. Y quiero que sepa que un hombre que sabe tener la boca callada es un hombre con muchas posibilidades de promoción en un campo como el de Mauthausen.

No había que ser muy listo para comprender lo que se esperaba de él. Así pues, Wilhem Racht se cuadró una vez más y gritó hasta desgañitarse "Heil Hitler". Ziereis entonó un cansino “Heil" y requisó un vehículo militar que había aparcado a unos metros, junto a la vía muerta, y que sin duda había servido a Racht y su pelotón para venir desde el campo. Los tres jefes de Mauthausen se alejaron por la carretera al tiempo que Racht subía al terraplén y reclutaba a su grupo de voluntarios camino de una muerte segura.

—¡Vaya, vaya! —Ahora fue mi hermano el que encendió un cigarrillo, aunque él no era muy amigo de ningún tipo de vicio: muy frugal en el comer, rara vez bebía a menos que fuese en Navidades o para interrogar a guardias reluctantes de Instituciones del Sueño, y tenía poco apego por los placeres terrenales. Sin embargo, decidió que aquel era un momento propicio para entregarse a un exceso más propio de mortales que de un superhombre como él. Durante la conversación de Ziereis con el cabo Racht me había prohibido con un gesto echar mano a mi paquete de cigarros para que la punta ardiente de uno de ellos no nos delatase. Así que ahora me sumé al pequeño vicio del tabaco con gran felicidad, pues yo también era víctima de un profundo estrés.

Mi hermano seguía dándole vueltas a la cabeza.

—¿Qué hemos aprendido de todo esto, Rolf?

—Que Ziereis tiene cosas que ocultar —le dije, pero mi hermano hizo una mueca. No parecía estar muy de acuerdo.

—Ziereis tiene la cabeza demasiado cuadrada para ocultar nada a nadie con dos dedos de inteligencia. Hay algo en esa ciénaga y quiere descubrir lo que se esconde antes de tener que avisar a

la policía criminal. Eso significa que seguramente allí hay más cadáveres. Sin embargo, no creo que trate de ocultárnoslo. Sencillamente, no estando yo para guiarle se mueve a impulsos, o aconsejado por esos dos mentecatos que tiene de lugartenientes —Otto detuvo su disertación. Mordiéndose el labio inferior, reflexionaba sobre algún extremo de su razonamiento—. Es más, estoy convencido de que tan pronto lleguemos nos explicará de qué va este asunto. Me preocupa más el hecho de que haya echado mano de esos dos imbéciles, de Bachmayer y de Schultz. Nuestro comandante se siente mucho más a gusto entre la tropa de grado muy inferior, a los que puede someter sólo con una mirada y provocarles un terror irracional. Esos dos no le caen bien, aunque sabe que puede confiar superficialmente en ellos porque su carrera depende de la carrera de su comandante. Si les ha llamado para solucionar un problema de esta magnitud, es porque el grupo de confianza que vimos montando guardia en el hospital en construcción, cuando murió degollado el soldado Erich Streiser, ya no existe o ya no puede confiar en ellos. Eso significa que algo ha pasado con Braun o con Harald, probablemente con ambos. Ellos eran sus consejeros en el campo: uno violento y el otro astuto, y los dos con una graduación lo bastante baja para no ser ninguna amenaza para él. Si estuvieran por aquí cerca, no le habríamos visto acompañado de los segundos al mando. Ziereis hubiese preferido que Bachmayer y Schultz no se enterasen más que de lo fundamental de todo este asunto. Supongo que no querrá tener deudas de gratitud con aquéllos que pueden demandárselas y pedir por ellas un alto precio.

El tono reflexivo de sus palabras se había transformado en ominoso.

—¿Crees que le habrá pasado algo a Harald? —inquirí, preocupado.

—Estoy seguro.

Mi hermano arrancó el coche y comenzamos la ascensión por la carretera camino del campo. Eran cuatro kilómetros de una calzada serpenteante y encumbrada que conducía hasta el Konzentrationlager de Mauthausen. Poco tiempo cuando vas sentado cómodamente en tu coche, pero toda una agonía cuando tienes los músculos atrofiados por un largo viaje de más de dos días, en los que has tenido que estar de pie en un vagón abarrotado, sin espacio para estirar las piernas o para hacer tus necesidades en la intimidad. El grupo de españoles avanzaba a través de la niebla y del frío cogidos de la mano en filas de a cinco. También había italianos que habían servido en la guerra de España, en las filas de las brigadas internacionales. Pero para nosotros esos italianos eran igual que los españoles, unos malditos rojos. Un prisionero se retrasó y uno de los perros le mordió un tobillo. El hombre reanudó la marcha cojeando pero a los pocos pasos cayó desfallecido y los perros, como la jauría que eran, cayeron sobre él y lo despedazaron. A la entrada del pueblo de Mauthausen, cuando aún les quedaban más de tres kilómetros de ascensión, rebasamos al grupo de prisioneros. Éstos, obligados a caminar a paso vivo, casi a la carrera, se arrastraban aterrorizados por las calles con los rostros teñidos de incredulidad, como si estuviesen viviendo una pesadilla. Las patadas, los golpes de culata de mis compañeros de la Banda de la Calavera, los mordiscos de los perros... eran su única compañía en la ascensión. Yo me volví y por el vidrio trasero del Opel pude ver cómo un par de campesinos del pueblo, recién levantados para comenzar sus tareas en los cultivos, se reían al verlos pasar y se pasaban el dedo anular rápidamente por la garganta en el signo internacional de degüello, que viene a significar: “de ésta no vais a salir vivos”. Tenían razón. Ya nadie podía librarles de su destino porque ni a las buenas gentes de Austria les importaba lo que fuera sucederles a todos aquellos rojos. Goebbels y el propio Führer llevaban muchos meses preparándonos psicológicamente para enfrentarnos a los bolcheviques. Los ciudadanos del Reich les odiaban tan

profundamente que pensaban que el Lager era el destino adecuado para aquellos malditos subhumanos.

—Un día tendremos que rendir cuentas por todo esto que estamos haciendo —le dije a mi hermano, que llevaba callado un buen rato con la vista fija en la carretera.

—¿Rendir cuentas por qué? —me contestó, sin comprender de qué le estaba hablando.

—Si tú no lo sabes, entonces no hace falta que yo te lo explique.

Mi hermano se volvió y me miró desde el fondo de sus pupilas azules. Sentí que una parte de él titubeaba, intuyendo a qué me refería. Estuvo a punto de decirme alguna cosa pero decidió que había otros asuntos más perentorios: por ejemplo, mi educación camino del nacionalsocialismo.

—Últimamente estás muy raro, Rolf. ¿Hiciste el poema que te pedí?

—¿El poema sobre Adolf Hitler? ¿Para el cumpleaños de nuestro excelso líder?

—Sí, ese.

—Ya casi lo tengo. —En realidad, desde hacía día y medio llevaba la primera parte en el bolsillo de mi guerrera, y ahora también la segunda, aún por corregir. Entre unas cosas y otras, aún no había tenido tiempo de cambiarme de ropa.

—Me lo tienes que enseñar, y también el diario que me dijiste que escribirías.

—Llevo escrito bastante. Te lo enseñaré cuando tengamos un momento libre en casa.

—Me gustaría verlo, sí. Espero que estés haciendo avances en tu proceso de transformación en el camarada racial ario que ambos queremos que seas.

¿Ambos lo queríamos? Mi hermano se había acostumbrado a hablar por mí, como hace un padre con su hijo pequeño.

—Yo soy el mayor, Otto.

—¿Qué?

—Decía que yo soy el mayor. Nací casi ocho años antes que tú.

—Eso ya lo sé. Pero no sé qué...

—¿Piensas que soy tonto, Otto? —le interrumpí, mirándole a los ojos a través del espejo retrovisor.

—No eres tonto, hermano. Sólo un poco lento. Todos tenemos nuestra velocidad y no es ninguna vergüenza el no poder alcanzar tan fácilmente el ritmo que los otros llevan.

—Me parece que eso no lo han aprendido en el castillo de Hartheim.

Otto redujo la marcha: estábamos llegando a la puerta de entrada. Alcanzamos el patio de garajes tras saludar al puesto de control de la entrada y ladrar un sonoro “Heil Hitler”. El rostro de mi hermano se había convulsionado tras mi última frase:

—Ya te dije que ese lugar no es para nada un ejemplo de lo que es el nacionalsocialismo.

—Entonces, ¿de qué es ejemplo ese lugar? ¿El doctor Lonauer no se rige por las directrices de nuestro Führer? Si no lo hace, sus acciones deberían ser denunciables, pero yo creo que seguramente un día de estos veremos en los periódicos que le han condecorado por su sacrificio por el Reich o alguna cosa así.

El Opel giró bruscamente a la derecha aparcando en el primera plaza libre que encontramos. Mi hermano puso el punto muerto y quitó la llave del contacto.

—No todo es blanco o negro, Rolf. Además, estos temas son demasiado complicados para discutirlos ahora. Ya lo haremos cuando acabemos con esta investigación. Entonces te explicaré todo lo que no puedes o no quieres entender.

Abrí la puerta del coche y, mientras abandonaba el vehículo, le dije:

—Ojalá puedas explicarme todo lo que no puedo entender. Respecto a todo lo que no quiero entender, prefiero que no me lo expliques. Eso es cosa mía. Soy tan lento que creo que prefiero aprender ciertas cosas a mi manera, con mi propio ritmo.

Afuera, en la cumbre de la montaña, hacía frío, un aire glacial que me produjo un dolor físico en lo más profundo de los huesos, como si fuera a arrancarme la carne de las mejillas… No en vano estábamos en uno de los círculos concéntricos del infierno que imaginó Dante. Doscientos españoles e italianos que subían la larga cuesta de la muerte a nuestra espalda, no tardarían en comprobarlo.

XV

Frank Ziereis nos esperaba en su despacho de la comandancia, sentado en una de sus sillas de diseño y bebiendo un trago tras otro de licor de naranjas. Parecía frustrado, se le marcaban las ojeras en la cara y por su gesto parecía a punto de saltarnos encima, como un gato cuando tiene el lomo erizado. Detrás de él, estaban los dos hombres que le seguían en la línea de mando. El primero lo era de facto y se llamaba Georg Bachmayer. Era el encargado de la seguridad del campo. El segundo era el jefe de la oficina política y respondía al nombre de Karl Schultz. La Oficina Política, era la forma eufemística de llamar en los Lager a la Gestapo, y ésta tenía tanto ascendiente en cualquier punto del Reich que, de hecho, todos la considerábamos una autoridad aparte, tan poderosa casi como el propio Bachmayer. Tal vez incluso más.

—Supongo que por fin se ha dignado a venir —dijo Ziereis, entre sorbo y sorbo de licor.

—No me fue posible hacerlo antes, Herr Lagerführer. Estaba investigando una pista y cuando se me avisó de la muerte del Rapportführer Boldt, terminé con los temas más esenciales y he venido de inmediato.

Ziereis se secó el sudor de la frente con un pañuelo de encaje. Era un pañuelo de mujer, pero ninguno nos habíamos atrevido todavía a sacarle de su error. La obsesión de nuestro comandante por parecer refinado a pesar de ser un hombre inculto le jugaba malas pasadas como aquélla.

—Supongo que fue Braun el que le avisó. Yo mismo le di la orden.

—Sí, señor. Hace unas dos horas y media, aproximadamente.

—¿Y ha sabido algo de él desde entonces?

—No, señor. Y me atrevería a inferir que tanto él como el Sturmmann-SS Harald Bauer, están desaparecidos.

Ziereis enarcó una ceja. No era la primera vez que mi hermano le sorprendía con una de sus deducciones. Seguramente tampoco sería la última.

—Ahora sería largo de explicar cómo he llegado a esa conclusión sólo a través de la observación externa de ustedes tres —dijo Otto, algo endiosado—. Lo importante es repasar las pistas antes de que el rastro de los sospechosos se borre. Con su permiso, me gustaría empezar por la celda donde murió el Rapportführer.

Ziereis asintió y, algo torpe por los excesos con el alcohol, se levantó titubeante, botella en mano, y enfiló camino del campo interior. Bachmayer iba tras él, mostrando una sonrisa inquieta en su rostro petulante. Les seguía de cerca el jefe de la oficina política y, cerrando grupo, mi hermano y yo.

—Ha sido un día de locos —comentó Ziereis, señalando al fondo del patio de revista, que ahora transitábamos.

—Un día ciertamente extraño —convino Bachmayer.

—Un día lamentable —corroboró Schultz.

Con el trío de altos mandos a la cabeza, terminamos de atravesar la Appellplatz. Por el camino se nos sumó el prefecto Godzilla, que siempre seguía a Bachmayer como un perrito faldero a su amo. El gigante me lanzó una mirada simiesca y rabiosa: tal vez, al igual que yo mismo, no se quitaba de la cabeza la última revista de Boldt, que había tenido lugar allí mismo y en la que el tonto de Rolf había estado haciendo ejercicio hasta desfallecer con los prisioneros españoles. Como muchos, él me odiaba porque se consideraba superior a mí y no entendía cómo yo podía ser un SS y él un simple

preso; acaso el superior de todos, el Kapo de todos los Kapos, pero un preso al fin y al cabo.

Girando a la derecha, luego del tercer barracón, llegamos al área de detención, que todos conocíamos popularmente como el Bunker. La guardia gritó "Heil Hitler" y todos, maquinalmente, respondimos "Heil".

—Ha sido un día de locos —repitió Ziereis, adentrándose en el entramado de celdas y precipitándose hacia una de las primeras, a su izquierda—. Yo había estado interrogando a esos pobres diablos triángulos rojos junto con Braun durante unas horas. Al principio, llegué a convencerme de que, después de todo, tal vez uno de ellos era nuestro asesino. Era lo más fácil: un criminal político que comete crímenes políticos. No hay nada más cerca de un nazi extremista que un antinazi extremista. Fueron unos interrogatorios muy ligeros, nada del otro mundo, creo que sólo han muerto uno o dos de los hombres que interrogamos. Y todo por culpa de esas manazas del Blockführer Braun.

Godzilla hizo un gesto a Bachmayer y éste le devolvió el gesto, tres dedos levantados de la mano derecha, a su comandante. Ziereis asintió:

—Bueno, dos o tres muertos. ¡Qué más da! El caso es que no sacamos nada en claro de ninguno de ellos y me fui a descansar a la cantina. Allí me encontré con mis dos amigos, con Georg y con Karl, aquí presentes, y me di cuenta de que si no podía confiar en ellos no podía confiar en nadie. Así que les conté con un poco más de detalle todo este embrollo absurdo con ese asesino que nos está volviendo locos.

«Al poco un miembro de la guardia acudió afirmando que Braun les había ordenado abandonar su puesto en el Bunker. Así que decidimos regresar los tres a ver cómo llevaba los interrogatorios Braun, pensando que se había vuelto loco y había decidido dar rienda suelta a sus instintos asesinos matando a todos los malditos triángulos rojos. Pero en lugar de unos comunistas muertos, nos encontramos con el cadáver del Rapportführer Boldt. Fue un espectáculo de lo más desagradable.

Otto y yo llegamos entonces a la altura de Ziereis, parado delante de la verja de hierro de la celda número tres. Allí pudimos ver el cuerpo sin vida de mi torturador. Tirado en el suelo, encorvado por el dolor y convertido en un trozo de carne inerte, no parecía tan temible como cuando me ordenaba levantar y bajar una pierna, saltar, arrodillarme o postrarme de hinojos hasta la extenuación delante de sus botas recién enceradas. Ahora era sólo un patán muerto, uno de los pocos hombres que habían muerto en Mauthausen y que realmente se lo merecían. Mi hermano se inclinó sobre el cadáver y le olió el aliento.

—Sí, cianuro —apuntó Ziereis—. El médico del campo le ha echado un vistazo, aunque no le he dejado mover el cadáver hasta que usted llegase. Además, quería también que viese el segundo poema de nuestro asesino. Se trata de un sencillo pareado. Parece que esta vez ha tenido la decencia de no poner a prueba en exceso nuestra paciencia con su prosa infantil y demente.

En el suelo, con tiza en lugar de sangre, el asesino había escrito:

Con cicuta el padre homicida fue castigado
pues nadie recordará su nombre

—¿Nada más? —dijo mi hermano.

—Nada más —repuso Ziereis

—No me parece un pareado sino un poema incompleto. Usted debió llegar cuando el asesino aún estaba terminando de escribir su sexteto.

—¿Sexteto? —terció Georg Bachmayer

—Sí, es la forma poética que utilizó en el primer asesinato en el campo, el del cabo Streisser. O poco conozco a nuestro asesino o quería repetir el mismo juego con la misma construcción poética. Estoy seguro de que es un hombre de costumbres.

Bachmayer y Schultz intercambiaron una mirada de inteligencia.

—Si es cierto lo que dice, entonces todo cobra mayor sentido —dijo Karl Schultz, poniendo esa cara de saberlo todo que ponen siempre los de la Gestapo—. Cuando llegamos los cuatro...

—¿Los cuatro? —le interrumpió mi hermano.

Schultz, que cojeaba de un pie y odiaba las interrupciones, se volvió lentamente girando sobre su calzado ortopédico.

—Sí, los cuatro. También nos acompañaba, como ahora, el Lagerältester, el prefecto de los prisioneros. —Godzilla exhibió una enorme y bovina sonrisa al ver que le nombraban— Pero bueno, eso es lo de menos. De lo que quería hacer mención y que, de alguna forma, explicaría lo del poema incompleto, es que, cuando llegamos a la puerta del Bunker, Braun vino a nuestro encuentro. Gritaba, aparentemente muy excitado, que acababa de encontrar muerto al Rapportführer.

Ziereis intervino de nuevo entonces:

—Inmediatamente, como es natural, mandé al propio Braun a buscarle para que le informase a usted, teniente, de lo sucedido. Ese fue mi error. Con la impresión, me había olvidado de que la guardia del Bunker le había señalado a él como el culpable de que abandonaran su puesto. Entiéndalo, ¿cómo iba a sospechar que Braun pudiese estar implicado? Yo le creía un hombre de mi absoluta confianza. Le envié a él porque no quería que nadie más se enterase de este desagradable asunto sin saber que...

—Y entonces descubrieron que Braun había alejado a la guardia con cualquier subterfugio, como transmitirles una falsa orden suya, para que abandonasen su puesto mientras el asesino entraba aquí y daba su veneno a Boldt. —Mi hermano había interrumpido por segunda vez a uno de los mandamases del campo y yo me di cuenta de que este error, aunque provocado por el deseo de Otto de ir avanzando lo más rápido posible, en realidad era una prueba de su falta de sueño. Si era incapaz de darse cuenta de que su actitud era una falta de respeto que no gustaba a aquellos estúpidos nazis engreídos, es que comenzaba a perder facultades. Por un momento, me pregunté si acaso sucedía que le daba igual lo que pensasen.

—Más o menos fue así —reconoció Ziereis—. Alejó a los centinelas del Bunker pretextando una orden, pero no mía sino de Georg, que es el superior directo del pelotón, y éstos fueron a reunirse con la guardia de extramuros, encontrándose con que la orden era falsa. Braun debía saber que sólo tenía unos minutos y que, al cabo, todos sospecharían de su implicación en todo el asunto. Corrió muchos riesgos para nada.

—O no, comandante. Braun sabía que usted le enviaría a él a buscarme. ¿A quién sino a uno de los pocos que sabían lo que estaba pasando con nuestro asesino? Probablemente ya tenía pensado no regresar. Me llama más la atención el que viniese finalmente a explicarme lo que había sucedido en el Bunker. Si obedeció la orden no fue por usted, señor. Él sabía que a aquellas alturas ya le estarían buscando y que su futuro ya no estaba en las SS. Si vino a avisarme es porque o bien quería alejarme de mis pesquisas en el castillo de Hartheim o bien deseaba que regresase aquí lo antes posible. En ambos casos, es algo de momento que no acierto a comprender.

Bachmayer dio unos golpecitos en la espalda de mi hermano.

—No habíamos pensado nada de eso. Es usted un hombre muy inteligente, Herr Weilern. Muy inteligente...

Georg Bachmayer, no era precisamente un ario de postal o de propaganda. Natural de Bavaria, se trataba de un tipejo sin estudios, de piel oscura para ser uno de los nuestros, estigma del que se burlaban muchos a sus espaldas. Era, además, un hombre especialmente poco agraciado: de dientes sobresalientes, una mano inútil y una gestualidad vulgar y soez. Le olían mucho los sobacos y no creo que se los hubiese lavado en su vida. Antes de la guerra, había trabajado siempre de forma eventual en oficios mal pagados; sólo su servicio en los campos de concentración le permitió ascender a un buen nivel social. Adicto a los prostíbulos y a sus perros, tenía en el primero de ellos, de nombre Lord, a su mejor amigo. Yo siempre creí que era un reprimido sexual; había tenido problemas por golpear a un par de prostitutas en Linz, por lo que había oído. Odiaba a sus congéneres por sus propias limitaciones físicas y su color de piel oscuro, por lo que gustaba de gasear a los presos más jóvenes y, especialmente, lanzar a sus perros a devorar a los insolentes. Yo creo que era un psicópata. Curiosamente, este tipo de hombres, los sádicos que se valen del nacionalsocialismo para ver cumplidos sus deseos enfermizos, siempre se sienten atraídos por mi hermano.

—Gracias Herr Schutzhaftlagerführer —repuso complacido Otto a la adulación de Bachmayer, utilizando el interminable y relamido nombre con el que en las SS de la Banda de la Calavera se designa al jefe de seguridad de un campo de concentración. Recordé entonces que era el mismo cargo que ostentaba Joseph F. en su campo de concentración imaginario, en un patio abandonado junto a mi casa.

Seguro que Joseph, a sus siete años, haría mejor aquel trabajo que Georg, “el gitano sanguinario”, pues ése era el apodo que su tono de piel y su crueldad le habían granjeado entre mis amigos españoles.

—No hay que darlas. Es la verdad, Herr Weilern.

—Es usted muy amable, Herr Bachmayer —dijo entonces mi hermano, atreviéndose a un trato más familiar con su superior. Y siguieron hablando un buen rato, entre risas cómplices, halagos y alabanzas que iban y venían en ambas direcciones.

Otto Weilern había hecho un nuevo amigo. Como él, un buen nacionalsocialista.

XVI

La siguiente parada de nuestro Tour sangriento fueron las habitaciones de Braun. Esta vez, el grupo lo encabezaban Zieries, Bachmayer y Otto, quedando el cojo de Karl Schultz, el tonto de Rol Weilern y el gigante Godzilla en segundo plano. Pasamos por delante del edificio de la comandancia y vimos a los Kommandos que estaban construyendo el campo exterior. Allí había más de un centenar de esclavos: albañiles poniendo la piedra de los cimientos y peones picapedreros, la mayoría jovencitos menores de quince años, que ayudaban a los primeros. Eché de menos a Ícaro, que cuando no estaba ayudando en la lavandería, se le podía encontrar en la obra, con los otros chicos de su edad. Pero también había hombres delgados como papel de fumar llevando en parihuelas el material para los maestros de obra y sus ayudantes; hombres aún más demacrados levantando andamios, y un sinfín de muchos otros que pululaban obedeciendo las órdenes, a menudo contradictorias, de los Kapos, que los vigilaban a todos.

—¡Hola Johann!

«¿Qué hay, Josef?

«¿Cómo va todo, Llup?

Godzilla, en tanto que prefecto de los prisioneros, era, como ya he dicho, el Kapo en jefe de todo Mauthausen. Despreocupadamente, mientras avanzaba a paso de simio por la calzada nueva, aún en construcción, iba saludando a sus “amigos policías” o Kamaraden Polizei (KAPO).

Un grupo reducido de SS de la Banda de la Calavera se paseaban por los alrededores supervisando las obras, aunque en realidad poco había que supervisar, y se pasaban la mañana fumando o recostados en una pared, indolentes. Sin embargo, cuando vieron llegar a nuestro siniestro grupo, tiraron sus cigarrillos al suelo, se cuadraron, y no dejaron de mirarnos de reojo mientras avanzábamos hacia uno de los pocos barracones de la tropa que estaba terminado: el segundo a la izquierda, aquél donde vivía el desaparecido Blockführer Braun con varias decenas de compañeros. Karl Schultz echaba chispas por los ojos. Consideraba una afrenta el haber sido relegado del grupo de cabeza, con los otros dos jefes del campo, para engrosar el pelotón de los tontos. Yo no estaba ofendido y Godzilla caminaba con el semblante concentrado, ajeno a todo, pero el jefe de la oficina política intentaba alcanzar a los que nos precedían, aunque su cojera se lo impedía. Dos gruesas gotas de sudor perlaban su frente. Tal era su enfado, que cuando llegamos al cuarto de Braun, se abrió paso a codazos hasta el interior y fue el primero en hablar:

—¡Las acciones de este maldito judío no pueden quedar impunes! —farfulló, con el rostro rojo de ira.

—¿Judío? —mi hermano, a pesar de la solemnidad de las palabras del jefe de la oficina política, no terminaba de comprender el alcance de las mismas.

—¡Sí, judío! ¡Maldita sea! —Schultz se acercó a una mesa y blandió unas hojas de papel delante de la nariz de Otto.

—Cuando comenzamos a sospechar de Braun, registramos su habitación —se apresuró a interceder Ziereis—. Encontramos pruebas muy comprometedoras.

En efecto, la habitación estaba revuelta, el contenido de los armarios por los suelos; los libros de las estanterías, caídos a los lados o desmembrados en una papelera; los muebles movidos, arrastrados por la habitación, habían dejado formas geométricas de distinto color señalando su emplazamiento original. El comandante y sus ayudantes habían hecho una labor concienzuda. No

había quedado nada por arrancar, revolver o destruir.

—¿Puedo? —Otto, impertérrito, alargó un brazo hacia el jefe de la oficina política y éste, después de un instante de duda, le entregó los papeles.

—Yo le puedo adelantar lo que descubrimos entre los documentos del Blockführer —terció Bachmayer, que era el más fanático de todos y que, desde su fanatismo, era el que más conocía los entresijos de la política racial de nuestra gran nación—. Ese perro falsificó su Ahnenpass.

—¿Eso puede hacerse? —tartamudeé, incrédulo—. Yo pensaba que era imposible.

El Ahnenpass o pasaporte racial es la piedra angular de la política de Adolf Hitler respecto al control de la pureza pueblo ario. Aproximadamente cinco años atrás comenzaron a propagarse como una plaga. Se trataba, ni más ni menos, de que un notario investigase tu árbol genealógico y emitiese un documento oficial que probase que eras un alemán de pura raza.

—Todos lo pensábamos —me contestó Bachmayer, de mala gana, porque secretamente pensaba que un hombre de su condición no debería detenerse a hablar con un imbécil—. Pero si se tiene dinero suficiente... todo es posible.

—Y a los judíos nunca les falta dinero —concluyó Schultz, pronunciando la palabra “judío” con especial intensidad, como si la escupiese.

Mi hermano, seguía leyendo la correspondencia aún no enviada de Braun hasta que se detuvo en un párrafo comprometedor en que, hablándole a un familiar, se reconocía a sí mismo como un “mischlinge” de segunda categoría.

—Así que sólo era medio judío —dijo.

Los “mischlinge” de segunda categoría son aquéllos que tienen un solo abuelo judío; son de primera categoría los que tienen dos abuelos judíos, y completamente judíos los que tienen tres o más abuelos. Era éste un tema particularmente complicado desde que en 1935 se habían dictado las leyes de Nuremberg. En ellas se dictaminaba que los judíos apenas tenían derechos como ciudadanos y no eran en absoluto iguales ante la ley. Nadie que estuviera en su sano juicio querría tener el menor atisbo de sangre judía en la Alemania nazi. Yo entendía perfectamente al Blockführer Braun. Pero Ziereis no compartía mi opinión:

—Medio judío o judío entero es lo mismo. Sólo los arios de verdad podemos entrar en las SS. Sólo aquellos que pertenecemos al grupo selecto de arios con una completa pureza de sangre podemos pertenecer a las Escuadras de Protección del Tercer Reich. Las leyes de Nuremberg, las leyes de sangre y honor de nuestra raza, así lo proclaman.

Otto estaba meneando la cabeza. Miraba el pasaporte racial de Braun y lo estuvo manipulando hasta que consiguió arrancar el sello del notario y comprobar que realmente era falso.

—Una impostura notable en manos de un ser contradictorio: un hombre curioso este Braun. Quería ser un buen alemán y por lo tanto odiaba ser judío. Por eso era uno de los más violentos con los prisioneros: cada vez que pegaba a uno de ellos estaba golpeando a esa cuarta parte de sangre judía que habitaba su interior. De alguna manera, me da lástima.

—Yo no tendría lástima por un asesino, ¡un judío que se ha atrevido a mancillar la sangre de buenos hombres alemanes! —dijo Ziereis, mirando a Otto iracundo. Mi hermano no se apercibía del gesto de Ziereis y de que estaba caminando otra vez sobre la cuerda floja. Seguía ensimismado mirando los papeles de Braun y, por segunda vez, ignoraba que delante de aquellos tres hombres cualquier palabra podía resultar peligrosa y hacer que cayeses en desgracia delante de ellos.

—El asesino —prosiguió Otto, reflexivo, obviando el comentario de su comandante—, en el

poema escrito con la sangre del cabo Streisser, se quejaba del cristianismo y, por extensión, de la Humanitätstduselei, el sentimiento de caridad cristiana, la empatía que sienten los cristianos hacia la vida. Por eso seguramente hizo buenas migas con Braun: éste era un hombre muy elemental, montaraz, que no sentía un gran respeto por la vida humana. Cuando pudo convencerle de la necesidad de asesinar a determinados de entre los nuestros, el Blockführer se entregó a su tarea sin pensar demasiado en el alcance de sus actos. No se caracterizaba precisamente por ser un individuo reflexivo. Pero debió suceder algo que convenciera a Braun para salirse del camino de las ordenanzas del campo y de las SS. Para él era fundamental agradar a sus superiores y en especial a usted, su Lagerführer. —Otto miró a Ziereis un instante y luego apartó la vista— Debía tener una razón imperiosa para dejar de hacerlo.

—Así pues —dijo Ziereis, hinchando el pecho y conteniendo la respiración—, usted no cree que Braun sea el asesino. Sepa que esos papeles no son la única prueba en su contra.

De la mesa cogió una funda de cuero y se la entregó a mi hermano. Éste la sopesó con la mirada perdida. Era la funda de una daga de las SS. El arma reglamentaria de Braun no estaba en ella.

—Parece lógico pensar que asesinaron a Streicher con la daga de Braun —reconoció.

—¿Y aún así sigue afirmando que el Blockführer no es nuestro asesino?

Otto estaba muy seguro de ese punto.

—No, no lo es. Braun es su cómplice, el colaborador necesario que nuestro hombre necesitaba. Le pudo entregar su daga para cometer el crimen. Eso no habría supuesto ningún problema. Pero el asesino es alguien muy distinto, alguien que trata de pasar por una persona refinada y culta. ¿Recuerdan la cita de Alfred Rosenberg a la que acabo de referirme? Braun era un hombre ignorante y no le importaba parecerlo. El Blockführer es el siervo de nuestro enemigo. Es un peón, nunca un rey.

Ziereis y sus dos lugartenientes se reunieron en el extremo de la habitación y parlamentaron durante un par de minutos, entre cuchicheos interminables. Bachmayer, al cabo, se excusó, y abandonó las estancias de Braun a toda prisa. El comandante dio por terminado el conciliábulo poco después, acercándose a mi hermano con gesto decidido:

—Usted está pensando en Harald Bauer como nuestro asesino —dijo.

Mis ojos se abrieron como platos. Yo seguía pensando que mi amigo nada tenía que ver con aquel asunto. No podía ser verdad. Otto, sin embargo, manifestó con voz firme:

—Yo creo que concibió todo este maquiavélico plan, Herr Lagerführer. Es la única persona que conozco con la inteligencia suficiente para orquestar algo semejante. Incluso he encontrado un par de testigos que aseguran que un Mercedes como el suyo fue visto el día anterior y el mismo día de la muerte del guardia del castillo de Hartheim: William Ferrat. Pero hay algo que no me cuadra.

—¿El qué?

—No lo sé. Una intuición. Me da el perfil del asesino pero al mismo tiempo...

—Harald jamás cometería un crimen como los que estamos investigando —creo que me puse a gritar, llevado por la emoción—. ¡Él es un hombre de honor! No haría daño a nadie a menos que fuese...

Callé de pronto. Yo mismo había cavado la fosa de mi amigo.

—A menos —completó Otto por mí—, que fuese algo que él considerase completamente necesario para ayudar a un camarada, para el beneficio del Reich o que recibiera una orden directa de un superior. Y el asesino cree que todo lo que hace es para mayor gloria de nuestro pueblo y de

nuestra raza, que está cumpliendo las órdenes del propio Führer. Se considera un ejecutor, un verdugo que limpia el campo de los malos alemanes.

—Pero entonces Harald estaría loco.

—No todos los locos son como los de la Institución del Sueño. Los peores son aquellos que andan libres por las calles. Esos no son fáciles de detectar.

Mi hermano aprovechó aquel momento para explicar a sus superiores cuanto había descubierto en Hartheim, que, por desgracia, no era demasiado, pero que inculpaba indirectamente a Harald por el asunto del Mercedes que los testigos habían visto en las inmediaciones del Castillo. Tampoco obvió el asunto de la presunta homosexualidad del soldado asesinado que, yo aún no sabía la razón, Otto seguía considerando un detalle decisivo. Al cabo, se volvió hacía Ziereis, que, con gesto afectado, se estaba sonando de nuevo con su pañuelo de encaje:

—Dígame, mi comandante, en qué momento empezaron a desconfiar de Harald. Porque ustedes también habían pensado en la posibilidad de que fuese el asesino. De eso hablaban a escondidas hace un momento.

Schultz, que no soportaba que le relegasen, volvió a arrogarse el papel de interlocutor. Karl Schultz tendría unos cuarenta años y era un hombre, como tantos otros en el campo, diminuto, aunque no de estatura ni intelectualmente, ambas superiores a la media. Era un ser humano diminuto, pequeño, cobarde... un individuo gris que había llevado una existencia gris que detestaba, hasta que el nazismo y sus excesos vinieron a rescatarle. Había sido un simple herrero, alcoholizado y maltratador, antes de que las SS le pusieran al frente de la Oficina de la Policía Política de un campo de concentración. Ahora se creía un gran hombre y paseaba su cojera arrogante y su crueldad por todos los rincones del Lager. Al igual que Bachmayer, amaba profundamente a los perros y le gustaba azuzarlos contra los prisioneros. Tenía dos secretarias, treinta hombres a su cargo y un enorme barracón de la Gestapo, uno de los más grandes del campo, que con las nuevas obras iba a ser ampliado. Se decía que los muebles de su casa, en una urbanización cercana, exclusiva para altos mandos, se los habían hecho personalmente los prisioneros; también que tenía a un par de ellos dedicados en exclusiva a preservar su pie tullido, cortándole las uñas, lavándoselo y cuidando del pequeñín con el mismo mimo con el que se trataría a un recién nacido.

—Fue fácil, Oberstumführer-SS —dijo el jefe de la oficina política, con un tono que dejaba bien claro que él no se rebajaría con familiaridades como llamarle Herr Weilern o sencillamente Otto, como habían hecho Bachmayer o Ziereis. En realidad, yo creo que le tenía algo de envidia porque a pesar de su cargo y sus ínfulas, el caso es que Schultz tenía el mismo rango (teniente u Oberstumführer-SS) y por tanto el mismo sueldo que mi hermano—. Muy fácil, en realidad. Bauer se descubrió él solo.

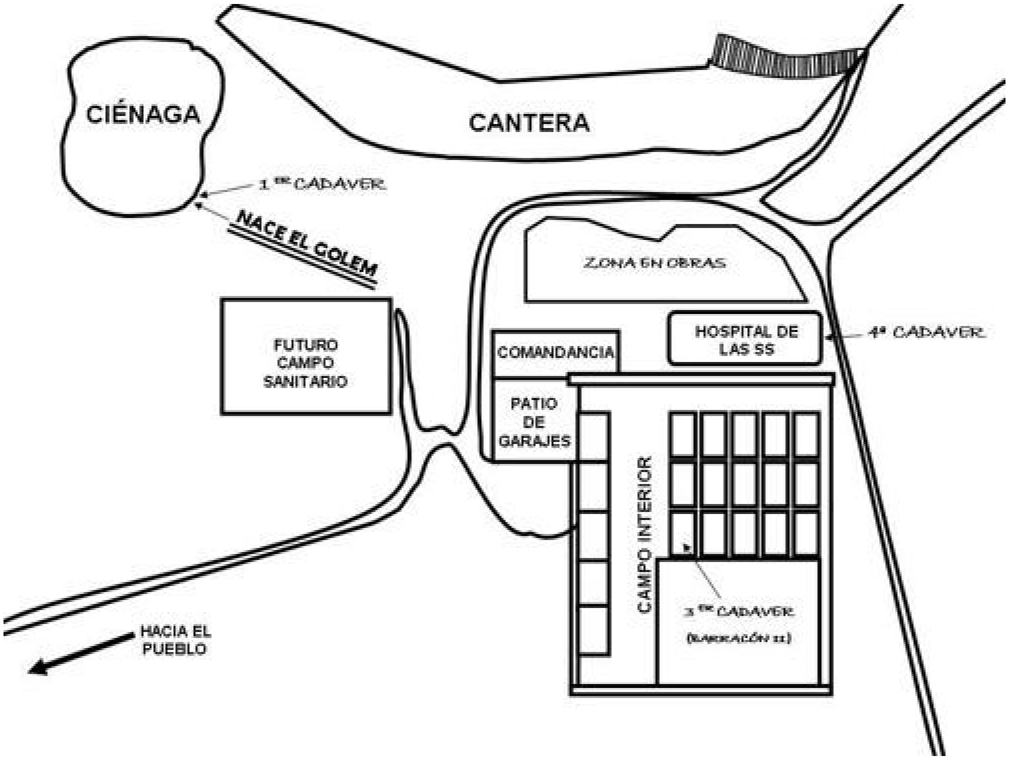
«Cuando vinimos a registrar las habitaciones del Blockführer, encontramos que Harald Bauer se nos había adelantado. Estaba revolviendo la habitación cuando traspasamos esta misma puerta. —Schultz se apoyó en una jamba como corroborando su aserto— Quisimos saber qué demonios estaba haciendo y el Sturmmann-SS Bauer nos dijo que él también había sospechado de Braun, pero no supo dar explicaciones acerca de por qué no había informado de sus recelos a la superioridad, o de por qué había entrado sin permiso y forzando la puerta del dormitorio de otro oficial. Le ordenamos que nos esperase en el despacho de la comandancia mientras terminábamos el registro. Deberíamos haberle interrogado más a fondo en ese momento porque estaba nervioso y desvariaba, asegurando que él servía a objetivos más altos de los que nosotros salvaguardábamos, como si fuese un

iluminado.

—Yo pensé que había bebido —reconoció Ziereis—. Así que le dejé durmiendo la mona en el sofá que Rolf ya conoce bien y terminamos de registrar el cuarto de Braun. Para cuando regresamos descubrimos que había cogido su vehículo y se había marchado del campo.

—Un cúmulo de errores y despropósitos por nuestra parte, hemos de reconocerlo —opinó Schultz, mirando en derredor como buscando una señal de aquiescencia de su comandante. Al no recibir más que una mirada esquiva, arguyó—: Pero no nos equivocamos del todo. Cuando descubrimos a Bauer en esta habitación nos dimos cuenta de que trataba de esconder este papel y lo guardamos.

Se lo entregó solícito a mi hermano y éste lo desdobló con gran cuidado.


CIÉNAGA
CANTERA
1 ER CADAVER
NACE EL GOLEM
ZONA EN OBRAS
FUTURO CAMPO SANITARIO
COMANDANCIA
HOSPITAL DE LAS SS
4º CADAVER
PATIO DE GARAJES
CAMPO INTERIOR
3 ER CADAVER
(BARRACÓN II)
HACIA EL PUEBLO

—¿Nace el Golem? —pregunté, pues Golem era una palabra que no había oído en mi vida. Fue lo primero que me llamó la atención del mapa.

Mi hermano se mesaba el mentón, rumiando alguna cosa.

—Es una superstición de los judíos: el Golem es un monstruo sin vida nacido a partir de una figura de arcilla.

—¿Como un zombi? —reflexioné, recordando una película de Bela Lugosi que había visto en el cine años atrás.

—Más o menos, Rolf. Olvida ahora este asunto. Hay cosas en este plano que me parecen más relevantes —el tono de mi hermano era el mismo que se utiliza con un niño cuando se están entrometiendo las conversaciones de los mayores. En realidad, era un poco el tono de siempre.

Ziereis guardó su pañuelo de seda y se acercó hasta nosotros.

—A mí me pareció, en efecto, más significativo que en la parte de la ciénaga se lea "Cadáver 1" y he enviado a un hombre de mi confianza a drenar la zona en busca de cualquier cosa que pueda hallarse en ese lodazal.

Ahora cobraba sentido la escena que habíamos visto en las vías del tren y que el cabo Racht y su grupo de voluntarios condenados a muerte, estuvieran trabajando desenterrando los misterios que pudieran hallarse bajo aquellas aguas sucias y hediondas.

—Sin duda, señor —sancionó Otto—. Y si se fija, mi comandante, están especificados los asesinatos uno, tres y cuatro, por lo que podemos concluir que el número dos fue el de Hartheim. En la ciénaga debió escenificarse una muerte anterior, la que comenzó todo. El primer crimen de una serie es siempre el más importante: el homicida aún está aprendiendo y comete más errores. Además, suele ser un crimen personal, a menudo de su entorno familiar, que sirvió de catalizador para la cadena de acontecimientos posterior. Cuando desenterremos ese cadáver, habremos dado un paso definitivo en la investigación.

Ziereis y mi hermano siguieron comentando aspectos del plano, deduciendo cosas vagas de esta o aquella referencia, pero sin prestar atención al asunto del Golem, que a mí me parecía lo único que en aquel papel estaba fuera de lugar. El dibujo pretendía situar las muertes en el entorno del campo, como si Braun hubiese querido dejar constancia de sus malas obras. Sin embargo, el tema del nacimiento del Golem no se refería en apariencia a un asesinato. Lo repito: estaba fuera de lugar y por ello era harto más insólito que se hiciese referencia, máxime cuando estaba subrayado, como si el Blockführer lo considerase el punto clave de aquella ecuación.

—¡Lagerführer, señor!

Georg Bachmayer acababa de regresar súbitamente y se había cuadrado delante del comandante Ziereis.

—Infórmeme, jefe de seguridad –le ordenó Ziereis y, volviéndose hacia mi hermano—: He mandado a mi segundo que hiciera unas averiguaciones. Fue una corazonada. Creo que su hallazgo nos sorprenderá a todos.

—Su intuición era cierta, Herr Lagerführer —dijo Bachmayer, muy ufano y orgulloso de su comandante—. He llamado a Linz y de Linz a Viena y desde Viena a Berlín. Nadie conoce a Harald Bauer. No hay nadie con ese nombre en las SS. Ese hombre es un impostor.

Creo que si mi hermano no me hubiese cogido del brazo, me habría desmayado allí mismo.

XVII

El cabo Racht llevaba ya cinco horas cavando infructuosamente junto a su compañía de voluntarios. Era media mañana y nadie parecía demasiado interesado ya en los prisioneros esclavos que sacaban cestos y más cestos de escombros sobre sus cabezas. Sentado en su silla Thonet, que se había hecho traer de la comandancia, Ziereis esperaba entre bostezos que aquella excavación diese algún fruto. Flotaba una sensación de desánimo en el ambiente y tanto Georg Bachmayer como mi hermano daban vueltas en círculos a la hondonada. Schultz se sacaba un pedazo de barro de su bota ortopédica. Yo contemplaba la escena con cierto regocijo, todavía esperando que sucediera algo inesperado.

—¿Tú crees que aparecerá un Golem de ésos de dentro de la ciénaga? —le dije a Otto, que no me respondió y siguió caminando junto a Bachmayer, ambos con cara de pocos amigos.

—Eso, por lo menos, sería una forma de combatir el aburrimiento —opinó Ziereis, haciendo crujir los dedos de sus manos sonoramente. Luego, como dominado por un súbito impulso, se incorporó y vociferó—: ¿Nada nuevo, Rottenführer-SS?

Racht ascendió a la carrera hasta nuestra posición levantando una estela embarrada a su paso. Como buen SS que era se le veía alerta y dispuesto a todo, ignorando el cansancio acumulado tras tantas horas de trabajo.

—De momento nada, mi comandante. Pero no pararemos hasta que el último hombre muera de agotamiento, si es preciso.

—No lo pongo en duda, Rottenführer-SS. Pero le exijo que obtenga algún resultado antes de caer la noche.

—Puede estar seguro de ello, señor. No descansaré hasta haber drenado por completo esa maldita charca.

Racht se retiró después de hacer entrechocar sus talones y descendió hacia la hondonada haciendo el paso de la oca.

—Vamos, Rolf.

Me volví. Mi hermano se estaba alejando hacia la carretera, camino de la entrada del campo. Antes de que pudiera seguirle, la voz de Ziereis tronó a mis espaldas:

—¿Dónde van?

—Me gustaría continuar las pesquisas en el interior del Lager, con su permiso, señor —Otto tenía algún asunto entre manos. Yo, que lo conocía bien, reconocía cierto aire nervioso en sus gestos. Sus ojos se movían de un lado a otro como si procesaran información demasiado rápido—. Además, así ganaríamos tiempo mientras ustedes supervisan las excavaciones.

Me había parecido que con “excavaciones” mi hermano había dejado ir cierto retintín irónico, pero el comandante Ziereis no pareció notarlo y asintió con la cabeza.

—Pero le digo lo mismo que al Rottenführer-SS Racht. Sólo tenemos hasta que se ponga el sol. Este problema es demasiado gordo y enrevesado para mí. Mañana por la mañana a primera hora llamaré a la policía criminal, y cuando los de la Kripo comiencen a dar vueltas por aquí, perderemos el control de este asunto, así como perderemos el control del futuro de nuestras carreras militares.

—Pondré todo mi empeño, señor.

—Ponga más que su empeño, Weilern. Usted sabe bien de los privilegios que goza su familia por su relación con mi mentor, Theodor Eicke. Si viene un nuevo comandante para este campo,

seguramente no será uno de los que formó personalmente su tío. No digo que lo vayan a pasar mal pero bueno... ya sabe lo que se dice: más vale lo malo conocido...

Mi hermano no necesitaba incentivos adicionales. Lo cierto es que los SS vivimos muy bien en el campo de Mauthausen, y mi hermano y yo gozamos de una independencia casi absoluta.

—Encontraré al asesino, mi comandante. Sin hacer ruido y sin llamar a patrullas adicionales de soldados o de policías que peinen el terreno detrás de Harald o de Braun.

—Dios y nuestro Führer así lo quieran.

Nos despedimos con un sonoro "Heil Hitler” y enfilamos hacia el campo a paso firme. Atravesamos la entrada y el patio de garajes más rápidamente que de costumbre. El tiempo pasaba, no habíamos desayunado y debíamos tener un aspecto bastante desaliñado después de pasar varias horas entre la nieve y el barro. Llegamos al campo interior y de nuevo al patio de revista, donde giramos a la izquierda hacia el último barracón de los prisioneros:

—Vamos al barracón once, ¿verdad?

—Sí, claro. Recuerda, en primer lugar, que allí fue ejecutado un preso español, según nos informaba el primer poema del asesino. Además, el barracón once es el hogar no sólo de buena parte de los españoles sino de los aprendices de picapedrero, los niños que trabajan en la cantera o en los Baukommandos. Y esos niños, son los preferidos por los desviados para sus juegos antinaturales. Sigo pensando que en todo este asunto, en alguna parte, se esconde un componente sexual.

—Ícaro también vive en ese barracón —dije con voz meliflua, apercibiéndome que había descubierto algo importante antes de terminar la frase.

—¿Quién es Ícaro?

—Es amigo mío. Se trata del muchacho que siempre iba con Braun. Se decía que al Blockführer le gustaba la carne fresca... bueno... la de los miembros de su mismo sexo y, en especial la de los junge, los prostitutos jóvenes, más o menos de la edad de Ícaro...

Mi hermano se detuvo en seco y levantó las manos al cielo con gesto de impotencia.

—¿Y ahora me lo dices? ¿Dónde tienes la cabeza, Rolf? ¿No recuerdas que antes te he explicado que de Ferrat, el soldado que fue asesinado en Hartheim, se sospechaba también que tenía una cierta inclinación por los chicos jóvenes? ¿No has visto relación entre ambos hechos?

—No lo había pensado hasta ahora —dije, bajando la cabeza.

—En ocasiones, Rolf...

Otto no había terminado la frase pero yo sabía cómo continuaba.

—En ocasiones parezco tonto, sí. Tal vez lo sea.

—Por Dios, Rolf. No te lo tomes todo a la tremenda. Sólo te pido que hagas algo más que ir de un lado a otro conmigo mirando lo que pasa como un pasmarote. Si tienes información, alguna cosa que yo ignoro... no dudes en explicármela. Cuatro ojos ven siempre más que dos.

El barracón once estaba prácticamente vacío. Sólo había un par de prisioneros limpiando los baños y el Kapo que los mandaba; un poco más allá, en los lavaderos, estaba el resto del Kommando. El Stubendienst, o equipo de limpieza de barracón, era uno de los mejores destinos que se podían conseguir. Interrogando a los miembros del mismo, pudimos descubrir que Juan López era el nombre del prisionero que había muerto en el incendio.

—Yo no creo que muriera realmente de resultas de las quemaduras —opinó el Kapo, que luego de que le diéramos cinco cigarrillos, comenzó a sentir que se le soltaba la lengua.

—¿Ah, no? —dijo mi hermano.

—No. A estas alturas ya he visto a unos cuantos morir en este lugar, no sé si me entiende, señor. Juan ya estaba muerto cuando le prendieron fuego. Yo creo que lo estrangularon: los ojos tenían pequeñas venas rojas y la lengua toda afuera. No es la primera vez que veo a alguien morir así.

—Es usted muy observador, Kapo.

—Gracias, señor.

Uno de los presos, sin dejar de limpiar el suelo con una escoba de madera, recordó que Juan quería ser dibujante y que llevaba meses trabajando en un cómic que él pensaba que revolucionaría la historia del arte moderno.

—Era un soñador —nos dijo, apesadumbrado, en español. Se llamaba Antonio García y era evidente que el muerto había sido su amigo. Pero las amistades duran poco en Mauthausen y es mejor olvidar y no encariñarse demasiado con nadie.

—Un artista degenerado. Un enemigo del estado alemán —musitó mi hermano, como para sí mismo.

—¿Perdón? ¿Hablaba conmigo, señor? —dijo el prisionero, poniéndose a la defensiva al oír la frase "enemigo del estado". Los presos españoles como Antonio no entendían del todo el alemán, pero había ciertas frases que sabían que no podían ignorar, y hasta el más negado para los idiomas las aprendía rápidamente si quería sobrevivir.

Mi hermano negó con la cabeza y se volvió hacia mí, dando la espalda al equipo de limpieza:

—Sólo pensaba en voz alta. El asesino no pudo soportar que alguien que no fuese ario pudiese llegar un día a ser un artista de renombre. Creo que éste tampoco fue un crimen premeditado. Estaba aquí haciendo su ronda o sencillamente paseando cuando debió descubrir los dibujos o el pobre español se los enseñó sin saber el peligro que corría. Lo que no entiendo es por qué no lo mató sin más y reclamó su día de permiso al comandante Ziereis. Es bien sabido que el asesinato de un preso reporta un día en Linz en el mejor prostíbulo que uno pueda pagarse. Y aunque sólo se puede asesinar indiscriminadamente a los prisioneros inútiles para el trabajo, una vez muerto es difícil de probar si era o no útil para trabajar. Tú y yo sabemos que eso no lo mira nadie y, de facto, cualquiera de nosotros puede matar a quien le venga en gana.

—Tal vez separa lo que son sus asesinatos dentro de la disciplina del campo de sus crímenes personales —argüí—. Aunque en ambos casos son igualmente abyectos, seguramente para él pertenecen a diferentes categorías morales.

Los prisioneros me miraban con los ojos muy abiertos. El Kapo era austriaco como nosotros y el resto llevaban lo suficiente en el campo para entender que yo había equiparado los asesinatos de un criminal a lo que sucedía en el campo de Mauthausen. Pensé por un momento que mi hermano me iba regañar, pero o bien estaba muy cansado o bien por primera vez en su vida tuvo que reconocer que todos los asesinatos son abyectos, se hagan o no bajo los auspicios del estado.

—No sé, Rolf. Sigo pensando que hay algo en esta historia que se me escapa y no sé lo que es. Noto que lo tengo delante de la nariz pero que no consigo verlo. El asesino nunca debería haber considerado la muerte de Juan López como parte de su carrera criminal. Se trata de la muerte de un subhumano. Para un hombre de las características de nuestro asesino, eso no sería mucho más que matar a una cucaracha.

Los miembros del equipo de limpieza, viendo el giro que tomaba la conversación, se retiraron discretamente en silencio y continuaron sus tareas de limpieza, como si fuesen invisibles.

—¿Sabes dónde podemos encontrar a ese tal Ícaro? —A mi hermano había vuelto a escapársele

la resolución del caso y removía la cabeza, contrariado, pero lo único que podía hacer era continuar.

—Creo que en la lavandería. Allí solía llevar Braun a sus muchachos preferidos. Al menos, eso he oído.

—Sí, es verdad. Ahora creo recordar que yo también he oído algo al respecto.

Caminando en línea recta, salimos del barracón y regresamos al patio de revista. Pero antes de alcanzar la puerta ya escuchábamos los aullidos, los lamentos, los gritos demandando auxilio y una voz rota contando: uno, dos, tres, cuatro, cinco. Avivamos el paso, porque a nuestros oídos había llegado un siseo largo que pone los pelos de gallina y termina en un estallido. Conocíamos bien ese sonido. A menudo, sobre todo los domingos, que era día libre en Mauthausen, incluidos en principio también los presos, se levantaba en el patio de revista una larga tarima delante del barracón uno. Incluso había quien se traía su mujer y a sus hijos a contemplar el espectáculo. Varios SS rivalizaban entre sí a la hora de utilizar aquel instrumento que emitía el terrible siseo que termina en estallido: el látigo del comandante Ziereis.

—Déjame, Georg, me toca a mí —estaba diciendo Schultz a su camarada el jefe de seguridad, tironeando del instrumento de tortura, cuando finalmente llegamos a la Apellpaltz.

Esta vez no se había levantado tarima alguna sino que se habían clavado tres postes en el suelo y a ellos se había atado a tres muchachos. Eran todos ayudantes en la lavandería, sospechosos de tener una amistad demasiado personal con el Blockführer Braun. Ziereis, muy serio, dirigía el castigo personalmente, perdido ya todo interés por llevar el asunto con discreción. Sabía que el tiempo se le echaba encima y sólo le importaba resolver el caso lo antes posible. Tembloroso, subía y bajaba su pañuelo de seda cada vez que quería que el látigo se incrustase en las nalgas de uno de aquellos pobres muchachos. El primero había sido torturado por Bachmayer y ahora yacía caído en el suelo, muerto o inconsciente, y todavía atado al poste por las manos. El segundo acababa de recibir ya su cuarto latigazo, de manos del Jefe de la Policía Política, cuando terminamos de cruzar el patio y llegamos por fin a la altura de la improvisada zona de tortura, junto a las torres de la entrada. Como era costumbre en el campo, el reo estaba obligado a contar los latigazos. Si se equivocaba o no conocía el número siguiente en alemán, la cuenta empezaba de nuevo desde el número uno.

—¡Cinco! —gritó el muchacho, apretando los dientes, al tiempo que su nalga derecha estallaba y se partía en dos, derramando carne y linfa en derredor como si de un maldito surtidor de filetes se tratase.

Al vernos, Ziereis detuvo en el aire su pañuelo de seda.

—Hay novedades, señores —nos dijo, torciendo los labios en un gesto que quise creer era una sonrisa—. Nada más marchar ustedes, me informaron que uno mis hombres había recordado que cuando Braun alejó a la guardia del Bunker para poder asesinar al Rapportführer Boldt, había con él uno de esos muchachitos afeminados que tanto le gustan. Así que hemos venido a sonsacarles amablemente un poco de información.

El campo, a aquellas horas, estaba lleno a rebosar de presos, guardias y Kapos, que se afanaban en todas direcciones camino de sus tareas, procurando no llamar la atención, no mirar siquiera la escena dantesca que se estaba desarrollando en medio del patio de revista. Hasta los guardias de las torres, pagodas de inspiración oriental, en lugar de vigilar hacia el interior del recinto, miraban hacia afuera, en dirección a las obras de los Kommandos exteriores en los barracones nuevos. El sexto sentido de todos, su instinto de supervivencia, les decía que no se les había perdido nada allí. A nadie.

—Pero no crean que ignoro que la culpa es mía por permitir que algunos hombres con tendencias desviadas hayan permanecido entre nosotros en la impunidad —prosiguió nuestro comandante—. Siempre me había parecido que en un lugar donde hay tantos hombres es imposible mantener estrictamente dentro de los límites de la decencia todas las conductas sexuales. No quise investigar los rumores acerca de que Braun perdía aceite; pensé que era su problema y no el mío. Pero estaba equivocado. Porque la homosexualidad es como un cáncer, y un hombre que comienza por rebajarse a sí mismo de esa forma, luego puede convertirse en un asesino de sus camaradas o en cualquier otra cosa. No volverá a suceder. A partir de ahora voy a tener una tolerancia cero con este tipo de conductas.

Dicho lo cual volvió a bajar su pañuelo y un nuevo latigazo se incrustó en la piel del muchacho, que hubo de gritar el número seis en aleman: ¡Sechs! Angustiado, di la vuelta al otro lado de cada uno de los postes y contemplé el rostro de los chiquillos. Ninguno de ellos era Ícaro. Suspiré, ligeramente aliviado, pero luego me sentí culpable porque, después de todo, tres muchachos estaban recibiendo una paliza de muerte y nadie iba a levantar un dedo para rescatarlos. Yo tampoco iba a hacerlo porque, aunque más de una vez a lo largo de este relato haya explicado cuán tonto puedo llegar a ser, hasta yo tengo mis límites y al menos sé cuándo hay que callar.

—Falta Ícaro Echeverría —dijo una voz a mi espalda, dirigiéndose a Ziereis. Se trataba de Godzilla, que acababa de regresar de dar una vuelta por el campo, supervisando a sus Kapos y dirigiendo la siguiente tanda de asesinatos, palizas y demás tropelías a los que éstos se entregan con los prisioneros.

—¿Quién es ese Ícaro Echeverría? —inquirió Ziereis levantando acusador su pañuelo de encajes.

—Es otro de los amiguitos de Braun, comandante. Le traigo la documentación de todos los chicos de la lavandería. Incluido Ícaro. El jefe de seguridad me lo ordenó. Pensó que podría serle de utilidad.

—¿Y por qué demonios no está aquí ese tal Ícaro? —Ziereis se puso entonces a bramar como una fiera que estaba rodeado de incompetentes. Cuando por fin se serenó un poco, leyó con más atención la documentación que le acababa de traer el gigante—: ¿Trece años tiene ese chiquillo? ¿Cómo demonios han dejado entrar a un niño de trece años en el campo?

—Debía estar muy crecido —objetó Godzilla, inclinando la cabeza—. No es la primera vez que pasa. El pelotón que recoge a los prisioneros de los vagones en la vía muerta tiene que guiarse por la altura y no por la edad. Si tuvieran que comprobar la documentación de cada uno, no acabarían jamás. Además, muchos vienen indocumentados. Sólo los que provienen de algún Stalag traen un expediente completo y actualizado.

Ziereis, que sabía de sobra todas esas cosas, soltó un gruñido por toda contestación y se sumergió en el papeleo. “Encima sordomudo”, se oyó que murmuraba.

—Maricón, español, rojo y sordomudo: no le falta de nada a este subhumano. Me extraña que no tenga tres pezones, cinco brazos o cuatro piernas —Nuestro comandante estaba comenzando a perder los nervios y la poca cordura que le restaba.

«¡Malditos españoles rojos! Habría que arrancarles la piel a tiras a todos y cada uno de ellos. ¿Me oyes? ¡Hasta el último tendría que pasearse por mi campo despellejado como un conejo!

Por lo menos, mientras desvariaba, se había detenido la tortura del segundo muchacho, que suplicaba y se lamentaba pidiendo clemencia mientras de sus nalgas, su espalda y sus piernas corría

la sangre a borbotones. Ziereis exigió entonces que se callase, pero el muchacho, completamente enloquecido por el dolor, no dejaba de chillar. El Lagerführer se levantó entonces de su silla Thonet, que un asistente llevaba tras él a todas partes, y disparó una única vez sobre la cabeza del muchacho, que se contorsionó y luego de rebotar contra el poste, cayó al suelo hacia atrás deshaciendo en su caída el nudo que le había atado a la madera.

—Este asunto acabará por volverme loco —confesó, amartillando su arma para descerrajarle otro disparo al tercer muchacho.

—Espere, espere, señor comandante –lloriqueaba éste, temblando de pies a cabeza—. Le diré todo lo que sé de los asesinos. Pero no me mate, señor. No me mate.

Ziereis respiró profundamente.

—Al final, estos subhumanos de lo único que entienden es de mano dura —se volvió hacia nosotros—: ¿Han visto? Mano dura y menos darle a la cabeza y buscar pistas que no conducen a ninguna parte.

El ayudante de lavandería seguía llorando. Frank Ziereis se acercó al muchacho y le acarició el pelo de la misma forma que lo hacía con sus propios hijos.

—Dime, chiquillo, ¿qué sabes de todo este asunto?

El muchacho, un huérfano polaco de quince años, se había criado en Austria y había sido un ladronzuelo de poca monta de los bajos fondos de Linz antes de ser declarado carne de presidio para un Lager. Durante la tortura de sus compañeros se había meado y cagado encima. Ziereis se puso su pañuelo perfumado sobre la nariz al acercarse para escucharle mejor:

—Esta mañana, el Blockführer Braun vino a llevarse a Ícaro. Dijo algo así como que lo del Bunker les había puesto al descubierto y que no tardarían en sospechar de él. Ícaro recogió sus cosas y se fue detrás del Blockführer. Yo estaba fumando un cigarrillo a escondidas y no me vieron. Poco después vino el soldado de primera Harald Bauer preguntando por ellos y le dije que se habían marchado juntos. Parecía muy enfadado. No sé nada más. Lo juro.

—¿Y por qué has hablado de ellos como de los asesinos?

El muchacho respiraba fatigosamente, hiperventilado. Estaba tan muerto de miedo que no tardaría en desmayarse

—Bueno, Herr Lagerführer, señor, he atado cabos. Todo el mundo habla del asesinato del Bunker y de ese otro en los barracones nuevos, donde va a ir el Hospital. Además, acabo de recordar... —se detuvo un momento para recuperar el resuello.

—Además has recordado, ¿qué? —Ziereis había perdido ya la paciencia y volvía a amartillar su arma.

—Además, hace un par de noches, el Blockführer Braun vino a buscar a Ícaro. Pero éste había sido requerido en el exterior, en un Baukommando. Braun estaba como ofuscado y hablaba en voz alta. Creo que tenía miedo y decía cosas sin mucho sentido acerca de un muñeco de barro y de que éste le iba a obligar a ser de nuevo el cómplice del asesino. Él no quería matar a nadie, y lloraba. Tenía miedo de perder su puesto en el campo. Yo traté de consolarle...

—¡Maldita sea, muchacho, no quiero detalles de tus mariconadas! —Ziereis había levantado su arma y apuntaba directamente a la cabeza del chiquillo.

—Pero, señor, le juro que Braun y yo... nunca. Braun no era homosexual, ¿sabe? Ícaro era su protegido y a nosotros nos había echado una mano para que no acabásemos cargando piedra en la cantera. Pero nunca nos tocó, ni nos hizo una proposición... de esas, ¿sabe? Braun es un poco bruto,

pero no es mal hombre, al menos con los más jóvenes. Una vez me dijo que perdió a un hermano con doce años y que todos se lo recordábamos.

—Oh, vaya, vas a conseguir que me ponga a llorar, muchacho —Ziereis tenía el dedo sobre el gatillo del arma— ¿Sabes algo más sobre los crímenes? ¿Te dijo el nombre del que mandaba sobre él? ¿Braun estaba al servicio de Harald Bauer?

—No lo sé, comandante. Me dijo que el muñeco de barro era un hombre que se había reencarnado en otro cuerpo o algo por el estilo. Hacía tiempo que decía cosas así, sin mucho sentido. A veces le oía hablando con un tercer hombre cuando venía a buscar a Ícaro, pero le juro que nunca lo vi. Se debía ocultar en las sombras para que no le reconociéramos. Ah, ¡espere! —El muchacho intentaba recordar lo que fuese para evitar ser ejecutado. Todos menos Ziereis nos dábamos cuenta de que en breve comenzaría a inventarse cualquier cosa para salvar el pellejo— Una vez le oí hablar del Sturmmann-SS Bauer, de que le tenía miedo, y de una escuela, de ir a una escuela o de que la culpa era de lo que pasaba en la escuela. Decía una cosa, luego otra y se contradecía... y yo ya no me acuerdo muy bien. Hablaban de una escuela, sí, estoy seguro, y otra vez vi cómo Ícaro escribía algo sobre una escuela. "Ícaro está en la escuela" o algo así.

Frank Ziereis, a pesar de su estado de nervios, había comprendido ya que aquel muchacho no le sería de más utilidad. Estaba a punto de apretar el gatillo cuando mi hermano le cogió del brazo y lo apartó con suavidad, amistosamente.

—Creo que he resuelto el caso, Herr Lagerführer. Y me parece que el desenlace va a ser de su agrado.

Todos esperamos en un silencio expectante. Schultz fue el primero en hablar:

—¿Y bien?

Mi hermano carraspeó.

—Ya sé quién era Harald Bauer antes de ser Harald Bauer. Lo que no sé es cómo consiguió hacerse pasar por uno de nosotros. Un hombre como Braun no pudo conseguirle toda la documentación necesaria. Tiene que haber algún otro implicado. Pero de momento vayamos por pasos. Harald no es ningún SS. En realidad, es un hombre de la calle, un ciudadano sin ninguna conexión con el ejército ni, que yo sepa, con el partido.

Ziereis guardó la pistola en su cartuchera. Nunca he visto una expresión de alivio más genuina que la que reflejaba su rostro.

—¿Y cómo se llama nuestro asesino?

—El nombre de pila no lo conozco, mi comandante, pero su apellido es Schule, escuela en alemán —dijo mi hermano, inclinándose hacia el oído derecho de Ziereis—. Lo que el muchacho vio que Ícaro escribía no se refería a estar en una escuela sino a estar con Schule. Ambos, Braun e Ícaro, servían y temían no a algo relacionado con una "escuela" sino a ese tal "Schule", al que nosotros conocimos como Harald Bauer. Se trata, en suma, de un enfermo mental escapado del castillo de Hartheim..., y esa es precisamente la conexión con ese lugar que desde el principio habíamos observado en este caso.

No pudimos escuchar nada más de lo que le dijo en adelante. Ziereis asentía y sonreía embelesado con cada palabra de Otto. Yo, por mi parte, no necesitaba oírles, ya había adivinado el resto. A los demás aquel apellido no les decía nada, pero a mí sí. De un solo golpe, comprendí el rumbo de los razonamientos de mi hermano. Recordé a la señora Schule, asegurando que había visto a su hijo una vez muerto rondando su casa, mirando por la ventana y dejando sobre el alfeizar un

muñeco de barro. ¿No había dicho que era aficionado a modelar figurillas de arcilla? El ayudante de la lavandería acaba de decir precisamente que Braun tenía una de esas figuras y que decía que ésta le obligaba a matar. Ciertamente, el asesino era un ser perverso e inteligente que nos había engañado a todos desde el principio. Harald, mi mejor amigo, era un ser enfermo, un demente de la peor clase escapado de una Institución del Sueño. Mientras centenares o miles de inocentes morían, tal vez el único demente verdaderamente peligroso que pisaba aquel lugar, conseguía eludir la cámara de gas y los hornos crematorios. Toda una ironía. Por mi parte, yo jamás habría adivinado la verdad. Pero por eso Otto Weilern es el listo de la familia y yo, Rolf, soy el tonto, una comparsa, una carga para mi pobre hermano.

Un par de minutos más tarde, Otto y yo abandonamos el campo interior, camino una vez más de nuestro Opel. Teníamos que cumplir con una misión, con la misión de encontrar al asesino; pero a diferencia de la última vez que habíamos salido en su búsqueda, sabíamos de quién se trataba y a quién preguntar la forma de dar con su paradero: Frau Schule, la madre de nuestro enemigo, tenía la llave para dar carpetazo definitivamente a nuestra investigación.

—¿Para qué se habrán llevado a Ícaro? —inquirí, todavía preocupado por el pequeño español.

—¿Qué querrán de él Harald y Braun? ¿A eso te refieres?

—Claro —repuse. Estaba temblando, y no era de frío.

—No creo que sea nada criminal. El niño seguro que no está implicado. Lo querrán para... saciar sus apetitos, supongo.

La idea de una orgía con un pequeño de trece años me revolvía el estómago. Y lo que es más extraño, no podía imaginar al Blockführer, y aún menos a Harald, en un contexto semejante. El muchacho al que había torturado Ziereis lo había dejado bien claro: Braun no era homosexual. Había algo que no cuadraba.

—Antes has dicho que tenías el pálpito de que alguna cosa se te escapaba. ¿Sigues pensando lo mismo? —dije, tratando de alejar de mi mente la imagen de Ícaro.

—Sí. Hay muchas cosas que no comprendo todavía, Rolf. Le dije al comandante que todo estaba ya muy claro, pero sólo fue para tranquilizarle, pues estaba fuera de sí. Por ejemplo, no sé quién ha proporcionado papeles falsos a Harald, perdón, a Schule, para transformarse en un SS.

—¿El mismo que falsificó el pasaporte racial de Braun, tal vez?

—Puede ser, pero también puede ser que sean dos sucesos completamente independientes. Debe existir un mercado negro de pasaportes falsos para aquéllos que no quieren vivir con el estigma de ser judío o medio judío. Es algo lógico. ¿Pero quién falsificaría un expediente de las SS a fin de que un civil pueda trasladarse a un campo como el nuestro? ¿Quién podría hacer algo tan complejo e impensable? Ya te he dicho que hay algo que tengo delante de las narices y no termino de ver. Tal vez si durmiese un poco se me despejarían las ideas...

—¿Pero estás seguro de que Harald es nuestro hombre?

—¿Qué otra explicación hay? Es un impostor, estaba en las inmediaciones de Hartheim el día de la muerte del guardia y alguna cosa más que no quieres decirme.

Mi hermano se había dado cuenta de que le ocultaba algo sobre mi antiguo amigo. Le revelé que Harald me había estado vigilando el día anterior, acechándome en las inmediaciones de nuestra casa en Sankt Valentin. Eso pareció preocupar a mi hermano, que por primera vez se planteó la posibilidad de que pudiéramos ser perseguidos y no perseguidores.

—¿Crees que Harald quiere hacerte daño?

—Ahora ya no sé qué pensar.

Otto me dijo que en adelante, y hasta que atrapásemos al asesino, no quería que volviese a ir sólo a ninguna parte, ni siquiera a la puerta de la calle. Me prometió que me pondría escolta en cuanto pudiera.

—No necesito escolta —protesté.

—Estoy preocupado por ti. Para un hombre como Schule, tú eres una vergüenza para la Nación y para las SS. No voy a arriesgarme a perderte.

Decidí postergar el enfadarme porque me tratase como a un niño al ver cuánto se había inquietado por mi causa. Otto era un hombre brillante pero tenía además un gran corazón. Por eso yo le amo por encima de todas las cosas de este mundo.

—Nadie habría descubierto la verdad de no ser por ti —le dije, con la voz inflamada de orgullo y admiración.

Otto pareció no dar importancia a sus logros en el caso. No era consciente del hombre extraordinario que era.

—Sin tu ayuda no habría podido conseguirlo. Tú me insististe hace un rato en la importancia de la anotación sobre el Golem.

—¿Y la tiene?

—Naturalmente. Ya oíste la declaración del muchacho de la lavandería. Braun cree que obedece a una figura de arcilla, es decir, a un Golem, el producto de esa figura mágica en la imaginería del judaísmo. Otra cosa es cómo ha llegado a creer una tontería semejante, de qué forma Schule ha metido ese desvarío en su cabeza. Ese es otro de los detalles que todavía no alcanzo a comprender. Y sin ti, no habría reparado en ello cuando el chiquillo hablaba con Ziereis. Tal vez, sin tu ayuda, no habría atado cabos y estaríamos a oscuras como hace un momento, sin saber a dónde ir a buscar al asesino. Tú has resuelto el caso en la misma medida que yo mismo.

Pero estaba mintiendo. Trataba de ser cortés y de ganarse mi simpatía. Yo, en ningún momento había tenido la menor idea de lo que estaba pasando por la cabeza de Otto; nunca hubiese sospechado de Harald y, si os soy sincero, tampoco de Braun. De hecho, hasta que escuché de labios de mi hermano el apellido del asesino, no podía ni imaginar de qué trataba todo el asunto. No, Otto Weilern es el tipo de hombre sobresaliente, el superhombre, el nuevo ario que hace años nos están vendiendo por la radio Adolf Hitler y Joseph Goebbels. Es este tipo de hombre superior el que se supone ha de expandir la cultura y las fronteras de Alemania más allá incluso de su espacio vital, a las regiones limítrofes. Y sin embargo...

Y sin embargo yo sigo creyendo que los hombres, listos o tontos, arios, bolcheviques, blancos, negros o rojos, son todos iguales... y que nadie tiene derecho a expandir su territorio o su cultura por encima de la de otros.

Ojalá que hombres como mi hermano sean únicos, que sean tan pocos que el Tercer Reich no tenga fuerzas para conquistar el mundo como pretende, porque una Europa de Ottos Weilern tal vez fuera tan aburrida como esa otra Europa de Rolfs Weilern, llena de tontos subhumanos, que los nazis creen estar enfrentando.

A ti, lector nacionalsocialista del futuro, a quien dirijo este diario, te digo que el futuro de la humanidad está en todos nosotros, en los superhombres como mi hermano, en los supertontos como yo y en todos los que estáis entre uno y otro extremo. Porque todos tenemos derecho a ser libres y a vivir como mejor nos plazca. Así debería pensar un buen alemán. Así pienso yo, sin temor a estar

equivocado, porque hasta alguien como Rolf el tonto sabe lo que está bien y lo que está mal.

Tú también, lector nacionalsocialista, deberías saberlo.

FIN DE LA CUARTA LECCIÓN

Capítulo 5

KALTER ARSCH

(Culo frío)

El asesino contemplaba las evoluciones del cabo Racht y su grupo de prisioneros desde una loma. Mauthausen está lleno de pequeñas colinas, altiplanos y estribaciones, y desde una de ellas, decúbito prono, él y Braun, prismáticos en mano, veían como el último de sus secretos salía a la luz. Ambos sabían que les buscaban, pero al asesino no le importaba en absoluto. Hacía tiempo que no importaba nada salvo purgar las culpas de todos esos hombres que, habiendo jurado servir a las SS, se servían sólo a sí mismos. A su lado, el Blockführer rompió a llorar quedamente, pensando en todo lo que había perdido: trabajo, posición y, muy pronto, la libertad. Debía estar loco para haber decidido seguir a la bestia en aquella carrera infausta de crímenes. Pero lo había hecho, y eso ya no tenía vuelta atrás. Preguntó algo al asesino y éste le respondió de la forma habitual:

—Déjame en paz, maldito judío.

Braun comenzó a farfullar, insistiendo en lo que fuera que estaba explicando a su interlocutor, hasta que el asesino tuvo que prestar por fin atención, por mucho que odiase que aquel imbécil le hiciese perder su valioso tiempo.

—¡Quiero acabar con esto! No puedo más. Me has sometido a muchas pruebas y en todo te he obedecido. Pero no puedo seguir.

El asesino se dio cuenta de que su cómplice se estaba derrumbando y decidió cambiar de actitud.

—Pronto se acabará, amigo mío. Sólo me queda una pequeña misión que encomendarte.

Braun hipaba, sin dejar de farfullar alguna cosa ininteligible y sin dejar de llorar: dos gruesas lágrimas corrían por sus mejillas.

—Hace días que no dejo de darle vueltas a la cabeza. Me corroe la culpa. Necesitó poner en orden mis pensamientos. Necesito descansar...

—Claro, claro. Pronto descansarás, mi buen amigo.

Con el rabillo del ojo, el asesino se apercibió que alguna cosa estaba sucediendo en la ciénaga. Los prisioneros habían hallado al primero de los cadáveres y lo arrastraban hacia la orilla. No había tiempo que perder. El asesino comprendió que había que actuar rápido.

—Braun, han descubierto el cadáver del hombre.

—¿Al que robamos el Mercedes?

—Claro, ¿a cuántos más arrojamos a la ciénaga?

—Sí, es verdad. Ya no sé lo que me digo.

Era una contradicción que un ser tan estúpido pudiese pensar que tenía derecho a formar parte de la raza aria, el linaje de superhombres destinado a gobernar todo el universo.

—Tenemos que deshacernos de las pruebas antes de que éstas les conduzcan a nosotros. Trae el coche y préndele fuego.

—¿Y cómo huiremos de aquí sin el coche? Los soldados verán el humo y vendrán a por nosotros. Si vamos a pie, tarde o temprano nos darán alcance. Además, cuando maté al hombre me lo regalaste. Dijiste que era mío.

El asesino sonrió y dijo, procurando parecer seguro de sí mismo:

—Y era tuyo, mientras lo necesitamos. Ahora es un estorbo.

—¿Por qué es un estorbo?

—Porque sí, porque lo digo yo, judío. Tienes que confiar en mí. Hasta hora nunca me he equivocado y ahora tampoco lo haré. No nos atraparan.

Braun se levantó, limpió su uniforme de tierra y acudió arrastrando los pies hacia el coche, un

Mercedes 500k, que había aparcado apenas a cincuenta metros. Cuando el asesino oyó el ruido del motor encendiéndose, el grupo de prisioneros de Racht ya habían encontrado el segundo cuerpo. Ahora sí que había que actuar rápido. El Blockführer llevó el coche casi hasta la cima del promontorio y aparcó junto a su amo. Por un momento sintió el impulso de atropellar a la bestia y lanzarla al fondo del abismo. Pero no lo hizo. Seguía temiéndola; seguía odiando todo lo que era y todo lo que significaba pero, por encima de todo, seguía odiándose a sí mismo por haberla conjurado con sus actos impíos. Él, Jonas Braun, era el verdadero monstruo y tenía que pagar por todo lo que era y en cuanto se había convertido.

—Ya está, señor.

El asesino se incorporó y miró cara a cara al Blockführer. Pero Braun no le devolvió la mirada. Acababa de echar un vistazo más allá de su hombro, en la lejanía, donde el Kommando de Racht terminaba por fin de drenar la ciénaga. Aun sin prismáticos, distinguió los dos cadáveres, uno mucho más pequeño y delgado que el otro y, por primera vez en varias semanas, Braun comenzó a razonar con claridad.

—Han encontrado un segundo cadáver, señor.

—Sí, eso parece.

—Pero nosotros sólo arrojamos a un hombre a la ciénaga.

—Creo que estás en lo cierto.

—Pero hay dos y el segundo no puede ser cosa nuestra.

—Mía no, seguro, maldito judío. Pero tal vez sea cosa de alguien que tengo a mi lado, mirándome con su gorda cara de cretino.

Braun distinguió entonces el cañón de su propia arma apuntándole y, súbitamente, lo entendió todo. Fue como una ráfaga de realidad que barriera todas sus anteriores dudas, supersticiones, creencias infundadas... De pronto se dio cuenta de que la explicación más sencilla era la única explicación y que él, después es todo, no era un ser maldito por los dioses sino un imbécil de tomo y lomo.

—Me has robado la pistola para asesinarme.

—Muy perspicaz, Blockführer Braun.

—Y mataste a Streisser con mi daga para incriminarme.

El asesino quiso echarse a reír, pero descubrió que ya no le quedaban fuerzas ni para eso. Matar a Braun no tenía ninguna gracia. Sólo era necesario.

—Te la robé porque la necesitaba para comenzar a limpiar el campo de indeseables. Lo de que te incriminaba se me ocurrió luego. Pero bueno, tampoco está de más desviar un poco la atención, ¿no?

Le extrañó que Braun no estuviese rojo de ira, con el rostro desencajado, deseando lanzarse sobre él para arrebatarle el arma. Por el contrario, se le veía tranquilo, como si se hubiese quitado un peso de encima. Tenía los hombros caídos, y respiraba fatigosamente. Parecía haber llegado al final de un largo camino. El que no hubiese nada al final del camino, ya no era cosa suya. Se sentía igual que un Ulises al que Ítaca se le hubiese atragantado.

—Y supongo que tampoco eres un Golem, sólo un joven enfermo, un asesino demente y sanguinario que ha arrastrado a un pobre imbécil como yo a la perdición.

El asesino se encogió de hombros.

—Eres demasiado melodramático, Blockführer. Sólo soy un gran hombre haciendo justicia, acompañado por un subalterno estúpido. Ha sucedido muchas veces a lo largo de la historia. Ésta es

sólo una más. Respecto a si soy o no soy un Golem —esta vez sí que se echó a reír—, eso lo discurriste tú sólo. Yo nunca te dije nada al respecto: fue tu mente supersticiosa de judío la que me transformó en el ser que tú estabas esperando ver.

Braun asintió. Al fin todo cobraba sentido.

—Y lo de la ciénaga... el día que nos conocimos... —Parecía tan cansado que no podía completar sus propias frases. Estaba agotado, al borde del desfallecimiento.

—Yo estaba escondido, espiando. El azar hizo el resto.

Apenas quedaba nada que añadir. Ambos lo sabían. La conversación llegaba a su fin. Sólo un par de cabos sueltos. Braun metió una mano en el bolsillo y sacó una figura de barro, mitad humana, mitad ave fabulosa. La quebró por la mitad y la arrojó al suelo. Al ver que el asesino seguía en pie, inmune al hechizo del muñeco, casi se echó a reír.

—Y ahora... ¿qué pasará ahora? A mí, me matarás, pero ¿qué harás con Ícaro?

—Ícaro hará un último saludo a los escenarios y desaparecerá para siempre. Nadie va a echar de menos a un subhumano. Sólo será un rojo sordomudo menos en el mundo. Nadie hará preguntas.

—Lo tienes todo pensado. Mi enhorabuena —dijo Braun, irónico.

Había llegado el momento de terminar con aquella farsa. Maquinalmente, el Blockführer inspiraba y expiraba, con los ojos cerrados, como si ya lo entendiese todo, como si lo supiese todo y el conocimiento de la verdad le bastase. Es cierto que sólo conocía una parte, pero conocía lo suficiente. Sabía, por ejemplo, que no estaba maldito, que nunca estuvo maldito. Eso le bastaba. Estaba preparado para morir en paz.

—Gracias y adiós, Braun. Has sido de gran ayuda. —El asesino apuntó de nuevo, titubeó. Sintió lástima de su víctima pero no se sintió culpable como otras veces. Era la empatía que tiene un buen amo hacia su perro, hacia el animal que le ha servido bien dentro de sus limitaciones de animal o de judío— Dime, Jonas, ¿quieres rezar alguna cosa a tu Dios o decir algo para reconfortar tu alma en esta última hora?

El Blockführer abrió mucho los ojos, como despertando de un sueño.

—¿Para qué iba a añadir nada más? No hay nada más.

La Luger ladró una sola vez y el cuerpo del Blockführer cayó hacia atrás con un agujero de bala en medio de la frente. El asesino se lamentó de haber tenido que acabar con su cómplice, su ayudante, su fiel esclavo. Si no hubiesen encontrado el segundo cadáver... pero ah, ahora era inútil lamentarse, aunque sin el concurso de Braun sería mucho más difícil, casi imposible, seguir limpiando el campo de la chusma que lo habitaba. Debía, pues, elegir un último objetivo: uno que por su relevancia sirviese de ejemplo al resto de perezosos SS de la Banda de la Calavera. Por suerte sólo había un hombre que reuniese los requisitos demandados, alguien cuya presencia fuese tan repugnante entre los superhombres de la Schutstaffel, que tras su muerte todos entendieran el mensaje que quería enviarles. Su nombre: Rolf Weilern. Porque, ¿cómo era posible que se permitiese que un retrasado mental formase parte de la guardia personal del Führer? La presencia de aquel hombre entre la tropa era una aberración y él se encargaría de extirpar la enfermedad del campo de Mauthausen. Hacía tiempo que estaba preparando esa última ejecución en Sankt Valentin. Se felicitó a sí mismo por su previsión. Gracias a ello podría concluir su obra con la grandeza que ésta se merecía.

—Cuando haya matado a Rolf Weilern, mi misión aquí habrá tocado a su fin —murmuró en voz baja, repitiéndolo como un mantra durante varios minutos, hasta que él mismo se creyó sus propios

rezos y, una vez más, se supo predestinado para cumplir una misión sagrada: acabar con el idiota de Rolf.

Con gran esfuerzo, comenzó a mover el cuerpo del Blockführer hasta que consiguió depositarlo en el asiento del conductor del Mercedes. Fue al maletero a buscar un bidón de gasolina y aún estaba rociando el vehículo cuando oyó la primera detonación. Rápidamente, regresó a la cima de la loma y con sus prismáticos pudo apreciar con todo lujo de detalles como el cabo Racht ejecutaba uno a uno a los prisioneros que acababan de drenar la ciénaga. Éstos, de rodillas, ni siquiera intentaron escapar. Sólo los dos últimos, desesperados, se levantaron y avanzaron unos metros camino de ninguna parte antes de ser abatidos por la espalda de un certero disparo. Uno de ellos cayó a la ciénaga y Racht tuvo que rescatarlo personalmente y llevarlo con el resto de ejecutados. Le pareció incluso que escuchaba, en la distancia, como el cabo se quejaba por haberse ensuciado sus preciosas botas nuevas. Despacio, con meticulosidad, el cabo dispuso dos grupos de cadáveres con una separación exacta de veinte pasos. A un lado, los dos que había sacado de la ciénaga; al otro, los diez prisioneros que terminaba de ejecutar.

—Es una pena, mi buen Braun, que no puedas contemplar a un verdadero ario en acción, ejecutando sus órdenes con precisión y profesionalidad. Si no hubieses nacido judío, sabrías apreciar la grandeza de cuanto acabo de contemplar.

El asesino hablaba para sí mismo pero le parecía que, de alguna manera, al difunto Blockführer, que tanto había deseado ser un alemán de verdad, le habría gustado oírle. No era mal lacayo, después de todo, ese Braun. El asesino, de niño, había tenido un caballo al que cuidó desde potrillo, lo amamantó y, con el tiempo, montó con presteza por el club de campo del que sus padres eran socios. Lo amó más que a ningún otro ser en este mundo. Con ocho años se rompió la pata intentando saltar un seto. Tuvieron que sacrificarlo. El asesino prometió solemnemente al cadáver del Blockführer que si alguna vez volvía a tener un caballo le pondría de nombre Jonas Braun.

—Me estoy volviendo un sentimental, ¡maldita sea!

En el campo, los SS tenían una expresión maliciosa para referirse a los recién asesinados. Los llamaban Kalter Arsch, algo así como “culo frío”. El asesino pensó que, por lo menos, a Braun nadie podría llamarle así, porque su “culo” iba a acabar de cualquiera manera menos frío. Secretamente satisfecho por haber sustituido un momento de debilidad por la aséptica crueldad que le caracterizaba, se echó a reír de su propia gracia y arrojó una cerilla al vehículo.

Cuando las llamas comenzaron a alzarse a favor del viento, el asesino se alejó a toda prisa del escenario de su nuevo crimen. Los vigías de las torres de vigilancia no tardarían en divisar el humo. Incluso le pareció que el propio Racht miraba en su dirección. Pero el asesino era demasiado listo y, valiéndose de sus prismáticos, se anticipó a sus enemigos y puso en marcha su último plan: aquel que le permitiría huir indemne del campo de Mauthausen.

Nadie podría con Adolf Schule. Al menos no hasta que cumpliese con su destino.

El sistema de vigilancia del Lager de Mauthausen estaba pensado para que nadie escapase, no para evitar que alguien se escurriera hacia su interior. ¿Quién, en su sano juicio, estaría interesado en volver a las entrañas de un campo de exterminio?

Por caminos escondidos, veredas secretas, el asesino esquivó el perímetro de valla electrificada, pasando por debajo de ella, después de retirar unas rocas. Sigiloso, recorrió la distancia que le separaba de la entrada del campo y no se detuvo hasta que divisó las luces de la fachada y el patio de garajes. Un grupo de prisioneros giraba en ese momento a la derecha por el sendero que conducía hacia la cantera, seguidos por tres guardias SS que reían las hazañas de uno de ellos con una campesina de un pueblo cercano. Entonces arrojó sus prismáticos para no levantar sospechas y se unió a ellos como si tal cosa; nadie reparó en su presencia. Sólo era uno más de entre los muchos habitantes del universo de Mauthausen. Nunca darían con él: era un ser anónimo e indistinguible de la masa, pero, a la vez, el primero de ellos, el mejor, el que impartiría por última vez justicia en el imperfecto mundo de los hombres. Adolf Schule, que casi era un Dios, como el propio Führer, se debía a esas pequeñas criaturas.

Apenas cien metros más allá se encontró con la persona que andaba buscando. Godzilla caminaba despreocupado, portando una caña de pescar. Era el único prisionero que tenía el privilegio de poder pasear por el pueblo de Mauthausen o de ir a pasar una tarde con alguna ramera de algún prostíbulo cercano. Estaba fumando en su vieja pipa china de porcelana y parecía satisfecho, tanto que había decidido regalarse un rato de asueto pescando en el lago luego de aquella extraña jornada llena de gritos, de acusaciones y de búsquedas infructuosas de asesinos en serie. Cuando Godzilla le vio, sus ojos se abrieron de par en par por la sorpresa:

—A ti te andan buscando. ¡Todo el mundo te anda buscando!

Antes de que pudiera dar la voz de alarma al trío de SS que guardaban el grupo, el asesino jugó su última baza.

—Ayúdame a matar a Rolf Weilern. Luego tú, si quieres, puedes encargarte de Otto. Eso ya no será cosa mía. Yo terminaré mi misión y tú podrás ver cumplida tu venganza.

Godzilla abrió la boca lentamente, incapaz de entender cómo nadie había podido adivinar su secreto. El asesino sólo esperaba que no se hubiese equivocado y que los planes de aquel bruto fueran en verdad más allá de la imaginación, que estuviera dispuesto a arriesgarlo todo para castigar a los Weilern, para obligarles a expiar un delito que el asesino no conocía y ni siquiera imaginaba.

—¿Cómo lo supiste?

El grupo que se dirigía a la cantera pasó de largo y les dejó solos. Los guardias se alejaron riendo de alguna cosa relacionada con las enaguas de la campesina con la que uno de ellos tenía tratos carnales.

—Soy un hombre observador —dijo entonces el asesino—. He visto cómo los miras, señor prefecto de los prisioneros. —Su voz tenía un toque de sorna, como si considerase al gigante un ser indigno de representar a los esclavos del campo— Sé que tu sangre hierve por dentro pidiendo venganza. No sé tus razones y no me importan. Yo tengo las mías propias y ellas me bastan.

Godzilla compuso una mueca extraña, entre el desdén y la admiración. El gigante llevaba mucho tiempo esperando aquel día. Muchas veces, al amanecer, había lucubrado la forma de acabar con los

hermanos Weilern. Nunca se había atrevido. No por falta de valor: le faltaba un plan, una oportunidad. Tal vez le faltara inteligencia. Pero ahora, por fin, tenía ambos. Alargando su mano derecha, el gigante dijo:

—Así que te llamas en realidad Schule.

¿Schule? ¿Cómo sabía que...?

El asesino comprendió entonces que sus enemigos habían llegado ya muy lejos en sus pesquisas. Ahora, más que nunca, tenía que actuar con rapidez.

—Adolf Schule: así es. Pero, ¿vas a echarme una mano o no? —El tono de su voz era ahora cortante, apremiando a su interlocutor. De la misma forma, apretó bien fuerte la manaza que le tendía el gigante.

—Adolf... —Godzilla repitió aquellas dos sílabas, abstraído. Después de todo, era el nombre de pila del mismísimo Führer. Ya que todo el asunto tenía que ver con Hitler en persona, lo consideró una señal del destino—. Dime, Adolf, ¿qué tengo que hacer para ayudarte?, ¿para ayudarnos?

Una vez más, el asesino se había salido con la suya.

—Poca cosa. Debes llevarme a un lugar y vigilar por si surgen dificultades. Yo me encargaré del resto.

—Muy bien —Godzilla estaba decidido. Los Weilern pagarían todo lo que le habían hecho, aunque aquellos malditos arrogantes le hubieran olvidado. El que le considerasen tan insignificante como para arrinconarle en los pasillos de la memoria, le hacía odiarlos todavía más, especialmente a Rolf, con el que tuvo la oportunidad de hablar largamente antes de convertirse en un preso de un campo de concentración, seis años atrás—. Vayámonos sin perder tiempo. Es mejor que no te vea nadie. Podría ser que te reconociera y tratase de detenernos.

Adolf Schule y Godzilla tomaron el camino de vuelta hacia la entrada del campo pero, en lugar de penetrar en él por el patio de garajes, giraron bruscamente carretera abajo, hacia el pueblo de Mauthausen. Acompañado de su nuevo acólito, un hombre lo bastante poderoso para que nadie que los viera alejarse hiciera demasiadas preguntas, el asesino se sentía seguro.

Antes de que se acabase el día, Rolf Weilern estaría muerto y su tarea habría concluido.

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 5:
Ich bin nicht Volkgenosse:
No soy un camarada nacionalsocialista

(o de cómo pasé de ser una carga a traicionar a mi hermano)

XVIII

Mi hermano y yo íbamos camino del Castillo de Hartheim. Otto quería cerrar el caso lo antes posible y nuestro coche volaba sobre el asfalto, azotado por ráfagas intermitentes de lluvia. Había dejado de nevar y estaba saliendo el sol pero, qué demonios, estábamos en la alta Austria y en pleno invierno, no podíamos esperar que hiciese un día radiante. El parabrisas iba desplazando a los lados regueros de agua entre los que a veces se escapaba una hebra blanca, un copo de nieve despistado.

—El “doctor muerte” tendrá el expediente de Schule y podrá decirnos dónde encontrar a su madre —me explicaba Otto, con la voz distante, como si en realidad pensase en otra cosa. Yo creo que no dejaba de darle vueltas a las dudas que tenía sobre el caso, a esa parte que no encajaba, a ese pálpito de que algo no estaba donde debiera.

—¿Y su madre tendrá información relevante que nos conduzca hasta el asesino? —objeté— ¿Si de verdad es su hijo nuestro hombre, estará dispuesta a dárnosla por las buenas?

—Por el bien de todos, esperemos que la respuesta a ambas preguntas sea un sí, Rolf.

A dos kilómetros de Alkoven, el Opel de mi hermano comenzó a hacer un ruido extraño. Otto me preguntó si yo también lo oía. Era como un sonido metálico al final de cada pequeño rugido del motor. Le contesté que no había percibido nada fuera de lo común: seguía enfadado por haberme convertido una vez más en una carga, por no estar a la altura de las circunstancias y permitir que mi hermano resolviese todos los problemas. Un minuto después, el coche tosió dos veces, como una vieja resfriada, y se paró en seco.

—Igual tenías razón —le dije—. Creo que algo sonaba raro en el motor.

Hicimos a pie los últimos veinte minutos hasta el castillo. Había subido un poco la temperatura y caminábamos deprisa, manchando de sudor nuestros uniformes. Otto iba al frente y yo le seguía en silencio. Pensaba en Harald y en cómo me había engañado durante tanto tiempo. Sentí una punzada de tristeza en mi interior y comprendí que, a pesar de todas las apariencias, de todas las palabras vanas de las personas que se cruzan con nosotros en el camino de la vida, sólo podemos contar con la familia. Mi hermano me protegía y me cuidaba aunque yo fuese inferior a él en todo, mi madre había sido mi único apoyo hasta que se la llevó el buen Dios, y mi padre, a pesar de todas las cosas terribles que había hecho, se preocupaba por mí también a pesar de ser un tonto, o precisamente por serlo.

No sé si alguna vez habéis sufrido un déjà vu. Se dice que se produce cuando de pronto tienes la sensación de haber vivido ya aquel instante. Te encuentras en una calle y te da la sensación de que ya estuviste, aunque no la hayas pisado en tu vida. Ves a una persona y estás seguro de haberla conocido aunque no hayas coincidido jamás con ella. Yo nunca había tenido uno de esos hasta que, terminando la ascensión hacia el castillo, sentí un cosquilleo en la nuca. Me detuve. Me volví, mirando en derredor. Tenía una sensación extraña, de haber vivido aquel instante. Pero no sabía qué era lo que ya había vivido. Sin duda, el subir casi a la carrera una pendiente durante un cuarto de hora no era el objeto de mi déjà vu. Tampoco la presencia lejana del Castillo, junto al que ya había pasado en varias ocasiones y en dos últimamente, una con Harald y otra con mi hermano, el día antes. La sensación de repetición provenía de algo diferente. Al principio no supe desentrañar la causa de mi extrañeza; mi hermano se alejaba ya sin darme tiempo a reflexionar cuando, a menos de un centenar de metros, detrás de un árbol, surgió una figura: era Harald. De ahí provenía mi sensación de repetición. Como la noche antes, mi antiguo amigo me perseguía, me acechaba. Y al igual que horas

antes lo hacía protegiéndose detrás del tronco de un viejo árbol.

—¡Rolf! —me llamó, invitándome a seguirle subrepticiamente, ignorando a mi hermano, que ya comenzaba a desaparecer al final del recodo de la carretera.

—¡Rolf!

Dudé un instante. Harald era mi amigo y seguramente tenía una explicación para todo lo que estaba sucediendo. Eso me decía el corazón. Pero mi cabeza me repetía que era un asesino, un cobarde y un impostor; que sólo podía confiar en mi familia. Otto me había dejado bien claro que el culpable era Harald, que ni siquiera se llamaba así y que sólo había tomado aquella identidad para poder cumplir con sus sangrientos propósitos, fueran éstos cuales fuesen. Dudé un instante, ya lo he dicho. Pero fue suficiente para que mi hermano se volviese y nos descubriera.

—Rolf —dijo Harald, abandonando su escondite y acercándose a mí—. Tengo que hablarte de...

—¡Alto ahí, Schule!

Mi hermano venía a la carrera desenfundando su pistola. El rostro de Harald se contrajo al oír aquel nombre; hizo una mueca como de desprecio y sonrió. Otto tenía ya el arma en la mano:

—¡Alto Schule! No se mueva o disparo.

Harald se dio la vuelta y, de un salto, volvió a su escondite detrás del árbol, y desde allí desapareció por el prado, colina abajo, entre matorrales y hierbas altas. Mi hermano pasó a mi lado a toda velocidad.

—¡Vamos, Rolf! —me apremió.

Iniciamos una carrera desesperada ladera abajo. Sólo recuerdo las copas de los pinos, el siseo de la hierba según avanzábamos y un par de disparos de advertencia de mi hermano. Aunque en aquellos disparos al aire había algo más que una advertencia, porque en realidad habíamos perdido de vista a Harald y no sabíamos dónde se hallaba. Otto había disparado esperando que se descubriese. Pero Harald o Schule, o quién demonios fuera, nos llevaba una buena ventaja mientras pudimos verle y había tenido tiempo de echar cuerpo a tierra y guarecerse en casi cualquier lugar. Nosotros, por el contrario, estábamos de pie, en medio de los pastos, y éramos blanco fácil para un tirador experto como él. Eso debía pensar mi hermano cuando volvió a enfundar su pistola y me cogió de brazo, llevándome de nuevo hacia el camino.

—Cuando lleguemos al Castillo —me dijo—, voy a pedir una patrulla de SS para que peine en toda esta zona.

—Harald ya se habrá ido —argumenté.

Mi hermano me devolvió una mirada hosca.

—Probablemente sí, probablemente no.

—¿Todavía te interesa el paradero de Frau Schule? Harald ya sabe que hemos descubierto su engaño y se cuidará mucho de ir a ver a su madre.

—¿Acaso tenemos otra opción, otras pistas? Iremos a ver a Frau Schule y la interrogaremos. Luego nos la llevaremos a Mauthausen para que reconozca el cadáver de la ciénaga.

—¿El cadáver de la...?

—Sí, ese cadáver.

—¿Pero por qué estás tan seguro que la señora Schule podrá identif...?

—Lo sé y ya está, Rolf. Ya te dije que el primer asesinato de un criminal en serie suele producirse en su círculo más íntimo: amigos, hermanos, padres. Si no lo tienes claro todavía, ya te explicaré eso más tarde. Estamos llegando al Castillo y hay mucho que hacer.

No sé a vosotros, pero yo odio que me interrumpan, que me traten como a un inútil o que no me terminen de explicar las cosas como si no valiese la pena perder el tiempo con alguien que tiene el coeficiente de un niño preadolescente. Otto, en una sola frase, había conseguido todo ello sin esfuerzo y sin inmutarse. Sin duda, la ofensa fácil debe ser uno de los dones de los superdotados como él.

En Hartheim, el soldado Glatz nos recibió con su mismo pelo entrecano sobresaliendo de su gorra y los modales esquivos de costumbre. Pero cuando Otto le mintió explicándole que un SS del campo de Mauthausen había intentado agredir a un superior y que luego había huido de las instalaciones en dirección a la Institución del Sueño, el viejo soldado cambió de expresión. Una cosa era la desidia y otra el amor por la obediencia debida a las jerarquías que tenemos todos los buenos ciudadanos del Reich. Glatz, llevado por un repentino acceso de actividad, llamó personalmente a una patrulla para que fuesen al encuentro de Harald Bauer. También dio orden que les acompañase un mecánico para el Opel estropeado del Oberstumführer-SS Weilern. Luego, visiblemente cansado, se apoyó en una pared de piedra, y suspiró, agotado.

—Que tengan cuidado los de la patrulla —dijo Otto—. Harald Bauer está armado y es peligroso. Yo creo que ha perdido el control. Diga a esos muchachos que no se confíen.

Pero por el tono de su voz me di cuenta de que él tampoco esperaba que Harald se encontrase rondando por las inmediaciones cuando fueran a buscarle. Glatz también percibió el desánimo y la ira en la voz de su superior y se cuadró:

—Así lo haré, señor. ¡Heil Hitler!

Encontramos al doctor Lonauer en su despacho de la primera planta. Pasamos sin hacernos avisar entre los alaridos de su secretaria, Helene, que estaba de día libre en nuestra anterior visita y que ahora proclamaba que su jefe estaba muy ocupado. Rudolph Lonauer la tranquilizó y nos hizo pasar, aunque en su rostro se había borrado la sempiterna sonrisa que yo bien recordaba. Le acompañaba su colega, el doctor Renno, un hombre alto, moreno, de cara cuadrada: un psiquiatra de renombre del que ya habíamos comprobado con qué diligencia clasificaba “idiotas” en la sala de registro.

—Hoy es un día especialmente atareado en mi institución —Rudolph señaló en dirección a su colega, que, sentado frente a una máquina de escribir, tecleaba sin cesar. En papel de alta calidad, con tinta negra y notas en tinta roja, estaban redactando un conjunto de gráficas y de estadísticas acerca del número total de idiotas depurados desde que se había iniciado la T4. Por lo visto, Hartheim iba en cabeza con casi 8500 idiotas muertos, muy por delante de otros institutos del sueño competidores en su capacidad exterminadora, como Grafenek, Sonnenstein, Hadamar o Brandemburgo. Esto parecía hacer muy feliz al doctor Lonauer, que afirmó que llevaba días trabajando en aquel informe, a fin de demostrar que sus desvelos por limpiar la Gran Alemania de las manchas de sangre impura de los retrasados y los incapaces, estaba dando sus frutos finalmente.

—Hoy no tengo tiempo ni estómago para sus estupideces, ni sus demostraciones gratuitas de sadismo —comenzó mi hermano. Aquel preámbulo me dejó completamente boquiabierto. Lonauer dejó traslucir una sonrisa de desprecio—. Necesito información, no he dormido nada en dos días y no estoy de muy buen humor, por lo que agradecería que no me hiciese dar otra vuelta por la Cámara de los Horrores que tiene montada ahí abajo. Creo que este mes no he pagado la cuota del cursillo intensivo de torturador cuya primera lección tuvo a bien adelantarme el otro día.

Georg Renno dejó de teclear en su máquina de escribir y abrió mucho los ojos, como si no pudiera creer lo que estaba oyendo. Ciertamente, yo tampoco me lo creía.

—No te detengas, Georg, aún quedan muchos datos por incluir —dijo Lonauer, dirigiéndose a su colega; y volviéndose de nuevo hacia Otto—: Dígame lo que necesita, Herr Weilern.

—¿Recuerda a la señora Schule, la mujer que estaba aquí el otro día? ¿La que cree ver a su hijo aún después de muerto?

—Sí, claro.

—Quiero todos los datos pertinentes relacionados con la supuesta depuración de su hijo.

—¿Supuesta?

Ambos se miraban fijamente, como dos gallos de pelea que miden las fuerzas de su adversario.

—Supuesta, sí, doctor.

Lonauer se encendió un cigarrillo

—¿Y si me niego? Usted no puede darme órdenes, y con esos modales no esperará que le haga ningún favor. ¿Y si cojo el teléfono y llamo a su superior, o a mi superior, o todavía mejor, al Gauleiter de la región, que resulta que es amigo mío?

—Me gustaría ver cómo hace esa llamada con los dedos completamente rotos a culatazos de mi pistola.

Se hizo el silencio. Lonauer tenía las cejas tan arqueadas que parecía un muñeco de feria y su rostro tenía una expresión grave y circunspecta; parecía imposible que esa cara pudiera pasarse horas enteras sonriendo interminablemente. Alguna cosa en el cerebro del doctor muerte debió indicarle que debía de modificar de inmediato el rumbo de aquella conversación, por lo que ofreció un cigarrillo a mi hermano de su pitillera personal y llamó a su secretaria.

—Helene, tráeme todo el papeleo que tengamos sobre Adolf Schule.

Cinco minutos después, mi hermano y yo estábamos leyendo el informe del desdichado muchacho que yo había conocido con el nombre de Harald Bauer.

—¿Qué edad tenía pues Adolf Schule cuando ingresó, doctor? —pregunté, sujetando tembloroso la hoja de ingreso.

—Diecisiete, creo. Lo debe decir por ahí. Ahora tendrá dieciocho o diecinueve. Pero no aparenta esa edad en absoluto.

Desde la primera vez que vi a Harald, me llamó la atención que contara con tan pocos años. Yo le hubiera echado veinticinco por lo menos. Yo no era el único que había notado que era un tipo extraordinariamente maduro para su edad. Lonauer también había percibido que la madurez había venido a su encuentro antes de hora. Tal vez sea un rasgo típico de algunos psicópatas.

—¿Sífilis? ¿Ahora encierran a los jóvenes por tener sífilis? —terció mi hermano, alejándome de mis conjeturas. Otto había levantado la vista y exhibía una hoja de papel delante del doctor.

—La sífilis es una de las enfermedades que están en la lista.

—¿Lista? —dijo mi hermano, todavía con un tono áspero y desafiante.

Lonauer le miró comprensivo y exhaló una bocanada de humo. De pronto, tuvo miedo de las reacciones de mi hermano y apagó el cigarrillo.

—Hay una lista de enfermedades que nos pasó el Centro de Eutanasia del Reich. Se trata de males que conducen rápidamente al que los sufre a un estado de inutilidad para nuestra Nación. Así, de memoria, creo que son la esquizofrenia, la epilepsia, las enfermedades mentales, por supuesto, la parálisis refractaria, la sífilis, la encefalitis y la enfermedad de Huntington. —Lonauer hizo una pausa y prosiguió—: En el caso particular del señor Schule, la sífilis le estaba destruyendo la substancia gris del cerebro: tenía arrebatos, ideas delirantes, síntomas precoces de demencia, una

fuerte paranoia megalomaníaca y su cuadro se iba agravando con el paso del tiempo. Creía que había venido al mundo a salvar a la raza humana y alternaba momentos de euforia y de sinrazón con otros de sosiego y creatividad. Incluso se podría decir que tenía algo parecido a una doble personalidad, una hiperactiva e hipomaníaca, irascible, que yo creo que podría haberle convertido incluso en un psicópata, y otra más racional en la que era un individuo completamente distinto. Probablemente el individuo que habría sido de no haber contraído la enfermedad.

—Yo creía que la sífilis tarda mucho tiempo en desarrollarse —dijo entonces mi hermano.

—Es raro, sí, que se llegue a un estadio tan avanzado de la enfermedad teniendo sólo diecisiete años. Sin embargo, creemos que la contrajo teniendo doce o trece y cuando llegó aquí ya no se podía hacer nada por él. Ese estadio final puede durar décadas a menos que se ataje, que se depure al enfermo.

—¿Y cómo cree que contrajo la enfermedad tan joven?

—La sífilis se contrae a través de un microorganismo, por vía sexual. En este caso me temo que fue de forma anal.

—¿Un amigo? ¿Un familiar?

—Su padre, probablemente. Al menos, eso me contó en una de nuestras sesiones. Pero, paradójicamente, el causante de todo este mal, si en realidad tenía la enfermedad, había conseguido disimularla o ésta avanzaba más lentamente que en el caso del hijo. Yo no puedo ordenar que se hagan pruebas a un ciudadano, a un miembro del partido, que en apariencia está perfectamente sano y, de hecho, es un padre ejemplar, que envía a un hijo enfermo a mi institución por propia voluntad siguiendo los consejos de las autoridades médicas.

—Quizás sólo quisiera desembarazarse de la prueba de su incesto.

—Puede. Como le digo, son todo especulaciones.

Otto adoptó un aire concentrado. Toda aquella historia le sacaba de quicio y tenía que esforzarse por no perder los nervios de nuevo y seguir la línea de investigación con profesionalidad. Al cabo, preguntó, con amargura, como si una sola frase pudiese contener toda la pena que sentía por Harald:

—¿Es Bauer, perdón, Schule, peligroso, a su juicio, doctor?

—¿Es? ¿No habrá querido decir “era”?

—He preguntado si “es” peligroso.

—De estar vivo y libre... —Lonauer pareció reflexionar— Supongo que si todos esos supuestos se cumplen, nos encontraríamos ante un peligro público, con alguien que podría albergar el deseo de limpiar su patria de malos alemanes. Además, se trataría de alguien capaz de idear un plan lo bastante retorcido y maquiavélico para engañar a muchos y asesinar a no pocos de esos muchos.

Mi hermano, confirmada su tesis, decidió cambiar la línea del interrogatorio.

—¿Era Adolf homosexual, doctor?

—No lo sé. Creo que no. Más bien se valía de los que lo eran para conseguir sus objetivos.

—Ya entiendo, de hombres como el difunto William Ferrat, ¿no es verdad?

De pronto, en la mente del doctor Lonauer todo cobró sentido. Recordó al soldado Ferrat y su inclinación por los jovencitos púberes y la frase recién pronunciada de mi hermano refiriéndose a Adolf Schule como “supuestamente muerto” y luego preguntando si “es peligroso” y no si “era peligroso”. Comprendió por fin que mi hermano tenía razones fundadas para pensar que, de alguna manera, uno de sus guardias había liberado a un psicópata peligroso del Castillo para colmar sus apetitos sexuales.

—Pero no pensará de verdad... —tartamudeó el buen doctor.

—No pienso —dijo mi hermano—, afirmo. Estoy seguro de que a Adolf no murió en su Institución del Sueño.

—Y no habrá cometido alguna muerte más aparte de la de mi guard... —Lonauer no se atrevió a acabar la frase.

—Me temo que al menos tres asesinatos más. Probablemente a estas horas ya habrán descubierto en una ciénaga al cuarto cadáver.

Rudolph se echó las manos a la cabeza y se cubrió el rostro. Durante un par de minutos barbotó frases inacabadas, algunas sin sentido: “escándalo” “primera línea de frente” “no pued...” “¿pero cómo...?” “dimisión” “culpables”. Por fin, levantó los ojos hacia mi hermano, transfigurado de pronto en su salvador y no en su rival, como sucediera minutos atrás.

—Pero el papeleo está todo en orden, ¿verdad?

Mi hermano le entregó un pliego con dos hojas a máquina del informe del paciente.

—Creo que sí. Pero eso no significa nada.

A la Comisión del Reich para el registro de enfermedades graves de origen hereditario.
Hartheim 10/09/1940

En el caso de Adolf Schule, nacido el 01/10/1922, hablamos de un caso grave de sífilis que ya fue comunicada el 06/01/1940 en el informe de diagnóstico. El joven presenta rasgos inequívocos de demencia que derivarían de no ser erradicados en un peligro para la sociedad.

Por el director: Rudolph Lonauer

El doctor muerte terminó de leer el primer folio y, con manos temblorosas, dispuso el segundo delante de sus ojos. Éste, decidió leerlo en voz alta, para que todos conociéramos su contenido. Yo ya lo había leído y también mi hermano, pero el doctor Renno abandonó de nuevo su tarea en la máquina de escribir y arrugó el gesto, consciente de todo lo que se jugaban en aquel asunto.

Comisión del Reich para el registro de enfermedades graves de origen hereditario
Berlín, 29/09/1941

Al señor Director del Instituto del Sueño de Hartheim, doctor Rudolph Lonauer.

Referencia: tratamiento del niño idiota o demente Adolf Schule.

En relación con su comunicado oficial sobre Adolf Schule, le hago saber que según las circulares correspondientes del ministro del interior del Reich del 18/8/1939 y del 1/7/1940, no hay más obstáculos para el tratamiento final del idiota o demente. Le ruego comunique oportunamente el resultado de la depuración. ¡Heil Hitler!

El doctor Renno soltó entonces un gruñido:
—Todo eso que dicen no tienen ningún sentido. Adolf Schule no puede estar vivo. Yo mismo firmé su parte de defunción y vi sus huesos calcinados.
—¿Lo recuerda entre tantos asesinatos a los que se enfrenta cada día ? —dijo mi hermano, algo extrañado.
—Adolf no era un muchacho cualquiera —argumentó Renno—. Como el joven Boldt o algún otro caso especial, llevaba aquí mucho tiempo. Normalmente ninguno dura más de unos días o, últimamente, unas horas. Pero en algunos casos intentamos curarlos.
—Es todo un detalle por su parte.
Renno encajó la ironía sin inmutarse y se la devolvió a mi hermano mirándole fijamente desde el fondo de unos ojos de un azul glacial.
—Para usted es muy fácil, Herr Oberstumführer-SS; usted trabaja en un campo de concentración y tiene la suerte de ver cada día el trato exquisito que deparamos en los Lager a los enemigos del Reich. Nosotros, los que trabajamos con idiotas, no podemos perder el tiempo con las sutilezas y los procedimientos repletos de cortesía que ustedes pueden otorgar.
—Usted no tiene ni idea, doctor Renno, de lo que pasa en un campo de concentración. Allí, las muertes que se producen son debidas a causas justific... —Las palabras se le helaron a mi hermano en la boca. Nosotros éramos tan culpables, tan criminales, como aquellos dos torturadores de pacotilla. Matábamos o dejábamos matar a terceros, actuábamos si se nos pedía o mirábamos hacia otro lado si se nos ordenaba. Éramos víctimas e instrumentos del nacionalsocialismo, como todos en el gran Reich de Adolf Hitler.
—Nosotros matamos por exactamente las mismas “causas justificadas”. ¡Las mismas! —sentenció Georg Renno, volviendo a su trabajo, con la cabeza gacha. Me pareció que no estaba en absoluto satisfecho de haber ganado aquella pequeña batalla dialéctica.
De pronto, Lonauer se levantó de su silla. Mientras Otto y Renno discutían, él había vuelto a echarse las manos a la cabeza, mientras reflexionaba sobre todo el asunto. Sin duda, acababa de pensar alguna cosa.
—Si Adolf sobrevivió... si el soldado Ferrat urdió algún plan para que Schule escapase, tuvo por fuerza que sustituir su cuerpo por otro antes de ser calcinado en el horno crematorio. Y eso no pudo hacerlo solo sin levantar sospechas. Todos conocíamos a Adolf, no lo podría haber cambiado por otro sin que se descubriese el engaño.
Rudolph intercambió una mirada rápida con su colega. Renno asintió con la cabeza y dijo:
—El Maestro de los Hornos, claro. El Unterscharführer-SS Hubert.

XIX

Atravesamos la primera planta a la carrera y descendimos las escaleras hasta llegar al patio porticado. Lonauer daba grandes zancadas, mirando nervioso en derredor como si temiera que alguna sombra fuese abalanzarse sobre él para mandarle al frente de batalla, lejos de su vida regalada de verdugo. Cuando llegamos a la puerta del crematorio, el doctor muerte nos invitó a pasar, solícito, a una pequeña sala, ocupada casi totalmente por un horno gigantesco en el que cadáveres humanos se cocían a miles de grados de temperatura. Luchando contra un calor sofocante, cruzamos un estrecho pasillo y bajamos otro tramo de escalera, para, por fin, al volvernos a la izquierda, encontrarnos un curioso artilugio que emitía un ruido sordo y repetitivo, lanzando al aire volutas de un polvillo gris que lo envolvía todo. El aparato, dispuesto sobre una mesa, era operado por un hombre bajo, moreno y extremadamente fornido, de tal forma que sus hombros parecían comenzar directamente debajo de la barbilla, como si no tuviera cuello. El Unterscharführer-SS Hubert no tendría más de treinta años pero manejaba un molinillo eléctrico con la habilidad del que lleva ya toda una vida desempeñando un oficio. Pero aquel no era un molinillo corriente sino un aparato pensado para moler huesos humanos: por un extremo, Hubert dejaba caer una falange y, luego que ésta era aplastada produciendo aquel ruido sordo y penetrante, sólo quedaba de ella unas cenizas esparcidas formando bocanadas de aquella neblina plomiza que nos envolvía.

—A veces —murmuró el Maestro de los Hornos, a modo de presentación, al ver nuestra mirada de sorpresa—, los cadáveres no terminan de consumirse en el horno crematorio. Gracias a mi molinillo he conseguido aumentar la productividad de mi sección en un treinta por ciento. ¿No es así, doctor Lonauer?

Rudolph, detrás nuestro, carraspeó.

—Sí, sin duda, Unterscharführer, un esfuerzo loable el suyo. Pero estoy seguro de que a nuestros invitados no les interesan demasiado sus logros personales. Han venido aquí buscando otras respuestas.

Hubert arrojó un último hueso a su invento infernal, se levantó y saludó con el brazo en alto. Luego se quitó su delantal de trabajo y nos dio a Otto y a mí un fuerte apretón de manos.

—Estoy seguro de que los señores, aunque haya venido por cualquier otro tema, se sentirán felices al saber que en Berlín se ha calculado que cualquiera de esos retrasados e idiotas de ahí afuera gastan entre tres y cuatro reichmarks al día. Gracias al sistema de depuraciones que ha implantado el estado alemán, nos estamos ahorrando aproximadamente ochenta millones de reichmarks. Gracias a avances en la ciencia de la depuración como mi molinillo eléctrico, estoy seguro de que podría llegarse incluso a los cien millones de reichmarks en poco tiempo.

Se hizo el silencio. Aquella atmósfera densa, con la penumbra artificial del polvo de huesos, podía volver loco a cualquiera. Yo llevaba allí unos segundos y ya contemplaba al Maestro de los Hornos con el rostro desencajado. Si él pasaba toda su jornada laboral en aquel lugar, sin duda había acabado por volverse loco, si no lo estaba ya antes, y por eso se dedicaba en sus ratos libres a inventar máquinas para aplastar restos de difuntos. Lonauer, por su parte, tenía una explicación más sencilla a todo el asunto.

—El cabo Hubert es un nacionalsocialista devoto, como pueden comprobar, un hombre de mi total confianza —El doctor se acercó a su subordinado y le puso una mano en el hombro.

«Hasta hace un momento yo había confiado ciegamente en su gestión. Era la última persona de la

que esperaba que me defraudase o que traicionase su sagrado juramento de servir al Führer y a las SS.

—Pero yo... no es posible que hable en serio... —balbuceó el Maestro de los Hornos, tras dar un respingo. Con manos temblorosas, cubrió su molinillo de huesos con el delantal que acababa de quitarse, como si su apreciado molinillo no debiera oír aquella conversación en que se ponía en duda la fidelidad de su progenitor. Por mi parte, creo que suspiré aliviado al no tener que volver a contemplar aquel instrumento demoníaco.

—Me has traicionado —afirmó Lonauer—. Has faltado a tu deber y has ayudado a otro a faltar al suyo.

—Yo le prometo que nunca...

—¡No prometas! Sé que ayudaste al soldado Ferrat. Sé que él se llevó a un muchacho del centro y que tú lo encubriste.

—¡Ah, es eso! —Por increíble que parezca, Hubert pareció aliviado— Eso no tiene la menor importancia, señor.

—¿No la tiene, imbécil? —Al ver el gesto y las palabras de su superior, el Maestro de los Hornos ya no pareció tan aliviado y tartamudeó su respuesta:

—William Fe-fe-ferrat, él, él, a veces se llevaba a chi-chicos...

—¿A chicos? —intervino mi hermano— ¿A cuántos chicos?

—Seis, siete, no creo que llegasen a diez. —Hubert miraba nervioso el rostro de Lonauer y el de mi hermano intentando discernir el grado exacto de su falta; de momento, comenzaba a ser consciente que estaba metido en un lío. Sin embargo, desde su perspectiva, aún no tenía muy claro cuál era el problema— Pero realmente no se perdió ni un solo reichmark de la institución y William siempre devolvía a los niños, ya cadáveres, puntualmente, a los pocos días. Al menos, todos menos el último.

Otto tuvo que reformular su pregunta un par de veces porque las respuestas del Maestro poco a poco se hacían más nerviosas, menos inteligibles. Al final, pudimos entender que un par de veces al mes, el soldado Ferrat escogía a alguno de los niños que debían ser gaseados e incinerados y lo sustituía por otro cadáver. Al cabo de unos días, de una semana a lo sumo, los devolvía ya muertos para que su amigo el Maestro de los Hornos los incinerase y pasase por su molinillo de huesos, .

—¡Pero no se perdió ni un solo reichmark! ¡Ni una vez! –El cabo insistía una y otra vez en este punto, pensando desde la pequeñez de su cerebro enajenado, que eso justificaba todos sus actos— Los días que el idiota estaba fuera, corrían de cuenta de Ferrat. El estado no gastaba nada en la manutención del condenado y luego, al regresar ya cadáver, lo introducíamos en el horno y es como si no hubiese pasado nada. Yo nunca le pregunté a William qué hacía con los niños. No era cosa mía. Al fin y al cabo, esos idiotas valen menos que nada. Por mí como si se los comía asados a la parrilla –dijo finalmente, soltando una carcajada nerviosa.

Si aquello fue un intento de hacer un chiste, fue el intento más patético de la historia de la humanidad.

—¡Por el amor de Dios, cierre la boca, Unterscharführer!

Lonauer tenía los ojos inyectados en sangre. Descargó un puño airado sobre la mesa de trabajo del “Maestro”.

—Estoy rodeado de estúpidos. Da igual en quién deposite mi confianza: al final no es más que un maldito estúpido como el resto de malditos estúpidos que pululan a mi alrededor. ¿No sabes en qué lío nos has metido?

Hubert se encorvó, como si quisiese hacerse más pequeño, y dio un paso atrás.

—Perdone, señor. Yo sólo quería —No pudo seguir hablando porque vio que el doctor se abalanzaba sobre él y levantó las manos, en postura defensiva.

—¡Maldito estúpido! —reiteró Lonauer, mientras forcejeaba, buscando su cuello. Por suerte para el Maestro, su torso de toro le confería una singular ventaja para cualquiera que quisiese encontrar un espacio para atacarle debajo de su mentón.

—¡Dejen eso para luego! ¡Ya se asesinarán cuanto quieran cuando yo me haya ido!

Otto se interpuso entre los dos hombres cuando ya parecía que Lonauer iba a conseguir estrangular a su subordinado.

—Háblanos del último niño, Maestro.

—El último niño... —comenzó Hubert, pero se le quebró la voz, mientras se mesaba la nuez, pensando acaso en lo poco que había faltado para pasar a mejor vida.

—Adolf Schule —le ayudó mi hermano.

—Sí, sí Adolf Schule... este no era tan niño. No sé por qué le interesaba a Ferrat, que los prefería algo más jóvenes. Cuanto más pequeños, más manejables y dóciles. Yo, yo... se lo dije a William pero él no me escuchaba y quiso llevárselo a pesar de mis advertencias. Creo que fue idea del propio Adolf, que le envenenó la cabeza y lo convenció. Ya saben... era un crío condenadamente listo y manipulador.

—¿Y qué pasó entonces? —inquirió Otto, impaciente, mirando su reloj.

—¡Que se escapó, naturalmente! No sé dónde los escondía William pero un día vino muy nervioso diciéndome que se había marchado. Fue unos cuatro o cinco días antes de su muerte; de la de Ferrat, digo. Me pareció que le tenía miedo. No dejaba de repetir que ese muchacho era capaz de cualquier cosa. Le consolé, diciéndole que seguro que no pasaba nada. Yo estaba algo preocupado por las consecuencias de que se descubriese nuestro pequeño desliz pero como, al fin y al cabo, no se había perdido ni un solo Reichmark...

Fue entonces cuando perdí los nervios. Creo que es la primera vez que me ha pasado en la vida. No es que sea una persona flemática pero sí es verdad que no me gusta perder el control y prefiero ponerme de morros y guardarme mis sentimientos. Cuando lo hago, parezco más tonto de lo que yo soy en realidad pero me salvaguarda de cosas peores; cuando un tonto pierde los papeles, la gente suele ser menos paciente que con alguien normal. Se supone que los tontos no tenemos derecho ni a enfadarnos. Así, hasta ese momento, había asistido a toda aquella escena en segundo plano, viendo las evoluciones de mi hermano o del doctor Lonauer y la confesión de cierto torturador llamado Unterscharführer-SS Hubert, Maestro de los Hornos. Sabía que yo era una mera comparsa en toda aquella función, que nada de lo que dijera o hiciera, iba a modificar un ápice, para bien o para mal, el resultado de las pesquisas. Pero, de pronto, no pude más. Me cansé de Mauthausen y de Hartheim por un igual, de tener que lidiar con niños gaseados que acaban con sus huesos en un molinillo de café gigante, jóvenes con latigazos en las nalgas, presos atados a anillas como animales en el Muro de los Aulladores, españoles muertos de fatiga durante la revista sangrienta en la Appellplatz... Algo se removió en mi interior, algo terrible, esa cosa terrible que sin duda deben tener hombres como el comandante Ziereis, Lonauer o Hubert en su interior, una inclinación hacia la maldad y hacia el asesinato que sólo podemos encontrar muy en el interior de nosotros mismos los hombres que no nacemos con las manos manchadas de sangre. Rechinando los dientes, eché mano a la funda de mi pistola y extraje la Luger. Era la misma arma con la que había asesinado cuarenta y ocho horas antes

a Juanita, el Kapo español. Entonces comprendí que no era la primera vez que esa ansia asesina había revuelto mis entrañas, pero no me importó. Avancé con la pistola apretada en mi mano derecha y empujé a mi hermano un lado. Antes de que nadie pudiese reaccionar, apoyé el cañón en la sien del Maestro de los Hornos.

—Si vuelves a hacer referencia al dinero que se ha gastado o no se ha gastado la Nación con "esos" a los que llamas idiotas, te juro que te meto un tiro entre ceja y ceja. Es más, como sólo pronuncies otra vez la palabra "reichmark" te juro que te mato aquí mismo como a un perro.

No pude ver la cara de Otto, que estaba a mi espalda, pero sin duda debía estar tan sorprendido como yo mismo de mis propios actos. Lonauer, por el contrario, dio un paso al frente y dijo:

—Y yo declararé que se le disparó el arma mientras la limpiaba. A menos que nos digas todo lo que queremos saber y dejes de justificarte como un imbécil, soy yo el que ahora te juro que no saldrás de esta habitación si no es con los pies por delante.

Hubert se derrumbó por completo y se meó en los pantalones. Pidiendo perdón, entre sollozos que se redoblaban constantemente, y lamentos, y juramentos de eterna fidelidad al Führer y la Gran Alemania, nos juró que no sabía nada más, que Ferrat nunca le había explicado lo que hacía con los niños ni a dónde los llevaba, y que después de desaparecer Adolf, había estado muy nervioso y apenas se habían cruzado dos o tres palabras hasta el día de su muerte. Nos prometió por su madre, por su padre fallecido y hasta por la pureza de su sangre aria, que no sabía nada más.

Salimos del Crematorio apenas diez minutos después. El Maestro seguía sollozando y yo había enfundado de nuevo mi arma. Mi hermano me miraba con un brillo en los ojos parecido al respeto y Lonauer seguía temblando de ira mientras avanzábamos por el final del patio porticado camino de la salida.

—¿Dónde está su automóvil? —preguntó de pronto el doctor.

—Se estropeó apenas a poca distancia de aquí —repuso mi hermano. Un mecánico de su institución nos lo está arreglando estos momentos.

—Entonces cogeremos el mío.

—¿El suyo?

—Sí, quiero acompañarles a su siguiente destino.

Mi hermano, por un momento, pareció perplejo.

—Y ese destino es...

—La casa de la señora Schule, naturalmente.

Mi hermano estuvo de acuerdo.

—La misión principal de nuestra visita era que nos dijese dónde vive para poder interrogarla en persona.

—Pues lo haremos entre los tres —concluyó Lonauer, incluyéndome para mi sorpresa. Acaso no me conocía lo bastante para darse cuenta de que yo no estaba a su altura ni a la de mi hermano—. Si Adolf está vivo eso significa que la buena mujer decía la verdad cuando afirmaba verlo en ocasiones en torno a su vivienda, vigilándola y dejando regalos al final de su estancia. ¿Qué dijo exactamente qué eran? ¿Unos muñecos de barro?

—¡Un Golem! —exclamé yo entonces.

Otto asintió. Al cabo, decidió que era mejor dar una explicación de mis palabras al doctor.

—Creemos que el asunto del muñeco de barro va más allá de un pasatiempo o del mero valor sentimental de la pieza para la señora Schule. Tal vez utilizara una de esas figuras para convencer a

un tercero de no sabemos qué locura. Consiguió de esta forma que un tal Braun le ayudase en sus fechorías.

—¿Y cómo hizo algo semejante, Herr Weilern?

—Los detalles exactos los desconocemos; al menos de momento.

—A ese muchacho le encantaba modelar con arcilla —dijo el doctor—. Ya vieron el otro día en el taller, en la sala de espera, que tenemos a muchos idiotas ocupando su tiempo en tareas manuales.

—No les llame idiotas —dije de forma casi espontánea, con la voz fría.

—¿Y cómo quiere que les llame? Son idiotas; les llamamos tal y como nos indican desde arriba que...

Delante del automóvil del doctor Lonauer, un Kubelwagen, un hombre carraspeaba. Por el rabillo del ojo yo le había visto seguirnos desde la Institución del Sueño y girar por un lateral para encontrarse con nosotros de frente. Era uno de los administrativos, un hombre muy alto de casi dos metros y cara muy chupada, con la nariz aquilina y un gesto como de buitre. Me recordó a Joseph Goebbels.

—Perdone, Herr Doctor.

Lonauer se volvió y miró al desconocido un instante, como si no valiese la pena perder el tiempo mucho más con él.

—Hoy no, Helmut. Ha sucedido un hecho inesperado y no tengo tiempo para tonterías.

—Pero es que mi petición no es ninguna tontería, señor.

—Helmut...

—Ya he elevado a usted dos veces por escrito la queja de los administrativos por lo que está sucediendo con los idiotas.

—Ya le he dicho que hoy no puedo, Helmut —repitió entonces Lonauer, volviéndose para zanjar la cuestión.

—Pero es que nos molestan, señor. Nosotros estamos tranquilamente realizando nuestro trabajo, recontando el número de depurados, los gastos de la institución o cualquiera de las otras tareas burocráticas que llevamos a cabo, y nos distraen los gritos de esos malditos retrasados. Incluso alguno supera el muro que usted hizo construir para separarlos del patio y entra en nuestras dependencias llorando porque tiene hambre o frío. Así no se puede trabajar.

De buena gana hubiese vuelto a sacar mi arma, pero esta vez me contuve y me limité a subir al vehículo del doctor, la versión militar del famoso “escarabajo” de la Volkswagen, y sentarme en el asiento de atrás. Mi gesto fue aprovechado por Lonauer, que intentaba quitarse de encima a su interlocutor.

—Como ve, estamos muy ocupados y tenemos prisa. Tal vez mañana pueda atenderle.

Pero Helmut no estaba dispuesto a dejarnos en paz.

—Lleva mucho tiempo dándome largas, señor, y las interrupciones y las molestias que nos causan los idiotas no nos permiten desempeñar nuestro trabajo con la diligencia adecuada. Es inadmisible que esos malditos tarados...

Aquel hombre era un buen ejemplo de lo que está sucediendo en la Gran Alemania en los últimos años. Nuestros ciudadanos, deshumanizados, no son capaces de ver el mundo más que a través de la estrecha óptica del nacionalsocialismo. La radio nos dice que los enemigos de la patria no tienen derechos, ni la dignidad más elemental; también nos lo dicen de la gente con retraso mental, de los judíos y de tantos otros... El ser humano, acostumbrado a vivir en civilización, es capaz de cualquier

cosa por parecer civilizado, y la gente se vanagloria de ser aún más ruin y despreciable que sus vecinos. Helmut sólo era un hombre más, un buen ciudadano que quería servir a su patria y al que le estorbaban para ejecutar ese servicio, los lamentos, las quejas de unos niños retrasados y moribundos.

—Esos malditos tarados —prosiguió Helmut—, no mueren con la rapidez que sería necesaria. Si les metiésemos un tiro en la nuca nada más entrar por la Ankunftsort tal vez así nos ahorraríamos sufrir sus quejas, y de esta forma podríamos ser más productivos y...

La mano de Otto se movió veloz hacia adelante. Al retirarla, comprendí que no había sido la mano sino el puño. Se escuchó un grito ahogado. Mi hermano le había roto la nariz a Helmut de un puñetazo certero. El administrativo cayó hacia atrás sobre el suelo de cemento. Luego se tocó la nariz, y cuando sus manos se tiñeron de sangre, comenzó a gritar, esta vez mucho más fuerte. Varios empleados salieron del Castillo y nos contemplaban con ojos desorbitados. Mi hermano esperó pacientemente a que se calmase, y luego le dijo:

—¿Cómo se llama? ¿Cuál es su apellido?

Helmut no respondió y se limitó a levantar los brazos sobre su cabeza, como si quisiese protegerse de un nuevo golpe imaginario.

—Respóndame si no quiere que le rompa alguna otra cosa aparte de la nariz.

—Helmut Michel, Herr Oberstumführer-SS —repuso, con voz forzosamente nasal.

Mi hermano sacó una libreta y tomó nota.

—Muy bien, señor Michel. Hoy mismo voy a hacer unas llamadas. Mañana quiero que se presente en la oficina de reclutamiento más próxima. Tengo un buen amigo que trabaja en Berlín. Se hará cargo gustoso de su caso. Es un honor para Alemania que se haya presentado voluntario para luchar en la Wehrmacht. Le puedo asegurar que, sirviendo a la patria en infantería, no tendrá que oír nunca más los lamentos de esos que usted llama idiotas, retrasados y tarados, que tanto le ofenden. Como mucho, ofenderán a su oído los cañones pesados de los ingleses. Diga a sus compañeros de administración, algunos aquí presentes por lo que veo, que cualquiera que como usted considere intolerable las molestias que les causan, puede tomar ejemplo de su caso y presentarse voluntario. Buenos días y... ¡Heil Hitler!

XX

El viaje hasta la casa de la señora Schule no nos llevó más de veinte minutos. El Kubelwagen de Lonauer volaba sobre las carreteras asfaltadas camino de Amstetten. Yo creo que la elección de aquel automóvil no era casual y, de alguna forma, servía para hacerme una idea del carácter del doctor muerte. Éste era uno de esos nazis fervientes que creen de verdad que estamos embarcados en una guerra perpetua contra todos y contra todo lo que no sea inequívocamente nacionalsocialista: contra los homosexuales, contra las democracias, contra los más débiles de entre nosotros mismos... contra todo el mundo. A pesar de ser un hombre con una situación económica desahogada, no había elegido un vehículo de lujo que reflejase su posición ante la comunidad, como la mayoría hacen sin dudarlo. Lonauer había tomado un vehículo del ejército, un vehículo de transporte de tropa, como coche personal. Él estaba en guerra también y necesitaba por tanto el transporte típico de un soldado. Su guerra particular tenía por contrincantes a los tontos, los retrasados, los idiotas... todos aquellos arios que se habían atrevido a nacer diferentes de lo que Hitler decía que deben ser los hijos de nuestra patria alemana.

—Yo no soy peor que usted, Herr Weilern.

Lonauer, se volvió un momento hacia la derecha, mirando a mi hermano, que no le devolvió la mirada. Se notaba cierta tensión entre ellos. El doctor no podía soportar que mi hermano juzgase su tarea, o a sus subordinados.

—Yo no soy peor que usted —repitió Lonauer.

—Ya le oí la primera vez.

—El doctor Renno tenía razón cuando en mi despacho quiso hacerle entender que un campo de concentración no es ni de largo un sitio mejor que una Institución del Sueño. Acaso peor. ¿Cuántos hombres mueren cada día en su precioso Lager de Mauthausen, victimas de los trabajos forzados, de las torturas, de los asesinatos impunes? ¿Cree que no ha llegado a mis oídos que su comandante reparte días de permiso a los que asesinan a los enfermos y a los que ya no pueden tenerse en pie para trabajar? ¿Qué le parecería si yo irrumpiese en su campo insultando a sus superiores como usted ha hecho conmigo o rompiendo narices? ¿Qué le parecería que mandase al Helmut de turno a luchar en primera línea porque acaba de asesinar a un español de los suyos porque tiene ganas de irse de putas en Linz?

Mi hermano asintió, cabizbajo.

—Yo no soy mejor que usted. ¿Es eso lo que quería oír? No soy mejor que el criminal más abyecto que he visto en mi vida, y tal vez uno de los peores que haya pisado la faz de la tierra. No soy mejor que el asesino al que perseguimos. No soy mejor que nadie. Ninguno de nosotros merece perdón ni compasión. Somos unos seres infames y nuestro sino es que en el futuro se nos recuerde desde el horror y el desprecio —concluyó.

No se dijo nada más durante el viaje. Nada más podía añadirse. Lonauer apretó el acelerador. Tenía el rostro pálido y le temblaban los labios. Pero también permaneció en silencio. Mi hermano miraba las rayas del asfalto, como abstraído.

La señora Schule habitaba una pequeña casa de piedra erigida sobre un pequeño promontorio, al final de la ciudad de Amstetten, que está por lo demás diseñada sobre un terreno llano, formando una cuadrícula. Mi hermano fue el primero en apearse del coche; yo le seguí y, por último, lo hizo el doctor, guiándonos hacia la puerta de la casa.

Mientras tomábamos asiento en una mesa de la cocina, Frau Schule, que nos había invitado a pasar sin aparentar sorpresa por nuestra visita, nos trajo unos pedazos de pastel y un poco de café recalentado. Tendría unos cuarenta años, era rubicunda, de pecho abundante y carrillos y papada sobresalientes. Era la viva imagen de una antigua matrona alemana.

—¿Entonces es verdad que mi hijo está vivo? ¿Yo no estaba loca, después de todo?

Lonauer no pareció sorprenderse.

—¿Cómo sabe eso, Frau Schule? —preguntó.

—Me lo dijo el inspector de la criminal –repuso, con naturalidad—. Pero, por favor, pueden tutearme y llamarme por mi nombre de pila: Dora.

Luego afirmó que estaba segura de que todas las acusaciones que pesaban sobre su hijo eran completamente infundadas.

—¿Acusaciones? —inquirió Otto, que a aquellas alturas, estaba encogido, como superado por los acontecimientos.

—Sí, el inspector Dalbauhar me preguntó por el paradero de mi Adolf. Yo le dije que, por lo que yo sabía, estaba muerto, depurado en el castillo de Hartheim. Pero él afirmó muy convencido que seguía vivo y que se creía que mi pobre Adolf había asesinado al menos a tres personas. —La mujer no podía disimular el alivio que sentía ante el descubrimiento de que su hijo no había fallecido. El que otros hubiesen muerto en su lugar, llegado el caso, no le parecía tan importante— Pero eso no puede ser, mi pequeño Adolf no le haría daño ni a una mosca.

—El inspector Dalbahall, ha dicho. ¿Le comentó éste cómo había llegado la policía a tener conocimiento del caso? —dijo entonces Otto.

—No era Dalbahall sino Dalbauhar. Un nombre raro, de ascendencia aria checoslovaca, creo que me dijo; ¿no es así? En cualquier caso, respondiendo a su pregunta, no me comentó nada al respecto de cómo había comenzado a trabajar en el caso. Sólo que estaba investigándolo desde hacía ya un tiempo.

Dora le alargó una tarjeta que rezaba: R.E. Dalbauhar, inspector de la policía criminal, Sicherheitsdienststrasse 4, Linz. Mi hermano me la entregó para que la guardase luego de que Lonauer la echase un vistazo, imitando su gesto de incredulidad. La puse en el bolsillo de mi guerrera, que rebosaba ya de documentos. Me prometí que cuando llegase a casa trataría de aligerarlo un poco.

—¡Desde hace ya un tiempo que está investigando! —Otto no podía dar crédito a lo que estaba oyendo. Un inspector de la Kripo iba un paso por delante suyo y él no se había dado ni cuenta. Sin duda, el campo estaba siendo investigado en secreto. Toda la maniobra del comandante Ziereis, destinada a ocultar aquel terrible suceso a ojos de las autoridades, no había servido para nada y, muy pronto, sería destituido. Otto había fracasado... y el fracaso era lo que más odiaba de este mundo. ¿Cómo era posible que el gran Otto Weilern no completase con éxito algo en lo que había puesto tanto empeño?

—Tal vez quieran ver el cuarto de mi hijo como hizo el inspector. Se pasó casi media hora revolviendo las cosas de mi chiquillo. Menos mal que, aunque llevaba muchos meses oficialmente muerto, yo no había recogido nada y la habitación está tal y como él la dejó el día que su padre quiso entregarlo a la Institución del Sueño.

Todos la seguimos, como hipnotizados. Ninguno nos habíamos repuesto del descubrimiento de que no estábamos solos en aquella investigación. Lentamente, seguimos a Dora Schule escaleras

arriba, hasta la buhardilla de su hijo. Se trataba de una habitación enorme, sin paredes medianeras, que ocupaba la planta entera; sin duda era el espacio más grande de la casa. Había fotos y esculturas de caballos, perros y gatos, pero no había nada relacionado con la cultura judía ni ningún objeto asimilable a un Golem. Muy al contrario, se trataba de la habitación típica de un muchacho ario nacionalsocialista, con sus banderitas con la cruz gamada, sus dibujos del Führer y una colección entera de insignias de Auxilio de Invierno, imitando escudos de armas de las localidades patrias más famosas o bien pequeños bustos de resina de grandes artistas patrióticos del Reich. Mi hermano recorrió con los dedos dos nutridos anaqueles de libros y extrajo de uno de ellos "El Mito del Siglo XX", de Alfred Rosenberg.

—De aquí extrajo el texto del poema que había en la escena del crimen de los barracones —me explicó.

La señora Schule se acercó hasta nosotros y cogió el libro de entre las manos de Otto.

—Mi pobre Adolf disfrutaba mucho con obras de filosofía como ésta. Se las daba de intelectual, el pobrecillo. Pero yo sé que no las entendía demasiado bien. Éstos libros hablan de cosas elevadas que la gente de la calle no terminamos de hacer encajar en nuestro pequeño mundo, pero él intentaba descubrir los misterios que se escondían en la obra de Rosenberg o de Schönerer o algún otro de esos. —Señaló la estantería con el envés de la mano— Le gustaba sobre todo hablar de libros de geografía y de la expansión futura de Alemania a través de todas las naciones inferiores de la Europa del este. Era un buen chico: un buen nacionalsocialista.

—Seguro que sí, señora. Sin embargo... –Otto se detuvo a media frase; lo cierto es que seguía algo espeso. No parecía él mismo, como si estuviera ensimismado en sus pensamientos y no pudiera descender al universo de lo real, de lo tangible, de aquella escena en casa de su asesino junto a su protectora madre y unos objetos que un día le habían pertenecido. Algo le preocupaba. ¿El inspector de la Kripo? ¿Esos cabos sueltos que no terminaban de tener sentido? No sabría deciros.

—Sin embargo, se lo llevaron —dijo Dora, completando su frase—. Y mi marido quemó todas sus fotos para que lo olvidáramos: como si nunca hubiera existido. Pero yo me resistía a desterrarlo de mi memoria y rescaté del fuego una de cuando tenía nueve años, que llevaba siempre conmigo. El inspector Dalbauhar me la pidió. Me dijo que era una prueba. Ahora ya no puedo contemplar la carita de mi Adolf. Al menos, me queda la esperanza de que todos ustedes estén en lo cierto y siga vivo.

Otra vez aquel inspector de la criminal. Cada vez que se hacía referencia a aquel tipo, tanto Lonauer, ausente, sentado sobre un jergón y mirando el paisaje más allá de un ventanal, como Otto, aún con la obra de Rosenberg en la mano, parecían cobrar vida y se ponían a temblar sin remedio.

—Hábleme de su marido —dijo mi hermano después de una pausa, recobrando la compostura. Yo le conocía bien y me di cuenta de que comenzaba a sobreponerse por fin de la presencia de un competidor en su lucha por resolver el caso. ¿Qué otra opción le quedaba sino encajarlo y seguir adelante? Además, había algo que necesitaba saber si quería tirar del hilo a fin de deshacer de una vez aquella madeja.

—Mi marido me abandonó al poco de ingresar mi Adolf en la Institución del Sueño —nos explicó Dora—. No le culpo. Yo me pasaba el día llorando, presionándole para que fuese a recoger a nuestro hijo. Una mañana discutimos, cogió su Mercedes y no lo volví a ver. Ni siquiera ha regresado a por sus cosas.

Frau Schule, por un momento, volvió a componer el gesto contrito y desolado que pudimos

contemplar la primera vez que coincidimos. Sin duda había recordado todo cuanto debía haber pasado aquel niño, primero en casa, con su padre, y luego en el castillo de Hartheim. Mi hermano estaba pensando en lo mismo.

—Pero usted, el día que la conocí en el castillo, dijo que estaba segura de que la había abandonado.

—Eso dije, sí, y lo acabo de de repetir. ¿Qué otra explicación hay?

—Si no ha vuelto por sus cosas es porque no las necesita donde está. Tal vez su marido no regresó porque se lo impidieron.

La señora Schule miró recelosa a mi hermano.

—¿Cree que lo secuestraron? Eso no tiene sentido. No somos tan ricos y nadie ganaría lo suficiente con un rescate. O tal vez cree... —Se echó las manos a la cara— ¡No creerá que mi hijo...!

—Yo no creo nada, Dora, pero me gustaría que me acompañase al campo de Mauthausen. Acabamos de descubrir el cadáver de un hombre de unos cincuenta años y nos gustaría que lo reconociese.

Miré a mi hermano arqueando las cejas, como diciéndole: "Das por sentado que hay un cadáver en la ciénaga y que es el padre del niño. ¿Estás realmente seguro?". Ese era el primer asesinato que sospechaba había cometido Adolf en su entorno más cercano, aquel con el que comenzaba la serie de crímenes. Sus ojos azules se clavaron en los míos. Estaba completamente convencido de que el cadáver del padre nos estaba esperando en el Lager.

—Además —prosiguió mi hermano—, necesito que me ayude a encontrar a Adolf. Usted puede tener información que ahora no recuerda y que acaso nos conduzca hasta el chico. Creo que es fundamental dar con el paradero de su hijo y ponerlo a salvo... si es inocente.

—Lo es.

—En ese caso, usted debería ser la primera interesada en que demos con él y que, durante su detención, no sufra ningún daño. Son muchos los cargos en su contra y se le considera muy peligroso. Algún soldado de gatillo fácil podría acabar con su vida por segunda vez. Y ésta sería definitiva.

Dora Schule no dijo nada más: asintió, se dio la vuelta y abandonó la buhardilla a toda prisa. La oímos en una habitación del piso inferior abriendo y cerrando armarios, como si buscase algo que ponerse, algo en lo que embutir todas aquellas carnes sobresalientes.

—El padre de Adolf tenía un Mercedes —dije yo entonces, llamando la atención de mi hermano sobre un punto que me había parecido crucial en sus declaraciones—. Una de las razones que te hizo sospechar de Harald fue el Mercedes que los testigos vieron en las inmediaciones del Castillo. Tal vez fuera el Mercedes del señor Schule.

—Ya me había dado cuenta —repuso mi hermano—. Pero eso no prueba nada; en todo caso, complica aún más las cosas porque tenemos dos Mercedes, nuevas posibilidades y quién sabe si nuevos sospechosos.

El doctor Lonauer, que llevaba un rato en silencio, se había levantado del lecho y sentado en un extremo de la buhardilla, junto a una mesa rústica de madera. Sobre ella había diseminadas varias hojas de papel, juguetes, más libros y buena parte de los objetos que el inspector de la criminal había desordenado en su registro. El doctor había cerrado los ojos y se mesaba la barbilla, meditabundo.

—Si la policía ha llegado hasta aquí, mi carrera se ha acabado. Me veo luchando en el frente como ese administrativo estúpido, Helmut Michel, al que usted tuvo la amabilidad de quitarme de encima sin pedir mi permiso. ¿No tendrá algún otro amigo por ahí que pueda mandarme al frente,

pero en intendencia, por ejemplo, un lugar lo más tranquilo posible? —bromeó el doctor. Pero en su voz había también un deje de ironía que dejaba traslucir que no hablaba completamente en broma.

—No adelantemos acontecimientos —dijo entonces mi hermano—. Si la policía aún no ha hecho público el asunto tal vez tengan instrucciones de Berlín. Podría que nadie quisiese que un asunto tan feo como éste se haga público y al final su culo y el de mi comandante estén pese a todo a salvo. Nuestro caso es tan enrevesado que es difícil prever lo que va a pasar dentro de diez minutos, tanto menos dentro de unas horas, mañana o la semana que viene.

En la buhardilla no había ya más que ver y cuando Dora Schule nos indicó que estaba lista, bajamos a la planta baja. Lonauer llamó desde la sala de estar al castillo de Hartheim y estuvo largo rato dando instrucciones acerca de quemar archivos, informes y registros de contabilidad, tratando de ocultar cualquier asomo de mala gestión en los años que llevaba al frente de la Institución del Sueño. Luego pasó el teléfono a mi hermano y Otto habló brevemente con los mecánicos.

—¿Dónde quieres que te deje? —me dijo entonces, sin soltar el auricular.

—¿Dejarme? ¿No voy a ir con vosotros al Campo?

—No, Rolf. Hay algo en todo este asunto que me da mala espina. No sé por qué, tengo la sensación de que estás en peligro. No quiero que te encuentres ni a diez kilómetros cuando vayamos a detener al asesino. ¿Recuerdas que Harald ha estado persiguiéndote? Hoy mismo ha intentado matarte.

—Creo que sólo quería hablar conmigo y que tú le asustaste.

—Rolf, por favor, no digas más tonterías. Ya te expliqué en el patio de garajes que te iba a poner un escolta hasta que terminase el caso. El soldado Glatz me dice que nuestro Opel ya está arreglado y como ya no vamos a regresar al Castillo, tan pronto termine su turno va a llevarlo a dónde le digamos. Luego se quedará contigo para garantizar tu seguridad.

—No necesito una niñera.

—Rolf...

Yo sabía que mi hermano tenía miedo de que el asesino quisiese retomar su tarea de ajusticiar a los miembros del Lager que no estaban a la altura de su labor en defensa de la raza aria. ¿Y quién estaba menos a la altura que Rolf Weilern? Nadie. Otto temía que, por alguna razón, Harald, Adolf o cómo se llamase, pensara que la mejor manera de acabar su tarea, fuera poner una diana en la frente del pobre tonto de su hermano.

—No estoy en peligro y no necesito a ese viejo de Glatz. ¿Un viejo de pelo blanco va a ser mi carabina y mi protector?

—Es un soldado veterano. Además, no te estoy preguntando si quieres o no protección: es una orden de tu superior. Sólo quiero saber dónde quieres que vaya a buscarte. ¿Le digo que vaya a casa?

De alguna manera, quería rebelarme; quería tener una pequeña franja de libertad. No estaba dispuesto a regresar así como así a Sankt Valentin, pero no había ningún otro sitio a dónde ir. Hubiese deseado ejercer de verdad de hermano mayor y tomar mis propias decisiones, no que las decisiones me tomasen a mí, como hacían siempre. Súbitamente, me vino una idea a la cabeza. Aún era muy pronto, ni siquiera las ocho de la mañana, y yo sabía dónde estaba Joseph F. a esas horas, antes de que su madre se marchase al trabajo. Ahora que Harald me había traicionado, aquel niño era lo más parecido a un amigo que tenía en este mundo. Además, era un sitio seguro, un sitio que le gustaría a mi hermano, pues, aunque me dejaría sólo, estaría rodeado de soldados de las SS que me protegerían de un ataque imaginario de su asesino. Por otro lado, el lugar quedaba apenas a un

kilómetro y no les obligaría a desviarse de su camino como tendrían que haber hecho de llevarme a Sankt Valentin. Cuando le dije el lugar al que quería que el soldado Glatz llevase nuestro coche, Otto, en un primer momento se sorprendió, pero luego asintió, satisfecho.

—En cuanto puedas, lleva el Opel al campo auxiliar de Amstetten —le dijo a Glatz, que aguardaba al otro lado de la línea—. Sí, al campo ferroviario de mujeres. Rolf te esperará allí.

XXI

Cinco minutos después, el Kubelwagen de Lonauer arrancaba llevándose también a mi hermano y a Dora Schule. Al poco, sólo quedaba de ellos una pequeña nube de polvo que desapareció cuando abandonaron la pista de tierra y regresaron a la carretera asfaltada.

—¡Maldita sea!

Solo, delante del campo auxiliar, me sentía como un imbécil. Una vez más, se me dejaba de lado porque era prescindible para la investigación. Daba igual que mi hermano afirmase que estaba preocupado por mi seguridad, que el asesino pretendía acabar con los falsos nacionalsocialistas como yo y que acaso Rolf "el tonto" fuese la más propiciatoria de sus víctimas. También lo era el mismo Otto, que gracias a la influencia de nuestro tío había eludido su deber en el frente y se refugiaba entre inútiles y tullidos, dentro de los cuatro muros de un campo de concentración. Seguramente, el asesino detestaba también a mi hermano y no había a mi juicio razón alguna para pensar que hiciese distinciones filiales. La verdadera distinción, la diferencia entre ambos, era que mi hermano me creía un inútil, incapaz de llevar a buen puerto la investigación, incapaz de protegerse sólo e incapaz, en general, de hacer frente al mundo en el que conviven como iguales los adultos.

Las cosas son como son, y ahora, a causa de todo ello, volvía a estar lejos del lugar donde habría de resolverse nuestro caso. Mientras el grupo de excavación del cabo Racht seguía drenando la ciénaga, mientras investigaban nuevos cadáveres y nuevas pistas, yo me sentaría a esperar a que Glatz viniese a buscarme para hacer de niñera.

—¡Maldita sea! —repetí.

Meneando la cabeza, atravesé la corta pista de tierra que separa los aledaños del campo auxiliar de Amstetten de la carretera principal. Una alambrada circunvalaba su perímetro y sólo dejaba entrever una hilera de barracones y un grupo de mujeres vestidas con camisón a rayas, que se afanaban en diversas direcciones. Un guardia protegía la entrada desde una garita. Al verme, se levantó y vino a mi encuentro, saludándome solícito:

—¡Sieg Heil!

—Heil —repliqué con desgana.

—¿Qué se le ofrece Herr Sturmmann-SS?

Aquel hombre, al igual que Glatz, ocupaba el escalafón más bajo de nuestra amada Schutztaffel: era un soldado raso o Mann-SS. Mi padre, para que yo no ocupase ese último escalafón, me había nombrado soldado de primera (Sturmmann-SS) antes de ingresar en el campo de concentración de Dachau, años atrás. Nunca ascendería más allá de ese rango pero nadie podría decir que era un simple soldado raso. Sonreí, pensando que era todo un privilegio que hombres capaces como Glatz estuvieran por debajo de mí en la jerarquía militar. Aunque, por lo menos, yo no era el último mono de aquella función. A lo que parece, si uno tiene algo de paciencia siempre acaba apareciendo alguien dispuesto a ocupar ese ingrato lugar.

—Busco a un niño de unos seis o siete años. Así de alto —le dije, poniendo la mano a la altura de mi abdomen—. Me comentó que a veces se pasa por aquí y había pensado...

—Ah, el pequeño Joseph. —En los ojos del guardia percibí un atisbo de preocupación—. ¿No habrá hecho nada malo?

—No, no, por supuesto —le tranquilicé—. Sólo quería charlar un rato con él.

El guardia se llamaba Hochheim y era un hombre de pelo pajizo, no demasiado alto y bastante pecoso. Mascaba tabaco y trataba de sonreír sin enseñar sus dientes ennegrecidos. Me señaló hacia el este, a cien o ciento cincuenta metros más allá. Al final del primer tramo de alambrada, volviendo un recodo, me pareció reconocer unos pantalones viejos de pana y una gorra de la Luftwaffe.

—Lleva ahí toda la mañana —me dijo el guardia—. Desde antes de que amaneciera. A veces viene aquí aún más pronto y espera mirando hacia el campo a que llegue su madre.

—¿Qué será lo que encuentra tan fascinante el pequeño Joseph en estas vistas?

Barracones, suciedad, esclavos, piezas de maquinaria, golpes con un palo, una vagoneta que se cruza a lo lejos, un soldado fumando sobre una caja de madera... Eso es lo que, a primera vista, vieron mis ojos más allá de la alambrada.

—No lo sé. Mira a las mujeres. Las mira trajinando con las piezas que construyen para el ferrocarril. Las mira llevar las vías, cargar material, picar, soldar, atornillar. Le interesa sobre todo cuando las castigamos. Una vez ataron a una y le dieron de latigazos allí mismo, en ese solar. —Me señaló una pequeña franja de tierra en la que sólo había plantado un poste. Debía ser el lugar elegido para el castigo de las mujeres— El niño saltaba alborozado de un lado a otro. Sus pies prácticamente no tocaban el suelo. Hablaba solo, de sus cosas, ya sabe... Ha sufrido mucho, el pobre.

—Sí, creo que sé a que se refiere. Ayer me estuvo explicando sus teorías acerca de que el estado alemán es como un padre para las prisioneras y que tiene por tanto potestad para castigarlas, reprenderlas o asesinarlas. También cree que un padre cualquiera, por extensión, puede hacer lo que quiera con sus hijos, desde encerrarlos en un sótano hasta la muerte, abusar de ellos o quién sabe qué más.

Hochheim agachó la cabeza.

—El muchacho no está muy bien, no sé si me entiende. Mezcla realidad y fantasía. Todos lo hacemos, ¿no es verdad?, pero nosotros sabemos cuándo acaba una y comienza la otra. La mujer de la que antes le hablaba, Herr Sturmman, pues a ésa terminaron encadenándola. Estuvo dos días chillando hasta que perdió el conocimiento. Joseph le hablaba desde la alambrada, le gritaba consignas del partido y le aseguraba que al despertar sabría entender el verdadero valor de la obediencia.

—Nosotros tenemos un lugar similar en Mauthausen. Lo llamamos el Muro de los Aulladores.

Como refrendando mis palabras, se oyeron unos gritos, unas voces de mando. El Mann-SS Hochheim miró tras de sí, donde un oficial estaba organizando los Kommandos de trabajo. Todos los Lager, grandes o pequeños, funcionan de una forma parecida: hay unos pocos que mandan y un montón de desgraciados que obedecen. El oficial, no pude distinguir su graduación desde donde estábamos, empujaba a los prisioneros y a los Kapos, daba órdenes y señalaba a derecha e izquierda entre grandes aspavientos.

—Y la muchacha. ¿Aprendió algo? —inquirí, retomando nuestra conversación.

—No creo. No despertó. Murió de una insolación, o de los golpes, o de los latigazos, o de todo ello.

Hablamos un rato más. Del tiempo, de la contraofensiva griega en el frente de los Balcanes. Recuerdo que nos reímos de los italianos, que habían atacado Grecia intentando emular las conquistas de Adolf Hitler y nuestra Wehrmacht, y ahora retrocedían derrotados. Probablemente tendrían problemas para mantener sus posiciones en Albania, de donde había partido un ataque. ¡Pandilla de ineptos macarroni! Luego comentamos el bombardeo de la noche anterior sobre la

ciudad inglesa de Coventry, que había sido portada de los periódicos. Se decía que habían muerto varios centenares de civiles y que la vieja catedral, una joya arquitectónica, había sido completamente destruida. Al pensar en los aviones de la Luftwaffe, volví de nuevo la vista hacia Joseph y su vieja gorra de la Legión Cóndor. El niño no se había percatado de mi presencia y seguía vigilando a las mujeres esclavas, completamente absorto.

—Una vez le dejé entrar en el campo, ¿sabe? —El guardia había seguido la dirección de mis ojos y anticipado mis razonamientos.

—¿Si? ¿Y qué pasó?

—Fue un error. Pero era un día de poco trabajo, ¿sabe? No habían llegado las cajas con los repuestos y había poco que hacer. Algunos de los jefes se habían tomado el día libre y yo me llevé al muchacho a dar una vuelta. Estaba como hipnotizado, babeaba viendo las marcas de latigazos en la espalda de las mujeres, tocaba la sangre del suelo donde alguna había caído muerta de un balazo... cosas de esas. Fue entonces cuando me di cuenta de que le pasaba algo malo en la cabeza y decidí no volver a dejarle entrar. No hizo nada más aquel día, no sé si me entiende, nada raro... Pero me dio miedo. No creo que este lugar le haga ningún bien.

—Yo pienso lo mismo.

Hochheim escupió el tabaco que llevaba un buen rato mascando en el carrillo derecho. Como ya teníamos algo de confianza, debió pensar que no hacía falta disimular su afición más tiempo.

—Ya, claro, Herr Sturmman, el caso es que me pidió varias veces que le dejase volver a entrar y con diversos pretextos le dije que no era posible. Al final, se dio cuenta de que ya no le volvería a permitir que pasase nunca más. Así que se coló. No sé como lo hizo, o si fue en mi turno o en el de mis compañeros. Pero el caso es que entró en las instalaciones por segunda vez. —El guardia se sentía culpable. Pero no tenía la culpa. Comenzaba a darme cuenta de que ya nada podía hacerse por Joseph F.— Un Kapo le encontró al día siguiente, por la mañana.

—¿Pasó la noche en el campo?

—Consiguió entrar a escondidas en uno de los cinco barracones donde duermen las mujeres y se quedó toda la noche en la oscuridad, observándolas. No dijo nada. No hizo nada. Sólo las miraba. Cuando lo encontraron tampoco dijo gran cosa. Sólo habló conmigo un breve instante. Yo acababa de entrar en mi turno cuando llegaba su madre para recogerlo. El teniente al mando la había llamado a casa. ¿Puede creerse que la mujer ni siquiera había notado la ausencia de su hijo y se llevó una sorpresa cuando supo que no había dormido en casa? ¿Un niño de siete años y su madre ni siquiera mira si está en la cama?

Desgraciadamente, me lo podía creer. A nadie le importaba nada lo que hiciera o dejara de hacer el pequeño Joseph. Por eso había idealizado al padre perdido que, de haberse quedado en el seno del hogar, probablemente tampoco habría puesto mucha atención en el niño.

—Me estaba diciendo que el niño habló brevemente con usted, Hochheim. ¿Qué le dijo?

—Eso es lo más extraño: le pregunté por qué había hecho algo semejante, por qué había entrado en los barracones de las mujeres y se las había quedado mirando, allí encerradas, sin escapatoria. Me dijo que había estado tomando apuntes para el futuro, que estaba aprendiendo lo que un buen padre debe hacer con sus hijos descarriados.

De pronto, perdí las ganas de seguir con aquella conversación. Sentía un nudo en el estómago, unas arcadas similares a aquéllas que me asaltaron cierta vez, tres días atrás, cuando mi hermano me ordenó que matase a un español. Me despedí del guardia ofreciéndole un par de cigarrillos por la

información. Éste me aseguró que no hacía falta pero cogió el tabaco y se lo guardó detrás de una oreja. Me pareció entonces que Joseph me había visto desde el principio pero que, vuelto de espaldas, prefería ignorarme. Sin duda consideraba mucho más productivo emplear su tiempo en el examen de cuantas formas de degradación humana pueden contemplarse en un campo de concentración alemán. Tenía para un buen rato.

—¡Pobre muchacho! ¡Pobre Alemania! ¡Pobre Austria! ¡Pobres de todos nosotros! —murmuré para mis adentros.

Me alejé de vuelta por la pista de tierra hacia la carretera principal. Aunque había venido para pasar un rato con Joseph, me di cuenta de que el muchacho no necesitaba mis consejos, ni mi amistad. Había construido dentro de su cabeza una prisión similar a la que lucubraba para las mujeres, para sus hijos e hijas futuras, para Dios sabe quién. Temblé sólo de pensar en el monstruo que surgiría de todo aquel terreno abonado por la soledad, el abandono y las terribles enseñanzas que el Tercer Reich está sembrando en la mente de nuestros niños.

Me había embargado una tristeza tan profunda que creo que lloré. Por suerte, ya me había secado las lágrimas cuando oí el sonido de un motor que me resultó conocido. Aún continuaba haciendo aquel clic metálico del que se había quejado mi hermano por la mañana. Nuestro Opel, conducido por el soldado Glatz, fue frenando su marcha lentamente y se detuvo a mi lado, en el arcén.

—¿Le llevo a alguna parte, señor Weilern?

El soldado Glatz parecía de buen humor. Debía de estar harto de su rutina como guardia en el Castillo; sin duda aquello de ser comparsa y escolta de un tonto era una novedad, aunque sólo se tratase de proteger la vida de un hombre que no estaba en peligro. Aquello le daba la oportunidad de salir, de darse una vuelta en un coche que nunca podría permitirse y de modificar por un día el rumbo de sus obligaciones. Glatz, en edad ya más de jubilarse que de servir a la patria, parecía más mi padre que un guardaespaldas. Pero a él eso no le importaba. Sonriente, dio unos golpecitos al asiento del acompañante y me hizo un guiño afectuoso, retomando su ofrecimiento:

—Venga, vamos, Rolf.

Seguro que Glatz tenía hijos al menos diez años mayores que yo. Lejos del entorno de la Institución del Sueño, donde le había conocido, se me antojó un hombre completamente distinto. Arrastrando los pies, me acerqué al coche y me senté a su lado. Aunque no era un tipo muy hablador, al menos ya no daba la impresión de ser el sujeto arisco, gruñón e indiferente a todo de días anteriores. Así pues, conversamos amigablemente durante el trayecto. Creo que, mientras nuestro automóvil avanzaba de regreso a Sankt Valentin, volvió a salir a colación el asunto de nuestros aliados italianos, no sólo de su desastrosa campaña en Grecia sino de los barcos que habían perdido en el puerto de Tarento apenas una semana atrás, durante un ataque sorpresa de los ingleses. Hacía un tiempo ya que las pifias de nuestros aliados eran noticia y apenas se hablaba de otra cosa entre la soldadesca. Pequeños detalles como aquel demostraban que la guerra no iba a ser un camino de rosas para las fuerzas del eje: después de las victorias fulgurantes en Polonia y Francia, el asalto a Inglaterra había fracasado. En los diarios, la tramposa fraseología del régimen había dicho que la operación León Marino, con la que se pretendía doblegar al Reino Unido, se había "pospuesto hasta nueva orden", lo cual era sólo una forma artística de decir que las pérdidas de la Luftwaffe habían sido tan cuantiosas que no podríamos asegurar el dominio del aire mientras nuestras barcazas desembarcaran en las costas del sur de Inglaterra. De hecho, aunque veladamente, tanto Glatz como yo estuvimos de acuerdo en que, de facto, era la primera derrota de la hasta ahora invencible

maquinaria de guerra nazi.

Tal vez comenzaban a soplar nuevos vientos.

A la entrada del pueblo el coche volvió a detenerse. Glatz abrió el capó, trasteó unos instantes e intentó arrancar el Opel. A la tercera lo consiguió. El ruido metálico era cada vez más fuerte y chirriante cuando por fin aparcamos delante de mi casa.

—Tu hermano quería que viniese a buscarte lo antes posible y los mecánicos no terminaron el arreglo. Me dijeron que era cosa de la bomba de agua y del compresor. Yo entiendo un poco de mecánica y me quedaré aquí echándole un vistazo al motor, si te parece bien.

—Mi hermano se preocupa demasiado por mí. Yo estaba perfectamente en el campo auxiliar.

Glatz enarcó una ceja.

—¿Llorando a solas en el arcén de la carretera?

De pronto, aquel viejo chismoso me había dejado de caer bien.

—No estaba llorando y, si lo hacía, no lloraba por mí sino por otra persona, por un niño que... —Me interrumpí y luego dije, vacilante—: Bueno, lo que yo haga es cosa mía.

Me alejé sin despedirme y le dejé con la cabeza metida en el motor, caminando con la espalda bien erguida hacia la verja de la entrada de mi casa. Decidí que no le ofrecería a Glatz ni un vaso de agua, tanto menos algo de comer, durante su estancia. Como su misión era vigilarme y velar por mi seguridad, seguro que el hambre y la sed le harían estar alerta. Entré en la casa y al cabo de cinco minutos salí con una botella de Schnapps y un trozo de pastel de arena. Ya os he dicho en alguna ocasión que soy un pobre tonto, por lo que no es necesario ahondar en esta reflexión.

—Gracias —dijo Glatz—. Perdona si te he ofendido.

—No me has ofendido —repliqué—. Estaba llorando, es verdad.

—Hoy hay demasiadas cosas por las que llorar en nuestra Gran Alemania —dijo el viejo, mirando en derredor, como temiendo que algún informante, un vecino bien intencionado sin duda, le hubiese escuchado y se le ocurriese informar a la Gestapo de unas palabras que podían interpretarse de demasiadas maneras, y algunas muy poco halagüeñas.

—Nuestra Gran Alemania, por sí sola, es ya una razón para empujarnos a derramar un océano de lágrimas —repuse, dándome la vuelta y sin preocuparme de ninguno de mis vecinos. Ellos ya tenían sus propios problemas, viviendo con el miedo constante a recibir una carta certificando la "muerte heroica" al servicio de la patria de alguno de sus hijos, de sus hermanos, de sus sobrinos, primos o nietos.

Antes de entrar de nuevo en casa, recordé que no había recogido el correo desde el día del primer asesinato. Abrí la puerta del buzón y encontré una postal de la tía Ana, que vive en Linz, un par de facturas y una hoja de papel cuadriculado con una nota sin apenas signos de puntuación, escrita con la caligrafía indecisa de un niño de corta edad:

Estimado señor Sturmann SS Weilern.

Le escribía para hablarle de mi amigo Joseph F. ayer nos vio juntos jugando delante de su casa estoy muy preocupada por el está muy raro hace unos días me tuvo encerrada durante horas en el barracón de castigo. Yo le tengo mucho aprecio pero me amordazó y me dijo que me castigaría si gritaba o si se lo contaba a alguien pase mucho frío y mucho miedo. No me liberó hasta la noche.

No se lo he contado ni a mis padres y le pido que no lo haga tampoco usted me gustaría que hablásemos de todo esto porque creo que hay que hacer alguna cosa por el pobre Joseph. Esta noche pasaré por su casa si le parece, me gustaría que me diese unos consejos sobre esto.

Atentamente
Gertrud Müller.

"¡Pobre niña!", pensé, sintiendo que me abandonaba hasta el último resquicio de lástima que en mi corazón quedaba hacia Joseph F. Era el momento de empezar a sentir lástima por los que se cruzasen en su vida en el futuro más que por él mismo. Me guardé la nota en el bolsillo de mi guerrera, como hago siempre con todos los papeles. Pero ya no cabía nada más. Vacié su contenido y descubrí mi poema para celebrar el próximo cumpleaños de Adolf Hitler; también estaba la tarjeta del inspector de la policía criminal, el tal R.E. Dalbauhar. Por último, encontré escrita en una hoja de papel perfumado la dirección de la prima de Harald en la vecina ciudad de Rems. Recordé cómo, dos días atrás, Harald había puesto tanto empeño en que yo tuviese una cita con su familiar. Parecía que había pasado un millón de años y que esa conversación hubiese tenido lugar en un universo paralelo sin asesinos, Instituciones del Sueño ni campos de concentración.

Penetré en la vivienda dándole vueltas a todos aquellos asuntos, cuando comenzó a dolerme la cabeza. Había algo en la misiva de la pequeña Gertrud que no tenía sentido; algo en mi poema inacabado tampoco lo tenía; la tarjeta del inspector me daba mala espina y la hoja perfumada con la dirección de la supuesta prima de Harald, la tal Ilse Bauer, aún resultaba más extraña e incomprensible. ¿Quién da la dirección de un familiar cuando ese alguien no existe y vive bajo un nombre supuesto? O el supuesto familiar está con él en la conspiración o no existe tampoco y es todo una tomadura de pelo o... Tenía que descansar y poner mis pensamientos en orden. Un terrible pinchazo en la nuca casi me tiró hacia atrás y me tuve que coger de la barandilla mientras ascendía a mi habitación, en el primer piso. El segundo pinchazo fue tan fuerte y doloroso que creo que grité. O tal vez lo hiciera una voz desde mi interior. Todavía vestido, me arrastré como pude hasta la cama y me eché en ella, dispuesto como siempre a quedarme dormido como un patán, con las botas puestas. Comencé a masajearme las sienes tal y como mi madre siempre me aconsejaba hasta que el buen Dios se la llevó.

"Debes tener paciencia, Rolf", me decía. "Las migrañas siempre pasan. Yo siempre estaré a tu lado para cuidarte". Las palabras de mi madre brotaron de alguna parte de mi subconsciente. La recordaba todavía inclinada junto a mi lecho, con un vaso de agua en la mano, mientras parecía que mis ojos estaban a punto de estallar y salirse de las órbitas. Al fondo, apoyado en el dintel de la puerta, estaba mi padre, que más tarde sería mi tío, el gran Theodor Eicke.

Me dormí pensando en la figura de mi padre, de pie en el marco de una puerta imaginada, y mis pensamientos me lanzaron de nuevo hacia otra visión, con Theodor apoyado en el dintel de una puerta semejante, a centenares de kilómetros de distancia de Sankt Valentin. Al fondo, Hitler discutía con un hombre bajo y rechoncho: discutían a gritos, se acusaban, se amenazaban. Mi sueño había regresado a una antigua prisión en Munich, donde el rompecabezas del pasado vendría fundirse con el rompecabezas del presente. No sé si me desmayé o rompí a soñar, pero, sea como fuere, me vi transportado a las mazmorras de Stadelheim, por tercera y última vez.

Adolf Hitler me estaba esperando para enseñarme dónde comenzó todo.

XXII

Los sueños son un ámbito desconocido, siempre nuevo. Cada vez que uno regresa con ellos por el camino de la memoria, los matices han cambiado, las sombras reflejan el contorno de cuerpos que antes no estaban allí, tal vez un poco a la derecha o un poco a la izquierda, transfigurados en ellos mismos o en remedos con otro rostro. Nada es realmente como era y, sin embargo, es igual. La última vez que vagué por los senderos cenagosos de éste mi sueño, Adolf Hitler avanzaba por uno de los pasillos de la gran prisión estatal de Stadelheim, acompañado de mi padre y de mí mismo. Vestido con las ropas del segundo al frente del campo de Dachau, el Sturmbannführer-SS Michael Lippert, el Führer parecía divertirse como un niño con aquella actuación. Se había rapado su característico bigotito, ocultaba su rostro tras las solapas del abrigo y se sentía emocionado, regodeándose de haber engañado a los guardias con su disfraz. Acaso había olvidado que, como le sucede a Glatz, es requisito de un guardián mirar sin ver, oír sin escuchar y olvidar inmediatamente todo cuanto, pese a todo, se haya visto u oído. Para los guardias de la prisión, aquel hombre era un SS Obersturmbannführer. Eso y nada más. Les habían ordenado que condujesen a sus tres invitados a la celda del altivo jefe de las SA Ernts Röhm. Y ellos eso hacían. Se limitaban a obedecer, a entrechocar sus talones, a gritar bien alto "Heil Hitler" y a no preguntarse por la identidad de quien no deseaba ser interpelado. Así que vieron al Brigadeführer-SS Eicke, a su sobrino el tonto Sturmman-SS Rolf Weilern y a un tercer hombre que se ocultaba tras un embozo y miraba por encima de éste a su alrededor, con unos pequeños y nerviosos ojillos azules. Este hombre decía llamarse Michael Lippert pero para ellos podía ser el mismísimo Adolf Hitler porque, mientras llevase un uniforme de teniente coronel de las SS, sería exactamente eso y nada más: un teniente coronel de las SS.

No sé si os será fácil o difícil creer que, en ese instante, mi cabeza estaba en otra parte. Caminaba un paso detrás del Führer pero mi mente estaba abstraída en un problema diferente de la contemplación del momento presente. Al principio, bien es verdad, cuando fuimos al aeropuerto de Munich a recoger al entonces Canciller del Reich y pude estrechar su mano, estaba nervioso y superado por los acontecimientos. Pero luego, cuando se sumó a nuestra excursión hacia la prisión de Stadelheim, poco a poco me fui serenando. Mirando por el retrovisor los cuatro coches de escolta que nos seguían, o al mismo Adolf quitándose su bigote postizo y cambiando su vestimenta por el uniforme de Lippert, que habíamos traído desde Dachau, toda aquella situación comenzó a parecerme algo irreal. Tal vez fuera un sueño, una pesadilla, y ahora que la contemplo desde el recuerdo, me parece un sueño dentro del sueño o una pesadilla dentro de otra. Todo aquello no debería estar pasándonos a mí y a mi padre. Si bien era cierto que Theodor Eicke acababa de ser ascendido a un puesto importante dentro de las SS, y que había deslumbrado al propio Himmler con su gestión al frente del campo de Dachau, hasta el punto que se le había encomendado organizar la red de campos de concentración nazis; también era cierto que mi padre no era un gran jerarca del partido, ni un hombre de confianza del Führer. Fuera lo que fuese lo que tuviera que suceder en la prisión de Stadelheim, era algo que ninguno de nosotros dos deberíamos saber, y aún menos haber contemplado en persona. En alguna parte anterior de mi diario creo haber reflexionado ya sobre este punto, y concluido que mi padre o yo mismo éramos cabezas de turco, peones prescindibles en caso de que algo saliera mal. Pero ahora, desde la distancia, la explicación que me di a mí mismo páginas atrás no me resulta tan convincente. Yo no soy nada dentro de las SS, no valgo nada, pero mi padre era ya

demasiado importante para ser un peón cualquiera, pero a la vez demasiado pequeño para situarse a la diestra de Hitler y encargarse de la ejecución del hombre que hasta días atrás había sido su mano derecha y hoy era su principal rival: el jefe de las SA: o "ese mariquita de Röhm", como le llamaban "cariñosamente" sus enemigos.

No, en todo este asunto había algo que se me escapaba. No deberíamos estar allí y, sin embargo, estábamos, y eso sólo podía significar que, una vez más, yo era demasiado tonto como para saber lo que demonios se cocía delante de mis narices. Y debía ser algo muy gordo.

—Hola, Adolf. ¿Has venido a liberarme o a matarme personalmente?

El paseo por los tortuosos pasillos de la prisión había terminado. Estábamos delante de una celda de unos siete u ocho metros cuadrados. Tenía una mesa, una silla y un camastro adosado a la pared. El otrora poderoso jefe de las Tropas de Asalto estaba sentado en su catre, vestido sólo con un pantalón sucio y una camiseta, y se había dirigido al supuesto SS Obersturmbannführer Michael Lippert con una voz irónica y cargada de desprecio

—He venido a verte, sí —dijo Hitler, retirando las solapas de su abrigo y dejando por fin ver su rostro, cuyo embozo no había engañado a Röhm. Miró fijamente a su rival una sola vez, escupió el suelo y dio un paso al frente, aferrándose a los barrotes de la celda.

Mi padre había decidido respetuosamente dejar a los dos titanes enfrentarse a sus anchas. Sonriendo, con un brazo apoyado en el dintel de la puerta desde la que se accedía al pasillo, contemplaba la escena. No había ningún signo de emoción aparte de esa media sonrisa que adornaba su rostro; por el contrario, yo estaba aterrado, consciente por fin de mi propia pequeñez, de estar asistiendo a un momento histórico al que no debería pertenecer. Me hice a un lado, como si en verdad no perteneciese, y clavé mis ojos en el Führer. Éste había dejado de divertirse con aquella situación y una lágrima corría por su mejilla derecha. No sé si de rabia o de pena o de otra cosa. Ya no era un hombre disfrazado sino el guía de los alemanes, embarcado en una misión que él consideraba trascendental. Le observé con detenimiento a la luz mortecina de una bombilla. Hitler tenía entonces cuarenta y cinco años y estaba en plenitud de facultades. Delgado, de pelo castaño oscuro y algo más de metro setenta de estatura, seguía aferrado al acero de los barrotes como si en ello le fuese la vida. Sus nudillos se tornaban pálidos por momentos, y el flequillo en forma de hoja de guadaña que le caía sobre la frente, le daba un aspecto amenazador.

—Una vez servimos juntos a un mismo ideal.

—De eso hace ya mucho, mi Führer.

La voz de Röhm había resonado como un eco, rota, reverberando de pura repulsión. Aquel hombre odiaba a Adolf Hitler.

—Ya no tenemos los mismos sueños.

—Los tuyos no, desde luego.

Hitler asintió. Se habían sentado las bases de la conversación. Sería un enfrentamiento entre ambos. La última batalla de dos viejos adversarios.

—Dime cuántos conocen mi secreto, Ernst.

—Tu secreto. Sólo te importa tu secreto. ¿Y Alemania? ¿Qué hay de Alemania? —Röhm trató de soltar una carcajada pero esta se quebró en su boca, convertida en gemido o lamento— ¿Cuántos más habrán de morir para preservar tu secreto? —prosiguió, levantando la mirada—. Yo siempre había pensado que eras otro tipo de hombre. Un patriota.

—Tú no puedes darme lecciones de patriotismo. No puedes darme lecciones de nada. Yo

confiaba en ti y me traicionaste. Todas esas muertes de las que me acusas las habrías de cargar en tu conciencia y no en la mía.

Estaban hablando, por supuesto, de la Noche de los Cuchillos Largos. Aunque entonces todavía nadie la había llamado así. De momento, ni siquiera tenía nombre. Horas antes, el Führer había pronunciado un encendido discurso en la radio. Había acusado a unos traidores de tratar de destruir a la nueva Alemania que estaba intentando crear. Los traidores a los que veladamente se inculpaba no eran otros que las Tropas de Asalto SA. Para atajar el pretendido complot de sus enemigos, de una punta a otra del Reich se estaba perpetrando una orgía de detenciones y asesinatos. En total, cerca de un millar de encarcelados y más de un centenar de ejecutados. Hombres de toda naturaleza y condición, miembros del parlamento, de la policía, de los gobiernos provinciales, sacerdotes, miembros del partido, abogados, publicistas, arquitectos, y, por supuesto, miembros de las Tropas de Asalto SA, que Ernst Röhm había dirigido con mano de hierro durante años. Pero si todo aquel ajuste de cuentas intentaba destruir el poder de las Tropas de Asalto y de su jefe, ¿por qué se había detenido a gente de todos los estamentos sociales y de poder dentro de Alemania, incluidas en algunos casos sus esposas que, como todos sabían, dentro de la jerarquía del nazismo ejercían de meras comparsas?

—Hice lo que tenía que hacer, mi Führer. No me arrepiento.

—Fuiste demasiado lejos. No debiste amenazarme con revelar mi secreto. Ahora, todos aquéllos que lo saben, todos aquéllos que lo sospechan y todos aquéllos sobre los que tengo dudas si lo saben o lo sospechan, morirán. Tengo que salvaguardar el futuro de Alemania.

Röhm suspiró de nuevo y bajó la cabeza, como si contemplase el brillo apagado de sus botas. El antiguo jefe de las SA era un hombre bajo, al menos diez centímetros más bajo que Hitler, y estaba muy pasado de peso. Además, era notoria su debilidad física y su homosexualidad, de la que siempre había hecho gala y defendido desde diversos presupuestos filosóficos homofílicos. Según su doctrina, debía preservarse la preeminencia social y sexual del macho para con los machos de su especie, buceando en unas creencias que provenían de la Grecia clásica. Pero ahora, sólo quedaba de Röhm el hombre diminuto: había perdido su rango, su poder, su libertad, sus grandes teorías y en breve, presuponía, la vida.

—Si me hubieses defendido cuando esos aristócratas del ejército trataron de destruir mis Tropas de Asalto...

Hitler sacudió los barrotes en los que llevaba tanto tiempo encerrado su enemigo, presa de un ataque de ira, y Röhm calló abruptamente, dejando que el Führer hablase, escupiendo su rabia por la boca:

—¡Por favor, no seas tan iluso! Esos aristócratas de los que hablas tenían toda la razón. Tus Tropas de Asalto son un grupo de palurdos descerebrados que me vinieron bien para asaltar el poder y destruir a comunistas y socialistas. Son un grupo ideal para dar palizas o infundir terror. Pero una vez llegados al poder, un grupo de tales características sirve de poca cosa. ¿Acaso crees que tus palurdos someterán a las naciones democráticas cuando estalle la guerra? ¿De verdad estabas pidiendo que el ejército alemán se sometiese a los dictados de tus hombres, que se integrase en la estructura de las SA? Llevas demasiado tiempo oponiéndote a mis designios y poniendo en peligro mi posición en el parlamento y en el gobierno del país.

—Pero yo quería ir más allá en nuestra revolución nacionalsocialista. Aún quedan muchos ricos, muchos oligarcas, muchos aristócratas, mucha gente que se ha unido a nuestra causa sin creer

verdaderamente en ella. Millones de alemanes están con nosotros pero no son en verdad camaradas raciales, no creen en nuestros ideales ni en lo que significan. Debemos seguir usando a las Tropas de Asalto para dominar a todos los que duden a través del terror.

El rostro de Hitler se iluminó al oír estas palabras, como si de pronto hubiese comprendido algo muy importante.

—Me doy cuenta por fin de algo que algunos me habían dicho hacía meses y yo no quería creer: eres tan palurdo como el resto de palurdos de tus Tropas de Asalto. Llevas tanto tiempo entre descargadores de muelles, parados, mendigos y toda esa hez inmunda de descontentos con la que formamos la masa de tu ejército personal, que te has convertido en la misma escoria que son ellos. No has entendido nada de nada.

«Hemos alcanzado el poder y hemos eliminado a los partidos de izquierda. En el momento que el presidente Hindemburg muera, el hombre que le suceda alcanzará el poder absoluto. Sólo es cuestión de unas pocas semanas: un lapso de tiempo en el que tus Tropas de Asalto lo único que deberían haber hecho era estarse sus cuarteles en silencio, rascándose los huevos y jugando a cartas. Porque tan pronto tenga el control del país, se hará lo que yo diga y como yo diga. Un hombre con un poder así no necesita de la violencia. La mano dura es para llegar al poder... no para mantenerlo. El país se rendirá a mis deseos a través de la propaganda: daré discursos cada día en la radio y explicaré a las gentes la importancia de formar parte de nuestra comunidad racial; para hacer más efectiva la fuerza de mi mensaje, construiré aparatos de radio más baratos para que todos los alemanes tengan uno en su casa. Luego ordenaré producir películas que ensalcen la grandeza de ser ario; explicaré al Volk que estamos luchando en una guerra perpetua contra nuestros enemigos; crearé insignias para que las gentes que colaboren con nosotros paseen con ellas por la calle y nuestros adeptos puedan reconocerse; muy pronto todos querrán llevar esas insignias, todos querrán formar parte del Auxilio de Invierno o de la Liga de Defensa Aérea... todos querrán llevar nuestros galones o apuntarse a las SS.

«Y eso sólo para empezar, porque crearé programas y excursiones para reeducar a los antiguos socialistas más moderados, y les enseñaré a ser buenos alemanes, a odiar a los judíos y a todos los enemigos del pueblo; crearé nuevos Lager de concentración para asociales y subhumanos donde se podrá realmente utilizar esa mano dura que tanto te gusta; crearé otro tipo de Lager para maestros, jueces, abogados, para reeducarles también, para convencerles de que el servicio desde el estado y para el estado está por encima del hombre y de sus derechos; contrataré grandes directores que hagan documentales acerca de la grandeza de nuestros logros; organizaré vacaciones baratas para la gente de escasos medios, que es el núcleo principal de nuestros ciudadanos, y les haré ver que sin el concurso del partido un hombre no puede ni siquiera disfrutar de sus ratos libres; crearé pasaportes raciales para los que tengan sangre alemana pura y así éstos podrán distinguirse y elevarse por encima de judíos, medios judíos, eslavos u otras razas; la gente aceptará la visión biológica y racial del mundo que quiero entregarles y ni siquiera sabrán cómo han llegado a creer en todo ello.

«Así que dime, Ernst... dime qué lugar tiene en medio de mis planes tu política de la violencia. La violencia tiene que dejar paso a la propaganda. Los alemanes me amarán como nunca amaron a nadie en toda su historia. Y sin derramar más sangre que la necesaria. Estoy en el poder sólo con el treinta y tres por ciento de los votos. Nadie volverá a necesitar hacer unas elecciones en Alemania, pero si se produjesen yo conseguiría más del noventa por ciento. ¿Sabes por qué? Porque yo soy Adolf Hitler y la razón estará siempre de mi lado: yo les enseñaré a creer que mi palabra tiene valor

de ley y es infalible, incuestionable.

Durante aquella disertación, Röhm no pareció sorprenderse. Debía recordar muchos otros momentos en que la verborrea de Hitler lo dominaba todo. No en vano se trataba uno de los mayores oradores y charlatanes de todos los tiempos. El Führer pensaba que si no dejas hablar a tu oponente, éste acaba convenciéndose de que tal vez tengas razón. Son muchas las ocasiones en que la fuerza de la voluntad vence a la verdad o la lógica. Röhm miraba a su interlocutor como el que mira a un disco de gramófono rayado, condenado a labrar eternamente el mismo surco. Entendió al fin que éste siempre se saldría con la suya, que su obstinación le conduciría a cambiar el mundo, aunque tuviese que destruirlo para alcanzar sus objetivos. Luchar contra él, como Röhm había intentado hacer, era una soberana estupidez. Súbitamente, el antiguo comandante de las SA, decidió cambiar de táctica y no enfrentarse a quien no podía vencer y aún menos convencer. Recordó entonces anécdotas del pasado, de cuando habían sido amigos y luchado por que el partido nazi saliese de las catacumbas. Hitler, después de oírle, negó con la cabeza y dijo:

—Tú y yo nunca fuimos amigos. Durante mucho tiempo hicimos un largo camino juntos. Pero decidiste cambiar de rumbo y utilizaste mi secreto para evitar que te lo impidiese.

—De nuevo volvemos a tu secreto —se lamentó Röhm—. Es ese maldito secreto y no el ejército o el presidente el que te pide mi cabeza... es él y sólo él el causante de que hoy esté aquí, preso, con mi honor mancillado. Podrías, de haber querido, calmar los ánimos entre esos aristócratas prusianos y convencer al viejo chocho de Himdemburg de que soy un palurdo, como bien dices, inofensivo. Pero pensaste que ésta era una buena oportunidad para acabar conmigo.

Hitler no negó las palabras de su antiguo camarada. Parecía aliviado, feliz de liberarse de una pesada impostura.

—Tú me diste la excusa perfecta. No debiste amenazarme con revelar lo que sabes. Ahora ya es tarde para preguntarse qué podría haber sucedido si hubiésemos obrado de otra forma. No importa lo que podría haber sucedido, importa lo que está sucediendo. Y ahora, lo que está sucediendo es esto: eres mi prisionero y quiero que me digas quién más sabe mi secreto.

Röhm se levantó, le dio la espalda a su Führer y musitó:

—Ya que eres tan inteligente, descúbrelo tú solo.

La conversación había terminado. El viejo zorro no hablaría y todos lo comprendimos a un tiempo. A una señal de Hitler, mi padre abrió la puerta de la celda. Adolf se precipitó al interior y sacó una pistola. Por un momento creí que iba a disparar. Sin embargo, depositó el arma sobre la mesa. Era un viejo Mauser de la primera guerra mundial.

—Ese revólver tiene una única bala. Aprovéchala y muere con honor ya que no has sabido vivir como un hombre honorable.

Nos alejamos unos metros hacia el pasillo y esperamos largamente a oír la detonación. El Führer estuvo muy amable. Me contó un par de historias de cuando estuvo encarcelado en la misma prisión de Stadelheim, doce años atrás, junto con Rudolf Hess y otros jerarcas del NSDAP. Parecía esforzarse en caerme bien pero yo sonreía ante todo lo que él me explicaba y procuraba no parecer demasiado aterrorizado. En un momento dado, le pregunté la razón por la que alguien como yo había sido invitado a una velada semejante:

—¿Por qué no habías de estar?

—Porque yo no soy nadie, mi Führer... nadie como para compartir este momento con usted.

—Éste tampoco es un momento tan especial —terció mi padre, quitándole hierro al asunto—.

Sólo estamos dándole su merecido a un traidor.

Yo, por entonces, tenía veintitrés años y sólo hacía mes y medio que había entrado en las SS de la Banda de la Calavera. Sin embargo, llevaba ya el tiempo suficiente en el campo de concentración de Dachau, como para saber que cuando un superior ladraba una orden que no tenía el menor sentido o te daba una explicación que no explicaba nada, lo mejor era no añadir nada más y gritar bien fuerte: "A sus órdenes, señor". Iba precisamente a hacer esto último cuando oímos por fin un disparo proveniente de la celda contigua. Entramos a la carrera, el Führer en primer lugar, con los ojos muy abiertos, esperando ver a su antiguo camarada tumbado en un charco de sangre. Por el contrario, apareció ante nosotros el mismo Ernst Röhm, velludo, desafiante y en camiseta, que habíamos dejado minutos atrás.

—Quería saber si funcionaba todavía esta antigualla —nos dijo, esbozando una sonrisa pícara—. Porque si esperáis matar a alguien con ella tendréis que hacerlo vosotros mismos.

Theodor Eicke penetró en la celda del reo, dio dos sonoras bofetadas a Röhm y le arrebató la pistola. La cargó de nuevo con una única bala. Entonces me la alargó:

(En este punto es donde todos los días comenzaba mi sueño, aunque nunca concluyera. Esta vez sí llegaría al final)

—Mátalo –me dijo.

Soporté el peso del arma con ambas manos y le lancé una mirada suplicante:

—¿Por qué yo?

—Porque debes hacerte un hombre —replicó mi padre.

—Pero yo no quiero hacerme un hombre —objeté—, sólo quiero ser un buen hijo para usted.

Hitler se echó a reír tras escuchar mis últimas palabras. Theodor subió el tono de su voz, airado, y restalló:

—Tú no puedes ser un buen hijo para mí porque, para empezar, no eres mi hijo. Ya te lo he explicado muchas veces. Yo soy tu tío, tu jefe, y te ordeno que mates a ese mariquita de ahí dentro.

—Pero antes usted era mi padre.

—Por Dios, Rolf, me he casado con una mujer importante, bien relacionada en Berlín y con las altas esferas del partido. Hasta tú deberías entender que ahora eres sólo mi sobrino. No puedo reconocer que soy un adúltero y tengo dos hijos bastardos. ¿Eres tan tonto para no entender eso? ¿O estás como siempre haciéndote pasar por más tonto de lo que eres para no hacer lo que te pido?

Me encogí de hombros. Prefería hablar de mi madre y de por qué nunca quiso casarse con ella que matar a nadie. Ernst Röhm se removía nervioso en su celda mientras escuchaba nuestra discusión; aprovechando una pausa, replicó en mi nombre:

—No tendrá valor para matarme. Tendrás que ensuciarte las manos personalmente, Theodor –Röhm, por alguna razón, estaba convencido de que Hitler no se atrevería a matarle y lo haría a través de terceros. Se equivocaba.

Entonces, los acontecimientos se precipitaron: el Obersturmbannführer Michael Lippert, según los libros de historia, cogió el arma de mis manos y, acercándose hasta los barrotes de la celda, levantó el Mauser y apuntó con pulso tembloroso al preso.

—Nadie debe saber nunca por qué hemos matado realmente a Röhm —dijo, mirando a mi padre—. Nunca, ¿me entiendes?

Ernst Röhm murió el uno de julio de 1934. Su cadáver fue enterrado por un grupo de guardias en

los sótanos de la prisión. Uno de ellos, un gigante de dos metros diez de estatura, que había sido miembro de las SA en el pasado, no dejó de llorar durante las improvisadas exequias. Sus lamentos podían oírse desde la celda del ajusticiado, donde todavía nos hallábamos. Hitler estaba agotado. Acabar con todo aquel asunto le había puesto al límite de sus fuerzas. De hecho, tardaría seis días en volver a hacer una aparición pública. Para entonces, tanto los estirados aristócratas de la Reichswer, que tanto detestaba Röhm, como el presidente Himdemburg o los miembros del parlamento, no habían escatimado alabanzas hacia la Noche de los Cuchillos Largos, elevando a Hitler a "salvador de la patria" por su tenaz reacción ante la conjura de las Tropas de Asalto y sus amigos extranjeros.

Pero ahora, en el presente, aquel guardia no dejaba de llorar. El Führer, tuvo entonces otra de sus habituales crisis de ira y lanzó un largo discurso, de al menos media hora, sobre los débiles de carácter que impedían que la Nación avanzase. Al cabo, hizo que mi padre llamase al guardia a su presencia:

—¿Cómo te llamas? —El cuerpo de Hitler temblaba de pies a cabeza. Ojeroso minutos atrás, con signos de fatiga que empeoraban por momentos, éstos habían desaparecido como por ensalmo en el marco de su rapto de cólera. El canciller del Reich había vuelto a coger el viejo Mauser y lo apretaba con fuerza en su mano derecha.

—Markus Keller, mi Führer —le contestó el guardia, que súbitamente había dejado de llorar la suerte de su antiguo comandante. Acababa de reconocer a su interlocutor y descubierto que su pellejo no valía ni el traje de carcelero en el que estaba metido.

—¿Crees que ese mariquita de Röhm merece ser llorado por un hombretón como tú?

—No, señor.

—Entonces, ¿por qué lloras?

—No lo sé, señor. Fue mi superior en las SA hasta hace un año y yo...

—Y yo... qué, Herr Keller —Hitler levantó el arma y apuntó a la cabeza del hombre.

El gigante balbuceó alguna cosa. Luego añadió una frase ininteligible sobre Röhm y más tarde un sonido similar a un estertor de agonía. Por fin, se derrumbó en el suelo y comenzó a besar las botas de Hitler.

—Perdóneme, mi Führer. Perdóneme. Ni sabía que era usted el que... No sabía...

—Esto es lo que ha pasado desde siempre con las Tropas de Asalto SA —la voz de Hitler sonaba gélida, como si cortase como un cuchillo—. Todos los que formaron parte de ese grupo eran unos palurdos y siguen siéndolo aún después de dejar el cuerpo.

Luego se volvió hacia mi padre y le cuchicheó algo al oído. Aquel guardia nostálgico de su época en las SA había caído en desgracia. No sólo había incurrido en la ira del Führer sino que ahora sabía que éste, y no Michael Lippert, era el vedadero asesino de Röhm. Markus Keller sería enviado al campo de concentración de Dachau.

El antiguo guardia de Stadelheim fue esposado allí mismo y conducido por mi padre a través del pasillo, camino de la salida. A su lado caminaba cierto Sturmbannführer de las SS, de nuevo con la gorra calada y las solapas de la chaqueta levantadas. Markus mascullaba frases sueltas, pedía perdón y, de pronto, volviéndose hacia mí, dijo:

—Coge mi tarjeta, muchacho.

Estábamos solos. La prisión había desaparecido y el sueño nos había trasladado a un páramo desierto. Llovía a mares y Markus Keller me miraba, todavía esposado, mientras su pelo se iba mojando y gruesas gotas de agua le caían por la cara. Entonces le reconocí:

—¡Godzilla!

El prefecto de los prisioneros, el Kapo en jefe de Mauthausen, asintió desde mi alucinación.

—Ahora te acuerdas de mí. Eso está bien. Pero ahora coge la tarjeta de mi bolsillo antes de que se moje y resulte ilegible.

Me acerqué y eché mano de su guerrera. En el bolsillo superior derecho, el mismo lugar donde yo suelo guardar mis papeles, había una tarjeta. La leí en voz alta:.

—R.E. Dalbauhar, inspector de la policía criminal, Sicherheitsdienststrasse 4, Linz —dije, atónito— ¿Ésta es tu tarjeta de visita?

—No es mía. Me la dio un amigo. Es la cuarta y última pista que necesitas para resolver el caso llamado “Asesinato en Mauthausen”.

—¿La cuarta pista? ¿Cuáles son las otras tres?

—Las tienes todas. A veces, las pistas que necesitamos las llevamos encima desde el principio, en nuestros bolsillos. Están tan a mano que no las vemos.

Volví a mirar la tarjeta del inspector de la Kripo.

—¿De qué bolsillos hablas?

Pero al levantar la vista, comprendí que estaba sólo. Ya no llovía y el páramo parecía reverdecer por momentos. Sólo seguía mojada la tarjeta del inspector de la criminal. Las letras se estaban corriendo y la tinta formaba raras formas.

R.E. Dal bau har, rezaba ahora la tarjeta. Y entonces lo entendí todo. Aquel nombre era un anagrama donde “Dal Har” o “Har Dal” es Harald y “R.E bau” o “bau R.E” es Bauer. ¡HARALD BAUER! Mi antiguo amigo se paseaba ahora disfrazado de inspector de la criminal. Había adoptado otra identidad para seguir asesinando. Lo que no entendía es como podía conseguir papeles oficiales, falsificaciones perfectas... a menos que... ¡No tuviera que falsificar nada porque podía conseguir la identidad que quisiera del propio estado alemán!

Y de pronto, una última idea penetró en mi mente. Si Harald era Adolf Schule y Harald se hacía pasar por inspector de la Kripo, ¿cómo era posible que Frau Schule no le hubiera reconocido cuando fue a su casa? A menos que ella también estuviera ayudándole o que el asesino fuera otro y cuando Dora dijo que su hijo no aparentaba la edad que tenía quisiese decir que... Un momento ¡No era posible! Porque entonces eso significaría que Harald sólo podía ser, que era en realidad...

¡Un agente de incógnito!

De hecho, Harald me había dejado una pista en su tarjeta. Una vez, estando borracho o fingiendo estarlo, me había dicho que estuvo a punto de entrar en el servicio de inteligencia de las SS, la poderosa SD o Sicherheitsdienst. Precisamente yo se lo había recordado días atrás, cuando le eché en cara la causa por la que un hombre con su preparación había acabado con los fracasados, en un Lager de provincias. En la tarjeta, podía leerse como dirección del inspector de la Kripo Sicherheitsdienstrasse, es decir, calle del servicio de inteligencia de las SS. Esa calle no existía. Ese nombre era una pista para que yo recordase y comprendiese que...

—¡Harald era un espía del servicio de inteligencia!

Me desperté con la frase a medio pronunciar en la boca. Con la cabeza aún embotada, corrí hasta la mesa de mi habitación, donde había dejado mi guerrera y las cuatro pistas a las que se refería Godzilla en mi sueño. En realidad, antes de que la migraña me obligase a echarme en la cama, ya había intuido que debía reflexionar hondamente en el contenido de aquellos papeles, que eran:

1- La tarjeta del falso inspector Dalbauhar, en realidad un agente de la SD que yo había conocido como Harald Bauer y que investigaba... ¿Tal vez a Ziereis? ¿Irregularidades de algún tipo en el Lager de Mauthausen?

2- La dirección de la prima de Harald en Rems, que dado que Harald no era Schule, debía ser una persona real que acaso podría decirme algo más sobre su familiar, o como se llamase de verdad, y su verdadera misión.

3- La nota de Gertrud, que ocultaba alguna cosa que aún no conseguía adivinar, pero que intuía era algo fundamental.

4- ¿?

¿Cuál era la cuarta? La única otra cosa que había en los bolsillos de mi guerrera era mi poema sobre Adolf Hitler, aquel que había terminado la tarde noche anterior, después de nuestra primera excursión al infame castillo de Hartheim y de pasear con Joseph F. por Sankt Valentin.

Joseph F. y el poema del Führer. De pronto, ambas ideas se fundieron en una, y de alguna forma intuí que tenía ante mis ojos algo substancial. Pero no sabía el qué.

Releí el poema tres veces y no me pareció que en él se ocultase nada importante. Tenía que pensar. Algo se me escapaba de nuevo. Alguna cosa que desde el principio sabía y que ahora necesitaba para encajar la última pieza del rompecabezas. Así que decidí trabajar en mi diario, distanciándome del presente y relatando lo que ha acontecido desde la última vez que os escribí hasta este punto. Tal vez ello me ayudase a hacer memoria, a separar lo importante de la paja. Además, trabajando en mi diario cumpliría con los deseos de mi hermano, que sigue esperando que todo esto me sirva para convertirme en un buen nacionalsocialista.

Poco a poco, según recordaba, las piezas fueron encajando en un mecanismo colosal, maquiavélico e infame. Cuando llegó la hora de pasar a limpio la continuación del poema en honor del Führer, todo estaba claro. Fue como cuando se hace la luz tras una tarde de tormenta. Así de sencillo. Sin más, sin esfuerzo, como si no fuese fruto de un proceso deductivo sino fruto de la inspiración; así es como lo supe todo.

Porque ahora sabía quién era el asesino; sabía quién era en verdad Adolf Schule y bajo qué identidad se escondía.

Sabía cuál era el secreto que tan celosamente quería guardar Adolf Hitler. Y sabía que en verdad eran dos secretos: el primero, de índole política, servía sólo para que sus enemigos se fijasen en él y obviasen el segundo, de índole personal, y que escapaba a su control.

Y sabía también quién era Harald Bauer o, al menos, fuera cual fuese su verdadero nombre, sabía cuál era su lugar en aquel acertijo que se acababa de mostrar ante mí.

Y sabía, o imaginaba más bien, que Adolf habría mantenido en reserva una baza especialmente poderosa para el caso que sus perseguidores le fuesen al acecho. Esa carta era Godzilla, un hombre que odiaba a los Weilern y al que sería fácil convencer para sumarse a su causa, llegado el caso.

Por último, sabía que el asesino, probablemente secundado esta vez no por Braun sino por Godzilla, o acaso por ambos, pronto actuaría para terminar con su macabra serie de crímenes. ¿Pero cuándo? ¿A quien? Eso lo ignoraba. A menos que...

Terminé de escribir en este diario el último párrafo del poema y me eché a reír, presa de la emoción de la victoria. Lo había resuelto. ¿Cómo pude ser tan estúpido para no haberlo visto antes?

En el poema que había escrito veinticuatro horas atrás estaba en verdad la solución: la última pieza del enigma.

Poema para celebrar el cumpleaños de Adolf Hitler (continuación)

Demos gracias al señor por habernos regalado al Führer,
y por haberle acompañado y guiado siempre.
Nuestro Führer se impuso una gran meta, la más alta,
y escogió un camino que era difícil y exigente:
pues padeció y luchó, ¡y sigue luchando por nuestra nación!
Por eso el amado Dios le ha concedido la merecida retribución.

No sé si antes en la historia habrá sucedido,
o si alguien en alguna parte habrá leído u oído,
que un soldado, anónimo, casi desconocido,
¡se convirtiese el líder de un gran imperio!

Así, Dios ha coronado su lucha y su contienda
¡y hoy le ayuda a derrotar a su enemigo!
Porque el buen Dios ayuda a quien se ayuda a sí mismo:
le guarda, protege y ampara, ¡y no se aparta de su camino!

En la lucha por nosotros, el Führer se amargó la vida varias veces,
y por ello el pueblo le respalda hoy firmemente:
¡millones de corazones afirman y reafirman
su lealtad al Führer con amor y agradecimiento!
¡Millones de corazones están dispuestos a sacrificarse por su Führer!
Los soldados más valientes le acompañan bajo el mejor mandato,
y de todo corazón le desean la merecida gloria,
tras esta guerra por los enemigos impuesta
¡con la victoria anunciada por el amado Dios!

Por eso nuestra oración está en el foco de los acontecimientos:
¡que Dios nos guarde a nuestro querido Führer por mucho tiempo!
Le conceda siempre salud a nuestro genial estratega
y le conserve la firmeza, resolución, resistencia y valentía,
y haga realidad sus deseos por el futuro de Alemania

y la paz con los pueblos de este mundo
y contribuya a que quien la mano pacífica rechaza, y quiere siempre la guerra,
¡no pueda seguir oponiendo resistencia!

¡Mi hermano y yo gritamos bien fuerte Sieg Heil por nuestro guía,
un padre para nosotros, el gran Adolf Hitler!

Un poema horrible, mentiroso, falsario... escrito por alguien que no cree en sus propias palabras. Yo sólo quería agradar a mi hermano y he conseguido odiarme a mí mismo por ser capaz de decir tantas tonterías para alabar la figura del criminal que nos tiene presos a todos los alemanes y a todos los austriacos. Tal vez, en la acción de poder distinguir esas tonterías a las que acabo de referirme, ha comenzando mi verdadera transformación. Porque este diario, que debía ser testigo de cómo un tonto al menos podía devenir un buen nazi, un camarada útil a la patria... ha terminado por ser testigo de cómo un tonto deja de serlo gracias a no querer convertirse en un nazi. Yo nunca he querido ser como tú, camarada nacionalsocialista, que ahora me lees, y finalmente esa diminuta diferencia me ha convertido en la mejor versión posible e imaginable de Rolf Weilern. Ahora sé y acepto que nunca conseguiré que se me considere un erudito o un hombre de letras, que no seré un estratega militar ni un genio como mi hermano... pero seré una buena persona en lugar de un buen nacionalsocialista. Mira en tu interior, camarada, y dime si tú puedes decir lo mismo.

No voy a escribir nada más. Mi diario acaba aquí. Me esperan deberes más importantes, hacer un par de llamadas para cerciorarme de un par de cabos sueltos que bailan ante mis ojos y detener a los culpables, si Dios me da fuerzas para terminar mi cometido. Sé que abandonando la redacción de estas páginas desobedezco a mi hermano, pero obedeciéndole le estaba traicionando, porque con cada línea me alejaba de los principios de lucha racial, racismo, xenofobia, odio y estupidez que se suponía debía adoptar de buena gana para ser vuestro igual y, paradójicamente, también el suyo.

Tal vez vuelva a desilusionar a Otto, pero ya no me importa. Si me ama deberá aceptarme, al igual que yo acepto que un hombre tan formidable esté tan profundamente equivocado en sus creencias.

A ti, lector nacionalsocialista del futuro, a quien he dirigido este diario, te digo que yo no soy tu camarada racial: “Ich bin nicht Volkgenosse”. No soy un nazi. Sólo soy Rolf Weilern.

Y ser yo mismo, créeme, me basta.

FIN DE LA QUINTA LECCIÓN

Capítulo 6

SPRITZEN

(Inyección de gasolina)

Empezaba a anochecer. Glatz seguía trabajando en el motor del Opel mientras silbaba una canción de moda, despreocupadamente. Estaba pensando en su mujer y en su hijo pequeño, recién nacido; pensaba, en realidad, en los guisos sabrosos de la primera y los chillidos del segundo, que estaba comenzando a entrar en la etapa de la dentición. A menudo, se preguntaba si un hombre de su edad debería tener nueva descendencia. El pequeño era su tercer hijo; los dos que le habían precedido, fruto de un matrimonio anterior, no habían sobrevivido a la primera infancia. Así pues, Glatz era, en esencia, un padre primerizo, y los años le habían convertido en un tipo gruñón que ya no estaba de humor para cambiar pañales de algodón y todas esas cosas que los padres jóvenes ven tan excitante. El soldado raso Tadeus Glatz se había hecho a las pequeñas derrotas de la existencia... y también a las pequeñas victorias, a esos diminutos placeres que llenan las horas de las gentes sencillas: y él, un hombre sencillo, aspiraba tan sólo a no tener demasiados problemas en el trabajo; a poder llevar bien cargada su pipa de tabaco; a llegar a casa a un hora prudente y a los buenos guisos de su segunda esposa, casi quince años más joven que él y, por tanto, todavía fértil y con ganas de cambiar pañales y aguantar los chillidos de su descendencia. Glatz removió las aletas de la nariz, imaginando un buen plato de carne rebozada y, al cabo, se relamió pensando en las otras exquisiteces que le seguirían, esperando que le relevasen lo antes posible de aquella aburrida misión en Sankt Valentin. No entendía por qué nadie podía pensar que Rolf Weilern pudiera estar en peligro. Nadie gastaría energías en acabar con un hombre mediocre como él. Estaba convencido de ello.

De pronto, un copo de nieve le cayó en la nuca. Glatz se incorporó y contempló como, poco a poco, un desfile de diminutas teselas blancas comenzaban a materializarse sobre el asfalto, a su alrededor. Cerró el capó del coche y se abrochó el abrigo. Lo mejor sería entrar en la casa y ver si Rolf tenía alguna cosa para comer. No serían los guisos de su esposa pero... qué demonios, sin duda era mucho mejor plan de quedarse allí fuera en medio de una tormenta. Dio un par de pasos pero se detuvo: había un hombre esperando junto a la verja, vestido con un traje viejo y una camisa arrugada. Llevaba también una vieja gorra de las Tropas de Asalto SA. Era un gigante que superaba con creces los dos metros de altura.

—¿Te conozco? —El hombre que le cerraba el paso sonreía como un idiota.

—No tenemos ese gusto, pero cualquier momento es bueno para que dos camaradas entablen amistad.

Glatz era perro viejo, lo bastante viejo para saber cuándo estaba en peligro. Imitó la sonrisa idiota de su contrincante y trató de darse la vuelta para huir. Entonces vio a Adolf Schule a su espalda.

—¡Dios mío! ¿Tú no estabas muerto?

El asesino le mostró una fiera sonrisa de perfectos y blancos dientes distribuidos en hileras simétricas. A la luz de una farola, parecían refulgir en la noche. Era la sonrisa de un depredador.

—¡Vaya! Pensaba que a estas alturas ya te habría llegado la noticia de mi resurrección. Pero no importa: unos salen de sus tumbas y otros deben ocupar su lugar un par de metros bajo tierra. Es ley de vida. Recuerdo bien cuando coincidimos en nuestro servicio en la Institución del Sueño. Entonces era yo el que estaba la merced de los guardianes a pesar de mi superioridad racial e intelectual. Yo sólo venía a matar al idiota de ahí enfrente, pero creo que encontraré igual de placentero acabar con uno de mis torturadores del pasado.

—Tú no serviste en el Castillo. Estabas interno a causa de un trastorno mental provocado por tu

sífilis, que...

—¡Eso es una calumnia! ¡Una mentira de la peor clase! —Adolf le miraba con los ojos enrojecidos, como si estos fuesen a escupir fuego en cualquier momento—. El Führer en persona se me apareció en la buhardilla de mi casa en Amstetten y me instruyó sobre cómo debía infiltrarme en la Institución; debía buscar en ella a los malos alemanes, a enemigos del pueblo disfrazados de ciudadanos anónimos, a aquéllos que no creen en nuestra revolución nacionalsocialista y solamente la toleran por miedo o por apatía. Gente como tú o como Ferrat. Luego continué mi tarea en el campo de Mauthausen, infiltrándome de nuevo bajo un disfraz. Pero eso ya es otra historia. Ahora debo completar mi misión. Y tú no podrás impedirlo.

Glatz intentaba pensar todo lo rápido que aquella situación requería. Debía pensar en salvar su propio pellejo y nada más. Sus ojos se movían muy rápido dentro de sus órbitas. Dio un paso atrás y se encontró con el fornido pecho de Godzilla.

—No te resistas, soldado —le aconsejó Adolf en tono paternal.

—Yo, yo... —tartamudeó Glatz—. Yo podría decir que me fui al bar a tomar un café y cuando volví, Rolf ya había muerto. Nunca os delataría. ¿Por qué habría de hacerlo? A mí, todo este asunto me trae sin cuidado. Ni siquiera sé qué demonios está sucediendo.

Adolf asintió, comprensivo. La nieve comenzaba a caer cada vez más fuerte y sus cabezas se estaban perlando de errantes astillas blancas.

—Te creo. Pero eso no basta. Llegados a este punto, tengo que considerar todo cuanto me rodea, no como un obstáculo, sino como una oportunidad. Y tú eres la forma de saldar otra cuenta con el pasado.

Godzilla intentó apresar a su víctima por los hombros con un brazo y taparle la boca con la otra mano. Pero Glatz se zafó con un movimiento rápido y se tiró al suelo, gateando desesperado por la nieve, intentando salvar la vida. Sólo pudo alejarse un par de metros porque, antes de que pudiera ponerse en pie, vio que a su alrededor aparecían, como de la nada, un montón de pequeñas piernas embutidas en pantalones cortos y faldas de lana. Tadeus comenzaba a pensar que estaba viviendo una pesadilla. Al levantar la vista, descubrió a media docena de mocosos que le miraban con los ojos abiertos, como contempla un niño el regalo del día de Reyes. Uno de los niños dio un paso al frente y se presentó:

—Yo soy Joseph F., y ostento el cargo de jefe de seguridad del campo de concentración de Sankt Valentin. No nos gusta que los prisioneros escapen. Es un mal ejemplo para el resto de nuestra comunidad racial. ¿Que pasaría si todos los presos siguieran tu ejemplo? Se rompería la disciplina y no sería posible llevar a cabo la tarea de reeducación de los enemigos de nuestra nación que el Führer nos ha encomendado.

El niño hablaba en serio. Glatz comprendió que estaba completamente loco y que realmente pensaba que estaba al cargo de la seguridad de su campo de concentración imaginario. Antes de que pudiera pensar en nada más unas manazas enormes le cogieron del cuello y lo levantaron en volandas. Godzilla le inmovilizó estirando la palma contra su papada y levantando su barbilla para que no pudiera resistirse. Por un momento, el gigante jugueteó con la idea de romperle el cuello pero la muerte de aquel hombre no era cosa suya. Sus objetivos eran Rolf y Otto Weilern. Así que dejaría que los niños siguiesen jugando a su juego, por muy enloquecido que fuese.

—¿Lo has traído? —le dijo Adolf a Joseph. Éste asintió con la cabeza y le entregó un pequeño objeto.

—He cogido la jeringuilla de casa de una vecina que es enfermera. Gertrud y Jutta le han robado un poco de gasolina sintética al coche de su padre.

Adolf hizo una inclinación de cabeza hacia las niñas, que se echaron a reír, contentas de haber hecho su primer servicio a la patria.

—¿Sabes que es esto? —le preguntó Adolf a su aterrorizada víctima. Como Glatz no podía responder, pues Godzilla, con su llave, no le dejaba abrir la mandíbula, se limitó a hacer un sonido sibilante mientras luchaba por respirar, ya que el gigante utilizaba los dedos que sobresalían para taparle la nariz. Adolf, tras una breve pausa, prosiguió—: Aparentemente es sólo una jeringuilla con benceno. Pero es mucho más: en el campo de concentración de Mauthausen aprendí de los buenos médicos que allí trabajan, que la inventiva humana debe usarse en la eliminación de los enemigos de nuestra sagrada Nación. Hay que ahorrar gastos cuando se trata de asesinar a judíos, polacos, asociales o, como en tu caso, traidores a la patria.

—¡Yo no soy un traidor! —consiguió decir Glatz a través de la presa del gigante Godzilla.

—Estabas aquí para proteger a un retrasado mental y a un farsante que ha eludido el servicio en el frente para esconderse, disfrazado de SS, en el Lager de Mauthausen. Los crímenes de Rolf Weilern son innumerables y tú vas a ser castigado por oponerte a su ejecución.

—¡Sólo obedecía órdenes! —lloriqueó Glatz, sin dejar de luchar, aunque sabía que era inútil.

—Todos las obedecemos, sí —sentenció Schule, con voz triste—. Todos lo hacemos, Mann-SS... pero yo obedezco directamente las órdenes de Führer, que me habla desde dentro de mi cabeza y me indica el camino a seguir. ¡Heil Hitler!

—¡Heil Hitler! —repitieron el resto de los niños a coro. Godzilla sonreía.

En el campo de concentración de Mauthausen los médicos llamaban Spritzen al acto de inyectar gasolina en el corazón de un preso. Luego, con la típica meticulosidad nazi, anotaban en una libreta el tiempo que tardaban en morir, entre terribles convulsiones. Glatz apenas tardó cuatro minutos y todos los allí presentes consideraron que era un flojo, el típico cobarde demasiado débil para resistir el sufrimiento extremo con hombría y determinación, como haría un verdadero nacionalsocialista. Cuando Joseph estuvo seguro que Tadeus había fallecido, ordenó a dos de sus subalternos, Hans y Konrad, que lo arrastraran hacia el patio de juegos y lo escondieran en el pequeño barracón de madera donde encerraban a sus presos imaginarios. Allí nadie lo vería hasta que hubiese amanecido. Para entonces, Rolf Weilern ya estaría muerto.

Dijo a la telefonista un número de teléfono de Rems y esperó.

Rolf sabía que, en primer lugar, tenía que poner sus pensamientos en orden. Y para eso, era necesario poseer toda la información que le faltaba. Los cabos sueltos, las ideas que iban y venían en su mente, tiempo atrás propia de un tonto a juicio de todos, pero ahora en pleno movimiento, rápida, infatigable... esas ideas estaban a punto de eclosionar. Pronto no le quedaría nada por descubrir y su "Asesinato en Mauthausen" estaría resuelto. Pero primero la información, y había una persona que podía completar el cuadro que se había formado sobre Harald Bauer, el verdadero Harald Bauer; y esa información la tenía una única persona: la prima Ilse.

—Sí, dígame —contestó una agradable voz femenina al otro lado del la línea.

—Ah, perdone, señorita... usted no me conocerá; mi nombre es Rolf... Rolf Weilern

—Encantada, Herr Weilern. No le conozco, pero mi primo me habló de usted. —Una risa coqueta, un destello de una mujer hermosa y divertida, un ser capaz de amar a Rolf, que un día había sido tonto pero que ya no lo era en absoluto.

—El placer es mío, Fräulein Bauer. Perdone, pero no conozco su apellido y me temo que no es el que acabo de pronunciar.

—Es Fräulein Skorzeny. —Algo en la voz de la muchacha, un titubeo, le había indicado a Rolf previamente que sus sospechas eran ciertas y que Bauer era un apellido por completo imaginario.

—Supongo que ese es el verdadero apellido de su primo. Podrían no compartir apellido aún siendo familia, pero me parece que...

Rolf se detuvo, y esperó a que la muchacha se decidiese.

—No sé Otto se enfadará si se lo digo, pero bueno, sí, su apellido también es Skorzeny.

¿Otto se enfadará? Por un momento, Rolf se sintió perdido. ¿Su hermano tenía algo que ver con todo aquel asunto? ¿Él sabía que Harald Bauer era un nombre falso desde el principio? No podía ser: Otto fue el primero en acusarle de asesinato y... Súbitamente, detuvo el rumbo de sus pensamientos. La solución era más sencilla que esa.

—Supongo que su primo se llama Otto Skorzeny y no Harald Bauer

—Sí, así es. —La muchacha se sentía algo turbada por todo aquel asunto. No quería hablar demasiado.

—Y trabaja para la SD.

—¿SD, Herr Weilern?

—La Sicherheitsdienst, el servicio de inteligencia de las SS.

Ilse pareció dudar antes de responder.

—No le sabría decir. Eso tendría que hablarlo con mi primo. Él me habló de usted y me dijo que debía protegerlo, y también a su hermano, que era una orden personal del Führer.

Skorzeny, alias Harald Bauer, no investigaba el campo de Mauthausen ni a Ziereis. Le protegía a él y también a Otto. ¿A Otto? Ahora entendía aquella misiva incomprensible que se había recibido en el Lager el día que Boldt casi le mató a ejercicios gimnásticos, durante la revista de los prisioneros. Skorzeny había informado a la cancillería del Reich de que Rolf estaba en peligro, y alguien allí había amenazado a Ziereis con un consejo de guerra si perecía de resultas del trato infringido por el Rapportführer. Pero, ¿había sido Hitler en persona? Su padre, ni siquiera ahora, era tan importante

para ordenar nada en la Cancillería. O sea, que había sido Hitler. ¿Había pasado algo más el día de la muerte de Röhm que no recordaba? No era posible. Seguro que no. Pero, por fuerza, la presencia de Skorzeny debía tener relación con lo que había pasado aquel día. De lo contrario, ¿por qué Rolf Weilern era tan importante para Adolf Hitler? Aunque quedaba la cuestión de su hermano. Él no estuvo en Munich la Noche de los Cuchillos Largos. ¿Qué interés podía tener el Führer en protegerlo? Y, por último, ¿estaban en peligro en medio de Austria, a miles de kilómetros del frente y de las tropas enemigas?

A no ser que...

Una orden del Führer en persona: repitió una voz desde dentro de la cabeza de Rolf. Otro cabo suelto acababa de anudarse. Rolf comenzaba a cerrar un gigantesco dédalo de ideas en torno a aquel laberinto que habría hecho desistir al mismo Teseo.

—¿Sigue ahí, Herr Weilern?

—Claro, Fräulein Skorzeny. Perdone, estaba pensando en lo que me ha dicho. ¿Podría comentarme una última cosa? Es que...

—Lo siento, Herr Weilern, pero ya he hablado demasiado. Como ya le he dicho, si quiere saber algo más, mejor hable con mi primo.

Como la muchacha se negó a revelar nada más de lo que sabía o de lo que ignoraba, y se mantuvo firme en su negativa, Rolf decidió ser educado y hablar de cualquier otro tema porque, después de todo, ya había descubierto buena parte de lo que había venido a preguntar. Al cabo de un rato, la muchacha se relajó y después de comentar la última película que habían visto ambos y el serial de la radio que ella prefería, le confesó que su primo le había hablado de la posibilidad de presentarle a Rolf para que fuesen un día juntos a dar un paseo.

—Tenía esa idea loca en la cabeza. La de que nos conociéramos, ya sabe, Rolf. ¿Puedo llamarle Rolf?

—Claro que puede. Y sepa que la ocurrencia de su primo no la encuentro en absoluto descabellada. Para mí sería un placer acompañar a una muchacha tan agradable. ¿Qué le parece este fin de semana?

Ilse estuvo de acuerdo y no paró de reír hasta que se despidieron y colgaron, unos diez minutos más tarde. Rolf pensó que eran los minutos que se le habían pasado más rápidos de toda su vida.

—Ilse Skorzeny. Un nombre bien bonito —repitió en voz baja, como si conjurase el espíritu de Cupido, que revoloteaba a su alrededor con el carcaj lleno de flechas. Era la primera vez que, hablando con un miembro del sexo opuesto, había sido capaz de hacerlo sin tartamudear o decir insensateces. Y es que Rolf el tonto ya no estaba allí para estropearlo todo.

Cuando la nieve comenzó a cuajar sobre las calles de Sankt Valentin, recordó a su carabina y se asomó a la ventana pensando que tal vez a Glatz le apetecería una taza de café bien caliente. Pero no le vio y concluyó que el viejo zorro estaría en la taberna de al lado tomándose una buena cerveza, bien resguardado de las inclemencias del tiempo. No podía echárselo en cara. Eso de hacer de niñera de un SS de treinta años era una completa estupidez. Ya iba a cerrar las puertas del balcón cuando vio a una figura atravesar la verja. Reconoció aquel peinado recogido y trenzado sobre su cabeza:

—Hola, Gertrud —le dijo a la niña, que le saludó con la mano.

—¿Recibió mi nota?

—Sí, claro, está todavía en mi bolsillo —dijo, palpándose el pecho, y recordando que en realidad la había sacado para dejarla encima de la mesa, con las otras pistas que le había sugerido

Godzilla en su sueño.

Rolf abrió mucho los ojos, como despertando de nuevo de ese mismo sueño. Fue hasta la mesa y recogió la nota. La leyó dos veces hasta que se dio cuenta de que aquella misiva era la expresión, no de los temores de Gertrud, sino de los suyos. Le escribía para hablarle de mi amigo Joseph F., comenzaba la misiva. Y luego eran todo mentiras, elucubraciones, frases pensadas para llegarle al corazón y no permitirle razonar. Hace unos días me tuvo encerrada durante horas. ¡Mentira! Todo era mentira. Habían utilizado sus sentimientos hacia aquel niño para confundirle, para engañarle. Creo que hay que hacer alguna cosa por el pobre Joseph. Esta noche pasaré por su casa. Si le parece, me gustaría que me diese unos consejos sobre esto, concluía. Y allí estaba la trampa. Porque no era la nota de una niña de ocho años. Esa nota era un engaño, una añagaza para... Alguien mayor que ella le había ayudado, alguien como...

Y entonces comprendió el daño que la propaganda nazi estaba haciendo en las mentes de aquellos pobres niños. Joseph F. no sería un monstruo en el futuro sino que lo era ya en el presente; él y el resto de sus amigos.

Se abalanzó sobre el teléfono y le dijo a la operadora que le pusiese con el campo de Mauthausen: ¡urgentemente! Le respondió un ordenanza. Sólo andaba cerca George Bachmayer: su hermano, Ziereis y el resto del grupo estaban reconociendo dos cadáveres hallados en la ciénaga. ¿Dos? Rolf decidió no pensar en ese nuevo dato, al menos de momento, y transmitió un mensaje al jefe de seguridad del campo; le dijo que corriera al encuentro de su hermano y del comandante y les repitiese sus palabras. Luego colgó y buscó sobre la silla la cartuchera de su arma. Era con aquella pistola con la que había asesinado al Kapo Juanita tres días atrás. Se había prometido no volver a empuñarla nunca más en su vida y ya lo había hecho cuando apuntó a la cabeza al Maestro de los Hornos del castillo de Hartheim. Ahora tendría que faltar a su promesa de nuevo. Eran demasiadas las veces en las que un hombre necesita de su arma en la Alemania de Hitler.

—Bewegung –dijo en voz alta.

“Bewegung”, gritaban los guardias a los prisioneros en el campo. En alemán significa circulación, movimiento... y los guardias lo usaban para indicar a los presos que trabajasen más rápido en la cantera, hasta desfallecer si era preciso. Con el tiempo, había acabado por significar “peligro, que vienen los guardias”, y los propios presos decían “bewegung” para indicar al resto que uno de aquellos sanguinarios animales de la Banda de la Calavera se acercaban, por lo que les interesaba que les viesen trabajar bien rápido si sabían lo que les convenía.

—Bewegung —repitió, dándose ánimos. Tenía que actuar rápido, que moverse sin pausa y ser más inteligente que los guardias SS de un campo imaginario: porque venían a por él.

Abajo, Gertrud aguardaba todavía bajo el balcón, con su vestidito cubierto de nieve. Rolf se asomó de nuevo, y se entretuvo vigilando con cuidado a derecha e izquierda, buscando al resto de sus enemigos. Estaban todos bien escondidos, al fin y al cabo sus pequeños cuerpos eran fáciles de disimular tras una caja de cartón o unos setos bajos o un parterre un poco frondoso. Pero Godzilla no pudo. Se veía el final de su espalda, entre un muro y un coche de un vecino, agazapado, esperando. Un poco más allá vio parte del traje a rayas de Ícaro, tumbado junto al gigante. ¿Acaso no estaría muerto? No, se habían traído al niño sordomudo con ellos por alguna razón que nunca había comprendido, por la misma que lo habían utilizado desde el principio el Blockführer Braun y el asesino, por la misma por la que lo necesitaban en aquel acto final. ¿Pero cuál era esa razón? ¿Para torturarle? ¿Era Ícaro, al igual que él, la última víctima a sacrificar en la sangrienta carrera criminal

de Schule? ¿El sacrificio de dos tontos era la conclusión proyectada para aquel macabro plan?

—Tengo frío, Herr Weilern. ¿Me podría abrir? —dijo Gertrud, con voz temblorosa.

Rolf amartilló la pistola asomado al balcón, para que la niña y el resto de espectadores que, en las sombras, le constaba estaban acechando, le vieran hacerlo.

—Dile a Adolf, a Joseph y al resto de tus amigos que tendrán que entrar en la casa por sus propios medios. No seré tan "tonto" como para abrirles la puerta. —Rolf sonrió, mostrando el cañón de su arma a la desconcertada espía— Ah, y diles que les estoy esperando.

George Bachmayer llegaba a la carrera arrastrando un rumor de gravilla pisoteada y exhalando unos gemidos de ansiedad que no tardaron en llamar la atención sobre su persona. Frank Ziereis giró la cabeza imperceptiblemente y contempló a aquella figura sudorosa que corría desde la puerta de entrada hacia donde ellos se encontraban, moviendo los brazos y haciendo señas como un vulgar colegial. Chasqueó la lengua. Sin duda, se trataba de nuevos problemas; de momento, ya tenía demasiados, como, por ejemplo, aquel coche calcinado con el cadáver de Braun en su interior que habían encontrado hacía media hora. Le había reconocido porque, luego de producirse una pequeña explosión, el cuerpo había salido despedido, medio quemado, aún consumiéndose. El rostro de aquel idiota judío se había salvado en parte y le miraba con sus ojos bovinos, en medio de un olor terrible a carne quemada. Parecía que el asesino tenía una especial predilección por el fuego. Primero, había quemado al dibujante español del barracón once y ahora hacía lo propio con su cómplice en ese y quién sabe cuántos crímenes más. Lonauer, informado someramente de los avances del caso, se había atrevido a hacer broma sobre este punto y había comenzado a comparar el cadáver del Blockführer con un pollo a la parrilla, rojo y emplumado, muy diferente a los seres humanos que quemaban en su Institución del Sueño, bien desnuditos y gaseados, en un ejemplo de productividad alemana.

—Oh, cállese de una vez, matasanos —espetó Ziereis, que desde un primer momento, había encontrado despreciable a aquel engreído de bata blanca. Pronto se apercibió que todos compartían su punto de vista.

La señora Schule se había quedado a unos metros, con Otto, que no creía que hubiese nada revelador o de interés en la exploración de aquellos restos calcinados. Ziereis vio que conversaban de alguna cosa y aguzó el oído, pues siempre procuraba estar al tanto de todo, le interesase o no.

—Adolf confesó a Lonauer que había sufrido abusos por parte de su esposo.

Dora Schule lanzó un suspiro.

—Mi pequeño sufrió mucho. Su padre era muy violento.

—El niño habló de “otro tipo” de abusos.

Hubo una pausa. El cadáver de Braun apestaba. Ziereis, con la excusa de alejarse del hedor, se echó a la nariz su pañuelo de seda perfumado y avanzó hacia Otto y la señora Schule, situándose discretamente a unos pocos pasos. Así podría oír el resto de la conversación de forma mucho más precisa.

—Mi pequeño sufrió mucho —repitió ella—. Mucho. Yo no podía hacer nada por evitarlo. Mi marido era el hombre de la casa. Entiéndalo, teniente.

—Yo no entiendo nada, Frau Schule. Lo que le hicieron a Adolf es una vergüenza y un crimen castigado duramente por la justicia. Para que un monstruo así pueda ver la luz, deben aparecer ciertos sucesos que condicionen la personalidad del asesino. Su marido es tan culpable como su hijo de todo lo que está sucediendo.

—Se equivoca, teniente. Creo firmemente que se equivoca en todo. Mi Adolf no ha hecho nada de lo que se le acusa. Ya verá como estoy en lo cierto.

—Pronto iremos a la ciénaga a reconocer el cadáver de su marido y me podrá decir si me equivoco o no.

—Está muy seguro que ese cadáver suyo es el de mi Alois.

—Es la única explicación lógica. Alois Schule fue la primera víctima de Adolf. El asesinato de su padre fue el detonante final, el pistoletazo de salida, de esta espiral de muertes.

Ziereis vio como ambos se daban la espalda; se evitaron muy educadamente a partir de ese momento. Un asunto menos del que preocuparse. Sin embargo, tal y como había anticipado Otto, una vez retirado el cadáver de Braun, no terminaban sus quebraderos de cabeza, pues tuvieron que ir a por los otros dos: los de la ciénaga. Y en el momento presente, mientras Bachmayer corría desde el Lager trayendo malas nuevas, aún los estaban reconociendo.

—Es mi marido, sí —dijo la señora Schule, cubriéndose la boca, horrorizada, cuando el rostro del primer cadáver de la ciénaga emergió después de volcar sobre él un cubo de agua.

—Yo tenía razón —concluyó Otto inmediatamente—. Schule es el asesino y su padre la víctima número uno de la que hablaba el plano de Braun. Sólo nos resta dar con él.

El cabo Racht repitió la operación con el segundo cadáver y un nuevo cubo de agua. Un muchacho de corta edad, de entre doce y quince años, apareció ante la mirada atónita de la concurrencia. Vestía el traje a rayas de un preso. Habían esperado a alguien conocido; el hijo de un guardia, un muchacho del pueblo... pero esa cara no les era familiar. Nadie lo reconoció. Dora Schule negó también con la cabeza y se apartó a un lado, rompiendo llorar, mientras Ziereis la rodeaba con su fuerte brazo y la empujaba contra su pecho. Los sollozos de la mujer se fueron apagando lentamente en el regazo del comandante del Lager de Mauthausen.

—Entonces, ¿quién demonios es ese muchacho? —dijo el doctor Lonauer.

—¿Quién sabe? Y, a estas alturas, ¿a quién le importa? —opinó Schultz, el jefe de la oficina política, que también se había dejado caer por allí.

Mientras hablaban, Bachmayer continuaba apresurado su galopada, los últimos metros que le quedaban de aquella carrera de algo menos de un kilómetro. Frank Ziereis no dejaba de mirarle, preguntándose cuál sería la siguiente desgracia que tendría que enfrentar, y ya se imaginaba camino del frente, intentando dirigir una unidad de combate cuando no estaba preparado ni intelectual ni físicamente para una tarea semejante. Cuando cerraba los ojos, se veía a sí mismo muerto, tirado en una cuneta, y esa era una visión que le tenía desde hacía tiempo atemorizado, porque estaba convencido de que era su ineludible destino.

—Maldita “mermelada” —dijo de pronto el cabo Racht tras pisar por error un rastro de sangre y vísceras que provenía de uno de los presos que había ejecutado, y que se amontonaban cinco metros más allá. En efecto, todos los presentes, durante el reconocimiento de Alois Schule, habían obviado los diez cuerpos que estaban tirados un poco más a la derecha: se trataba de los miembros del Kommando de prisioneros, que habían sido ejecutados después de drenar la ciénaga. Estos cadáveres, recientes, de apenas hora y media atrás, todavía rezumaban líquidos a causa de su asesinato a sangre fría, y apilados los unos sobre los otros, habían formado un gigantesco charco de sangre que avanzaba lentamente hacia Frank y su improvisado equipo de investigadores. Ese rastro de linfa, ese tinte escarlata que tiñe la parte inferior de tus botas, la sangre de los inocentes, hacía tiempo que las SS del campo de Mauthausen lo llamaban "mermelada" (marmelade en alemán), una forma irónica de referirse al último rastro de la muerte que, convertida en algo cotidiano, quedaba prendida en los enlosados de aquella fábrica de verdugos que había sido creada para mayor gloria del Tercer Reich.

—Rottenführer-SS Wilhelm Racht —ladró Frank—. Arroje esos cadáveres a la ciénaga ¡Inmediatamente!

—¿No los vamos a quemar como hacemos siempre, en los hornos, Herr Lagerführer?

—Qué más da —dijo Ziereis, sentándose en su silla, mientras reflexionaba sobre los cadáveres desnudos que quemaban en Hartheim y de los que se vanagloriaba Lonauer. Él mataba y quemaba a muchos más que aquel doctor de pacotilla, pero no disfrutaba con los subhumanos una vez muertos. En vida, cuando aún se les estaba matando o torturando psicológicamente o devastando sus cuerpos en la cantera... eso sí era divertido. Pero, una vez muertos... no. Era cosa de muy mal gusto disfrutar del acto de eliminación de los residuos. Lo encontraba enfermizo—. Ahora sólo quiero que los saque de mi vista. Además, ¿no habíamos quedado en la vía del tren que obedecería mis órdenes y no haría preguntas?

El cabo se cuadró y procedió a arrojar el primer cuerpo a la ciénaga. Como no se hundía, Racht lo cogió de una pierna y lo fue arrastrando a la parte más honda hasta que desapareció. Cuando hubo terminado fue a por el segundo cadáver.

—Se presenta el Schutzhaftlagerführer Georg Bachmayer... —comenzó el jefe de seguridad en ese momento, con la voz entrecortada luego de su carrera.

—Diga lo que tenga que decir y deje las formalidades para otro momento —le interrumpió Ziereis, con gesto adusto.

—Tengo un mensaje urgente para ustedes.

—Pues razón de más para que nos lo diga ya —apuntó Frank, que hacía tiempo que había perdido la paciencia.

Bachmayer comenzó a leer un papel que llevaba en la mano, como si no pudiera recordar el mensaje o no terminase de creer lo que había apuntado.

—El Sturmmann-SS Rolf Weilern pide que vayan a rescatarle inmediatamente a Sankt Valentin. Afirma que Adolf Schule, el asesino, y el Lagerältester de nuestro campo, Markus Keller, más conocido como Godzilla, se han personado en su vivienda con la intención de asesinarle. El verdadero asesino no es Harald Bauer, como antes creíamos, ya que éste, afirma Rolf, es en verdad un agente de la SD. —Bachmayer miró a la concurrencia, para comprobar el efecto de sus palabras en la misma. Meneó la cabeza y prosiguió—: El culpable, a juicio siempre de Rolf Weilern, no es sino el jefe de la banda de niños que juega en el patio de detrás de su casa a guardias y prisioneros. —Levantó de nuevo la cabeza en dirección a Otto—: Asegura su hermano que usted entenderá a qué se refiere. Por último, aconseja que se pregunte a Lonauer y a la señora Schule sobre el aspecto de Adolf y qué querían decir cuando afirmaban que no aparentaba su edad. Fin del mensaje.

Ziereis soltó una carcajada.

—Vaya. Su hermano ha resuelto el caso. ¡Enhorabuena! —dijo, mirando a Otto, que se había quedado mortalmente pálido—. Un grupo de niños son los asesinos. Maravilloso. Menos mal que tenemos a Rolf porque de lo contrario nunca habríamos dado con la verdad.

Ziereis volvió a reír, doblándose sobre sí mismo. Nadie le secundó. Una atmósfera extraña flotaba en el aire.

—Herr Lonauer, dígame. —Otto tampoco encontraba graciosa aquella situación y se había dirigido al doctor con una voz, aunque sosegada, que dejaba translucir un punto de pánico— Antes, cuando hemos hablado, usted ha comentado que Adolf no aparentaba su edad. También lo hizo Frau Schule. Yo he entendido en ambos casos que aparentaba mucha más edad, en tanto mi sospechoso, Harald Bauer, aunque contaba en su documentación aparentemente con diecinueve años, en realidad podría pasar por un hombre de veinticinco o más. ¿Encajaría Adolf en esta descripción?

Dora Schule se adelantó al doctor en la respuesta. Seguía creyendo que su hijo era inocente y, aunque no entendía muy bien lo que estaba sucediendo, intentaría probarlo mientras le quedasen fuerzas.

—¡De ninguna manera! Todo lo contrario. Mi hijo es muy delgado, bajito, de apenas metro cincuenta. Cuando yo decía que no aparentaba su edad me refería a que a los diecisiete parecía un niño de trece como mucho. Seguro que el doctor corroborará lo que digo.

—En efecto —dijo Lonauer—. Además, tenía ese tipo de gesto aniñado que podría haberle hecho pasar por alguien mucho más joven.

—Entonces, si el asesino no es Harald... —Otto frunció el ceño, intentando pensar con la velocidad que la situación requería. Se volvió y miró el cadáver del muchacho con traje de a rayas que había encontrado junto al padre de Schule. Y entonces se dio cuenta de que la teoría de su hermano de que un niño o, más bien, alguien que parecía un niño, había venido a asesinarle, no era ni mucho menos descabellada.

En ese momento sucedieron varias cosas al mismo tiempo. Otto se abalanzó hacia el Kubelwaguen del doctor, dispuesto a montar en él y emprender una loca carrera hacia Sankt Valentin. Sin embargo, Karl Schultz, que estaba más cerca que ninguno del automóvil, pues había contemplado la escena del reconocimiento de los cadáveres a una prudente distancia, para no ensuciar sus botas ortopédicas, fue el primero en llegar al vehículo.

—Por orden de la Cancillería del Reich le conmino, Oberstumführer-SS Weilern, a que me dé un minuto antes de ir en busca de su hermano. El Untersturmführer-SS Skorzeny está mucho más cerca que usted de la casa y podrá llegar probablemente a tiempo de detener a los asesinos, si realmente es verdad lo que acabamos de oír.

Entonces se apercibieron todos que Schultz había conectado un Feldfernsprecher al tendido telefónico. El Feldfernsprecher era el modelo estándar de teléfono móvil de campaña y se utilizaba especialmente para estar conectado en situaciones de combate. Sin embargo, también podía tener otras aplicaciones: ahora les permitiría hacer una llamada rápida sin haber de recorrer el kilómetro hasta la entrada del Lager que terminaba de hacer a la carrera Bachmayer. Ganarían unos segundos preciosos. El jefe de la oficina política puso en funcionamiento la dinamo del aparato dándole vueltas a una manivela y gritó: “¿operadora?”.

En aquel momento de la investigación, Frank estaba preparado para oír casi cualquier cosa, menos que aquel cojo estúpido tomase las riendas del asunto y pretextase tener órdenes directamente de Berlín. ¿Acaso no era él, Frank Ziereis, el comandante en jefe del campo? ¿Tenía el comandante que enterarse siempre el último de todas las cosas?

—¡Schultz! No habrá creído por un momento en las palabras de ese tonto de Rolf, ¿no? Además, ¿por orden de quién dice que está actuando? ¿Del Führer? ¿Y quién demonios es ese tal Untersturmführer-SS Skorzeny?

Karl Schultz levantó la barbilla, pavoneándose delante de su jefe.

—Ayer noche recibí instrucciones especiales en la Oficina de la Policía Política. Se me informó que el hombre que conocemos como Harald Bauer se llama en realidad Otto Skorzeny y estaba en nuestro campo realizando una misión de vigilancia privada en nombre de nuestro Führer. Por alguna razón que desconozco, debe preservarse a toda costa la vida de los hermanos Weilern. Se me informó también que estuviera preparado para una acción rápida en caso de que surgieran inconvenientes.

Schultz no añadió nada más a su aserto y, volviendo a tomar el auricular de su Feldfernsprecher, comenzó a hablar con la operadora.

—Póngame con el edificio de las Juventudes Hitlerianas en Rems —dijo Schultz, mientras se encaramaba al pescante del vehículo. Al cabo de unos instantes de tensa espera, dijo en voz alta, para que todos le oyeran, que no encontraban a Skorzeny, que le estaban buscando.

—¡Por el amor de Dios! —Ziereis tumbó su silla Thonet de una patada y luego penetró en la ciénaga, mientras gritaba, presa de un repentino ataque de nervios—: ¡En el campo de Mauthausen yo soy el último mono! ¡Nadie me explica nada porque, claro, yo soy sólo un simple Lagerführer, el comandante en jefe! Antes que yo debe informarse a tenientes, cabos, sargentos, y a todo el que pase por ahí... ¡a todos menos al comandante! ¡A todos menos a su comandante, pandilla de inútiles! ¿Para qué me van a informar a mí de nada desde Viena o Berlín? ¿Para qué, cuando puedo pasearme por el Lager haciendo el ridículo con la boca abierta, de sorpresa en sorpresa todo el maldito día? No, claro, eso es mucho más divertido. ¡Mirad como me río! ¡Ja! ¡Ja! ¡Me parto de la risa!

Mientras Frank Ziereis avanzaba chapoteando y el barro le llegaba ya a la cintura, Otto seguía de pie, delante de la puerta del Kubelwagen de Lonauer, esperando. Apenas podía aguantar más sin hacer nada, sin poner el coche en marcha e intentar al menos regresar a casa lo antes posible. Volvió la cabeza, intentando pensar con claridad, y su mirada tropezó de nuevo con el cadáver del niño encontrado en la ciénaga. ¿Por qué Schule le había matado? ¿Por qué Braun no había señalado ese cuerpo en el mapa? ¿O no lo habían matado ellos? La presencia de aquel cadáver significaba algo. Lo tenía en la punta de la lengua. Si hubiera dormido al menos cinco horas la noche anterior seguro que ahora sería capaz de entender la importancia de ese asesinato, que no formaba parte de la lista de Schule. Espera, era la lista de Braun, la lista en el mapa que había confeccionado el Blockführer. Adolf Schule no tenía ninguna lista. ¿Acaso había matado a aquel niño a espaldas de su cómplice? Y si era así... Por un momento, estuvo a punto de descifrar el último término de la ecuación, pero volvió a desaparecer, a escaparse entre sus dedos. Eso le hizo sumirse en la desesperación.

—Por favor, Herr Schultz, debemos partir ya —suplicó.

Por fin, Karl había conseguido contactar con Skorzeny y hablaron brevemente. Mientras esto sucedía Otto dio la vuelta al automóvil y se subió por el lado del conductor.

—No puedo esperar más, señor.

—¡Pero el teléfono está conectado al poste! —objetó éste—. Si pone el coche en marcha arrancará de cuajo el tendido o el teléfono, o ambos, a los pocos metros.

Otto sonrió. Una sonrisa felina, la de un padre que lucha por defender a su hijo, la de un hermano menor que lucha por defender a su hermano mayor.

—Pues entonces, Jefe, le aconsejo que acabe su pronto con su conversación... ¡y se agarre bien fuerte!

Diario de Rolf Weilern

Noviembre 1940

Lección 6:
Fronterlebnis:
Camaradería de combatiente

(o de cómo pasé de traicionar a mi hermano a no saber si voy a seguir vivo mañana)

XXIII

Mi diario ya se terminó en la lección anterior. Considera este capítulo, querido hermano, como un epílogo. Porque quiero dirigirme a ti en esta momento final, pues sé que las palabras que ahora digo bien podrían ser las últimas que nunca salgan de mi boca, de mi pluma.

Tengo poco tiempo. El enemigo me espera a la puerta de casa y pronto podré disfrutar de la Fronterlebnis, de esa experiencia y camaradería en el combate que tu querías que yo aprendiese a amar leyendo las novelas de Werner Beumelburg. Yo siempre preferí el género policíaco al bélico, las historias americanas de detectives a las grandes batallas y la épica.

Pero tú, cegado por tus creencias, cada vez que publicaban una novela de Beumelburg, me la traías a casa e insistías en que la leyésemos juntos, esperando que ese sentimiento de camaradería entre soldados, de amor por la guerra, naciese espontáneamente en mí leyendo esos panfletos ridículos.

Como siempre, intentabas que el tonto de Rolf fuese un buen SS como tú. No sabías que ser un buen SS equivale a ser mala persona y que uno sale perdiendo con el cambio. Además, esas novelas tan malas de Beumelburg no podrían convencer ni a alguien tan idiota como yo.

Te voy a ser sincero: siempre las desprecié. Odiaba todas esas historias rimbombantes que tratan de ensalzar la grandeza de la guerra, la maravilla de luchar (¡y morir!) por tu país, la felicidad de ser una tonta res que a la que se conducen orgullosa al matadero.

Y es que yo, Rolf Weilern, este pobre tonto, sabe mejor que nadie qué se siente siendo una res. Por eso puedo asegurarte que...

-La guerra es una mierda (con perdón); matar, odiar o la misma palabra enemigo, son una mierda aún más grande.

-Morir es un horror, sea o no por la patria.

-Ser una jodida res camino del matadero es peor aún que estar muerto.

Pero ahora ha llegado el momento de que yo tenga mi propia guerra privada. Un grupo de fanáticos quieren matarme: seguramente son seguidores de la literatura patriótica y las novelas bélicas nazis. Aman la Fronterlebnis y quieren ser soldados ejemplares, algún día, cuando crezcan. No sé si luchando por mi vida conseguiré entender la grandeza en la batalla que esas novelas pretenden transmitir. No lo creo.

Dejo mi diario en mi habitación, en el primer estante, junto a "El grupo Bosemüller" tu novela preferida de Beumelburg.

Tengo mi pistola, tengo un enemigo y no estoy listo para morir. Probablemente podría ser un personaje de una novela belicista de las que te gustan, el típico cobarde al que, poco a poco, camaradas más inteligentes y racialmente puros, le consiguen transmitir valores típicos de los SS y comprende qué grande es luchar por tu país. Al final, por supuesto, muere en una trinchera anónima con una sonrisa de felicidad en los labios.

Pero prefiero creer que soy un investigador privado que ha avanzado tanto en la resolución de su caso que "los malos" quieren acabar con él porque pronto acabará las pesquisas de los crímenes que dio en llamar Asesinato en Mauthausen. Eso me convertiría más en un personaje de novela de detectives. Espero que no te enfades por ello.

Te quiero, y ahora que comienzo a darme cuenta de que no soy tan tonto, sería una pena dejar este mundo sin poder enseñarte que, tal vez, Otto, tú tampoco eres tan listo: has dejado que los nazis te

convirtiesen en otra anónima res que va camino del matadero del nacionalsocialismo. Y avanzas convencido de estar sirviendo a una patria para la que sólo eres eso, una res, y no un ciudadano.

Te amo, hermano, y tenemos mucho de lo que hablar y mucho que vencer juntos. Que esta guerra (o cualquier otra) no nos lo impida.

Te dejo, al menos de momento. Voy a apagar las luces y a esconderme lo mejor que pueda para cogerles por sorpresa. Oigo a mis enemigos gritar en la calle y sé que no tardarán en venir.

Voy a luchar... pero por mi vida no por la patria. Ella ya tiene bastantes defensores y yo sólo tengo a Rolf Weilern.

FIN DE LA SEXTA LECCIÓN

Capítulo 7

AUF DER FLUCHT ERSCHOSSEN

(Disparando al que huye)

Harald Bauer nunca se había llamado Harald Bauer. Su verdadero nombre era Otto Skorzeny y era ingeniero de profesión. Había nacido en Viena hacía treinta y tres años pero era una de esas personas de gesto jovial que en las primeras décadas de su vida es imposible saber qué edad realmente tienen. Para no parecer un niño solía dejarse un poblado bigote, aunque, cuando tuvo que asumir la identidad de Harald Bauer se lo había recortado y así se había hecho pasar por un joven aprendiz de verdugo de diecinueve años en la Banda de la Calavera. Estaba seguro de que así sería más fácil hacerse amigo de Rolf Weilern.

No se había equivocado. Al principio, su principal preocupación había sido que Rolf encajase en su rol de miembro de la Banda de la Calavera, ya que tenía miedo que algún vecino o compañero lo denunciase a las autoridades tachándolo de incapaz y que, a causa de ello, algún funcionario demasiado escrupuloso decidiera ponerlo en alguna lista de "idiotas" que debían ser depurados. Estaba seguro que, llegado el caso, en la Cancillería del Reich revocarían una orden semejante, pero prefería no tener que pedir favores a sus superiores y solucionarlo todo él mismo. Le habían encomendado la misión de proteger a aquellos dos hermanos y, muy pronto, había descubierto cuáles debían ser sus prioridades, cumpliéndolas a la perfección. Al menos, hasta setenta y dos horas atrás, cuando todo se fue al traste con el descubrimiento del primero de los cadáveres, en los barracones en obras del nuevo Hospital de las SS. Desde entonces, no había dado una a derechas.

Su posición como guardaespaldas, infiltrado o lo que fuese, había comenzado, no obstante, mucho tiempo atrás. En realidad todo había sido fruto de la casualidad. En otoño de 1940 el Untersturmführer-SS Skorzeny servía en la 1ª división Leibstandarte SS Adolf Hitler. Había combatido en Cambrais, muy cerca de donde la división de la Calavera de Theodor Eicke luchaba también a brazo partido contra los aliados. En una fiesta habían trabado amistad. Terminada la batalla de Francia fue llamado a la jefatura de las SS y se le eligió, tras unas pruebas superficiales, para una misión secreta. Por lo visto, venía recomendado. Skorzeny no ignoraba que detrás de todo aquello estaba el mismísimo Gruppenführer-SS. Le extrañó, sin embargo, que aquella misión especial consistiera en proteger la vida de dos sobrinos de Theodor, que servían a la Nación en la retaguardia, muy lejos del frente o de cualquier otro lugar donde, en principio, pudieran correr algún peligro. Pero no tardó en darse cuenta de que la misión era más importante de lo que parecía. Se le informó que seguiría formando parte nominalmente de la división Leibstandarte, y aunque trabajaría para los servicios de inteligencia de las SS, éstos ni siquiera conocerían su misión, pues él sólo respondería de sus actos ante el propio Adolf Hitler. No hizo más preguntas. Iba a servir personalmente al Führer y seguro que él tenía buenas razones para encomendar a un hombre de su valía una tarea semejante.

Sin embargo, tal vez el Presidente del Reich se hubiera equivocado al elegirle. Se estaban cometiendo a su alrededor una cadena interminable de asesinatos y él no tenía la menor idea de por qué. Las vidas de los dos hombres a los que tenía que proteger tal vez estuvieran en peligro, pero él no sabía en qué medida, ni cómo evitarlo, y de hecho su falsa identidad había sido revelada y los propios hermanos Weilern le consideraban el principal sospechoso. Por todo ello, se había refugiado en uno de los locales de las Juventudes Hitlerianas, en Rems, cerca de su familia, y allí llevaba sentado casi un día entero, esperando que la fortuna le diese algo que hacer. Sin embargo, aquel viejo edificio, la antigua sede del partido socialdemócrata alemán en la región, incautada tras su ilegalización, no le daba muchas oportunidades de ocio. Sólo había salas vacías, toneladas de

documentos inútiles y demasiado tiempo para reflexionar en los errores cometidos. Como por ejemplo, cuando había intentado hablar con Rolf y explicarle lo que estaba sucediendo. Le había seguido hasta el Castillo de Hartheim y trató de aprovechar la avería en el Opel para hablar con él, aunque fuese un breve instante. Aquella imprudencia casi le cuesta la vida, aparte de poner en peligro su misión. Y debía proteger a los hermanos Weilern, no ponerlos en peligro a ellos o a sí mismo. Así que, de momento, hasta que supiera cómo actuar, no tomaría más iniciativas.

—¡Maldita sea!

Otto veía pasar las horas y se paseaba como un animal enjaulado. Necesitaba algo que hacer. En el campo de Mauthausen, un lugar horrible que había aprendido a odiar más que a ningún otro lugar de este mundo, a menudo ocupaba su tiempo en las misiones que sus superiores llamaban Durchkämmen, que consistían en explorar los barracones de los presos buscando escritos con inclinaciones políticas, o cualquier artículo prohibido. Naturalmente, nunca encontraba nada, y aunque lo encontrase, no solía dar parte, pero ese juego del gato y el ratón le mantenía entretenido, alerta, porque los prisioneros inventaban mil maneras de esconder los objetos que le eran preciosos. Una teja suelta, una manta vieja, un pedazo de madera levantado del suelo... cualquier lugar era bueno para ocultar la foto de un ser querido, unos cigarrillos o un poco de comida hurtada en las cocinas. La comida, precisamente, era lo más valioso que uno podía poseer en el Lager. En un lugar donde seres humanos morían a centenares de inanición por los trabajos forzados, un trozo de carne reseca podía ser la diferencia entre la vida y la muerte.

Alejando de su cabeza los malos pensamientos, sacó de una carpeta la foto de Adolf Schule. Su madre, Dora, se la había dado cuando la visitó bajo la identidad supuesta del Inspector Dallbauhar. La miró con cuidado. El niño, en aquella fotografía no tendría más de seis años. Unos ojos despiertos, una mirada triste, cariacontecida, afligida por el llanto. Era la única instantánea que la señora Schule había podido salvar cuando su marido quemó todos los recuerdos de su hijo enfermo. Aquel rostro le resultaba familiar; aquella mirada triste todavía más, pero el niño había crecido y Skorzeny no terminaba de situar los rasgos en el cuerpo de un adulto. Porque el niño que le miraba era demasiado pequeño; ahora no se parecería lo suficiente a aquella foto para poder reconocerlo a primera vista. Necesitaba una foto más reciente. Entonces tuvo una idea. Se imaginó a Schule en su casa: un pequeño fanático nazi con mucho tiempo libre. Skorzeny sabía dónde habría empleado buena parte de ese tiempo.

—¡Muchacho!

Un joven estaba de guardia en el edificio de las Juventudes Hitlerianas. Sin dudarlo, le mandó que le trajera cualquier fotografía o publicación que tuviera que ver con desfiles o actos públicos de las Juventudes de los contornos. El muchacho así lo hizo, servicial, y Skorzeny se estuvo dos horas leyendo artículos del Völkischer Beobachter y otras publicaciones de propaganda nazi, la mayor parte locales. Luego ojeó cientos de panfletos de propaganda e informes de vacaciones campestres de las Juventudes en los años anteriores, actividades que los nazis llamaban Fahrt y los niños coloquialmente “irse de colonias”. Pero sobre todo, en cada reportaje, diario o publicación, Skorzeny buscaba fotos: niños de uniforme caminando por un sendero, con el brazo en alto, haciendo ejercicios gimnásticos... Reseguía cada cara, cada gesto, buscando algo que le llamara la atención o un pie de foto que rezara: Adolf Schule en el desfile de Linz en honor al Gauleiter August Eigruber, por ejemplo. Al fin, cuando ya había perdido la esperanza, su corazonada tuvo éxito. En una foto de grupo, entre otros muchos niños vestido de uniforme, vio el nombre de Schule. Estaba rodeado de al

menos veinte niños de su misma edad, haciendo cola para entrar a una exposición de Arte Degenerado. A primera vista, no reconoció a ninguno de aquellos muchachos, la mayoría adolescentes de quince años o dieciséis a lo sumo. Además, había pasado casi tres años. ¿Cuál de ellos sería? Desesperado por encontrarse tan cerca y a la vez continuar a ciegas, volvió a llamar al muchacho que estaba de guardia. Se llamaba Peter.

—Peter, quiero que llames a todos cuantos conozcas de entre tus amigos afiliados a las Juventudes aquí en Rems. Necesito a alguien que pueda reconocerme a un muchacho que estuvo en vuestra organización en Amstteten. Su nombre es Adolf Schule.

—¿Adolf el loco? —repuso el muchacho.

—¿Le conoces?

—¿Y quién no? Ese tipo estaba mal de la cabeza. Durante el poco tiempo que coincidió con nuestra tropa en Rems, nos denunció prácticamente a todos. Por no llevar el traje limpio, por no creer en las consignas del partido, por haber hecho un chiste sobre la persona del Führer... Los maestros le adoraban pero nosotros le odiábamos. En su pueblo consiguió que la mitad de los afiliados a las Juventudes lo dejasen. Cuando supimos que se había vuelto loco y se lo llevaron al Castillo de la Muerte, más de unos se alegró.

Skorzeny le entregó la foto al muchacho.

—¿Tú también te alegraste?

—Yo el primero —reconoció con una sonrisa su interlocutor, señalándole al tercer niño de la segunda fila—: Éste es Adolf Schule.

Skorzeny se quedó mirando fijamente el rostro que le señalaban. ¿Dónde había visto antes esa cara? Aún estaba reflexionando sobre ello cuando la telefonista del centro entró corriendo en la habitación.

—Tiene una llamada urgente, Herr Skorzeny.

Corrieron hacia la centralita. Bajaron al piso inferior por una escalera baja y Otto casi se dio en la cabeza con el techo. Al llegar a la centralita, Otto cogió el teléfono, resoplando:

—Al habla el Untersturmführer-SS Skorzeny. ¿Con quién hablo?

—Aquí Karl Schultz, de la Gestapo. He recibido órdenes de darle apoyo logístico en caso de que surgieran problemas...

De pronto, la comunicación pareció cortarse. Se oyó un sonido parecido a un frenazo y al cabo el pitido de un claxon. Skorzeny comprendió que el oficial estaba llamando desde un teléfono de campaña y que el cable se cortaría en cualquier momento porque, por increible que pareciese, estaban en movimiento con el cable aún conectado. La situación, sin duda, era grave, si estaban tomando medidas tan extremas.

—¿Qué sucede, por Dios? —dijo Skorzeny.

—Rolf Weilern ha llamado al Lager pidiendo ayuda. Parece ser que el asesino ha ido a Sankt Valentin para atacarle. Aún no estamos seguros del todo de que la información sea correcta, pero hay ciertos indicios sospechosos y... bueno, estaremos allí en cuestión de minutos.

—Perdóname, Harald, esto... Herr Skorzeny —dijo entonces una voz conocida. Era Otto Weilern—. Por un momento creí que era usted el asesino.

El asesino. Skorzeny cerró los ojos un breve instante y luego los abrió, mirando fijamente el rostro de la foto, que aún tenía entre las manos. Y entonces, súbitamente, lo reconoció. De hecho, lo habría reconocido desde el primer momento si no le hubiese despistado el uniforme de las

Juventudes. Porque su mente no podía asociar al asesino con un uniforme nazi: cuando fue capaz de mirar aquel rostro y abstraerse de su uniforme, lo reconoció al instante.

—Voy corriendo a Sankt Valentin —gritó a sus interlocutores—; estoy a menos de cinco minutos de allí. ¡Detendré a Schule!

Pero antes de irse les dijo a ambos la verdadera identidad del asesino: el nombre por el que todos habían conocido a Schule en Mauthausen. A pesar de que, en ese instante, Otto Weilern estaba esquivando un carromato con un cargamento de heno y pasando entre dos bueyes y otros tantos desconcertados transeúntes, que descendían la pendiente del campo, no pudo evitar contener la respiración cuando supo la identidad del hombre que llevaba buscando tanto tiempo.

—Dios mío, Herr Skorzeny. Soy un completo idiota. ¿Cómo no me di cuenta antes? —la voz de Otto era la de una persona aterrorizada. Sabía que su hermano nunca desconfiaría del asesino. Rolf, por mucho que hubiese avanzado más que él en sus conclusiones, creía saber quién era el asesino: era el jefe de la cuadrilla de niños que jugaban detrás de su patio. Un muchacho alemán de los contornos que, de alguna manera, había tenido acceso al Lager para asesinar a Streisser o Boldt, entre otros. No se detendría a pensar en que, por fuerza, Schule, que aparentaba trece años, se había colado en el campo por mucho más tiempo que unos breves momentos, durante los que cometía sus asesinatos. No; Adolf Schule vivía permanentemente en Mauthausen bajo un disfraz y usaba al Blockführer Braun para poder entrar y salir a voluntad. Y Rolf, por mucho que tuviera dudas, nunca daría con el verdadero culpable. Amaba demasiado a aquel pobre niño porque le creía un igual, un alma solitaria, denostada por el nacionalsocialismo a causa de sus defectos: en el caso de Rolf, el ser un hombre con un coeficiente bajo, en el del asesino, el ser un pobre niño rojo, republicano, sordomudo y solo.

—¡Skorzeny! Rolf se va a dejar matar. ¡Se va a dejar matar! Ayúdelo. ¡No deje que Ícaro le haga daño!

Pero el teléfono se había descolgado y se arrastraba ya lejos del coche, dando botes por la carretera. Además, Skorzeny ya no estaba al otro lado de la línea. Corría a toda velocidad escaleras abajo, con las llaves de su Mercedes en la mano. Estaba resuelto a salvar la vida de su amigo.

Los SS del campo de Mauthausen tenían una frase para designar el asesinato de un preso simulando un intento de fuga. Así, cuando ejecutaban a un hombre siguiendo este método particularmente cínico, apuntaban en su lista: “Auf der flucht erschossen” (Disparo al que se escapa, vendría a decir, poco más o menos, en alemán). A Adolf Schule, durante su estancia en el campo, esta expresión le había parecido, no cínica sino cargada de una hermosa y sutil ironía. Por ello, cuando dio la orden de atrapar a aquel maldito retrasado de Rolf Weilern, utilizó la misma expresión para dirigirse a su grupo de amigos y al Lagerältester Godzilla.

—¡Auf der flucht erschossen!

Se oyeron vítores. Adolf, teatralmente, se quitó su traje a rayas de preso y lo arrojó al suelo. Luego hizo lo mismo con la gorra. Ícaro había muerto. Aquel era el último saludo a los escenarios del que le había hablado a su fiel Braun antes de asesinarle. Éste se había interesado al descubrir la verdad sobre su amo por lo que haría con su disfraz de niño español. Schule lo usaría una vez más para poder regresar al campo y convencer a Godzilla de sumarse a su causa. Pero ahora, por fin, cumplida su última misión, Ícaro se despedía de los escenarios y moría otra vez y para siempre. Adold Schule volvía a ser un niño ario nacionalsocialista: lo que siempre había sido. Sus camaradas guardaron la ropa de presidiario, el drillich, en un hatillo, y le entregaron pantalones, zapatos y camisa nueva. Todo lo habían robado o traído de su propio guardarropa y siempre que se reunían en su Lager imaginario, le hacían entrega al principio del juego. La transformación se completaba con una insignia de Auxilio de Invierno y una hermosa cruz gamada, que su líder se prendía en la solapa.

—¡Auf der flucht erschossen! —gritó de nuevo Adolf Schule, de vuelta a su propia piel.

Todos gritaron la orden de su comandante y se abalanzaron contra las ventanas de la casa. Rolf, desde dentro, había tomado la precaución de cerrar las aldabas y las contraventanas, de tal forma que los forcejeos resultaron inútiles. Ni siquiera los fuertes golpes del Kapo en jefe sirvieron para abrirse paso dentro de la vivienda. Rolf había apagado las luces y esperaba oculto en el hueco de la escalera a que se desarrollaran los acontecimientos. No se sentía un cobarde pero tampoco un valiente. Aquella situación era lo bastante demencial como para que un elemental instinto de supervivencia le indicase que debía mantenerse a resguardo. Entonces oyó el sonido de un cristal que se rompe en el sótano.

—Han entrado por la ventana de abajo —se dijo. Y al instante comprendió que estaba perdido si no actuaba con decisión. Acabarían entrando uno a uno y le acorralarían más tarde o más temprano. Tenía que contraatacar antes de que estuvieran todos en el interior. Reuniendo fuerzas de flaqueza abandonó su escondrijo y fue en busca de sus enemigos. Gruesas gotas de sudor le corrían por la frente. Al abrir la puerta del sótano oyó un sonido extraño y se sobresaltó. Levantó su arma y apuntó hacia la oscuridad

—Atácale —dijo una voz—; es sólo un cobarde y un retrasado. No disparará. —Rolf comprendió, por el timbre agudo e histérico, que se trataba de Adolf Schule: su enemigo.

—¿Recuerdas cuando mató a Juanita? Entonces sí disparó. —Rolf seguía sin poder ver más que contornos y sombras, mientras sus ojos se acostumbraban a la penumbra, pero reconoció la voz de Godzilla.

—Entonces lo hizo porque le pusieron al límite de su resistencia, y aún así tardó casi diez

minutos en decidirse a disparar. Ahora sólo es cuestión de segundos. Atácale te digo. No disparará. ¡Es un débil mental! No podría reaccionar a tiempo ni aunque en verdad lo desease.

Rolf no se había movido del umbral de la puerta. Esperaba, sintiendo que la ira crecía dentro de él. ¿Un débil mental? Pronto iban a aprender lo que un débil mental era capaz de hacer. Un ruido, un cuerpo en movimiento tratando de abalanzarse sobre él desde detrás de unas cajas. Rolf comenzaba a entrever algo más que formas veladas y disparó cuatro veces tratando de apuntar con cuidado y no desperdiciar balas. Un ruido sordo, como de algo que cae, sustituyó al sonido atronador de su Luger. Tembloroso, se acercó al mando de la luz y, armándose de valor, le dio al interruptor. Godzilla yacía en el suelo con un tiro en medio de la frente y otro en el cuello. Los otros dos disparos se habían perdido y habían acabado en el suelo y la pared. Esta vez, Rolf no había sentido pánico, ni siquiera miedo. Había matado intentando salvar su propia vida. Además, de alguna forma, ya no era la misma persona de apenas unos días atrás, cuando disparó por primera vez su arma. Toda aquella investigación le había transformado y apenas era capaz de reconocerse a sí mismo.

—Pobre Godzilla. —Sentía lástima por el antiguo seguidor de Röhm, que no había podido vengar a su jefe. Así eran las cosas en la vida real. En los relatos o las películas, un hombre que planea largamente su venganza se ve envuelto en diversas situaciones, enigmas, adversidades... antes de fracasar o salir airoso de su misión. Pero a menudo, los hombres vivimos historias incompletas, luchando largamente por un objetivo que no alcanzamos siquiera a vislumbrar. Godzilla lo había arriesgado todo para morir sin haber podido ni acercarse a dos metros de Rolf el tonto.

Pero Schule era, por el contrario, demasiado listo y tenía demasiada suerte para ser el protagonista de una de aquellas historias incompletas. Él llegaría al final del camino, fuese el que fuese.

—¿Dónde estás Adolf? —dijo Rolf, dispuesto a terminar con todo aquello de una vez y cerrar todos los caminos y la sendas que su enemigo tuviese abiertos. Si lo encontraba, le mataría aunque estuviese desarmado. Le mataría sin pestañear. Aquel joven era un monstruo y no merecía que nadie titubease a la hora de acabar con su vida.

Pasaron un par de minutos lentos, a cámara lenta, en los que Rolf se movía torpemente por el sótano, girando una y otra vez sobre sí mismo, intentando vislumbrar a su contrincante o contrincantes. No sabía cuántos niños habían conseguido colarse por la ventana antes de que él llegase, ni siquiera si el mismo Adolf Schule lo había hecho. Era el tipo de cobarde capaz de mandar a sus acólitos en vanguardia, mientras él aguardaba afuera el resultado de la expedición. Entonces recordó que había oído una voz de mando en las sombras que sólo podía pertenecer al jefe de aquel grupo de pequeños asesinos. Y entonces Rolf dijo:

—Nunca hubiera sospechado de ti de no haber hablado con tu madre. La oí decir que no aparentabas tu edad. Todos entendimos que aparentabas más edad de la que tenías, que eras un muchacho de dieciocho que aparentaba veintimuchos, pero ninguno imaginamos entonces que fuese al revés, que estuviese describiendo a alguien con la apariencia de un mocoso de doce o trece. Fue así como de pronto me di cuenta de que podías ser el jefe del campo de concentración que había bajo mi ventana, en el patio.

Una voz rió entre las sombras. Rolf saltó detrás de una caja y la derribó. Un montón de ropa y de cuentos infantiles se desparramó por el suelo. Encontró una mesa, un viejo pupitre y se protegió tras él. Pero a Adolf Schule no se le veía por ninguna parte.

—La primera vez que te vi —añadió Rolf, con la voz endurecida—, me convencí a mí mismo que

eras el hijo de alguien que los SS o las Tropas de Asalto habían purgado por tener ideas de izquierdas. Pensé que me odiabas por llevar el uniforme de la Banda de la Calavera cuando en realidad me odiabas por ser un tonto a tus ojos, por no merecer llevar este disfraz de verdugo. Debería haber imaginado que vuestro grupo estaba recreando las condiciones de un campo de concentración real y que nunca pondrían al frente de él al hijo de un comunista. Estabas al frente del grupo no sólo porque eras el mayor sino por ser el más nazi y fanático de todos.

—Tú no tienes ni idea de lo que es un nazi, “idiota” —dijo una voz a su derecha.

Rolf disparó. Pero no había llegado ni a entrever a la sombra que había hablado porque sólo era una treta para despistarle y que malgastase otra bala. Lo entendió demasiado tarde.

—¡Ey, idiota! De detrás de una mesa vio surgir la figura de Joseph F.; se volvió y disparó sin pensárselo dos veces, tal era su rabia y determinación. Pero falló y la bala se incrustó a dos palmos del muchacho, en una vieja silla apolillada. Joseph, sin mostrar ni un atisbo de sobresalto, se tocó la visera de su vieja gorra de la Luftwaffe, a modo de saludo, y lanzó un objeto redondo y romo que llevaba en la mano contra la única luz del sótano. La piedra impactó en la bombilla y volvieron a quedarse a oscuras.

El sótano era una habitación cuadrada de algo más de treinta metros. Había cajas apiladas, cachivaches de todo tipo, una vieja máquina de coser, dos mesas antiguas, varias sillas desencoladas y todo tipo de objetos que habían acabado allí, poco a poco, hasta hacerlo rebosar de trastos inútiles. Rolf se hallaba casi en el centro de una sala de la que no sabía si debía salir o avanzar hacia alguno de sus extremos, o tal vez hacia la salida. Le quedaban dos balas en el cargador y su voluntad comenzaba a flaquear.

—¡Idiota, idiota! ¡Rolf el idiota! —cantaba una voz infantil: la voz de una niña. Era Gertrud, a la que pronto se sumó Joseph y una tercera voz, más aguda, pero de adulto: la de Schule.

Rolf estaba tan nervioso que al volverse disparó accidentalmente su arma y el proyectil fue a parar al techo.

—Sólo te queda una bala —dijo Adolf, echándose a reír.

Alrededor de Rolf, comenzaron a corretear sus enemigos, dos, tres o más, ya no sabría decirlo; y corrían tropezando con viejos baúles, cartones, juguetes pasados de moda, una radio que no funcionaba... Lo tiraban todo al suelo, y fragmentos del pasado de los propietarios de aquella casa, que en mala hora Rolf alquilara un año atrás, caían al suelo con estrépito. Los niños reían imitando a su líder, y luego seguían cantando su tonadilla: “¡Idiota, idiota! ¡Rolf el idiota!”. Él sabía que estaban intentando ponerle nervioso para que disparase de nuevo por error o a ciegas, y por última vez, antes de precipitarse sobre él y capturarle. Pero él era un SS de metro noventa y ellos unos niños pequeños mandados por un adulto raquítico que no le llegaba a la cintura. De pronto, se sintió eufórico. Muerto Godzilla, no iban a poder atraparle. Sólo el fanatismo y la locura les hacía seguir allí, corriendo a su alrededor, cuando no tenían oportunidad alguna de conseguir su objetivo. De todas formas, no cayó en la trampa y aguardó en silencio, volviéndose y apuntando con su arma cada vez que alguien se le acercaba demasiado. Finalmente, cuando comprendió que Rolf no dispararía, Adolf decidió jugar su última baza y gritó:

—¡Tráiganme a Ícaro!

Se escuchó un ruido extraño, afuera, en la calle, y Rolf percibió que entre los cristales rotos de la ventana pasaba alguna cosa. Le pareció que era un bulto, como un hatillo de ropa. ¿Acaso no habrían lanzado a Ícaro, inconsciente o muerto, como si fuese un fardo, al suelo del sótano? No, entonces, el

ruido del cuerpo, al caer al suelo, habría sido mucho más fuerte y seco.

—¿Ícaro? ¿Eres tú? Si me oyes... si puedes oírme... ponte a salvo. Arrástrate en silencio y escóndete. ¡No hagas ruido!

¿Le había oído? ¿Estaba en condiciones de entenderle? No lo sabía pero, en cualquier caso, tenía claro que no podía poner en peligro la vida del pequeño sordomudo y, armándose de valor, avanzó a toda velocidad hacia la ventana. Por el camino chocó con uno de los pequeños y cayó al suelo. Alguien le cogió de una pierna, pero con la otra extremidad le dio una patada a la figura que intentaba sujetarle. Se oyó un grito de rabia. Rolf se incorporó y unas segundas manos infantiles intentaron arrebatarle su arma. Rolf abofeteó en la oscuridad el rostro del chiquillo y huyó a gatas, siempre en dirección a la ventana. Por desgracia, era uno de esos días oscuros, sin luna y la penumbra se derramaba por doquier, asfixiándole. Todavía luchando contra las diminutas manos de sus perseguidores, tropezó con una figura junto a la pared y la inmovilizó, poniéndole la pistola en el cuello.

—¿Quién eres? ¿Eres tú, Adolf?

Pero su prisionero no contestó. Volvió a repetir las mismas preguntas pero no obtuvo respuesta. Hizo un rápido cacheo y se dio cuenta de que estaba tocando el traje a rayas sucio y de tela basta de un prisionero del campo de Mauthausen.

—No tengas miedo, Ícaro —le susurró, y se arrastró con el muchacho entre las sombras hasta que, a través de la ventana, un rayo de luz de una farola le devolvió el rostro de su amigo. Ícaro temblaba de la cabeza a los pies y se cogió a su cintura, rompiendo a llorar.

—No te preocupes. Yo te cuidaré.

Por segunda vez, sus ojos se iban acostumbrando a la oscuridad. La luz, aunque tenue, que entraba por la ventana, le ayudó a terminar de distinguir lo que le rodeaba. Rolf pudo ver a Joseph, a su izquierda, un poco más allá a Gertrud y a un tercer niño cuyo nombre no recordaba, cerrando el grupo. Adolf debía seguir oculto tras las cajas o la máquina de coser, como siempre sin dar la cara.

—Sólo puedes matar a uno de nosotros con esa bala que te queda —dijo Joseph.

—¿Quieres ser tú? Al resto os echaré a puñetazos. ¡Por Dios! ¡Sois unos mocosos! —respondió Rolf apuntando al niño.

—Sólo puedes matar a uno —insistió Joseph, haciendo como que no había oído las amenazas de Rolf—. Luego tú y tu amiguito seréis nuestros.

Esta última afirmación les debió parecer muy graciosa a sus otros dos compañeros, que se echaron a reír mientras cuchicheaban en voz baja: "Sí, su amiguito" "su amiguito". Y estallaron finalmente en carcajadas.

—¿Para qué demonios queréis a este pobre muchacho? —inquirió Rolf, moviendo nervioso su Luger de un lado a otro— ¿Para reíros de él porque es un español, un rojo o un sordomudo? ¿Queríais torturarle?

Gertrud y Joseph se miraron y se echaron a reír de nuevo.

—Para qué lo queríamos es cosa nuestra —dijo la niña—. Tú eres demasiado tonto para imaginártela.

Aquella situación no podía durar eternamente. El tercer niño decidió que era el momento de sacrificarse por la patria y, sacando un palo que llevaba escondido a la espalda, se lanzó sin previo aviso contra Rolf. A un metro de distancia de su rival se frenó en seco. Un tiro en el corazón le hizo hincarse de rodillas. Balbució alguna cosa, se contorsionó un instante y cayó luego hacia atrás,

muerto.

—¡Ahora! ¡Saca la jeringa! —dijo Ícaro.

Rolf se volvió hacia el muchacho al que tenía abrazado. Le miró a los ojos y comprendió. Notó sus ropas de civil debajo del drillich que, apresuradamente, se había puesto sobre ellas para engañarle. Precisamente, el traje a rayas y la gorra habían formado el bulto que había visto caer por la ventana segundos antes. Ícaro, sin su disfraz, era un muchacho alemán de un metro cincuenta; un muchacho de dieciocho años que podía pasar por uno de trece; un muchacho al que había visto dos veces, a lo lejos, mandando el imaginario Lager de Sankt Valentin; un muchacho llamado Adolf Schule y también Ícaro. Si hubiese tenido un segundo más podría haberse revuelto, pero ese instante de duda fue suficiente. Gertrud cayó sobre su mano izquierda y la pistola, con la que podría haber golpeado a alguno de los niños, salió disparada. Ícaro le sujetaba la otra mano. Antes de que pudiese reaccionar, Joseph, sonriente, se inclinó sobre él y le clavó una jeringuilla de benceno en el corazón.

—Buenas noches, idiota —dijo.

Adolf Schule había dispuesto un perímetro imaginario en torno a la casa de Rolf “el tonto”. Mientras se ejecutaba la aktion de la depuración del retrasado, nadie traspasaría los límites marcados por su comandante. Jutta, la hermana de Gertrud, había sido nombrada Jefa de la Oficina Política y se le había encomendado esta misión junto a los dos muchachos que restaban del grupo, Hans y Konrad. En el campo de Mauthausen, el perímetro exterior estaba marcado por un alto alambre de espino electrificado, el elektrozaun, pero a falta de alambre de espino o de torres de alta tensión, los niños habían marcado con trozos de cinta aislante y restos de cajas de cartón, el terreno que debían vigilar. El primer muchacho, Konrad, subido a un árbol, hacía de vigía, mientras Jutta, de pie en medio de la carretera, acechaba a los transeúntes con ojos de halcón. Hans, el más pequeño, hacía labores de intendencia como parte de la reserva estratégica.

—Se han oído disparos dentro de la casa —dijo precisamente Hans, llegando desde el patio.

—Confía en nuestro comandante, soldado. Él sabe lo que se hace. Debemos de limpiar la patria de los falsos SS que ensucian el nombre de esa sagrada organización y mancillan Alemania sólo con respirar el mismo aire que nosotros. Si alguien ha muerto de un disparo, será Rolf Weilern, el idiota.

—¿Pero no lo iban a matar con la otra jeringuilla de gasolina?

—Le habrán robado el arma... ¿Qué se yo? ¡Vuelve a tu puesto en la retaguarida y deja de hacer preguntas!

—¡A sus órdenes, Fräulein Müller!

Konrad, desde la copa de su árbol, le hizo segundos después un gesto a su líder.

—¡Viene un coche a toda velocidad! ¡Es un coche grande!

—¿Un Mercedes? –inquirió Jutta.

—Creo que sí.

Era el espía. El único adulto al que temían de verdad. Se trataba de un infiltrado en la Banda de la Calavera. Adolf desconocía la causa, pero les había aleccionado a conciencia sobre ese tal Harald Bauer que no se llamaba Harald Bauer sino... No lo sabía, pero Schule le había mirado a los ojos y descubierto que todo en él era mentira. Harald era un hombre temerario, que servía a amos poderosos dentro del partido. ¿Cuál era su misión? Otro misterio. Pero fuera cual fuese, Adolf no le quería cerca cuando estuviese ejecutando la última parte de su plan de depuración de traidores al Reich. Porque el resto de los SS del campo, incluido Otto Weilern, eran unos estúpidos arrogantes incapaces de ver más allá de sus propias narices, acaso tan tontos como el propio Rolf, pero el espía... el infiltrado... ah, ese no era ningún tonto.

Jutta sabía que no iba a ser fácil detener a Harald Bauer. Pero no le importaba. No fracasaría en su misión. Si era necesario, ofrendaría su vida y la de sus hombres en el cumplimiento del deber.

El rugido del motor de su Mercedes 540 resonaba por las calles de Sankt Valentin. Skorzeny miraba fijamente a la carretera, mordiéndose el labio inferior. Pensaba en Rolf, y la mera posibilidad de que estuviera en peligro le hervía la sangre. Apenas vio por el rabillo del ojo al niño que descendía del árbol. A su derecha, a algo menos de cien metros, comenzó a hacerle señales. Era uno de los miembros del grupo que jugaban en el patio trasero de casa de Rolf. Nunca le habían gustado. Desde el principio sabía que se traían algo entre manos. Había desconfiado especialmente del jefe del grupo, un muchacho siempre en sombras, que nunca mostraba su rostro. Más de una vez le había seguido, perdiéndose entre los patios y granjas del pueblo. Ahora sabía que ese hombre era Adolf Schule, que a su vez era Ícaro, que a su vez era el asesino que andaban buscando.

Skorzeny bajó la ventanilla y redujo la velocidad como si fuese a detenerse a hablar con el niño. El muchacho se confió y esbozó una sonrisa. Llevaba un cuchillo agarrado en la mano derecha, que escondía detrás de la espalda, listo para degollarle. Cuando Konrad se acercó a la ventanilla del conductor, Skorzeny pisó fuerte el acelerador y las ruedas chirriaron, dejando al mocoso boquiabierto, contemplando cómo se alejaba, burlado su puesto de control.

Al fondo, en la oscuridad, Jutta anticipó los movimientos de Bauer y había estado a punto de gritar a Konrad que no bajase la guardia. Pero el espía habría descubierto entonces su posición y probablemente Konrad no hubiese conseguido nada de todas formas: los hombres eran unos estúpidos y unos inútiles. Jutta no ignoraba que nunca alcanzaría, por ser mujer, ningún puesto de mando en la jerarquía nazi y que aquel momento era su único momento de gloria. Una mujer nunca entraría en la Gestapo ni dejarían a su cargo la Oficina de la Policía Política de un Lager. El resto de su vida tendría que servir a la patria pidiendo donativos, repartiendo banderolas o dando cursos prenatales para madres paridoras de hermosos niños arios, antes de convertirse ella misma en otra máquina de tener niños. De cómo enfrentase aquella, su única batalla, dependía su propia autoestima: nadie volvería a nombrarla jefa o responsable de nada, nunca volvería a tener a un hombre a su cargo. Aquel era su día de gloria. La radio llevaba años preparándola para sacrificarse por el Reich y ésta era la ocasión de demostrar que ella era una buena nacionalsocialista.

Así que hizo lo único que podía hacer para detener a Harald Bauer: inmolarse por su Führer y por Alemania.

Skorzeny no vio a la niña de las trenzas hasta una décima de segundo antes de embestirla. Jutta había aparecido de la nada en medio de la carretera, con el brazo en alto, gritando: "¡Te amo, Adolf Schule! ¡Te amo, Adolf Hitler!". Skorzeny dio un volantazo, pero fue inútil: Jutta fue golpeada por el guardabarros delantero del vehículo y arrojada, literalmente partida en dos, a más de quince metros de distancia. Como se había formado hielo en el asfalto, el coche patinó otros tantos metros, y volvió a aplastar a la niña antes de embestir una señal de tráfico y, finalmente, un roble centenario, que se quebró debido a la fuerza de la colisión, y desde la mitad del árbol hasta la copa, cayó sobre la calzada, en un desfile de hojarasca y serpenteantes abalorios nevados.

Por suerte, el impacto no le dejó inconsciente. Skorzeny trepó a gatas por el amasijo de hierros, con los sentidos alerta: podía percibir el olor penetrante de la gasolina y sabía que el automóvil estaba a punto de estallar en llamas. La puerta del conductor estaba retorcida y completamente atascada; además, no conseguía llegar a la del acompañante. Se apoyó en el respaldo, levantó las piernas y rompió la luna delantera con sus botas. Saltando sobre el capó, rodando por éste hasta el suelo, se había alejado apenas unos metros cuando la explosión le proyectó hacia adelante.

—¡Malditos mocosos del demonio!

Tenía un trozo de cristal clavado en la parte izquierda de la cara. Se lo arrancó. Sangraba profusamente. Se incorporaba aún a duras penas cuando, de pronto, un golpe en la base del cráneo le hizo trastabillar y caer de nuevo al suelo. Se volvió y, como en una pesadilla, vio a un niño pelirrojo con un palo en la mano, dispuesto a golpearlo de nuevo. No tendría más de seis años.

—¡Muere, muere, enemigo del Reich! ¡Eres un falso SS y un traidor a la patria! ¡Viva a Schule nuestro líder! —gritaba.

Skorzeny no dudó: sacó su daga de la bota y se la clavó al mocoso en la pierna derecha. Luego se alejó a gatas; comprobó que tenía a primera vista todos los miembros y órganos en su sitio, y volvió a ponerse en pie, cubierto de nieve, barro y sangre. Estaba agotado, herido físicamente y también en su orgullo porque aquel grupo de chiquillos enloquecidos habían estado a un paso de derrotarle.

—¡Ah, mamá, mamá! —gritaba Hans, que había arrojado el palo al suelo y saltaba a la pata coja al encuentro de un segundo muchacho que llegaba por la carretera. A pesar de que la sangre le corría por la frente y los párpados, Skorzeny pudo reconocer al muchacho que había bajado del árbol y le había hecho señas, cuchillo en mano, aproximadamente medio kilómetro atrás, a la entrada del pueblo.

—¡Me ha herido, Konrad! ¡Ese perro comunista me ha herido! —gritaba el otro niño, intentando quitarse la daga, clavada profundamente en su muslo.

Konrad intentó ayudar a su amigo, que chillaba como un cerdo en un matadero, pero la daga había penetrado tanto en el tejido que ninguno de los dos tenía la fuerza suficiente para liberarla.

—¡Hijo de puta! ¡Hijo de puta, comunista! —chillaban ahora ambos a coro.

Skorzeny pensó que era mejor no avisarles que la hoja había seccionado una arteria y que, si conseguían sacar el arma, el niño moriría en cuestión de minutos. Konrad desistió finalmente de la tarea de ayudar a su pequeño camarada y, sacando de nuevo su propia arma, un herrumbroso cuchillo de carnicero, la exhibió delante de Skorzeny, como si quisiera amedrentarle. Pero éste ya no tenía tiempo para entretenerse con aquella pareja de perturbados: sacó su pistola de la cartuchera y

disparó una vez al aire. Konrad se encogió, aterrorizado. Todo su aplomo había desaparecido. Hans, por su parte, seguía chillando y llamando a su mamá.

—Os doy dos opciones: os marcháis por donde habéis venido o morís por el Reich como vuestra amiga. Vosotros decidís, mocosos de mierda.

Hans y Konrad volvieron la cabeza y miraron el amasijo de pulpa que un día había sido Jutta Müller. Ahora, partida en dos mitades, les sonreía a través de un rostro desencajado y sanguinolento, tirada en una zanja.

Skorzeny volvió a disparar al aire. Cogidos del brazo, uno saltando a la pata coja y el otro arrastrando al herido tan rápido como sus fuerzas se lo permitían, se retiraron los dos últimos miembros de la guardia de extramuros del imaginario campo de concentración de Sankt Valentin.

Entonces, Skorzeny lanzó una nueva maldición, aferrando su pistola bien fuerte en su mano derecha. Tenía ganas de disparar a Adolf Schule en la cabeza y ver su masa encefálica desparramándose por el asfalto. Intentó avanzar hacia la casa, pero descubrió que caminaba de forma errática porque le temblaban las piernas a causa del shock por el accidente. Incluso veía algo borroso. Daba igual: había llegado el momento de terminar con aquella pantomima.

Un resplandor, una nube de polvo blanco y de luz cegadora. Una explosión no muy lejos, hacia el este. Otto Weilern aceleró el Kubelwaguen y siguió avanzando por la avenida. Los faros del vehículo se reflejaron por un instante en un cartel que animaba a los buenos ciudadanos a enrolarse para el frente. Otto casi tuvo ganas de echarse a reír.

—Siempre habrá un necio preparado para dar la vida por nuestro país —masculló.

Nadie le respondió. Schulz ni siquiera intentó un gesto de desaprobación. Sencillamente, hizo como si no le hubiese oído.

Cuando el Kubelwagen llegó a las inmediaciones de la casa de Rolf en Sankt Valentin, el Mercedes 540 aún estaba en llamas. Un par de curiosos habían salido de sus casas y contemplaban la escena. El automóvil había dado varias vueltas de campana, acabando incrustado en un árbol, en un ángulo de noventa grados. Las llamas estaban ahora en su punto álgido, pero no tardarían en extinguirse, pues el cuero de los asientos y el resto de la tapicería casi habían desaparecido. Otto intentó distinguir algún cuerpo entre las tiras de metal ennegrecido, pero el coche parecía vacío.

“Durch den Kamin gehen”, recordó, mientras en su rostro se reflejaba una mueca de repugnancia. Eso es lo que sus compañeros de la Banda de la Calavera, en Mauthausen, les decían a los presos para amenazarles. “Vais a acabar saliendo por la chimenea”, eso significaba. Al fondo, para hacer aún más patente su amenaza, las dos chimeneas del crematorio, en el patio de revista, lanzaban interminables volutas al cielo de Austria, unas nubes de humo idénticas a las que ahora nacían de la carrocería del automóvil.

—¡Aquí!, ¡aquí! —gritó una voz desconocida.

Un rumor se estaba extendiendo como la pólvora entre los curiosos. Acababan de encontrar un cadáver en un cauce junto a la cuneta, a poca distancia. Era una niña de la localidad. Una mujer se echó a llorar: “Es Jutta, es Jutta”. Un hombre de barba blanca, vestido con pijama y bata, propuso avisar a su familia, a los que conocía de vista.

—Vamos a la casa. ¡No hay tiempo que perder! —dijo Otto al jefe de la oficina política, mientras saltaba del coche.

—Aquí le espero —repuso éste, muy serio—. Intentaré echar una mano a los civiles en todo este desastre de aquí afuera. —Al ver el gesto de Otto, añadió—: Bien sabe, Oberstumführer-SS Weilern que no soy un hombre de acción. Avíseme cuando no haya peligro.

Otto no podía ordenarle nada a Karl Schultz, dado que la Gestapo no rendía cuentas ante nadie más que ante sí misma, y ni siquiera se entretuvo lanzándole una invectiva o una mirada de desprecio a causa de su cobardía; así que se encaminó solo hacia la verja de la entrada. Seguía unas huellas ensangrentadas, unas huellas de adulto. Éstas, comenzaban en el coche accidentado y zigzagueaban en dirección a la casa. No cabía duda que se trataba de las huellas de Skorzeny, que había resultado herido en el accidente pero que aún así continuaba con su misión. En medio de aquella noche sin luna, Otto, a duras penas, consiguió rastrear las manchas de sangre hasta comprobar que abandonaban las escaleras que conducían al zaguán y a la primera planta, y se alejaban hacia el río, bordeando el muro occidental de la finca. Otto decidió no seguirlas más y dirigirse directamente al interior, esperando converger más tarde con Skorzeny y así evitar que el asesino escapase por uno u otro camino. Pensó en su hermano. ¿Estaría vivo o muerto? ¿Habría dado la vida otro inocente por nada,

como el cabo Strasser en los barracones nuevos o el prisionero español del barracón once?

Abrió la puerta de la casa con el corazón en un puño.

Diario de Rolf y Otto Weilern

Junio 1941 (6 meses después)

Lección 7:
Führerprinzip:
La palabra del Führer es sagrada y tiene valor de ley

(o de cómo y por qué traicioné a mi patria)

XXIV

Me llamo Otto Weilern y soy capitán del ejército alemán en el 33º batallón de suministros de la 15ª división Panzer. Voy en un tren camino de Braunau, donde visitaré a mi hermano Rolf antes de incorporarme al servicio en el norte de África, junto a Rommel y su Deustche Afrika Korps. Jakob me acompaña y...

Pero claro, perdona, lector nacionalsocialista, tú no sabes quién es Jakob, ni tienes noticia de cuándo y cómo abandoné mi puesto en Mauthausen para incorporarme a filas. No sabes lo que ha pasado en todos estos meses y, antes que nada, es precisamente eso lo que debe ser contado.

Durante mucho tiempo, he pensado en si debía o no continuar este diario. Primero pensé que no debía. Luego pensé que no era digno. Ahora ya no pienso ni una cosa ni otra. En realidad, deseo hacerlo y eso es todo; creo que es necesario poner punto y final a lo que quedó incompleto. Quiero que conozcáis el final del caso que Rolf dio en llamar "Asesinato en Mauthausen". Pocos testimonios de esta Europa en guerra, que se despedaza a sí misma, serán tan fieles como lo fueron las palabras de mi hermano. Estando entre nosotros y conociendo los hechos de primera mano, nunca fue un SS de la Banda de la Calavera ni un guardia de un campo de concentración. Era sólo Rolf el tonto. ¿O tal vez era mucho más que eso?

Mi hermano escribió no muchas páginas atrás que me había traicionado. Se equivocaba. Yo le traicioné a él intentando convertirle en algo que, por naturaleza, no estaba inclinado a ser. Demasiado a menudo se nos dice que todos podemos alcanzar la visión racial que el partido nazi ha diseñado para el Reich de los mil años. Pero no es verdad: el nuevo hombre alemán no tiene nada que ver con Rolf Weilern, ni Rolf Weilern nada que envidiarle a ese nuevo hombre alemán con el que sueña Hitler. Mi hermano creía que yo estaba completamente equivocado en mis ideas. Es probable que así fuera, pues ha pasado el tiempo y ya no creo en nada, ni siquiera en el deber, el honor, la patria y en todas esas cosas que creía fundamentaban mi carácter. ¿Puede un hombre que no cree en nada seguir equivocado? ¿No creer en nada es una forma de convicción o un dogma del que puede uno estar errado? ¿O acaso nada es eso precisamente: nada? Al final, soy yo el hombre en proceso de transformación, el hombre que necesita descubrir lo que habita realmente en su interior e ir más allá; soy yo el tonto que debe ser rectificado, disciplinado, reconstruido.

Si has llegado hasta aquí, lector nacionalsocialista, sabrás que este diario fue concebido como la historia de dos hermanos, uno inteligente y otro limitado intelectualmente, uno listo y uno tonto. Pero si has leído con cuidado, habrás percibido que el tonto era en verdad un hombre brillante y perspicaz, mientras el inteligente resultó ser un tonto de remate que se dejó engañar por un asesino perturbado. Permite, pues, que el verdadero idiota entre los dos hermanos Weilern, termine con esta historia de detectives llamada "Asesinato en Mauthausen".

En la madrugada del día diecisiete de noviembre del año 1940 capturamos a Adolf Schule tras una sangrienta carrera de asesinatos que sumó finalmente siete víctimas. En propiedad, lo capturó el camarada Skorzeny. Cuando yo llegué, el criminal había sido reducido y estaba esposado y de bruces, en el patio posterior de la casa de mi hermano, farfullando insensateces. Creo que hablaba sobre la regeneración de la patria a través de la eliminación de los débiles, no sólo los mentales, sino los débiles de carácter, los que dudaran de nuestra sagrada misión de salvaguardar la raza aria, los filocomunistas, los filosocialistas... Creo que de su interminable lista sólo se salvarían él mismo y nuestro Führer.

Los colaboradores supervivientes del asesino habían huido. Asimismo, habían caído en "acto de servicio" dos niños pertenecientes a su cohorte improvisada de guardias infantiles del campo de concentración de Sankt Valentin y el prefecto de Mauthausen, el Lagerältester Markus Keller. Dos niños más estaban heridos: uno con una puñalada en la pierna y otro con el hombro dislocado. En el primer caso, el camarada Skorzeny, después de que su coche hiciera explosión, se enfrentó con el niño Hans Rambrucht, que trató de atacarle con un palo. En el segundo, la niña Gertrud Müller, al intentar evitar la captura de su líder, el asesino Adolf Schule, fue repetidamente abofeteada por el mismo Skorzeny y luego arrojada al suelo. En la caída se dislocó el hombro al que antes me he referido. Nadie se lamentó por la suerte de estos dos niños, que fueron arrestados junto a algunos miembros de la falsa Banda de la Calavera y conducidos a una institución de menores para su evaluación. Del resto, algunos tardaron en ser descubiertos, pues sus familiares les protegieron y enviaron a las casas de primos o tíos lejanos. A las veinticuatro horas, luego que hiciera acto de presencia la Gestapo, siguiendo órdenes directas del Führer, el paradero de todos los niños no tardó en solventarse. Sólo escapó Joseph F. A día de hoy, por lo que yo sé, todavía no se le ha encontrado. Rolf siempre dijo que era el más espabilado de todos. Seguramente estaba, como siempre, en lo cierto, pues aquella noche, anticipando la gravedad de los hechos, el pequeño Joseph ni siquiera volvió a casa. Nunca se ha puesto en contacto con su madre, a la que, de todas formas, tampoco parece que le importara mucho el destino de su hijo. Un interrogatorio exhaustivo de la madre y de los familiares cercanos de Joseph demostró que no sabían nada del niño. Y digo que quedó demostrado teniendo en cuenta la ligereza con la que he utilizado el adjetivo "exhaustivo", refiriéndome al lamentable estado en que quedaron la madre, el abuelo materno y un cuñado, después de que la Gestapo fuera a visitarles. Karl Schultz, que había estado presente en los interrogatorios, me aseguró, regodeándose como siempre en las desgracias ajenas, que si los familiares de Joseph hubieran sabido o intuido dónde podía hallarse el niño, lo habrían dicho de mil amores. No hacerlo les valió varias tandas de interminables palizas, días de cárcel, privaciones y algún hueso roto.

Respecto a Adolf Schule, fue llevado al Lager para su interrogatorio. Sabíamos muchas cosas de él; conocíamos la identidad de casi todas sus víctimas, pero aún había otras muchas circunstancias que ignorábamos. ¿Cómo se había infiltrado en el campo? ¿Por qué exactamente? ¿Quién era el muchacho que habíamos encontrado en la ciénaga junto a su padre, Alois Schule? ¿Por qué el Blockführer Braun o Godzilla le habían secundado en su carrera infame de asesinatos? ¿Alguien más le había ayudado? Y, si era así, una vez más cabía preguntarse... ¿por qué?

¿Por qué?

Esa era la cuestión, la única pregunta que constantemente subyacía en aquel interrogatorio, que se prolongaría durante tres largos días. Yo no llegué hasta el último de ellos, mientras me recuperaba física y psicológicamente de cuatro jornadas enloquecidas de investigación, completamente a ciegas, en las que no había dormido apenas y todas mis creencias se habían derrumbado. Al principio, me dijeron, Adolf se mostró arrogante.

—Son ustedes unos idiotas —decía—. Tráiganme al Gauleiter de la región, a alguien de verdad importante y destacado en la esfera del NSDAP, y entonces veremos si tengo ganas de decirles algo... o no. —Y entonces se echaba a reír, mostrando una hilera de dientes muy blancos y sobresalientes, piafando un sonido como de bestia.

Ziereis vino a verme la mañana de mi regreso. Me preguntó qué podíamos hacer para que hablase.

—Schule es un tipo arrogante —repuse—. Si usted se sienta a su lado en la celda y hablan durante un rato, de igual a igual, su ego le forzará a vanagloriarse de sus hazañas; sobre todo si le trata con consideración y el muchacho acaba por sentirse cómodo. En pocas horas tendremos una confesión completa.

—¿Y podríamos conseguir lo mismo a través de la tortura? —Ziereis me miraba con un destello perverso en los ojos.

—Por muy duro que parezca, no deja de ser un crío de pocos años sin formación militar. No soportará el dolor. Contará hasta el día de su comunión cuando le hayan puesto la mano encima un par de veces.

Como es lógico, el comandante se inclinó por la tortura. Yo sancioné su decisión y me fui a dar una vuelta por la cantera de Wienergraben, donde se había acelerado el ritmo de producción y los españoles, entre otras nacionalidades, morían por docenas. En la famosa pendiente de los 186 escalones, que comunicaba Wienergraben con el campo exterior, vi cuadrillas enteras de prisioneros subiendo piedras de treinta, cuarenta y hasta cincuenta kilos. Muchos caían desfallecidos cargando aquellos pesos inhumanos. Algunos se arrojaban desde el talud buscando la paz en la muerte. Otros eran arrojados por diligentes miembros de la Banda de la Calavera, que buscaban su día de permiso en Linz. Nuestro Lager de Mauthausen era una maquinaría de muerte tan bien engrasada como el Castillo del doctor Lonauer.

De vuelta de mi paseo, vi una figura conocida que llegaba del patio de garajes. Tenía en la cara un aparatoso vendaje, cubriendo la zona donde los cristales de su Mercedes habían alcanzado su mejilla izquierda. Se acercó a mí y me dio la mano, que yo estreché con fuerza.

—Venía a despedirme de usted, Herr Weilern.

Skorzeny vestía un uniforme de las Waffen SS, con el símbolo en forma de llave inclinada característico de la 1ª división Leisbtandarte SS Adolf Hitler. Pero para mí siempre sería Harald Bauer, otro miembro más de nuestra Banda. Sin embargo, todo aquello había quedado atrás, como su misión en el servicio de inteligencia. Ahora volvía al combate, alejado de otras servidumbres a la patria, sin duda mejor recompensadas. Había fracasado a la hora de protegernos a mi hermano y a mí, y en el ejército alemán no se consienten los fracasos.

—Puedes llamarme Otto —le dije.

—Tú también puedes llamarme Otto, si quieres —repuso. Y reímos, brevemente, casi sintiéndonos culpables de ser capaces de un instante de hilaridad después de todas las adversidades que terminábamos de enfrentar y teníamos aún presentes.

Hablamos unos minutos. No recuerdo de qué. No fue mucho rato. Una sombra de duda recorría nuestra conversación. Yo quería preguntarle exactamente cuál era su misión cuando llegó a Mauthausen. Cuidar de la seguridad de Rolf y de la mía, sí, pero, ¿de ambos por igual? ¿Qué más se escondía detrás de un encargo semejante? Antes pensaba que todo aquello tenía que ver con mi hermano y lo que sucedió en la Noche de los Cuchillos Largos, pero sucesos posteriores me han hecho ponerlo en duda. Sea como fuere, intuía que Skorzeny no respondería a mis preguntas, así que no las formulé. Pronto, se nos acabaron las palabras. Nos estrechamos en un corto abrazo y Skorzeny regresó a su vehículo, sin despedirse de nadie más en el campo.

Para cuando regresé al Bunker, Schule estaba colgado por los brazos y sangraba abundantemente por más orificios de los que dispone el cuerpo humano de forma natural. Le habían roto las falanges de ambas manos y dado de latigazos en el culo y los genitales, que en su parte inferior aparecían redondos, negros, hinchados como pelotas. Me senté en el pasillo a leer el periódico mientras un médico le hurgaba en el ojo derecho con un objeto punzante. El muchacho gritaba y se desmayaba. Luego le despertaban y seguían hurgando, rompiendo, quebrantando. Y entonces se desmayaba de nuevo, instante que aprovechaban dos fornidos guardias y el médico para reanimarle una vez más.

—¿Todo bien, Herr Weilern?

Frank Ziereis había regresado y contemplaba la escena con indisimulado orgullo. Yo le contesté que todo iba según lo previsto, por lo que yo sabía: El Rapid de Viena seguía líder y todo el mundo daba por hecho que este año la liga vendría a Ostmark, la marca este, que es como llaman a nuestra vieja Austria dentro del Reich Alemán. Levantando el periódico, le mostré la página dónde se hallaba la crónica del último partido de nuestro equipo.

—Me refería a Schule... a su interrogatorio —replicó Ziereis.

Me encogí de hombros. Ni lo sabía, ni me importaba. En mi opinión, podían matar a palos a aquel monstruo venido del mismísimo averno nacionalsocialista. El destino de Adolf Schule no era una cosa que me fuese a quitar el sueño. A mi lado, Ziereis se estaba fumando un cigarrillo, y miraba de reojo mi diario, que en páginas sucesivas se hacía eco de nuevas derrotas de los italianos en diversos frentes y, en la contraportada, de la reunión del ministro de asuntos exteriores ruso Molotov con el Führer, días atrás, en Berlín.

—Voy a interrogarle ya —dijo por fin mi comandante, arrojando la colilla al suelo y aplastándola con un pie.

XXV

Schule comenzó su historia explicándonos los abusos que había sufrido en su infancia por parte de su progenitor. Lloraba, explicando cómo se encerraba con él en su buhardilla y le forzaba a mantener todo tipo de relaciones incestuosas. Este asunto nos traía sin cuidado y, a una señal de Ziereis, uno de los guardias descargó un puñetazo en la cara del muchacho, que le reventó el labio superior y le hizo saltar dos dientes.

—Ten cuidado con la boca —le reconvino el Lagerführer—. Si le rompes demasiados dientes comenzará a hablar como una vieja a la que no se le entiende una palabra.

El guardia pidió perdón y Schule prosiguió su historia, centrándose en el día en que sus maestros comenzaron a sospechar que el pequeño Adolf estaba enfermo. Tenía raptos de ira en clase, golpeaba a sus compañeros o se quedaba demasiado tranquilo, apacible, ausente, en el último pupitre. Luego de que un par de médicos lo examinasen, decidieron enviarlo a la Comisión del Reich para el Registro de Enfermedades Graves de Origen Hereditario, que dictaminó que debía recluírsele en la Institución del Sueño de Hartheim. El diagnóstico: un estado avanzado de sífilis que había afectado ya al cerebro.

—Yo me di cuenta de que era una oportunidad de servir a mi Führer —dijo Schule, escupiendo un borbotón de sangre—. Un hombre débil hubiese pensando que aquella enfermedad era un castigo o una condena, pero yo no estaba realmente enfermo. El Führer me había elegido para una tarea de gran envergadura, y por ello los doctores de la Comisión se habían visto forzados a dictaminar erróneamente que tenía sífilis. En primer lugar, Hitler demandaba mi servicio en uno de los lugares donde se depura a los inferiores, el crisol de donde han de salir los superhombres del mañana. Cuando todos los idiotas y retrasados hayan muerto, los arios de raza pura construiremos el ser humano del mañana: ésa es la única verdad. Así que serviría al Reich aunque fuera infiltrado, desde dentro, como un espía; tal vez como ese Harald Bauer que ahora decís que se llama Skorzeny.

«En Hartheim aprendí las técnicas más modernas para destruir a nuestros adversarios de manos del sabio doctor Lonauer; aprendí a odiar todavía más a los que no eran como yo: arios y creyentes, si es que alguna fibra de mi ser no los detestaba ya lo suficiente. Finalmente, cuando me sentí preparado y comprendí que Hartheim ya no tenía nada más que enseñarme, urdí un plan para escapar y comenzar la segunda parte de mi misión: librar al Reich de sus enemigos interiores.

«Mi misión sería buscar a aquéllos en Hartheim que no servían verdaderamente a la patria sino que se servían a sí mismos. Aquéllos que no creían en nuestros ideales; los falsos, los arribistas, los simpatizantes de los antiguos partidos de izquierda... los enemigos de Alemania, en suma.

«Pero primero, debía emprender mi huida del Castillo. Y para eso necesitaba ayuda.

El soldado Ferrat fue una elección evidente, prosiguió Schule. Era aquél un hombre dominado por sus vicios, que contemplaba la vida como una sucesión de momentos excitantes y no de obligaciones hacia uno mismo y su país. Había errado su compañero Creutzfeld al tildarlo de homosexual y su jefe, Lonauer, al pensar que era bisexual o un vicioso sin más. William Ferrat no tenía inclinaciones sexuales: sólo experimentaba. Ferrat no creía en nada, sólo deconstruía las creencias. El soldado Ferrat hacía el mal por el mal, porque haciendo el bien no encontraba placer alguno. Él trascendía la moral que Nietzsche, el gran filósofo alemán, había denunciado. Estaba más allá de la moral porque no sabía ni siquiera qué demonios era eso. A menudo, los lugares donde se hacinan muchos niños desvalidos son el escenario ideal para pederastas, pero Ferrat iba más allá. Se

llevaba a los niños, que después de todo eran para el Reich cadáveres andantes y, como siempre, experimentaba con ellos. A menudo ni siquiera tenía relaciones sexuales con ellos, pues le gustaban mucho más para eso las mujeres. Sólo los forzaba si veía en los ojos del niño el brillo del terror a que aquello realmente sucediese. Al resto, los asfixiaba, los envenenaba o les sometía a torturas similares a las que Adolf Schule estaba recibiendo en esos instantes. En una ocasión, raptó del Castillo a dos hermanos judíos y les obligó a tener relaciones primero y luego a matarse entre sí. Prometió que dejaría libre al superviviente. El mayor de los dos hermanos venció al más joven y Ferrat lo premió disparándole en el vientre y mirando como se moría lentamente, entre terribles padecimientos.

Adolf Schule fue un reto para Ferrat. Por primera vez, tenía ganas de dejar de asumir el rol sádico para pasar a ser el esclavo. Tenía ganas que aquel muchacho de carácter tan agresivo le abofetease, le sodomizase, le destruyese. Aceptó a sacarle de Hartheim cuando Schule se lo propuso porque realmente quería darle la libertad y, al contrario que al resto de muchachos que había raptado, no le dejaba encadenado cuando marchaba a trabajar, sino que Adolf vagaba libremente en la antigua granja de sus padres. William era huérfano desde hacía años y la vieja granja familiar, a un par de kilómetros del Lager de Mauthausen, era donde había escenificado hasta ese momento sus crímenes, mientras él vivía oficialmente en una casa de huéspedes en Alkoven.

—Al tercer día de quedarme sólo comencé a vagar por los alrededores de la granja —dijo Schule, lanzando un grito cuando una de las cuerdas que le ataban al techo se soltó y terminó de dislocarle el hombro. Seguía colgado de un gancho en la celda número tres del Bunker, la misma donde había matado a Boldt. Colgaba con las manos atadas a la espalda y los pies apoyados en el muro, del que resbalaba cada pocos segundos, lo que le obligaba a arquear el cuerpo, para evitar que los tendones le estallasen.

«Primero no me alejaba mucho, apenas cien o doscientos metros, pero luego comencé a hacerme más osado. Paseaba por los alrededores y pensaba; sobre todo pensaba. Mi padre era una bestia que me había hecho cosas horribles cuando aún no podía defenderme; mi madre, pese a sus lloros, le había dejado maltratarme todo lo que quería primero y luego le permitió abandonarme a mi suerte; mi rescatador no era mucho mejor que ninguno de ambos, si acaso peor, pues se trataba de un psicópata de la peor especie. Estaba muy enfadado y, además, mi misión de limpiar Alemania de los falsos creyentes nacionalsocialistas aún no había terminado. De hecho, aun tenía que empezar. Y no sabía cuándo, cómo ni dónde. Eso me exasperaba.

En sus ratos libres, que eran muchos, allí solo, en medio de la nada, Adolf retomó su vieja afición por modelar con arcilla. Hizo varios muñecos, de animales, de personas... incluso bestias míticas o nacidas de su imaginación: seres mitad caballo y elefante, mitad humanos, pero con pico y alas como un ave o un dios egipcio. Una de las veces, se atrevió a viajar a pie hasta Amstetten y visitar a su madre. Ferrat le había dejado un traje viejo que le venía grande y parecía un vagabundo, pero por suerte, la policía no le vio. Le dejó a su madre una de sus figuras en el alfeizar de la ventana y se alejó corriendo cuando le pareció que ella le había reconocido merodeando por los alrededores.

De vuelta a casa, trabó amistad con un niño de siete años, que estaba sentado en el arcén, haciendo tiempo, esperando alguna cosa que nunca parecía llegar.

—¿Qué haces? —le dijo al niño, que parecía un ario puro de la mejor clase, y era una vergüenza que no estuviera ocupando de forma productiva su tiempo, desfilando por ejemplo con las Juventudes Hitlerianas como había hecho él mismo antes de que su padre lo entregase al Castillo.

—Espero que pase algo —repuso éste.

—¿Como por ejemplo?

—Que mi madre se despierte y me lleve a Sankt Valentin antes de ir al trabajo. Hoy se me ha hecho tarde y ya no me da tiempo para ir al campo auxiliar a vigilar a las presas antes de que tengamos que marcharnos.

El niño, que se llamaba Joseph F., le explicó que el campo auxiliar era un Lager para mujeres-esclavas que trabajaban en piezas para el ferrocarril. A Schule le pareció una idea fascinante y, después de explicarle al pequeño Joseph que él pretendía limpiar el país de los malos alemanes y que admiraba lo que sucedía en los campos de concentración, se despidió de él. Aunque había hecho un nuevo amigo, de pronto tenía prisa, pues quería regresar a la granja de Ferrat, ya que acababa de caer en la cuenta de la cercanía respecto a la misma del Lager de Mauthausen. Tal vez podría hacer de aquella otra institución modélica del Reich una nueva plataforma para su aprendizaje y, con el tiempo, para sus planes de depuración de los traidores.

En adelante, sus paseos no sólo incluían visitas a Amstetten para espiar a su madre, sino también escapadas para ir a jugar con Joseph y sus amigos en el pueblo de Sankt Valentin, donde rápidamente encontró su sitio entre ellos y descubrió una empatía y una comunión natural de almas y devociones que le emocionó. Los niños eran los seguidores más devotos del Führer y sus preceptos: ahora lo entendía. Pronto, sin embargo, sus caminatas fueron ampliándose a los alrededores de Mauthausen, y aunque siempre procuraba evitar el perímetro electrificado, aprendió a eludirlo, pues cubría un espacio demasiado grande y no estaba bien acabado. Además, como comprobaría más tarde, estaba pensado para evitar que alguien saliese, no que entrase.

En uno de aquellos paseos descubrió a un grupo de presos que acababan de llegar a la vía muerta de la estación y vio con sus propios ojos los cuatro kilómetros de agónica ascensión de los subhumanos, perseguidos por los perros de los guardias, insultados por los parroquianos, golpeados, magullados, muertos de hambre y en ocasiones literalmente muertos a golpes. Le pareció una visión maravillosa, una prueba del destino que el Reich deparaba a los inferiores. En adelante, nunca se perdía ninguna de aquellas galopadas de los presos para salvar la vida y llegar al campo de Mauthausen, donde, paradójicamente, acabarían por perderla de todas formas. Su osadía le llevaba ya a esconderse muy cerca de la cuneta de la carretera, pues se moría de ganas de ver lo más cerca posible algún asesinato, ya que estaba seguro que aquello forjaría su espíritu para trabajos futuros.

Llevaba ya tres semanas de vigilancia cuando sucedió un imprevisto que pudo costarle caro y acabó por ser una bendición: el inicio de facto de su carrera de crímenes raciales para mayor gloria de la patria alemana.

—Yo ya me había fijado en Braun, ese judío cobarde. Aunque entonces no sabía aún que era judío, claro —nos advirtió Schule, evocando el suceso con una sonrisa que parecía una mueca sangrienta de payaso, tal y como estaba su cara, por la que no sólo se derramaba escandalosa la linfa, sino un líquido untuoso proveniente de su ojo derecho, aquel en el que había estado hurgando el médico.

El Blockführer Braun acudía a menudo a recoger a los nuevos presos que llegaban en los vagones de ganado. En propiedad, no era tarea suya, pero un campo de concentración es un lugar con muchos quehaceres y si alguien se presentaba voluntario para cualquiera de ellos, siempre era bienvenido. Braun se hizo pronto con una merecida fama de sanguinario; todo el mundo sabía que un preso que caía en sus manos no culminaba la ascensión al Lager. Indefectiblemente, moría en un claro del

bosque de un tiro en la cabeza. Lo que nadie podía imaginar era que Braun no estaba asesinando sin más sino que procuraba ahorrar sufrimiento a quien no duraría ni una semana en el campo. Especialmente, le preocupaban los niños. Tenía a varios de sus protegidos trabajando en la lavandería, pero sólo podía ayudar a unos cuantos de esa forma, pues esos puestos de privilegio estaban muy buscados. Cuando llegaba un niño demasiado guapo, que sabía que sería usado sexualmente por presos mayores y luego moriría de inanición, en la cantera, víctima de los trabajos forzados o durante una violación múltiple, lo asesinaba antes de que llegara a la fachada del Lager. También lo había hecho con algún anciano o minusválido. Les aplicaba una especie de eutanasia personal, rápida y benévola a sus ojos. Braun no pensaba que fuera una buena persona, tampoco una mala; hacía sólo lo que su corazón le decía que debía hacer.

Nadie había sospechado las verdaderas razones que movían al Blockführer. Pero Schule tenía el don de ver en el corazón de los hombres. Había visto tanto odio, lascivia y podredumbre en sus pocos años de vida, que el alma corrupta de los adultos era transparente para él. Así que receló de Braun instintivamente, sabiendo que ocultaba alguna cosa detrás de sus andares simiescos y su brutalidad intencionada. Una noche, al final de la ascensión, Braun descubrió a un joven muy agraciado que le había pasado desapercibido, oculto tras un grupo de españoles. Le cogió del brazo y lo arrastró al bosque. No permitiría que lo convirtieran en un junge, un prostituto. Caminó con él unos metros y finalmente, al divisar la ciénaga, se detuvo. No podían ir más allá. El niño no tendría más de doce años. Era muy delgado, espigado para su edad, de cabellos castaño claro y tiernos ojos negros. Ni siquiera llegaba a la altura reglamentaria por la que se regían los SS para introducir a un preso en el campo, obviando su edad. No habría durado ni una semana en el campo y, entre tanto, padecería horrores inimaginables. Mientras Braun cobraba en su interior fuerzas para ejecutarle, el niño encontró en un hoyo, apenas a dos pasos de la charca, unas ropas y una figura de arcilla. Con manos temblorosas, temiendo que el guardián le fuera a quitar el muñeco, lo tomó y se lo quedó mirando, maravillado. Era una figura humana con alas, como un ángel. El muchacho sonrió y el Blockführer pensó que aquello era una señal: el niño se iría al otro mundo con una sonrisa en la boca. Sacó su arma y disparó a la cabeza del muchacho, que cayó pesadamente al suelo. Antes de que pudiese evitarlo, el cadáver rodó unos metros por la pendiente y cayó al pantano.

Braun, después de comprobar que nadie le había seguido, se arrodilló y dijo:

—Baruj ata Adonai elojenu melej ja-olam asher kidshanu bemitzvotav vetzivanu lejadlik ner shel Shabat.

El Blockführer prosiguió con sus rezos, en voz muy baja. Estaba recitando el principio de la sexta bendición, el Shemoné Esré o Amidá, que antecede a la confesión de los pecados o Viduy. Trataba de limpiar su alma ante el horrible crimen que había cometido. Sin embargo, no se arrepentía de sus actos. Trataba de sobrevivir siendo judío en medio del nazismo, trataba de ser judío y al mismo tiempo trataba de no serlo; trataba de luchar con fuerzas que hacía mucho que le habían sobrepasado. Sólo quería obrar bien y se había convertido en un ser que se odiaba a sí mismo por su cuarta parte de sangre judía, pero al mismo tiempo, esa parte seguía habitando dentro de él y susurrándole que era un monstruo, un asesino, y que debía limpiar su alma.

Cuando terminó los rezos, el Blockführer, aún musitando unas últimas palabras, se acercó para rescatar el cuerpo, que ya se había hundido por completo. Sólo restaban del muchacho unas pompas burbujeantes en medio del légamo, indicando dónde había desaparecido. Pero, de pronto, sucedió algo imposible. De las aguas emergió el muchacho que acababa de asesinar, completamente desnudo,

con la figura de barro medio humana y medio pájaro, en las manos. Chillando, la arrojó asqueado a sus pies:

—Maldito judío traidor —dijo la entidad—. Te atreves a llevar el uniforme de las SS y mancillarlo con tu cháchara judía. ¿Qué demonios recitabas en hebreo? ¿Un cántico a lo mucho que hicisteis sufrir a Jesucristo, nuestro señor, en la cruz? Me das asco. ¿Me oyes? ¡Asco!

Braun había recibido una educación judía incompleta por parte de su abuelo materno. Había muchas cosas que ignoraba de aquella religión, ya que el resto de su familia no era creyente y las enseñanzas, a la muerte de su abuelo, habían quedado para siempre incompletas. Sin embargo, sabía lo que era el Golem: se trataba de un servidor que, por medio de un encantamiento, nacía de una figura de barro previamente modelada por su amo. Su abuelo le había contado un par de historias sobre los Golem e incluso le había leído una pequeña novela, escrita por un rabino cuyo nombre ya no recordaba. En ella, el sirviente terminaba siendo destruido por la ira de su amo, al convertirse en un ser independiente, capaz de tomar decisiones propias. Pero el Golem de la historia no hablaba y éste sí; además, había nacido de la figura de barro que el niño portaba en la mano, sin mediar encantamiento. De alguna forma mágica, maravillosa, el muchacho al que acababa de asesinar había renacido en forma de Golem: un Golem dotado de alma y de inteligencia, una bestia venida para atormentarle. Era un milagro, pero un milagro funesto. Adonai le había castigado por tratar de ser un nazi a pesar de su cuarta parte de sangre judía; Adonai le castigaba por falsificar su pasaporte racial y atreverse a pasar por un ario de pura raza y servir en las SS. Él, que era incapaz de ser un buen guardián y mostrarse indiferente al destino de aquellos pobres niños que llegaban por error a Mauthausen y terminaban siendo prostitutos y carne de cañón para tropa y prisioneros.

Era un mal judío y un mal SS. Era una vergüenza para ambos. Adonai, su dios, le castigaba por lo primero; y si sus compañeros descubrían que era un falso SS también le castigarían. El Blockführer era un traidor entre mundos. Hacía mucho tiempo que se había extraviado y aquella figura que cobraba vida era la prueba viviente de que estaba maldito.

—¡Soy un traidor, Golem del inframundo! Perdóname, te lo suplico. Dile a Adonay que me perdone. No serás mi sirviente sino yo el tuyo. Haré lo que me pidas si me muestras la forma de acabar con la maldición en que he incurrido.

Schule, cubierto de barro de los pies a la cabeza, miró al Blockführer Braun desde el estupor más absoluto. Luego, comenzó a entender. Minutos atrás, cuando, echado junto a la cuneta, contemplaba el ascenso de aquel grupo de españoles al campo, había visto que Braun y el niño se alejaban de la fila, directamente en su dirección. Hacía tiempo que recelaba de Braun y le vigilaba, pero no anticipó que, al acercarse tanto, pudiera suceder que un día ambos se cruzasen y éste descubriera su identidad o su escondite en la cercana granja de los Ferrat. No tenía escapatoria ni lugar donde esconderse, porque el terreno era llano, cuesta abajo y sin apenas vegetación. Sólo tenía la ciénaga. Así que arrojó el traje de Ferrat en un hoyo, para que no se ensuciase, y penetró desnudo en la ciénaga, dejando que ésta le cubriera casi por completo, quedando al descubierto sólo una pequeña parte de su cabeza. Levantando la vista, se apercibió que se había llevado por error la última figura en la que estaba trabajando y el pequeño español la había recobrado del hoyo con su ropa. Al poco, el cadáver del muchacho penetraba en las aguas embarradas con su talla en las manos y un tiro en la nuca. Mientras el Blockführer rezaba con los ojos cerrados, Schule recogió su figura. Entonces, descubriendo que el asesino era un judío traidor al nacionalsocialismo, perdió los nervios y salió de las aguas a recriminarle sus actos.

Ese error fue el principio de su carrera de crímenes, el punto de inflexión que le permitió empezar a matar.

—Así nació Ícaro —dijo Schule, mostrando sus dos dientes rotos—. Ese idiota creía que yo era un monstruo que había tomado el cuerpo del español muerto para enseñarle el camino de la salvación de su alma judía.

El niño español era huérfano y había perdido a sus padres durante el viaje. Fue fácil vestirse con el traje que le había regalado Ferrat y volver a la fila: después de todo, tres cuartas partes de los presos llegaban vestidos de paisano y seguramente nadie recordaría que Ícaro había venido ya con su traje a rayas de preso, desde el Stalag donde había estado un par de días con sus progenitores. La casualidad quiso que Ícaro y él fuesen extraordinariamente parecidos en altura, color de cabello y complexión física. Sus facciones no eran ni mucho menos idénticas, pero Ícaro había pasado todo el viaje solo, al fondo del vagón, llorando la ausencia de sus padres, y llegó con el rostro tiznado de suciedad. Nadie había hablado con él, ni reparado demasiado en su presencia, pues todo el mundo tenía sus propios problemas y el niño era sólo un desgraciado más. Asumió su identidad sin mayores contratiempos. Cuando, al cabo de unas horas, comprendió que nadie ponía en duda que él era Ícaro Echeverría, comunicó a Braun que debía comenzar a purgar sus pecados obedeciéndole en todo lo que dispondría en adelante. Schule conocía el mito del Golem y comprendió el error del Blockführer, decidiendo servirse de él para manipularlo. Ahora era Ícaro a ojos de todo el campo.

—Y fingías ser mudo porque no podías hablar español ya que no conoces esa lengua —dijo Otto —. Asimismo, no es que fueses sordo: los españoles tenían que repetirte las cosas varias veces y explicártelas por señas porque no les entendías.

—Pero no tardé en comprenderles mínimamente. Esas lenguas de inferiores son muy sencillas — se jactó Schule.

No había mucho más que añadir. Ziereis se acercó al prisionero y lo abofeteó.

—Mataste a Ferrat para vengarte de él, ¿no es verdad? Por desviado, sodomita, experimentador de sensaciones o lo que demonios fuera ese demente.

—Sí —susurró Schule, que sangraba ahora por los dos labios, el superior, completamente aplastado, y ahora el inferior—. Pero antes maté a mi padre en el patio de nuestra casa en Amstetten, aprovechando que mi madre había ido al mercado. Braun me ayudó y yo le regalé el Mercedes del viejo, que usamos para transportarlo y arrojarlo a la ciénaga. Si me hubieseis dado tiempo, habríais encontrado allí una docena más de cadáveres.

Ziereis volvió abofetearle, y el ojo derecho del muchacho, horadado y sin vida, se salió de su órbita, quedando colgado sobre su pómulo. El comandante dio un paso atrás, asqueado.

—¿Y mataste al español del barracón once por querer ser un artista a pesar de no ser ario?

—Mal... maldito de... degenerado... —tartamudeó Schule, sintiendo que sus últimas fuerzas le abandonaban.

—¿Y luego al cabo Streisser por ser un cristiano y tener humanitas eso dutches lo otro, o lo que sea?

—Humanitätstduselei —dije, acudiendo en su ayuda—. Empatía por la vida, el sentimiento cristiano de preservar la vida humana a cualquier precio, incluyendo la de aquellos hombres que el nazismo considera subhumanos o enemigos de la patria.

—No era un... verdadero nazi... —dijo Schule, al que le caía una baba blanca y roja por la boca mientras balbuceaba sílabas sueltas, a menudo inconexas—. Me reconoció en... el Castillo...

Streiii...ser fue guardia en el Castillo y sabía qui... qui... quié... quién era yo —Ziereis obligó a Adolf a repetirle aquellas últimas palabras un par de veces al menos, pero el muchacho estaba a punto de perder el conocimiento y ya no se entendía lo que explicaba. Finalmente, inclinó el mentón y quedó en silencio. El médico trató de hacerle despertar, pero fue incapaz.

—Si proseguimos el interrogatorio, morirá —dijo, con la misma expresión indiferente con la que podría haber dicho en la cantina que su café estaba frío o demasiado caliente.

Ziereis opinó que, al fin y al cabo, ya sabíamos todo lo que había que saber. Tal vez había llegado el momento de matarlo. Yo no pude estar de acuerdo.

—Ignoramos por completo por qué asesinó al Rapportführer Boldt en esta misma celda en la que ahora nos hallamos. Tampoco sabemos cómo reclutó a Godzilla el último día de su infausta carrera criminal, ni si tenía otros cómplices.

El comandante estuvo de acuerdo y decidió posponer el asunto para el día siguiente. Los guardias descolgaron a Schule del techo y lo llevaron al Revier, donde le curarían las heridas de forma superficial para que pudiéramos continuar con las pesquisas en mejor momento.

Mientras me alejaba, camino del patio de garajes, no dejaba de pensar que un ser como Adolf Schule no era fruto sólo de la enfermedad sino, como sucede con muchos asesinos, fruto de circunstancias extraordinarias. Por su vida se había cruzado el perturbado de su padre, un cabrón incestuoso que violaba a su propio hijo; más tarde, una bestia asesina incluso peor que Schule: el soldado William Ferrat, un monstruo que no pasaría a los anales de la historia del crimen en la Gran Alemania únicamente porque asesinaba a niños que, legalmente, ya estaban muertos y para el estado no contaban como seres humanos; y, entre uno y otro, un último perturbado, el propio Reich de los mil años, que había intoxicado la mente de un Adolf prepubescente con ideas alienantes sobre la superioridad racial de nuestro pueblo para, como colofón, condenar a muerte a un niño enfermo de sífilis en una institución donde el odio y la depuración sistemática de seres inocentes habían terminado por desquiciarle.

Adolf Schule era el fruto perfecto, la entelequia asesina nacida de aquel trío de perturbados que, unidos a su enfermedad, habían terminado por convertirle en un caso patológico digno de estudio.

No pude seguir reflexionando sobre dónde acaba la culpa de todos los probos ciudadanos que educan y/o pervierten a nuestros hijos: padres, maestros, presentadores de radio, directores de películas nazis de propaganda, columnistas de los periódicos o monitores de las Juventudes Hitlerianas... porque un ordenanza me abordó en ese instante.

—Oberstumführer-SS Weilern, ¡señor! Tiene una llamada urgente desde el Castillo de Hartheim.

XXVI

El tren se ha detenido. Ignoro en qué estación. He preguntado al revisor cuánto queda para Braunau y me ha dicho que diez paradas: unas dos horas o dos horas y media. Espero que tenga tiempo suficiente para llegar hasta donde quiero hacerlo antes de ir a despedirme de mi hermano. Jakob duerme; seguramente se ha cansado de verme escribir en este libro de tapas desgastadas por el uso. En este último medio año, habré leído al menos un centenar de veces la parte que escribió Rolf. A menudo compulsivamente, dedicando todo mi tiempo libre a sus páginas, emocionándome cuando hablaba de mí desde el orgullo; avergonzándome cuando descubría mis faltas, mis debilidades, mis yerros infinitos desgranados desde el nacionalsocialismo.

Pero eso ahora es agua pasada. Debo conduciros al Castillo de Hartheim por última vez, pues nunca más he regresado desde ese día y me he prometido no hacerlo jamás; promesa que repetí con el campo de Mauthausen el día que lo abandoné. Ante vosotros confirmo mi juramento en nombre de mi madre y mi hermano: mis pies nunca volverán a hollar una Institución del Sueño ni un Konzentrationlager.

Pero vayamos por partes y regresemos al hilo de la narración.

Me había llamado Lonauer. Desde el teléfono de la comandancia hablé apenas unos minutos con el doctor muerte y pronto comprendí el alcance del problema. Dora Schule, la madre de Adolf, nos amenazaba con denunciarnos a las autoridades. Al fin y al cabo, el muchacho era un ciudadano de la Gran Alemania, no un preso de un campo de concentración. Nuestro deber era entregarlo a la Policía Criminal para que ella lo llevase ante un juez. Lonauer parecía nervioso por las implicaciones de todo el asunto. De momento, tanto él como Ziereis se habían librado de todo castigo por su incompetencia y permanecían en sus puestos. Yo sabía que la presencia de la Gestapo era cosa de Skorzeny y, a través de él, de mi padre y del Führer. De momento, todo se había llevado de la forma más cauta y reservada que podáis imaginar. Los sucesos de dos días atrás en Sankt Valentin se habían publicitado en los diarios como un atentado de izquierdistas en el que habían perecido varios niños, sin dar muchas más explicaciones. De los asesinatos de Adolf Schule ni siquiera se hacía mención. Estaba claro que desde Berlín se quería tapar el asunto, y a Lonauer o Ziereis esa actitud les venía de perlas, pues ambos habían estado planchando sus uniformes de combate, pensando que en breve tendrían que utilizarlos.

Pero el asunto de Dora Schule tenía otro cariz. No se podía dejar un cabo suelto como aquel. Ella sabía casi todos los detalles de lo sucedido después de que la invitáramos al campo para reconocer el cadáver de su marido. Lonauer tenía miedo de lo que pudiese decir, de a quién pudiese conocer en la Kripo y de cuántos estarían dispuestos a creer sus palabras, por muy fantasiosas que probablemente resultaran para un oyente neutral que nunca hubiese oído hablar de aquellos siete asesinatos, de un muchacho destinado a una cámara de gas que escapa milagrosamente a su suerte, pederastas, conjurados varios y el resto de increíbles sucesos que se habían ido amontonando en torno a aquel caso. De cualquier manera, había decidido tomar cartas en el asunto. El doctor no se creía que fuese el Führer en persona el que estaba detrás de la presencia del propio Skorzeny, del que pensaba que había venido infiltrado a investigar el Lager de Mauthausen o, lo que era mucho peor, sus cuentas al frente del Castillo cuando, insospechadamente, se encontró con aquellos asesinatos en serie. Era un paranoico y veía conspiraciones en su contra en todas partes. Ignoraba, pues, que cualquier denuncia de la señora Schule sería desoída. Si llegaba a producirse, alguien

haría una llamada al jefe de la criminal en Linz y el asunto se enterraría para siempre, si no lo estaba ya, tan profundamente que para desenterrarlo necesitarían una excavadora.

Es bien cierto que, por entonces, había extremos de todo aquel asunto que yo mismo ignoraba, especialmente sobre la misión verdadera de Skorzeny, pero en breve obrarían en mi poder el resto de piezas de aquel último rompecabezas o, al menos, piezas suficientes para tener una visión de conjunto. Hacía veinticuatro horas había recibido un telegrama por el que se me informaba que había sido invitado a la Cancillería, en Berlín, el día del cumpleaños del Führer. Mi padre, que había enviado el cable, me aseguró que en esa reunión, en la que él también estaría presente, todas mis dudas se despejarían.

Yo traté de explicárselo por teléfono a Lonauer, al menos en lo que se refería a Dora Schule, que no significaba un peligro real para nadie. Pero fue en vano. Lonauer seguía hecho un manojo de nervios y no atendía a razones. Para cuando me personé en el Castillo de Hartheim, el mal ya estaba hecho.

—La he gaseado —me explicó el doctor, dando muestras de alivio e invitándome a un Schnapps —. Sabía demasiado, Otto. ¿Puedo llamarle Otto? Por supuesto que puedo. Ahora somos amigos ¿no?

Yo le recordé que no éramos amigos en absoluto y que a su larga lista de crímenes acababa de sumar el asesinato de una mujer adulta perfectamente sana y en sus cabales.

—Eso de “en sus cabales” es más que discutible, Herr Weilern. En Amstteten todos saben que veía a su hijo muerto en cada esquina. Un hijo, que legalmente y como usted sabe, falleció hace mas de un mes en esta institución. Además, acudió al Castillo en, al menos tres ocasiones, mostrándose violenta, reclamando datos de la “supuesta” depuración de su hijo y pretextando esas visiones para poner en duda la muerte del mismo. —Lonauer alargó su mano derecha y me mostró su dedo anular —: Punto uno: alucinaciones visuales. Punto dos: crisis de ira. Sin duda, estábamos ante las primeras fases de la demencia. Un amigo mío en la Comisión del Reich para el Registro de Enfermedades Graves de Origen Hereditario, me consiguió un certificado para encerrarla aquí de forma preventiva. Nada más llegar, la examiné y dictaminé oficialmente que su caso era terminal y que Dora Schule constituía un peligro para el Reich, procediendo a su depuración, sin pedir, bien es verdad, los permisos administrativos pertinentes. En todo caso, mi exceso de celo me valdrá una reprimenda de mis superiores. Poca cosa más.

Le di la espalda y me alejé por el pasillo, cansado de los anchos recovecos que la burocracia del Reich construye para que hombres como Lonauer salgan impunes de sus crímenes. ¿Por qué era torturado Schule en Mauthausen, cuando era responsable sólo de siete asesinatos, mientras el ser abominable con el que estaba conversando, tenía sobre su conciencia la muerte de miles de seres humanos? Ocho mil quinientos me había dicho, la última vez que hablamos, que tenía apuntados en su libro de contabilidad. No debería haber regresado a aquel lugar infame. Creo que contuve una arcada, sintiendo por primera vez aquellos retortijones en la barriga de los que siempre se quejaba mi hermano. Él siempre supo que las atrocidades a las que cada día hemos de enfrentarnos en lugares como Hartheim o Mauthausen son sólo eso: atrocidades. Las categorías morales del nazismo, que enmascaran con nombres como “depuración” un asesinato selectivo de inocentes, son una mentira y un insulto a la inteligencia. Súbitamente, descubrí en mis propias carnes el horror que mi hermano había sentido mientras yo le presionaba para convertirse en un buen nacionalsocialista, la náusea porque lugares así existieran en un mundo que se llama civilizado. De esta forma, llegó hasta mí,

como una vaharada, el arrepentimiento, el bochorno por haber creído durante mucho tiempo que todo aquello era necesario para construir un futuro mejor para la Gran Alemania y, el día de mañana, para mis hijos.

Entonces los vi. Estaban unos pasos a mi izquierda. Tres niños y un adulto, en el pasillo lateral del patio porticado, esperando desnudos para entrar en la sala fría y, de allí, a la sala de registro. En menos de media hora estarían muertos, siguiendo el ritmo habitual de depuración del Castillo.

—¿Me reconoce, señor? —dijo uno de ellos. Se trataba de una niña de apenas metro y cuarenta de altura. Muy rubia, con el pelo despeinado, una hermosa y larguísima cabellera que una vez se había recogido en un moño trenzado como las heroínas de las óperas de Wagner.

—Eres Gertrud Müller, ¿no?

La niña asintió y señaló a sus dos compañeros, que me presentó como Hans y Konrad Rambrucht. Los recordaba. El pequeño todavía tenía la pierna vendada a causa de la puñalada que le había dado días atrás Skorzeny. Cojeando, se acercó a Gertrud y me miró con los ojos brillantes, conteniendo el llanto. El adulto no debía tener nada que ver con ellos y estaba sentado contra la pared, mirándonos con expresión hosca.

—¿Sabe por qué estamos aquí? ¿Sabe qué va a pasar con nosotros?

Gertrud tiritaba de frío. Sus dos amigos rompieron a llorar. No tuve valor para decirles que iban a morir. Lonauer, que acudía en mi búsqueda, no creyó oportuno mostrar tanta delicadeza.

—Me mandaron ayer mismo una circular ni más ni menos que del Centro de Eutanasia del Reich en Berlín. Los niños deben ser gaseados a la mayor brevedad. Acaban de traerlos de una institución de menores y ni siquiera se me da tiempo para que los examine. Debo registrar su llegada, gasearlos y pasarlos por el horno crematorio. No se admiten retrasos porque antes del mediodía debo enviar un informe completo de su depuración.

Esta vez Gertrud rompió también a llorar y compuso junto a sus dos amigos un coro lastimoso de llantos, demandas de perdón y genuflexiones. Pronto, no quedaría nadie del grupo infantil de guardias del campo de Sankt Valentin. Nadie, claro, salvo Joseph F.

—¿Y ese hombre? —dije, señalando al adulto, que era un sujeto calvo, chupado pero con barriga, de facciones aquilinas y prominente nariz.

—Un judío sefardí. No tiene familia y estuvo viviendo de la caridad en diferentes instituciones desde su juventud. Por lo visto, aparte de ser judío, posee un bajo coeficiente intelectual. Nos lo han mandado para que libremos al mundo de su presencia y... —Lonauer no dijo nada más, al recordar que a mí no me gustaba que se explayase en explicaciones sobre su abyecto ideario eugenésico y racial.

Me acerqué al hombre, haciendo caso omiso a Gertrud, que, cogida de mis piernas, se arrastraba todavía, pidiéndome ayuda.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

El hombre me sostuvo la mirada. Visto de cerca, advertí que ya tenía muchas arrugas alrededor de los ojos y en la frente. Rondaría los cuarenta años.

—Me llamo Jakob Navarro —parecía que no iba añadir nada más, pero después de una pausa, levantando la voz, dijo—: No quiero morir, pero se equivoca si piensa que voy a pedir clemencia como esos pobres niños. No hay clemencia en este país para la gente como yo. Eso lo he aprendido a base de palos, señor SS.

Un celador arrancó a Gertrud de mi pierna, a la que seguía aferrada. Junto a sus dos compañeros

de correrías, fue llevada a la cámara fría, donde, si por cualquier causa se retrasaban las depuraciones o el responsable del área técnica se iba a almorzar, moriría de frío en lugar de asfixiada por el monóxido de carbono.

—No te llamas Jakob Navarro —dije, inclinándome sobre el hombre e impidiendo con un gesto que un segundo celador le obligase a levantarse del suelo para seguir a los pequeños a la cámara fría.

—¿Ah, no?

—No. De ahora en adelante te llamas Jakob Weilern y eres mi primo.

Le entregué mi gorra de las SS y mi abrigo. El hombre, todavía dubitativo, se los puso. Iba desnudo a parte de una gabardina militar, un capote de invierno y una gorra. Empezamos a caminar juntos hacia de la salida. Jakob no sabía si era un juego cruel de un SS perturbado que quería reírse de él antes de gasearlo, pero no le importaba. Era mejor que meterse desnudo en una cámara de cinco metros cuadrados con temperaturas bajo cero.

—¿Dónde demonios cree que va? —Lonauer se había interpuesto entre nosotros y la puerta de entrada.

Le expliqué que mi primo y yo habíamos venido de visita pero que ya nos íbamos. Al doctor le brillaban los ojos.

—¿Se ha vuelto loco, Weilern? ¿Cómo conseguirá que este judío pueda pasar por su primo? ¿Le dará papeles con una nueva identidad? ¿Un pasaporte racial para alguien que se llama Jakob? —De pronto, me miró, y se puso a pensar con su pequeña cabeza cuadrada de funcionario. Recordó que seguía en su puesto y que todos sus errores en la administración del Castillo habían sido olvidados. Tampoco nadie había hecho mención de que hubiera contratado como guardia a un criminal que raptaba a niños delante de sus narices y los asesinaba impunemente; o que ese mismo hombre hubiese sacado de su institución a un asesino de varios civiles y miembros de la Banda de la Calavera. Asimismo, recordó que Schultz, el día que drenaban la ciénaga, había afirmado que el Führer en persona había ordenado a los servicios de inteligencia proteger a toda costa a los hermanos Weilern.

—Puede hacer todo eso, ¿no es verdad? Puede hacer lo que quiera. Puede convertir a este judío en un ciudadano del Reich —dijo, mirándome de hito en hito, como el que mira a un gigante.

—Estoy casi seguro que sí —repuse—. Tengo que ir a Berlín dentro de unos meses a oír de labios de Hitler algo que sospecho hace tiempo, pero, en cualquier caso... no creo que me nieguen nada de lo que pida. No ahora.

No me despedí. No dije nada más y seguí caminando. Ya se las ingeniaría Lonauer para coger cualquier cuerpo y decir que eran los restos de Jakob Navarro. Seguro que el nuevo Maestro de los Hornos (el anterior, el Unterscharführer-SS Hubert, había sido trasladado) le ayudaría a tapar el asunto con los restos de algún desgraciado, antes de hacerlos pasar por el molinillo de huesos.

Antes de salir del Castillo, miré hacia atrás y vi a Gertrud por última vez, desnuda, cubriéndose los pechos, con los brazos cruzados sobre el abdomen, estremeciéndose de frío. De pie, en la entrada de la cámara fría, nos contemplaba alejarnos. Un celador cerró la puerta. Ni siquiera yo podía salvarla. El Führer estaba detrás de su orden de ejecución. Además, no estaba seguro de querer salvarla. Ni siquiera lo estoy ahora.

Afuera hacía un tiempo desapacible. Nevaba sin descanso y el universo se había teñido de blanco. Por el camino de regreso al campo, le expliqué a Jakob que tenía que decir que era mi primo si alguien le preguntaba. De lo contrario, debía permanecer callado. Yo me encargaría de explicar a

quien le interesase que era mi nuevo asistente y de conseguir los papeles necesarios para poder trabajar como civil en el Lager.

—Gracias —dijo Jakob, sencillamente. Todavía no se creía lo que estaba sucediendo, y supongo que temía que, en tanto íbamos camino de un campo de concentración, bien podía acabar preso en él o camino de otro horno crematorio, distinto del de Hartheim, pero tan letal como el que esquivara instantes atrás con la ayuda de la diosa fortuna.

—No se merecen —repuse.

Me detuve a un kilómetro del Castillo, pasada la granja de los Schuhmann, a los que había interrogado una vez sobre el Mercedes que conducía Braun y que fue visto en los alrededores. Miré largo rato por el retrovisor hasta que vi aparecer lo que buscaba. Había pasado ya una media hora.

—¿Sucede algo? —preguntó Jakob con voz aterrada. Seguramente una parte de él seguía dudando de su suerte y temía que aquel SS tan extraño cambiara de opinión y le devolviera a Hartheim. Al fin y al cabo, engañarle con lo de ser su asistente podía ser una típica broma de los muchachos de la Banda de la Calavera. Cosas peores se habían visto. Y más con judíos de por medio.

—No temas —le tranquilicé—. Miraba eso.

Sacando mi mano por la ventanilla, señalé hacia atrás, muy arriba, donde la chimenea del Castillo lanzaba sinuosas volutas cenicientas al cielo de Alkoven.

—Son esos tres niños saliendo por la chimenea del crematorio, ¿no? —dijo Jakob, frunciendo los labios—. Yo debería ser también parte de ese polvo de huesos.

Arranqué de nuevo el coche.

—Pero no lo eres. Y eso es lo único que cuenta —dije, a modo de conclusión.

XXVII

Jakob ha despertado y le he dicho por qué parte voy de mi diario. Se ha puesto triste al recordar aquel día, pero a la vez alegre por haber salvado de forma tan milagrosa y arbitraria el pescuezo. Aún no comprende por qué lo salvé. Por mi hermano, le acabo de decir, por el hombre al que hoy vamos a visitar. Jakob ha respondido que tiene muchas ganas de llegar a Braunau para presentar sus respetos a Rolf. Yo también.

Pero volvamos al campo de Mauthausen, donde debo concluir mi historia.

Luego de regresar del castillo de Hartheim, llamé a mi padre y le reclamé una identidad nueva para Jakob. Ni siquiera me hizo una pregunta al respecto. Desde Berlín llegaron su pasaporte y sus papeles. En adelante, Jakob Navarro sería Jakob Weilern. Yo sólo le pedí a mi nuevo amigo que se abstuviera de hacer demostraciones públicas de su fe. Jakob aceptó. Mi asistente empezó a trabajar en Mauthausen oficialmente el veinte de noviembre. Precisamente ese día murió Adolf Schule. El primer interrogatorio en el Bunker lo colocó a las puertas de la muerte y no abandonó esa condición hasta que sus órganos fallaron poco después. Por lo visto, le habían golpeado en el vientre repetidamente y provocado hemorragias internas de las que no pudo recuperarse. Sólo le vi una vez más. Ziereis ya no tenía interés por concluir el interrogatorio, pero yo quería saber el final de su historia. Acudí al Revier, el hospital de los presos, para hablar con él la noche del diecinueve. El Revier, en realidad, no es un hospital sino un sucio dispensario donde a menudo nada se "dispensa" a los enfermos. Aproximadamente el ochenta por ciento no reciben tratamiento porque hacerlo se considera demasiado largo o costoso, y se les manda de nuevo al trabajo para morir. Si no son capaces de seguir trabajando, de una forma u otra se les ejecuta. Se puede considerar que Schule tuvo suerte de que su confesión nos fuese de utilidad, pues disfrutó de cuidados y atenciones especiales que un preso común jamás recibiría. Hasta tenía su propia cama y se le daba de comer regularmente. Este trato exquisito le deparó tres jornadas de agonía.

—¿Por qué mataste a Boldt? —le pregunté, sentado a la cabecera de su cama.

Adolf dio un bote, como si no se hubiese dado cuenta hasta entonces de mi presencia. Me miró. Tenía unos ojos extraños, que se movían muy rápido: ojos de alucinado. Supuse que debía ser por la sífilis, que le devoraba el cerebro, tal y como Lonauer me había explicado una vez.

—Boldt, ese maldito hijo de puta...

A media voz, casi entre susurros, me explicó que había coincidido en Hartheim con Jules, el hijo del Rapportführer Boldt. Jules era un niño superdotado, uno de esos que no se adaptan al sistema de estudios normalizado y pasan a menudo por tontos. Su padre no le dio ni una oportunidad. Incluso había escrito una carta a Lonauer exigiendo su inmediata depuración. El doctor casi había terminado su examen e iba a dictaminar que era un niño con un coeficiente excepcionalmente alto. Jules necesitaba por tanto un plan de estudios específico para potenciar sus aptitudes. Pero Lonauer decidió escuchar al padre y depurar al niño para evitar que éste reclamara más arriba en el escalafón jerárquico. Un tonto menos no es ningún problema. Después de todo, hay tantos... Jules era demasiado listo y eso terminó por ser su perdición.

—¿Sabe, Herr Weilern? Boldt se tomó el veneno por propia voluntad. Yo le liberé de la terrible carga de haber asesinado a un futuro líder de nuestra nación.

Hubo una larga pausa. Schule sufrió una recaída y durante un buen rato apenas pudo respirar; aún menos hablar. Al cabo de un rato, se sintió mejor y trató de explicarme la muerte de Braun, y también

la historia de un caballo que tenía de niño al que quería mucho. Luego su voz se perdió. Desvariaba.

—Braun había descubierto que yo no era un Golem —dijo de pronto—. Cuando encontrasteis el cadáver de Ícaro en la ciénaga me di cuenta de que hasta ese idiota comprendería que yo no había renacido en su cuerpo, sino que era una persona completamente distinta, que le había suplantado.

—Y entonces tuviste que recurrir a Godzilla.

Adolf parecía estar muy lejos. Abría y cerraba la boca pero no emitía ningún sonido. A veces reía, otras hipaba e inspiraba profundamente, como si estuviese reclamando el último aliento. Sencillamente, agonizaba. Iba ya a marcharme cuando me dijo, con voz muy clara, poniendo sus últimas fuerzas en aquel aserto:

—Godzilla odiaba a tu hermano y quería castigar a los Weilern por la muerte de su maestro: Ernst Röhm. Odiaba a Rolf, es verdad, pero te detestaba a ti. Ten cuidado, Otto Weilern, pues no es el único que alberga un odio profundo contra lo que tú eres. Otros sueñan con asesinarte, seguramente dentro y fuera de los muros de este Lager. Lo he visto en sus corazones. ¿Sabías que yo puedo reconocer el odio en las pupilas de los hombres? Ni siquiera el Führer podrá salvar tu pellejo si alguno de ellos se queda a solas contigo en una habitación. Morirás antes de conocer quién eres en realidad.

Mi interlocutor había cerrado los ojos. Le cogí en volandas; le zarandeé, le hice mil preguntas. Incluso llegué a abofetearle. Schule, ya lo he dicho antes, tenía el don de ver lo más oscuro del alma humana, la negrura que se esconde en el lugar más recóndito de nosotros mismos. Había visto algo en mí, y también en otros, en adversarios secretos que me perseguían, acechándome desde alguna parte y por secretas razones. Él sabía la verdad y yo se la sacaría aunque fuese a latigazos. Pero Schule nunca despertó. Dejé recado de que se me avisase si tenía de nuevo un instante de lucidez, fuera de día o de noche, y no me fui a dormir a la ciudad sino que me quedé en los barracones de la tropa, para estar lo más cerca posible si despertaba. De madrugada me avisaron, pero no de que había recuperado la consciencia sino de su fallecimiento. No sé porqué, aún recuerdo la hora: tres y trece minutos de la mañana.

Aquella noche tuve un sueño, uno muy breve, como un fogonazo dentro de otro sueño que ya se está desvaneciendo con la llegada del alba. En él, Adolf Schule me miraba con sus ojos de alucinado y repetía la última frase que había pronunciado en vida. Era una amenaza, o más que eso: era una premonición...

Morirás antes de conocer quién eres en realidad, me repetía, una y otra vez. Al despertar, tenía la boca pastosa, con sabor a tierra mojada. Me lavé los dientes al menos tres veces antes de que me abandonase esa sensación.

XXVIII

Y pasaron los meses. Jakob se adaptó bien a su función en el Lager. Yo nunca había tenido un asistente civil y, dado que estaba acostumbrado a cuidarme yo solo, tenía pocas tareas que encomendarle. Él siempre buscaba la forma de agradarme, pero no hacía falta. Viéndole sano, feliz y fundamentalmente vivo, ya me daba por satisfecho. Tal vez, trataba de compensar los errores que cometí con mi hermano, buscándome otro hermano de la misma edad y similares limitaciones. Pero no sé si eso explicaría algo o no explica nada en absoluto. Ni Rolf ni Jakob tenían limitación alguna, somos nosotros los que, buscando una vara de medir que englobe a la mayoría, encontramos que aquéllos que no se ajustan a esa vara son inferiores, retrasados, limitados o incapaces. Jakob es Jakob y yo soy yo: cada uno con su vara de medir.

Entretanto, la guerra seguía favoreciendo a Alemania. Bombardeábamos impunemente el Reino Unido y solventamos los desaciertos de nuestros aliados italianos invadiendo los Balcanes y el Norte de África. Las victorias de los aliados en esos frentes habían sido efímeras; tan pronto llegaron nuestras tropas, los griegos y los ingleses se rindieron, al menos, en la propia Grecia, mientras en el frente del Magreb éstos últimos se retiraban desordenadamente hacia Egipto. Los ejércitos de Hitler campaban invencibles por Europa... y más allá.

Fue también en la primera parte de este año de 1941 cuando Himmler, nuestro Reichsführer-SS o guía supremo, tomó dos importantes decisiones. La primera, acabar con la depuración de los retrasados mentales en Hartheim (por lo visto se había liquidado ya a tantos miles que comenzaban a escasear) y utilizar en adelante aquellas instalaciones principalmente para los enfermos de Mauthausen y de sus campos auxiliares, aquéllos que estuvieran demasiado débiles para seguir trabajando. Ahora, son los rojos españoles e italianos, polacos, checos, albaneses, griegos, belgas, holandeses, etc... los que ocupan aquel interminable pasillo que acaba en una cámara de gas y un horno crematorio. Un gran avance que nuestra nación siempre idee la forma de que una buena y productiva institución como el Castillo del doctor muerte no quede en desuso.

La segunda decisión fue la de organizar los Konzentrationlager en tres grupos. En los Lager de tipo A se internaría a los enemigos de la patria, culpables de crímenes menores a juicio de las SS, y fácilmente, también a juicio y discreción de las SS, reeducables. Los Lager de tipo B serían para los alemanes y arios de otras naciones que habiendo cometido crímenes graves, en tanto que miembros de la raza superior, y cumplida su condena, podían acabar reintegrándose como buenos servidores de la sociedad. Los Lager de tipo C, como Mauthausen, serían para los subhumanos, los irreductibles enemigos de la patria, que jamás podrían ser liberados y trabajarían hasta la muerte por nuestra Nación. Por increíble que parezca, todavía hay un tipo más, los campos de exterminio o Vernichtungslager, donde los presos entran únicamente para ser ejecutados. No es necesario matarlos de hambre o mediante trabajos forzados. Nada más entrar por la puerta hay que liquidarlos sin más explicaciones. Una muestra más de la eficiencia de nuestro sistema. Nada escapa a una correcta ordenación y estratificación.

En más de una ocasión me sorprendí a mí mismo paseando por el campo de Mauthausen, donde era imposible dar dos pasos sin encontrarte con un cadáver reciente, reflexionando sobre si realmente sería posible que existiera un lugar todavía peor que nuestro Lager o que el Castillo de Hartheim. Si era sí, aquel lugar debía ser peor que el propio infierno. De hecho, entre las brasas del averno llevaba ya viviendo hacía mucho tiempo, tanto yo como los miles de presos que habitaban los

barracones del campo interior.

A principios de marzo pedí el traslado al DAK de Erwin Rommel. Lo hice por varias razones. Por una parte, ya le conocía personalmente y sentía hacía él una honda admiración. Sabía que, bajo su mando, las tropas se comportarían como hombres y no como bestias nazis. Me constaba que en el desierto se combatía con honor, respetando las convenciones de Ginebra, sin apresar a los judíos, sin campos de exterminio, sin ejecuciones sumarias de prisioneros... En los diarios se hablaba de las victorias en Libia y Túnez del Afrika Korps y Rommel, en pocos meses, se había convertido en una figura romántica, admirada por todos sin excepción, que le imaginábamos entre las dunas del desierto, maniobrando sus tanques en medio del bombardeo de los aviones ingleses. Por último, no había cuerpos SS en toda África ni estaba previsto que los hubiera. Si se aceptaba mi traslado, necesariamente tendría que dejar la Banda de la Calavera y convertirme en un soldado del ejército alemán: una tropa respetable y no un grupo de asesinos y desalmados.

No aceptaron mi solicitud de traslado, claro está. Pero yo la volvía a mandar cada semana. Por fin, mi padre me llamó, bastante ofuscado, y me indicó que ese tema, como algunos otros, se discutiría en la reunión que tendría con el Führer el día antes de su cumpleaños, es decir, el diecinueve de abril, un par de semanas más tarde. Nunca esperé que aquella reunión solventase realmente todas mis dudas, pero lo que ignoraba es que no despejaría ninguna.

Partí hacia Berlín, solo, la madrugada del dieciocho. El mismo dieciocho, entrada la tarde, llegué a la capital del Reich. No dormí aquella noche. Vagando nervioso por mi habitación, resolví llamar a mi padre, pero no quiso explicarme nada por teléfono y aún menos recibirme a aquellas horas intempestivas. Me repitió que hablaría conmigo al día siguiente, a las veintiuna horas, en presencia del Führer. El diecinueve lo ocupé en visitar Berlín y comprar un par de figuritas de recuerdo para Jakob. La ciudad se me antojó alegre, victoriosa, pero era una alegría viciada, exaltada, como fruto de la histeria más que de la felicidad. Las gentes caminaban sobre una nube de laureles militares, de exacerbación de su ego racial, de odio y de rabia contra todo lo que no fuese inequívocamente ario y nacionalsocialista. No se podía hablar con nadie salvo de tópicos, y los que tenían algo que decir temían hablar de más, por lo que apenas si sostuve un par de conversaciones regadas de eslóganes nazis y saludos con el brazo en alto.

Hitler me recibió en uno de los salones de la Cancillería, sentado en una silla de alto respaldo, con figuras mitológicas labradas en sus patas. Parecía un Rey más que el presidente del Reich, que era el cargo que realmente ostentaba. Pero, a decir verdad, era incluso más que un Rey: era el guía de su pueblo, sus entrañas, su espíritu y la voz de su conciencia. Alemania se estaba forjando a imagen y semejanza de Adolf Hitler.

—Bienvenido, muchacho —dijo mi padre, con voz meliflua.

Theodor Eicke se hallaba de pie detrás de su Führer, mirándome desde la distancia, como se contempla un objeto raro y vistoso. Vestía un uniforme de combate de su división de la calavera y había engordado desde la última vez que le vi. De su cuello colgaba una cruz de hierro que acariciaba en silencio, sin dejar de observarme. Me habían conducido hasta allí dos SS de su confianza, con gran pompa y ceremonia, en un recital de entrechocar talones y abrir o cerrar puertas con decisión y elegancia. Ahora, por fin a solas con Theodor y Adolf, toda aquella situación se me antojaba delirante. ¿Qué demonios podía tener yo que ver con Hitler? Mi hermano, en su parte de este diario, había hablado de dos secretos relacionados con Hitler: uno con la muerte de Röhm, el otro con... ¿quien sabía? Él parecía conocer ambos pero yo no conocía ninguno: sólo albergaba

sospechas más o menos fundadas. Intuía que uno tenía que ver conmigo y con el propio Rolf, pero esa intuición era producto más de las especulaciones de mi hermano que de un razonamiento propio. Sabía, en cualquier caso, que yo era importante para ellos, que encajaba en alguna parte dentro de sus planes.

—¡Heil Hitler! —ladré, levantando el brazo con desgana. Nos habíamos visto en dos ocasiones ya en el pasado, en una habitación de un hospital de Munich y en Palacio de la Ópera de París. En ambas me había parecido un hombre brillante, un sabio estratega pese a sus defectos. Pero en esta ocasión contemplaría su verdadero rostro.

—¡Heil! —gritó entonces mi tío, como si quisiera acompañarme en mi presentación.

El Führer cerró los ojos con gesto de satisfacción. Luego, antes de que pudiese establecerse un vínculo similar a un comienzo de nuestro diálogo, se enfrascó en un discurso de media hora de duración, donde me explicó la evolución del frente en África, la próxima invasión de Rusia y el futuro glorioso del Reich, que dependía de ambas campañas. En Rusia se iba a dirimir el destino de Occidente, aseguraba. Se había visto obligado a postergar la invasión por culpa de las derrotas de los italianos en el frente de los Balcanes y en la propia África, pero una vez estabilizados esos frentes, pensaba atacar sin piedad al enemigo eslavo. No me sorprendí. Todo el mundo hablaba de la necesidad de acabar con la amenaza de Stalin. Sus palabras eran la confirmación de un secreto a voces, aunque todo aquello me traía sin cuidado. Eran otros secretos los que había venido a desentrañar.

—Me han dicho que quieres incorporarte al grupo de ejércitos de Rommel en Libia —me dijo entonces, cambiando de tema y reclamando por fin una palabra de su interlocutor.

—Sí, mi Führer.

—Voy a conceder tu traslado con una condición —Hitler se inclinó hacia adelante, aproximándose, buscando mi complicidad.

—Lo que usted diga.

Hitler se atusó su bigote y luego, como movido por un resorte, se levantó de un salto y vino a mi encuentro casi a la carrera.

—Debes prometerme, hijo, que procurarás no correr peligro alguno. Te destinarán a una unidad de suministro y Rommel tiene orden de no usarte en ningún caso en formación de batalla. Sin embargo, debes prometerme que de ninguna manera, en caso de verte envuelto en combates cuerpo a cuerpo, responderás al fuego. Te protegerás y salvarás la vida. El destino de Alemania depende de ello.

Como antes os he adelantado, ya intuía hacía tiempo que ocupaba un lugar importante en alguna ecuación relacionada con la turbia sombra del poder que encarnaba Adolf Hitler, pero, ¿un papel principal? ¿Un papel protagonista? Aquel hombre debía estar loco. Creo que vacilé un momento, confuso, antes de responder:

—¿El destino de Alemania depende de que yo sobreviva, mi Führer?

—Sin duda —Hitler me cogió de un brazo y me lo estrechó con fuerza. Pareció por un momento que iba a ruborizarse—. Tú me sucederás un día al frente del Reich. Dentro de no muchos años, tú serás el Führer de nuestra nación.

Hitler se alejó entonces de mí hacia la balaustrada y se asomó al exterior, repentinamente abatido. Le hice un par de preguntas más, anonadado por aquella increíble revelación, pero no me contestó. Entonces comenzó a hablar de Wagner, de que el arte de la música había entrado en franca

decadencia.

—¿Has pensado alguna vez en lo que pasaría si Wagner renaciese? ¿No sería maravilloso que hubiese dos, tres, diez Wagner componiendo distintas músicas en puntos diferentes del Reich? Si la conjunción de genes que llevaron al nacimiento de Richard Wagner fuese predecible, el mundo caería rendido a nuestros pies. Ah, qué gran sueño, qué gran futuro nos depararía la historia si algo así fuese posible.

Convine que el nacimiento de un genio como Wagner era un caso excepcional que, por desgracia, sólo se repetía cada dos o tres siglos pero, ¿diez Wagner? Cuando hay diez genios ninguno de ellos realmente lo es; la genialidad deviene vulgaridad y repetición. Sin embargo, aquel asunto era una abstracción que no conducía a nada, así que desvié la conversación de nuevo hacia su aserto anterior. ¿Acaso yo habría de sucederle un día en la jefatura del estado? ¿Era una broma tal vez?

—¿Broma, dices? ¿Una broma?

Hitler se abalanzó hacia la silla de madera, sentado a la cual me había recibido minutos atrás, y la lanzó al suelo. Mi padre, que continuaba tras ella, a un par de metros, reculó como si no pasase nada y recompuso el mismo gesto impertérrito que llevaba mostrando desde el comienzo de aquella entrevista.

—Yo te diré, joven Weilern, lo que es una broma. —El rostro de Hitler presentaba una palidez cadavérica mientras farfullaba—: Una broma es que Inglaterra no se haya rendido ya ante nuestra superioridad técnica y militar, nuestra fuerza de voluntad y nuestro coraje. Una broma es que haya naciones que todavía se unan a las fuerzas aliadas para combatirnos. Una broma es que todos los estados del orbe no quieran acompañarnos en nuestra lucha contra la Unión Soviética. Una broma es que no haya estatuas mías en todas las plazas de todas las ciudades de Europa, ¡de medio mundo! Una broma es que me vea forzado a hacer cumplir por medio de las armas lo que es evidente para cualquier hombre civilizado: ¡que Alemania debe gobernar el universo!

El rostro del Führer había comenzado a teñirse de escarlata y luego, como si le faltase el aire, cobró un tinte azulado. Por fin, respiró profundamente y dijo:

—Tal vez, si Wagner renaciese, si hubiese tres, cinco, ¡qué digo!, diez Wagner componiendo óperas sublimes por todas las ciudades europeas, entonces hasta los más borricos comprenderían la grandeza y superioridad de nuestra comunidad racial aria, y no tendríamos que luchar, calle a calle, barrio a barrio, país a país, para demostrarlo.

Hitler regresó a la balaustrada mientras tarareaba un fragmento de Die Meistersinger von Nürnberg (Los Maestros Cantores de Nuremberg), su ópera preferida. Luego, poco a poco, comenzó a cantar con voz rota:

¡Esta noche, seguro!
A lo que me atreveré,
¿cómo podría yo decirlo?
Nuevo es mi corazón, nuevo mi juicio,
nuevo es para mí todo lo que emprendo.
Sólo una cosa sé,
sólo una concibo:
¡Ganaros a vos
con todos los sentidos!
Si con la espada no he de lograrlo,

valga cantaros como maestro.
¡Por vos, sangre y bienes,
por vos,
el arrojo divino del poeta!

Es curioso cómo puede uno despertar de un sueño. Yo lo había hecho súbitamente, como despierta uno de esos días en que las fantasías nocturnas no terminan con el primer bostezo. Reales, vívidas, por unos instantes forman parte del universo real. Así fue mi despertar. Consciente de la ilusión que había vivido, podía por fin salir de ella y contemplar sus desvaríos desde la barrera. Había dejado atrás mi condición de durmiente.

—¡Dios mío! —creo que musité, recordando los ojos del Führer cuando, cara a cara, me hablaba de Wagner o de las efigies de su persona que un día presidirían las plazas de todos las naciones de Europa.

—¿Ahora lo entiendes? —dijo mi padre, acercándose por fin hasta donde yo me hallaba.

—No sé qué debo entender, señor, pero he visto antes esos ojos.

—¿Sus ojos? —Theodor parecía no entenderme

—Esos ojos de alucinado. Esa actitud de pronto tranquila, sosegada, comunicativa y al cabo insomne y contemplativa, y finalmente airada. Pero sobre todo esos ojos. —Suspiré, recordando la mirada de Adolf Schule, esa mirada brillante, de ojos que se movían muy rápido, como si no pudiesen fijar su mirada en un punto demasiado tiempo—. Hace pocos meses me enfrenté en persona a Schule, el asesino del que te hablé: presentaba un cuadro avanzado de sífilis. Había perdido la cabeza por la enfermedad.

—¡Ah! —mi padre asintió, dejando una frase en el aire.

—Pensé que nunca volvería a ver esos ojos. —De pronto bajé la voz, aunque Hitler seguía canturreando ajeno a todo—: Nunca imaginé que el Führer pudiera estar tan enfermo. ¿Es sífilis también, como en el caso de Schule?

—Neurosífilis. Un estadio final de la enfermedad. Hace mucho que la contrajo —me confirmó Theodor, aunque callando al cabo, evasivo.

—¿Hace mucho? ¿Cuánto es mucho?

—Por lo menos quince años, tal vez más. Eso dice el médico. Cuando debió pasar, Hitler era aún muy joven y nuestro NSDAP apenas era un grupo de ultraderechistas de provincias. Una prostituta tal vez, pero ni el propio Führer lo sabe. El mal ha avanzado mucho desde entonces y ya no puede hacerse nada.

—¿Y las leyes raciales, padre?, ¿y el Mein Kampf?, ¿y las teorías políticas, éticas, sociales, en las que se basa el Tercer Reich?, ¿y el concepto de enemigos del pueblo?, ¿y la persecución de los izquierdistas, de los judíos, de los gitanos, los homosexuales o de las razas inferiores? ¿Acaso todos los fundamentos del nacionalsocialismo son fruto de una mente enferma, de un megalómano, de un demente como lo era Schule?

Mientras yo hablaba, Theodor no le quitaba la vista a Hitler, que declamaba un texto del segundo acto con voz estentórea, ajeno a nuestra conversación.

—Eres lo bastante listo para darte cuenta, Otto, de que en la vida no hay absolutos. Una mente enferma puede ser una mente brillante; el exceso puede ser beneficioso en un momento de crisis como el que pasaba nuestro pueblo durante la República de Weimar. Además, hoy tiene un mal día.

Creo que está nervioso por haber tenido por fin la oportunidad de conocerte. Normalmente, puede aparentar normalidad.

Aparentar normalidad. Me quedé con esa frase dando vueltas en mi cabeza. El Tercer Reich era una farsa y todos nosotros, los alemanes, cómplices y rehenes de un hombre que deliraba. En Mauthausen, habíamos torturado hasta la muerte a un muchacho por asesinar a siete hombres; Lonauer, por matar a miles, quedaría impune y tal vez ganase una cruz de hierro por el camino, una como la que tenía mi padre; y Adolf Hitler, por matar a millones, se convertiría en una figura histórica inmortal, tanto si ganaba la guerra como si la perdía.

—¿Cuánto más podrá aparentar normalidad, padre?

—Tres o cuatro años más, a lo sumo. A finales del cuarenta y cuatro o principios del cuarenta y cinco... habrá que sustituirlo.

—¿Es éste el secreto que Röhm quería desvelar? ¿Por eso fueron diezmadas las Tropas de Asalto SA hace siete años? ¿Amenazó Röhm con revelar que el Führer tenía la sífilis y era un enfermo mental terminal?

—Amenazó con eso, sí, pero no sólo con eso.

—Supongo que te refieres al segundo secreto al que se refería Rolf. Pero ese no me lo explicarás.

—Ese, me temo, tendrás que descubrirlo tú sólo. Al fin y al cabo tiene que ver contigo y con el futuro del Reich.

Sentí que mi mano derecha se crispaba. Estaba harto de mentiras, de verdades a medias y de incógnitas que se saldaban con nuevas incógnitas.

—¿El futuro del Reich? ¿Tú también me vas a salir con eso de que yo tomaré el lugar de Hitler cuando él ya no esté? ¿O es también un desvarío de su mente enferma?

Theodor sonrió, mientras me hacía pasar a la otra parte de la estancia, lo más lejos posible de la balaustrada, donde el Führer continuaba con sus improvisaciones operísticas.

—El futuro es un interrogante siempre abierto, y tu lugar en ese futuro como Presidente del Reich es sólo una opción. Una opción y nada más. Una de las muchas que hombres más poderosos que yo están barajando para cuando llegue ese día.

—¿Una opción? ¿Cómo voy a ser yo una opción para la sucesión de Hitler? ¿Qué tengo yo que me haga especial? ¿Tiene eso acaso que ver con que nos mandases a Skorzeny a vigilar nuestra seguridad en Sankt Valentin y el Lager? ¿Soy tan valioso que los servicios de inteligencia de las SS deben velar día y noche para que siga vivo?

—¿Valioso? Para algunos, eres mucho más que valioso. Ya oíste al Führer. No debes correr riesgos en África. Si los corres, si desobedeces... regresarás a Mauthausen antes de que termine de chasquear mis dedos. —Como prueba de sus palabras, los chasqueó delante de mis narices— Sobre el resto de respuestas que me pides, debes entender que ya he dicho más de lo que debería. Esos hombres poderosos de los que te he hablado, un día se pondrán en contacto contigo y te ofrecerán la jefatura del estado. Entonces, te explicarán lo que quieres saber y acaso cosas que preferirías no haber descubierto jamás.

—¿Qué hombres poderosos? ¿Himmler, Goering, Goebbels? —inquirí entonces, todavía incapaz de creer lo que se me estaba explicando.

—He dicho hombres “realmente” poderosos.

Lancé a mi padre una mirada elocuente que se tornó poco a poco melancólica. Alemania no se merecía aquéllos que la gobernaban: locos, mediocres, intrigantes...

—Así que tú no eres el único guardián de ese secreto. Y el resto de los hombres que lo custodian son, como tú, hombres de segunda fila, que prefieren gobernar en la sombra.

Mi padre se alejó. En su rostro se alargaba una mueca triste:

—No hagas conclusiones precipitadas de asuntos que no conoces. Yo no cuento demasiado en esta historia. Me limité a cuidar de ti y de Rolf cuando se me requirió. Además, por hoy, ya basta de preguntas. Hablaremos de nuevo cuando regreses de África del Norte.

Estaba cansado. Aquella conversación, mezcla de revelaciones y de subterfugios que se encadenaban, era demasiado para mí. Antes de marcharme, sin embargo, necesitaba saber algo más.

—Entonces, ¿no es usted realmente mi padre?

Theodor meneó la cabeza.

—Hace ya mucho te dije que me llamases tío. Te crié de niño como hice con tu hermano y ayudé a tu madre a salir adelante en unos años difíciles. Obedecía órdenes. Nada más. Dejé que me llamarais padre: ese fue mi error. —Theodor se detuvo, abriendo la puerta de la sala. Hitler reaccionó ante el sonido del tirador, detuvo su canto y, volviéndose, nos miró a ambos con los ojos muy abiertos, como si él también regresase de un sueño.

—¿Y bien? —insistí—. No ha contestado a mi pregunta, Herr Gruppenführer-SS.

Y Eicke, en tono desabrido, me confesó:

—No. No eres hijo natural mío, Otto. Tampoco de Hitler, si es lo que estás pensando. Tú no eres hijo de nadie.

XXIX

Regresé al campo de Mauthausen a finales de mes. Tenía unos días de permiso y estuve de vacaciones en el sur, en el balneario de Bad Ischl, antes de volver a mis obligaciones. No tuve fuerzas para ir a visitar a Rolf a Braunau. Aún no era el momento.

Durante el viaje de vuelta al Lager, me empeñé en dilucidar el misterio de mis orígenes, ese escueto "hijo de nadie" con el me definiera Theodor Eicke. Durante horas reflexioné sobre lo que podría significar, elucubré hasta el sinsentido y le di mil vueltas a algo sobre lo cual sabía demasiado poco hasta para lanzar ni tan siquiera una hipótesis. ¿Hay realmente un grupo de personas que quiere asesinarme, como me aseguró Adolf Schule poco antes de su muerte? Si esto fuera verdad, ¿lo es a causa de que Hitler quiere que herede su posición de guía de nuestra patria? Y, sobre todo... ¿por qué el Führer podría desear tal cosa? Pensé durante tanto rato en aquel acertijo insoluble que por un momento temí perder la razón; ya me veía cantando yo también algún fragmento de una obra de Wagner con voz estentórea. Por fin, cuando ya anochecía, comprendí que ni aquel acertijo ni su resolución estaban en mis manos. El objeto de esta última lección de mi Diario, que una vez fue de Rolf y ahora es de ambos, era desentrañar unos misteriosos asesinatos que una vez tuvieron lugar en Mauthausen. Esa tarea está cumplida. Quién soy yo y cuál es mi destino es algo que sólo el tiempo me descubrirá, a golpes, a bandazos, como hace con todo el mundo.

Y resolví no volver a pensar en ello. No valía la pena.

Jakob me recibió en la estación donde suelen llegar los vagones de ganado repletos de presos. Estaba contento de verme. Yo también. Nos abrazamos, rescatador y rescatado, sin perder de vista la vía muerta, al fondo, donde precisamente en ese momento un grupo de guardias de la Banda de la Calavera hacían descender del tren a los futuros cadáveres andantes de nuestro amado Lager.

De vuelta a la normalidad, sólo me restaba sentarme a esperar la orden de traslado y empaquetar mis pocas pertenencias. Ésta tardó en llegar un par de semanas, el doce o trece de mayo, si no recuerdo mal, y se me daba un mes para incorporarme a filas. Tenía tiempo más que suficiente para dejar mis cosas en orden. En realidad, hubiese tenido bastante con veinticuatro horas.

Permanecí muchos días inactivo en el Lager. Hice diversos viajes dentro de Alemania y en nuestros estados satélites. Incluso visité a amigos en zona de guerra, en los Balcanes y otros puntos donde el Tercer Reich estaba combatiendo. Estaba ocioso y sin ninguna ocupación real. En teoría, aún seguía formando parte de la oficialidad, pero Ziereis me había relevado de todas mis funciones, tal vez pensando que me hacía un favor. Le pedí que me diese alguna ocupación y me indicó que, si me apetecía, podía emplear mi tiempo en una investigación del funcionamiento interno del campo, por si alguna cosa escapaba a su control. Según mi comandante, se había quedado maravillado de mis dotes deductivas durante el desarrollo del caso Schule. Por tanto, pretendía sacar partido de mis dones antes de que me marchase, por si había en el campo algún otro judío con el pasaporte racial falsificado o acaso algún otro peligro potencial que en ese momento ninguno alcanzábamos a imaginar. Lo cierto, sin embargo, es que se trataba de una tarea imposible: había centenares de SS en el Lager con diferentes tareas, miles de prisioneros, un campo interior con innumerables dependencias, un campo exterior en obras y con todavía más dependencias, una cantera, un perímetro electrificado... Eso sin contar con los campos auxiliares, más de veinte ya, y muchos con una población reclusa y una dotación de SS mayor que la nuestra. En dos semanas no tendría tiempo de hacer un informe de todo ello a menos que me concentrase sólo en generalidades; lo cual es lo mismo

que no hacer nada. Así pues, pasé ese tiempo paseando por el campo, tomándome copas en la cantina con Bachmayer y Schultz que, Dios sabrá por qué, me habían cogido aprecio, leyendo o escuchando música clásica patriótica en la radio.

Uno de aquellos días, después de escuchar una selección de arias de Wagner, llegó la hora de los discursos: Hitler comenzó con uno especialmente inspirado, en el que pretendía preparar a la Nación para los nuevos sacrificios que pronto habían de venir pero que, con el tiempo, nos harían alcanzar victorias formidables. Entre líneas, estaba hablando de la proyectada invasión de la URRS, que muchos anticipaban y yo sabía que estaba planificando el Alto Mando desde hacía tiempo. Luego del Führer, tomó la palabra el doctor Goebbels. Lo primero que me vino a la mente es cuánto le gusta el epíteto de doctor a personajes siniestros como Lonauer o al artífice de la propaganda nazi, Joseph "encogido y crudo" Goebbels, pues ese era el apodo con el que le habían bautizado sus críticos. Como sucede a menudo con los sobrenombres, cada interlocutor con el que te cruzabas tenía una explicación para esos dos adjetivos. Yo siempre he creído que éstos hacen referencia a que en sus manos, cualquier cosa, diminuta, "encogida" o "cruda", acaba convertida en una gran causa, una idea por la que luchar, un sacrificio justificable por el que dar la vida. Por ejemplo, mientras yo lucubraba significados para "encogido" o "crudo", el Ministro del Reich nos explicaba con voz estentórea el concepto de Führerprinzip, que literalmente significa "principio o axioma de nuestro guía". En suma, sin embargo, lo que pretendía decirse es que la obediencia a nuestros líderes era incuestionable y que todo acto, por loable que fuese, que no los tuviera en cuenta, era un acto de traición. Yo debía obedecer al comandante Ziereis: él siempre tenía razón en lo que se refería al ámbito cotidiano del Lager. No podía equivocarse porque, aunque lo hiciera, yo asumiría su error como propio y le obedecería aún sabiendo que, inevitablemente, fracasaría en mi misión. Ziereis le debía la misma obediencia ciega y estúpida a Eigruber, Gauleiter de la Alta Austria, y éste a Adolf Hitler, nuestro líder supremo. Por tanto, como cada eslabón era por definición, infalible e insoslayable, una palabra de Hitler, en la cima de esa hipotética pirámide de necios, se convertía en un artículo de fe. Si el buen Adolf decía "hay que tirarse por la ventana", todos tendríamos que hacerlo, pues el Führer no puede equivocarse y una orden suya es como si la dictase el mismo Dios.

Era evidente que Otto Weilern había cambiado y ya no encontraba su lugar en esa pirámide jerárquica y perfecta llamada nacionalsocialismo. Pero mientras iba transformándome, poniendo en duda todas mis creencias y construyendo el hombre que un día he de llegar a ser, lo cierto es que se me estaba agriando el carácter y perdía a menudo la paciencia por cualquier cosa. El que solía pagar mi mal humor era Jakob, que se había convertido entretanto en un asistente de primera. Poco a poco, aquel rapto inexplicable, aquella decisión de salvar a alguien que merecía ser salvado entre la marabunta de buenas personas que perecían por nada, comenzó a cobrar significado. Nos íbamos a pescar al río, paseábamos por la campiña o jugábamos a juegos de mesa. Jakob se convirtió en el compañero que me salvó de la soledad de aquellos días, entre las dudas que me carcomían por dentro después de la conversación con Theodor Eicke y nuestro Führer. ¿Por qué Otto Weilern era tan importante? ¿Cómo podía ser yo "hijo de nadie"? ¿Acaso no tuve padre? ¿Acaso Geli, mi madre, no era mi madre? Lo cierto es que apenas tuve ocasión de conocerla. Geli murió cuando yo tenía dos años. Todo lo que recuerdo de ella se lo debo a Rolf. Pero, en cualquier caso, ¿por qué había gente que quería acabar conmigo, como supuestamente pretendía Godzilla cuando se unió a la causa de Adolf Schule? ¿Debía creer al propio Schule, que me había revelado una absurda conjura para asesinarme mientras él mismo agonizaba? ¿Debía creer, por el contrario, a mi antiguo padre, que

resulta que tampoco era mi tío, el Gruppenführer-SS Eicke?, ¿o debía creer en mi propia intuición que me decía que yo no era nadie y que toda aquella situación me sobrepasaba?

Poco a poco, mientras yo andaba perdido en un mar de dudas, Jakob pasó de asistente a amigo y de amigo a ser mi sombra. Íbamos juntos a todas partes, incluso me acompañaba en mis paseos dentro del Lager, mientras vigilaba el funcionamiento del campo o lo que demonios fuera que Ziereis esperaba que hiciera hasta el día de abandonar el servicio en las SS.

Cuando sólo faltaban cuarenta y ocho horas para mi marcha, el diez de junio, sucedió algo extraordinario o, cuando menos, inesperado. Jakob se peleó con un grupo de guardias SS recién llegados a nuestra gloriosa Totenkopfbande. Le detuvieron en el Bunker y tuve que intervenir personalmente ante Ziereis para que la cosa no pasara a mayores. Prometí que Jakob no volvería a pisar el Lager y me lo llevé a Sankt Valentin, pues Jakob vivía no muy lejos de la casa que había tenido alquilada en su día mi hermano.

Fui a visitarle a la mañana siguiente, un poco más calmado que la víspera. No había querido hacerlo la noche antes porque tenía miedo de perder los nervios. ¿Acaso Jakob se había vuelto loco? ¿No habíamos quedado en que pasaría desapercibido? ¿Acaso no era consciente que su situación era precaria?, ¿que mientras estuviésemos en Austria, alguien podría reconocerlo como un antiguo judío sin recursos que se había paseado por las casas de beneficencia durante años? Además, interrogué a los guardias implicados y, aunque era evidente que se trataba de unos idiotas hijos de papá que, como yo mismo meses atrás, estaban sirviendo en el Lager para eludir el frente de batalla, lo cierto es que me habían dicho que la pelea la había iniciado Jakob. Yo les creía. Jakob era un civil a sus ojos, en absoluto un superhombre de las SS. Si hubiesen iniciado ellos la pelea, se habrían jactado de cómo le habían elegido para golpearle o Dios sabe qué. No. Por alguna razón que desconocía, Jakob se había interpuesto mientras se burlaban de un prisionero español. Le habían dado un par de bofetadas e iban a zarandearle un poco cuando llegó Jakob y les increpó. El prisionero era un Prominenter, uno de los pocos prisioneros que desempeñaban un oficio especializado y valioso para la organización del Lager, así que no tenían intención de matarlo ni de herirlo seriamente. Sólo se burlaban. Todos los días, Jakob tenía que ver cómo se asesinaba a muchos hombres delante de sus narices, incluidos judíos como él mismo. ¿Por qué había reaccionado violentamente ante unos cuantos pescozones sin importancia propinados a aquel español?

—¿Qué tiene ese hombre que tanto te importa? —le dije, cuando reuní el valor para acudir a Sankt Valentin. No me fue fácil. Cuando pasé delante de unos niños que jugaban a guardias y prisioneros en un patio, me pareció ver los rostros de Gertrud, Hans y Konrad, desnudos, llorando, pidiendo clemencia, acusándome de no haber hecho más por evitar su muerte. Intentando apartar aquellas ideas insanas de mi cabeza, repetí—: ¿Qué tiene ese español que le hace especial? ¿Por qué te pusiste en peligro por él?

Jakob bajó la cabeza y me dijo que me pedía perdón, que había tenido que hacerlo y ya está. No iba a añadir nada más al respecto. Le interrogué, le amenacé, le grité por primera vez desde que nos conocíamos, pero fue en vano. Por último, le informé que le prohibía salir de su habitación hasta que llegase la hora de coger nuestro tren a Braunau, al día siguiente. Por lo menos, así evitaríamos que se metiese en más líos. Me fui de la casa dando un portazo.

De vuelta al Lager, estuve en la cantina hasta las tres de la tarde. Me despedí de algunos camaradas, especialmente de los que no eran asesinos despiadados. No vi a Bachmayer, a Schulz ni a Ziereis, lo cual fue un alivio. Prefería no tener que darme la mano con ninguno de aquellos

monstruos, ni siquiera para guardar las apariencias. En mi barracón, recogí mis cosas y las llevé al Opel. Eran las cuatro o las cuatro y media. Entonces fui a ver al prisionero que tan importante le parecía a Jakob: el Prominenter español.

Se llamaba Antonio García y trabajaba en el laboratorio fotográfico. De hecho, había comenzado a hacerlo muy poco tiempo atrás. Antes había formado parte del servicio de limpieza del barracón once y, de hecho, le había interrogado brevemente durante la investigación Schule, en particular sobre el asesinato del español que fue estrangulado y quemado en el Stube A de aquel barracón. García había sido elegido como nuevo integrante del laboratorio fotográfico luego de pasar diversas pruebas de su pericia. Por lo visto, había sido fotógrafo profesional en España y no le fue difícil conseguir el puesto. Durante mis paseos para elaborar el informe que me había pedido Ziereis (por cierto, nunca lo redacté), algunas veces acompañado de Jakob, había presenciado su trabajo: básicamente fotografiaba a los presos recién llegados y les tomaba las huellas. Estaba a las órdenes de un Kapo austríaco llamado Vey que trabajaba directamente para Karl Schultz, pues el laboratorio formaba parte de las enormes dependencia de la Oficina de la Policía Política, recién terminadas por los Baukommandos que construían el campo exterior.

Al contrario que las veces anteriores que había visitado aquel lugar, me detuve largo rato a inspeccionar las evoluciones del grupo de fotógrafos. García tomaba fotos, otro español limpiaba y dos polacos hacían labores administrativas y de archivo. El Kapo Vey los supervisaba. Allí no había nada raro, nada que pudiera haber llamado la atención de Jakob cuando se pasó por aquí conmigo; ¿o sí?

Fotografiar, hacer cinco copias en papel, tomar huellas, archivar los resultados y, por último, llevar a Schultz las copias en papel y los negativos. Les observé trabajar hasta que terminó su turno. Vey no se atrevía a preguntarme qué demonios hacía allí parado; después de todo, él era un preso y yo un oficial de las SS, pero todo el mundo caminaba nervioso de un lado a otro y hacían su trabajo en tensión. Los dos polacos sudaban a mares. Antonio García me miraba de reojo, intrigado. Finalmente, a las seis de la tarde, Vey se descubrió delante de mí, se cuadró, hizo entrechocar sus zuecos cómicamente y me dijo:

—Herr Oberstumführer-SS Weilern, respetuosamente querría comunicarle que mis hombres han terminado su turno. ¿Podemos irnos o dispone alguna otra cosa?

—García se queda. El resto pueden irse.

El Kommando se marchó entre suspiros de alivio. Mientras se alejaban me di cuenta de que hacían apuestas sobre si su compañero seguiría en este mundo al día siguiente. Antonio García ya no estaba solo intrigado. Sentado a su mesa, inmóvil, parecía muerto de miedo.

—Enséñame en lo que estás trabajando. Quiero ver tu taza, tu cuchara, los cajones de tu mesa. Cuando acabes, te bajas los pantalones y te quitas la camisa para que te examine por si llevas algo escondido. Quiero ver todo lo que has hecho hoy, todo lo que llevas encima y todo lo que tocas en este lugar.

Luego de media hora de registro del entorno y de la persona de Antonio, seguía tan perdido como al principio. Pero algo en la conducta de Jakob por la mañana me animaba a continuar. Allí había gato encerrado. Volví a abrir los cajones de su mesa. Fotos, papel de fotografía, herramientas de revelado y... ¿un momento...? ¿Por qué había fotos?

—Me has dicho que hacéis cinco copias en papel y que éstas y los negativos se entregan al final del día a Karl Schultz.

—Sí, Herr Oberstumführer-SS.

—Entonces, ¿por qué hay fotos en uno de los cajones de tu escritorio?

—Son fotos borrosas o desenfocadas, o sencillamente de mala calidad, señor. Hay que repetirlas. El mismo jefe de la oficina política está al corriente.

Allí había centenares y centenares de fotos.

—Schultz es un idiota, el Kapo Vey es un idiota, pero yo no. ¿Tengo yo cara de idiota, Antonio?

—En absoluto, Herr Oberstumführer-SS. Si algo de lo que he dicho le ha inducido a pensar que yo pretendía insinuar que usted...

—¡Oh, calla, maldita sea!

Me eché las manos a la cabeza. Aquel español estaba tomando fotos de los presos delante de las narices de sus jefes y de la Gestapo, pero nadie sospechaba. Yo había pasado por allí y no me había apercibido tampoco de lo que Antonio maquinaba en secreto. Pero Jakob el tonto, el retrasado, el judío Jakob Navarro, ahora Jakob Weilern, se había dado cuenta de todo en el par o tres de minutos que habíamos entrado juntos, días atrás, en el laboratorio fotográfico. Y hay en Alemania quien cree que gente como Rolf, que resolvió el caso Schule cuando yo creía que el asesino era Bauer-Skorzeny, o Jakob, que había descubierto una conjura de los presos para llevar un registro de nuestros crímenes en el campo... hay gente que cree que hombres así son tontos y nosotros, los arios, superhombres. El tipo de superhombres que dejan que los presos obtengan pruebas de nuestros crímenes y las guarden a plena vista.

—Has escondido bien las pruebas, Antonio —dije, fingiendo amonestarle con un dedo—. Se acabará la guerra y nadie se habrá dado cuenta de lo que haces con esas fotos.

—No sé de que me habla, señor.

—Lo sabes perfectamente...

—Yo le juro que...

De pronto, se me ocurrió una idea.

—Cuando tienes demasiadas fotos para que quepan en el cajón, ¿dónde las guardas?

García frunció el ceño.

—Le repito... le juro una vez más, que no sé de qué me habla, Herr Oberstumführer-SS.

—Claro, claro.

Me senté delante de él, en el lado contrario de su mesa de trabajo. Cogí un puñado de fotografías y las desparramé sobre la mesa. No sé en qué pensaba. Sentía rabia, desazón, y también alegría. Aquel era un buen hombre que luchaba por una causa justa y no yo, que era el mismo monstruo que Lonauer, Ziereis, Bachmayer, Schultz o Adolf Hitler, por mucho que los detestase a todos. Durante varios minutos manoseé aquellas fotos anónimas de presos, muchos de ellos ya fallecidos, que un día llevarían a mis camaradas del Lager a la horca. Vi una que me resultó familiar. Tomé una decisión. Una decisión gloriosa, magnífica, una forma de hacer justicia y empezar de cero. Le hice sacar todas sus fotos, que examinamos una a una. Ya pasaban de las ocho de la tarde cuando encontré otra instantánea. Buscaba una tercera, pero García la tendría ya a buen recaudo en su escondrijo.

—¿Ves estas dos fotos, Antonio?

El español me dijo que, en efecto, las veía.

—Éste era un italiano. No recuerdo el nombre, ni siquiera su número. —Di la vuelta al papel y vi al dorso escrito, en apretada caligrafía: Enzo Ferro.

Enzo había sido el primer hombre al que asesiné. Le lancé por el talud de la cantera abajo como

parte de una apuesta. Acababa de llegar al Lager y un compañero me dijo que no sería capaz de matar a un subhumano. Fui capaz. Creía en mi Führer, en mi Nación, en el sistema que había creado un demente enfermo de sífilis llamado Adolf Hitler. Le expliqué la historia a Antonio, que no dijo nada y tragó saliva. Su nuez se movió marcándose profundamente en su cuello. Pensaba que no volvería a ver la luz del sol.

—Falta otra foto. Esa no la he encontrado. El muchacho se llamaba Paul. Unos camaradas estaban regando con una manguera a un grupo de jóvenes picapedreros. Estábamos a más de quince bajo cero y los muchachos gritaban mientras sus extremidades se congelaban. Me dejaron al último, a Paul, para mí. No pude negarme. Tenía que demostrar que era un buen SS y un buen alemán.

Cogí la otra foto que había conseguido rescatar. Era un joven de unos veinte años. Se le adivinaba una media sonrisa aun en una situación como aquélla, recién llegado a un campo de concentración nazi. Era un tipo alegre, siempre de broma. No debería haber muerto pues tenía un gran don de gentes y muchos amigos en el Lager. Caía bien hasta a los guardias. Pero se lesionó en un pie trabajando de albañil en un Baukommando. Se cayó de un andamio y se lo fracturó por tres sitios. En el Revier no iban a malgastar energías ni medicamentos en un subhumano español. Al cabo de unos días, su pie, deforme y tumefacto, apestaba a podrido, y el muchacho se arrastraba por las obras incapaz de hacer su trabajo. Había dejado de ser útil para el Reich y algunos SS lo tenían ya en su punto de mira. Si no lo hubiera hecho yo hubiera sido otro. Miré el nombre en la foto: Manuel Costa.

—Maté a Manuel para conseguir un día de permiso con una prostituta en Linz —le confesé a Antonio, que volvió a tragar saliva. Estaba convencido de que el próximo era él.

—No me mate, señor. Por favor.

No dijo nada más. Cerró los ojos, tal vez creyendo que iba a sacar mi Luger y dispararle un tiro en la frente allí mismo.

—Tienes que hacerme un favor, Antonio.

—Lo que usted me pida. Estoy a su servicio, Herr Oberstumführer-SS.

Una lágrima empezó a rodar por mi mejilla y se me quebró la voz. El gesto del preso cambió de pronto del miedo a la sorpresa, comprendiendo por fin que estaba asistiendo a un suceso insólito que no volvería a contemplar jamás: ¡un SS con sentimientos!

—Te pido, por favor, que marques con mi nombre esas dos fotos y las pongas a buen recaudo, las primeras de aquéllas que tienes guardadas por ahí, y haces bien en no decirme dónde. Cuando esta guerra acabe y, Dios mediante, hayamos perdido nosotros, los alemanes, quiero que tengas bien presentes los nombres de Enzo Ferro y Manuel Costa. Quiero que los memorices, que no pierdas esas dos instantáneas bajo ningún concepto. Llegado el día de castigar a los culpables, debes decir mi nombre el primero de la lista de criminales. —Hice una pausa, mientras me sorbía los mocos de la nariz, colapsada por el llanto— ¿Puedo contar con tu palabra de que harás esto que te pido?

Antonio me miraba con las cejas enarcadas y la boca abierta, como el que contempla una aparición. Dijo, conmovido:

—Tienes mi palabra de honor, Otto.

Me marché entonces, secándome las lágrimas con el dorso de la mano. Jakob me esperaba en casa con las maletas ya hechas. No le dije nada, pero él vio en mis ojos que había comprendido.

—No podía permitir que aquellos SS golpeasen a García. El cajón ya estaba lleno y llevaba encima un buen puñado de fotos para esconderlas en sitio seguro. Si se le hubiesen caído, su plan habría quedado al descubierto.

Asentí.

—Estoy convencido de que en adelante tendrá más cuidado —dije, lacónico, cargando las maletas en el Opel. ¿Para qué añadir nada más? García era un héroe; Jakob era un héroe; y yo, nada más que un verdugo con remordimientos. Un verdugo y un traidor que conocía un plan de un prisionero para llevar ante la justicia a los buenos y honrados servidores de la Banda de la Calavera, y no sólo no lo había denunciado sino que me había hecho cómplice de sus actos.

De madrugada, cogimos nuestro tren en Linz. Ya sólo quedaba despedirme de Rolf y partir para el frente. Mi trabajo en Mauthausen y mi servicio en las SS habían concluido.

XXX

El tren está llegando a la estación de Braunau. Es el final del trayecto. Jakob está recogiendo nuestras cosas. El revisor ha avisado que quedan menos de cinco minutos para llegar a nuestro destino. Abajo, en la vía, nos espera Otto Skorzeny, que ha pedido permiso en la división Leibstandarte para acompañarnos en nuestra despedida. El tiempo de las explicaciones está llegando a su fin porque todas las piezas del puzzle al fin se encuentran en su sitio: o casi todas.

—Qué casualidad que tu hermano y tú nacieseis en Braunau, la misma ciudad donde lo hizo Adolf Hitler —comenta Jakob, mientras cuenta los bultos y comprueba que todo está en su sitio.

—A estas alturas, no creo que sea una casualidad.

Jakob vuelve a sentarse; inclina la cabeza sin mostrar ninguna emoción especial. Sin embargo, su voz se dulcifica.

—Me hace mucha ilusión visitar a tu hermano.

No digo nada. Sigo escribiendo, frenético, línea tras línea de este diario, resuelto a terminarlo antes de que mi vida recomience entre las arenas del desierto.

—Skorzeny llamó el otro día. Me dijo que está en un sitio muy bonito.

—¿El qué?

—Rolf.

—¿Rolf?

Mi pluma no se detiene. Las lágrimas asoman a mis ojos. El tren comienza su frenada, lenta, espasmódica. Las letras se tuercen, se salen de la línea. Es el momento de decir adiós.

—Me hubiese gustado conocer a tu hermano. En vida, se entiende —me acaba de decir Jakob, viendo como se oscurecía mi semblante.

—Hubieseis hecho buenas migas tú y él. Ambos sois igual de inteligentes.

Jakob tartamudea, intentando expresar que le gustaría que no fuese sólo una visita a su tumba sino... Deja la frase incompleta. Me mira. Yo también querría poder volver a hablar con él, abrazarle, y no sólo haber de contemplar su lápida, fría y solitaria, en un cementerio. Skorzeny ya estuvo una vez aquí, el día del entierro de mi hermano. A mí también me ha dicho que Rolf está en un sitio muy bonito, al final de un parterre de flores, rodeado de todas esas criaturas de la tierra que él tanto amaba. Si mi padre y yo no le hubiésemos obligado a trabajar en un campo de concentración, hubiese sido jardinero. Ese era su sueño. Y a pesar de tener un sueño tan pequeño, tan común, nunca pudo verlo cumplido. Recibía demasiadas presiones de su familia para que sirviese a la patria, para que se convirtiese en lo que otros querían para él. Ahora, rodeado de naturaleza, de alguna forma rara y siniestra, su sueño se ha hecho realidad.

Una lápida sencilla y clásica, al final de una vereda: esas fueron las palabras exactas de Skorzeny. Ahora las recuerdo. Yo no pude ir al entierro de Rolf en su momento; no tuve fuerzas. Pasé dos días en casa, solo, mientras trasladaban el cuerpo a Braunau. Nunca me he sentido tan desgraciado, tan vacío, en toda mi vida. Mi padre, mi tío, que hoy sé que no es una cosa ni otra, se hizo cargo de todo, pero tampoco fue a las exequias. El gran Theodor Eicke tenía trabajo en Berlín, o en el frente, manipulando, engañando, tergiversando la realidad y creando monstruos donde no los hay. Un poco lo que ha hecho siempre.

—Nunca me has dicho cómo murió.

Jakob comprende la vastedad de mi dolor. Sabe que debo hablar de mi hermano, que es él quien

protagonizó este diario y quien debe concluirlo. Y debo hablar de lo que me enseñó el día de su muerte: la lección final que inició mi transformación en un mal nazi y en una mejor persona:

Cada noche, antes de irme a dormir, y luego, en mis pesadillas, me veo atravesando la verja del jardín, pistola en mano. Acabo de llegar a Sankt Valentin. El coche de Skorzeny está en llamas. El cadáver de Jutta Müller descansa retorcido en una zanja y los vecinos acuden uno tras otro de las granjas colindantes.

Entro en la casa. Rolf no está, ni en el piso de arriba, ni en la planta baja, ni en el sótano. En éste último, sin embargo, hallo el cadáver de Godzilla y el de uno de los niños. No tendrá más de diez años. También hay un reguero de sangre y una jeringa rota en el suelo, que apesta a gasolina. Siguiendo el rastro de la sangre salgo por la ventana del sótano y llego a la calle. El río se escurre lentamente apenas a diez metros, como si nada estuviera sucediendo, con lentitud infinita, pero volviendo un recodo al final de la casa, casi en la parte posterior, oigo los gritos. Salto, corro, me he cortado la mano con los cristales de la ventana, pero no me importa. No me daré cuenta hasta horas más tarde.

«Ya lo tengo.

El que ha hablado es Harald Bauer que apunta a un mocoso con una pistola. No, debo recordar que se llama Skorzeny y es miembro de la SD. En el suelo, de rodillas y con las manos en la nuca, está Ícaro. Aparenta trece años, con su metro cincuenta y su rostro aniñado, pero tiene casi diecinueve y se llama Adolf Schule. Detrás, hay una figura retorciéndose de dolor sobre los restos de una caja de madera. Es Gertrud Müller, la niña aria que no sabe que acabará gaseada como si fuese una retrasada mental de esas que tanto odiamos los buenos alemanes. Miro a Skorzeny, demandando con los ojos una explicación.

«La niña se resistió y quería pincharme con un cuchillo para evitar que detuviese a Schule. Tuve que darle un par de bofetadas y, al caer al suelo, se ha hecho daño. Nada grave.

Pero a mí me da igual Gertrud, la niña que sueña con convertirse en una líder de la Liga de Muchachas Alemanas. Yo le preguntaba por mi hermano. ¿Dónde está Rolf? ¿Dónde demonios está Rolf? Aúllo, enloquecido. Recuerdo haber aullado, gateando a cuatro patas por el patio, derribando los falsos barracones de madera, los postes que simulan torres de guardia, las cuerdas viejas que hacen de alambradas... Todo el imaginario del horror que aquel grupo de niños había construido para parecerse a nosotros, los valientes SS de la Banda de la Calavera, perece bajo mis botas, aplastado.

Debajo de una de aquellas casetas, aparece el cadáver de Glatz. El cuerpo está retorcido en una postura imposible. Aquellos pequeños monstruos lo han embutido entre los diminutos muros de sus falsos barracones hasta convertirlo en un títere contorsionado. Glatz tiene una expresión de dolor en el rostro que me hace dar un paso atrás, antes de chillar:

«¡Rolf! ¡Rolf! ¿Estás bien?

Entonces oigo una voz, muy lejana, como si ya no perteneciese a este mundo.

«¿Es usted, padre Von Banish?

Al fondo, junto a la pared, está mi hermano. Le han arrastrado por el imaginario campo de Sankt Valentin como a un perro, le han apaleado, le han regado con una manguera para que se congele, como hice yo mismo con Paul el picapedrero, y le han encadenado al muro de piedra, improvisando un Muro de los Aulladores a imagen del que usamos nosotros en el campo interior

de Mauthausen. Es maravilloso todo lo que hemos enseñado a nuestros jóvenes muchachos, cuántas maravillosas ideas les hemos inculcado: odio racial, ansia asesina, etnocentrismo, sentimientos de xenofobia, de desprecio a los diferentes y a todos nuestros congéneres con deficiencias mentales o físicas. Es el legado de nuestra generación. Cuando Schule trabó amistad con Joseph F. y éste le presentó a su grupo de amigos, el terreno ya estaba abonado. El asesino pudo convencer fácilmente a aquellos niños para convertirse en verdugos porque ya habían sido manipulados para despreciar, para obedecer, para asesinar. El estado alemán era tan culpable de los crímenes como el propio Adolf Schule.

«Rolf, ¿qué te han hecho? —sollocé, horrorizado.

Cuando estoy más cerca, descubro que tiene en el pecho la cabeza de una jeringa, con la aguja clavada en el corazón. Le han inyectado gasolina sintética, el benceno nazi, directamente en el corazón. Le quedan pocos instantes de vida. De hecho, es un milagro que haya sobrevivido hasta ahora.

«Es usted, ¿padre Von Banish?

Heinz Von Banish es el párroco de la cercana iglesia de Sankt Valentin. Rolf es un creyente devoto y a menudo va a mirar las tallas y a confesar unos pecados que ya nunca podrá cometer.

«No, soy yo. Soy Otto —le digo, cogiéndole de la mano derecha, pues la izquierda está apresada en el muro con una gruesa cadena atada a su muñeca.

«Ah, sí padre. Me estoy muriendo... yo... Le pido confesión.

Le repetí quién era yo pero ya no podía reconocerme. Habló un par de minutos de cosas sin sentido, mientras agonizaba. Luego dijo:

«Confieso, padre, que he pecado.

Dudé antes de contestar:

«Dime hijo mío, ¿cuáles son tus pecados?

Rolf se incorporó y me miró a los ojos. Creo que esta vez sí me reconoció, o acaso es lo que quiero creer. Quería darme una lección, esa de la que os hablaba: la última lección que imparte el hermano mayor a un hermano menor descarriado.

«Confieso que maté a un hombre para complacer a Otto. Pero era un mal hombre, padre, un asesino que maltrataba y delataba a sus iguales. Era un Kapo español del campo de Mauthausen. Se llamaba Juanita; al menos, ése era su apodo.

¿Qué podía decir? ¿Qué podía hacer sino absolverle de un pecado que era en verdad mío?

«Yo te absuelvo, hijo mío...

«Pero eso no es lo peor, padre —Rolf me interrumpió. Respiraba con dificultad y se detenía largo rato a cada palabra—. Confieso que una vez estuve tentado de convertirme en un nazi. Por un momento llegué a creer que si obraba mal todos los días podría convertirme en el hombre que Otto y el Führer esperaban de mí. Pero mi tentación fue breve. Pronto comprendí que no era yo el que estaba equivocado. El mundo era el que se equivocaba.

Tenía razón.

«En esta época oscura, hijo mío, somos muchos los que hemos caminado ciegos por las calles, y sólo veíamos lo que se nos decía que debíamos ver. Pero algunos estamos abriendo los ojos. Pronto, muchos otros los abrirán.

Rolf asintió e inspiró profundamente.

—Dígale a Otto que le quiero, padre. Dígaselo en mi nombre.

Todo el dolor del mundo no podría compararse a lo que sentí en ese momento.

«Yo te absuelvo de tus pecados en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo. Vete en paz, Rolf. No temas, porque el amor de Dios no tiene fin y sólo tú, de entre todos nosotros, entrarás en su reino celestial.

Detrás de mí, una voz dijo:

«Amén.

Rolf murió dulcemente cogido de mi brazo. Me volví: Skorzeny se había quitado su gorra y rezaba en voz baja. Sangraba copiosamente por la cara, en la que tenía un corte de más de diez centímetros que, con el tiempo, se convertirá en una larga cicatriz. Al fondo, Schulz, que por fin había aparecido, tras comprobar que no existía peligro alguno para su seguridad, se llevaba esposado a Schule. El muchacho gritaba que había vencido, pues concluía por fin su misión al eliminar al último de los retrasados, los débiles, los inútiles que se habían infiltrado en el corazón de las SS. Se vanagloriaba de haberse convertido en modelo para las nuevas generaciones, que verían en él un ejemplo de nacionalsocialista y de luchador por la libertad. Como Hitler, seguramente pensaba que una estatua suya acabaría presidiendo las plazas de todas las ciudades ocupadas por nuestros ejércitos. Fue una suerte para el muchacho que el jefe de la oficina política se lo llevase a rastras al Kubelwagen. En ese momento, lo habría matado allí mismo sin pensármelo dos veces.

El tren está llegando a la estación. Veo al propio Skorzeny parado en la vía, esperando. Jakob me apremia para que deje de escribir. En menos de cinco minutos partirá de nuevo el convoy. Tengo, pues, que despedirme de ti, lector.

Ignoro si, cuando este diario llegue a tus manos, la guerra habrá terminado. Espero que sí, que la locura de unos pocos sea derrotada por la lucidez de la mayoría. Confío en que Dios, en su infinita misericordia, se apiade de nosotros, y que para entonces los aliados nos hayan derrotado y el nombre del Tercer Reich de Adolf Hitler sea pronunciado desde la náusea y el horror por los siglos de los siglos. Si es así, tú, lector, serás el hijo de una democracia del mañana.

Tu mundo será peor que aquel que yo viví antes de la caída de la República de Weimar y la llegada del nazismo. Europa no volverá a ser la misma y todos los mecanismos de propaganda que el doctor Goebbels inventó y de los que Hitler se sirve, convertirán a los ciudadanos en títeres. Las propias democracias, a través de la radio y acaso de ese nuevo invento del que las revistas hablan, la televisión, lanzarán sus mensajes a una población embrutecida y mansa, siempre dispuesta acatar las órdenes de los que les gobiernan. No creáis que el mundo del mañana renunciará a los descubrimientos del nazismo, por perversos que estos sean: la propaganda será el cáncer del siglo XXI. Será una generación con un acceso nunca antes imaginado a la información pero asimismo la generación mas desinformada de la historia. Sólo unos pocos sabrán discernir, razonar por ellos mismos; y éstos serán tildados de excéntricos, de locos, de malos ciudadanos.

Y aún así, vosotros viviréis con una ilusión de libertad.

Pero si, como parece, las victorias del Führer se eternizan, si no hay nada ni nadie sobre la faz de la tierra capaz de frenarlo y de destruirlo, entonces el infierno se desatará sobre todos nosotros. La palabra de Hitler y del que le suceda, que no seré yo, tendrá valor de ley: su dictamen estará por encima de los hombres, de sus derechos o de su existencia, del bien y del mal. Ser un mal ciudadano será castigado con la muerte y ni siquiera podremos soñar con la libertad, porque la libertad estará proscrita. Las mujeres serán inferiores por siempre jamás, no habrá retrasados, ni tontos, ni minusválidos, ni judíos, ni gentes de izquierda: cualquier cosa que nazca o se desarrolle fuera de la estricta pauta del nazismo será “depurada”. Las diferencias, las imperfecciones, que hacen el mundo sublime y habitable, desaparecerán, y con ellas, todas las formas verdaderas de belleza. El alma de la raza humana se marchitará y, aunque caminemos por las calles con el brazo en alto, estaremos todos muertos.

Si eres tú, lector nacionalsocialista del futuro, el que me está leyendo...

Si eres tú el que ha sobrevivido al nuevo orden mundial y ahora contemplas, horrorizado, este diario, que mi hermano y yo concebimos para ti...

Si eres sólo un nazi más de un mundo poblado de otros nazis iguales que tú, que andan con tu mismo paso, piensan tus mismas ideas y hablan con tus mismas palabras, entonces, sólo hay una última cosa que quiero decirte, y es que...

ME DAS MUCHA PENA, AMIGO LECTOR.

FIN DE LA SÉPTIMA Y ÚLTIMA LECCIÓN

Nota del autor

LICENCIAS LITERARIAS

Para al que pueda interesar, paso a enumerar las principales licencias que me he tomado (a nivel de manipulación de los hechos históricos) para que todo encajase. Algunos consideran estas notas finales "kitsch", pasadas de moda, pero yo me enamoré de algunas notas de autor cuando era un lector adolescente, pues, a modo de pequeñas apostillas, informan al lector un poco más sin informar demasiado. Creo, sinceramente, que a veces necesitamos un poquito más de lectura tras finalizar la última línea, para quedar satisfechos sin quedar ahítos.

Bueno, sea como fuere, ahí van, brevemente, algunas de las licencias que me he tomado y alguna otra información pertinente:

—Los educadores nazis animaban a los jóvenes a llevar un diario sobre sus actividades y su proceso de transformación en un buen nacionalsocialista. A menudo se dirigían a un lector nacionalsocialista del futuro, un lector abstracto que podría leer el manuscrito en algún momento de esos mil años que habría de durar el Reich de Hitler. El diario de Rolf podría perfectamente haberse escrito en esa época, si bien seguramente desde una perspectiva más benévola con los nazis, pues una postura abiertamente crítica (o sólo levemente crítica) jamás hubiera sido aceptada.

—Las propias revistas nazis de la época se hicieron eco de los juegos de los niños de guardias y prisioneros en que imitaban a SS y Tropas de Asalto SA. Los niños del imaginario campo de Sankt Valentin son todos igualmente imaginarios, a excepción de Joseph F., inspirado en Josef Fritzl, el monstruo de Amstetten. Por supuesto, todos sus actos o afirmaciones son inventados y en modo alguno se debe conjeturar que están inspirados en la realidad (es ficción). En los días en que se desarrolla esta novela, Fritzl tendría cinco años y medio en lugar de siete y medio como el personaje, al que le sumé algo de edad para que su personalidad fuera más rica en matices. Sin embargo, Fritzl llegó a vivir casi hasta los once años en el seno de un gobierno nazi antes de que el Tercer Reich cayese. No he querido en modo alguno hacer un retrato del verdadero Josef ni de su familia, sino mostrar el daño que pudo hacer a las mentes jóvenes y aún en formación, una educación como la que recibieron aquellos niños de la época en la vecindad de los campos de concentración (el campo auxiliar ferroviario de mujeres en Amstetten también existió). Aquella situación pudo ser el germen de monstruos futuros. No quiero con ello decir que Fritzl encerrara más de veinte años a su hija y a sus hijos-nietos en un sótano a causa sólo de lo que vivió de niño durante el nazismo. Lo que para mí es evidente es que no debió hacerle ningún bien. Si habéis leído la novela, este punto queda sobradamente explicado. Si bien, repito, todos los actos de Joseph F. en ella son fruto de mi imaginación y ni siquiera he investigado más que superficialmente al verdadero Fritzl.

—La Aktion T4 fue real y centenares de miles de personas, alemanes y austriacos en su mayoría, perecieron por no ajustarse genética, moral o psicológicamente a los estándares nazis. Al final, tal y como se explica, también se mató a judíos sin hogar y a otros grupos de personas difíciles de clasificar. Todas las explicaciones filosóficas sobre las que los nazis basaban la eugenesia, el concepto de Carga para el Pueblo o la Comisión del Reich para el Registro de Enfermedades Graves de Origen Hereditario, existieron realmente. Los informes que intercambian Lonauer y la Comisión para depurar a Adolf Schule, son literalmente iguales, línea a línea, a otros que he encontrado en mi investigación. Aunque parezca increíble, hubo padres que escribieron a estas instituciones

preguntando por que sé tardaba tanto en depurar a sus hijos "idiotas", que habían entregado de buena gana para que el estado alemán los suprimiese.

—Markus Keller, el prefecto de los prisioneros o Kapo en jefe, se llamaba en realidad Magnus Keller y su apodo era King Kong y no Godzilla, pues nunca podría haberse hecho llamar así, en tanto la primera aparición de la bestia mitológica nipona data de 1954, bastantes años después. Le he cambiado ligeramente el nombre y modificado su apodo al decidir usarlo en la trama relacionada con la Noche de los Cuchillos Largos y sacarlo de su contexto histórico. Las descripciones de sus actos y sus costumbres, su aspecto físico y su brutalidad, son verídicas, así como el hecho de que se sospecha que había sido seguidor de Röhm y miembro de las Tropas de Asalto SA.

—Frank Ziereis, Georg Bachmayer y Karl Schultz fueron personajes reales, no así Jules Boldt o Jonas Braun, que son arquetipos. Ziereis murió desangrado en el campo después de resultar herido en una escaramuza con tropas americanas cuando intentaba escapar disfrazado. Bachmayer se suicidó y asesinó a su mujer e hijos al comprobar que el Reich de los mil años se deshacía cuando llevaba poco más de diez de existencia. Schultz tardó décadas en ser juzgado y apenas sufrió pena de prisión unos pocos años. Siempre se quejó de que se encausase a buenos ciudadanos que, como él, no habían hecho nada malo. El campo de Mauthausen es uno de los lugares más terribles e infames que nunca han existido. Todo lo que en la novela se dice de él, tanto a nivel de organización, asesinatos, trabajo en la cantera, hornos crematorios, revistas extenuantes y homicidas, Muro de los Aulladores, experimentos en el Revier... todo está documentado, y aún me he dejado muchas cosas en el tintero.

—El Kapo Juanita está inspirado en un Kapo real apodado Enriquito o Manolita.

—Theodor Eicke es también un personaje real. Creador del sistema de campos de concentración, estuvo al mando la 3ª división SS y participó en el asesinato de Röhm. Su posición de confianza al lado de Hitler es, hasta donde yo sé, ficción.

—Otto Skorzeny es un personaje real. No entró a formar parte de los servicios de inteligencia de las SS hasta bastante después del momento en que se desarrolla esta novela, por lo que su participación en ella es imaginaria. La larga cicatriz de su cara se la hizo de joven en un combate de esgrima y no en Sankt Valentin. Skorzeny es un personaje lleno de matices y con una abultada biografía que no desvelaré aquí porque seguramente volverá a hacer apariciones estelares en esta saga.

—Rolf, Otto y Jakob Weilern son personajes imaginarios. Jakob y Rolf, en particular, son un homenaje a mi padre, a quien va dedicada esta novela. Quería que el lector entendiese cómo es posible que una persona que en apariencia no es en absoluto inteligente, puede tener momentos de gran penetración psicológica o tocar hasta cinco instrumentos de oído, como hacía Jaime Navarro, mi padre. Los conocimientos y la rapidez de respuesta o de aprendizaje de una persona tienen a menudo mucho más que ver con su formación y oportunidades de estudio en la infancia que con sus capacidades reales. Una persona puede tener un carácter calmo, tímido, introspectivo... y pasar por tonto. Los sistemas de clasificación de idiotas de los nazis eran, per se, la única cosa idiota que hay en esta historia.

—Rudolf Lonauer y Georg Renno dirigieron el castillo de Hartheim hasta el final de la guerra. Todos los detalles aportados acerca de la depuración de los "idiotas" y los diferentes pasos y salas que se sucedían hasta su cremación, son ciertos, incluido el libro en que se apuntaba a los asesinados y cuánto se ahorraba el estado con su muerte; este libro de contabilidad fue encontrado por tropas americanas terminada la guerra. Lonauer se suicidó por aquellas fechas, al igual que Bachmayer,

asesinando a su familia antes de quitarse la vida. Renno vivió tranquilo hasta el final de sus días, sin que nadie le encausase por sus actos; tampoco a sus compañeros de trabajo en Hartheim. El Unterscharführer-SS Hubert (Kurt Hubert Franz) existió realmente; sirvió como Maestro de los Hornos en varios Institutos del Sueño aparte de Hartheim, para finalmente recalar en la no menos infame Treblinka. El molinillo de huesos es un artilugio del que desconozco su inventor; he encontrado al menos otro centro donde se usó para triturar los restos de los fallecidos. El castillo es hoy un museo dedicado a los hombres y mujeres con deficiencias psíquicas.

Esta novela ha querido ser, antes que nada, y más allá de su trama policíaca, un homenaje a todos los que murieron o sufrieron cautiverio en Mauthausen, y a todos los que recalaron en el castillo de Hartheim porque alguien decidió que eran unos "idiotas", unos incapaces, y sus vidas no merecían ser vividas (Lebensunwerter Leben). Va por vosotros.

PRÓXIMAMENTE EN ESTA SAGA (en Amazon)

3- ASESINATO EN EL NORTE DE ÁFRICA

Donde serán resueltos todos los enigmas en torno a Otto Weilern, las razones por las que fue elegido para suceder a Hitler, qué aconteció durante su infancia junto a su hermano Rolf, etc... al tiempo que se suceden los años de combate del Afrika Korps de Rommel en Egipto.

LISTA DE LIBROS DE LA SAGA (en Amazon)
(lista no definitiva, susceptible de substracciones y adiciones. Ruego sea tomada a título orientativo)

LA SEGUNDA GUERRA MUNDIAL, LA NOVELA
(1-EL ASESINATO DE EUROPA + 2-ASESINATO EN MAUTHAUSEN)

3-ASESINATO EN EL NORTE DE ÁFRICA

4-ASESINATO EN LOS BALCANES

5-ASESINATO EN MOSCÚ

6-ASESINATO EN PRAGA

7-ASESINATO EN PEARL HARBOUR

8-EL ASESINATO DE MUSSOLINI

9-ASESINATO EN KURSK

10-ASESINATO EN MONTECASSINO

11-ASESINATO EN NORMANDÍA

12-ASESINATO EN EL GUETTO DE VARSOVIA

13-ASESINATO EN LAS ARDENAS

14- ASESINATO EN AUSCHWITZ 1944

15-ASESINATO EN LA GUARIDA DEL LOBO

16-ASESINATO EN IWOJIMA

17-ASESINATO EN EL RÜHR

18-ASESINATO EN BERLÍN

19-ASESINATO EN HIROSHIMA

20-ASESINATO EN NUREMBERG

SAGAS RELACIONADAS (en amazon)

EL JOVEN HITLER. La precuela a la saga de la segunda guerra mundial, donde conoceremos cóm nacen los demonios de la mente, esas voces que el futuro Führer oye en su cabeza.

La Saga de "El Joven Hitler" está formada por 4 novelas, todas ellas autoconclusivas pero con ur mismo hilo conductor para poderlas seguir de forma consecutiva si así se quiere:

1-EL PEQUEÑO ADOLF Y LOS DEMONIOS DE LA MENTE

2-HITLER ADOLESCENTE 1889-1903

3-HITLER, VAGABUNDO Y SOLDADO EN LA GRAN GUERRA 1904-1918

4-HITLER Y EL NACIMIENTO DEL PARTIDO NAZI 1918-1923